

Taylor Caldwell

CAPITANES Y REYES



Lectulandia

Se dice que Caldwell se basó en la vida de los Kennedy para escribir esta novela. Aunque ubicada una generación antes, se encuentran muchas similitudes. En 1954, Joseph Francis Xavier Armagh viaja junto con su familia a América para reunirse con su padre que trabaja allí desde hace un tiempo. Durante la larga y penosa travesía pierde a su madre, y al llegar descubre que su padre falleció en un accidente laboral. Queda entonces al cargo de un hermano menor y una hermana recién nacida, los cuales van a parar a un orfanato. Con sólo trece años comienza su lucha por mantener a sus hermanos, evitar su adopción y cumplir la promesa que hizo a su madre, en su lecho de muerte. En su guerra personal, Joseph descubre el lado oscuro de América y de sí mismo. La acumulación de una fortuna colosal, el poder político que logra alcanzar y la influencia de una maldición que pesó sobre una dinastía irlandesa-norteamericana, así como la vida del hombre que la fundó. Multimillonario y uno de los hombres más poderosos y temidos, Joseph Armagh había fundado una dinastía, que la fatalidad golpeará implacablemente con mortales zarpazos una y otra vez en las personas de sus descendientes.

Lectulandia

Taylor Caldwell

Capitanes y Reyes

ePub r1.0

Pepotem2 08.12.14

Título original: *Captains and the kings*

Taylor Caldwell, 1972

Traducción: Pedro Debrigode

Editor digital: Pepotem2

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

El tumulto y el vocerío se extinguen,
los capitanes y los reyes mueren.
Permanece tu antiguo sacrificio:
un humilde y contrito corazón.
¡Señor Dios de huestes,
sigue con nosotros todavía,
no sea que olvidemos,
no sea que olvidemos!

Rudyard Kipling

PREFACIO

Dedico esta novela a los jóvenes de Norteamérica que están rebelándose porque saben que existen anomalías muy injustas en su nación, aunque no saben exactamente en qué consisten. Tengo la esperanza de que este libro les ayude a esclarecer algunas de sus dudas.

No existe ni ha existido, que yo sepa, ninguna familia como la «Familia Armagh» en Norteamérica, y todos los personajes, excepto aquellos obviamente históricos, son producto de mi imaginación. No obstante, los escenarios históricos y políticos de esta novela son auténticos. El «Comité de Estudios Extranjeros» existe realmente, hoy como ayer, al igual que la «Sociedad Scardo», aunque no bajo estos nombres.

En verdad existe una «conjura contra el pueblo» y probablemente siempre la habrá, ya que los gobiernos han sido constantemente hostiles hacia los gobernados. Esto no constituye ninguna novedad, aunque conspiradores y conspiraciones hayan variado de época, según fuera la situación política o económica de sus diversas naciones.

Pero sólo cuando llegó la época de la Liga de los Hombres Justos y de Karl Marx se unieron conspiradores y conspiraciones con un propósito, un objetivo y una determinación. Esto no tiene nada que ver con ninguna «ideología» ni forma de gobierno, de ideales o de «materialismo», ni con cualquier otro tipo de fraseología de clisé generosamente prodigada a las masas irreflexivas. No tiene absolutamente nada que ver con razas o religiones, ya que los conspiradores están por encima, de lo que ellos llaman «tamañas trivialidades». También están más allá del bien y del mal. Los Césares que ellos colocaron en el poder son creaciones suyas, lo sepan los Césares o no, y los pueblos de todas las naciones se hallan indefensos, vivan donde vivan: América, Europa, Rusia, China, África o Sudamérica. Continuarán siendo desvalidos hasta que no logren tener plena conciencia de quién es su verdadero enemigo.

El presidente. John F. Kennedy sabía perfectamente lo que decía cuando aludió a «los Gnomos de Zurich». ¡Quizá sabía demasiado! Los golpes de estado configuran una vieja y reiterada historia, pero actualmente se están produciendo con creciente y excesiva frecuencia. Con probabilidad ésta es la última hora para la humanidad comprendida como una especie racional, antes de que se convierta en esclava de una «sociedad planificada».

Esta novela termina con una bibliografía. Pienso que muchos de mis lectores sacarán por sí mismos las adecuadas consecuencias de los hechos reales. Ésta es toda mi esperanza.

Taylor Caldwell

PRIMERA PARTE

JOSEPH FRANCIS XAVIER ARMAGH

Mucha memoria o la remembranza de muchas cosas es lo que se llama experiencia.

Thomas Hobbes, Del Hombre

I

—¿Joey, Joey? ¡Dios mío! ¿Joey? —exclamó su madre en los postreros sobresaltos de dolor.

—Aquí estoy, mamá —dijo Joseph, apretando más la pequeña y delgada mano femenina—. No voy a dejarte sola, mamá.

Ella le miró fijamente en la penumbra, con los brillantes ojos dilatados por el terror. Joseph se inclinó sobre su madre, mientras la banqueta en la que estaba sentado se mecía con el fuerte bamboleo del barco anclado. Los dedos de la agonizante estrujaron su mano hasta que fueron como hierro presionando su carne. Joseph percibió la creciente frialdad de los dedos que se hincaban en su mano.

—Oh, mamá —murmuró profundamente preocupado—, pronto estarás bien, mamá.

Su crespo pelo rojizo le caía sobre la frente y las orejas. Sacudió la cabeza para echarlo hacia atrás. Tenía trece años.

—Me estoy muriendo, Joey —dijo ella, y su fatigada voz juvenil era apenas audible—. Joey, están Sean y la muchachita. ¿Cuidarás de ellos, Joey? ¿Te preocuparás por ellos?

—No estás muriéndote, mamá —dijo Joseph.

Los ojos de la madre no se apartaban de su rostro. Los labios lívidos se relajaron abriéndose y dejaron al descubierto sus delicados dientes blancos. Su pequeña nariz se crispó al entrecortarse en jadeos su respiración. Sus ojos interrogaban en desesperada pregunta bajo las lustrosas cejas negras.

—Claro que cuidaré de ellos, mamá —dijo—. Papá vendrá a recibirnos y entonces tú ya estarás bien.

La más patética de las sonrisas apareció en los labios descoloridos.

—Buen Joey —susurró ella—. Fuiste siempre un buen muchachito. Eres un hombre, Joey.

—Sí, mamá —dijo.

Los dedos que agarraban su mano se habían vuelto helados, no sólo en sus extremidades. El denso cabello negro de su madre; tan brillante como sus cejas, se desparramaba sobre las sucias almohadas y relucía tenuemente a la luz de la maloliente y oscilante linterna que colgaba del techo de madera. Aquel techo y los mojados tabiques rezumaban una maligna y aceitosa humedad. El enorme barco crujía en toda su estructura. La tosca cortina de cáñamos que estaba al final del pasadizo se movía hacia adelante y hacia atrás, acompañando la lenta oscilación de la nave. Aún brillaba el sol más allá de las cuatro pequeñas portillas, pero entraba escasa luz en aquel rancio alojamiento donde cincuenta mujeres, infantes y niños dormían en malsanas literas bajo delgadas y manchadas mantas. El agrietado suelo estaba impregnado con la orina de los niños y recubierto de serrín arrojado con

propósitos sanitarios. El lugar era muy frío. Las portillas estaban enturbiadas por las salpicaduras del exterior y por el calor y el aliento de las desdichadas criaturas apiñadas. El barco era un velero de cuatro palos que había zarpado, seis semanas atrás, de la ciudad irlandesa de Queenstown.

Parados sobre la punta de sus pies, los más altos podían ver la costa y los muelles de Nueva York, las errantes luces amarillas, la débil y tenebrosa iluminación de las lámparas y las oscilantes sombras. Varios de los pasajeros inmigrantes habían sido rechazados veinticuatro horas antes en Boston: eran irlandeses.

La mayoría de las mujeres y de los niños que permanecían en las duras literas estaban aquejados de cólera, fiebre del hambre y otras dolencias producidas por la comida putrefacta y el pan mohoso, además de algunos casos de tuberculosis y pulmonía.

Un constante y débil lamento impregnaba la atmósfera, como si estuviera separado de los cuerpos. Las muchachas mayores dormían en las literas superiores; las muy enfermas dormían en las inferiores, encogidas y aferradas a sus hambrientas madres. El día oscurecía rápidamente, dado que era invierno, y el frío aumentaba. Joseph Francis Xavier Armagh no sentía ni veía nada salvo a su madre agonizante que apenas había cumplido treinta años. Escuchó un amargo llanto cerca suyo y supo que era su hermanito, Sean, de seis años. Sean estaba llorando porque sentía perpetuamente hambre, frío y miedo. Le habían dado su cena diez minutos antes, un tazón de gachas claras de avena y una rebanada de pan seco que olía a ratas.

Joseph no sé volvió hacia Sean. Tampoco oía las lamentaciones de los niños y el llanto de las mujeres enfermas, ni veía las literas que se alineaban a ambos lados del estrecho puente inclinado. Su mente y su apasionada determinación estaban fijas únicamente en su madre. Quería que ella viviera, con una silenciosa y fría voluntad que no podía ser quebrantada ni por el hambre, las privaciones, el dolor, el frío o el odio. Joseph no había probado la cena, apartando a un lado el tazón que la Hermana Mary Bridget le instó inútilmente a consumir. Si en aquellos momentos pensaba en cualquier cosa ajena a su madre, ella moriría. Si separaba su mano de las suyas y sus ojos de su rostro, ella moriría. «Ellos» la habrían matado al final, a Moira Armagh, que sabía reír cuando no había motivo para reírse y rezaba valientemente cuando no había un Dios para oírla.

Pero Joseph no se atrevía a recordar que no había Dios, temía incurrir en pecado mortal, y solamente un Dios podía ayudar a Moira ahora..., así como la voluntad y el deseo de su hijo. La recién nacida vino al mundo a la medianoche: las hermanas la habían recogido, el viejo sacerdote había bautizado a la criatura, tras oír el susurro de Moira, con los nombres de Mary Regina, que habían sido los de la difunta abuela. La criatura yacía silenciosa, arropada en un montón de sucias mantas, en la litera de la joven Hermana Bernarde que le había dado un «pezón de azúcar» para amamantarla—un atadizo de algodón en el cual fue colocado azúcar—, ya que no había leche para quienes viajaban en aquel entrepuente de inmigrantes. La criatura estaba demasiado

débil para poder llorar; la joven monja sentábase junto a ella en la litera desgranando su rosario. Se puso en pie cuando el Padre William O'Leary apartó la cortina para entrar en el alojamiento de mujeres y niños. En el largo pasadizo se hizo el silencio; hasta los niños indispuestos cesaron en sus llantos. Las madres se asomaban de sus literas para tocar la negra y raída sotana. El sacerdote fue requerido a bordo por una de las monjas, la Hermana Teresa, y llevaba en la mano, muy cuidadosamente, un desgastado y viejo maletín de cuero.

La anciana Hermana Mary Bridget palmoteo tímidamente el enflaquecido hombro de Joseph.

—El Padre está aquí, Joey —dijo ella.

Pero la cabeza de Joseph se movió en enérgicas negativas.

—No —replicó, porque conocía la razón de la presencia del cura. Volvió a inclinarse sobre su madre—: Te pondrás bien, mamá.

Pero ella estaba mirando, por encima de su hombro, al sacerdote y en el brillo febril de sus ojos se acentuó el miedo. La Hermana Mary Bridget sacudió por el brazo a la joven moribunda. Joseph apartó a la monja con ferocidad. Sus hundidos ojos azules reflejaban a la luz de las fétidas linternas.

—¡No! —exclamó—. ¡Márchense! ¡No!

Su resuello se entrecortó en jadeo sofocado. Quería golpear a la vieja religiosa revestida con su negro y remendado atuendo. Su blanca cofia, que había permanecido milagrosamente limpia y rígida durante todas aquellas semanas, centelleaba en la semioscuridad, y bajo ella su rostro arrugado se crispaba compasivamente, mientras las lágrimas se deslizaban por sus mejillas. Joey gesticuló hacia el sacerdote que aguardaba, pero no le miró.

—¡Usted la matará! —gritó—. Váyase.

Una negruzca mancha de aceite cayó desde el techo y le rozó la mejilla, dejando un surco como de sangre vieja en su demacrada expresión. Era el rostro de un ceñudo y resuelto hombre el que miraba a la anciana monja y no el de un muchacho de trece años.

Una de las seis monjas del entrepunte había traído una mesita astillada que colocó cerca de la cabeza de Moira Armagh.

—Ven —dijo la Hermana Mary Bridget, que aunque vieja era musculosa y robusta, porque había sido moza de granja en su juventud.

Las manos que habían empuñado las riendas de un caballo y los asideros de un arado, cavando y removiendo la tierra, no podían ser desobedecidas, y Joseph fue apartado, pese a su resistencia y su firme asentamiento en la banqueta situada aproximadamente a un palmo de la litera. Pero siguió sosteniendo la fría mano de su madre tan prietamente como hasta entonces; ladeó la cara para que ella no pudiera ver el rostro de la monja y especialmente el del sacerdote, a quien estaba odiando con fría y decidida ira.

—Joey —dijo la Hermana Mary Bridget a su oído, ya que en las últimas horas

parecía sordo a todo—, ¿no vas a negarle a tu propia madre la extremaunción, verdad que no, privándola a ella de su consuelo? Ya efectuó ella su confesión...

La voz de Joseph, tan dura y despiadada como su naturaleza, se elevó en un gran grito. Alzó la cabeza mirando a la vieja monja con violencia.

—¿Y qué tenía que confesar mi madre? —casi chilló—. ¿Qué ha hecho ella en su vida para que Dios pueda odiarla? ¿Acaso pecó ella nunca? ¡Es Dios quién debería confesarse!

Una monja que estaba recubriendo la mesita con un recuadro de blanco lienzo respingó ante aquella blasfemia, santiguándose. Las otras monjas hicieron lo mismo, pero la Hermana Mary Bridget contempló a Joseph con compasión y entrelazó las manos bajo el peto. El sacerdote esperaba. Vio el rostro de Joseph, tan espantosamente flaco y blanco, la recia nariz aquilina, los anchos pómulos moteados de pecas, los delgados labios irlandeses en la amplia boca. Vio el espeso cabello crespo y rojizo, áspero, y el largo cuello delgado, los débiles hombros y las finas manos inteligentes. Vio su frenética actitud, la mísera camisa blanca, los toscos pantalones y los rotos zapatos. La boca del cura tembló; seguía esperando. El agravio, la rebelión y la furia desvalida no constituían nada nuevo para él; eran sentimientos que había presenciado en demasiadas ocasiones calamitosas entre su pueblo. Era raro, sin embargo, verlos en alguien tan joven.

Chinches y piojos subían y bajaban por los curvados tabiques del entrepuente. Hubo un rumor de chapoteo mientras el crepúsculo se adensaba rápidamente. Los niños comenzaron sus llantos nuevamente. Un aire fétido soplaba a través de la cortina, en el extremo del puente, y algún hombre, en una litera lejana, empezó a ejecutar con una armónica una doliente balada irlandesa: unas cuantas voces roncadas tararearon en coro. Las monjas, con las rodillas hincadas en el piso, murmuraban:

—Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores ahora y a la hora de nuestra muerte...

—¡No, no, no! —gritó Joseph, y golpeó, a un lado de la litera de su madre, con el puño cerrado.

Pero no liberó su otra mano de la de ella. Sus ojos destilaban un fuego azul. Podían oírle jadear, pese a la armónica y a las voces de los hombres cantando. Su semblante se contraía en terribles crispaciones de penosa agonía, mientras se inclinaba sobre su madre como protegiéndola de mortales enemigos y clavaba su mirada en el cura y las monjas con una profunda intensidad, mezcla de rabia y desafío. Pero Moira Armagh yacía en mudo agotamiento.

El sacerdote abrió silenciosamente su maletín; sus viejas manos temblaban por la edad, la pena y la reverencia. Los ojos de Joseph se clavaron en él y sus pálidos labios se separaron mostrando los grandes dientes con un bufido casi audible.

—Joey —llamó Moira con tenue voz agónica.

—Váyase —le dijo Joseph al cura—. Si ella recibe el sacramento, morirá.

—Joey —repitió Moira y su mano se movió.

Los ojos de Joseph se cerraron espasmódicamente. Entonces se arrodilló, no por impulso piadoso, sino por agotamiento de su resistencia física. Colocó la cabeza cerca del hombro de su madre, cerca del seno juvenil que antaño le nutrió, y la mano de ella tocó su cabello con el gentil roce de un ala, para luego caer. Joseph retuvo la otra mano como para apartarla de las tinieblas y del infinito silencio que creía alentaban más allá de la vida. Había visto morir a muchas personas, tan jóvenes, inocentes, hambrientas y brutalizadas como su madre, y desvalidos infantes llorando en súplica de alimento y mujeres viejas mordiendo las manos de hambre. No podía perdonar a Dios. Ya no podía creer en Él. Solamente le quedaban el odio y la desesperación para conferirle valor.

Una densa niebla se elevaba del frío mar y empezaron a gemir melancólicas sirenas en el puerto. El barco se bamboleó.

—¡Volveré a llevarte a tu hogar —cantaban los hombres tras la cortina—, allá dónde la hierba es fresca y verde!

Cantaban al país que habían amado y abandonado, porque ya no quedaba suficiente pan para satisfacer el cuerpo, y solamente había podridas y negruzcas patatas en los húmedos y asolados campos. Cantaban con profunda tristeza y melancolía: un hombre sollozó, otro gemía. Las cabezas de las mujeres se alzaban de las fétidas almohadas para contemplar solemnemente al sacerdote, las manos trazaban señales de la cruz sobre los magros senos y había un sofocado estallido de llantos.

Se elevó un rumor de murmullos, la Letanía para los Moribundos, mientras las monjas y el cura arrodillados, formaban un pequeño semicírculo en torno al estrecho camastro de Moira Armagh. Más allá de aquel semicírculo corrían niños chillando, se detuvieron brevemente para observar los inclinados cuerpos revestidos de negro, y luego prosiguieron en sus correrías por el suelo de tablas exhalando un tufo acre y desagradable, levantando nubecillas de hediondo serrín. Desde el puente inferior ascendió el mugido del ganado. Un viento nocturno silbó de manera creciente haciendo oscilar desgarbadamente el barco y las sirenas de niebla gimieron como aullidos de condenados. El cura había encendido una vela que apoyó sobre la mesa. Junto a ella se hallaba un desgastado crucifijo de madera con un Cristo de amarillento marfil. También había una botella de agua bendita, un platillo de óleo y una bandeja pequeña en la cual el sacerdote lavó sus temblorosas manos. Una mujer se incorporó para darle una toalla andrajosa. El anciano se inclinó sobre Moira mirándola a los ojos, en los que un velo iba formándose rápidamente. Ella le contempló con fijeza, en muda súplica, y su boca permaneció abierta, jadeante. El cura recitó con voz muy suave:

—La paz sea en esta casa... Me rociarás con hisopo, oh, Señor, y quedaré limpio. Me lavarás, y estaré más blanco que la nieve...

—No, no —susurró Joseph, y su cabeza se anidó más hondamente contra el seno materno, apretando aún más su mano, con frenesí.

La Letanía para los Moribundos se hizo más clara e intensa a medida que Moira

hundíase en la negrura, ahora ya no podía ver sino solamente oír. Una mujer, no tan enferma como las otras, había llevado al pequeño Sean a su litera al lado opuesto del puente, y de rodillas lo retenía mientras él se agarraba a su brazo gimoteando azorado:

—¿Mamá, mamá?

Joseph enlazaba a su madre, rezando y blasfemando en su corazón de muchacho, creyendo que podía cerrar el camino hacia la muerte con la fuerza de su cuerpo joven y sus silenciosos gritos internos. Todo se convirtió en lóbrega y angustiada confusión. Una náusea de desfallecimiento le acometía. Por la comisura de sus ojos semicerrados vio la llama vacilante de la vela, que se ensanchaba hasta convertirse en un monstruoso y moviente borrón, a la vez nauseabundo y mareante. Las linternas oscilaban arrojando hacia abajo su cambiante y pálida luz y un hedor de inmundicias flotaba a través del puente desde las dos letrinas cuyas tablas se alzaban entre los alojamientos de hombres y mujeres. Crujían las cuaderñas y todo el maderamen. Joseph erró por un brumoso sueño de dolor y desesperación.

El sacerdote administró el sacramento de la extremaunción y el viático a la mujer agonizante, cuyos blancos labios apenas se movían en sus postreros momentos. Entonces el sacerdote dijo:

—Sal de este mundo, oh alma cristiana...

Esto no lo oyó Joseph. Estaba diciéndole a su padre, Daniel, que debía reunirse con su pequeña familia en Nueva York:

—Yo la traje a ella para ti, papá, a Sean, a la niñita, y ahora tú y yo cuidaremos de ellos, en la casa que hallaste, y seremos libres, nunca más hambrientos o sin hogar. Nadie nos odiará, echándonos de nuestra tierra y diciéndonos que pasemos hambre... Papá, hemos llegado a nuestro hogar, contigo.

Era algo muy real para él, porque lo había soñado mil veces durante aquel penoso viaje. Su padre, su joven y rubio padre con la voz cantarina y los fuertes brazos delgados y la alegre risa, acogería a su familia en el muelle, arropándola, y entonces los llevaría al «piso» en el Bowery donde vivía con su hermano Jack, y allí habría calor, blandas camas, una cálida cocina, la alegría y la fragancia de patatas hirviendo y nabos, y buey o cordero, y las luminosas canciones de Moira y, sobre todo, seguridad confortable, paz y esperanza. ¿No habían recibido cartas suyas, y dinero, y no les describió él todo esto? Tenía un buen empleo como conserje en un pequeño hotel. Comía hasta hartarse por vez primera en años. Trabajaba con denuedo y recibía buen dinero por su labor. Mantendría a su familia y ya no serían perseguidos como sabandijas, despreciados y execrados por su Fe, y expulsados de sus tierras para morir de hambre a la intemperie de los caminos.

—Ah, y es un país para hombres libres —había escrito Daniel con su meticulosa caligrafía—. Los mozos irán a la escuela, la pequeña nacerá en América y seremos americanos todos juntos y nunca volveremos a separarnos.

La agonizante se movió de pronto tan convulsivamente que el sueño de Joseph

terminó abruptamente. Alzó la cabeza: los ojos de su madre, ya límpidos y claros, miraban por encima de su hombro con una expresión de gozo y sorpresa: su grisáceo semblante se iluminaba de vida y embeleso.

—¡Danny, Danny! —exclamó—. ¡Oh, Danny, has venido a buscarnos!

Alzó sus brazos desprendiendo su mano de la de Joseph, eran los brazos de una novia, regocijada. De su garganta se desprendió un murmullo hondo, confidencial, riente, como si estuviera siendo tiernamente abrazada por una persona amada. Entonces la luz se esfumó de sus ojos y semblante y murió entre dos alientos, aunque la sonrisa permaneció, triunfante y plena. Sus ojos todavía miraban por encima del hombro de Joseph. Su lustrosa cabellera negra semejava un chal que cubriese su faz y sus hombros.

Joseph se arrodilló junto a ella, ya no más consciente de ningún dolor, pesadumbre, rebelión o desesperación. Todo había terminado, se sentía vacío y ya no había nada más. Contempló cómo la anciana Hermana Mary Bridget cerraba aquellos ojos que miraban fijamente y colocaba aquellas menudas y ásperas manos, y atravesándolas sobre el quieto seno. La monja manipuló bajo las mantas hasta dejar extendidas las largas piernas. Era una de las Hermanas de la Caridad en aquel sector, pero aun así respingó cuando el dorso de sus manos y dedos tocaban el colchón de paja empapado en sangre e infestado de sabandijas. Tanta sangre de un cuerpo tan joven y frágil... pero por fin la muchacha estaba en apacible reposo, a salvo, en los brazos de Nuestro Señor que había venido por su oveja. La monja colocó la manta con delicadeza sobre la expresión sonriente y tuvo la impresión de que aún resplandecía de dicha. La Hermana Mary Bridget, que había visto tanta muerte, tanto tormento y tanta desesperanza, lloró un poco pese a su estoicismo.

El sacerdote y las monjas estaban susurrando plegarias cuando Joseph se puso en pie. Se tambaleó por unos momentos, como un viejo, hasta erguirse envarado. Su rostro estaba tan gris como el de su madre muerta. Al final... y como de costumbre, Dios había traicionado a los inocentes dejándoles desconsolados. Ahora Joseph solamente experimentaba un deseo: vengarse de Dios y de la vida. Atravesó el pasillo pasando entre las alineadas literas y, sin decir una palabra, cogió de la sucia mano a su hermano menor, alejándose con él de la sección de las mujeres y niños. Apartó la harapienta cortina que ocultaba una de las letrinas —una elemental banqueta de madera como un retrete de campo que apestaba de manera insoportable— y le indicó a Sean que hiciera uso del agujero. Ayudó al niño a bajarse los pantalones, ajustados con una cuerda, le colocó sobre el estrecho soporte y esperó, insensible a la pestilencia, mirando fijamente los tabiques de madera sin ver nada.

—¿Mamá, mamá? —musitó Sean.

Joseph puso su mano sobre el hombro del niño, no como consuelo sino como sujeción, y Sean alzó la vista para mirarle vacuamente. Siguió a Joseph al alojamiento de hombres que guardaron silencio y ya no cantaron más, mirando a los dos muchachos compasivamente. Joseph no vio los descoloridos y demacrados rostros,

tanto de los jóvenes como de los viejos. Había llegado más lejos que ellos. Ellos esperaban algo, pero él ya no tenía esperanza. Estaba tan distante de ellos como una imagen de piedra está alejada de toda vida. Le parecía que se hallaba repleto de recuerdos y que sólo le restaba soportar y resistir, además de cumplir una resolución absoluta: entregar la familia a su padre.

Fue quitándole a Sean los pantalones, camisa y zapatos, dejándole sólo sus prendas menores remendadas y las largas medias negras de algodón. Acomodó al niño bajo la parda y maloliente manta, reclinándole contra la manchada almohada. Los anchos ojos azules de Sean le interrogaban en silencio. Joseph había sido siempre un formidable hermano mayor que sabía de todo y al que debía obedecerse, pero siempre tenía también una breve frase cariñosa y de ánimo. Joseph había cuidado de la familia desde que su padre se marchó a América hacía unos ocho meses. Aún más que el padre, Joseph había sido el jefe de la casa, el guardián de su padre, el protector de su hermano. Sean confiaba en Joseph como no confiaba en nadie más y en esa indomable fuerza se amparaba. El niño no conocía a este nuevo Joseph tan petrificado y duro de facciones, tan temiblemente silencioso. La luz de la linterna osciló sobre aquel rastro austero y se esfumó en su balanceo: Sean tuvo miedo y de nuevo gimoteó.

—Vamos, tranquilo —dijo Joseph.

Al contrario de Joseph, Sean era un niño delicado, de huesos delgados y larga carnación translúcida, de fácil sonrojo, espontáneamente afectuoso, que irradiaba calidez de mente y cuerpo. Se parecía a su joven padre, Daniel Padraic Armagh, que esperaba a su familia en Nueva York. El intenso rubio de su cabello así como su guapo semblante de finas facciones incitó la sospecha en Irlanda de que tuviera algo de sangre inglesa en sus venas, y tuvo que bregar con furia para desmentir este maligno e insultante bulo. ¿Él con sangre inglesa? ¡Que Dios perdonase a los pecadores que dijeron tal cosa, aunque él no los perdonaba! Sean había heredado su aristocrática carnación, sus facciones patricias, su titubeante y encantadora sonrisa de labios suavemente coloreados, el hoyuelo de su mejilla izquierda, su aire alegre, confiado y feliz, sus espesas cejas rubias y tez lechosa, su vivacidad y vehemencia, y sus anchos y claros ojos azules. Padre e hijo poseían una grácil elegancia que el alto pero más macizo Joseph no poseía. Hasta los pantalones remendados y las camisas en jirones adquirían un especial encanto cuando ellos vestían tales prendas, mientras que las ropas de Joseph eran meramente utilitarias sobre una anatomía impaciente apresurándose a realizar algo o colocar las cosas en orden. Daniel y el pequeño Sean hablaban suave y seductoramente, mientras que Joseph lo hacía bruscamente porque, por instinto, siempre tenía prisa por hacer algo. Daniel y Sean creían que la vida era para ser gozada. Joseph creía que era para ser empleada en algo. Amaba y respetaba a su padre, pero nunca ignoró las alegres imperfecciones características de Daniel, la morosidad, la creencia de que los hombres eran mejores de lo que obviamente eran, el optimismo ante el más abrumador y cruel de los desastres. Fue Joseph quien le dijo

a su padre, ocho meses antes, cuando todavía no tenía más que doce años:

—Vete a casa de tío Jack, en Nueva York, porque estoy pensando que aquí nos moriremos y que no tenemos porvenir en este país nuestro.

Ni siquiera el hambre había inquietado demasiado a Daniel. Mañana sería un día mejor. Dios realizaría un milagro y los negros campos inundados florecerían nuevamente con succulentas patatas, el maíz crecería, los fogones enrojecerían con fuegos de carbón, habría estofado de cordero en la olla y un poco de tocino para el desayuno, con sabrosos huevos y pastelillos de avena, y los lánguidos frutales se doblarían bajo el peso de manzanas, peras y cerezas... en resumen, el día de mañana sería una bendición.

—No podemos esperar —había dicho Joseph—. Estamos hambrientos.

—No tienes fe —dijo Daniel—. Eres un mozo duro.

—No hay pan ni patatas ni carne —manifestó Joseph.

—Dios proveerá —dijo cariñosamente Daniel con amplio ademán paternal.

—No ha provisto e Irlanda está muriéndose de hambre —dijo el joven Joseph—. Tío Jack te ha enviado dinero, que los santos siempre le protejan, y debes ir a América.

Daniel había meneado la cabeza en afectuosa reprensión hacia su hijo mayor:

—Joey, eres un hombre duro, y lo digo así aunque todavía no eres más que un mozo.

Miraba a Joseph que le devolvía la mirada con sus implacables y más intensos ojos azules. A las dos semanas, Daniel, lloroso, estaba disponiéndose para dirigirse a Queenstown rumbo a América. Abrazó a su bonita Moira y a su hijo Sean, pero evitó mirar directamente a Joseph. Por fin Joseph tendió rígidamente la mano a su padre y el tierno de corazón Daniel la había estrechado.

Con un repentino y leve temor dijo Joseph:

—Que siempre el viento sople a tu favor, papá.

Sintiéndose muchísimo más joven que su hijo, Daniel replicó:

—Te lo agradezco, Joey.

En aquel momento se le veía alto, rubio y hermoso como un caballero, fijos sus ojos en un glorioso futuro.

—¡Cuenta el rumor que en América las calles están pavimentadas con oro! —exclamó, exhibiendo su radiante sonrisa feliz—. ¡Y parte de este oro será mío, si mis rezos son oídos!

En esos momentos estaba imbuido de una gran esperanza y muy animado. Joseph le contempló con la renuente compasión que un adulto experimenta hacia un niño eufórico que no sabe nada de la vida y que ignora por completo lo que es el terror. Daniel veía mansiones, caballos y faetones, céspedes verdes y tintineantes monedas de oro, mientras que Joseph veía un jugoso estofado irlandés de patatas, cordero, nabos, chirivías y un cálido refugio libre de alarmas en la noche, libre de matanzas callejeras y de hordas hambrientas de hombres, mujeres y niños, y por los fangosos

caminos de una Irlanda desolada; Daniel veía comodidades, trajes bien cortados, un brillante sombrero de copa, una corbata con un alfiler de perlas y diamantes, un bastón de puño de oro, mientras Joseph veía noches sin el puño brutal llamando en la puertas, sin las iglesias profanadas y sin tener que ocultarse por los pantanos con un sacerdote de cara aterrorizada. Daniel veía grandes salones tibios, relucientes, a la luz de los candelabros; Joseph veía capillas donde la hostia no era pisoteada y un hombre podía practicar libremente al culto que profesaba. En resumen, Daniel veía felicidad, y Joseph libertad. Únicamente Joseph presentía que ambas cosas suponían lo mismo.

Un momento antes de partir, Daniel había sonreído cálidamente, pero con cierto malestar contempló a su hijo mayor:

—Hago votos con la esperanza de que no seas un Covenanter, Joey^[1].

Los labios de Joseph se contrajeron ante aquel insulto:

—Padre —replicó—, yo no creo en sueños. Creo solamente en lo que un hombre puede hacer...

—Por la gracia de Dios —dijo Daniel, santiguándose.

Joseph sonrió ceñudamente. La señal de la cruz era automática y ritual y, por consiguiente, nada significaba. Era el gesto de un pagano.

—Por la gracia de la voluntad —dijo Joseph.

Moira había observado aquel enfrentamiento con ojos ansiosos. Abrazó a Daniel con lágrimas en los ojos. Dijo:

—Joey será el hombre de la casa mientras tú estés trabajando para nosotros, Danny.

—Me temo, en verdad, que él haya sido siempre el hombre —replicó Daniel y la jovialidad se borró de su rostro mientras miraba a su hijo mayor con un extraño respeto, con una tristeza no exenta de autorreproche.

Sabía que Joseph le consideraba parcialmente culpable de no haber sabido conservar la herencia de Moira: unos treinta acres de tierra, cinco cabezas de ganado, dos caballos, una bandada de gallinas, y un fértil campo que podía suministrar buenas patatas, otros vegetales así como también grano, y una pequeña y sólida casa de campo con los adecuados anexos. El hambre allí no había golpeado con mayor rudeza en los primeros años ni tampoco al pueblo cercano.

Daniel había sido un granjero optimista. Cuando las patatas y otros vegetales se pudrían en los negros campos empapados y la lluvia era incesante, pensaba que el sol calentaría en pocos días y nuevas cosechas podrían ser recogidas. Cuando las vacas cesaron de dar leche, estuvo seguro de que pronto volverían a parir. Cuando los árboles mostraban poca fruta, aseguraba que al año siguiente sus ramas se curvarían con los frutos. Cuando los recaudadores británicos de impuestos eran ya brutalmente insistentes, Daniel charlaba con ellos en jovial amistad en la taberna, pagando sus bebidas y sonriendo ante sus rostros adustos. ¡La próxima primavera recogería sobradamente para pagar dos años de impuestos! Un poco más de tiempo, señores, decía con aquel amplio gesto elocuente de su brazo y un guiño conciliador en su

guapo semblante. Daniel era también constructor de molinos. Cuando los recaudadores le sugirieron que fuera a Limerick y buscara empleo, les sonrió con incrédula indulgencia.

—¡Soy un granjero, señores! —exclamó, y esperó que ellos también sonriesen, pero sus ceños aumentaron.

—Un mal granjero, Armagh —replicó uno de ellos—. Solamente pagó una parte de sus impuestos hace dos años, y hace un año no pagó nada, ni tampoco tiene dinero este año. Como todos los irlandeses, usted es despreocupado, fanfarrón y confiado. Sabe lo que es el hambre. ¿Quién no? Los irlandeses no paran de hablar de dicha plaga. Pero... ¿qué hacen?

El rostro de Daniel se hizo sombrío y muy distinto. Ni su familia le habría reconocido, ni tampoco él mismo, porque súbitamente afrontaba la realidad.

—Bien, díganme si no es una fatalidad, señores —manifestó y su melodiosa voz se había endurecido—. El país entero está bajo una maldición, ¿y qué podemos hacer? Solamente podemos esperar a que pase, como todos los males. No podemos darle prisa al tiempo, señores. ¿Qué quieren que hagamos? Han dicho que debería irme a Limerick para trabajar en mi profesión. Según he oído los asuntos están muy mal por Limerick, y allá también hay hambre.

—Con su profesión puede encontrar trabajo en Inglaterra —dijo otro de los recaudadores.

Una blanca sombra se dibujó en la boca de Daniel y sus ojos azules se estrecharon. Replicó con extremada calma:

—Salvo que me hubieran indicado que me fuera al infierno a trabajar, señores, no podrían haberme dicho nada más insultante.

Arrojó sus últimos chelines sobre la mesa y levantándose con dignidad abandonó el local. Mientras caminaba hacia su hogar, bajo el oscuro crepúsculo, su optimismo volvió impulsándole a reírse. ¡Les había dejado boquiabiertos a los Sassenagh^[2]! Los olvidaría de inmediato porque no valían la pena siquiera de ser recordados. Comenzó a silbar, con las manos en los bolsillos, ladeada la gorra de lana en la cabeza. Moira se reiría cuando le contase lo ocurrido. Y mañana, indudablemente, aquel miserable día quedaría en el pasado y el futuro volvería a presentarse radiante, los campos se secarían y acabaría el hambre.

Joseph recordaba el relato que su padre hizo aquella noche. Recordaba los ojos de su madre dilatados por la inquietud y el modo en que ella se mordió el labio. Pero Daniel estaba cariñoso y ella se arrojó en sus brazos abiertos besándole; estuvo de acuerdo en que se había comportado como un estupendo muchacho y en que había anonadado a los Sassenagh con sus altivas palabras; y además, ¿acaso la luna que estaba asomándose entre aquel amasijo de negros nubarrones no era un buen augurio de sol mañanero?

Joseph, que había permanecido en el rincón de la chimenea con Sean, al que estaba enseñando a leer, había observado a sus padres y su labia infantil se contrajo

en una mueca en la que se mezclaban el desdén y el temor. Sabía que su madre conocía perfectamente todo lo relativo a su marido. No iba a aumentar su desaliento con las preguntas rudas y concretas que deseaba echarle en cara a su padre, que estaba masticando alegremente un pedazo de pan negro y admirando a su joven y bonita esposa, mientras sacudía su chaquetón mojado y raído al escaso calor del fuego de carbón de turba del fogón. Las blancas paredes encaladas tenían manchas de humedad; había grietas en el techo y las paredes. Daniel nunca veía estas cosas; no se le ocurría nunca repararlas. Constantemente hablaba de la casa de piedra mucho más grande, que construiría —«pronto»— y de los tejados de pizarra. ¿El dinero? Vendría. La próxima cosecha sería más que suficiente. Aquella noche tenían un buen trozo de cordero hirviendo en la olla, aunque sin patatas; el nabo que estaba guisándose era copioso, y antes de que los últimos cuatro nabos fueran consumidos, Dios, en su bondad y providencia, proveería.

El suelo de ladrillos estaba, como siempre, frío y húmedo. Las sillas de mimbre necesitaban ser reparadas, aunque se recubrieran con los vistosos cojines que Moira hizo con un último retal de tela. La mesa estaba cuidadosamente servida con los platos y vasos multicolores que ella había heredado. Había té ronroneando en el jarro de loza colocado en la repisa interior del hogar. Los colchones de pluma estaban intactos todavía y había mantas. Daniel no veía más allá de todo esto, porque creía que el destino era amable y bastaba con que uno supiera soportarlo con paciencia.

Si Daniel hubiera sido un necio, Joseph tal vez lo hubiese perdonado. Si hubiera sido un analfabeto, como lo eran la mayoría de sus vecinos, habría existido una disculpa para su desatinada esperanza. Necios y analfabetos no miraban más allá de la comodidad del momento. Pero Daniel no era un necio. Alentaba poesía en su corazón y en su lengua. Había tenido el privilegio de asistir a una escuela de hermanas, en su hogar nativo de Limerick, durante ocho años. Poseía una pequeña colección de libros que le dio algún clérigo, libros de historia y literatura. Los leyó repetidas veces, especialmente los libros que versaban sobre la historia y glorias de la Vieja Irlanda. Podía recitar párrafos de memoria con pasión, fervor y orgullo. Por consiguiente, no existía excusa para su negativa a afrontar la realidad y para su ingenua confianza en algún feliz día venidero.

Daniel tenía, además, fe en Dios. No era la fe de Moira, devota, un poco temerosa del pecado y poseída de una sufrida estabilidad. Era, más bien, una fe alegre, tan pródiga y tan expansiva como él mismo. Podía concebir fácilmente la misericordia, pero no la justicia y la reciprocidad. Dios era un Padre benévolo, y Él amaba particularmente a los irlandeses, o sea que, en definitiva, ¿qué daño podía acaecerle a esta querida comarca y a este querido pueblo tan pleno de confianza en Él? Bastaba que uno, le explicó Daniel encarecidamente a Joseph —en quien barruntaba cierto escepticismo— se reclinase en los brazos de Nuestro Señor, como corderos, y Él cuidaría de sus niñitos.

Joseph había replicado:

—¿Y los «niñitos» que están muriéndose, según hemos oído decir, de hambre por los caminos, y los curas que son cazados como perros rabiosos, y los ahorcamientos que nos cuentan, y la profanación de las iglesias, y las palizas a mujeres y muchachitas en las ciudades cuando lloran de hambre y mendigan por las calles?

—Hemos oído, pero ¿hemos visto? Naturalmente sabemos que las cosas van mal, pero los hombres hacen grandes montañas de pequeños montones. La Fe es atacada por el Sassenagh, quien, como pobre de espíritu que es, cree que si la Fe es atemorizada seremos más humildes y dispuestos para servir en el ejército Sassenagh y trabajar en sus minas, sus campos y fábricas, recibiendo poco pago por nuestra tarea. Pero Dios es más fuerte que el Sassenagh y su reina en la ciudad de Londres, y Él no nos abandonará.

Entonces, algunos de los hambrientos, lo que quedaba de ellos, vino al pueblo de Carney y unos cuantos acudieron a los desgastados campos de Daniel y buscaron refugio en sus establos y le pidieron pan, que ya no tenía. Alzaron hacia él sus desfallecidas criaturas y los infantes se chupaban ansiosamente las manos, y eran todo ojos en pequeños rostros demacrados, y los viejos y ancianas estaban demasiado débiles para caminar por más tiempo. Entre ellos había dos o tres clérigos, igualmente hambrientos, que hablaron del terror en los otros condados, en las ciudades y pueblos, de cadalsos y crímenes sangrientos por las calles, y de la prohibición de la Fe. Aquellos que se refugiaron en la granja de Daniel estaban harapientos y aunque fuera invierno no tenían abrigo ni chales ni guantes, sus botas estaban rotas y sus carnes llenas de sabañones, sus cuerpos y rostros eran esqueléticos. Daniel no tenía nada para darles excepto el frío amparo de sus establos, y ellos permanecieron allí y murieron.

Antes de que aquellos fugitivos sin hogar murieran, Moira y Daniel habían acudido a los vecinos implorando cualquier clase de ayuda, pero los vecinos tenían sus propias familias padeciendo hambre en sus establos vacíos y sólo pudieron llorar con los Armagh. El pueblo también estaba hambriento. Los tenderos tenían escasas cosas para vender aunque hubiese habido libras, chelines y peniques. Las tierras ya no producían; estaban negruzcas, acuosas y muertas, y el Sassenagh no quería enviar su trigo y su carne para salvar a los supervivientes de un país que odiaba. Su soberana, la reina Victoria, lamentando que después de todo no se materializase el levantamiento irlandés, le escribió al rey Leopoldo de Bélgica afirmando que si la insurrección hubiese tenido lugar, los alborotadores irlandeses, entonces, habrían sido destruidos de una vez por todas, «para darles una lección». (Su propio primer ministro tuvo la esperanza de que dicha fatal insurrección, se realizase para que así finalmente perecieran los celtas, y una nueva plantación instalada por los ingleses floreciese en Irlanda. No había contemplado con gentileza a los barcos extranjeros, ni siquiera a los procedentes de la India, que trajeron algunas provisiones para el país agonizante, y habló a los embajadores con desdeñosa altivez). Los desesperados cabecillas irlandeses fueron públicamente ahorcados en Dublín y Limerick tras un

simulacro de proceso. Los sacerdotes huyeron y se ocultaron en espesuras y acequias para poner a salvo sus vidas. Muchas monjas fueron conducidas entre escarnios a través de ciudades, uncidas juntas como reses. Muchas fueron violadas por los soldados y expulsadas de sus conventos y colegios, obligadas a pasar hambre y a morir con los suyos por los caminos. Eran sucesos aterradores y Daniel Armagh afrontó la realidad, una de las pocas veces en su vida, y conoció un breve arrebató de desesperanza. Sin embargo, tal estado de ánimo no duró mucho, pese a todas las evidencias del desastre. Pero Joseph oyó todos los comentarios y su joven espíritu maduró, endureciéndose.

El hermano de Daniel, Jack Armagh, se había ido a América hacía ya cinco años y trabajaba en los ferrocarriles del estado de Nueva York y, solícitamente, aunque pobre él mismo, había enviado a Daniel algunos dólares de oro. Daniel, llorando de alegría, había exclamado:

—¡Nunca perdí la esperanza! ¡Aquí está la Misericordia en nuestras manos!
¡Ahora todo irá bien!

Entonces fue a Limerick con la carreta. Regresó con una cesta de pan, huevos, un corderito, tocino y algunas hortalizas nudosas y estuvo tan bullicioso como siempre, aunque los muertos yacían enterrados al fondo de su jardín, sarmentosos y resecos como juncos sin savia. Daniel los evocaba cada mañana en la misa, pero era como si ellos nunca hubiesen realmente existido y muerto en sus estériles establos.

II

Ahora, sentado en el borde de la litera donde su hermanito dormía con las hundidas mejillas llenas de lágrimas, Joseph recordaba los penosos sufrimientos de Irlanda y a su padre, que les esperaba. Recordaba también que la reina inglesa había ofrecido, desdeñosamente, a multitudes de irlandeses, el pasaje gratuito a América para escapar del hambre y de la opresión; era evidente que ella todavía seguía considerando a América como una colonia penal, como lo hizo su abuelo, como a una posesión inglesa, aunque sin valor. Las multitudes que no tenían otra alternativa sino muerte, brutalidad y hambre, habían huido de su afligido país, entre llantos. Pero el hermano de Daniel había enviado dinero para el pasaje en el entrepuente. Daniel, siempre esperanzado, titubeó. Las cosas seguramente ya no iban tan mal en Irlanda. Algunas granjas volvían a producir. Era mejor esperar. El Sassenagh estaba cansándose del desfogamiento de su carácter vengativo.

Entonces la pequeña familia fue desahuciada por la deuda de impuestos y un primo de Moira que vivía en Carney los alojó en su ya muy habitada casita. Por una vez, Daniel se comportó más sensatamente. No despilfarró el dinero del pasaje. Compartió parte de ello con el primo de Moira para el pan necesario y un puñado de hortalizas —medio podridas— y una tajada de tocino una vez a la semana. Cuando se acabó esta parte y el dinero del pasaje estaba en peligro, Joseph se enfrentó a su padre. Moira no le había contado a su marido que el día anterior un soldado inglés la había abordado en la calle principal de Carney, aquel pequeño pueblo, y que cuando él tiró insistentemente de su chal ella le golpeó en el rostro con sus últimas fuerzas. El soldado le aplicó varios puñetazos en los senos hasta que ella chilló de dolor y, derribándola, le asestó dos puntapiés dejándola tirada en el suelo, mientras se marchó imprecando y prorrumpiendo en viles calificativos. La esposa del primo de Moira presenció los hechos y ayudó a la llorosa mujer a regresar a la casa. Moira le suplicó que no lo repitiese a Daniel, pero Joseph lo había escuchado. El chal fue apartado y abiertos los botones del desgarrado corpiño, vio Joseph las magulladuras negras y azuladas en la blanca carnación juvenil de su madre, tan marchita ahora por el hambre, y apretó los puños conociendo por vez primera el ansia de matar.

En consecuencia, Daniel, empaquetando su poca ropa en un maletín de cartón negro, había abandonado su país con lágrimas en los ojos y contemplado por última vez a su hijo, Joseph, que le parecía un viejo inexorable y no un niño; el cándido reproche en los ojos de Daniel no impresionó en absoluto a Joseph. Por temor a que su padre pudiera dar media vuelta en el último instante, Joseph acompañó a Daniel hasta la posada, en el frío y húmedo amanecer, y allí esperaron la diligencia que habría de llevarle a Queenstown para embarcarse. La lluvia golpeaba sus rostros y Daniel intentó silbar, pero lo hizo melancólicamente. Cuando el carruaje se detuvo y Daniel hubo arrojado su equipaje al tejadillo, el padre volvióse hacia su hijo

diciéndole:

—Vas a actuar como si fueras el padre de tu madre y de Sean, Joey, y me los traerás a América.

—Sí, papá —dijo el muchacho.

Miraba los cuatro robustos caballos, exhalando vapor y piafando en la semiclaridad, sus pieles relucientes de agua y sudor, y los blancos rostros acechando a través de las ventanillas al nuevo pasajero. El cochero hizo restallar su látigo y fue como un crujido quebrando el silencio del pueblo. Daniel vaciló en busca de una palabra final: había exhibido su radiante sonrisa antes de subir al carruaje que partió. Para Joseph fue como si un encantador pero incompetente hermano mayor se hubiese marchado, sacudió su cabeza mojada por la lluvia, sonriendo un poco con cariño y renuente benevolencia.

Sabía que los seres encantadores y amables tenían su sitio en la vida, pero era un sitio trivial y resultaban los primeros en quedar destrozados cuando se abatía el desastre. Era como si viviesen en un pueblo de mazapán una existencia insegura bajo tejados de azúcar confitado. Eran como las flores en el adorno de jardines y, por consiguiente, no se debía despreciarlos, excepto cuando la vida exigía que en su lugar fuera plantado alimento para el mantenimiento. Si entonces eran arrancados de raíz, era penoso pero inevitable. Joseph no les culpaba. Habían nacido así.

Ahora, mientras estaba sentado junto a su hermanito Sean, que dormía profundamente, temió que Sean resultase demasiado parecido al padre y, en su desolado y vacío corazón, se prometió que le enseñaría a Sean a afrontar la verdad sin miedo, a vivir con decisión y a despreciar las falsas palabras de esperanza. El mundo era un lugar maligno, ¿acaso él, Joseph, no lo sabía con certeza? Era un lugar peligroso. Sólo el valor y la voluntad podían conquistarlo o, por lo menos, intimidarlo de modo que soltase con un bufido la garganta de un hombre y reptase alejándose por algún tiempo. Pero siempre aguardaba al acecho de un momento de debilidad por parte de sus víctimas, un momento de expansivo optimismo, de euforia y confianza en un futuro con arcoiris. Entonces golpeaba de muerte a los necios. Joseph había leído los libros de su padre, pero sin otorgarles la interpretación de Daniel de que el hombre se hacía mejor y las naciones más civilizadas a medida que el tiempo pasaba, sino con una comprensión cínica. La tiranía era el modo natural de gobierno del hombre y su deseo secreto, y la libertad siempre estaba amenazada por los propios hombres a través de sus gobiernos y mediante su fácil aceptación y carencia de fortaleza. Al darse cuenta de esto, Joseph se convirtió en hombre y ya no fue por más tiempo un niño, ni siquiera un joven.

Joseph, inmóvil en la progresiva frialdad del entrepuente de los inmigrantes, pensaba. Los enfermos gemían en su sueño hostigado por el dolor. Los hombres ya no cantaban, permanecían sentados en silencio en las literas inferiores, con las cabezas y manos colgando, o durmiendo. El barco gruñía y crujía. Bajo las tablas el ganado mugía inquieto. Joseph, sentado cerca de su durmiente hermanito, fijó los

ojos, casi sin pestañeo, en la sucia cubierta bajo sus pies. ¿Ahora dónde irían? ¿Dónde les permitirían desembarcar si es que lo permitían? Joseph supo de muchos barcos pequeños que levaron anclas desde Irlanda durante el hambre, sólo para destrozarse contra escollos o hundirse en el océano, o regresar con un cargamento de agonizantes al accidentado litoral. Supo también que la mitad o más de aquellos que navegaron hacia América en grandes barcos habían muerto antes de su llegada por enfermedad o a causa de la fiebre del hambre o por una lenta extenuación, siendo enterrados en el mar. (Muchos de los viajeros de aquel mismo barco en que se hallaba habían padecido estas calamidades siendo arriados rápidamente al agua por la noche, acompañados solamente por las plegarias del viejo cura y de las hermanas). Se enteró que los supervivientes fueron obligados a alojarse en fríos tinglados del muelle, para sufrir allí o morir, sin alimentos ni agua ni ropas de abrigo, hasta que «las autoridades» pudieran determinar si eran o no un peligro para las ciudades con su cólera, «consunción» y fiebres. Los saludables y los afortunados obtuvieron el permiso para reunirse con parientes y amigos que les esperaban y que podían llevárselos al calor de hogares y mesas con alimentos. Los muertos fueron sepultados en fosas comunes, anónimos y olvidados. Muchos de los barcos, también, fueron obligados a zarpar de nuevo en diversos puertos de América. No se les quería. Su pasaje se componía de desposeídos y hambrientos, y eran «romanos» además de irlandeses, camorristas y extraños. Los religiosos eran especialmente despreciados y secretamente temidos.

¿Estaba Daniel Armagh esperando todavía a su familia en el muelle de Nueva York? ¿Sabía que habían sido rechazados y que no podían bajar a tierra? En el invierno, ¿estaba él aguardando en el umbral de uno de los tinglados mirando con fijeza desesperada al gran barco anclado con sus velas aflojadas y su húmedo casco semejante a un fortín? ¿Estaba haciendo algo, pensó Joseph con un regusto acre de amargor en su boca, algo útil por su familia encarcelada, aparte de rezar? ¿Sabía ya que su joven esposa estaba muerta? Muerta. Joseph cerró apretadamente sus secos ojos y su pecho se puso tenso casi asfixiándole con su enorme odio y dolor. Muy adentro de sí repetía: «Mamá, mamá»... Ellos no podían consignarla al océano en el puerto. Esperarían hasta que estuvieran de nuevo en la mar abierta. La envolverían en una manta andrajosa encuadrando su cuerpo en una delgada armazón de madera, y ella se sumiría en la frialdad y negrura del agua lo mismo que ahora su alma estaba ya en la fría negrura de la nada.

Pero no se atrevía a pensar en ello. Era preciso afrontar la calamidad inmediata. ¿Iban a ser devueltos a Irlanda, y entonces todos perecerían, inevitablemente, en el viaje de retorno o al llegar a tierra? Joseph no se preguntaba a sí mismo: «¿Es qué no existe piedad y misericordia entre los hombres, ni ayuda para los necesitados, ni justicia para el inocente?». Esta pregunta era para hombres como su padre y aquellos que albergaban esperanzas fuera de toda realidad, y para los débiles, sentimentales y estúpidos. La pregunta verdadera que tenía que afrontar era la siguiente: ¿cómo iba a

asegurar la supervivencia de su hermano y de su hermana recién nacida, y la suya propia? Si estuviera solo o tuviese que cuidar únicamente de Sean podría, por la mañana, justo antes del amanecer, escurrirse fuera del barco con Sean, cuando atracase en el muelle para descargar el ganado y los pasajeros que viajaban confortablemente en los puentes superiores, de los cuales quedaba excluido el acceso a los pasajeros de entrepuentes. Las autoridades no eran demasiado difíciles de soslayar, si uno adoptaba una apariencia de confianza y seguridad y estaba limpio y silencioso. Sin embargo estaba el bebé y hasta la más obtusa de las autoridades experimentaría curiosidad al ver a un muchacho con un infante entre los brazos y acompañado por un chiquillo, sin aparentes custodios. Aunque él, Joseph, podía indudablemente componérselas para proveer algún alimento y refugio para dos muchachos, la niña pequeña necesitaba atención femenina, y ¿dónde podían hallar tal cosa los desamparados?

Un hombre enfermo empezó a toser violentamente y de inmediato los inquietos y doloridos hombres que dormían en su alrededor se agitaron comenzando también a toser, en desgarrado coro, ronco y escupidor. Las convulsiones de la miseria se extendieron por el alojamiento de los hombres para contagiarse a las mujeres y niños tras la cortina, hasta que los penosos ecos fueron yendo y viniendo incesantemente. Solamente una linterna había quedado iluminada en el alojamiento de hombres y acrecentaba la fría y mudable penumbra más que disiparla. Joseph permanecía insensible a todo, salvo que instintivamente envolvió con más fuerza la manta que cubría a su durmiente hermano. No se había puesto su delgada chaqueta; en mangas de camisa dibujaba, repetidamente sobre una mancha en la rodillera de sus pantalones, con el índice. Su mente se concentraba con intensidad obsesiva en su difícil situación. Semanas antes, al comienzo de la travesía, sintió compasión por sus compañeros de viaje, especialmente por las criaturas, y temía que su familia pudiera contraer alguna de aquellas dolencias. Pero ahora su compasión estaba totalmente anegada por su propia lucha de supervivencia. No tenía tiempo ni siquiera para la pena o la desesperación.

Las cuatro portillas empezaron a emerger grisáceas de las tinieblas al aproximarse el amanecer. La fetidez de los cuerpos agonizantes y sucios y la de las letrinas rellenaba el frío aire estancado. El techado de madera goteaba. El serrín en el suelo estaba manchado ominosamente con la sangre de pulmones enfermizos. Joseph seguía estudiando con el tacto la mancha en su rodilla. Su recio y rojizo cabello colgaba en revueltos mechones sobre su frente, orejas y cuello.

Percibió un toque en su hombro y miró hacia arriba con ojos inexpresivos, hundidos. El viejo Padre O'Leary estaba en pie ante él, en su largo camisón de noche.

—No te acostaste en la cama —dijo el sacerdote—. Te pondrás enfermo si no descansas, Joey.

—¿Cómo podemos conseguir que mi padre sepa que nos es imposible abandonar el barco? —preguntó Joseph.

—Por la mañana iré a tierra... Me lo permiten por una hora... Encontraré a Danny y se lo diré. Para ese momento ya sabremos con seguridad dónde vamos a ir. Creo que es a Filadelfia. Recemos para que allí se nos permita desembarcar. Joey, debes descansar un poco.

—¿Filadelfia? —repitió Joseph—. ¿Está lejos de Nueva York? Suena de modo bonito.

El viejo cura sonrió penosamente, con su macilento rostro surcado por hondas líneas grises. Su tupido cabello blanco estaba enmarañado y su camisón colgaba de su cuerpo esquelético.

—Filadelfia —dijo— significa la ciudad del amor fraternal. Roguemos para que sientan algo de amor por nosotros, Joey. Debemos confiar en Dios...

Un destello de impaciencia brilló en los ojos de Joseph.

—Si queda lejos, ¿cómo podrá mi padre llegar hasta dónde estemos y llevarnos a nuestra casa de Nueva York?

—Confía en Dios —dijo el cura—. Nada es imposible para Él. Joey, las mujeres están calentando té y voy a traerte una taza, pero después deberás dormir un poco.

—Viajaremos a Nueva York —dijo Joseph—. Tengo quince dólares que mi madre me dio para guardarlos.

Era como si estuviese hablando consigo mismo. El semblante del sacerdote se crispó con pena y compasión.

—Es mucho dinero, Joey. Tranquilízate. He hablado con un marinero y traerá leche para el bebé antes que el ganado sea transportado a tierra, si puede deslizarse en los sollados. Le di cuatro chelines.

—Se los devolveré, Padre —dijo el muchacho.

Miró hacia su durmiente hermano. ¿No estaba la faz del niño sonrojada por la fiebre? Joseph palpó la mejilla.

—¿Cuándo tirarán mi madre al mar? —preguntó el muchacho, alzando la cabeza y mirando con fijeza al cura.

El Padre O'Leary tuvo un presagio de temor ante aquel muchacho cuyo comportamiento ante la muerte era antinatural. No había derramado ni una lágrima ni demostrado ninguna angustia.

—Joey, se trata solamente del cuerpo de tu madre. Su alma está ya con Dios y Su Bendita Madre. Que esto te sirva de consuelo, para ella han terminado los padecimientos terrenos y reposa en paz. La he conocido desde que era un bebé, yo la bauticé. Nunca hubo una muchacha ni una mujer tan dulce. Su recuerdo será tu protección y desde el radiante paraíso ella te enviará su amor.

—¿La tirarán al mar cuando zarpemos, verdad? —dijo Joseph—. Cuando ocurra, usted tiene que decírmelo.

Nada revelaba emoción en su semblante, ni en sus ojos de azul intenso ahora estriados por una inmensa fatiga.

—Así lo haré, Joey —dijo el cura. De nuevo tocó tímidamente el hombro de

Joseph. Pero equivalía a tocar una piedra rígida—. ¿Te unirás a mí en las plegarias por tu madre?

—No.

La voz de Joseph era la de un hombre. Un hombre indiferente.

—¿Significa esto que crees que ella no necesita de las plegarias, hijo mío?

—¿Hay coches de vapor desde Filadelfia a Nueva York, no?

—Casi seguro, Joey. Todo saldrá bien, si confiamos en Nuestro Señor. Hace frío, Joey. Ponte la chaqueta. Los marineros nos traerán nuestro desayuno antes de que zarpe.

Palmoteó con desánimo el hombro del muchacho. Se alejó suspirando porque un hombre enfermo estaba llamándole débilmente en su agonía. Agotados, los que tosían estaban ahora silenciosos. Algunos se alzaban apoyándose en los codos, o levantándose iban tambaleantes hasta las letrinas. Joseph palpó el paquete que colgaba de un bramante en torno a su cuello, contra su pecho. Los certificados bancarios de oro estaban a salvo. Quince dólares. Tres libras. Era una considerable cantidad de dinero que su padre envió a la familia antes de que abandonasen Irlanda. Le fueron precisos varios meses a Daniel Armagh, para ahorrar Semejante cifra.

Una portilla quedó súbitamente sonrosada por el alba, y Joseph se levantó sobre la punta de los pies para mirar al exterior. Casi imperceptiblemente el barco estaba moviéndose hacia un muelle entre un bosque de mástiles desnudos y cascos poblados. Los marineros estaban ya trabajando en los barcos anclados, y sus rudas voces broncas llegaban tenuemente a oídos de Joseph cuyo rostro presionaba contra el grueso cristal de la portilla incrustado de sal. Las quietas aguas aceitosas del puerto eran negras y plomizas, pero sus pequeñas crestas se iluminaban con frías tonalidades rosas. Ahora Joseph vio los largos atracaderos, los muelles y almacenes a la luz creciente y, más allá, las casas de ladrillos y otros edificios bajos. Sus tejados tenían viscosidad de humedades y a trechos podía verse, desde el barco, una calle estrecha y serpenteante, con manchas de nieve gris y leprosa amontonadas a lo largo de los virajes. Carretones y carromatos empezaban a desplazarse por aquellas calles, esforzándose en el arrastre los caballos. Rostros de marineros curiosos atisbaban el desolado barco irlandés que iba a atracar. Algunas de las naves eran de la nueva variedad de vapor y repentinamente arrojaban humo y hollín negro en el quieto aire de la mañana, y sus sirenas bramaban sin razón aparente.

Palmo a palmo el «Reina de Irlanda» se aproximaba a los muelles y a los largos cobertizos asentados sobre ellos, y Joseph se esforzaba con fiereza para escrutar los semblantes de los que formaban grupos en el embarcadero de tablas. ¿Estaría su padre entre aquella gente? Había muchos hombres y algunas mujeres. Lloraban porque sabían ya que los inmigrantes no tenían permiso para desembarcar. Algunas manos ondeaban desmayadamente en saludos. Un hombre izaba una bandera en un mástil cercano y por vez primera en su vida Joseph vio las estrellas y las barras latigueando húmedas en el frío viento invernal y desplegándose al nuevo día sin

esperanza.

—O sea que ésta es la valiente bandera —dijo un hombre en otra portilla, y otros se le unieron para contemplar la tierra prohibida.

Uno rió con escarnio y estalló en un acceso de tos. Otros le hicieron eco como si aquello fuera una señal para sus pulmones.

—No nos quieren recibir —dijo otra voz— y nos vamos a Filadelfia. Se lo he oído decir, yo mismo, con estas orejas, al Padre.

La puerta del extremo del puente se abrió, apareciendo tres tripulantes con una carretilla de mano y transportando tazones humeantes de gachas de avena y té, y había platos de hojalata con pan y bizcocho duro. Los hombres y muchachos se abalanzaron ansiosamente para apoderarse de su alimento, pero Joseph no se movió. ¿Era aquél su padre, aquel hombre alto cuyo cabello rubio asomaba bajo la visera de su gorra de obrero? Joseph pugnó un instante con el pestillo de la portilla, pero el hierro oxidado no se deslizaba. Y era seguramente Daniel Armagh el que estaba esperándoles, ya que la progresiva luz moldeaba sus finas facciones y los ojos de Joseph eran agudos. El flaco puño de Joseph golpeaba impotente la portilla y gritó. Sus exclamaciones despertaron a Sean, que empezó a gimotear. Joseph lo puso en pie sobre la litera obligándole a encararse contra la portilla.

—¡Allí, Sean! ¡Allí está papá esperándonos!

—No es papá —protestó Sean, quejumbroso—. Quiero mi desayuno.

Joseph lo había olvidado. Miró ansiosamente en torno. La carretilla con su humeante pero aminorado cargamento estaba a punto de pasar tras la cortina hacia el alojamiento de mujeres. Joseph corrió tras ella.

—Mi hermanito no ha comido —dijo jadeante.

Los marineros en sus arrugados y sucios uniformes le miraban recelosos, y uno de ellos preguntó:

—¿No estarás queriendo una ración más para ti? No hay bastante.

—No la quiero para mí —dijo Joseph y señaló hacia Sean que estaba llorando, sentado en el borde de su litera, en prendas menores—. Es mi hermano. Le daré también la mía.

Un tazón caliente y un pedazo de pan mohoso le fue colocado entre las manos y le empujaron apartándole. Llevó el desayuno a Sean que lo ojeó y gimoteó de nuevo:

—No lo quiero —dijo quejumbrosamente, y su flaco torso se sacudió en arcada.

El corazón de Joseph se aceleró en palpitación de repentino temor.

—¡Sean! Debes comer tu desayuno o te pondrás enfermo, y no es el momento de perder el tiempo.

—Yo quiero que venga mamá —y Sean volvió a un lado su guapo semblante.

—Pero primero debes comer —dijo Joseph con severidad.

¿Era realmente la fiebre lo que abrillantaba las hundidas mejillas de Sean? Oh, Dios, farfulló Joseph con odio, entre sus apretados dientes. Palpó la frente de Sean. Estaba fría pero sudorosa.

—Come —ordenó Joseph, y el nuevo matiz en su entonación asustó a su hermanito que de nuevo empezó a llorar y a sorber por las narices. Pero aceptó el tazón y la cuchara y, sollozando, embutióse las gachas en la boca.

—Buen mozo —aprobó Joseph.

Mirando el pan en su mano, titubeó. Sentía en su interior un gran hueco, y si se enfermaba no sería de ninguna ayuda para los otros dos niños. Empezó a masticar el duro pan, y de vez en cuando se alzaba sobre la punta de los pies para observar el lento avance del barco hacia el desembarcadero. El hombre del cabello rubio había desaparecido. Brotó entonces un tintineo de cadenas, un golpe sordo, y la ancha pasarela de tablas fue arriada hasta el muelle. Se elevó un coro de voces alborotando las gaviotas que empezaron a describir círculos en nubes encima del barco y contra un cielo del cual se había esfumado la luz roja, convirtiéndose en sombrío y amenazador. Joseph pudo oír el graznido de las gaviotas y, desde abajo, el movimiento del ganado. Una vela mojada se desplomó sobre cubierta. El agua murmuraba silbante en torno al casco. Las aguas del puerto rebosaban de desperdicios y flotantes cercos de madera, y ahora el océano tenía un color fangoso. En un instante fue acribillado por una densa y percuciente^[3] lluvia mezclada con nieve. Joseph se estremeció, masticando sombríamente. Ésta no era la tierra dorada desde la cual su padre les había escrito. Las calles parecían tétricas y desiertas pese a los carruajes y algún que otro paraguas que se deslizaban a lo largo de los empedrados y aceras. El paisaje era minúsculo y bajo, los cielos inmensos, y, había únicamente desolación, helor, soledad y abandono.

Esto no era la verde Irlanda con enormes paisajes de tierra maravillosa, con la fresca fragancia de la hierba y los árboles, el resplandor metálico inmóvil de los lagos azules y los techos abrigados con paja, los jardines en que las lozanas flores llegaban a las rodillas, los arroyos cantarinos con su carga de peces y su adorno de garzas, el canto de las alondras, el picante olor del carbón ardiendo, la calidez de los pequeños fuegos y las risas en las tabernas, con la alegre cadencia de los joviales violinistas. Aquí no había misteriosos calveros sombreados por robles y malvas locas, ni exclamaciones de bienvenida, ni canciones ni labios sonrientes. Siempre mirando la ciudad de Nueva York, Joseph vio renacer a las fábricas, con sus pesados penachos negros de humo oscureciendo un cielo ya desgarrado por la tormenta. Una bruma comenzaba a elevarse del agua y pronto aparecería la niebla uniéndose a la lluvia y a la nieve. Joseph pudo oír el viento invernal, y el barco se bamboleó contra el muelle. La boca del muchacho abrióse en inaudible lamento de dolor y tristeza, pero inmediatamente dominó la vergonzosa emoción. Tenía terribles noticias para su padre, y ahora pensaba en Daniel como en un niño que debe ser protegido.

Hubo ruido de pesados pasos en los puentes superiores, llamadas, y Joseph supo que los pasajeros adinerados estaban desembarcando y, con ellos, sus baúles y cajas. Pudo ver los primeros pasajeros pisando tierra, las mujeres envueltas en pieles, los hombres en gruesos gabanes y chisteras. Iban acudiendo carruajes con cocheros de

librea. El viento fustigaba las capas y los hombres, riendo, sujetábanse los sombreros mientras ayudaban a sus damas a avanzar contra las ráfagas hacia los vehículos. Los musculosos cuerpos de los caballos humeaban. El agua humeaba. El cielo parecía condensar humo. Y la mañana iba oscureciéndose cada vez más.

Los equipajes eran depositados en tierra y los grupos que esperaban venían a abrazar a los pasajeros y, desde el cerrado alojamiento, Joseph pudo oír las risas y los excitados gorjeos, pudo ver los alegres ademanes de los cuerpos bien abrigados. La muchedumbre que esperaba a los inmigrantes había retrocedido como una manada de ganado asustado, agrupándose para dejar paso a los afortunados hacia sus carruajes, seguidos por carretillas con maletas de piel y baúles cercados de hierro y bronce. Éstos no eran los que la reina llamaba «el campesinado irlandés» sino gente acomodada en viaje o americanos regresando de estancias en el extranjero. Joseph les vio entrar en sus cómodos y cerrados carruajes, riéndose del viento, revoloteando los lazos de las tocas de las señoras, ahuecándose sus faldas. Por fin, los vehículos trepidaron alejándose, y sólo quedó la desconsolada multitud a la cual no le sería permitido entrar a bordo ni siquiera para ver a sus parientes en el entrepuente, por temor al contagio. Como tampoco les fue permitido a los pasajeros inmigrantes, ni siquiera durante la larga travesía, subir a los puentes superiores en busca de aire puro y luz de sol.

Por vez primera en su vida Joseph sintió el abrumador malestar de la humillación. Era verdad que en Irlanda los irlandeses eran despreciados, injuriados y perseguidos por el Sassenagh, pero en compensación uno mismo podía despreciar y maldecir al Sassenagh. Ningún irlandés sintióse nunca inferior ni siquiera a sus «mejores», ni al inglés. Caminaba y vivía orgullosamente, aun estando hambriento. Nunca emitía una lastimera queja en petición de ayuda y simpatía. Era un hombre.

Ahora Joseph adivinaba que en América el irlandés no era considerado hombre. Aquí no le sería posible escudarse en el orgullo de su raza o en el de su fe. Aquí solamente tropezaría con la indiferencia, el desdén o el rechazo, un trato peor aún que el dado al ganado, que en masa bamboleante descendía por la pasarela aceitosa, acompañado por figuras amorfas encogidas ante el frío y la tormenta. Joseph nunca pudo barruntar cómo comprendió totalmente la verdad, pero de pronto recordó que, aunque su padre había escrito alegremente sobre el calor y «los buenos salarios», nunca dijo nada de la gente con la cual convivía sino que sólo habló de los fraternos irlandeses que habían escapado del hambre. Nunca hubo la menor mención de los americanos ni comentarios sobre los vecinos y compañeros de trabajo. Contó algo sobre la «pequeña iglesia» cercana a la casa de habitaciones de alquiler donde Daniel trabajaba de portero y donde acudía a la misa. «Pero está cerrada durante la semana y solamente puede visitarse el Sagrario los días de fiesta de guardar», había escrito Daniel, «y sólo hay una misa el domingo». Daniel habló frecuentemente de la libertad en América antes de abandonar Irlanda. No había escrito sobre dicha libertad ni una sola vez durante aquellos meses de ausencia. Joseph miró la bandera retorciéndose y

dando trallazos en el viento del muelle.

Ahora no quedaba nada en el desembarcadero, salvo montones de carga y marineros empujando carretas y carretillas, y la silenciosa multitud empapada por la lluvia, la desdichada parentela, todavía albergaba esperanza y rezaba entumecida para poder vislumbrar un rostro amado y perdido en el barco. La densa lóbreguez de la mañana tormentosa era ahora demasiado espesa para poder identificar las facciones de nadie. Todos los que aguardaban, clavada la vista en el barco, parecían formar un solo cuerpo y masa, desamparada y sin movilidad. La niebla fue mezclándose al humo. El agua se agitó comenzando a restallar incansablemente.

—Creo que no hay nada para nosotros allí —dijo un hombre cerca de Joseph y su voz rebosaba desesperanza.

Pero el rostro juvenil de Joseph se hizo más pequeño y crispado por la decisión y sus fatigados ojos se cargaron de colérica amargura. Sean se arrimó contra él, gimoteando con insistencia:

—Quiero que venga mi madre. ¿Dónde está mamá?

No lo sé, pensó Joseph, seguramente en ninguna parte. Le dijo a Sean:

—Pronto vendrá. Está durmiendo.

El niño había dejado dos cucharadas de gachas frías en el tazón y Joseph las comió. Sean le acechaba y comenzó a llorar.

—Mamá —sollozó—. ¿Mamá?

—Pronto —repitió Joseph. Pensaba en su hermana recién nacida. Titubeó; luego le dijo a Sean—: Buscaré a mamá. Quédate aquí un momento, Sean.

Le lanzó al niño una mirada dura y conminatoria que para Sean resultó aterradora cuando la percibió bajo la oscilante luz de la linterna del techado. El niño se encogió temeroso, observando cómo su hermano se alejaba.

El alojamiento de mujeres estaba en la silenciosa quietud que entraña la total rendición a la desesperanza. Algunas sentábanse en sus literas, dando el pecho a las criaturas o acunándolas en sus brazos. Otras permanecían sentadas, mirando vacuamente el tabique o el techado. Algunas lloraban en silencio mientras las lágrimas mojaban sus rostros. Hasta las criaturas estaban inmóviles como si reconociesen la desgraciada situación. Joseph encontró a la Hermana Mary Bridget, que estaba atendiendo a una mujer enferma y a su hijo. Volvió la cabeza para mirar en silencio compasivo al muchacho.

—¿El bebé? —preguntó Joseph.

La anciana monja intentó sonreír.

—Está con la Hermana Bernarde, tomó leche caliente y es una criatura preciosa, Joey. Ven y lo comprobarás por ti mismo.

Le precedió hacia la litera de la joven monja que se sentaba como una Virgen infantil, con un infante bien arropado entre sus brazos. Ella alzó su bonito semblante pálido hacia Joseph y sus ojos azules destellaron bondadosamente. Con lentitud desenvolvió el fardo de harapos de lana y mostró a Joseph su hermana.

—Mary Regina —dijo la Hermana Bernarde con orgullo maternal—. ¿Verdad que es una preciosidad?

—Además es americana, porque nació en aguas americanas —dijo la Hermana Mary Bridget.

Joseph permaneció callado. La niña había nacido bajo circunstancias desastrosas, pero no había la menor marca en su pequeña faz cerúlea. Dormía. Largas pestañas doradas se abatían sobre sus mejillas pero sus mechones de cabello eran lustrosamente negros.

—Tiene los ojos como los del cielo irlandés —dijo la joven monja y acarició gentilmente, con el dedo, la pequeña mejilla blanca.

Joseph no experimentaba ninguna clase de sentimiento excepto la vehemente decisión de que aquella criatura debía sobrevivir.

La cortina fue apartada a un lado, y el rostro del Padre O'Leary se asomó:

—Joey —comenzó a decir, pero su voz se truncó y, bajando la cabeza, dejó caer la cortina.

Joseph tuvo tiempo suficiente para contemplar claramente la desolación de aquel rostro. Regresó al alojamiento de hombres, erguidos los flacos hombros, dirigiéndose a averiguar todo cuanto necesitaba saber, y sabía ya que no iba a ser nada bueno.

III

El Padre O'Leary estaba sentado en actitud desalentada al borde de la litera de Sean, y mantenía al niño sobre su rodilla acariciándole el claro cabello con suave mano temblorosa. Vio acercarse a Joseph. Vio la fuerza tensa en el delgado cuerpo envarado, el porte erguido de hombros, la impuesta dureza del semblante juvenil, las pecas que parecían sobresalir de las blancas mejillas, y la boca que era tan firme como la piedra y tan implacable como ella.

Joseph se detuvo ante él.

—Bueno, usted debe decírmelo —anunció, y su voz era la de un hombre que puede soportar mucho—. ¿Es referente a mi papá?

—Sí —dijo el sacerdote. Acarició la mejilla de Sean y sonrió lastimosamente—. Éste es un buen mocito. No llorará mientras Joey y yo hablamos.

Rebuscó en el bolsillo de su raída sotana y extrajo una manzana, la sostuvo en alto y Sean la contempló maravillado, con la boca abierta. El sacerdote la colocó en las manos de Sean y los pequeños dedos la acariciaron con pasmo y perplejidad, porque nunca antes había visto una manzana.

—Es algo muy bueno, Sean —dijo el Padre O'Leary—. Cómela poco a poco. Es más dulce que la miel.

Sean le miró fijamente y luego a Joseph, y agarró la fruta como temiendo que su hermano se la quitase. El cura añadió:

—La compré en el muelle para Sean. Cincuenta centavos que deben ser casi dos chelines, y estoy pensando que se debe a que no es la temporada y estaba envuelta en papel dorado.

Mostró el papel a Joseph pero el muchacho no dijo nada. El cura se puso en pie y entonces se tambaleó por la debilidad acumulada, inclinando la cabeza al asirse al borde de la litera superior para restablecer el equilibrio. Quizás el día anterior, Joseph le hubiese ayudado, pero ahora se mantuvo apartado, rígidamente, como si temiese que su voluntad se quebrantase y aquél no era momento para debilitarse.

—Ven —dijo el cura y le precedió hacia el fondo del pasadizo hasta la cercanía de la puerta donde podían tener algo de aislamiento.

Una vez llegados allí dijo Joseph con voz áspera:

—Usted no vio a mi padre.

—No —dijo el sacerdote. Alzó la cabeza y sus ojos estaban enturbiados por las lágrimas.

Joseph le estudió sin piedad ni emoción, al afirmar:

—Usted vio a mi tío Jack. Fue a él a quien vi en el muelle.

—Sí —dijo el Padre O'Leary. Se humedeció los labios con la punta de la lengua, contemplando el suelo. De nuevo hurgó en su bolsillo y extrajo un billete de banco, verde y arrugado—. Son dos dólares, casi media libra. Es todo lo que tu tío pudo

ahorrar.

Empujó el billete en la mano de Joseph. El muchacho se reclinaba contra la puerta y cruzó los brazos ante su huesudo pecho. Examinaba al cura con una expresión que el anciano supo era de frío odio.

—¿Y mi padre? —preguntó, por fin, cuando el cura persistía en su silencio.

Tembló la boca del clérigo y, apretando los párpados, cerró los ojos.

—Recordarás, Joey —dijo en voz muy baja—, que tu madre después de recibir los sacramentos miró más allá de nosotros y llamó a tu padre como si él estuviese allí, y ella sonrió y murió con una sonrisa de júbilo, al reconocerle.

Hizo una pausa. Los que tosían habían comenzado de nuevo, funestamente. Joseph no se movió.

—Creo que me está diciendo que mi padre también ha muerto, ¿no?

El cura mostró ambas manos abiertas, humildemente, pero no pudo soportar la mirada fija del muchacho.

—Yo creo que ella vio su alma, y que él la estaba esperando —susurró—. Fue una reunión plena de dicha y no debes apesadumbrarte. Están ambos a salvo, con Dios.

Ahora miró a Joseph y lo que leyó en el rostro del muchacho le hizo crisar las facciones.

—Fue hace dos meses. Murió de fiebre de los pulmones.

No debo pensar, todavía no; meditó Joseph. Debo oír y saberlo todo.

—Creo que él vino a buscarla, por la Gracia de Dios —dijo el cura.

La boca de Joseph tuvo una contracción espasmódica, pero no perdió su severidad.

—¿Y mi tío, Padre?

El sacerdote titubeó antes de replicar:

—Se ha casado, Joey.

—Y no tiene habitación para nosotros.

—Has de comprender, Joey. Es un hombre pobre. Los dos dólares que te ha enviado representan un sacrificio. Ésta no es, de ninguna manera, la tierra del oro. Es una tierra de amarga labor y el trabajador es conducido como ganado. Tu tío no puede hacer nada más por vosotros.

Joseph mordíase el labio inferior y el cura se asombraba ante aquella actitud impasible. El mozo era casi un niño, un huérfano, y permanecía incommovible. Joseph dijo:

—Entonces no necesito gastar los quince dólares para volver a Nueva York desde Filadelfia. No hay ningún sitio donde volver. No hay nadie.

El sacerdote habló con ansiedad compasiva:

—Debes guardar el dinero, Joey. Hay un orfanato en Filadelfia, regentado por las Hermanas de la Caridad, donde van destinadas las que están con nosotros. Yo también voy a vivir allí. Ellas acogerán a los hijos de Danny Armagh y los amarán

como si fueran suyos.

Hizo una pausa.

—Es posible que algún buen hombre, con dinero, se sienta feliz al adoptar a la niña y a Sean, dándoles hogares ricos con cálidos fuegos, buena comida y ropa.

Por vez primera Joseph se agitó, demostrando emoción. Contempló al cura con total estupor y furia ultrajada.

—¿Está usted loco, Padre? —exclamó—. Mi hermano y mi hermana, mi carne y sangre, ¿darlos a extranjeros de modo que yo no sabría cómo están ni dónde se hallan? ¿Permiten en esta América que mis familiares me sean arrebatados? Si es así, regresaremos a Irlanda.

—Joey —dijo tristemente el cura—, tengo el documento de tu tío, consintiendo.

—Déjeme ver ese famoso documento —dijo Joseph.

De nuevo titubeó el Padre O'Leary. Después palpó en el interior de su sotana y sacó un papel que entregó en silencio a Joseph. El muchacho fue leyendo:

—«Por la presente otorgo a las autoridades religiosas el privilegio de transferir las adopciones relativas a los hijos de mi difunto hermano, Daniel Padraic Armagh, debido a que no tienen ni padre ni madre. Firmado, John Sean Armagh».

El papel estaba escrito torpe pero claramente, fechado aquella misma mañana, primer día de marzo, y firmado. Joseph, lenta y deliberadamente, observando con maligno furor al cura, fue rasgando el papel en pedazos una y otra vez, guardándose los restos en el bolsillo.

El sacerdote meneó la cabeza.

—Joey, Joey... Esto no servirá de nada. Me bastará con pedirle a tu tío otro documento, igual. Por favor, Joey, tú no eres obtuso de mente. Yo mismo te di enseñanzas durante nueve años. No tienes sino trece años. ¿Cómo puedes cuidar de Sean y del bebé?

Los golpes de las últimas horas comenzaron a agitar con angustia el interior de Joseph, pero se mantuvo firme. Su corazón había empezado a agitarse como el de un corredor, y su voz era temblorosa aunque obstinada cuando habló:

—Padre, yo trabajaré. Soy fuerte. Encontraré trabajo en esta América. Los pequeños estarán con las monjas hasta que yo pueda darles un hogar. Pagaré a las monjas. Ellos no dependerán de la caridad de nadie. Yo pagaré. Y si pago ellos no me podrán ser quitados.

El cura tenía inmensos deseos de llorar, pues estaba acongojado.

—¿Y qué puedes hacer, Joey?

—Puedo escribir con muy buena letra, esto me lo enseñó usted, Padre. Puedo trabajar en los campos y en las fábricas. Quizás, en el orfanato haya trabajo para un hombre fuerte: fuegos que deban mantenerse encendidos, paredes y techos por reparar. Yo he trabajado, Padre, sé lo que es el trabajo y no le temo. ¡Pero usted no debe quitarme a mi hermano y a mi hermana! ¡Si lo hace, Padre, me mataré, y esto se lo juro!

—¡Joey, Joey! —exclamó horrorizado el cura—. ¡Sólo hablar de ello es pecado mortal!

—Pecado mortal o no, lo haré —dijo Joseph, y el cura, con espanto, supo que no estaba hablándole a un niño sino a un hombre—. Y usted será el responsable de la perdición de mi alma.

Esbozó una oculta mueca y algo en su interior sonrió con rabia y desprecio al contemplar el viejo semblante angustiado del cura.

—No temes a Dios —dijo el cura, y se santiguó.

—Nunca he temido a nada —dijo el muchacho— y no vacilaré ahora. Pero no lo dude. Padre, lo que deba hacer, lo haré —miró al cura con renovado odio—: Y esto era lo que usted estaba haciendo con mi tío esta mañana, Padre, mientras yo esperaba: estaba tramando contra los hijos de Daniel Armagh, diciéndole a mi tío cómo debía escribir la carta. Fue muy taimado, Padre, pero todo ha quedado en nada.

El cura lo observaba con temor y compasión a la vez. Murmuró:

—Pensamos que sería lo mejor. Pensamos que era lo mejor. No fue una maldad lo que tramamos contra ti, Joey. Pero si ésta es tu voluntad, entonces sea como quieras.

Dejó a Joseph para regresar junto a Sean, que estaba lamiéndose los dedos tras haber comido la manzana. Los ojos del cura se llenaron nuevamente de lágrimas y apretó a Sean contra su pecho.

—¿Mamá? —dijo Sean, y su rostro se crispó con el llanto—. Quiero ver a mi mamá.

Joseph se detuvo junto al cura. Le introdujo el billete de dos dólares en la mano.

—Esto le debo a usted —dijo—. Yo no acepto caridades. Con lo que sobre diga una misa por mi madre.

Miraba al cura con fiero coraje y aversión. Luego enlazó a su hermano, apartándole de la rodilla del cura, y mientras apretaba sus dos manos en la suya, miró los grandes ojos lacrimosos.

—Sean —dijo—, yo soy ahora tu padre y tu madre y estamos solos, juntos. Nunca te abandonaré, Sean. Nunca te abandonaré.

Alzó su otra mano, más bien en imprecación que en promesa, pensó el sacerdote con cierto temor.

El barco levaba anclas. Comenzó a separarse del muelle y la nieve y la lluvia silbaban contra las portillas, el viento aullaba en las velas izadas y, desaparecida su última esperanza, los hombres y mujeres en el entrepuente de inmigrantes hundieron las caras entre sus manos.

IV

—No —dijo Joseph Francis Xavier Armagh—, no soy irlandés. Soy escocés.

—Bien, lo cierto es que no pareces irlandés. Pero Armagh es un nombre extraño. ¿De dónde es?

—De Escocia —dijo Joseph—. Un antiguo nombre escocés. Soy de la Iglesia Constituida de Escocia.

—Bien, esto es mejor que ser irlandés —dijo el hombre gordo, con sonrisa estúpida—. Pese a todo, eres un extranjero. En este país no nos gustan los extranjeros. ¿Qué quieres decir con eso de la Iglesia Constituida?

—Presbiteriano —dijo Joseph.

—Yo no soy de nada aunque no soy ateo —dijo el hombre gordo—. De todos modos no eres un romano. Odio a los romanos. Intentan apoderarse de este país para el Papa. ¿Y sabes algo? ¿Sabes lo que hacen en sus conventos?

Emitiendo una especie de relincho se inclinó hacia Joseph, pese a la resistencia de su enorme panza, y le susurró obscenidades. La cara de Joseph permaneció hermética y suavemente atenta. Mantuvo las manos relajadas, porque sentía impulsos de matar.

El gordo ladeó su cigarro y dijo, riendo:

—Bien, como quiera que sea, ¿cuántos años tienes?

—Dieciocho —dijo Joseph, que tenía dieciséis.

El gordo asintió.

—Eres grande y fuerte. Y tienes el aspecto de mal genio que me agrada. Sabes defenderte. Esto es lo que necesito para conducir esos grandes carros. ¿Sabes algo de caballos?

—Sí.

—No hablas mucho, ¿eh? Sólo sí o no. También me gusta esto. Son más los ahorcados por su lengua que por la soga. Bien, veamos. Tú sabes cómo son estos narigudos de Pensilvania, aficionados a beber lo que sea, con sus acentos holandeses, sus ridículos sombreros y sus jamelgos.

El gordo gargajeó, lanzando un copioso chorro en una escupidera.

—O sea que la policía no gusta de carros transportando cerveza y demás los domingos. Es impío.

El gordo volvió a reír antes de ser acometido por un acceso de tos asmática que dio tintes escarlata a su calva y a su abotagado rostro.

—Pero hay compadres que necesitan beber los domingos, ¿y cómo vamos a reprochárselo? Las cantinas andan cortas de material. O sea que transportamos cerveza y licor los domingos, cuando nos mandan avisos. Las cantinas se supone que no han de estar abiertas los domingos, pero hacen muy buen negocio por la puerta de atrás. Ahí es donde entramos nosotros. Tú transportas la cerveza y el licor en un carro de aspecto respetable con un cartelón que dice «Granos y Forrajes», entregas la

mercancía y cobras, y esto es todo.

—Salvo la policía.

—Exacto —dijo el gordo, escrutando con agudeza al muchacho de nuevo—. Salvo la policía. Aunque no es probable que te molesten. Basta que conduzcas sobrio y recto. Un muchacho granjero yendo a casa o a alguna parte, o en busca de un poco de juerga en domingo, conduciendo el carro de su jefe. Basta con que no pierdas la cabeza. No pareces impresionable. Sacos de pienso sobre la mercancía. Déjales mirar si lo desean. Invítales a hacerlo. Esto les hace sentirse seguros de que todo está correcto. Y sigues adelante.

—¿Y si hacen algo más que echar simplemente un vistazo?

El gordo alzó los hombros.

—Ésta es precisamente la razón por la que te voy a pagar cuatro dólares por un día de trabajo, hijo. Si pasa lo que dices, te haces el estúpido. Alguien te dio un poco de dinero para que condujeses unas pocas calles adelante. No sabes dónde, y se supone que tropezarás con un compadre desconocido en una esquina, que se supone te quitará las riendas de las manos. Esto es todo lo que sabes, ¿comprendes? La policía confisca el género, te meten en chirona por un par de días y esto es todo. Cuando salgas te pago una ganancia de diez dólares. Y al domingo siguiente estás de nuevo en el trabajo. Sencillo. En una ruta distinta.

Joseph meditó. ¡Cuatro dólares por una jornada! Se ganaba ya cuatro dólares pero por seis días de trabajo a la semana, doce horas al día, en una serrería del río. Sumaría ocho dólares a la semana, una fortuna. Contempló al gordo rencorosamente. Lo hacía porque sospechaba que no era un simple mercader de granos, forrajes y arneses, sino un probable contrabandista transportando *whisky* ilegal desde Virginia y los contiguos estados sudistas. (Joseph, recordando Irlanda, no tenía ningún respeto por la autoridad debidamente constituida, principalmente cuando era británica). Pero aquel gordo emanaba una sucia hipocresía y una artera malignidad que le sublevaba.

—Si estás pensando que no te pagaré los diez dólares... —insinuó el gordo.

—Esto no me preocupa —dijo Joseph—. Después de todo, si no lo hiciera, yo mismo iría a la policía y le daría rienda suelta a la lengua.

El gordo bramó en risotadas, palmoteando la rodilla de Joseph.

—¡Esto es lo que me agrada! Un hombre con coraje. Lealtad, esto es lo que vale. Yo te trato lealmente, tú me tratas lealmente. Nada de discusiones ni palabreos. Limpio y directo. También así entregarás la mercancía. Soy hombre que mantiene su palabra. Y tengo amigos que me ayudan si un hombre pretende perjudicarme. ¿Comprendes?

—Quiere decir matones —dijo Joseph.

—¡Diablos, eres un tipo que me cae bien, Joe! Te aprecio. Llámales matones si quieres. ¿Qué importa? Yo pongo todas mis cartas sobre la mesa, ¿te das cuenta? Nada en la manga. Ven el próximo domingo. A las seis de la mañana. Hasta las seis de la tarde. Entonces te doy el dinero, ¿comprendido?

Joseph se puso en pie.

—Gracias. Estaré aquí a las seis el próximo domingo, señor Squibbs.

Salió del tenebroso y anónimo edificio de escasa magnitud que se hallaba en el lindero de la pequeña ciudad de Winfield, en Pensilvania. Era una construcción de madera que sólo tenía dos salas, dos despachos y unas cuantas mesas y sillas. A un lado, en enormes letras blancas desleídas, estaba el cartelón:

SQUIBBS Y HNOS. TRATANTES AL POR MAYOR EN GRANOS Y PIENSOS. GUARNICIONERÍA.

Tras el barracón había un extenso y bien cuidado establo con robustos caballos y carromatos. Aparentemente, todo era muy legal. El almacén y el establo estaban llenos de hombres que no trabajaban abiertamente —ya que esto estaba prohibido el Sabbath (sábado entre los judíos, domingo entre los cristianos)— y que simplemente se cuidaban de abrevar, alimentar y limpiar los caballos. Algunos vieron salir a Joseph de las oficinas y lo estudiaron agudamente, fumando sus pipas, echada la visera de sus gorras sobre las cejas. Un nuevo compadre. Alto, de aspecto duro y calmo. Tenían confianza en el viejo Squibbs, pues sabía escogerlos adecuadamente. Nunca cometió ningún error, salvo una vez, y el individuo resultó ser un afable espía federal, pero nadie volvió a verlo nunca más en parte alguna.

Squibbs era de toda confianza, sí señor. Si un carromato era alguna vez seguido hasta llegar a su guarida —y esto era fácil, por cuanto su nombre estaba en los vehículos— él no sabía nada de nada. Manifestaba que algún empleado de su confianza se aprovechó engañándole, ésta era la pura verdad, haciendo algún trabajo ilegal pagado por algún contrabandista o quien fuese, en domingo. El viejo Squibbs tenía en el bolsillo al jefe de policía y era un gran contribuyente para los fondos del partido. Hasta conocía al alcalde, Tom Hennessey. Naturalmente, la policía y todo el mundo sabían que todo aquello era obra del propio Squibbs, pero nunca fue enjaulado, no señor. Ninguno de sus hombres pasaba más de un día en la jaula. Todo lo que deseaba la policía y los muy importantes era que nadie hablase ni armara jaleo, aunque se veían obligados a emprender un poco de actividad cuando algún «narigudo» (honorable ciudadano entrometido) entraba en sospechas y denunciaba. Sólo un poco de actividad, de vez en cuando, para mantener tranquilos a los ciudadanos; el viejo Squibbs tenía un negocio de piensos y grano abierto para la inspección de cualquiera y, además, era muy productivo. Eran los «mozos del domingo» los que a veces se veían en apuros, no los muchachos regulares de la nómina jornalera y semanal. El viejo Squibbs se cuidaba a fondo de su negocio personal, de esto no cabía duda, y de dar buena paga.

Winfield se hallaba a doscientos cincuenta kilómetros de Pittsburgh. Una pequeña ciudad de aspecto poco atractivo y cuya industria más importante eran las serrerías del río. Sin embargo, era una ciudad rica ya que muchos de sus habitantes comerciaban en tráfico ilegales, incluyendo la trata de esclavos y otros negocios viciosos tales como el transporte de muchachas de granja y mujeres a las ciudades

más grandes. Los habitantes preferían que su ciudad pareciese pobre y humilde, indigna de merecer atención ni escrutinio, ayudada por sus serrerías y los prósperos ganaderos residiendo más allá de sus confines. Hasta los muy ricos vivían en casas sencillas en pequeños solares, sus mujeres vestían sencillamente y sólo tenían carruajes ligeros y uno o dos caballos, habitualmente aposentados en el establo público local. Nadie era ostentoso. Nadie exhibía joyas en profusión, ni sedas ni zapatos elegantes o las últimas modas, ni corbatas o pañuelos de cuello adornados con broches de perlas y diamantes. Todos hablaban con voces amortiguadas y decentes y nadie era más ruidoso en denunciar «los caballos livianos y las mujeres livianas» que los hombres que traficaban con ello y sus amigos. Los «antros del vicio» eran casi desconocidos y nunca se hablaba de ello, aunque también florecieran discretos, caros y prósperos en Pittsburgh, Filadelfia y Nueva York. Todo el mundo cotizaba en los templos, todos asistían a los oficios del domingo y todos cultivaban la reputación de ser «temerosos de Dios». Todas las señoras pertenecían a sociedades de templanza y sobriedad, especialmente aquellas señoras cuyos maridos participaban en el dilatado tráfico del contrabando de alcohol y eran dueños de los condenados «*saloons*». Todos censuraban la esclavitud y se destacaban en organizaciones abolicionistas, especialmente aquellos que aprovechándose del decreto Dred Scott del Tribunal Supremo de la nación, cazaban y devolvían a los esclavos al otro lado de las fronteras y recogían buenas cantidades en premio a sus esfuerzos. Algunos de ellos, que sabían captar un buen negocio cuando se presentaba ante sus respetables narices, hasta tenían agentes en el Sur que inducían a los esclavos a fugarse pagando por su cruce al otro lado de la frontera, donde eran retenidos unos días y devueltos a sus propietarios. Todos hablaban de «tolerancia» y «amor fraternal» y glorificaban al liberal William Penn, y ninguna comunidad era más implacable, explotadora y fanática que Winfield.

Era una ciudad pequeña, pedregosa, polvorienta, hermética, fea hasta bajo los cielos de verano y junto al susurrante río verde. Los templos parecían hostiles y sordos; los edificios públicos mostraban un aspecto de penuria, las calles de adoquines eran habitualmente sucias y mal cuidadas. No había panorama grandioso ni placentero en ningún sitio, ni parques, ni lugares floridos, ni árboles suficientes. Era una ciudad evitada por los viajeros que era exactamente lo que deseaban sus habitantes y, en consecuencia, había pocas tabernas y ningún «pernicioso» teatro o sala de música. Su plaza en sábado era transitada únicamente por granjeros que «bajaban a la ciudad» para papar moscas, beber o reclinarsse contra las fachadas y bostezar en aburridas charlas mientras sus esposas iban de compras en las pobres y poco acogedoras tiendas, a adquirir lo estrictamente necesario.

Las calles eran estrechas y sombrías, con ventanas turbias y puertas abriendo directamente sobre aceras de tablas agrietadas. Había escasos jardines en la parte trasera ya que el polvo de serrín y los desperdicios abundaban por negligencia desaseada y por las pequeñas fábricas y aserraderos. El único espectáculo llamativo e

interesante de la ciudad estaba en la ribera del río donde los advenedizos moraban en chozas y los barcos de vapor chapoteaban ruidosamente arriba y abajo de la corriente líquida hacia otras y mucho más interesantes ciudades.

Las autoridades adineradas de la ciudad vivían realmente en Pittsburgh o Filadelfia, o tenían hogares en las radiantes colinas verdes a unos cinco kilómetros de distancia donde la belleza, la alegría y la prodigalidad no eran escatimadas. Para la gran mayoría de los habitantes pobres no había más alegría y placer que las cantinas, las aceras, las interminables «reuniones para ejercicios espirituales», los interminables sermones y devociones en las muchas iglesias, las reuniones familiares para la cena de los domingos en pequeñas salas oscuras o las solemnes discusiones sobre la «Amenaza Romana», las comisiones contra la barbarie e iniquidad de la esclavitud y la corrupción de «este pequeño gobierno chapucero que funciona en Washington» y que estaba lejos, muy lejos. Abraham Lincoln acababa de ser elegido presidente pero hasta los que habían votado por él le criticaban ahora, aunque todavía no había tomado posesión. Muchos de los habitantes de Winfield habían venido desde las montañas de Kentucky o el área Tidewater de Virginia a «trabajar en el tren» o en las fábricas o en los aserraderos, y para ellos los nativos de Winfield habían adoptado el apelativo sudista de «basura blanca». Esta gente traía consigo sus costumbres ancestrales de vida y sus modismos de lenguaje, y por ello los hombres y mujeres de Winfield se complacían en experimentar un sentido de superioridad sobre aquellos «palurdos».

Para Joseph Armagh, Winfield era repelente, extraña y sin luz. Su fealdad y falta de colorido le disgustaban. Las voces que oía eran raras y discordantes. Su carencia de diversidad humana y actividad vivaz le deprimía. Era una prisión gris y con frecuencia sentía que era sofocante. Su soledad le abrumaba a menudo, con la desesperación propia de su naturaleza activa, hasta el punto que venía a ser como una fiebre palúdica intermitente. Los bochornosos veranos le hacían jadear hasta resultar insoportables y los inviernos eran un largo padecimiento. Había vivido allí tres largos años y no conocía a nadie, excepto las Hermanas del Orfanato de Santa Agnes, y mantenía escasa conversación con sus compañeros de trabajo en la serrería. Le rehuían porque era un «extranjero» y en consecuencia un sospechoso. Nunca le vieron reír o enzarzarse en chismorreos ni le oyeron lanzar ningún juramento. Esto era más que suficiente, con su acento cantante, para incitar la enemistad y ser ridiculizado.

Los pocos que conocían Winfield la calificaban de «ciudad pequeña realmente tranquila», pero para la gente de Virginia que tenía tratos con ella era «aquel agujero fangoso arriba, al norte».

El anochecer del sábado en aquel día de finales de noviembre iba aproximándose mientras Joseph caminaba hacia el orfanato que visitaba una vez por semana. Se apresuró porque pronto iba a ser demasiado tarde para los visitantes. Una sucia y oscura llovizna empezó a caer y soplaba un viento húmedo desde el río y las casas y

calles fueron convirtiéndose progresivamente en desoladas y anónimas. Un relente de cieno comenzó a brillar en los adoquines donde una sucia farola lanzaba hacia abajo su tenue luz. Los escasos árboles colgaban sus tiasas sombras de telaraña en paredes parduzcas y en lúgubres casitas, emitiendo quejidos secos y crujientes. La última luz diurna mostraba una masa de negras nubes que se movían contra una grisácea lividez. Joseph hundió sus heladas manos en los bolsillos del gabán demasiado corto que compró, de segunda mano, hacía cerca de dos años. Aún entonces había sido delgado, barato y de material endeble, negruzco y áspero, con un cuello de terciopelo muy rozado. Ahora apenas le llegaba a las rodillas y le apretaba excesivamente las anchas espaldas. Llevaba la gorra de lana con visera que usaban todos los obreros, tan parda como la tierra. No poseía guantes ni chalecos ni corbatas. Sus ligeras camisas estaban limpias aunque fueran baratas. Para Joseph un hombre no alcanzaba la degradación total en tanto que no descuidaba el jabón y el agua y, hasta tal degradación, él nunca llegaría. Una pastilla de jabón acre costaba tres centavos, el precio de una taza de café y una tajada de pan y queso. Cuando tenía que elegir entre una y otra cosa compraba el jabón. Pero el hambre era un viejo elemento familiar para él y si su apetito juvenil nunca hubiese sido satisfecho, ahora no hubiera reconocido la sensación o le habría producido incomodidad. Hacía años que no comía hasta quedar plenamente satisfecho y el recuerdo estaba haciéndose muy vago. De todos modos, siempre estaba obsesionado por un anhelo enfermizo en su estómago, a veces era acometido por una trémula debilidad, y en otras ocasiones quedaba cubierto por un sudoroso escozor, resultado de la fatiga y el hambre no saciada.

Caminaba arrogante y rápidamente, sin inclinar la cabeza ante la llovizna ventosa. Podía oler el polvo mojado de las calles y las hojas muertas en el arroyo. El viento del río exhalaba un olor a pescado y agua fría y de alguna parte soplaba un rancio hedor de aceite. Su pálido semblante juvenil era decidido pero por lo general no expresaba emoción alguna. Pasó ante un pequeño establo caballeriza en el cual ardía una luz amarilla y vio la habitual pancarta en las puertas cerradas: «NO SE CONTRATAN IRLANDESES». También estaba familiarizado con esto. Sentíase afortunado por trabajar en los aserraderos del río y nunca lamentó haberse presentado como escocés con la finalidad de conseguir trabajo. Un hombre debe hacer lo que debe, le dijo cierta vez el Padre O'Leary, aunque no pretendía aplicarlo a la situación en que ahora se hallaba Joseph. No obstante, fue convirtiéndose en el grito íntimo de guerra de Joseph Armagh. Él no había creado el mundo en el cual estaba obligado a vivir, ni se sentía, ni nunca se sintió una verdadera parte de dicho mundo. Debía sobrevivir. Sentir pena por uno mismo era tan repulsivo para él como el sentimentalismo, y una mirada compasiva —que solamente recibía de las monjas y el cura de Santa Agnes— le llenaba de amarga rabia como un monstruoso insulto.

Pasó ante los inmundos tabernuchos con sus puertas cerradas y las ventanas negras, y supo que atrás la jarana «del Sabbath» estaba en pleno apogeo. Titubeó. Tenía sed y una jarra de cerveza le vendría bien. Pero sólo tenía cincuenta centavos

en un bolsillo, hasta el martes no cobraba jornal, y en el intervalo tenía que dar a su dolorido estómago algún alimento. En otro bolsillo, asegurado con un imperdible, estaba el billete de dos dólares que daría a la hermana superiora esta noche en pago de la pensión semanal de su hermano y hermana. Mientras pudiera mantener a Sean y a Regina nunca se los podrían quitar con el pretexto de que eran huérfanos indigentes.

Se estaba recuperando de un resfriado. Tosió áspera y ruidosamente una o dos veces y luego escupió. La lluvia estaba ahora arreciando. Comenzó a acelerar la marcha. Contra un cielo haciéndose cada vez más oscuro pudo ver el campanario de la iglesia de Santa Agnes, un mísero edificio pequeño que antaño fuera caballeriza, todo de paredes grises, pintura costrosa y estrechos ventanucos de cristal liso y un tejado de tablas desiguales que goteaba durante las fuertes tormentas. Estaba abierta solamente para la única misa del domingo y para la misa de la mañana cada día de la semana. El resto del tiempo estaba cerrada por temor a los vándalos. Un viejo vigilante dormía tras la sacristía con una estaca, un venerable viejo sin un centavo, al cual una ráfaga de viento invernal podía hacer tambalear o caer. Pero tenía fe tanto en Dios como en su estaca, y dormía apaciblemente. Junto a la iglesia había un edificio igualmente mísero, un poco menor, que también fue antaño un gran establo, pero que ahora aposentaba a cinco monjas y unas cuarenta criaturas sin hogar ni tutores. De alguna manera las monjas habían logrado juntar el dinero suficiente para ampliar el establo y convertirlo en un amasijo de dos pisos con maderas y fragmentos sobrantes de extraños maderajes y armazones y lo habían amueblado con prolijidad, aunque pobremente. Se erguía con la iglesia, en un pequeño terreno que los hombres de la parroquia mantenían verde y cuidado en el verano. Las mujeres de la parroquia, casi tan desprovistas como las hermanas, plantaban semillas de flores contra las zarandeadas paredes de la iglesia y el orfanato, y durante el verano la extrema pobreza de ambos edificios quedaba en parte aliviada por la viva luz de flores y hojas verdes.

La gente de la parroquia, para el resto de los habitantes de Winfield, eran perros parias, aptos solamente para los trabajos más sucios y repugnantes que ni siquiera la «chusma del río» aceptaría. También eran los más pobremente pagados. Sus mujeres trabajaban en las casas de sus superiores por pequeñas raciones de comida y dos o tres dólares al mes. Traían consigo a sus casas, de noche, la comida para sus familias. La única alegría que cualquiera de ellos poseía era una ocasional jarra de cerveza, su iglesia y su fe. Joseph Armagh nunca entró en aquella iglesia. Nunca se mezcló con la gente. Los miraba tan desapasionadamente como a la otra gente de Winfield, y con la misma indiferencia distante. No tenían nada que ver con él y su vida, sus pensamientos y la pétrea decisión que alentaba en él como un fuego negro. En cierta ocasión el Padre Barton, abordándole deliberadamente cuando abandonaba el orfanato, intentó ablandar a aquel joven taciturno y endurecido, tratando de sostener una conversación con él que fuera más allá de las pocas palabras que Joseph le otorgaba. Le preguntó a Joseph por qué no asistía nunca a misa, y Joseph no dijo

nada.

—Ah, ya sé, es la amargura irlandesa que tienes dentro —dijo el joven cura con tristeza—. Recuerdas Irlanda y los ingleses. Pero aquí, en América, somos libres.

—Libres..., ¿para qué, Padre?

El sacerdote le había mirado seriamente respingando al contemplar el semblante de Joseph.

—Libres de vivir —murmuró el cura.

Joseph había estallado en una risotada feroz y se fue.

Después el cura habló sobre Joseph con la superiora del combinado de convento y orfanato, Hermana Elizabeth, una mujer de mediana edad, pequeña y rechoncha con semblante inteligente y amable y ojos afectuosos, pero también de firme boca y dotada de una voluntad que, según sospechaba el Padre Barton, ni siquiera Dios podía doblegar. No era la monja convencional, dócil y obediente que creía el Padre Barton que había consolado su triste infancia. Ella no temía a nadie —y posiblemente ni a Dios, sospechaba también el cura con algún temor íntimo— y poseía una breve y mundana sonrisa unida a un aire impaciente de tolerancia cuando la hacía objeto de una leve homilía o algún aforismo piadoso. Cuando se volvía particularmente etéreo, le atajaba con un brusco gesto de su rolliza mano y decía rápidamente:

—Sí, sí, Padre, pero yo no creo que esto sirva para comprar patatas.

Era su famosa réplica a cualquier comentario lastimero o divagaciones sentimentales. El Padre Barton le había expuesto:

—Se trata de Joseph Armagh, Hermana. Confieso que me desconcierta, pues siendo muy joven parece haber pasado por experiencias muy superiores a las de su edad y se ha hecho, a causa de ellas duro, rencoroso y sin misericordia, hasta diría que quizás vengativo.

La Hermana Elizabeth meditó, fijos sus ojos en el sacerdote durante algunos instantes. Luego, dijo:

—Tiene sus razones, Padre, con las cuales es posible que ni usted ni yo estemos de acuerdo, pero son sus razones, nacidas de las penalidades y debe encontrar su camino a solas.

—Necesita la ayuda de su iglesia y su Dios —dijo el cura.

—Padre, ¿no se le ha ocurrido pensar que Joseph no tiene iglesia ni Dios?

—¿Tan joven? —tembló la voz del cura.

—Padre, él no es joven y es posible que nunca lo haya sido.

Con esta respuesta ella dio por terminada la conversación, alejándose acompañada por el tintineo de su rosario de madera, y el sacerdote quedó meditando tristemente porque por aquellos tiempos que corrían los clericales parecían más preocupados por materias mundanas que por su salvación eterna. Rehaciéndose un poco recordó: «Pero esto no sirve para comprar patatas». En cierto momento pensó decir: «Dios proveerá», pero adivinó de inmediato que la Hermana Elizabeth estaba esperando precisamente que él hiciera tal comentario para rebatirlo con su

sempiterna réplica práctica, por lo cual, refrenándose, se abstuvo.

Joseph no estaba pensando aquella noche ni en el Padre Barton ni en la Hermana Elizabeth, porque no significaban más que cualquier otra persona. Existían meramente, como otros existían en su propio mundo, y nunca les permitía más allá de algunas palabras, no porque sintiese resentimiento o respeto hacia ellos —no experimentaba ni una ni otra cosa—, sino debido a que sabía que ellos no formaban, en absoluto, parte de su vida y no representaban para él nada de ningún valor, excepto la monja que daba techo y alimento a su hermano y hermana hasta el día en que él pudiera llevárselos consigo. No sentía hacia ellos más enemistad que la que tenía hacia el resto del mundo de hombres y mujeres, ya que ahora sabía que la animosidad personal atrae a la gente más fuertemente hacia uno, haciéndole a uno más sabedor de sus existencias, y no había tiempo para ésta ni ninguna otra emoción dilapidadora del tiempo. En su vida no habría ninguna intrusión de seres ajenos a su familia, porque esto debilitaba a un hombre. No tenía curiosidad hacia los demás, ni compasión, ni hostilidad, ni anhelaba una compañía pese a la soledad que, frecuentemente, le torturaba.

En otra ocasión, el Padre Barton, conocedor de su historia, le dijo:

—Joseph, hay multitudes de personas en este país, y no solamente irlandeses, que han sufrido y han tenido pérdidas lo mismo que tú. Sin embargo, no se apartan de los demás ni los rehuyen.

Joseph le contempló inexpresivamente.

—Ni me aparto, ni rehuyo, ni busco, Padre. Soy tal como fui hecho. El mismo martillo y el mismo yunque hacen herraduras y cuchillos, arneses y clavos y mil otras cosas, no solamente una. Las mismas experiencias hacen a un hombre de una manera y a otro de otra manera, y esto está en sus naturalezas.

El cura se había maravillado ante esta teoría, porque por entonces Joseph sólo tenía quince años. Después sintióse asustado porque notaba vagamente que estaba confrontando un nuevo y terrorífico fenómeno, que era como una fuerza natural que ningún hombre se atrevía a desafiar o refutar, quedándole como único recurso el tener que aceptarla. Aquel pensamiento llenó al cura de tristeza y temor. Entonces recordó que una joven monja le había dicho:

—Joseph ama a su hermano y a su hermana, Padre, y moriría por ellos. Lo he leído en su cara, pobrecillo.

Más tarde, sin embargo, el cura comenzó a creer que la monja estaba equivocada.

Joseph llegó al orfanato con sus tenues lámparas amarillas reluciendo a través de sus elementales ventanas, sus blanqueados peldaños de piedra y su rústica fachada. Se detuvo. En el recodo de la alameda se hallaba un espléndido conjunto de caballos y vehículo como nunca viera en América sino solamente en Irlanda, yendo y viniendo entre las grandes mansiones de la hacendada burguesía. Era un carruaje cerrado, armonioso de líneas, acharolado en su pulimento, con un cochero de librea en su alto pescante, con ventanillas brillantes y ruedas barnizadas. El tronco de dos caballos era

tan negro y armonioso como el mismo carruaje, destellando sus arreos como plata bajo la tenue luz de la cercana lámpara.

Joseph contempló con fijeza el equipo y el cochero, con su grueso gabán y sombrero de copa, le miró también fijamente. Sus manos enguantadas sostenían un látigo. Meditó Joseph: ¿qué hace aquí un carruaje tan ostentoso ante este orfanato y en este lugar? Parece apropiado para la misma reina en persona, o para el presidente de los Estados Unidos de América.

—¿Qué se te ofrece? —dijo el cochero con un pronunciado acento irlandés—. Sigue adelante, mozo, y deja de boquear como un pez. No querrás que te suelte un piñazo^[4].

Joseph sintió el primer impulso de curiosidad desde hacía años, pero se encogió de hombros y, subiendo los toscos peldaños del orfanato, fue a pulsar la campanilla. Una monja joven, la Hermana Frances, abrió la puerta, sonriéndole aunque él nunca sonreía en respuesta.

—Es muy tarde, Joseph —dijo ella—. Los niños ya han cenado y están rezando sus plegarias antes de acostarse.

Sin replicar Joseph entró en el húmedo vestíbulo, tras haberse frotado las suelas cuidadosamente en la alfombrilla del umbral. La monja cerró la puerta.

—Solamente cinco minutos, Joseph. Esperarás en el locutorio como de costumbre y veré si es posible.

El desnudo suelo de madera astillada se hallaba penosamente pulimentado y limpio, al igual que los tabiques de madera. A la izquierda estaba el «locutorio» especial de la Hermana Elizabeth, donde sostenía misteriosas y densas discusiones, y a la derecha estaba una pequeña «sala de recepción», como la llamaban las jóvenes monjas, para gente como Joseph. Al final del vestíbulo había un largo y estrecho cuarto, apenas más amplio que un corredor donde antaño se aposentaban caballos en sus pesebres. Ahora las monjas lo llamaban «nuestro refectorio» y allí comían sus frugales comidas y, con ellas, comían los huérfanos. Al final del «refectorio» estaba la cocina que, en invierno, era el único lugar realmente caliente del orfanato, un sitio favorito de reunión para las hermanas que cosían y remendaban allí, charlando, hasta riendo y cantando, y discutían sus tristes y pequeñas preocupaciones, aunque esto fuera pecaminoso, según la Hermana Elizabeth. Un alma bondadosa y parcialmente acomodada había donado las tres mecedoras cercanas a la gran estufa de hierro negro que estaba empotrada en el muro de rojos ladrillos, y las manos de las monjas habían limpiado y pulimentado el suelo de ladrillos. Siempre había una enorme olla de sopa humeando sobre las pavesas en la estufa y, para las monjas y los niños, despedía el más delicioso aroma en el mundo. En la planta alta dormían los niños acumulados en literas y, tras una puerta, las monjas también lo hacían, en comunidad. La Hermana Elizabeth era la única que tenía su aislamiento, oculto el espacio tras una pesada cortina marrón. El aula de clases para los niños era la iglesia, «mientras esperamos» decían las monjas, «a que sea construida una verdadera escuela». Sus esperanzas

nunca decaían aunque la Hermana Elizabeth era menos imaginativa y solía decir: «Es preciso contentarse con lo que hay».

Los reservados exteriores estaban protegidos de las miradas públicas por un armazón de tablas y, al final de un tosco túnel de maderos construido por las monjas, se llegaba a la puerta de la cocina. Por frío y desnudo que fuera el orfanato-convento, las monjas, varias de ellas procedentes de Irlanda en los últimos años, lo estimaban como al más querido y cómodo de los hogares y sus semblantes, en la cálida cocina, irradiaban a la luz de la lámpara, mientras trabajaban y comadreaban inocentemente. Algunas veces un niño muy pequeño y enfermo era llevado allí, envuelto en chales, para ser mecido por una monja, acariciado y tranquilizado aun de noche hasta que se dormía contra el inmaculado pero maternal seno y era transportado arriba, entre murmullos de plegarias. El apetito nunca era plenamente apaciguado en aquel edificio, pero las monjas se consideraban a sí mismas como privilegiadas en aquella comunidad de genuina fe, esperanza y caridad.

Joseph entró en la pequeña sala de recepción que estaba tan fría como la muerte y olía a cera de abejas y a generosas cantidades de jabón. Las paredes estaban encaladas y nada de lo que intentaban las monjas podía quitar las manchas de humedad, que eran permanentes. El suelo era abrigado hasta adquirir un lustre oscuro y el cuarto contenía una mesa recubierta con un paño de áspero tejido orillado, de encaje basto, y sustentaba la estimada Biblia del convento encuadernada en piel roja, sin ningún otro objeto, excepto una lámpara de petróleo, encendida. Un diminuto ventanillo, cerca del techo, dejaba penetrar la única luz diurna, pero nunca el sol, y había cuatro sillas de cocina de respaldo recto alineadas rígidamente contra las paredes.

Pero en una hornacina de la pared se hallaba una pequeña y mal tallada estatua de Nuestra Señora María Auxiliadora, toda de dorado barato, azul venenoso y restallante blanco, con un halo dorado. En el mismo centro de esta pared colgaba un enorme crucifijo de madera oscura y el cuerpo clavado estaba maravillosamente tallado en marfil antiguo. Había pertenecido durante generaciones a la familia de la Hermana Elizabeth en Irlanda, y ella lo había transportado a América cuando era una monja muy joven y era su tesoro, y el tesoro del convento-orfanato. Le habían sugerido que el altar en la iglesia era el lugar más adecuado para contenerlo, pero la Hermana Elizabeth buscó el cuarto más sombrío del convento para colocarlo. Nadie sabía sus razones y ella nunca contestaba a las preguntas, pero casi todos cuantos entraban en la sala de recepción sentíanse impulsados, al contemplarlo, hacia algún sentimiento, algunos de remordimiento, otros de rebelión, otros de paz y algunos de absoluta indiferencia como era el caso de Joseph Armagh.

Se sentó en una de las tias sillas y se estremeció, preguntándose con alarma si no había pillado otro resfriado bajo la lluvia. El único temor que nunca se permitía era el miedo a una enfermedad sin remedio, el desempleo y la indigencia; creía que en tal caso nunca volvería a ver a su hermano y hermana, que ellos serían entregados

a la adopción de desconocidos cuyos nombres jamás sabría. Nadie en Winfield mencionó nunca tal posibilidad, pero él estaba convencido de ello y recordó al viejo Padre O'Leary, que había traído a la familia a aquel lugar y había muerto un mes después.

Joseph aguardaba a su familia, volvió a estremecerse y recordó que sólo había comido una vez aquel día —todo cuanto podía permitirse—: un escaso condumio de pan, tocino frío y café negro en su pensión. Sentía también calambres de hambre y, mientras se frotaba las frías manos, trató de no pensar en comida. Alzó los ojos, éstos encontraron el crucifijo y por vez primera lo vio con plena percepción y sintió una súbita y violenta convulsión interior.

—Sí, pero Tú nunca ayudaste a nadie —dijo en voz alta—. Todo son mentiras, esto lo sé, y nadie puede demostrarme lo contrario.

El rostro de su madre joven, agonizante y dolorida, resplandeció vívidamente ante él y crispó sus secos ojos, cerrándolos por un momento. Se dijo mentalmente: Mamá, he cuidado de ellos, y siempre lo haré, tal como te prometí. Durante tres años estuvo sofocando, muy adentro, la mordedura de la pena y pensaba que había perdido la capacidad de sentirla pero volvía como un golpe contra su corazón, un golpe salvaje que le hizo tambalearse en su silla y le hizo agarrarse a los lados, como temiendo caerse. Luego, cuando pudo, volvió a sofocar el terrible dolor de nuevo, una y otra vez hasta que se entumeció.

Tres años, pensó. He estado tres años en este país y todavía no he sido capaz de acomodar a mi familia en un hogar elegido por mí sino solamente en un orfanato. ¿Cómo voy a conseguir este famoso oro que nos protegerá? No estoy educado para otra cosa que no sea el trabajo manual, aunque tengo buena caligrafía y podría ser escribano o dependiente. Pero nadie quiere darme esta clase de trabajo, con mejor salario, porque soy lo que soy y lo que nací. ¿Va a ser siempre así? He buscado y he meditado y no hay luz ni esperanza.

Recordaba lo que había ocurrido tres años antes, cuando aquellos que no estaban enfermos o agonizantes consiguieron permiso para entrar en América a través de Filadelfia —y fueron muy pocos—. El Padre O'Leary y las hermanas habían rodeado al muchacho, a su hermano y una de las monjas había llevado en brazos a la niña, y el Padre O'Leary declaró que los tres huérfanos estaban bajo su custodia, y fueron admitidos. Pero el orfanato de Filadelfia estaba rebosante y, en consecuencia, el viejo sacerdote, en sus primeros síntomas de agonía por las privaciones y penalidades, trajo a los tres chiquillos a esta ciudad en la diligencia, un largo y triste viaje en pleno invierno. Dos de las monjas le acompañaron para ayudarlo. Joseph había insistido en pagar su propio viaje de los quince dólares que su padre envió a su madre y, cuando llegaron a Winfield, no le quedaban sino dos dólares, ya que el alimento tuvo que ser comprado en tabernas y posadas, así como la leche para la niña. Joseph permaneció en el orfanato mientras buscaba trabajo.

—Quédate con nosotras durante un año, Joseph —había dicho la Hermana

Elizabeth—, trabaja para nosotras y te daremos clases. No podemos pagarte porque somos muy pobres y dependemos de la caridad.

Pero Joseph encontró su primer trabajo en una caballeriza por tres dólares a la semana, uno de los cuales daba a la Hermana Elizabeth pese a sus protestas. Recordaba cómo vivió en el establo con los caballos, durmiendo en el granero. Cuando tuvo catorce años supo que tenía que ganar más dinero y fue a trabajar en el aserradero. Le fue prometido un dólar más por semana en mayo.

Contempló el crucifijo y la faz sufriente maravillosamente detallada.

—No —dijo de nuevo—. Tú nunca ayudaste a nadie. Eres sólo una mentira.

Se abrió la puerta y miró hacia ella con ansiedad, porque lo que iba a ver era su único consuelo y el manantial de su desesperada y fría voluntad. Pero la que entraba era la Hermana Elizabeth, por lo que se levantó lentamente y su rostro adquirió la expresión neutra y hermética de siempre.

V

—Joseph, muchacho —dijo la monja tendiéndole la mano.

Era una mano encallecida por interminables y duras faenas, pero cálida y fuerte. La suya quedó fría y flácida en el apretón y la monja lo notó. Pero mostró su engañosa sonrisa suave, pestañeando tras los brillantes lentes, y su sonrosada faz adquirió hoyuelos y era afectuosa bajo la blanca toca y el velo negro. Aunque comía menos que ninguna otra en el convento su corto cuerpo era rechoncho, lo cual era un milagro constante para las jóvenes monjas bajo su dirección.

—¿Dónde están Sean y Regina? —preguntó Joseph sin corresponder a la sonrisa. Se erguía ante la monja en reto amenazador y el persistente temor volvía a surgir.

—Joey, siéntate, y déjame conversar contigo —dijo la Hermana Elizabeth y añadió—: No temas. Los pequeños te esperan y no tardarán en venir. Pero tengo algo importante que decirte.

—¡Están enfermos! —dijo Joseph en voz alta y acusadora, y su acento la hizo más áspera.

—En absoluto —dijo la Hermana Elizabeth y ya no sonreía. Su semblante se hizo severo y autoritario—. Sigue en pie, si así lo quieres, y no te sientes. Eres un mozo muy terco, Joey, y estoy disgustada. Pensé que podría hablar contigo como le hablaría a un hombre sensato, pero creo que es imposible. Bueno, ¿observaste el hermoso carruaje que está afuera, esperando?

—¿Qué tiene que ver conmigo? —indagó Joseph—. ¿O es que acaso alguien ofrece un buen trabajo con excelente salario, Hermana? —y sonrió con escarnio ante tal idea descabellada.

—Ah, Joey —suspiró la Hermana Elizabeth. Le tenía cariño al muchacho. Le recordaba a sus inquietos y valientes hermanos en Irlanda, todos muertos de enfermedad y privaciones—. La vida no es así de fácil y fantasiosa.

—No hace falta que me lo diga. Lo sé. Hermana.

—Sí, Joey, no lo ignoro —y lo miró con oculta compasión—. Bueno, debo explicártelo. Ha venido una hermosa dama, joven pero verdaderamente gentil, esposa de un caballero de excelente posición. Ella tiene sus riquezas y es en su casa donde vive con su servidumbre; es casi el único sostén de nuestra iglesia en Winfield y es quien paga nuestro alimento, refugio, ropas y zapatos, y también hace donaciones para las misiones y un seminario. Pero toda bolsa tiene un fondo, según se suele decir, y ella hace todo cuanto puede. Tiene una hijita, de la misma edad que Mary Regina, pero desgraciadamente no puede tener más hijos. Su gran corazón suspira por otra hija, pero no podrá ser. Es la voluntad de Dios. O sea que desea adoptar...

—¿A Regina? —dijo Joseph en un tono que parecía una imprecación. Hizo un ademán furioso como si fuera a golpear a la monja ante la cual seguía erguido—. ¿Es esto lo que quería decirme?

—Joey...

—¡Cómo se atrevió a mostrarle Regina a ella! —y su voz se elevó en grito truncado de rabia y afrenta—. ¿Acaso no pago por mi hermana? Usted me la robaría, pese a sus melosas promesas. ¡Usted me mintió!

La monja avanzó, sus facciones tan duras como las de él y, cogiéndole por el brazo flaco, le sacudió.

—No me hables así, Joey, o te dejo y no hablamos más. En verdad, te dejaría ahora mismo si no fuera por Mary Regina y su futuro. Yo no mostré tu hermana a esta dama, a quien llamaré señora Smith porque no debes saber su nombre. Ella vio a la niña en una de sus visitas de misericordia a este orfanato, cuando nos trajo piezas enteras de lana, franela, algún dinero, se encariñó inmediatamente con la niña y pensó en ella como una hermana para su propia hijita.

En la pausa se suavizaron un poco las facciones de la monja.

—Cálmate, Joey. Aparta por un momento el furor de tu mente. ¿Qué porvenir tiene Mary Regina aquí, en esta ciudad? Tienes solamente dieciséis años, pobre mozo. Estás medio muerto de hambre, vives míseramente y, aunque no me lo hayas contado, lo sé. También tienes un hermano. La existencia no es grata para los irlandeses en América, como ya has descubierto por ti mismo, y puede que nunca lo sea. Hemos de mantener cerradas las puertas de la iglesia excepto durante la misa y también las del orfanato. Hace menos de dos meses unos malvados forzaron la entrada al templo, derribaron el altar, profanaron la hostia y golpearon al Padre Barton que intentó, en vano, contenerlos. Robaron nuestros candelabros, rompieron nuestro crucifijo y mancillaron la sacristía. Tú lo sabes, Joey, y he oído decir que, en otras ciudades de América, se ataca a los católicos y la iglesia. No hace sino un mes que la Hermana Superiora, en su convento de Boston, fue golpeada casi hasta la muerte, sus monjas atacadas y las hostias en la adjunta iglesia fueron dadas como alimento a los caballos, o pisoteadas en el arroyo.

Alzó sus ojos al crucifijo de la pared, con su semblante pálido y lágrimas en sus pestañas. Pero continuó hablando con serena resolución:

—¿Qué clase de vida se presenta ante Mary Regina, que necesita un hogar, el cariño de una madre y un futuro de paz, comodidad y educación? En el mejor de los casos puedes ganar salarios más elevados, pero, a no ser por un milagro, pasarás muchos apuros para mantenerte a ti mismo y a Sean durante muchos años. Mientras, vivirás como vives, no habrá esperanza para Mary Regina, y poca para ti y Sean.

Joseph escuchaba con rígida actitud hostil.

—¿Acaso los hijos de tus padres muertos no merecen más que esto? Tú eres un hombre, Joey, Sean pronto lo será, y la vida no es tan dura para los hombres como lo es para las mujeres, esto lo sabemos. Vosotros os las compondréis, pero ¿qué será de Mary Regina? ¿Te atreverás a negarle a ella lo que puede tener... calor, buenas ropas, cuidados y afecto, maestros, buen ambiente y, más tarde, un buen matrimonio? Si la privas de todo esto, Joey, la condenarás a toda una vida de miseria. ¿Has pensado en

lo que inevitablemente le traerán los años si sigue aquí? Podemos enseñarle lo elemental y sus deberes domésticos, pero cuando tenga catorce años no podremos guardarla por más tiempo aquí, ya que su sitio debe ser dado a una muchacha más joven. No nos queda elección. En consecuencia, Mary Regina, al igual que hacen todas nuestras muchachas, deberá ingresar a servir y será una sirvienta despreciada toda su vida, sus modales serán humildes, deberá inclinarse ante aquellos que abusarán y se mofarán de ella y la tratarán con menos gentileza que a sus caballos y perros.

Joseph denegó lentamente con la cabeza.

—Ya sé que me has dicho, Joey, que cuando Mary Regina tenga catorce años ya estarás capacitado para darle un buen hogar conseguido por ti mismo. Esto en menos de once años. ¿Lo crees realmente posible, Joey?

—Sí —afirmó Joseph, y en la escasa luz de la lámpara y la semipenumbra que ahora llenaba la sala de recepción su rostro era el de un hombre de mucha más edad, resuelto.

La monja suspiró de nuevo, bajando la vista hacia sus manos prietamente entrelazadas.

—No conoces el mundo, Joey, pese a todo lo que ya has soportado. Eres muy joven y por lo tanto para ti nada parece imposible. Pero, Joey, casi todos los sueños de la juventud se quedan en nada, y esto lo he comprobado por mí misma. Yo he visto centenares de jóvenes corazones animosos derrumbarse y morir en la caída de sus ilusiones. Y he oído el silencio de la desesperación más veces de las que quiero recordar.

Su voz rotunda, habitualmente tan aplomada, se matizaba ahora con melancolía. Tras unos instantes prosiguió:

—Joey, no negaré que puedas abrirte paso y bien. Pero no con una hermana a la cual cuidar y proteger. Debes también pensar en Sean. No prives a Mary Regina de la madre, del cariño y del hogar que esta bonita dama le ha ofrecido en puro impulso de bondad y ternura de su corazón. No te atrevas a hacerlo, Joey.

Una intensa concentración hizo más compactas las facciones del muchacho y sus pálidas mejillas parecieron hundirse como las de un anciano. Sus profundos ojos azules se posaron con fijeza en la monja y su ancha boca delgada era como una hoja de acero. Se había quitado su gorra de obrero al entrar en la sala y su alborotada melena roja colgaba en mechones sobre su arrugado entrecejo, sobre sus orejas y nuca. Su rostro expresaba, a la vez, sombría desolación y rabia concentrada.

—Piensa, Joey, antes de hablar —dijo la Hermana Elizabeth, y su voz era amable y conmovida.

Joseph comenzó a caminar hacia arriba y hacia abajo de la pequeña estancia, firme y lentamente, con las manos en los bolsillos, mirando fijamente sin ver ante él. La Hermana Elizabeth notó su lividez enfermiza, sus pecas resaltando, su espantosa flacura, sus raídas ropas, y su corazón se crispó en dolorida compasión. Un mozo tan

valiente, con un espíritu tan fuerte y sin embargo no era más que un mozo, un huérfano un poco más grande que muchos de los que residían en el orfanato. Cerró los ojos y rezó: Mi Señor Bienamado, haz que él tome la decisión adecuada, por su propia salvación futura.

Súbitamente se detuvo ante la monja y de nuevo amagó aquel gesto de fiera intimidación. Su saliente y casi ganchuda nariz era como un tétrico y brillante hueso en su pétrea cara.

—Déjeme ver a esta preciosa señora —dijo.

Casi a punto de sollozar de alegría, la Hermana Elizabeth saltó en pie y anadeó rápidamente, saliendo de la estancia. De nuevo a solas, Joseph se volvió, acechando el crucifijo. Parecía destellar de vida al oscilar, en oleadas sobre el marfil, el alternado resplandor y amortiguamiento de la luz de la lámpara. Joseph apenas sonrió y meneó la cabeza como sombriamente divertido por algo que para él no tenía significado pero que, de repente, le había llamado la atención.

La puerta se abrió y entraron la Hermana Elizabeth y una joven dama. Joseph abrió los ojos que ahora estaban hundidos, como si sintiera una dolencia muy honda.

—La señora... Smith —dijo la monja—. Éste es Joseph Armagh, el hermano de Mary Regina, de quien ya le hablé. ¿Joey...?

Contemplaba desanimada al muchacho. Joseph estaba reclinado contra la pared y no se movió ni dijo nada. Estaba escrutando con intensa fijeza a la mujer joven que sonreía esperanzada junto a la Hermana Elizabeth.

Era joven, posiblemente unos diecinueve o veinte años, alta y esbelta, con un delicado y sensible rostro de rosa y perla, con anchos y lucientes ojos negros y una boca escarlata como una hoja de otoño. Bajo un gorro de terciopelo rosa, atado con lazos de satén rosa, su cabello se ensortijaba en ondas castaño claro y bucles. Llevaba un chaquetón corto de una tersa y suave piel oscura, brillante y cara, y su elegante falda anillada era de terciopelo negro con trencilla dorada. Llevaba un manguito en sus manos enguantadas, de la misma piel que el chaquetón. En sus orejas lucía pendientes de diamantes y rubíes y una leve luz escarlata se reflejaba en sus bonitas mejillas. Sus zapatillas eran de terciopelo con tacones bajos y, bajo su falda, había un asomo de pantaletas^[5] de seda y encaje.

Estudiaba a Joseph casi con la misma concentración que él; su tímida sonrisa desapareció y su delicado semblante se convirtió en interrogante y retador.

Joseph nunca había visto ninguna mujer tan encantadora, no, ni siquiera su madre, ni ninguna tan ricamente vestida. Un tenue olor a violetas emanaba de ella. Joseph dilató las fosas nasales, sin placer. Ella estaba tan lejana de él como cualquier punto en el espacio en que se le ocurriera pensar y tan ajena como si perteneciese a otra especie. La odiaba y el odio era como ácido en su garganta. O sea que era su dinero el que podía comprar carne y sangre, al igual que cualquier Sassenagh bien nutrido y galoneado que traficase con las manos y lomos de un hambriento irlandés para sus minas, sus tropas y sus fábricas y no dejase tras él más que huesos muertos.

Los dos jóvenes se estudiaban el uno al otro en silencio, y la Hermana Elizabeth miraba ansiosamente de uno a otro y rezaba con íntimo fervor. Hasta que Joseph dijo:

—¿O sea que usted quiere comprar mi hermana?

La Hermana Elizabeth contuvo el aliento y la señora Smith se volvió hacia ella impulsivamente, con una especie de temor que imploraba ayuda y la hacía asemejarse a una muchacha asustada. La Hermana Elizabeth, correspondiendo, la cogió de una mano apretándola para darle ánimos, y habló con severa severidad:

—Joey, esto ha sido de lo más descortés y perverso. No se ha hablado para nada de «comprar» y lo sabes bien.

Intentaba encontrar la mirada de Joseph para reprocharle y ordenarle más comedimiento, pero él no apartaba la vista de la señora Smith. Era como si no hubiese oído. Se apartó de la pared, cruzó los delgados brazos sobre su pecho y pudieron ver sus rojas muñecas y las cicatrices que había en ellas y en sus largas manos.

—¿Tendría a mi hermana como un juguete, una criada, para su propia hija? —preguntó Joseph—. ¿Una Topsy, como estaba escrito en ese libro que he leído acerca de los esclavos? ¿Como en «La Cabaña del Tío Tom», no?

La Hermana Elizabeth estaba sobrecogida. Su redondo semblante enrojeció y sus ojos se dilataron tras los lentes. Pero, ante su asombro, la señora Smith le tocó suplicante el brazo, y dijo:

—Hermana, yo le contestaré al señor Armagh.

La monja se asombró aún más al ver que aquella tímida criatura quedaba convertida, repentinamente, en un ser tan seguro de sí mismo. La señora Smith se enfrentó de nuevo a Joseph pero antes aspiró, con amplitud, mirándole con grave elocuencia.

—No como a un juguete sino como a mi propia hijita amada, hermana para mi pequeña Bernadette, estimada, resguardada y protegida con ternura y devoción. Heredará lo mismo que heredará mi hija. Sólo la he visto una vez y la he querido inmediatamente, y me pareció que era como mía, señor Armagh, y mis brazos sentían anhelo por ella, y todo mi corazón. Nada más sé añadir a lo que he dicho.

La lívida boca de Joseph se abrió para hablar, pero no dijo nada durante unos momentos, mientras las dos mujeres esperaban. La luz de la lámpara, ascendente y fluctuando al menguar, cincelaba y oscurecía sus tensas facciones. Un espasmo deformó su rostro como si sintiera un extremo dolor. Pero su voz fue tranquila al decir:

—Entonces, me dará usted un papel escrito tal como yo le diga, o no hablaremos más de ello. Mi hermana conservará su apellido, aunque se la lleve, ya que es un gran apellido en Irlanda y estoy orgulloso de tenerlo, y mi hermana estará orgullosa. Ella debe saber siempre que tiene dos hermanos, que un día la reclamaremos y hasta este día yo debo verla como la veo ahora, y Sean también debe verla. Entonces se la dejaré, por las ventajas que usted puede darle ahora, como una compañera para su

propia hija, pero sólo la dejo, la presto.

—¡Pero esto es imposible! —exclamó la Hermana Elizabeth—. ¡Una niña adoptada toma el apellido de sus padres adoptivos y de su nueva hermana, y no debe conocer otro! Es una protección para la misma niña, de modo que su corazón no esté dividido ni turbados sus pensamientos. Debes comprenderlo así, Joey.

Volvióse Joseph hacia la monja con tremenda repudiación.

—Estamos hablando de mi carne y de mi sangre, ¿no es así, Hermana? La carne y sangre de mis propios padres, ¡el cuerpo de mi hermana Regina! Creo que es usted la que no puede comprenderlo. Un hombre no puede abandonar lo que es de su carne y sangre, dar media vuelta, alejarse y no volverla a ver jamás ¡cómo si se tratase del cerdo o del camero de la familia yendo al mercado! Le juré a mi santificada madre en su lecho de muerte que yo cuidaría de los pequeños, que nunca los abandonaría y no voy a quebrantar mi palabra. Regina es mía, igual que Sean es mío, nos pertenecemos el uno a los otros y nunca nos hemos de separar. Esto es todo cuanto he de decir, Hermana, y si la señora Smith se niega, entonces démoslo todo por terminado.

La señora Smith habló de nuevo con voz implorante y tímida:

—No debe crearme insensible, señor Armagh, ni tampoco una mujer insensata. Me doy cuenta de cómo debe lacerarle el alma tener que separarse de su hermana. Pero tenga en consideración lo que ella poseerá, lo cual usted no puede darle; considere lo que su propia madre desearía. Yo no fui siempre rica. Mi madre y mi padre vinieron a estos territorios para ganarse la vida como madereros, vivieron con estrecheces, como me contó mi padre, y cuando yo era tan sólo un bebé, mi madre murió de frío, de nostalgia y de privaciones. Cuando tuve diez años mi padre empezó a elaborar su fortuna, yo fui dejada con desconocidos cuando pasó una larga temporada en los bosques y no le reconocí cuando regresó a recogerme. Por consiguiente, conozco los sentimientos de una criatura sin hogar. ¿Cree usted, señor Armagh, que obra justamente con Regina al condenarla a vivir en un orfanato, sin ninguna esperanza en su porvenir? ¿Cree usted que su madre desearía esto?

—Mi madre desearía que sus hijos se conociesen los unos a los otros y permaneciesen juntos —dijo Joseph, haciendo un brusco ademán de despedida hacia las dos mujeres.

—Aguarde, por favor —dijo la señora Smith, adelantando su pequeña mano enguantada hacia él—. Mi marido y yo... vamos a irnos de Winfield y es posible que nunca regresemos. Vamos... a una ciudad lejana... ya que mi marido es hombre importante y tiene mucha ambición. Regina tendría que venir con nosotros...

—No. Ya hemos hablado demasiado —dijo Joseph y su voz era sonora e implacable—. No tengo nada más que decir. Estoy aquí para ver a mi hermano y a mi hermana, y los quiero ver a solas... por favor.

La señora Smith inclinó la cabeza, hurgando en su manguito y extrajo un perfumado pañuelo que se llevó a los ojos. Prorrumpió en manso llanto.

La Hermana Elizabeth, intervino muy conmovida:

—Joey, eres un mozo orgulloso y de sangre orgullosa como tú mismo has dicho. Pero cuídate de que esto no te extravíe. Además, no puedes disponer del destino de Mary Regina tan a la ligera.

El muchacho replicó con sarcasmo:

—Existe algo más que el dinero, Hermana, ¿y he de ser yo quien se lo diga? Existe la familia de un hombre, y él no vende esta familia. No tengo nada más que decir.

La Hermana Elizabeth enlazó por los hombros a la joven sollozante y la condujo hacia fuera, murmurando palabras de consuelo. Pero la señora Smith no quería ser consolada, y Joseph oyó sus exclamaciones doloridas, sus sofocadas protestas en el vestíbulo, y sonrió ceñudo. Sentóse de nuevo en la dura silla, crispando sus ásperas manos en sus rodillas, y esperó. Su agotamiento se hizo más profundo. Su cuerpo estremecía y temblaba, no de miedo por él sino por Sean y Regina.

La puerta se abrió y los dos niños entraron corriendo y llamándole por su nombre; todavía no podía levantarse para acogerlos, pero tendió los brazos hacia ellos sin una palabra y los niños fueron corriendo hacia él. Alzó, con enorme esfuerzo a la niña de tres años sobre su rodilla y enlazó con el otro brazo a Sean, un Sean alto, muy flaco y rubio, de nueve años.

—Nos hicieron esperar mucho tiempo para verte, Joey —dijo Sean, y se reclinó contra el hombro de su hermano.

Poseía la armoniosa y fascinante voz de su padre, la atractiva sonrisa de Daniel al igual que los hoyuelos en las mejillas y los anchos ojos brillantes, claros y azules, y su cabello rubio se ensortijaba sobre su cabeza, orejas y pescuezo. Revestía las toscas y pobres prendas de los asilados, limpias y remendadas, y las llevaba como un caballero que luciera sedas y terciopelo. Su nariz respingona daba a su semblante una expresión alegre aun cuando estaba triste, lo cual no sucedía a menudo, ya que poseía el carácter optimista y esperanzado de su padre y rara vez lloraba o estaba malhumorado. Joseph, como de costumbre, no pudo dejar de sonreír y recordar, y atrajo a Sean más apretadamente, para luego empujarle con torpe afecto.

—Tuve asuntos que discutir con la Hermana —dijo y dedicó toda su atención a Regina, y sus hundidos ojos azul oscuro se ablandaron.

Porque Regina, tal como decían todas las monjas, era «un amorcillo», una deliciosa y grave criatura que rara vez sonreía, extraordinariamente bonita, con su larga melena de rizado y brillante cabello negro, piel blanca, sonrosadas mejillas y labios, y ojos de un azul oscuro como los de Joseph, pero más grandes y más redondos. Parecía comprender casi todo lo que se decía, semejando reflexionar sobre ello, por lo cual decían las monjas: «Esta preciosidad, que es un ángel, está escuchando a los ángeles». Consideraban un portento que las pestañas de la niña fueran de un vívido oro, en contraste con su cabello, y aquel color desacostumbrado le daba una mirada reluciente. Su expresión no era infantil sino con frecuencia sombría; habitualmente era muy silenciosa, aunque no huraña, y le gustaba jugar a

solas. Su rostro no era el de una niña pequeña sino el de una muchacha aproximándose a la pubertad, muy pensativo, y a veces triste y ausente.

Joseph la quería por encima de todas las cosas en el mundo, aún más que a Sean, y era muchísimo más querida que su propia vida. Su pequeño cuerpo era delgado, como lo eran todos los de los huérfanos, y llevaba una túnica de lana parda demasiado grande para ella, donación de alguna madre caritativa al orfanato. El tejido había ajado la sedosa blancura de su pequeño cuello, sus medias habían sido tejidas con lana negra por las monjas, sus zapatos eran demasiado anchos y tenía que remover constantemente los dedos para conservar en sus pies aquel calzado.

Como si hubiera sabido que Joseph había afrontado, recientemente, una prueba, miró en silencio el rostro de su hermano y luego tocó levemente su mejilla. Sean se movía sin cesar por la habitación, charlando y preguntando interminablemente, pero Joseph mantenía contra sí a su hermana, sentía que la había rescatado de algo temible, y el solo pensamiento le hizo estremecerse de nuevo. Le cogió la manecita, percibió su aspereza magullada y vio las pequeñas uñas rotas, pero cuando miró otra vez su rostro, ella sonrió súbitamente y fue para él como la luz y un bendito consuelo. La estrechó casi violentamente contra su propio cuerpo y, aunque debió sentir una considerable incomodidad, no protestó sino que se acurrucó más contra él. Cariño mío, cariño mío, decía el muchacho. ¿Y querían dejarme sin ti? Nunca, nunca hasta que muera. Como hay Dios, nunca hasta que muera.

Sean se detuvo ante su hermano, celosamente.

—¿Dónde está ese estupendo hogar que nos has estado prometiendo, Joey? — preguntó. Su entonación era incitante y melodiosa.

—Pronto —dijo Joseph, y pensó en los tres años que llevaba en aquel país.

Tres años y no había hogar como le prometió a su madre y después a aquellos niños, sino un orfanato para Sean y Regina y sólo un mísero cuartucho para él bajo las vigas de la ruinoso casa de una viuda, a más de dos kilómetros del orfanato. Era uno de los tres hospedados y pagaba un dólar a la semana por la cama en aquel cuarto, limpia pero hundiéndose en el centro, con su viejo colchón de paja sobre una malla de cuerda, una silla y una cómoda en la que guardaba todo lo que poseía. No tenía calefacción ni siquiera en invierno, ni cortina en la única y estrecha ventana, ni alfombra en el frío suelo, pero era todo lo que podía permitirse, y hasta excesivo. Buscaba ahora toda su fortaleza, recordando aquel cuarto, pensando en su hermano y hermana en aquel inhóspito orfanato, para preservarse de sumirse en la desesperación.

El viejo sacerdote y las monjas siempre decían, firmemente, que la honradez sería premiada por Dios, que la fe nunca sería decepcionada, y que un hombre laborioso y con integridad ascendería a las riquezas y honores entre los suyos. Algunas veces, cuando recordaba estos inocentes aforismos, Joseph estallaba en repentina carcajada, su risa breve y fiera en la que no había diversión sino solamente amargura. Para Joseph Armagh los cándidos no eran patéticos. Eran despreciables. Convertían la

realidad en parodia. En aquellos momentos Joseph se acordaba de su padre, pero no con cariño.

Recordó que el próximo domingo recibiría cuatro dólares por doce horas de un trabajo algo peligroso, y sintió un súbito alivio. Le dijo nuevamente a Sean:

—Pronto. Ahora falta mucho menos tiempo. El próximo domingo te traeré un pastel y otro a Regina.

Enlazó nuevamente por los hombros a Sean, lo atrajo a su costado, y mantuvo también contra sí a Regina; ahora los niños estaban silenciosos, acechándole con muda curiosidad porque percibían la dura concentración en él, y Sean, más voluble que su hermana, comenzó a sentir miedo, como a menudo lo sentía hacia Joseph. Ninguno oyó abrirse la puerta y nadie vio a la Hermana Elizabeth detenida unos instantes en el umbral, observando aquella patética escena con los ojos llenos de lágrimas. Luego dijo, con vivacidad:

—¿Todavía en pie, Sean y Mary Regina, cuando deberíais estar en la cama? Andando, deseadle las buenas noches a vuestro hermano porque también él está cansado.

Irrumpió en la estancia manteniendo apretada con fuerza la boca por temor a que sus labios temblasen, alborotó el rubio cabello de Sean con su rolliza mano, afectuosamente, y acarició los rizos de Regina. No era mujer para mostrar sentimentalismo pero súbitamente se inclinó y besó a los dos niños. Después, como molesta consigo misma, los apremió para que salieran y cerró la puerta tras ellos, gruñendo. Había colocado dos paquetes en una silla al entrar. Joseph estaba en pie ante ella, con fría y silenciosa hostilidad, y la monja suspiró.

—Bien, Joey, se ha dicho todo cuanto debía decirse y hago votos para que no lo lamentos. Ahora, no nos pongamos tontos esta noche y quieras rechazar la pequeña cena que la Hermana Mary Margaret empaquetó para ti, diciéndome que no estás hambriento cuando sé que lo estás, y volviendo a demostrarme tu soberbia. Estás muy delgado y débil, con catarro y, si caes enfermo, ¿quién cuidará de los pequeños?

Era un alegato mañoso y Joseph, al contemplar los paquetes en la silla, intentó dominar un estremecimiento.

—Tengo los habituales libros para ti, Joey, dejados para ti por un buen hombre.

Joseph se dirigió hacia los paquetes y procuró ignorar la hogaza de pan, queso y la tajada de tocino frito, aunque su boca se hizo agua instantáneamente. Miró los libros en un paquete separado, envueltos en periódicos. Había cuatro. Siempre había, por lo menos, uno cada domingo; algunos los vendía por un penique o dos tras haberlos leído y otros los guardaba para volverlos a leer. Aquella noche el paquete contenía un libro de lecturas piadosas con una portada de un grupo de ángeles asexuados elevándose en una columna de fuego blanco, un volumen de los sonetos de Shakespeare, delgado y desgastado, el *Viaje del Beagle*, de Charles Darwin, casi nuevo, que examinó con gran interés, y el cuarto era un volumen de las teorías filosóficas de Descartes, Voltaire, Rousseau y Hobbes. Como siempre, experimentó

un hondo escalofrío de anticipada excitación a la vista de los libros, el roce de ellos contra su mano y el susurro del papel. Eran como su alimento y su bebida. Apartó, dejándolo en la silla, el libro de lecturas piadosas con un ademán de burla, y envolvió de nuevo los otros tres en el periódico. Luego titubeó. Finalmente, con sincera renuencia, cogió también el paquete de comida.

—Gracias, Hermana —dijo, pero sus blancos pómulos se sonrojaron de mortificación—. Puedo pagarme mis cenas. Hermana, pero esta noche tengo hambre y, por lo tanto, le doy las gracias.

Encajó los paquetes bajo su axila y recogió su gorra de la mesa.

—Joey —dijo la Hermana Elizabeth—. Dios te acompañe, hijo mío.

Se sorprendió ante la emoción que vio en el rostro de la monja, ya que ella rebosaba siempre de sentido común y nunca emitía bendiciones ni piadosos aforismos. No estaba seguro de si lo que sentía en respuesta era desdén o embarazo, pero inclinó la cabeza y pasó ante ella con un gracias de despedida. Al desfilarse ante el hermético «locutorio» de la Hermana Elizabeth oyó el blando gimoteo de la señora Smith y la voz de un hombre consolándola. Salió del convento-orfanato y vio que el magnífico carruaje seguía esperando. Joseph titubeó. De repente percibió todo el poder de la riqueza como nunca hasta entonces lo había vislumbrado y sintióse súbitamente angustiado. Un hombre que tenía dinero podía coger lo que le apetecía sin temor a las consecuencias. Resultaba posible que aquel hombre rico y la mujer en la sala de la Hermana Elizabeth pudieran apoderarse, legalmente o no, de la hermana de Joseph Armagh y desaparecer con ella en algún lugar lejano, y él no podría hacer nada.

Un tenue y trio sudor brotó en su frente y entre sus hombros. Caminó con lentitud hacia el coche, sonriendo lo más agradablemente que pudo, y el cochero, que le veía venir con recelo, agarró su látigo. Joseph se detuvo cerca de él y, echado hacia atrás sobre los tacones, rió.

—Un noble carruaje para Winfield —dijo burlescamente—. ¿Acaso lo reserva el caballero para la dama de sus amores, y para que no sea vista por las calles durante el día?

—¡Tienes una lengua bien sucia, mocito! —gritó el cochero, mirando furioso hacia abajo el rostro magro y alzó el látigo—. Este carruaje es del alcalde de Winfield y su esposa, la señora Tom Hennessey, y no es en Winfield donde viven, sino en Green Hills, ¡donde tus semejantes llamarían respetuosamente a la puerta de servicio mendigando pan! ¡Y serían arrojados carretera abajo, a puntapiés!

Ahora la angustia alarmada de Joseph alcanzó el gélido terror, pero se limitó a permanecer allí, sonriéndole al cochero. Finalmente se encogió de hombros, dedicó al carruaje una última mirada de escarnio y se fue. ¡El alcalde de Winfield y su esposa! ¡Codiciaban a Regina y la robarían apenas pudiesen, como a un negrito acechado por un traficante de esclavos! Joseph se apresuraba a través de las calles, jadeando, agarrando sus paquetes, con un necio terror insensato tras sus tacones. Hasta que no

estuvo cerca de su pensión, en la parte más tenebrosa y azotada por la pobreza de Winfield, no fue capaz de recobrar el dominio sobre sí mismo.

Mientras pudiera seguir pagando por su hermano y hermana en el orfanato no podían regalarlos como cachorros o gatitos. También era verdad que la Hermana Elizabeth nunca había insinuado nada semejante, pero Joseph desconfiaba de todo el mundo sin excepción, y el temor que sintió en el barco le acompañaba siempre. Nadie sabía ahora dónde estaba su tío Jack Armagh y, por consiguiente, Joseph era el legítimo custodio de Sean y Regina, pero sólo tenía dieciséis años. Uno nunca podía saber qué clase de horrores, perfidias y crímenes podían ser llevados a efecto contra los desvalidos, hasta de gente como el Padre Barton y la Hermana Elizabeth.

Necesitaba más dinero. El dinero era la respuesta a todas las cosas. ¿No había leído tal aseveración en alguna parte, probablemente en la Biblia tan acariciada por su padre en el hogar, y que había desaparecido con todos los demás tesoros de los Armagh? Ciertamente, era allí donde lo había leído: «La fortuna del hombre rico es su fortaleza». Desde un principio había decidido ser rico algún día, pero ahora su determinación era completa, confirmada. Pensó en su madre, entregada al mar después que el barco abandonó Nueva York, y su padre en la fosa común de los indigentes, sin lápida ni recordatorio, y la boca de Joseph se convirtió en un tajo de dolor en su demacrado rostro. Tenía que poseer dinero. Era la única protección, el único dios, la única fortaleza que un hombre tenía en este mundo. Hasta entonces, Joseph había creído que muy pronto encontraría un medio de ganar un buen salario y dar a su hermano y hermana un hogar, protección, cálidos fuegos, buenos alimentos y vestidos. Pese a todo, todavía alentaba la creencia de que ésta era una tierra de oportunidades y sabía que había hombres ricos en Winfield, aunque ocultasen y disimulasen sus riquezas.

Ahora ya no le importaba cómo podría obtener, no ya un buen salario, sino dinero en abundancia. A partir de aquella noche el asunto radicaba en descubrir el secreto, y lo encontraría. Indudablemente lo descubriría.

Pensó en el señor Tom Hennessey, el irlandés que hizo su fortuna, como se aseguraba con fundamento y veracidad, con la trata de esclavos, al igual que hizo su padre, y tenía muchos negocios en la gran Commonwealth (comunidad de territorios con administración propia bajo un gobierno central) de Pensilvania, y todos éstos, se rumoreaba, igualmente ilegales y nefastos. Era su fortuna la que le hizo alcalde de aquella ciudad, y la que le proporcionó un suntuoso hogar en Green Hills, a él, hijo de un inmigrante irlandés, lo mismo que el propio Joseph Armagh.

La gente de Winfield hablaba con admiración de él, aunque se mofasen de su origen, pero con una especie de indulgente adulación. Hasta un irlandés con dinero tenía que ser respetado y los sombreros se alzaban a su paso. ¿Qué era lo que su esposa había dicho? Iban a trasladarse pronto a otra ciudad, lejana. Joseph no podía disponer del penique para un periódico pero había oído a los hombres en el aserradero discutiendo acerca de aquel «papista» que acababa de ser citado por la

legislatura del estado como uno de los dos senadores que debían ir a Washington. Pretendían despreciarle pero estaban orgullosos de que un senador —algo así como un miembro del Parlamento británico, pensó Joseph— procediese de su propia ciudad, añadiéndose así lustre y esplendor. Además, había nacido allí, fue un alcalde menos sobornable que la mayoría y había manifestado frecuentemente su «interés fraternal» por los pobres trabajadores «y las condiciones de su trabajo». El hecho de que no realizó nada positivo para remediar la situación no era esgrimido en su contra y, pese al odio general y al temor del «papismo», Tom Hennessey no era sospechoso de secretos delitos indecibles, excepto los menos dañinos y chocantes que, por lo menos, eran comprensibles y hasta podían calificarse, con admiración, de «pruebas de listeza», y eran obsequiosamente envidiados.

Traficar en carne y sangre, aunque fuera «negra», siempre le pareció a Joseph el más imperdonable y vil de los crímenes. Oprimido él mismo desde su nacimiento, sus raras y frías simpatías estaban a favor de los esclavos fugitivos que ahora podían ser capturados y devueltos a sus propietarios del Sur. Hubo ocasiones en que pensar solamente en esto le había casi enfermado, y tuvo la esperanza de que algún momento cercano pudiera ser capaz de ayudar a un esclavo desesperado a alcanzar el Canadá y ponerle a salvo de la maldad de la cual era una víctima universal. Pero aquella noche envidiaba a Tom Hennessey, cuya fortuna, así como la de su padre, se inició en la trata de esclavos. El alcalde era, de lejos, mucho más listo que Joseph Armagh, y su padre fue, indudablemente, más inteligente que Daniel Armagh, que se habría quedado atónito al saber que en el mundo vivían hombres tan detestables y degradados.

—Un hombre honorable, elevándose por encima del pecado y la ruindad, que nunca haya levantado la mano contra los desvalidos salvo para darles todo lo que pudo, es más grande ante los ojos de Dios y del hombre que un noble de sangre normanda y que la propia familia real —dijo Daniel en cierta ocasión hacía ya mucho tiempo. En realidad, Joseph no había creído en tal necedad. Pero fue Daniel Armagh, pensó Joseph en aquella plomiza noche de lluvia, quien inocentemente traicionó a su familia por su simpleza de pensamientos, palabras y comportamiento, y por no haberles nunca dicho la verdad. En aquellos minutos atormentados, Joseph sintió su primer impulso de odio hacia su padre... y no le produjo vergüenza ni pismo.

Atravesó la escuálida plaza de la ciudad con sus resbaladizos guijarros redondeados y las oscuras fachadas de sus tiendas. Una estatua de William Penn, torpemente tallada en bronce, se erguía en el centro y servía de letrina a las aves. Nadie transitaba por allí dada la tenebrosa noche de llovizna y frío, y los pasos de Joseph resonaban haciendo eco por toda la plaza. Una calle, entre otras, nacía allí y, llamada Filadelfia Terrace, albergaba la triste y ruinosa casa de pensión en la que vivía Joseph Armagh, donde alimentó sus resueltos y esperanzados sueños durante cerca de tres años.

Era una casita lamentable, más ruidosa que las vecinas, agrietada y desconchada,

con sus tablas desprendiéndose de los tabiques y su puerta mostrando rendijas. Una farola, despidiendo olor a gas, la iluminaba débilmente, lo cual era una ventaja porque, en la casa, no había ninguna luz. Eran más de las ocho de la noche y la gente decente estaba ya acostada, cobrando fuerzas para el trabajo del día siguiente. Joseph empujó la puerta sin cerrar y, por la luz de la farola, pudo orientarse hasta la mesa en la cual estaba su propia lámpara, llena, limpia y dispuesta para ser llevada escaleras arriba por los crujientes peldaños que hedían a mohó, polvo, roedores y coles. Palpó hasta hallar los fósforos que estaban depositados en una cajita abierta y clavada en la mesa. Encendió su lámpara y la luz amarilla humeó unos instantes. Cerró la puerta, llevó en alto la lámpara escaleras arriba y cada peldaño emitía un chasquido de rama muerta bajo sus pies. El frío estancado en la casa era más penetrante aún que el del exterior, y los escalofríos volvieron a apoderarse de Joseph.

Su cuarto era apenas más grande que un armario y olía a polvo removido y humedad. Colocó la lámpara sobre la cómoda. Contempló en su derredor la mustia fealdad de su «hogar» y la pila de libros cuidadosamente apilada en un rincón. Una súbita ráfaga de nevisca empezó a silbar y repicar contra el ventanuco. Joseph se quitó el abrigo y recubrió con éste la única manta de su desvencijada cama, para añadir un poco de calor. Un sonoro y explosivo estruendo, un trueno otoñal, siguió al brillante fogonazo del relámpago, el viento se elevó, el cristal de la ventana retembló y en alguna parte una persona empezó a redoblar ruidosamente.

Joseph se dio cuenta del creciente vértigo de hambre, se sentó en el borde de su cama y desenvolvió el paquete de comida. Metió el pan seco, el queso rancio y el tocino frío rápidamente en su boca, masticando apenas, pues tenía mucha hambre. Era una ración generosa y había sido un sacrificio para las buenas monjas, pero no era suficiente para dejarle satisfecho. Sin embargo, llenaba más que las cenas que comía en aquella casa siete noches por semana a setenta y cinco centavos por semana, y no había gastado sus cincuenta centavos. Lamió las migas de pan, queso y grasa que tenía en los dedos y quedó inmediatamente fortalecido.

El periódico aceitoso yacía sobre su cama. Un artículo captó su atención y lo leyó una y otra vez. Después tendióse, cruzando los antebrazos bajo su cabeza, y pensó, pensó y continuó pensando por lo menos durante una hora. Pensaba solamente en el dinero, y había encontrado el primer peldaño hacia su consecución. Aun cuando apagó de un soplo su lámpara continuó pensando, por una vez insensible al mal olor de su almohada plana, del socavón a modo de hamaca de su cama y de la delgadez de la manta y abrigo que le cubrían. Salido del terror, la desesperación y el odio, había encontrado el camino. No era muy versado en teología pero, para Joseph Francis Xavier Armagh, contenía muchísima más verdad y sentido práctico.

VI

La noche siguiente, al regresar a su pensión, Joseph fue acogido en la puerta por su menuda patrona, una viuda ya anciana con un semblante inocente, puro y crónicamente aprensivo, ya que la vida para ella no había sido más amable que para el propio Joseph. Sin embargo, esto produjo en la señora Alice Marhall un efecto opuesto: la hizo tan compasiva de los demás que lloraba al aceptar el dinero que sus pensionistas le pagaban semanalmente, concedora de sus interminables tareas pesadas y la desesperada situación de aquellos hombres jóvenes y viejos sin familia ni comodidades. Como ella tampoco había conocido estos dones —aunque nunca supo lo que era un paroxismo de autocompasión—, sentía una infinita pena por ellos. En su alma tímida ninguna amargura se había aposentado, ni el odio hacia Dios y los hombres, ni el rencor vengativo. En parte era debido al hecho de que poseía muy escasa inteligencia y en parte a su fe que nunca era sometida a dudas ni preguntas. Para la señora Marhall, «Dios sabía lo que era mejor, siendo nuestro consuelo y nuestro auxilio» y rezaba fervientemente no sólo por «los paganos» y los esclavos negros sino por toda persona a quien su minúscula facultad de pensar evocaba por unos instantes.

Joseph hubiese sentido inmediato desprecio por ella —ya que sus conversaciones estaban siempre repletas de piadosos y bíblicos aforismos—, pero le recordaba a su abuela materna, que murió depauperada durante el hambre. Tenía la misma simplicidad incommovible, la misma paciencia y sinceridad, la misma mirada ausente y lejana de quien ha conocido y ha visto indecibles padecimientos y penas, aceptándolo todo con una conmovedora conformidad. Pero la expresión aprensiva de los inocentes brutalizados permanecía en su pequeña cara pálida, en la mirada ansiosa de sus enturbiados ojos grises, en la nerviosa sonrisa apaciguadora, en los leves movimientos sin sentido de sus manos. Su vestido negro era verdoso en sus anticuados pliegues y corte, su bonete similar a una cofia estaba siempre blanco y atado bajo la barbilla con lazos, y su delantal relucía bien almidonado y nunca tenía una sola mancha. A Joseph le causaba la impresión de un ave vieja y hambrienta y sus manos estaban agrietadas por el jabón casero y las faenas, ya que nadie la ayudaba en su decrepita casa y efectuaba todas las tareas relacionadas con la pensión, incluyendo el vaciado y limpieza de cubos y recipientes de toda índole.

Algunas veces irritaba a Joseph con sus homilías y su preocupación por él y los otros pensionistas —cuando ella podía abordarle por sorpresa—, pero nunca le rehuía con secas palabras ni mostraba abiertamente su impaciencia. Había perdido su propia ingenuidad hacía ya mucho tiempo, pero el candor de seres como la señora Marhall siempre le inspiraba cierto respeto. Además, había sido educado en el respeto a los mayores, aunque fueran seniles, y a honrar a los ancianos aunque sólo fuera por los males que la vida les infligió a través de largos y monstruosos años. ¿Por qué no

habían aprendido a soportar con entereza y no eran valerosos?

Aquella noche abordó a Joseph apenas entró en la casa —mojado y calado por el frío— con su sarmentosa mano tendida, aunque no le tocó. Pronto supo que Joseph rehuía del contacto con los demás, por lo cual la mano tendida en muestra de simpatía y consuelo maternal ni siquiera rozó su manga. Sostenía una botella taponada con un corcho y sonrió tímidamente.

—Señor Armagh —dijo con su voz que era apenas un susurro—, le oí toser toda la noche, al igual que ha tosido por semanas, pero la última noche fue terrible, realmente terrible. Y yo... he preparado un elixir para usted, que era el remedio de mi padre para todas las enfermedades, pero principalmente las de pulmones y garganta, y espero que lo aceptará y no pensará que estoy entrometiéndome...

Pese a su falta de una aguda inteligencia, tenía la percepción elemental de una criatura, y conceptuaba a Joseph un joven orgulloso y tan remoto e indiferente hacia los demás como un torreón en una colina.

Los labios de Joseph se apretaron y entonces vio los suplicantes ojos de ella, siempre acuosos y turbios, y pensó de nuevo en su abuela, que dio su último pedazo de pan a una muchacha preñada. Cogió la botella, y la viuda dijo:

—Es muy bueno, de veras. Tomillo, marrubio, miel y un poco de acedera. Es inofensivo, pero muy efectivo.

—Gracias —dijo él. A ella le gustaba aquella voz «extranjera», honda, resonante y cortés, con su matiz cantante—. Me agradecería pagarle lo debido por esto, señora Marshall.

Estaba a punto de negarse, ofendida, cuando recordó su orgullo. Apartó la mirada.

—No es nada, de veras. Yo cultivo estas hierbas en mi jardín, y tenía un poco de miel que me quedaba del verano, regalada por una amable persona que tiene colmenas... —al mirar de nuevo a Joseph, añadió abruptamente—: Tres centavos serán más que pago suficiente, señor Armagh. El día que cobre.

Se colocó la botella en el bolsillo, inclinó gravemente la cabeza, disponiéndose a subir los peldaños hasta su habitación para asearse y luego unirse con los otros hospedados en lo que la señora Marshall, con cierta exageración, llamaba su «comedor». Pero la señora Marshall, aclarándose la garganta, dijo:

—Tuvo un visitante, señor Armagh, pero me pareció un visitante muy peculiar...

Joseph pensó inmediatamente en el alcalde Hennessey.

—¿Un policía? —preguntó, abandonando el primer peldaño y volviéndose hacia la señora Marshall, que vio su semblante asustado y retrocedió—. ¿Peculiar? —inquirió en voz más alta—. ¿Qué quiere decir con ello? ¿Cuál era su nombre, su aspecto?

Ella alzó las manos, palmas hacia afuera, como si quisiera parar un golpe y de nuevo, al contemplar Joseph aquel gesto, sintió lástima. Trató de sonreír.

—Soy un extranjero —dijo— y no conozco a nadie, o sea que ¿cómo podría tener visitante? Simplemente me sorprendió.

Pero la señora Marhall desde la infancia estaba familiarizada con el temor, vio el miedo en los ojos de Joseph y tembló. Dijo en tono tartamudeante y rápido:

—Oh, estoy segura que no era nada alarmante, señor Armagh, no era un policía, ¿por qué iba a venir a verle un policía? Era solamente un... caballero... más bien un caballero algo tosco, que no era realmente un caballero... ¡Oh, vaya, me temo que embrollo las cosas! Era sólo un hombre fornido que trataba de hablar amablemente, pero un poco áspero de modales, y mantenía su sombrero en las manos, saludándome y dijo que era un amigo suyo. Preguntó si usted vivía aquí.

Joseph dominó su acelerada respiración. El alcalde Hennessey no necesitaba enviar a un hombre para esta información. La Hermana Elizabeth hubiera podido dársela, y ahora se dio cuenta de lo absurdo de pensar que el alcalde iba a mandarle un mensajero y relajó el cuerpo.

—¿Cómo dijo que se llamaba?

—Señor Adams. Esto es lo que dijo. Un viejo amigo. Parecía conocerle, señor Armagh. Hizo su descripción y era exacta, dieciocho años aproximadamente, alto y delgado con espeso cabello castaño rojizo, y dijo que trabajaba en un aserradero. ¡Válgame Dios, espero no haber cometido un error al admitir que usted vivía aquí, señor Armagh! Además le dije que usted vivía aquí desde hace cerca de tres años y era muy respetable, cortés y pagaba fielmente, y que no tenía la menor queja. Entonces dijo que le complacía oírmelo decir, y que realmente se trataba de usted. Le pregunté si deseaba dejar un mensaje y dijo que no, pero que le vería el domingo.

Se sintió tan reanimada por la repentina sonrisa fría de Joseph, que emitió una risita aplicándose la punta del delantal sobre un ojo.

—¡Oh, usted sabe quién era él, señor Armagh, y me siento tan aliviada!

O sea, meditó Joseph, que el viejo Squibbs quiere asegurarse de quién soy, y queda garantizado de que vivo en esta casa hace ya tiempo, que soy honrado y no un ladrón que se escabullía con su cosecha de un beneficioso domingo.

—Le llamó a usted Scottie^[6] —dijo la señora Marhall— y pienso que fue irrespetuoso. Los apodos siempre son descortesés... a menos que sean empleados por amigos.

—Es un viejo amigo —dijo Joseph, y sonrió de nuevo con escaso humor—. ¿Preguntó si yo tenía familia o algo por el estilo?

—Pues sí, y esto me sorprendió un poco, ya que si era un viejo amigo, tendría que saberlo, ¿no es así? Le dije que no, que usted no tenía familia, que era un huérfano de un lugar de Escocia...

—Edimburgo —dijo Joseph.

La señora Marhall asintió.

—Edimburgo. Sí, esto fue lo que le dije. Y que no tenía familiares, que por lo menos nunca mencionó a ninguno, y esto es muy triste. Estuvo de acuerdo.

Taciturno por naturaleza, Joseph no había hablado de su hermano y hermana a nadie en la ciudad. Cuanto menos sabe cualquiera de uno tanto mejor, era su

completa convicción, y los menores intentos que hiciesen para ser amistosos serían intrusivos y más tarde, quizá, peligrosos. De niño ya había aprendido a estar silencioso en presencia del Sassenagh y en caso de ser arteramente interrogado, decir la menor cantidad de cosas. Esta lección, fortalecida por su natural reserva en lo concerniente a sí mismo y su desconfianza natural, fue una que nunca olvidó. Daniel Armagh no fue capaz de comprender la reserva de su hijo mayor y su cautela aun en presencia de la familia, ya que Daniel, por temperamento, había aceptado con confianza a todos los hombres y también, pensaba con frecuencia Joseph, había pagado cara su insensatez.

—No puedes sospechar, Joey, como si fueras un mísero sin fe o un ladrón vagabundo, y no tener confianza en ninguna criatura. Si todos desconfiasen de todos y no tuvieran amor ni fe, ¿cómo sería nuestro mundo?

Mucho más seguro, había pensado el niño Joseph. Pero sólo dijo:

—Siento ser así, papá, y no pretendo ser irrespetuoso.

No había nadie que pudiera relacionar a Joseph Armagh de Filadelfia Terrace, el joven escocés de Edimburgo que trabajaba en un aserradero del río y no tenía ningún familiar, con el orfanato de St. Agnes, un oscuro, rudimentario, oculto y pequeño edificio en la peor parte de la ciudad y además desconocido, excepto por los católicos. Nadie sabía de su hermano y hermana ni que era irlandés y «papista», aunque esto fuera sólo nominalmente.

—O sea que me verá el domingo —le dijo Joseph a la señora Marhall—. Yo le esperaba para entonces, no hoy. Buenas noches, señora.

La viuda cruzó sus maltratadas manos bajo el delantal y contempló a Joseph subir las escaleras con el desatinado cariño de una madre. Un muchacho digno de aprecio, limpio y orgulloso, que llegaría lejos porque era un caballero pese a su trabajo y a su pobreza; rezó una plegaria algo ingenua aunque ferviente por él y quedó complacida.

Joseph se aseó en el palanganero, vaciando cuidadosamente la jofaina en el cubo y bajándose las enrolladas mangas azules. Contemplaba la botella de «elixir». No podía hacerle daño. Las mujeres ancianas, incluyendo su abuela, en Irlanda, eran únicas en reunir hierbas que mezclaban en brebajes de gusto endiablado, pero recordaba que eran eficaces con frecuencia. Por lo menos, nunca oyó decir que matasen a nadie. Su tos estaba haciéndose más enojosa y agotadora desde su catarro, y pensó en la «consunción» tan pródiga entre los de su raza. En consecuencia, descorchó la botella, bebió parte de su contenido y, ante su sorpresa, no era infecta y suavizaba el resquemor de su garganta. Tendría que acordarse de llevarla al trabajo al día siguiente junto con el almuerzo, envuelto en periódico, que le preparaba la señora Marhall.

La identidad de John Tyler, los nombres de los siete estados sudistas que se segregaban de la Unión, el asunto inicial en Fort Sumter, la agonía del presidente Lincoln, eran en total hechos sin importancia para Joseph Armagh mientras avanzaba el invierno. El mundo de los hombres, excepto en lo tocante a él mismo y a su

familia, carecía de importancia. No gastaba ni un penique en diarios; nunca se detenía en las calles de la ciudad a oír los gritos y las coléricas palabras de nuevas multitudes; no escuchaba a sus compañeros de trabajo hablando excitadamente de Buchanan, Cobb, Floyd y el comandante Anderson. Eran gente extraña en un mundo extraño que no le concernía en absoluto. El lenguaje que hablaban no tenía resonancias en él, sus vidas no se relacionaban con la suya ni tampoco lo permitía. Cuando la señora Marhall le dijo en cierta ocasión, atemorizada:

—Oh, ¿no es terrible, señor Armagh, esta amenaza de guerra entre los estados?

Replicó con impaciencia:

—No me interesa, señora. Tengo demasiadas cosas en que ocuparme.

Ella le había mirado atónita, con incredulidad hasta convencerse, y aunque siempre le había considerado enigmático y por encima de su simple comprensión, ahora sentía como si él no fuera de su carne o sangre y no poseyera ninguno de los sentimientos de los hombres ni ninguna de sus preocupaciones. Se sintió casi tan hondamente atemorizada como rara vez lo estuvo en su vida de sufrimientos. Se retiró silenciosamente, meditando, sin poder llegar a ninguna conclusión.

El tren del presidente Lincoln pasó por Winfield en su trayecto a Pittsburgh, y un asueto fue concedido de modo que los hombres pudieran ir a la estación para tener un breve vistazo del hombre melancólico que se dirigía a Washington para iniciar su mandato como presidente. La mayoría no lo quería mal, especialmente ahora que la amenaza de guerra iba en aumento, pero las sugerencias de un posible asesinato los excitaba y no se hubieran sentido demasiado apenados si tal posibilidad se hubiera cumplido, por casualidad, ante sus ojos. Sus vidas eran tan tediosas, oscuras, tan carentes de alegría y diversión o de sucesos notables, que una calamidad nacional les hubiese excitado. Pero Joseph Armagh, tan indiferente al señor Lincoln como lo era a la existencia de la más lejana estrella, no fue a la estación. No le interesaban los acontecimientos excepto si le amenazaban a él, a Sean y a Regina, ya que con mucha fuerza y demasiado joven había experimentado angustia, frenesí y dolor, y si meditaba en su relación con el mundo en conjunto, pensaba en él como en un enemigo.

No alentaba siquiera ningún amor activo por Irlanda, sólo recuerdos como los de un sueño. De haberse visto obligado a contestar a un interrogatorio habría contestado:

—No tengo país, ni alianzas, ni lealtades ni vínculos con el resto de la humanidad. El mundo me rechazó cuando yo era un ser indefenso y, por consiguiente, ahora yo lo rechazo con todo mi corazón y con toda la pasión que aún pueda quedarme; sólo le pido que permanezca apartado de mí mientras hago lo que me toca hacer. No intentéis suscitar en mí ningún compromiso con ningún hombre ni nación ni fe ni cualquier causa; no intentéis atraerme entre vosotros, o hablarme a mí como a uno de vosotros. Dejadme en paz, y os dejaré en paz, porque si debiera convertirme en parte de vosotros o comprometerme, no podría soportar por más tiempo la vida. O sea que vivamos en tregua de mutuo aislamiento.

Leía los libros que la Hermana Elizabeth se esforzaba en procurarle, pero no leía las noticias ni quería enterarse del creciente temor y ansiedad de la nación. Leía filosofía, ensayos, poesía y narraciones —todo del pasado— porque para él ahora poseían una verdad eterna y podían interesarle. En cuanto al futuro, le pertenecía solamente a él y nada debía apartarle de su curso, ni guerra ni sangre ni las convulsiones de los hombres.

—Lo suponía un mozo de inteligencia y pensamiento —dijo el Padre Barton a la Hermana Elizabeth.

La monja inclinó la cabeza, mirándole al preguntar:

—¿Sí, Padre? ¿Y no lo es?

—Intenté hablarle de la guerra que nos amenaza y lo que acarrea. Hermana.

La monja, como si le hablase a un niño, replicó:

—Padre, hace largo tiempo que Joseph se abstrae de los asuntos del mundo. Es como un sextante apuntando únicamente a una estrella —al comprobar que el sacerdote todavía no lograba comprender, añadió afablemente—. No se atreve a dejar que nada le afecte, porque su alma es como un sutil cristal desgastado que podría desmenuzarse a un simple roce.

—¡No es el único que ha sufrido en este mundo! —replicó el cura con desacostumbrada aspereza.

—Cada uno de nosotros responde a los acontecimientos de acuerdo con nuestra naturaleza. Algunos con fe y fortaleza, y otros desastrosamente. ¿Puede acaso algún hombre comprender a otro? No, solamente Dios, y lo que está entre Dios y Joseph sólo a ellos les pertenece.

—Temo por su alma —dijo el Padre Barton.

—Yo también comparto este temor —dijo la Hermana Elizabeth.

Pero el cura sospechó que ella sentía temor por una razón distinta a la suya, una razón que nunca lograría comprender. Sólo pudo lamentarse:

—Dudo que tenga un alma como el cristal. Como piedra, es más probable, Hermana. Usted es imaginativa.

Esta conversación no hubiera interesado en absoluto a Joseph si la hubiese oído. Pagaba ahora al convento un dólar extra a la semana, al encauzarse la larga tortura del invierno hacia la primavera. Por temor a caer enfermo gastaba cincuenta centavos extra por semana en comida para él, y compró un grueso par de botas para proteger sus pies de la nieve. Aquel invierno creció cinco centímetros y aparentaba más de diecisiete años.

Cada domingo, armado con una cachiporra siempre depositada en el asiento a su lado, conducía un carromato de ostensible grano y pienso por las diversas cantinas en la ciudad. Cada domingo recolectaba de cincuenta a cien dólares en pago por la carga ilegal que transportaba bajo los sacos de arpillera. El dinero le era entregado envuelto en un papel parduzco, en rollos apretados atados con grueso cordel, que guardaba en sus bolsillos. Entregaba el dinero a Squibbs que estaba altamente satisfecho con el

más reciente de sus empleados, a tal extremo que después de los primeros meses ni siquiera contaba el dinero en presencia de Joseph. Gratificaba a sus «mozos dominicales» con cincuenta centavos extra para un almuerzo, pero Joseph no los gastaba. Los ahorraaba junto con dos de los cuatro dólares que ganaba el domingo; se había fabricado una especie de cinto para conservar el dinero en torno a su cintura, ya que no quería dejar los billetes en su hospedaje.

La policía nunca le detuvo ni interrogó, y él sentía demasiada indiferencia para preguntarse la razón, aunque los diez dólares prometidos por Squibbs hubieran sido bien acogidos, aun a costa de una noche en la cárcel. Pero por algún motivo no le daban nunca el alto.

—Parece estúpido, como un maniquí —dijo el hermano de Squibbs—, y ésta es la razón por la cual la policía ni siquiera se fija en él. Si lo hiciesen pensarían que tenemos bastante sentido común como para no contratarle para transportar licor.

—Tanto mejor —rió Squibbs—. Pero no tiene aspecto de estúpido. Más bien parece como alguien que ni siquiera vive en la tierra. Sin embargo, tiene en sus ojos una mala mirada, y si uno trata, simplemente, de ser agradable o hacer una broma, le mira a uno como si viera veneno.

Los pensamientos de Joseph Armagh eran fruto de largas meditaciones que hubiesen abrumado a la Hermana Elizabeth. El dinero aumentaba en su cinto. Lo contaba casi a diario. Billetes grasientos de gran tamaño que le eran más preciosos que su propia vida. Eran los pasaportes que garantizaban el paso a la existencia para su hermano y hermana. Sin aquel dinero, estarían para siempre apartados del mundo en el que debían vivir —y que nunca sería el suyo—. Mientras pasaban los meses, lo que alentaba en su interior se hizo más tenso, rígido y más peligroso.

La Confederación estaba haciendo planes activos para la guerra. Poco tiempo después de entrar en ejercicio el presidente Lincoln, tres miembros de una comisión sudista acudieron a Washington para discutir con él un acuerdo, más o menos amigable, sobre deudas públicas y propiedades públicas, acuerdos que serían llevados a efecto tras la total separación entre la Confederación y la Unión. Informaron a Lincoln en los términos siguientes: «Somos los representantes de una nación independiente, tanto de hecho como de derecho, y poseemos nuestro propio gobierno, perfecto en todas sus partes y respaldado por todos los medios de ayuda propia y deseamos solamente un arreglo acelerado de todas las cuestiones en litigio sobre la base de la amistad, buena voluntad y mutuo interés». A lo cual Lincoln replicó con pesar que su nuevo Secretario de Estado, William H. Seward, de Nueva York, contestaría a su debido tiempo.

El presidente comprendía el orgullo lastimado, la honda cólera que alimentaba el Sur y sabía que, de acuerdo a la Constitución, tenían todos los derechos para separarse de la Unión. Oponerse, emplear la fuerza contra el Sur, era anticonstitucional, y nadie lo sabía mejor que el presidente. Pero como amaba a su país, tanto el Norte como el Sur, y estaba tan aterrorizado como podía estarlo un

hombre de su temple. Más allá del Atlántico se hallaban las viejas naciones codiciosas, las naciones imperialistas que suspiraban por aquella nueva y floreciente nación, que no deseaban más que verla separada y debilitada o enzarzada en una sangrienta guerra entre hermanos, de modo que pudieran abatirse sobre ella y azuzar la división entre sus miembros. Fue en aquellos momentos cuando la Rusia Imperial mencionó casualmente al Imperio Británico, mediante los cautos oficios de los embajadores, que si Inglaterra abierta y solapadamente tomaba parte activa en el conflicto que se avecinaba y efectuaba incauciones antes que otros tuvieran también la oportunidad de hacerlas, los sentimientos de Rusia no serían precisamente cordiales. La Gran Bretaña, nunca impulsiva, se puso a considerar la situación, aunque abiertamente declaró su simpatía hacia el Sur, una declaración que hizo sonreír al zar entre los rizos de su magnífica barba.

Este episodio, vagamente mencionado en los periódicos norteamericanos, debía haber interesado a Joseph Armagh, pero no fue así. Era un ente tan apartado y tan desapasionado de su mundo como una sombra. Vivía su interna y secreta existencia, absorto en su temible concentración de voluntad que se había entrenado en un duro aprendizaje, como un arma lista para el ataque.

En el caluroso día de abril en que el capitán George James abrió fuego en Fort Sumter, Joseph Armagh, tras su día de trabajo, inició la marcha de seis kilómetros hacia Green Hills, donde vivía el alcalde de Winfield. La vociferante excitación en la ciudad era para él como un lejano ladrido de perros, careciendo de significado.

VII

Aunque Joseph rechazaba el mundo de los hombres como ajeno a su propio ser, excepto para el acceso a sus secretas ambiciones, no podía quedar insensible a la belleza de la comarca. Su innata naturaleza poética irlandesa no podía anularse, por más que lo intentase diciéndose a sí mismo que nada importaba ni existía aparte de lo que debía llevar a cabo. Todo lo demás era trivial, una pérdida de tiempo y fuerza.

Aquel día pensaba ir a contemplar la mansión del alcalde Tom Hennessey porque oyó decir que era la más suntuosa en Green Hills y necesitaba otra enfática espada de deseo en su creciente arsenal. Deseaba ver cómo vivían los hombres ricos, en qué marco, y estudiar el ambiente en el cual estaba decidido a que viviese su familia. En cuanto a él mismo, no sentía anhelos de lujo, belleza o comodidad. Estas cosas solamente las quería para Sean y Regina, cuyas vidas dependían de su hermano.

Nunca había estado en aquel territorio particular, más allá de los confines de la llana monotonía pedregosa de Winfield, sus feas casitas y su descuidada plaza. Llegó pronto al campo, brillantemente verde en la primavera, lustroso, rebosando vida y estimulante con sus flores silvestres, los recuadros de violetas, los narcisos y los árboles dorados de tercas hojas, pequeños remansos y arroyuelos ensortijándose a través de las matas y hasta esparciéndose por encima de la carretera irregular de piedra machacada y barro reseco. Todo aún irradiaba resplandor, el sol empezaba a descender en aureola de brillante anaranjado y el aire vibraba susurrante, pleno de denso y fresco aroma que excitaba el gorjeo de los pájaros. En la distancia se erguía la neblinosa blandura de las verdes colinas. Joseph pasó junto a un gran estanque tan puramente azul como un lago irlandés, y en sus quietas aguas se reflejaban, inclinándose, las amarillentas hojas nuevas de los sauces y ahora, de su cercanía, comenzó a elevarse el coro y el hosanna a la vida de las nidadas de aves. De los campos circundantes llegaba la nostálgica música de las esquilas al dirigirse el ganado hacia sus establos, el viento agitaba suavemente los altos tallos nuevos de la hierba a los lados de la carretera y por encima de todo se tendía un cielo tenuemente verde y luminoso.

Joseph había olvidado desde hacía tiempo la sensación y el significado de la apacible quietud. Pero ahora la reconocía súbitamente y aquel conocimiento estaba acompañado por una congoja tan penosa que resultaba agónica. Se detuvo mirando en torno y escuchó durante algunos minutos, solo en el frescor de un mundo nuevo. Después la paz y hasta el sentimiento doloroso le abandonaron al pensar: esto es sólo para los ricos y no para los pobres. Ellos viven en la complacencia del verdor silencioso, pero nosotros vivimos entre el polvo, la mugre y la fealdad, porque ellos son los fuertes y nosotros los desvalidos. Por unos breves instantes había establecido contacto con el mundo y una vez más le había herido, por lo cual, tensando las facciones, fijó solamente la mirada en la carretera mientras seguía caminando. Pero

no podía cerrar los oídos al júbilo de la joven vida naciente, ni su alma irlandesa al aroma de la ingenua tierra carnal y la fecundidad que albergaba. Pero sentía que todo aquello le escarnecía a él, sin hogar y casi indigente. La poesía de sonidos que había oído, la fragancia de la tierra, el impacto conmovedor de los troncos de árboles, las sombras azules en la hierba y las quietas hondonadas de silencio en los bosques, parecían gritarle: todo esto no es para ti, porque no tienes dinero. ¡No tienes dinero!

¡Pero lo tendré!, pensó con salvajismo ya arraigado. ¡Lo tendré, no importa cómo! Y alzó el rostro y el puño hacia el cielo, con odio y decisión.

Se aproximaba ahora a la espléndida zona residencial de Green Hills, donde los que estaban a salvo tenían su tranquila existencia, lejos de Winfield. La carretera empezó a enroscarse y otros caminos partían de ella; en los primeros planos de las lejanías Joseph vio las mansiones de blancos ladrillos o piedras sillares de los afortunados y los cínicos, las alamedas de gravilla que daban accesos a través de céspedes como agua verde y, pasando por entre jardines repletos con la púrpura y el oro del iris, los narcisos y los tulipanes, rojos en sus parterres. Casi todas las fincas estaban guardadas por cercas ornamentales de hierro forjado y altas verjas que no obstaculizaban las miradas envidiosas pero anunciaban a los transeúntes que no debían traspasar aquellos lindes. El fuego del ocaso que se avecinaba incendiaba los altos ventanales semejando espejos ígneos, brillantando los tejados de pizarras y, ocasionalmente, una chimenea de rojo ladrillo emitía unas plumas de suave humo gris. Todo ello estaba muy silencioso y lleno de una paz que Joseph ya no podía experimentar.

Sabía que el alcalde Hennessey vivía en Willoughby Terrace y fue escrutando los discretos rótulos, a medida que los caminos tomaban nombre. Lo encontró a su derecha y, abandonando la carretera principal, penetró por otra más estrecha pero más lisa, muy serpenteante y sombreada por robles y álamos. Una cerca baja de piedra gris bordeaba la carretera en vez de las rejas de hierro y, por encima de ella, podía ver las mansiones, algunas hundidas bajo el ascendiente suelo de la distancia, algunas destacando erguidas como monarcas en su país. Unos perros ladraban en advertencia y varios perros pastores corrieron a través de los céspedes hacia las tapias de piedra, desafiantes al paso de Joseph. Ni se detuvo ni les miró. Buscaba un escudo de hierro empotrado en la pared con el número dieciocho grabado en arabescos góticos. Finalmente lo halló y se paró a mirar más allá de los céspedes que ondulaban, extendiéndose serenamente, con amplitud de acres.

La casa blanca del alcalde era la más grande y más imponente de cuantas había visto Joseph hasta entonces, y la más opulenta y pretenciosa. Su centro era el clásico pórtico exterior al estilo del románico antiguo con gruesas y lisas columnas blancas, capiteles corintios, frescos y pedestales cincelados. El suelo de la galería era de piedra blanca, reluciente y pulida como el mármol y conducía a recias puertas dobles, de origen italiano. A cada lado de la estructura de la elevada entrada de pórtico se extendía el ala de dos plantas, ancha y alta con frisos ornamentales cerca de los aleros

y una amplia balconada en su esquina, que se extendía desde la planta baja. Cada ventana estaba parcialmente sombreada por seda gris rizada reluciendo como plata; macetones con arbustos floridos, amarillos y níveos se apretaban contra las lustrosas paredes. Grandes ciruelos se esparcían en grupos de dos y tres por el patio y cada hoja de hierba tenía su propia iridiscencia a la menguante luz del temprano anochecer. Una maravillosa tranquilidad lo arropaba todo como una bendición, realizada por la honda dulzura melancólica del trino de los petirrojos.

Aquí es donde vive él, pensó Joseph, y su dinero procede de la miseria humana, la muerte y la desesperación, como siempre ocurre. Sin embargo, nadie se lo recrimina, ni Dios ni hombre; todos le adulan, pronto será senador y las multitudes le aclamarán, será oído por el presidente, todos alabarán sus riquezas y le considerarán más digno que los demás hombres a causa de ellas. Yo también le admiro ya que es un ladrón, un asesino, un charlatán y un traficante en prostitutas. ¿Y acaso el mundo no prefiere a éste antes que a un hombre devoto y honrado? Solamente cabe deducir que el hombre bueno y noble es un necio, despreciado por Dios mismo, ya que ¿no dice la Biblia que «los malvados florecen como el verde laurel» y sus hijos bailan con júbilo por las calles? Esto es lo cierto.

Acodado en el muro, contemplaba los jardines y la mansión, escuchando las plegarias crepusculares de los pájaros. Aquí habría vivido su hermana Regina de haberlo permitido él, olvidándose lentamente de que ella pasaba a ser de otra familia, perdida para siempre para él y Sean. Habría dormido en una de aquellas cámaras del piso alto y hubiese correteado por aquellos jardines. Pero ya no sería Mary Regina Armagh, de un apellido mucho más digno de orgullo que el de Hennessey, y habría sido como si hubiera muerto; finalmente ella habría creído que los moradores de aquella mansión eran su familia, que no tenía otra, y su amor habría sido para aquellos extranjeros indignos.

Ni por un instante lamentó Joseph la decisión relativa a su hermana. Sólo pudo sonreír sombríamente, enfrentado a la casa, y cabecear repetidas veces como en íntimo y secreto acuerdo consigo mismo.

Oyó el agudo y cascabelero sonido de una voz infantil y una niña muy pequeña acudió súbitamente, corriendo a través del césped hacia el muro donde él se erguía, seguida por una mujer de edad con el uniforme azul de algodón, la cofia y el delantal blancos de una nodriza. Joseph se erguía en la sombra de los arbustos y miró a la niña, que debía tener la edad de Regina, y gritaba con maliciosa alegría. Era algo más pequeña que Regina, pero rolliza, y llevaba un vestido de seda blanca, una chaquetita de terciopelo azul ribeteada con bordados de plata, el vaivén de sus enaguas revelaba los rizos de pantaletas de lazos, tenía pequeñas zapatillas negras y medias blancas de seda.

Tenía una carita redonda dorada y más bien plana, alegres ojos avellanados y su liso cabello castaño oscuro había sido domeñado en brillantes bucles que le llegaban casi a los hombros. Sus labios hinchidos y rojos mostraban radiantes dientes, y su

nariz era respingona. No era un rostro bonito pero tenía un aspecto de constante alegría que era muy atractivo y hasta fascinante. Regina era grave y reflexiva. Aquella niña —Bernadette, ¿no era así como se llamaba?— quizá nunca había llorado de temor por su vida y probablemente no tenía otros pensamientos que los de su propia satisfacción infantil. Al igual que Regina, tenía cuatro años.

Casi había llegado al muro pero sin ver a Joseph, al acecho en las sombras. Miraba alrededor con jubilosa malicia y cuando la nodriza, emitiendo reproches en voz alta, estaba casi encima de ella, se proyectó a un lado como una ardilla, chillando con traviesas risas, mostrando sus pantaletas y sus rollizos muslos. Corría muy veloz y pronto se perdió entre los árboles y la jadeante nodriza, casi anciana, se detuvo para recobrar el aliento, meneando la cabeza.

El lento crepúsculo de la primavera comenzó a inundar los jardines, y Joseph, dando media vuelta, inició su larga caminata de regreso a Winfield. Se elevaba del suelo una neblina y los gozosos silbidos de los petirrojos se hicieron más altos y más insistentes. El cielo era de un verde puro suave y el anaranjado del oeste habíase tornado escarlata. Una brisa pasó, pesadamente perfumada, por los tibios pinos y las plantas vivas.

Joseph acababa de llegar al cruce de la carretera privada con la principal cuando oyó el traqueteo de ruedas y el rápido repicar de cascos. Miró hacia abajo de la ancha carretera y vio el carruaje aproximándose, una victoria abierta tirada por dos preciosos caballos blancos. Un cochero, joven y de magnífica librea, conducía los caballos y en su ancha y belicosa faz los ojos estudiaron a Joseph, mientras hacía restallar su látigo al tirar el carruaje para entrar a Willoughby Terrace. Pero Joseph no le miraba a él. Contemplaba fijamente al ocupante de la victoria, y no tenía la menor duda de que se trataba del alcalde Tom Hennessey porque había visto su litografía en la página de un periódico que envolvía su almuerzo.

Debido a que la señora Hennessey era joven, Joseph pensó ver un marido joven, ya que la fotografía había sido halagadora. Pero Tom Hennessey parecía ser un hombre, por lo menos, cercano a los cuarenta años, un ancho y alto individuo, guapo, de rostro rojizo y estrechos ojos gris pizarra y una boca voraz, casi brutal. Tenía largos labios de irlandés, al igual que Joseph, pero sobre ellos sobresalía el ancho caballete de la nariz, dando a su semblante una expresión arrogante y truhanesca. Su mentón afeitado, lo mismo que su labio, era recio y con hoyuelo. Vestía de paño fino color canela, con gabán de aterciopelado marrón, y su chaleco estaba ricamente bordado. Se cubría con un alto y reluciente sombrero, bajo el cual abundaba su ondulado y castaño cabello y sus patillas pardas. Tenía aspecto potente, viril y cruel, aunque su boca estaba automáticamente disciplinada en una mueca cordial y bienhumorada. Sus manos enguantadas cogían un bastón de ébano con puño representando una cabeza de oro y sus joyas eran destellantes y considerablemente vulgares.

Los viajeros a pie eran escasos por Willoughby Terrace y la atención de Tom

Hennessey fue captada por la visión de aquel alto y flaco joven con ropas de mendigo, botas de obrero y gorro de lana. ¿Un criado? ¿Un jardinero? Tom Hennessey poseía los dones congénitos del político de aguda observación y no pasaba por alto nada, por insignificante que pudiera parecer. Los hundidos ojos azules de Joseph fueron escrutados rectamente en súbita confrontación con los implacables ojos grises del hombre de más edad. Resultaba absurdo para el alcalde, pero algo que se había acelerado repentinamente, se disparó como un resorte entre ambos y el alcalde tuvo plena conciencia de ello lo mismo que Joseph. El alcalde tocó la espalda de su cochero con la punta de su bastón y el hombre refrenó los maravillosos caballos hasta detenerlos muy cerca del desconocido.

El alcalde poseía una voz sonora y rotunda, la voz de un político desvergonzado que por añadidura era afable y meliflua, entrenada como estaba en el engaño insidioso.

Le preguntó a Joseph:

—¿Vives en alguna de estas propiedades, muchacho?

Joseph quería alejarse con un murmullo por respuesta, pero su propio interés en el alcalde le mantuvo cerca de las cabezas de los caballos.

—No —dijo—. No vivo aquí.

Tom Hennessey había nacido en Pensilvania pero su padre nació en Irlanda y recordaba perfectamente el pronunciado acento que ahora parecía un eco en la voz de Joseph. Se agudizaron las pupilas de Tom. Estudió a Joseph con calma, pero a fondo, desde su asiento en la victoria.

—¿Qué es entonces lo que haces? —preguntó exhibiendo su falsa sonrisa. Pero la sonrisa no tenía el ingenuo encanto de un Daniel Armagh, sino el encanto de un pícaro nato.

Joseph le contempló en silencio, sin el menor azoramiento. Sus anchos y enjutos pómulos, salpicados de pecas, parecieron hacerse más salientes.

—He salido a dar un paseo —replicó. Ahora sintió cierta inquietud. Si aquel hombre hablaba con su esposa sobre el aspecto de Joseph y sus entonaciones irlandesas, entonces ella sospecharía inmediatamente que se trataba de Joseph. En ello no habría peligro, pero para Joseph el mundo entero era peligroso y no debía ser informado. Añadió, tras una pausa—: Soy ayudante de jardinero.

—Ya, claro —gruñó el alcalde.

De no haber sido tan portentosas las noticias del día y de no estar regresando apresuradamente a casa desde Winfield para hacer el equipaje y emprender el rápido viaje hacia Washington, como senador recientemente confirmado por la legislatura estatal, se hubiera tomado el tiempo necesario para satisfacer su curiosidad acerca de Joseph. Bruscamente ordenó al cochero que arrancase y los caballos reemprendieron el trote. Pero Joseph siguió inmóvil, observando el vehículo hasta que quedó fuera de visión, tras una curva de la carretera. Esbozó una sonrisa. Su idea de que la decisión concerniente a la adopción de Regina había sido más que certera, quedaba

confirmada. Un padre como aquél hubiese envenenado el alma de Regina con su propia vulgaridad y sensualismo. Irlandés cochambroso, masculló Joseph para sí mismo, en escarnio, mientras caminaba rápidamente hacia la ciudad. Entonces ¿es que Norteamérica no tenía orgullo cuando podía dar honores a sujetos como Tom Hennessey y elevarlos a cargos tan importantes? Por vez primera en años, Joseph comenzó a silbar en su camino de retorno a Winfield, sintiendo ligero su joven corazón, como no lo había sentido desde su infancia. Si los Tom Hennessey podían convertirse en ricos, famosos y respetados en aquella Norteamérica, entonces un Armagh también lo podía conseguir, y con más facilidad.

Pensó en lo que había visto y miró hacia atrás, por encima del hombro, a la niebla plateada que soplaba sobre las difuminadas colinas verdes, y le pareció que era la visión más seductora que jamás contemplase y que debía vivir allí algún día, no muy lejano. Sería el hogar de Sean y Regina con él mismo como guardián tras altos muros, y quizá la paz que había experimentado durante una hora, más o menos, volvería a sentirla hasta el término de su vida. No era la alegría, ni la riqueza en sí misma, ni las risas y canciones, viajes, belleza, obsequiosidad y servidumbre, ni amor; no, él solamente quería paz y olvido hasta el bendito momento en que pudiera apartar la mirada de todo ello, definitivamente.

Era ya de noche cuando llegó a su pensión y de nuevo leyó lo que había leído por vez primera el pasado noviembre en una noche negra y tormentosa, acometido por su sufrimiento y pensó y se dijo a sí mismo: lo haré el próximo domingo.

VIII

El sábado a la noche, después del trabajo, Joseph pasó recuento al dinero que había ahorrado. Daba un total de setenta y dos dólares tras casi seis meses de trabajo dominical, sacrificios y el pago de tres dólares por semana al orfanato. Le parecía una cantidad enorme pero sabía que no era suficiente.

Escribió cuidadosamente una carta, compró un sello en la estafeta de correos cercana a la estación y la echó al buzón. Era la primera carta enviada por correo que escribiera en Norteamérica. Observó sin atención el gran cartel en brillantes rojos, blancos y azules que había en las paredes de la oficina de correos, reclamando urgentemente voluntarios para el ejército, la caballería y la armada, pero que no significaba nada para él aunque estuviera rodeado por hombres que discutían excitadamente con relación al cartel. Salió, se detuvo en la calle, permaneció en la acera y la aridez de la ciudad volvió a chocarle, la ausencia de color vital, los escasos, decaídos y aislados árboles cuyas hojas susurraban en aquel crepúsculo a últimos de mayo. Pasaban hombres leyendo periódicos con grandes titulares negros, y había una sensación de apresuramiento en todas partes. Por un instante Joseph la percibió, ya que era casi palpable, y reflexionó con su habitual ironía siniestra que la muerte, la guerra y el desastre poseían su propia excitación de impulso que agitaba y despertaba las mentes obtusas.

De pronto pensó en el velatorio de su bisabuelo, el abuelo de Moira, antes del pleno auge del hambre. Entonces tenía cinco años y sus padres lo habían llevado con ellos, ya que Moira era realista y creía que los niños debían tener un temprano conocimiento de la muerte, pues, ¿no era tan natural como la vida y el nacimiento, y acaso no era la introducción del alma en la vida eterna? Daniel se había demorado porque era de naturaleza más blanda que Moira, y Joseph experimentó su primera impaciencia colérica contra su padre, su primer rechazo del sentimentalismo. El velatorio comenzó tétricamente, entre una gran asistencia apiñada en la casita, y los acompañantes del duelo se alineaban hasta contra las paredes, porque el viejo había sido estimado. Luego empezó a circular el «*poteen*», el *whisky* irlandés de contrabando, y fue descubierta una mesa de manjares fríos; poco después, el drama de la muerte se había convertido en melodrama, siendo no solamente una ocasión solemne sino teatral, en la que el cadáver era el actor principal. Manaba el *whisky*, manaban las lágrimas, gritos y exclamaciones se elevaron en tonos agudos como flautas y trompetas. Los condolidos se lamentaban con exaltación. Daniel Armagh había estado presente en muchos velatorios y nunca le chocaron ni convencieron de su impropiedad, pero Joseph, cínico desde muy temprano, observador y comprensivo, supo que los hombres pueden hallar un picante estímulo hasta en la calamidad. Más tarde aprendería que a no ser por estos desahogos, aquellos hombres se volverían locos, ya que la vida les resultaría totalmente insoportable. A diferencia del

asombrado Daniel, Joseph podía comprender por qué Moira y su madre alejaban a Daniel airadamente cuando él trataba de consolarlas y apaciguar sus lamentos. A su doliente modo, ellas estaban disfrutando y resentían la interferencia, y sus lágrimas diluían su pena y las hacían importantes. Hasta los dos curas presentes miraron a Daniel con fastidio, como si fuera un desconocido falto de comprensión, hasta que alguien le apartó colocándole en la mano un gran vaso con licor.

En sus largas lecturas Joseph había leído en algún libro: «La vida es una comedia para el hombre que piensa y una tragedia para el hombre que siente». Para Joseph la vida era una sombría comedia, con tonalidades trágicas si se desorbitaba, y así la aceptaba. Se mantenía apartado de ella porque minaría sus fuerzas. Recordaba también otro aforismo: «Tanto más fuerte es el hombre cuanto más solo está». Hacía mucho tiempo que se había negado a sentir la inminencia de la tragedia en lo que concernía a los demás y, volviendo la espalda a las fatales involuciones de la humanidad, sólo sentía desprecio.

Fue al orfanato, aunque era la noche del sábado, y la Hermana Elizabeth se sorprendió al verle.

—Los niños están durmiendo —dijo—, pero le diré a la Hermana que los traiga si no puedes verles mañana, Joey.

—No —si les veía ahora sería algo debilitante que podía hacerle desistir de sus propósitos y, por esta razón, agregó—: Hermana, voy a irme por algún tiempo, unos meses, quizás un año. Tengo otro trabajo, mucho mejor pagado en Pittsburgh.

—Magnífico, Joey —la monja lo miraba, escrutadora—. ¡Oh, Joey! ¿Vas a alistarte en el ejército?

La idea le divirtió, suscitando su fría sonrisa sin alegría:

—No, pero está relacionado con ello en cierta manera, Hermana. Obtendré buenas pagas... en Pittsburgh.

—Debes escribir apenas estés instalado —dijo la Hermana Elizabeth. Una extraña inquietud le sobrevino, pero la ahuyentó de inmediato porque era una mujer razonable.

—Así lo haré —y al contemplar los sagaces ojos de la monja, titubeó un momento—. Espero, en un próximo futuro, enviar a buscar a Sean y a Regina.

—Comprendo —dijo la monja—. ¿Enviarás tu dirección?

—No permaneceré en un mismo sitio, Hermana, pero enviaré dinero de vez en cuando —y colocó un rollo de billetes en su mano—. Aquí hay cincuenta dólares, Hermana, para la pensión de Sean y Regina. Cuando este dinero se acabe, ya le habré enviado más.

Su extraña inquietud se agudizó:

—Ojalá pudiera saber que todo irá bien para ti, Joey.

—Hermana, creo que su sentido del «bien» no es, precisamente, el mío.

Contempló su elevada estatura, la anchura de sus magros hombros, su esbeltez hambrienta, y entonces vio, como siempre, el poder en su rostro impasible, el frío

lustre azul de sus hundidos ojos. Por vez primera percibió que Joseph Armagh era peligroso. Instantáneamente se recriminó a sí misma por ser absurda: un joven de diecisiete años, un trabajador incansable y sobrio, ¿peligroso? Pero ella había sabido reconocer el peligro muchas veces en su vida y, aunque ahora tomase a broma su presentimiento, siguió sintiendo aprensión.

Se alejó en la temprana noche, ignorante de que la Hermana Elizabeth le estaba observando desde el umbral, y miró atrás por última vez, a la fachada del convento-orfanato. Sabía que nunca volvería a verlo y sentíase agradecido por ello. Pensó en su hermano y hermana dormidos tras aquellos frágiles tabiques de madera, y apretó con fuerza los labios contra la mueca de dolor que esbozaban ante la idea de que se alejaba de ellos sin despedirse.

Regresó a su pensión y contempló sus escasas pertenencias. Tendría que abandonar sus amados libros. Dobló su única muda de recambio empaquetándola apretadamente en una caja de cartón, lastimosamente pequeña, aun cuando incluyera otro par de botas remendadas. Le satisfizo que hiciese todavía suficiente frío, de noche, para justificar llevar encima su raído gabán. Tendióse en la cama y se durmió al instante, ya que hacía tiempo que había aprendido a dormir de inmediato. El crepúsculo violeta fue oscureciendo el exterior, los vencejos graznaron contra el cielo que iba ennegreciéndose, oyó que la ciudad rebosaba de murmullos con la excitación de la guerra inminente. Pero Joseph Armagh durmió profundamente porque todo aquello no tenía nada que ver con él.

—Que Dios te acompañe —había murmurado la Hermana Elizabeth al despedirle, pero Joseph no la había oído y ni siquiera hubiese sonreído en el caso de oírla. Ya no existía para él.

Había una luz tenue, tenuemente gris, cuando Joseph se despertó por la mañana. El silencio era total porque era demasiado temprano, hasta para las campanas de las iglesias. Le complació comprobar que el aire era un poco helado y así su gabán no llamaría la atención. Escribió una nota para la señora Marhall:

Lamento dejarla, señora Marhall, pero me han ofrecido un excelente empleo en Pittsburgh y emprendo el viaje hoy mismo. No pude avisárselo con la debida anticipación, pero tenga la bondad de aceptar, con mis saludos, este certificado por valor de diez dólares oro. No regresaré. Le estoy agradecido por sus bondades conmigo. Soy su respetuoso servidor,

Joseph Armagh.

Su caligrafía, tan meticulosamente enseñada por un viejo sacerdote al que ya ni siquiera recordaba, parecía grabada y se destacaba por su reciedumbre y nitidez.

Contempló pensativamente el certificado de oro que había colocado en su nota. No podía comprender aquel sentimentalismo empalagoso, ya que no le debía nada a

la mujer. Lo cogió, debatiéndose en la duda. Era algo precioso; lo había ganado. Se despreció a sí mismo al ponerlo otra vez sobre el papel y después se encogió de hombros. Era sumamente necio estar viendo ahora, tan agudamente, aquel pobre semblante asustado y las manos ondeando, apaciguadoras. Pero era una inocente y, hasta el fin de su vida, lo único que conmovería a Joseph sería la inocencia, la ingenuidad. Tampoco ella le debía nada, pero le había preparado un «elixir» y colocó un recosido cubrecama de punto en su cama durante las noches más frías del invierno, y él sospechaba que procedía de su propia cama. Más que nada, sin embargo, nunca le había atosigado con sentimentalismos ni intrusiones, salvo en aquellas dos ocasiones, y le otorgó la dignidad de dejarle a solas con sus problemas. Ella podía ser sensiblera, pero no indiscreta ni insistente.

Contempló de nuevo sus libros. Levantó del suelo el delgado volumen de sonetos de Shakespeare, insertándolo bajo su camisa de algodón azul. Recogió su caja de cartón y se deslizó silenciosamente fuera de la casa, sin mirar ni una vez hacia atrás. Al igual que la Hermana Elizabeth, aquella casa ya dejaba de existir para él. La calle perdió su familiaridad. Había terminado con ella. De nuevo era un completo forastero en una tierra extraña.

Siempre transportó su comida en la caja de cartón que ahora contenía sus escasas pertenencias y, por consiguiente, nadie en Squibbs Hnos., Granos y Piensos. Guarnicionería, le prestó atención cuando llegó a los establos y el despacho. Su carromato y los caballos estaban esperándole. El primer resplandor de un pálido sol tocaba las altas chimeneas y las cimas de los árboles, pero la tierra seguía quieta entre las dos luces del amanecer. Había un indicio del cercano y cálido verano en el aire, ya que el olor a polvo y sequedad era penetrante.

—Buena carga tienes hoy, Scottie —dijo el capataz—. La gente está sedienta, pensando en la guerra.

Se echó a reír, le dio a Joseph los habituales centavos para su almuerzo, Joseph asintió guardándose las monedas en el bolsillo, y alzó las riendas.

—La carga es mucha —dijo el capataz— y es probable que regreses tarde.

—No importa —dijo Joseph—, pero no se olvide del extra de cincuenta centavos si vuelvo tarde.

La ciudad seguía silenciosa aunque aquí y allá se elevaban penachos de humo de las chimeneas. Ni siquiera los tranvías de caballos funcionaban todavía. A seis calles de la estación Joseph ató los caballos y corrió rápidamente. La estación estaba abriendo sus puertas, porque esperaban el tren que se dirigía a Filadelfia. Se apresuró hacia la taquilla pidiendo un billete para Pittsburgh en el último tren de la tarde y lo pagó: dos dólares de su remanente, guardándose el billete en el bolsillo. El viejo jefe de estación recordaría, si era preguntado, que un joven al que nunca viera antes había comprado aquella mañana un billete para Pittsburgh. Pero era improbable que fuese preguntado. Además, Joseph había empujado cuidadosamente hasta el último mechón de su cabello rojizo bajo su gorra de obrero y parecía bastante insignificante, y el jefe

de estación no había visto ni carro ni caballos. Joseph pensó que la pobreza era maravillosamente anónima.

Regresó corriendo hacia sus amarrados caballos y los encontró pastando apaciblemente algunas briznas de hierba que se abrían paso a través de las piedras de la carretera. Miró en torno cautelosamente. Las casitas de fachadas grises estaban silenciosas. Trepó al pescante y comenzó sus entregas. Hacia las diez de la mañana ya había recogido sesenta dólares. A aquella hora la gente estaba dirigiéndose a la iglesia en la tranquila ciudad iluminada por el sol, la mayoría a pie, parte en carricoches, y todos vestidos respetablemente y todos con los ojos piadosamente bajos. No se dieron cuenta del pesado carromato traqueteando y, si lo vieron, lo ignoraron. Tampoco hablaban del conflicto que se avecinaba ni siquiera del acosado presidente, porque tales cosas eran «indecorosas» a la hora de dirigirse a misa. Las campanas de los templos empezaron a repicar, compitiendo estridentemente, y Joseph podía oír los solemnes murmullos de los órganos a través de las puertas abiertas al aire caliente. Había un cálido olor a estiércol por las calles y el siempre presente polvo sobre la piedra recalentada. Para Joseph Armagh toda aquella escena callejera podía haber sido un mural por cuanto de vida tenía y no oía el sonoro fervor de los cánticos que estallaban en las puertas y las ventanas totalmente abiertas de las iglesias.

A las tres de la tarde había recolectado ciento cincuenta dólares y abrevado sus caballos en una pila callejera, dándoles su grano en sus bolsas. También había comido su comida fría. A las cuatro admitió ante un furtivo guardián de cantina que estaba sediento y hambriento y aceptó por treinta centavos consumir dos jarras de rubia cerveza espumosa y un paquete de huevos duros, cuatro emparedados de jamón, una salchicha alemana, un arenque salado y dos rebanadas de pastel, incluyendo un paquetito de ensalada de patatas, una especialidad alemana que nunca había probado. Se quejó del precio y el guardián de la cantina le devolvió cinco centavos y, magnánimo, incluyó otra botella de cerveza. Le entregó a Joseph cuarenta dólares. En la cantina siguiente Joseph recolectó otros cincuenta dólares. Había sido una jornada muy beneficiosa y la carga había sido dos veces mayor que de costumbre debido a que el señor Squibbs confiaba ya en el más nuevo de sus «mozos del domingo».

Doscientos cuarenta dólares. Con los doce dólares en su cinto de dinero, suponía la enorme cantidad de doscientos cincuenta y dos dólares. A las cinco y media dio vuelta al carromato, alcanzando una calle de almacenes, completamente desprovista en aquel domingo de transeúntes o vehículos, abandonó los caballos tras darles palmadas afectuosas y corrió hacia la estación. Llegó en el preciso momento en que un tren con su gigantesca chimenea y faro parpadeante estaba haciendo sonar su aguda campanilla y soltando fatigosos chorros de vapor. Sus ruedas ya estaban girando cuando Joseph saltó a la plataforma del último vagón. El revisor, que estaba a punto de cerrar la portezuela, gruñó:

—Un poco más y se hace matar. ¿Dónde está su billete?

Le examinaba recelosamente de pies a cabeza, mirándole colérico, y Joseph

balbució algo incoherente que esperaba pudiera pasar por un idioma extranjero. El revisor sorbió por las narices y dijo:

—¡Extranjeros! ¡Ni siquiera son capaces de hablar una palabra en inglés!

Joseph tocó humildemente la visera de su gorra y farfulló de nuevo, suplicante. El revisor le empujó al interior del vagón, olvidándole.

Joseph, cuyo aliento estaba corto debido a la larga carrera, encontró el coche parcialmente vacío, por lo que pudo elegir un asiento al fondo y se acurrucó, echándose la gorra lo más que pudo sobre los ojos. No se enderezó en el asiento hasta que no estuvo seguro de hallarse lejos de la ciudad y entonces miró, a través de la sucia ventanilla, el paisaje campestre. Oyó el aullido del silbato al ir adquiriendo velocidad el tren, bamboleándose en las vías. El vagón, falto de aire, rebosaba calor. Intentó abrir del todo la ventanilla pero una bocanada de negro hollín y vapor penetró por ella. No se quitó la gorra, limitándose a desabrochar su gabán. Descubrió que no sólo se había llevado la caja de cartón con sus pertenencias, sino que accidentalmente incluyó también la cachiporra. Esto le divirtió. Cautelosamente, vigilando a sus compañeros de pasaje, empujó el arma en el profundo bolsillo de su chaqueta. Le pareció, a su alma irlandesa, que aquello era una especie de presagio, aunque habitualmente desdeñaba las supersticiones.

Tuvo la esperanza de que los caballos, bestias inteligentes, eventualmente se cansarían de esperarle, ya que no los había amarrado, y encontrarían el camino de vuelta a sus establos. Ahora ya había pasado el tiempo en que debería haberse presentado él mismo en los establos, con la gran cantidad de dinero. Sabía que los otros empleados estarían observando la calle en su espera. A las ocho empezaría a buscarle y efectuarían la gira por las cantinas. A las diez estarían convencidos de que se había marchado con la colecta. A las ocho de la mañana siguiente, el señor Squibbs recibiría su carta:

No he robado su dinero, señor, sino que lo tomé como un préstamo, bajo palabra de honor. Me han ofrecido un buen empleo en Pittsburgh y necesitaba algún dinero para resistir hasta instalarme. Señor, usted podrá encontrar esta acción censurable, pero le ruego confíe en mí unos cuantos meses, y entonces le devolveré su dinero con el seis por ciento de interés. No soy un ladrón, señor, sino únicamente un pobre escocés en circunstancias desesperadas. Respetuosamente su servidor,

Joseph Armagh.

Squibbs no se atrevería a acudir a la policía por varias razones, y sus matones no encontrarían a Joseph Armagh en la gran ciudad de Pittsburgh por la sencilla razón de que el punto de destino de Joseph no era de modo alguno, Pittsburgh. Hurgó en su bolsillo en busca del desgastado recorte de periódico que había guardado largos

meses y volvió a leerlo:

«Cada vez más excelentes pozos de petróleo están siendo perforados en Titusville mensualmente y son ricamente productivos, algunos de ellos dando miles de barriles a la semana. La pequeña ciudad está alcanzando enorme prosperidad, como el Klondike en el año 45, y los operarios están percibiendo salarios increíbles. Los hombres acuden de toda Pensilvania y otros estados para trabajar en los campos de explotación, y el lamentable vicio los acompaña como siempre hace con los ricos. Pagas increíbles de más de doce y hasta quince dólares a la semana están siendo abonadas por una tarea tan fácil como la de cargar los barriles de petróleo en las barcas planas. Se rumorea que los contratados en perforación cobran muchísimo más. Tan cercano a la superficie está el rico depósito de aceite, que brota de la tierra a la primera perforación. Pero algunos de los pozos son mucho más hondos y éstos contienen el mejor de los petróleos, el más refinado. Por consiguiente, algunos están siendo “estallados” mediante nitroglicerina, aunque no muchos, y es toda una novedad. Intrépidos jóvenes, aparentemente sin consideración por sus vidas, se ofrecen como voluntarios para transportar la nitroglicerina, un elemento muy peligroso, y se dice que pueden cobrar más de veinte dólares por semana, una recompensa jamás oída. No es de extrañar que la corrupción sea el compañero inevitable, y ahora hay más cantinas que iglesias en Titusville, por imposible que esto pueda ser en la opinión de nuestros lectores. Afortunadamente, Titusville sólo tiene un tren a la semana, en la noche del domingo, pero se da por hecho que en pocos meses habrá viajes diarios y nuestros temores aumentan en consonancia. Es de esperar que los jóvenes con decoro, de otras partes del estado, no acudirán a Titusville para hacer fortuna a riesgo de poner en peligro sus almas.

»Se rumorea que Pithole, a pocos kilómetros de Titusville, contiene todavía más asombrosos depósitos de petróleo, pero se halla en una comarca accidentada y es arduo llegar allá a través de formidables montañas y territorio rudo. Se dice que hombres de Titusville y otras partes del estado están comprando tierras cerca de Pithole y esperan hacer lo que, en su jerga, es llamado “locas ventas al azar”. Se dice que en Pithole el «aceite reposa bajo el mismo suelo en hoyas y pozos, listo para ser cosechado, sin perforar. Si es así, la desgracia se presentará para una tranquila comunidad de pocas almas, todas temerosas de Dios. Si es descubierto el suficiente petróleo, un tren de enlace puede ser construido hacia Pithole, pero esto, esperamos que nunca llegue a ser realidad. Ya hay suficientes contratistas despiadados y jugadores en Titusville, con los ojos puestos en Pithole, y están vendiendo contratos de propiedad por enormes cantidades. Hemos oído decir que hasta la Standard Oil Company está demostrando interés. Hasta el momento, los propietarios de campos de petróleo de Titusville han resistido las zalamerías de la Standard Oil Company, por lo cual la batalla para el dominio de la nueva riqueza que pronto eliminará por completo, según se cree, el mercado de la ballena y otros aceites, prosigue. No somos tan impulsivos por cuanto hemos oído comentar que el olor del aceite crudo natural

es insoportable y origina azares de humo y fuego.

»Mientras todos nosotros nos regocijamos ante la abundante riqueza de nuestra nación, debemos, a la vez, condolernos de que abunden también sus cohortes, mujeres de moral execrable, fulleros, mercaderes de licores y cerveza, salas de baile, teatrillos y otros antros del vicio. Rogamos con la más profunda piedad y aprensión, por las almas de...».

Joseph había rasgado el resto, guardándose aquel recorte, que volvió a hundir en su bolsillo. Meses antes había decidido convertirse en un «despiadado contratista» lo antes posible. Había pensado con frecuencia que los hombres no se hacían ricos mediante el trabajo honrado. Estudiaban y después jugaban cautamente, pero no demasiado cautamente. Se daba cuenta del peligro del fracaso, pero él no iba a fracasar. Reflexionó sobre Pithole y Titusville y el petróleo que yacía allí para ser conquistado. No tenía grandilocuentes sueños de súbita fortuna, pero poseía la intuición del irlandés por la localización de las fortunas eventuales si un hombre empleaba su inteligencia y no desperdiciaba ninguna oportunidad. Para empezar, estaba dispuesto a hacer cualquier trabajo y había descubierto que los trabajadores voluntariosos y capacitados no abundaban tanto como deseaban siempre los patronos, y que si un hombre tenía, además, inteligencia, entonces los patronos eran propensos a considerarle favorablemente. Joseph había conocido trabajadores lánguidos, impertinentes, en los aserraderos, que solamente trabajaban bajo constante supervisión y ni siquiera la pobreza ni la amenaza de despido podía impulsarles a mayores esfuerzos. Eran de carácter débil, hasta los más fornidos, y mascullaban descontentos trabajando lo menos posible, de modo que Joseph había llegado lentamente a la conclusión de que no merecían más pago del que recibían y no eran explotados. Sus propias desidias eran perjudiciales para trabajadores como Joseph y los de su temple, que tenían que redoblar sus esfuerzos para atraer la más o menos benévola atención de patronos ambiciosos.

Más allá de la ventanilla del tren la oscuridad era completa. Joseph abrió su envoltorio de comida y devoró tres huevos duros, todos los emparedados de jamón, el arenque, la salchicha y dio remate a la comida con el pastel. Descartó la ensalada de patatas. Acabada su cena, observó furtivamente el apestoso vagón con sus pobres y cabeceantes pasajeros, sus asientos desvencijados, su suelo cubierto de paja y colillas y escupitajos manchados de tabaco. El revisor había encendido las tres linternas que colgaban del techo abovedado, y el olor era intenso en el calor estancado. El silbato aulló al trepidar el tren a través de la oculta campiña, pasó por aldeas donde no paraba, por las estaciones débilmente iluminadas, y el bamboleo del vagón casi arrojó a Joseph de su asiento. El vapor y el hollín que pasaban velozmente junto a la ventanilla estaban iluminados por chispas rojas, parte de la suciedad se abría camino hasta el interior del coche cerrado y la densa lóbreguez y el humo hicieron toser a todos. Joseph vio que sus manos ya estaban ennegrecidas y sospechó que también lo estaría su cara. No tenía reloj. No sabía la hora y no se atrevía a preguntarla al

ferroviario por temor a revelar que comprendía el inglés. Pero sabía que el tren se paraba en una pequeña ciudad, dentro de unas dos horas, teniendo un enlace con Titusville que esperaba a este tren antes de que se desviase al este, hacia Pittsburgh.

Pensó en Corland, a cuarenta kilómetros de Titusville y se dijo a sí mismo: he hallado un camino para ser rico, ¡y nada me detendrá! Sólo precisaba lo que los norteamericanos llamaban «la gran oportunidad» y ésta la tendría muy pronto. Necesitaba concentrarse sobre lo único que importaba en este mundo.

Joseph, acechando las espaldas y cabezas de los demás pasajeros, palpó la moneda de oro de veinte dólares que tenía en el bolsillo sujeto con alfileres. Estaba en sitio seguro. Palpó su cinto de dinero, ahora pesado, y aquello también estaba seguro. Ya estaba en su camino y, sonriendo, se dispuso a esperar su momento.

IX

El tren de enlace para Titusville no había llegado todavía cuando el tren de Joseph alcanzó la pequeña ciudad de Wheatfield. Con algunos otros pasajeros se apeó del vagón, bajó más su gorra y trató de aparecer lo menos llamativo posible al entrar en la pequeña y calurosa sala de la estación, que estaba bien iluminada y tenía pobladas hasta sus paredes. Joseph nunca había visto tal asombrosa reunión de individuos como la que ahora veía, atónito. Había hombres con sedosos sombreros de copa alta, lujosas levitas y floreados chalecos, corbatas con espléndidos alfileres y excelentes pantalones de buen paño, hombros gordos de rojas caras sudorosas, copiosa melena y patillas, con barbas y bigotes exquisitamente recortados, llevando bastones de Malaca con empuñaduras de oro o plata, hombres de gordos dedos cargados de anillos destellantes, cadenas de reloj embellecidas con amuletos enjovados y conversando entre ellos con risotadas joviales y roncadas voces bromistas mientras sus ávidos ojos estudiaban a los desconocidos. Todos fumaban tabaco y olían a ronquina o perfumes aún más especiados, y sus botas relucían como espejos. Muchas de aquellas caras estaban marcadas por la viruela pero igual mostraban excitación, confianza y dinero. Por entre ellos remolineaban trabajadores con gorras de paño, chaquetones remendados y camisas azules con manchas de sudor, grasa y tierra, y hombres en mangas de camisa, activísimos y con voces que se imponían solicitando y ordenando, hombres que movían constantemente sus recias piernas. También estaban los silenciosos y mortíferos individuos con vestimenta de color apagado pero de buen paño, que se alineaban a lo largo de las paredes, acechando fijamente a todos los que llegaban, brillando sus anillos, elegantes sus corbatas, pantalones y chalecos, rizadas y acanaladas sus camisas. Aquéllos eran los cazadores y los jugadores.

Los carteles que recubrían las paredes manchadas de suciedad de la pequeña estación invitaban a alistarse, y, en una esquina, se hallaba un joven teniente con su quepis elegantemente ladeado sobre la frente, una mesita y dos soldados que solicitaban a los hombres más jóvenes que se unieran «al servicio patriótico de su elección». Varios jóvenes bromeaban con ellos groseramente; el joven teniente sudaba en el rancio ambiente caluroso pero conservaba la seriedad y la compostura aunque sus ayudantes sonreían y escupían. Los ojos del oficial brillaban con el fervor del soldado legítimo y era evidente que se trataba de un graduado de West Point y no un simple enrolado. En su hombrera leíase «Ejército de los Estados Unidos». Estaba orgulloso de lucirla.

Todas las estrechas banquetas estaban ocupadas aunque algunos, como azuzados por la impaciencia, se levantaban para unirse al remolino de la masa y sus asientos eran inmediatamente confiscados. El clamor era abrumador con los constantes crescendos de voces masculinas arguyendo, insinuando, jactándose, prometiendo entre carraspeos. Las escupideras eran ignoradas. El suelo estaba casi recubierto por

un lodo pardo-negrusco. La pestilencia y el calor oprimían a Joseph y se mantenía cerca de la puerta pese a los empujones que recibía. Salían hombres corriendo a la plataforma exterior con papeles en las manos, o sacos de viaje, maldiciendo el retardado tren para Titusville, y volvían a correr al interior, los ojos saltones en la búsqueda de amigos que acababan de abandonar. Otro olor se elevaba por encima del olor de ronquina, tabaco de masticar, humo y sudor; el olor de la codicia y la lujuria del dinero, y era persistente. Las lámparas, en lo alto, apestaban llameando con fuerza; una ráfaga de aire llevó al interior carbonilla, polvo ardiente y brozas. En alguna parte un telégrafo parloteaba como una mujer loca. Unos hombres empujaban a un lado a otros y eran maldecidos o palmoteados en la espalda. Un olor a *whisky* áspero ascendía al llevar botellas hacia las bocas. La sala de la estación era como una enorme casa de simios, rebosando calor, movimiento, inquietud, clamores vehementes, gritos apasionados, grandes risotadas y bienhumoradas imprecaciones. El viejo jefe de estación se encorvaba tras su mesa como un domador, su boca se movía silenciosamente y centelleaban sus lentes mientras intentaba aplacar a los constantes asediadores que exigían explicaciones por la demora. Encogía los hombros, meneaba la cabeza, alzaba las manos y miraba en torno, desvalido. Algunos hombres caían al tropezar con equipajes en el suelo, imprecaban, reían o apartaban a patadas las maletas y portamantas. El joven teniente del ejército, momentáneamente desanimado, escrutaba el vertiginoso movimiento con simpático pasmo porque resultaba visible que era un caballero entre hombres que, indudablemente, no tenían nada de caballeros. Su madre le había enseñado a tener buena voluntad, lo mismo que sus instructores, y pugnaba por mantenerla, conservando una reservada pero amistosa semisonrisa fija en su rostro de muchacho bigotudo. Pero su expresión empezaba a ser la de un embrujado. La bandera a su derecha, colgaba fláccidamente en el sofocante y nocivo ambiente. Las dos ventanas de la sala estaban abiertas pero no entraba ninguna brisa fresca.

Después de algunos momentos Joseph ya no pudo soportar más y salió a la plataforma de tablas para mirar las vías, plateadas por la luz lunar. Aquí, por lo menos, imperaba el olor más limpio del acero, la carbonilla, el polvo, las maderas y las piedras recalentadas. Las luces de Wheatfield titilaban diminutas en la distancia. La luna cabalgaba en un cielo negro, aparentemente sin estrellas. De vez en cuando la plataforma vibraba, al brotar de la sala racimos de hombres que también miraban las vías hablándose unos a otros con voces altas y excitadas, bromeando, fanfarroneando, y luego embestían de nuevo hacia el interior de la sala, como si algo de inconmensurable importancia se dilucidase allí dentro.

Por último Joseph se dio cuenta de que alguien había estado silenciosamente a su lado durante varios minutos y no se apartaba. Ignoró aquella presencia, continuando en su fija contemplación de los rieles. Estaba muy cansado tras aquella larga jornada, sabía que iba a soportar un penoso viaje hasta Titusville, y empezaba a temer que si no estaba vigilante no habría sitio para él en el tren. Estaba sediento. Había visto un

cubo de agua en un banco y un jarrillo encadenado a la banqueta, pero se estremeció al pensar en beber de allí. La luz se desparramaba, a través de la cercana ventana, sobre la plataforma. Joseph se mantenía exactamente al borde del andén.

—¿Tiene un fósforo, señor? —preguntó la presencia con voz muy juvenil.

Sin volverse, Joseph replicó con el habitual laconismo seco que usaba al ser abordado por desconocidos:

—No.

Un leve temor se infiltró en él. ¿Había sido seguido pese a todas sus precauciones? Fue esta idea y no la mera curiosidad la que le hizo mover cautelosamente la cabeza y mirar de soslayo. Pero lo que vio le tranquilizó. La presencia era menor que él, infinitamente más desastrado que él, casi andrajoso. Era un muchacho de unos quince años, un muchacho sin gorra ni sombrero ni chaqueta, muy delgado. Tenía apariencia de hambriento pero no de degradación ni tampoco había hablado con el gimiente descarado que afectaba a los muy pobres.

Su aspecto y sus maneras eran asombrosamente vivaces, casi alegres y despreocupados, como si fuera perpetuamente feliz, interesado y animoso. Joseph, acostumbrado al blando anonimato del aspecto anglosajón de Winfield, se sorprendió ante el rostro de gnomo que apenas le llegaba al hombro, un rostro moreno de grandes ojos negros que brillaban a través de largas pestañas espesas, casi femeninas y lustrosas, la melena de negros rizos y la prominente nariz aquilina. El cabello indisciplinado y, evidentemente, sin peinar, se desflecaba sobre la estrecha frente morena, sobre las orejas, se alborotaba sobre el flaco pescuezo y se desgredaba en mechones contra las planas y enjutas mejillas. Una barbilla puntiaguda con un hoyuelo, y una sonriente boca roja, añadían traviesa alegría al rostro impertinente y, entre los húmedos labios, brillaban los blancos dientes.

—Ni siquiera tengo tabaco o una colilla —dijo el muchacho, con real regocijo—. Sólo deseaba charlar.

Su voz era ligera, casi tan aguda como la de una muchacha, tenue y exóticamente acentuada. Se reía de sí mismo. Pero cuando vio la truculenta expresión de Joseph y sus fríos, recelosos e irónicos ojos, cesó de reír aunque continuó sonriendo esperanzado.

—Sólo deseaba charlar —repitió.

—Yo, simplemente, no quiero charlar —dijo Joseph y volvió a contemplar los raíles.

Hubo un breve silencio. Luego, el muchacho dijo:

—Me llamo Haroun. ¿También vas a Titusville?

La boca de Joseph se crispó. Pensaba mentir. Pero aquel extraño muchacho podía estar en el mismo vagón y entonces parecería un majadero, un fugitivo sospechoso o un delincuente que huía. En consecuencia, asintió.

—Yo también —dijo Haroun. Joseph volvió a mirar rápidamente aquel notable semblante juvenil. El muchacho sintióse animado. Dedicó a Joseph una amplia

sonrisa al añadir—: En Titusville se pueden hacer montones de dinero. Si esto es lo que uno tiene en mente, y como yo no tengo otra cosa para colocar en mi mente, ¡voy a hacer dinero!

Rió gozosamente y Joseph, ante su propio asombro, sintió que su rostro esbozaba una sonrisa.

—Lo mismo puedo decir —y apenas dicho, se asombró de nuevo por su actitud.

—Todo cuanto poseo en este mundo son setenta y cinco centavos —dijo Haroun—. Todo cuanto ganaba eran dos dólares por semana en la forja de un herrero, una cama en el granero y un poco de pan y tocino por la mañana. De todos modos, no estuvo demasiado mal. Aprendí cómo herrar caballos y es un buen negocio, sí señor, y con este oficio siempre se puede ir viviendo. Hubiera podido ahorrar dinero de los dos dólares pero tenía que cuidar de mi vieja abuelita que estaba enferma, necesitaba medicinas y después se murió. Dios le conceda descanso a su alma —resumió Haroun sin melancolía en el tono, sólo con afecto—. Ella cuidó de mí cuando murieron los míos, aquí en Wheatfield, cuando yo era un mocoso, lavando ropa para la gente rica cuando podía conseguir trabajo. De todos modos, se murió, y está enterrada en la hoya común, pero yo pienso del modo siguiente, ¿qué importa dónde lo entierran a uno? ¿Estás muerto, no? Y tu alma se ha ido a algún sitio, pero no creo en ningún paraíso de los que me hablaba mi abuelita. Después de todo, tras comprar hoy mi billete, sigo teniendo setenta y cinco centavos hasta que encuentre trabajo en Titusville o quizás en Corland.

Aquel recital fue tan falto de artificio y sin embargo tan explícito y lleno de confianza y seguridad íntima que Joseph sintióse intrigado a regañadientes. Allí estaba uno que amaba por entero la vida, que creía en ella y la encontraba valiosa y hasta Joseph, pese a su juventud, podía reconocer un alma que no sólo era indómita sino despreocupada.

Haroun toleró sin resentimiento ni molestia ser inspeccionado detalladamente por los hundidos ojos de Joseph que eran como metálicas piedras azules entre las rojizas pestañas. Hasta parecía divertido.

—¿Hasta dónde crees que puedes llegar con tu calderilla? —insinuó Joseph.

Haroun escuchó atentamente las tonalidades, y exclamó:

—¡Ey! Tú también eres un extranjero, lo mismo que yo, ¿verdad que sí? —tendió francamente la pequeña mano morena y Joseph se encontró estrechándola. Era como madera cálida entre sus dedos—. ¿De dónde eres?

Joseph titubeó. Sus asociados de trabajo, en Winfield, le habían conocido como escocés. Le convenía olvidarlo, y dijo:

—De Irlanda. Hace ya mucho tiempo. ¿Y tú?

Con elocuente encogimiento de hombros, replicó el muchacho:

—No sé dónde está, pero oí decir que era el Líbano. Un sitio raro, cerca de Egipto o tal vez fuera de China. Uno de esos sitios. ¿Qué importa dónde uno ha nacido?

El orgulloso Joseph le miró fríamente y después decidió que alguien tan ignorante

no merecía una reprimenda sino sólo indiferencia. Estaba dispuesto a dar media vuelta y dirigirse a la sala para escapar de aquel muchacho, cuando Haroun dijo:

—Ey, comparto contigo mis monedas, si quieres.

Joseph se quedó nuevamente pasmado. Miró por encima del hombro, deteniéndose, y preguntó:

—¿Por qué ibas a hacerlo? Ni siquiera me conoces.

Haroun exhibió una blanca mueca y sus grandes ojos negros rieron.

—Sería cristiano, ¿no te parece? —y su voz rebosaba malicia.

—No soy un cristiano. ¿Y tú?

—Griego ortodoxo. Esto es lo que era mi gente del Líbano. Allí es donde me bautizaron. Haroun Zieff. Yo tenía un año cuando vinieron aquí, a Wheatfield. Mi padre era tejedor, pero él y mi mamá se pusieron enfermos y murieron, y solamente quedamos yo y la abuelita.

Medio volviéndose, Joseph le estudió de nuevo, y preguntó:

—¿Por qué me cuentas todo esto? ¿Le cuentas a cada desconocido tu historia completa? Es peligroso. Eso es.

Haroun dejó de sonreír y, aunque un hondo hoyuelo apareció en cada mejilla, su traviesa cara se puso seria. Ahora era él quien estudiaba a Joseph. Sus hinchidos labios rojos se crisparon levemente y sus largas pestañas se movieron, hasta que preguntó:

—¿Por qué? ¿Por qué es peligroso? ¿Quién podría hacerme daño?

—Es mejor guardar nuestras propias opiniones —dijo Joseph—. Cuanto menos sabe la gente de ti, tanto menos daño puede hacerte.

—Hablas como un hombre viejo —dijo Haroun, amablemente y sin rencor—. No puedes estar sentado callado todo el tiempo, esperando que alguien te acuchille, ¿no?

—No. Simplemente preparado, eso es todo —y Joseph no pudo evitar sonreír levemente.

Haroun sacudió bruscamente la cabeza, revoloteando todos sus rizos.

—Me disgustaría muchísimo vivir de esta manera —dijo. Y de pronto se echó a reír—. Quizá nadie me hizo gran daño nunca porque yo no poseía nada que ellos pudieran querer.

Uno de los jóvenes soldados salió a la plataforma y se quitó el quepis para secarse la frente mojada. Vio a Joseph y a Haroun y se reanimó, diciendo:

—¿Vosotros queréis alistaros? Parece ser que vamos a tener guerra.

—No, señor —denegó Haroun muy cortésmente, mientras Joseph sólo exteriorizaba desdén.

—La paga es buena —dijo el soldado, mintiendo.

—No, señor —repitió Haroun.

El soldado examinó sospechosamente el rostro moreno y la masa de negros rizos.

—Si eres extranjero, puedes llegar a ser rápidamente un ciudadano norteamericano —sugirió tras decidir que Haroun, si bien muy moreno, no era un

negro.

—Ya soy norteamericano —dijo Haroun—. Mi abuelita me convirtió en tal hace un par de años, y también fui a colegios norteamericanos en este pueblo, Wheatfield.

El soldado estaba dubitativo. El aspecto de Haroun le hacía sentirse inexplicablemente molesto. Se volvió hacia Joseph, que había escuchado aquel intercambio con ácida diversión. El aspecto y el semblante de Joseph apaciguaron al soldado.

—¿Y usted qué me dice, señor?

—No me interesan las guerras —dijo Joseph.

El joven soldado enrojeció de pronto.

—Esta nación no es lo suficientemente buena para que luche por ella, ¿eso quiere decir?

Joseph no había peleado desde que era un chiquillo, allá en Irlanda, pero la evocación de la reyerta hizo crispas sus puños en los bolsillos.

—Escúcheme bien —dijo manteniendo su voz tranquila—, yo no ando buscando pendencia, o sea que, por favor, déjenos en paz.

—¡Otro extranjero! —exclamó disgustado el soldado—. ¡Todo el país está inundado! Al infierno con vosotros —y regresó a la sala.

Haroun le contempló alejarse, y sacudió la cabeza jubilosamente.

—El hombre se limita a hacer su deber —comentó—. No vale la pena enojarle. ¿Crees que habrá una guerra?

—¿Quién lo sabe? —dijo Joseph—. ¿Y qué nos importa?

Haroun dejó de sonreír y su rostro juvenil se hizo súbitamente enigmático.

—¿Hay algo que te importe? —preguntó.

Joseph se sobresaltó ante la penetración de alguien tan joven y se encerró de nuevo en sí mismo.

—¿Por qué lo preguntas? —quiso saber—. Estoy pensando que esto es una impertinencia.

—Bueno, no quería decir nada particular —dijo Haroun tendiendo las manos abiertas, en un gesto que Joseph nunca había visto antes—. Simplemente parece no darle importancia a nada, eso es todo.

—Estás completamente en lo cierto. No me importa nada —dijo Joseph.

Un grupo de hombres que gritaba irrumpió en la plataforma, mirando con los raíles y maldiciendo fútilmente. Estaban muy bebidos.

—¡Ya no llegaremos hasta el mediodía! —vociferó uno—. ¡Y tengo que entregar un taladro antes del mediodía! ¡Debería ponerle pleito al ferrocarril!

Regresaron en sudoroso alboroto a la sala. Joseph les siguió con la mirada. Dijo, como hablando consigo mismo:

—¿Quién será toda esta gente?

—Hombre, pues son buscadores... de aceite —aclaró Haroun—. Van a Titusville para cercar un terreno ya denunciado o comprar tierras y comenzar a taladrar el suelo.

Esto es lo que origina tu viaje hacia allá, para trabajar, ¿no es así?

—Sí —y Joseph miró de pleno a Haroun por primera vez—. ¿Sabes algo acerca de ello?

—Bueno, he oído mucho. No hay gran cosa en que trabajar en Wheatfield, con la Estampida, la gente ni siquiera tiene sus caballos bien herrados y a mí me gustaría ganar más de dos dólares por semana —dijo Haroun, de nuevo animoso—. Pretendo llegar a millonario, como cualquiera de los que van a Titusville. Voy a conducir uno de aquellos carros con nitroglicerina, y cuando consiga un terreno estacado voy a comprarme una broca o asociarme con alguien y adquirir opciones de terrenos. Esto es lo que se puede hacer, si no hay modo de comprar el terreno, y no te quepa la menor duda de que no hay nadie por los alrededores de Titusville y, hasta de Corland, que venda ahora sus tierras. Tomas opciones y si te topas con aceite, entonces le das al propietario del suelo un tanto por ciento, eso que llaman regalías. Me enteré de todo esto en Wheatfield. Hay montones de hombres yendo ahora para trabajar en los campos de aceite. Algunos de los que están en la sala ya se toparon con aceite abundante, y están aquí para comprar más maquinaria barata y contratar mano de obra. Yo ya estoy contratado —añadió, con orgullo—. Siete dólares a la semana, alojamiento y comida para trabajar en los campos, pero voy a conducir los carros calientes. Así los llaman.

—¿Permiten conducir estos carros a un mozo joven como tú?

Haroun se empinó lo más alto que pudo, y no era mucho. Su coronilla llegaba apenas a las narices de Joseph.

—Tengo casi quince años —dijo con grave solemnidad. Ni siquiera es alto como Sean, pensó Joseph. Haroun agregó—: He estado trabajando desde que tenía nueve años, pero he seguido cinco años de colegio y puedo hacer escritos y cuentas la mar de bien. No soy ningún palurdo.

Ahora, ante el sorprendido Joseph, los negros ojos eran sagaces y astutos, sin perder la franqueza en su mirar, pero no eran duros ni malignos. Había una honda madurez en ellos, y un conocimiento de las cosas sin cautela, un orgullo sin desconfianza. De repente, para su propia confusión, Joseph sintió una densa calidez en la garganta y la especie de ternura que experimentaba cuando veía a Sean. Luego sintióse asustado ante aquel humillante asalto a sus emociones por un simple desconocido sin importancia, y la alarma le hizo desear retraerse.

De repente hubo una serie de chirridos, cliqueteos y chasquidos en los raíles, un clamoreo como el estallido de una furiosa locura metálica. Un enorme y deslumbrador ojo blanco surgió de la negrura contorneando la curva y los raíles temblaron, al igual que la plataforma. Joseph pudo oír el traqueteo de los vagones, el silbido del vapor escapando al ser aplicados los frenos, y allí estaba el tren para Titusville, chillando hacia la estación, la maciza y negra máquina empequeñecida por la gigantesca chimenea tubular que vomitaba humo y fuego en la noche. El conductor tiró vigorosamente del silbato y el insoportable alarido perforó los oídos de Joseph,

obligándole a colocarse las manos encima para protegerlos.

Ahora la plataforma hervía con masas de hombres, todos gritando, blasfemando, luchando y transportando valijas. Haroun atrajo a Joseph por el brazo.

—Ven hacia aquí —chilló por encima del ruido—. El segundo vagón se detiene precisamente aquí y es mejor que te muevas con talento.

Abandonó a Joseph por un momento, para recoger una pequeña maleta de tela, y se reunió con el muchacho de más edad inmediatamente, con aire de protector y guía. Se había abalanzado como un grillo, por un instante Joseph pensó que eso parecía, y vio la menuda delgadez de sus muñecas y los frágiles tobillos desnudos sobre las botas rotas. De nuevo sintió aquel espasmo de débil y degradante sentimentalismo que no lograba comprender.

Los corpulentos adultos embestían en masa hacia los vagones y los dos flacos muchachos no eran obstáculo para sus fuerzas. Los hombres les empujaron a un lado y bulleron dentro de los vagones, pateando y empujando a Joseph y a Haroun en el avance, chocándoles con sus pesados equipajes y maldiciéndoles a la vez que pugnaban por subir al tren. Joseph encontró a Haroun agarrándose desesperadamente de su brazo y contuvo el colérico impulso de sacárselo de encima. Una vez cayó Haroun de rodillas, golpeado en la espalda por un enorme bruto imprecando, y Joseph palpó instintivamente su cachiporra. Entonces supo que ni él ni Haroun serían capaces de subir al tren excepto mediante el empleo de medidas extremas y contundentes, por lo cual extrajo su cachiporra y literalmente se abrió camino a porrazos. Algunos de los hombres cayeron, aullando, retrocediendo, y Joseph impulsó a su compañero a través del angosto paso entre pesados cuerpos y ayudó a Haroun a trepar por los estrechos peldaños del estribo. El tren ya estaba bufando, listo para partir. Los vagones ahora estaban cargados con vociferantes pasajeros sentados y rientes, y los pasillos se hallaban apretadamente ocupados por viajeros. No había sitio en los vagones para Joseph y Haroun, aunque había hombres que continuaban estrechándose junto a ellos, intentando entrar en los compartimentos, y luego se amontonaban en los abiertos umbrales cuyas puertas no podían cerrarse.

Joseph estaba jadeando y masculló:

—Maldita sean todos ellos.

Las mangas de su gabán estaban rasgadas. Había perdido la gorra y su cabello rojo se desparramaba por toda su cara y estaba empapado en sudor. Haroun estaba demacrado por el magullamiento pero intentaba sonreír. Su respiración sonaba fatigosa y entrecortada y se apretaba la flaca espalda, en la zona de sus riñones donde había sido golpeado.

—Ha sido una suerte llegar hasta aquí —dijo— gracias a ti. ¿Cómo te llamas?

—Joe —dijo Joseph.

El tren arrancó con una sacudida. Los dos muchachos chocaron contra el tabique posterior del vagón delantero. Estaban encajados en la plataforma deslizante, entre dos vagones. Se había hecho un intento para evitar el peligro para los que estaban en

pie en las plataformas, un nuevo invento que cubría el acoplamiento y su perno: dos planchas movientes de metal que se juntaban ocasionalmente y luego retrocedían con el movimiento del tren. Las planchas eran resbaladizas y Joseph tuvo que asirse al pasamanos del vagón de enfrente. Haroun se reclinaba contra el tabique del vagón de atrás, con el rostro bañado de frío sudor, silbante e irregular la respiración, sus pies procurando equilibrarse en la placa móvil. Pero seguía sonriendo admirativamente a Joseph.

—Nos metiste a bordo —dijo—. Nunca pensé que lo íbamos a lograr.

—Tal vez lo lamentemos —gruñó Joseph—. Me parece que tendremos que estar de pie todo el trayecto, hasta Titusville.

Haroun emitió una exclamación desolada:

—¡Mi maleta! Se me cayó. ¡Ahora me he quedado sin ropa!

Joseph no dijo nada. Se agarraba al pasamanos del abierto vagón delantero. Debía quitarse de encima aquel chico importuno que aparentemente había decidido adoptarle. Sería sólo un estorbo haciendo preguntas, entrometiéndose con su amistad y, por consiguiente, debilitándole. Miró al interior del vagón, pero no había ni siquiera sitio para estar de pie. Brotaba calor, hedores y los efluvios de una letrina al fondo. Todos los pasajeros fumaban. La luz de la linterna era brumosa y oscilante y el ruido, intolerable. Joseph veía cabezas agrupadas envueltas en humo; el humo se adensaba en volutas a lo largo del techo grasiento. Veía anchas espaldas inclinadas, moviéndose y bamboleándose al unísono en medio del clamor y el tumulto de voces. El vagón siguiente no ofrecía mejor aspecto. Pero pese a la incomodidad, los hombres demostraban hilaridad y satisfacción, y Joseph ahora supo que no existían mayor excitación, gozo y estímulo que las que rodeaban la esperanza de tener dinero y la posesión del dinero.

—Mi maleta —gemía Haroun.

Enfurecido por la impaciencia, Joseph miró hacia abajo, a las planchas moviéndose peligrosamente y a la estrecha abertura que se hacía entre ellas al deslizarse.

—No debiste dejarla caer —dijo.

Aquel pasadizo estaba abierto a la noche, al viento y el hollín; las carbonillas y el humo manaban al interior y Joseph tosió espasmódicamente mientras se agarraba, vacilante, al pasamanos.

—Nunca debes soltar aquello que te pertenece —añadió, con voz sofocada.

¡Si sólo pudiera hallar un rincón para escapar de Haroun! Pero ni siquiera una culebrilla habría podido entrar en ninguno de los atiborrados vagones. Y entonces Haroun gritó, un grito de dolor mortal y terror y Joseph se volvió hacia él.

Uno de los flacos pies de Haroun, en su bota rota, había sido agarrado por el tobillo entre las deslizantes planchas de la plataforma y había caído de rodillas. La luz brotaba de los vagones y Joseph vio la angustiada y aterrorizada cara del muchacho y luego la sangre manando de su pie apresado. Las planchas todavía se deslizaban hacia

adelante y hacia atrás, pero ahora no cerraban por completo debido a la frágil carne y la osamenta cautiva entre ellas.

—¡Maldita sea! ¡Necio! ¿Por qué no te agarraste bien? —gritó Joseph, con una mezcla de rabia y temor.

Depositó su caja y cayó de rodillas junto al muchacho que chillaba. Cuando una plancha retrocedió levemente tiró del pie atrapado, pero estaba aprisionado en cuña. La abertura no era lo bastante ancha, y cada traqueteo del tren, cada bamboleo en una curva, cada uno de los tirones de Joseph sólo reforzaban la agonía de Haroun, que chillaba sin cesar. Ahora la sangre salpicaba las manos de Joseph y súbitamente pensó en la sangre de su madre y sintióse mareado. Tiró con más fuerza. Crispó los dientes y pese a las súplicas agónicas de Haroun para que desistiera, retorció el pequeño pie, diciéndose a sí mismo que lo que había entrado podía salir.

—Cierra la boca —ordenó a Haroun, pero el muchacho estaba imposibilitado para oír otra cosa que no fuera su propio dolor y terror.

Joseph comprendió que necesitaba ayuda. Llamó por encima de su hombro, gritando hacia el coche delantero. Tres cabezas emergieron viendo lo que debía verse, pero ninguno ofreció ayuda, aunque uno dijo en ronca burla:

—¡Córtale el pie, maldito seas!

Los otros rieron, embriagadamente, y observaron con interés.

Joseph pensó en su cachiporra. La sacó del bolsillo, esperando hasta que las planchas se separaron hasta su máxima abertura y empujó la cachiporra entre ellas. Después apalancó en la abertura su tacón, la semiluna de acero de su recia bota y se descalzó. Miró hacia abajo, a la grisácea negrura entre las planchas, cerrando los oídos a los chillidos de Haroun. Mordióse el labio. Tendría que alargar la mano hacia abajo, entre la forzada abertura, y sacarle el zapato a Haroun, un zapato ya atrapado sin remedio. Al hacer tal cosa corría el riesgo de que su propia mano quedase atrapada y tal vez la perdería entre los bordes de las planchas. Titubeó y un pensamiento relampagueó en su mente: ¿por qué voy a arriesgarme por un desconocido que no significa nada para mí?

Miró la cara de Haroun, yacente ahora cerca de su muslo, y vio en ella la torturada inocencia, la ingenuidad brutalizada, y miró por encima del hombro a los rientes y burlones individuos que estaban disfrutando del espectáculo de un sufrimiento infantil. Los bordes de la gruesa cachiporra de cuero y acero ya estaban siendo masticados por las planchas, lo mismo que el tacón de la bota de Joseph. Tenía que actuar inmediatamente. Cerró los ojos y alargó la mano entre las planchas, agarró el dorso del zapato de Haroun y espero por un instante hasta que el orificio se ensanchó de nuevo, levemente. Entonces, en un rápido movimiento, empujó el zapato, atrajo el pie de Haroun fuera de la abertura y soltó su propia bota. La cachiporra se rompió, cayendo sobre las traviesas, entre los raíles. Un momento más y hubiera sido demasiado tarde.

Haroun yacía ahora de cara sobre una de las planchas deslizantes, sacudido por

sollozos, y sus lágrimas corrían sobre el metal. Su tobillo estaba torcido y sangraba copiosamente, era lastimoso ver su pequeño pie desnudo, a la luz de la linterna que oscilaba hacia la plataforma. Jadeante, Joseph se calzó la bota y se sentó junto a Haroun. Tendió la mano, apretando el hombro del muchacho.

—Ya pasó todo —dijo, y su voz era suave y afable.

Frunció el ceño ante la sangre manando y la suciedad mezclándose en ella. ¿Cómo diablos llegó a verse enzarzado en aquella peligrosa situación? Para empezar nunca debió haberle hablado al chico. Esto era lo que ocurría al involucrarse con los demás, y debilitaba y destruía a un hombre. Una cosa conducía a otra. Ahora tendría que hacer algo por el herido y sufriente muchacho, y se despreció a sí mismo. Oyó vagamente los ásperos comentarios y burlas de los hombres que habían presenciado el forcejeo.

Haroun ya no sollozaba. La conmoción le había vencido. Yacía flácido, boca abajo, su magro cuerpo moviéndose rítmicamente sobre las planchas deslizantes. El tren lanzó su alarido en la noche. Nubes de humo invadieron la plataforma. La débil luz de una estación pasó volando junto al tren. Martilleaban las ruedas. La respiración de Joseph empezó a normalizarse.

Entonces una voz áspera y ronca resonó por encima de Joseph:

—¿Qué es todo este jaleo, eh? ¿Qué pasa aquí?

Un hombre rechoncho y de corta talla apareció en el umbral del vagón delantero, un hombre de unos cuarenta años, lujosamente vestido, con una cabeza calva, parecida a una enorme pera, surgiendo de anchas espaldas macizas. Su amplia faz era rubicunda, de recios maxilares que casi rozaban los pliegues de una corbata de seda, sujeta con un alfiler con un diamante. Tenía diminutos ojos como uvas húmedas, bulliciosos, unas orejas sonrosadas enormes y crispaba la gruesa boca. Una cadena de reloj, cargada de abalorios enjoyados, se extendía a través del abultado chaleco deslumbrante en sus brocados multicolores. Sus rollizas manos, que agarraban cada lado del umbral, centelleaban de anillos con gemas.

Era un hombre de autoridad e importancia, ya que los hombres que había empujado a un lado permanecían tras él, todavía rientes pero respetuosos. Joseph alzó la vista hacia el reluciente rostro bien nutrido.

—Se pilló el pie. Se hirió el tobillo. Está sangrando. Le saqué justo a tiempo —dijo Joseph con dura y desdeñosa brevedad—. Su pie está herido. Necesita cuidados.

El semblante del hombre se avivó al oír el acento de la voz de Joseph. Un gran tabaco estaba aprisionado entre los dientes manchados. Apartó el cigarro con sus centelleantes dedos y gruñó. Mirando hacia abajo, al postrado Haroun, dijo:

—¿Lo sacaste fuera de la trampa, eh?

Joseph no replicó. Súbitamente sentíase agotado. Odiaba aquel hinchado individuo que no sabía hacer otra cosa sino fumar y mirar mientras Haroun sangraba y yacía medio desvanecido sobre las planchas atragantado y tosiendo entre sofocados sollozos.

El desconocido vociferó de repente, con una voz más alta que la bulla de los vagones y el alarido del tren:

—¡Vamos, venga! —bramaba por encima del hombro—. Despejen otro asiento, ¡malditos sean todos! ¡Levanten a este muchacho y llévenle dentro, antes de que me encrespe y os saque los hígados, malditos seáis!

Nadie contestó ni arguyó. Unos hombres se levantaron entre nubes de humo de tabaco y un asiento quedó milagrosamente desocupado. El desconocido gesticuló. Dos de los hombres que habían estado observando la pugna de Joseph, riendo y burlándose, recogieron a Haroun alzándolo y transportándole al interior del vagón, instalándole en el asiento. Los ojos del muchacho, inundados de lágrimas, permanecieron cerrados. La sangre goteaba de su desgarrado tobillo.

El desconocido dijo:

—También tú, adentro, buen mozo.

Todavía incrédulo, Joseph forcejeó hasta ponerse en pie y entró en el vagón; hubo una pausa de silencio entre la multitud y una contemplación más a fondo, hosca y curiosa. Joseph se desplomó en el espacio junto a Haroun. El respaldo del asiento de enfrente estaba invertido de posición y el desconocido sentóse pesadamente encima y acechó a los dos muchachos. Se amontonaban los rostros para espiar. La hediondez del sudor, el humo, la pomada y el *whisky* atosigaba la respiración de Joseph. Desde atrás del vagón algunas voces interpelaban inquisitivamente y eran contestadas. La luz de las linternas era como la difusa emanación de lámparas en espirales de bruma.

El desconocido, plantificando sus gruesas manos en sus aún más gruesas rodillas, dijo:

—Bien, ahora tenemos que hacer algo por este chaval. No vaya a ser que se desangre a muerte. ¿De dónde sois?

—Wheatfield. Vamos a Titusville —dijo Joseph—. A trabajar.

El hombre volvió a vociferar sin apartar la mirada de Joseph y Haroun:

—¡*Whisky*, malditos sean vuestros pellejos! ¡Montones de *whisky* y pañuelos limpios! ¡Rápido!

Atrás y al lado hubo actividad repentina. Le sonrió a Joseph:

—¿Y cuál es tu apodo o nombre, eh? ¿Y el suyo?

Sus dientes eran pequeños, manchados y torcidos, pero había cierta cordialidad en su sonrisa.

—Joe Francis —dijo Joseph. Señaló a Haroun—: Dice que su nombre es Haroun Zieff.

Pero el desconocido miraba con fija intensidad a Joseph:

—Ya... Joseph Francis Xavier... ¿qué más?

Las fibras internas de Joseph se crisparon. Estudió con mayor atención la ancha y reluciente faz frente a él y los pequeños ojos plomizos, tan sagaces y cínicos.

—Simplemente Joe Francis —dijo.

El desconocido sonrió con expresión de conocimiento de causa:

—Vamos, vamos. Yo mismo soy un irlandés, aunque haya nacido en este país. Papaíto vino desde el Condado Cork. Mi nombre es Ed Healey. Nunca estuve en el viejo terruño, pero oí lo bastante por boca de papaíto. Por lo tanto conozco a un irlandés cuando topo con uno. Temes decir que lo eres, ¿no es así? No te lo reprocho en este país. Pero un irlandés es tan igual como cualquier otro, vaya que sí. Y nunca te avergüences de tu apellido, buen mozo.

—No lo estoy —dijo Joseph.

—Pero estás escapando de algo, ¿no es así?

—Quizás.

—Lo seguro es que tu lengua no es larga —dijo Healey con tono de aprobación—. Esto es lo que me place: un hombre de pocas palabras. O sea que tú, Joseph Francis Xavier con uno u otro apellido, ¿vas a Titusville con este mocito de nombre pagano?

—No es un pagano. Es un cristiano —dijo Joseph.

Estaba todavía algo mareado. Y su profundo agotamiento iba aumentando.

Alzó la mirada hacia las muchas y ávidas caras amontonadas en torno a sus asientos y eran como caras de una pesadilla, tan extrañas para él como las de los inquilinos del infierno. El enorme y colorado rostro de Healey fue dilatándose y alejándose ante sus ojos.

Procedente de un vasto silencio tenebroso, la voz de Healey atronaba en sus oídos:

—¡Eh, bebe esto, chico! ¡No me interesa que te mueras encima mío!

Joseph se dio cuenta de que le había acometido una breve inconsciencia, un vacío total. Notó el borde de un jarrillo metálico contra sus labios y giró la cara a un lado. Pero una gigantesca mano sonrosada presionaba de nuevo el borde de su boca y tuvo que beber para escapar de la presión. Un líquido escociente y picante corrió dentro de su boca y luego por su garganta, y boqueó. Después percibió una creciente calidez en su estómago vacío, y pudo de nuevo ver con claridad.

—Necesito tu ayuda —dijo Healey—. Los irlandeses no se desmayan como las damas. Ahora, escucha... También le voy a dar a este chico un lingotazo, pero uno mayor que el tuyo, de modo que no sienta nada. Tienes que mantenerlo. No puedo confiar en esta chusma mía de borrachos.

Joseph, siempre resistiéndose y resintiendo la fuerza de la autoridad, obedeció instintivamente. Le dijo a Haroun:

—Estamos ayudándote por lo de tu pie.

Enlazó por los hombros, con fuerza, al muchacho gimiente y lloroso. Haroun abrió sus húmedos ojos, Joseph leyó en ellos la confianza, y frunció el ceño.

—Sí, Joe —dijo Haroun.

Habíanse acumulado grandes pañuelos limpios y perfumados. Healey los tenía doblados sobre su rodilla. Le dio a Joseph el jarrillo con una considerable cantidad de un líquido ambarino claro.

—Es *bourbon*, de lo mejor para resucitar a un mulo —dijo Healey—. Hazle beber hasta la última gota.

—Esto le va a matar —dijo Joseph, cuyos sentidos se habían agudizado excesivamente tras haber bebido, y le vibraban con dolor.

—La vida no es ninguna ganga —sentenció Healey—. Pero yo nunca oí hablar de un hombre muriéndose por un buen trago de viejo Kentucky destilado. Ni siquiera alguien con nombres de pagano.

—Debes beberte esto. Ahora y aprisa —le dijo Joseph a Haroun.

—Sí, Joe —dijo Haroun con una voz tan sumisa y confiada que Healey pestañeó.

Haroun retuvo el aliento y bebió rápidamente. Cuando el jarrillo quedó vacío, sus facciones se abultaron, sus negros ojos parecían salirse de la cabeza y se atragantó, asiéndose la garganta.

—En un minuto no sentiré dolor —comentó Healey riendo.

Con amplia sonrisa, empapó dos pañuelos en el *whisky* de la jarra que sostenía. Joseph continuaba manteniendo por los hombros a Haroun que se amodorraba lentamente aunque todavía tosía.

—¿Por qué hace esto por nosotros? —preguntó Joseph—. No le somos nada.

Healey observó penetrante a Haroun, pero le replicó a Joseph:

—¿Con que ésas tenemos, eh? Si no lo sabes, mozo, no preguntes.

Joseph guardó silencio. Healey seguía estudiando a Haroun, yacente en el círculo formado por los brazos de Joseph, y dijo:

—Este pagano tampoco es nada para ti, ¿eh? Sin embargo le sacaste el pie, salvándolo. ¿Por qué? No me lo expliques ahora. Piensa en ello.

Los ojos de Haroun se cerraron. Permaneció inerte entre los brazos de Joseph. Entonces entró en acción Healey. Inclínándose comenzó a limpiar el sucio y sangriento tobillo rápida y diestramente. Haroun gimió en cierto momento, pero no se movió.

—Es el mejor remedio para todo —afirmó Healey—. Le gana al diablo en poder curativo.

El pañuelo estuvo pronto impregnado de sangre y porquería. Healey remojó otro en *whisky*, comentando:

—No creo que tenga nada roto. Sólo desgarrado. Aunque es mala cosa. Pudo haberse quedado sin pie. Ahora ya está limpio.

Envolvió expertamente el tobillo lacerado en otros pañuelos blancos y escancié en ellos, generosamente, *whisky*. Haroun ahora estaba sumido en sopor. Los menudos dedos del pie sobresalían de los pañuelos de modo patético. Parecía haberse encogido. Era apenas algo más que un niño medio muerto de hambre acunado en el abrazo de Joseph. Healey le contemplaba, ignorando el racimo de rostros empujándose unos a otros junto a ellos.

Healey comentó, con cierta gravedad:

—Bueno, me parece haber oído decir que los mansos heredarán la tierra, y tal vez

los desvalidos, pero no será así hasta que el resto de nosotros se haya comido la parte del león y ya no quiera comer más. Pero de nada sirve tratar de pelearse con las cosas tal como son. Solamente un loco necio pretende tal clase de pelea —y miró a Joseph—. Tú no eres ningún necio, y de esto tengo la plena seguridad, buen mozo.

—Yo sobreviviré —afirmó Joseph, como si divagase.

Súbitamente, su cabeza cayó hacia atrás contra el asiento de bejuco y se durmió. El tren lanzó su alarido en la noche como un triunfante «*banshee*^[6a]», el genio fantasmal que en las leyendas irlandesas aparecía por los aires en una carroza, augurando la muerte. Un chispeante fuego rojo destelló brevemente tras las ventanillas.

X

Joseph se despertó al tener el resplandor del sol en sus ojos y rostro. Envarado, dolorido y cansado, removiéndose en el asiento de bejuco donde él y Haroun habían pasado la noche en pesado letargo. La cabeza del muchacho más joven se apoyaba en el hombro derecho de Joseph, como la de un niño confiado; su rostro moreno, vacío de toda expresión, salvo la de inocencia y dolor. Su espeso cabello rizado, negro como el carbón y tan brillante, se desparramaba por el cuello y hombro de Joseph. Una de sus manos reposaba en la rodilla de Joseph.

Las ruedas de hierro del tren retumbaban y chirriaban; la locomotora aullaba y machacaba. El aire fresco del exterior era frecuentemente embotado por la humareda y el vapor. Botellas vacías rodaban y entrechocaban sobre el sucio suelo pajizo. El techo con rancia humedad, ocasionalmente bañado por luz solar, estaba todavía iluminado por las linternas de petróleo, y parecía gotear. Los tabiques de madera del vagón tenían costras de suciedad y de acumulaciones de carbonilla, polvo y humo, y manchas de tabaco. La puerta de la letrina repicaba batiendo constantemente y cada sople de viento transportaba el efluvio dentro del vagón. Joseph miró en rededor con ojos enturbiados.

Healey dormitaba apacible y ruidosamente en el revertido asiento, dando frente a los muchachos, extendidas las gruesas piernas, el sobresaliente chaleco moviéndose rítmicamente, guiñando los dijes y amuletos enjoyados al sol, suelta la blanca corbata tiznada de hollín, los gruesos brazos laxos contra su corto corpachón, las lustradas botas polvorientas pero todavía brillando, tensos los pantalones y arrugada la chaqueta. Su gran cara sonrosada era como la de un infante, su gruesa boca sensual babeaba un poco y sus anchas fosas nasales se expandían y contraían. Una gran oreja rosa estaba ovillada bajo el peso de su cabeza calva. Las claras pestañas cortas aleteaban y había un vello descolorido en sus mejillas y en la papada. Porcino, pensó Joseph, sin malicia ni desagrado sino simplemente constatando una realidad. Miraba los cortos dedos gruesos con sus rutilantes anillos y la abotonadura enjoyada que abrochaba el fino tejido de la camisa acanalada en las abultadas muñecas.

Los ojos de Joseph se pusieron reflexivos mientras estudiaba a Ed Healey. Su instinto le advertía que su bienhechor era un pícaro pero, en contraste con la bellaquería de Tom Hennessey, la tunantería de Healey era abierta, franca y, en cierto modo, admirable y una señal de fortaleza. Era un hombre que podía usar de los demás pero probablemente no podía ser usado. En él había una recia sagacidad, una inteligencia despierta, una implacable benevolencia, en resumen, era un hombre temible, tal vez caprichoso, un hombre que tenía una autoridad propia y en consecuencia no temía a la autoridad y podía capearla ingeniosamente, un hombre que sentía una escasa consideración hacia las restrictivas opiniones sobre el bien y el mal. Era posible que Healey condujese sus negocios rozando peligrosamente el borde

cortante de la ley y no cabía duda de que la había burlado muchas veces. Los hombres en aquel vagón le habían mostrado deferencia, obedeciéndole sin rechistar, hasta los taciturnos y mortecinos individuos que veían y sabían todo, pese a que eran bribones por vocación propia. Los bribones no respetan ni obedecen ni admiran la probidad: por consiguiente, Ed Healey no poseía probidad.

Pero la conciencia, reflexionaba Joseph, con palabras de la Hermana Elizabeth, «no sirve para comprar patatas». Repentinamente palpó su cinto de dinero y su escondida moneda de oro de veinte dólares. El tren estaba repleto de escurridizos ladrones. El dinero estaba intacto. En definitiva, ¿quién iba a pensar que un muchacho harapiento y hambriento poseía dinero? Joseph miró a Haroun frunciendo el ceño. Estaba todavía resentido y ahora aún más por el hecho de que Haroun se le hubiera adherido, involucrándole en peligrosas complicaciones, porque había confiado en él sin cálculo y de esta manera le hacía, en cierto modo, responsable por sus problemas. Haroun sólo poseía la camisa y los pantalones que llevaba encima, una sola bota, y los setenta y cinco centavos en su bolsillo. Todo esto no es asunto mío, pensó Joseph. Él debe, como dicen los americanos, llevar consigo su propio fardo, como hacen todos los demás, y su fardo no es mío. Tan pronto como el tren llegase a Titusville, él, Joseph, abandonaría inmediatamente a Haroun. Ed Healey era un asunto muy distinto. Rebosaba riqueza, competencia, autoridad y fuerza. Joseph continuó con sus reflexiones.

Meditabundo, miró el paisaje desfilando a través de la manchada ventanilla. La tierra, que ondulaba en verdor por el comienzo del verano, parecía más fría y más nórdica. Hatos de ganado caminaban pausadamente por los valles; a trechos aparecía una granja gris amparada bajo árboles y penachos de humo mañanero ondeaban en su chimenea. A ratos, un chiquillo, con los pies desnudos, se acodaba en una empalizada de la vía férrea, masticando indolentemente una rebanada de pan. Había una carretera de tierra apisonada en las cercanías y algún que otro carromato deambulaba por ella. Los granjeros agitaban la mano en saludo; los arreos de los caballos brillaban chispeantes en la temprana luz del sol. En la lejanía apacentaba un rebaño de ovejas. Un perro corrió ladrando durante algunos metros junto al tren y luego desapareció. El cielo era bruñido, frío y azul como el acero.

—¿En qué estarás pensando, con esa expresión en tu rostro? —inquirió Healey. Joseph se sonrojó. Aparentemente, Healey había despertado hacía un instante y ahora estudiaba a Joseph—. Joseph Francis Xavier, ¿qué más?

—Joe Francis. Eso es todo —dijo Joseph.

Sentíase vejado. Le parecía perfecto que él reflexionase y calibrase a los demás, pero su orgullo se irritaba a la idea de ser revisado. Era una afrenta, y de las imperdonables. Healey bostezó ampliamente. Parecía divertido. Se inclinó para inspeccionar el pie del durmiente Haroun. Estaba arropado en pañuelos que ya no eran inmaculadamente blancos y aparecía rojizo, ardiente y muy hinchado.

—Habrás que hacer algo por tu amigo —comentó Healey.

—No es mi amigo —dijo Joseph—. Le conocí anoche en la plataforma y esto es todo. ¿Por qué ha de ayudarlo usted?

Siempre examinando el pie de Haroun, dijo Healey:

—Bueno, ¿tú que supones? ¿Por pura bondad de mi corazón? ¿Por amor fraterno o algo parecido? ¿Conmovido por un mozo tan joven y su apuro? ¿Deseo de ayudar al infortunado? ¿Bondad de mi gran alma? ¿O quizá porque pueda serme útil? Tú pones tu dinero y eliges, como dicen los apostadores de las carreras de caballos. Saca tú la conclusión, Joe.

Joseph sentíase cada vez más molesto. Era evidente que Healey estaba riéndose de él, y esto era insoportable.

—¿Es usted un oportunista del petróleo, señor Healey? —preguntó.

Healey se reclinó en su asiento, bostezó de nuevo, extrajo un enorme cigarro, mordió cuidadosamente la punta y lo encendió con un fósforo que sacó de una cajita de plata. Contempló fijamente a Joseph.

—Bueno, mozo, puedes llamarme un Gran Panjandrum. ¿Sabes lo que significa?

—Sí. Era el título burlesco de un funcionario en una comedia escrita por un autor británico, hace mucho tiempo —con fría sonrisa, Joseph añadió—: Significa un funcionario presuntuoso.

—Vaya... —masculló Healey, mirándole con solapada malquerencia—. Un tipo educado, ¿eh? ¿Y dónde adquiriste esta famosa educación? ¿Yale, tal vez, o Harvard, u Oxford, en la vieja nación?

—He leído mucho —dijo Joseph, y ahora miró a Healey con su peculiar expresión de íntima burla divertida.

—Ya veo —dijo Healey. Ladeó una cadera y extrajo el delgado volumen encuadernado en piel de los sonetos de Shakespeare, propiedad de Joseph. Frotó el lomo con su grueso dedo, sin apartar ni un instante sus ojillos gris oscuro, casi negros, del rostro de Joseph—. ¿Y tenías dinero para comprar un libro como éste, Joe?

—Los libros me los daba..., ya no recuerdo —dijo Joseph, y trató de recuperar el libro, pero Healey ágilmente colocó el libro tras él.

—¿Ya no recuerdas, eh? ¿Algún alma buena, que tenía compasión de un mozo como tú y deseaba ayudarte? De todos modos, ¿te sientes agradecido, no?

Joseph no replicó. Sus hundidos ojos azules destellaron al sol.

—No crees que nadie haga nada por simple bondad de corazón, ¿eh? Joseph pensó en su padre, al replicar con voz sin inflexiones:

—Sí, lo creo. Mi padre era así. Ésta es la razón por la cual yace en una fosa común de indigentes y mi madre yace en el mar.

—Ah. Esto aclara muchas cosas. Esto también le ocurrió a mi padre en Boston, donde tocó tierra. Y a mi madre, cuando yo tenía siete años. Tumbas de indigentes para ambos. Me quedé solo a los siete años, trabajando en Boston en todo cuanto podía meter mano. Nunca lo he lamentado. En este mundo, nadie le debe nada a

nadie. Si viene algo bueno, es un obsequio que procede de allá, de aquel azul en lo alto. Apropiado para piadosas acciones de gracias. Excepto que tú no crees en las acciones de gracias, ¿eh?

—No.

—¿Y nadie hizo nada por ti, en toda tu vida?

Joseph pensó, involuntariamente, en las Hermanas de la Caridad del barco, en el viejo cura, en la Hermana Elizabeth, en el desconocido que le suministraba libros y en las monjas que ocasionalmente le forzaban a aceptar una cena. También pensó en la señora Marhall.

—Piénsalo con calma —dijo Healey, que lo observaba atentamente—. Un día de éstos puede resultarte importante. Ahora bien, yo no soy de los que opinan que uno debe escabullirse con plegarias y hablar suave e imperceptiblemente todo el tiempo. Estamos en un mundo malo, Joe, yo no lo hice así, y pronto aprendí a no luchar quiméricamente contra esto. Por cada hombre bueno y caritativo existen cien o más que te robarían la sangre del corazón si la pudieran vender con alguna ganancia. Y diez mil venderían tu abrigo al prestamista por cincuenta centavos, aun cuando no necesitasen el dinero. Conozco bastante este mundo, buen mozo, mucho más que tú. Devora o serás devorado. Tu bolsa o tu vida. Ladrones, asesinos, traidores, embusteros y traficantes. Todos los hombres, más o menos, son Judas.

Joseph había escuchado con gran atención. Healey sacudió su cigarro y prosiguió con su resonante voz:

—Pese a todo, algunas veces encuentras a un buen hombre, y como dijo la Biblia o alguien, él vale más que los rubíes si no es un necio extravagante imaginativo que cree en un maravilloso mañana que nunca llega. Un buen hombre con un cerebro bien asentado en la cabeza es algo valioso, y esto lo sé. ¿Toda la buena gente que conociste era necia o loca?

—Eso es —dijo Joseph.

—Demasiado malo —dijo Healey—. Posiblemente no lo eran. Quizás sólo pensaste que lo eran. Esto es algo que deberás meditar cuando tengas tiempo. Aunque, en mi opinión, a lo mejor nunca tuviste tiempo de sobra para sopesar las cosas.

—Es verdad —reconoció Joseph.

—Demasiado atareado. Me gustan los hombres que están atareados. Es demasiado fácil tumbarse en el arroyo y mendigar. Encontré montones de hombres así por las ciudades. Bueno, sea lo que fuere, las cosas iban mal para los irlandeses en Boston, y por ello fui abriéndome paso hacia el viejo Kentucky; allí fui creciendo, Louisville y Lexington, y sitios parecidos. Y los barcos del río —le dedicó un guiño amistoso a Joseph.

—¿Jugador? —dijo Joseph.

—Bueno, digamos un caballero de fortuna. Un Gran Panjandrum. Yo siempre pensé que quería decir hombre de negocios, pues aunque sé de letras no tengo tu

instrucción.

Miró su reloj de oro y, cerrando la tapa, manifestó:

—Pronto llegaremos a Titusville. Digamos que le doy a Gran Panjandrum un nuevo significado: un hombre con montones de negocios. Un dedo en cada pastel. Política. Petróleo. Barcos de río. Revendedor. Mangón. Nombra cualquier negocio. Estoy metido en ello. Nunca rechacé un penique honrado ni tampoco miré con malos ojos un penique deshonesto. Y otra cosa: descubre el secreto en el pasado de todo hombre, o su vicio favorito o su debilidad, y ya lo tienes en el puño —los gruesos dedos de Healey se cerraron con rapidez en la mano que súbitamente mostró en alto—. Hazle favores, pero haz también que los pague de un modo u otro. Pero el mejor medio de llegar a rico es la política —el gesto de la mano llena de anillos era a la vez cruel y rapaz.

—¿O sea que también es político?

—No señor. Esto es demasiado sucio para mí. Pero domino a los políticos, que es mejor que serlo.

Joseph comenzaba a sentirse extremadamente interesado, pese a su carácter hosco.

—¿Conoce al Senador Hennessey?

—¿El viejo Tom? —Healey rió con exuberancia—. ¡Yo hice al viejo Tom! Conozco a media docena de la Asamblea de Pensilvania. Estuve viviendo por Pittsburgh y Filadelfia los últimos veinte años. Trabajé como un demonio para ponerle trabas a este patán de Abe Lincoln, pero no dio resultado. De cualquier forma, todo salió bien. Estamos en guerra y siempre se saca mucho dinero de las guerras. Las conozco todas. Hice un montón de negocios con guerras de Méjico y otros sitios. La gente dice que odia las guerras, pero los gobiernos nunca hicieron una guerra a la que nadie acudiese. Ésta es la naturaleza humana. Y cuando ganemos esta guerra, habrá buenas ganancias, también para el Sur. Para esto sirven las guerras, buen mozo, aunque oigas un montón de chácharas acerca de la esclavitud, los derechos del hombre y demás monsergas. Montones de estiércol. La verdad está en el dinero, nada más. Un Sur demasiado próspero. Un Norte sumergido en el delirio industrial. El problema es así de sencillo.

—No me interesan las guerras —dijo Joseph.

—Éste sí que es un comentario condenadamente estúpido. Si quieres conseguir tu meta, buen mozo, has de interesarte por cada cosa que suceda en el mundo y ver de dónde extraes el beneficio si eres listo. Todavía tienes que aprender mucho, Joseph Francis Xavier.

—¿Y usted pretende enseñarme? —dijo Joseph, con desdén.

Healey le escrutó y sus ojos se cerraron tanto que casi no se veían.

—Si lo hago, hijo, será el día más afortunado de tu vida, seguro que sí. Te crees duro e intratable. No lo eres. Todavía no lo eres. Los tipos duros e intratables no aparentan serlo. Son los blandos los que colocan una fachada de dureza y aspereza

para protegerse, en cierto modo, de los reales asesinos que tienen dulce parla, amables sonrisas y son serviciales. Aunque de nada les sirve. Los tipos duros pueden ver a través de todo este caparazón la sabrosa ostra que hay dentro.

—¿Y usted cree que yo soy una ostra sabrosa?

Healey rió a carcajadas. Apuntaba a Joseph con su cigarro y reía tan a gusto que las lágrimas inundaban sus ojillos y caían por sus gruesos molletes. Meneaba la cabeza de un lado a otro con un ataque de hilaridad. Joseph le observaba mortificado y muy enojado.

Healey dijo:

—Hijo, ¡no eres ni un pedazo de camarón!

Sacó otro pañuelo perfumado del bolsillo de la cadera, se enjugó los ojos y gimió deleitado con sincero regocijo:

—Ay, Dios; ay. Dios; has estado a punto de matarme de risa, hijo.

Miraba a Joseph y trató de dominarse. Su macizo cuerpo seguía estremeciéndose de risa contenida y eructó. Volvió a apuntar con el cigarro a Joseph y dijo:

—Hijo, me interesas porque posees los ingredientes de un truhán. Además, eres irlandés, y yo siempre he tenido debilidad por un irlandés, sea lunático o no. Con los irlandeses se pueden hacer cosas. Y es posible confiar en su lealtad si uno les cae bien. Si no, mejor olvidarse de él. Ahora, escúchame bien..., ayudaste a este chico aunque no es pariente ni amigo tuyo. Tal vez le salvaste la vida. No te pido una explicación porque no puedes darla. Pero tu actitud me gustó, aunque no diré que sentí admiración. A fin de cuentas, ¿qué es un turco?

Joseph no pudo hablar durante un momento, pues rabiaba silenciosamente. Por fin, con una voz que mostraba odio hacia Healey, dijo:

—No. No es turco sino libanés. Ya le dije que era cristiano, si es que esto significa algo —y añadió con desacostumbrada malicia—: ¿Sabe lo que es un libanés?

Healey no se sintió humillado ni enojado.

—No, chico, no lo sé. Ni siquiera quiero saberlo. Aunque pensándolo bien, nunca oí hablar de nadie semejante. Me parece que también a él la vida le jugó una mala pasada. ¿Sabes algo de él?

—Un poco.

—¿Una vida tan mala como, la tuya, eh?

—Quizá.

—Pero no parece amargado como tú, mozo, y es probable que él también pueda servirme. ¿Dirías que es blando?

—Tal vez. Mantuvo a una vieja abuela con sus dólares por semana, trabajando en una caballeriza.

—¿Tú nunca mantuviste a nadie y eres un hombre ya hecho, de diecisiete o dieciocho años, eh?

Joseph no dijo nada.

—He oído que hay hombres de diecisiete y dieciocho, casados y ya con chiquillos, que se van al Oeste a hacer dinero. Con carros entoldados y demás. Plena selva. Tienen agallas. ¿Crees que tienes agallas, Joseph Francis Xavier?

—Haré lo que sea —dijo Joseph.

—Ésta es la consigna, buen mozo —asintió Healey—. Ésta es la consigna de los hombres que sobreviven. Si hubieses dicho cualquier otra cosa, ya no habría perdido más tiempo contigo. ¿Crees que te gustaría unirme a mi equipo?

—Depende de la paga, señor Healey.

Healey volvió a aprobar con la cabeza y continuó:

—Esto es lo que me agrada oír. Si hubieses dicho que dependía de cualquier otra cosa, no perdería el tiempo contigo. Dinero: éste es el rótulo. Parece ser que tu turco se está despertando. ¿Cuál era su nombre, su apodo? ¿Haroun Zieff? Nombres de pagano. De ahora en adelante será..., déjame ver... Harry Zeff. Así es como lo llamaremos. Suena más americano. Alemán. Muchos alemanes en Pensilvania. Hay buen material en ellos. Saben cómo trabajar, es indudable, saben cómo sacar beneficio de todo y jamás les oí lloriquear. Odio al plañidero. ¿Qué intenta decirte tu turco?

Los hombres que estaban en el vagón comenzaban a despertarse y gruñían, se insultaban y se quejaban. Se formó una larga fila para usar la letrina que estaba en el extremo del vagón y, mientras, manipulaban impacientes sus botones. Emanaban hedor de sudores, humo de tabaco, perfume rancio y lana. Algunos de ellos, más apremiados que otros, se desabrocharon, expusieron sin remilgos la parte inferior del torso y gritaron a los que se demoraban para que se dieran prisa. La gazmoñería que alentaba oscuramente en la naturaleza de Joseph sintióse afrentada por aquella exhibición-brutal. Se volvió hacia Haroun que gimoteaba de dolor, aunque sus ojos todavía permanecían cerrados. Los hombres se apretujaban en el pasillo, oscilando con el bamboleo del tren que aminoraba su marcha; algunos saludaban obsequiosamente sonrientes a Healey y otros miraron con indiferencia a los dos jóvenes que estaban frente a él como si no fueran más que un par de pollos esqueléticos. Su interés inmediato se centraba en sus necesidades corporales y sus porfías cada vez se hicieron más obscenas. La cruda luz del sol cincelaba sus bastos rostros hinchados y rapaces, y cuando hablaban o reían la luz destellaba en los anchos dientes blancos que a Joseph le recordaban los dientes de las bestias de presa.

—¡Colgadlo todo fuera de la ventana! —voceó Healey con su estilo cordial.

Esto suscitó risas aduladoras y admirados comentarios sobre su ingenio. Healey hablaba con un acento apenas perceptible, y su mezcla de giros irlandeses y meridionales encantaba, aparentemente, a aquellos que esperaban obtener beneficios con él o de él en Titusville.

—Ed, eres un boca sucia —dijo un individuo, inclinándose para palmotear a Healey en el grueso hombro—. ¿Te veo mañana?

—Con dinero en efectivo —dijo Healey—. No hago negocios que no se paguen al

contado.

Miró a Joseph con expresión de importancia, pero Joseph estaba examinando con preocupación a Haroun. El moreno semblante de Haroun se veía muy enrojecido y ardía. Su frente relucía de sudor y los mechones de su negro cabello se adherían a ella como pegados con jarabe. Su trémula boca se movió para hablarle a Joseph, pero éste no pudo comprender sus palabras implorantes; todo su cuerpo se removía inquieto por el dolor y por la angustia, y a ratos gemía. Los dedos de su pie se habían amoratado y sobresalían de los pañuelos en que estaban envueltos: Healey se inclinó para mirarle con interés, a la par que decía:

—Y ahora, Joseph Francis Xavier, ¿qué te propones hacer con este mocito..., aunque no es asunto que nos concierne, eh? No es amigo tuyo. Yo tampoco le he visto antes. ¿Lo dejamos en el tren para que el revisor disponga de él como de los desperdicios?

Joseph sintió la acometida de la honda y fría furia que siempre experimentaba cuando cualquiera se entremetía. Miró a Haroun, odiando al muchacho por su presente apuro. Luego dijo colérico:

—Tengo una moneda de oro de diez dólares. Se la daré al ferroviario para que le ayude. Esto es todo lo que puedo hacer.

Notaba una desagradable sensación de impotencia y de impaciente desconcierto.

—¿Tienes monedas de oro de diez dólares? Caramba, esto es sorprendente. Creí que eras casi un mendigo. O sea que le darás una moneda al ferroviario, saldrás de este viejo tren y olvidarás que tu pequeño turco existió. ¿Sabes lo que oí a un chino que trabaja en las vías férreas? Si salvas la vida de un hombre tienes que cuidarte de él durante el resto de tu vida. Éste es el resultado de chapucear con los destinos, o algo parecido. Bien, el ferroviario coge esta hermosa moneda amarilla tuya, ¿y qué se supone que ha de hacer entonces? ¿Llevarse al pequeño turco a su hogar en Titusville y dejarlo caer en la cama de su esposa? ¿Sabes lo que pienso? El ferroviario cogerá tu moneda y se limitará a dejar que el chico muera aquí, en este vagón, apaciblemente o no. Este tren no se mueve durante seis jornadas completas, hasta el otro viaje a Wheatfield. Nadie vendrá a inspeccionar este vagón hasta el sábado.

Desesperado, Joseph sacudió a Haroun, pero era evidente que el muchacho estaba inconsciente. Gemía continuamente y deliraba. Yacía flácido contra el gabán de Joseph, excepto cuando forcejeaba en su sufrimiento.

—¡No sé qué hacer! —rezongó Joseph.

—Pero estás realmente furioso por tener que hacer algo, ¿no es así? No te lo reprocho. Siento lo mismo con la gente que no me interesa personalmente. Estamos llegando a Titusville. Recoge tu caja de debajo del asiento. Dejaremos al turco aquí. Ni vale la pena que malgastes tu moneda de oro. De todos modos, el mozo tiene aspecto de estar en las últimas.

Pero Joseph no se movió. Miró a Healey y su rostro juvenil estaba tenso, obsesionado, muy blanco, y las oscuras pecas resaltaban en su nariz y mejillas. Sus

ojos eran un fuego rabiosamente azul.

—No conozco a nadie en Titusville. Tal vez usted conozca a alguien que lo aloje y lo cuide hasta que se ponga mejor. Yo pagaría los gastos.

Healey se levantó y dijo:

—Hijo, tú no conoces Titusville. Es como una jungla, eso es. He visto a más de un hombre, joven como éste y como tú, morir de cólera u otra cosa por las calles, y a nadie le importó. La fiebre negra del oro, esto es lo que tiene la ciudad. Y cuando los hombres andan tras el oro, el diablo se lleva a los últimos, especialmente a los enfermos y los débiles. Todos están demasiado atareados en llenarse los bolsillos y robar al vecino. En Titusville no existe posada ni hotel que no esté hasta los topes, y no hay ningún hospital última moda, si es en esto en lo que estás pensando. Cuando se trata de gente que vive apaciblemente en una ciudad o en el campo, los hombres están dispuestos a ayudar a un desconocido, a veces, por pura caridad cristiana, pero en un manicomio como Titusville, un desconocido es simplemente un perro, a menos que tenga dos manos y buenos lomos para trabajar, o un negocio. Ahora bien, si tu turco fuera una muchacha, conozco exactamente el sitio donde le darían buen aposento. Yo mismo soy dueño de cuatro o cinco de estos sitios —Healey rió sarcástico.

Healey se levantó los pantalones y volvió a reír. El tren se movía muy lentamente y los hombres que estaban en el vagón iban recogiendo sus equipajes y riendo con la exuberancia que únicamente puede conceder el pensamiento del dinero a ganar. El vagón deslumbraba a causa de la luz solar, pero el viento que penetraba era muy frío.

Joseph cerró los ojos y se mordió los labios con tanta fuerza que emblanquecieron. Las manos inquietas de Haroun estaban moviéndose por encima de él, ardientes como brasas.

—Bueno, Joe —apremió Healey—. Ya estamos llegando. Ahí está la estación. ¿Vienes?

—No puedo dejarle —dijo Joseph—. Ya encontraré una solución.

Se odiaba y detestaba a sí mismo. Irse suponía muy poca cosa, pensó. Simplemente recoger su caja, abandonar el vagón y no mirar hacia atrás. ¿Qué significaba Haroun Zieff para él? Pero aunque llegó a tocar su caja, su mano se apartó de ella, y una sensación de desesperación le inundó con la intensidad de una dolencia física. Pensó en Sean y Regina. ¿Y si ellos fueran abandonados así, suponiendo que él, Joseph, ya no podía protegerles? ¿Habría algún señor Healey o un Joseph Armagh que acudiese en su ayuda, salvándolos?

—Ya encontraré una solución —repitió Joseph, pensando en voz alta más que dirigiéndose a Healey.

Sólo veía la gran panza con su sedoso chaleco de brocados, los enjorjados dijes de la cadena de oro del reloj que destellaban a la luz del sol y olfateaba el olor del hombre gordo, rico y campechano.

—Bien, bien —dijo Healey—. Eso es lo que me gusta oírle decir a un hombre: ya

encontraré una solución. Nada de por el amor del querido Jesús, ayúdeme, soy demasiado ocioso, estúpido e inútil como para hacer algo por mí mismo. Apelo a su caridad cristiana, señor. A cualquier hombre que me dice esto —y Healey hablaba con sincera pasión reprimida—, le contesto: mueve el trasero y ayúdate a ti mismo como lo hice yo, y millones más antes que tú, y maldito seas. No daría crédito por dos centavos a un cantor de salmos o a un mendigo, no señor. Si tuvieran la oportunidad te comerían vivo.

El tren se había detenido ante una estación que era una barraca construida aprisa y provisionalmente y los hombres corrían por ella con gritos dedicados a conocidos y amistades que habían visto desde las ventanillas.

Healey aguardaba. Pero Joseph no le había escuchado con gran atención. Veía que Haroun había empezado a estremecerse y que su rostro infantil se había vuelto repentinamente gris. Estiró su viejo gabán y envolvió con él a Haroun. Un ferroviario avanzaba por el pasillo con una cesta en la que depositaba las botellas vacías que recogía del suelo. Joseph le interpeló:

—¡Eh, usted, necesito que me eche una mano! Tengo que encontrar un sitio donde alojar a mi amigo enfermo. ¿Sabe de algún lugar?

El ferroviario se irguió y frunció el ceño con enfado. Healey emitió un gruñido que expresaba asombro:

—¿Qué demonios pasa contigo, Joe? —preguntó—. ¿No estoy yo aquí? Demasiado orgulloso para verme a mí, ¡eh, soy tu viejo amigo Ed Healey!

El ferroviario reconoció a Healey, se acercó e inclinó la cabeza como saludo, hablando de su gorra. Miró a los dos muchachos:

—¿Amigos suyos, señor? —indagó con servil sumisión.

Se acercó a mirar y quedó atónito ante la visión de los dos jóvenes andrajosos, uno de ellos casi moribundo.

—Puedes apostar la vida que lo son, Jim —dijo Healey—. ¿Está ahí fuera mi faetón con el gandul de Bill?

—Seguro que sí, señor Healey; correré a avisarle y él podrá ayudarle con... con sus amigos —añadió en voz más débil—. También le echaré una mano. Contento de serle útil, señor. ¡Cualquier cosa por el señor Healey, cualquier cosa!

Miró de nuevo a Joseph y a Haroun y pestañeó sin creer en lo que veía.

—Estupendo —dijo Healey, dando un apretón de manos al ferroviario. El aturdido Joseph vio el brillo de la moneda de plata antes de que desapareciese en la palma del ferroviario que echó a correr como un chiquillo fuera del tren, gritando a alguien y llamando.

—Nada iguala la buena plata, como sabe cualquier Judas —dijo Healey, riendo, mientras recogía su alto sombrero de seda y lo encasquetaba como una reluciente chimenea sobre su enorme cara sonrosada.

—Cualquier cosa que usted haga —dijo Joseph, recobrado el uso de la voz y empleándola con duro y hosco orgullo—, yo la pagaré.

—No lo dudes, buen mozo, no lo dudes. Pagarás —dijo Healey—. ¡Eh, ahí está mi Bill! —y agregó—: No soy hombre de palabras melosas, pero voy a decirte algo, irlandés: un hombre que no deserta de su amigo es el hombre que me conviene. Puedo fiarme de él. Hasta le podría confiar mi vida.

Joseph lo miró con la calmosa y enigmática expresión que tuvo que emplear durante muchos años y tras la cual vivía como emboscado. Healey, acechándole, entornó sus oscuros ojillos rezongando en voz baja, pensativo. Pensaba que todavía quedaban en el mundo unos pocos hombres a quienes resultaba difícil engañar, y Joseph era uno de ellos. Healey no estaba mortificado, sino divertido. Nunca te fíes de un bobalicón, era uno de sus lemas. ¡El bobalicón puede arruinarte con sus destrozos y su virtud más que cualquier ladrón con su rapacidad!

El aire era frío y claro fuera del tren, y la nueva plataforma de la estación estaba llena de hombres excitados que transportaban sus equipajes y portamantas. Faetones, birlochos, carretelas, carros, tálburis y un par de suntuosas carrozas, caballos y mulas, les esperaban, así como muchas mujeres rollizas vestidas de forma llamativa y envueltas en hermosos chales, con sus sombreros alegremente adornados con flores, lazos, sedas y terciopelos y sus faldas primorosamente entalladas y bordadas. Todo hervía y las voces eran altas y rápidas. Si se alentaba la invisible presencia de una guerra fratricida que acumulaba fuerzas en la nación, allí no había el menor indicio: ni voces apesadumbradas ni palabras temerosas. Un polvo dorado cabrilleaba bajo la luz del sol, añadiendo un aura de carnaval a la escena. Hasta el tren vibraba de excitación ya que bufaba, su vapor chillaba agudamente y sus campanas tintineaban sin coherencia. Todos estaban en constante movimiento; no había grupos indolentes ni posturas reposadas. Los efluvios del polvo, el humo, la madera recalentada, el hierro ardiente y el carbón eran superados por un olor acre que Joseph nunca había olfateado hasta entonces y que reconocería como el olor del negro petróleo crudo. En la lejanía, apenas perceptible al oído, se rumoreaba el constante y pesado machaqueo de la maquinaria.

Titusville, encajado entre colinas circundantes y valles del color y lustre del terciopelo esmeralda, no era un simple pueblo fronterizo, aunque la población normal y asentada la constituyeran cerca de mil personas. Se hallaba a unos setenta kilómetros del lago Erie y era próspero antes del petróleo, destacándose por su producción maderera, sus aserraderos y sus activísimas barcazas que transportaban maderas por el Oil Creek a sitios distantes. También eran prósperos los granjeros, ya que la tierra era rica y fértil, y la vida para la gente del bonito pueblo fue siempre buena y fácil. Eran de origen escocés e irlandés pero había algunos alemanes, igualmente ponderados y sobrios.

Los recién llegados de estados cercanos y el frenesí del petróleo hacían que apareciera como una explosiva ciudad fronteriza del Oeste, a pesar de las nobles mansiones antiguas separadas entre sí por grandes robles, álamos y lisos céspedes y las orgullosas familias de antigua raigambre que fingían no enterarse de la vulgaridad

de los recién llegados, de sus modales brutales y sus voces destempladas. También simulaban ser inmunes al nuevo tráfico comercial por el Oil Creek. Parecían no estar enterados de la existencia de un expleado de ferrocarril conocido jocosamente como el «Coronel». Edwin L. Drake, que había, hacía dos años, perforado el primer pozo artesiano en Titusville. Sin embargo, sí sabían que se mantenía a raya a la Standard Oil Company y a un tal John D. Rockefeller, que tenía reputación de ser un don nadie, un plebeyo y tosco contratista que no pensaba en otra cosa que no fueran beneficios y explotaciones, y destruía sin cesar hermosos paisajes comarcales en su delirante e insaciable investigación y su búsqueda de riquezas. Nadie hablaba de los diez nuevos «saloon», los ocho burdeles, los dos teatros cantantes, las cuatro posadas y el nuevo hotel. Si todo parecía indebidamente repleto de actividad, nadie parecía notarlo. Todo se hacía para los «forasteros» y no existía para las damas y los caballeros que decidieron conservar Titusville como pueblo puro, incontaminado y refugio de familias cristianas.

Había seis iglesias, llenas durante los dos oficios del domingo, las «reuniones» del viernes y otros actos sociales. El pueblo, a pesar de los nuevos bancos fundados por los «forasteros», era únicamente la prolongación de las iglesias. Éstas dominaban la vida social y sus asuntos. La brecha entre los «antiguos residentes» y los «forasteros» era aparentemente insuperable y ambas clases simulaban ignorarse, con gran acopio de guiños maliciosos e hilaridad por parte de los forasteros.

—No hay nada más ridículo que un cristiano bocazas —comentaba con frecuencia Healey—. Ni nada más codicioso y sanguinario. Basta con citarles la Biblia para que uno pueda hacer lo que quiera.

Ed Healey, durante las sesiones de negocios con los nativos de Titusville, siempre citaba la Biblia, aunque nadie descubrió jamás los textos que citaba tan sonoramente y con tanto respeto. Rara vez, sin embargo, mencionaba un supuesto pasaje de la Biblia a sus socios comerciales que se dedicaban a practicar, como él, la misma clase de engaño.

A veces Healey se molestaba, pues después de haber derrochado el tiempo citando la Biblia a varios dóciles y caballerosos nativos de Titusville y tras inventar párrafos que le pasaban a él mismo por su elocuencia y sabiduría, los nativos salían a buscar opiniones por la comarca «y sus bocas parecía que acababan de beber leche y comer pan tierno», evocaba amargamente. «Esto te lleva a pensar —añadía— que no todo hombre que mastica una pajilla es un paleta y que son muchas las mujeres que uno cree que son señoras y que pueden superarte en listeza y dejarte vacíos los bolsillos».

El «Bill» de Healey era un tal William Strickland, procedente de las sombrías, montañas Apalaches, en Kentucky. Joseph nunca había visto a un hombre tan alto y tan excesivamente flaco y descarnado. Era como el esqueleto de un árbol, estrecho, sin carne y sin savia. Su rostro era parecido a la cabeza de un hacha, apenas más ancho, con una mata de cabello negro, tieso y sin vida como las púas de un puerco

espín. Sus ojos, aunque no inteligentes, eran alargados y brillaban intensamente, como los ojos de un voraz animal de rapiña. Sus hombros, incluyendo su cuello, no tenían más de cuarenta centímetros de ancho y sus caderas eran todavía más escuálidas. Pero poseía unas manos gigantescas, las manos de un estrangulador y unos pies que semejaban largas tablas de madera toscamente cepilladas. Su tez era marchita y profundamente arrugada y los pocos dientes que le quedaban parecían colmillos manchados por el tabaco. Tenía entre treinta y cincuenta años. La impresión que le causó a Joseph fue la de una criatura de estólida ferocidad.

Pero Bill era fuerte. Bastó una palabra de Healey para que levantara al delirante Haroun en sus brazos, sin la menor tensión muscular, y lo llevó fuera de la estación. Olía a basura y a ubre rancia de marrana. Su voz era suave y subordinada con Healey, nunca interrogante. Llevaba una sucia camisa azul oscuro, con las mangas arrolladas sobre tendones atezados y músculos alargados, un mono negruzco, y nada más. Iba con los pies desnudos. Un delgado chorrito de tabaco ensalivado fluía de una comisura de su boca. Había mirado a Joseph una sola vez y aquella mirada era tan opaca como la madera y demostraba el mismo interés. No mostró el menor asombro al ver a Haroun. Aparentemente lo que el señor Healey ordenaba era suficiente para él, por extraño o raro que fuera, y Joseph pensó que mataría si su patrón se lo ordenase. Cuando más tarde supo que Bill, en efecto, había asesinado, no se sorprendió.

Todo el mundo parecía conocer el magnífico faetón del señor Healey, con su toldo de flecos, pues había un vacío en torno al carruaje. Sin mirar hacia ningún lado, Bill transportó a Haroun hasta el vehículo que estaba tirado por dos bonitas yeguas grises de sedosas crines y colas. Depositó al muchacho tendido a un lado, lo abrigó con el abrigo de Joseph y, apeándose, aguardó a su patrón, mirándole con ojos perrunos y medio demenciales. El señor Healey era por sí solo toda una procesión, aceptando afablemente los saludos, alzando y ondeando su sombrero hacia las señoras, sonriendo, bromeando y fumando uno de sus interminables cigarros de alto precio. Joseph caminaba a su lado y no atraía más atención que si hubiera sido invisible. En presencia del vistoso señor Healey todos los demás seres humanos, y particularmente un haraposo joven, desaparecían.

Bill ayudó tiernamente al señor Healey a subir al carruaje y pareció sorprendido de ver subir a Joseph, como si hasta entonces no lo hubiese visto. Después subió al pescante, fustigó las yeguas con su látigo y las ruedas, calzadas de hierro, giraron con suave y progresiva velocidad.

Al ver que Haroun oscilaba en el largo asiento opuesto y estaba en peligro de rodar al suelo, Joseph sostuvo el cuerpo del muchacho entre sus botas. Haroun no cesaba su lamentación febril y Joseph le observaba con una expresión inescrutable.

—Vivirá, fuerte y saludable, y si no, poca es la pérdida —comentó Healey—. Mira a tu alrededor, irlandés, porque ahora estás en Titusville y, ¿no es aquí dónde quieres estar? Aportamos algo de vida a este pueblo rústico, pero no te imagines que

nos están agradecidos.

Joseph pensó que Wheatfield era bastante árida y repulsiva, pero vio que lo que los «forasteros» habían hecho en lo que fuera antaño un pueblo encantador y atractivo, era casi una especie de profanación en nombre del progreso y el dinero. Una aparentemente nueva y amplia comunidad había crecido con rapidez en la vecindad de la estación y el frío sol norteño se reflejaba, sin los suavizantes efectos de los árboles y la hierba, en las aceras de tablas. El carruaje rodaba sobre rotas lachas de piedra y largos tablones polvorientos aparecían, al azar, sobre la desnuda tierra apisonada. Casas baratas, todavía sin pintar, con armazones de entablados o troncos, se amontonaban a modo de rebaño entre cantinas chabacanas y tiendas chillonas. Pequeños macizos de árboles habían sido derribados para crear parcelas de arcilla sin hierba, esperando ser ocupadas por nuevos y feos edificios, algunos de ellos en distintas etapas de construcción, sin considerar los espacios abiertos, el panorama invitador y, ni siquiera, la regularidad. Algunas ya estaban acabadas y Healey las señaló, diciendo:

—Nuestros nuevos teatros «de ópera». Animados cada noche hasta la mañana. Son los sitios más animados de la ciudad, si exceptuamos los burdeles, que realizan buenos negocios todo el tiempo. Tampoco están vacías las cantinas. Hasta los domingos —y rió con sorna—. No cabe duda que hicimos a este pueblo merecedor de que llegase el tren.

Los «forasteros» que habían venido a explotar y no a crear hogares, templos y patios floridos disponían únicamente de callejones, tierra desnuda y barriles rotos en los que debió haber jardines. Enjambres de chiquillos sucios jugaban por las aceras y callejones.

—Aquí hay trabajo para todo el mundo, hasta para los del pueblo —dijo Healey con orgullo—. Tendrías que haber visto esto cuando vine por primera vez. Era como un cementerio; sin vida. Nada.

Joseph miró hacia las verdes colinas, escarpadas o con declives que circundaban el pueblo, y pensó en las hermosas colinas de Irlanda que no eran ni más verdes ni más incitantes. ¿También serían destruidas, dejadas desnudas y desprovistas de toda aquella dulce serenidad? Joseph pensó en lo que podían hacer los hombres codiciosos con toda la tierra y el esplendor del mundo, y en las inocentes criaturas que lo habitaban sin causar daño y disfrutaban de un modo sencillo de vivir, distinto al de los hombres. El hombre, meditó Joseph, destruye todo, deja tras él una tierra devastada y se congratula alegando que la ha mejorado cuando la ha violado y dejado llena de cicatrices. En su mano yace el hacha de muerte y desolación. El espíritu yermo del hombre hizo un desierto superando al de su origen, un desierto sin frutos y maligno, repleto de piedra quemante y buitres. Joseph no estaba acostumbrado a deplorar la perversidad de sus semejantes porque estaba habituado y endurecido, pero sintió una sorda ira contra lo que ahora veía y lo que sospechaba que ya se había llevado a cabo en otras comunidades. Bosques, colinas, montañas, ríos y verdes

arroyos estaban indefensos frente a la rapacidad. ¿Sería posible que la mayoría de los hombres fueran tan ciegos como para no vislumbrar lo que estaban haciendo con el único hogar que podían tener y la única paz que tenían a su alcance?

Le preguntó a Healey:

—¿Vive usted aquí, señor?

—¿Yo? ¡Diablos, no! Tengo una casa aquí, donde me alojo cuando permanezco en el pueblo, comprada barata a cierto altanero gandul que no trabajó un solo día en su vida y fue a la quiebra. Es difícil de creer que haya sucedido en este territorio donde hay tanta madera, minas de sal y buena tierra, pero se las compuso para arruinarse. Un insensato. Esto ocurrió antes de que apareciese el aceite. Yo vivo en Filadelfia y a veces en Pittsburgh, donde también tengo muchos negocios.

Joseph advirtió que Healey le contaba tan poco sobre sus asuntos como él mismo, Joseph, lo hacía, y esto le produjo una íntima y acre diversión.

—Ahora estamos en la plaza, como la llaman, donde están el Ayuntamiento, las mejores tiendas y los despachos de abogados y doctores —dijo Healey al entrar el faetón en la plaza.

Era evidente que antes aquel recuadro abierto fue tan atractivo y agradable como cualquier otro lugar de la vecindad, ya que todavía se erguían grupos de árboles que arrojaban frescas sombras con sus hojas brillantes bajo el sol, y había alamedas de gravilla serpenteando entre tierra estéril que antiguamente fue verde y tierna. Había una fuente rota en el centro, un zócalo de piedra con palabras cinceladas y nada más, excepto arcilla y cizaña. La plaza estaba rodeada por edificios que todavía conservaban indicios de la gracia ambiental que poseían antes de la llegada de los «forasteros».

La plaza rebosaba de tráfico: altas bicicletas, tálburis, faetones, carretelas, simones, birlochos y hasta algunas berlinas tiradas por briosos caballos con arreos de plata. La gente se desplazaba rápidamente por las aceras. El viento era recio, haciendo revolotear los chales y las faldas de las mujeres, y los hombres se sostenían los sombreros. La atmósfera retumbaba de voces, del traqueteo de las ruedas calzadas de hierro y olía fuertemente a estiércol. Las puertas se abrían y se cerraban con violencia. Todo era mucho más ruidoso que en el monótono y sosegado ambiente de Winfield, donde el vicio y la avaricia alentaban sigilosamente. Joseph sospechó que allí vivían ruidosamente y con gusto, y se preguntó si esto no era una mejoría. Por lo menos había algo crudamente ingenuo en el envilecimiento sin tapujos. El aire de festival y anticipación era casi palpable allí, y todos los semblantes reflejaban una codicia latente y una vivaz actividad, hasta los de las muchachas. Todos parecían a punto de brincar, como dispuestos a lanzarse en una ligera y alegre carrera, llena de excitación y prisa.

El faetón se dirigía hacia el extremo opuesto de la plaza y súbitamente Joseph, medio incrédulo, captó el aroma de hierba, de arbustos, de rosales y madreselvas. El faetón giró, bajando por una calle, y de pronto todo cambió. Aparecieron lindas

casitas, céspedes y jardines, altos olmos y robles, y era como salir del patio de una cárcel y, por contraste, entrar en un edén florido y lozano. La calle adoquinada comenzó a ensancharse, como sonriente al ir revelando sus tesoros, y las casas fueron siendo más grandes y altas, los céspedes más anchos, los árboles más altos y más profusos y los jardines exuberantes.

—¿Bonito, verdad? —dijo Healey, que parecía darse cuenta de todo—. Viejas familias. Dueñas de enormes tierras de laboreo, buenas parcelas madereras y campos donde estamos perforando. Estaban aquí antes de la Revolución y a veces pienso que ninguno murió, sino que, simplemente, siguen viviendo como momias o algo parecido. Si no, ¿qué es esa cosa que se vuelve piedra?

—Madera petrificada —aclaró Joseph.

—Eres verdaderamente listo, ¿eh? —dijo Healey con leve rencor amistoso—. Aunque nunca se lo reprocho a un hombre. ¿Qué otra cosa sabes además de todo eso, Joe?

—He leído mucho durante toda mi vida —dijo Joseph—. Y escribo con excelente caligrafía.

—¿Ah, sí? Necesito un hombre honrado para llevar mi contabilidad. Tal vez podrías servir.

—No. No voy a ser un escribano en un oscuro despacho. Voy a conducir uno de los carros hacia los campos de petróleo. Oí decir que los salarios son muy buenos.

—¿Quieres hacer estallar esos sesos que tienes y volar hacia el reino venidero?

—Prefiero eso a vivir del modo en que he estado viviendo, señor Healey. Necesito mucho dinero. Quiero hacer fortuna. La vida mísera no se hizo para mí. Por esto es por lo que vine a Titusville. Como ya le dije antes, haré lo que sea... por dinero.

Healey le miró de soslayo.

—Éste es el sistema, ¿eh?

—Sí —dijo Joseph.

—Admito que puedo emplearte —dijo Healey—. Pensaré en ello. Pero no desprecies los libros de contabilidad. Se puede aprender mucho.

Pensó unos instantes y luego dijo con firmeza:

—Las leyes para ti, buen mozo. Ésta es la meta.

—¿Leyes? —dijo Joseph, con los ojillos azules dilatados de incredulidad.

—¿Y por qué no? El saqueo legal, de esto se trata. No te ensucias las manos y el oro se pega en ellas. El oro de los demás —su cuerpo se sacudió a causa de su honda risa—. No es necesario ser abogado para entrar en política, pero ayuda. No me mires como si me hubiese vuelto loco, mozo. Sé lo que digo. Te pondremos a estudiar leyes con algún talentoso ladrón de toga y habrás hecho fortuna —y, golpeándose los gruesos muslos jubilosamente, remachó—: Necesito un abogado privado, no hay duda. Naturalmente, esto no va a lograrse mañana mismo. En el intervalo podemos hacer algo productivo, mientras trabajas para mí.

—¿En qué?

—En mis negocios —dijo Healey—. Cobrando, dirigiendo y cosas semejantes. Hasta hace un mes tenía un encargado y me robó a fondo. Hice que le condenasen a veinte años y casi estuvo a punto de que lo ahorcasen —miró a Joseph con intención—: En lugares como éste no son blandos con los ladrones... excepto los legales. ¿Robaste alguna vez, Joe?

Joseph, pensó inmediatamente en Squibbs. Dijo:

—Tomé prestado algún dinero... una vez. Al seis por ciento de interés.

—¿Todo resuelto ya? —Healey guiñó amigablemente.

Pero Joseph siguió impasible y replicó:

—No. Y ésta es la razón por la cual tengo que ganar mucho dinero, y pronto.

—¿Por qué tuviste que coger dinero prestado?

Joseph le contempló pensativo y dijo por fin:

—Señor Healey, esto es asunto mío. Yo no le he preguntado a usted sobre sus asuntos.

—Tienes la lengua impertinente, ¿no? Bueno, me agrada un hombre con espíritu. Supe que tenías agallas desde el minuto mismo en que te vi. Odio a los llorones. ¿Dirías tú que eres un hombre honrado, Joe?

Exhibió Joseph su fría sonrisa irónica:

—Si sirve a mis intereses y beneficios, sí.

—¡Sabía que eras un abogado nato! —rió Healey—. Bueno, ya hemos llegado.

Era una casa imponente de tres plantas. Digna de un «*baronet*» inglés, juzgó Joseph a primera vista. De ladrillo rosa y piedra blanca, con ventanas de saliente frontón y blancas persianas, y una amplia puerta cochera de ladrillo y níveas columnas. No poseía la lisa grandeza de la casa de Tom Hennessey en las tibias Green Hills, pero tenía una solidez compacta, y cortinas de encaje y terciopelo colgaban contra cristales pulimentados y las puertas eran altas, dobles y blancas. Se erguía como un muro, un centinela, en cierto modo impresionante, más allá de un prado ondulado, y un camino de gravilla en espirales daba acceso junto a una hilera de tiesos álamos verdes. Ningún parterre de flores tamizaba la cruda luz en el césped. Joseph pudo vislumbrar un invernadero de cristal y una cantidad de otras construcciones exteriores, incluyendo un establo. La casa revelaba antigüedad, solidez y dinero.

—Preciosa, ¿no es así? —dijo Healey mientras el faetón rodaba hacia la puerta cochera—. Me siento bien cuando estoy aquí. La compré por una bicoca.

El faetón se detuvo bajo el techo de la puerta cochera, la puerta se abrió y, en el umbral, apareció una joven de belleza poco común. Joseph abrió la boca sorprendido. ¿La hija del señor Healey? No representaba más de veinte años, si es que los había cumplido y tenía una figura encantadora que su lujoso vestido rojo oscuro drapeado sobre los enormes aros del miriñaque no lograba ocultar por completo. Densas cascadas de encajes rodeaban su garganta y sus muñecas, notables ambas por su

blancura y delicadeza, y llevaba joyas. Su alegre semblante resplandecía y sus mejillas tenían el color de los albaricoques, al igual que sus bonitos labios partidos, que sonreían y moderaban sus cuadrados dientes blancos. Su nariz era impertinente, sus ojos extraordinariamente anchos y luminosamente castaños, con largas pestañas oscuras. Lustrosos bucles castaños cascadeaban hasta sus hombros. Tenía un aspecto de intensa vitalidad y satisfacción, se erguía en el medio de una escalinata blanca de cuatro peldaños, tendiendo los brazos con alegría y contemplando a Healey con radiante júbilo. Healey descendió del faetón, inclinó la cabeza y, alzando su sombrero, exclamó:

—¡Señorita Emmy! ¡Dios te bendiga, mi niña!

Joseph no se había imaginado semejante casa ni semejante muchacha, y permanecía mudo junto a Healey, consciente como nunca hasta entonces de su aspecto desaseado, las sucias botas, la camisa manchada, manteniendo bajo el brazo su caja de cartón. La muchacha le miró con franca sorpresa, observó la espesa masa de cabello rojo, revuelto y sin peinar, el rostro pálido y pecoso y su aspecto general de indignancia. Luego bajó corriendo el resto de los peldaños y se tiró, riendo y gorjeando, en los brazos de Healey. Él la besó y abrazó con entusiasmo, para propinarle después una palmada placentera en el trasero.

—Señorita Emmy —dijo—, éste es Joe. Mi nuevo amigo, Joe, que va a compartir su suerte conmigo. Mírale ahora, boqueando como un pollo con paperas. Nunca vio un panorama tan bonito como tú, señorita Emmy, y su boca se hace agua.

—¡Bah! —exclamó Emmy con voz melodiosa, semejante a la de una niña rebosante de felicidad—. ¡Le juro, señor, que me hace sonrojar!

Dobló un poco las rodillas en leve reverencia, llena de gazmoñería, en dirección a Joseph, y él inclinó la cabeza bruscamente, lleno de asombro.

—Joe —dijo Healey—, ésta la señorita Emmy. Señorita Emmy, amor mío, no conozco exactamente su nombre, pero él dice llamarse Joe Francis, y posee una boca muy cerrada con la que nos tendremos que conformar.

El sol destellaba en los bucles de Emmy que ahora contemplaba a Joseph con más interés, viendo, como ya lo había hecho Healey, su juvenil virilidad latente y la capacidad para la violencia que reflejaban sus ojos y su gran boca de labios finos.

—Señor Francis... —murmuró ella.

Apareció Bill llevando a Haroun, que seguía inconsciente, en sus brazos. Emmy estaba atónita. Miró a Healey en busca de aclaración.

—Simplemente un joven viajero sin un centavo; estaba en el tren —explicó Healey—. Amigo de Joe. ¿Crees que tenemos una cama para él y una para Joe?

—Naturalmente, señor Healey, ésta es su casa y hay habitaciones para todos... para todos sus amigos —dijo la muchacha. Pero sus claras cejas se arqueaban, desconcertadas—. Se lo diré a la señora Murray.

Dio media vuelta, miriñaque, bucles y encajes oscilando, corrió escaleras arriba y luego entró en la casa, tan felinamente como una gatita. Healey la contempló,

cariñosamente complacido, y subió los peldaños haciendo un ademán para que le siguieran Joseph y Bill.

—Compre a la señorita Emmy en un burdel, cuando tenía quince años, hace tres —dijo Healey por encima del hombro, sin el menor embarazo—. Procedía de Covington. Kentucky, y me costó trescientos dólares. Pero el precio resulta barato para una pieza como ésta, ¿no te parece, Joe?

Joseph conocía algunas cosas sobre la trata de blancas; había escuchado los comentarios de los hombres en el aserradero de Winfield y sabía de la existencia de casas discretas que albergaban infortunadas jóvenes. Se detuvo en los peldaños.

—¿La compró, señor Healey? Yo creía que solamente se podían comprar negros.

Healey había llegado a la puerta. Miró con impaciencia a Joseph:

—Esto es lo que dijo la «*madam*» que ella valía, pero además yo soy dueño del burdel y la señorita Emmy sacaba un montón de dinero. Era joven y la «*madam*» la había aseado, vestido, le enseñó los modales de una dama y, por consiguiente, valía lo que pagué. No es que sea de mi propiedad como quieres decir, mozo, como un negro, pero soy su dueño, ¡por Dios que lo soy! ¡Y Dios ayude al hombre que ahora la mire y se relama!

Joseph no había leído muchos libros piadosos recomendados por la Iglesia y, sólo cuando careció de otros libros, adquirió la convicción de que las «mujeres de mala vida» no poseían atractivos, estaban torturadas por los remordimientos y la desesperación y mostraban los estigmas del mal y la degradación en sus facciones depravadas. Pero la señorita Emmy era tan lozana y fresca como las azules flores silvestres de las cumbres, tan clara y alegre como la primavera y, si sentía «remordimientos» o deploraba su condición, era indudable que esto no se hizo evidente en el breve encuentro de pocos momentos antes. La felicidad y la exuberancia chispeaban visiblemente en ella y había dejado una estela de embrujador y caro aroma a su paso. Joseph se sintió como un desgarrado patán ignorante cuando entró en el largo y estrecho vestíbulo, tras las blancas puertas. Miró a su alrededor con creciente malestar y confusión.

El vestíbulo resultaba umbroso tras el resplandor del sol exterior, pero después de unos instantes Joseph pudo ver que las altas paredes estaban cubiertas con rojo damasco de seda, adorno del que había leído en novelas románticas, y estaban profusamente cubiertas de paisajes, marinas y temas clásicos, muy decorativos, en pesados marcos dorados. En las paredes también se alineaban hermosos divanes y sillones de terciopelo azul, verde y rojo; el suelo, bajo los pies de Joseph, era blando y vio la alfombra persa de muchos matices distintos y de diseños tortuosos. Al final del vestíbulo una imponente escalinata de caoba ascendía y giraba en dirección al segundo y tercer piso. Joseph olía a cera de abejas, a canela y clavo, y a otra cosa que todavía no podía definir pero que más tarde supo que era el gas de los pozos de petróleo de Titusville. Tras él esperaba, con su peculiar silencio siniestro y paciente, Bill Strickland, con Haroun en brazos.

Una puerta restalló, abriéndose en una de las paredes. Joseph oyó la voz tentadora y risueña de Emmy y otra áspera, estridente, protestando, y quedó desconcertado cuando a la persona a la que pertenecía la voz, ya que había pensado que procedía de un hombre. Pero una mujer de mediana edad entraba en el vestíbulo con paso bamboleante, resonando como hierro, y las tablas antiguas crujieron. La primera impresión que de ella tuvo Joseph fue que se trataba de un «*troll*», el genio malo irlandés, baja, ancha y musculosa, con el torso como dos grandes balones superpuestos uno encima de otro, las ondeantes faldas de negro tafetán aumentadas por muchas enaguas y los dos balones separados por un delantal blanco. Poseía un tercer balón: su cabeza extra-grande encajada bruscamente en los corpulentos hombros que estiraban la seda negra. Unos volantes blancos asomaban bajo el rodillo de carne que era su mentón y botones de azabache guiñaban sobre su busto realmente enorme.

Joseph quedó inmediatamente impresionado por el rostro. Notó que nunca había visto un semblante más feo, más belicoso y de aspecto más repelente, ya que la descuidada carne era del color y la contextura de un lenguado muerto, la nariz bulbosa, los diminutos ojos claros y perversos, la boca gruesa y maligna. Su cabello era gris acerado y se parecía a una sogá deshilada, asomando sólo parcialmente por debajo de una cofia de fino tejido blanco. Sus manos de campesina eran tan anchas como largas e hinchadas.

—Señora Murray, de nuevo estoy en mi hogar —dijo Healey con su voz más cordial, y alzó su sombrero en un gesto burlón y afectado.

Se detuvo ella frente a él y, cerrando las manos, las plantó en sus dilatadas caderas.

—¡Eso veo, señor, eso veo, y bienvenido, supongo! —dijo ella con aquella repulsiva voz que Joseph había oído antes—. ¿Y qué hay con estos inesperados visitantes, señor?

Era como si Joseph y Haroun fueran invisibles, pero Joseph había captado el brillo malévoló de sus ojos en el mismo instante en que apareció en el vestíbulo.

—Bueno, señora Murray, éstos son mis amigos, Joe Francis aquí presente, que se ha unido a mí, y el pequeño Harry Zeff que puede ver en brazos de Bill. Está enfermo, necesita cuidado, y por lo tanto Bill irá a buscar al doctor apenas el mocito esté en la cama.

Healey hablaba cordialmente como siempre, pero ahora su rostro se había convertido en piedra rosa y la mirada airada de la mujer se esfumó, al añadir Healey:

—Usted hará las cosas lo mejor que pueda, como mi ama de llaves, señora Murray, y sin preguntar nada.

No se atrevió a exhibir más resentimiento hacia su patrón, pero mostró incredulidad a la vista de Joseph y Haroun, y dejó que su boca permaneciera abierta como mueca de desagrado. El semblante de Emmy, vibrante de alegre picardía, se asomó ahora por encima del hombro de la mujer, y el regocijo bailaba en los ojos de

la muchacha.

—¿Éstos, señor, son sus amigos? —dijo la señora Murray, señalándoles con rigidez.

—Esto es lo que son, señora, y es preferible que se apresure antes de que el pequeño Harry se muera encima nuestro —dijo Healey, dejando su sombrero y bastón en un sofá—. Llame a una de las chicas.

—¿Y su equipaje, señor, y sus portamantas? ¿O quizá sus baúles de viaje están en camino desde la estación?

—Eso mismo —dijo Healey y casi toda cordialidad cesó en su voz—. Señora Murray, atiéndame. Joe Francis y Bill, con el pequeño Harry, van a seguirla escaleras arriba y la señorita Emmy puede llamar a una de las chicas. Estamos todos muy fatigados del largo viaje y necesitamos aseo y refrescos.

La mujer giró como un monolito gris y negro, susurrando todas sus faldas y enaguas, y emprendió la marcha hacia la escalinata, seguida por su amo y la triste procesión encabezada por Joseph. Caminaba pesadamente sobre sus tacones y sus modales hacían pensar que estaba dirigiéndose hacia el cadalso con valerosa decisión. Healey rió, y todos subieron los peldaños acolchados con alfombrillas persas. La lisa caoba resbalaba bajo la mano de Joseph, en la penumbra de la caja de la escalera. Ahora estaba empezando a sentir de nuevo su familiar y áspera diversión, y hostilidad hacia la señora Murray.

El vestíbulo superior estaba también en penumbra, iluminado solamente por una claraboya de cristal coloreado encajada en el techo del tercer piso. El corredor era más estrecho que el de abajo, y la luz policroma de la claraboya salpicaba los pasamanos y las paredes cubiertas con damasco de seda azul. Una hilera de puertas de caoba se alineaba en las paredes, con las manijas de bronce reluciendo tenuemente en la difusa luz. De pronto una criadita muy delgada y asustada rebotó literalmente en el vestíbulo, procedente de la escalera de servicio. Vestida de negro, con delantal y cofia blanca, todo ojos y boca húmeda, casi rastrera en su servil encogimiento. Apenas tendría más de trece años y no había una sola curva en su cuerpo plano.

—¡Liza! —vociferó la señora Murray, viendo un objeto en el cual descargar su rabia—. ¿Dónde estabas? ¡Necesitas otra tanda de correazos, hasta el penúltimo jadeo de tu inútil vida! Tenemos compañía, ¿has oído? Abre aquellos dos cuartos del fondo, el azul y el verde, ¡y rápido, muchacha!

—Sí, señora —musitó la chiquilla; corrió hacia una puerta, la abrió, y luego hacia otra. Joseph pensó; a esto es a lo que llegará Regina si yo no hago dinero para ella, ¡muy pronto! Liza permaneció a un lado, agachada y baja la cabeza, pero su humilde actitud no la salvó de recibir un resonante bofetón en la mejilla, asestado por la señora Murray. La muchacha gimoteó pero no alzó los ojos. Joseph vio marcas de viruela en sus flacas y pálidas mejillas y notó que su rostro era ingenuo y temeroso. Dentro de unos ocho años, pensó Joseph, que había visto numerosos chiquillos maltratados en Norteamérica, Regina tendrá la edad de ella y sólo yo estoy entre mi

hermana y esto.

—Bueno, aquí estamos en buen puerto, Joe, buen mozo —dijo Healey, ondeando la mano majestuosamente hacia una puerta abierta—. Te podrás dar un buen aseo y después almorzaremos como cristianos decentes. Bill, aquí presente, colocará al pequeño Harry en cama y saldrá en busca del doctor.

Joseph hurgó en su bolsillo prendido con alfileres y extrajo su atesorada moneda de oro de veinte dólares. La tendió a Healey y hasta la maligna atención de la señora Murray quedó asombrada.

—¿Y qué es esto? —preguntó Healey sorprendido.

—Por nuestros gastos, señor Healey —dijo Joseph—. Ya le dije que no acepto caridad.

Healey alzó una mano como señal de protesta. Entonces vio la expresión de Joseph. La señora Murray se había tragado la vengativa expresión y miraba con vacuidad al joven, mientras detrás de él. Bill aguardaba con aquella siniestra paciencia suya y parecía no ver nada.

—De acuerdo —dijo Healey y, cogiendo la reluciente moneda dorada, la hizo saltar en su mano—. Me agrada un hombre con orgullo y no tengo nada en contra —miró más atentamente a Joseph e inquirió con curiosidad—: ¿Parte del dinero que... tomaste prestado?

—No —dijo Joseph—. Lo gané.

—Vaya —silabeó Healey y se guardó la moneda en el bolsillo.

La señora Murray miró a Joseph con ojos furtivos y perversos y dio una cabezada como afirmando algún comentario envidioso que se había hecho silenciosamente a sí misma. Liza contemplaba boquiabierta a Joseph, como a una aparición, porque ahora veía su harapiento aspecto y la mata de cabello fulgiendo como una llamarada bajo la claraboya.

Alejándose, Healey dijo:

—Dentro media hora, Joe, dentro media hora.

La señora Murray siguió a Healey hasta la puerta de su cuarto, permaneciendo en el umbral.

—Este pelirrojo es un ladrón, señor —dijo ella—. Está claro como el día.

Healey comenzó a aflojarse la corbata. Se contempló en un largo espejo de la sedosa pared y dijo:

—Posiblemente, señora, es muy probable. Y ahora, por favor, cierre la puerta detrás suyo. A menos que le guste verme desnudo, como le ocurre a la señorita Emmy.

La miró blandamente y la mujer se bamboleó, dio media vuelta y desapareció.

XI

No fueron el impulso ni la bravata del orgullo los que hicieron que Joseph impusiera a Healey, casi a la fuerza, su querida moneda de oro de veinte dólares. Joseph, sagazmente, percibía la real personalidad de Healey; bajo toda aquella jocunda buena voluntad y sentimentalismo irlandés se hallaba un hombre artero que podía ser despiadado y probablemente lo era con frecuencia, un hombre que podía ser un matón con gracia, pero no por ello dejaba de serlo, un hombre que no respetaba a ningún otro hombre salvo que estuviera codo a codo con él y no retrocediese ni un palmo, un hombre que trocaba siempre algo por algo y aceptaba con deferencia sólo a los que eran similares a él. Healey sentía el más profundo desprecio por un hombre necio, o débil, o sin talento, que no conociese su propio valor o permitiera que lo estafasen, o que se atuviera únicamente a principios y aun entonces no lo hiciera con la suficiente fuerza. Healey podía alabar a los «caballeros con escrúpulos», pero Joseph sospechaba que sentía hacia ellos un absoluto desdén.

Al darle a Healey aquella moneda, Joseph le comunicó también, silenciosamente, que estaba preparado no sólo a pagar por aquello que no se ganaba a pulso sino que además él no sería otro Bill, un parásito o un devoto seguidor sin reservas. Serviría al señor Healey si también se servía a sí mismo, de igual a igual. Su lealtad no estaba en venta y no podía ser comprada con agradables palabras, promesas, risas afectuosas, generosidades baratas, insinuaciones ricas, confesiones de amistad y fáciles acuerdos, o cualquier otra clase de embelecos sin valía que hombres como Healey emplearían para explotar y engañar a los incautos y confiados. La lealtad de Joseph era a cambio de «efectivo sobre el mostrador y al contado», como diría Healey.

Joseph también comprendía que no era la colérica y forzada preocupación por Haroun lo que tocó la sensibilidad de Healey. Si Joseph hubiese gimoteado y mendigado ayuda, Healey no se hubiera interesado ni por un instante en él. Habría resultado únicamente otro andrajoso pobre, un llorón, sólo digno de ser apartado de un puntapié. Sin embargo también sabía que Healey, cuando el ánimo le movía a ello, como lo calificaría él mismo, podía sentirse inclinado a la bondad si no le suponía mucha molestia, no le costaba nada de envidia o le distraía. Su propia bondad le halagaba, aumentando su estima ya elevada, y era un exceso personal indulgente, tal como el que una mujer rolliza siente en presencia de bombones y que luego, contra todo sentido común, la lleva a probar uno. Dulcificaba la naturaleza de Healey por algunos días, y le dejaba complacido consigo mismo.

No era una paradoja, reflexionó Joseph, que se diera cuenta que respetaba también a Healey por lo que era: un hombre fuerte y exigente, inexorable en la persecución de sus propios intereses. En el manejo de sus propios negocios, Healey podía inspirar confianza, pero nunca confiaría en el hombre que le creyese simplemente bajo palabra, ya que este hombre sería un idiota, sólo apto para ser

desplumado. Healey solía decir: Siempre consíguelo en negro sobre blanco, con testigos de la firma del documento. Es la única manera de hacer negocios.

Por otra parte, Joseph sospechaba que si le decía que había tomado dinero prestado a Squibbs y pretendía, tan pronto le fuera posible, devolvérselo con el justo tanto por ciento de intereses, Healey lo aprobaría de inmediato. Uno no debe endeudarse mediante robo declarado o como fuera, con hombres tales como Squibbs, que sólo era un bribón de poca monta.

Miró a su alrededor en el «cuarto azul» que le había sido asignado. Había leído sobre casas como aquélla, semejante a la de Tom Hennessey, en los muchos libros que devoró, pero nunca antes había estado en una. Sin embargo, por sus lecturas y cierta latencia de sangre aristocrática, la reconoció y aceptó inmediatamente, aunque de mala gana, como uno de los escasos placeres que jamás conociera. Era una habitación alta y cuadrada y, obviamente, no había sido amueblada por Healey, quien sólo gustaba de lo opulento y visiblemente lujoso. Allí todo era de color suave, apagado y de calidad, desde las paredes de clara seda azul y el mismo azul de los drapeados en la ventana, hasta el azul más oscuro y suave de la alfombra antigua. Los muebles eran lisos, sobrios, no estaban recargados con adornos caros como lo estaba el vestíbulo de abajo, la madera relucía como la miel oscura y los apliques de bronce eran delicados pero sólidos. La cama tenía una colcha de terciopelo azul y sus postes no estaban grabados. Había una mesa despacho de palo rosa, el clásico secreter para una dama, algunos excelentes aguafuertes en las paredes, un hogar de mármol negro adornado con dos candelabros de bronce y un reloj de mármol negro dejaba oír su tictac retador.

Joseph aspiró a fondo y dejó escapar un suspiro con lentitud. La habitación parecía conocerle y a él le resultaba familiar. Después vio un armario para libros en la esquina más lejana y fue hacia allá inmediatamente. Una dama pudo haber ocupado antaño aquel cuarto, una dama ahuyentada o muerta, cuyo gusto en literatura había sido sofisticado, pues todos los libros del armario eran clásicos, encuadernados en piel azul y oro. Por un momento, Joseph, al acariciarlos, olvidó por completo no sólo el cuarto sino también el lugar donde se encontraba.

Entre muchos otros vio a Goethe, Burke, Adam Smith, la Eneida, varios dramas griegos, el Emerson de la primera época, Manzoni, la *Ética* de Aristóteles, Washington Irving, *Dos Años Bajo el Mástil*, la *Odisea* y Spinoza. Los anhelaba con un hambre más honda que la voracidad del cuerpo. Los tocaba como un amante toca a una mujer.

Hubo una tímida llamada a la puerta y, tras contestar, vio entrar a Liza, la criadita, con un jarro de cobre con agua caliente y toallas limpias. Había olvidado su existencia, como la de cuantos estaban en la casa, lo que le llevó a mirarla vacuamente por unos instantes.

—Agua caliente, señor, y toallas —musitó ella—. El gong sonará dentro de pocos minutos.

No había comido desde primera hora de la noche anterior y súbitamente tuvo conciencia de su hambre. Permaneció a un lado y la muchacha avanzó y vertió el agua caliente en la jofaina de porcelana que había sobre la cómoda y colocó las toallas al lado. Señalando la cómoda, enrojeció. Luego abandonó corriendo el cuarto. Se preguntó la causa del enrojecimiento de la muchacha, por esto abrió el compartimento inferior de la cómoda y vio el orinal. Rió en voz alta, ya que no hubo orinales en su cuarto en la casa de la señora Marhall, siendo reservados tales lujos a pensionistas más opulentos que él.

Se quitó la tiznada camisa y se remojó con profusión, usando el jabón altamente aromatizado y las suaves y tibias toallas. No tenía más que una camisa limpia de reserva, por lo cual abrió la caja de cartón, sacó la camisa y se la puso. No tenía corbata. Cepilló su desgastada chaqueta y los arrugados pantalones, y después pasó enérgicamente el peine de acero por su denso cabello pelirrojo. Se afeitaba dos veces por semana; y como se había afeitado el pasado viernes y ya era lunes, había un tenue vello rojizo en sus mejillas y mentón. Aunque se había cepillado las largas manos con sus dedos bien conformados, todavía había mugre difícil de quitar bajo sus uñas.

Un gong de bronce, golpeado vigorosamente abajo, lo hizo respingar. Pero había leído sobre tales costumbres en las novelas y no le confundió aquel sonido. Bajó las escaleras.

El señor Healey, más vistoso y complacido consigo mismo que nunca, debido a las ocasiones que Joseph le dio de ser bondadoso, esperaba en el largo vestíbulo, luciendo pantalones nuevos de tartán^[7] que cualquier escocés hubiera admirado, un chaleco de seda densamente roja y una larga levita gris clara. Su corbata blanca estaba trabada con una herradura de diamantes. Junto a él estaba la recatada señorita Emmy con sus ojos rebosantes de travesura y su chispeante sonrisa.

Dijo Healey:

—Aunque no hayas preguntado ni te importa según parece, buen mozo, ya vino el doctor para tu Harry Zeff. El chico está en mal estado, no cabe duda. Envenenamiento de la sangre y demás. Pero vivirá, gracias a los buenos cuidados. La señorita Emmy se ocupará de ello; también la señora Murray, las criadas y mi Bill, cuando yo no lo tenga ocupado —y, riendo, añadió—: Pagué al doctor con parte del dinero que me diste. Esto es lo que querías, ¿no es así?

—Sí. Gracias —dijo Joseph sin gran interés. Haroun ya estaba fuera de sus manos, y esperaba que el asunto quedara así.

—¿Te gusta tu cuarto, eh?

—Muchísimo —Joseph le miró blandamente—. ¿Lo amueblaron otras personas, no?

—Bueno, pues sí —dijo Healey con superioridad—. No queda tan fino como los cuartos que arreglé yo mismo, pero es adecuado, mozo, es adecuado para un mozo de tu edad. Confortable. Ahora, vayamos al comedor.

Healey había decorado el comedor con esplendorosas y grandes piezas de

mobiliario y ornatos de gusto dispendioso. El aparador de caoba cubría casi por entero una pared y estaba cargado con platería de elaboradas formas. El bufete de porcelanas estaba lleno de copas doradas, platillos y otros objetos no tan fácilmente identificables, y la redonda mesa de pedestal era enorme y soportaba un blanco mantel rígidamente almidonado, con servilletas dobladas en forma de lirio. Había vasos de cristal de pie, platos con bordes de plata, pesada vajilla de plata, un centro de mesa y también un jarrón con rosas; las sillas eran de cuero negro con clavos de adorno de bronce brillante. La alfombra antigua era escarlata, entretejida con dibujos de flores, y las paredes eran de seda amarilla. Healey lo contemplaba todo con orgullo, creyendo que había suscitado en Joseph un humilde asombro, pero Joseph no se sentía pasmado. Nunca había estado en un comedor de la clase acomodada, pero, por instinto, sabía que aquél era crasamente vulgar. Hinchado de importancia, Healey acomodó a Emmy a su izquierda e indicó a Joseph la silla a su derecha y se sentó en la cabecera de la mesa, en el enorme sillón. Healey tenía sensibilidad. Sin saberlo conscientemente o comprenderlo, había sentido que Joseph era de casta superior. Si alguien le hubiera sugerido tal cosa, lo hubiese abucheado ruidosamente y con irrisión, pero allí estaba, sin embargo, la irritante impresión.

En una pared había tres altas ventanas y una luminosa claridad verde, que se reflejaba en los árboles y los jardines, se filtraba muy suavemente a través de las cortinas de encaje de dibujo tortuoso. Eran, como Healey mencionaba frecuentemente, legítimos encajes de Venecia. Los señaló sin modestia y Joseph los contempló con indiferencia; después preguntó:

—¿Son sus casas de Pittsburgh y Filadelfia tan hermosas como ésta, señor Healey?

Si había ironía en su entonación, Healey no lo percibió. Irradiando placer, replicó:

—Pues no, en esas ciudades me aposento en hoteles. Es más cómodo. No tiro mi dinero por la ventana. Me agrada desplazarme con libertad y rapidez, y las casas traban a un hombre. Vengo a Titusville a descansar y a hacer negocios. Además, no creo que a la señorita Emmy le agraden Pittsburgh o Filadelfia, ¿no, amor?

—¡Oh! —exclamó Emmy palmoteando, con coquetería, el dorso de la gruesa mano de Healey—. Nunca las vi, señor.

Se acentuó la rubicundez de Healey con satisfecha autosuficiencia:

—Ni tampoco lo intentaré, amor. Conozco bien las ciudades. Son demasiado perturbadoras para la juventud.

Dos criaditas, una de ellas Liza, acudieron con unas bandejas de porcelana y plata que contenían manjares y, de inmediato, Joseph se sintió famélico. Nunca, en toda su vida, había olido tan deliciosos aromas. Healey llenó un vasito con *whisky* para él y luego llenó otro para Joseph.

—Legítimo y buen *bourbon* —aclaró.

Joseph nunca desarrollaría el gusto por los «espirituosos», ni siquiera por el vino, pero ahora alzó el vaso de delicado cristal y tomó un sorbo. Sintió que se le revolvía

el estómago. Pero se había disciplinado a sí mismo durante demasiados años para permitir que un simple estómago le dictara sus acciones. Bebió el resto del *whisky*, se reprimió cuidadosamente de exhibir siquiera una mueca o toser, y después tomó un poco de agua. Healey le acechaba astutamente. Pensó que aquél era un joven gallito de sólida cabeza y frío temple, que nunca delataría nada de lo que experimentaba, y un hombre así era lo que necesitaba con urgencia.

Una vasta sopera de plata fue colocada ante Healey y, con gestos teatrales, fue sirviendo sopa en frágiles platos hondos. Con un floreo de la mano sirvió primero a Emmy, después a Joseph y luego a sí mismo, mientras las dos pequeñas criadas rondaban ansiosamente. Healey observó solapadamente a su invitado, pero Joseph había tenido trece años de aprendizaje, por parte de su madre, y en consecuencia no atacó furiosamente el alimento, como Healey supuso que haría. Joseph fue paladeando la exquisita sopa, que estaba magistralmente condimentada, y reconoció el tomillo, aunque no lo había probado desde hacía años. Emmy comía con los excesivos remilgos que solamente saben exhibir las ramerías reformadas; con el meñique enhiesto sobresaliendo de su mano, dándose constantes toques de servilleta con el donaire especial y exclusivo de las prostitutas. También ella observaba a Joseph, pero con una clase de interés muy distinto, que Healey no habría aprobado.

—La señora Murray es una cocinera estupenda —dijo Healey mientras eructaba—. Le pago seis dólares a la semana, una fortuna, pero los merece. El plato siguiente fue cordero asado con una abundante guarnición de toda clase de legumbres. A Joseph el *whisky* le había dado cierta ligereza física. Las tazas de café, con sus sutiles festoneados de capullos de rosa y hojas verdes, eran de la misma contextura y fábrica que la porcelana de su madre, y de repente sintió en su pecho la opresión de la pena nostálgica.

—¿No te gustó la comida? —preguntó Healey, congestionado.

Joseph alzó los ojos, y Healey, desconcertado, vio el hondo fuego azul oculto tras las rojizas pestañas y se quedó, confusamente silencioso, por unos instantes. Un presuntuoso engreído, masculló Healey interiormente. Simulador, como si todo esto no fuera nada para él. Los conozco a estos irlandeses altaneros; señores con castillo... Esto es lo que se figuran. Bien, ya acabaré con sus humos. He puesto en el lugar debido a hombres más recios que este mocito, que se olvida de que lo saqué del arroyo.

Es verdaderamente guapo, pensaba Emmy, y también listo. Le sonrió con alegría a Healey y de nuevo palmoteó el dorso de su mano, con un toque de coquetería. Come como un marrano, pensaba Emmy con respecto a su dueño. El señor Francis, en cambio, es un verdadero señor, y tiene una figura estupenda, aunque flacucho como una ardilla bajo la lluvia. Aunque no le gusta hablar mucho. Me pregunto qué ocurriría si...

Rematada la pesada comida con tarta caliente de manzana y café, Healey despidió galantemente a Emmy, invitando a Joseph a pasar a su «biblioteca para hablar de

negocios». Era indiscutiblemente una hermosa biblioteca y Joseph notó, de inmediato, que las paredes estaban repletas de estanterías de libros y que el mobiliario de cuero destellaba suavemente, al igual que las mesas. Aquella era una estancia que, por parecerse al cuarto que tenía arriba, reavivaba su desgastada sensibilidad, y sintió la presencia de Healey que fue a sentarse tras una larga y baja mesa, dispuesto a presidir la sesión, envuelto en el humo de su cigarro que se oscurecía bajo los rayos de sol que acudían por entre los largos cortinajes de terciopelo azul.

—Hago todos mis negocios aquí —dijo Healey, reclinándose en su silla. Sus anillos y los dijes de su cadena de oro se movían—. Bueno, vamos al grano. Yo no hago negocios con misterios de por medio. Tengo que recibir respuestas a mis preguntas. ¿Lo comprendes, no, Joe? Me gusta aclarar las cosas antes de contratar a un hombre. O sea que te haré preguntas y me complacerá que las contestes con el mismo ánimo con que yo las hago.

Ya no era el hombre de fácil afabilidad. Sus ojillos oscuros taladraban. Su boca había adquirido un aspecto duro, aunque sonreía.

—Sí, de acuerdo —replicó Joseph, ocultando su fría diversión.

—Tengo que confiar en un hombre —dijo Healey, contemplando admirativamente la larga ceniza de su cigarro—. No puedo confiar en alguien que he conocido en la calle. Tengo intereses confidenciales y necesito tener confianza. ¿Entiendes esto?

—Sí.

—Boca cerrada y pocas palabras, esto es lo que me agrada —aprobó Healey—. Nunca me gustaron las lenguas sueltas. Bien. ¿Cuántos años tienes, Joe?

—Pronto cumpliré los dieciocho.

Healey asintió:

—Ni demasiado viejo ni demasiado joven. Puedes ser enseñado. Muy bien, Joe, ¿cuál es tu nombre completo?

—Por el momento, soy Joe Francis.

Healey frunció la boca.

—¿La policía te busca, Joe?

Joseph pensó en Squibbs.

—No.

—¿Nadie más te busca?

—No.

—¿En qué estuviste trabajando?

—Aserraderos. Cuidando caballos. Conduciendo carros.

—¿Qué hacía tu papá en el viejo terruño?

—Era granjero y también instalaba molinos.

—¿Quieres decir que escarbaba buscando patatas, no?

Joseph endureció el rostro.

—Dije que era granjero y un trabajador especializado.

Healey movió la mano.

—No había intención de ofender. ¿De dónde vienes, Joe?

—De Wheatfield.

—¿Cómo llegaste allí?

Joseph no pudo evitar su breve y taciturna sonrisa.

—Con el tren.

—Sacarte las cosas de dentro, Joe, es como excavar con un cuchillo en una mina de carbón —comentó Healey—. ¿Tienes algún motivo para no franquearte?

—Es mi modo de ser —dijo Joseph y volvió a sonreír.

—¿Ningún familiar?

El semblante de Joseph se hizo hermético.

—No. Soy huérfano.

—¿No estarás casado, desertando del hogar?

—No.

—Esto demuestra sensatez. Yo tampoco estoy casado —y, riendo, añadió—: Nunca pensé ni creí en esto. Bueno, Joe. Escribe algo en este papel. Cualquier cosa.

Joseph recogió la pluma de ave con la nueva y moderna punta de acero que Healey había hecho rodar hacia él a través de la barnizada mesa. Contempló a Healey con creciente y divertido desdén. Sin embargo, por algún motivo que ni siquiera pudo comprender, sintió un temblor de desacostumbrada compasión. Meditó, cejijunto.

Escribió: «Ningún hombre queda satisfecho hasta que por lo menos una persona sabe lo peligroso que es». Se esmeró en florituras, nitidez y perfilados. Luego empujó lo que había escrito en fino pergamino hacia Healey, que lo leyó lentamente, moviendo la gruesa boca moviéndose con cada sílaba.

—Un pensamiento muy listo —dijo por fin Healey, sinceramente—. ¿Tus propios pensamientos, eh?

—No. Es de Henry Haskins.

—Ah, el compadre ése —dijo Healey, que nunca había oído mencionar a Henry Haskins—. Bueno, yo nunca quise que ningún sujeto pensase que yo era peligroso. Es malo para los negocios. No hay lugar para los tipos peligrosos. Circula el rumor y se propaga. No se puede confiar en un tipo peligroso.

—Creí oírle decir que era un pensamiento listo —dijo Joseph.

—Para lechuguinos de ciudad. Yo no lo soy —Healey escrutó atentamente la escritura—. Escribes con una excelente caligrafía, Joe.

—No soy un escribano. Ni es mi intención serlo.

—Joe, ¿cuánto dinero ganabas en tu último trabajo?

—Trabajaba la semana completa y percibía ocho dólares por semana. Esto no es suficiente.

La boca de Healey esbozó un silbido silencioso.

—¡Antes de los dieciocho años, ocho dólares por semana te parecen poco! Un

hombre con una familia, Joe, se consideraría feliz de ganar esto, por ruda que fuera su labor.

—No es bastante —dijo Joseph.

—¿Cuánto pretendes ganar?

—Un millón de dólares —especificó Joseph, y sus blancos dientes cuadrados relampaguearon súbitamente en su rostro.

—Estás loco —dijo Healey con sencillez.

—Señor Healey, ¿usted no quiere ganar un millón de dólares?

—Soy más viejo que tú. Tengo mucha más experiencia.

—Soy más joven que usted, señor, y por consiguiente dispongo de más tiempo. Y la experiencia se adquiere viviendo y haciendo.

—Ya, vaya...

Ambos se miraron cuando se produjo un breve silencio. Joseph pensó: Si no hubiese tenido que bregar contra el mundo como yo estoy bregando, hubiera sido un buen hombre, ya que prefiere ser amable. Pero nos hacen ser pícaros.

—Eres un fulano duro de pelar.

—Si no lo fuera, a usted no le serviría para nada.

—Estoy pensando que nunca dijiste algo más acertado —afirmó Healey—. Veo que nos comprendemos. Voy a contarte mis ideas: yo te familiarizo con el ambiente y tú me ayudas a llevar mis negocios. Estudias leyes con un abogado listo. Te pagaré siete dólares por semana hasta que valgas más.

—No —dijo Joseph.

Healey se reclinó más en su silla y sonrió afectuoso:

—Incluyendo aposento y manutención.

Joseph no tenía intención de permanecer en aquella casa por más tiempo del que necesitase para encontrar una casa de huéspedes en Titusville. Quería ser, como siempre, su propio dueño, y no estar «obligado por gratitud» a otra persona. Pero pensando en los libros a los que tendría acceso, titubeó. Luego dijo:

—Quiero dieciocho dólares por semana, pagando cinco por mi pensión. En un mes quiero un aumento de cuatro dólares por semana. Entonces discutiremos lo valioso que puedo serle.

Healey rumiaba, con el rostro tan hermético como el de Joseph. Luego dijo:

—Tienes una opinión muy elevada de ti mismo, ¿eh, irlandés? Bueno, esto también me agrada. ¿Qué hay del mocito que está arriba? —con la cabeza señaló hacia el techo.

—He pagado por su cuarto y comida hasta que pueda trabajar.

—¿Y para quién va a trabajar?

Joseph encogió los hombros:

—Dijo que tenía trabajo en esta ciudad.

—¿Y por qué no trabaja para mí él también?

—Señor Healey, esto es enteramente asunto suyo, y de Haroun, no mío.

—¿No quieres cargas?

—Así es.

Healey fumaba meditativo. Dijo:

—Dieciocho años y hablas como un fullero con los bolsillos llenos de oro. Bueno, ¿cómo esperas ganar un millón de dólares?

—Cuando tenga el dinero suficiente, me propongo comprar las herramientas necesarias y perforar.

—¿Haciéndome la competencia a mí y a los otros?

—Señor Healey, nunca le timaré. En esto puede confiar.

Asintiendo, Healey repitió:

—Nos comprendemos. Bien, de acuerdo, dieciocho dólares por semana y pagas cinco por la pensión. Tendré tiempo de darme cuenta si vales. Si no vales, nos separamos. Si me interesas, volveremos a hablar. Bien, ahora —se reclinó más atrás en la silla y asumió una expresión muy abierta, cándida y hasta algo devota—: Yo soy de los que creen en poner las cartas sobre la mesa, de modo que mi oyente pueda verlas. Por estos andurriales me llaman «sincero».

Joseph, de inmediato, tuvo cautela.

—O sea que puedes confiar en mí, Joe.

Joseph no dijo nada. Healey rió amablemente:

—Eres un tipo muy agudo. No confías en nadie. Debiste tener una vida dura, Joe.

—Así fue.

—¿Quieres hablarme de las cosas que pasaste?

—No. No es importante.

—Tendrás que confiar en alguna persona, Joe, o no llegarás a ninguna parte.

—Señor Healey, cuantas menos confianzas nos hagamos el uno al otro sobre nuestros asuntos privados, seremos mejores amigos. Nos limitaremos a discutir nuestro trabajo, francamente.

—No estás ni siquiera predispuesto a confiar en mí, y sin embargo yo te expongo las cosas con bastante claridad, Joe. Lamento que pienses que todos son pícaros.

Joseph no pudo dejar de sonreír.

—Digamos que podemos aprender a confiar el uno en el otro.

—Me basta —dijo Healey con sinceridad, y asestó un manotazo sobre la mesa—: Pasemos a los negocios. Soy el presidente de ocho compañías petroleras. Desde 1855. Comencé en Pithole, con el petróleo brotando a ras de suelo. No era necesario perforar. Pithole todavía no está del todo desarrollado. Pero conseguí mis opciones allí, fui el primero en hacerlo. Vendí veinticinco mil acciones de mis compañías a veinticinco dólares cada una. Sólo que no pudieron conseguir los certificados de compra con la rapidez necesaria, así es como se hacen los buenos negocios por Titusville. Y también tengo tres destilerías, en Oil Creek. Hasta la fecha hemos estado embarcando los barriles, en lanchas, por todo el estado y el país. Kerosén. Y, sólo el aceite crudo, a destilerías que hay en otras partes. El kerosén llegará a reemplazar

toda otra clase de combustible para lámparas y el crudo es usado como lubricante en vez de los aceites más caros que hasta ahora eran usados. Tengo parte de una patente para un quemador de kerosén, desde 1857. Vi las posibilidades al primer vistazo. A este asunto lo llamo la Compañía de Kerosén Healey. Y contribuyo a fabricar lámparas mejores que las viejas que quemaban aceite de ballena y similares.

En la breve pausa miró a lo lejos, a un punto indefinido.

—Cuando dentro de unos meses el ferrocarril viaje regularmente desde Titusville en vez de sólo un tren los domingos, mis negocios aumentarán diez veces más. Más rápidos y cargando más que las lanchas. También tengo participación en el ferrocarril. Puede decirse que tengo muchos intereses y muchas participaciones. No hace mucho tiempo hice un montón de negocios en Méjico.

De pronto contempló inexpresivamente a Joseph.

—¿Legales, señor?

—Bueno, no era petróleo. Ya te lo dije: nunca paso por alto una oportunidad de ganar un penique.

Joseph meditó. Recordaba haber leído en un periódico que hombres como Healey hacían fortuna pasando armas de contrabando a Méjico. Pero contuvo su lengua. Todavía no era asunto suyo hablar de esto.

—También poseo minas de sal, aquí. Y hago buenos negocios en madera. La madera es la que hizo esta ciudad, antes que el petróleo. Mis intereses son extensos, Joe. En conjunto, tengo unos doscientos hombres trabajando para mí, entre pueblerinos y forasteros. También soy uno de los directores del nuevo Banco. Dispongo de una pareja de abogados, pero no son listos. Aunque uno de ellos puede enseñarte lo que necesitas para la práctica de las leyes. Si estuviera en tu lugar, Joe — Healey se inclinó hacia adelante de modo más confidencial y paternal, como alguien que le habla a un bienamado familiar joven, tal vez un hijo— me concentraría en leyes de patentes, leyes penales.

—Especialmente derecho penal —dijo Joseph.

Healey, echándose hacia atrás, rió con fuerza.

—Bueno, no es que yo haga nada que sea criminal, como comprenderás. Pero todo hombre de negocios anda siempre bordeando el filo, ¿cómo, si no, iba a ser hombre de negocios? No podría sacar ganancias de no ser así. Ahora bien, la ley es la ley; es preciso disponer de leyes, o el país no podría sostenerse. Pero algunas veces las leyes pueden ser... bueno, pueden ser...

—Ambiguas —sugirió Joseph, con leve malicia.

Healey frunció el entrecejo. No comprendía la palabra.

—Bueno, lo que sea. Yo quiero decir que tomas por ejemplo a dos abogados, y no pueden ponerse de acuerdo sobre lo que es legal y lo que no lo es, y esto pasa también con jueces y jurados. Las leyes están escritas a veces de un modo raro. Y la parte rara es la aprovechable, si eres listo.

—Y si tiene usted un buen abogado —expuso Joseph.

Healey asintió, también sonriente:

—Tenemos esta guerra, en la que dicen que vamos a metemos casi mañana mismo. Ahí hay muchos beneficios para un hombre listo. He oído decir que existe una patente en Inglaterra por un rifle con una cámara de seis u ocho cartuchos... aunque esto no sea para mañana, Joe.

Súbitamente Joseph se interesó en el asunto.

—¿Washington comprará el rifle a Inglaterra?

—Bueno, el Sassenagh no es particularmente entusiasta de la Unión. Sus simpatías están con el Sur. Ya lo ha manifestado así. Pero, siendo un Sassenagh, no hay nadie más ávido de un dólar o una guinea, a pesar de su devoción y todas sus iglesias, y la Reina puede que venda a ambos bandos. Espero que no.

—¿Cuál es el bando más próspero, la Unión o el Sur?

—El Sur, hijo, el Sur. El Sur no fue afectado por el pánico como el Norte. Son los reyes del algodón. Esclavos por mano de obra. Granjas. El Sur es el que tiene el dinero. Y esto es lo que hace que los fabricantes y negociantes nortños estén más furiosos que unas avispa. Los trabajadores esclavos no les preocupan porque sea algo inmoral o parecido. Lo que desearían es disponer de esclavos para el trabajo, aunque en realidad viene a ser lo que ya tienen ahora, con la mano de obra extranjera que importan de Europa, extranjeros que no pueden hablar inglés y pasan hambre. Aun así, tienen que pagarles algún salario, y esto los incomoda. No, señor, ni la moral ni los derechos del hombre perjudican y preocupan a los nortños. Se molestan por los costos del trabajo. Los beneficios. Las ganancias. Joe, si quieres emplear tan sólo una palabra para describir las guerras y las elaboraciones de las guerras, usa la palabra ganancias. Nada más que esto. Ganancias.

—¿También esta guerra?

—¡Naturalmente! El señor Lincoln habla de salvar la Unión, de una casa dividida que se derrumba, sobre la inmoralidad de la esclavitud, y por lo que de él he visto reconozco que habla sin mentira ni hipocresía. En cierto modo, viene a ser un ingenuo. Los hombres de negocios siempre prefieren los políticos cándidos; son más fáciles de manejar y persuadir. En consecuencia, le enjaretan al señor Lincoln latiguillos de elevada defensa de la moralidad. Pero todo ello es la tapadera para lograr grandes ganancias. El Sur posee las grandes factorías, y si la esclavitud se suprime, ¿en qué estado quedará? El Sur es donde viven los caballeros, y los caballeros no sirven para manejar los negocios. Así, los nortños pueden ir allá abajo y hacerse ricos. De nuevo ganancias beneficios, provecho. ¿Me sigues?

—Sí. ¿Quién cree usted que ganará?

—Bueno, el Norte, naturalmente —Healey guiñó un ojo—. Tienen las fábricas de municiones. No es leal, no lo es. Alguien debería equilibrar la balanza.

Joseph asintió solemnemente, mientras Healey proseguía:

—Lo único decente sería equilibrar las fuerzas. Y es de desear que no haya interferencias en el tráfico honesto. Pero no lo sabremos hasta pasado cierto tiempo.

—¿Y el señor Lincoln quiere abolir la esclavitud?

—Bueno, no exactamente. Esto no es lo que anda diciendo, sino que clama por salvaguardar la Unión. Dicen que proclamó que si la esclavitud sirviera para mantener la Unión, él no se interpondría. Pero los del Sur ya están hartos de todos estos vociferantes predicadores del Norte aullando por la abolición, de los voraces negociantes y dueños de fábricas, de la interferencia y de ser insultados con nombres como asesinos y «Simon Legree». Como te he dicho, los sudistas son caballeros. El Sur no fue tan usado como el Norte a modo de vaciadero para prostitutas y ladrones. El Sassenagh pensó que era más fácil embarcarlos hacia aquí que ahorcarlos. Por eso el Sur desprecia al Norte, además de enfurecerse por su intervención. El Sur sabe cuál es el fondo de todo el asunto, y quieren una nación aristocrática, regida por ellos mismos. Naturalmente, esto no es democracia, y yo, Ed Healey, también soy partidario de la democracia. ¿No voté por Lincoln, que es republicano? —asintió virtuosamente, se levantó, estiró hacia abajo su florido chaleco, extrajo su grueso reloj de oro y le dio cuerda—. Bueno, Joe, son las tres y el tiempo pasa. ¿Qué te parece si salimos a dar una vuelta, de modo que veas el ambiente de la ciudad y de algunos de mis negocios?

Bajaron las escaleras y Healey gritaba pidiendo su faetón y llamando a Bill Strickland. Joseph vio al casi mudo Bill sentado como una estatua en el vestíbulo, esperando. Se puso en pie, galvanizado, al ver a su dueño, y Joseph observó la absoluta dedicación y la ciega devoción en el feo rostro del individuo. Se erizó el vello de su pescuezo sin que pudiera razonar conscientemente aquel escalofrío. Bill giró lentamente la cabeza en dirección a Joseph y le miró con inexpresiva fijeza.

Joseph pudo ver la vacuidad de los ojos del asesino y un dedo helado le tocó entre los omoplatos, como una siniestra advertencia. Healey posó la mano con afecto en el hombro increíblemente estrecho de Bill y le sonrió a Joseph, diciendo:

—Bill haría cualquier cosa por mí. Cualquier cosa.

Su sonrisa se ensanchó mientras él y Joseph se observaban en la breve pausa silenciosa.

El faetón se detuvo en el puente de madera que dominaba el Oil Creek. El verde curso del agua estaba manchado con arcoiris aceitosos, y las riberas estaban emponzoñadas con petróleo hasta el punto de que las matas, plantas y árboles se desmadejaban en actitudes agónicas y, en su mayor parte, aquella vegetación ya estaba muerta. Pontones y barcasas planas llenaban el tortuoso y estrecho río y eran ruidosamente cargados con barriles de petróleo y maderas. Joseph miró a lo alto, hacia las colinas vírgenes con sus zonas de luminosidad, a las distantes laderas de jugosos valles y al pulido cielo azul que siempre se resistiría al horroroso destructor que era el hombre.

—Es hermoso —dijo Joseph, y Healey asintió con satisfacción y orgullo.

—Nosotros construimos esta ciudad. Cuando llegamos no había más que palurdos que malgastaban sus vidas dormitando, sin reparar en que tenían el oro negro bajo sus pies. No, si yo te lo digo, irlandés... La gente de pueblo es realmente estúpida.

Joseph sofocó toda la angustia espiritual, pensando en Sean y Regina y en lo que debía hacer por ellos en este lugar. Pero las colinas le obsesionaban. Si permitía que siguieran obsesionándole, no habría rescate y salvación para sus hermanos. Contempló el estrecho riachuelo y se esforzó para mirar el ruidoso ajeteo de las barcazas.

—Tenemos aquí suficiente aceite —dijo Healey— como para iluminar todas las ciudades de los Estados Unidos. ¿No es algo maravilloso?

—Sí —dijo Joseph.

Un hombre alto y flaco, barbudo, estaba en el puente tomando fotografías del río y las barcazas. Su copioso instrumental y equipo se esparcían a su alrededor.

—Éste es el señor Mather —dijo Healey—. Hace fotografías en cinco minutos solamente. ¿No es algo increíble? ¡Cinco minutos!

—¿Opina él que lo de allá abajo es bonito? —preguntó Joseph.

—¡Lo más bonito que nunca viste, mozo! ¡Dinero! —afirmó Healey.

Debo recordarlo, pensó Joseph. Lo olvidé por unos minutos. Tu dinero o tu vida. Contempló la flaca silueta vestida de negro del joven que se abalanzaba febrilmente bajo el negro paño que cubría los lentes de su cámara, inmovilizada sobre un alto trípode. El faetón prosiguió su ruta.

—Ahora te mostraré uno de mis pozos de petróleo —dijo Healey.

Fueron penetrando por los campos que para Joseph ya no eran campos sino un edén violado. Los *derricks*^[8], armazones férreos, torres para taladrar la tierra y los barracones junto a las bocas de los pozos llenaban un paisaje que antes había sido silencioso y plácido. A trechos y en la lejanía podía ver fértiles campos poblados con ganado blanco y negro, el brillo de un estanque azul, prados con maizales y macizos de árboles. Pero el aire estaba impregnado de la infecta y acre pestilencia de petróleo en crudo; el humo, negro y aceitoso, brotaba de las torretas de las casetas de los pozos, dándoles un incongruente aspecto de miniaturas de pardos templos. El nuevo Dios, pensó Joseph, y Don Petróleo es su profeta. Las blancas granjas ostentaban una falsa tranquilidad, como si fueran inmunes a todo aquello, pero Joseph sabía ahora lo suficiente para comprender que los granjeros estaban igualmente implicados en aquel estrago y que habían contribuido a ello por dinero.

Allí, como siempre, estaba el engarce de las colinas de jaspe y aguamarina, brillando inocentemente, como si el hombre nunca hubiese nacido y no fuera una amenaza letal para ellas, y seguían alzando sus iridiscentes velones de hojas al cielo, como glorificando a un Dios que no se preocupaba en absoluto por ellas y parecía, más bien, conspirar con su raza humana para anularlas.

—Bueno, ya llegamos —dijo Healey.

Habían llegado a un ancho colmenar de encasillados pozos de petróleo y Joseph

pudo oír el ritmo, como palpitaciones de corazones mecánicos, de las máquinas. La pestilencia predominante era allí más densa, ya que los despojos vitales y oleaginosos de antiguos animales y vegetales brotaban a la superficie después de millones de años de quietud, para dar prosperidad a una raza que nunca conoció las riquezas de su propia existencia. ¿Quién soy yo para querellarme con Dios?, se preguntó Joseph con amargo cinismo.

Siguió a Healey hasta el interior del encajonamiento de unos de los pozos de petróleo. Vio las grandes ruedas giradas por correas de cuero, sus sudorosos sirvientes, y oyó el monótono machaqueo imbécil de las bombas al ir chupando hacia arriba la negra sangre de las entrañas de la tierra. Vio las máquinas auxiliares alimentadas diligentemente por jóvenes desnudos hasta la cintura. Olfateó el humo y el acre olor del aceite; sintió el aroma de la madera que se quemaba para mover las ruedas y la bomba aspirante. Alzó la vista hacia la alta chimenea de madera que escupía al exterior oleadas de nubes negras. Los operarios tenían la intensa y aplicada apariencia de sacerdotes consagrados a un culto especial, con sus rostros y brazos manchados por la humedad que resbalaba en surcos negros como el carbón y las cejas rezumando hollín. Miraron a Healey y los blancos dientes brillaron. Eran exactamente tan codiciosos como él, pero también sumisos subordinados.

—¡Cien barriles hasta ahora en la jornada! —le gritó uno de ellos a Healey—. ¡Y muchos más a punto de salir, señor!

Asintió Healey, diciéndole a Joseph:

—Todo es aceite de superficie; basta bombearlo fuera. Hay quizá lagos enteros. Tal vez todo el condenado mundo está repleto de aceite —le sonrió ampliamente a Joseph, algo atravesados los oscuros ojillos.

—¿Quieres trabajar aquí por ocho dólares a la semana o conservar las manos limpias y ganar más?

Algunos de los jóvenes que trabajaban en torno a la bocana del pozo no tendrían más de quince años y Joseph sintióse viejo mientras los observaba.

—Oí comentar —dijo Healey— que John Rockefeller aseguró que un hombre vale un dólar al día del cuello para abajo, pero que no existen límites para lo que vale del cuello para arriba. Los músculos no te llevan a ninguna parte, irlandés. Los sesos sí.

—Esto ya lo sabía cuando todavía usaba pañales —dijo Joseph— y supuse que en este punto ya quedamos plenamente de acuerdo.

—Simplemente pensé que debía enseñártelo, por si se te ocurrían ideas raras —Healey masticaba su cigarro, rumiando; luego cogió por un brazo a Joseph—. Nunca me he casado. No tengo hijos. Pretendo hacer de ti el hijo que nunca tuve. Pero has de ser leal conmigo, ¿estamos?

—Ya le dije que nunca lo traicionaré —replicó Joseph.

Healey sonrió complacido, pero su tono fue más incisivo.

—Y recuerda siempre lo que yo también te dije, Joe. Todos los hombres son

Judas. Cada hombre tiene su precio. El mío es más alto.

Regresaron a la ciudad y Healey llevó a Joseph a un edificio de tres plantas, cercano a la plaza. Los peldaños de madera estaban polvorientos y los corredores eran estrechos y sin luz. A los lados se alineaban puertas astilladas y Healey empujó una, abriéndola.

—Aquí es donde realmente manejo mis negocios. Mi casa sirve sólo para sujetos importantes.

La puerta daba acceso a lo que Joseph vio inmediatamente que eran una serie de pequeños cuartos adjuntos. Las sucias ventanas estaban cerradas herméticamente y el aire rebosaba calor y humo; si aquellos cuartos habían sido limpiados alguna vez, no resultaba evidente. Los suelos estaban emporcados con escupitajos de tabaco, aunque había escupideras colocadas estratégicamente, las paredes ostentaban un turbio color pardusco y los techos eran de un oscuro latón estañado. Cada cuarto tenía un escritorio de tapa rodadera atiborrado de papeles y un alto pupitre de tenedor de libros con un escabel y un par de sillas en estado ruinoso. El despacho personal de Healey no era mucho mejor, pero tenía una larga mesa, un escritorio y un cómodo sillón de cuero. La luz que se filtraba a través de las ventanas tiznadas de gris era como la luminosidad que pugna por salir a través de niebla. También observó que las ventanas estaban enrejadas, como si los despachos contuvieran presos, y que la única puerta que conducía a las series de cuartos tenía la parte interior blindada con acero y varios cerrojos complicados. Calendarios chabacanos colgaban de algunas paredes y el cuarto de Healey poseía una estantería llena de libros de leyes.

Lo que captó inmediatamente el interés de Joseph no fue tanto el ambiente decrepito, feo y contaminado de los cuartos sino sus moradores. Por lo menos vio a catorce individuos allá dentro, ni uno de más de cuarenta años y el más joven rondando los veinticinco. Sin embargo, tenían varias cosas en común, de modo que parecían constituir una familia, una casta, una sola sangre y mentalidad. Todos eran altos, delgados, elegantes, fríamente mortíferos y desapasionados, y sus rostros eran tan ilegibles como el suyo. Estaban ricamente vestidos aunque habían descartado sus largas levitas a causa del calor. Todos llevaban discretos pantalones grises y sus immaculadas camisas blancas eran de volantes fruncidos, sus corbatas tenían perfectos pliegues suaves, sus chalecos estaban preciosamente bordados y cadenas de reloj cruzaban sus enjutos estómagos. Sus joyas eran muy decorosas, por contraste con las del rutilante Healey, y sin embargo revelaban ser caras; sus negras botas ceñidas y cortas estaban brillantemente lustradas. Sus figuras eran a la del caballero, o el actor, y se movían con la felina gracia, restringida y sobria, del asesino profesional. Sus ojos podían ser de distintos colores, sus facciones no eran idénticas ni tampoco exactas sus estaturas, pero Joseph tuvo la impresión de una uniforme afinidad que no necesita de muchas palabras o explicaciones. Pese a ser guapos, pulidos y suaves, parecían amenazar fríamente. Joseph los identificó como aquel grupo de hombres apaciblemente silenciosos que estaban aguardando en la estación de Wheatfield,

aquellos hombres que le habían sido señalados como tahúres y de otras profesiones sin escrúpulos, que vivían de su ingenio.

No se movieron cuando Healey entró con Joseph, aunque los que estaban sentados se pusieron en pie. No decían nada. No sonreían. Fue como si el lobo rey de la manada acabara de llegar y ellos esperasen su mandato, que sería obedecido al instante y sin preguntas. Algunos estaban fumando los largos y gruesos cigarros que prefería Healey y se lo sacaron de la boca, para sostenerlos en sus largas y extraordinariamente aristocráticas manos. Sus posturas eran flexibles, tranquilas y atractivas. Sus tupidas cabelleras, de muchos matices distintos, eran elegantemente largas y cubrían sus nuca engominadas y suavemente onduladas. Con la excepción de las bien perfiladas patillas, estaban recién afeitados, y la tez de todos era uniformemente pálida, sin mancha y revelaba constante atención. De todos ellos emanaban tenues perfumes y el aroma de caros tónicos capilares.

Resultaban incongruentes en aquellos cuartos cerrados y sucios, como patricios, o parodias de patricios, sorprendidos en callejones de mala fama o acechando desde oscuros umbrales en los sectores peligrosos de una ciudad. Pero Joseph apenas percibió esta incongruencia, y luego comprendió intuitivamente que aquél era en realidad su ambiente más apropiado.

Healey anunció afectuosamente:

—Muchachos, quiero presentarles a este joven que dice llamarse Joe Francis y que va a cuidar de tener en orden los libros mientras yo estoy fuera, haciendo dinero para todos nosotros —riendo jovialmente—: De este modo no tendré que fatigarme los ojos repasando tantos detalles. Vosotros simplemente le exponéis las cosas. Él ya las pasará en limpio.

Es listo y seguro. También buen escribano. Él me resumirá en una hora lo que ahora me toma un día entero —se golpeó con el índice su brillante y sonrosada sien. Su actitud era afable y condescendiente—: Podéis llamarle mi gerente. Algo joven, pero su cerebro no lo es, ¿eh, Joe?

Nadie dijo una sola palabra, pero Joseph fue súbitamente el blanco de penetrantes miradas y especulaciones implacables. Si alguno de los presentes opinaba que aquello era increíble, nada se exteriorizó en su rostro. Veían a un joven mucho más joven que el de menor edad de todos ellos, míseramente vestido, sucio y remendado, sin camisa rizada, ni cadena de reloj, ni corbata *plastrón*^[9] de seda, ni joyas, de rústicas botas polvorientas y rotas, con pantalones de tosco paño marrón manchado, de pálido semblante pecoso que delataba su poca madurez, y seguramente, pensó Joseph, debían sentir cierta sorpresa. Si así era, no la revelaban. Nadie se movió y, excepto por sus ojos escrutadores y agudamente observadores, podían haber sido elegantes estatuas.

Joseph aprendería más tarde que ninguno de aquellos individuos nunca discutía o ponía en tela de duda las decisiones o la sabiduría de Healey, ni nunca lo criticaban o ridiculizaban en privado. Los dominaba por completo, no debido a que fuera rico,

poderoso y su patrón, sino porque siendo ellos mismos lobos, reconocían y respetaban a un lobo más pujante que nunca, hasta entonces, había cometido un error. Si una sola vez hubieran descubierto en él una debilidad, un titubeo, una incertidumbre o un estúpido tropiezo, lo hubiesen derribado y destruido totalmente. No hubieran efectuado este exterminio por maldad, ni codicia, sino instintivamente porque si se traicionaba a sí mismo, también traicionaba a la manada, poniéndola en peligro. Ya no habría sido por más tiempo el amo, y para la abdicación sólo conocían un método: la ejecución a muerte.

Joseph aguardó alguna protesta, alguna sonrisa semioculta o sutil, un guiño de incredulidad o un murmullo. Pero no hubo ninguna exteriorización. Pasaron muchos días antes de que comprendiera que algunos de ellos le habían identificado inmediatamente no como a un criminal, como ellos mismos, sino como alguien tan poderoso y hasta más peligroso que el más peligroso entre ellos. Además, el señor Healey lo había seleccionado y nunca experimentaron dudas acerca de sus métodos o decisiones. Él se había acreditado con harta frecuencia ante ellos, y tenían la plena seguridad de que continuaría acreditándose.

Joseph no vio señal alguna de repulsa ni aceptación, pero fueron acudiendo en cola, tendiendo sus ágiles manos de jugador y dedicándole una breve inclinación de cabeza. Fue estrechando sus manos. Todavía seguía sintiendo que ese asunto no era verdadero. Había allí algunos que eran lo suficientemente mayores como para poder ser su padre, y no obstante inclinaban sus erguidas cabezas en señal de respeto. Notaban su carencia de miedo hacia ellos, pero si adivinaban que era debido a que no sabía exactamente lo que debía temer, no lo demostraban. Pese a todo, alguno de los más expertos, decidió silenciosamente someter muy pronto a prueba aquel recién llegado, para ver si el señor Healey, por fin, había cometido una estúpida equivocación.

Joseph oyó nombres mencionados por Healey con su voz jovial, pero no prestó verdadera atención. Supuso que más tarde los conocería a todos por el nombre, uno por uno. Y si no, carecía de importancia. Lo que importaba era lo que ellos podían decirle y enseñarle. Sin embargo, sí que observó cómo Healey, siempre sonriente pero con fríos ojos mortecinos, atraía a un lado a dos de los de mayor edad, hablándoles casi inaudiblemente y que una o dos veces hizo un gesto seco con su enjoyada mano, como si diera un hachazo. Sospechó que él era el objeto de aquellas conversaciones en susurro y esto le fastidió, hasta que lo descartó. ¿Qué importancia podía tener aquello? Si fallaba, entonces había fracasado. Pero si lograba éxito, entonces ya estaría lanzado en el camino hacia su meta. Decidió no fallar. Un hombre que se niega a fracasar es un hombre que no fracasa. En cierta ocasión leyó un antiguo proverbio romano: «Es capaz quien piensa que es capaz». Yo soy capaz, se dijo Joseph a sí mismo. No me atrevo a ser otra cosa, sino apto y capaz.

Un joven le ofreció amablemente un cigarro, pero Joseph sacudió la cabeza en negativa. Miró al hombre y dijo:

—No fumo. Nunca intenté fumar. No quiero desperdiciar mi tiempo y mi dinero. Healey oyó el comentario y, aproximándose, rió ruidosamente:

—Esto, buen mozo, es también mi modo de pensar. Pero cada cual allá con sus manías, diría yo —dirigiéndose al grupo, añadió—: Joe, aquí presente, este severo jovencito, tiene educación. Lee libros. Ahora bien, muchachos, no le tengáis inquina por este vicio —y alzó su palma sonrosada en un simulacro defensivo.

Sus oyentes rieron como era debido.

—Yo personalmente no tengo nada en contra de la manía de leer libros —prosiguió Healey—, aunque estimo que ablanda los sesos de un hombre y le hace ser poco realista. Pero produjo el efecto opuesto en Joe, en este irlandés. Le endureció. También le hizo ambicioso. Le enseñó lo que es el meollo de todas las cosas, de veras que sí. Y tiene una cabeza de irlandés sobre los hombros y yo os digo, muchachos, que no le ganáis a ningún irlandés en ningún juego. Ni una vez ni nunca. ¿Lo sabré yo, siendo irlandés? Nos incendiamos como el carbón pero al igual que el carbón nunca nos limitamos a dar una llamarada; seguimos quemando y ardiendo hasta que no queda nada. Y el aquí presente Joe no gusta de *whisky*. Si hay alguna cosa que es mortalmente mala para un irlandés es el *whisky*, ¡aunque de esto no me haya dado yo cuenta por lo que a mí se refiere!

Radiante, palmoteó su compacta y enorme panza.

—Pero no bebo el licor cuando estoy trabajando, y también conocéis mi modo de pensar sobre este detalle. Nada de *whisky* en estas oficinas. Pistolas sí, pero *whisky*, no. Y no se toleran ni admiten resacas. Esto es simplemente para que Joe esté informado, muchachos. Y queda decidido que Joe tendrá mi despacho, comenzará mañana, pero no mi mesa. Ésta es mía. Joe estará a vuestro alcance a partir de las siete de la mañana.

Mientras miraba a Joseph, señaló al hombre que tenía más cerca:

—Éste es el señor Montrose. Nunca nos llamamos por nuestros nombres de pila, Joe. Simplemente «señor» y solamente Dios sabe si sus nombres son los que llevaban al nacer. De todos modos, no importa. El señor Montrose te llevará de compras mañana por la mañana, para que compres la ropa que es la adecuada para mis hombres.

—Solamente si puedo pagarla de mi propio bolsillo —dijo Joseph.

Healey sacudió su cigarro.

—Esto se da por descontado. Apéate ya de tu blanco corcel orgulloso, Joe —pero estaba complacido y miró a los demás con expresión de quien se felicita a sí mismo.

Cogió a Joseph por el brazo, dirigiendo una cabezada de despedida a sus empleados, y condujo al joven hasta el polvoriento pasillo.

—Son los muchachos más talentosos del mundo —dijo—. Contundentes como la trementina. No le temen ni a Dios ni al hombre ni a la policía. Sólo me temen a mí. Admito que no hay ninguno al cual no ande buscando la policía por algún que otro lugar lejano. Tal vez como a ti, ¿eh, Joe?

—Ningún policía me busca a mí, señor Healey. Ya se lo dije antes. Ni tampoco huyo de nadie, ni nunca he estado en la cárcel. Ni estaré jamás.

—No es nada vergonzoso haber estado alguna vez en la cárcel —dijo Healey y Joseph inmediatamente supo que su patrón estaba hablando por experiencia propia—. Los mejores hombres que andan por el mundo, ya estuvieron en la cárcel. Siempre digo que esto no es un oprobio para ellos. Mi opinión es que los hombres de valía abundan más entre los que estuvieron en la cárcel que entre los que nunca la conocieron.

El aire era gratamente más frío y limpio que el de las oficinas y Joseph aspiró profundamente. Bill Strickland estaba esperando en el faetón. Su actitud era tan quieta y tan remota como la de un indio, y Joseph se preguntó si no habría en él sangre india. Sin duda alguna, tenía capacidad para una infinita paciencia y la inmovilidad.

Se dirigieron a la casa, Healey fumando plácidamente, relajado. Pero Joseph podía sentir que pensaba intensamente y con absoluta precisión. Una blanda y benévola sonrisa se esbozaba en los gruesos labios de Healey, tras la cual pensaba y pensaba, elaborando planes. Joseph, por poseer también este tipo de temperamento, lo respetaba en los demás. Un hombre que dejase vagar su pensamiento indolentemente era un inútil carente de importancia.

Llegaron a la casa de Healey. Las altas y estrechas ventanas superiores llameaban como fuego bajo la progresiva puesta del sol. Los céspedes aparecían más verdes y densos que nunca, y los árboles relucían frescos susurrantes como el oro. Pero por alguna razón que no podía explicarse, Joseph sintió una súbita desolación a la vista de aquella casa con aspecto de fortaleza, como si nadie viviese allí, y expresase hostilidad en su aislamiento. Había antiguas mansiones por la vecindad, en la misma calle, en sus propios y vastos terrenos y, sin embargo, Joseph tenía la caprichosa convicción de que no estaban enteradas de la presencia de la casa de Healey, que nunca la veían. Alzó la mirada hacia las colinas que estaban tornándose violetas a la luz del crepúsculo, que parecían lejanas y frías para él, y también indiferentes. Estas misteriosas percepciones interiores eran las que habían importunado a Joseph la mayor parte de sus dieciocho años, y que le importunarían, pese a sus coléricos razonamientos, toda su vida. Pensaba que ni la naturaleza ni Dios parecen conocer nada de nosotros, ni importarle, aunque se cuiden de otras cosas, tales como la tierra. Su alma irlandesa sentíase abrumada por una inexplicable tristeza, una sensación de completa alienación, un sentido de exilio, una sensación de anhelo desconsolado que era indescriptible con palabras.

—Ahora nos asearemos y luego haremos honor a la cena —dijo Healey, quien aparentemente nunca experimentó ninguna de aquellas emociones—. «Temprano en acostarse, temprano en levantarse, hacen al hombre saludable, rico y sabio», dijo George Washington.

—Benjamin Franklin —rectificó Joseph.

La radiante sonrisa de Healey se hizo gélida.

—Eres un tipo listo, ¿eh? ¿A quién le importa quién lo dijo? ¿Es una gran verdad, no?

Entraron en el vestíbulo con sus inmensos sofás, sillones y alfombras. La señora Murray estaba allí con sus negras faldas, su blanco delantal y cofia. Hizo una leve y arisca reverencia al señor Healey y le dedicó a Joseph una mirada maligna.

—La cena estará en diez minutos, señor. Es tarde.

Healey reposó su mano jovialmente en el hombro de ella, que era casi tan ancho como el suyo, y la faz imponente de la gobernanta se suavizó por un instante.

—Señora Murray, muy señora mía, sé que me perdonará, y también le pido perdón, pero tocará usted el gong cuando yo baje. Ni un segundo antes.

Volvió ella a hacer su breve reverencia, pero asestándole a Joseph una mirada asesina, como si fuera culpa suya.

—Hoy hemos tenido una dura jornada —dijo Healey a su ama de llaves, al comenzar a subir las escaleras con Joseph—. Debe disculparnos a nosotros, los hombres de negocios.

Ella resopló antes de desaparecer vestíbulo abajo. Healey rió.

—Yo soy siempre amable, es verdad, con la gente que trabaja para mí, Joe. Pero hay un límite. Te pones familiar con ellos, te descuidas, no te das cuenta y ya te están gobernando a ti. Esto me hiere, Joe. Me agradaría amar a todo el mundo, pero no puedo. Necesito tener autoridad. Necesito enseñarles de vez en cuando el gato de nueve colas.

Healey pasó a sus propios aposentos, en la fachada del segundo piso, y Joseph avanzó por el pasillo hacia su propia habitación. Estaba a punto de abrir la puerta cuando oyó una voz débil y malhumorada tras la puerta del cuarto verde, y una suave y juvenil voz femenina replicando. Se dijo a sí mismo: Ya no es de mi incumbencia lo que le pase a Haroun. Yo tengo que ocuparme de mis propios problemas y no quiero complicaciones. Pero todavía vacilaba. Recordó lo que había sentido fuera de aquella casa pocos minutos antes y entonces, con una imprecación contra sí mismo, fue al cuarto de Haroun y abrió la puerta, empujándola coléricamente como si estuviera impulsado no por su propia voluntad sino por el poder de un estúpido desconocido.

Un vívido resplandor solar rojizo inundaba el cuarto y Joseph notó al instante que aquella habitación era tan hermosamente serena y austera como la suya, pero en matices verdes. Haroun yacía en una cama de postes magníficamente entallados en madera negra y se reclinaba en mullidos almohadones blancos. A su lado estaba sentada la pequeña Liza sosteniéndole la mano, tranquilizándole y hablándole con la más gentil y dulce de las entonaciones. Ambos eran chiquillos y Joseph, a su pesar, pensó en Sean y en Regina.

Liza brincó de terror cuando vio a Joseph, su liso y flaco cuerpo se estremeció en su uniforme de negro algodón y el rostro hambriento tembló. Se encogió, intentando hacerse invisible, y bajó la cabeza como si esperara un golpe.

Pero el semblante febril de Haroun, con los enormes ojos negros relucientes, se iluminó de deleite. Estaba ominosamente enfermo; parecía haberse reducido en tamaño y configuración. Tendió la morena mano y balbució:

—¡Joe!

Joseph miraba a Liza, y dijo:

—Gracias por haber cuidado de... por haber cuidado de...

Ella alzó un poco la cabeza, observándole con temerosa timidez.

—Sólo estaba hablando con el señor Zeff, señor. No hice nada malo. Voy a traerle su cena —huyó del cuarto como una escuálida sombra que teme cualquier violencia. Viéndola irse, el rostro de Joseph se tensó, ensombreciéndose. Se recrimino a sí mismo: Eres un necio. ¿Qué importa todo esto? Son seres que no deberían haber nacido. Se volvió hacia Haroun y sintió fastidio porque Haroun, aunque ahora estaba consciente, evidentemente sufría y todo aquello no era de la incumbencia de Joseph Francis Xavier Armagh, al que se le habían entremetido involuntaria pero forzosamente.

Haroun seguía tendiendo la mano y Joseph se vio obligado a estrecharla.

—No sé cómo llegué aquí, Joe —dijo Haroun—, pero estoy seguro que tú lo conseguiste.

—Fue el señor Healey. Ésta es su casa, no la mía.

—Pero tú lo conseguiste —dijo Haroun con la convicción más absoluta—. Nunca me hubiera mirado, a no ser por ti.

—Bueno, ponte bien. Haroun, y podrás pagarle el favor al señor Healey Yo no hice nada.

—Me salvaste la vida, Joe. Recuerdo lo del tren.

Fue entonces cuando Haroun fijó en Joseph una mirada ardiente, con una expresión de honda devoción intensa, de total confianza, de apasionado fervor. Era la mirada que Bill Strickland dirigía exclusivamente a Healey, incuestionable y de plena dedicación. Aquella fe era incommovible. Era algo más allá de toda razón.

—Soy tu servidor —susurró Haroun—, para toda la vida.

Joseph retiró su mano de la de Haroun.

—Procura ser tu dueño, toda tu vida —dijo ásperamente.

Pero Haroun seguía fijando en él aquella mirada incandescente, y Joseph abandonó la habitación poco menos que corriendo.

XII

Joseph descubrió que Healey había sido, en cierto modo, modesto al referirse a sus propiedades, actividades, valor financiero y perspectivas. Había insinuado que sus intereses principales radicaban en Titusville, pero Joseph supo que Titusville era meramente su base de operaciones y que prefería no dirigir sus negocios desde Pittsburgh y Filadelfia debido a cierto hostigamiento por parte de la policía y de los enemigos políticos. Sin embargo, sus operaciones en Titusville eran únicamente una pequeña parte de sus negocios. En Titusville podía protegerse de las investigaciones impertinentes con ayuda de los hombres que empleaba. También era «propietario» del sheriff y de los alguaciles, algo que no podía hacer en Pittsburgh y Filadelfia, donde los ladrones eran de mayor envergadura que la suya y tenían mayores recursos financieros. No obstante, la mayor parte de su fortuna procedía de Filadelfia y Pittsburgh, y hasta de Nueva York y Boston.

—Todo consiste en organización, con pupila para las oportunidades, irlandés — solía decirle a Joseph, y éste pronto comprendió que era una profunda verdad.

En muchos aspectos era típicamente irlandés, pero no la clase de irlandés que conoció Joseph, que era reservado, frío, reprimido, melancólico, poderosa pero secretamente emocional, aristocrático, desdeñoso, orgulloso, inexorable, tenaz, austero, arrogante y poéticamente místico con renuencia. Healey comprendía, aunque humorísticamente, la clase de irlandés que era Joseph, pero Joseph nunca podría aceptar el estilo irlandés de Healey, pues lo consideraba vulgar, ostentoso, degradante y ruidoso.

Las cajas fuertes y las archivadoras de acero de Healey eran guardadas en un cuarto contiguo a su «serie de oficinas», como llamaba los sucios y oscuros cuartos que arrendaba o poseía. También allí había rejas en la ventana. Y un catre con mantas. En aquel cuarto, cada hombre de su personal dormía dos noches por mes, o por lo menos dormitaba, con pistolas y escopeta. Healey trataba con bancos de Pittsburgh y Filadelfia, y con el nuevo establecido de Titusville, pero siempre guardaba una gran cantidad de oro en el enorme cofre de hierro y acero que tenía en aquel arsenal céntrico que eran sus oficinas. Sus hombres tenían la orden de disparar a matar contra cualquier intruso y esto era más que sabido en la ciudad. Cada uno de sus hombres era un experto tirador de primera y practicaba por la comarca a intervalos frecuentes. Joseph no quedó exento de este entrenamiento. Su más inmediato consejero, Montrose, era su profesor, y Montrose informó a Healey que «este muchacho tiene la pupila de un halcón y nunca falló el blanco, desde un principio».

—No te preocupes por la ley si le tienes que disparar a alguien que intente entrar en este cuarto —le dijo Montrose a Joseph cuando éste hizo la sugerencia—. El señor Healey es la ley en estos contornos. Además, es legal matar a un ladrón en tu

propiedad. ¿O tal vez no te agrada la idea de matar?

Joseph pensó en las desesperadas, criminales y sanguinarias batallas entre su pueblo y los militares ingleses, y replicó:

—No tengo objeción a matar. Solamente quería estar seguro de no ser ahorcado si lo hacía.

—Cuidadoso, ¿no es así? —indagó Montrose, pero sin rencor ni ridiculización—. Solamente un necio es descuidado y no se ocupa de las consecuencias antes de actuar.

Joseph pronto dedujo que Healey despreciaba la temeridad y los actos impulsivos y, como él también los desaprobaba, siguió cultivando su cautela natural.

Ninguno de aquellos individuos conocía el historial de sus compañeros, y nadie confiaba en ninguno. Montrose poseía un suave acento del Sur, era cortés en su habla y sus modales eran naturalmente amables. Era también el más mortífero de los hombres de Healey, a pesar de su apariencia caballeresca, su fascinante voz, su aire de urbana consideración, su inalterable educación y las inequívocas señales de una crianza superior. Era siempre cortés, elegante y calmamente patricio, por lo que Joseph supuso que procedía de una familia de caballeros y había elegido ser un bribón, debido a una súbita pobreza o a una inclinación innata. Las alusiones de Montrose eran las de un hombre bien educado y no las absurdas pretensiones de un plebeyo.

Era un hombre de alrededor de treinta y ocho años, muy alto y delgado, con felina gracia en sus posturas y movimientos. Vestía caro, pero con gusto. Joseph evocó el gato color jengibre que había sido propiedad de su abuela en Irlanda o, más bien, que era el dueño de ella, al estilo de los gatos. Montrose tenía los cabellos de un claro color jengibre, anchos ojos amarillos y refinados, pero era amanerado. Su cara era larga y cremosamente pálida, ilegible en sus expresiones, y su nariz era casi delicadamente hermosa, así como su boca y su magnífica dentadura. Rara vez fruncía el ceño, elevaba la voz, hablaba con tono insultante o mostraba cólera. Su actitud era disciplinada y, sin embargo, extrañamente tolerante. Un hombre puede cometer un error una vez, pero sólo una vez. Si reincidía, entonces Montrose era su enemigo. Joseph encontró algo de militar en él, aunque Montrose denegó, sonriente, haber estado en el ejército. Sin embargo, Joseph no le creyó del todo. La autoridad y la disciplina sobre sí y sobre los demás procedían del don de mando y Montrose, pese a su elegancia, era imperativo.

Sus compañeros le respetaban y temían, y era su superior. Sabían que resultaba aún más implacable y letal que ellos mismos. Recordaban que dos compañeros habían desaparecido inexplicablemente de la noche a la mañana, en un reciente pasado, y Montrose no había manifestado la menor sorpresa. Los dos fueron rápidamente sustituidos.

Todos aquellos hombres sentían devoción hacia Healey. Al principio Joseph pensó que solamente le temían, pero Montrose le aclaró la cuestión.

—El hombre al que temen y detestan y que es el tema de sus pesadillas no es el

señor Healey, que es un caballero considerado. Saben que es humano, ellos mismos son humanos, y que con frecuencia es sentimental. Confían en él. Ciertamente, evitan cualquier oportunidad de enojarlo..., por diversas razones. Su odio y temor reales se concentran en Bill Strickland, esa basura blanca con alma de tigre. Era la primera vez que Joseph oía la expresión «basura blanca», pero comprendió inmediatamente su significado.

—Bill Strickland —prosiguió Montrose, y Joseph notó, por primera vez, que sus ojos brillaban— es atávico. Carece de mentalidad, como posiblemente ya habrás notado, Francis. Es un arma viviente, asesina y el señor Healey retiene el gatillo. Hay algo en el ser humano, Francis, que se horripila ante la bestialidad primitiva y el salvajismo irreflexivo, no importa lo despreciable y sin escrúpulos que pueda ser en sí un hombre. Si los hombres tienen enemigos, saben que estos enemigos son impulsados por algo que ellos mismos pueden comprender pues, ¿no somos todos hombres? Pero criaturas como Bill Strickland están fuera de toda humanidad, y son incapaces siquiera del raciocinio, por distorsionado que sea. Matan impersonalmente, sin cálculo, enemistad o furor, y esto es algo que ningún otro hombre puede comprender. Matan como las espadas, el cañón, o las pistolas, al simple impulso del gatillo del hombre que es su dueño. No hacen preguntas. Ni siquiera piden dinero por su matanza. Simplemente... funcionan. ¿He conseguido hacerme entender, Francis?

—Sí —dijo Joseph—. ¿Es idiota o débil mental?

Montrose sonrió, exhibiendo su preciosa dentadura:

—Ya te lo he dicho: es un atavismo. Según he leído, antaño todos los hombres eran así, antes de convertirse en verdaderos hombres, en «*homo sapiens*» Lo alarmante es que su número no es pequeño. Los hallarás entre los mercenarios y hasta en las mejores familias. Los encontrarás por todas partes, aunque frecuentemente van disfrazados de hombres.

Montrose fumó meditativamente, antes de añadir:

—Nunca, en mi vida, he temido a ningún hombre. Pero confieso temer a Bill Strickland... si está a mi espalda. Me hace cosquillas la carne.

—Y el señor Healey lo emplea.

Montrose rió, dándole a Joseph una ligera palmada en el hombro.

—Lo emplea como otros hombres emplean guardas o pistolas. Es un arma. Si el señor Healey llevase una pistola no lo censurarías, ¿verdad? Dirías que es un hombre que se preocupa por su seguridad. El señor Healey no lleva pistola. Tiene a Bill Strickland.

—¿Por qué un ser semejante es tan devoto del señor Healey?

Montrose encogió los hombros.

—Pregúntale esto a un perro que tenga un buen amo, Francis.

A Joseph le resultó mortificante que, habiendo alcanzado sus conclusiones acerca de Bill Strickland mediante su propio razonamiento, observación y los comentarios de Montrose, aquel jovencito de Haroun Zieff lo supiera todo sobre Bill por puro y

certero instinto. Sin embargo, Haroun era el único del séquito de Healey que no sentía místico horror, instintiva repulsión o aborrecimiento hacia Bill.

—Nunca le irritaría y prefiero permanecer fuera del alcance de su morro —le dijo a Joseph, los grandes ojos negros brillando con un fulgor que Joseph no pudo interpretar—. Pero tampoco huiría de él. No se puede hacer esto..., con un chacal.

Por vez primera Joseph conoció el calmoso coraje y la peculiar ferocidad de los originarios del desierto, aunque por entonces no se dio cuenta de ello. Haroun añadió:

—Nunca te tengas miedo, Joe. Yo estoy aquí y soy tu amigo.

Joseph había reído, con su breve risa cínica que resultaba un sonido casi inaudible. Por vez primera estaba desagradablemente consciente de que empezaba a confiar en Haroun, que ahora contestaba al nombre de «Harry». Confiar era traicionarse a sí mismo. Intentó repetidas veces desconfiar de Haroun, hallar ocasiones en que el muchacho fuera ambiguo y tortuoso, o sorprender en sus ojos una expresión que revelaría la malicia de los hombres. Nunca las halló. No supo si por ello debía sentirse aliviado y emocionado o mortificado.

Haroun ocupaba ahora un pequeño pero cómodo cuarto sobre las caballerizas de Healey. Sus heridas habían cicatrizado, aunque a veces renqueaba. Aceptaba la vida con gran cordialidad y una sabiduría sencilla que estaban más allá de las capacidades de Joseph. Nunca estaba resentido ni guardaba rencor. Se prodigaba ampliamente con sus espontáneas y resplandecientes sonrisas y su alegría congénita. Parecía confiar en todos y no ocultar nada a nadie, lo cual era engañoso. Tenía sus pensamientos secretos, pero nunca delataba los más sombríos, excepto a Joseph quien, sobresaltado, le observaba fijamente; esto hacía estallar de risa a Haroun, cosa que desconcertaba a Joseph.

—Nunca eres serio y formal —le dijo una vez a Haroun.

—Yo soy siempre formal y serio —contestó el muchacho.

Pasarían años antes de que Joseph comenzase a asimilar que Haroun era sutil y no podía ser comprendido completamente por una mentalidad occidental. Haroun era orgulloso, pero no al estilo de Joseph Armagh. Su orgullo contenía una característica española: el pundonor.

Ante la insistencia de Joseph, Healey le pagaba a Haroun diez dólares a la semana por transportar nitroglicerina de la estación de Titusville a los pozos más profundos. Healey observó con sonriente meditación a Joseph:

—Vaya, pues, su señoría está de pronto muy interesada con los vasallos, ¿es ésta la palabra adecuada? ¿No eres tú el que una vez me dijo que Harry no significaba nada para ti, y que deseabas verte libre de él? Sin embargo, ahora me dices que «un trabajador vale de acuerdo a su salario». Irlandés, eres un acertijo o, mejor dicho, eso que llaman un jeroglífico.

—Si usted le da un salario a Haroun, no será robado como lo ha sido durante toda su vida.

—¿Es tu tierno corazón irlandés el que te hace hablar así?

—Señor Healey, Harry podría obtener esta misma cantidad de dinero de otros perforadores. ¿Quiere usted conservarlo? Si no, le diré que se vaya. ¿Por qué no iba a ganar, por un trabajo tan peligroso, el mismo dinero que ganan otros hombres?

—O sea que se trata de honradez, ¿no es así?

—La honradez no tiene nada que ver. El dinero, sí.

Healey fumó en silencio unos instantes. Luego dijo:

—Irlandés, no eres tan duro como te figuras ser, opino yo. Tienes heridas y no cicatrizan, por lo cual montas guardia sobre ellas con tu pistola amartillada, por temor a que vuelvan a sangrar. Mozo, cada hombre tiene sus heridas, hasta yo. Y esto explica un montón de cosas acerca de la naturaleza humana que los sacerdotes ignoran. Cuando hablas de honradez para Harry, piensas en ti mismo, y ¡condenado quede si no pienso que esto también explica lo que son los santos!

Se sentía tan eufórico por su repentina intuición, que insistió para que Joseph se uniera a él en la sala para tomar una copa de coñac.

—Sí, señor —afirmó—, un hombre no quiere algo para alguien a menos que se piense a sí mismo metido alguna vez en un lío parecido. Bebe con fruición, irlandés. La vida no es tan amarga como te crees. ¡A tu edad! ¡Maldito sea yo, pero a los dieciocho años era un magnífico gallito, no un monje como tú!

Esto había sucedido hacía diez meses. Haroun ahora ganaba dieciocho dólares por semana y Joseph —que no lo consideraba sorprendente aunque sí sus asociados— percibía treinta y ocho dólares a la semana. En una ciudad donde un médico o un abogado se consideraban acomodados si sus ganancias llegaban a los treinta y cinco dólares semanales, aquello era notable. Joseph le pagaba a Healey cinco dólares a la semana por su pensión, algo que Healey encontraba hilarante, aunque Joseph no viera en ello motivo de diversión. Colocaba sus ahorros en el banco. No hubiera gastado un centavo en ropa a no ser por la insistencia de Healey, que decía que «no quería mendigos andrajosos trabajando para él». Por consiguiente, vistió sobria y limpiamente. No eran para su modo de ser las camisas rizadas ni las joyas de los hombres de las oficinas. Llevaba ropa oscura y modesta, camisas blancas sin el menor adorno y un reloj barato en el bolsillo de su chaleco liso. Sus botas no eran caras pero estaban bien lustradas. Su cabello rojo podía resultar más corto de lo que era la moda, pero estaba bien cortado. Sus mudas de pantalón y chaleco eran mínimas, pero su modo de vestir era meticuloso y económico. Nunca tendría la fácil gracia de su padre, pero poseía algo de la evidente disciplina de movimientos y parquedad de palabras de Montrose. Su aspecto era invariablemente grave y sin sonrisa, activo sin apresuramiento y enterado de lo que hacía y decía. Healey, acechándole solapadamente, cabeceaba con aprobación.

Healey no podía comprender la falta de alegría, la tristeza de Joseph. Bien saben los santos, pensaba Healey, que yo he recorrido un camino tan áspero como el de este joven mozo, pero nunca me quitó el apetito y mi goce de vivir. Hay un frenesí en este mozo, opino yo, pero el frenesí nunca se interpondrá en el camino de lo que él quiere.

Arderá, simplemente, con mayor furia.

En un esfuerzo para despertar en Joseph la alegría de vivir —Healey estaba convencido que yacía latente en todo hombre— le dio a Joseph una ficha de plata con extraños arabescos que le daría el acceso a cualquier burdel que desease visitar en Titusville, y a la más bonita de las muchachas, sin costo alguno.

—He conseguido las zorras más preciosas de toda la nación —expuso ufano Healey—. Ninguna tiene más de dieciséis años y la más joven anda rondando los doce. Nutridas desde pequeñas en las granjas, embellecidas con nata y mantequilla, rollizas como tórtolas. De las que hacen que un hombre mueva los labios. Se conocen todos los trucos. Tengo «*madams*» que las instruyen. ¡Nada de gatas de arroyo en mis casas! Todas limpias, perfumadas y sanas, y no son vulgares. Vete allá y pasa unos buenos momentos, mozo.

—No —dijo Joseph.

Healey frunció el entrecejo:

—¿Cómo es eso? ¿Por casualidad no tendrás una inclinación por los...? No, reconozco que no, aunque en este terreno uno nunca sabe ni puede predecir. Bueno, todavía tienes diecinueve años... ¡Diablos, no! Precisamente dicen que esta edad es la más ardorosa. Lo mismo pienso. Yo no podía apartarme de las rameras cuando tenía dieciocho, diecinueve. Casi quedé agotado.

Rió divertido al recordar.

—Guarda esta contraseña. Uno de estos días, tú, condenado fraile, vas a mirar esta chapa, escupirás en ella, le sacarás brillo y allá te irás exactamente igual que todo el mundo.

Tres noches por semana, tras tomar una especie de cena a las cinco de la tarde, Joseph iba al despacho de James Spaulding, un abogado que «perteneía» a Healey. También iba dos horas los sábados por la tarde y media jornada del domingo, para estudiar leyes con Spaulding como profesor.

Spaulding era un hombre al cual la expresión «gelatinoso» podía serle aplicada con bastante exactitud. Era tan alto como Joseph, pero agradablemente macizo. Ninguna de sus expresiones era sincera, salvo la avaricia. Tenía cincuenta años y conservaba su largo cabello gris ondulado, que cubría su nuca, teñido de brillante color castaño. Afeitadas por completo, sus facciones eran anchas y elásticas como la goma, lo cual les daba movilidad. No había nada cortante, brusco o combativo en Spaulding y nadie, ni siquiera su esposa o sus rameras, adivinaron jamás su verdadera naturaleza. Al verle por primera vez, Joseph pensó en el blando y claro postre que elaboraba su madre, que temblaba levemente cuando era movido y no tenía ni características especiales ni sabor definido. Casi de inmediato tuvo que revisar su opinión, y para Joseph revisar su opinión era un suceso hondamente perturbador, pues rebajaba su propia y rígida estimación.

Spaulding tenía un rostro ancho en proporción con sus medidas corporales, la faz de un canalla o de un político triunfante, y sus ojos eran del mismo color que su cabello. Su expresión era de comedida amistad y dulzura, reforzada por una tierna sonrisa y el hondo hoyuelo en su mentón y en su mejilla izquierda. Su voz era aterciopelada y pastosa como chocolate caliente, resonante y hasta musical, nunca vibrante ni apresurada y jamás hostil, ni siquiera con el más recalcitrante. Invariablemente llevaba pantalones negros a rayas grises, una larga levita negra, una camisa blanca con ancho cuello blando y corbatas de seda negra prendida con una perla de tamaño impresionante. Siempre suave, siempre considerado y cortés, siempre deferencial, hablando por períodos, siempre simpático, conciliador y atento, era un hombre listo y muy peligroso. La verdad era para él algo propio de gente inculta y un caballero nunca debía emplearla si podía, en su lugar, hacer uso de una mentira bonita; no tenía honor ni principios y estaba siempre en alquiler. Conocía profundamente las leyes y poseía una memoria que nadie podía superar. Admiraba solamente a dos categorías de hombres: los muy ricos que podían pagar bien y por consiguiente tenían poder y los inteligentes. Esto no significaba que le gustasen. Al abogado Spaulding no le gustaba nadie salvo él mismo y el amor era una palabra que solamente empleaba en las audiencias, ante el jurado, para suscitar en «los borricos» las lágrimas y un veredicto favorable. Su opinión sobre los jueces no era mucho más halagadora. Si podían ser comprados los respetaba. Si no eran sobornables los despreciaba. Tenía dos hijos que vivían en Filadelfia y que eran tan faltos de escrúpulos como él. Solicitaban su consejo en los casos más dificultosos y pagaban bien por el asesoramiento. Spaulding no tenía la menor propensión al sentimentalismo familiar, ni tampoco sus hijos. Ambos prosperaban, pero juntos no ganaban la mitad del dinero que Spaulding reunía en Titusville, y los intereses de Spaulding no se limitaban a la Ley. (Siempre hablaba en mayúsculas al recalcar determinados conceptos). Él y Healey eran todo lo amigos que dos hombres de sus condiciones podían serlo. Entre ellos había una simbiosis.

Cuando Healey presentó a Joseph a Spaulding, éste pensó: ¿Qué está tramando el viejo bastardo a mis espaldas? Sonrió pleno de dicha, entregándole a Joseph una mano carnosa y cálida para que la estrechase, y logró que en sus ojos hubiera un brillo paternal.

—Jim —dijo Healey—, este mozo aquí presente es Joseph Francis, que así quiere ser llamado, y que son nombres lo bastante buenos si le gustan. No tiene problemas con la policía; nadie le busca. Estoy enseñándole mis negocios. El señor Montrose cree que es listo. O sea que he pensado, ya que está aprendiendo a manejar mis negocios, que también debe aprender de leyes, y quién mejor para enseñar leyes que el viejo Jim, me dije a mí mismo.

Spaulding había deseado por largo tiempo «manejar» los negocios de Healey y también deseaba lo mismo uno de sus hijos. La sonrisa de Spaulding se hizo más reluciente y cariñosa mientras estudiaba a aquel joven novato de ascética vestimenta.

¿Estaba volviéndose chocho el viejo Ed? Spaulding recordó que Healey era menor que él en un considerable número de años. Condujo ceremoniosamente a los dos visitantes a dos de sus seis sillas de cuero negro de su despacho, se sentó tras su mesa de caoba, Cruzó sus manos como preparándose a rezar y bañó su rostro de amor y atención. Su despacho era amplio y tibio en el frío octubre, y un fuego crepitaba alegremente en la parrilla de la chimenea de mármol negro. Había varias acuarelas valiosas en sus paredes con paneles y una magnífica panorámica de las distantes colinas —resplandecientes en la llamarada de otoño— se dibujaba a través de su ancho ventanal. Era un día brillante con un cielo como pulido esmalte azul.

—Agudo como un rábano picante, este mozo —dijo Healey—. Esto es lo que dice el señor Montrose.

Con una nota de octava de órgano en su voz Spaulding replicó:

—Nadie tiene un mayor respeto por la opinión del señor Montrose que el que yo tengo. No, verdaderamente no.

Llevaba un anillo de sello, una estrecha cadena de reloj y todo en él era decoroso, sólido, como para inspirar confianza. La luz del sol se posaba en su imponente pared de libros de derecho y en su gruesa alfombra de denso color granate. Sus uñas anchas pero arqueadas, estaban tenuemente pintadas de rosa y brillaban al estar pulimentadas. ¿Qué diablos pasa?, pensó al mirar más atentamente a Joseph, que a su vez le estaba escrutando. Esto desconcertó un poco a Spaulding. No estaba acostumbrado a que los desconocidos, y especialmente inexpertos desconocidos, le estudiaran fríamente, sin mostrar señales de hallarse impresionados por su despacho o por su persona. Joseph le pareció hostil y esto era una verdadera desfachatez. ¿Quién se creía que era esta joven rata para mirar a James Spaulding de modo tan cínico? ¡Sopesándole, por Dios! ¡Mirándole de arriba a abajo como si fuera un lacayo solicitando, humildemente, trabajo! A Spaulding no le gustaban los ojos pequeños, hundidos y azules, y menos aún aquéllos que tenían una chispa más oscura que ardía en sus profundidades. No le gustaba el cabello rojo en un hombre, ni los pecosos, ni la firme palidez que insinuaba un incómodo ascetismo. Un golfo, pensó Spaulding, escoria de ciudad recogido quién sabe dónde por este majadero de Healey. Quizás un mozuelo sin juicio que creció en los bosques, seguía pensando Spaulding, y sonrió con bondad a Joseph, que no correspondió a la sonrisa.

Joseph pensaba: Un actor, un meloso delincuente, un embustero y un ladrón, en quien nunca confiar ni por un instante.

Arrellanándose cómodamente en su silla, Healey dijo:

—Puede venir un par de noches, y algunas horas los sábados y domingos. Enséñale rápido, Jim, y no lo lamentarás. Leyes criminales y cosas parecidas. Y un montón sobre política. Pretendo hacerle gobernador algún día —Healey sonrió—. Podría serme útil un gobernador en mis negocios.

Fue mencionada una cantidad, hubo apretón de manos, selección de cigarros y vasitos de coñac. Joseph aceptó su vaso, dando pequeños sorbos lentos, acechando a

Spaulding abierta o solapadamente mientras continuaba sus rápidos pensamientos. A su vez, Spaulding acechaba a Joseph y de pronto se dijo a sí mismo, estupefacto: ¡Este fulano es más maligno que una serpiente!

Spaulding sentía una curiosa agitación que hacía años no experimentaba. Volvió a efectuar un nuevo examen mental de Joseph y ahora le pareció que no era un jovencito inexperto, sino un hombre viejo y poderoso, tan lleno de experiencia y sabiduría como una roca incrustada de conchas. ¡Era increíble!

Esta impresión no disminuyó cuando Joseph pasó a ser su discípulo. Joseph no parecía disfrutar con el estudio de las leyes, pero proseguía con intensa concentración, como un medio para un fin, cosa que Spaulding adivinó casi de inmediato. Poco después Spaulding adquirió un odio respetuoso hacia el joven, ya que el entendimiento de Joseph aumentaba sin apuros y sin facilidad. Al estilo de un perro de presa, agarraba un problema legal con los dientes y lo sacudía insistentemente hasta que obtenía una solución; a menudo esta solución no se le había ocurrido al propio Spaulding. Su memoria era aparentemente tan prodigiosa como la de Spaulding.

En cierta ocasión, le dijo a Joseph:

—No es lo que dice la Ley lo importante. Lo importante es cómo se interpreta, cómo se hace uso de ella...

—Sí —dijo Joseph—. La ley es una prostituta.

Spaulding carraspeó, se aclaró la garganta y asumió una expresión escandalizada.

—No del todo, querido muchacho, no del todo. No, verdaderamente no. Pero la Ley, como se dijo, es un instrumento romo. Uno debe aprender a suavizar sus golpes o desviarlos, si es posible.

—Y está a la venta —dijo Joseph, señalando un caso que acababan de estudiar.

Spaulding apretó sus anchos y blandos labios. Pero no pudo dejar de sonreír y guiñar un ojo, replicando:

—Al mejor postor. Verás, es como la Constitución de los Estados Unidos de América. La Constitución garantiza que cada estado tiene el sagrado derecho de segregarse de la Unión, siempre que así lo desee, y ningún impedimento habrá de oponerse. Pero el señor Lincoln lo ha decidido de modo distinto, por sus propias razones, que espero sean justas. Solamente podemos tener esta esperanza. Si un presidente o el Tribunal Supremo de los Estados Unidos pueden decidir al azar lo que es constitucional o inconstitucional para acomodarse a sus caprichos, sus convicciones o su utilidad, a pesar de la fraseología expresada simple y explícitamente en la Constitución, entonces la Ley también puede ser determinada sobre la base de convicciones personales, utilidad o caprichos. Uno debe adaptar la Ley o la Constitución a la conveniencia del caso.

—Prólogo al caos —silabeó Joseph.

—¿Qué dijiste?

—Nada. Estaba hablando conmigo mismo —dijo Joseph.

Spaulding recitó:

—«La cualidad de misericordia no es forzada. Cae como la amable lluvia del cielo, y bendito sea quien da y quien recibe». La Biblia.

—Shakespeare —rectificó Joseph—. Porcia, en *El Mercader de Venecia*.

—Eres muy despabilado. Te estaba sometiendo a una prueba —el abogado le dedicó a Joseph una sonrisa de amorosa malevolencia—. Joseph, ni tú ni yo hicimos la Ley. Ahora bien, cualquier necio puede coger un código de leyes y leer lo que dice la Ley y cuál es su aparente intención pero ¿servirá esto para algo ante el tribunal? No, señor, no siempre. Es la función del abogado convencer al juez y al jurado de que la Ley no siempre significa exactamente lo que manifiesta, que quizás significa todo lo contrario. Sólo los idiotas se rigen por una interpretación estricta. Un abogado inteligente puede hacer con cualquier ley pajaritas y cucuruchos del color que más le guste.

—La raza del diablo —dijo Joseph.

—¿Qué farfullas? Desearía, Joseph, que perdieses este fastidioso hábito de murmurar para ti mismo. No les gusta a los jueces. Prosigamos: la Ley es sólo aquello que la gente acepta que es, principalmente los jurados después de que han sido persuadidos por un abogado listo, aunque al día siguiente estén de acuerdo en que es algo completamente distinto, cuando están en manos de otro abogado. Ésta es la belleza de la Ley, Joseph. Su flexibilidad. La misma Ley puede acusar a un hombre de ser un asesino y la misma Ley puede declararlo inocente. Puede ahorcar o liberar empleando las mismas palabras. Por consiguiente, siempre debes decidir qué es lo que deseas que la Ley haga para ti y para tu cliente, convencerte a ti mismo de que ésta es la única solución. Todos mis clientes —remachó Spaulding— son inocentes.

Joseph descubrió pronto la razón por la cual Spaulding le era tan necesario a Healey. La evidencia se hallaba en los archivos del cuarto custodiado. Con frecuencia se sintió asqueado ante las pruebas de la convivencia entre Healey y Spaulding. Healey debía mucho a los jueces y todo ello era presidido y arbitrado por el aplastante realismo de Spaulding. Cierta vez en un excepcional momento de vulgaridad, Spaulding le dijo a Joseph:

—Es el caso, querido muchacho, de tú rascándome la espalda y yo rascándote la tuya; ¿qué hay de malo en un poco de rascamiento adecuado en el momento apropiado y el sitio oportuno? No siempre llegas al lugar del escozor, necesitas ayuda, y en cierto modo esto es reciprocidad cristiana. Joseph, si todos nos ajustásemos a la letra de la Ley, aunque creo que el mismo Cristo la condenaría, habría muy pocos fuera de la cárcel y escasa felicidad o provecho en este mundo.

Los meses fueron pasando y Joseph aprendió en las oficinas de Healey y en la más provechosa de Spaulding; lo que aprendió hizo su naturaleza aún más dura de lo que era por nacimiento y más amarga de lo que jamás hubiese imaginado. Cada vez estaba más convencido de que como habitante de este mundo, por el cual no era culpable, debía vivir según sus leyes y exigencias si quería sobrevivir y salvar a su

familia. Su última oportunidad para conseguir la felicidad personal se extinguió y una dominante oscuridad se instaló en su espíritu.

XIII

Por un impulso de desesperada necesidad, Joseph se vio finalmente obligado a confiar en la primera persona que, con excepción de su madre, confiaría en su vida. Era una confianza que en realidad era desconfianza parcial, pero tenía que arriesgarse.

Necesitaba enviar dinero a la Hermana Elizabeth para su hermano y hermana. Sabía que existía sólo una remota posibilidad de que Squibbs pudiera descubrir que «Scottie» era, en realidad, un irlandés que tenía familiares en el Orfanato de St. Agnes, y que a través de ellos pudiera seguir el rastro del hombre que desapareció con su dinero. Pese a ello, tal posibilidad existía, la vida era lo bastante grotesca como para permitirla, y Joseph no quería correr el riesgo de tales bromas pesadas. Estaba ahorrando todo cuanto podía y pronto tendría suficiente para devolverle a Squibbs el dinero y los intereses. En el intervalo lo importante era Sean y Regina, y su incommovible creencia de que en el caso de que la Hermana Elizabeth no recibiera el dinero, ellos serían separados y adoptados, o algo peor.

Reflexionó a fondo. Cada dos meses aproximadamente, Healey enviaba a Haroun y a dos hombres a Wheatfield a comprar equipo para sus pozos, a ver otras de sus empresas o a entregar mensajes. (Healey no confiaba en los Correos de Estados Unidos ni siquiera en los Expresos de la Wells Fargo). Joseph le sugirió que a él no le importaría efectuar ocasionalmente tal viaje, pero Healey arguyó que su permanencia en Titusville era mucho más valiosa. Por consiguiente, Joseph tuvo que recurrir a Haroun, cuya plena dedicación a él era frecuentemente embarazosa. («Te has conseguido tu propio Bill Strickland, ¿eh?», comentó Healey cierta vez, con gran regocijo).

Joseph escribió una carta a la Hermana Elizabeth en la cual decía que a veces «pasaba» por Wheatfield en viaje de negocios desde Pittsburgh, incluyendo en el sobre un año completo de pago para su familia en certificados oro y dinero extra para obsequios para las próximas Navidades y sus cumpleaños. Añadió que iba a sellar la carta con lacre rojo en tres sitios y que agradecería que la Hermana Elizabeth le informase si la carta había sido registrada o si algo faltaba en el sobre. Luego fue a los establos sobre los que Haroun dormía y vivía, en un cuartito que olía a heno y estiércol, y Haroun se puso contento al verle, ya que era la primera vez que Joseph lo visitaba. Con la carta en la mano, estudió a Haroun con la intensidad que siempre dedicaba a aquellos que estaba juzgando y sopesando.

Vio la radiante devoción del muchacho y el sagaz candor de los enormes ojos negros. Healey confiaba en Haroun hasta el pequeño límite de los deberes del muchacho, al igual que lo hacían los hombres con quienes trabajaba en los pozos y campamentos. Para Joseph era como si nunca hasta entonces hubiese visto al muchacho. No le veía con frecuencia y en las pocas ocasiones que se cruzaban,

Joseph no se demoraba en ociosas conversaciones. Su indiferencia hacia Haroun no había disminuido y por semanas enteras ni se acordaba de su existencia. Si Haroun se hubiera esfumado misteriosamente, se habría encogido de hombros, olvidándole con rapidez. Pero debía sopesar a Haroun, ya que le resultaba necesario. El muchacho había perdido su aspecto hambriento debido a la comida sencilla pero abundante, al aposento razonablemente cómodo y a un poco de dinero. Su expresión siempre esperanzada y expectante se había acrecentado, al igual que su optimismo. Joseph se maravillaba ante la implícita vitalidad del muchacho, la innata exuberancia por la vida, su apetito de vivir y la risa que siempre tenía en los labios y rara vez abandonaba sus ojos. Su mata de espesos rizos negros se había vuelto reluciente de salud, su piel morena estaba más lisa y bronceada, la boca tan roja como la de una muchacha y casi siempre sonriente. Parecía un querubín vivo, aunque los ojos eran poco angélicos. Lo que hacía en su escaso tiempo libre era un misterio para Joseph, que nunca había pensado en ello. Haroun ya había cumplido los dieciséis años, todavía era pequeño para su edad, pero parecía vibrar con animación y vigor, como un joven potro piafando con anhelo sobre los verdes pastos. De repente Joseph tuvo conciencia de la existencia de Haroun, como un retraso altamente significativo e inesperado, y la idea no le gustó. Pero su simpatía o desagrado no debían interponerse con la necesidad.

Joseph se sentó en el borde del estrecho catre de Haroun y éste se acomodó en la caja de madera que era su única silla y que contenía sus escasas pertenencias. A la luz de la lámpara de kerosén, el deleite de Haroun ante aquella visita, incomodaba a Joseph. Alzó la mano con la carta para la Hermana Elizabeth, miró fijamente a Haroun y dijo:

—Quiero que mañana pongas esta carta en el correo de Wheatfield, cuando vayas allí, a primera hora.

—¡De acuerdo! —dijo Haroun, tendiendo su menuda mano morena hacia la carta.

Pero Joseph seguía reteniéndola. ¿Iba a preguntarle Haroun por qué debía ser depositada en la oficina de correos de Wheatfield? Si preguntaba, entonces no podía confiarle aquella misión. Pero Haroun no hizo preguntas. Se limitó a esperar, tendida todavía la mano. Si Joseph deseaba algo, ya era suficiente, y casi palpitaba con el placer de pensar que podía serle útil a su amigo.

—No permitas que nadie más vea esta carta —dijo Joseph.

—¡Nadie! —exclamó Haroun sacudiendo sus rizos.

—La llevarás a la oficina de correos y allí arrendarás una caja postal para mí, a nombre de Joseph Francis. Te daré los dos dólares de arrendamiento por un año.

Por vez primera Haroun pareció perplejo.

—No comprendo eso referente a una caja. Debes explicármelo de modo que esté seguro.

Joseph lo explicó y Haroun escuchó con la misma intensidad y concentración habituales en un muchacho de más edad, y luego Joseph le hizo repetir dos veces las

instrucciones. Después le dio la carta a Haroun, que la envolvió en un pañuelo y la guardó en el bolsillo de su única chaqueta. Joseph le escrutó atentamente pero el muchacho no demostraba curiosidad, reserva o especulación. Se sentía feliz porque Joseph estaba con él.

—¿Te gusta tu trabajo para el señor Healey, Harry? —preguntó Joseph no con interés, ya que no podía sentir ninguno, pero creyó que debían incluirse algunas afabilidades.

—Me gusta. Gano dinero ¿y no es ya bastante? —al reír relucieron sus blancos dientes—. Pronto seré un hombre rico como el señor Healey.

Joseph no pudo dejar de sonreír.

—¿Y cómo lo vas a lograr?

—Lo ahorro casi todo y cuando tenga lo suficiente compraré un juego de herramientas para mí. Uno de esos días —Haroun hablaba gravemente.

—Excelente —dijo Joseph.

No se dio cuenta que Haroun había dejado de sonreír y que le estaba contemplando con tensa atención, como si escuchara algo que no había sido dicho. Joseph miraba al suelo y pensaba, frotando el pie contra algunas pajas en la madera. Luego alzó la mirada hacia Haroun y quedó algo confuso ante la expresión del muchacho, porque a la vez era triste y muy madura, la expresión de un hombre que sabe todo sobre el mundo y no está rabioso por ello sino solamente enterado.

—Harry, aquí tienes dos dólares para ti, por hacerme este favor —Joseph tendió dos monedas, ya que siempre debía pagar por lo que recibía o se convertía en deudor, y nada salvo el dinero compraba la lealtad.

Hubo un repentino y hondo silencio en el mustio cuartito, como si alguien acabase de asestar un brutal manotazo en una mesa en un gesto de amenaza o cólera. Haroun miró el dinero que había en la mano de Joseph pero no lo cogió. Su rostro se hizo ausente, remoto. Después, con voz muy baja, con un tono que llamó la atención de Joseph, dijo:

—¿Qué te he hecho, Joe, para que me insultes a mí que soy tu amigo?

Joseph iba a contestar pero no pudo hallar palabras. Algo se removió en su fría rigidez interna, algo penoso y poco familiar, algo infinitamente melancólico y avergonzado. Se puso en pie, lentamente. Sentía un vago furor contra Haroun que lograba herirle tan agudamente, y presumía al llamarle «amigo», una palabra increíblemente necia.

—Lo siento —dijo con fría entonación—. No pretendía ofenderte, Harry. Pero me estás haciendo un gran favor, y por lo tanto...

—¿Y por lo tanto...? —reiteró Haroun cuando Joseph se detuvo. Joseph movió la cabeza con desasosiego.

—No ganas mucho dinero, Haroun. Yo... yo ni siquiera te he visto hace ya tiempo. Yo pensé que quizás el dinero... Yo pensé que podría comprarte algo para ti. Llámale un regalo, si así lo prefieres, y no un pago.

También se levantó Haroun. Su cabeza apenas llegaba al mentón de Joseph pero súbitamente estaba dotado de dignidad.

—Joe, cuando realmente quieras hacerme un regalo, me gustará y lo aceptaré. Pero ahora no quieres darme un regalo. Quieres pagarme por hacer algo por mi amigo, y los amigos no reciben pago.

Joseph experimentó otra emoción desacostumbrada: curiosidad.

—¿Qué diferencia existe entre un pago y un regalo, Harry?

Haroun meneó la cabeza negativamente.

—Quizás, alguna vez lo sepas, Joe. Si nunca logras entenderlo, entonces no intentes darme dinero.

Joseph no pudo encontrar nada más que decir, por lo cual dio media vuelta, bajó por la escalera de mano hasta los cálidos y oscuros establos, oyó el pataleo y los resuellos de los caballos y salió a la fría noche exterior, para permanecer varios minutos inmóvil sobre la apisonada arcilla del suelo, sin ver nada.

—¡No hay nada como una buena guerra para la prosperidad! —le dijo Healey a Montrose mostrándole un cheque.

Era un adelanto sobre un banco inglés por la entrega de cuatro mil rifles de repetición de ocho cartuchos que habían sido fabricados por Barbour y Bouchard, ilegalmente, habida cuenta de que los ingleses ya eran dueños por completo de la patente. (Barbour y Bouchard, fabricantes de municiones en Pensilvania, eran absolutamente realistas sobre la «apropiación temporal» de la patente, ya que también tenían una amplia participación financiera en Robsons y Strong, fabricantes ingleses de municiones y pertrechos, que eran dueños de la patente. Era sólo cuestión de tiempo, hasta que pudieran lograrse amigables componendas, ya que ahora no podían efectuarse en vista de la guerra entre los estados y el bloqueo contra todos los barcos, principalmente británicos, promulgado por Washington). Ningún nombre estaba reseñado en la orden de pago bancaria, pero Healey lo comprendía perfectamente. Los rifles tenían que ser entregados en un pequeño y casi inactivo puerto en Virginia donde Healey ya había hecho algunos negocios que no hubieran merecido la aprobación de la policía o de los militares de la Federación.

—Y esto es tan sólo el principio —añadió Healey con satisfacción—. ¿Qué son cuatro mil rifles? Apenas una picadura de pulga. Naturalmente, Barbour y Bouchard están haciendo su tráfico de armas y sus arreglos con la Confederación, ganándose millones. Quizás desean ser generosos y dejarme ganar a mí y a otros pececillos un honesto dólar —rió.

—Y quizás —dijo el elegante Montrose— Barbour y Bouchard nos están sometiendo a prueba para ver si podemos merecer plena confianza con el tráfico de armamento, y quizás oyeron decir que hasta ahora hemos sido lo bastante discretos para hacer otros tráficos y contrabandos con la Confederación sin haber sido

atrapados ni una vez.

—Toquemos madera, y esto significa que B y B, si llevamos bien este asunto, nos proporcionará más trabajo. No falla —Healey chupó su cigarro, meditativo—. Cuando era más joven hice un poco de trata de negros. Después de todo, los salvajes negros eran mejor tratados y nutridos aquí que en sus selvas, donde eran esclavos de sus jefes caníbales. Pese a todo, se me ocurrió por último que también ellos eran humanos, y como fui criado como un estricto católico aquello iba en contra de la semilla que me implantaron de pequeño. Lamenté el dinero que dejaba de ganar, pero hay cosas que un hombre no siempre se obliga a hacer.

Barbour y Bouchard vendían los rifles de repetición de ocho cartuchos en cantidades enormes al gobierno federal de Washington. Si los cuatro mil rifles que ahora esperaban en Nueva York en un discreto almacén, etiquetadas las cajas como PIEZAS DE MAQUINARIA, eran o no eran rifles robados por partes interesadas de la asignación federal, o bien si Barbour y Bouchard habían entregado ellos mismos aquellas armas a aquel almacén, esto era algo en lo cual Healey ni por un instante se hubiese permitido especular. Esto habría sido descortés, desagradecido, poco realista e indigno de un hombre de negocios. Además, la orden bancaria de pago era únicamente para la entrega satisfactoria y no exigía inversión alguna por parte de Healey, más allá de las vidas o la libertad de sus agentes. No obstante, uno tenía que ser cuidadoso en la elección de estos agentes.

—Es hora de hacer entrar en acción al joven Francis —dijo Montrose—. Durante dos años he mantenido en reserva mi concepto sobre él, dándole a usted moderados elogios del muchacho, pero ahora estoy seguro de que no solamente estuvo acertado desde el principio al calibrarlo, sino que él ha mejorado hasta convertirse en un arma formidable, o secuaz, o como quiera llamarle. Rara vez doy mi plena confianza, pero creo que podemos confiar hasta el máximo en el joven señor Francis..., siempre y cuando sigamos pagándole bien.

Healey examinó la ceniza de su cigarro mientras él y Montrose se sentaban en la sala a tomar coñac.

—Quizá tienes razón —dijo Healey—. Le envié a Corland a comprar algunos arriendos, pero antes de partir me dijo: «Señor Healey, quiero comprar algunos arriendos por mi cuenta, cercanos a los arriendos que usted quiere. No tengo todavía el dinero. ¿Me prestaría dos mil dólares?». Bueno, pensé que esto era un atrevimiento por parte del mozo a quien le pago cuarenta dólares por semana, casi diríamos una coacción —Healey sonrió pero sin enojo—. Expuso frescamente la operación. Me devolvería veinte dólares por semana sobre su paga, con un seis por ciento de interés. Acepté.

—Lo sabía —dijo Montrose.

Healey no se sorprendió. Lo que Montrose no sabía era porque no tenía mucha importancia.

—Tuve una pequeña charla con él —agregó Montrose—. No, no me habló del

préstamo. Le dije: «Todos los arriendos, para ser legales, deben estar extendidos a tu nombre completo y verdadero en el juzgado, o más tarde —bueno, los bribones— podrían litigar impugnando tu derecho». Me agrada el joven y deseé ayudarlo para que no incurriera en un grave perjuicio. Esto pareció perturbarle un poco y para asegurarse visitó en persona el juzgado. No confía en nadie y esto, en sí mismo, es de alabar. Descubrió que yo le había informado correctamente.

—Bien, ¿y cuál es su nombre completo y legítimo? —preguntó Healey, que conociendo demasiado bien a Montrose no inquirió cómo había obtenido esta información.

—Joseph Francis Xavier Armagh. Extraño apellido.

—¡Un encopetado apellido irlandés! —exclamó Healey, deleitado—. Condado Armagh. No como tu Condado Mayo o Cork o éstos. Muy encopetado. ¡Condenado me vea si no tengo un descendiente de señorío trabajando para mí!

Montrose, en su condición de aristocrático sudista de origen escocés-irlandés, quedó un poco impresionado, aunque no demasiado, ya que nació en una familia que pertenecía a la secta episcopal protestante.

—Hay muchos protestantes en el Condado Armagh, y entre los Armagh —dijo Healey de manera prejuiciosa—. Aunque tengo el pálpito de que Joe no es protestante.

—No, no lo es —dijo Montrose sonriendo tenuemente—. Como usted sabe, el registro del juzgado exige conocer el nombre de pila y bautismo al igual que el apellido que está... bueno, asumiendo por diversas razones y donde fue bautizado. El joven Joseph fue bautizado en la Iglesia de St. Bridget, en Carney, Irlanda. Su caligrafía fue casi ilegible cuando tuvo que dar con renuencia esta información y es probable que haya dicho la verdad después de mi advertencia. Pero nunca me han desagradado las escrituras ilegibles. Descifrarlas es, precisamente, una de mis aficiones.

—Ni siquiera tiene un rosario, una medalla santa o una imagen en su cuarto —dijo Healey.

—Tampoco en el suyo —dijo Montrose, sonriendo de nuevo.

—Bueno, yo soy... diferente —dijo Healey. Montrose vio que Healey parecía algo deprimido o agraviado, y esto le divirtió. Le encantaban las paradojas, especialmente las concernientes a la naturaleza humana—. Un joven pagano —agregó Healey y Montrose asumió una expresión grave—: Excomulgado, quizá.

—Indudablemente no debemos demostrar al joven señor Francis que conocemos su verdadero apellido y nombres. Esto sería de una gran vulgaridad por parte nuestra. No es asunto que nos atañe, como usted bien sabe, señor.

—Cierto, así es —dijo Healey, pero estaba aún levemente enojado—. Bien, yo nunca adopté un nombre falso, ni acorté el mío, salvo una vez, y esto fue cuando tuve un pequeño problema con la policía de Filadelfia, cuando era muy joven. Tuve un poco de orgullo, de verdad que lo tuve.

—No debemos poner en tela de juicio los motivos y razones del joven señor Francis —dijo Montrose.

Healey le observó con curiosidad. ¿Cuál sería el verdadero apellido de Montrose? Nadie se lo preguntó nunca. Montrose no poseía arriendos, no tenía tratos con los juzgados de registro. Trataba solamente con los bancos. Healey, aunque le resultase difícil, siempre reprimió su normal curiosidad irlandesa, porque en aquel caso podía resultar peligrosa.

Pasaron a ocuparse de negocios. El tráfico de armas hacia el sur en pie de guerra era bastante distinto a traficar en provisiones de boca, piezas de lana, herramientas y similares, operaciones a las que Healey se había dedicado a fondo y ventajosamente desde el comienzo de la guerra. Para el contrabando de armas, Washington había amenazado aplicar la pena de muerte. No obstante, por aquella época, el gobierno federal tenía serias dificultades con los frenéticos y caóticos tumultos del reclutamiento por todo el norte, las constantes amenazas contra la vida de Lincoln en el norte y las diversas victorias de la Confederación. (En el norte había tropeles de gente que portaban pancartas en torno a los juzgados, describiendo a Lincoln como «El Dictador», ya que había suspendido la ley del *habeas corpus* entre otras garantías constitucionales, y el pueblo norteamericano todavía desconfiaba del gobierno, al recordar que por lo general los gobiernos son los enemigos más mortales del hombre).

—No quiero que nadie sea matado ni apresado —dijo Healey—. Ni nadie que luego pueda hablar. Tienes razón, no falla. Mantendré una charla con Joe Francis Xavier, para sondearle.

—Quiero que hagas algo para mí —le dijo Healey a Joseph, tras haberle convocado en su sala—. Algo un poco... peligroso. Y nada de preguntas.

—¿Cómo es eso? —preguntó Joseph, frunciendo el ceño.

Healey alzó una mano con gesto tranquilo:

—Vamos, vamos, no te subas a la parra. Esta vez no te estoy pidiendo que mires en torno tuyo por Pittsburgh y traigas algunas lindas niñitas para mis pensionados, donde estarán bien alimentadas, protegidas y ganando buen dinero en efectivo. No te comprendo —se lamentó Healey—. Las muchachas que yo siempre he... protegido, sí, señor... proceden de míseros hogares o no tienen hogar, o se hallan sirviendo como esclavas, pasando hambre y otras calamidades. ¿Qué mal hay en que se ganen su buen dinero pasando alegres momentos con muchos lechuguinos? Pero tú no lo ves así, monje, Joe San Francis Xavier. No es moral, o algo parecido. Pero tengo orejas por todas partes, y hace poco no te pareció mal hacer uso de la contraseña que te di, ¿eh?

Joseph permaneció silencioso. Healey rió, se inclinó sobre la mesa y palmoteó una de las frías y delgadas manos de Joseph, que se apoyaban tensas sobre la madera.

—No le concedas importancia, Joe. Eres joven y lo que pasa es que te envidio. ¡Lo que es ser joven! Olvídalo. El trabajo que tengo pensado para ti, Joe, es algo que nunca soñaste, y en el que ni yo mismo me entremetí. No por razones de tu moralidad, farsante virtuoso, sino por falta de oportunidad. Y ahora, nada de preguntas. Se trata de contrabandear armas hasta un pequeño puerto de la vieja Virginia.

Joe le estudió, inmutable. Luego dijo:

—¿Y cómo me las compondré?

Healey, antes de replicar, abrió un cajón de su mesa y extrajo un paquete de billetes de oro, una pistola nueva y una caja de municiones.

—Esto es lo que emplearás para untar tu camino si las cosas se ponen un poco engorrosas, lo cual esperamos que no ocurra. Nunca he visto a un hombre cuyos ojos no reluzcan cuando atisba esto. Y esta pistola es para ti. Es tuya para siempre. Un arma preciosa, ¿eh? De lo mejor que fabrican Barbour y Bouchard, aquí en la nación. Ellos fabricaron los cuatro mil rifles con cargador de ocho balas que tendrás que entregar al Sur. El señor Montrose irá contigo. Ya es hora de que afrontes un pequeño peligro y tomes alguna de las responsabilidades que mis otros mozos han estado defendiendo, como sabes sobradamente bien. Pero has estado al abrigo en mis oficinas, como una pulga en la oreja de un perro, y el único riesgo que nunca has corrido han sido las dos noches que te pasaste en el cuarto blindado. Mis mozos van envejeciendo, tú eres joven y resulta dificultoso reclutar los hombres adecuados para los trabajos adecuados. No he encontrado ninguno salvo tú en tres largos años y pico, y esto es un piropo, señor.

Joseph pensó en su hermano y su hermana, y entonces cogió la pistola, sopesándola en su mano. Tenía un magnífico equilibrio, un excelente «toque», cierta tersura competente y cierta calidad de garantía mortífera.

—Usted ha dicho que nada de preguntas, pero yo necesito hacerle algunas.

—Adelante —dijo Healey con un amplio movimiento de la mano—. Pero esto no significa que tenga que contestarlas.

—¿Existe alguna posibilidad de que pueda ser matado o capturado?

Healey le escrutó intensamente antes de asentir.

—Seré honesto contigo. Sí. No es una gran posibilidad, pero cabe. Depende de lo que hagas, de lo que digas, de cómo te comportes y de tu buena suerte. Pero tienes la suerte de los irlandeses, ¿no?

Las manos de Joe acariciaron la pistola mientras miraba a Healey, en silencio, unos instantes. Dijo:

—¿Y cuánto va a pagarme por esto?

Healey simuló una incrédula estupefacción:

—Cobras tu paga, ¿sí o no? Una paga que mis otros mozos no lograron hasta que no trabajaron por lo menos diez años completos para mí y tú hace poco más de dos años que estás aquí. Ha sido culpa del pedazo de corazón tierno que tengo, y me

estoy volviendo sentimental a mis viejos años. Olvidaré que siquiera me hiciste esta pregunta.

Joseph sonrió tenuemente:

—Todavía le debo mil ochocientos dólares. Usted me ha tratado honradamente y a carta cabal, tal como lo llama, señor Healey, y ha recogido su beneficio, lo cual es lo correcto. Por consiguiente, para abreviar, cuando regrese después de este trabajo, usted cancelará el saldo de mi deuda —alzó la mano para atajar protestas—: Yo me ocupo de sus libros, señor Healey. Cierto que paga a sus hombres un buen salario, pero para ciertos trabajos marrulleros les da una buena prima de recompensa. Lo sé. Yo mismo redacto los cheques para que usted los firme. Yo puedo ser sus ojos y sus oídos, tal como ha mencionado amablemente varias veces, pero también tengo ojos y oídos propios, aunque sé conservar quieta la lengua.

—Estás loco, esto es lo que estás, loco —dijo Healey.

Joseph se limitó a esperar en silencio.

—¡Tu primer trabajo importante, sólo Dios sabe si lo harás bien, y quieres cobrar mil ochocientos dólares!

—Señor Healey, existe la posibilidad, y lo sé, de que pueda no regresar jamás. Dejaré una carta a... alguien... que entregará mis opciones a otra persona en otra ciudad, si me matan o hacen prisionero. No debe tener la menor preocupación. No le diré a... este alguien... dónde voy ni lo que voy a hacer. Simplemente le diré que en caso de que no regrese bastará que él se presente y usted le dará el documento de deuda cancelada, para que lo mande a otra persona. Como puede apreciar, señor Healey —Joseph exhibió la fría mueca que era su sonrisa—, le estoy demostrando que tengo absoluta confianza en que usted actuará honorablemente.

Healey se sentía alarmado. Se sentó más erguido, con el rostro congestionado.

—¿Y quién es, si es lícito preguntarlo, esta otra persona en otra ciudad?

La sonrisa de Joseph casi se hizo risa silenciosa.

—Solamente una monja, señor, solamente una monja.

—¡Una monja!

—Sí. Una inofensiva monja anciana... que cierta vez me hizo un gran favor.

—Yo creo que estás chiflado —decretó Healey con pasmo—. ¡Una monja! ¡Tú! Y quién diablos es tu mensajero aquí, el que llevará los papeles a esta monja, aunque no vayas a suponer que creo una palabra.

—Harry Zeff.

Exasperado y anonadado, Healey se asestó una palmada en la frente.

—¿Y él conoce a esta monja?

—No. Ni siquiera necesita conocerla o verla. Únicamente tendrá que enviarle los papeles cuando lea la dirección en la carta que le dejaré.

—Dios santo, ¿para qué todos estos secretos?

—No hay secretos, señor Healey. Una monja no es ningún secreto y además, nosotros los irlandeses, tenemos una propensión hacia los religiosos, ¿no es así?

—¿Qué es esta... esta prop...?

—Digamos que viene a ser lo mismo que debilidad.

—¡O sea que quieres ser caritativo con una vieja monja que probablemente nunca vio juntos veinte dólares!

—No. No soy caritativo. Simplemente un... recordatorio, para llamarlo de algún modo.

—Yo creo que estás chiflado —repitió Healey, masticando furiosamente su cigarro. Escupió antes de mirar irritado a Joseph—: Eres más profundo que un pozo. Hasta diría más profundo que el propio infierno. ¿Es parienta tuya esta monja?

—No.

—No creo una sola palabra de todo eso.

—Nadie, señor, está intentando obligarle a creer nada. Sólo quiero tener su palabra de honor, para saber que le entregará el cancelamiento de deuda a Harry Zeff para que sea enviado a esta monja, si yo no regreso.

—Piensas en todo, ¿eh?

—Sí.

—¿Qué es lo que te hace pensar que puedes confiar en Harry?

—¿Qué es lo que le hace pensar a usted que puede confiar en Bill Strickland?

—¡Ah, ah! Yo salvé a Bill de ir a la horca.

—Y yo salvé la vida de Harry, o por lo menos su pierna.

—Pero Harry es listo, y en cambio Bill es un dogo.

Joseph no replicó. Healey le observó atentamente.

—O sea que finalmente decidiste confiar en alguien, ¿eh?

—Lo sometí a prueba y no hizo preguntas.

—Podrías haber aprendido esta lección de él —dijo Healey de malos modos.

Como Joseph no hizo ningún comentario, Healey dijo airado:

—¿Por qué no puedes dejarme a mí la carta en vez de a Harry? ¿No confías en mí? Empiezo a pensar que tu sonrisa no me gusta.

—Señor Healey, una vez me dijo que cuanto menos sea la gente en que uno necesite confiar, tanto mejor. He confiado en Harry. Además, usted es un hombre importante, atareado y no quiero importunarle con menudencias como ésta.

—Ya, ya... ¿Intentando engatusarme, eh? Tienes una boca verdaderamente sarcástica, irlandés, pese a tu forma cortés de hablar.

—Yo no proyecto dejarme matar ni atrapar, señor Healey. La carta es solamente para cubrir cualquier emergencia imprevista, que espero no se presentará. Puedo confiar en que Harry me devolverá esta carta sin haberla leído en el caso de que yo regrese. Ya antes confié en él. No me gustó hacerlo, pero me vi obligado.

—Todo lo que sé —rebatía Healey— es que de un modo u otro me has ganado en mañas, haciéndome decir que puedes llegar a quedarte con el dinero que te presté. No pensaba hacerlo. Bueno, de acuerdo, ganaste. Lárgate de aquí.

Joseph se levantó y dijo:

—Gracias, señor Healey. Es usted un caballero.

Healey contempló al joven mientras abandonaba la estancia y cerraba suavemente la puerta al irse. Rumiaba. Comenzó a sonreír, y era una sonrisa apesadumbrada y afectuosa. Después meneó la cabeza como si se burlase de sí mismo. Dijo en voz alta:

—¡Condenado irlandés! Al fin y al cabo, no nos puedes engañar.

XIV

Joseph escribió la carta a la Hermana Elizabeth, incluyendo las escrituras por las opciones que había comprado cerca de Corland. Aclaró que las opciones debía guardarlas para sus hermanos y ofrecidas en venta, dentro de un año, al señor Healey, por la cantidad que apuntaba. Mencionó que en breve recibiría un cheque por valor de varios cientos de dólares, para la pensión de su familia. «Esto protegerá su porvenir», escribió, «ya que si usted recibe esta carta probablemente habré muerto». Selló la carta cuidadosamente con lacre y la envolvió en un papel duro, que también lacró.

Entonces escribió una breve nota para Haroun Zieff y también la selló, mientras por sus dedos goteaba la roja cera ardiente. La vela que había encendido con esta finalidad fluctuaba humeante. En el sobre escribió: «Abrir únicamente en caso de mi muerte». Apagó la vela de un soplo y la luz pálida pero más clara de su lámpara de mesa inundó el dormitorio. Un fuego quemaba quietamente en la parrilla de hogar. Era el primero de abril de 1863, un abril yermo y frío tras un intenso y desesperadamente cruel invierno. Joseph reunió los dos paquetes, los colocó en un cajón del escritorio de palo rosa, dio vuelta a la llave y la guardó en su bolsillo. Ambos paquetes serían entregados a Haroun el día en que se fuera a Nueva York.

Echó más carbón al fuego, abrió un libro y empezó a leer. Había señalado el punto en que dejó la lectura con la última carta de la Hermana Elizabeth. La leería otra vez, para quemarla después. Nunca dejaba tras él ningún objeto que pudiera implicarle. Había apartado de su mente su próxima misión a Nueva York y después a Virginia, ya que no era necesario pensar en ello por el momento. Los pensamientos innecesarios eran un impedimento que le hacían titubear demasiado acerca del futuro.

Había concedido un muy breve examen a lo que haría a su regreso, ya que ahora no debía nada a nadie y podría pedir nuevamente prestado, probablemente al señor Healey, para la compra de herramientas y la contratación de algunos hombres para que trabajasen en la propiedad sobre la cual tenía opciones. No obstante, cabía la posibilidad de que no regresase y no era inteligente hacer proyectos a menos que existiese una sólida seguridad tras cualquier plan. Hasta que regresase no desperdiciaría el tiempo, ni siquiera en calcular probabilidades. Dentro de una semana estaría en Nueva York. Ni siquiera intentó recordar Nueva York. Si una indefinible y molesta pena le acometía en ocasiones producida por los suprimidos recuerdos apenas se daba cuenta, aunque se removiera con inquietud en su mecedora de terciopelo verde. Había aprendido cómo habérselas con la aflicción; de eso estaba seguro. Uno tenía tan sólo que convencerse que nada en el mundo volvería de nuevo a lastimarse, ni siquiera los recuerdos, y esto era suficiente.

Si la natural aprehensión roía un poco el borde de su intensa concentración en el libro la ignoraba descartándola. No era el miedo lo que le hacía mirar fijamente la página sin verla. Lo que tenía que hacerse debería hacerse, y como su vida siempre

había sido carente de goce y nada sabía de risas y alegría no encontraba nada de particularmente valioso en ella. Tenía dinero en el Banco de Titusville; tenía sus opciones. Todo sería empleado en el porvenir de su familia, combinando con la venta de las opciones al señor Healey, si él, Joseph, no regresaba. Las opciones, a un año vista, valdrían por lo menos el triple de lo que pagó por ellas, ya que las perforaciones habían comenzado en Corland y los pozos estaban apareciendo de modo muy satisfactorio. En conjunto, la familia quedaba protegida. No se le ocurrió a Joseph, que no confiaba mucho en nadie, ni siquiera en Haroun, que estaba confiando en la Hermana Elizabeth para hacer uso del dinero sensatamente en provecho de Sean y Regina. Recóndita en su oculta conciencia, yacía aquella confianza, aunque no lo supiera conscientemente.

Estaba leyendo el ensayo de Macaulay sobre Maquiavelo y le vino a las mientes que él mismo no era del estilo de un Maquiavelo. El airoso y delicado arte de la suprema ironía —por contraste con la ironía acerca de los irlandeses— le interesaba y gustaba, como podía interesar y gustar un ballet lleno de gracia, sedosos ademanes, piruetas y un acopio de armonía. Habiendo leído mucho del propio Maquiavelo, Joseph encontraba la obra de Macaulay algo pesada y pedante, aunque Macaulay había captado que los más graves de los consejos de Maquiavelo dados a los príncipes fueron escritos burlescamente. Pero la chispeante mofa de Maquiavelo en nada se parecía a la de Joseph ya que éste comprendía que su ironía hacia los hombres y la vida procedía del odio y el sufrimiento, mientras que la de Maquiavelo era fruto de un divertimento sofisticado. Joseph se daba perfecta cuenta de que él nunca podría reírse del mundo. Para ser un irónico completo uno tenía que poseer este don sin considerar las heridas que ocultaba la risa. Para ser un Maquiavelo, en consecuencia, uno tenía que ser objetivo, no con una objetividad que procediese del desinterés, como era su propio caso, sino la objetividad de un hombre que estaba a la vez apartado del mundo y subjetivamente involucrado en la actividad mundanal.

Pocos meses antes las tropas de la Unión, en las cercanías de Rosecrans, obligaron a los «rebeldes» sudistas a retirarse después de la batalla de Murfreesboro. En enero de aquel año, Lincoln había promulgado la Proclamación de la Emancipación, y pocas semanas después la Unión hizo circular una ley de reclutamiento que dio por resultado numerosos tumultos sangrientos por todo el Norte. El ejército unionista de Burnside quedó casi aniquilado en Fredericksburg. La Unión, aunque dolorosamente condolidada por la muerte de sus hijos, estaba enzarzada en ganar dinero alegremente y una prosperidad de guerra que alborozaba a casi todos. Había constantes bandos, exhortaciones, movimiento de tropa y excitación en la Unión, y particularmente en Pensilvania, tan cercana al campo de batalla. No obstante, para Joseph eran acontecimientos que tuvieron lugar y que estaban sucediendo como si ocurrieran en otro planeta y no atraían en absoluto su interés. Ni siquiera era un ciudadano de los Estados Unidos de América ni consideraba la posibilidad de llegar a serlo. Si pensaba en la situación del modo más pasajero era

con el pensamiento de que era un extraño en este mundo y sus asuntos no eran los suyos y que él no tenía ni patria ni fidelidades.

Miró la carta de la Hermana Elizabeth fechada diez días antes. La volvió a leer. Ella le daba las gracias por el dinero para Sean y Regina, que estaban ahora alardeando de tener un hombre rico por hermano, y sus maestras les habían aleccionado contra el pecado de orgullo, añadía la Hermana Elizabeth con un toque de humor. Sean seguía siendo de «constitución delicada, no quizá física, sino de una excesiva sensibilidad intensa que se hallaba rara vez en un mocito y que no era aprobada por las demás Hermanas». Regina, como siempre, era un poco taciturna pero todavía «un ángel, devota a la plegaria, recato, gentileza y de dulce temple, una verdadera hija de la Bendita Madre Nuestra».

Joseph frunció el ceño, mirando fijamente las páginas cuidadosamente escritas, antes de proseguir. La Hermana Elizabeth continuaba relatando, con tristeza, acerca de los edificios públicos convertidos apresuradamente en improvisados hospitales para acomodar los malheridos y agonizantes soldados, y sobre el servicio de las Hermanas en estos hospitales, cuidando, alimentando, confortando, rezando, lavando heridas y escribiendo cartas a las madres y esposas. «Estamos escasas de recursos», escribía la monja, «pero damos gracias a Nuestro Señor por esta oportunidad de servirle a Él y consolar a los moribundos y fortalecer a los vivientes. Diariamente llegan trenes con sus cargamentos de heridos y sufrientes, y las señoras de Winfield dan parte de su dinero, sus corazones y sus manos auxiliadoras. Ricos o pobres, todas las divisiones son olvidadas en estos tiempos de prueba, y no somos sino sirvientes de los que padecen y no nos interesa si son del ejército de la Unión o del de la Confederación. Médicos prisioneros Confederados trabajan noblemente codo a codo con sus hermanos de la Unión, para salvar cuantos jóvenes les sea posible y se afanan en sus uniformes y no hay reproches, ni miradas crueles ni disputas. En verdad fue dicho que, en presencia del dolor y la desesperación, todos los hombres son hermanos, aunque desgraciadamente no sean hermanos en la salud, prosperidad y dicha. Ésta es una de las misteriosas y fatales imperfecciones de la naturaleza humana. ¡Ah, si esta perversa guerra terminase y fuera restablecida la paz! Por ello rogamus todos. Unionistas o Confederados, y nuestra pequeña iglesia durante la misa rebose cada día de Grises y de Azules arrodillados unos junto a otros, y recibiendo la Sagrada Comunión. Sin embargo, mañana, restablecida la salud y reorganizados sus respectivos ejércitos, sólo buscarán matarse los unos a los otros. Nunca hubo una guerra sagrada, Joseph, nunca una guerra justa, a pesar de todas las proclamas y banderas. Pero los hombres aman la guerra y aunque lo nieguen vehementemente, como oigo a diario, está arraigada en sus naturalezas, por desgracia». Añadía ella: «Si puedes, reza cinco Ave Marías diarias por las almas de los enfermos y moribundos, ya que en mi corazón no puedo creer, que la hayas olvidado totalmente...».

Joseph le había enviado diez dólares extra en su última carta y de acuerdo con su petición, la Hermana Elizabeth le remitió un daguerrotipo de Sean y uno de Regina,

algo subidos de coloración hecha a mano por el fotógrafo. Pero ni siquiera los retoques demasiado floridos podían ocultar la sonriente y poética faz de Sean Armagh, sensible y refinada y la brillante mirada y compostura inmaculada de Regina, frágil y, no obstante, exquisitamente fuerte y suavemente apasionada. Era el semblante de Moira Armagh, aunque no del todo, por cuanto en Moira hubo una dulce y tierna terrenalidad. No había expresión terrena en los luminosos ojos, intrépidos y azules de Regina, ni en la talla de su nariz y la firme inocencia de su bonita boca de niña. Por contraste, Sean era otro Daniel Armagh, pleno de gracia, luz y esperanzada dicha. Sean ya tenía ahora casi trece años, y su hermana siete.

Era el retrato de Regina el que retenía la atención de Joseph, aunque la oscura y sofocada pena siempre le acometiese, pese a la autodisciplina, al sólo pensar en ella. Estudió el negro lustre de sus largos bucles, la tersura de su blanca frente, la ancha quietud azul de sus ojos entre sus doradas pestañas y por algún motivo Joseph sintióse repentinamente atemorizado por algún presagio indefinible para su conocimiento, y sin forma. Se esforzó en contemplar el parecido de Sean y trató de experimentar el antiguo resentimiento amargo que había sentido hacia su padre. De pronto —y le producía incredulidad sólo el pensarlo— meditó que siempre tendría que proteger a Sean pero que Regina estaba más allá de su protección y no la necesitaba. Pensó con cierto enojo que aquello era un disparate. «Yo haré un hombre de mi hermano aunque tenga que matarlo para conseguirlo, pero Regina siempre me necesitará, mi querida, mi hermanita».

Levantándose fue a colocar ambos retratos en la cartera de bolsillo de su chaqueta, tratando de dominar con severidad la súbita turbulencia de sus absurdos pensamientos. Regresó a su silla examinando lúgubrementemente el fuego y después volvió a leer la página final de la carta de la Hermana Elizabeth.

«Entre nuestros más devotos y queridos auxiliares se halla la señora Hennessey, esposa de nuestro senador. ¡Una dama tan amable y graciosa, tan caritativa y tan incansable! Algunas veces trae consigo a su hijita Bernadette a nuestro orfanato ya que nunca es demasiado pronto para instilar un espíritu de caridad, amor y bondad en una criatura, y Bernadette, una criatura de lo más encantadora es tan considerada como su madre y trae regalos para los pequeños que no tienen a nadie que les recuerde. Ella y Mary Regina se han hecho amigas, a pesar de toda la reserva y reticencia naturales en Mary Regina. Es bueno para Mary Regina tener a veces a su lado un espíritu tan alegre ya que ella es a menudo demasiado seria. Cuando oigo reír a Mary Regina, su tranquila risita es música para mi corazón. La queremos profundamente».

Su primera reacción mortificada, cuando hubo leído la carta, fue la de exigirle a la Hermana Elizabeth que mantuviese apartada a su hermana de la hija del senador Hennessey, aquel hombre corrompido. Pero su realismo le convenció pronto de que su verdadero impulso eran los celos y le mortificó. No obstante, no podía suprimir aquellos celos ya que Regina era suya y le pertenecía solamente a él: el pensamiento

de que otros podían verla y él no, le producía tristeza. Hacía ya varios años que no la veía, pero le escribía una breve nota que incluía en sus cartas a la Hermana Elizabeth. Ni una sola vez pensó en escribirle a Sean, aunque éste sí lo hacía.

Mientras contemplaba el fuego se dijo que el tiempo transcurría velozmente y que, cuando regresase de su misión, iría para los negocios del señor Healey a Pittsburgh y sostendría otra conversación con el hombre que había conocido. Después de tomar esta decisión, volvió a coger su libro de Ensayos, obstruyó su mente a toda otra clase de pensamientos, y leyó. El reloj de pie, de madera tallada, que estaba debajo en el vestíbulo, tocó la una, las dos, las tres. El fuego se extinguió y el cuarto fue enfriándose: Joseph todavía seguía leyendo.

Healey no fue a sus oficinas al día siguiente como era su costumbre. Ni estuvo presente en el desayuno con Joseph. La pequeña Liza informó con timidez, al ser interrogada de manera indiferente, que el señor Healey no estaba enfermo. Había ido a la estación para recibir a un importante personaje que sería huésped de la casa durante algunos días. ¿Un personaje muy importante? No, no sabía su nombre. (Joseph no lo había preguntado). Pero la señora Murray dijo ante ella, Liza, que el personaje ya había sido un frecuente visitante, aunque ahora era el señor Healey quien en cambio le visitaba. Joseph contempló a la muchacha y vio que estaba sonrojada por el importante honor de tener que ocuparse de un huésped importante, y el sonrojo hacía su simplicidad atractiva y hasta simpática. Acababa de cumplir los dieciséis años pero su escualidez, su figura sin formar, su aspecto de hembra antigua y la recordada crueldad así como su miedo crónico, seguían dándole la expresión de una niña maltratada. Tenía el lacio cabello castaño algo ralo pero sedoso bajo la cofia de tamaño mayor que su cabeza, y su tímida sonrisa poseía el patetismo de los sufrimientos que no se olvidan. Sus ojos grandes y avellanados tenían tendencia a extraviarse entre sus pestañas.

La señorita Emmy acudió bostezando al comedor, con su hermoso cabello desparramado a la espalda, con sus traviosos ojos nostálgicos que parecían evocar recientes deleites. Llevaba una bata mañanera de terciopelo azul oscuro abrochada con una cinta color cereza y su semblante tenía juvenil lozanía aunque la mirada que dedicó a Joseph era madura, sabia y tentadora. Al pasar junto a él camino de su silla le rozó el hombro con suavidad. Él bebió apresuradamente su café mientras se preparaba para irse. Emmy lo advirtió divertida. Un día de éstos, se prometió a sí misma, se olvidaría de ser indiferente y desinteresado. ¿No le había impulsado ella a ir a un burdel? Por lo menos, ésta había sido su conjetura cuando Healey le reveló esta incidencia. Ahora Emmy comenzaba a sentirse algo impaciente. Con sólo mirar a los demás hombres le bastaba para suscitar en ellos un estremecimiento, pero éste la miraba como si ella realmente no existiera, aunque a ella no la engañaba. Rara vez contestaba a sus más picantes comentarios y esto constituía un excelente indicio.

Sagaz en su conocimiento de los modos de ser de los hombres, tarareaba muy tenuemente mientras Liza le servía y cuando Joseph estuvo a punto de caerse al tropezar con su silla en la prisa por abandonar la estancia, casi estalló en una carcajada que pudo reprimir. A continuación golpeó seca y dolorosamente la mano de Liza cuando la muchacha le escanciaba el café demasiado aprisa.

La mañana de abril habíase vuelto cálida y balsámica y Joseph, con el gabán al brazo, se encasquetó el alto y sencillo sombrero sobre las cejas. Entró la señora Murray en el vestíbulo y con su estilo hosco y detestable dijo que él no debía ir aquella noche al despacho del abogado Spaulding sino regresar a la casa a las cuatro y media. Había un visitante y un retraso por parte de Joseph sería descortés si no imperdonable. Joseph no replicó ni acuso recibo de este mensaje de Healey. Bajó a saltos los peldaños exteriores y comenzó a caminar rápidamente. La señora Murray se erguía en el umbral acechándole, y sus facciones tenían su habitual aspecto gris y malévolos cuando le miraba. Joseph sabía que ella le odiaba pero no se preguntaba por la razón, y sabía que Bill Strickland, a su estólido modo, se daba también cuenta de su presencia odiándole también. Pero Joseph había tropezado con demasiado odio en su vida como para que le preocupase el mismo hálito en la casa del señor Healey. Aceptaba la malignidad inmotivada como parte de la existencia humana.

Después de cerrar la puerta, la señora Murray, murmurando en voz baja y avinagrada, subió las escaleras hacia su diaria tarea antes de que Liza y la otra criadita comenzasen la suya. Entró en el cuarto de Joseph y rápida y cuidadosamente registró cada cajón de su cómoda, abriendo diestramente el cerrado escritorio con una llave similar y respingó al encontrar en el cajón un grueso fajo de billetes pagaderos en oro, una pistola nueva y una caja de balas. «¡Ah, ah!», exclamó victoriosa. Después y ante su inmenso desencanto vio la escritura del señor Healey en el fajín de papel que retenía los billetes y las palabras *Joe Francis*. Cerró nuevamente el escritorio y sus gruesos labios blancuzcos se abultaban y se hundían en vaivén resentido. El señor Healey debió habérselo dicho la noche anterior. Se dirigió al armario y registró bolsillo tras bolsillo, palpando cada costura, en la esperanza de hallar alguna prueba que convencería al señor Healey que su protegido era un ladrón o quizás un asesino, o cualquier otro tipo de delincuente. Pasó la mano por encima de todos los libros casi rezando por encontrar una olvidada e incriminatoria carta. Dobló el colchón para tantear por las tablas del somier y después miró esperanzada debajo de la cama. Palpó las almohadas examinando las costuras en busca de una abertura. Alzó las esquinas de la alfombra y tanteó detrás de un gran cuadro en la pared que representaba un suave escenario boscoso. Examinó la parte de atrás del marco. Buscó detrás de los cortinajes de la ventana y encima del reborde de la ventana. Todo esto era familiar para ella y registraba con minuciosidad. Cada vez más decepcionada — aunque estaba convencida de que uno de esos días descubriría alguna prueba siniestra de su intuición con referencia a Joseph—, miró el frío hogar. ¡Había quemado otra carta, al igual que quemó otras, el muy zorro! Se acuclilló con pesadez removiendo

las negras cenizas con el atizador. Contuvo el aliento cuando encontró un pedazo rasgado que solamente se había chamuscado en los bordes, un pedazo pequeño con una tersa caligrafía. Recogiendo el fragmento lo leyó: «Hermana Elizabeth».

O sea que tenía hermana, escondida a lo lejos, y probablemente en la cárcel, o quizás en un burdel. Sin embargo le había dicho al pobre y confiado señor Healey que no tenía familiares. Los hombres no ocultan la existencia de hermanas irreprochables ni niegan tener alguna. La ramera había sido mantenida a distancia, aunque probablemente aconsejaba y orientaba a su hermano en enredos y maquinaciones e ignominias. Y quizás en aquellos mismos instantes podían estar conspirando juntos para asesinar y robar al señor Healey mientras durmiese. ¿Por qué otro motivo ocultaría un hombre tal parentesco? Rebosante de triunfo y gozo envolvió cuidadosamente el fragmento de papel en su pañuelo y salió con rapidez del cuarto. Encontró a la señorita Emmy en el vestíbulo y se detuvo en seco.

Emmy le sonrió de un modo encantador, preguntando:

—¿Encontró algo hoy?

—No sé de lo que me está usted hablando, señorita Emmy —contestó la gobernanta con voz áspera—. Estaba simplemente asegurándome de que las chicas no descuidasen la limpieza. —Pero no se pudo contener por más tiempo y exclamó —: ¡Siempre supe que era un taimado cazurro, probablemente un ladrón o un asesino! ¡Encontré parte de una carta que quemé, pero le pasó por alto esto! ¡Vea!

Dio el fragmento a Emmy que lo examinó con curiosidad. Después la muchacha rió, devolviéndolo, y dijo:

—Pero, mujer, el señor Francis es irlandés y católico, me explicó el señor Healey, y «Hermana Elizabeth» es probablemente una monja. Las conoció lo mismo que el señor Healey conoce alguna en Pittsburgh. Hasta les envía dinero en Navidades para orfanatos y cosas así.

Viendo que la tosca faz de la señora Murray se tornaba cada vez más grisácea por la frustración, pestañeando rápidamente, la muchacha preguntó con agudizada curiosidad:

—¿Por qué odia tanto al señor Francis? La he visto mirarle, y parecía como si le quisiera hincar un cuchillo.

La señora Murray alzó una mano maciza sacudiendo el índice hacia la muchacha.

—He vivido mucho, señorita Emmy, y puedo reconocer a un criminal cuando veo uno. Recuérdelo, la verdad se hará uno de estos días, entonces usted lamentará haberse reído de mí.

Se alejó con su bamboleante pisada, las tablas del suelo crujieron y todo su grueso cuerpo expresaba odio y malevolencia. Al borde de las escaleras se detuvo, giró sobre sí misma con asombrosa rapidez y le dijo a la muchacha que todavía estaba parada observándola:

—Y no se figure, señorita, que no me he dado cuenta de cómo le mira. Y usted sí que no quiere hincarle un cuchillo a él, ni mucho menos.

«Vieja bruja horrorosa», pensó Emmy, mientras los ojos de ambas mujeres se estudiaban y la señora Murray hacía una mueca demostrando conocimiento de causa; dando media vuelta fue bajando pesadamente las escaleras. Emmy permaneció asustada por unos instantes mientras regresaba a su alcoba que era todo oro, azul y blanco. Sentóse en el borde de su espléndidamente guarnecida cama con sus mullidas almohadas. Tendría que andarse con cuidado, con mucho cuidado. Tendría que haber recordado que la señora Murray fue antaño una «*madam*» en uno de los lupanares del señor Healey y que, por consiguiente, lo sabía todo acerca de las miradas y ademanes entre hombres y mujeres y su significado. Tendiéndose en la cama, Emmy sonrió pensando en Joseph compartiéndola con ella alguna medianoche calurosa mientras el señor Healey estuviera en Pittsburgh o Nueva York o Boston. Sus eróticas fantasías fueron haciéndose más intensas y frenéticas: pronto estuvo anhelante y sudorosa. El señor Healey nunca había visto aquel semblante como estaba ahora con los ojos húmedos y lánguidos, henchida la roja boca.

Joseph pensaba en la última carta de la Hermana Elizabeth y en su familia. Tras haber arrendado una caja postal en Wheatfield le había escrito anunciándole que «viajaba» y que no tenía una dirección permanente, indicándole que debía enviarle las cartas a su número postal. La Hermana Elizabeth había deducido entonces que era un «redoblante», «es decir», escribía ella, «un hombre que en Irlanda es llamado “viajante”, uno que vende cosas a domicilio repicando en puertas. Tengo entendido que es una manera muy precaria de subsistir, Joseph, pero rezo por tu éxito. También rezo para que no tropieces con gente ruda, descortés y áspera que pudiera herirte cuando rechacen tus ofertas. Es posible que Nuestro Señor cuando era carpintero, no encontrase siempre clientes para sus mercancías». Esto hizo sonreír a Joseph.

Siempre había recelado de la Hermana Elizabeth, en la creencia de que si él no enviaba fondos regularmente para su hermano y hermana serían separados o adoptados por desconocidos. Sin embargo, paradójicamente, también creía que al recibir la monja dinero para Sean y Regina haría todo lo mejor para ellos y así podía confiar en ella. Era siempre una cuestión de dinero, pensaba, cuando la paradoja emergía en su conciencia y pedía explicaciones para conciliar la contradicción. Dándose cuenta, aunque fuera brevemente, de la paradoja, fue asimilando más y más las paradojas entre aquéllos con quienes estaba obligado a asociarse, no por simpatía sino por un objetivo concreto para sí y sus familiares.

Cuando llegó a las oficinas de Healey le abordó Montrose invitándole a una conferencia en un cuarto desierto, donde le dijo:

—Nos vamos, como sabes, muy pronto. Tenemos que viajar en el vagón particular, por orden del señor Healey, ya que ¿acaso somos humildes y desconocidos viajeros? —y sonrió Montrose, con sus ojos de gato relucientes al mirar a Joseph—. Como empleados del señor Healey, somos caballeros de importancia. Cuando

lleguemos a Nueva York nos alojaremos en el mejor hotel. Nuestro vestuario ha de ser irrefutable.

—Mi vestuario es más que suficiente —dijo Joseph pensando en su dinero ahorrado.

—No. ¿Qué fue lo que dijo Shakespeare? Creo que era algo referente al escaparate de la elegancia, suntuoso pero no llamativo. El señor Healey me ha encomendado que me asegure que vestirás así. No es «caridad», señor Francis, ya que yo también debo vestirme para la ocasión a todo lujo, a expensas del señor Healey.

—Yo creía que el trabajo peligroso exigía el anonimato.

Montrose le miró como quien contempla a un niño.

—Señor Francis, cuando viajamos por cuenta del señor Healey no estamos realizando un trabajo peligroso. Somos agentes viajando para sus muy respetables negocios y, por consiguiente, nos aposentamos en hoteles elegantes y nos comportamos respetable y notoriamente en Nueva York o donde quiera que sea. Conferenciamos con otros interesados en los asuntos del señor Healey; cenamos con ellos; conversamos con ellos y paseamos con ellos. El señor Healey no es desconocido en Nueva York, señor Francis. Cuando hagamos nuestras otras, digamos manipulaciones, las haremos sigilosamente y sin ser vistos, y, ¿quién sospechará de nosotros que estamos dedicados a importantes negocios en Nueva York, admirados y estimados, por encima de todo reproche o sospecha?

Joseph reflexionó sobre lo que acababa de oír con el ceño fruncido y después dijo:

—¿Será necedad de mi parte creer que aquéllos con quienes nos asociaremos tienen también una faceta peligrosa en sus «negocios»?

—En estos aspectos guardamos silencio porque sería zafio en nosotros sugerirlo, ¿no es cierto? Señor Francis, no existe un solo hombre vivo rico y poderoso que llegado a esta opulenta situación pueda soportar un escrutinio de su pasado. Pero, cuando alguien llega a tal condición, ¿quién podrá escudriñarle? ¿Tú? ¿Yo?

Joseph no dijo nada y Montrose estudió su hermético rostro con íntima diversión. Dijo:

—Te familiarizarás con el... bueno, el equipo y accesorios que el señor Healey te destina. Comprenderás, indudablemente, que debo familiarizarte con determinados aspectos de este nuevo trabajo, pero más tarde lo harás tú mismo.

—Lo comprendo —dijo Joseph—. He oído decir que usted sólo permite un error.

—Muy cierto —dijo Montrose con sonrisa amistosa.

Apretó Joseph los dientes al pensar en el señor Healey, el benévolo, el generoso y hasta sentimental, el paternal y jocundo. Pensó en Bill Strickland.

—Eres joven —dijo Montrose—, pero no demasiado joven para aprender. Únicamente los estúpidos creen que los jóvenes deben ser mimados y sus errores perdonados. Señor Francis, tus errores nunca serán perdonados.

Joseph pasó el resto del día en el estudio y análisis de los informes entregados por

los hombres que trabajaban en las diversas empresas del señor Healey. Los burdeles de Titusville y vecindad habían producido en los últimos diez días, descontados ya los gastos, ocho mil dólares. El juego ilícito era otra enorme fuente de ingresos, y había discretas anotaciones a los efectos de que los «suministros de bebidas» estaban aumentando ampliamente, al igual que los ingresos y rentabilidad de las cantinas. Todo esto no incluía los beneficios obtenidos en Filadelfia, Pittsburgh, Nueva York y Boston, que eran materia separada y guardada bajo llave y cerrojo, ni tampoco el ingreso de los pozos de petróleo. Joseph compendia y resumía los ingresos del sector de Titusville en su escritorio; era una tarea mensual.

El salario del pecado, pensó Joseph, no es el infierno. Es una cómoda ancianidad, el respeto universal, la admiración y, al final, un funeral impresionante. Pensó en la Hermana Elizabeth y todos los religiosos que había conocido y sonrió para su fuero interno. Sus salarios fueron tumbas humildes e ignotas después de vidas de adversidad y servicio, recordadas por nadie, ni siquiera por el Dios en que creían. «Yo no hice este mundo», pensó Joseph, «pero debo llegar a un acuerdo con el mundo tal como es».

Abandonó el despacho a hora temprana, recordando el mensaje de Healey. El sol era más brillante, más amarillo, más vívido que por la mañana, porque el cielo oriental se había tornado púrpura y ominoso. Todas las cosas, edificios, calles, gente, aceras y polvorientos caminos, estaban bañadas de una luz peculiarmente hiriente. Hasta Joseph se dio cuenta de ello, aunque habitualmente ignorase lo que le rodeaba. Vio los estandartes patrióticos ondeando en las ventanas, enhiestos junto a puertas, las estrellas y las barras que vio por vez primera en aquella áspera mañana amarga en el puerto de Nueva York. Oyó músicas marciales en la lejanía. Pasó junto a un pequeño vendedor de periódicos, que no debía tener más de seis años, y que estaba vendiendo sus ejemplares con el urgente apremio del hambre. Había visto al niño muchas veces pero ahora se dio cuenta de su existencia. El chiquillo le tendió un periódico. Denegó Joseph con la cabeza y, buscando en su bolsillo, encontró una moneda de cincuenta centavos que dejó caer sobre la pila de periódicos que en grandes titulares negríssimos proclamaban las últimas noticias de la guerra. El niño miró fijamente, estupefacto, la moneda, y luego a Joseph. Éste prosiguió su camino, pero vio que el chiquillo había mordido la moneda para cerciorarse que era buena manteniéndola después en el cuenco de sus manos como seguramente nadie nunca sostuvo la hostia. Joseph alzó la vista hacia las altas colinas y vio que estaban engalanadas con el oro de la primavera temprana. Sobre ellas se cernían las oscuras nubes púrpura de la tormenta próxima y por el contraste resaltaba más su apacible coloración. Joseph no pudo comprender por qué sintió un súbito y dolorido anhelo, una inmediata y abismal tristeza, y por qué pensaba en el pequeño vendedor con agudizada comprensión.

La señora Murray le salió al encuentro en el vestíbulo con expresión de rencorosa repulsa.

—Llega usted tarde —dijo—. Ha tenido a los caballeros esperándole.
El reloj tintineó. Joseph llegaba con cinco minutos de adelanto.

XV

—Usted quiere mantener fuera de la recluta a trescientos hombres —dijo el personaje importante—. Esto será muy costoso, Ed. Tendrá que comprar sustitutos. El precio es elevado. Como mínimo cien dólares por persona. Esto es lo que piden ahora en Nueva York. Algunos reemplazantes hasta piden tanto como quinientos dólares y hallan cinco ofrecimientos. He oído decir que algunos millonarios están ofreciendo hasta cinco mil dólares para un sustituto de sus hijos. Sin embargo, usted ofrece solamente veinte dólares. Vamos, vamos, Ed, seguro que está bromeando.

Paladeó un sorbo del excelente *whisky* mirando a Healey humorísticamente:

—¿Para qué ahorra tanto? No tiene esposa ni hijos ni parientes.

—Yo fui pobre una vez —dijo Healey—. Usted nunca lo fue, y por consiguiente no sabe lo que significa. Yo, sí. Yo puedo comprender por qué hay hombres que ofrecen sus almas al diablo. Usted no.

Estaban sentados en la biblioteca de Healey. Las paredes doradas irradiaban en la luz tormentosa. Las ventanas estaban abiertas. Todo había adquirido una densa vida, llenando la estancia con el aroma de la hierba nueva, de la tierra entibiada y del viento vaporoso. En la larga mesa de Healey había un jarrón con jacintos que parecían cabrillear con irisaciones de heliotropo mientras impregnaban el aire con su perfume.

Admirando uno de los cigarrillos de Healey que sostenía entre sus dedos, dijo el personaje:

—Yo creo que todo hombre si pudiera y supiera cómo hacerlo, vendería su alma al diablo. Ésta es la razón por la cual el diablo es discreto. Tendría demasiados clientes si proclamase que está en la Bolsa para la compra de almas. Bien, Ed, ¿está dispuesto a entregar el dinero?

—¿A usted? ¿O a los sustitutos?

—Vamos, vamos, Ed, no hay necesidad de ser chabacanos.

—Me debe mucho —dijo Healey—. No quiero mencionar cuánto. Esto sería «chabacano», como lo llama usted, y descortés. Le ayudé. No era usted demasiado listo en algunos aspectos. En la presente ocasión yo no le pedí que viniese aquí para discutir sobre el dinero para los sustitutos. Yo pedía solamente su influencia en Washington.

El personaje inclinó la cabeza.

—El precio de mi influencia resulta alto, Ed. Tenemos que tratar con el señor Lincoln y él aborrece la realidad de los sustitutos, aunque tenga que aceptarla. El Ejército necesita hombres. Hemos sufrido pérdidas considerables. La recluta ya no basta para completar las filas. La gente está comprendiendo ahora que la guerra no es una francachela. Su precio es sangre y muerte. Cuando se compra un sustituto se compra la posibilidad de la vida de un hombre, y la vida es todo cuanto tiene un

hombre. Llámela una vida sin valor..., pero sigue siendo la vida del hombre, y a ella se pega. Por favor, no se ponga malhumorado. Es cierto que tengo influencia, como la tienen otros. Pero éste es un asunto delicado y peligroso, Ed, y requiere el aplomo de muchos abogados de Filadelfia, sin mencionar sus tarifas. Si yo emprendiese este asunto por usted me colocaría a mí mismo en situación comprometida. Ya existen desagradables rumores acerca de otros en mi posición, y el señor Lincoln está retrayéndose para decirlo muy a la ligera. Si cae el hacha, no quiero que sea sobre mi cabeza. Estoy seguro que me comprenderá.

Healey le miró con insolente rudeza:

—¿Cuánto quiere?

—Doscientos mil dólares, en oro, no en billetes ni pagarés ni cheque.

—Está usted chiflado —dijo Healey—. Máximo cien mil.

—¿A cambio de toda mi carrera, si la cosa se descubre?

—Por toda su carrera..., la cual yo podría detener con una sola palabra.

El visitante rió suavemente.

—No es usted el único que tiene un Bill Strickland, Ed.

—Pero usted tiene algo más que yo para perder. Como dijo, yo no tengo ni esposa ni hijos.

Hubo una repentina frialdad tenebrosa en la biblioteca aunque la luz dorada aumentaba en intensidad contra las paredes.

Hasta que el visitante dijo con voz muy sosegada:

—¿Me está amenazando, Ed?

—Yo opino que nos estamos amenazando el uno al otro. Seamos sensatos. Pago cien mil y ni un centavo más. Tómelo o déjelo.

El visitante frunció el entrecejo como acometido de pensativa pena, como reflexionando en la infidelidad de viejos y bienamados amigos que insinúan una traición. Sus facciones reflejaban tristeza. Healey sonrió rellenando las copas.

El visitante suspiró diciendo:

—Haré lo que pueda, Ed. De la mejor manera posible, pero no puedo prometer el éxito...

—Por cien mil dólares cualquier hombre degollaría a su esposa, se volvería traidor y asesino, haría estallar la Casa Blanca. Cualquier cosa. Yo no pago por promesas de hacer lo «mejor» que uno pueda. He sido robado demasiadas veces con lo «mejor» que un hombre sabe hacer. Pago contra entrega. Pagaré cuando todos mis hombres reciban la notificación de que un sustituto se ha ofrecido al ejército en lugar de ellos, y que el sustituto ha sido aceptado. ¿Está claro esto?

—Ed, usted siempre se ha hecho entender con fantástica claridad. Nunca ha sido oscuro.

—¿Trato hecho, entonces?

El visitante reflexionó, para después con aspecto de indulgente rendición y honda fraternidad y afecto, avanzar el busto por encima de la mesa y estrechar la diestra de

Healey.

—Trato hecho, aunque Dios sabe lo que me costará.

—Quiere usted decir lo que va a costarme a mí, opino yo —rebatió Healey—. ¡Qué demonios! Me pregunto si mis mozos valen tanto.

Healey contempló a su amigo con penetrante agudeza:

—Algo sí que he aprendido. Cuando se compra a un político, no está comprado. Hay que seguir comprándolo siempre.

El visitante rió encantado.

—Pero vale la pena, ¿no es así? Trescientos hombres; le resultaría dificultoso reemplazarles en estos días tan desgraciados que vivimos. Apenas existe un hombre en el cual pueda confiarse.

—No es usted el que debería decírmelo —especificó Healey con una mirada significativa que produjo en su visitante la risa, una untuosa risa plena de melosidad.

Healey contempló después el delgado haz de delicado papel cercano a su codo. Había en los papeles unos finos dibujos a tinta, intrincados, numerados, explicados con meticulosa impresión. Los examinó Healey, así como los números de las patentes, con lentitud.

—Pues sí, opino que esto es excelente. Gracias por la copia. Debió resultar algo laborioso obtenerlos de la Oficina de Patentes.

El visitante volvió a reír, cínicamente.

—¿No estará usted volviéndose remilgado, Ed?

—Usted tiene un gran problema, señor. Cree que todo el mundo es como usted — Healey sonrió a su visitante sin ilusiones. Luego, ladeó su amplia cabeza sonrosada —: Creo que el buen mozo ha llegado. No es que usted pueda hacerme cambiar de opinión, pero me gustaría conocer la suya, honradamente, si no es pedir demasiado.

Llamaron a la puerta y Healey vociferó jovialmente:

—¡Adelante, adelante!

Al abrir la puerta Joseph, parado en el umbral, vio al visitante, tras su inmediata mirada a modo de saludo a Healey y la primera inclinación de cabeza.

Healey no percibió cambio alguno en Joseph, ni súbita tensión ni cambio de color. Tampoco los había esperado, pero siendo intuitivo y de gran percepción, captó una variación súbita y hasta drástica en Joseph como si hubiera recibido un enorme choque. Los ojillos de Healey se ensancharon sorprendidos y sintióse intrigado. En cuanto a su visitante tenía un aspecto meramente distante y de tenue cálculo estudiando al joven. Esto lo vio Healey, y un instante después su invitado iba lentamente envarándose en la silla y examinaba a Joseph agudamente, con progresivo fruncimiento de frente.

Dijo Healey:

—El aquí presente es mi mano derecha, Tom, Joe Francis Xavier, le llamo. Joe, presta atención: este caballero es nuestro estimado senador, Tom Hennessey, que ha venido a visitar a su viejo amigo.

Joseph no se movió; por unos instantes ni siquiera pareció respirar. No apartaba la vista del senador. Luego, tiesamente, como si se hubiese convertido en madera, cabeceó brevemente y murmuró un saludo respetuoso, al cual replicó el senador con una graciosa inclinación de cabeza y una sonrisa de gran simpatía. Pero ahora la expresión de su amplia y sensual cara era perpleja. Dijo con su entonación más melodiosa:

—Me alegra conocerle, señor Francis. He oído muy elogiosos comentarios sobre usted de nuestro querido amigo el señor Healey.

—¿Por qué te estás ahí parado como un badulaque? —dijo Healey cada vez más intrigado. Miraba alternativamente a uno y otro—. Aquí tienes una silla, Joe. Estamos sólo manteniendo una charla trivial. Aquí tienes la copa esperándote —y escanció *whisky*.

Joseph fue a sentarse. El senador pensó con sorpresa: «Bueno, tiene distinción de todos modos, y no parece tonto ni mucho menos. Pero yo le he visto antes en alguna parte. Estoy seguro». Joseph alzó su copa y paladeó un sorbo. Healey le contemplaba con afecto y el senador con creciente seguridad. Aquel Joe estaba tratando de soslayar su rostro, no abiertamente, no a las claras, pero el senador, sagaz en los comportamientos de los hombres como una prostituta, vio el disimulado desvío. Ahora bien, un hombre que intentaba evitar ser reconocido resultaba una persona interesante para el senador. Era joven, sí, pero el senador había conocido a individuos listos y peligrosos que eran jóvenes en años pero viejos en malicia y ardides. Era indudable que había conocido a aquel Joe antes de ahora; necesitaba solamente oír su voz y el senador rió pérfidamente para sí mismo porque Joseph no había todavía hablado con claridad. ¿El viejo Ed había sido víctima por fin, de un engaño, y por alguien tantos, años más joven que él?

El senador reclinó su todavía arrogante cuerpo en la silla, con negligente soltura, y sonrió a Joseph con todo su cautivador encanto.

—Señor Francis —dijo, y su voz era suave y acariciadora—, ¿no nos hemos conocido antes de ahora? Nunca olvido un rostro.

Joseph alzó su cabeza afrontando al senador ya que no le quedaba otro remedio.

—No, señor. Nunca nos hemos visto —y sus ojos tuvieron la misma rectitud penetrante que los del senador.

El oído del senador era aún más agudo que sus ojos y se dijo: «Yo he oído esta voz, no recientemente, pero la he oído. Es una voz irlandesa, y tiene el acento irlandés como el de mi madre, y es una voz sonora y tengo a la vez una impresión de árboles, en torno. Pero ¿dónde y cuándo?».

«Todo esto resulta muy interesante», pensó Healey acechando con aguda atención.

—¿Estuvo usted alguna vez en Winfield, señor Francis? —preguntó el senador, avanzando el busto como para no perderse el menor cambio de expresión en el rostro de Joseph, o el más leve titubeo en su voz.

—¿Winfield? —dijo Joseph. Se preguntaba si la salvaje palpitación de su corazón resultaba audible en la estancia. Todo su cuerpo sentíase frío, entumecido y hormigueante.

«Está asustado», pensó el senador. «Pero es un irlandés duro de pelar que no cedería ni siquiera si un Sassenagh le hincase un atizador al rojo vivo trasero arriba. Esto es él. Es como mi padre, que se liaba en una pelea con diez hombres en una taberna y ni se daba cuenta de si tenía una pierna rota o la nariz aplastada. Igual haría éste, aunque es flaco como un perro hambriento... igual que mi papá».

—¿Winfield no está cerca de Pittsburgh? —le preguntó Healey a Joseph.

—Creo que sí, señor Healey.

«Bien que lo sabes, condenado», pensó el senador, sin que su amable sonrisa de político se endureciese. Joseph contempló la rubicunda faz del senador, la larga boca irlandesa, la recia nariz, los estrechos ojos claros, el ondulado cabello castaño y las patillas rizosas. Todo en él era demasiado ancho, excepto los ojos; todo era estudiado, demasiado embellecido, la boca había conocido demasiadas mujeres y las compactas mandíbulas atestiguaban demasiadas cenas, demasiado vino, *whisky* y coñac, y seguía siendo tal como Joseph lo recordaba; potente, cruel y desprovisto de toda benevolencia. Por contraste, lograba hacer aparecer la peligrosidad del señor Healey tan leve como la travesura de un chiquillo, tan insignificante como una amenaza infantil. Porque detrás de él estaba el poder del autocontrol de un gobernante, y Joseph sabía que tal poder era lo que más debía temer un hombre, porque todo estaba oculto tras un aspecto de cándida bondad y caballeroso interés amigable. Ahora, el temor de Joseph estaba superado por su desagrado al recordar que este hombre había deseado convertirse en padre adoptivo de la pequeña Regina, y el senador vio la súbita tensión de las facciones del joven y vio que el miedo había huido de sus ojos. Vio ahora reto, no el reto de la juventud, sino el desafío de una integridad peculiar. Había visto antes aquel reto en los ojos de un par de hombres, y se dedicó con sonriente falta de compasión a destruirlos. Eran una amenaza para los hombres como Tom Hennessey aun cuando no hubieran insinuado el menor ademán de ataque.

No obstante, el senador reconocía algo en el joven que iba haciéndose cada vez más obvio: su parecido con el viejo Tom, su padre, el único hombre a quien el senador había amado, respetado y admirado. El viejo Tom no tuvo aquella ambigua integridad, aquella elusiva probidad, pero tuvo este orgullo, esta firmeza, esta negativa a cubrirse, a retraerse, a volverse y huir, a apaciguar, aun frente al peligro. Que Joseph le había identificado como no solamente peligroso para los demás sino para él, esto lo había comprendido el senador casi desde un principio.

«Ahora bien, ¿cómo puedo ser yo peligroso para un sujeto como éste?», pensó el senador. «¿Reconociéndole? ¿Desenmascarándolo? No puede tener más allá de veinte años, y creo que debió ser hace algunos años cuando le vi por vez primera».

—¿Nació usted en Irlanda, según creo, señor Francis? —dijo el senador.

—Sí, señor —y la voz era más fuerte que antes, y el reto alentaba también en ella

—. En Carney.

—¿Carney? Mi padre habló una o dos veces de aquella región. Condado Armagh. Se intensificó el interés de Healey y miró fijamente a Joseph.

De nuevo la aprehensión se apoderó de Joseph odiándose a sí mismo por haber sido tan indiscreto. Pero dijo con sosiego:

—Armagh, en efecto.

El senador le observaba, meditando. Armagh. ¿Dónde había oído él aquello antes de ahora y como un apellido? Pronto lo recordaría; siempre recordaba. También recordaría dónde había visto antes a Joseph. Sus ojos no se apartaban del mutuo examen y Healey les acechaba. Y sintióse sorprendido. El senador era un charlatán y podía asumir la expresión que quisiera, todas ellas embusteras e hipócritas, tal como lo exigiera la situación. Pero ahora la expresión en las facciones del senador era desprevenida y, por vez primera franca, y Healey la interpretó astutamente. Era como si estuviera recordando a alguien por quien hubiera sentido legítimo afecto, alguna emoción íntima, algún cariño inolvidable. Después, como consciente de su propia manifestación reveladora, la faz del senador casi inmediatamente cambió y pasó a ser otra vez un compendio de falsedad.

Levantándose, Joseph se volvió hacia Healey.

—Con su permiso, señor Healey. Debo asearme y mudarme antes de la cena.

Luego se volvió a medias hacia el senador inclinando un poco la cabeza y dijo:

—Celebro mucho haberle conocido, señor.

«Esto quisieras hacerme creer», pensó el senador, pero sin desdén y hasta con humorismo. «No creo que seas un ladrón ni un granuja o un fugitivo de la justicia. Pero te estás escondiendo, mozo, y sabré por qué, de qué y de quién». Inclino la cabeza graciosamente:

—Y yo también celebro haberle conocido, señor Francis.

Observaron a Joseph abandonando la estancia y cerrando la puerta tras él.

—Bueno —dijo Healey—, ¿qué fue todo eso?

—Podría jurar que lo he visto y he oído su voz antes de ahora, Ed. Pero no puedo recordar.

—No nos hacemos más jóvenes, Tom.

El senador le asestó una mirada poco amistosa.

—Todavía no estoy senil, Ed. Sí, le he visto antes. Probablemente ya recordaré.

—¿No cree que pueda confiarse en él? Quiero su opinión, Tom.

—Quiere decir que necesita mi corroboración. Muy bien. Él no le acuchillará por la espalda, Ed. Pero es su propio dueño. Nunca se dejará dominar por nadie. Cuando llegue el momento en que quiera irse, se irá, pero antes se lo anunciará.

El rostro de Healey se puso tan rubicundo como el del senador, por la satisfacción y complacencia.

—Esto es lo que siempre supe, y siempre creí. —Miró los papeles delgados sobre la mesa y asintió—: Pero ya lo veremos, pronto. No siempre puede uno fiarse del

propio juicio.

Pensó unos instantes hasta que por fin manifestó:

—No quiero que usted suponga que he sido duro, Tom, al hacerle aceptar solamente cien mil dólares, que no deja de ser un montón de dinero se mire por donde se mire. Añado al trato a la señorita Emmy. No la ha visto hace un par de años, pero ahora es una zorra aún más bonita, y usted ha deseado tenerla en propiedad exclusiva. Es suya. Llévesela a Washington. Como si la tuviera en el bolsillo.

—Estimo en todo lo que vale esta amabilidad, pero hay individuos por Washington que buscan cualquier pretexto para despellejarme. Saben que odio a este condenado Lincoln, por razones sólidas y suficientes. Y él me corresponde. Intenté ser decente con él, pero me miró fijamente y gruñó malhumorado, y nada más saqué de él. Ni siquiera me reconoce cuando nos encontramos.

Rió Healey.

—Tampoco es nada placentero para mí, Tom. Pero ¿qué tiene esto que ver con la señorita Emmy? Allá muchos de ustedes alternan con mozas de toda laya.

—Cierto. Pero no le gusta al señor Lincoln. Probablemente es bautista o quizá metodista libre. Haría un poco la vista gorda con otros. Pero no con Tom Hennessey. Está intentando hallar algún medio de librarse de mí. Creo que oyó algo acerca de que yo —y algunos otros— hemos estado acaparando el mercado del trigo y de la carne para sacarnos también un poco de ganancia de esta condenada guerra. Ahora bien, Ed, usted sabe que nunca intervendría yo en cosa semejante, ¿verdad?

Volvió a reír Healey.

—Especialmente en algo que subiría los precios perjudicando a las viudas, a los huérfanos y a los valientes soldaditos. Claro que no, usted no, Tom. O sea que no puede llevarse a la señorita Emmy.

—Dispongo de una preciosa mocita de mi propiedad en una casa discreta, Ed. Pero empiezo a cansarme de ella. ¿Qué le parece si me envía allá a la señorita Emmy dentro de unas cuatro semanas? ¿Se ha cansado usted de ella?

—¿De la señorita Emmy? Adoro el mismo suelo que pisa. Si no fuera así ya la habría empaquetado devolviéndola a la casa donde la conocí.

Resonó el gongo para la cena y ambos se pusieron en pie.

—Más de una ramera a la vez enojaría mucho al señor Lincoln si lo descubriera, y tiene oídos por todas partes —dijo el senador—. Pero la señorita Emmy está entrenada en permanecer en el retiro, y él no lo descubrirá. Ojalá alguien lo asesinase.

—Amén —dijo Healey sin real rencor.

Mientras se dirigían al comedor oyeron los tenues redobles y trompeteos de una música marcial, en la lejanía, acompañados por el animoso canturreo en coro:

*Cuando Johnny venga
marchando de nuevo hacia su hogar.
¡Viva! ¡Viva!*

El senador no pareció oír ni darse cuenta. Pero Healey sí. Su jovial semblante adquirió, por un breve instante una extraña melancolía.

Aquella noche, en la mesa, Joseph apenas si pronunció una docena de palabras y evitó las ojeadas directas hacia el senador. Pero la señorita Emmy se esmeró en coquetear con el senador, ya que sabía que él la admiraba. Tenía así la esperanza de que Joseph se diera cuenta. Joseph se limitaba a vigilar al senador de vez en cuando y de soslayo. O sea que el bastardo todavía no había recordado. Era posible que nunca recordase. Y dentro de pocos años ya no importaría si es que recordaba. Él, Joseph, estaría ya a salvo, ya no más vulnerable a la ociosa maldad, ya no más vulnerable a la ira de Healey por haber sido engañado, aunque sólo fuera por un apellido no mencionado.

Al término de la cena Healey posó su mano de modo paternal en el hombro de Joseph y dijo:

—Me agradecería charlar contigo unos minutos, Joe, en la biblioteca.

Por un momento Joseph se envaró, pero no había nada en el semblante de Healey que trasluciera falsedad ni hostilidad, y le siguió hasta la biblioteca.

Sentándose tras su mesa, Healey daba frente a Joseph, y fumaba contemplativamente, mientras decía, como si se tratase de una pregunta banal:

—Joe, ¿quién es la Hermana Elizabeth?

De nuevo el corazón de Joseph repicó en su pecho. Miró a Healey, y ahora toda su cautela había regresado.

—¿La Hermana Elizabeth? —repitió. Lo que diría a continuación Healey revelaría lo que realmente sabía.

—Vamos, Joe, sabes perfectamente quién es la Hermana Elizabeth.

—Si usted conoce el nombre, señor Healey, ¿por qué me pregunta? ¿Dónde lo oyó, y a quién?

Ahora comprendía Joseph que de alguna manera se había enterado Healey del nombre, pero que no sabía nada más. El pensamiento de Joseph voló hacia Haroun, pero lo descartó. Repentinamente recordaba haber quemado anoche la carta. No había estado nunca fuera de sus manos ni bolsillo desde que Haroun se la había entregado, completamente sellada. Joseph veía imaginativamente el hogar. ¿Había quedado un trozo de papel sin quemar? Mantuvo inexpresivo el semblante. Aguardaba.

—Veamos, Joe, ¿no confías en mí?

«O sea que no sabe otra cosa salvo el nombre, ¿y cómo pudo esto suceder?».

Recordó entonces lo que Emmy le dijo hacía unas semanas acerca de la señora Murray registrando su cuarto cada mañana por algún motivo ignorado. Pudo ella haber encontrado un pedazo de la carta en la parrilla de la chimenea, y maldijo su descuido al no cerciorarse de que no quedaban restos como siempre solía hacer. Le replicó a Healey:

—Recordará nuestra conversación de anoche, señor Healey. Le conté de una monja que conozco y a quien le será entregado mi dinero si no regreso de mi...

misión. Es la Hermana Elizabeth.

—¿Dónde vive y dónde está su convento?

Simuló Joseph una honda sorpresa:

—¿En qué puede esto interesarle, señor Healey? Es asunto mío. Pero le contaré algo. Ella fue bondadosa conmigo cuando yo era un chico recién desembarcado de Irlanda y estaba muy necesitado.

El rostro de Healey ya no era tan agradable.

—Muy bien, Joe, creo esta parte. Todavía no te he pillado en una mentira. Pero aquí tú no has de recibir cartas. Yo las he de leer el primero.

Procuró Joseph que su entonación fuera muy apacible.

—Digamos que tengo una caja postal como dirección mía en otra ciudad. También es asunto mío, señor Healey. No tiene en absoluto nada que ver con usted. Sé, por los documentos que reviso en las oficinas que usted tiene también cajas postales en otras ciudades. No es asunto mío. No hago preguntas. No siento curiosidad alguna.

La mirada de Healey seguía acechándole entre los parpados entornados y añadió Joseph:

—Si usted siente que ya no puede confiar en mí, señor Healey, le presentaré mi dimisión... si así lo desea.

Healey consideró la cuestión. Aquella maldita puta vieja, la Murray, y su mensaje susurrado esta misma noche, y su triunfal exhibición de aquel pedacito de papel chamuscado. Ahora podía perder a Joe, aquel condenado orgulloso irlandés, y de repente, ante su perplejo estupor, Healey experimentó una sensación de tan hondo desamparo que le reprodujo casi temor.

—¿No tiene nada que ver conmigo, eh, Joe?

—Nada en absoluto, señor Healey.

—Nunca me dijiste tus verdaderos nombres.

—Me llamo Joseph Francis. No es ninguna mentira.

Sonrió Healey casi esbozando una risa.

—Joe, siempre estás encaramado en tu blanco corcel altivo. Apéate un poco. Olvida cómo supe lo de la Hermana Elizabeth. Será nuestro secreto compartido, ¿eh? Y uno de esos días quizá me cuentes todo lo referente al caso... en plan confidencial.

O sea, pensó Joseph por vez primera, el senador no recordaba cuándo y dónde se conocieron. De haber sido así se lo hubiera dicho a Healey y éste no estaría ahora tan paternal y amable, casi anhelante. Aquella ávida curiosidad la había visto antes en el rostro de su padre, allá en Irlanda, y tampoco entonces pudo comprender.

XVI

Healey había comprado un vagón particular para él y para uso de sus empleados más importantes y amigos, un año antes. Ahora que el Ferrocarril de Pensilvania efectuaba regularmente el trayecto entre Titusville, Wheatfield, Pittsburgh, Filadelfia y Nueva York, con paradas adyacentes a petición. Healey había decidido darse aquel capricho, si bien útil, dispendioso, alegando: «A mi edad, ya va siendo hora que disfrute ciertos lujos». Era un hermoso vagón, pintado de negro con retoques de carmesí y oro al exterior, y contenía dos elegantes alcobas, un cuarto con lavabo y una con cascada de agua y una bañera, un comedor asombrosamente amplio, cocina y salón, sin mencionar la «sala de conferencias» con su severo mobiliario para tratar de negocios. Todo esto se hallaba a un lado del vagón con un pasillo corriendo a lo largo y puertas instaladas para el discreto aislamiento. Estaba calentado por el vapor de la locomotora; todos los cuartos ostentaban un suntuoso mobiliario y decoración, de modo que el vagón era realmente tal como decía Healey con alegre satisfacción, un verdadero hotel ambulante. Los tabiques estaban recubiertos de paneles de caoba y roble, los suelos tapizados de alfombras orientales, por las paredes había bonitos cuadros y las lámparas de kerosén eran de cristal, con filigranas de oro y plata en diseños complicados. Las ventanillas eran anchas con cortinas de lujoso brocado. El amueblado y decorado fue hecho en Nueva York por ostentoso encargo de Healey. Era, para hacer uso de su propio adjetivo, «grandioso». El señor Vanderbilt y el señor Astor podían tener pero el señor Healey las tenía bien chapadas en oro sobre plata.

Joseph había oído hablar del vagón pero no lo había visto. Le pasmó todo aquel lujo, ya que no había prestado crédito a las descripciones plenas de color. Ahora, todo aquello iba a ser su aposento durante unas quince horas como mínimo. Le tenían sin cuidado todos los adornos de la alcoba que le había sido asignada y los estimó absurdos pero la cama era amplia y cómoda. Hasta había un armario para libros en la estancia, pero una ojeada a su contenido no suscitó su interés. Montrose llamó a la puerta y entrando fue a sentarse en un sillón de brocado cercano a la ventana, donde también se había instalado Joseph. La puerta fue cuidadosamente cerrada. El vagón estaba todavía en una vía lateral y no sería encadenado al tren, tras el vagón de cola, antes de una hora más o menos.

—¿Qué te parece todo esto? —indagó Montrose sonriendo.

—Recuerdo la noche que llegué por vez primera a Titusville. Desde entonces he viajado para el señor Healey, pero no en este vagón, sino en los nuevos «Pullman». Pero no creía que pudieran existir vagones como éste.

—Opino que son ridículos —dijo Montrose—, si bien no soy de los que desaprueban los lujos, comodidades y amenidades civilizadas, pero deberían ser más discretas, especialmente en tiempo de guerra. La gente menos afortunada, digamos, es propensa a volverse envidiosa, sin preguntarse, naturalmente, por qué otros tienen

más que ellos y qué clase de ingenio, inteligencia y ambición desvelada produce tales lujos y cómo fueron ganados con sudores, férrea disciplina y superior inteligencia, o por soberbia villanía. Pero cada hombre que tiene que contar sus centavos siente que, de alguna manera, aquellos que le superan en talento, voluntad e ingenio, lo han «explotado» a él, y por sus riquezas le han quitado dinero de su propio bolsillo. Este sentimiento se percibe con insistencia en el Norte, aunque no en el Sur. Ha sido estimulado por el señor Lincoln, y los «hombres nuevos» en las universidades, que son, ellos mismos, envidiosos de mayor habilidad y energía que la suya propia. No hay nadie más peligroso que un hombre inferior que se ha convencido de que le han privado de lo que siente le es debido con razón o sin ella.

Montrose rió en breve carcajada y dijo de inmediato:

—No es asunto de risa. Hace cuarenta años un célebre francés dijo que Norteamérica está condenada porque no sabe distinguir entre aquellos que son preeminentes por naturaleza y aquellos nacidos para permanecer en el anonimato. Esto, por desgracia, es llamado «democracia», lo cual es el denominador común del patio de un corral.

—He vivido en el campo, porque mi padre era granjero —dijo Joseph, que sentíase impulsado a ser menos renuente al hablar con Montrose—. Era fácil de observar que los animales establecían sus propias jerarquías de superiores e inferiores en carácter y mando. Siempre había una res, la reina, que controlaba la manada, y los caballos saben con precisión quién debe mandar, y los pollos tienen su orden para picotear. Los perros deciden pronto quién gobierna un determinado sector, y los pájaros en la primavera marcan sus áreas de nutrición y expulsan agresivamente a los intrusos. Éste es un mundo no sólo compuesto por hombres sino también por otros animales que se gobiernan por el instinto, desarrollado por la naturaleza. He llegado a un acuerdo con dicho mundo.

—No eres un idealista —dijo Montrose.

—El idealismo es para aquellos que no pueden llegar a un acuerdo con la realidad ni con el mundo tal como es.

Asintió Montrose, especificando:

—Tales hombres están locos. Pero la locura se extiende desde que Karl Marx promulgó su Manifiesto Comunista hace quince años. No soy profeta, pero sí puedo afirmar que desde la Comuna Francesa en 1795, el mundo ya comenzó a perder la razón —y encendiendo uno de sus cigarros filipinos, agregó Montrose—: En tu opinión, ¿dirías que Cristo fue un idealista?

Vio que el semblante de Joseph, nunca legible, habíase hecho aún más hermético, hasta que dijo Joseph:

—Recuerdo que Él le dijo a un joven: «¿Por qué me llamas bueno? Nadie salvo Dios es bueno». Éste no es precisamente el comentario de un idealista.

—Es el comentario de un hombre sensato —dijo Montrose—. Si hay ángeles, yo creo que delatan más a los necios que a cualquier otra clase de delincuente. Yo pienso

que en el futuro, y comenzando a partir de ahora, Norteamérica será gobernada —y últimamente destruida— por necios. No denigremos demasiado al señor Lincoln, aunque confieso que yo le desprecio. Dijo que Norteamérica nunca será conquistada desde el exterior sino por los vándalos que habitan en su interior. Me temo que tiene razón sobrada.

Montrose había traído consigo un maletín. Lo abrió mostrando a Joseph su contenido: billetes de Banco con garantía oro de numeración no inferior a cien dólares cada uno, y algunos de mil dólares. Vio Joseph aquella riqueza y no hizo comentario alguno. En palabras de su padre, equivalía al rescate de un rey, y aquello no incluía el dinero que él también llevaba.

Dijo Montrose:

—Si por cualquier circunstancia... no sobrevivo... conserva esto contigo defendiéndolo con tu propia vida y devuélvelo al señor Healey —y reclinándose en el sillón agregó—: Aprenderás mucho en este viaje. Tienes solamente que abstenerte de hacer preguntas. Tienes solamente que escuchar. Y actuar.

Joseph asintió. Montrose cerró el maletín y se puso en pie. El tren iba saliendo desde los talleres de revisión. Joseph vio las colinas y la ciudad deslizándose junto a su ventana. Atardecía y todo tenía una pátina de polvo dorado. Hacía un calor desacostumbrado para abril. Vio una larga columna de reclutas marchando fatigosamente por una estrecha calle y oyó tenuemente los ecos de músicas marciales. Vio las banderas. Encogió los hombros. Nada tenían que ver con él.

Joseph y Montrose se encontraron en el comedor para cenar. El tren aumentaba en velocidad y trepidaba a través de la campiña, ululando y machacando. Dos altos y jóvenes negros servían la cena, gravemente, con ojos vigilantes, silenciosos y rápidos. Había *whisky* y vino que no cató Joseph ante la íntima diversión de Montrose, que también se daba cuenta que Joseph no paraba mientes en la exquisitez de las carnes, de los panecillos calientes, de las legumbres bañando en mantequilla, los delicados pastelillos. Comía por necesidad, no hallando placer en ello. Un hombre que no discierne en alimentos, pensó Montrose, no es necesariamente un lerdo. Puede tener objetivos más severamente inflexibles. Sentíase levemente curioso con respecto a Joseph, pero no lo desaprobaba. Individuos así suscitaban respeto, aunque nunca admiración, ya que estaba por encima de todo placer, por encima de toda gratificación y de los habituales goces del mundo. «Este hombre es joven», pensaba Montrose, «pero hay simas vacías en su alma, y por consiguiente es, quizá, más peligroso que todo el resto de nosotros. No ha sido aún puesto a prueba. Ya veremos».

Fueron juntos al pequeño pero suntuoso salón del tren, donde Montrose se atareó con ciertos archivos y Joseph observó el panorama del anochecer tras los bruñidos cristales. El cielo tenía el patético lustre de una densa aguamarina, sonrojada con rosa al oeste, y los árboles de la primavera eran de un brillante oro habiéndose tornado la tierra brillantemente verde. El ganado recorría los pastos tendiéndose junto al azul de

arroyos y estanques, y las granjas se delineaban a la distancia, blancas y plácidas, con sus enormes establos rojos dominantes. Los setos aparecían salpicados de amarillo o con un suave verdor; a trechos, había charcos de pequeñas flores silvestres purpúreas. Más allá, se elevaban colinas de lavanda y heliotropo y bosques tan densos como junglas de color verde oscuro. Una inmensa paz se extendía por doquier, tan serena como el agua mansa. En aquel vagón ningún ruido del exterior podía entrar y, por consiguiente, había una sensación de radiante silencio por todo el campo.

En su contemplación, Joseph fue acometido por la vieja y oscura melancolía que conocía, que tanto odiaba. Si estuviera allí Daniel Armagh irrumpiría en recital poético, con su voz musical conmovida hasta el susurro. Hablaría de la perfección de la naturaleza que reflejaba la perfección de Dios. Pero Joseph sabía que, detrás de toda aquella radiante tranquilidad, de aquella beatitud verde, oro y púrpura, se agitaba una salvaje lucha por la vida, por la presa, por el alimento. No había siquiera una raíz, por frágil, roja o parda o tímidamente verde que fuera, en la cual no estuviera entablándose una batalla a muerte, de minutos quizás, pero tan letal como cualquier batalla entablada por el hombre. No había una hoja que no fuera atacada, ni una gota de agua en la cual no tuviera lugar un Waterloo. En la bóveda aguamarina, tan benignamente arqueándose en lo alto, los halcones estaban cerniéndose sobre indefensos pájaros, los buitres trazaban sus giros en corona, acechando en busca de carroña. Algunas de las reses paciendo, eran ellas mismas campos de batalla y agonizaban. Los retoños de los nuevos árboles estaban siendo infestados por insectos que bebían la resinosa sangre vital, y muchos de los árboles morirían antes del otoño. Los setos florecientes eran las flores de un cementerio. Daniel Armagh hubiese hablado de la celebración de la vida por la naturaleza. Joseph pensaba en ella como la celebración de la muerte eterna, siempre triunfante. «Poseemos este instante de respiración», se dijo a sí mismo. «Puede parar al instante siguiente. Nosotros, también, somos celebrantes de un funeral interminable».

Montrose apartó a un lado sus libros y dijo calmamente:

—Ahora debemos sostener una charla antes de ir a la cama, ya que éste es un largo viaje y por ahora los vagones delanteros no están todavía repletos de oídos que escuchan, ni de gente curiosa.

Comenzó a hablar y Joseph escuchaba con su peculiar intensidad de concentración. Su semblante no se alteró; no era posible leer sus pensamientos ni hacer conjeturas sobre ellos. Sentábase tan quieto como una roca junto a la ventana en su oscuro y nuevo ropaje distinguido —que el señor Healey había comprado— y ni por un instante una de sus negras y lustrosas botas crujió ni sus manos se crisparon nerviosamente. La última luz diurna se extinguió en su cabello rojo y su rostro quedó oculto.

—Ahora, como ya puedes juzgar, tenemos mucho que hacer, aparte de esta misión personal. El señor Healey deseaba que lo supieras. Ha depositado en ti una gran confianza —y sonriendo tenuemente añadió—: Tienes derecho a un par de

preguntas.

—No —dijo Joseph.

—¿Lo has comprendido todo?

—He comprendido que debo aprender, vigilar y no mostrar la menor curiosidad.

—Excelente —aprobó Montrose.

El paisaje se había vuelto gris y oscuro, más allá de las ventanas. Tras una llamada en la puerta, uno de los negros entró para encender una de las lámparas de cristal que colgaban del abrigado lecho. Montrose recogió sus libros.

—Es hora de que me retire a dormir —dijo y miró a Joseph con sus amarillentos ojos—. Sugiero que también hagas lo mismo, porque estaremos muy ocupados apenas llegemos a Nueva York.

Joseph permaneció sentado a solas durante un rato en el salón. Vio su propio reflejo sombrío en el negro espejo de la ventanilla. Aun a solas su semblante no demostraba emoción alguna. Pero un cansancio peculiar, no del cuerpo sino de la mente, empezó a pesar en su ánimo. Se levantó con una sensación de vejez y cansancio. Fue a su dormitorio, se desvistió y se acostó. Los rieles cantaban, las juntas chasqueaban como castañuelas. El dormitorio oscilaba como un barco.

En el compartimento hacía mucho calor. Joseph permanecía tendido sobre las blandas mantas y miraba vacuamente a la nada.

Pasó un largo tiempo y no lograba conciliar el sueño. Su camisón de noche era como un frío sudario contra su cuerpo, pese a todo el calor del compartimento. No era lo que llamaban los irlandeses un «dormilón» ni siquiera en las circunstancias más favorables. Aquella noche tampoco conseguía aletargarse. Oyó las suaves pisadas de los jóvenes negros por el pasillo, mientras patrullaban el lujoso vagón, inspeccionando las rebajadas lámparas que guiñaban en el techo. Un par de veces Joseph oyó sus amortiguadas voces, melodiosas y ligeras, y en determinado momento rieron de todo corazón, y él se preguntó brevemente cómo podían siquiera reír. El tren gemía a través de la noche y no obtenía respuesta.

Ahora el tren iba aminorando su marcha y Joseph se incorporó a medias para mirar a través de la ventanilla sobre la cual no había tirado las cortinas. Vio el brillo de muchos raíles a la luz lunar y más allá la débil luz de una pequeña estación desconocida. Y entonces entre su tren y la estación trepidó otro tren, iluminadas todas sus ventanillas, y casi todas ellas abiertas a la cálida y súbitamente opresiva noche. Joseph pudo ver claramente el interior de muchos vagones desplazándose con lentitud. Estaban repletos de jóvenes soldados, vendados, heridos, yaciendo desparramados en camas improvisadas y asientos de mimbre. Vio rostros de muchachos cegados bajo trapos sanguinolentos, rostros pálidos como sábanas y desprovistos de vida; vio brazos y piernas mutilados. No pudo oír los quejidos ni los gritos de angustia, pero los podía sentir. A través del sangriento hacinamiento de los sufrientes y moribundos se movían mujeres jóvenes con gorros y delantales blancos y entre ellas estaban los negros hábitos de monjas juveniles y sus blancas tocas.

Llevaban jofainas y jarros de agua y toallas y esponjas. Se inclinaban sobre los muchachos, acariciando mejillas, sosteniendo manos húmedas, hablando suavemente, sonriendo, a veces llorando, abriendo o cerrando ventanas, dando agua a bocas febriles, animando, haciendo muecas risueñas para ocultar su pena, consolando, enjugando sangre con las esponjas.

Ambos trenes se habían parado torpemente, paralelos por unos instantes. Joseph sabía que aquél era un tren de tropa yendo a la cercana y anónima ciudad, un tren hospital. Una joven enfermera se irguió tras atender a un soldado: habían lágrimas en sus mejillas. Ella miró directamente, a través de la ventanilla, hacia el vagón oscurecido de Joseph y éste se apartó un poco de la ventana, aunque sabía que ella no podía verle. La he visto antes, pensó Joseph, pero no podía recordar.

El vagón de enfrente estaba incendiado con la luz amarilla de numerosas linternas y parecía exhalar vapor de ardores. Joseph olvidó la miseria y el sufrimiento que había visto y miró con fijeza a la alta joven que parecía estar agotada. Permanecía en una actitud vencida, con un vendaje sangriento en la mano, erguida la cabeza, y sus ojos conteniendo la expresión, lejana y remota, de alguien que ha contemplado demasiados padecimientos. Miraba el elegante vagón de Joseph con la indiferencia de los desesperados, con los ojos hundidos, contraída la nariz, su linda boca tan seca y blanca como el algodón. Pero su fatiga, su postura decaída, su manifiesto agotamiento, y el basto delantal y el gorro no podían ocultar el esbelto encanto de su cuerpo, la belleza de su semblante. Su suelto cabello tostado caía en bucles y húmedos rizos hasta sus espaldas, y sus ojos brillaban como ópalos oscuros sobre el delicado diseño de sus mejillas, con reflejos cambiantes destellando fuego, oscureciéndose luego para después matizarse con el ámbar de su cabello, expresando una intensa dulzura y recónditos fulgores. Su cuello era largo y grácil, suave como la seda, y sus manos, sosteniendo el vendaje, eran estrechas y finamente modeladas.

Parecía mirar directamente a Joseph con aquellos límpidos, inocentes y tiernos ojos tan vívidos, tan brillantes. Expresaban al mismo tiempo fuerza y delicadeza, valor y tristeza, y un frágil espíritu indomable. Lucía un anillo en su mano izquierda: un deslumbramiento de diamantes y esmeraldas.

Joseph se sentó más erguido, mirando profundamente el semblante de la joven. No tendría muchos más años que él, quizá dos o tres, y sin embargo le parecía tan joven como su hermana Regina. No cedería al agotamiento y proseguiría tras aquel respiro. Los vagones, aunque no se desplazaban, bamboleaban un poco. Un soldado le habló, fuera de visión, y Joseph la vio inclinar el esbelto cuerpo y vio la forma de un joven seno perfecto bajo el oscuro azul del vestido de algodón. La luz de la linterna formaba un charco trémulo en el hueco de su garganta. Su semblante rebosaba compasión, estremecido de misericordia y renovada preocupación.

El tren hospital se movió hacia el desviadero de la estación. Joseph seguía sentado, envaradamente. La joven se perdió en el fulgor de los siguientes vagones. Volvió a tenderse muy lentamente. Sabía que la conocía; casi podía oír su voz, suave

y baja, suplicante. Y de pronto fue acometido por algo que nunca experimentó antes, y que ignoraba. Era un oleaje salvaje y apasionado dentro suyo, a la vez deseoso, extraviado y doloroso, fieramente devorador, haciéndole sentir como si nunca hubiera estado vivo antes, consciente de su propio cuerpo y del clamor de su mente. Empujó hacia abajo la ventanilla abriéndola. Vio cómo se atenuaban las luces del otro tren al aproximarse al desviadero y, súbitamente, sintió el impulso de saltar y correr. Tan ardorosos, tan exigentes y turbulentos eran sus pensamientos, tan hambrientos y enfáticos que perdió su sensatez, su frío aplomo y su disciplinado autodomínio. Pese a su agitación pudo, ofuscadamente, preguntarse qué era lo que le había asaltado de ese modo con pasmo, maravillándose de esas emociones.

No era únicamente la belleza de la joven lo que le había abrumado, ya que había visto chicas más bonitas, más jóvenes y ciertamente más exuberantes en los burdeles del señor Healey. Y más alegres, ya que aquella muchacha carecía de toda alegría. La había conocido, pero no podía recordar dónde. Su nombre no acudía. ¿Fue en las calles de Boston, Nueva York, Filadelfia, en un carruaje? Era evidentemente una dama de buena cuna y educación. ¿Pasó cerca suyo en alguna parte? Por un instante pudo aspirar aroma de violetas y ver un rosal más carnoso que el perlado que acababa de vislumbrar. Sí, había visto mujeres más bonitas y más sensuales. Pero no significaban nada ni admitían la menor comparación con aquella joven que poseía un orgullo tan gentil, una compasión tan sin egoísmo, un deseo tan decidido de servir y consolar.

El pensamiento de que ella estaba atendiendo hombres sudorosos, sangrantes y apestando, que procedían de los campos de batalla, y que estaba curándoles con sus suaves manos, quitándoles la mugre y transportando pestilentes recipientes, le pareció un ultraje. ¿Dónde estaban su padre, sus custodios, que permitían aquella nauseabunda labor en los mataderos? Los odió. De nuevo ansió saltar del tren, ir en busca de la joven, y apoderarse de ella...

«He perdido la razón», pensó, esforzándose en yacer inmóvil. ¿Qué significa para mí, una mujer que nunca volveré a ver? Entonces, ante este pensamiento se sintió desamparado, lacerado de dolor, devastado por el anhelo, y, ante su propio horror, estremecido por el deseo. Se dijo que era un sentimiento vergonzoso mientras hundía el rostro en la almohada. En voz alta, dijo:

—La he visto. He oído su nombre. Algún día recordaré. Entonces la encontraré de nuevo, la encontraré...

«¿Y qué harás entonces?», preguntó la fría voz que en su cerebro siempre estaba preparada para amonestarle, burlándose de él, dominándole y aconsejándole.

El tren avanzó en la noche, traqueteando con creciente velocidad. Había sido apartado, por un breve momento, a otra vía, a fin de permitir el paso del tren hospital. Los ojos de Joseph se esforzaron en seguir el tren que ahora era, tan sólo, una parpadeante sombra en la lejanía. Ni siquiera conocía el nombre de la ciudad que acababan de dejar. Vio la campanilla en el tabique cerca de su cama y tiró de ella.

Poco después entraba uno de los jóvenes negros, inquiriendo:

—¿Señor?

—La ciudad por la que acabamos de pasar... ¿cuál es su nombre?

El negro miró a través de la ventana.

—No lo sé, señor. Nunca paramos allí. Quizá sea solamente un cruce.

Su voz no poseía la melodiosa lentitud de la voz de Montrose, por lo que Joseph dedujo que nunca había vivido en el Sur. Proseguía el camarero:

—He oído decir que allí hay un campamento para los heridos del ejército.

—¿Lo sabría el señor Montrose?

Los ojos del negro expresaban perplejidad.

—No lo creo, señor. Nunca nos hemos detenido allí. Nos colocaron sencillamente en otra vía de modo que el tren de tropa pudiera hacer uso de la nuestra. ¿Desea algo más?

—No.

Joseph estaba coléricamente molesto; le enfurecía aquella prueba de su nueva vulnerabilidad. Intentó relajarse en su cama. Era un imbécil. La muchacha no era nadie para él; nunca la conocería; no quería conocerla. Su escueta vida le bastaba, austera y ordenada. No necesitaba de una mujer permanente, sino tan sólo de paso sin importancia ni significado.

Pero no podía suprimir aquel misterioso calor palpitante e incandescente en su interior, la extraña excitación quemante, el anhelo, la frenética ansiedad de asir y estrujar, el hambre desesperada e insistente. No encontraba la menor palabra para todo aquello, ni explicación alguna. Había sucumbido a un encantamiento que no contenía felicidad sino un terrible afán dominante.

Despertó en la grisácea semiclaridad que precede al amanecer. El tren estaba inmóvil y Joseph tuvo la sensación de que no se movía desde hacía algún tiempo. Estaban detenidos en una vía próxima a una estación y, súbitamente, vio el rótulo: WINFIELD.

Bajo aquella luz imprecisa la estación se hallaba casi desierta, aunque estaba adornada con guirnaldas y banderas agitadas por la tenue brisa de la aurora. En el terraplén había numerosas cajas de madera y barriles que algunos hombres somnolientos descargaban de los vagones de mercancías. Sus voces llegaban a Joseph, sofocadas. La locomotora humeaba con languidez, mientras el vapor se elevaba desde las ruedas.

Más allá de la estación, Joseph podía ver la lóbrega ciudad y algunas de sus empedradas callejuelas.

Joseph pensó: «No he visto a mi hermano y a mi hermana desde hace años. ¿Es posible que los pueda ver ahora?». Tocó la campanilla y entró el camarero.

—¿Cuánto tiempo permaneceremos en esta ciudad? —preguntó Joseph.

—Calculo que vamos a irnos pronto, señor. Hemos estado aquí cerca de dos horas. Demora en las vías. Trenes de tropa, al parecer.

«Si me hubiese despertado tan sólo una hora antes podría haberles visto», pensó Joseph. «Regina piensa en mí, pero no puede recordarme, casi seguro, como a un hermano y una persona. También he ido convirtiéndome en algo lejano y extraño para Sean». Su control interno se había quebrantado la noche anterior; ahora sentía que una vez más se agrietaba, y sonrió con desagrado contra sí mismo. Pero la nostalgia y el apremiante anhelo estaban torturándole y sintió horror y temor al ser asaltado por algo que pensaba haber enterrado y dominado hacía ya mucho tiempo.

Sentándose cubrió de nuevo su ventana con la cortina. Permaneció rígido, pugnando contra sí mismo, imprecándose íntimamente, ridiculizándose y maldiciéndose. El tren comenzó a moverse; tintinearón campanas; bufó el vapor; zumbaron los silbatos. Era demasiado tarde para ver a Sean y a Regina. «A Dios gracias», pensó Joseph. Se durmió cuando el tren adquirió velocidad.

Cuando despertó el sol primaveral estaba destellando a través de la cortina. Estaba empapado en sudores y temblando de debilidad. Pero crispó los maxilares y fue al cuarto de baño a lavarse y vestirse. No podía mirarse ni siquiera con indiferencia. Desviaba los ojos.

Montrose le esperaba en el comedor. Fue sorprendido por el aspecto del joven, ya que el rostro habitualmente terso y pálido de Joseph estaba moteado, como por magullamiento o presión, con una coloración carmesí estrecha y netamente delimitada sobre los duros pómulos. Montrose pensó que tenía la apariencia de quien ha pasado la noche con una mujer y tal idea le divirtió. Todavía le produjo más diversión ver que los dedos de Joseph mostraban un débil temblor y que su mirada era insegura, como si estuviera preso de malestar o hubiera sido humillado o hubiese incurrido en complacencia consigo mismo en modo indecible.

—Los viajes largos resultan cansinos —dijo Montrose—. ¿Dormiste bien?

—Muy bien.

—Estas demoras de tiempos de guerra son muy tediosas —dijo Montrose—. Hubo otro tren militar hace escasas horas. Mi camarero me trajo un periódico. Hay tumultos muy graves en Nueva York contra el reclutamiento. Se rumorea que más de ocho hombres resultaron muertos anoche en las calles por la policía y los militares. ¿Crees entonces que los alborotadores simpatizan con el Sur y por ello desean no servir bajo las armas?

—Nunca pensé en ello —dijo Joseph.

—Pues puedes tener la seguridad de que no era por simpatizar con el Sur, o se hubieran sublevado hace ya dos años, en protesta. Temen únicamente combatir, temen la muerte. Cuando los demás peleaban y morían, no les importaba a estos protestadores, pero cuando se les pidió servir se pusieron frenéticos. Y ahora gritan que es una guerra «injusta». Es la «Guerra de Lincoln». Vociferan que es un dictador y exigen su destitución. Es una guerra anticonstitucional, proclaman con pancartas.

Lo que verdaderamente quieren decir es que no quieren servir a su país, que no aman a su país, y desean solamente que les dejen en paz para disfrutar los frutos de las muertes y sacrificios de los demás, y calentarse al sol de una prosperidad de guerra para ganar dinero y conseguir sus propios beneficios.

Joseph olvidó su propia agitación íntima y contempló con la primera curiosidad concentrada a Montrose. Titubeaba. Las preguntas no eran estimuladas por los hombres de Healey. Pero Joseph se oyó decir:

—Perdóneme, señor Montrose, pero siempre tuve la impresión de que usted era un sudista, por su acento y modales. Si estoy en lo cierto, ¿no siente simpatía por la Confederación?

Montrose elevó sus cejas amarillas. Cortó cuidadosamente la punta de uno de sus cigarrillos filipinos y lo encendió para estudiar reflexivamente el extremo encendido por algunos instantes. Luego exhibió su sonrisa felina, como si Joseph fuese un poco absurdo pero hubiera decidido seguirle la corriente.

—Señor Francis, no tengo vínculos de fidelidad ni nunca los tuve, con Dios, hombre o nación. No es que haya sido objeto de su famosa ferocidad, ni que haya sufrido a causa de ellos. Nunca quise, nunca fui robado, nunca traicionado, nunca me hicieron sufrir. En consecuencia, no soy vengativo. En consecuencia, no estoy indefenso. Elegí calmamente mi manera de vivir. Nunca me permití deberle nada a otro hombre, ni he permitido que otros me adeuden. Vivo solamente mi propia vida y la disfruto inmensamente y no quiero tener otra. ¿Contesta esto a tu pregunta?

Joseph no replicó. Estaba considerando cada una de las palabras de Montrose y estaba un poco confundido. Repentinamente comprendió que había creído que los hombres de Healey estaban, como él mismo, en guerra contra el mundo por tristes y desastrosas razones, motivaciones en cierto modo similares a las suyas. «¿Es posible», pensó, «que si yo hubiera tenido la vida que este hombre ha insinuado, fuese el que soy, o sería alguien enteramente diferente? ¿Son siempre las circunstancias nuestro conductor, nuestro carcelero, nuestro móvil, y somos moldeados desde fuera o desde dentro? ¿Elegimos convertirnos en lo que somos... o nos vemos obligados a esta conversión? ¿Somos víctimas o agentes de nuestro destino?». Otra vez se sentía mortificado por no haber pensado antes en esto, pero había aceptado como verdadero que los hombres eran víctimas de la calamidad y que la respuesta no consistía en admitir que podía tratarse de su propia culpa o de su elección, y que si alguien tenía que ser recriminado era «Dios» o los hombres más fuertes y arrogantes.

Montrose, con su estilo elegante, estaba en guerra con el mundo que nunca le perjudicó, torturó, maltrató o ridiculizó. Era soberbiamente compacto. Nunca sería atormentado por trastornos ni lacerado por las circunstancias. Nadie sería jamás capaz de conmoverle. No conocía el miedo ni nunca lo conoció. Si devolvía golpe por golpe al mundo no lo hacía impulsado por la ira o por la injusticia, sino por propio interés y en legítima protección. Y lo haría sin el menor impulso vengativo,

sin odio y sin emoción.

Como si hubiera oído cuanto Joseph pensaba, Montrose dijo:

—Todos elegimos lo que deseamos ser. Nadie nos empuja ni obliga. Podemos embaucarnos a nosotros mismos pensando que es así, pero no lo es. El mismo viento que impulsa una nave contra las rocas pudo impulsarla hacia un refugio seguro. En pocas palabras, no es el viento, sino la colocación de las velas. Un hombre que niega esta verdad es un débil que desea echarle la culpa a otros por el rumbo de su vida.

Sonrió. Hizo una breve pausa y añadió:

—Cuando yo era un muchacho un viejo negro analfabeto me dijo: «Mi joven amo, recuerde esto siempre: el ángel que lleva las cuentas de nuestros actos no aceptará su excusa de que otros le hicieron como es, y que usted no tiene culpa». Nunca lo olvidé, señor Francis.

Joseph, impulsivamente, dijo:

—Pero existen aquellos que nacieron en la esclavitud, aquellos que nacieron en la desgracia...

Montrose meneó la cabeza en negativa:

—Y también existen los que se niegan a ser esclavos en sus corazones, en sus pensamientos y en sus almas, como sea que quieras llamarlo, y aquellos que se sirven de la desgracia para instruirse y elevarse. Sigue siendo tu elección, señor Francis. Si yo creyese en cualquier deidad le agradecería y bendeciría por esta libertad de elección, ya que de otro modo seríamos ciertamente esclavos.

—Yo no elegí... —empezó a decir Joseph.

Montrose arqueó nuevamente sus cejas:

—¿Verdaderamente no, señor? Cuanto antes te hagas a ti mismo esta pregunta más rápido te salvarás de la esclavitud del mundo. Un centenar de opciones están a diario al alcance de todo hombre, y nosotros hacemos nuestra elección. Nadie, por ejemplo, te obliga a seguir en esta misión, señor Francis. Ninguna fuerza ha sido impuesta en ti; no estás desvalido. Si lo deseas, puedes abandonar este tren en la próxima parada y nadie te lo impedirá.

—¿Y si otros dependen de uno, señor Montrose?

—Entonces ya descienes al terreno de los sentimentalismos —dijo Montrose—. Un hombre verdaderamente fuerte nunca es sentimental. Nunca toma en consideración a los demás. Considera y lucha únicamente para sí mismo. Todo lo demás es debilidad.

XVII

Algo obsesivo y hostigador subsistió en la mente de Joseph, algo que subsistiría durante toda su vida. Recordando hasta el fin de sus días lo que Montrose le dijo, Joseph se hizo más despiadado sin comprender el motivo claramente. Que otros hombres hicieran también su elección y nadie podría acusarle a él, Joseph Francis Xavier Armagh. «Ningún hombre corrompe a otro. Se corrompe sólo a sí mismo, y por consiguiente no ha de suplicar compasión». En un solo día, Joseph se volvió más viejo y mucho más inexorable.

Cerca de la medianoche se detuvieron en Filadelfia. Sin abandonar el vagón, que fue conectado a otro tren, apenas vieron la nebulosa gris de la estación rebosante con tropa en movimiento, humo, banderas, músicas marciales, el clamor de voces y el aullido de otros trenes partiendo o entrando. Aguardaban, en la semipenumbra, bajo el oscilante pestañeo de las lámparas del vagón. Esperaban, en la lujosa quietud, aislados del bullicio exterior, observando a los grupos de muchachas y mujeres llorosas y a los varios jóvenes de uniforme azul. Montrose lo contemplaba todo con serenidad, fumando y leyendo, aislado, apenas vagamente interesado. Pensó, por vez primera, vívidamente, en el contrabando de armas en el puerto de Nueva York.

Se dijo a sí mismo, aunque no exento de una difusa protesta íntima: «Somos nuestro propio destino. Si somos víctimas o conquistadores, así nos hemos hecho en nuestras mentes y nuestras voluntades, o con nuestros juicios erróneos o nuestras ilusiones. Si permitimos que otros nos exploten, en la vida privada o en el gobierno, somos responsables. O cometemos el fatal error del consentimiento, y por esto deberíamos ser condenados. El mundo lo perdona todo, menos la debilidad y la sumisión. Perdona a todos menos a la víctima. Porque todo es una continua batalla, aunque mueras en ella, y en todo caso la muerte sobreviene a todos los hombres. Cómo mueres es algo de tu propia elección, luchando o sometiéndote».

Joseph pensó en la mujer que había visto en el vagón hospital y forzó su memoria para rechazar su recuerdo y pensó que ya la había abolido para siempre, ya que carecía de importancia para él y no había sitio para ella en su vida. No era su culpa o su elección el haber soñado con ella aquella noche, ansiosa, gentil, plena de compasión y pena, no sólo por aquéllos a quienes cuidaba sino también por él.

Llegaron a Nueva York por la mañana temprano. Joseph había contemplado la luz roja matinal sobre el apacible río Hudson y en las verdes Palisades con sus mansiones blancas y grises y los grandes jardines dominados por enormes árboles relucientes. El río estaba lleno de barcos de vapor, pequeños veleros y barcazas. Joseph esperó hasta oír a Montrose entrar en el comedor y fue a reunirse con él. Consumieron un anticipado desayuno ya que pronto llegarían.

—No me gusta Nueva York —dijo Montrose—. Se ha convertido en una ciudad políglota, mucho peor que Pittsburgh o Filadelfia. Al estar en una isla uno se siente apretujado entre la multitud, al igual que los habitantes, y las multitudes son siempre históricas y afeminadas. Los neoyorquinos se sienten dichosos cuando tienen una oportunidad para el vocerío, y si esta oportunidad no se presenta con bastante frecuencia, la crean. ¿Has estado alguna vez allí?

—No —dijo Joseph, y pensó en el puerto años antes, los muelles húmedos y negros, la multitud de barcos bamboleantes, la lluvia, la nieve y la desesperación.

—Debido a que muchos de sus moradores han venido en barcos de ganado y de inmigrantes procedentes de las naciones medio esclavizadas de Europa, traen consigo una mezcla de odio y adulación hacia todo gobierno, aunque sea norteamericano. Ocasionalmente formarán algaradas como hicieron en sus países de origen, pero son tumultos instintivos y no basados en la conciencia de lo que realmente pasa. Al día siguiente se arrastrarán ante el más despreciable politicastro en solicitud de un favor, recordando al cacique de su aldea y su estaca, o al gobernador de su provincia, o a su enviciado alcalde. Vinieron a lo que sabían era una nación libre, pero sus impulsos siguen gobernándoles y corresponden a su nueva libertad con el viejo sometimiento astuto, llenos de miedo, recelo y tapujos.

—Los irlandeses también han sido perseguidos, vapuleados y matados —dijo Joseph—, pero aunque todavía formen dos bandos en Norteamérica, según he oído decir, no son aduladores, ni sumisos.

—Ah, es cierto, tú naciste en Irlanda, ¿no? —dijo Montrose—. Mi abuelo procedía de allá, del Condado Galway, según creo. Se instaló en... —interrumpióse mirando por la ventana—: Algunos hombres han nacido libres aun en *ghettos*, aun bajo persecuciones, y hasta en la esclavitud. Casi he llegado a creer que esto es una cuestión de espíritu y mentalidad.

La estación de Nueva York en la calle 26 y la Cuarta Avenida era todavía más tumultuosa que las estaciones de Pittsburgh y Filadelfia, y mucho más grande. El ruido de campanas, silbatos, voces y carros de cargas, y de trenes entrando y saliendo, era abrumador. Joseph vio un extenso andén de confusión, de hombres corriendo, de linternas, de luz de gas, y costados de vagones deslizándose ante su ventana, crujiendo y chirriando. Y el acostumbrado espectáculo de tropa trepando en los trenes, y hordas de muchachas y mujeres y viejos, sonriendo, dando gritos de ánimo, alargando las manos hacia las ventanillas, agarrando manos juveniles que posiblemente nunca volverían a tocar, intentando reír, bromear, despidiendo hijos, maridos, amantes y hermanos, con la frívola sensación de que se iban a una aventura, aunque pronto estarían de vuelta en el hogar.

Los andenes de la estación estaban atiborrados con cajas de madera y cartón, de equipajes, de hombres con basto ropaje de faquines^[10] que sudaban cargando todo en vagones abiertos, bregando con los bultos más voluminosos. El vapor brotaba de las ruedas de los trenes, chillando débilmente. El humo de las chimeneas revoloteaba en

negras bocanadas por la estación. En algún lugar resonó un clarín, después un redoble de tambores y en alguna parte se oyeron gritos agudos indominales o de mensajes vociferados. Por doquier colgaban los estandartes rojos, azules y blancos, y los flácidos vuelos de banderas, removiéndose blandamente en el viento creado por el movimiento de trenes y de gente.

Tan indiferentes a todo el ajeteo como habitantes de otra tierra, Joseph y Montrose abandonaron el tren para ser acogidos de inmediato por un cochero de librea que tocó el borde de su sombrero y recogió sus equipajes. Su rostro estaba marcado en hinchazones granulentas por una antigua viruela. Montrose parecía dar por hecho que les aguardaría. Les precedió conduciéndoles al exterior, en la Cuarta Avenida, a un ambiente caluroso, resonante y deslumbrador de sol, con reverberaciones ardientes en las aceras de ladrillos y en las calles adoquinadas, multitudes de carruajes relucientes, carromatos, faetones, victorias, tálburis y carretelas, y agitadas masas interminables de gente que parecía trotar y casi correr más que caminar. Las calles laterales, compactas de casas de tres pisos color chocolate, eran apenas más tranquilas, y cada tramo de peldaños marrones bullía de señoras con atuendos a la moda, niños y hombres expectantes, y las esquinas y bordillos estaban sembradas de vehículos. El estrépito de carruajes y las voces de la gente y el traqueteo de ruedas formaba una vaharada^[11] de confusión en el aire. Aunque cada calle tenía a ambos lados árboles recientemente retoñando y aunque verdeaban pequeños jardines y céspedes ante las casas parduscas, el aire en sus espirales estaba poblado de polvo amarillento y del dominante hedor de cloacas, estiércol y piedra recalentada. Los caballos iban al paso o al trote o escarbaban parados, sacando chispas con sus cascos de los ladrillos y adoquines, y los cocheros bramaban desde sus pescantes y restallaban los látigos. Joseph había visto otras ciudades pero ninguna tan cegadora, ruidosa, intensa y agitada como aquélla. Por todas partes colgaban banderas y pendones y de nuevo hubo un estallido de música marcial a escasa distancia.

Un vehículo elegante y cerrado esperaba a los dos hombres de Titusville. El cochero acomodó el equipaje y ambos subieron al carruaje. Las ventanillas estaban polvorientas aún a aquella hora temprana y el meticuloso Montrose las cerró del todo.

—Es preferible sofocarse en aire limpio y quieto que ser asfixiados insoportablemente —decretó.

Joseph ya estaba sudando, pero Montrose aparecía tan frío y sereno como una aromática gardenia en algún recoleto y sombreado jardín. Aparentemente el calor le era familiar.

El cochero bregó abriéndose paso hacia la Quinta Avenida con restallidos de látigo y la recia amenaza de sus dos enormes caballos negros. Montrose encendió un cigarro filipino reclinándose en el almohadillado de cuero carmesí. Los arreos de los caballos estaban tan pulimentados y brillantes bajo el sol que despedían hacia atrás lanzazos de luz dentro del vehículo. Penetraron en la Quinta Avenida, «tan famosa, a

su modo, como el Strand de Londres», dijo Montrose. Aunque las ventanillas estaban cerradas, Joseph podía oír el incesante estrépito de la ciudad y su tráfico. Entonces pudo ver toda la extensión de la Quinta Avenida empedrada, y los interminables recuadros de árboles y pequeños jardines enclaustrados entre rejas de bronce, y las hileras de elegantes casas de piedra blanca y gris con destellantes ventanales y verjas y los amplios peldaños, y el constante tráfico entre esquinas y las aceras con guirnaldas, repletas de peatones presurosos. Por encima de todo ello brotaban los diversos campanarios de algunos templos, las más altas estructuras de la ciudad, sus cruces y sus puntiagudos torreones captando el sol casi tropical y penetrando en el cielo lívidamente ardiente. Tan altos eran que los edificios en torno quedaban disminuidos.

—La calle de los nuevos millonarios, los gloriosos contratistas, los afortunados y reverenciados ladrones, los verdaderos directores de Norteamérica, los capitanes que mandan a gobernantes, presidentes y gobiernos —dijo Montrose—. Los Vanderbilt, los Astor, los Gould, la nueva aristocracia del dinero, los nuevos patricios procedentes del arroyo. En Europa, debido a las empresas que manejan, serían ahorcados, pero en Norteamérica son adorados. Fíjate en la opulencia de sus mansiones, aptas para príncipes, repletas de sirvientes con antepasados mucho mejores, honrados por lo menos. Y no obstante, cuando visitan las capitales de sus orígenes en Europa son recibidos por reyes y emperadores. Esta guerra ¿ha moderado su codicia, aquietado su avidez, ensombrecido sus vastas y doradas habitaciones? En absoluto. Es únicamente una ocasión para provechosos beneficios, importancia y excitación. Sus hijos compran sustitutos para el campo de batalla, si bien reconozco que sus señoras se atarean en bazares y tómbolas, bailes y actuaciones teatrales para reunir dinero para aquellos que llaman «nuestros muchachos».

Montrose hablaba sin amargura y hasta jovialmente. Dijo Joseph:

—Oí decir que las ciudades están agobiadas por la carestía y los racionamientos de alimentos y ropas.

—No en Nueva York, señor Francis. Por lo menos, no en estas calles. Posiblemente hay sectores de los barrios bajos y de las moradas de los pobres y perpetuamente indigentes para quienes resulte casi imposible comprar pan, carne o legumbres dado lo poco que ganan. El clero insiste en que no es un delito ser pobre pero nadie se lo cree. Las guerras no devastan al adinerado. La devastación es para aquellos que no tienen dinero, tanto en las ciudades como en la batalla. Siempre fue así.

La respetuosa y vigilante policía estaba por doquier con sus largas chaquetas azules, cintos, cascos y mostachos, luciendo sus bastones abiertamente, ya que nadie sabía cuándo, ni siquiera allí, los motines contra el reclutamiento podían estallar y los bribones andrajosos pretendiesen asaltar aquellas grandes casas. Joseph pudo ver sus lustrosos y húmedos rostros enrojecidos y los identificó como irlandeses, bien alimentados, si no respetados, irlandeses. En Irlanda luchaban contra la arrogancia y

el poder. En Norteamérica protegían ambas cosas. «¿Acaso voy a reprochárselo?», pensó Joseph. «¿No deseo vivir tras estas puertas de bronce cincelado y estas ventanas con sedosos cortinajes?».

Como Joseph no hiciera comentarios, Montrose le miró de soslayo y pensó: «Tengo un retoño de su misma edad. ¿Mi padre le vendió... y también a Luana? ¿O acaso mi madre, cosa increíble, abrió por una vez su necia boca y se enfrentó a mi padre? ¿Dónde estarán ahora mi hijo y mi Luana, mi querida Luana?». Sonreía como si sus pensamientos fueran placenteros y no trituradores.

Cuando llegaron al ostentoso edificio, grande y macizo, que era el Hotel de la Quinta Avenida en la calle 23, Montrose abandonó el carruaje con la agilidad de un joven y Joseph le siguió, inclinando su cuerpo anguloso desde la estrecha cintura. La grandiosidad ejercía una fascinación en él, aun la grandiosidad elaborada por hombres. Alzó la mirada hacia la blancura grisácea del edificio, y a la escalinata pululante^[12] de sirvientes de casaca amarilla atareados con la descarga de algunos carruajes, parándose y ayudando a caballeros y señoras a poner pie en tierra. Las damas reían dándose aire con preciosos abanicos o pañuelos perfumados y los caballeros también riendo volvían a encasquetarse sus sedosos sombreros de copa. Los gorjeos agudos y las remilgadas risas eran totalmente extrañas a Joseph y aunque se odiase al sentirse como un paleta entre aquellos «*dandy*», aquellos elegantes y despreocupados jóvenes con bastones y joyas, aquellas criaturas aplomadas que nunca conocieron la necesidad ni la desesperación. Las radiantes faces de las mujeres eran todavía más estentóreas que sus sedas, rasos y multicolores capas. Entre ellos había airosos oficiales con uniformes exquisitamente cortados, llenos de galante cortesía, cotorreando como actores, con sus botones dorados destellantes. Cernían espada y sus piernas quedaban perfectas en sus ajustados calzones de montar y sus altas botas puntiagudas deslumbraban, y sus charreteras resultaban arrogantes en las anchas espaldas.

Parecieron súbitamente irritados cuando Montrose, murmurando disculpas, se deslizó a través de sus filas, pero una ojeada a su rostro les impulsó instintivamente a cederle el paso. Joseph le seguía mañosamente y pensó: «Esto es autoridad». Sin embargo, era también algo más. Era una intangible cualidad de educación; era una distante altivez como si aquellos hombres y oficiales fueran inferiores. Muchos le miraron con curiosidad, intriga o resentimiento, y las mujeres le ojearon con interés susurrando entre ellas: «¡Tan distinguido! ¿Quién es?». Y una dijo: «Posiblemente un diplomático, alguien importante». Joseph y Montrose la oyeron y Montrose le dedicó a Joseph una risa silenciosa, como ante algo burlesco, y volviéndose dedicó un elegante saludo a la joven dama que sonrojóse de placer en retozo de risa mientras su galán fruncía el ceño.

Por vez primera, ante su consternada sorpresa, Joseph se encontró simpatizando con Montrose, el hombre de ninguna parte, el estafador caballeroso y tahúr, el hombre sin familia ni hogar ni parentela, el hombre que muchos considerarían un

delincuente.

Entraron en el vestíbulo y Joseph sintióse inmediatamente inundado por una enorme rojez y repentinamente el aire, por lo menos para sus sentidos, era más ardiente y más abrumador que en la avenida. Las paredes eran de caoba oscura y damasco rojo satinado bajo un techo abovedado de madera dorada. La alfombra era escarlata, los grandes sillones de caoba estaban tapizados del mismo color. Aquellas mesas monstruosas fueron seguramente creadas para gigantes y no para hombres, y rebosaban de flores primaverales y jarrones; estaban intrincadamente talladas con patas arqueadas y pies dorados en forma de garra. Todos los enormes retratos de las paredes representaban a hombres y mujeres vestidos en diversos matices de rojo, con ardientes fondos que sugerían fogatas. Entre ellos había anaqueles de bruñido bronce dorado sosteniendo altos candelabros blancos. A trechos había sofás, aptos para Goliat, recubiertos de seda carmesí. Ocho enormes arañas de candeleros con grandes gotas de cristal y globos tallados en facetas de destellante luz pendían del techo y cada una de ellas podría por sí sola haber iluminado un salón de baile. Allí aparentaban ser solamente de tamaño corriente. Al extremo del vestíbulo se movían tres jaulas de ascensor de bronce dorado, y cinco hombres de camisas acanaladas, levitas negras del mejor paño y discretamente enjoyados aguardaban tras un largo mostrador con servicial dignidad para acoger a los huéspedes. Sus bigotes estaban encerados hasta el fulgor; sus ojos lo veían todo y no pasaban nada por alto.

El vestíbulo era un fluir de hombres y mujeres yendo y viniendo, riendo y charlando, saludándose y despidiéndose. Tenía aquello tal aire de festival que Joseph se preguntó si era un día de fiesta peculiar en Nueva York. Luego recordó que aquello era el alegre aspecto de la prosperidad de guerra, pese a los racionamientos de géneros y alimentos, y del nuevo impuesto sobre los ingresos que Washington había aplicado desesperadamente para pagar por el conflicto. Desde atrás de algunos biombos dorados acudían los suaves arpegios de violines y piano, recatados, pero añadiendo su propio y dulce comentario a la felicidad y alegría allí imperante, en el ambiente de bienestar, riquezas, importancia y animación. Todas las damas estaban bella y dispendiosamente vestidas, perfumadas, de modo que el vestíbulo parecía ser un cálido jardín de flores abriéndose bajo el pleno sol. Juvenil o no tan juvenil, cada semblante era bonito y cada mujer, aparentemente, intentaba parecerse a una graciosa actriz. Sus ademanes eran lindos y animados, sus voces eran como trinos. Sus abanicos revoloteaban; bolsos recamados oscilaban de sus muñecas enguantadas. Entre ellas no había ni una sola compostura triste o ansiosa. Sus caballeros eran igualmente esplendorosos, maravillosamente ataviados y fascinantes, y cuando no estaban hablando reían o saludaban a alguna dama o ponían de relieve unas piernas varoniles en ceñidos pantalones. Joseph nunca había visto tanta vivacidad y júbilo, y aunque había leído sobre ello en relación a suntuosos bailes, decidió que la realidad era mucho más vívida que cualquier palabra escrita. Los tintes floridos de cada cosa y los colores en las damas le hacían sentirse mareado y acalorado complementando el

dominante susurro del parloteo ambiental.

Como si el vestíbulo estuviera vacío, Montrose se aproximó felinamente al mostrador donde por lo menos dos de los recepcionistas le reconocieron inmediatamente saludándolo.

—El señor Francis, mi socio, viene conmigo, señores, y ocuparé la serie acostumbrada de habitaciones.

Un recepcionista atrajo un grueso libro escribiendo en él rápidamente, inclinándose respetuosamente la cabeza ante Joseph. Tras ellos esperaban dos hombres de uniforme amarillo a los que Joseph había visto afuera, empuñando sus equipajes.

Entraron en uno de los dorados y enrejados ascensores. El operador tiró con facilidad del cable y fueron ascendiendo.

—¿Qué te parece, señor Francis? —inquirió Montrose.

Joseph meditó, mirando hacia abajo, a través del enrejado, al enorme vestíbulo rojo y sus multicolores y remolineantes ocupantes.

—No creo que me guste —dijo.

—El señor Healey siente hacia todo esto una elevada consideración —dijo Montrose, esbozando una leve sonrisa.

—Los tiempos de guerra ya no son sombríos aquí —dijo Joseph.

—Nunca lo fueron y nunca lo serán, excepto para aquellos que combaten en las guerras, pagan contribuciones por ellas, mueren en ellas y lo pierden todo en ellas. Pero los combatientes, indudablemente, carecen de importancia.

El ejército del General Grant estaba entrando en Mississippi para el asedio de Vicksburg, y cada paso estaba siendo sangrientamente disputado. Caían a miles, en la matanza, bajo el relampagueo escarlata de los cañones y en la niebla mortal de la pólvora, y los rifles estaban abatiendo vidas juveniles y las ciudades ardían, y los campos verdeando y retoñando sólo horas antes, se ennegrecían chamuscados, y frondosos bosques humeaban bajo el cielo sonriente. Pero aquellos que estaban allá abajo en el vestíbulo que iba desapareciendo, rodeados por la cristalería, de dorados y maderas talladas, se despreocupaban totalmente del exterminio y la destrucción. Joseph sintió una profunda amargura y hasta odio hacia aquellos que gozosamente se aprovechaban de las guerras; un instante después se burló de sí mismo. Aquéllos, por lo menos, eran hombres realistas.

Los dos viajeros y sus dos escoltas, con el equipaje, abandonaron el ascensor en el cuarto piso y avanzaron por un corredor alfombrado de rojo y flanqueado por paredes de caoba lustrada. Una puerta cincelada fue abierta y Montrose estaba a punto de entrar cuando un oficial del ejército, aparentemente apurado, salió del cuarto opuesto y chocó con la pequeña caravana. Era más bien bajo, de aspecto juvenil, de rostro completamente afeitado, voluntarioso, de inquieta y rápida inteligencia y ojos de un azul peculiar, penetrante.

Deteniéndose, inclinó con brusquedad la cabeza ante Montrose y dijo:

—Mis más rendidas excusas, señor.

—Aceptadas, señor —dijo Montrose correspondiendo al saludo.

El oficial miró a Joseph, inclinó de nuevo la cabeza, y continuó apurado por el corredor, en dirección a los ascensores.

—Estos militares —dijo Montrose— siempre se desplazan como si hubiera un campo de batalla a la vuelta de la esquina.

Su entonación era indulgente. Pero Joseph recordaba la inquisitiva y penetrante mirada que el oficial le dirigió, como si lo sopesara.

La espaciosa serie de habitaciones estaba sobriamente decorada en color gris tórtola, con suaves sedas y terciopelos verdes, sin un solo toque de rojo, por lo cual Joseph se sintió agradecido. Tres grandes ventanas estaban parcialmente abiertas y los cortinajes de terciopelo verde se arqueaban, recogidos en asidores de metal áureo grabado. Las sillas doradas eran de una bella forma, lo mismo que las mesitas y sofás, y los adornos eran costosos y de buen gusto. Un gran florero redondo, con tulipanes y narcisos, se hallaba en la mesa central. A un lado de la sala surgían dos alcobas muy grandes. Las camas tenían cortinas y colchas de encaje de Bruselas y satén verde. Entre las dos alcobas se hallaba un cuarto de baño de mármol, con grifos y apliques chapados en oro, y era la primera vez que Joseph veía un cuarto de baño. La bañera estaba empotrada en una estructura de caoba, la cómoda era de mármol, con un sillón de mimbre dorado, y el lavamanos también era de mármol. Había una ventana con cristal esmerilado, para la intimidad del sitio, y el cálido sol creciente la atravesaba, haciendo bailar pequeños arcoiris por todos aquellos mármoles blancos, el suntuoso despliegue de toallas y el suelo alfombrado.

Los uniformados asistentes procedieron, rápida y expertamente, a colocar el contenido del equipaje de los caballeros en los armarios y cajones de manijas doradas. Joseph fue a la ventana y miró hacia abajo el conglomerado de la Quinta Avenida con sus pequeños jardines delanteros, los árboles resplandecientes, el incesante movimiento del gentío y el tráfico densamente congestionado. Muchas señoras habían abierto sus multicolores sombrillas y le parecía estar viendo un estrepitoso jardín en medio de un alboroto. Repentinamente, Joseph se sintió al borde de la asfixia. Cerró la ventana y el ruido enmudeció. Notó la proximidad de Montrose y volviéndose, dijo con voz hosca:

—El señor Healey es cuidadoso consigo mismo.

Montrose alzó sus cejas amarillas. Se había servido agua fría de una jarra que se hallaba sobre una de las mesas y la saboreó pensativo. Después, dijo:

—¿Y por qué no iba a hacerlo así, señor Francis? ¿No se lo ha ganado con los únicos recursos a su alcance? ¿A quién debe rendirle cuentas? ¿Hay alguna virtud en la abstinencia, algún bello elogio para la austeridad cuando no se cuenta con ningún medio? Está menos corrompido y vemos que viven en las mansiones que ves desde esta ventana, pero la venalidad no es lo que está en discusión, ¿no es cierto? Es una cuestión de gusto. Si al señor Healey le gusta la opulencia, ¿por qué no va a gozar de ella? Si tú y yo tenemos gustos distintos, ¿acaso esto los hace superiores?

Joseph estaba mortificado. Montrose había hablado con amable entonación, como lo hacen un hermano mayor o un padre, pero la picardía de sus ojos denunciaba otra intención, algo que Joseph no pudo comprender.

—Lo siento —dijo con dureza.

Montrose denegó con la cabeza y dijo:

—Nunca te disculpes por tus propias opiniones. Esto equivale casi a sentir remordimientos. ¿No fue Spinoza quién dijo que un hombre que siente remordimiento es dos veces débil? En cuanto a opiniones, pueden ser más o menos valiosas que las opiniones ajenas, pero siguen siendo las tuyas y debes respetarlas. —Miró a Joseph directamente, pero con simpatía—: En determinados momentos sospecho que no te tienes en muy alta estima; esto es peligroso, para ti mismo, y algunas veces para los demás. Es un defecto que debes enmendar.

Joseph había detectado un tono de advertencia en la voz de Montrose. Cuando contestó, en sus pómulos apareció de nuevo la estrecha y ardiente mancha:

—No soy tan ególatra como para pensar que jamás voy a cometer un error.

—Esto no es lo que quise decir, señor Francis. Si no tienes un soberbio amor propio, los demás no tendrán consideración por ti; en consecuencia, dudarán de ti, de tu palabra y de tus acciones, y titubearán o se rebelarán cuando les des órdenes. Primero debes convencerte de que estás por encima de todos los demás, aun cuando sepas que no es así, o por lo menos debes actuar como si tuvieras esta certeza. Los hombres tolerantes no son de fiar, ya que ellos mismos a veces dudan. Comprendo que esto sea una refutación de los manuales escolares, pero es una verdad absoluta. También puedes creer que esto es una paradoja, o algo muy sutil, pero te sugiero que reflexiones sobre ello. Contiene insinuaciones que van más allá de las meras palabras.

Joseph reflexionó. Después, dijo:

—¿Quiere usted sugerir que los hombres tolerantes son demasiado blandos?

Montrose alzó su delgado índice con expresión de complacencia.

—¡Exactamente! La tolerancia es el refugio de los pusilánimes. Se es tolerante únicamente con aquellos que pueden perjudicarle a uno y por ello se desea aplacarlos. Corre paralela con el altruismo y sabemos que éste implica la vanagloria y el propio servicio, además de ser un síntoma de temor.

Abrió la mano y observó un minúsculo trozo de papel que había guardado en ella.

—Exactamente dentro de cinco minutos llegará un visitante. Quizás desees asearte un poco.

Joseph pensó: «El tren se retrasó y nadie podía saber la hora a la que llegaríamos, por lo tanto, no podía existir una cita exacta y no fue entregado ni solicitado ningún mensaje en el mostrador de abajo. Tampoco vi un papel o un sobre en estas habitaciones. Sin embargo, un visitante estará aquí, dentro de cinco minutos».

Pasó al cuarto de baño para lavarse. Repasó la hora anterior en su pensamiento. Nadie le dio a Montrose un sobre; no habló con nadie excepto para solicitar aquellas habitaciones. Nadie le entregó subrepticamente un papel, ni siquiera de paso...

Joseph se secó lentamente las manos. Evocaba al que chocó con Montrose en el corredor y le habló: el oficial del ejército. El uno presentó sus disculpas, el otro las aceptó, y se habían separado. Joseph sonrió. Fue de nuevo a la sala y miró a Montrose, que estaba tan tranquilo como si acabara de levantarse del lecho. Joseph titubeó. Se preguntó si Montrose esperaba que hiciese algún comentario, si lo aprobaría, o si le molestaría y le tendría en menos consideración si hablaba. Pero Joseph estaba algo picado por los comentarios del que le aventajaba en experiencia, por lo cual dijo:

—Seguramente el visitante es el oficial del ejército, ¿no?

Montrose alzó la mirada, alerta.

—¿Fuimos tan torpes o tan evidentes? —indagó, pero parecía caprichosamente complacido.

—No, en absoluto —dijo Joseph—. Sólo ha sido mi deducción de los acontecimientos de esta mañana.

—Siempre supe que eras listo, señor Francis, astuto, agudo e inteligente. Celebro que confirmes mi opinión. Y debo admitir que eres mucho más inteligente de lo que supuse. Pero lo mejor es que eres un magnífico observador, y éste es un raro don que nunca es lo bastante elogiado —miró a Joseph con un orgullo curioso que desconcertó al joven—. El coronel Braithwaite nos ha estado esperando desde anoche, pero el tren se retrasó y no se sabía con certeza la hora de nuestra llegada. Él tenía que hacerme saber cuándo podríamos sostener nuestra reunión. De otro modo, no lo habría sabido y hubiésemos perdido tiempo esperando.

Al no hacer Joseph comentario alguno, Montrose volvió a dar muestras de su complacencia. Alguien llamó a la puerta, por lo que Montrose se levantó y fue a abrir.

XVIII

El coronel Elbert Braithwaite irrumpió en la sala cuando Montrose abrió la puerta y lanzó una mirada de ardiente azul, por encima del hombro, al traspasar el umbral. La temperatura de la sala era mucho más fría que la de la avenida, pero el coronel sudaba copiosamente y su rostro agresivo relucía. Estrechó muy cordialmente la diestra de Montrose, con inclinaciones de cabeza, sonrió y exhibió una considerable cantidad de anchos y brillantes dientes blancos. Sus modales parecían pueriles, alegres y excitados.

—¡Esperé todo el día de ayer y toda la noche! —exclamó—. Doy por hecho, señor, que el tren se demoró mucho debido a los vagones de tropa y demás.

Tenía la aguda y clara entonación y los movimientos vivaces del nativo de Nueva Inglaterra. De Boston, pensó Joseph. Por una razón que ni él mismo sabía, experimentó una aversión instantánea hacia el inquieto coronel, ya que nunca le habían gustado los hombres exuberantes o los hombres con caras redondas y pequeñas. Comprendía que era irracional y solamente una cuestión de temperamento, pero no podía evitar esa sensación de rechazo. Asimismo, el coronel parecía ser un hombre alegre, no con la alegría natural de Montrose sino con una alegría calculada, que Joseph sospechaba que instantáneamente podía trocarse en fría brutalidad y mal genio. Aunque demasiado bajo y ancho para encajar adecuadamente en un uniforme, el suyo estaba tan bien cortado que le daba cierta impresión de altura. Llevaba la habitual espada con funda y sus guantes grises eran delicados. Se los quitó tan delicadamente como lo hace una mujer, los estiró y los dejó cuidadosamente sobre una mesa. Durante todo este tiempo contempló a Montrose con caluroso afecto, Joseph también percibió que esto estaba preparado, y sus modales eran agradables, abiertos y extremadamente parciales. Un galón sobre su brazo proclamaba que era miembro del «Ejército de los Estados Unidos», no meramente un miembro del «Ejército EE. UU.», y esta leve diferenciación señalaba que se había graduado en la Academia Militar de West Point y era un militar profesional.

Su corta y ancha nariz se expandía y contraía curiosamente sobre su boca de amplia sonrisa y sus penetrantes ojos azules chispeaban de bienestar, amistad y extraordinaria salud —debía rondar los cuarenta años— y cada vez le desagradaba más a Joseph. Habíase quitado el amplio sombrero de fieltro azul y su cabello era crespo y brillante. En su modo de parlotear a lo muchacho jovial, felicitó a Montrose por su aspecto de buena salud, comentando lo muy feliz que se sentía al verle de nuevo. Montrose escuchaba con sonriente cortesía y escasos comentarios. Éste se inclinaba sobre el coronel, que continuaba parlotear con una mano en el brazo de Montrose. Toda aquella cháchara era como la de una mujer y nada dijo que tuviera la menor trascendencia, cuestión que Joseph consideró que se debía a la táctica. Un hombre funesto, pensó Joseph, al cual sus subordinados probablemente detestaban.

El coronel había ignorado la presencia de Joseph, y Joseph aguardaba. Finalmente, Montrose se apartó de su amigo y señaló con un ademán a Joseph.

—Coronel Braithwaite, éste es mi nuevo socio, el señor Francis. Es de mi máxima confianza y, por consiguiente, usted puede confiar en él. El señor Healey que, como sabe, nunca comete un error, lo eligió:

El coronel giró de inmediato hacia Joseph, saludó profundamente, y tendió su corta y recia mano, dando extremada demostración de camaradería.

—¡Mi enhorabuena, señor! —exclamó—. ¡Me complace conocerle! —y sus dientes, como porcelana blanca, brillaron.

Joseph también se inclinó, tocó rápidamente la mano y se retiró. Luego repitió:

—Me complace conocerle.

El coronel escuchó atentamente. Una de sus teorías era que podía descubrir mucho escuchando la voz de un hombre, en vez de sus palabras. Sus gruesas orejas sonrosadas parecieron sobresalir mientras oía el leve acento de Joseph. Después, con un rápido gesto de incredulidad, recorrió su rostro. Había oído aquel acento miles de veces en su nativo Boston. Lo oía a diario entre sus soldados. Sus fosas nasales vibraron con desagrado y el expansivo buen humor se esfumó de su rostro.

—¿Es usted de Boston, señor? —preguntó.

—No. Soy de Titusville, Pensilvania —replicó Joseph. Conocía aquella expresión demasiado bien. La había visto en los semblantes de los oficiales británicos, que se parecían a ése, y sabía la razón. La endiablada malicia de Montrose, siempre latente, afloró a la superficie. Dijo:

—El señor Francis procede de Irlanda, según creo.

—Eso pensé —dijo el coronel, mezclando de modo tan evidente la satisfacción y el desprecio, que el rostro habitualmente sereno y distante de Montrose se ensombreció—. Siempre puedo distinguirlos.

Volvió entonces la espalda a Joseph y reanudó su rápido parloteo con Montrose, dándole noticias de la ciudad y de la guerra. Luego añadió, más lentamente y con pesado énfasis:

—Estará contento al saber, señor, que finalmente hemos dominado la Rebelión Irlandesa en esta ciudad. Sin embargo, no pudo lograrse hasta que no recibimos la orden de disparar a quemarropa contra los alborotadores. ¡Excelente! ¡Se retiraron inmediatamente a sus chozas, cloacas y cuevas en Central Park, con los rabos de rata entre las piernas!

El insulto era tan palpable e intencionado que los puños de Joseph se crisparon y avanzó ciegamente hacia el coronel. El ansia de matar que antaño había experimentado resucitó en él, enrojeciendo su visión. El coronel tenía el instinto del soldado y, volviéndose inmediatamente, dijo con la más abierta y alegre de las sonrisas:

—¡Exceptuando los presentes, naturalmente, señor Francis!

Joseph se detuvo, estremeciéndose de furia. Miró hacia aquellos burlones y

desdeñosos ojos y dijo:

—La presente compañía no queda exceptuada, señor, cuando declaro que los soldados son bestias y no hombres, y autómatas incapaces de pensar que obedecen órdenes, del mismo modo que un arma. Nunca son dueños, son esclavos.

—Vamos, vamos, caballeros —intervino Montrose—. Estoy seguro que ninguno pretendió insultar a otro. ¿Acaso no somos caballeros? ¿Acaso no tenemos que tratar de negocios, y no está el negocio más allá de malas interpretaciones y rencillas?

Miró fijamente al coronel y su rostro reflejó una expresión que Joseph nunca había visto. La figura del coronel pareció empequeñecer. Montrose agregó:

—Le he dicho, que el señor Healey ha elegido al señor Francis y se sentiría extremadamente... turbado... si oyese comentar que su elección ha sido desaprobada. Estoy seguro, coronel, que ésta no era su intención.

—¡En absoluto, en absoluto! —gritó el coronel—. Simplemente estaba hablando sobre los forajidos en esta ciudad, y si di a entender que eran irlandeses, tal implicación, por desgracia, es absolutamente cierta. El señor Francis es demasiado sensible. Mis cumplidos y disculpas, señor —dedicó un saludo a Joseph, añadiendo con excesivo énfasis—: Soy su servidor.

Joseph había alzado la cabeza. Su rostro parecía agudamente triangular a causa de la tensión de los músculos faciales. Sus hundidos ojos eran duros fulgores bajo las cejas rojo oscuro que habían descendido casi sobre las pestañas y su boca lívida era un tajo de rabia contenida. Montrose también notó que sus ojos habían adquirido la fijeza de una mirada amenazadora y pensó: «No me equivoqué. Es peligroso, pero posee un magnífico dominio de sí mismo».

Una honda y audible exhalación surgió del pecho de Joseph. Volvió la espalda al coronel, que había comenzado a sentir un leve escalofrío de alarma. Se encaminó hacia una silla cercana a la amplia mesa central y se sentó. Sólo miraba a Montrose, que asintió levemente. Entonces Joseph, ignorando al militar, le preguntó:

—¿Por qué se amotinaron los irlandeses en Nueva York, señor?

—Creo que no desean pelear en esta guerra. Quizá han visto lo suficiente de la miseria de la guerra en su propio país. Además, están hambrientos, viven en condiciones indigentes en chabolas apresuradamente construidas en el lejano norte de la ciudad, o en cuevas, y dependen para vivir de la caridad y compasión de los granjeros que habitan junto a Central Park o en el mismo Parque. Tienen muchas dificultades, aun en estos días de trabajo necesario para la guerra en las fundiciones para ganarse el sustento. Nadie quiere emplearlos. Es terrible para un hombre orgulloso y desesperado, que no puede encontrar trabajo, ver que sus padres, su esposa o sus hijitos se mueren de hambre o mendigan por las calles un mendrugo de pan. Ésta es, señor Francis, la condición de los irlandeses en este Año de Gracia de 1863 en Nueva York y otras ciudades, si existe una explicación lógica, aparte un insensato fanatismo, yo no logro encontrarla.

Joseph miró rápidamente en dirección al coronel, y dijo con mucha calma:

—Quizá no consideren a esta nación digna de pelear por ella, señor Montrose. No los censuro.

La diestra del coronel voló a la empuñadura de su espada. Joseph vio el ademán. Su labio superior se alzó en un gesto de desdén. Pero siguió mirando fijamente a Montrose, como en espera de que hiciese un comentario. Montrose se encogió de hombros y dijo:

—Los insensatos acuden a las guerras. Los hombres inteligentes se benefician con ellas... y las inventan. ¿No es así, coronel? ¿No fue usted quién dijo esto?

La cara del coronel se dilató por la tensión.

—No veo nada malo en aceptar una pequeña ganancia de cualquier cosa, señor.

—¡Ahora sí que nos comprendemos perfectamente! —dijo Montrose, con aspecto aliviado—. Todo lo demás fueron malentendidos. Nosotros tres nos hallamos aquí para conseguir beneficios, ya que somos hombres prácticos. No hicimos esta guerra, ni siquiera usted, coronel. Somos... eso es... víctimas de circunstancias que escapan a nuestro dominio. Ninguno de nosotros ama al señor Lincoln y a su guerra. El patriotismo no exige ceguera y sordera. Podemos... albergar proyectos más vastos para nuestro país, proyectos que van más allá de la guerra. Coronel, ¿no le gustaría acompañarnos en la mesa? Tengo *whisky* y vino, para que los gustemos.

Empujó hacia adelante una ancha bandeja de plata que tenía varias botellas. El coronel acudió de inmediato, rebozando buena voluntad y camaradería. Hasta tocó levemente el hombro a Joseph antes de sentarse. Joseph no se movió. Deseaba abandonar aquella estancia, pero se dio cuenta que era absurdo e infantil, y se avergonzó. El coronel servía a un propósito, Montrose y él servían a un propósito, y no podía permitir que un ultraje infantil se entrometiera en la cuestión. Pero su corazón seguía latiendo con impulso enfermizo y asesino en su enjuto pecho y sudaba por el mismo apremio de su odio hacia el militar que ahora representaba a todos los militares ingleses que había conocido.

El coronel alabó con exclamaciones placenteras la calidad del *whisky* y dejó que Montrose le escanciase otra copa. Reclinándose hacia atrás en su silla, se aflojó el prieto colete azul, extendiendo sus cortas piernas macizas. Rebosaba una franqueza infantil. Incluía al silencioso Joseph en su voluble cháchara y reía casi constantemente. Montrose escuchaba, sonriente. Sostenía sobre las rodillas un maletín de piel cerrado que Joseph ya había visto. Bebía despacio, con fastidio, aunque saborease cada gota. Joseph bebía poco, ya que sabía que no hacerlo hubiese incitado nuevamente el sarcasmo del coronel, y temía su propia reacción al sarcasmo. El calor aumentaba en la estancia.

La voz de Montrose se hizo baja y confidencial. Le dijo al coronel:

—Se comportó usted excelentemente, señor, en el pasado y para el señor Healey cuando embarcamos lo... necesario... a cierto puerto. No tuvimos problema alguno, y por esta razón el señor Healey está muy agradecido y está dispuesto a ser todavía más generoso. Le transmito sus felicitaciones a usted, coronel.

Los dientes del coronel destellaron de nuevo ante el halago, y Joseph sintió acentuarse su desagrado. Dijo el coronel:

—Le ruego transmita a su vez mis mejores saludos al señor Healey así como mi complacencia en servirle, señor. Deduzco que ahora se trata de otro embarque similar a los anteriores. ¿Dijo usted que el señor Healey está dispuesto a ser aún más generoso? —y en su rostro se dibujó la avaricia al inclinarse hacia Montrose.

—Mucho más generoso —dijo Montrose entre dos sorbos de *whisky*—. Hasta me atrevo a añadir que le dejará sin aliento, señor.

—¡Ah, ah! —clamó el militar jubilosamente, dando un manotazo sobre la mesa—. ¡Entonces el señor Healey por fin asimiló el peligro!

Montrose arqueó sus cejas.

—¿Fue tan peligroso, coronel, conceder el despacho de aduana libre al velero «Isabel» en el puerto? Después de todo, usted es la autoridad militar del puerto de Nueva York, ¿no es así?

Había ahora una leve contracción en la estrecha y sudorosa frente del coronel mientras especificaba:

—El «Isabel» es una nave comercial que opera entre Boston y Nueva York, y navega abiertamente, con la marea, de día o de noche. Cuando emprende un rumbo distinto, llamémoslo así, se requiere la máxima discreción y... estudio... para evitar las patrullas federales. Esto implica peligro.

—Pero más allá de los límites de los patrulleros —quienes creen que el velero está en singladura hacia Boston u otros puertos de la Unión— no hay mucha vigilancia.

El coronel golpeó otra vez la mesa con brusquedad.

—Usted no se habrá enterado. La vigilancia se ha vuelto muy estricta y constante lejos de la costa. No son ustedes los únicos interesados en este... comercio, señor Montrose. Y diferentes viradas de rumbo, frecuentemente observadas, son habitualmente sometidas a examen con documentos a la vista en el puerto de origen y minuciosamente fiscalizados. Hay quizás otra cosa de la cual no haya oído hablar. Barcos británicos que dejaban este puerto más o menos inocentemente, han sido vigilados por los patrulleros del zar ruso que está decidido a que los británicos no ayuden a la Confederación.

—¿Los rusos no se habrán atrevido a dar el alto a naves británicas, supongo? —dijo Montrose.

—No. No se atreven. Los barcos británicos poseen la más notable... protección. Los británicos son hombres de mar muy valerosos, señor, y yo estoy orgulloso de pertenecer a su raza —miró de soslayo a Joseph que se removió.

Con clara precisión, dijo Joseph:

—Los británicos, coronel, se componen de razas célticas: los irlandeses, los escoceses y los galeses, que son realmente una sola raza. Los ingleses, por el contrario, no son británicos. Son meramente anglosajones, que fueron traídos como

esclavos a Inglaterra por sus dueños, los normandos —y con acento tan cándido como el del propio coronel, inquirió—: ¿Hasta la fecha han logrado ya olvidar el estigma de esclavos?

La faz del coronel se ensanchó volviéndose purpúrea. Sonriente, añadió Joseph:

—En tal caso, todavía hay esperanzas para el negro, de que pueda superar el estigma de haber sido esclavo. Después de todo, coronel, les bastará recordar a los ingleses que también fueron esclavos. ¡Contemplemos a lo que han llegado una vez conquistada su libertad! La Iglesia Católica, señor, fue la que logró este resultado.

«Diste en el clavo», pensó Montrose con silencioso regocijo. Joseph proseguía:

—¿Doy por hecho, señor, que cuando usted alude a los «británicos», se refiere a mis antepasados los celtas, y no a los antiguos siervos y esclavos de Su Germánica Majestad la Reina Victoria?

—Vamos, vamos —intervino Montrose sonriendo amablemente—, no iniciemos una discusión acerca de los orígenes raciales, pues, por otra parte es sabido que antaño la gran mayoría de nuestros antepasados fueron esclavos desde los principios de nuestra civilización, perteneciendo a unos pocos dueños —y dedicó a Joseph una ojeada significativa.

—No hay nada que me produzca mayor desagrado —dijo el coronel con un esbozo de mirada amenazadora— que la discusión de banalidades...

—Entre hombres de negocios —intercaló Montrose—. Prosigamos. Estábamos discutiendo, según creo, los leves contratiempos entre los rusos y los ingleses.

—Los rusos —dijo el coronel— han estado informando sobre rumbos irregulares tomados por barcos británicos, obviamente neutrales, en sus travesías entre puertos de la Unión. Esto ha conducido a ultrajantes capturas de barcos británicos por el Gobierno Federal, y a discusiones internacionales entre diplomáticos. Los rusos solamente desean poner en situaciones embarazosas a los británicos, ya que algún día anhelan disputarles el imperio mundial.

—Y también nosotros —dijo Montrose—. Esto es lo que sucede inevitablemente con los imperios. ¿Proseguimos? ¿A qué hora puede levar anclas mañana, el «Isabel»?

—A la medianoche —dijo el coronel que seguía enfurruñado—. El mismo cargamento, supongo.

Montrose reclinándose en su silla contempló el humo de su tabaco.

—Necesitaremos más hombres. Habrá sesenta embalajes de tablas muy voluminosos y aproximadamente doscientos de menor tamaño. Serán muy pesados.

El coronel silbó entre dientes y sus ojos miraron furtivamente a Montrose que sonriendo elocuentemente insinuó:

—Éste es un primer intento. Si tiene éxito habrá cargamentos mayores... y más ganancias para usted, coronel.

El coronel volvió a llenar su copa. Removió el dorado contenido mirando fijamente el líquido.

—Hay personajes más importantes que yo comprometidos en este asunto, señor Montrose. Puede que no les guste la novedad.

—Conozco la existencia de estos hombres más importantes. Con todo, hemos sido elegidos esta vez... por Barbour y Bouchard.

El coronel le miró fijamente:

—Pero Barbour y Bouchard han estado... transportando... cargamentos mucho más importantes desde el mismo principio de la guerra.

—Cierto. Pero sus operaciones van aumentando. Y aunque algunos de sus transportes han sido apresados, bajo cuerda. No han sido nunca procesados. Continúan. Barbour y Bouchard son hombres muy poderosos, coronel. No obstante que todavía hay senadores, diputados y otros políticos que son incorruptibles. Tienen a su servicio algunos senadores. Pese a esto, han de operar con discreción. Las familias de los soldados de la Unión no deben indignarse. Los otros transportistas de Barbour y Bouchard, aparentemente, han ido haciéndose un poco descuidados. En consecuencia, fuimos elegidos.

El coronel le miró sorprendido y con repentino respeto y estupor.

—Usted —susurró casi— y Barbour y Bouchard.

—Evitemos citar nombres inútil e indiscretamente —dijo Montrose—. ¿Queda ya decidido? ¿Habrán suficientes cargadores mañana a la noche?

—Nunca he dado despacho libre aduanero a esto... esto... antes de ahora —dijo el coronel.

—Ya es tiempo de que usted se vuelva más importante —dijo Montrose— y que se comprometa en transacciones que son mucho más lucrativas. Está usted preparado para equipararse al nivel de hombres muy poderosos que han estado dando despachos de libre navegación a diversos barcos, hasta en Nueva York.

—¿Cómo están marcados los embalajes? —quiso saber el coronel.

—Herramientas para Boston, Filadelfia y varios otros puertos. Están marcados «Barbour & Bouchard».

Escribió Montrose en un pedazo de papel.

—El muelle —dijo. El coronel leyó lo escrito y Montrose quemó el papel—. Verá que el número del muelle ha sido cambiado, coronel.

El coronel en silencio miraba el techo. Parecía anonadado. Por fin, dijo:

—Yo doy permisos de salida del puerto. ¿Es posible que... otros... hayan estado fraguando permisos legales, sin que yo lo supiera?

—Indudablemente —dijo Montrose—. Después de todo hay muchos distinguidos ciudadanos en Washington, con inversiones en el negocio. Está usted a punto de unirse a ellos.

—¿El señor Healey dispone de un senador?

—Dos —dijo Montrose—. Y varios diputados.

Dijo el coronel:

—La ejecución es el castigo por dar permiso para tal contrabando.

—Si es atrapado —puntualizó Montrose—. Un hombre inteligente rara vez es atrapado. Yo soy el señor Montrose, de Titusville, y él es el señor Francis, también de Titusville. Bajo ninguna circunstancia ha de ser mencionado ningún otro nombre. ¿Trato hecho, entonces? Habrá suficientes hombres para manipular los embalajes, y el «Isabel» se hará a la mar, mañana a la medianoche, plenamente legalizada su salida. No es asunto de la autoridad militar abrir y examinar cada uno de los embalajes. La caja número treinta y uno contiene solamente piezas de recambio para máquina, y los restantes embalajes están claramente marcados con el nombre de los respetables fabricantes. En resumen, éste es un asunto mucho más seguro que transportar alimentos, ropas y otras cosas esenciales, vitales. También, el pago es muchísimo mayor.

El coronel asumió una expresión grave y hasta digna:

—Es un asunto absolutamente distinto, señor, suministrar provisiones para inocentes mujeres y niños que contrabandear armas...

Alzó Montrose una mano delgada en advertencia.

—Ya dije que el pago es mucho mayor.

Joseph contemplaba el perfil del coronel con creciente repulsión.

—¿Cuánto más? —preguntó el coronel codiciosamente.

—Dos veces más.

—No es suficiente.

Montrose encogió los hombros. Alzó la cartera portafolios de sus rodillas dejándola sobre la mesa y la abrió; estaba llena de billetes bancarios de mucho valor y el coronel se inclinó hacia adelante para mirarlos: su rostro expresó un avaro deleite, y también una humilde adoración reverente. Lentamente Montrose retiró la mitad de los fajos de billetes que estaban atados con bramante colorado, y los depositó sobre la mesa.

—Cuéntelos —dijo.

Reinaba el silencio en la estancia, mientras el coronel iba contando los billetes. Sus dedos los acariciaban codiciosamente; dejó los crujientes fajos con renuencia. Su dura boca temblaba con una especie de histeria. Sus dedos empezaron a estremecerse. Montrose sonrió al quedar el último paquete sobre la mesa.

—La segunda mitad —agregó Montrose le será entregada a usted cuando el «Isabel» regrese a salvo. Llévase éstos ahora, coronel. Tengo otra cartera portafolios que me complace obsequiarle.

Trajo otra cartera similar, vacía, de su alcoba. El coronel lo observaba atentamente mientras él iba depositando dentro de ella los fajos contados, abrochando luego las correas. Empujó la cartera hacia el coronel. Con lentitud acercó el coronel las manos a la cartera, la tomó y como en un gesto automático las deslizaba sobre la misma como acariciándola.

—Quedo satisfecho —dijo, y su voz era ronca. Miró la cartera con el resto del dinero y sus fieros ojos se congestionaron.

—Los cargadores extra —dijo Montrose— serán pagados por nosotros. Esta vez no será necesario que usted ni ningún agente les pague. Ésta es otra garantía para usted, coronel. Y además, así todo el beneficio es suyo.

—Quedo satisfecho —repitió el militar. Su frente estaba copiosamente moteada de sudor.

Cerró Montrose la otra cartera.

—Esperamos que ésta no sea la última vez que usted quede satisfecho, señor.

Sólo Joseph vislumbró la leve fluctuación en la cara del coronel, y meditó en ello. El coronel dijo con entusiasmo:

—¡Confío en que no!

No aguardó a que Montrose llenase su copa, haciéndolo él mismo y la apuró de golpe, enrojeciéndose su semblante.

—Volveremos a reunirnos aquí dentro de ocho días —dijo Montrose. Bebió una copita de vino—. Sugiero que regrese al instante a sus habitaciones, coronel. Ya no es sensato permanecer aquí por más tiempo.

El coronel se puso en pie, saludó y rió un poco atolondradamente. Montrose abriendo la puerta examinó cautelosamente arriba y abajo del corredor.

—¡Ahora! —dijo. El coronel recogió su cartera y salió corriendo de la sala. Montrose cerrando la puerta se volvió hacia Joseph—: ¿Qué opinas de nuestro bullicioso militar que nos resulta tan útil?

—No confío en él. Si fuera posible, le colocaría un detective.

Elevó Montrose las cejas.

—Hemos confiado en él por cerca de tres años y no ha dado ocasión de dudar de él —y saboreando su vino contempló por encima del borde del vaso a Joseph—: ¿No estarás hablando únicamente por natural antipatía, Francis?

Joseph reflexionó, frotándose una ceja con el índice. Dijo por fin:

—Creo que no. Nunca he permitido que la antipatía se entremezcle con los negocios o las conveniencias. Es tan sólo... quizá debería decir, intuición. Sonría si quiere, señor Montrose.

Pero Montrose no sonrió. Parecía más bien algo más grave.

—Respeto la intuición, Francis. Ningún hombre inteligente la desaprueba. Sin embargo, no debemos operar empíricamente. El coronel ha sido muy valioso para nosotros en el pasado. No hay razón para pensar que no continúe siendo valioso. —Miró interrogante a Joseph, y al no hacer ningún comentario Joseph, agregó—: No tenemos otra elección. No hay tiempo. Además, el coronel es la autoridad militar del puerto de Nueva York. ¿Qué harías si estuvieras a cargo de este asunto, Francis?

—Dejaría que el «Isabel» fuera provisto de los documentos de salida por el coronel, y entonces no zarparía. Esperaría unos días, y cuando él creyese que ya estábamos en alta mar, entonces zarparía.

—Pero él tiene informadores. Vamos, vamos... ¿Por qué iba él a privarse de futuros beneficios, Francis? Una traición, y se suprimiría él mismo toda fuente de

ingresos. Estoy seguro de que no somos los únicos que hacemos uso de sus servicios. Una palabra, y ya no obtendría más dinero de nadie. La noticia se propagaría.

—No sé en qué me fundo —dijo Joseph—. Es simplemente una especie de presentimiento.

Montrose le observó en silencio. Luego pasó a su alcoba y regresó con una pistola extra y otra caja de munición, colocándolas sobre la mesa y empujándolas hacia Joseph.

—Carga la pistola. Es para ti. Como dije yo no menosprecio ni mucho menos la intuición, aunque debo confesar que ahora no la experimento. Tengo la mía propia y nunca me ha traicionado. Pese a todo, creo que te sentirás más seguro con esta protección complementaria.

—Así es —dijo Joseph, cargando expertamente la pistola—. Es un hombre detestable y un hipócrita. Nunca confié en un hipócrita —y sonrió tenuemente—: El señor Healey es a menudo un hipócrita, Montrose, pero nunca pretende que uno le tome en serio.

—Exacto —aprobó Montrose—. Es un juego para él. Es notable que te dieses cuenta.

No fue el cumplido lo que hizo que Joseph experimentase nuevamente un impulso de simpatía hacia Montrose, y casi un impulso de confianza. Esto le sobresaltó tanto que permaneció con la palma sobre las municiones meditando. Alzó súbitamente la mirada y vio a Montrose contemplándole con aquel inexplicable afecto que ya había vislumbrado antes. Pero Montrose dijo algo al parecer incongruente:

—Nunca ha estado en Virginia. Es una región preciosa —y alzando su copa de vino la miró al trasluz—. Es encantadora en esta época del año. Los algarrobos y la madreSelva están retoñando. Los setos y los campos están llenos de flores. Los prados resultan infinitamente acogedores. Los caballos lucen su mejor pelaje que se estremece de alegría y los potrillos entablan carreras entre ellos. —Su voz sonaba tranquila y con despego—. Desgraciadamente no veremos todo esto.

—Pero ¿usted lo ha visto?

Montrose no contestó. En su semblante había una expresión ausente. Por último dijo con indiferencia:

—Me gustaría hacerte conocer Virginia.

De nuevo se asombró Joseph. ¿Qué podía interesarle a Montrose enseñarle nada a su asociado? Los largos dedos de Joseph comenzaron a redoblar sobre la reluciente mesa. Contemplaba los immaculados narcisos y repentinamente pensó en su hermana. Alargó la mano rozando un pétalo. Y se oyó decir a sí mismo con simultáneo horror y congoja:

—Sé que no debemos revelarnos nuestros apellidos. Pero me gustaría que usted conociese el mío.

—No es necesario —dijo Montrose.

Levantándose, llevó su cartera hacia su alcoba. En el umbral al volverse para mirar a Joseph sonreía como un hermano mayor, o un padre muy joven, y entre ambos alentó un compañerismo de profunda simpatía, implícita y mutua. Pero aun entonces Joseph sabía que si cometía un error estúpido e imperdonable, Montrose sería implacable con él, y sin lamentarlo.

—Esta noche —dijo Montrose— somos dos tranquilos caballeros en Nueva York, cuyos negocios han quedado satisfactoriamente concluidos. En consecuencia, cenaremos adecuadamente en el comedor de este hotel, y después acudiremos a la Academia de Música que presentará música de Chopin, un compositor de lo más delicioso, joven y famoso. ¿Supongo te agrada Chopin?

—Nunca he oído música alguna en mi vida aparte las baladas irlandesas —dijo Joseph. Titubeó—: Los cánticos en el coro durante la misa. Y la música bullanguera en los burdeles del señor Healey, aunque no debería llamarla música.

Asintió Montrose aprobador.

—Entonces vas a experimentar un gran placer. Chopin llega tanto a los jóvenes como a los de mayor edad. Yo mismo le tengo en gran aprecio —y miró a Joseph—. Naturalmente, tienes idea de Chopin.

—He leído sobre él. Murió en 1849 a la edad de treinta y nueve años.

—Sí. Desgraciadamente lo hermoso y lo indispensable muere joven.

—Y los bribones viven hasta una robusta ancianidad.

Montrose pareció molesto.

—Mi estimado señor Francis, los bribones son tan indispensables en este mundo como los hombres buenos. Aportan vitalidad y estímulo a lo que de otro modo sería una existencia muy tediosa. Aportan ingenio donde sólo habría estolidez. Dan colorido y animación a las ciudades. Tienen imaginación, de la cual carecen muchos hombres. Nunca he conocido un hombre de clase, virilidad y buen gusto que no fuera, en el fondo, un pícaro cabal. Ellos son los verdaderos románticos, los aventureros, los poetas. Yo creo que el Paraíso es un lugar más aburrido debido a la ausencia de Lucifer. Estoy seguro que cantó las más joviales y maliciosas canciones para la mayor ilustración de los ángeles. Dicen que es tétrico y tenebroso. Yo creo que ríe mucho. Después de todo, contemplar el mundo con algo de percepción debe convencer a cualquiera que todo es absurdo y los bribones lo saben.

Éste era un nuevo motivo de reflexión para Joseph. Pero, se dijo: «Yo no puedo reír. No puedo encontrar absurdo el mundo, sino tremendo». Dijo:

—He tenido, experiencias que no considero absurdas —y de nuevo su voz era áspera y defensiva.

Montrose pareció preocupado pero distante. Luego, dijo:

—¿Quién no? Es un gran error creer que nuestras experiencias son únicas y nunca fueron conocidas por otros. Ésta es la más peligrosa falacia engañosa de la juventud.

«No siempre acepto lo que dice», pensó Joseph, «pero es la única persona en toda mi vida que ha charlado conmigo, y yo con él». Entonces, comprendió Joseph la razón por la extraña simpatía que sentía hacia Montrose, y la renuente atracción así como la rara aunque cautelosa confianza. También supo que había omitido su verdadero apellido no solamente por su primer temor de Squibbs y sus matones, sino porque lo quiso ocultar también de todos los demás. El temor de Squibbs no fue realista durante largo tiempo, comprendía ahora, pero la desconfianza hacia los demás estuvo en él desde la temprana infancia. No sentía desconfianza hacia Montrose y reflexionó sobre ello, aunque no se hacía ilusiones con respecto a su actual acompañante.

—Aun así —dijo Montrose como si Joseph hubiera estado hablando— es siempre más discreto guardarse las propias experiencias para uno mismo. Ningún hombre fue nunca ahorcado o ridiculizado por su discreción.

El comedor era casi tan chispeante como el vestíbulo y parecía aún mayor en su resplandor de cristal, sus brillos de dorados, sus tapices rococó y alfombrados. Hasta los tiesos manteles blancos brillaban y la pesada plata y cristalería destellaba. Allí, al ser ya de noche, la alegría habíase acrecentado en risas más altas y más febriles y en un constante murmullo de vivaz y excitado parloteo. Allí, también, surgía la misma música frívola desde detrás de un biombo, dando énfasis sin inmiscuirse en el deleite de los comensales y en su júbilo a pesar de la guerra. Los camareros vestían como lacayos ingleses, con pelucas empolvadas, casacas escarlata y calzones adornados de centelleantes botones de bronce, camisas acanaladas y medias blancas de seda. El *maître d'hotel*, reconociendo a Montrose, le precedió a él y a Joseph hacia una mesa retirada cerca de la pared de damasco rosa desde donde podían ver, y sin embargo estar algo aislados. Las damas en las mesas estaban suntuosamente vestidas de terciopelos llenos de colorido, encajes, sedas y rasos; sus hermosos hombros y senos semidesnudos brotando como porcelanas de Dresde de sus cimbreantes corpiños; sus cabelleras de variados matices y tintes elaboradamente peinadas, cayendo en largas guedejas y bucles muy abajo de sus delicadas espaldas; sus peinados fulgiendo con diamantes o delicadamente engarzados con flores naturales. Las flores también sobresalían en jarrones y cuencos en todas las mesas y su cálido aroma, y la brisa de perfumes que constantemente soplaba a través de la estancia. El dulzor de los polvos de arroz y cosméticos y los incitantes aromas diferentes entremezclados unidos a la música y la animación, casi subyugó al austero Joseph, pero Montrose reclinóse negligentemente en su silla de peluche felpa roja y lo escrutaba y saboreaba todo con una sonrisa de ostensible placer. Sus ojos vagaban de un lindo semblante a otro, detallando, rechazando, aprobando, admirando.

Además de la música y la confusión vocal y el tintineo de cubiertos y vajilla, podía oír Joseph un rítmico machaqueo y tenue pero insistente música, y después, al cesar brevemente la música, resonó un distante palmoteo de manos. Dijo Montrose:

—Hay un baile de oficiales esta noche, y están danzando con sus damas en la sala

de baile que está justo encima de nosotros. Ilustres militares y otros personajes han acudido desde Washington. Es una gala.

—Nada como una guerra para inspirar fiestas de gala —dijo Joseph.

—Vamos, vamos, ¿qué quisieras que hiciesen? ¿Ser hipócritas y acurrucarse en un cuarto oscuro, simulando gimotear y sufrir, y privarse ellos mismos, cuando han hecho y están haciendo tantos montones de dinero? —y su rostro era placentero pero ambiguo—. Después de todo esta guerra fue planeada en Londres, en 1857, por banqueros, y todos ellos son hombres honorables, como creo que dijo Marco Antonio de los asesinos de Julio César. El señor Lincoln declaró tan sólo la semana pasada ante el Congreso: «Tengo dos grandes enemigos, el Ejército Sudista frente a mí, y la institución financiera a retaguardia. De los dos, el que está a mi retaguardia es mi mayor enemigo».

Encendió indolentemente un cigarro y Joseph le observaba con su habitual intensidad. Montrose continuó como si estuviera comentando algo trivial y divertido:

—Se da por seguro que los banqueros europeos y nuestra propia clase bancaria, sacarán cuatro billones de dólares de esta guerra, una cantidad que no puede ser descartada a la ligera.

—Si el señor Lincoln dijo lo que dijo, y si sabe que esta guerra fue planeada y finalmente ejecutada por hombres que solamente quieren dinero y poder, ¿por qué guerrea contra la Confederación?

Montrose le miró zumbonamente:

—Mi querido señor Francis, ¿quién crees francamente que dirige cualquier nación? ¿Los aparentes gobernantes, o los legítimos detrás del escenario que manipulan las finanzas de una nación en su propio beneficio? El señor Lincoln está tan imposibilitado como tú o como yo. Puede únicamente, el desdichado, dar a su pueblo consignas, lemas y más consignas, y al parecer, los «*slogans*» es lo que el pueblo quiere. Todavía está por verse que una nación haya nunca rechazado entrar en guerra.

Jugueteó con un cuchillo antes de proseguir:

—Mañana, conocerás a algunos de la clase acomodada de la que te he hablado, en su mayoría gente simpática y tolerante, que no tienen en absoluto prejuicios nacionalistas, y ningún vínculo ni siquiera con sus propios países, sino solamente entre ellos y hacia sus intereses bancarios. Son los únicos verdaderamente cosmopolitas, y ellos no gobiernan y deciden si hemos de vivir o morir. Algunos son amigos del señor Healey, pero él pudorosamente no habla de ellos ni de lo que hacen por él. No está en absoluto en las pequeñas transacciones financieras que puedas tú creer. Y toda actividad humana que produce dinero, interesa al señor Healey. ¿Por qué frunces el ceño? ¿Encuentras todo esto reprochable?

La voz de Joseph era algo displicente al decir:

—No tengo objeción alguna a que cualquier hombre haga dinero en cantidad, o cualquier grupo de hombres.

Rió Montrose afectuosamente:

—Entonces, ¿por qué te fastidias?

Pero Joseph no pudo contestar, ya que no tenía respuesta excepto un hondo desasosiego indefinido. Expuso Montrose:

—El dinero, como la Biblia ha comentado, es la respuesta a todas las cosas. Deja que ésta sea la respuesta a tu conciencia, Francis, porque me temo que tienes una.

Joseph dijo con emoción desacostumbrada:

—No me resulta agradable ver a toda esta gente, en esta sala, ¡dichosos de que los hombres estén muriendo y la tierra destruida para que ellos puedan prosperar!

—Pero no tienes objeción en llevar las cuentas del señor Healey en materia de burdeles y otros asuntos.

—¡Yo no provoqué ni formé ninguno de estos burdeles, ni me empeñé en estos... otros asuntos! Las actividades del señor Healey no me conciernen personalmente.

—Lo mismo dicen esta gente aquí, que la guerra no les concierne, salvo en los beneficios que de ella sacan.

Joseph en silencio miró fijamente la mesa. Después alzó repentinamente la mirada y vio la expresión de Montrose y no pudo descifrarla. Sin embargo, se sonrojó.

Con afable inexorabilidad dijo Montrose:

—Supongamos que algunos de estos burdeles pasasen a ser de tu propiedad. ¿Los rechazarías?

La pálida boca de Joseph apretó los finos labios, pero mirando a Montrose replicó sin vacilar:

—No.

Alzó Montrose los hombros.

—Entonces, estamos de acuerdo. No debes criticar a otros. Todos somos hombres y pecadores, ¿no es así? No creo que realmente te guste el pecado, Francis, y preferirías hacer una fortuna sin él. En cuanto a mí, lo prefiero por lo que es en sí, y lo elegí libremente. Porque, después de todo, ¿qué es el pecado? Es el sentido común. Es la realidad. Sinceramente, es la única realidad en el mundo, y todo lo demás es confusión, mentiras, hipocresía, sentimentalismo, mojigatería, falsedad y engaño. Insinuaré que alguna vez llegaste a esta conclusión, tú mismo.

—En efecto, sí —dijo Joseph, y Montrose detectó en él la extraña probidad que subsistía tras su carácter—. Y sigo creyéndolo así. Pero no me gustan los medios que tenemos que emplear para ganar dinero. Preferiría ganarlo de... de otras maneras.

—Yo en cambio disfruto del modo en que se gana, por el modo en sí mismo. Ah, veo que se acerca nuestra sopa verde de tortuga. Elegiré el vino —y rió indulgentemente observando a Joseph—: Hay algo de calvinista en su naturaleza, algo cromweliano: las riquezas no son de despreciar, y si los escrúpulos han de ser sofocados en los medios para conseguirlas deberían ser abiertamente denunciados y públicamente deplorados. Bueno, no te pongas tan reprobativo. Disfrutemos nuestra

sopa, oigamos la música y echemos el ojo a las lindas damiselas y recuerda que el peor crimen de la humanidad es la hipocresía. Es la madre de todos los pecados. Estoy seguro de que no existe un solo hombre que no incurra en ella, a sabiendas o no. Debemos aceptarnos tal como somos. Éste es el secreto de un cuerpo y una mente saludables.

Añadió, al seleccionar una pesada y brillante cuchara:

—La hipocresía no debería ser tan execrada. Sin ella no tendríamos civilización, ni los hombres podrían vivir juntos tan sólo una hora sin matarse unos a otros. Otros términos para designarla son la cortesía, la tolerancia y la consideración por el prójimo, y la represión de nuestro instinto y el autodomínio. Hasta llegaría tan lejos como para afirmar que sin la hipocresía no tendríamos ni religiones ni iglesias.

La grande y amorfa inquietud se acrecentó en Joseph porque reconocía lo sofisticado en aquella argumentación sardónica pero no sabía cómo combatirla sin parecer pueril y necio. También barruntaba que Montrose, sin maldad, estaba divirtiéndose a sus expensas. Joseph probó la sopa, un líquido pardo-verdoso con trocitos de carne de tortuga, y decidió que no le gustaba y que le producía leves náuseas. Observó a un grupo de vivaces y risueñas damas y elegantes caballeros y oficiales pasando junto a su mesa, y simuló interesarse en ellos, y Montrose sonriendo sacudió levemente la cabeza como en negativa.

Joseph vio de reojo aquel gesto y sintióse mortificado. ¿Por qué aquella guerra le producía un repentino y molesto interés a él que hacía largo tiempo se había apartado de los asuntos de los demás y de los intereses del mundo en general? Recordó que la guerra llevaba ya varios años en curso y no le había preocupado en absoluto ni le había dedicado meditaciones ni conjeturas, ya que él no estaba involucrado con la humanidad excepto cuando suponía un beneficio y una ventaja personal. Sólo de este modo podía preservarse de ser fragmentado y disperso, como lo eran los otros hombres, y sólo de esta manera podía él evitar ser herido, y los absurdos frenesís del emotivismo, y las humillaciones y derrotas que tal emotividad acarreaban. Su indiferencia a todas las cosas externas concerniendo la humanidad había sido su coraza inexpugnable.

Sintióse coléricamente perplejo ante su nueva preocupación. Entonces adivinó la razón, en un acceso tan poderoso de emoción que le sacudió. Había visto a una joven exhausta y manchada de sangre, sin nombre para él, en la ventanilla de un tren de soldados, cuidando a los heridos, y la había amado no solamente por su belleza sino por su devoción y dedicación sin reservas a los demás, y algo que nunca sospechó alentase en él quedó patéticamente conmovido y marcado. «La he colocado fuera de mi pensamiento», pensó, «pero no puedo olvidarla, y esto no logro comprenderlo ni tampoco por qué lo que ella estaba haciendo deba interesarme en lo más mínimo. Ella me ha obligado a darme cuenta de la existencia de un mundo que desprecio y rechazo, y debería odiarla».

Depositó la cuchara en la mesa. Tocó un minúsculo papel blanco doblado que no

estaba allí antes y se hallaba cercano al plato de Montrose y Joseph se preguntó cómo habría llegado allí y quién lo habría dejado. Montrose vio los ojos de Joseph dirigidos al papel y lo cogió, desdoblándolo y leyéndolo. Al dárselo a Joseph, dijo calmamente:

—Al parecer nuestros planes han cambiado. Debemos, desgraciadamente, abandonar el concierto, antes de tiempo, y esto es enojoso, porque una de mis normas, muy valiosa, es que uno nunca debe atraer la atención.

Joseph leyó el trozo de papel: «Cambiado planes. Esta medianoche, no mañana». Montrose recuperó el papel quemándolo con el extremo de su cigarro y depositó las cenizas en un platillo removiéndolas. Ante la mirada interrogante de Joseph, dijo:

—Nunca debemos poner en tela de juicio el modo en que los mensajes son entregados. Puede parecerle melodramático pero el melodrama es un aspecto natural de la vida, por más que lo deploren los pragmáticos.

Suspiró antes de agregar:

—Ahora debo dejar mi propio mensaje a nuestros amigos banqueros esta noche, lamentando la demora de unos cuantos días. Es un fastidio. Puedes pensar que soy excesivamente cauteloso, Francis, pero las demoras pueden ser peligrosas. Hemos de ir al concierto, ya que las butacas están a mi nombre y son las habituales, y la ausencia sería notada y comentada. Sugiero que no conversemos en el concierto y saldré momentos antes que tú, esperándote fuera. —Escanció el vino que acababan de traer a la mesa y saboreó un poco de su copa—. Excelente. Un rosado espléndido.

Joseph supo que no debía hacer preguntas. Contempló el pato silvestre que acababan de colocar ante él, con su salsa exótica, y cogió su cuchillo y tenedor. La carne era demasiado sazónada para sus gustos ascéticos y encontraba la salsa desagradable. Pero se había disciplinado hacía tiempo en aceptar alimentos de cualquier clase, recordando sus años de hambre. Se esforzó en comer, y beber vino moderadamente. El murmullo casi histérico de charlas y risas en torno era insoportablemente intruso y su honda melancolía irlandesa, sin un motivo que él pudiera sondear, volvió a acometerle. La música del distante salón de baile reforzó su tristeza.

En un esfuerzo para dispersarla y debido a algo que constantemente le preocupaba, dijo:

—Con referencia al coronel, usted le mencionó que el señor Healey me había elegido, y por consiguiente implicaba que él debía tratarme con consideración. Sin embargo, apenas nos conocimos, me insultó y en consecuencia insultó al señor Healey. ¿No demuestra esto una desconsideración hacia el señor Healey que nunca demostró antes?

Montrose bebió lentamente estudiando a Joseph por encima de la copa. Al dejarla en la mesa, comentó:

—Es muy astuto por tu parte, esto. ¿Qué conclusiones sacarías?

—Que intenta traicionarnos, tal como dije antes.

Le sorprendió a Joseph ver relucir los ojos de Montrose a la idea de un peligro y se dijo que aunque él nunca retrocedería ante un peligro si había alguna ventaja en ello nunca le gustaría ni complacería dicha perspectiva. Pero sospechó que Montrose amaba el peligro por sí mismo y hasta lo cortejaría, a pesar de su aparente cautela.

—¿Crees entonces que el coronel ha tenido un arrebato de conciencia en la cabeza o en el corazón? —indagó Montrose.

—No, no lo creo. Es otra cosa, que no tiene nada que ver con nosotros personalmente.

—Ya... Resulta interesante. Puedes estar equivocado, como no ignoras, y puedes tener razón. Siento un considerable respeto por tus intuiciones. Creo que iré doblemente armado y haré algunos cambios por mensajero en los muelles.

Alzó de nuevo su copa.

—¿No es delicioso este pato? Disfrutemos el momento presente.

Sonrió, y Joseph observó una sutil excitación en su sonrisa y una tensión, felina, en su cuerpo. Entonces, Joseph, con su penetrante intuición irlandesa, comprendió que en muchos hombres existe un anhelo suicida, no carente de deleite, y esto podía aplicarse a muchos de los que trabajaban para el señor Healey. Él, Joseph, no figuraba entre éstos aunque no amase la vida como ellos, obviamente, la amaban.

XIX

Abandonaron el hotel tras cenar, vestidos ahora discretamente de oscuro, y llevando con ellos carteras portafolios de cuero. Joseph, al igual que Montrose, ceñía una cartuchera bajo su larga levita negra y en un bolsillo llevaba la pistola complementaria. El cochero les esperaba, tan mudo como antes, y entraron en silencio en el carruaje.

Joseph sabía que Healey era dueño del velero «Isabel» y de su tripulación, aumentada por aquellos que el coronel Braithwaite había enviado para el trabajo nocturno. Reclinado en los cojines del carruaje, miró indiferentemente a través de los pulidos cristales, el alegre ambiente de la Quinta Avenida bajo la luz amarilla de las farolas de gas. Las calles rebosaban de vehículos de toda clase, y cada intersección parecía bloqueada por carruajes pugnando por unirse a la corriente principal de la Quinta Avenida. Fulgían los arneses bajo las farolas callejeras y los laqueados vehículos, negro, rojo oscuro, azul brillante, verde, ostentaban escenas llamativamente pintadas en sus costados; y cada ventanilla dejaba ver una cabeza sonriente, una mano enguantada ondeando en saludos, el movimiento de un abanico, el colorido de una capa, una esclavina o un precioso vestido.

Joseph vio algo más aparte de todo aquel jubiloso y rápido movimiento. Vio a los chiquillos harapientos, muchos de ellos menores de cinco años, silenciosos en los umbrales ofreciendo ramilletes de flores o cestillos con dulces y otros artículos baratos; sosteniendo tímidamente cajas de limpiabotas; y hasta tendiendo platillos de mendigo. Muchos de ellos estaban marcados por la viruela, y Joseph observó sus rostros macilentos de criaturas hambrientas indefensas y huesudas, y sus ojos febriles y suplicantes. Entre ellos sentábanse viejas mujeres con chales desgarrados, compitiendo humildemente con los niños por el penique que ocasionalmente se les arrojaba. La policía rondaba por doquier. Si un mendicante se hacía demasiado importuno era tocado secamente por una porra que le ordenaba apartarse y conservar la debida distancia. Contra el negro cielo se elevaban las altas espirales de las iglesias, los edificios más elevados de la ciudad.

El tráfico se detuvo temporalmente al aparecer un grupo de hombres jóvenes y viejos, decentemente vestidos, pobres pero limpios, procedentes de una calle lateral portando cartelones; Joseph pudo leerlos:

*¡LINCOLN, EL DICTADOR! ¡ABAJO LA GUERRA! ¡ABAJO EL RECLUTAMIENTO! ¡LIBERTAD DE
EXPRESIÓN! ¡TERMINE LA MATANZA! ¡REGRESEN NUESTROS MUCHACHOS AL HOGAR!
¡LIBERTAD POR LOS DERECHOS DEL HOMBRE!*

La policía fue a agruparse en las esquinas vigilando sombríamente la silenciosa manifestación, dispuestos a sofocar el incipiente tumulto. Pero los manifestantes movíanse en tranquilo apiñamiento, mirando rectamente ante ellos, impasibles y

graves los rostros barbudos. Forzaban su camino a través de masas de caballos, carruajes y peatones. Su solemne marcha fue agredida por silbidos de escarnio y gritos de: «¡Cobardes! ¡Traidores!». Algunos cocheros alzaron sus látigos restallándolos contra los que desfilaban. Otros les escupían a los rostros o azuzaban sus caballos contra ellos. Pero la columna seguía avanzando pacífica y firmemente, a través de la Quinta Avenida hasta que desaparecieron en otra calle lateral.

—Probablemente son cuáqueros —dijo Montrose—. O quizá simplemente padres, hijos y maridos. ¿Cómo se atreven a entremeterse con una guerra tan encantadora? Habráse visto insolencia...

Banderas y colgaduras pendían de cada ventana y en casi todos los umbrales. En alguna parte un grupo errante de elegantes jóvenes comenzó a cantar:

«Cuando Johnny regresa de nuevo marchando hacia su hogar, ¡viva, viva!».

—Eso es —dijo Montrose.

Los jóvenes, algo achispados, riendo ruidosamente, brincaban a retaguardia de los silenciosos manifestantes, mofándose de ellos, hostigándoles con bastones, haciéndoles grotescas muecas, remedándoles burlonamente. Los ocupantes de los carruajes reían, asintiendo, agitando las manos. Pero los que marchaban seguían mirando recto ante ellos como si estuvieran solos en las calles.

—Todo inútil —dijo Montrose, divertido. El carruaje avanzó, bregando en busca de espacio entre el tráfico.

Montrose cerró la ventanilla para silenciar el ruido que se acrecentaba al ir avanzando la noche. Miró de soslayo a Joseph, preguntándose cuáles serían los pensamientos del joven cuyo semblante estaba oculto por la sombra de su solemne sombrero de copa, sentado absolutamente inmóvil. Ocasionalmente algo de luz callejera caía sobre sus manos enguantadas; no se movían. Se crispaban muertas como piedra en el puño de su bastón de Malaca. Sus piernas delgadas se adivinaban rígidas en sus negros pantalones. Joseph estaba pensando: «No tiene nada que ver conmigo. Todo esto me es completamente ajeno».

Joseph había leído descripciones de salas de música pero nunca había visto tal grandiosidad barroca, tal exuberancia de terciopelos y cristal, tanto dorado en palcos torneados ni tanto sedoso movimiento brillante como veía en la Academia de Música aquella noche. La sala zumbaba de risas, voces y gentío avanzando por los estrechos corredores; sonriendo las mujeres cuando reconocían amistades en las butacas de platea; los hombres saludando ceremoniosamente. Todo el mundo alzaba la vista hacia los colmados palcos rebosantes de mujeres vestidas de muy diversas tonalidades Worth, plumas, abanicos, flores y constante vivacidad. Abajo, en el foso de la orquesta oíase tenuemente el tanteo de arpegios de arpa, el pellizco en prueba de cuerdas de violín, la sonoridad del violoncelo, el rumor de un tambor. Toda la sala bullía de alegre animación. Crujían los programas; los anteojos centelleaban a la luz

de los inmensos candelabros de cristal; llameaban las joyas, y las diademas eran arcos de fuego en las lindas cabezas; blancos hombros desnudos quedaban iluminados como carnosas orquídeas. La calurosa sala palpitaba con el efluvio de perfumes, polvos y luz de gas. Todo el mundo parecía excitado, ruidosamente eufórico, bullicioso.

Montrose y Joseph fueron conducidos por un acomodador enguantado que extendía el programa, hasta una fila de butacas de felpa púrpura a medio camino del pasillo hacia la orquesta. Franquearon con suma delicadeza los aparatosos miriñaques de las señoras sentadas, mientras los caballeros levantándose saludaban cortésmente y a trechos era murmurado un comentario: «Señor Montrose, caballero. Feliz por saludarle de nuevo. Deliciosa noche, ¿verdad? No, por favor, no se disculpe. Soy yo el que se excusa, señor». Miraban con curiosidad a Joseph, pero como Montrose no lo presentaba ni tampoco parecía conocerle se limitaban a saludarle muy brevemente.

Joseph leyó el programa. Contempló el vasto escenario con sus arqueadas cortinas de terciopelo púrpura ribeteadas de oro. Estaba vacío, escasamente iluminado. Dos grandes pianos se recortaban, aguardando. Las candilejas fluctuaban como resuellos luminosos. Miró su reloj. Eran las siete. El «Isabel» zarpaba a la medianoche. La bulla en torno a él fue apagándose en sus sentidos. Comenzó a meditar, ceñudo. Sus presagios eran más fuertes que nunca. Pensó en su familia. Luego para evadirse de sus pensamientos miró hacia un palco justo encima suyo.

La joven que había visto a través de la ventanilla de un tren, sentábase allí, pálida y tensa en un vestido de seda lila con un ancho canesú^[13] de cremoso encaje ocultando apenas su seno. Su cabello cobrizo, sin joyas ni aderezo de plumas o flores, colgaba a su espalda. En su precioso semblante se dibujaba una expresión amable y de agrado, ya que estaba rodeada por hombres y mujeres evidentemente de su amistad, pero sus ojos hundíanse en oscuras cuencas y su boca encantadora estaba pálida y algo trémula. Tocaba a menudo sus labios y cejas con un pañuelo de encaje, y su expresión, cuando no era observada, resultaba remota y trágica, y sus ojos se extraviaban en una especie de contenida desesperación. No llevaba más joya que el anillo de diamantes y esmeraldas que vio antes en su mano.

Una intensa conmoción recorrió a Joseph. La miraba fijamente. Sintiendo quizás el enfoque de sus ojos, bajó ella la vista hacia él pero sus ojos estaban velados por la tristeza y evidentemente no le veía en realidad. Alguien en el palco le habló. Joseph podía ver la suave blancura de su alzado mentón, la nacarada perfección de su faz sin color, la sombra como estrellada de sus pestañas en las mejillas, la tierna concavidad entre sus pechos juveniles. Hablaba ella blanda y cortésmente pero su fatiga era evidente. Súbitamente sus ojos se cerraron. Se reclinó en la silla y aparentemente sumióse en letargo, separados infantilmente los labios, la seda lila encogiéndose y brillando sobre su figura desmadejada.

Entonces la reconoció Joseph. Había visto antes de ahora aquella pálida melancolía, y recordó: era la esposa del rubicundo senador Tom Hennessey.

Un joven en el palco emergió de la penumbra posterior y recubrió cuidadosamente con una capa plateada a la joven. Algunas de las damas se inclinaron un poco, y otros guiñando los ojos, susurraron tras sus abanicos. Los otros caballeros se inclinaron también hablando en tonos preocupados. La joven dormía exhausta, echada atrás la cabeza contra el terciopelo púrpura de la mullida silla, alzado patéticamente el mentón.

Montrose sentado junto a Joseph no delataba conocerla. Sin embargo, sus sentidos agudizados le avisaron cierta conturbación y de reojo miró al joven. Joseph parecía hallarse en un estado de petrificada conmoción. Luego vio que Joseph estaba mirando fijamente a la joven durmiente del palco, y quedó intrigado. Indudablemente un lindo ejemplar, y señorial, pero estaba evidentemente amodorrada por un exceso de vino y exquisita comida, y probablemente había bailado hasta una hora demasiado avanzada de la mañana. Montrose no tenía nada en contra de las mujeres frívolas, pero le sorprendió que Joseph la mirase tan fijamente. Le había supuesto más exigente.

«Parece agonizar», pensó Joseph, «y las mujeres en torno a ella ríen entre dientes como sabedoras de algo en particular. ¿Dónde está su abominable marido? ¿Por qué no me es posible acudir junto a ella, llevármela de este sitio y dejarla dormir en paz? En algún lugar tranquilo donde pudiera sentarme a su lado y contemplarla. Lejos de la sangre, la muerte y las heridas». «Parece estar embrujado», pensaba Montrose. «Ella debe tener por lo menos tres años más que él. ¿La conoce? Imposible». Ella le parecía familiar a Montrose. La había visto antes, a distancia. La recordó de pronto: la esposa de Tom Hennessey, y Montrose reprimió el deseo de reír.

Los candelabros empezaron a apagarse lenta pero indefectiblemente, y entre veras y risas el murmullo de las voces se elevó. El escenario se iluminó. Joseph lo contemplaba crispadas las manos en los brazos de su butaca. Se decía que era un necio, un enfermizo imbécil, ya que había perdido el dominio de sí mismo en un solo momento devastador, y asimiló con un terror íntimo considerable que no era tan invulnerable como había creído y que él también podía ser débil.

Dos jóvenes elegantemente vestidos aparecieron silenciosamente por los lados del escenario. Podían haber sido gemelos, con sus flacos rostros blancos, sus anchos ojos negros, tensas bocas y largas melenas peinadas hacia atrás. Se detuvieron en mitad del escenario efectuando una reverencia hacia el público que comenzaba a inquietarse, y hubo un condescendiente repicar de aplausos mientras las damas entrechocaban graciosamente sus manos enguantadas. Ahora la sala se encontraba sumida en una oscuridad casi completa y el escenario rebosaba luz. Los dos jóvenes pianistas ocuparon sus respectivas banquetas mirándose por encima del piano el uno al otro, alzaron sus manos y bajaron sus largos dedos sobre las teclas.

Polonesa (Militar) decía el programa. Joseph ignoraba lo que iba a experimentar porque nunca había oído buena música, y por intensa que fuera su imaginación no estaba todavía preparado para la tremenda emoción que le asaltó cuando las viriles y

conmoveras notas brotaron de los instrumentos. Había un susurro de otros instrumentos pero los pianos los dominaban como el sol domina toda luz que él mismo no ha creado. Por la breve acotación del programa comprendió Joseph que la música era la expresión espiritual de una nación oprimida que nunca podría ser conquistada, que cantaba desde el corazón y el indomable poder del alma humana, valerosa, invencible hasta en la muerte. Era una sublime victoria sobre el mundo, y todas sus mezquinas y sórdidas penas y sus pequeñas pasiones, y sus casas-prisión y sus desesperanzas.

«Eso es, eso es», pensaba Joseph, conmovido casi al límite de su resistencia, y de nuevo le atemorizó que pudiera conmoverse involucrándose en algo que no era de su inmediata incumbencia.

Entonces sintió una exaltación desacostumbrada, ya que le pareció que si una nación pequeña podía todavía hallar una voz con la que expresar su gallardía y su fe inextinguible ante el poder, entonces él, Joseph Francis Xavier Armagh, no estaría amenazado mientras no se rindiese. Al igual que Polonia, él también podía enfrentarse a Dios y clamar desafiante.

Olvidó ahora la muchacha durmiente y quedó alejado en el gran oleaje, en la marea ascendente del sonido, inmerso como un indefenso nadador en ondulaciones y súbitas crestas de luz. Oía el trueno, luego la grave voz de la reverencia, después la dulzura y ternura, y en conjunto algo que le inundaba como una nostalgia inconmensurable, olvidada pero ahora despertándose. No oyó los brotes de aplausos entre las selecciones; únicamente esperaba que volviera a subsistir el sonido y se cerniese de nuevo la música, dándose vértigo, drogándole de emoción, en un torbellino de sensaciones. Nunca había oído hasta entonces un *Nocturno*, pero ahora veía la luz de la luna en la negra seda de agua mansa, y estrellas dejando una estela radiante tras su paso. Para él aquello no era música. Era una suprema beatitud contra la cual pugnaba en negativa, porque la temía, pero su belleza le apesaba aun cuando la combatiese. Ahora los pianos emprendían el *Largo*, op. 28, n.º 20, y la solemne majestuosidad fue casi más de lo que podía resistir.

Llegó el entreacto. Montrose le rozó el codo al comenzar los candelabros de gas a envolver al auditorio con su iluminación. Montrose se puso en pie y prodigó excusas mientras se abría paso ágilmente hasta el pasillo remontándolo con expresión soñadora, extrayendo a la vez un cigarro filipino. Joseph aguardó unos instantes hasta que otros en la fila también se levantaron desplazándose lateralmente hasta el pasillo y les siguió en el renovado bullicio de risas, saludos y alegre parloteo. Algunas jóvenes le miraron con esbozo de sonrisa, como si esperasen ser reconocidas, pues les atraían su altura y distinción, pero él tan sólo saludaba levemente tal como viera hacer a Montrose y recorrió el pasillo caminando sin prisa. Pero todo le parecía irreal, alterado, desplazado y sin realidad, y de nuevo sintióse atemorizado.

El cochero y el carruaje esperaban al exterior mientras el auditorio se diseminaba en giratorios arcoiris de color por las empedradas galerías en busca de un soplo

refrescante de aire. Por ninguna parte veíase a Montrose. Joseph se dirigió directamente hacia el carruaje, y el cochero cerró la puerta tras él. Como suponía, Montrose ya estaba en el interior.

Dijo Montrose:

—Prefiero solamente el piano, sin los embellecimientos que hemos oído esta noche de los otros instrumentos, y que elaboran una vistosidad algo enfática. De todos modos, los pianistas demostraron gran calidad y no estaban amanerados por recitales, como temía. Chopin posee el suficiente poder intrínseco para dominar hasta los adornos y aniquilarlos.

—Nunca pensé fuera posible tanta elocuencia —dijo Joseph.

Montrose asintió, no condescendiente, sino con afable comprensión, y dijo:

—Creo que te gustaría Beethoven, o, quizá aún más Wagner, si te juzgo acertadamente.

Las calles ya no estaban tan pobladas. El carruaje comenzó a abrirse paso con su repicar de cascos y chasquido de ruedas por calles más estrechas y más oscuras; las casas fueron siendo más pequeñas y ruinosas con minúsculos resplandores amarillentos en las ventanas; y dominaba un olor fétido, una silenciosa quietud y cada vez menos gente. Hasta que toda circulación cesó; los edificios eran manchas oscuras; la luz de las farolas se hizo más tenue y llegó un olor que obsesionó a Joseph pero que no pudo identificar de inmediato: finalmente supo que era el olor del mar. Y vio claramente una mañana de invierno tormentosa con nieve, viento, muelles negros y aguas aceitosas; y sintió de nuevo el casi olvidado pavor, la desesperación y el amargo desconsuelo.

Por fin alcanzó a oír Joseph el propio océano y pudo ver la distante oscilación de linternas moviéndose incesantemente, y largas calles desiertas y sombríos almacenes a su alrededor. Las ruedas y los cascos producían ruidosos ecos en aquel desolado silencio. Montrose hurgó bajo su levita desabrochando la cartuchera, y al verle, Joseph hizo lo mismo. Notó la súbita tensión de sus músculos abdominales, el repentino erizamiento del vello en su nuca, el súbito sudor frío y ligero, y su respiración se aceleró. Le mortificó comprobar que Montrose no se había alterado en absoluto y que seguía totalmente calmoso, fumando plácidamente. «Puedo morir dentro de unos instantes», pensó Joseph, «y también él, pero parece tenerle sin cuidado. Y disfruta cada minuto que vive».

Finalmente, al término de la calle pudo ver Joseph el negro rielar del agua y un bosque de mástiles y embarcaderos; muelles debidamente iluminados, y alcanzó a percibir el olor de la brea, el cáñamo, la lona mojada, la madera empapada y la pestilencia de las cloacas de la ciudad vaciándose en el mar. Y después, con una ráfaga de viento, extraños olores exóticos, como especias, pimienta y canela. Vio patrullando con linternas las corpulentas figuras de guardianes, hombres violentos, moviéndose por doquier, bien armados. Al trepidar el carruaje en su carrera varios guardianes se aproximaron alzando sus linternas, amenazadores, pero cuando

Montrose asomó el busto para que pudieran verle, ellos tocaban sus gorras y se retiraban. Los adoquines relucían como si los hubiesen bañado en maloliente grasa, y las ruedas del carruaje patinaban a instantes. Una fría e insoportable humedad goteaba por todas partes.

El carruaje penetró en los muelles, pasando junto a grandes y pequeños barcos, algunos todavía con sus velas izadas, oyéndose el chapoteo de las embarcaciones que se bamboleaban, mientras débiles luces se reflejaban en los puentes mojados. Más allá del puerto, en mar abierta, vio Joseph moverse luces y borrosas formas de grandes naves.

—Patrullas federales —dijo Montrose, como un insignificante comentario.

A instantes un barco vomitaba humo negro y olor de carbón quemando por el aire, y a intervalos se alejaban embarcaciones de los muelles en un silencio siniestro. Había un aire de abandono y deserción en todo. Sin embargo Joseph se dio cuenta, pese a la quietud, de que allí había una intensa actividad y tráfico, tanto de guerra como de paz.

Se detuvo el carruaje. Joseph vio la proa de un gran velero *clíper* y a la luz de la linterna que pugnaba contra la oscuridad de cubierta leyó el nombre «Isabel». Las velas estaban ya izadas. Joseph adivinaba más que ver, la actividad de los muchos hombres a bordo, ya que las figuras podían apenas discernirse. Estaban cargando enormes cajas de cartón y de madera desde aquel embarcadero techado y más grande que los otros por los cuales acababan de pasar. El chirriar y crujir de vehículos con ruedas de hierro pareció súbitamente muy cercano en el gran almacén del embarcadero.

Las puertas abiertas del almacén eran inmensas y capaces para admitir dos grandes troncos de caballos y sus carromatos juntos. Podían verse vagonetas y grandes carretillas en su interior, siendo cargadas con el material que había de ser embarcado. Montrose asintió con satisfacción:

—Han trabajado rápidamente. Otra media hora más y estaremos ya listos.

Estaba a punto de salir del carruaje cuando vio avanzar por el embarcadero una patrulla militar. Un joven oficial acudió junto al carruaje y saludó. Montrose le sonrió jovialmente, y abriendo la ventanilla le mostró la copia del permiso que le había entregado el coronel Braithwaite, cuyo original se hallaba en poder del capitán del velero.

—Vamos a viajar en el clíper hasta Boston —dijo—. ¿Está buena la noche para navegar, capitán?

El capitán era obviamente un teniente y saludó de nuevo.

—Una noche excelente, señor. ¿Usted y este caballero son los únicos pasajeros?

—Así es. Nuestro primer viaje a Boston. Me temo que nos resultará molesto. Pero como representantes de Barbour y Bouchard, debemos cumplir con nuestro deber de ayuda a la guerra, ¿no es así?

El joven oficial saludó otra vez, y se alejó con su pelotón. Montrose y Joseph

abandonaron el vehículo y ahora pudo oír Joseph plenamente el retumbar y ecos de la actividad en el muelle, el traqueteo y los chirridos de ruedas sobrecargadas y las figuras de los estibadores trabajando rápidamente. El interior del almacén estaba ahora casi vacío con excepción de unos cuantos embalajes de tablas de por lo menos dos metros y medio de alto y aproximadamente del mismo ancho. Una ancha rampa en pasarela conducía a los puentes inferiores del clíper, que bailaba en suave mecimiento sobre el agua. El embarcadero estaba iluminado por muchas linternas colgando del alto techo o colocadas sobre cajas. Nadie pareció observar la presencia de los dos hombres que atravesaban el umbral. Percibió Joseph un frío agudo y la intensificación de muchos olores, en su mayoría desagradables. Revoloteaban banderines en los mástiles del «Isabel». El chapoteo del agua se hacía audible por encima del ruido de la actividad en el embarcadero y puentes.

Repentinamente se acercó a ellos un joven, alto, y el primer pensamiento de Joseph —por sus lecturas de relatos de mar— fue que ahí estaba un verdadero pirata tradicional, bandido y aventurero. No debía tener más de treinta y cinco años, enjuto y flexible y caminaba con la misma gracia felina que era también peculiar en Montrose. Era evidentemente el capitán dado su uniforme y gorra; tenía un estrecho rostro moreno, tan moreno que a primera vista pensó Joseph que era negro o indio; sus negros ojos relucían como los de un animal de presa, y la recia nariz destacaba sobre una boca de labios muy finos. Su aspecto era temerario pero controlado y contempló a Montrose con sonriente afecto quitándose la gorra. Su negro cabello era espeso y rizado. Extendió una flaca mano morena sacudiendo calurosamente la diestra de Montrose. Para después colocar su mano sobre el hombro de Montrose en ademán de aparente cordialidad. Pese a su algo pintoresco uniforme y a su aspecto de reciedumbre evidenciaba poseer cierta desenvoltura en sus modales y en su diálogo mesurado.

—¡Tengo noticias para ti! —exclamó. Y al ver a Joseph, añadió—; Señor Montrose. Grandes noticias.

—Excelente, Edmund —y volviéndose a Joseph añadió Montrose—: Edmund, éste es mi nuevo socio, Joseph Francis. Señor Francis, capitán Oglethorp.

Joseph había detectado en la lenta parla del capitán las mismas entonaciones cantantes que había oído en ocasiones en la voz de Montrose. El capitán saludó ceremoniosamente.

—Me alegra tenerle a bordo, señor Francis.

Tendió la diestra a Joseph, y sus ojos recorrieron vivazmente el rostro y cuerpo de su interlocutor con el fulgor de un cuchillo relampagueante. Captó Joseph que tenía enfrente a un hombre por lo menos tan peligroso como Montrose y tan implacable si no más, y adivinó que matar carecía de importancia para él. Tras su apariencia socarronamente siniestra y servil, Joseph comprendió que su primera impresión fue certera. El capitán Oglethorp era un individuo sin escrúpulos, un pirata sin misericordia cuando era necesario, e inconsciente al miedo. No llevaba armas, como

si le bastase su propia potencia. Joseph notó que sus ojos eran movedizos, burlones, agudos y penetrantes, y que nada le pasaba inadvertido. Después de su breve pero sagaz escrutinio de Joseph, se volvió hacia Montrose, diciendo:

—Despedí a los hombres de suplemento hace quince minutos. Eran buenos trabajadores. Los que quedan son nuestra tripulación normal. Zarparemos a la hora justa, sin demora.

Contemplaba con sonriente satisfacción —parecía que siempre estaba sonriente— a los escurridizos tripulantes. Sus anchos dientes blancos relucían en su oscura faz.

—¿Ninguna dificultad, Edmund? —preguntó Montrose.

—Ninguna. —Joseph notó que no se dirigía a Montrose con el habitual «señor». Le hablaba como a un igual—. El permiso de libre salida de nuestro amigo llegó aquí prontamente hace cuatro horas.

Montrose ladeó la cabeza. Destacaba en el sucio embarcadero, fuera de lugar en su elegante postura.

—Edmund, el señor Francis ha manifestado algunas sospechas sobre nuestro amigo a quien no conocía hasta hoy.

—¿Ah, sí? —y el capitán de nuevo escrutó a Joseph—. ¿Puedo preguntarle por qué, señor?

—No lo sé. Había algo en él que despertó mi recelo. Pude equivocarme.

El capitán meditó, aceptando uno de los cigarros de Montrose y encendiéndolo con un fósforo, pensativo el audaz semblante. Dijo:

—Creo en las primeras impresiones. Son verdaderas habitualmente. De todos modos, tenemos los permisos. Hubo una sola inspección, de la caja número treinta y uno. Requirió herramientas especiales para ser abierta. Invité al inspector militar para que abriese otras, pero declinó la oferta. Entonces pasamos a bordo para tomar un tónico refrescante.

Volvióse de nuevo hacia Joseph:

—¿Hubo algo en especial, señor, que le alertó con respecto a nuestro amigo?

—Su falta de cortesía hacia mí, un forastero desconocido, un empleado del señor Healey.

El capitán alzó sus espesas cejas negras y miró a Montrose que asintió en silencio.

—Nunca descarto las intuiciones de un hombre —dijo el capitán, mirando las restantes cajas—. Puede que sea preferible partir de inmediato antes de la medianoche.

—¿Es posible hacerlo?

—Trataré. Regresaré a bordo a vigilar la carga. Mis hombres están trabajando muy aprisa pero quizá pueda inducirles a trabajar aún más velozmente. ¿Usted y el señor Francis desean ir ahora a sus aposentos, señor Montrose? Son cómodos, como ya sabe.

—Si sube de nuevo a bordo, Edmund, el señor Francis y yo permaneceremos aquí hasta que sea cargado el último embalaje. Además me gustaría que el señor Francis se

familiarice con nuestras... operaciones.

El capitán sonrió, como siempre, saludó y alejóse con su desenvuelta y deslizando rapidez hasta el extremo del embarcadero pasando a la rampa y subiendo a cubierta. Joseph, peculiarmente sensible al frío desde su infancia, se estremeció, debido a que el viento acudiendo del mar estaba haciéndose más mordiente en aquella noche de principios de primavera. Montrose fumaba tranquilamente observando a los cargadores. Contempló con interés el monolítico volumen de las cajas restantes.

—Cañones —dijo—. Éste es un nuevo invento de Barbour y Bouchard, en alto grado superior al cañón tradicional. Se dice que matan a veinte hombres en vez de los cinco del cañón corriente, y pueden perforar un muro de ladrillos de un metro de espesor tan fácilmente como un cuchillo atraviesa la mantequilla. Y lo que es más, el proyectil se desmenuza lindamente y cada fragmento es tan mortífero como una bayoneta, tan agudo como una navaja. Creo que les robaron la patente a sus colegas británicos.

—¿Recibe la Unión los mismos cañones? —preguntó Joseph.

—Indudablemente, mi estimado Francis. Ésta es una pregunta muy cándida. Los fabricantes de armas son hombres de máxima imparcialidad, los más neutrales, los más desprovistos de discriminación. Su tarea consiste en obtener provechosos lucros, y ya has debido aprender que el lucro fue lo que hizo posible la civilización. Sin olvidarnos de las artes y las ciencias, y los políticos.

Le sonrió ambiguamente a Joseph.

—Estoy seguro que has leído algo acerca de este loco alemán, Karl Marx, un burgués y un idealista, la burguesía puede permitirse tener idealistas al no tener que sudar para vivir, ya que viven del lucro. Karl Marx es contrario a los beneficios del lucro, excepto para una élite escogida por él mismo. En cuanto a los demás, está violentamente en contra de los beneficios, alegando que son la fuente de la explotación y de toda miseria humana. Creo que también está en contra de la revolución industrial que libera al hombre de la servidumbre de los poderosos propietarios rurales y de la arrogante aristocracia. Pero los teóricos como Karl Marx sienten un tremendo respeto por la aristocracia y la riqueza heredada. Están solamente en contra de la nueva riqueza dimanante^[14] de la industria. En el fondo de sus corazones temen y desprecian a la clase obrera, por más que la ensalcen tal como hace Karl Marx. La clase obrera supone una amenaza para hombres como Karl Marx y cuando uno es amenazado busca el medio de llegar a acuerdos con los amenazadores. Es muy interesante. Sea como fuere, Karl Marx quisiera prohibir toda clase de beneficios y ganancias. Todo pertenecería al proletariado, dice él. Pero en el fondo quiere decir el Estado, del cual él y los de su clase serían los dueños. ¡Vaya tiranía la resultante! ¡Él y la aristocracia, juntos!

Encogió los hombros antes de proseguir:

—Pero, divago. Anula las ganancias y anularás el incentivo, y regresaremos a la barbarie. Es congénito con la naturaleza humana trabajar por recompensas. Hasta los

animales lo hacen así. Los hombres no son ángeles. Y a menos que sean santos o dementes, no trabajarán más que en beneficio propio y esto es sensato. Sin recompensa el trabajo en el mundo se acabaría. Es así de sencillo. Estaríamos individualmente escarbando en busca de raíces y trufas y cazando carne cruda, como ya hicimos en épocas remotas. Si yo fuese un legislador insistiría en que todo idealista, todo orgulloso burgués, trabajase con sus manos para un salario ínfimo en campos, minas y fábricas, antes de permitirle escribir una sola palabra o pronunciar una sola vez «en beneficio de la humanidad».

Joseph escuchaba atentamente, sin por ello dejar de ver la actividad en torno y en el almacén vaciándose. Mucho de lo que acababa de oír le parecía eminentemente lógico, y no podía negar aquellas verdades. Pero dijo:

—Sin embargo, hay injusticias y desigualdades inicuas.

Montrose sacudió la cabeza indulgentemente.

—Oye, Francis, nunca conocí a un hombre superior, un hombre inteligente que quisiera trabajar solamente por un mendrugo, y digo esto a pesar de las historietas de artistas en buhardillas y genios hambrientos. Mientras se complacen en su propio arte seguramente sería sensato en ellos trabajar también para vivir, por lo menos para ganarse el diario sustento.

Joseph pensó en su padre que se negó a trabajar como técnico en molinos en Inglaterra, y de este modo permitió que su familia sufriese privaciones. Había aludido a la «rectitud» y los «principios». Pero solamente hombres con medios independientes de vida podían permitirse tales libertades. Hombres como Karl Mark, pensó Joseph.

Se dio cuenta que solamente quedaban dos grandes cajas a su derecha y que el embarcadero estaba despoblado salvo por él y Montrose, y dos trabajadores que empujaban vagonetas rampa arriba. Montrose se había alejado. Estaba inspeccionando con interés las falsas etiquetas de los embalajes, y su aparente destino en Boston y Filadelfia. Oculto desde las puertas del almacén, fumaba indolentemente. Únicamente Joseph estaba visible desde las puertas. Las linternas en el barco al extremo del embarcadero bailaban y tenues llamadas procedían de los puentes a considerable distancia. El viento era más cortante, y los olores del puerto más insistentes. Volvió Joseph a estremecerse. Su cartera de piel y la de Montrose estaban juntas, cerca de una de las cajas de madera, brillando pardamente en la oscilante luz, sus cierres de bronce sólido, incongruentes en aquel espacio abierto y sobre el sucio suelo.

Oyó un súbito restallar de pies corriendo al exterior, y en el umbral aparecieron un teniente del ejército y tres paisanos, burdamente vestidos, de facciones toscas. También había oído Montrose y asomó su cabeza y la mitad del cuerpo más allá de las cajas. Joseph vio que el teniente empuñaba una pistola de dos cañones en su mano y que los paisanos esgrimían rifles. Joseph se quedó tan rígido e inmóvil como la piedra al ver tres armas encañonándole y otra apuntando el hombro de Montrose. El

afán homicida de las caras tenebrosas era visible bajo una luz que iluminaba desde arriba los semblantes del teniente y sus matones, y cada rasgo relucía con maligna irradiación.

El teniente, joven y con ondas de dorado cabello bajo su gorra, dijo con voz muy clara y calmosa:

—No queremos problema alguno. Pronto, por favor. Apártese de estas cajas brazos en alto, señor Montrose. Queremos el dinero de aquellas carteras.

Sus modales eran firmes y de hombre decidido, y no mostraba nerviosismo.

—¿El dinero? —dijo Joseph, con perplejidad.

—Nada de tonterías, por favor —dijo el teniente con su estilo disciplinado—. El coronel Braithwaite lo quiere inmediatamente. Sus habitaciones fueron registradas después que se fueron a cenar. No dejaron ninguna cartera con dinero. Si tiene la bondad, señor —y miró fijamente a Joseph—, hágame el favor de empujar amablemente con el pie aquellas carteras hacia mí. No estamos bromeando. Si no obedecen considérense hombres muertos.

Miró rápidamente a Montrose, y dijo:

—Retroceda, señor Montrose, con los brazos alzados por encima de su cabeza. Sabemos que va armado. Pero un solo movimiento hacia su pistola y será el último que hará. Vamos, señor, muévase rápidamente. No deseamos hacerle el menor daño personal, pero queremos el dinero.

Montrose se apartó por completo de la protección de la caja con los brazos en alto. Miró a Joseph, el perfecto ejemplar del hombre muy joven y confundido confrontado a la violencia inminente. Pero también vio otra cosa. El rostro de Joseph se había ahuecado, como una calavera, adivinándose sus intenciones peligrosas, y sus pequeños ojos azules parecían hundidos. El teniente no era tan perceptivo.

—¿Qué hay del cargamento? —preguntó Montrose.

El teniente, dada su juventud, no pudo dominar una mueca maliciosa.

—No pasará las patrullas —dijo—. Nos llevaremos, señor, los permisos con nosotros al igual que el dinero.

—Coronel Braithwaite —silabeó Montrose. Era evidente que estaba demorándose con la esperanza de que el capitán apareciese, con refuerzos.

El teniente se dio cuenta inmediatamente y rió brevemente:

—No intente engañarme, señor Montrose. El coronel parte mañana a Filadelfia. Ha sido transferido. Las carteras, señor —le pidió a Joseph—. El coronel empezará a impacientarse.

Pero el intervalo había sido suficiente. El teniente acababa apenas de hablar cuando Joseph sacó rápidamente su pistola, disparándola. Había dirigido el arma no al cuerpo del joven militar sino precisamente a su muslo derecho. El disparo fue hecho con total frialdad y precisión, sin un solo temblor ni titubeo, instintivamente.

Antes que el teniente iniciase su conmocionado desplome al suelo, Joseph giró hacia los paisanos con sus rifles y Montrose empalmaba la culata de su pistola.

Quedó visible, en un instante, que los hombres estaban estupefactos ante el ataque a su cabecilla, al no esperar ninguna resistencia, y no estaban preparados para luchar a muerte. Dieron media vuelta y huyeron velozmente en la noche con sus rifles. Uno de ellos hasta dejó caer su arma en la fuga, que chocó en el suelo del embarcadero al mismo instante en que se desplomaba el teniente, volando de su mano la pistola que rebotó en la madera.

XX

El disparo de Joseph había suscitado atronadores ecos en las cavernosas profundidades del almacén y los hombres en lo alto de la rampa habíanse detenido mirando hacia atrás por encima del hombro. Vieron al instante lo que había sucedido y empujaron apresuradamente la vagoneta dentro del barco y corrieron llamando a voces.

El capitán Oglethorp apareció repentinamente en la pasarela; bajó corriendo al embarcadero, y al llegar junto a Montrose, exclamó:

—¡Clair! ¿Estás herido?

—No, no, en absoluto, Edmund —dijo Montrose—. Fuimos atacados por aquel caballero —y señaló al militar caído con un avance del pie— y el señor Francis se ocupó de él heroicamente en seguida. Un disparo perfecto. Estábamos a punto de ser despojados de nuestros fondos. Lo que es peor, pretendían robarnos nuestros permisos de navegación. Las intuiciones del señor Francis eran más que certeras.

Joseph seguía empuñando su pistola. Se mantenía junto al gimiente y sangrante teniente en silenciosa amenaza. La luz oscilante de la linterna mostraba la blanca y sudorosa faz del militar, contorsionada por el dolor; la sangre manaba de su pierna herida. Sus anchos ojos azules viajaban rápidamente de rostro en rostro con terror. Esperaba una muerte instantánea, pero no hablaba.

El capitán Oglethorp acudió junto a Joseph. Su semblante no demostraba ni cólera ni maldad, sino simple interés. Le dijo a Joseph:

—Remátele. Por lo que he oído, no tenemos tiempo que perder.

Algunos tripulantes bajaron al embarcadero, pero se mantenían a cierta distancia, vigilantes y escuchando atentamente. Montrose meditaba mirando al gimiente militar. Dijo por fin:

—No. Hay algunas preguntas para las cuales necesito las respuestas. Además, matarle dejándole aquí, temo que sería algo dificultoso de explicar a nuestro regreso, y ahora es cierto que no tenemos tiempo que perder. Las patrullas pueden ya haber sido alertadas por los otros ladrones que acompañaban a este sujeto. Hazle llevar al barco, Edmund, y que restañen su sangre para que no se muera antes de habernos dado la información necesaria.

El militar yacía, todavía retorciéndose, pero en silencio ahora. El sudor brillaba en su cara. Crujían sus dientes. La muerte pasaba de largo, junto a él, temporalmente. Pero podía aún sentir su frialdad en sus carnes.

El capitán miró hacia donde se encontraban sus hombres, silbándoles y agitando un brazo, y acudieron al instante. Les dio órdenes. Bajaron la vista incrédulos hacia el oficial, pero no hicieron comentarios. Lo alzaron y súbitamente chilló de dolor, pero indiferentes se apresuraron transportándole al barco. Joseph seguía pistola en mano, y de vez en cuando atisbaba las puertas del embarcadero.

—Permíteme felicitarte, Francis —dijo Montrose—. Ni siquiera pude captar un solo movimiento en ti antes que disparases —y agregó con tenue sonrisa—: Doy por hecho que no disparaste a matar.

—Así es.

—¿Puedo preguntar la razón?

—No tengo objeción a matar, si es necesario. No lo creí necesario en el caso presente.

Pero Montrose, no le creyó del todo, y comentó:

—Un disparo muy notable. No lo hubiese yo realizado tan perfectamente, ni tampoco tú, Edmund. Fue admirable.

El capitán no estaba satisfecho.

—Pudimos matarle aquí, llevar su cuerpo a bordo y luego arrojarlo al mar. ¿Qué información puede esperarse de él?

—Me llamó por mi nombre —dijo Montrose—. Mencionó a Braithwaite y el registro de nuestras habitaciones en busca del dinero. Todo fue bien planeado por nuestro amigo. Iba a ser su último golpe, ya que le trasladaban de destino. Por añadidura, sospecho que no nos apreciaba, y conspiró traicionarnos además de robarnos. Sin duda esperaba que seríamos capturados por la patrulla o muertos por ellos, más allá del puerto.

El capitán asintió ceñudo.

—Esto pudo sucedernos, sin los permisos. Sin embargo, al ser capturados hubiéramos incriminado a Braithwaite en nuestras confesiones.

—Indudablemente ya pensó él en ello, y ésta es la razón por la que necesito interrogar a nuestro prisionero.

Joseph deliberaba. También él había sentido la presencia de la muerte. Dijo:

—No creo que ni aun si hubiéramos conservado los permisos podríamos haber zarpado. Este hombre intentaba matarnos tras robarnos, de modo que no pudiéramos implicar al coronel.

Montrose meditó un poco y luego inclinó la cabeza.

—Esto es probablemente cierto, Francis. Quería los permisos no tanto para que fuésemos capturados por la patrulla fuera del puerto sino simplemente para que no existieran pruebas contra nuestro gallardo coronel. Fue una suerte que el oficial no se hiciera acompañar por soldados entrenados sino por rufianes del hampa a quienes podía sobornar. Si él hubiese disparado contra uno de nosotros, los otros hubiesen tenido entonces el valor para acabar con el restante y contigo, Edmund, pero tu asombrosa acción, Francis, les sobresaltó y atemorizó imprimiéndoles pánico. Además, vieron caer a su cabecilla, y sin cabecilla tales animales carecen de ideas propias. Fue una suerte que el militar siendo joven no pudiera resistir la tentación de desperdiciar el tiempo demostrándonos lo listo que era. De otro modo, ahora estaríamos muertos.

Mientras tanto las restantes cajas y embalajes habían desaparecido con tremenda

velocidad al interior del clíper. El embarcadero quedaba vacío, la luz era incierta, y por doquier había ecos sonoros. Los tres hombres caminaron rápidamente hacia el barco.

—Zarparemos de inmediato —dijo Edmund Oglethorp—. Sería un riesgo inútil aguardar hasta la medianoche. —Miró con amistosa curiosidad a Joseph, y con cierta admiración—: Me honro, señor, con tenerle a bordo de mi barco, porque por encima de todo me agradan los hombres valientes —y colocando brevemente su mano en el hombro de Joseph, añadió—: Le estoy agradecido por haberle salvado la vida al señor Montrose, aún más que si hubiera sido la mía.

Montrose sonrió afectuosamente al marino:

—El militar sabía que cuando disparase contra nosotros, atraería tu atención, si no estabas ya por el embarcadero, y esto hubiese supuesto también tu final, Edmund. De todos modos, era una acción audaz y temeraria la que pretendía llevar a cabo, aunque probablemente tenía la seguridad de una retirada a salvo. Sospecho que tuvo más valentía para esta actividad de la que tendría en el campo de batalla. Pero es que el dinero es un gran inspirador.

—A nuestro regreso, procuraremos encontrar al coronel —dijo el capitán mientras remontaban la húmeda y grasienta rampa hasta cubierta. Hablaba casi con indiferencia.

—No lo dudes —dijo Montrose. Joseph notó un escalofrío en la nuca, y Montrose agregó—: Los hombres de la calaña del coronel no se hallan con frecuencia en el campo de batalla. Son demasiado listos y mañosos. O sea que él no morirá en una batalla.

Rió el capitán Oglethorp, y en la semipenumbra vio Joseph el destello de los blancos dientes:

—Pero de todos modos, morirá.

El camarote de Joseph era pequeño y austero pero gratamente tibio. Una pulida tronera estaba sobre la estrecha litera con sus limpias mantas pardas y el cabezal de algodón rayado. Una linterna oscilaba suavemente del immaculado techo barnizado, y había una silla y un cofre bajo. El frescor del aire marino y el aromático olor a encerados y jabón llenaban el camarote. Quitóse Joseph su levita colgándola del tabique y colocó algunas prendas en el cofre, y por vez primera, tembló.

Estaba disgustado consigo mismo. Había disparado contra un asesino que intentaba matarle. ¿Por qué, entonces, aquel temblor afeminado? Había dormido en las oficinas de Healey con una pistola al alcance, dos veces al mes, durante años, con la plena intención de herir o matar a cualquier ladrón intruso. Había practicado el tiro para matar. No obstante, en el momento decisivo su resolución de matar había flaqueado, limitándose a derribar al militar de un disparo. ¿Pensó que no era necesario matar? ¿O bien era un pusilánime? De niño había querido matar a los ingleses soñando en ello hasta de día. Había querido matar a quienes indirectamente asesinaron a su madre. ¿Qué le ocurría ahora? Si estuviera en un campo de batalla

hubiera matado sin titubear. Le fue enseñado: «Nunca apuntes un arma a menos que estés resuelto a disparar, y nunca dispares a menos que estés resuelto a matar». Había fallado.

Pero, a pesar de su temblor y su disgusto contra sí mismo, estaba contento por no haber matado al militar. Este pensamiento acrecentó su irritación. Se frotó el rostro con las manos estremeciéndose como se estremeció en el embarcadero. «La próxima vez», pensó, «no vacilaré ni un minuto. Mis remilgos pudieron costarnos las vidas».

Sentóse al borde de la litera y caviló tristemente si había perdido estima con Montrose cometiendo el único error, que tendría que ser el último, pero que siempre sería recordado en su contra. Sin embargo, Montrose no pareció enojado. No obstante, seguía siendo un enigma para Joseph, un enigma más impenetrable que nunca.

Oyó recios aletazos a lo lejos encima suyo, y después un deslizarse y un bamboleo y comprendió que el barco estaba abandonando el muelle. Arrodillándose en la litera miró a través del cristal. El barco estaba surcando con velocidad casi silenciosa las aguas negras, y los mástiles de los barcos anclados comenzaron a disminuir alejándose. Ahora el clíper crujía y cabeceaba un poco, y oíase el blando rechinar de maderos sometidos a esfuerzo, y un chapoteo a lo largo del escurridizo casco. Era un velero sólido, arrogante y veloz, y Joseph percibió que podía sentir su alma, intrépida y aplomada. Súbitamente recordó el «Reina de Irlanda» y le vino a la memoria que de niño se imaginó aquel barco como una anciana pero valiente, decidida y aunque mujer cansada, añorando la muerte o un puerto seguro. En cambio este velero despreciaba los puertos. Joseph sonrió renuente ante las fantasías de su imaginación aunque sabía que los marineros creían que sus amados barcos tenían una personalidad propia, distinta a la de los tripulantes, distinta de la de sus dueños.

Habían transcurrido largos años desde que viera por última vez la mar y estuvo en un barco, oliendo los aromas salobres, y del cáñamo y la brea y lonas y madera mojada. De repente se agudizó su memoria y por unos segundos sus evocaciones le abrumaron.

Tuvo necesidad, como quien se pellizca para saber que no sueña, de mirarse las manos lisas y cuidadosas, aunque tuviera en las palmas huellas de antiguas callosidades, y contempló su ropa de buen paño y sobria, y sus botas hechas a medida en lustroso cuero y su ancha corbata *plastrón* con el prendedor adornado por una discreta perla y su camisa de batista. Palpó su cabello, alisado y ya no revuelto en greñas. Levantándose, fue al cofre para contemplar sus pertenencias y la cartera de bolsillo que contenía una buena cantidad de dinero. Tanteó ante su enjuto estómago la delicada cadena de oro, y extrajo el reloj de repetición de oro aplicándolo a su oído y haciéndole campanillear sus frágiles notas mágicas. Eran tan sólo las once y media, pensó. Y en su mirada hubo una expresión decidida. Todavía no era rico. ¡Pero lo sería antes de un año! Crispó el puño. No más de un año.

Montrose sentábase ante el capitán Oglethorp en el cálido camarote del marino, y saboreaban un excelente coñac.

—Las noticias, Edmund —dijo Montrose—. Sé que debes ir a cubierta lo antes posible. Pero he de saber las noticias.

—Envié a un valiente de toda confianza allá cerca de Richmond —dijo el capitán, y sus labios sonrientes dilataron la sonrisa—. A nuestro hogar, Kentville.

Montrose le escrutó un instante.

—Este valiente de toda confianza fuiste tú, querido Edmund.

—Puesto a pensar en ello, pues sí —dijo Edmund con aire de honda sorpresa—. Después de todo, no quise poner en peligro a uno de mis hombres y quise evitarme informaciones confusas.

—Pudiste ser capturado y muerto, como espía o algo parecido.

—¿Yo? ¡Querido Clair! ¿Quién soy yo sino un humilde marino de retorno, un errante individuo inútil y perezoso que ha ido a la deriva? Un rústico marino que acaba de regresar recientemente de islas lejanas extranjeras y ha oído solamente rumores de esta guerra, y sólo quería ver de nuevo a sus familiares.

—Una historieta bastante creíble —dijo Montrose—. Y además siendo como eres un bribón de envergadura, probablemente podrías engañar al propio general Sherman. ¿Supongo que no tropezaste con excesivas dificultades, con patrullas o bandas de soldados de la Unión o los ocupantes militares?

—Una pizca nada más —dijo el capitán—. A veces la cosa estaba algo incierta y me tomó más tiempo de lo que esperaba. Pero he sido hombre de mar desde mis veinte años, como sabes, y la intemperie no me importuna. Dormir en casas incendiadas y establos abandonados, y también al raso, no es nada para un experto marino. No he olvidado cómo se monta un caballo, y había caballos acá y allá...

—Que robaste —puntualizó Montrose.

El capitán pareció ofendido.

—¿A quién pertenecen estos caballos? ¿A nosotros o a los condenados yanquis que realmente los robaron? ¡Que me condene Dios si no les odio!

—¿Tuviste que matar a muchos?

El capitán simuló estar avergonzado, pero sonrió al admitir:

—Unos cuantos. Pero ¿qué es un yanqui? Solamente lo hice cuando era necesario, y cuando necesitaba municiones o un caballo descansado. Tu padre me dijo muchas veces, cuando yo era tan sólo un chiquillo, que un caballero mata solamente cuando se ve obligado a hacerlo. También te dijo lo mismo a ti, y yo siento un gran respeto por tu padre, aun cuando tú nunca se lo demostraste. Después de todo era mi tío, y mi propio padre murió siendo yo pequeño, siendo él quien cuidó de mamá y de mí enviándome al colegio. Y si bien charlaba en exceso y demasiado devotamente todo el tiempo, tenía sus virtudes.

—Un verdadero caballero del Sur —dijo Montrose—. Eso decían.

El capitán pareció apenarse.

—Nunca has sentido el menor respeto por nadie, Clair. Ni siquiera por tu exquisita madre. Fuiste siempre un pícaro y tienes la audacia de llamarme bribón. Por lo menos yo honré a mis mayores y no me burlé de ellos en su cara, como hiciste tú. Y acudía a misa con ellos, en domingo, cosa que te negaste a hacer cuando eras un rapaz de cinco años. Hubo siempre en ti algo de endiablada travesura.

Asintió Montrose.

—Las diferenciaciones entre nosotros dos son nulas, Edmund. Tenemos la misma sangre de pirata, heredada a través de nuestras santísimas madres. ¡Y qué grandes damas eran! Solía yo preguntarme si mamá defecó alguna vez. Estoy seguro que papá creía que no. Pero vamos al grano, Edmund, las noticias, las noticias.

El capitán volvió a llenar su copa. El barco aumentaba la velocidad y la linterna del techo oscilaba. Dijo Edmund:

—Luana nunca recibió ninguna de tus cartas excepto las dos primeras.

—Papaíto las confiscó.

—No. Fue tu madre —aclaró Edmund—. Todo por el bien de Luana, ciertamente. Me aflige recordar que todavía amabas menos a tu madre que a tu padre, y eso que ella era una dama tan frágil y encantadora, que nunca alzaba la voz ni si quiera a un esclavo. Lamento confesarte que fue tu madre.

El felino semblante de Montrose adquirió cierta ansiedad al avanzar preguntando:

—¿Viste a Luana? ¡Pronto, dímelo!

El capitán lo miró fijo y dijo bruscamente:

—Los yanquis redujeron a cenizas la casa donde ambos nacimos, y donde nació tu padre. Incendiaron los campos y el algodón. Se llevaron el ganado. Lo que no pudieron llevarse, lo destruyeron. Todo. Jardines, gallineros, establos. Solamente quedó una chimenea en pie, Clair. Lo incendiaron todo menos las viviendas de los esclavos. Y ahora hasta los esclavos se han ido.

Fulgían las pupilas de Montrose como las de un enorme gato:

—¿Luana?

—Luana se quedó. Ocultó a tu madre en los bosques y cuando los yanquis se fueron, la trajo a los alojamientos de esclavos.

—¿Le hicieron algún daño a Luana?

—No. Es una moza magníficamente lista, Clair. Nunca la encontraron. Se ocultó con tu madre, durante toda una semana. Ella sabía lo que los yanquis hacían con las esclavas, y cómo les disparaban a los mozos negros y hasta a los negritos después de beberse el vino y el *whisky* de tu padre. Oí las mismas historias por toda Virginia. ¿Puedes imaginarte siquiera a un sudista disparando contra tipos indefensos, aunque fueran negros?

—Sí, claro que sí —dijo Montrose—. Aunque no tan fácilmente como un yanqui —y bebió un sorbo de coñac antes de reiterar—: ¿Luana? ¿La viste?

—Sí. Cuando llegué allá vociferé mientras buscaba en torno. Era como si llamase

a los puercos. Puedo decir que me sentía una pizca acongojado. Y entonces salió Luana de los aposentos de esclavos, y al reconocermme acudió corriendo y gritando: «¡El amo Clair! ¡Cuéntame del amo Clair!». Estaba para que la amarrasen, casi fuera de quicio. Me agarró por los brazos, sacudiéndome y chillando tu nombre sin cesar. Empecé a preocuparme por sus bramidos, preguntándome si no seguirían rondando por ahí los yanquis, y si tú y yo no hubiésemos jugado con ella todos juntos cuando éramos críos, le hubiese atizado un bofetón: sólo uno para que se callase. Era indudablemente Luana, y no parece tener ni un día más de veinte años, y esto que ya pasó de los treinta.

Meneó la cabeza pensativo.

—Todavía es una real moza, con aquellos grandes ojazos grises, y una piel como la crema fresca y una boca como una rosa oscura, que así me la figuraba que era su boca, siendo yo mozalbete. Soñaba por las noches con ir a visitarla en su cama, pero tú llegaste primero, Clair, y ella solamente tenía trece años. Entonces tuve pesadillas soñando con asesinarte —y el capitán rió meneando nuevamente la cabeza—. El problema fue que tu padre estaba en contra de que los fulanos blancos se ocupasen en fruslerías con sus esclavas. Tenían esclavas, pero es justo reconocer que jamás usó ni abusó de ellas, ni a ellos los maltrató, respetándoles como a seres humanos, con aquellos derechos inalienables que estaba siempre citando de la Declaración de Independencia, aunque tal proclamación no significaba en modo alguno que creyese justo liberar los esclavos ni pensara que tenía nada que ver con los negros. Contradictorio. Poco juicioso. Recordarás cuando tu padre descubrió lo tuyo con Luana y se comportó como si Luana fuera su preciosa y única hija y tú un sucio estuprador que debería ser fustigado a zurriagazos y ahorcado. Era un poco simple tu padre. Luana era tan sólo una esclava y tú eras su único hijo. Casi le dio un ataque de apoplejía.

Montrose sonrió desagradablemente.

—Quizá recordó que Luana era su prima segunda, hija de su primo Will, que él sí que no tenía nada en contra de nadie que se acoplase con las «achocolatadas».

—Bueno, tu primo Will, no mío, era puramente una basura blanca, Clair. Un vicioso bastardo inútil. Nunca tuvo nada salvo una granjita gusarapienta, y ni un solo esclavo. No tenía derecho a acostarse con la «*mammy*» de Luana, que era propiedad de tu padre. Pero era un tío verdaderamente guapo tu primo Will, y Luana heredó sus ojos y nariz, y su «*mammy*» era también una linda moza, de color «canela subido» como las llaman. Luana podría pasar por blanca, en todas partes.

—Supongo que esto es un piropo —dijo Montrose.

—Admito que lo es, Clair, y no me hables a mí en jerga yanqui. Soy un caballero del Sur, señor —y el capitán rió—. Bueno, logré cerrarle la boca a Luana y así conseguí las noticias. Y ahora debes pensar bondadosamente sobre tu padre. Antes de que tu hijo naciese, tu padre liberó a Luana, de modo que su hijo nació libre, y no liberto. Y ahora espero que lo que voy a decirte te hará sentir aún más benevolencia

hacia tu padre. Quiere mucho a su nieto. Lo colocó en su testamento, me contó Luana.

—Ni siquiera sé su nombre —dijo Montrose.

El capitán echó atrás la cabeza lanzando una carcajada que sonó como un relincho.

—¡Le dio a tu hijo su propio nombre, vive Dios! ¡Charles!

Montrose miró atónito con expresión incrédula al capitán que volvió a relinchar.

—Clair, mi buen amigo, el problema contigo es que eres un hombre muy complicado y así ¿cómo puede cualquiera tan estúpido como un hombre complicado entender a los de mente simple como tu padre? Crees que casi todo el mundo tiene pensamientos sutiles y complicados como tú mismo. Pero tu padre es tan simple como un manantial de montaña y nunca tuvo un solo pensamiento en la cabeza. De esto ya me di cuenta cuando tenía yo seis años. Pero, claro, yo no soy un hombre de intelecto como tú, Clair. Yo veía las cosas como eran, pero tú siempre andabas buscando matices significativos y encontrando solamente tu propia tanda de disparates y tonterías. Aunque no creías que era pura tontería. Pensabas que eras listo.

Montrose se pasó los dedos a través del espeso cabello. El capitán, sonriendo más ampliamente que nunca, dijo:

—Tu chico se parece a Luana, aunque es rubio como tú. Naturalmente, todo el mundo sabía que era tuyo, pero nadie se atrevió jamás a reírse ante tu padre, excepto tú. Ninguno de sus amigos se hubiera atrevido siquiera a sonreírse tras su espalda. Un caballero correcto y bravo, tu padre, y hubiese matado al burlón. Además, está orgulloso del chico. Más de lo que nunca estuvo orgulloso de ti. Charles era de su casta. Tiene el aspecto de un Deveraux, y Luana también tiene sangre Deveraux. Esta gente tiene más orgullo que el propio diablo.

Montrose permanecía en silencio. Sus distinguidas facciones no expresaban nada. El capitán volvió a llenar la copa de su primo, riendo como ante una gran broma que solamente él pudiera apreciar.

—Luana me contó lo de las dos cartas tuyas que recibió. Tú no sabías que ya había sido liberada. Le enviaste dinero. Ahora bien, ¿cómo demonios se te ocurrió creer que una moza preñada y canela, aunque parece blanca, de sólo trece o catorce años por entonces, pudiera fugarse del hogar, y siendo esclava, viajar norte arriba? Te lo repito, Clair, vosotros los intelectuales resultáis muchas veces plenamente débiles mentales. Cierto que por entonces solamente tenías diecinueve años escasos, pero aun así, debiste tener más sentido práctico.

—Le escribí a ella que nos podíamos casar en el norte —dijo Montrose.

—Pero Luana tenía más sentido común que tú, Clair —y al no replicar Montrose, prosiguió el capitán—: Si, Luana tiene sentido común. Tú eres un sudista nato. Ella sabía que esto lo recordarías algún día, así como que ella fue una esclava, con sangre negra. Recordarías que eres un Deveraux.

—Y Luana tiene sangre Deveraux.

El capitán sonrió triunfante:

—Ahora sí que indiscutiblemente has asomado la oreja tú mismo, Clair. Acostumbradas a reírte de los Deveraux, pero los llevas dentro de ti a pesar de todo. Luana sabía todo lo referente a ti. Y sigue sabiéndolo. Si no supiera lo que sé de ella hubiera jurado sin la menor duda que era una dama por cuna. Y hay otra cosa más. Siempre fue muy adicta a tu madre, especialmente después que nació el chico. Tú nunca apreciaste a tu madre. Era una dama de principios, como tu padre, y mejor aún que un Deveraux a pesar de su antepasado pirata. Crió a Luana como si fuera casi una pariente suya, aunque nunca le demostró sus verdaderos sentimientos. Sólo Luana los conocía.

El capitán miró pensativo a Montrose. También ojeó su reloj.

—Clair, voy a resumir brevemente. Tu madre murió en el aposento de esclavos, asistida por Luana que la cuidó como una hija amante, hace dos meses. Luana no se separó de ella ni un minuto. Y cuando tu madre estuvo muerta, Luana le excavó la tumba al extremo de lo que una vez fueron los jardines, y la envolvió en uno de sus propios chales, y la lloró como una hija.

Hizo una pausa, grave el semblante.

—Tía Elinor era una dama, una gran señora, igual que su hermana, mi madre, aun cuando no fuera ni pizca más lista que tu padre. Nunca pudiste perdonar a los tontos Clair, y sin embargo los tontos poseen a veces una gran dignidad.

—¿Qué pasa con Luana? ¿Cómo vive?

—Sigue viviendo en el alojamiento de esclavos. Le di dinero. Llevaba conmigo cuatrocientos dólares. Le dije que tú se los enviabas. Le dije que tú querías que ella viniese al norte, como fuese, para unirse contigo. Y ella me contestó: «Dígale al amo Clair que éste es mi país, y éste es mi pueblo, y que nunca los abandonaré. Pero le envío todo mi amor, y cuando esta guerra termine le imploro que vuelva al hogar y viva de nuevo en su propia tierra». Y está levantando de nuevo un jardín, y está muy agradecida por el dinero ya que así comprará una vaca o dos, y caballos. Me debes cuatrocientos condenados dólares yanquis.

Montrose se frotó la frente inclinada la cabeza, mirando el suelo.

—¿Dónde está mi hijo? —preguntó.

El capitán rió con fuerza.

—Tu padre, Clair, es un coronel en el ejército de la Confederación, y dónde diablos pueda estar ahora no lo sé. Pero se llevó con él a tu hijo como ayudante personal, y no cabe duda que nadie en el regimiento de este hombre sabe que el chico tiene la más mínima gota de sangre de negro. Luana le contó este problema, pero me dijeron que él le respondió, a su propia madre, que esto carecía de importancia y que Dios no miraba el color de un hombre sino solamente el de su alma. Luana es lista y sabe lo que es la vida, y calculo que ella piensa que tu chico es tan tonto como su abuelo, y no tiene mucho más sentido común —y levantándose añadió—: Esta Luana es una dama, una dama orgullosa, y tiene un gran espíritu valeroso, y te espera, lo

cual no creo que sea muy inteligente por su parte.

Colocó una mano en el hombro de Montrose sacudiéndolo como dándole ánimos.

—Esta maldita guerra no durará siempre, Clair. Vuelve a tu propia tierra y a tu propio pueblo. Vuelve junto a Luana.

—Nunca podría casarme con ella en Virginia —dijo Montrose como hablando consigo mismo.

—¡Por el infierno!, ¿qué importa casarse o no? La moza te está esperando. Si yo tuviera una moza como ella esperándome, que me condene si no iría a por ella aunque fuera a través de todo el maldito ejército de la Unión. Creo que ya te lo dije: Luana también es orgullosa. Después de todo es una Deveraux aunque sea por el lado clandestino de las sábanas.

Asestó un empujón al hombro de Montrose.

—Bueno, ¿qué hacemos con el bastardo en el calabozo?

Montrose se levantó. Parecía ausente y algo embotado. Tras unos instantes, dijo:

—Voy a hablar con él ahora mismo. Y quiero que el joven Francis esté conmigo. Ya ha recibido el bautismo de sangre, como solía decir mi padre, después de pasarme por la cara una cola sangrienta de zorro. Quiero que él oiga lo que se hablará.

Miró fijamente a su primo:

—Gracias, Edmund. Esto es cuanto puedo decirte. Gracias —y tendiendo la diestra, sonrió—: Eres solamente un Oglethorp, pero he de reconocer que te admiro.

—Vete al infierno —dijo el capitán y emitió su peculiar risotada.

XXI

—No se atreverán a matarme a mí, un oficial del ejército de la Unión —declaró el joven teniente.

Había recibido solamente una herida en la parte carnosa del muslo, aunque era una herida honda, y había sido eficazmente atendido por un tripulante del barco. Yacía en el catre del calabozo y miró retador bajo la luz de la linterna a Montrose, sentado en la única silla, y luego a Joseph que estaba en pie cerca de él, pistola en mano.

—Es posible que le espere una sorpresa desagradable —dijo amablemente Montrose—. Sólo porque el caballero que está cerca de usted no le mató no vaya a pensar que titubearemos ahora que estamos en alta mar. Fue solamente nuestra conveniencia la que preservó su vida y nos hizo traerle a bordo. No ponga a prueba mi paciencia, ¿señor...?

El militar le escupió, fallándole por poco. Joseph encañonó la pistola a su sien, y el militar se encogió. Alzó la vista hacia el rostro de Joseph y vio en él la contracción amenazante que anteriormente mostró en que se marcaban los huesos de su rostro, como si se adivinase su calavera, los pequeños ojos achatados y la boca contraída.

—No se atreverán —repitió temblorosamente.

—Estoy perdiendo la paciencia —dijo Montrose—. Ya oyó nuestras preguntas. Contéstelas inmediatamente, o morirá antes de que transcurra otro minuto. Si es usted sincero con nosotros, no tenemos por qué quitarle la vida. Si no, pasará muerto al fondo del mar, apenas hayamos dejado atrás las naves de patrulla.

El militar era muy joven, y ahora se puso histérico tanto de dolor como de miedo. Comenzó a hablar con voz acelerada y jadeante. Era casi lo que había pensado Joseph. El coronel Braithwaite le ordeno contratar rufianes en la ciudad y en el momento adecuado robar a Montrose en el embarcadero, coger los permisos, y después matar a Montrose, al capitán y a Joseph. Luego tenía que notificar a las autoridades del puerto que había oído disparos, y que al acudir había hallado los tres cadáveres. No tenía que acercarse al barco, sino «fingir huir para salvar la vida, pidiendo auxilio». El cargamento sería entonces confiscado, tras la investigación, y el asunto concluso catalogándolo como «traición». El clíper hubiera sido también confiscado por el gobierno.

De esta manera el sobornable coronel Braithwaite entraría en posesión de una gran cantidad de dinero antes de su traslado a Filadelfia y se hubiera tomado una revancha y cubierto de los riesgos a que de todos modos estaba expuesto por el cargamento.

—Pero ¿por qué la «revancha»? —dijo Joseph—. ¿Qué le hizo nuestro patrón o le hicimos nosotros, para convertirle en enemigo nuestro?

Le miro Montrose con inmensa y no simulada sorpresa.

—Mi estimado Francis, ¿no has aprendido todavía que no siempre es preciso perjudicar a un hombre para incurrir en su enemistad? En realidad, la mayor parte de los enemigos se crean sin proponérselo por parte de un hombre. Se crean a causa de la envidia, la malicia y la perversidad que alienta en el espíritu de algunos hombres, que les hace ser por naturaleza enemigos de sus semejantes, sin la menor provocación. Mi enemigo mortal fue un hombre al que yo consideraba mi mejor amigo. A quien favorecí, protegí, y obsequie. —Tras lo cual comentó sonriendo—: He llegado a creer que todo aquello fueron suficientes provocaciones merecedoras de enemistad.

El joven militar cuya faz estaba pálida y sudorosa, escuchaba con los ojos cerrados. Montrose le hincó levemente un dedo en el costado.

—Pero quizá el coronel Braithwaite tenía algún otro motivo para traicionarnos.

Resultó que lo tenía. El teniente debía declarar a las autoridades que las sospechas del coronel Braithwaite se acrecentaron con referencia al «Isabel» y que a última hora había enviado a su subordinado a investigar. El coronel Braithwaite sostendría que no había dado permiso al barco, en el caso de que ambos ejemplares fueran hallados y recuperados, y de no ser encontrados alegaría haber sido engañado por «traidores» y contrabandistas de armas, y que finalmente al sentir una creciente inquietud había ordenado otra investigación. Por su perspicacia y pronta acción sería sólidamente recompensado por el gobierno, y ascendido por lo menos a general de Brigada.

Montrose escuchó todo esto sin la menor emoción, pero Joseph sentíase asqueado y al verlo Montrose meneó la cabeza con tenue sonrisa.

—Observarás que los hombres no pueden ser comprados en firme, Francis. Necesitan constantes sobornos, y no sólo de dinero, para permanecer leales. Se le presentó al coronel Braithwaite la ocasión de una mayor recompensa, un mayor soborno, y aceptó. De no haber sido destinado a Filadelfia y seguir aquí como autoridad militar del puerto, habríamos podido continuar comerciando con él.

Le dijo al militar:

—Aparte del hecho de que el coronel era su superior y le daba órdenes, ¿cómo le soborno?

—Dos mil dólares, una parte de la recompensa y la recomendación del coronel para mi ascenso a capitán —y el joven hablaba con voz débil, dominado por el dolor. Añadió—: Es también hermano de mi madre.

Asintió Montrose:

—En consecuencia estaba relativamente a salvo de chantaje en el futuro, y le implicó a usted en sus perfidias y crímenes.

Se volvió hacia Joseph y dijo:

—¿Qué sugieres ahora, Francis?

Joseph, mientras su corazón dio un gran brinco, guardó silencio. La culata de la pistola se humedeció súbitamente en su palma.

—¡Usted prometió no matarme! —grito el militar abriendo los ojos azules

dilatados por el terror y saliendo de sus órbitas.

—No le hice tal promesa —rectificó Montrose—. ¿Bien, Francis? Dejo la resolución y conclusión en tus manos.

La garganta y el paladar de Joseph estaban tan resecos como piedra ardiente. Replico:

—Creo haber hallado un castigo más justo —y no sabía que había un matiz de súplica en su entonación—. Cuando llegemos a Virginia su herida ya estará casi cicatrizada. Visto el uniforme de oficial de la Unión. Le dejaremos en tierra y que se valga por sí mismo.

—¡Magnífico! Dejémosle que aclare a nuestros amigos en Virginia como un oficial de la Unión pudo llegar entre ellos repentinamente y con uniforme. Será atrapado inmediatamente como espía, o si intenta explicar la verdad será acogida con alegres risas, y les parecerá una excelente broma a nuestros amigos. Si no le ahorcan le encarcelarán. Si más tarde es rescatado por sus compatriotas no se atreverá a explicarles la verdad ni a mencionar el coronel Braithwaite. Me encantará estar presente cuando intente explicar su presencia a solas en aquella parte de la inconquistada Virginia, a mi pueblo o cuando intente justificarse a sí mismo ante sus propios amigos.

Tocó a Joseph en el brazo.

—Admiro profundamente al hombre de ingenio y no meramente de fuerza directa, Francis.

—Tanto da que me maten ahora y terminaríamos de una vez —dijo el militar con triste tono.

Montrose le contempló afablemente:

—Mi joven señor, si yo tuviera su edad aceptaría cualquier alternativa que aplazase mi muerte. Y dándose el caso que usted es un ladrón y un asesino en potencia, puede llegar lejos después de todo, si conserva la vida. La conserva. Bajo otras circunstancias le recomendaría con efusión al señor Healey.

Oyeron disparos encima de ellos y pies corriendo apresurados, y el capitán abrió la puerta de barrotes.

—Un barco patrulla nos está dando el «quien vive» —dijo.

Esto ya había ocurrido antes y era rutina, limitándose la patrulla a dar en ocasiones el alto a barcos saliendo del puerto para examinar la credencial de permiso. El capitán contempló al militar, y protestó:

—¡Dios! Pero ¿está todavía vivo? Ahora ya no podemos liquidarle antes que la patrulla nos deje seguir navegando, y no debemos correr el riesgo de pegarle un tiro. Señor Montrose, ha sido usted algo negligente.

—Creo que no —dijo Montrose levantándose—. Dejaremos al señor Francis con nuestro amigo aquí presente, con órdenes de matarle si abre siquiera la boca. Sugiero la estrangulación o la asfixia, así no se oirá ningún ruido. ¿Comprendido, señor Francis?

—Si —dijo Joseph y esta vez, su voz era plenamente decidida.

Le había sido concedida misericordia al militar. Si infringía esta tregua moriría. Joseph dudaba que prefiriese la ejecución en el acto a la posible supervivencia.

El capitán amortiguó la luz de la linterna en la celda, contemplo escrutador el rostro de Joseph, y salió acompañando a Montrose. La puerta resonó cerrándose y rechinó la llave en el cerrojo. Joseph sentóse en la silla y miró al militar:

—Le mataré si hace un solo ruido o alza tan sólo una mano —dijo.

No había tronera en la celda, pero Joseph presentía la larga y oscura presencia del barco patrulla casi rozándoles. Oyó como era abordado el clíper y las voces autoritarias de los marinos de guerra. El clíper se había detenido. El militar y él aguardaban en silencio absoluto; el militar tenía fijos los ojos con temor en Joseph, comprendiendo que esta vez Joseph le mataría sin importarle las consecuencias, y con sus manos desnudas, ni siquiera susurraba. El militar sentía ganas de llorar. Todo le había parecido una aventura tan provechosa, aunque con peligro, tal como le fue explicada por su tío. Dinero, ascenso, honores. Ahora estaba desvalido. Sofocó sus sollozos escuchando agudamente las voces en cubierta. Tenía una sola esperanza: que las autoridades registrasen el barco como hacían algunas veces. En tal caso Joseph no se atrevería a combinar el asesinato con la alta traición. Apenas las autoridades se aproximasen a aquella celda, él, Joshua Temple, haría un esfuerzo final, arrojándose sobre Joseph, y gritaría, antes que el otro hombre pudiera matarle.

En esta disposición de ánimo esperaban ambos jóvenes en el máximo silencio, escuchando intensamente. Nadie bajó las escaleras. Nadie se aproximó a la celda. El soldado yacía con los puños apretados, mirando solamente a Joseph, aguardando, casi rezando. Pasaron largos minutos. Después hubo risas, roncadas voces bromeando, el rumor de un bote alejándose del clíper, la leva de anclas, voces de despedida. El soldado quedó anonadado. Joseph se relajó algo. El clíper comenzó a moverse, chirriando suavemente sus maderos, oscilando, atronando el viento con sus lonas al irse desplegando bajo la luna.

Entró Montrose en la celda.

—Estamos de nuevo en marcha —dijo—. Ahora, Francis, tomaremos una ligera cena con el capitán y después nos retiraremos a dormir.

Esforzándose en retener el furioso llanto, dijo furioso el militar:

—¡Sucios tramposos traidores!

La travesía duró seis días debido a un temporal que casi desarboló al «Isabel» y hasta inquietó al intrépido capitán. El clíper iba sobrecargado; había peligro de que zozobrase en las verdinegras olas que Joseph observaba golpear la nave en imponentes masas de agua. En determinado momento Montrose sugirió echar parte del cargamento al mar pero el capitán rebatió con mueca sonriente:

—No. Antes prefiero echar por la borda algunos de mis hombres.

—Eres un romántico incurable —dijo Montrose—. Pese a todo me temo que eres un devoto a la causa de la Confederación.

Brillaron los ojos del capitán:

—Hay devociones peores —dijo.

Rió Montrose:

—Claro que no le repetiré esto al señor Healey que no es devoto de nada salvo de la ganancia.

Echaron anclas en plena oscuridad de la noche en una pequeña bahía desierta. La quilla del «Isabel» escapó por poco a quedar encallada bajo las aguas poco profundas. Todo estaba en silencio y aparentemente sin vida cuando el «Isabel» se inmovilizó, pero en aquel mismo instante el muelle sin luz, excepto por la de las estrellas y una luna tormentosa, cobró vida con hombres silenciosos que ayudados por la tripulación fueron descargando velozmente el contrabando. Nadie hablaba salvo cuando era absolutamente preciso, y aun así, susurrando. Todos se afanaban en la tarea, incluyendo el capitán, Montrose y Joseph. Solamente los vigías ocupaban sus puestos, escrutándolo todo con sus catalejos. La operación duró varias horas. Joseph podía ver solamente figuras oscuras y a veces el borroso óvalo de un rostro. Percibía la insoportable tensión del apresuramiento, y trabajó hasta quedar empapado en sudores. La noche era calurosamente húmeda, bochornosa y amenazante. A instantes fogueaba un relámpago descubriendo las negras nubes que galopaban ante la luna a ratos ocultándola y luego desnudándola. Retumbó el trueno. Hubo breves e intensos chubascos y la cubierta se volvió resbaladiza.

Por segunda vez Joseph se daba cuenta de la guerra y su impacto en él. No encontró excitante aquella actividad, aunque adivinó que muchos de aquellos hombres inquietos sí la encontraban estimulante. También percibía que eran fervientes patriotas y esto le pareció absurdo. Trabajaban y arriesgaban sus vidas, no por la ganancia, sino por su amada Confederación.

Poco podía verse de la campaña más allá del destartalado muelle, aunque a ratos la luna no alcanzaba a revelar una inescrutable tiniebla. Si había gente viviendo en la vecindad su presencia era invisible. Pero Joseph presentía en las tinieblas un acecho vigilante.

Por último Joshua Temple, sin habla, blanco el rostro, fue depositado en tierra. Ahora podía andar, renqueando. Joseph le vio cuando era obligado a bajar por la rampa y oyó risas sofocadas. Al pie de la rampa y en el muelle, el militar miró hacia atrás, desesperadamente, pero fue rudamente empujado. Desapareció en la noche.

Finalmente la rampa pasarela fue izada a bordo, y se cerraron las compuertas. El «Isabel» levó anclas y derivó lenta y silenciosamente hacia la mar abierta, donde adquirió ligereza progresiva, llenas sus velas. Joseph experimentó una sensación de enorme alivio que le produjo disgusto. Como si le comprendiera, dijo Montrose:

—Hay hombres que aman el peligro por sí mismo y no podrían vivir sin él, y lo buscan. Y hay hombres que no aman el peligro, pero lo afrontan tan valientemente

como los otros. No sé, con toda sinceridad, a quiénes prefiero, pero si fuera cuestión para mí de vida o muerte, elegiría a los hombres que no buscan el peligro aunque no huyan de él —y riendo brevemente concretó—: Me temo que yo soy de los que practican la primera tendencia.

A su regreso a Nueva York fueron de nuevo al Hotel Quinta Avenida, y le pareció a Joseph que el cercano pasado era sólo un sueño. Poco después de su retorno Montrose solicitó su presencia en la reunión con los banqueros.

Joseph quedó impresionado por el carácter anónimo de todos ellos. (Comprendió que él no debía ni preguntar ni hablar, sino únicamente escuchar). Oyó acentos extranjeros, aunque todos ellos hablasen en inglés con Montrose. Era imposible hacer una diferenciación entre ellos, captar cualquier peculiaridad de temperamento, de excentricidad, disensión ni siquiera de característica individual. Eran caballeros corteses, cordiales, de refinados modales, maravillosamente discretos, educados y atentos, nunca mostrando desacuerdo, nunca alzando la voz. Llevaban consigo documentos y carpetas en carteras reforzadas con acero, y bebían vino en torno a la larga mesa del apartamento de Montrose. Cuando hablaban era con entonación calmada y desapasionada, casi impersonal, sin emoción, rencor, ni protesta.

Algunos eran rusos, algunos franceses, varios ingleses, algunos alemanes y otros de diversas nacionalidades no declaradas. Había hasta un chino y un japonés, todos impecables y ceremoniosos entre ellos. Para Joseph era como un majestuoso minueto, bailado a los tintineantes compases musicales del frío dinero, y ejecutado con precisión. Sin exteriorizar con miradas expresivas o matices de la voz y expresiones que denotasen sentimientos personales. Se trataba de puro negocio, y ninguno de ellos demostraba fidelidades, vínculos o involucraciones con ninguna nación, ni siquiera la suya propia. Hubiese parecido inverosímil en ellos que delatasen el menor calor humano o vínculo personal. Era posible que en su mayoría fueran esposos y padres e hijos, pero ninguno mostraba la menor afectividad ni hablaba de nada que incumbiese a su vida íntima. Joseph inmediatamente los catalogó como «los hombres grises y mortíferos», y no supo por qué los detestaba o por qué los consideraba los más peligrosos de todos entre la especie humana. Se dio cuenta que ninguno bebía *whisky* sino vino. Podían tener mutuos e intrincados negocios a tratar entre ellos, pero le resultaba a Joseph más que evidente que ninguno confiaba en los demás.

Hablaban solamente de dinero, el más grande de los poderes, el más pragmático de los denominadores comunes. Ninguna pupila se iluminaba con humorismo o amistad o intimidad. Se daba por descontado que todas las demás cosas aparte del dinero y el poder del dinero quedaban fuera de la consideración de los hombres importantes, y que todos los asuntos del mundo más allá del dinero eran trivialidades aptas solamente para ser discutidas en los momentos de ocio y con indulgentes sonrisas corteses, lo mismo que uno se entretiene con el parloteo en una reunión

frívola, o en agradable concierto tras la cena.

Discutieron sobre la guerra entre los Estados ateniéndose a sus notas y documentos como si la muerte, la sangre y la agonía de una guerra fratricida — planeada mucho tiempo antes en Londres por sus fabulosas ganancias— fuera únicamente una maniobra comercial. Hubo diagramas de beneficios expuestos para cuando el Sur fuera conquistado y sus ricas tierras apropiadas por el Norte. Hubo una breve discusión acerca del movimiento industrial en el Sur tras la conclusión de la guerra y los probables salarios más bajos posibles. Un inglés menciona que Inglaterra no podía desinteresarse en la división de tierras, y que Inglaterra había efectuado grandes inversiones en el Sur, y que los banqueros ingleses insistirían en el cobro de un gran interés por el dinero prestado a la Confederación para armamento. Los otros banqueros asintieron solemnemente. Era simplemente algo justo, naturalmente. Un ruso menciona con fría precisión que puesto que el Norte había sido protegido contra Inglaterra por la Armada rusa, el Zar se sentiría angustiado si sus inversiones en el Norte no fuesen tomadas en cuenta. Un alemán habla después de una guerra posible entre Alemania y Francia. «Tenemos inversiones en Alsacia y los franceses no son tan industriosos como los alemanes». Dos franceses sonrieron tenuemente. «Somos tan inteligentes, si quizá no tan industriosos, *Herr Schultz*. Pero, desgraciadamente, nuestros paisanos prefieren disfrutar de la vida al igual que de sus beneficios». Esto, por vez primera, suscitó leves y rápidamente sofocados murmullos jocosos.

—Opino —dijo uno de ellos— que podemos, esperanzadamente, tomar en consideración los dogmas de Karl Marx que está ahora en Inglaterra, para reorganizar nosotros las fuerzas políticas aprovechables en Alemania. No pasamos por alto a Bismarck. Creo que podemos manejarle. Además, el Emperador de Francia —y yo respeto a Su Majestad— ha quedado impresionado, según informes, por las teorías de Marx. En consecuencia, no dudo que algún desacuerdo pueda ser estimulado entre Alemania y Francia en un próximo futuro. He de acudir en breve plazo a Londres, Berlín y París, y todo esto será discutido a ultranza.

Un inglés carraspeo aclarándose la garganta.

—Desearíamos que la prensa europea cesase de expresar indignación contra Su Majestad, Emperatriz de la India.

Recibió inmediatas garantías sin ninguna variedad en las entonaciones neutras que todo ello sería atendido lo más pronto posible y que la «prensa» sería «informada» en Europa.

Con una deferente inclinación de cabeza, dijo Montrose a sus colegas:

—Los Estados Unidos de América es una nación nueva y no beligerante y esta guerra no es de su agrado...

—Mi querido señor Montrose —interrumpió uno de los caballeros—, ¿no está de acuerdo en que ya es hora que su país se embarque en afanes imperialistas y forme parte de los planes monetarios universales?

—No de inmediato —dijo Montrose—. Debe usted recordar que somos

principalmente todavía, una nación agrícola y no industrial. Las naciones agrícolas no se comprometen en guerras ni litigios de ninguna clase, ni están particularmente interesadas en el negocio bancario. Norteamérica es extensa y abierta y todavía no hemos explorado plenamente nuestro territorio y pueden pasar décadas antes que podamos inducir al pueblo norteamericano a sentirse entusiasta de las guerras por el provecho y ganancias. La Constitución es también un obstáculo. Solamente el Congreso puede declarar la guerra, y los norteamericanos constituyen un pueblo muy recalcitrante que recela del gobierno y observa al Estado con extremado celo.

—Entonces, es deber de hombres informados introducir las teorías de Karl Marx en Norteamérica —dijo uno de los caballeros—. Resulta ridículo que su Washington sea un centro administrador tan débil, con un gobierno tan descentralizado dejando el poder a estados individuales. El poder centralizado, como muy bien sabe usted, señor Montrose, es la única garantía de guerras beneficiosas y controladas y prosperidad. Nunca será bastante pronto para introducir las teorías y consignas de Karl Marx. Estas teorías destruyen todos los conceptos menos el del poder centralizado del Estado. Una vez el poder sea concentrado en Washington, dando por admitido que no es una perspectiva inmediata, Norteamérica adquirirá su lugar como un imperio, calculando e instigando guerras, para beneficio de todos los interesados. Todos sabemos, por larga experiencia, que el progreso depende de las guerras.

¿Acaso estos hombres, pensó Joseph, tenían algo que ver con el conflicto entre Irlanda e Inglaterra?, y una fría desazón le inundó.

—Me temo —dijo Montrose— que no encontrarán ustedes al señor Lincoln muy dispuesto ni siquiera a la más sutil de las sugerencias después de esta guerra.

—Entonces el señor Lincoln ha de ser... eliminado —dijo un caballero con fría entonación.

Montrose fue mirando lentamente de rostro a rostro.

—Unos políticos en Washington han informado al señor Healey que es el propósito del señor Lincoln cicatrizar las heridas de esta guerra, ayudando al Sur a recuperarse, propender a la reconciliación nacional, extender los beneficios de la amnistía, y unir de nuevo la nación.

—Esto es absurdo —dijo un caballero—. Hay excesivo tesoro en riqueza de tierras y ciudades en el Sur para permitir que caigan otra vez en manos irresponsables. Indudablemente su nación, señor, volverá a unirse de nuevo políticamente, pero atañe a nuestros intereses mantenerla espiritualmente dividida, y sostener siempre viva la animosidad entre el Norte y el Sur. Éste es el único modo en que podemos estar seguros de nuestros beneficios, va que en caso contrario, podrían presentarse riesgos y conjeturas...

—Y una competencia de facturas —dijo Montrose con rostro muy serio. Los otros fruncieron el ceño mirándole por lo que consideraban una animosidad. Dijo uno de ellos:

—Debemos no solamente percibir la devolución de nuestros préstamos tanto del

Norte como del Sur, sino también los amplios intereses acumulados de estos préstamos. ¿Es necesario que sigamos nosotros repitiendo esto, señor? Fueron préstamos honorables, dados de buena fe, por nosotros. Existen también otros acuerdos que deben ser cumplidos honorablemente. Si el señor Lincoln discrepa... puede que viva o no... sufriendo sus consecuencias.

—Odia a los banqueros —dijo el otro caballero con la entonación que emplearía un hombre al hablar de una persona despreciable y exasperante—. ¿Quién se imagina él que está financiando esta guerra?

—Y financiando la Confederación —dijo Montrose con amplia sonrisa.

Muchos carraspearon como si Montrose acabase de emitir una molesta obscenidad. Muchos parecieron querer evitarse una visión impropia y lúbrica, ya que bajaron discretamente sus párpados. Ante la sorpresa de Joseph, Montrose le guiñó un ojo por encima de las cabezas de los banqueros, ya que Joseph se hallaba sentado a una discreta distancia. Aquel guiño calmó parcialmente el odio, la cólera y el confuso torbellino en la mente del joven. De nuevo, el mundo se había inmiscuido brevemente en su intimidad y de nuevo tuvo la fortaleza de rechazarlo. Montrose consideraba el mundo algo totalmente descabellado, y una idiotez cualquier implicación en su actividad, salvo en caso de ganancias y provecho.

Las horas pasaron y Joseph fue testigo de increíbles conspiraciones contra la humanidad, todas discutidas con voces similares al rechinar de gélidos metales, y en cierto momento pensó: «Un hombre honorable puede a veces sentirse impulsado, en este mundo, como dijo Aristóteles, a quitarse la vida. Celebro no ser ni un hombre honorable, ni un tonto, lo cual viene a ser la misma cosa».

Fue mencionada la Rusia imperial. Se llegó al acuerdo general de que Rusia no estaba todavía madura para la introducción de las teorías marxistas que pudieran dividir su pueblo. Como dijo un caballero, Rusia no estaba especialmente preparada para la revolución, ya que es imposible inducir la revolución en una nación en que la mayoría del populacho es pobre y liberado tan sólo recientemente de la servidumbre. Todos sabemos que se precisa una cierta riqueza en una nación, cierta sensación de bienestar, cierto ocio, indolencia y comodidad, para que simpatice con una revolución. Los intelectuales no pueden florecer ni ser oídos en una nación que está agotándose desesperadamente para nutrirse. Pueden solamente florecer y sentar teorías en una nación con una considerable prosperidad, donde el principal interés del pueblo no es la mera supervivencia, y donde el descontento y la envidia puedan ser estimulados. Además, el propio temperamento de los pueblos eslavos es adverso a los dogmas marxistas, a diferencia de Gran Bretaña, Francia, y Alemania, y también los Estados Unidos. Exigiría una larga subversión y no creo que muchos de nosotros los aquí presentes estemos vivos para verlo. No, el asunto inmediato a considerar ahora es Bismarck en Alemania, y la creciente enemistad entre Alemania y Francia. La situación es extremadamente interesante.

Hubo una breve mención de fabricantes de armas y municiones de todo el mundo,

que Joseph no pudo seguir por entero, pero asimiló que los hombres en aquella reunión, estaban proyectando enormes préstamos y calculando los intereses y ganancias. Pensó en el señor Healey, que indudablemente no era lo suficientemente rico ni poderoso para atraer la atención de estos hombres, y le intrigó profundamente.

Más tarde interrogó a Montrose sobre este punto. Montrose no contestó inmediatamente. Encendió un cigarro y saboreó un poco de coñac, ahora que él y Joseph estaban a solas, y por fin expuso:

—Todo fue discutido para ser transmitido al señor Healey, no para su propio uso directamente, sino para información de políticos. El señor Healey domina a muchos políticos. No solamente el senador Hennessey, que es uno de los más influyentes y persuasivos, sino otros. ¿No resultaría peligroso que estos hombres fueran vistos en compañía de los banqueros internacionales? Hay siempre hombres aptos a inflamar la opinión, especialmente entre la prensa, que desconfían de todo gobierno, lo cual demuestra su perspicacia. Recordarás una de las discusiones que oíste concerniente a la insatisfacción que sienten estos caballeros por nuestra absurda Reforma Constitucional que autoriza solamente al Congreso para ordenar la acuñación de moneda. Ellos intentan ahora influenciar a nuestro gobierno para que permita a un sistema privado de Reserva Federal acuñar, poner en circulación y controlar el dinero en curso, sin el consentimiento hasta ahora necesario del Congreso ni de ninguna otra dependencia gubernamental. ¿Qué finalidad supones que persiguen con esto?

Joseph admitió su ignorancia negando con la cabeza.

—Únicamente el Congreso tiene el poder para declarar las guerras. Pero las guerras necesitan financiación. Es excesivamente arriesgado para los banqueros financiar a una nación dividida, como la nuestra, en una guerra cuando el Congreso es quien custodia los fondos públicos y elige cuándo ha de acuñarse moneda. Mientras tanto posea el Congreso este poder, Norteamérica no puede realmente enzarzarse en guerras importantes. Y si decide comprometerse en guerras en el futuro y por el lucro de las ganancias, ya que todas las guerras se emprenden solamente por las ganancias que dejan, se encontraría obstaculizada por el Congreso y su poder de no financiar una guerra. Esto lo desbarataría todo impidiendo la prosperidad. Por consiguiente, debemos primero quitarle al Congreso el poder de acuñar y regular el dinero en circulación, y darlo a manos privadas que a su vez serán controladas por personajes de todas nacionalidades, tales como los que has visto hoy.

Joseph reflexionó, frunció las cejas y dijo:

—Entonces, ¿la historia es un conjunto de conspiraciones?

—Creo que fue Disraeli quien menciono que el hombre que no cree en la naturaleza conspirativa de la historia es un zopenco. Y su situación le permitía estar bien enterado.

Joseph inclinó la pelirroja cabeza cavilando y Montrose lo escrutó con mucha más atención de lo que parecía merecer la situación. Observó el juego de las emociones crispando aquel rostro juvenil, y después el rechace de aquellas

emociones. Le pareció que lo único visible a sus ojos era el poderoso proceso corruptor de una mente y posiblemente de un alma. Apretó los labios como en un silbido inaudible y se escanció un poco más de coñac. Hasta que oyó decir a Joseph:

—¿Por qué quiso el señor Healey que yo oyese todo esto, sin preparación alguna durante los últimos años?

Como Montrose no replicó, alzó Joseph la vista y reparó que Montrose le estaba contemplando con una extraña y hermética expresión en parle escéptica, Iría y como afrentada. Esto le sorprendió. Continuo resistiendo la mirada de Montrose y su mirada se volvía cada vez más perpleja e intrigada. Finalmente Montrose, apartó la mirada a un lado, preguntándose a sí mismo: «¿Por qué creí, aunque fuera por poco tiempo, que él podía tener la más leve sospecha?».

Dijo:

—Nunca discuto los motivos del señor Healey, y te aconsejo que te abstengas tú también. Tiene sus razones. A nosotros nos basta con seguirlas.

Sintió una vaga vergüenza, una emoción largo tiempo desacostumbrada para él, y cuando rió sonoramente, Joseph quedo a la vez ofendido y crecientemente intrigado.

XXII

Resumió Montrose para Healey:

—En consecuencia, no es tan sólo valiente y temerario por entero, sino que también es prudente. No correrá hacia el peligro o la temeridad, pero tampoco los rehuirá cuando sea necesario. He llegado a tener en gran afecto al joven Joseph Francis Xavier Armagh, y opino que está usted en lo cierto, señor. Puede confiarse en él.

Healey sentábase expansivamente en su salón y fumaba con fruición un cigarro.

—Nunca cometí un error con él —dijo con feliz complacencia—. Desde el mismo minuto en que le vi en aquel tren lo supe por instinto. Bueno, está a punto de venir a verme por un asunto de importancia, dice él. Llegó anoche de Pittsburgh, y creo que también viajó a Filadelfia. O sea que todo dependerá...

Healey aguardó a que apareciese Joseph y cuando el joven entró en el salón, sobriamente vestido de negro, vio Healey que llevaba consigo un rollo de papeles azules con planos diseñados. Inexplicablemente Healey suspiró como sintiendo un inmenso alivio.

—¡Siéntate, siéntate, Joseph Francis! —exclamó—. Me alegro verte de nuevo en casa, mozo. Además he recibido buenos informes sobre ti. Lo manejaste todo bien, aunque estés aún un poco pálido. Lleva tiempo. Siéntate, siéntate. ¿Coñac, *whisky*?

—No, señor Healey —dijo Joseph y encajó su alta y flaca figura erguida en una silla frente a su patrón. Estaba tan pálido y tenso que sus pecas parecían sobresalir de su huesudo semblante—. No me gusta el alcohol, como sabe usted.

—Pues esto es lo único que no me agrada de ti, Joe. Nunca te fíes de un hombre que no bebe, es mi lema. No es humano. No tiene la intención por lo general de congeniar con uno. En cierto modo, es como una enemistad, y además tratándose de un irlandés es antinatural.

Joseph sonrió sin ganas, como a su pesar.

—No tengo tiempo. Cuando tenga tiempo, tal vez beba. Pero he visto lo que el licor hace con los irlandeses, demasiadas veces. No sé el motivo pero realmente es desastroso para ellos.

—Para mí, no lo es —rebatía Healey—. Si un hombre no puede dominarse a sí mismo es su mala suerte y no merece ninguna simpatía. Algunos dicen que la bebida les permite escapar a la miseria de este mundo presente por un rato, y esto es bueno. Pero cuando siguen escapándose, esto significa el fin para ellos. Esto depende del propio hombre. Bueno, ¿y qué es todo esto?

Señalaba los planos que Joseph había dejado sobre la mesa, aunque mantuviese su mano sobre el rollo. Joseph miró a Healey fijamente y palideció aún más. «Está muy bien decirte a ti mismo», pensaba, «que debes tener valor, cuando no estás frente a frente con la presente situación, pero es algo muy distinto cuando te hallas frente a la

misma». En cinco minutos más o menos sería expulsado casi a patadas para siempre, o el señor Healey sabría comprenderle. Joseph no se sentía demasiado optimista. Se había dicho frecuentemente que era un tonto por tenerle consideración a Healey, y que él mismo era un blando sin verdadera resolución ni fortaleza, incapaz de jugárselo todo sin dubitaciones.

Sin apartar ni por un instante los ojos del congestionado semblante de Healey, dijo:

—Ante todo, señor, debo decirle que fui a Filadelfia antes de venir a casa. Durante algún tiempo estuve oyendo rumores de que el petróleo en la parte sur del estado tal como está recién extraído, es muy superior al de Titusville, ya que está tan lejos bajo tierra que resulta parcialmente refinado y en modo natural. Por consiguiente, invertí en acciones —y sonrió levemente—. También en consecuencia ya no es mucha mi solvencia.

Asintió Healey:

—También oí tales rumores. Solamente un par de pozos perforados. A veces a más de trescientos metros. No invertí —y sonreía sonrosadamente a Joseph—: ¿Debería?

—No lo sé, señor. Todo es especulación. Usted seguramente dispone de mejor información que la que yo tengo.

—Naturalmente que sí —y Healey ondeó una gruesa mano colorada—. Pero tú invertiste dinero sin información, ¿eh?

Joseph miró hacia la mesa. Dijo:

—Señor Healey, tengo que hacerme rico muy pronto.

—No es algo para sentir vergüenza. Tendrás tus razones, supongo. Pero debiste haberme pedido consejo. No es siempre atinado colocar todas tus fichas a un solo número. Bueno, esto es propio de jóvenes, y tú eres joven. Un mozo un poco aventurero, ¿no es lo que eres tú?

—La necesidad algunas veces hace al hombre aventurero —dijo Joseph.

De nuevo asintió Healey:

—Me ocurrió a mí muchas veces. Hay ocasiones en que ser demasiado condenadamente prudente puede costarte todo el pastel.

Alzó Joseph la vista repentinamente. Healey rió benévolo:

—Oh, el señor Montrose me contó todo lo sucedido en el embarcadero. Piensa que hiciste lo adecuado. Tampoco yo creo en el asesinato, a menos que sea absolutamente necesario. Puede uno conseguir una mala reputación, matando —afirmó Healey con expresión honesta.

Bruscamente sintió Joseph un impulso histérico de estallar en frenética carcajada, pero pudo contenerse. Sus pequeños ojos azules brillaron chispeantes bajo sus cejas rojizas y Healey rió apreciando el esfuerzo. Dijo:

—Bueno, o sea que estás limpio de dinero. ¿No estarás aquí para pedirme otro préstamo, supongo, irlandés?

—No —dijo Joseph. Volvió a mirar el rollo bajo su mano—. No creo que sea importante, señor, pero usted no conoce mi nombre completo.

Removió Healey su grueso volumen en su silla.

—Siempre pensé que lo ignoraba. ¿Quieres decírmelo?

—Joseph Francis Xavier Armagh.

Éste era el primer paso peligroso. Joseph esperaba que Healey frunciera el ceño, avanzase el busto, se encrespase. Pero ante su pasmo Healey se limitó a reclinarse en su crujiente silla, soplo una nube de humo, y dijo:

—Realmente son unos nombres compactos y sólidos, opino.

—¿No importa que me lo callase, señor?

—¿Y por qué iba a tener importancia, mozo? ¿Crees ni por un minuto que el señor Montrose es el señor Montrose? Tienes el suficiente sentido común. Supiste siempre que los hombres que trabajan para mí no emplean sus verdaderos apellidos. Entonces, ¿por qué iba yo a considerar en tu contra que tampoco me lo dijese?

—Siempre parecía que usted quería saberlo —dijo Joseph, desconcertado. Las palmas de sus manos estaban húmedas.

—¡Oh, sólo por curiosidad! Pero no se va por el mundo satisfaciendo curiosidades, Joe, sin meterse uno en grandes líos. No digas a nadie nada a menos que sea necesario, y aun así, piénsalo antes.

—Pensé que esto era necesario. Verá usted... Tuve que dar mi nombre completo, para esto —y señaló los planos— y pensé que debía usted saberlo.

—¿Tienes algo que enseñarme? —y Healey volvió a inclinarse con aire de gran interés.

Ahora hasta la boca de Joseph estaba pálida.

—Sí. Pero primero déjeme explicarle, señor. He estado observando los pozos y las perforaciones, durante esos tres años, y la maquinaria auxiliar, y los quemadores de madera. Y se me ocurrió que puesto que el kerosén arde ¿por qué no se le quemaba a modo de combustible, y no sólo para lámparas? No soy un mecánico, señor, ni un inventor. Pero hablé de ello con Harry Zeff, y se interesó. Fuimos una vez a un sitio aislado del campo, con algo de kerosén en un bote, lo encendimos colocando una gamella encima del bote y se convirtió en vapor apenas echó a hervir.

—No es ningún gran descubrimiento —dijo Healey con tono indulgente—. Los muchachos en los pozos hacen esto mismo constantemente.

—Pero ninguno ha pensado en encender máquinas con ello, señor. Cualquier clase de máquina, no solamente las auxiliares. —Recordaba lo que entonces había pensado. Se había mareado con sus pensamientos—. Máquinas con vapor a kerosén para las fábricas. Podría ser colocado en lugar del carbón y la madera. Harry está ahora muy documentado en maquinaria. Me ayudó a dibujar algunos croquis rudimentarios. Los llevé a Pittsburgh.

Miró fijamente a Healey pero éste aguardaba con paciencia inescrutable, cruzadas las manos sobre su abdomen.

—Bueno —prosiguió Joseph—, encontré alguien allí que arregló mis ideas y mis croquis en forma patentable. Y lo patenté y fue aceptado.

Su corazón estaba repicando fuertemente y ahora notaba una dolorosa pulsación en su cabeza. No podía leer en el atento rostro de Healey.

—Había otras patentes, según descubrí, aproximadamente por el estilo, pero la mía era la más sencilla y la más económica.

Empezaba a resultarle difícil respirar. «Maldito sea», pensó de Healey, «¿por qué no dice algo?».

Healey aguardaba, observando el rostro blanco y macilento del joven. Dijo por fin:

—Bien, sigue adelante.

—El otoño pasado conocí en los campamentos al señor Jason Handell, el rico petrolero que está compitiendo con Rockefeller para el control de la industria del petróleo en Pensilvania. El señor Handell posee todas las opciones, pozos y refinerías cercanas a la granja Parker. El señor Handell posee casi tanta tierra, opciones y pozos en el sur de Pensilvania como el propio Rockefeller. El principal y único interés del señor Handell es el petróleo, señor Healey. No se dedica a ningún otro negocio y tiene una empresa muy grande y compañía petrolera...

—Y por consiguiente le mostraste tu patente, ¿eh? —y Healey estaba de lo más afable.

—Esto hice, señor —y la faz de Joseph tembló un poco—. Como he dicho, su único interés se centra en el petróleo y su explotación, y es un hombre muy rico...

—Más rico que yo —admitió Healey amablemente.

—Yo... yo así lo pensé, señor. Y tiene el máximo de facilidades para hacer uso de los inventos, y usted no. De hecho, los inventos utilizando el petróleo son del mayor interés para él. Él... me invitó a ir a Pittsburgh para discutir... las cosas... más plenamente con él. Me dijo que todavía no es factible hacer uso de mi patente, ya que hay una guerra, y la patente ha de ser probada en el campo. Pero quería comprarme la patente. Dije que no. Si el señor Handell estaba verdaderamente interesado en ello, y quería comprar la patente, valía probablemente mucho más para mí que los quince mil dólares por todos los derechos.

—Una cantidad realmente apetitosa —comentó Healey.

—No, señor. No habría él perdido su tiempo ni hecho su oferta si la patente fuera de poco valor, o se basase solamente en conjeturas. Incidentalmente, me enteré que ya la había comprobado prácticamente, aunque nunca me lo dijo, y no solamente era practicable sino que levantaba vapor mucho más aprisa y más eficientemente que el carbón o la leña.

—¿Quién te dijo esto? —dijo Healey con blanda entonación.

—El hombre que hizo los planos adecuados sobre mis croquis. Le di cien dólares por la información.

—Debiste darle mucho más, Joe.

—Esto me he propuesto, señor, en el futuro.

Hizo una pausa Joseph. Estaba asombrado. Healey parecía enteramente tranquilo y solamente interesado de modo muy leve, una actitud que casi hubiera podido calificarse de paternal.

—El señor Handell —dijo Joseph— fue quien sugirió que invirtiese en un oleoconducto para el transporte del petróleo, que será construido después de la guerra. Lo hice. Y ahora —añadió Joseph con descolorida sonrisa— estoy metido hasta el cuello en inversiones.

—En cierto modo Handell te favorece, ¿eh, Joe?

Joseph, que íntimamente estaba temblando, caviló un poco, y dijo por último:

—No, yo no creo que Handell haga favores a nadie, señor. Dicen que es tan duro e implacable, si no más, que el propio Rockefeller. De cualquier modo, parte de la excavación para el oleoconducto ya está en marcha, y los derechos pertenecen en realidad a Samuel Van Syckel de Titusville. Pero no tiene todo el dinero que necesita. El señor Handell le está prestando el dinero. Llegará hasta Pithole.

Bostezó Healey.

—Ya lo sé, irlandés. También yo he invertido en esto. Voy a construir las estaciones de bombeo. Tengo los derechos sobre aquellas parcelas de terreno. Handell es duro. No sé cómo lograste convencerle.

—No lo logré.

Se irguió en la silla Healey, exclamando:

—¿No? ¿Te sacó entonces tajada él, Joe?

—No exactamente, señor. Quedamos en tablas. Cuando quedamos de acuerdo en que me pagaría regalías por mi máquina impulsada por kerosén —dice él que no puede ser puesta en funcionamiento inmediatamente— entonces le dije que cuando él emitiese acciones debía darle a usted la opción de comprar un mínimo de un tercio al precio particular. De la sucursal subsidiaria que fabricará y venderá la máquina.

Los oscuros ojillos de Healey se hicieron protuberantes.

—¡Irlandés! ¿Qué infiernos...? ¿Te echó fuera a ti y tus planos?

—No. Creo que usted conoce a Handell, señor. No es un hombre impetuoso. Se limitó a reírse de mí, y me preguntó por qué.

—Vaya, vaya... ¿Por qué, Joe? ¿Por qué tuviste esta consideración conmigo?

Joseph miró a un lado hacia los tabiques recubiertos de lustrosa madera. Tardó bastante en contestar y durante este intervalo Healey comenzó a pasarse repetidamente la mano sobre la boca.

—Yo... yo intenté olvidar, señor. Lo que hizo usted por mí y por Harry. Nos acogió cuando no teníamos donde ir. Usted... usted me ha tratado honradamente y decentemente, señor. —Joseph miró fijamente a Healey con una especie de desesperación colérica—. ¡No lo sé! ¡Simplemente tenía que hacerlo así! Quizá soy un tonto, pero no podía seguir adelante con todo ello, a menos...

Un silencio total cayó en el salón y Joseph permaneció sentado en el borde de su

silla, trémulo.

Healey extrajo su pañuelo, sonándose con fuerza. Luego, dijo:

—Condenado humo —y guardándose el pañuelo, volvió a fumar, estudiando a Joseph—: ¿Sabes una cosa, irlandés? Indudablemente eres un tonto. Trabajaste para mí honrado y leal y por lo tanto no me debes nada. Me reembolsaste cientos de veces con tu lealtad. Podía confiar en ti. O sea que... ¿por qué todo esto, irlandés, por qué?

Joseph entrelazo sus manos sobre la mesa tan apretadamente que los nudillos emblanquecieron. Los miró fijamente.

—No he encontrado explicación alguna, señor, salvo que tenía que hacerlo. ¡Y tampoco yo sé por qué, señor Healey! ¡No sé más que usted mismo!

—¿Pensaste que me estarías estafando o algo parecido, si no hacías lo que hiciste?

Reflexionó Joseph un poco.

—Sí. Creo que era esto. Aunque en realidad no sería una estafa. Digamos que tal vez pudo ser gratitud...

—Nada hay de malo en la gratitud, irlandés.

Alzo Joseph rápidamente la mirada.

—¿No le importa, señor, que no se lo dijese desde que comenzó el asunto?

—Bueno, seamos razonables, Joe. Estaba todo en el aire. Yo no estoy metido en el negocio del petróleo excepto por inversiones y tal. Es solamente parte, una parte de mis intereses. Tú por ti mismo te conseguiste el hombre más adecuado. Pero cuando la cosa llegó a un resultado firme has venido a decírmelo. Bueno, sigue adelante. La cosa no terminó aquí, ¿no es así?

—Así es. Handell me dijo que lo pensara bien. Un tercio de las acciones, dijo, era ridículo. Además, también solicité una parte para Harry. Después de todo, Harry en cierto modo me dio la idea original... Fue un comentario que hizo hará cosa de dos años, en el campamento. Por consiguiente, pensé en todo ello. Y entonces —se sonrojó Joseph— le escribí a Rockefeller. Me pidió que fuera a visitarle. Yo le había escrito explicándole la oferta de Handell y su interés...

—Magnífico —aprobó Healey—. Coloca un pícaro contra otro en el tablero, pero vigila no se comploten juntos contra ti. Y entonces le escribiste a Handell diciéndole que Rockefeller estaba interesado.

—Sí. Y en este viaje fui a ver de nuevo a Handell y le dije que se decidiera de una vez por todas.

—¿Le dijiste esto a Jason Handell, recto en su cara, directamente en sus propias y enormes oficinas? —y el rostro de Healey se ensanchaba de gozo—. ¡Asombroso que no te expulsase a patadas! Tiene un mal genio ruin y glacial.

—No me expulsó. Me dijo simplemente que yo era un novicio inexperto, bobo, despreciable y ridículo.

—Y tú empalmaste tus pistolas.

—Eso es lo que hice, señor Healey.

Healey se reclinó hacia atrás para reír más a gusto.

—El problema de Handell es que no es irlandés. No puede comprender los chiflados que estamos, opino. Locos como lunáticos. Y él es un hombre con un seso que no sirve para otra cosa que no sea fabricar dólares. Y tú eres solamente un joven irlandés. Me hubiera gustado haber visto la cara que puso, palabra.

—No era muy agradable —reconoció Joseph. Todos sus músculos tensados estaban relajándose. Sentíase como mareado, pero hondamente alborozado, como si acabara de librarse de un peligro devastador.

—No lo dudo —dijo Healey—. Y ahora, ¿cómo quedó la cosa?

—Le deja comprar a usted un tercio de las acciones al precio inicial de lanzamiento. Y Harry tiene asegurado una cuarta parte de mis regalías.

Healey sacudía la cabeza repetidamente como maravillado e incrédulo. Observaba a Joseph como a un milagro que no aceptaba ni podía aceptar.

Desenrolló Joseph los planos y extrajo un pliego de papeles. Dijo:

—Aquí está el acuerdo que pacté con el señor Handell. Discutimos tenazmente cada párrafo.

Healey leyó atentamente el pacto contractual, hasta dejar de nuevo sobre la mesa el escrito, y dijo:

—Algunas veces me pregunto, irlandés, si tienes sentido común. Y entonces leo esto, y noto la astilla marca del irlandés en cada línea. Lo amarraste bien y apropiadamente, como diría el Sassenagh. Debe ser algo importante esta patente tuya. ¿Cuándo va a pagarte algo a cuenta? Tiene que haber una paga y señas, como sabes.

—Le dije que no cobraría su cheque de cinco mil dólares hasta que usted no hubiese examinado el contrato aprobándolo.

—¿Tienes el cheque?

—Aquí está, señor —y Joseph extrajo del bolsillo interior de su chaqueta su billetera.

Le dio una tira de recio papel a Healey, que simuló escrutarla. La cálida luz solar primaveral se difundía por el salón y Joseph vigilaba el semblante de Healey sin poder descifrarlo. Estaba solamente consciente del gran alivio, un alivio debilitante y casi paralizador.

Devolvió Healey el cheque, y estudió a Joseph.

—¿Y qué pasaría si te hubiese echado a patadas, Joe, después de lo que me has contado?

—Lo hubiese lamentado mucho, señor. Pero no me hubiese muerto de hambre. El señor Handell me ofreció un buen empleo con él, en Pittsburgh.

—Al doble de tu actual salario, ¿eh?

—Sí.

—Y lo rechazaste. Joe, tú me tienes desequilibrado. A instantes pienso que eres avisado, y al minuto siguiente creo que eres estúpido. No logro catalogarte del todo.

—¿En mi lugar qué hubiera hecho usted, señor Healey? —y Joseph sonrió por

vez primera.

Healey presentó las dos anchas palmas en ademán defensivo. Luego las dejó caer lentamente.

—Ésta es una pregunta que no voy a contestarte, irlandés —y avanzó la diestra—. Vamos a chocarla por trato hecho, Joe. Tú cobras este cheque y compras tus acciones. Bien... Pues no, no, señor, no contestaré a tu pregunta. No sirve de nada pensar en lo pasado. Hay que seguir hacia adelante.

Levantándose, miró su reloj:

—Es mejor que te pongas ya al trabajo. Tengo que ir a visitar a Jim Spaulding. De acuerdo, irlandés. No diré que eres muy listo, pero a veces hay cosas mejores que ser listo. Ésta es mi opinión.

Al dirigirse Joseph hacia la puerta, añadió Healey:

—¿Qué quisiste decir al afirmar que lo hubieses lamentado mucho si te hubiera echado?

Con la mano ya en el abridor, miro Joseph por encima del hombro.

—No lo sé, señor —contestó saliendo.

Healey sonrió al cerrarse la puerta y comenzó a canturrear entre dientes.

El abogado James Spaulding se reclinó en el sillón de su despacho y contempló a Healey con semblante lleno de expresiones emotivas, efectistas, combinando la consternación, el estupor y un total aturdimiento de asombro. No todas las facetas eran hipócritas.

Con voz baja, musical y trémula, dijo:

—Ed, ha debido usted perder su talentoso juicio. Me rehúso a legalizar este documento hasta que haya tenido usted tiempo de considerar, de reflexionar, de juzgar si ha estado usted o no bajo una maligna influencia y coacción...

—La única coacción e influencia malignas que siempre me han mareado, Jim, procedieron de políticos... y abogados. Bueno, no ponga esta cara como si acabase de hincarle un cuchillo. Nos conocemos demasiado bien el uno al otro para perder el tiempo en majaderías.

—¡Perdóneme usted! —canturreó Spaulding al borde del lagrimeo—. Pero ¡ese joven! ¡Su juventud, su inexperiencia, su... su... no me impresionan!

Bajó la vista hacia el documento con rencor, con asco, como si contuviese inmundicias malolientes. Dejó que sus manos temblaran visiblemente. Healey estaba divertido.

—Vamos, vamos, Jim. Aquí no estamos en el teatro de la ópera ni en un recital de rapsoda trágico. Ahórrese las teatralidades para los jueces y los jurados. Le conozco de arriba abajo, del mismo modo como usted cree conocerme. Vuelva a leer de nuevo este papel, y fíjese en lo que hay para usted, también.

Spaulding volvió a leer un fragmento. Pareció a punto de llorar. Healey rió. Los

dos hombres se miraron cínicamente, sin ilusiones, pero con algo de simpatía. Entonces Spaulding ostentó una expresión bien simulada de solemne y casi religiosa devoción, y Healey, benévolo, se abstuvo de reír.

—Muy bien, Ed, si esto es lo que usted quiere, solamente me incumbe respetar sus deseos.

Y el abogado Spaulding colocó su mano de plano sobre el documento como si estuviera a punto de prestar juramento, y como si el documento fuera la Biblia. En realidad, respetaba mucho más el documento.

XXIII

La señorita Emmy, al final, no fue remitida al senador Hennessey. El senador la había rechazado discretamente porque mediante ciertas sutilezas consiguió la consideración del señor Lincoln por su pleno respaldo a la guerra. Se presentó al Presidente, todo candor y preocupación, y le ofreció toda su fortuna y adhesión, y el abrumado Lincoln, asediado por la subversión y el desafecto, olvidó su habitual escepticismo ante los políticos y había aceptado patéticamente la oferta de amistad y servicios del poderoso senador. No era el primer error de Lincoln ni iba a ser el último. Había conceptuado los ofrecimientos del senador como señal denotando a un hombre renuente pero ya convencido, puesto que el senador no era de su partido sino de la coalición conservadora demócrata.

—Ya sé —le dijo al senador— que usted nos consideraba a los liberales o republicanos como salvajes radicales y peligrosos innovadores, y su confesión de que por fin comprende que no somos así, me ha llegado al corazón.

—Tengo mis reservas concerniente a su radicalismo social, excelencia —había confesado Tom con magnánima esplendidez—, pero éstos en días peligrosos ¿no somos todos norteamericanos, y no debemos todos confiar plenamente en nuestro gobierno?

—Mi radicalismo social, como le llama, senador —dijo Lincoln con misticismo— es solamente un intento de anular ciertas iniquidades y desigualdades en el orden social, y se funda también en la esperanza de que esta guerra dará por resultado, no solamente nuestro progreso y reconocimiento como nación, sino también una armonía nacional, justicia, compasión y paz entre hermanos.

«Condenado necio», pensó el senador a la vez que asentía con sobria gravedad. «Si un idiota como él puede llegar a Presidente, ¿quién no podrá aspirar a lo mismo?».

—No tenemos razón alguna para temernos unos a otros, Norte o Sur —dijo el Presidente con tristeza—. Debemos únicamente temer a nuestros enemigos del exterior, que desean que nos destruyamos. No obstante, es mi firme creencia que ningún extranjero beberá nunca de nuestras aguas libres ni comerciará sobre nuestras tierras libres. Si somos traicionados, seremos traicionados desde el interior, por seducción de nuestros enemigos extranjeros^[15].

Por consiguiente Emmy siguió en la casa de Titusville y no le disgustó a Healey. Su enamoramiento por la joven habíase acrecentado ya que al paso de los años su deseo de variedad en mujeres había también disminuido. Emmy, para él, era simultáneamente su esposa y su hija. Era un hábito placentero. Estaba cansado de cambios. Los tuvo de sobras en su juventud y temprana madurez. Ahora Emmy era para él el cojín favorito para su cabeza, la custodia silenciosa para sus más secretos pensamientos, el seno de su comodidad. La mencionaba en su testamento.

Emmy era astuta y sagaz. Pero su apremiante deseo por Joseph Armagh no había cedido en absoluto. Su constante ceguera o rechazo de no ver en ella a una deleitosa y complaciente mujer joven la ponía furiosa. También la ofendía. ¿Acaso aquel don nadie de irlandés la consideraba como un ser inferior, él con todas sus pretensiones? Lo asediaba insidiosamente en los vestíbulos inferior y superiores, con languideces, oscilando sus satinadas y bordadas faldas, dejándole vislumbrar amplia porción de sus blancos senos, incitándole con sus bucles acercándose mucho a él de modo que pudiera aspirar sus perfumes, ondulando aromáticos pañuelos ante su rostro, cerrados sus ojos de largas pestañas y abriéndolos repentinamente de modo que él pudiera ver su brillo fijo en él. Ella se hacía toda sonrisas, después suspiraba, y se quejaba elocuentemente cuando estaban a solas. Manejaba con arte abanicos mirándole insinuante por encima de los flecos. Joseph la trataba con fría cortesía, lograba soslayarla y la dejaba lo antes posible. No aceptaba entrar en conversación con ella salvo en la mesa y en compañía de Healey. Aunque su esquivez no era enteramente lealtad sino real indiferencia. Consideraba a Emmy una vulgar ramera que se daba ínfulas^[16] ridículas habida cuenta quien y lo que era.

No lograba olvidar a Katherine Hennessey. Nunca deliberadamente la evocaba; nunca intentaba recordarla. Pero no podía olvidar su tierno y bonito semblante, sus ojos embrujadores, su dedicación y espíritu de sacrificio, y su colapso de agotamiento en el concierto después probablemente de semanas de cuidar a heridos y agonizantes. Había algo en ella que permanecía tercamente en su mente, resistiendo todos sus esfuerzos de rechazarlo. Quizá fue su sencillez, su ardor, su valor, que le habían recordado las cualidades de su madre. Se odiaba a sí mismo por estas evocaciones. Se esforzaba en trabajar cada vez más para poder olvidar. Odiaba al senador Hennessey por una cantidad de motivos que iban más allá de su brutal sensualidad, su cruel hipocresía, sus desvergonzadas exigencias de politicastro, su codicia y su grosería. Le odiaba porque era el esposo de Katherine, y porque como esposo la había traicionado una y otra vez, y por su desconsideración hacia ella. Healey había informado jovialmente a Joseph acerca de las infatigables proezas del senador con mujeres, y su reputación como mujeriego. Había empleado el dinero de su esposa, al igual que el de su padre, para prosperar, y sin embargo, dijo Healey con pesar, trataba a Katherine como si fuera inferior y no verdaderamente merecedora de su respeto y consideración. No obstante, siempre se hacía retratar con ella a su lado, en la propia imagen del esposo fiel, el hombre de familia, el padre amoroso. Ella siempre obedecía. Le amaba.

Esta última razón a veces a Joseph le irritaba. Una mujer así sabía seguramente lo que era su esposo. Que ella le permitiese desplegar toda su arrogante perversidad hacia ella era algo que Joseph no podía comprender. ¿Era acaso una de aquellas que disfrutaban con la humillación, crueldad, agravios al amor propio y brutalidades? De ser así, entonces estaba loca y no era digna del afecto ni preocupación de nadie. El amor, seguramente, debía convertirse en odio ante el desdén y los abusos y el

maltrato. Esto es lo que pensaba Joseph en su juventud. Todavía tenía que aprender que el amor soporta todo lo que sea, ciegamente, desvalidamente y no puede remediarlo. Tampoco podía comprenderlo aun cuando sus más desesperados esfuerzos para olvidar a Katherine eran siempre vencidos. La enfermiza pasión de su amor por ella matizaba todo en su vida, y no podía librarse de ello. Veía su semblante en cada carruaje, aunque ella estuviera en Washington. Oyó su voz años antes, pero la oía ahora en cada voz de otra mujer. Se había convertido en una extraña pesadilla para él, y le abrumaba no poseer más el completo dominio de su propia voluntad y pensamientos.

Emmy, la ramera y ordinaria mujerzuela, carecía de interés para él. Para Joseph ella era una parodia de Katherine Hennessey, aun cuando visitaba frecuentemente los burdeles de los cuales ella procedía. Sus melindres y gracias le hacían odiarla, aunque le divertían sombriamente. A veces sus hermosos ojos le recordaban a Katherine, y anhelaba golpearla por aquella blasfemia. Emmy veía entonces su encendida mirada y pensaba que después de todo, era tan sólo, su timidez y el respeto hacia su patrón lo que le refrenaban. Ella aguardaba impaciente una oportunidad para ayudarle a superar aquellos miramientos.

Haroun Zieff se había convertido en el supervisor de Healey en los campamentos petrolíferos de su propiedad, y en consecuencia Harry ya no dormía sobre los establos sino que ocupaba el cuarto donde se alojó años antes como harapiento herido. Pero su empleo no tenía regularidad de horario. Su tarea le obligaba a menudo a permanecer cerca o dentro de los campamentos, de noche, cuando un pozo estaba listo para «estallar». Por el peligro y responsabilidad, Healey le pagaba treinta y cinco dólares a la semana, y una prima cuando un pozo «paría». («Tal vez el bueno del viejo se cree que yo puedo exhortarlos con sortilegios a que den a luz», comentó Harry riendo, en charla con Joseph).

Joseph tuvo que esperar impaciente varios días antes de que Harry regresase de sus giras para decirle que todo iba bien, que su patrón no le había despedido a él, Joseph, y que todo quedó arreglado amigablemente. Los dos jóvenes sentábanse en el cuarto de Harry, el cuarto verde, y se congratulaban mutuamente. Harry se había aficionado a los cigarros filipinos, costumbre que Joseph encontraba fastidiosa, y se había vuelto fuerte y macizo con un cuerpo musculoso de hombre, aunque su rostro moreno seguía siendo infantilmente travieso y sus negros ojos todavía relucían con picardía y buen humor. Joseph dijo de pronto:

—Ahora ya sé por qué pensé que el capitán Oglethorp me parecía algo familiar. Él y tú os parecéis. Ambos sois bandoleros.

Harry había escuchado el relato de Joseph sobre la emboscada en el embarcadero, aunque no reveló exactamente por qué estaba él allí con Montrose. Se refirió a ello vagamente como un «cargamento en embarque» pero los ojos de Harry destellaron

picardía aunque el resto de su semblante permaneció grave.

—Debiste matar a aquel bastardo —dijo.

—¿Tú le habrías matado, Harry?

—Naturalmente —contestó el más joven como si la pregunta fuera absurda—. ¿No se disponía él a mataros a vosotros? ¿No es tu vida tan buena como la de él? ¿O acaso pensaste que la suya era más valiosa?

—Lo recordaré, la próxima vez.

—Recuérdalo, y ahora —dijo Harry y sus ojos ya no sonreían—. He descubierto algo: el hombre es un animal violento, no importa lo que digan los puros de corazón, y nada le hará cambiar nunca. Y esto espero. He estado leyendo tu Darwin. Una especie que no pueda luchar y protegerse a sí misma es exterminada prontamente por la naturaleza. Los compadres en la Biblia realizaron un montón de matanzas en sus guerras «santas», y, ¿no admitió Dios en una ocasión que era el Dios de las Batallas? ¿Recuerdas la canción que ahora todos cantan: «Himno de Batalla a la República»? ¡Maldito sea, si no es el himno más sanguinario que jamás he oído! Y todo «para que los hombres sean libres», dice piadosamente la letrilla. Pero en todos los tiempos significó matanza. Un hombre ha de matar cuando así ha de ser, Joe.

—Supongo que tienes razón —dijo Joseph, levantándose, y pensó en la lucha desesperada entre los hombres de su sangre y los ingleses, y pensó en su padre que no hubiese matado ni siquiera para proteger a su esposa e hijos.

Oyó un tenue susurro al otro lado de la puerta y sonrió levemente. La señora Murray, el gnomo rechoncho, estaba otra vez escuchando pegada a la puerta para captar cualquier palabra que pudiese repetir, si era importante, al señor Healey. Su malevolencia contra Joseph no había disminuido en aquellos años transcurridos, sino crecido, y era tan persistente e incansable como todo lo malvado. Joseph nunca se había preguntado el motivo, ya que sabía que el odio, la hostilidad y el mal se fundan frecuentemente en nada y brotan por sí mismos como piedras agudas en un campo. Había llegado hasta el punto de que a veces provocaba a la mujer, deslizándose repentinamente hacia las puertas, y abriéndolas bruscamente sobre su gruesa faz. Le complacía verla bambolearse furtivamente y oírla mascullar que estaba «precisamente pasando por ahí». Pero ahora ya estaba más prevenida. Cuando abrió rápidamente la puerta sólo pudo ver la sombra presurosa y rechoncha al extremo del corredor. Era un anochecer a principios de verano y las luces no habían sido encendidas aún en la parte alta, aunque llameaban abajo. Healey estaba en su salón privado. La cena había terminado. El calor inicial del año y su creciente acopio de trabajo cansaba a Joseph. Titubeó tras haber cerrado la puerta del cuarto de Harry. Por aquellos días, Healey gustaba de que le visitase brevemente antes de la hora de acostarse, en su salón. Hablaban de negocios, pero la mayor parte del tiempo sentábanse simplemente en cordial silencio mientras Healey estudiaba a Joseph y Joseph tomaba unas breves notas para la labor del día siguiente. Últimamente se había habituado a soportar el coñac y hasta un poco de *whisky*, recordando el

comentario de Healey. Pero nunca lograría que le gustasen y siempre tuvo aprehensión a toda bebida alcohólica.

Decidió visitar al hombre que hizo tantas cosas posibles para él, y le había dado la única bondad duradera en su vida. A Joseph le desagradaba la gratitud que sentía por lo que había hecho Healey, esforzándose en recordar que a cambio prestó los debidos servicios, saldando deudas de cualquier clase. La gratitud implicaba a un hombre con otro, y esto le debilitaba. Pero últimamente fue dándose cuenta que Healey era un solitario, como generalmente los hombres de su clase lo son. Por ello se dirigió hacia el rellano de la escalera, bostezando ligeramente.

La puerta del dormitorio de Healey se abrió apareciendo Emmy en el umbral. Joseph dio un paso atrás, instintivamente, y Emmy se sobresaltó visiblemente al verle tan cerca de la puerta. Ella le miró fijamente a la luz penumbrosa que fluía a lo alto desde el piso inferior y súbitamente su rostro enrojeció y la recorrió una emoción indomitable. Nunca le había parecido Joseph tan deseable, tan fuerte, tan viril, tan joven lo mismo que ella, y tan lleno de salud y vitalidad. Abandonó impulsivamente el umbral, flotantes sus cintas y encajes y bata en torno a ella, agitada la masa de su lustroso cabello; le echó los brazos al cuello, y antes que pudiera él siquiera alzar la mano, ella le había besado en los labios presionando a continuación la cabeza contra su pecho, murmurando honda y lascivamente con palpitaciones de su tersa garganta.

No había planeado ella su seducción en aquella forma, estando no solamente la señora Murray en la casa, sino también Bill Strickland, en la cocina, Harry, en su cuarto, y Healey en su salón privado. No pensó ni por un momento en el peligro, aunque fuera cautelosa por naturaleza. La inesperada aparición de Joseph, la firmeza de su rostro tan repentinamente cercano a ella, el liso brillo rojizo de su espeso cabello, y su esbelta figura, se habían sobrepuesto a su prudencia. No tenía plan alguno de atraerlo hacia una habitación. Pero su hambre por él, y su deseo y hasta la clase de amor que fuera capaz de sentir por alguien, la hicieron actuar sin un solo pensamiento, sin ningún aviso íntimo. Se apretaba contra él. Joseph se había envarado. Alzó sus manos hacia los redondos brazos femeninos agarrándolos y trató de apartarla, pero ella se ciñó más apretadamente, con una especie de pasión indomitable, manteniendo la cabeza contra su pecho. Su denso perfume le asqueaba. No dijo nada, aunque ella continuaba con sus murmullos, su aliento brotando ardoroso en su garganta, sus ojos en alto hacia él suplicando amor.

Él no sentía sino desagrado y desdén. El calor del cuerpo femenino, la tersura de su carne, sus labios ansiosos, su aroma, el roce de sus sueltos cabellos contra sus manos, le causaban repulsión. No quería hacerle daño y por ello cesó de intentar empujarla hacia su cuarto, pero más que ninguna otra cosa estaba encolerizado por el hecho de que ella quisiera traicionar al hombre que estaba encariñado con ella y la había protegido por tantos años. Pero le urgía hacer algo para resolver aquella situación. No se atrevía a hablar por temor de alertar al señor Healey que podría abrir la puerta de su salón y ver claramente lo que sucedía en el rellano alto de la escalera.

Solamente podía empujar. Le asombraba la fuerza febril femenina, la potencia de su deseo, y la avidez de su abrazo. Cogió las muñecas que estaban cruzadas a su nuca, y al hacerlo percibió que alguien le asía fuertemente del hombro.

Emmy emitió un grito débil apartándose de Joseph, llevando la mano hacia su boca abierta, en mueca de terror. Porque Bill Strickland que había subido desde la cocina por la escalera de servicio, atacaba a Joseph en rencoroso y refocilado manotazo, y estaba ahora forzándole a volverse, alzado ya un poderoso puño para aplastarlo contra su rostro. Su propio rostro, nunca por entero humano, estaba contorsionado de rabia y satisfacción y por su propósito de matar o por lo menos mutilar bárbaramente. Era la faz de una ferocidad salvaje. Los ojos fosforescían en la semipenumbra. Un gozo monstruoso los hacía llamear porque ahora aquel joven, aquel enemigo del amo Healey, aquel desdeñoso eludidor de miradas, estaba en sus manos y lo destruiría una vez por todas. La señora Murray, al paso de los años, había convencido a aquella criatura sin juicio que Joseph elaboraba «sus conjuras» contra el señor Healey y que al final, algún día, le robaría y heriría. Y así era, puesto que estaba tratando de robarle la señorita Emmy al amo, y ella era propiedad del señor Healey, y por lo tanto, Joseph, el odiado y sospechoso, era un ladrón.

Joseph era más joven pero mucho menos fuerte que Bill Strickland. Era más enjuto y veloz. Apartó la cabeza en el preciso instante en que el mortífero puño se proyectaba contra su rostro, y el golpe pasó junto a su oreja yendo la enorme mano apretada a estrellarse ruidosamente en la pared. En aquel momento Joseph se liberó retrocediendo. Nadie, ni siquiera la paralizada Emmy, vio la cabeza de la señora Murray elevándose por la escalera de servicio, ni vieron cómo se abría la puerta del cuarto de Harry.

El primer pensamiento de Joseph, dictado por la prudencia, fue o bien correr de regreso a su cuarto y tratar de cerrar su puerta contra aquel loco, o bajar corriendo las escaleras hacia el salón al amparo del señor Healey: porque no era temerario y comprendió que no era rival para aquella bestia encolerizada y rabiosa que había matado muchas veces anteriormente, y que indudablemente pretendía matarle a él. Pero Bill fue ahora más rápido. Había gruñido quedamente cuando su puño se estrelló en la pared. Sin embargo, el dolor le hizo más salvaje y más terrible. En un instante estuvo encima de Joseph dirigidas las manos al cuello del joven. Sus pulgares se hundieron en la carne de Joseph que notó la detención de su respiración y la agonía de su tráquea casi estrujada. Manoteó golpeando a su atacante en los hombros con sus puños, y Bill gruñó de nuevo con morbosa satisfacción y presionó a Joseph con mayor fuerza contra la pared con afán sanguinario.

«Me está asesinando», pensó Joseph, mientras partículas de luz sangrienta y estrellas chispeaban ante él en su forcejeo para respirar. Las tinieblas empezaron a cernerse sobre él. Notó el desmadejamiento de su cuerpo, hundiéndose, doblándose sus rodillas. Y entonces, en el preciso momento en que caía al suelo la terrorífica presión en su cuello cesó, y su cabeza flotó en una mezcla de sombras y penumbra.

Quedó arrodillado, boqueando, arañándose la garganta, sorbiendo grandes aspiraciones de aire, gimiendo. No vio a Emmy, atónita y aturdida de pie en el umbral, ni la figura de la señora Murray, acechando exaltada a cierta distancia. Sólo le preocupaba a él vivir.

Oyó entonces un sofocado pero violento movimiento. Pudo alzar la cabeza y ver oscuramente, y vio algo asombroso: vio la enorme figura de Bill Strickland bamboleándose peligrosamente cerca de la escalera, y colgado de su espalda y golpeándole como un salvaje mono, pequeño en comparación con el gigante, a Harry Zeff. Cabalgaba a Bill Strickland como un «jinete», su rizada cabeza por encima de la del otro hombre, sus fuertes puños elevándose y cayendo sobre la faz, nariz, orejas, frente, y sus dedos a veces asiendo una facción y retorciéndola y a ratos arrancando mechones de pelo.

Joseph fue impulsándose hasta quedar en pie, y reclinándose contra la pared, seguía mirando incrédulo. Strickland intentaba libertarse de aquel fardo torturador y primitivo, cuyas piernas estaban ágilmente enlazadas en torno a su cintura similar a un tronco. La sangre manaba rostro abajo de Bill. Parecía efectuar una danza epiléptica. Harry agachó la cabeza y le mordió sañudamente a un lado del cuello. Esto provocó en Bill un mayor frenesí. Hurgó a su espalda, asiendo las piernas de Harry, arrancó al joven de su cuerpo y lo lanzó al suelo. Alzó entonces una enorme bota para golpearle a un lado de la cabeza.

Joseph olvidó su propia debilidad, el jadeo de su resuello, sus piernas temblorosas y los estremecimientos de su cuerpo. Se abalanzó sobre Bill en un segundo. Lo atrapó por el cuello cuando el pie bajaba en dirección a la cabeza de Harry. Había atraído al bruto en el mismo instante antes de que hubiera podido poner el pie sobre Harry, y por ello quedó Bill desequilibrado y tambaleante, con Joseph enfrentándole y asiéndole todavía desesperadamente.

Ahora la espalda de Bill Strickland daba frente a la larga escalera y sus tacones se columpiaron en el borde del primer peldaño. Osciló un poco intentando agarrar a Joseph no sólo para estrangularle sino para salvarse él mismo. Fue entonces cuando por vez primera en su vida, sintió Joseph el imperioso deseo de matar, de derribar, de destruir a otro hombre y fue como una necesidad imperiosa e instintiva. En sus oídos una voz cantó: «¡Mata o muere!». El puro instinto le hizo soltar por un instante a Bill y redoblar con sus puños contra el ancho pecho del otro. Repicó con todas sus fuerzas, con todo su deseo, hurtándose a las crispadas manos del otro hombre. Asestó un puntapié en la ancha rodilla. Los brazos de Bill comenzaron ahora a describir grandes círculos en el vacío. Perdía vertiginosamente todo equilibrio que desesperadamente trataba de conseguir.

Entonces emitió un alto y ronco bramido de terror. Joseph le empujó con más rudeza. Propino otro puntapié. Los brazos giratorios se hicieron frenético molino. Y entonces el ancho cuerpo pesado osciló hacia atrás y hacia abajo, elevándose en el aire como si brincase, para luego caer contra los peldaños, elevarse de nuevo, rebotar,

rodando por los últimos peldaños y desplomarse con estrépito en el suelo, piernas y brazos abiertos, rota la cabeza.

La puerta del salón particular se abrió violentamente y la luz inundó el vestíbulo, apareciendo Healey, cigarro en mano.

—¿Qué diablos es todo esto? —gritó—. ¿Qué ocurre?... —y atajándose la luz vio a Bill Strickland quieto y sangrante no lejos de él, en el suelo—. ¡Bill! —gritó.

Acudió al vestíbulo, caminando lenta y cuidadosamente, incrédulo, y fijó la vista hacia el suelo, hacia el hombre evidentemente muerto cuyos labios destilaban un delgado chorro rojo.

—Dios —silabeó en voz baja, sofocada—. Jesús. Bill.

Permaneció allí durante varios segundos, atónito.

Entonces miró hacia arriba. Vio a Joseph en pie, en lo alto, jadeando, y a Harry Zeff, cogiendo del brazo a Joseph como un hermano menor. Vio a Joseph asiéndose al pasamanos, inclinada la cabeza. Pero sus ojos se encontraron en silencio. Una puerta se cerró suavemente. Emmy se había retirado.

—¿Le empujaste tú, Joe? —preguntó Healey en tono normal, sin acusación.

—Sí —dijo Joseph, y su voz era ronca y áspera.

Fue en aquel momento cuando la señora Murray apareció tras Joseph, y chilló hacia abajo, hacia su patrón:

—¡Señor Healey! ¡Este golfo estaba achuchando y besando a la señorita Emmy, tratando de empujarla al interior de su propio dormitorio! ¡El suyo, señor! ¡Y Bill intentó impedirselo y él lo arrojó escaleras abajo asesinándole!

—¿De veras? —dijo Healey, siempre en tono blando, como preguntándose a sí mismo.

Miró de nuevo al hombre muerto, examinándole como si nunca le hubiese visto hasta entonces. Después, pesadamente, empezó a subir las escaleras, de nuevo fija la vista en el rostro de Joseph, mirándole rectamente, sin parpadear. Ascendía firmemente, sin prisas, sin agitarse, y escrutando únicamente a Joseph que retrocedió un poco para cederle espacio en el inicio del rellano.

—Ahora, cuéntame —dijo. Miró entonces hacia la puerta y elevó un poco la voz—: ¡Emmy! ¡Ven acá lo más rápido que sepas! ¿Me oyes?

La puerta se abrió muy a desgana, y Emmy, blanca de espanto y temor, permaneció en el umbral, estremeciéndose, las manos contra su boca, sus ojos fijos en Healey, dilatados y enormes. Le clavó él solamente una rápida ojeada, y volviéndose de nuevo hacia Joseph repitió:

—Ahora, cuéntame.

—¡Ya se lo conté, señor! —chilló la señora Murray elevando los puños como si fuera a repicar sobre la inclinada espalda de Joseph que por estar exhausto tenía que asirse del pasamanos y había doblado la cabeza—. Intentó llevarse a la señorita Emmy dentro, en su cuarto de usted, casi a rastras, y Bill...

Fue Harry el que interrumpió sus agudos chillidos. Le dijo a Healey:

—Esto es una mentira, señor. Joe acababa de salir de mi cuarto. Entonces quise decirle algo y le seguí al rellano. Y ambos vimos a este hombre suyo, este Bill, atacando a la señorita Emmy y tratando de empujarla hacia el interior de su alcoba. Joe le saltó encima. Pero Joe no es tan fuerte como para eso, o sea que también yo le salté encima a Bill, exactamente sobre la espalda. —Tendió sus dedos manchados de sangre para que los viera Healey—. Pero pudo conmigo también. Me apartó de su espalda intentando pisotearme mientras estaba yo en el suelo, y Joe volvió de nuevo a atraparlo alejándole de un empujón, él le asió por el cuello; usted mismo puede ver las marcas; Joe le dio un empujón. Y cayó escaleras abajo. Por sí mismo, perdido el equilibrio.

El rostro travieso revelaba ansiedad y sinceridad absoluta, pero Healey no acababa de convencerse. Seguía vigilando a Joseph.

—¿Es verdad, hijo? —preguntó.

Sin alzar la cabeza replicó Joseph:

—Es la verdad, señor.

—¡Mentirosos, mentirosos! —gritó la señora Murray—. ¡Ha estado tras la señorita Emmy durante largo tiempo! Lo vi, yo misma. Creyó que esta noche tenía su oportunidad, y con usted, señor, allá abajo, en su propia casa, y no teniendo él ni vergüenza ni importándole lo que ha hecho usted por él, intentando poseer a la fuerza a su mujer, ¡y cuando el pobre Bill intentó oponerse, lo mató! Lo vi con mis propios ojos, mis...

—Cállese —dijo Healey, afablemente. Miró a Emmy—. Ricura, ¿quién está diciendo la verdad?

La joven se humedeció los blancos labios. Sus ojos parecían los de una gacela acosada. Su mirada voló de la señora Murray, su refocilada enemiga, a Joseph, después a Harry, finalmente de nuevo hacia Healey que estaba esperando cortésmente su respuesta. Era una muchacha astuta. Si Healey sospechase por un instante que ella había incitado a Joseph esto sería el fin para ella, ya que si ella le daba la razón a la señora Murray, los dos jóvenes dirían la verdad. Ya por entonces conocía suficientemente el afecto que Healey experimentaba por Joseph, y su confianza en él, y no dudó ella que él aceptaría la palabra de Joseph antes que la suya y la de la Murray. También estaba Harry, mirándola de un modo muy peculiar y amenazante, relucientes los ojos en la penumbra.

Emmy se encogió, gimiente. Se echó atrás el desordenado cabello y mirando a Healey, dijo con voz temblorosa:

—El señor Zeff ha dicho la verdad. Bill... estaba siempre mirándome y me di cuenta que él... Yo siempre me mantenía alejada de él. Pero yo... pensé que me gustaría bajar las escaleras para ir a hablar contigo. Me sentía muy sola. Y cuando salí al rellano, ahí estaba Bill, y me enlazó intentando... intentando llevarme a rastras al interior del cuarto, y me besaba... —Colocándose las manos sobre los ojos sollozó sinceramente, estremeciéndose sinceramente.

—¡Mentiras! ¡Todos sois unos embusteros! —chilló la señora Murray, fuera de quicio, por la frustración, el odio y la rabia—. ¡Señorita Emmy, está usted diciéndole mentiras al señor Healey, y sabe que son mentiras, y sabe que fue este... este hombre... el que trató de poseerla, y no el pobre Bill, que intentó protegerla y fue asesinado en su intento!

—Cállese —dijo Healey con voz abstraída—. Bueno, son tres contra uno, señora Murray. La señorita Emmy, Joe y Harry, y los tres cuentan la misma historia. ¿Qué cree usted que la justicia decidiría sobre esto, «*madam*»? ¿Mi mujer, Joe y Harry? Todo el mundo sabe lo que yo pensaba sobre Bill, y cómo él casi vivía solamente para mí, y todos sabrían que yo no protegería a su asesino, ¿verdad que no?

—¡Yo lo vi, yo lo vi! —repitió la señora Murray—. ¡Están mintiendo todos! ¡Todos son ladrones, estafadores y asesinos! ¡Y uno de estos días le matarán también a usted, señor Healey! —y se encaró furiosa con Emmy—. ¡Ha de decir la verdad, putilla, despreciable zorrilla!

Emmy estaba mirando fijamente a Joseph. Él la estaba protegiendo. La estaba salvando de lo que adivinaba le sucedería probablemente si la verdad era expuesta. Las lágrimas acudieron a los ojos de ella y exclamó:

—¡Señor Francis, muchas gracias, muchas gracias!

Healey produjo un canturreo aprobador antes de especificar:

—Bien, reconozco que esto lo deja todo solucionado. Últimamente me puse a pensar que Bill no estaba en buen estado mental, casi diríamos, un poco loco. A veces, se comportaba como tal. Bueno. Era como un hermano para mí, una especie de buen perro vigilante. Habría dado la vida por mí. Pero probablemente por nadie más. Debió enloquecer esta noche, y quedar sin la facultad de pensar. Pobre Bill.

Suspiró, girando súbitamente hacia Emmy que se encogió un poco.

—Siempre dije, y lo digo ahora, que ningún hombre, a menos que esté loco se atreve con una mujer excepto si ella le anima, de un modo u otro, coqueteando quizá, simplemente por engreimiento, sin más significado, sino por ser simplemente una hembra —y a la vez que pronunciaba la última palabra alzó su gruesa mano y golpeó en revés calmosa pero reciamente a Emmy cruzándole la cara—. Y Bill no estaba tan loco. Fue animado, y espero que eso sea todo, y asunto terminado.

Pero mientras hablaba miraba a Joseph que había alzado la cabeza. No vio emoción alguna ni protesta en el rostro de Joseph, sino tan sólo una indiferencia tenuemente desdeñosa, y supo entonces toda la verdad.

Emmy había chocado contra su puerta medio cerrada, y tambaleándose hacia atrás entró en el cuarto. Recobrándose, se arrojó sobre la cama echándose a llorar. Healey la contempló a través del abierto umbral y suspiró.

—Condenada raposilla —dijo—. Pero admito que en ella no hay verdadera maldad. Tengo que recordar que es sólo una mujer. Débiles vasijas como dice el Libro Sagrado.

Se volvió hacia la Murray que había presenciado estólidamente^[17] el manotazo. Y

con su voz más bondadosa, dijo:

—Señora Murray, admito que tendrá usted que decir la verdad, y no habrá daño ni perjuicio, tal como dice la ley. Sé que no le gusta Joe. Nunca. Pero éste no es motivo para calumniarle y tratar de hacerle detener. Señora Murray, acabo de acordarme de algo que pasó en Pittsburgh. ¿Lo recuerda también?

La mujer le miró con súbito terror, y retrocedió un poco.

—Tengo una memoria verdaderamente buena, opino. Bueno, ahora, Harry, irás en busca del sheriff Blackwell. Es un verdadero amigo mío y no dará el menor jaleo. Dile lo que ha ocurrido, regresa con él, y todos charlaremos tranquilamente, entre nosotros. También la señorita Emmy. Y usted, señora Murray. Hablará bien y tranquila. Todo se quedará en la familia. Y le haremos al pobre Bill, tumbado allá abajo, un correcto y estupendo funeral, sin reparar en gastos. Pobre Bill, debió perder la cabeza, sin pensar, aunque realmente nunca pensaba. Que descanse en paz. No le guardo la menor inquina.

Interpeló con varios alzamientos de barbilla a Joseph.

—Joe, las marcas de tu garganta son plenamente convincentes. Se las enseñarás al sheriff.

Los lívidos labios de Joseph se separaron como si fuera a hablar, pero Healey le colocó una mano en el hombro.

—Vete a tender un poco, hasta que llegue el sheriff, Joe. Tampoco tengo nada en contra tuyo. Un hombre ha de salvar su vida. Y recordaré con agrado lo que hiciste en favor de la señorita Emmy.

Miró a Harry.

—Mejor que acompañes a Joe hasta su cuarto, antes de ir en busca del sheriff. Y si tienes *whisky*, dale una ración, una buena ración. Parece que la necesita. No menees tu estúpida cabeza, Joe. Haz lo que te digo.

Harry cogió del brazo a Joseph y le condujo hasta su cuarto. Fue a coger su frasco de «*bourbon*» escanciando una buena dosis en un vaso tendiéndolo a Joseph que estaba sentado silenciosamente en la cama.

—Vamos, Joe, bebe.

Cogiendo el vaso, dijo Joseph:

—Pero ¿te has dado cuenta que yo...?

—Sí. Lo hiciste, pero esto es lo de menos. Lo que importa es que eres el que quedó vivo, ¿no es así? Y además, ¿a quién tratabas de salvar? A mí. Por segunda vez —y el rostro moreno de Harry se dilató en blanca mueca—. Vamos, bebe. Así. Eso ya va mejor.

Sentíase aliviado. Porque Joseph no se había recuperado de su aspecto de muerto, con la piel lívida y los ojos vidriosos. Harry escanció *whisky* en otra copa. Captó la mirada de Joseph y sonriendo nuevamente dijo:

—¡Por la vida! ¡Porque es lo único cierto que existe!

Alzó su copa riendo y contempló a Joseph absorber a lentos tragos el contenido

de la suya y vio desaparecer la lividez. Pero Joseph pensó: «Era su vida o la mía. Sólo que me gustó hacerlo».

XXIV

Otra autoridad militar del puerto fue a continuación sobornada, y Joseph, esta vez solo, dirigió el contrabando de armas hacia el Sur. Desembarcos no solamente en Virginia sino también en las Carolinas del Norte y Sur. El peligro había aumentado enormemente a causa del bloqueo de la Armada de la Unión, que estaba ahora asfixiando el Sur sometiéndole al bloqueo. Ya no era asunto de obtener con sobornos permisos en Nueva York y Boston, y el riesgo de simular primero hacer proa a puertos del Norte y en cambio escurrirse a mar abierta para continuar hacia el Sur. Era la tarea infinitamente más peligrosa, sólo intentada en las noches plenamente oscuras, de soslayar el bloqueo naval y deslizarse sigilosamente a través de la barrera naval hasta algún escondido, podrido y abandonado muelle. Cada vez cambiaba el punto de destino. Pero el «Isabel» parecía desplazarse confiada y ágilmente bajo una estrella benigna. Y aunque muchos otros barcos del Norte transportando contrabando eran apresados con frecuencia, el «Isabel» fue rara vez detenido y nunca capturado. Era un clíper de una velocidad poco habitual, y bajo el mando del capitán Oglethorp surcaba los mares con pericia a salvo de puerto a puerto y siempre haciendo ondear el pabellón de la Unión en sus mástiles. Aun así hubo ocasiones de intenso peligro y solamente el ingenio, coraje, audacia y destreza del capitán las superaron.

—Le considero, señor, mi amuleto de suerte —le dijo una vez a Joseph—. Mi barco nunca ha estado en peligro irremediable; nunca lo han podido capturar. Hasta a veces me he maravillado dado lo cerca que estuvimos del desastre, y creo que fue su presencia en mi barco la que nos salvó. Usted nació bajo una estrella afortunada, señor.

—Ciertamente —dijo Joseph, pensando en Irlanda y el hambre—. La suerte ha estado siempre presente en toda mi vida. Una vida de puro hechizo. Capitán, yo no soy un aventurero. Cumpló mi deber en este barco pero no disfruto haciéndolo.

Asintió el capitán:

—Esto, señor, lo sabía perfectamente. Usted no es temerario. Yo soy el único temerario a bordo. Mi tripulación es prudente y cautelosa y quizá éste sea el verdadero motivo por el cual hemos escapado del peligro tan a menudo.

Llegó un día en que Healey informó a Joseph que ya no debería supervisar el contrabando, que estaba ahora efectuándose por lo menos cinco veces al mes y transportando cada vez cargamentos más pesados. Joseph sintióse aliviado y a la vez consternado.

—Usted duda de mi capacidad, señor Healey, o no confía en mi criterio.

—Querido muchacho, ésta no es la razón. Tengo que proteger mis inversiones, eso es todo. No, ahora te quedas en casa. Ya he enrolado a bastantes auxiliares.

Joseph seguía estudiando leyes con el abogado Spaulding al que detestaba cada vez más al paso de los años. Al principio indiferente, ahora interesado en las leyes

porque veía en ello un espléndido puente hacia el poder. No había una sola ley que no llevara la huella digital de un político, y Joseph quedó finalmente convencido de que el dinero sin el poder, no era una garantía segura, ya que estaba expuesto a las iniciativas de bribones y estafadores. El poder de la política era el mayor de todos los poderes, ya que era el poder de recompensar y castigar a conveniencia de uno, y fortalecerse uno mismo contra el resto de la sociedad.

Joseph había inducido a Healey a que reemplazase a Bill Strickland por Harry Zeff. Healey demostró sorpresa.

—¿Quieres decir que deseas que él conduzca mi carro por todas partes, ensille y se cuide de mis caballos, como un mozo de establo, y sea mi sirviente al alcance de mi mano, por quince dólares a la semana, como Bill? ¿Y que coma en la cocina con «*madam*» Murray y duerma otra vez sobre los establos?

—No —dijo Joseph—. Quiero que él sea... ¿cómo es el término militar?... su guardaespaldas, su escolta, su guía, su protección, en los campos y en la ciudad. Ya sabe cómo está ahora Titusville, infestado con criminales, ladrones y aventureros. Harry no le teme a nada. Harry es muy avisado. Conoce el negocio petrolero mejor que usted, señor Healey. Lo conoce desde el dinamitado de pozos hasta la refinería, oleoducto y distribución. Tiene olfato para este negocio. Sabe cómo ahorrar dinero. Y puede usted confiarle su vida con absoluta seguridad. —Sonrió Joseph—. Por todos estos servicios inestimables le pagaré a Harry setenta y cinco dólares por semana, además de manutención y alojamiento, y una prima por cada cinco mil barriles, digamos de cien dólares.

—Me estás resultando un salteador de caminos, irlandés. Si me descuido me llevarás a la bancarrota.

—Y le ordenaré a la señora Murray que cese en hostigar y maltratar a Liza, una de sus criadas, señor Healey. Es huérfana, va a cumplir los dieciocho, es una muchacha muy buena, aunque tal vez no lo haya usted notado, es tímida, y llegará a ser muy bonita. No infrinjo confidencias si le digo que Harry desea casarse con ella... cuando haya reunido cinco mil dólares.

Gritó Healey:

—¡No voy a tolerar engaños y líos de faldas entre la servidumbre en mi casa, mozo! ¡Esto no es un burdel!

—Como le he dicho, señor Healey, Liza es una chica muy buena, cumplidora, nunca remisa ni desaliñada, siempre educada y servicial. Harry no pensaría en violarla porque vendría a ser como intentarlo con su propia hermana, si es que la tuviera. Pero sí pretende casarse con ella en el momento adecuado. Y espero que pronto llegue este momento.

—Hasta quizá quisieses que yo financiase la boda —dijo Healey, ultrajado—. ¡Mi inspector petrolero y una zorra de cocina!

Joseph habló calmadamente:

—Liza no es ninguna zorra. Es muy dulce e inocente y como ha logrado soportar

a la señora Murray es algo que no logro comprender. Podría trabajar en otras casas, a mejor paga, pero quiere estar cerca de Harry. La señora Murray debe ser advertida, y Liza debería percibir diez dólares al mes, en vez de cuatro. La señora Murray se va haciendo vieja. El peso del trabajo va recayendo con progresiva pesadez en Liza que ahora prácticamente está a cargo de la cocina y de las otras criadas. La señora Murray ha llegado a pegarle a Liza a veces.

—No sé lo que me pasa, tal vez será eso que llaman senilidad —dijo Healey—. Pero tú tienes una lengua que podría engatusar a cualquiera —y escrutó a Joseph—. ¿Te dedicas a las buenas obras al ir madurando, irlandés? Me parece recordar que hubo un tiempo en que querías librarte de Harry, y me dijiste que él no era nada tuyo ni te importaba.

—Le debo mi vida a Harry —dijo Joseph, rígida y fría la expresión, casi hundidos los ojos en sus cuencas al mirar a Healey que lo miraba sonriéndole burlescamente—. Él me debe su vida. Esto crea una especie de... lazo... si quiere llamarlo así.

—Yo pensaba que no entraba en tu carácter aceptar lazos —dijo Healey.

—No está en mi carácter —dijo Joseph, y Healey canturreó, sonriendo.

La Hermana Elizabeth escribía ahora a Joseph a su dirección en Titusville. Invariablemente le daba las gracias por el dinero que él enviaba para el mantenimiento del orfanato. Una vez le escribió que gracias a sus donaciones regulares y a la bondad de la esposa de Tom Hennessey, y dos o tres más, la Iglesia de St. Agnes había sido renovada, construyéndose anexos al orfanato, «de este modo podemos proteger y cuidar al doble de huérfanos que antes, y nuestras Hermanas ya suman quince. El Padre, me entristece decirlo, no está bien. Los sufrimientos padecidos en esta guerra han afectado su tierno corazón. Estamos soñando en poder edificar una enfermería», añadía delicadamente. Era evidente que no tenía la menor idea de la fuente de ingresos de Joseph, aunque daba por hecho que estaba en el «negocio petrolero» y siempre le prevenía contra los peligros.

La Batalla de Gettysburg la afligió particularmente. Después aparecieron los generales Grant y Sherman, la Proclamación de la Emancipación, la Batalla de Cold Harbor y las pérdidas que sufrió la Unión, el incendio de Atlanta, y la «bizarría» de Farragut en la Batalla de la Bahía de Mobile. Después Lincoln fue reelegido Presidente el 8 de noviembre de 1864. «Aunque», escribía la Hermana Elizabeth, «no logro comprender esto. El señor Lincoln siempre habla de “una nación, únicamente”, y sin embargo el Sur no participó en esta elección, y por lo tanto, estimado Joseph, ¿es esto constitucional y legal? He oído hablar mucho de la Constitución últimamente, y confieso que me parece un instrumento que puede ser interpretado a voluntad de quien quiera, si ha de hacerse caso a los periódicos. Es muy complicado. Parece mucho más flexible que las leyes ordinarias, aunque debo admitir que tampoco conozco gran cosa de ello. Pero recientemente hay muchas esperanzas de

que la guerra terminará pronto, ya que ahora el Ejército del general Sherman está en Georgia y Tennessee ha sido invadido: Qué espantosa es la guerra. Hasta en Winfield nuestros dos hospitales están llenos y sobrecargados de heridos, moribundos, mutilados y ciegos, y nuestras Hermanas hacen cuanto pueden. Se oyen historias tan espantosas de la inhumanidad del hombre hacia el hombre que espero sean exageraciones, aunque recordando los acontecimientos de mi propia vida no estoy realmente muy confiada.

»Has expresado descontento, estimado Joseph, por mi información acerca de que los profesores jesuitas de Sean le han estado enseñando música y que tiene una voz angelical. Como te dije, canta en el coro, y es como si estuvieran presentes los querubines. Cuando canta las baladas de Irlanda casi ablandaría el corazón de un inglés. Los padres predicen un magnífico futuro para él, tanto en ópera como en conciertos, aunque también está dotado en otros aspectos, escribiendo con hermosa caligrafía, componiendo poesía que es muy espiritual, realmente, y siendo un cumplido pianista y excelente en humanidades. Desgraciadamente no es muy aprovechado en matemáticas, botánica y biología, informan los padres, ni demuestra gran interés en abstracciones o filosofías. Esto revela, según los padres, un corazón muy sutil pleno de sensibilidad y gentileza. Llegamos a pensar que tenía vocación, pero, desgraciadamente, no fue así. Expresaste una vez la opinión de que le considerabas irresponsable y perezoso. Lo siento si alguna de mis cartas te dio esta triste impresión. Sean es de constitución delicada que se retrae de las duras realidades pero es muy afectuoso, amable y agradable, ¿y no es esto necesario en nuestro áspero mundo? Cuando se interesa en algo se aplica con gran celo, pero cuando le aburre algo no se esfuerza en ocultarlo. Pero no es irresponsable. Me temo, sin embargo, que debemos relegar las exigencias de la responsabilidad a caracteres más duros...».

«Como el mío», pensó Joseph.

«A caracteres», continuaba la carta, «que no conocen la poesía ni la gracia de disfrutar la belleza...».

«Y que deben mantener a las mariposas», comentó Joseph para sí mismo con rabia creciente.

«Todos no podemos ser iguales», escribía la Hermana Elizabeth. «Dios creó diversos caracteres entre los hombres. Hay caracteres que deben trabajar asiduamente hasta el día de su muerte, porque así es su naturaleza. Y hay caracteres que son adornos en la vida, que nos aportan las flores de la imaginación, del amor, las artes y la música...».

En voz alta aunque estaba a solas opinó Joseph:

—Y que nosotros les facilitemos su pan y su carne, y encima sintamos que ellos nos honran con aceptarlo. Pero, Hermana ¿ya no recuerda? «Esto no sirve para comprar patatas».

Súbitamente dejó de leer la carta y miró fijamente en el vacío porque había sentido un brutal impulso íntimo, como odio hacia su hermano y estaba aterrado.

Había dedicado su vida al cuidado y protección de Sean y Regina, y ahora experimentaba un rencoroso repudio hacia su hermano, una amarga y desdeñosa cólera. Cavilaba sobre esto porque si ahora repudiaba a Sean gran parte de su vida había sido malgastada. Entonces mientras cavilaba flotó ante él la figura de su padre muerto y reflexionó: «Es mi temor de que Sean se parezca a nuestro padre que nos hizo pasar hambre porque carecía de fortaleza y no quiso luchar por nosotros ni sacrificar uno sólo de sus “principios” para salvar nuestras existencias».

A continuación la carta de la Hermana Elizabeth insinuaba que en su creencia Mary Regina tenía «la vocación». Esto era tan ultrajante, tan increíble para Joseph que prefirió considerar aquéllas como necias palabras producto de la imaginación monjil.

«Solamente les has visto una sola vez desde que te fuiste de Winfield cuando eras tan sólo un muchacho de dieciocho años», escribía la monja, «y fue hace dos años cuando te alojaste en el nuevo hotel. Diariamente crecen. Regina crece en gracia ante los ojos de Nuestro Señor, y es una preciosa azucena, un perfume de santidad. Debo confesar que es ella mucho más discreta que Sean y parece mayor, y cuando se encuentran en el orfanato es como si nuestro ángel, Mary Regina, fuese la madre y Sean el amado niño. Cuando Sean manifiesta impaciencia porque todavía no le has proporcionado “la estupenda mansión”, Regina le reprende y le trae a la memoria tu solicitud, tu amor y tus incesantes trabajos por el futuro tu familia».

«Querida mía», pensó Joseph. Descartó de su mente a su hermano, pero Regina perduraba como una viva y radiante presencia a su lado. Meditó: «El próximo año en primavera apartaré a Sean de estos soñadores y sentimentales curas con sus artes, sus melodías y sus necias enseñanzas, y le enseñaré a vivir. Me llevaré a mi hermana, y será mía y no de las monjas con sus estúpidos disparates de ángeles, devoción y gracia». Tenía la sensación de que su hermano y su hermana se hallaban en grave peligro.

La Hermana Elizabeth añadía una posdata: «Es con tristeza que debo mencionar que nuestra querida Katherine Hennessey, que regresó a Green Hills cuando las tropas Confederadas casi tomaron la capital, está mal de salud, parece muy ausente y triste, y es propensa a llorar. Hace acopio de valor y ánimo para cuidar de su querida hija, Bernadette, que es una muchacha muy enérgica y muy encariñada con nuestra querida Mary Regina, que quiere a todos. Recuerdo con frecuencia que rechazaste su oferta de adoptar a Mary Regina, y quizá haya sido para bien, aunque nuestro senador hubiera resultado un padre ejemplar. Su amor hacia su hija es algo hermoso de ver, y no le avergüenza demostrarlo cuando regresa a Green Hills. Me ha confesado a menudo que la salud de su bienamada esposa le está destrozando el corazón».

«Antes llegué a pensar que era usted una mujer sabia», comentó Joseph para sí, «pero, mi santísima Hermana, es usted una tonta».

Se alarmó al comprobar que pensaba en Katherine Hennessey con más frecuencia de lo que pensaba en su familia; y que había en él una postración íntima al imaginarla

enferma, inválida, con un libertino marido, y en su solitario abandono, ella y su niña, y la secreta tristeza de su vida. Ahora sospechaba que Katherine no había sido tan obtusa ni tan pusilánime para no saberlo todo acerca del carácter de su esposo; su propia humillación y las traiciones, y el desdén en que él la tenía. Cuando pensaba en esto, Joseph sentía un odio homicida hacia el magnífico senador que, según los periódicos, «había reconciliado los Demócratas del Norte atrayéndolos al lado del Presidente en este doloroso conflicto entre hermanos». Reflexionó Joseph sobre quién pudo darle ventajosas informaciones anticipadas del futuro inminente y sobre qué versaba dicha información.

Interrogó a Montrose que encogió los hombros.

—Como ya te dije, mi querido Francis, es una cuestión de futuro saqueo. Lincoln ha aseverado que no habrá saqueo ni corrupción política en el Sur cuando termine esta guerra. Pero otros tienen otros planes. Lincoln se encuentra en una situación muy precaria.

Añadió pensativo:

—Abundan los que están de acuerdo conmigo, y Lincoln, según he oído, también opina así, que hay mucho más debajo de esta guerra que lo visiblemente aparente. El Sur fue siempre orgulloso e independiente, y creía, lo mismo que sus primeros fundadores, que un gobierno centralizado y poderoso inevitablemente resbala gradualmente hacia la tiranía. Pero el Norte, menos orgulloso, menos consciente de la tradición nacional, menos independiente, menos viril en muchos aspectos, anhela la mano del dictador, la fuerza del tirano, porque la mayoría de su población procede de naciones que fueron sometidas y subordinadas a un gobierno rígido. Puede ser que en el futuro sea el Sur quien evite el hundimiento de la libertad norteamericana en la dictadura.

Vio sonreír a Joseph y de nuevo alzó los hombros:

—No tengo predilección por comarca alguna ni nación. Solamente tengo una fidelidad, y es para mi propia libertad, mi propia talla como hombre, y por esto yo lucharía hasta la muerte.

—Lo mismo haría —dijo Joseph.

Un día el abogado Spaulding le dijo a Joseph, al que comenzaba a tratar con inquieta y solapada deferencia:

—Usted no conoce la extensión de la influencia del señor Healey. ¿Está usted enterado, señor, que posee la participación hipotecaria que le permite controlar a cuatro grandes periódicos, respectivamente cada uno en Chicago, Boston, Nueva York y Filadelfia?

—No, no lo sabía —dijo Joseph.

Spaulding sonrió con arrogante superioridad echándose atrás su melena de cabello teñido.

—No está usted enteramente en sus asuntos confidenciales, señor Francis. ¿Sabe por qué es dueño de estos periódicos? La gente cree en lo que lee. La letra impresa es

sagrada para ellos. El que controla tal medio es uno de los hombres más poderosos, ya que también controla a los políticos. Sin el «Mensajero de Filadelfia» del señor Healey, el senador Hennessey nunca hubiera llegado a ser designado senador por la Legislatura Estatal en su Asamblea; la cual, a diferencia de los senadores, es elegida por el pueblo. La Asamblea es más bien... respetuosa con el señor Healey. Muchos legisladores le deben sus votos a él, lo mismo que el gobernador. Solamente diez hombres fueron votados y elegidos contra el deseo del señor Healey, y aun éstos le temen ahora y desean conseguir su beneplácito.

—Sería preciso entonces revisar el antiguo refrán que asegura: «Voz del Pueblo: voz de Dios» —dijo Joseph.

Spaulding apretó los labios y desvió los ojos como si Joseph acabase de blasfemar, y en tono untuoso, dijo:

—El buen Dios espera que la gente haga uso de su sentido común y de su inteligencia.

—Que no poseen —dijo Joseph.

Spaulding pareció a punto de cambiar el espinoso tema, pero de pronto exhibió la amplia y jovial sonrisa del político:

—Señor Francis, si el populacho tuviera el menor asomo de inteligencia el mundo no estaría en su presente condición, y no ofrecería oportunidades para hombres como el señor Healey y los politicastos. En consecuencia, ¿no debemos agradecer que la naturaleza humana nunca cambie y los listos y los cínicos puedan sacar opíparas ventajas sobre la base de la ignorancia y la docilidad de sus prójimos?

Joseph estuvo de acuerdo con él, pero no simpatizaba en absoluto con el abogado y estaba casi cierto que la antipatía era recíproca.

Mientras tanto, varios de sus pozos manaron abundantemente en Titusville, y acrecentó sus arriendos y opciones. Ante la sorpresa y enhorabuena de Healey, cuatro de sus pozos produciendo un petróleo muy superior al de Titusville, «alumbraron» en la parte meridional del Estado, y consiguieron precios inmensamente más elevados. Joseph recibió una oferta del propio Rockefeller, que rechazó. Jason Handell, en nombre de la Compañía Handell de Petróleos de los Estados Unidos, le envió un telegrama elogiándole por su «intuición», y a continuación le remitió una carta ofreciéndole un puesto directivo en la compañía, que Joseph aceptó inmediatamente. Se convirtió así en accionista de la Compañía.

—Lindamente estupendo, irlandés —dijo Healey radiante como un padre orgulloso—. Siempre supe que tenías sesos y en calidad de primera clase. Uno de estos días me vas a dejar, ¿eh? Ya conseguiste un buen montón de dinero, y ahora, seguirás atesorando más.

—Señor Healey, me iré cuando usted me lo indique así, y no antes.

—Bueno, pues esto es muy dulce para mis oídos, muchacho, pero no es propio de un hombre listo, opino —aunque se mostraba nuevamente radiante—. Nunca pensé que eras lo bastante débil para sentir gratitud.

—Usted fue el primer hombre que me dio una oportunidad y que no me trató como a un perro. No tiene nada que ver con la gratitud.

—¿No? ¿Entonces qué es?

Pero Joseph, ceñudo, no hallaba la respuesta. No sabía él mismo qué era lo que realmente le retenía junto al señor Healey. Lo iba a saber pocos días después, en una cálida noche de abril de 1865.

Joseph, siempre indiferente a la guerra, no sentía alivio ni júbilo cuando se aproximaba a su fin, excepto pensar que una gran fuente de ganancia estaba a punto de terminar y abruptamente. Hubo rumores de que la guerra podría prolongarse en guerrillas durante muchos años, de modo que las fábricas del Norte podrían continuar vomitando prosperidad y los trabajadores en ellas beneficiarse. Para las multitudes, el final de la guerra aportó confusión y desencanto. Había sido excitante y remunerador. Los políticos belicosos clamaban inflamados por «¡la continuación del conflicto hasta que sea eliminada la última de las retaguardias!». A sus preocupados electores les decían: «La guerra no va a terminarse así de inmediato. Tenemos la esperanza de que la prosperidad de guerra continuará, por lo menos durante una década. Además, ahí está el Sur por explotar en el caso de una paz eventual, con todas sus riquezas y sus tierras. Puede tener la seguridad, señor, de que los términos del tratado de paz no serán benévolos. Hay oportunidades...».

Spaulding riendo jubiloso le expuso todo esto a Joseph.

—Todo sea a favor de las «guerras santas» —dijo Joseph, recordando los banqueros internacionales que conoció en Nueva York, los hombres que no tenían el menor vínculo con ninguna raza, ningún país o cualquier ideal.

El afán de justicia, por la cual tantos clamaban en los periódicos, significaba el afán de pillaje. Para la vasta mayoría de los norteamericanos las causas de la guerra, las consecuencias de la guerra, eran tan incomprensibles como el sánscrito. Solamente aquellos que lloraban a sus muertos cuchicheaban: «¿Y por qué?». A lo cual, según explicaba Spaulding, solamente había una respuesta y era que el pueblo norteamericano nunca debía enterarse de nada en beneficio de aquellos que indirectamente los gobernaban.

Aunque la guerra continuaba en esporádicas ráfagas acá y allá a través del desesperado Sur, ya era sabido que había llegado a su fin. Dijo entonces Lincoln:

—Tenemos ahora que afrontar la tarea de la reconciliación entre hermanos, de restañar heridas, de extender la mano de amistad del vencedor al vencido, de elevar el ánimo de los heridos tanto del Norte como del Sur, y de acatar un luto nacional por nuestros heroicos muertos donde quiera que hubiesen nacido. No habrá venganza porque no es necesaria. No habrá riquezas ni botín para los malvados que medran a expensas de la carne y la sangre de los desvalidos. Formamos una sola nación y permaneceremos siendo una sola nación, aunque traten de destruirnos nuestros vándalos del interior.

Con esto sellaba su sentencia de muerte. La mano que pulsó el gatillo del arma

que le asesinó en aquella fragante noche en Washington, de abril de 1865, pudo pertenecer a un oscuro actor. Pero el poder que controlaba aquella mano se hallaba por encima de toda sospecha, ignorada hasta del propio criminal. Los asesinos políticos, como diría Montrose, tienen muchos padrinos, todos de acuerdo, y nadie salvo ellos conocen sus nombres.

Healey había ido engordando enormemente a través de los años, deleitándose en sus comidas y bebidas con la pasión que solamente puede conocer un hombre sanguíneo. También se había deleitado con mujeres, todavía seguía, pero hasta un cierto punto de moderación. Se había deleitado en el dinero, pero no tanto como en su bienestar físico y en su alegría de vivir. Para Healey ningún día era nunca monótono, tedioso, ni melancólico ni deprimente, hiciera el tiempo que hiciese. Era siempre una ocasión de interés infinito, de celebración privada, de placer, implicando, risas y disfrute. Parco y prudente con el dinero, nunca lo fue para satisfacer sus apetitos. De hecho, él consideraba el dinero no solamente como una fuente del poder para manipular a los demás —aunque su alma irlandesa se regocijase con ello— sino como un medio para hacer la vida más arrebatadora y satisfactoria.

—Hay quien cree —le dijo a Joseph— que a medida que uno envejece las apetencias disminuyen. Si así les ocurre será porque nunca sintieron reales apetencias desde un principio, Joe. Un hombre que desde temprano se aficionó a beber leche morirá amando esta bebida. No cabe duda que un hombre puede volverse impotente, claro, y también les pasa a mozos, pero un verdadero hombre nunca cesa de amar a las mujeres. Tu estómago podrá fastidiarte en cualquier momento, pero esto no te impedirá seguir amando tus comidas y tus tragos. Sólo te encorajina hasta que puedes disfrutar nuevamente de ambas cosas. Un hombre es un hombre hasta que se muere, pero un bebedor de leche y marica nunca fue un hombre. Puros de corazón les llamo yo, y ojalá que no tengan otra cosa en el paraíso que su condenada leche y algo de miel. Es todo cuanto se merecen. Apostaría lo que fuese a que Nuestro Señor cena mejor que todos ellos.

Escrutó astutamente a Joseph:

—Tú tienes las dotes para disfrutar de la vida, muchacho, pero eres un Cromwell en el fondo, y no te sueltas la rienda. Si alguna vez lo haces... —y sus ojillos oscuros hundidos ahora en pliegues de roja carne, chispearon—: ¡Espero estar presente, vaya que sí! Será algo que hará felices a los ángeles que aplaudirán. Opino que ellos odian a los bebedores de leche y maricas.

Su doctor era de la vieja escuela, y le sangraba cuando su cabeza le dolía demasiado y tenía vértigos. Su doctor también le aconsejó «hacer un uso sensato de las viandas». Healey nunca fue sensato, excepto lo referente al dinero.

—Si muero —solía decir—, que me sea permitido morir con las botas puestas, después de una buena comida con abundante bebida. ¡Diablos! ¿Acaso la vida vale la pena si hay que vigilar todo lo que uno se lleva a la boca y ser esto que ellos llaman «moderado»? Una vida de moderación, Joe, sirve sólo para los que ya sean casi

cadáveres y los que odian vivir.

—El justo medio —citó Joseph—. Aristóteles.

—Nunca oí hablar de este fulano —afirmó Healey—. Si vivió a base de ser moderado entonces no vivió en absoluto. Quizá no le gustaba ninguna parte de la vida. ¿Quién puede desear vivir tomándose el pulso todo el tiempo y calculando su existencia por los años que ha vivido y no en cómo los ha vivido?

Ed Healey no murió con las botas puestas. Murió en pleno retozo de éxtasis, desnudo, en su cama, con la señorita Emmy. Había ingerido recientemente una succulenta cena de sus guisos y vinos favoritos. Murió como había deseado morir, con deliciosos sabores en su boca y su cuerpo sobre el tierno cuerpo de una mujer, con alegría en su corazón y en una de sus interpretaciones del esplendor de la vida. Murió sin enfermedad, sin decrepitudes ni miedo, sin un doctor a su lado, sin una enfermera sosteniéndole la mano, sin dolor ni agonía. Murió en el aroma del perfume de Emmy, sus labios trabados con los de ella. Una arteria había estallado voluptuosamente en su cerebro o en su corazón, y nunca lo supo.

Fueron los chillidos de Emmy, mientras corría desnuda irrumpiendo en el rellano, los que despertaron a Joseph, a Harry Zeff, a la señora Murray y a las criadas. Ahí yacía el señor Healey, grueso, apacible y todavía sonrosado, con una sonrisa de goce total en su boca, como si hubiera ido al encuentro de ángeles tan pletóricos como él mismo, y tan varoniles, y se hubiese unido a su fanfarrona compañía con estallidos de carcajadas.

—Era todo un hombre —dijo Harry Zeff, mientras cubría decentemente el cuerpo del señor Healey con una sábana.

Ed Healey, en sus exequias, destinatario de emotivos elogios fúnebres, no recibió ninguno más adecuado ni más verdadero.

XXV

Joseph, que se creía exento de experimentar de nuevo la angustia de una emoción humana, y que estaba aislado de los comunes tormentos de los hombres, quedóse abrumado y perturbado a causa de la aflicción que le causó la muerte de Healey. Por más que su mente disciplinada luchase con la pena, la pena continuaba emergiendo como un rebosante pozo de sangre, para oscurecer y distorsionar sus pensamientos, anegar los razonamientos, planes y conjeturas. Intentó pensar sobre su futuro ahora amenazado, pero su pensamiento se esfumó antes que pudiera cavilar en ello aventado por nuevos torrentes de pesadumbre. Le resultaba increíble descubrir lo hondamente que Healey habíase infiltrado en su frío y aislado espíritu. Se sorprendió a sí mismo tendiendo el oído en espera de las ruidosas carcajadas, el desborde de campechanas obscenidades y chabacanerías, el vigoroso restallar de puertas, el machaqueo de pesadas botas. La casa pareció oscurecerse, los vestíbulos se hicieron como desiertos, y hasta la dorada tibieza de los días de abril se volvió parda melancolía. En cuanto al horror que aferró a la nación por el asesinato del presidente Lincoln, Joseph ni se enteró ni le importó.

Fue Harry Zeff quien se hizo cargo del funeral, enviando a buscar al sacerdote de la pequeña iglesia católica. El sacerdote había oído hablar del señor Healey. No había pensado en él como en un católico; él, dueño de burdeles, garitos, cantinas y contrabandista de *whisky*. Nunca vio al señor Healey en su templo. Ni siquiera pensó en él como un irlandés. (¡No lo quiera Dios!). Dubitativo, el tímido anciano contempló los restos mortales sumido en largo silencio. Después suspiró diciendo:

—Sí, era irlandés. Puedo verlo bien. Conocí muchos como él en nuestro viejo terruño.

Y así, el señor Healey, aunque murió sin confesión fue enterrado cristianamente, aun cuando el viejo cura dudaba sinceramente que hubiera muerto en estado de gracia; y ciertamente no había recibido la Extremaunción y estaba probablemente cargado de pecados que le supondrían toda una eternidad expiarlos.

—Era un hombre bueno —le dijo Harry al cura—. Nunca cerró sus puertas a un desgraciado hambriento.

El cura suspiró de nuevo, y admitió:

—Esto es mucho más de lo que muchos cristianos declarados pueden decir.

El anciano sacerdote se maravilló, en su inocencia, de la aglomeración en su iglesia, de damiselas jóvenes suntuosamente vestidas, hermosas damas de mediana edad, rubicundos caballeros de bordados chalecos, y personajes felinos de grises trajes caros, espléndidas botas y sombreros de copa sedosos. No podía recordar haberles visto antes y dedujo que debían venir «de lugares distantes», indudablemente no de Titusville. Después, ante la estupefacción del cura, llegó el gobernador y el espléndido senador Tom Hennessey, con su esposa y linda hija, y

varios otros políticos y caballeros importantes que se rumoreaba procedían de Nueva York, Filadelfia y Boston. La humilde y pequeña iglesia casi desapareció en un cerco de rutilantes carruajes. Había muchos periodistas y fotógrafos. (Un caballero de noble aspecto quiso emitir un panegírico desde el púlpito, pero el sacerdote recobrándose un poco de su maravillada sorpresa, se opuso tartamudeando pero con firmeza. Sin embargo, seguía todavía levemente escandalizado. Había considerado al señor Healey tan sólo un pecador de la localidad y no alguien de tan imponentes dimensiones sociales).

El señor Healey fue enterrado en el pequeño cementerio católico cercano a la iglesia, en una bonita parcela. El empresario de pompas fúnebres llegó desde Filadelfia con un séquito. Encargó, después de consultar con el abogado Spaulding, una gigantesca cruz de mármol de cuatro metros de alto. Tal vez el señor Healey no vivió como un cristiano católico, pero tal como comentó Harry Zeff complacido, «ha sido enterrado como si lo fuera, y nunca hubo hombre más bondadoso». El viejo cura a quien las dudas comenzaban a atosigar, quedó estupefacto cuando el abogado Spaulding le entregó un fajo de dinero totalizando mil quinientos dólares.

—Al señor Healey le agradecería esto —dijo con ademán grandilocuente.

El sacerdote tuvo visiones de un asado de buey y una estatua de la Madre Bendita que realmente le hiciera honor a ella y al cepillo de limosnas, sin mencionar dos banquetas más, una nueva casulla para él, y un mes de buenas comidas para las dos Hermanas de la Caridad que enseñaban en la pequeña escuela parroquial en las afueras de Titusville. El sacerdote, maravillado, comentó con asombro:

—Nunca vino a verme.

Harry Zeff replicó:

—Era un hombre humilde y muy modesto. Un verdadero cristiano.

Joseph no asistió a la misa de réquiem. Harry no le instó ni hizo ningún comentario. Joseph quedóse solo en la casa; con sus largos ecos retumbantes; y trató de dominar su pena y sus emociones, y su destructivo alarido en su mente. Había olvidado ya tal clase de dolor que conoció cuando su madre murió; y cuando conoció la noticia de la muerte de su padre. Ahora volvía de nuevo a sentirlo como una herida recién abierta, y tan dolorosa: y supo que la pena no tenía edad, era vital y parte del ser humano. La idea de que el señor Healey estaba muerto era para él increíble, hasta que la incredulidad se convirtió en angustia y en odio a la propia muerte.

Dos días después del funeral recibió un comunicado de puño y letra del abogado James Spaulding:

«Es solicitado el honor de su presencia en el despacho del Sr. Spaulding en Titusville, a las dos de la tarde, del jueves de la actual semana, en relación con diversos legados en referencia al contenido de la última voluntad y testamento del Sr. Edward Cullen Healey, difunto y lamentado ciudadano de esta noble ciudad».

Pese a su pena el corazón de Joseph dio un brinco aceleradamente. ¿Sería posible que el señor Healey le hubiese recordado en su testamento y de ser así, por qué?

Estaba pensando en ello cuando Harry entró en su cuarto mostrándole una carta similar, y los dos jóvenes se miraron ansiosamente, avergonzados de su esperanza, pero no obstante acariciando dicha esperanza.

—¡Mil dólares por cabeza, apuesto a que sí! —gritó Harry con voz enronquecida, y después tuvo una expresión compungida—. ¡Mencionar esto cuando está recién en su tumba!

—¿Por qué iba a dejarnos nada? —dijo Joseph.

Cuando fue a las oficinas descubrió que todos los presentes —treinta y cinco hombres que trabajaban para el señor Healey— estaban en estado de excitación porque también ellos habían recibido la misma notificación formularia. Todos ellos, sin excepción de uno solo, fueron sinceramente afectos al señor Healey, y ahora se miraban entre sí, interrogándose en silencio. Solamente Montrose permanecía impassible; persistía en escrutar a Joseph que estaba tan atónito como los demás; y meneó un poco la cabeza reprochándose a sí mismo la cínica duda que tiempo antes albergó con respecto a Joseph.

En la fecha designada todos se reunieron en el despacho del abogado Spaulding, a la hora señalada, entrando sigilosamente como si allí yaciese un cadáver, sentándose en las pequeñas filas de sillas que el abogado hizo disponer para la ocasión. Hacía un calor desacostumbrado para ser abril; las ventanas estaban abiertas, pudiéndose ver más allá de los tejados las colinas brillando doradas con nueva floración, entre sombras azuladas, grietas bronceas y las manchas verde oscuro de pinos y abetos. Una nación estaba de luto por su Presidente asesinado, las banderas colgaban a media asta, y pendían crespones negros en dinteles y ventanas. Por las calles se detenían grupos para hablar y clamar venganza. Los vendedores de periódicos aparecían casi cada hora con nuevos titulares, recién impresos en los periódicos que eran adquiridos de inmediato por hombres de rostros ensombrecidos que, en el pasado, solamente sintieron desprecio por el difunto.

Pero nadie pensaba en Lincoln en el despacho del abogado Spaulding, ya que una fortuna palpitaba allí en el haz de papeles sobre su mesa, y a muchos se les antojó que tenían el lustre del oro en ellos. Spaulding sentábase como un sumo sacerdote o por lo menos el Presidente del Tribunal Supremo, tras su mesa, gravemente vestido de negro, con corbata *plastrón* negra, su cabello decorosamente alisado, su elástica faz moldeada en una expresión de solemne pesar y reverencia, sus ojos bajos, sus manos entrelazadas encima de los documentos como si, pensó Joseph, estuviera esperando el sagrado momento de colocarlas en torno a una custodia. Un tenue y luctuoso aroma como de helecho funerario emanaba del abogado.

Cuando todos estaban ya reunidos, Spaulding dobló su gran cabeza como en plegaria, o como si estuviera abrumado y demasiado agobiado para hablar inmediatamente. Todos los presentes aguardaron decorosamente; ni siquiera Montrose sonrió. Pero Joseph estaba pleno de salvaje exasperación. Aquel histrión seguramente había calculado hasta el afecto del rayo de sol tocando su teñido cabello

en resplandor similar a una aureola, ya que Joseph vislumbró su mirada de reojo al rayo solar justamente antes de inclinar su cabeza, y se había movido un poco hacia adelante en su gran sillón para captarlo mejor.

Spaulding comenzó a hablar. Era su hora más grandiosa porque nunca hasta entonces tuvo la evidencia de tanto dinero reposando ante él. Su voz era como la de un predicador, altisonante, palpitando trémulamente. Ahora alzó sus ojos, grandes, hondos y llenos de augurios y presagios, y en un sólo instante pareció la propia parodia de un profeta, y Joseph sintió un alarmante apremio de reír con fuerza para gritar una execración ridiculizante.

—Tengo aquí, ante mí —dijo Spaulding tocando los documentos con mano reverente— la última voluntad y testamento de mi bienamado amigo, Edward Cullen Healey, que murió en el día en que nuestro aún más bienamado Presidente moría, y quizá aquí hay un portento, un significado que nosotros de débil intelecto y oscurecido entendimiento no podemos penetrar. Solamente podemos inclinar nuestras cabezas en maravillado pasmo. Podemos solamente meditar, reflexionar profundamente, en búsqueda de humildad, abrumados por el temor reverente.

La concurrencia no dijo ni palabra. Pero a Joseph se le antojó oír un eco fantasmal de la estrepitosa carcajada de Ed Healey y, hasta quizá, una jocunda frase. Spaulding extrajo su aromático pañuelo y lenta y primorosamente lo pasó por su frente, después por sus ojos y finalmente se sonó las narices ruidosamente. Guardóse el pañuelo. Comenzó a leer, y cada palabra era como una invocación.

Cada hombre empleado en las oficinas del señor Healey percibiría un año completo de salario en adición a su normal salario, y una prima de quinientos dólares por Navidades, con tal que permaneciese durante por lo menos aquel período «bajo empleo de mi legatario principal, que hereda mis bienes restantes». También percibiría inmediatamente una suma global de tres mil dólares, «en gratitud por los leales servicios». Cada Navidad que siguiera empleado con el «legatario principal» recibiría quinientos dólares adicionales.

«El señor». Montrose recibía veinte mil dólares inmediatos, y el «ruego de que sirviera a mi legatario principal durante un período de un año por lo menos». También recibía varios pequeños tesoros que había admirado en la casa de Healey, «principalmente el retrato por Sanger de George Washington». Por añadidura, recibía cien acciones del Ferrocarril de Pensilvania y «tres de los pozos en producción contiguos a la Granja Parker». «No existen palabras», había dictado el señor Healey, «que puedan expresar mi afecto por el señor Montrose que me ha servido bien por más de dos décadas antes de la fecha de este Testamento».

Healey hacía votos para que el señor Montrose sintiese de corazón el deseo de permanecer con «mi legatario principal» hasta que en conciencia quedase satisfecho de que el mencionado legatario principal estaba plenamente calificado para continuar «sin la suprema sabiduría, delicadeza de tacto, perfección de enjuiciamiento, de las cuales mi querido amigo, el señor Montrose es el digno y orgulloso poseedor».

Joseph miró a Montrose que parecía hondamente conmovido. Su atractivo semblante felino se tornó grave y apartó la mirada.

Le era legada a Harry Zeff la cantidad de cinco mil dólares, y al oírlo Harry dejó escapar un fuerte e involuntario silbido que hizo respingar a todo el mundo en sus sillas. Un leve murmullo de risas agitadas, bienhumoradas recorrió la estancia, y Spaulding pareció tan horrorizado como un sacerdote si la Hostia fuera profanada. Cubrió el testamento con las manos abiertas. Deglutió. Imploró al techo misericordia con ojos casi en blanco. Sus mandíbulas vibraron y tembló su boca. El rayo de sol cabrilleó en su cabello que, de pronto, aparentaba erizarse en su cabeza como un aura sagrada.

Harry quedó sumido en un inmenso embarazo y confusión, aunque todos le ojearon con simpatía al igual que con reprimida hilaridad. Su rostro moreno se tornó escarlata. Se acurrucó en su silla. Hasta Joseph estaba divertido, y pensó en la jovencita Liza.

Spaulding simuló ignorar la imperdonable interrupción, y tras una prolongada pausa reanudó la lectura. Había pequeñas cantidades para las muchachas que trabajaban en su casa, una cantidad para una «*madam*» que apreciaba en particular, diez mil dólares para el Hogar de San Francisco en Filadelfia para Muchachos Trabajadores, donaciones a un seminario, a un orfanato en Pittsburgh y, para asombro de Joseph, la cantidad de dos mil dólares para misas por su alma no regenerada. La señora Murray recibía la cantidad de mil dólares «con tal de que abandone mi casa y Titusville dentro de los diez días siguientes a mi muerte».

Se mencionaron otros pequeños pero agradables recuerdos para amistades en diversas ciudades. La señorita Emmy recibía una renta vitalicia de cinco mil dólares al año, una cantidad increíble, opulenta.

Joseph nunca había oído leer un testamento hasta entonces. Cuando el abogado Spaulding dejó de leer, sintió una leve tristeza, por no encontrarse mencionado su nombre ni siquiera a modo de recuerdo. «No es por el dinero», pensó. «Yo creía que éramos amigos y que me tenía un poco de estima. Si tan sólo me hubiese dejado su reloj, un dije de su cadena, un libro, un cuadro...». Muy recientemente Healey se hizo tomar un retrato en daguerrotipo, encomendando que fuera artísticamente coloreado, y estaba en su mesa despacho. Joseph se preguntó si Spaulding le permitiría comprarlo. Notó el embotamiento familiar doliéndole en la garganta. Echó atrás su silla, esperando que los otros también se levantasen. Había escozor en sus ojos y una sequedad en su boca.

El leve arañazo de su silla despertó a Spaulding de su devota ensoñación. Nadie salvo Joseph se había movido. Joseph se calmó. Ante su asombro, Spaulding le estaba mirando fijamente como ante una maravilla, un milagro, una visión que no podía ser creída. Parecía en estado de éxtasis.

La voz del abogado se elevó en radiante sonoridad creciente:

—Ahora procederemos a nombrar el legatario principal mencionado en esta

última voluntad y testamento de mi bienamado amigo, Edward Cullen Healey.

Muchos contuvieron el aliento, pero Joseph no sentía ahora sino impaciencia, deseos de irse, de quedarse a solas con su herida, y, pensó vagamente en volver corriendo a la casa y robar el daguerrotipo. (Seguramente nadie lo querría salvo él, pero la maldad natural de Spaulding se deleitaría en rechazar cualquier oferta suya y lastimarlo con cualquier decepción y frustración).

Spaulding inclinó la cabeza para proceder a la lectura. Tenía captada la atención de todos, excepto la de Joseph Entonces oyó Joseph sus nombres:

—... «mi querido y joven amigo, mi hijo en todo salvo por nacimiento, mi paisano, que con tanta frecuencia me ha demostrado su afecto y lealtad, aunque ni él mismo lo supiera, Joseph Francis Xavier Armagh...».

Un hondo murmullo recorrió el despacho, y todas las cabezas se volvieron y todos los ojos quedaron fijos en Joseph, cuya boca se abrió en un balbuceo:

—¿Qué? ¿Qué?

Spaulding se levantó lenta y majestuosamente, como Neptuno surgiendo del mar, empuñado el cetro real. Bordeó su mesa y avanzó pesadamente hacia las hileras de sillas, hasta detenerse junto a Joseph. Sus ojos brillaban. Tendió la diestra, inclinando la cabeza en saludo reverente:

—Mis felicitaciones, señor Francis, o mejor dicho, señor Armagh.

Joseph estaba aturdido. Solamente había oído sus nombres y unas pocas palabras más. No quería tocar la mano de Spaulding pero pensando en el retrato sobre la mesa del salón particular del señor Healey se forzó en asir los cálidos dedos húmedos. Dijo:

—Todo lo que quiero es aquel daguerrotipo en su despacho, en el marco dorado. Pagaré lo que sea...

Todos en la estancia prorrumpieron en altas y afectuosas carcajadas. Harry se inclinó hacia Joseph palmoteándole cordialmente la espalda, recobrado ya de su propio aturdimiento incrédulo. Hasta el abogado sonreía con ternura, colocada gentilmente su mano en el hombro de Joseph. Muecas joviales ensanchaban los rostros, y las palabras de Joseph fueron repetidas una y otra vez entre renovadas risas.

—Todo lo que quiera es suyo, mi querido muchacho —dijo Spaulding—. Un Imperio. Una montaña de oro.

Así era. Joseph Francis Xavier Armagh se convertía en el legatario principal de Edward Cullen Healey. Los vastos «intereses» del señor Healey le pertenecían ahora, «sin impedimento ni gravamen». Burdeles, refinerías, salas de juego. Hipotecas en periódicos. Propiedades en Pittsburgh, Titusville, Boston, Nueva York, Filadelfia. Pozos. Inversiones sin fin. Enormes cantidades de dinero en diversos Bancos. Un hotel, próspero, en Filadelfia. Minas. Inversiones en varios hoteles suntuosos de Nueva York, acciones, participaciones en incontables industrias. Era el único albacea testamentario, aunque designado como ayudante suyo el abogado Spaulding con unos considerables honorarios anuales.

—No puedo creerlo —repetía en voz baja Joseph.

Miraba en rededor y la estancia oscilaba en una vaporosa bruma y la luz del sol parecía danzar en los confines más allá de las ventanas y el cielo azul efectuaba lentos giros. Tuvo visiones brillantemente ampliadas de su hermano y de su hermana, de la Hermana Elizabeth, de Green Hills, y pensó, una y otra vez, que había perdido el juicio. Alguien presionaba una copa de *whisky* contra sus labios. Bebió, aturdido. Miró fijamente la cabeza frente a él, y vio cada cabello en ella enfundado en luz demasiado vívida, y los ojos que le miraban eran los ojos de un cíclope. Vio el rostro de Montrose flotando frente a él, como en sueños, oscilante. Notó el firme apretón de la mano de Harry. La suya estaba fría y sudorosa. Y de pronto sintió un horrible impulso de estallar en llanto.

—No puedo creerlo —repetía, desolado. Su diestra era sacudida por otras. Oyó voces. Cerró sus ojos y se sumió por unos instantes en la oscuridad.

XXVI

Mary Regina Armagh se hallaba en pie sobre una alfombra de hojas rojo sangre de robles y contemplaba la gran casa blanca frente a ella. Dijo:

—Pero, Joe, es muy grande, para solamente tres personas, y Sean irá a Harvard. Entonces, solamente dos vivirán allí.

—Habrás sirvientes, Regina —dijo Joseph con la voz especial que era únicamente para ella, amable, firme y paternal—. Ya conoces la casa de los Hennessey más allá, con las doncellas, el mayordomo, los mozos de establo, y es solamente para dos, ya que el senador rara vez habita en ella.

La muchacha alzó su brillante mirada hacia su hermano.

—¿Tienes recursos suficientes, Joe? Debe ser muy caro.

Conservó él su semblante serio.

—Puedo afrontarlo, cariño mío. No debes preocuparte de nada. No soy ningún despilfarrador.

Mirando el suelo alfombrado por el otoño, dijo Regina:

—Has trabajado muy duramente para nosotros, Joe. Te has sacrificado por nosotros y nos has dado cuanto has podido, aun cuando significaba privarte tú mismo. Me odiaría a mí misma si pensase que hiciste edificar esta casa para nosotros y supusiera preocupaciones y más trabajo para ti.

—Yo creo —dijo Sean— que Joe sabe lo que se hace. Siempre lo supo.

La cadencia de su voz, en su musicalidad estaba matizada por una tenue nota de malicia. Era tan alto como su hermano, próximo a cumplir los diecinueve, pero sinuoso y graciosamente ondulado en todos sus movimientos, y, para Joseph, desagradablemente poético en su aspecto. Se parecía a su padre, Daniel Armagh, con excesiva similitud en la apariencia, excepto que no tenía siquiera la aparente fuerza física de Daniel. Era pálido y de complexión lisa, con sus grandes ojos azul claro seductores y marrulleros (excepto cuando estaba con Joseph, entonces se volvían ambiguos y algo glaucos), unas facciones sumamente perfectas y aristocráticas, una hermosa boca sonriente de espléndidos dientes, y un aire de impecable crianza y elegancia. Su lustroso cabello dorado formaba flecos rizados sobre su frente, orejas y nuca elevándose también en copete ondulado y alto sobre su cabeza, al estilo que Joseph calificaba con disgusto de *byroniano*. Para Joseph, Sean no parecía en absoluto irlandés, sino puramente anglosajón y tenía que admitir para sí mismo que ésta era por lo menos parte del motivo por el cual sentíase frecuentemente severo hacia su hermano. Pero a fin de cuentas, ¿no estaban los irlandeses, una raza originalmente morena y céltica, hondamente mezclados también con sangre escandinava, en particular danesa y noruega? Joseph prefería el tipo irlandés cruzado con español, que eran excesivamente orgullosos, negros de ojos y cabello, fríamente combativos y melancólicos. Estaba también convencido que eran más inteligentes.

Sean no le parecía inteligente a su hermano. Era «atolondrado». Le gustaba reír, cantar y estar alegre, como le gustó a Daniel Armagh también, y era demasiado encantador, demasiado agradable, demasiado alegre, en opinión de Joseph. Si Sean tenía jamás un pensamiento sombrío no resultaba evidente. Amaba vivir, al igual que el señor Healey, pero no al estilo robusto y terrenal del señor Healey. El amor a la vida de Sean se revelaba en gozosas bromas, en frecuentes risas, en la poesía, música, artes, en tiernas miradas, en deleite ante el mismo espectáculo de la existencia. Todo esto Joseph lo encontraba más que reprehensible, trivial y afeminado.

También le gustaba a Sean vestir, como decía Joseph, «tan vistoso como un pavo real, a mis expensas». En resumen, Sean encontraba todas las graciosas amenidades de la vida, toda su luz, simetría y contornos, todos sus elementos urbanos y civilizadores, interminablemente fascinantes, deliciosos y dignos de adoración. Había conocido la austeridad de la pobreza en el orfanato pero aparentemente lo había considerado tan sólo un lóbrego interludio que nada tenía que ver en absoluto con la vida real, y algunas veces hasta pensaba que Joseph fue remiso en no rescatar antes a su familia de la fealdad de la pobreza. (Cómo podría habérselas arreglado Joseph, esto nunca lo tuvo en cuenta Sean. Bastaba que Joseph hubiera «prometido», y no fuera capaz de cumplir su promesa inmediatamente. Las realidades de la vida estaban muy alejadas de Sean Paul Armagh y lo estarían siempre). Pero era también muy sensible, «como una chica tonta», pensaba Joseph, además de pródigo y generoso.

Fue en Regina donde Joseph encontró un poco de alegría y deleite. Con apenas catorce años era una mujer en espíritu, aunque su cuerpo estuviera solamente en pubertad. Las experiencias de Sean fueron también las suyas, pero en ella se filtraron en su alma y en sus meditaciones, y nunca las olvidaría así como tampoco su ominoso y sombrío significado. Esto le concedía una encantadora gravedad, una dulzura y profundidad de temperamento dignas de una mujer sensata, una conmovedora amabilidad en palabras, mirada, y actos, un hábito de reflexión, un amor al estudio, un frecuente deseo por la soledad y contemplación, una formalidad y franqueza de opiniones que a menudo asombraban a sus mayores que súbitamente olvidaban que era sólo una adolescente y en consecuencia conversaban con ella como un adulto. Había vivido una existencia enclaustrada, pero su juicio parecía dilatado y experimentado, ya que leía como siempre había leído Joseph, y con meticulosa atención y entendimiento. Conocía más de la vida que Sean, pero la consternaba que los ojos de Joseph se posasen a veces en Sean con disgusto y hasta con aversión. Pero seguramente el querido Joe comprendía que Sean debía ser protegido y mimado. Seguramente el querido Joe sabía que Sean siempre sería un niño. La muchacha no tenía el menor recuerdo de su padre, pero a menudo pensaba que Daniel debió haber sido así, alegre, feliz, y creyendo eternamente en un mañana aún más brillante. Al pensar en esto Regina suspiraba. ¿Qué debía hacerse con hombres que nunca se hacían hombres en espíritu? ¿Despreciarles, odiarles? Nunca. Se debía solamente disfrutar del color y la vivacidad que aportaban a la vida, y nunca exigir nada de ellos

salvo música y belleza.

Como a una mariposa, pensaba Regina. Como a una flor. Como el canto de los pájaros. ¿Y esto no era también valioso? El mundo sería infinitamente más feo sin ellos, aunque el pobre Joseph les llamaba parásitos. Era un infortunio que no poseyeran sus propios medios de sustento, como las mariposas, flores y pájaros, sino que tuvieran que depender de otros más vigorosos para su existencia. Si aquellos otros vigorosos se rebelaban ante el parasitismo, estaban justificados, ya que tal como la Hermana Elizabeth aleccionó firmemente: «Todos los barriles deben sostenerse sobre sus propias sentaderas». Regina pensaba que seres como Sean no estaban hechos de madera insensible, sino de luz de luna, y ésta indudablemente no tenía «sentaderas». Podían solamente bailar en el aire, sus alas como arcoiris.

Regina sabía que la Hermana Elizabeth había escrito con frecuencia a Joseph sobre Sean, con alegatos plenos de tacto, aunque tuviera ella demasiado sentido común para proteger el parasitismo o a los que ella llamaba «pobres almas perpetuamente gimientes». Pero la Hermana Elizabeth conocía las realidades de la vida, y Sean era una de estas realidades y en consecuencia había que afrontarla. Por lo cual había escrito cartas a Joseph en suplicante defensa de Sean, no porque aprobase la actitud del jovencito, sino en verdad para hacer más fácil las vidas de los hermanos en su trato. Sean era Sean, y así había nacido, y ni siquiera las circunstancias más horrendas serían nunca capaces de convertir al poético joven en un severo hombre de negocios bregando con férreas verdades.

La Hermana Elizabeth le dijo en cierta ocasión a Regina:

—Quizá se case con una mujer rica que le adorará, sin esperar de él otra cosa más que amor, atenciones agradables, ternura y risas. Si Joseph fracasa en ser tolerante con él será trágico para ellos dos.

Porque la Hermana Elizabeth también sabía que Joseph había llegado a despreciar y odiar al padre que había acarreado privaciones y muerte a su familia.

En consecuencia, Regina se interponía lo más sutilmente que podía, entre los dos hermanos, el austero y decidido Joseph y la azorada mariposa que no podía comprender a su hermano, y por ello tenía que refugiarse defensivamente en una leve malicia, risitas, eludiéndolo. De los dos, Regina compadecía más a Joseph, un sentimiento que no hubiera gustado a los sentimentales pero que habría aprobado la Hermana Elizabeth. También se compadecía de Sean, tan fácilmente desconcertado cuando los otros no le acompañaban en sus deseos de reír o no apreciaban sus bromas, su hermosa voz cantante y su ardiente implicación con la belleza.

Los tres permanecían cerca de la amplia casa de ladrillo blanco y columnas que Joseph hizo construir cerca de la más amplia y ostentosa casa del senador Hennessey. Habían sido precisos casi dos años para la edificación, y se hallaba en una leve elevación de terreno de casi media hectárea de tierra bellamente arreglada, todos los grupos de árboles en afelpada hierba, con jardines, glorietas, invernaderos y plantíos. Un pequeño arroyo surcaba la propiedad y también estaba adornado con plantaciones

en sus riberas, con vellowitas, lirios, iris y jóvenes sauces.

La casa ya estaba lista para ser habitada. Mucho tiempo fue invertido en elegir y encargar el mobiliario, alfombras, cortinajes y cuadros. Joseph sabía que no tenía gusto para estas cosas, y por ello, a instancia de Regina, a la cual no podía negarle nada, permitió que requiriese la ayuda de la enfermiza Katherine Hennessey, que le tenía gran cariño. Durante aquellos meses, Katherine recobró vitalidad con aquella nueva tarea, y solamente le preguntó a Joseph cuánto deseaba gastar. Cuando él dijo: «Lo que sea, con tal de que resulte apropiado y de lo mejor en su clase», ella sintióse deleitada y revigorizada. Su gusto era maravilloso, y sin embargo no exclusivamente femenino, excepto en lo que se refería a los aposentos de Regina. No había una sola perspectiva que no cautivase invitante, y esto era evidente hasta a los ojos de Joseph. Le encantaba caminar por toda su casa cuando estaban decorándola y amueblándola, y nunca se inmiscuyó, pero sus propias habitaciones eran austeras, casi desnudas, conteniendo sólo lo esencial aunque fuera suntuoso y selecto. «Celdas de monje», le hizo notar Sean a Regina. Había él elegido todo lo de sus habitaciones, y resultaban preciosas y superaban en gusto hasta al de Katherine Hennessey que le admiraba y, mirando a su hija, pensaba en él como marido de Bernadette. Era tan encantador, tan amable. Y Katherine suspiraba recordando a un marido que no era ni una ni otra cosa, pero al que sólo podía amar irremediabilmente.

Consideraba a Joseph el más bondadoso, viril y admirable de los hombres, ya que con ella era todo atenciones y tenía un modo de mirarla que la hacía sentir una tenue y tibia agitación de felicidad. Ella no sabía que era debido a que aquel joven irónico y de faz sombría, la amaba, y que cada palabra de ella; sus gestos, el modo en que caminaba, la tierna dulzura de su risa, su mirada y su sonrisa, incrementaban su terrible y melancólica adoración, y su todavía más terrible desesperanza. Había él comprado el terreno para su casa por la única razón de que estaba cerca de la de ella, y que por lo menos la podría ver ocasionalmente aunque fuera a distancia. Sabía que si Katherine llegase a adivinar lo que él pensaba de ella, nunca volvería a verle, y por ello se comportaba cautelosamente. No le resultaba difícil. Tendría que seguir siendo cauteloso toda su vida.

Y aquel día, mientras estaba con su hermano y hermana contemplando muy satisfecho su nueva casa radiantemente blanca, dijo:

—En efecto, es como dice Sean. Sé lo que estoy haciendo, y siempre lo supe.

El otoño hacía vibrar y cantar los árboles en el brillante y vivaz viento, y la verde hierba jugosamente verde estaba tapizada con hojas caídas salpicando en motas escarlatas, oro, pardo y ámbar. El tejado de pizarra de la compacta casa estilo georgiano relucía al chispeante sol. Las columnas eran níveas y robustas. Los senderos eran de gravilla roja. Los establos en el gran palio posterior aguardaban ser ocupados por caballos y carruajes. Destellaban las pulidas ventanas y había en ellas franjas grises, azules, rosas, áureas y plateadas, y los bronce de las puertas eran dorados por su calidad de nuevos. Solamente quedaba por adquirir caballos y

carruajes, y Katherine Hennessey se ocupaba de contratar la servidumbre, ama de llaves, doncellas, mayordomo, cocinera, caballerizos y jardineros. Dentro de una semana Joseph y su familia podrían trasladarse a su residencia. Dos años antes había alojado a Regina y a Sean en su hotel en Titusville. La casa del señor Healey estaba en venta. Joseph pasaría por lo menos dos días a la semana en Titusville atendiendo sus negocios, pero se alojaría en el nuevo Hotel Americano, del cual era propietario.

—Adoro nuestra casa —dijo Regina que revestía el chaquetón, sombrero y manguito de piel de foca que le compró Joseph. Su vestido de seda en drapeados se abullonaba en el agudo y cortante viento—. Seré feliz al vivir en ella contigo, Joe, querido.

Le miró alzando sus hondos ojos de un azul purpurino, y él pensó que tanta belleza era casi increíble y quizá algo que debía temerse. Sus largos bucles lustrosamente negros se desparramaban a su espalda mucho más abajo de su cintura. Su frente era como porcelana blanquísima nunca alterada por un frunce. Sus facciones eran pálidas pero translúcidas como si la luz y la sangre no pasasen a través de ellas. Su boca expresaba solamente seriedad, contemplación y amables pensamientos. «Cariño mío», pensó Joseph como siempre. «Mi cariño más querido».

—Espero que me dejarás tener el jardín que me prometiste —dijo Sean—. No una de estas ordenadas y retocadas monstruosidades. Algo libre y selvático.

—Exactamente al fondo, donde están las colmenas y espero que te agujoneen sin reparos —dijo Joseph, y colocó su mano en el hombro de Sean que se enderezó sin sacudirse la mano del que temía—. Puedes plantar todas las flores que quieras. Habrá una hermosa cerca para ocultarlas.

—Por favor, Joe —dijo Regina, y cogió la mano de su hermano, apretándola y él sintióse debilitado y avergonzado.

Pensó que tal vez era un poco duro con Sean, que le irritaba hasta el punto del estallido en ocasiones. Comenzaba a comprender que Sean le temía, lo cual le ofendía y dejaba perplejo, y que en lugar de intimar más con él. Sean se iba retrayendo en sonriente silencio y nerviosismo. ¿Para quién había vivido, sino para ellos dos, el hermano y hermana que habían amado y protegido con una ferocidad que hasta él mismo pensó a veces que era demasiado intensa? Les dedicó su vida, y toda su fuerza y su poder, llegando a pasar hambre en su juventud, para que ellos pudieran alimentarse. Aquella casa había sido construida para ellos, para proveerles de un refugio suntuoso y placentero. Llegó a robar por ellos. Quizá, en cierta manera, hasta mató por ellos. No había concedido valor a su propia vida. Su vida, pensaba desde que tuvo trece años, pertenecía a Regina y a Sean, y no a él mismo. Solamente por ellos la consideró digna de conservarla.

Tuvo que luchar contra el mundo para dárselo a ellos, domado, lleno de obsequios, alegrías y seguridad. Para él mismo, la vida no tuvo contenido. La soportó de modo que ellos pudieran tener ocios, esperanza, educación y libertad del terror que obsesionó toda su existencia juvenil. Y sin embargo, estaba siempre captando

aquellos días los anchos ojos azules de Sean fijos en él con una peculiar y hasta hostil expresión, que se trocaba inmediatamente en sonrisa. Entonces Sean decía algo bromeando o abandonaba la estancia. Joseph se quedaba con una sensación de furiosa desazón y perplejidad. Algunas veces pensaba: «Un hombre da su vida por su familia y no se detiene ante nada, y la familia no está agradecida. Con frecuencia, desprecia. Di a mi familia no sólo mi vida, sino todo el amor y devoción de que soy capaz. ¿Lo comprenden ellos? ¿O bien creen que tienen derecho a todo esto, por lo cual yo trabajé y renuncié a mi propia juventud?».

Tan sólo cuando Regina acudía a él, silenciosamente, tocando su mano, besando su mejilla, sus ojos plenos de una misteriosa luz, sentíase entonces consolado, tranquilizado. Tenía la extrañísima sensación de que ella comprendía todo lo que pensaba en sus momentos de aflicción. Hasta, pese a su edad, trepaba ella sobre su rodilla como hizo cuando era una niña y le colocaba los brazos en torno al cuello besándole suavemente, y le abrazaba como una madre enlaza a un hijo, protegiéndole del dolor, recordándole que ella estaba allí y no le abandonaría.

Una vez le preguntó a ella con su fría brusquedad:

—¿Qué es lo que pasa con Sean?

Ella había pensado unos instantes, para después decir:

—Teme que tú pienses que es algo bobo, o cosa parecida, aunque nunca me lo haya dicho. Es tan sólo algo que he sentido, Joe. Te está verdaderamente agradecido; sabe cuánto has hecho por nosotros. Pero tú, en cierto modo, no dejas que él te lo diga. No es fuerte y tú eres fuerte, Joe. Tienes una forma de hablar muy áspera. Sean ya es ahora un hombre y no un muchachito. No eres su padre. Trátale como a un hermano respetado y no como a uno que piensas no tiene juicio alguno.

—Pero, es que no tiene juicio —dijo Joseph, y después sonrió.

—Tiene su propio juicio —dijo Regina, y fue una de las pocas veces que Joseph sintióse impaciente con ella. Un hombre era un hombre, o no era un hombre. Daniel Armagh no había sido un hombre.

Tenían que regresar a Titusville. Muy pronto se trasladarían a la casa de Willoughby Road. Sean y Regina no volverían a ver Titusville, con su tumultuosa venalidad, ruido, vigilantes, confusión y su depravado ambiente. Por alguna razón que Joseph nunca lograría comprender, Sean encontró excitante todo aquello, pese a sus aires delicados y su elegancia. Se había aficionado a Montrose, y Montrose pareció tenerle afecto, otra cosa que perturbaba y mortificaba a Joseph. (Hacía ya un año que Montrose había regresado a Virginia). Sean, en Titusville, se encontraba animoso, interesado y radiante. Hasta salía a visitar los campamentos petroleros. Caminaba por las pobladas y ruidosas calles con aire encantado. Se había aficionado a Harry Zeff y su joven esposa Liza con feliz devoción. (Harry era ahora para Joseph, lo que Montrose fue para Healey). A Harry parecía gustarle él y disfrutar de su compañía. Escuchaba absorto cuando Sean cantaba baladas irlandesas, y aplaudía con entusiasmo.

—¿Por qué no le enseñas a ser un hombre en el duro negocio de la vida, Harry?
—le preguntó Joseph una vez.

—Hay muchas maneras de ser un hombre, Joe —dijo Harry.

—Es un atolondrado y un marica.

Harry y Liza se habían construido una casa para ellos en Titusville que decorosamente siguió la moda de las antiguas residencias. Habían instado a Joseph para que se quedase con ellos cuando estaba en Titusville, pero él prefería la soledad de su hotel. Además, los distantes gritos de los dos hijos gemelos de Harry, fastidiaban a Joseph. Liza tenía el engañoso concepto común en las mujeres humildes: creía que todo el mundo estaba interesado en su prole y venía a interrumpir a Harry y a Joseph cuando estaban en su casa, transportando triunfalmente los berreantes chiquillos al «estudio» de Harry. Hasta Harry, el eterno bienhumorado, tenía que ordenarle que se fuera, lo cual la hacía llorar. Joseph estimaba a Liza y recordaba las brutalidades que ella soportó en casa del señor Healey. Pero ahora era ella relativamente rica y tenía nodrizas, y la intrusión era imperdonable.

—¿Por qué no te casas? —reiteraba Harry Zeff a su amigo.

La sola idea le repugnaba a Joseph. Su vieja costumbre de pensar primero en su hermana y hermano se interponía. Y decía:

—Todavía no he visto a una mujer con la que quisiera casarme —y pensaba en Katherine Hennessey.

Acechándole, comentó Harry:

—Ahora eres un multimillonario, Joe. ¿Quién va a disponer algún día de tu fortuna? ¿Tu hermana? Probablemente se casará. ¿Tu hermano...? —y Harry hizo una pausa, observándole con mayor agudeza.

Sean.

Sean iría a Harvard. Entonces, ¿qué haría? ¿Harvard le convertiría en un hombre responsable, serio, decidido a triunfar? ¿Le cambiaría su carácter, haciéndole resuelto y fuerte? Joseph meditó quedando consternado. Sabía que los hombres nunca cambian su naturaleza.

Los tres Armagh ocuparon su nueva casa que contaba ahora con el personal completo de sirvientes, y fueron acompañados por la institutriz de Regina, una joven rígidamente educada en convento, y el preceptor de Sean. (Seleccionado entre los candidatos en Boston, era un joven llamado Timothy Dineen, que le agradó a Joseph por su aspecto serio, su madurez, y su firme comprensión de lo que era importante en la vida, tal como el valor, la inteligencia, la fortaleza, la instrucción y la hombría. Joseph tenía la esperanza de que Timothy impartiría algunos de sus principios a Sean, aunque hasta entonces los resultados no eran para producir entusiasmo).

La Hermana Elizabeth había elegido la institutriz de Regina, la señorita Kathleen Faulk, cuya madre era conocida de la anciana monja. Desde un principio especificó

Joseph a la joven y a Timothy.

—No quiero beaterías en esta casa. Guarden en sus aposentos su agua bendita, sus medallas, sus crucifijos, su literatura piadosa y sus cuadros santos, y no los entremetan en ningún otro lugar.

Timothy, que era intrépido y varios años más joven que Joseph, dijo:

—Señor Armagh, ¿puedo entonces preguntar por qué eligió usted a católicos para su hermana y su hermano?

A pesar suyo Joseph mostró su fría sonrisa:

—No quiero que estén fuera de su elemento... todavía. Podría confundirles. En cuanto a la señorita Regina es muy religiosa y yo nunca me inmiscuyo en la religión de cada cual. La haría desgraciada privarla de lo que siempre ha conocido. En cuanto a Sean... Bien, hay fuerza muscular en su religión, señor Dineen, aunque también haya sentimentalismos y estatuas de colorido enfermizo. En su religión hay paciencia, arrojo, respecto por la autoridad y la educación, hombría, entendimiento de la vida, fuerza. He conocido a muchos curas ancianos... Tenían lo que llamamos fortaleza, y se enfrentaban a un Sassenagh con pistola sin otra cosa en sus propias manos que sus breviarios y lo increpaban a gritos con tal de salvar a un niño o a una mujer indefensa.

Hizo una pausa, recordando, y la sombría tristeza céltica se cinceló aún más en sus facciones y el hombre más joven sintió una turbada compasión. Por fin, agregó Joseph:

—En consecuencia, trate de transmitirte algo de esa energía de su alumno, señor Dineen, y hacerle un poco digno de los hombres valientes que murieron por él.

«Tratar de hacerle como tú, pobre diablo», pensó el joven Timothy, que había tenido la buena suerte de nacer irlandés pero en «cuna de encajes», y cuyo abuelo había venido a Norteamérica mucho antes del hambre y con un sólido espíritu comercial y emprendedor.

La señorita Kathleen Faulk era una joven rubia y pálida, muy delgada pero resistente, con una gran nariz, claros ojos y aspecto competente. Era muy alta, mucho más alta que Timothy Dineen, que era ágil, cuadrado, sólido y compacto, con evidente musculatura, vitalidad y salud, y ojos profundos muy negros y una densa melena negra. Parecía más bien un pugilista que un maestro, y fue enseñado por jesuitas y le quedaban escasas ilusiones, como gustaba de puntualizar. Sobre la chata nariz llevaba lentes y su boca era recia, rosa y algo rígida. La señorita Faulk, que deseaba afanosamente casarse, había tomado inmediatamente en cuenta a Timothy, aun cuando su cabeza le llegase a ella apenas a la altura de sus fosas nasales, pero él continuaba sin demostrar ningún interés.

Ahora había caballos encerrados en los establos, y carruajes de la mejor calidad, y ya estaban retoñando las plantas exóticas en los invernaderos en aquel frío día de noviembre, y cálidos fuegos ardían en los hogares de mármol blanco, azul, rosa, marrón y purpúreo por toda la gran casa iluminada. Joseph había ordenado que los

apoyados de la servidumbre bajo los aleros fueran tan confortables y agradables como resultase posible, dándoles excelentes pagas y era cortés con ellos, y ellos en su satisfacción hacían cuanto podían para complacer al sombrío amo a su regreso de sus negocios en Titusville, Pittsburgh, Filadelfia, Boston, Nueva York y otras ciudades.

Cuando llevaban instalados un mes en su nueva casa y caían las primeras nieves le dijo Sean a su hermana:

—¡Vamos a celebrar una fiesta!

—Debemos pedirselo a Joe —dijo Regina.

—¿Joe? Ya sabes lo que contestaría, Ginny. No.

—Sabe que no podemos vivir siempre a solas —dijo la muchacha—. Me dijo que buscásemos amistades. Conozco a muchas chicas en el convento. Estarían muy contentas si las invitásemos, con unas cuantas hermanas.

—¡Aquella fea turba de zarrapastrosas! —protestó Sean con espanto—. Joe no las dejaría ni asomarse, y lo mismo yo. Nunca quiero volver a pensar en aquel orfanato. Ginny, tú sabes cómo detesto su fealdad, pobreza y olores. Nunca pude soportarlas. Su sola presencia aquí me deprimiría más allá de lo que pueda describirte.

Regina estaba horrorizada. Sabía que Sean huía a la vista del sufrimiento ajeno, y de todo lo morboso, miserable y sucio, pero ella había soportado las mismas carencias y las mismas escenas desagradables, y ahora pensaba en el orfanato con tristeza compasiva y con la esperanza que pudiera ser capaz de persuadir a Joseph para que hiciese la vida allí más luminosa y más soportable.

Con verdadera consternación dijo Sean:

—Ellas me recordarían todos aquellos terribles años que consumimos allí, sin culpa alguna por nuestra parte. Y esperábamos, esperábamos todo aquel tiempo a que Joseph cumpliera su promesa. Ya estaba yo a punto de renunciar a toda esperanza... Pudo haberlo hecho antes —y echó hacia atrás su dorada cabellera en gesto resentido evocador de pasada miseria—. Debió perder mucho tiempo. Pudo haberlo hecho antes.

—¡No pudo hacerlo antes! —dijo Regina—. ¿Cómo puedes ser tan cruel, Sean? La Hermana Elizabeth me ha contado todo lo que padeció Joe y cómo trabajó para nosotros... —no pudo continuar por temor a prorrumpir en llanto. Fue una de las raras veces en su plácida vida en que sintió el filo agudo de una cólera e indignación indomables.

—Muy bien —dijo Sean—. Yo estoy agradecido, y lo sabes, Ginny, y no me gusta el modo peculiar en que me estás mirando ahora. Se trata simplemente de que no puedo siquiera soportar pensar solamente en aquella gente. ¡El orfanato! Nuestra reunión ha de componerse de ejemplares mejores.

—¿Más ricos, más afortunados, quizá? —dijo Regina y su voz juvenil contuvo su primera amargura, su primer desdén, y Sean la miró inquieto preguntándose qué le habría sucedido a su benévola y comprensiva hermana.

Regina pensaba: «Yo creía que Sean era de corazón tierno y bondadoso, y quizá

lo tenga aunque ahora ya no lo sé. Tal vez sea uno de éstos que no pueden soportar la visión de la fealdad, el dolor y la desesperación, no por crueldad o dureza sino por temor a todo esto y porque hieren su vista».

—Muy bien, Ginny, de acuerdo —dijo Sean—. Lamento haber herido tus sentimientos. Pero no puedo evitar lo que siento, querida. No quiero nunca ni pensar siquiera en aquel orfanato, donde estábamos enjaulados como bestias —y su melodiosa voz se elevó apasionadamente—. ¿Es que no lo puedes comprender, Ginny? No me importa que nuestros nuevos amigos sean más ricos o más afortunados, como dijiste. Yo solamente quiero conocer gente que sea distinta a la que hemos conocido. ¿Acaso es esto tan despiadado, tan incomprensible?

Regina inclinó su cabeza y una larga cortina de su negro cabello cayó sobre su rostro ocultándolo a medias. Dijo:

—Le pediré permiso a Joe.

Levantándose abandonó el suntuoso comedor particular para desayunos, donde ella y Sean habían estado comiendo, y Sean la vio salir, herido y algo perplejo, y con la sensación de que su hermana le había traicionado. Siempre había pensado en Regina como en una joven princesa, alta, estatuaria y serena, siempre con una presión de simpatía, siempre mirando a su hermano con radiante efecto. «Ahora», pensó, «siempre es Joe, Joe, Joe, como si fuera un miembro de la Trinidad, en vez de un áspero bruto de hombre sin la menor amenidad y con la faz de un peñasco que ha estado mirando al cielo incansablemente durante siglos. Siempre me asustó tremendamente, aun cuando estaba del mejor de los humores. No tiene sentimientos finos ni sutilezas, ni ojos salvo para dinero, dinero, dinero».

Distraídamente manipuló Sean las monedas de oro en su propio bolsillo y olvidó quién se las había dado. Suspirando pasó a uno de los salones, llamado el cuarto de música, y sentándose ante el piano tocó para consolarse a sí mismo y aliviar la melancolía de su propio desaliento. Pronto las deliciosas notas de Debussy chispearon en el aire y cantaron como fuentes bajo el sol.

Finalmente, sintiéndose mucho más alegre, los dedos de Sean revolotearon jubilosamente por el teclado y echando atrás la cabeza cantó jovialmente apenas consciente de las palabras más abstraído por la música:

*¡Están ahorcando hombres y mujeres
por llevar como estandarte la ropa verde!*

Oyó una tos y alzó la mirada, sonriente, para ver a Timothy en pie a su lado. Sus manos se apartaron de las teclas.

—Bonita canción, ¿verdad? —comentó Timothy.

Sean comenzó a reír con su fácil risa pero algo en el semblante de Timothy le sobresaltó, y de nuevo quedó desconcertado. Todo el mundo estaba muy extraño aquella mañana.

—Tuve dos tíos míos que fueron ahorcados, y una tía joven aún —dijo Timothy — precisamente por «esta ropa verde como estandarte», allá en Irlanda. La verde Erín con su catolicismo empedernido, y la ropa verde como emblema. Sea lo que fuere, no encuentro esta canción divertida.

—¡Por Dios santo! —exclamó Sean—. ¡Yo estaba simplemente cantando sin segunda intención alguna! ¿Es que un hombre no puede atreverse a cantar en esta casa?

Pero Timothy estaba mirando fijamente los copos de nieve cayendo nuevamente a través de las ventanas con cortinajes de terciopelo. Dijo:

—No creo que a su hermano le gustase tampoco oír esta canción cantada tan alegremente. Bien, venga conmigo. Ya está usted con media hora de retraso para sus estudios.

Sus negros ojos contemplaban a Sean sin la menor amabilidad, y dando media vuelta salió.

XXVII

Katherine Hennessey caminaba lentamente y con considerable flojedad a través del vasto vestíbulo reluciente de blancura de su casa. De las ventanas amplias y arqueadas manaba la diáfana luz de la temprana mañana, y más suavizada bajaba por las enormes escaleras de mármol que conducían a los pisos superiores. El aire era cálido y sedoso porque mediaba mayo y el aroma de los jardines floreciendo penetraba en la gran sala.

Una profunda y trémula esperanza se albergaba recientemente en Katherine Hennessey, ya que su marido se presentaba para Gobernador del Estado en noviembre, y estaría en casa con mayor frecuencia, quizá cada fin de semana y cada fiesta, y varias semanas consecutivas al año. Había odiado ella Washington, su barro, su abundancia de gente, sus voraces políticos y sus húmedas calles feas para ella pese a toda su anchura, y los grandes edificios gubernamentales ostentosamente adornados, y la pestilencia de los arrabales negros, y sus cloacas. El clima la había enfermado. El río Potomac, para ella, era una masa líquida plomiza, sucia y nociva a menudo cubierta de nieblas, y ahora para ella la ciudad era una tumba para el todavía llorado Lincoln.

Estaba ella plenamente convencida de que Washington había puesto su propia marca desagradable en su marido, el pobre Tom, y lo había agobiado hondamente separándole de su familia a causa de sus interminables deberes. Hasta en verano, aquel verano tan horrible e imposible de Washington, tenía él que permanecer allá, luchando por el bienestar del Estado de Pensilvania y de la nación entera, soportando el bochornoso calor, los fétidos olores, las lluvias y tormentas casi tropicales, y el barro predominante. Ahora vendría al hogar. Cuando estuviera en Filadelfia, ya que no dudaba que el pueblo agradecido le votaría, estaría cerca. Quizás pudieran tener una casita donde ella estaría con él. Ya no era él ningún joven. Avanzaba en la década de sus cincuenta años. Y aquí su pesarosa mente derivaba en oscuras confusiones. En Washington habían habido tantas tentaciones por parte de aventureras sin escrúpulos, todas ellas cerniéndose sobre políticos tan lejos del hogar, tan solitarios, tan nostálgicos del hogar... No siempre una debía culpar a los caballeros... Una tenía que amar, comprender y perdonar. Una debía siempre consolarse con la idea de que era la esposa, la elegida, y debía reflexionar lo menos posible sin dar importancia a la pena cuando la acometía y a la vergüenza y humillación y no imaginarse ella misma un verdadero objeto de desprecio, desdeñada y rechazada. Una debía ocultar las lágrimas. Con frecuencia, cuando su pena era excesiva, ella había reconvenido amablemente a su marido, y había llorado, olvidando que los caballeros detestan las lágrimas y huyen de ellas, y que merecen más consideración por parte de sus esposas.

Desde que el senador Hennessey anunció que era el candidato de su partido para el cargo de gobernador, en otoño, exponiendo con tonos pastosos y trémulas

inflexiones que deseaba disponer de más tiempo para estar con su amada familia, Katherine habíase convencido a sí misma con el engaño de que todo lo que siempre sospechó, todo cuanto había sabido, fueron fantasías imaginativas de su propio corazón, terco y duro, alucinaciones abominables de su propia alma sórdida. ¿Por qué razón el querido Tom iba a renunciar a sus tareas en Washington como prominente y popular senador, si no fuera por el deseo de regresar con más frecuencia al seno de la familia? Ella había estado equivocada, equivocada, equivocada, perversa y llena de pensamientos malignos, y consumía horas, de rodillas en su hogar y en la iglesia, rezando para obtener el perdón y haciendo penitencia. Únicamente esperaba, con humildad, que Tom la perdonaría si no pronto entonces antes de que ella muriese. Había suplicado a su confesor que le infligiera más penitencias, y él la había mirado con compasión, y en forma muy extraña. Con frecuencia la alzó cuando ella se arrojaba a sus pies, y la sostuvo por las temblorosas manos enguantadas mientras en su mente alentaban pensamientos que no eran sacerdotales sino muy semejante a la cólera de un hombre de claro entendimiento mundano. ¿Qué podía decirle un cura a una mujer inocente que confesaba pecados de los que no era culpable? ¿Cómo consolarla, reanimarla? Por fin había dicho, sabiendo que era la verdad pero en cierto modo un sofisma en la presente ocasión, que todos eran culpables ante Dios de monstruosos pecados, que nadie tenía ningún mérito propio sino solamente los concedidos por el misericordioso Padre, y que la paz residía en el bálsamo del perdón y la confesión. Algunas veces juzgaba a Katherine excesivamente escrupulosa, reprochándoselo en una ocasión, pero la insistencia de ella en sus pecados le silenció. Sin embargo se había pasmado ante el entontecimiento de la devoción de una mujer por un hombre tan indigno de cualquier devoción, tan espléndidamente y triunfalmente inicuo y exigente. Pero el amor, recordaba el cura por las confesiones oídas, era mayor que la fe y la esperanza, y lo perdonaba todo, lo soportaba todo, lo excusaba todo, y finalmente se culpaba a sí mismo por la malignidad ajena. Si las mujeres, pensaba el cura, amasen tan apasionadamente a Dios como amaban a sus seductores entonces en verdad alguna porción de gracia acudiría a este terrible mundo, ya que el amor de las mujeres era muchísimo más grande que el amor de los hombres.

Esta noche, pensaba Katherine Hennessey mientras atravesaba lentamente y con leve jadeo dificultoso la gran sala de recepción, el muy querido Tom estaría en casa para la celebración del decimoséptimo cumpleaños de su amada hija. Sonrió cariñosamente al colocar su delgada y blanca mano sobre el picaporte de la puerta. Ella misma fue esposa y madre justo antes de su decimoséptimo aniversario, pero las jóvenes de la época actual eran más independientes y más descaradas y tenían espíritus más vigorosos. ¡Querida Bernadette! Era voluntariosa y no siempre respetuosa con sus mayores, pero tenían tanto brío, tanta vivacidad, tal destello de brillante reto en sus ojos, que se le perdonaba al instante. No era de extrañar que Tom amase tanto a su hija. A su edad debió haber sido un duplicado masculino de ella, y

Katherine deliberaba, con amor, acerca de Tom que de joven no conoció pero adivinaba adoraba a Bernadette. Al abrir con jadeante esfuerzo la puerta, sintióse sorprendida ante su debilidad. «Soy ya una mujer vieja», pensó. «Voy a cumplir los treinta y cuatro. Ya se fue la juventud. Comienzo a sentir los achaques de la edad. Debo cuidar de mi salud, por el bien de mis seres amados».

Iba a pasear por los prados y entre los jardines como le había recomendado su médico. Ni ella ni su médico sospecharon ni una sola vez que su sofocado conocimiento de la vergüenza, brutalidad, traición, repulsa, desprecio y humillaciones que había soportado desde su boda, y la interminable vejamen, habían destruido su salud y resistencia.

Fue por fin capaz de abrir la pesada puerta lo suficiente para poder salir. No sabía que la joven Bernadette, deteniéndose en la mitad de las escaleras, mientras ella iba débilmente caminando hacia la puerta, observaba a su madre con una mezcla de desdén, cinismo, intriga y despreciativa compasión. Mamá era tan tonta, una mujer tan anticuada y envejecida, y realmente tan imbécil... No sabía nada de nada acerca de papá, a quien Bernadette amaba muchísimo. Tenía en cambio escaso afecto por su madre, que era tan débil, tan blanda y estúpida, tan pasivamente crédula, tan servicial, gentil y sin vigor; tan ansiosa de acudir, a cualquier hora del día o de la noche, para aliviar el desconsuelo, el dolor o el hambre de alguien, aunque la persona le fuera desconocida. Gastaba tanto dinero en aquel miserable orfanato, y otras obras de caridad, un dinero que despilfarraba así de lo que eventualmente sería la herencia de su hija. En este punto Bernadette sentíase frecuentemente agraviada a la par que indignada, al igual que su padre, que estaba de acuerdo con ella.

Bernadette fue a una de las ventanas junto a la puerta y observó la frágil figura lastimosamente delgada de su madre desplazándose con lenta dificultad por el jardín. La muchacha meneó la cabeza con divertida exasperación. Se le antojaba ver a un ridículo esqueleto. La masa de cobrizas ondas naturales y bucles de Katherine había sido recogida en alto moño sobre su delicada cabeza, y de nuevo Bernadette experimentó resentimiento porque su propio cabello era lacio, castaño y áspero, y cada noche debía ser separado en guedejas para conseguir la larga caída en blandos cañutos colgantes a su rolliza espalda.

Porque Bernadette era rolliza aunque «agradablemente, y no un saco de huesos», como su padre la tranquilizaba con frecuencia, con una mirada a Katherine que era alta y tan angulosamente delgada y frágil. Indudablemente, Bernadette poseía una figura lozana y redondeada a sus diecisiete años; unos pechos llenos y rotundamente salientes; anchas caderas, y lustrosos brazos y piernas con hoyuelos. Su piel, a diferencia de la de Katherine, era tenuemente dorada, otro motivo de exasperación porque sugería una vulgar exposición al sol, y Bernadette nunca tomaba el sol sin la debida protección. Sus redondos ojos color avellana, siempre chispeantes, con cortas pestañas pardas, eran otra vejación más, ya que su madre poseía —admitía la propia Bernadette— los más hermosos y cambiantes ojos que ella jamás viera, y los de su

padre eran claros e interesantes. La cara de Bernadette era redonda «como un buñuelo» —dijo una vez una institutriz irrespetuosa— y un poco plana de perfil; un mentón demasiado agresivo para una mujer; una nariz pequeña y respingona; labios demasiado anchos y rojos, y dientes demasiado grandes y blancos.

La muchacha, vestida con una túnica mañanera de lino amarillo salpicado de rositas, elegantemente drapeada con cuidada sencillez, le daba un aire primaveral, de vitalidad y exuberancia, mientras espiaba el avance de su madre por el patio florido. Ahora aquella tonta estaba hablándole a un mozo de establo, con aquella profunda gravedad y la bondadosa sonrisa que siempre ostentaba hablando con cualquiera. ¿Es que no podía ella darse cuenta de lo absurda que era, mirando a la gente como una santa iluminada? No era de extrañar que papá se hubiera «asociado» con mujeres más alegres y vistosas. Después de todo, un hombre soporta hasta cierto límite a una necia y entonces debe consolarse en otros lugares. No le consternó a Bernadette oír las revelaciones entre risitas nerviosas de sus compañeras de colegio en Filadelfia referentes a su padre. Secretamente, estaba orgullosa de la virilidad y manifiesta hombría de su padre. Por lo menos era un hombre, y no una caricatura de mujer como era su madre. Bernadette no se dejó engañar por la declaración de su padre de que aspiraba a ser gobernador para estar «con más frecuencia con su amada familia». Ella sabía muy bien, por insinuaciones leídas en la prensa, que papá había acabado casi políticamente en Washington y que la Asamblea no estaba ya dispuesta a designarle de nuevo. Papá abusó demasiado en todos los aspectos en Washington, aunque Bernadette nunca le condenó por ello. Le encontraba delicioso, y justificado en todo.

Tenía ella las mismas exigencias que su padre; su manera expeditiva de manejar las cosas en su beneficio, su misma carencia de delicadeza y conciencia, su misma despreocupación por los demás; su misma ausencia de ilusiones, y su mismo cinismo. También tenía su encanto, del cual hacía uso deliberadamente, y acostumbraba a reír insolentemente o emitir impertinentes ingeniosidades, y tenía una salud tan perfecta que tan sólo esta vitalidad atraía a las personas hacia ella, perdonándole sus salidas, su descaro, sus modales arrogantes. Las Hermanas en su colegio deploraban frecuentemente la «irreverencia de la querida Bernadette», pero la querían al igual que todo un Estado había querido a su padre.

Bernadette, siempre espiando a su madre, se impacientó. ¿Y ahora qué estaba haciendo mamá, Dios santo? Katherine, junto a la que acababa de acudir un ayudante de jardinero, estaba inclinada inspeccionando atentamente las rosas tempranas en un plantío, y por sus leves gestos y su expresión, demostraba contento. «Su cintura es como un bastón», pensó Bernadette. «No tiene seno ni caderas». La leve brisa cálida estaba alzando alguno de los rizos y ondulaciones en la cabeza de Katherine, y Bernadette pensó envidiosa que ella misma trataba de evitar las brisas que podían desrizar aquellos cuidadosos bucles y hacerlos lacios. Mamá nunca llevaba redecillas. Mañana, ella, Bernadette, a sus diecisiete años, insistiría en llevar cintas y redecilla con lo cual controlaría su cabello y la haría aparentar más mujer. ¡Y que se viera

condenada si iba a volver jamás al colegio! Ya estaba harta. Pensó en ella misma con un estremecimiento de placer actuando de anfitriona de su padre en Filadelfia, a las cenas, veladas y bailes. Más tarde, tendría marido. Ya tenía edad sobrada para casarse. Ya había elegido al hombre, y repentinamente su fuerte cuerpo juvenil sintió temblores y calor.

El hombre que ella deseaba y amaba desesperadamente era Joseph Francis Xavier Armagh; el hermano de una muchacha a la que ella toleró, cultivando su amistad sólo por una razón. Mary Regina era casi tan tonta como mamá, y Bernadette envidiaba la belleza de la otra muchacha. Regina no iba a ningún colegio femenino. Su hermano la retenía en casa con una institutriz para enseñarle modales y artes femeninas, y Timothy Dineen para instruirla. Hacía tiempo que Bernadette adivinó el hondo cariño que Joseph sentía por su hermana, y por ello Bernadette asediaba incansablemente a aquella hermana, con dulzura, a veces hasta con halagos, y siempre con afecto y devoción expresados en voz alta. Regina, que no sentía atracción por fiestas bulliciosas, aceptaba siempre las invitaciones de Bernadette, y había hecho amistades propias en Green Hills, muchachas tan tranquilas, tan inteligentes y contemplativas como ella misma.

No era solamente la riqueza de Joseph lo que había atraído prontamente a la núbil Bernadette, sino su propia apariencia; su aire aplomado, su poder y distinción, su frío dominio y su aspecto de crueldad. Sean era como un frágil junco comparado con un roble, y Bernadette despreciaba a Sean, que estaba ahora en Harvard y no precisamente sobresaliendo.

(Bernadette conocía casi al detalle la gran cantidad de dinero que le costó a Joseph conseguir que Sean fuera admitido en Harvard. Su padre se había burlado a propósito de aquello. «Nunca aceptaban a irlandeses, a menos... —y habíase frotado las yemas del pulgar e índice—, y especialmente rechazan a los irlandeses nacidos en Irlanda». Para Bernadette, segunda generación de norteamericanos-irlandeses, los nativos irlandeses eran palurdos, rudos y groseros, salvo Joseph Armagh).

Bernadette insinuó un año antes su atracción hacia Joseph, y su padre había reído.

—Podrías haber elegido mucho peor, niña. Tiene muchísimo más dinero que yo, y es director y toda una potencia en numerosas compañías, es listísimo y llegara muy lejos, ya que está hondamente involucrado en la política... Debo confesar que yo mismo confío en su apoyo en su periódico el «Mensajero de Filadelfia», que tiene mucha influencia. Nunca se presentará él personalmente para ningún cargo público, ya que no cabe olvidar sus..., esto..., sus... —y Tom hizo una pausa. No podían mencionarse ante una hija los burdeles. Prosiguió—: Sus relaciones. Algunas de ellas no son del todo decorosas. Bueno, hija, ya veremos, más tarde.

Ya había llegado el «más tarde» en opinión de Bernadette. Mamá había sido esposa y madre a los diecisiete. «¡Vaya!», pensó Bernadette, «¡casi ya soy una solterona! Ni siquiera estoy apalabrada. Pero ¿quién puede desear muchachos inexpertos, de todos modos, en vez de un hombre como Joe que es exactamente igual

a papá?».

Recordó con placer que aquella noche papá estaría en casa para su fiesta. Y pensó en su vestido que eligió ella misma en Nueva York, uno de los modelos más preciosos de Worth. De blanco raso, con lazos de diminutas rosas sobre la estrecha falda, y un corpiño voluptuosamente entallado para avalorar sus compactos senos dorados, con pequeños botones diamantinos y pequeñas mangas de flecos cubriendo justamente sus hombros. Había sido astutamente diseñado para revelar los atractivos de Bernadette y ocultar su gordura. Sus blancas sandalias de seda tendrían broches de diamantes legítimos. El regalo de su padre sería un collar de preciosas perlas y el de su madre un hermoso brazalete de diamantes. Llevaría largos guantes blancos de cabritilla, y rosas en el cabello. Estaría irresistible.

Para Joseph Armagh.

Naturalmente, él era el joven de mayor edad invitado a la fiesta, y acompañaría a la necia de Regina. El resto serían «muchachos» a los que mamá creía aptos para aspirantes. «Muchachos» educados, nerviosos, con torpes manos enguantadas, y algunos con granos. Mamá realmente no tenía juicio. Ella misma se había casado con un hombre de edad suficiente para ser su padre, y murmuró algo acerca de la «edad» de Joseph. ¡Trece años solamente de diferencia! Y tal objeción aunque tímida resultaba ridícula, y además extraña, ya que por suerte mamá simpatizaba mucho con Joseph.

Bernadette era la única que había percibido aquella simpatía, ya que sus desilusionados ojos lo vislumbraban casi todo. Pero no habían detectado el poderoso e inmovible amor de Joseph por su madre. Veían sólo cortesía hacia Katherine y deferencia, todo lo natural que él dedicaría a una mujer de la edad de mamá, aunque ella fuera solamente tres años mayor que él. Pero los hombres eran distintos a las mujeres también en lo relativo a las edades comparativamente. Bernadette había llegado casi a persuadirse que las atenciones de Joseph para con su madre, eran indirectamente para ella. La joven, ardorosamente perseguida por jóvenes hasta de Boston y Nueva York, hermanos de sus compañeras de colegio, y de Filadelfia, Pittsburgh y Winfield, no tenía la menor duda de que le bastaría alzar un dedo y Joseph caería rendido a sus pies. Era su intención alzar aquel dedo al día siguiente.

Sabía que divertía a Joseph con sus agudezas y descaros, que a ratos bordeaban la propia ironía de él, y que creía que ella estaba devotamente encariñada con su hermana. Había ella adivinado que a veces su desfachatez, al igual que su vivacidad y vitalidad, le divertían a él aún más. Con él sabía también ser sencilla, riente, recatada y coqueta. Ella también era muy rica, y pensaba sagazmente que los hombres ricos no se casan con cenicientas. Su padre era senador y sería gobernador, y la familia tenía gran influencia social en Washington y en toda la nación, y estaban arraigados..., lo cual no era el caso con la familia de Joseph. En cierta ocasión Tom Hennessey lo calificó indulgentemente de «andrajoso» irlandés, ignorando que Joseph le había aplicado el mismo término en muchas ocasiones. «Aunque es un buen cerebro, y

tiene modales, y sabe comportarse», añadió. Hubiese preferido que Bernadette eligiese a Sean, más de su edad, y muy anglosajón en aspecto. «Uno nunca adivinaría que era irlandés».

Por la noche propondría a su padre una idea: también ella quería recibir enseñanzas de Timothy Dineen. «Le ha enseñado a Regina el doble de lo que yo he aprendido en Filadelfia. Para mí está sólo a un paso la casa de los Armagh, y tú sabes lo mucho que quiero a Regina, y así estaría entre mis amigas más íntimas en Green Hills». Así, de fallar su intento del día siguiente, encontraría con más frecuencia a Joseph en su propia casa. Pero ¿cómo podía fallar? ¿Quién era él, comparado con Bernadette Hennessey, en calidad social? Ella le amaba, se dijo a sí mismo virtuosamente, pese a lo que él era. Un amor tan puro había de ser indudablemente correspondido. Además, su casa era mucho más grande, y tenía a una gran señora por madre.

Le hubiera divertido y asombrado a Bernadette saber que su madre había adivinado, desde dos años antes, que su hija estaba prendada de Joseph Armagh, y que ella consideraba a su hija tierna, amorosa y de noble corazón. (Ella, lo mismo que Bernadette, pensaba que todas las deferencias, consideraciones y cortesía que para ella tenía Joseph debíanse a una reservada y creciente atracción hacia Bernadette). Una vez le dijo ella a su hija: «Joseph es tan fuerte, confiable y tan caballero», y observó el súbito sonrojo del rostro de Bernadette, comprensivamente y con cariño. También estimaba a Bernadette, la querida niña, tan tímida y tan niña, a pesar del descarado e impertinencia y las a veces rabieta malignas, y las severas cartas de las Hermanas. Bernadette, podía resultar difícil de trato, admitía Katherine, pero esto era culpa de su juventud que el tiempo mejoraría, y mientras, su madre debía ser indulgente. No podía ella pensar en ningún hombre más digno para su querida hija que Joseph.

«¿Y ahora, qué diablos está haciendo?», pensó Bernadette, observando a su madre a través de la ventana. «¡Pero, qué ridiculez!».

El mozo jardinero había cortado un capullo de rosa blanca y lo tendía a Katherine con una torpe reverencia. Katherine le contemplaba, sonriente, y después cogió la flor hincándola en su corpiño y estaba dándole evidentemente las gracias al patán. Inclina su bonita cabeza y aspiraba el aroma de la flor. «No me extrañaría que sus necios ojos rezumen lágrimas», pensó Bernadette sumamente divertida. «Se lo contaré a papá esta noche, y cómo se reirá...». Un rústico y su vieja madre, dedicándose reverencias y sonrisas. Bernadette sintióse repentinamente enojada. ¿Es que su madre no tenía sentido de la diferencia de clases? Por cierto que siempre estaba besuqueando y abrazando a los cachorros más feos y mocosos del orfanato, y llevándoles regalos. Debía tener algo de sangre plebeya, pensó Bernadette.

La atención de la muchacha fue entonces atraída por algo moviéndose

briosamente a través del umbral en el camino de gravilla y hacia la casa. Poco después vio Bernadette que era de los mejores carruajes de la estación, y el simón contenía una joven señora. Bernadette pensó que la mujer era probablemente la madre o la carabina de una de sus propias invitadas de aquella noche. ¿Pero dónde estaba la invitada? Bernadette abrió la pesada puerta de bronce y salió hacia los blancos peldaños del pórtico de columnas.

La señora, ayudada por el cochero, se apeó y Bernadette comprobó que era muy bonita y joven, no más de veintiún años, elegantemente ataviada de seda color de alhucema y encajes y que tenía unos maravillosos tobillos esbeltos y una masa de claro cabello bajo su sombrero ladeado. Sus facciones eran pequeñas y exquisitamente talladas, como una porcelana de Dresde. Llevaba guantes color lavanda al igual que su ligera capa de seda y la sombrilla. Era extremadamente elegante y su figura alta, encantadora en todas sus proporciones. Aunque tenía aspecto seguro de sí misma, y aparentemente de excelente educación, había algo agitado en ella, y la inquisitiva Bernadette quedó sorprendida.

Igualmente sorprendida, Katherine abandonó el plantío de flores y se dirigió hacia la desconocida, haciendo con las manos un suave gesto de desaprobación. Entonces señaló ella hacia la casa, pero la joven que estaba mirando a Bernadette con mucha atención, denegó levemente con la cabeza. Katherine se detuvo, como desconcertada. Bernadette podía oír sus voces, aunque no sus palabras. Después Katherine ya no hablaba; la brisa removió su vestido azul y fue como si hubiera rozado el sudario de una muerta. Bernadette ansiaba reunirse con ellas pero los modales que habían imprimido en ella las Hermanas la detuvo, y por ello sólo avanzó cautelosamente hasta el mismo borde de los peldaños y alentó el oído.

La extraña joven continuaba hablando, y Bernadette vio que su madre estaba inmóvil, y que súbitamente parecía empequeñecerse encogida. La voz de la joven se elevó desesperadamente:

—¡Le imploro que sea misericordiosa y buena, señora Hennessey! Le suplico que comprenda, que recuerde que soy una mujer en una situación terrible. No debe juzgarme a mí ni a su esposo, sino sólo ser buena y compasiva. Ha sido probablemente algo muy incorrecto por nuestra parte... Sé que lo fue, y que somos culpables, y de todo corazón le pido perdón y hasta le pido piedad para quien es mucho más joven que usted. Tiene una hija. Considéreme como una hija también que acude a usted en su desgracia no solamente implorando perdón sino pidiéndole ayuda.

Entonces Katherine habló con voz seca y casi inaudible:

—Pero..., ¿qué le dijo él, referente a mí, referente a él? —y colocóse una mano sobre su frágil seno en gesto patético.

El semblante de la joven estaba mojado en lágrimas al inclinarse hacia Katherine.

—Solamente lo que usted ya sabe, señora Hennessey, que él se propone dejarla cuando sea elegido gobernador, ya que le ha pedido el divorcio y usted se ha negado,

pese a mi deplorable situación y mi posición desvalida. ¿Es posible que siga usted denegándole a nuestro hijo el nombre de su padre, usted que también es una madre? ¿Puede ningún ser humano dar muestras de tanta crueldad? No lo creo. Su cara es tan gentil, tan tierna. Tom debió haberse equivocado. Me ha dicho que usted no le permite irse, porque usted quiere su dinero, y que nunca hubo amor entre ambos, y que fue un matrimonio de conveniencia que siempre ha lamentado. Pero esto ¡ya lo sabe usted seguramente! Él prefiere, como ya le ha dicho, que usted acuda a los tribunales para el divorcio, pero si no lo hace, él se verá forzado a ello, aun a expensas de su carrera, ya que tiene nuestro futuro hijo en quien pensar primero de todo. Señora Hennessey yo apelo a su corazón femenino, a su compasión, ¡para dejarle libre a él inmediatamente! Él no sabe que he venido a verla, pero fue un impulso incontenible..., quise implorarla...

Katherine oscilaba tenuemente sobre sus tacones. Se llevó una mano al rostro como si estuviera bajo un hechizo de pasmo, un sueño, en total incredulidad. Su frágil cuerpo se bamboleó. Bernadette empezó a bajar las escaleras, comprendiendo a medias. Entonces Katherine se volvió, muy, muy lentamente, sus manos tanteando desatinadamente el aire, y dio frente a la casa, dando dos pasos inseguros hacia ella, su blanco semblante vacío de toda expresión. Se tambaleó. Alzó los brazos como si se ahogase y después cayó sobre la verde hierba reluciente y quedó yacente, encogida como un fardo azul sin corporeidad. El mozo jardinero corrió hacia ella, y Bernadette empezó a correr. Llegó junto a su madre y permaneció a su lado, pero no se inclinó ni la tocó. Miraba únicamente a la bonita joven que a su vez contemplaba fijamente a Katherine, despavorida, aplicada una mano sobre los labios.

—¿Quién es usted? —le preguntó a la desconocida.

Y la mujer siempre mirando a Katherine dijo tenuemente:

—Yo..., yo soy una amiga del senador..., una amiga. Él quiere abandonar a su esposa, pero ella no le deja irse —y empezó a darse cuenta de la presencia de la muchacha. Miró a Bernadette con dilatados ojos densamente verdes—. ¿Quién es usted? —susurró.

—Soy la hija del senador —dijo Bernadette—. Y usted es una embustera.

Cuando Joseph Armagh entró en el gran salón vestíbulo de la casa Hennessey, vio que Bernadette, desmelenada, llorosa, hinchado el rostro era la única persona presente. La sala había sido parcialmente decorada y luego suspendidos los arreglos de fiesta. Había un silencio máximo en la enorme mansión, una sensación de que la muerte ya había hecho acto de presencia.

Bernadette, llorando frenéticamente, corrió hacia Joseph arrojándose contra su pecho. Sus brazos se alzaron automáticamente para sostenerla y escuchó sus incoherentes lamentaciones con expresión aturdida. Finalmente atendió a sus palabras con súbita atención agudizada.

—¡Ella mintió, mintió! —casi chillaba Bernadette—. Es una aventura..., mi padre..., ella mintió. Ella mató a mi madre. Lo oí todo...

—Tu madre envió a buscarme —dijo Joseph, manteniendo enlazada todavía a la muchacha, cuyo vestido mañanero estaba arrugado y manchado.

Bernadette se aferraba a él.

—¡Ella mintió! Mi padre nunca haría algo semejante...

Su voz se hizo furiosa, después implorante, mientras apretaba rígidamente un lado de su cabeza contra el pecho de Joseph que, escuchaba, y poco a poco su rostro se endureció en sombrío salvajismo. Miraba fijamente por encima de la cabeza de la muchacha como si viese algo imperdonable, algo demasiado terrible para ser verdad. La muchacha siguió derramando sus desesperadas palabras, sus jadeantes acusaciones, su defensa de su padre, su angustia por su madre, y Joseph, repentinamente, se dio cuenta de su infantilismo, su calamidad, su tosquedad y su histeria. Colocó la mano en la cabeza que se reclinaba en su pecho, y su rostro se ensombreció aún más.

—Vamos, vamos, cálmate un poco. ¿Dónde está tu padre?

Bernadette chilló agudamente:

—¡Ella no quiere verle! ¡Él no se atreve a entrar en su cuarto! El cura está allí..., la Extremaunción... ¡y el doctor está con ella! ¡Decir tales cosas de mi padre! ¡Y pensar que mi madre las creyó...! ¡Oh, mi pobre madre!

El rostro de Bernadette, húmedo de sudor y lágrimas, estaba no solamente hinchado, sino moteado de rojo, y parecía casi fuera de quicio con una rabia frenética, dolor y odio. Cogió a Joseph por los brazos, sacudiéndole, mirándole con ojos saltones veteados de escarlata, y casi con aspecto de loca.

—¡Mi madre no le cree! Él intentó..., intentó... Ella no quiere tenerle en su habitación. Él quiso entrar, y ella chilló... Fue terrible. ¡Mi pobre padre! Tantos enemigos..., no es justo... Usted tiene que decirle a ella... el doctor no le deja entrar. ¡Oh, Dios mío, Joseph, ayúdeme, ayúdeme, no sé qué hacer! Yo... yo entré, y ella quería besarme y retenerme... Yo no pude, no pude..., estaba tan asustada...

Con su propio pañuelo restañó Joseph los ojos y semblante de la muchacha y ella sollozaba entrecortadamente aferrándose de nuevo convulsivamente a él. Buscó con la mirada en rededor a los sirvientes, a alguien que pudiera hacerse cargo de aquella niña llorosa y consolarla, pero todas las puertas estaban cerradas. El candelabro de gas había sido encendido. Su amarillenta luz se reflejaba en el frío mármol blanco del vestíbulo. Las escaleras estaban desiertas. No había el menor ruido. Joseph comenzó a acariciar el desmelenado cabello de Bernadette afablemente y ausente, y al poco tiempo Bernadette cesó de gritar sollozando tan sólo, acurrucándose más prietamente contra él. Había visto dos carruajes, pero era como si allí dentro no hubiese nadie excepto él mismo y Bernadette.

Entonces desde detrás de una puerta distante, asomó discretamente la cabeza de una criada, y Joseph exclamó:

—¡Maldita sea, mujer! ¡Venga aquí y ayude a la señorita Bernadette, perra!

La mujer acudió, desviando los ojos un poco, lamiéndose las comisuras de su boca. Se tocó los secos párpados con su blanco delantal.

—No quise entremeterme, señor —gimoteó.

Su cara rebosaba del maligno gozo que siente el inferior cuando el superior sufre calamidades. Miró a Bernadette sin simpatía, y entonces asumió una expresión compasiva y colocó su mano en el hombro de la muchacha.

—Venga conmigo, señorita Bernadette, querida, hágalo —dijo—. Debe descansar.

Bernadette se separó de Joseph y sacudiendo la mano de la mujer de su hombro mostró los dientes como un lobo.

—¡Apártate de mí! —gritó—. ¡Apártate!

Volvió a enlazarse a Joseph, alzando la mirada, frenética y perturbada.

¿Dónde se hallaba aquel canalla de padre suyo que no estaba con ella para consolarla y ayudarla?

—No te dejaré —dijo—. Pero tu madre me envió a buscar hace una hora. ¿Dónde está tu padre?

—En su cuarto. No sé... en su cuarto. No lo puede soportar..., no sabe qué hacer...

«No lo dudo», pensó Joseph, y nuevamente sintió aquel poderoso apremio de matar.

Llevó a Bernadette hasta un sofá forzándola a sentarse. Ella reclinó la cabeza sobre sus rodillas y sus brazos se enlazaron desmadejadamente tras su cabeza. Miró Joseph a la criada que contemplaba con avidez la escena.

—Quédese con la señorita Bernadette. Procure no dejarla sola ni por un momento. ¿Cuál es el dormitorio de la señora Hennessey?

—La segunda puerta a su derecha, en el primer piso —dijo la criada, y se aproximó cautelosamente a Bernadette como si temiera que la muchacha le saltase a la garganta.

Sentóse en el borde del sofá junto a la muchacha cruzando las manos sobre su delantal y mirando a Joseph con expresión hipócrita, suspiró. No había el menor ruido. Sin embargo aquélla era una casa que había comenzado a prepararse para una fiesta. ¿Quién había despedido a los invitados? ¿Cómo podía haber tanto abandono allí? Los gimientes sollozos de Bernadette aumentaban en eco a través del vasto vestíbulo. «Los ricos no tienen amigos», pensó Joseph. «Pero en realidad, ¿quién los tiene?».

Subió Joseph por la ancha escalinata de mármol que iba trazando una curva hasta desembocar en otro amplio y largo vestíbulo, cuyo blanco suelo estaba parcialmente cubierto por una alfombra continua oriental; de las paredes colgaban paisajes, excelentemente pintados. A un lado se alineaban sofás. Pesadas puertas entalladas de pulida madera permanecían cerradas ante Joseph. Al principio no vio a Tom Hennessey, sentado con la cabeza entre las manos en un canapé. Verdadera imagen de

la desesperación, ni al cura que a su lado miraba solamente frente a él como si el otro hombre no existiese. Allí la luz de gas no era tan vívida, y el vestíbulo se hallaba en semipenumbra. Cuando finalmente vio a los dos hombres, Joseph se detuvo, y al mirar a Tom Hennessey una bola de fuego y ácido se encajó en su garganta y su visión se nubló con la intensidad de su odio.

El cura al verle se levantó. Un hombre robusto de mediana edad, recientemente destinado en Winfield a la iglesia nueva. Tendió la diestra y dijo brevemente:

—Padre Scanlon. Y usted es el señor Armagh a quien ha solicitado la señora Hennessey.

—Sí —dijo Joseph y estrechó la diestra del sacerdote—. ¿Cómo está la señora Hennessey?

El sacerdote miró al senador que se encogió más en su asiento, y dijo:

—Ha recibido los últimos Sacramentos. —Sus graves y serenos ojos estudiaron a Joseph—. No hay esperanzas de que pueda... vivir.

Pasó ante Joseph para abrir una puerta y se apartó a un lado. Había visto la expresión de Joseph cuando éste contempló al senador y había suspirado interiormente. Joseph entró en un dormitorio escasamente iluminado, largo y amplio, con tres ventanas arqueadas drapeadas de seda dorada y con un hogar de blanco mármol en el cual fulgía un pequeño fuego. Era una bonita estancia, espaciosa y plena de silencio y quietud, con solamente una lámpara de gas encendida casi lo mínimo contra una pared. En el centro de la habitación una cama preciosamente endoselada, y en aquella cama yacía Katherine Hennessey mirando a la nada, y el médico sentado a su lado tomándole el pulso.

Su cabello cobrizo estaba desparramado en sus almohadas de blanca seda como una ola radiante, y su blanco semblante absolutamente inmóvil, y le pareció a Joseph que ya estaba muerta al irse aproximando lentamente a la cama. Pero ella percibió su presencia. Sus ojos, ahora enturbiados y vacíos, se avivaron tenuemente, y susurró su nombre. Se inclinó sobre ella en silencio, con una pesadumbre feroz y abrumadora, y ella movió su mano libre que él cogió. Estaba tan fría como la misma muerte. Dijo:

—He venido, Katherine —y era la primera vez que hacía uso de su nombre y lo dijo no reprimiéndose, sino con todo el poderoso aliento de su amor por ella.

El tenue brillo de sus ojos se acrecentó y volviendo la cabeza hacia el doctor, musitó:

—A solas, por favor.

El cobertor de raso la cubría hasta la garganta, pero temblaba en el cálido ambiente, su leve cuerpo alzando apenas la colcha.

El doctor, levantándose, sacudió melancólicamente la cabeza mirando a Joseph y murmuró:

—Solamente unos minutos.

En la habitación había un olor a flores y vapores de amoníaco y otros acres olores de inútiles medicamentos. Salió el doctor y Joseph se arrodilló junto a la cama, y

Katherine retenía su mano como si solamente él pudiera mantenerla viva, y la gelidez y temblor de sus dedos le recordó el tacto de su madre moribunda. El pequeño fuego silbó chispeando arrojando luces rojizas sobre la parrilla, y un viento de verano canturreó blandamente contra las ventanas cerradas.

—¿Sí? —dijo Joseph—. Sí, querida. Dime. ¿Qué es?

—Bernadette —musitó ella—. Mi muchachita, mi niña. Te quiere, Joseph, y yo sé que la amas y que has estado esperando para hablar... —su garganta casi se cerró, y jadeante luchó, saliente el mentón.

Joseph se arrodillaba muy quietamente junto a la cama mirándola y su mano rodeó más apretadamente la suya para darle fuerzas, para retenerla por más tiempo. Sus palabras penetraban en su mente con lentitud, y con sólo un entumecido asombro.

—Llévatela y guárdala contigo —dijo la agonizante—. Ella estará... segura... contigo, querido. Llévala fuera de aquí... tan inocente... tan joven... ¿Joseph? ¿Me lo prometes?

—Sí, Katherine —dijo él. La luz de gas se elevó y descendió en un leve soplo de aire. A su oscilación la lividez del rostro de Katherine brilló como mármol—. Lo prometo.

Ella suspiró profundamente. Sus ojos siguieron hincados en los suyos con patética esperanza y certidumbre, y trató de sonreír. Después suspiró de nuevo y cerró sus ojos.

Arrodillado continuó contemplándola, manteniendo su mano, y no vio que el doctor regresaba con el sacerdote, ni oyó el comienzo de la Letanía por los Moribundos. No vio a Tom Hennessey en el umbral, apocado, sin atreverse a entrar. Veía solamente la cara de Katherine haciéndose más pequeña pero ahora cada vez más apacible. No vio el gran crucifijo dorado que estaba sobre la cabecera de la cama. Nada existía, ni existió, salvo Katherine Hennessey.

Únicamente él oyó el último y tenue aliento. Continuó arrodillado, sin moverse. La mano de ella reposaba flácida en la suya. Entonces dejó caer su cabeza de modo que yacía junto a la de Katherine y cerró los ojos y el atroz laceramiento del dolor le desgarró, y sintió que también él acababa de morir. Su mejilla rozaba la suya y con lentitud giró su cabeza y tocó su inerte carne con sus labios.

—Sal de este mundo, oh alma cristiana... —entonó el sacerdote, y Joseph estaba de nuevo en el barco junto a su madre, y ya no había nada en ninguna parte salvo angustia, oscuridad y pena.

Más tarde, cuando bajaba lentamente las escaleras hacia el vestíbulo tanteando su camino con los pies como un anciano, encontró a Tom Hennessey sentado junto a su hija manteniéndola entre sus brazos y consolándola, y Bernadette había apretado sus brazos en torno al cuello de su padre y sollozaba contra su pecho.

—No es verdad, cariño —decía el senador—. Todo eran mentiras. La mujer intentó conseguir que yo abandonase a tu madre... estaba loca... yo intenté alejarla... le escribí una estúpida carta porque me daba pena de ella... Confieso que estaba un

poco bebido... Cariño mío, tu madre estuvo siempre delicada, su corazón, pero ella comprendía... Ella comprendía. No debes desconsolarte. Ha sido para bien... un término a sus sufrimientos...

Su voz nunca había sido tan honda, tan resonante y tan persuasiva, y los sollozos de Bernadette aminoraron.

Entonces el senador vio a Joseph cerca de él, silencioso y observándole y la mirada de ambos hombres se encontró y no hablaron. Durante una larga pausa sus ojos se clavaron ahincadamente de uno a otro. Por fin, Joseph, produciendo apenas ruido abandonó el vestíbulo y saliendo a la cálida noche veraniega cerró la puerta tras él. Pero el senador siguió contemplando fijamente la puerta durante un largo intervalo de tiempo, porque nunca hasta entonces un hombre le había mirado de aquel modo.

XXVIII

El abogado James Spaulding era viejo, pero sus ojos ávidamente simpatizantes bajo sus pesados párpados eran tan brillantes, malignos y sonrientes como siempre, y su cabello seguía tan escandalosamente teñido. La elástica contextura de sus facciones, ahora arrugadas y algo fofas, se habían hecho aún más móviles y parecían estar casi en constante actividad con el apretamiento y avance de sus labios, los frunces de frente y el olfateo y vibración de fosas nasales. Sus orejas eran mayores y empujaban a un lado su cabello que ahora le llegaba poéticamente cerca de los hombros. Gustaba de lucir una larga y sobriamente elegante levita a lo príncipe Alberto, los pantalones grises a rayas, el meticuloso *plastrón* con el alfiler de gran perla, y sus botas ceñidas y lustrosísimas.

Era muy rico, porque no solamente recibía un magnífico «estipendio» de la herencia del señor Healey, como quedó designado en el testamento, sino que Joseph cuidaba mucho de hacerle también donaciones y regalos ya que como le había advertido jovialmente Healey: «Tienes que estar siempre comprando a tus amigos, Joe, no importa lo fieles y sinceros que parezcan ser. Puedes comprarles con favores, pero nada sustituye al dinero sonante. Hay una cosa segura: no puedes comprarles con protestas de cariño, aprecio y dulces palabras. No contienen sustento». Por lo cual Joseph continuó comprando a Spaulding y no tuvo motivo de queja por la devolución en lealtad y atención a sus intereses. Ni confiaban ni simpatizaban el uno al otro, ya que Spaulding había detectado también la gran probidad que alentaba tras las inmensamente extensas bribonadas de los negocios manipulados por Joseph, y Spaulding nunca confió en alguien que no fuera un bribón tan completo como era él mismo.

Joseph había duplicado lo que heredó de Healey y se hallaba en camino de triplicarlo.

—El toque del rey Midas —decía Spaulding con admiración—. La suerte del irlandés, como solía decir Ed. Pero es preciso no tener conciencia —añadía virtuosamente.

Ahora temía a Joseph, él que nunca había temido antes a nadie y esto acrecentaba tanto su respeto como su antipatía. No podía comprender por qué Joseph no se había unido a la compañía de los especuladores malévolos y voraces que habían saqueado al postrado Sur. Tampoco podía comprender el odio que Joseph sentía hacia Thaddeus Stevens, de Pensilvania, dirigente del Partido Republicano en la Cámara de Diputados, y antaño un sañudo enemigo del conciliatorio y apesadumbrado Abraham Lincoln que únicamente deseó la cicatrización de las heridas fratricidas.

Fue Stevens quien proclamó con referencia al sitiado Sur:

«Nunca he deseado los castigos sanguinarios, pero ¡hay castigos tan espantosos y por largo tiempo recordados como pueda serlo la muerte! Son más aconsejables

porque alcanzan a un mayor número. Desnuda a un pueblo orgulloso de sus jactanciosos bienes, reducidle al nivel de un sencillo republicano, hacedle emprender trabajos de esclavo y enseñad a sus hijos a trabajar en talleres... y así humillaréis a los orgullosos traidores». Abogó para que el Congreso reformara de nuevo «las condenadas provincias rebeldes», y las llenase con colonos del Norte. Y Joseph dijo pensando en Irlanda: «Como si fuera todo el Sur una tierra extranjera conquistada». Stevens intentó forzar al Congreso a dividir en pequeñas granjas las grandes plantaciones del Sur y venderlas a los libertos a diez dólares el acre. Dijo Stevens. «Me gustaría ver a los blancos del Sur, obligados a regresar a sus países de origen, las Islas Británicas y Francia».

Joseph comentó con Spaulding:

—Es un perro de mala casta, y rebosa de odio secreto contra sí mismo como era de esperar.

Pero Joseph pensaba también en las propiedades irlandesas que habían sido enajenadas por los ingleses y vendidas a escoceses e ingleses, y los antiguos propietarios de las granjas fueron arrojados, hambrientos, a las carreteras y senderos con sus esposas, hijos y ancianos padres. El propio Spaulding confesaba que no lograba comprender la virulencia de Stevens, que era uno de los más encarnizados en la persecución y en los intentos de invalidación del Presidente Andrew Johnson que había tratado blandamente de llevar adelante los misericordiosos planes del asesinado Lincoln.

—Yo sí puedo comprenderle —dijo Joseph, que había leído «El Capital», de Karl Marx, y que recordaba sus conversaciones con Montrose—. Se odia a sí mismo, porque sabe lo que es, y para escapar a los efectos de este odio, odia a otros, particularmente a los de mejor cuna y tradición.

Encontraba escasa diferencia entre el Manifiesto Comunista de Karl Marx en 1848 y las convicciones de Thaddeus Stevens, aunque meditaba que Marx tenía más calidad y mayor educación.

Thaddeus Stevens en su afán sanguinario anhelaba el poder vengativo sobre los indefensos. Spaulding recordaba que Joseph vino a visitarle y dijo:

—Averigüe cuanto pueda acerca de Stevens, sus ocultos antecedentes, su vida anterior, cualquier lío con mujeres, sus ambiciones, sus asuntos privados.

Porque Stevens, para Joseph, se había convertido en la representación del conquistador inglés, sin misericordia ni justicia ni compasión. Spaulding había llevado a cabo su misión con gran eficiencia. Nadie supo exactamente lo que sucedió, ni siquiera el propio Joseph lo supo por completo, pero Stevens, en la misma cúspide de su odio triunfante, murió súbitamente un día de agosto de 1868 en Washington, y hasta el final fue voraz, brutal en su oratorio y napoleónico en actitudes. Sin embargo la maldad que en él había alentado siguió viviendo después de él, y las Actas Radicales elaboradas por los republicanos Radicales en el Norte casi destruyeron el caído Sur, y dividieron casi mortalmente una nación precariamente unida.

No fue la última vez que Joseph había hecho pesar su poder en favor o en contra de un político. Había llegado ya el momento, decidió, de destruir al hombre al que más despreciaba en el mundo, un hombre que si bien no perteneció al partido de Stevens, le había respaldado asiduamente con el propósito de participar en el saqueo del Sur y votó con él para invalidar al Presidente Johnson. Para acrecentar su poder, Joseph se había convertido en ciudadano norteamericano. Había convenido una cita con Spaulding en aquel caluroso día de agosto, y pronto llegaría al despacho del abogado con su secretario Timothy Dineen.

Spaulding había lamentado con frecuencia, íntimamente, que Joseph fuera «reservado», y no pidiera a menudo consejo a los cerebros más sagaces y veteranos, como el suyo propio, comprando y maniobrando sin aparentemente consultar con nadie. Así, Spaulding no sabía que Joseph había comprado vastas extensiones de tierras en Virginia, a precio muy bajo, vendiéndoselos a un precio aún más bajo a Montrose-Clair Deveraux. Había una simple anotación en los libros personales de Joseph: «Inversiones en Virginia. Amplias pérdidas». Spaulding quedó muy intrigado ante esto, ya que Joseph era probablemente el único hombre que tuvo pérdidas en el Sur. Era peligroso ahora en el Norte, ser demócrata, por lo cual Joseph se hizo del partido demócrata, y cuando Spaulding protestó incrédulo, Joseph se limitó a manifestar^[18] que despreciaba a los liberales.

Para Joseph toda la tragedia de la nación se había convertido en un conflicto entre Inglaterra e Irlanda. Si esto le hubiera sido insinuado por algún penetrante filósofo se hubiera mofado con irrisión, ya que, como decía frecuentemente, él no tenía fidelidades ni vínculos, ni amaba a ningún país, y todos los países servían solamente para ser explotados. Solamente Healey hubiera podido saberlo y comprenderlo. Spaulding conocía todas las villanías de los hombres, pero muy poco sobre los profundos, apasionados y subterráneos orígenes de sus motivos.

Mientras aguardaba la llegada de su cliente, Spaulding leyó la última edición de la noche anterior del «Mensajero de Filadelfia», el mayor periódico de Pensilvania. El periódico informaba con orgullo que era el señor Joseph Armagh quien hizo investigar las acciones del joven Jay Gould, «el audaz financiero de Wall Street» y elevó a la atención del Presidente Grant la maniobra de Gould que «acaparó los quince millones de dólares en oro, en circulación en la nación, forzando así a una subida en su precio». El señor Armagh informó también al Presidente que fue el propio cuñado del Presidente el que actuó de espía en la Casa Blanca, y en Washington, conjurado con Gould. De resultas de esta maniobra el dinero en circulación de todo el país había padecido las consecuencias al igual que toda su estructura financiera. «Pero el esclarecimiento aportado por el señor Armagh al Presidente hizo entrar en acción al Ministerio de Hacienda que vendió oro del gobierno, salvando así a la nación que pudo verse en la ruina». Desgraciadamente, proseguía el periódico, los contactos del señor Gould en el gobierno le informaron a tiempo, y pudo vender inmediatamente, y con enorme ganancia. Otros conspiradores,

menos relacionados con Washington, zozobraron en bancarrota.

«¿Son los banqueros nuestros gobernantes, o lo son los legítimos que hemos elegido?», preguntaba coléricamente el periódico. Al leer esta pregunta, Joseph había reído despreciativo ante tanta candidez. Sus amigos banqueros con quienes se entrevistaba frecuentemente en Nueva York, y que acudían desde otras naciones para conferenciar con él, le habían facilitado la información referente a Jay Gould. Alegando:

—Porque Norteamérica todavía no es lo suficientemente próspera para sacar ningún botín ruinoso. Esto llegará más tarde, no sabemos ni podemos predecir la fecha, con la fundación de un instituto bancario privado en Norteamérica, que tendrá la facultad de acuñar dinero y no el Congreso: un Sistema de Reserva Federal. Esto puede sobrevenir únicamente bajo forma de una enmienda en su Constitución.

En los recientes años, era solamente en Nueva York, y algunas otras ciudades norteñas de los Estados de Nueva Inglaterra, notablemente en Massachusetts, donde resultaba completamente sin peligro ser un demócrata. Y los demócratas, siendo hombres, encontraron muy fácil el saqueo para hombres sin conciencia inspirados tan sólo por la codicia y el afán de poder. En latrocinios y rapacidad hasta lograron que los republicanos radicales parecieran tenderos de pueblo. Solamente en dos años la organización de William M. *Tweed* y algunos otros de sus conspiradores robaron setenta y cinco millones de dólares al municipio y ciudad de Nueva York, y la totalidad de sus latrocinios desde 1865 a 1871 fue estimada por los investigadores aproximadamente en doscientos millones. *Tweed* amenazaba tan eficientemente a los concesionarios y contratistas negociando con Nueva York que ellos añadían un cien por cien a sus facturas al municipio, y entregaban el recargo extorsionando a la camarilla *Tweed*. Como resultado, en un solo caso, Nueva York pagó cerca de dos millones de dólares para el revocado de un solo edificio de la ciudad, y más de un millón y medio por treinta y cinco mesas y sillas. *Tweed* era director de los Ferrocarriles Erie, junto con un tal Fisk y Jay Gould, y sobornaba políticos, jueces y hasta bastantes miembros de la Asamblea.

Esto era llevado a cabo con tanto aplomo, tanta gracia y campechanía, entre tan encantadoras risas, que los míseros habitantes de Nueva York sentían sólo cariño por sus explotadores, y hasta adoración, porque cercano el día de elecciones, ¿no les suministraban ellos pan, provisiones, dinero, cerveza, *whisky*, carbón y otros obsequios para obtener sus votos? El hecho de que si la camarilla *Tweed* no les hubiese robado a ellos en primer lugar, hubieran podido comprar todo aquello y más de su propio bolsillo, nunca penetró en sus simples mentalidades, o, si alguien les hacía notar este hecho se irritaban sobremanera contra quien les aclaraba la realidad.

En cierta ocasión había leído Joseph: «Si las personas son robadas, oprimidas y explotadas, si son conducidas a guerras, calamidades, pánicos y miseria, ellas, ellas mismas, son las culpables, porque son estúpidas superando todo lo imaginable, y no miran más allá de sus voraces panzas».

Un electorado bien informado, que eligiera únicamente a hombres justos sin importar su poder financiero o su carencia del mismo, era un sueño imposible. La humanidad adora a sus traidores y asesina a sus salvadores. Joseph no pretendía ser un salvador de Norteamérica y a menudo pensaba: «El rebaño del proletariado, que no tiene razón alguna para existir».

En consecuencia, fue con una especie de brutal venganza que, como director de dos ferrocarriles, aprobó las más aterradoras represalias contra los Molly Maguires, los desesperados irlandeses huelguistas trabajadores en los ferrocarriles de Pensilvania. Si los Molly Maguires no mataban y peleaban tan violentamente como lo hacían los opresores, si ellos, los irlandeses, preferían sucumbir meramente por un pedazo de pan entonces se merecían lo que recibían. «Yo hallé un camino para liberarme», pensó Joseph. «Que ellos lo busquen también». Por esta razón no detestaba por completo a la camarilla *Tweed*. Eran irlandeses que se habían negado a seguir siendo despreciados y en la miseria, y saquearon al igual que fueron saqueados. Había informado sobre Jay Gould y sus compañeros de conspiración no porque les encontrase censurables, sino porque ponían en peligro sus propias ganancias.

Pero el «Mensajero de Filadelfia» y los periódicos de Pittsburgh se deshicieron en elogios a Joseph Francis Xavier Armagh, atribuyéndole los más inmaculados motivos y patriotismo —«aunque nació en Irlanda»— y se extrañaron en letra impresa de que no hubiera buscado un cargo público para sí mismo, «por el bien de su país adoptado». (Los periódicos mencionaban a un miembro del gabinete del Presidente que había dicho, airado: «¡No puede emplearse el tacto con un miembro del Congreso! Todos ellos son ladrones y dispuestos para el soborno, como todos sabemos. ¡Hay que empuñar una estaca y golpearles en el hocico!»). Como es lógico, el pueblo no le hizo caso). Joseph había sonreído sombríamente cuando leyó aquellas efusiones la noche antes de acudir para su consulta con el abogado Spaulding. Él mismo fue uno de los que sobornaron a diputados en beneficio de sus ferrocarriles. (Una compañía de construcciones ferroviarias, Credit Mobilier, había robado veinticuatro millones de dólares de la Tesorería de los EE.UU., y esto pudo ser realizado gracias a la ayuda de un congresista, que sobornó a sus propios colegas en el Congreso dándoles gratis acciones en varios ferrocarriles que pegaban cerca del seiscientos por cien en dividendos por año).

Un cargo público no le convenía a Joseph Armagh. Era más provechoso manipular al gobierno desde fuera que desde dentro. Le enseñaría a su hijo, Rory, esta máxima realidad positiva, diciéndole:

—El pueblo norteamericano implora ser seducido. ¿Por qué vamos a rechazar su amor? Esto sigue siendo tan verdadero en tus días como lo fue en los míos.

Cuando Rory mencionó que un irlandés, el sheriff James O'Brien, había llevado la contabilidad secreta de la camarilla *Tweed* al «New York Times», que la publicó en 1871, esto supuso el final de la camarilla; que como recordó Rory a su padre, había

intentado sobornar al intrépido periódico con cinco millones de dólares para no publicar aquellas cuentas, pero fracasó. El periódico había excitado los ánimos de los desesperados neoyorquinos y *Tweed* fue encarcelado. (Más tarde *Tweed* escapó a España, con documentación y atuendo de marino, pero aun allá le siguió el periódico logrando su identificación y detención. Murió en una prisión de Nueva York en 1878).

Expuso entonces Joseph a su hijo Rory:

—Debemos, naturalmente, recordar siempre al Cuarto Poder, tal como Edmund Burke llamó a la prensa. Admito que si la prensa en conjunto, pusiera siempre en evidencia al gobierno y sus ladrones, y a nosotros, esto sería el final. Pero tenemos medios para sobornar y comprar la prensa, también. No a todos, ciertamente, pero a muchos. Ya que podemos comprar periódicos y publicar lo que queremos —y riendo, añadió—: Rory, probablemente habrás observado que los periódicos hablan con frecuencia de un «mundo cambiante». Pero el mundo nunca cambia. Es siempre lo mismo —el devorador y los devorados. Como te enseñó tu religión cuando eras un niño, esto es el Pecado Original, y dale gracias a Dios por ello. Nos hizo ricos y poderosos.

Pensó en el pánico de 1873-1876 que obligando a abandonar a los modestos empresarios de líneas férreas, elaboró grandes fortunas para los Vanderbilt... y para él mismo.

En aquel caluroso y dorado día, seco y susurrante, de agosto, el abogado Spaulding leyó las efusiones laudatorias de los periódicos concerniendo a Joseph Armagh, y sonrió torcidamente frotándose la aceitosa y elástica nariz, y aguardó a su cliente. Se dedicó a rumiar cuánto iba a darle Joseph esta vez, y para qué.

Joseph llegó con Timothy Dineen al mediodía, procedente de los campamentos petroleros donde estuvo desde primera hora de la mañana acompañado por su gerente, Harry Zeff. (Las Empresas Armagh tenían ahora unas oficinas impresionantes en Filadelfia, y esta ciudad era el cuartel general de Harry, y sus auxiliares eran los más jóvenes de los que fueron «asociados» del señor Healey, además de dependientes y abogados totalizando cerca de doscientos empleados).

Spaulding fue todo amor y cordialidad al saludar al joven y rebosante de solicitud, grititos tiernos y enhorabuenas. Palmoteó y apretó, aunque sabía sobradamente que Joseph detestaba las confianzas y hasta el roce de los demás.

—¡Siéntese, mi querido muchacho, por favor! —exclamó Spaulding. Ignoró a Timothy que le aborrecía. Joseph instalóse en un mullido sillón de cuero rojo y Timothy permaneció en pie cerca de él como protegiéndole, sus negros ojos estudiando a Spaulding como si esperase verle sacar un cuchillo u otro instrumento mortal—. ¿Coñac, Joe? ¿*Whisky*? ¿Vino?

—Nada —dijo Joseph.

Parecía cansado aunque todavía más fuerte que nunca y su delgadez habíase acrecentado con su prosperidad. Aprendió a no despreciar el buen vestir aunque lo hacía con sobria distinción. Su cabello rojizo todavía denso y sano se había moteado a trechos con matices de incipiente gris. Estaba por completo afeitado como siempre y no seguía la moda de mostachos, barbas y gruesas patillas. Su faz continuaba huesuda y tensa, casi sin carnes, su corva nariz más delgada que nunca, su boca una hoja de acero cerrada. Pero sus ojillos azules habían ganado en poderosa penetración con los años y algunas veces brillaban cuando estaba colérico o enojado. Escasos eran los hombres que admiraban el aspecto de Joseph Armagh, pero las mujeres le encontraban fascinante y su fría indiferencia hacia la mayoría solamente aumentaba su encaprichamiento.

Aclarando su garganta el abogado miró a Timothy:

—¿Señor Dineen?

—*Whisky* —dijo Timothy. Su corto cuerpo robusto, estaba ahora ensanchado por la buena vida, pero sus músculos eran firmes y activos y su negro cabello era abundante y cuidadosamente ondulado.

—¡*Whisky*, eso es! —exclamó Spaulding con deleite, como si Timothy acabase de proporcionarle un extraordinario contento—. Vaya día más caluroso, en verdad. Sí, señores. Esperábamos unos días más frescos por esta época de agosto.

Sonreía expansivo y cariñosamente, mientras escanciaba *whisky* y soda en el alto vaso para Timothy y se lo ofreció con leve reverencia, aunque Timothy lo aceptó sin siquiera dar las gracias.

Al sentarse, Spaulding se dirigió hacia Joseph:

—¡He estado leyendo todo lo referente a usted en la prensa, querido muchacho! «¡Prodigioso empresario! ¡Asociado con el gran financiero neoyorquino Jay Regan, los Gould, los Fisk! ¡Orgulloso de ser un ciudadano de esta poderosa nación! ¡Ferrocarriles, minas, petróleo, aserraderos, construcciones, barón de las finanzas!».

—Sin mencionar mis burdeles —dijo gravemente Joseph— ni mi contrabando de ron desde el sur hasta mis destilerías del norte.

Spaulding presentó en alto sus blandas palmas.

—Hay servicios hondamente apreciados si no públicamente aprobados —rió—. ¿No sirve usted a la humanidad íntimamente al igual que industrialmente y financieramente? Esto no es para deplorarlo, pese a los mojigatos.

—Ni tampoco mi contrabando de armas acá y allá, en Méjico y fuera del país —como si el abogado no hubiese hablado.

El viejo rió de nuevo, pero ahora sus ojos estaban inquietos. Joseph le estaba tendiendo un anzuelo. Dijo Spaulding:

—Debemos sacarle para subsistir a todo lo que llega a nuestras manos.

—Como por ejemplo saquear el Sur de su algodón —especificó Joseph—. Bueno, de esto no fui yo culpable.

—No hice ganancias enormes, Joseph, aunque otros sí —suspiró el abogado—.

Fueron buenas, pero no enormes. Además, ¿tenía yo algo que ver con la Reconstrucción? No.

—Harry Zeff me dice que sus recientes informes a él están perfectamente en orden. No dispongo de mucho tiempo. He de tomar el tren de las dos para Winfield. Tengo una misión para usted. —Hizo una pausa. No movió siquiera un dedo, y sin embargo dio la impresión de un implacable apremio—. Quiero que usted me envíe, por correo urgente, un informe completo sobre el Gobernador Tom Hennessey. Todo lo que tenga, sepa con certeza, y de sus archivos, que el señor Healey comenzó y amplió. No importa el detalle por pequeño que sea. Lo quiero. También quisiera una breve semblanza de su padre.

Un pesado y ardiente silencio planeó en el amplio despacho que olía a cuero recalentado, cera encaústica^[19] y esencia de limón. Spaulding había entrelazado sus manos sobre la mesa. Miraba intensamente a Joseph. Su sonrisa habíase esfumado, pero sus ojos chispeaban, más bajos los pesados párpados.

Entonces dijo el abogado, súbitamente asustado por la expresión de los ojos de Joseph:

—Su padre político.

—Mi suegro.

—El abuelo de sus dos hijos.

—El abuelo de mis dos hijos.

Timothy removi6 los pies y bebi6 un amplio trago de su *whisky*. Y de repente el tráfico en la calle era muy audible en la estancia.

—El gobernador vuelve a presentarse para el cargo este otoño —dijo Spaulding que estaba poniéndose nervioso—. ¿Lo que usted desea tiene algo que ver con esto?

—Sí —dijo Joseph. Sus quietas manos enlazando una de sus rodillas, no se movieron.

Lamiéndose una comisura labial con húmeda lengua, sugirió Spaulding:

—¿Y algo más que esto?

—Más que esto —y el lac6nico Joseph especific6—: Lo quiero absolutamente arruinado. Despojado. Deshonrado. Encarcelado, si es posible, aunque dudo que podamos arreglar este detalle. Ha sido demasiado astuto y dispuso de demasiada ayuda para cubrirse.

Spaulding se reclin6 en su sill6n. Nada le escandalizaba, ni ahora se sobresalt6. Pero era curioso.

—Puede rebotar contra usted, Joe. Es su suegro.

—¿Y c6mo? Controlo bastantes peri6dicos, especialmente los de Pensilvania. Tengo tambi6n influencia en Nueva York. Pero aun cuando alg6n periodicucho me echase barro, ¿en qu6 puede perjudicarme? No me presento para ning6n cargo p6blico. No soy un pol6tico que puede ser perjudicado por la opini6n p6blica, o los votos. No hay nada que nadie pueda hacerme a m6, ni el pueblo ni el gobierno. Soy excesivamente rico. Mis negocios son... respetables. Soy director de la gran

Compañía Petrolera Handell, y director de otras muchas compañías. Soy invulnerable. Unas palabras a políticos influyentes... —y alzó una mano brevemente—. Creo que hasta podemos mantener este asunto fuera por completo de la prensa. Le daremos a él una oportunidad de resignarse o de ser públicamente puesto en la picota. Tiene solamente que renunciar a todo deseo de ser de nuevo gobernador... y acceder a la pérdida de su fortuna, hasta un punto que podemos convenir. Yo seré quien le dará este consejo.

—Nunca sabrá quién lo hizo —dijo el abogado.

—Cuando esté hecho, es mi intención informarle que fui yo —dijo Joseph.

Spaulding suspendió un instante el resuello. Había adivinado hacía tiempo que Joseph odiaba a su suegro, pero lo había considerado un conflicto de caracteres. El gobernador Hennessey estuvo sobremanera complacido por la elección de marido por parte de su hija. Su boda había atraído dignatarios de toda la nación, y Washington, y estuvieron presentes dos embajadores extranjeros. La boda tuvo lugar en Filadelfia, en la casa del gobernador, la suya propia, no la oficial, y todavía era mencionada entre la alta sociedad, y hasta en Nueva York. Había sido tan fastuosa, tan ostentosa, que un par de periódicos de poca tirada protestaron contra «esta extravagancia en medio de un pánico —gente hambrienta, huelguistas muertos por los agentes ferroviarios, mineros baleados a muerte en sus propias cabañas ante sus viudas e hijos—. Este despliegue de lujos tiene que suscitar la ira de la Providencia». Los señores Jay Regan, Fisk y Gould estuvieron presentes con sus esposas resplandecientes de joyas.

—Usted le informará —dijo Spaulding con tono pensativo—. Naturalmente, Joseph, no es asunto mío, pero hemos sido amigos desde que usted era un jovencito y fui el primero en enseñarle leyes a petición de nuestro querido Ed Healey. Por consiguiente, ¿puedo preguntarle el motivo?

—No —dijo Joseph, y veía el rostro de Katherine Hennessey.

Spaulding suspiró, removiendo algunos papeles sobre su mesa. Sus párpados pestañearon rápidamente. Dijo con tono sumiso:

—La señora Armagh... aunque nunca adivinase el... promotor... quedará muy lastimada, porque ella siempre quiso mucho a su padre, y él a ella.

Joseph sonrió torvamente:

—Señor Spaulding, no siente usted la menor conmiseración por la señora Armagh, aunque la haya conocido desde su infancia. Usted siente meramente curiosidad. No es mi intención satisfacer su curiosidad. En cuanto a que la señora Armagh sienta lástima, lo dudo. Nunca le agradó que su padre se casase con una muchacha de no mucha más edad que ella, pocos meses después de nuestra boda. Una muchacha, como recordará usted, que ya tenía un hijo bastardo de menos de un año.

—No hubo escándalo, Joseph.

—Naturalmente que no. Ya me ocupé de esto, al igual que hizo Hennessey.

Adoptó al niño. Muy bondadoso por su parte, ¿verdad?

Pensó en el día que murió Katherine, y la joven que había acudido a ella con sus imploraciones. La joven, como se descubrió más tarde, aunque no públicamente, era la hija de un diputado influyente. En su boda con Tom Hennessey los periódicos declararon que ella era «una joven viuda, de uno de nuestros heroicos oficiales que murió de resultas de sus heridas dejándola a ella con un afligido hijito». (La aflicción debíase al hecho de que él «nunca vio a su joven padre»).

Joseph no sentía odio hacia Elizabeth Hennessey, la nueva y joven esposa. También ella había sido una víctima de las mentiras, crueldades, seducciones y traición del senador. Su padre debió tener un considerable poder en la Casa Blanca, había pensado Joseph cuando se celebró la boda. Más tarde descubrió que el diputado era un pariente del Presidente y muy favorecido por él.

Bernadette nunca perdonó a su padre. Había declarado que aquello era «un deshonor para mi madre» ya que había reconocido la joven en la fotografía del periódico inmediatamente de ser anunciado el compromiso. Recordaba ella que su padre estigmatizó a la muchacha como una buscadora de sensaciones, una zorra callejera, una aventurera, pero Elizabeth no era ninguna de estas cosas. Era la hija de un notable congresista, y Bernadette, siempre consciente de la diferencia de clases, encontró estas calumnias imperdonables. Esto, y el hecho de que su adorado padre la había desplazado en sus afectos, era la verdadera razón de su ultrajado agravio. El «deshonor» para su madre no tenía el menor significado real para ella, ya que mamá había sido una necia, aunque dulce y afectuosa. Pero Bernadette, para su máxima sorpresa, descubrió que había amado un poco a su madre y por unos meses sintióse desolada. (Estaba también la realidad de un niño llamado Courtney, el nombre del padre de Tom. Bernadette había deseado darle aquel nombre a su propio hijo). Su padre, en resumen, la había «traicionado» a ella, Bernadette, mucho antes que su madre muriera por la conmoción y la pena acumulada, amando más a otra persona de lo que amó a su hija, y mintiéndole a ella, vilipendiando a la muchacha con la cual se casó más tarde.

Bernadette afirmó sollozante a su esposo:

—¡Uno de estos días le diré a Lizzie exactamente lo que me dijo mi padre de ella!

—Probablemente ella conoce bien cómo es tu padre, amor mío —había replicado Joseph.

Este comentario precipitó a Bernadette en rápida y llameante cólera en defensa de su padre, que «había tenido la mala suerte de casarse con dos mujeres estúpidas». No obstante, su defensa no aminoró su ira contra Tom Hennessey. A Joseph no le importaba mucho tratar de demostrarle a su esposa sus inconsistencias y contradicciones. Tampoco le importaba lo bastante Bernadette para consolarla o calmarla. Las emociones de las mujeres carecían de interés para él, y si las exhibían en su presencia sentía fastidio, el mismo fastidio que uno siente ante un niño mal educado, o un perrito mimado. No encontraba la menor satisfacción intelectual en

conversar con mujeres —casi estaba convencido de que ellas carecían de intelecto—, excepto con Regina, su hermana.

Un silencio se sintió nuevamente en el despacho del abogado. Estaba todavía ávido de curiosidad. No experimentaba conmiseración por el gobernador Hennessey y lo que esto significaría para él. Joseph Armagh era más fuerte que el gobernador. Joseph Armagh destruiría al gobernador, por sus propios motivos, que no debían ser conocidos por el abogado. Como siempre, el más débil caería vencido. Ésta era la ley de la naturaleza, y de nada servía quejarse de ello. No era una cuestión de moralidad, ni, llegado el caso, de legalidad.

—Puede que tome tiempo, Joseph —dijo Spaulding.

—El tiempo es dinero —dijo Joseph—. Cuanto más tiempo menos dinero. Parece una paradoja, ¿no?

Pero el abogado comprendió perfectamente la paradoja, ya que afectaría los intereses de su bolsillo.

—¿Digamos unas seis semanas antes de las elecciones?

—No. Ha de retirar su candidatura lo antes posible. Éste es el primer paso —y se dispuso a levantarse.

Spaulding dijo apresuradamente:

—Me ocuparé de ello lo más pronto posible. La información, como de costumbre, a su casa de Green Hills y no a su despacho, ¿no?

—Exacto —dijo Joseph y se puso en pie y Timothy dejó el vaso vacío sobre la mesa.

Spaulding se levantó también y los dos hombres se miraron a través de la distancia de la mesa. Dijo Joseph:

—Jim, me ha sido usted leal y muy útil durante estos años desde que murió el señor Healey. En señal de apreciación, ya que su cumpleaños es la próxima semana, recibirá usted un pequeño obsequio de mi parte. Esto no será quitado del pago a la recepción de las pruebas que he requerido —y su entonación era una excelente parodia del estilo del abogado pero éste no lo percibió.

Spaulding dijo con verdadera emoción:

—Joseph, es usted demasiado bondadoso conmigo.

El astuto e intelectual Timothy Dineen, que era también un hombre valeroso y pragmático, nunca se engañó a sí mismo con la presunción de disponer de la plena confianza sin restricciones de Joseph Armagh, que confiaba en él en materia de negocios, pero nunca le hablaba de sus propias razones ni sentimientos para hacer algo, ni se franqueaba con Timothy más allá de los límites corrientes de una amistad y un mutuo respeto. Timothy a menudo adivinaba algunas cosas, intuitivo como todos los irlandeses, pero nunca tenía una absoluta certeza. Joseph llegaba lo más cerca posible de considerar a cualquier otro ser humano como un confidente cuando estaba

con Harry Zeff, pero aun entonces mantenía cierta reserva. Nunca mostraba un total relajamiento ni una cordialidad positiva, ni siquiera hacia Harry, aunque Timothy comprendió que ambos hombres arriesgarían su vida el uno por el otro y que Harry no solamente arriesgaría su vida sino que la habría dado sin el menor titubeo, y que quería más a Joseph que a su propia esposa e hijos.

—El problema con Joe —le dijo Harry una vez a Timothy— es que cree que nadie le quiere sincera y completamente, excepto su hermana Regina y creo que aun con ella tiene también sus dudas. Quedó tan quebrantado por la muerte del señor Healey porque llegó a la conclusión de que el señor Healey le había tenido en gran estima. Creo que se sintió un poco perplejo ante esta conclusión. Alteraba sus propias conclusiones acerca de la gente durante algún tiempo, y a Joe no le agrada que sus netas conclusiones sufran modificación, ya que exige tiempo para volver a sentarlas. Creo que finalmente decidió, en beneficio de la claridad y la razón, que el señor Healey tuvo algún afecto por él, y que no tenía otros herederos, y así sucesivamente... —y Harry había extendido las abiertas manos expresivamente.

—Con frecuencia me pregunto por qué se casó con la señora Armagh —había comentado Timothy—. Ciertamente no tiene un sólido apego hacia ella. Es algo evidente para cualquiera.

—También me intrigó —dijo Harry—. Fue para mí una gran sorpresa. Joe no es de la clase de los que se casan. Creo que nunca le importó una mujer en toda su vida, excepto como una perentoria necesidad física. Sí, existe su hermana, naturalmente, pero ella es apenas una mujer para él —y Harry lanzó una rápida y solapada ojeada a Timothy que se limitó a afirmar con lenta inclinación de cabeza.

—A veces siento pena por la señora Armagh —dijo Timothy—, aunque ella es una dama por la cual es difícil sentir pena, con su carácter y cinismo, sus puntos de vista escépticos y su... bueno, su verdadera malignidad hacia las personas. No obstante, ella le quiere hasta el delirio. En comparación, sus hijos no son nada para ella.

—Hay que tener en cuenta que él es rico y fuerte, y esto les gusta a las mujeres —dijo Harry— y es guapo en cierto modo, duro e indiferente, lo cual al parecer atrae también a las mujeres. También yo siento lástima por la esposa de Joe.

En aquella calurosa tarde de agosto, tras la visita al abogado, Timothy regresaba a Winfield en el vagón privado de Joseph, que perteneció antaño a Healey. Sentábase ante una mesa revisando sus papeles. Joseph instalado en una silla cercana a las amplias ventanillas mirando a través de ellas, pero Timothy sabía que no estaba viendo nada del desfilante paisaje. ¿En qué pensarían hombres como Joseph Armagh cuando estaban a solas, o cuando se olvidaban de sus acompañantes? Timothy no era tan estúpido como para creer que Joseph solamente pensaba en el dinero y el poder, como otras personas afirmaban con mezquina envidia. El señor Armagh era un hombre, y a pesar suyo tenía las emociones, la sangre y los pensamientos de un hombre. No era una máquina ni una abstracción. La fuerza vital de la humanidad

podía estallar a través de la piedra. Aun cuando fuera contenida se acumulaba en las tinieblas esperando el día de la explosión.

¿Pensaba acaso Joseph en su hermano Sean? Timothy evocaba el día en que Joseph recibió una carta de Sean, la última que recibiría del riente, atolondrado y finalmente rebelde joven. Sean había abandonado Harvard sin siquiera despedirse de sus profesores y compañeros de estudios. A Sean le tenían sin cuidado ellos, así como la enseñanza disciplinada y las leyes que Joseph insistió estudiase. Sean quería cantar, reír con alegres compañeros, beber hasta caer inconsciente, pero siempre cantando, interpretar música jubilosa, y música bonita, y, como le dijo a Joseph, quería, sobre todo, vivir. Timothy les oyó en cierta ocasión enfurecidos mutuamente.

—¡Eres una piedra gris! —había gritado Sean—. ¡No eres un hombre, ni tienes nada de un ser humano! ¿Qué sabes tú de vivir y amar, del dolor muy adentro del corazón, del vértigo en el alma, si es que tienes una? ¿Qué sabes tú de privaciones, penas, hambre y angustia? ¡No sabes de nada, nada, salvo tu maldito dinero, y hacer más dinero no importa cómo, y al infierno con todo lo demás!

En su frenético apasionamiento y su sentido de agravio personal, Sean no había notado la súbita expresión espantosa del rostro de Joseph ni la lívida presión de sus labios. Y había proseguido:

—¿Qué sabes tú de soledad y pérdida de esperanzas? ¡Muy escasas veces viniste a verme en el orfanato! ¡Sí, ya me dijeron que estabas «trabajando», por el amor de Dios, y que no tenías dinero para visitarme! ¡Esto es mentira! Podías haber ahorrado algo de tu dinero para venir y decirme que pensabas en mí y te preocupabas por mí. Pero no lo hiciste. Ahí estaba yo, preso en el lodo de aquel maldito orfanato, entre monjas lloronas y sucios mocosos, sin ninguna belleza ni placer ni ensueños, y fuera estabas tú, olvidándome a mí y a Regina, no dedicándonos ni un pensamiento, ¡sólo haciendo tu maldito dinero! ¿Y qué ha hecho por ti tu dinero, dime, por favor? Nada. ¡Ni siquiera puedes disfrutarlo!

Joseph no había replicado. Su rostro se hizo aún más cadavérico, y Sean se puso aún más frenético acerca de sus «injusticias».

—¡Debiste odiarnos! Sí, te ocupaste de nuestro sustento, y esto casi debió matarte. Nos abandonaste cuando más te necesitábamos, como niños que éramos. ¿Y para qué? Sólo por dinero. Una vez, teniendo yo nueve años tuve una pulmonía. Nunca viniste. No era nada para ti. Probablemente acariciaste la esperanza de que me muriese.

Entonces se había levantado Joseph, y Timothy vio un largo y temible temblor por todo su cuerpo. Joseph alzó la mano en revés golpeando a Sean sin palabras pero con salvajismo cruzándole el rostro, y después abandonó la sala. Sean había gimoteado. Luego, aplicándose la mano en la inflamada mejilla, se desplomó en un sillón sollozando fuertemente con gran pena por sí mismo, y al darse cuenta de la presencia silenciosa de Timothy hizo más alegatos en busca de compasión. Timothy escuchó, y por fin dijo sin excitarse:

—Eres un perro, un cerdo egoísta, y no mereces ni un solo pensamiento más por parte de tu hermano. Sigue jugando. Esto es para lo único que sirves.

Ésta fue la última vez que Timothy viera a Sean Armagh que regresó a Harvard al día siguiente, tras las vacaciones de Navidad. Era su último año en Harvard, y Sean abandonó la universidad en primavera, desapareciendo. Solamente Timothy, enviado allá para indagar, se dio cuenta de que Sean había tenido mucho cuidado en llevarse de su precioso cuarto todo lo valioso que Joseph le había comprado, al igual que su mejor ropa y su refinado equipaje.

Fueron precisos varios meses para encontrar a Sean, y Timothy dirigió la búsqueda. Finalmente fue descubierto, desmelenado, borracho y desaliñado, riendo, bebiendo, bromeando y cantando por las tabernas de Boston. Algunas veces era acompañado por un violinista. Otras disponía de un viejo piano al cual podía hacer tronar, tintinear, gemir, gritar y bailar a su capricho. Tocaba y cantaba por un puñado de centavos, por cerveza y *whisky*, por comida gratis, por los aplausos, por la camaradería, por la aparente amistad de las tabernas, el aparente compañerismo y el calor admirativo. En pocos meses quedóse sin dinero y en harapos.

—No podemos dejarle morir de hambre —dijo Joseph con aquel terrible aspecto en su rostro cuando se mencionara a su hermano—. No podemos darle tampoco dinero en cantidad alguna. Lo derrocharía en poco tiempo con sus compañeros rufianes, borrachines y haraganes.

—Déjele que se muera de hambre —había dicho Timothy con desacostumbrada pasión y Joseph le miró repentinamente, estudiándole, y después sonrió levemente.

—No —dijo—. No podemos dejarle morir de hambre. No sé por qué, pero no podemos. Quizá será porque a su hermana no le agradaría. ¿Se aloja en alguna casa de huéspedes? Bien, ocúpese de que le entreguen diez dólares cada semana. Dígale a uno de mis muchachos en Boston que se los entregue a él, Tim.

Pero hacía ya dos años que Sean había desaparecido por completo, y desde entonces no se tenía la menor noticia de su paradero. Nadie sabía nada, o por lo menos juraba no saber. Podía haber sido asesinado, herido gravemente o muerto y enterrado en fosa común. Fueron pasados por la criba, hospitales, asilos de pobres, refugios para gente como Sean. No estaba en ninguna parte. A cada decepción, a cada término de una esperanza, Regina no decía nada aunque su semblante se tornaba más y más translúcido, encantador y etéreo, y dedicaba mayor atención a Joseph.

—Sean es como mi padre —comentó Joseph.

Regina se inclinó presionando su mejilla contra la de su hermano. Joseph la cogió de la mano como un niño y Timothy se maravilló de nuevo. Supo entonces sin la menor duda, que Regina Armagh acaparaba absolutamente el amor y confianza de su hermano. Y que ella sabía el cauce de los pensamientos de él como los propios, y que experimentaba hacia Joseph el más tierno de los amores, le conocía a fondo, sintiendo compasión de santa, y una enorme pesadumbre por él.

Joseph ya no hablaba de su hermano. Nunca trató que volviesen a buscarle. De

haber acudido Sean a él solicitándole perdón, Joseph le habría ayudado. Pero nunca podría perdonar a Sean. Sean estaba tan muerto para él como si le hubiera visto en su tumba. Nunca olvidaría. Regina debió adivinar porque evitaba hablar de Sean con Joseph, sino únicamente a Timothy y algunas veces se cubría el rostro con las manos y lloraba.

¿Estaba ahora Joseph, mientras el tren aullaba en su recorrido, pensando en algo de todo esto?, se preguntaba Timothy. No lo sabía. El duro perfil de Joseph estaba iluminado por el declinante sol. Nunca fumaba ni bebía. Rara vez asistía a fiestas sociales en Green Hills, Filadelfia, Boston, Nueva York, o en otras ciudades, a menos que estuvieran relacionadas con negocios. Tenía una esposa a la que no amaba pero que ocasionalmente le divertía o seducía un poco, y algunas veces hasta lograba hacerle reír cuando le provocaba o hacía mimosidades. Quizá sintiera cierto encariñamiento por ella. No era bonita, pero era encantadora en un modo vivaracho y procaz, y tenía un estilo de hablar agudo y divertido. Llenaba la casa con su recia voz irlandesa, sus risas, su complacencia en vivir, y sus amonestaciones a la servidumbre y los niños.

Rory y Ann Marie, mellizos, se aproximaban a sus cinco años. ¿Amaba Joseph a sus hijos? Era diligente por lo que a ellos se refería y frecuentemente le hablaba a su esposa acerca de su despreocupación concerniendo el modo de educarlos. No les era denegado nada y Timothy pensaba que esto era una desgracia. Los niños debían ser privados frecuentemente de caprichos como cuestión de disciplina. Quizá Joseph les tenía afecto, pero no les daba nada más que afecto. Tal vez, como había dicho Harry Zeff, tenía miedo de amar, receloso del amor, y cínico por encima de todo. ¿Y quién puede reprochárselo, pensaba Timothy, recordando a Sean? El cariño amoroso al ser traicionado, si no degenera en odio, se vuelve cautela, indiferencia y duda, temeroso de nueva herida. Excepto para su hermana, Joseph Armagh era un hombre sin alegría. Timothy sospechaba que no había disfrutado alegría en su vida y compadecía intensamente aquel hombre aislado y silencioso, aquel hombre que no tenía nadie por quien vivir, excepto su hermana. Quizá tuvo una vez alguien por quien vivir pero también desapareció.

Sin embargo, tenía un impulso de estímulo. Era obvio. La inercia, pensaba Timothy. Pero Timothy no sabía que el estímulo era la venganza contra un mundo que le había negado a Joseph Armagh los alicientes que permiten vivir, y le brutalizó y rechazó, privándole de las únicas cosas valiosas en la existencia: fe, esperanza y amor.

XXIX

El gobernador Hennessey había donado la mitad de la propiedad de su casa a su hija como regalo de bodas cuando se casó con Joseph Armagh. («De todos modos era de su esposa y no suya», comentó Joseph). Al cumplir sus veintiún años heredó ella la mitad de los bienes de su madre. La otra mitad fue a parar a Tom que ya estaba casado con la hija del diputado al Congreso.

Por esto vivía ahora en la grande y bonita mansión que había contemplado antaño, muchos años antes, en un atardecer de abril. El gobernador visitaba rara vez aquella casa. Él y Joseph no tenían nada que decirse el uno al otro, aunque Tom parloteaba cordialmente en presencia de su yerno, para cubrir los silencios de Joseph. Le decía a su hija que «adoraba» a sus nietos, aunque en cierto modo ellos con su presencia mortificaban la imagen que tenía él de sí mismo, de galán sin edad. Estaba ya en su sexta década y era tan fatuo, sensual y ambicioso como siempre. Su joven esposa venía con él en sus visitas a Green Hills, pero evidentemente ella y Bernadette nunca serían amigas y solamente se toleraban. Elizabeth era intrínsecamente una joven amable y comedida, y muy inteligente, y hacía tiempo que había perdonado, pero no olvidado, la traición de su marido. Pero más que a ninguna otra cosa él amaba a su hijito, Courtney, a quien él había «adoptado» como el hijo huérfano de un héroe muerto. Esto enardecía aún más los celos de Bernadette, y cuando el niño estaba presente ella o lo ignoraba o le gritaba ásperamente ordenándole que se comportase como era debido. No era tan quisquillosa con sus propios hijos, y perdonaba sus egoísmos y su tendencia a querellarse ruidosamente entre sí, y contestarle a ella insolentemente.

—Es una nueva época para los niños —solía decirle a Joseph—. Ahora hay que darles mayores libertades, y más independencia, y comprenderles mejor y no reprimirles tanto como hicieron con nosotros nuestros padres, Joseph.

Joseph pensaba en su riente y cantante padre, que para él había sido como un niño, y pensaba en su madre, que murió en agonía de temor por sus hijos y con desesperado amor. Joseph había replicado a su esposa:

—Tienes toda la razón, cariño.

Bernadette que detectó una nota ambigua en la voz de su marido, le miró escrutadora, diciendo:

—Bueno, debes recordar seguramente cómo tu padre te castigaba severamente por la menor cosa, y cómo tu madre nunca te demostró afecto y estaba siempre regañándote.

Joseph nunca le aclaró la verdad. Estaría por encima de su comprensión. Para Bernadette, Joseph fue un «pobre mozo irlandés» que había venido a Norteamérica con su madre, hermano y hermana, haciendo una fortuna por sus propios esfuerzos y también por el testamento de Healey. Nunca tuvo curiosidad por los difuntos padres

de Joseph. Nunca sintió curiosidad acerca de su vida pasada, ya que Bernadette vivía en el presente. Pero estaba desesperadamente celosa de Regina, que vivía en aquella casa, y la odiaba y anhelaba que se casase para que se fuera «y me deje en paz con mi adorado», pensaba a menudo. Le había complacido lo referente a Sean. Nunca le había gustado pese a que habitualmente le atraían los hombres guapos. Cuando miraba a la regia Regina se decía a sí misma: «¡Andrajosa irlandesa!», y esto la consolaba. Una vez Regina estuviera fuera de aquella casa aquello sería ya el fin de los «otros Armagh».

Estaba dando interminablemente fiestas para presentar a Regina a jóvenes candidatos que se entusiasmaban por ella al primer vistazo y con el dinero del hermano. Obligó a Regina a ir con ella a la nueva casa de Joseph en Filadelfia, donde él permanecía a menudo semanas, y allá daba bailes, cenas y veladas para poner de relieve a Regina. Ella misma fue perseguida por los jóvenes. Regina lo era incesantemente. Pero Regina rechazaba sonriente todas las ardientes insinuaciones, aunque lo hacía con amabilidad. Su morena belleza era una irradiación que atraía tanto a hombres como mujeres, jóvenes y viejos. Le bastaba colocarse un vestido sencillo y era algo fascinante en su encantadora figura. Joseph le había regalado un magnífico aderezo de zafiros, pero no eran más brillantes que sus azules ojos entre aquellas extrañas pestañas doradas. Sus brazos eran largos, blancos y redondos. Era demasiado alta para una mujer, pensaba Bernadette, pero tenía una gracia que ninguna otra mujer parecía poseer.

—¡Es una espantosa solterona sin sensibilidad! —se lamentó Bernadette a Joseph—. Me temo que la pobre Regina es muy estúpida. Apenas habla, y cuando lo hace se pone tan seria que me enferma. ¿Es qué no tiene la intención de casarse nunca? ¡Qué horrible, si fuera así! —pero Bernadette no creía que Regina no quisiera casarse.

—Deja tranquila a la chica, por Dios —dijo Joseph—. A veces resultas una arpía.

—¡No es ya una chica! —rebatió Bernadette llameantes de celos los ojos—. ¡Tiene veintitrés años, lo mismo que yo! —Al no contestar Joseph, alzó Bernadette los brazos redondeando más los ojos como si estuviera desesperada—. ¿Por qué no me ayudas a conseguir que Regina se case? ¿Es qué no tienes afecto por tu hermana? ¿La quieres ver mustiarse en vejez de solterona, sentada junto a la chimenea?

—Quizá Regina prefiere su vida tal como es —dijo Joseph.

Recordaba el día en que cumplidos ya los dieciocho Regina le dijo que le tenía un gran cariño pero que ya era tiempo que ella se fuese. Intentó olvidar aquel día, y no se habló más de ello, pero el temor vivía en él como una serpiente enroscada y tensa. Cuando Bernadette hablaba de casar a Regina no era un tema molesto para él. Hasta el matrimonio y la separación que el matrimonio acarrearía entre hermano y hermana, era preferible a... aquello. Cualquier cosa bajo el maldito sol de Dios era preferible a... aquello. En consecuencia empezó a ser en cierto modo un aliado de Bernadette, para gran consuelo de ella. También él comenzó a pensar en un marido para Regina. Pero Regina no se casaba.

Bernadette, que era tan cínica en materia de religión como lo era para todo lo demás, excepto para Joseph, hizo ansiosas novenas promatrimonio de Regina. Si Regina se casaba, decía en sus oraciones, ella aprendería a quererla. Seguramente a la Bendita Madre no le gustaba que ella odiase a Regina, aunque no era naturalmente «mi culpa». Y Bernadette hostigaba con sus invocaciones a los santos, a Dios y su Bendita Madre, para conseguir que Regina se fuera de la casa.

—¿Qué tienes en contra del matrimonio? —le preguntó una vez a Regina.

—¿Yo? Nada en absoluto, querida Bernadette —dijo Regina sorprendida, con matiz divertido en su clara y dulce voz—. Opino que es un estado sagrado, tal como enseña la Iglesia.

—¿Entonces por qué no ingresas? —pidió Bernadette—. Todo el mundo piensa que es muy extraño que no estés todavía casada, a tu edad. ¿Por qué no te enamoras?

«Pero, si estoy enamorada», pensó Regina, y sus ojos se inundaron de lágrimas. «Mi corazón se muere de amor. Mi espíritu está lleno de amor. No pienso en nada, salvo en mi amor».

En voz baja y escrutadora preguntó ella:

—¿Amas a Joseph, verdad, Bernadette? ¿Le amas verdadera y eternamente?

—¿Cómo puedes ni siquiera preguntarlo? ¡No debiste ni atreverte a preguntarlo! —gritó Bernadette, y sus redondos ojos destellaban de emoción y cólera—. Le quiero más que a nada en el mundo. Todo cuanto hay en el mundo no es nada para mí, comparado con Joseph.

—Lo sé —dijo Regina, y supo también que había llegado finalmente el momento y podría irse en paz—. Recuerda siempre esto, Bernadette. Aférrate bien a mi hermano. Necesita amor más que nada en este mundo, y ha tenido tan poco... Ayúdale. Consuélele.

Todo esto resultaba muy extraño para la vociferante Bernadette, y se quedó desacostumbradamente muy quieta mirando fijamente a Regina.

—¿De qué me estás hablando? ¡Consuélele, ayúdale! ¿Es que no hago otra cosa sino esto, por todos los santos? Él es mi vida. No existe nada más. ¿Por qué iba él a necesitar consuelo ni ayuda? Estoy aquí, ¿no?

—Sí, querida —dijo Regina y besó a Bernadette en su estrecha, redonda y pecosa frente, antes de irse.

Bernadette quedó nuevamente intrigada. Ahora su figura era plenamente de matrona, pero todavía agradable, y llevaba siempre faldas elaboradamente drapeadas para darle altura, y destellaba siempre con brazaletes, pendientes y peinetas enjoyadas, y siempre se movía con vivacidad. Opinaba íntimamente que Regina parecía una infeliz con sus vestidos tan sencillos y aquella simple manera de peinarse. Regina no mostraba más vida que una muñeca de cera. Además tenía una pequeña nariz aquilina y no respingona y encantadora como la de ella. ¿Por qué, pensaba exasperadamente Bernadette, todo el mundo opina que es tan bonita? Aparte una cierta prestancia y una hermosa tez, carecía de espíritu y brío.

Dos días después de que Joseph regresó a Green Hills, desde Titusville, Regina fue a los aposentos de su hermano en la gran casa plena de ecos, los aposentos que fueron antaño del gobernador Hennessey. Había hecho retirar todo el mobiliario barroco y recargado, y las cortinas bordadas, reemplazándolo por sobrias mesas, sillas, sofás, sencillas alfombras y rectos cortinajes, sin ornamentos ni chucherías, excepto varias pinturas valiosas que colgaban de paredes pintadas en matices apagados. Bernadette entraba rara vez en aquellas habitaciones, porque la deprimían. Todos aquellos libros, aquella gran mesa despacho de caoba, la estrecha y lisa cama... era como la leonera de un hombre pobre. Ella ocupaba las habitaciones de su madre, que embelleció a su propio y afiligranado gusto, que propendía hacia los dorados, el terciopelo, la seda y los colores fuertes.

«Siempre he sido como una forastera en esta casa», pensaba Regina mientras subía las escaleras hacia las habitaciones de su hermano. «Nunca he tenido un hogar excepto en el orfanato». Estaba plenamente decidida aquella noche, pero su garganta y pecho le dolían en ardores, y rezando en voz baja le parecía que sus pulmones estaban paralizados y que no podía respirar. Un frío sudor la invadía, su corazón palpitaba con tremenda fuerza, y jadeante suplicó: «Oh, Dios mío, mi amado Señor, ayúdame, ayúdame». Pero no hubo respuesta y sintió una vacía frialdad en su estómago y un debilitamiento en sus piernas. Volvió a rezar: «Ayúdame a conseguir que Joseph comprenda, amada Madre Bendita. Ayúdale a convencerse de que debo ir hacia mi Amor, hacia el único matrimonio que deseo y he deseado siempre, desde que era una niña».

Sintió vahídos y se detuvo en lo alto de las escaleras para recobrar el aliento. Pensaba en su hermano y en el dolor que estaba a punto de infligirle y se encogió trémula al sólo pensamiento, cubriéndose la cara con las manos y meneando la cabeza lentamente a un lado y otro. Temblaba tan fuertemente que por fin tuvo que apoyar la mano en la pared para evitar caerse. ¿Qué era lo que temía? El dolor de su hermano, y sólo ella sabía lo violento que podía ser el dolor de él aunque fuera silencioso. Pensó en Sean, y de nuevo se encogió vacilante. Sean le había abandonado y ahora ella debía abandonarle, para nunca volverle a ver, excepto como una sombra, una imagen imprecisa. Ella oiría su voz, pero no vería cómo los años le agrisaban y arrugaban. Su más apremiante aflicción consistía en que era muy probable que la voz de Joseph nunca volviera a oírla, y que ni siquiera viese su sombra. La cólera de Joseph era total, y Joseph nunca perdonaba ni olvidaba.

—Ayúdale —rezó en voz alta—. Debo hacerlo, y él debe comprender, debo saberlo. Ayúdale.

Regina no había conocido hasta entonces el miedo, y tenía un sabor del hierro frío en su paladar. Nunca había conocido tamaño dolor y era agobiante. Soportó las privaciones de su niñez con tranquilidad y sin quejas, porque para ella resultaba una vida de la máxima riqueza espiritual y no de privaciones y hambre. Nunca comprendió plenamente la sublevación de Sean, ni sus rebeliones e impacencias. El

dolor y el miedo no le eran familiares, y sintió terror ahora ante su presencia. Eran lacerantes. La asaltaron con violencia y casi la hicieron desistir. Después, tras unos instantes de lucha, sintió una nueva fuerza y resolución y yendo a la puerta de Joseph, repicó en ella.

La cena hacía ya tiempo que terminó. Rory y su gemela Ann Marie estaban en su aposento infantil. La servidumbre había ido a sus alojamientos. ¿Dónde estaba Bernadette? Sin duda en su alcoba, aplicándose cuidadosa y ansiosamente diversos cosméticos en su redondo y algo plano semblante juvenil, o cepillándose la cascada de lacios cabellos castaños. Joseph nunca pasaba sus veladas en compañía de su esposa. Regina titubeó, acometida por un nuevo pensamiento. Seguramente Joseph amaba a su esposa o nunca se habría casado con ella. Joseph no era hombre fácil de emocionar ni persuadir. Todo lo hacía con fría deliberación. Quiso casarse con Bernadette, y se casó con ella. No cabía pensar otra cosa. «Seguramente la ama», pensó Regina y oyó a su hermano invitándola a entrar.

Joseph conocía su modo de llamar y estaba colocando a un lado su libro cuando ella entró y su rostro taciturno mostró una distensión y un agrado que ninguna otra persona jamás suscitaba en él. Era casi la sonrisa de un amante, iluminando el azul de sus ojos. Se levantó para saludar a su hermana, alto y cóncavo de cuerpo, y severamente vestido hasta en la intimidad de sus propias habitaciones. Nadie le había visto jamás desaliñado, ni siquiera su esposa, y tenía siempre un aspecto compacto y a la vez enjuto, con la fuerza *alambrina*^[20] de sus paisanos.

—Hola, Regina —dijo, y cogiéndola de la mano la hizo sentarse en una silla de cuero cercana a la suya. Bajó un poco el resplandor de su lámpara de mesa para que no la hiriese a ella en los ojos.

Regina temía abordar aquello que debía decir, por lo cual demorándolo dijo en cambio:

—¿Qué estás leyendo. Joe?

—Jurisprudencia. Siempre leo códigos legales —y pensó en lo que había dicho Cicerón: «Los políticos no son paridos. Son excretados». Pero era una cita difícil de mencionar ante una joven dama, y sonrió nuevamente—: Es una lectura valiosísima. ¿Cómo puede saberse qué ley es beneficiosa para quebrantarla a menos de conocer que existe tal ley?

Pero ella no sonrió como él había esperado. Sentóse frente a ella.

—Joe, yo desearía que no estuvieras siempre tratando de dar la impresión que eres un villano. Sabes muy bien que no lo eres.

Le gustaba bromear con Regina. Sin embargo vio que ella estaba seria y acongojada.

—Celebro que tengas una buena opinión de mí, Regina.

Ella bajó la vista hacia sus manos que había entrelazado en el regazo.

—Joe, querido, hasta el fin de mi vida siempre tendré una buena opinión de ti, aunque...

Instantáneamente estuvo él alerta.

—Aunque... ¿qué?

Ella inclinó un poco más la cabeza por lo que él solamente podía ver su blanca frente y el arco de su nariz, y se preguntó con súbita alarma si aquella muchacha que vivía enclaustrada tenía algún leve indicio de lo que él era realmente. Ella era más su anfitriona que lo era la alborotadora Bernadette, ya que tenía más equilibrio sereno, amabilidad y buena educación natural, y por ello había recibido el homenaje de muchas de sus relaciones, entre ellos algunos de los más malignos y expeditivos politiqueros y hombres de empresa. Había conocido ella a los hombres que trabajaban para él como gerentes de sus incontables empresas y todas sus ramificaciones. Nunca le ocultó a ella las maniobras que emprendía para llevar a la atención pública ciertos políticos, y lograr que fueran designados y después electos, aunque tuvo cuidado de no permitir que ella supiera el cinismo de aquellas maniobras ni los móviles por los cuales él respaldaba a aquellos individuos con dinero y publicidad en sus periódicos. Dio por sentado que ella creía que esto era lo habitual en la política y que siempre eran los «mejores hombres» los electos. Conoció a todos ellos no solamente en la casa de Green Hills sino en Filadelfia y en sus residencias de Nueva York y en Boston. No obstante, había estado convencido de que la propia inocencia de su hermana la preservaba de conocer la verdad y adivinar la clase de bribones que se inclinaban sobre su mano.

Súbitamente pensó en Tom Hennessey, y miró con penetrante fijeza a Regina reiterando:

—Aunque... ¿qué?

—Quise decir —contestó la muchacha quedamente— aunque dejases de quererme como hermana tuya.

Quedó aliviado no obstante tener la sensación de que ella había sido evasiva. Ahora alzó ella la mirada y él vio lágrimas en sus ojos.

—¡Por Dios, Regina! ¿Cómo podría yo jamás dejar de quererte?

—¿Prometido? —dijo ella, como una niña, y trató de sonreír.

—Lo prometo —pero su inquietud aumentó.

—¿Aunque me vaya de tu lado, Joe?

Él no contestó inmediatamente. Sus ojos se fijaban en ella intensamente y por vez primera vio ella algo en ellos que la atemorizó. Pero él indagó con bastante calma:

—¿Por qué ibas a separarte de mí? ¿Piensas casarte, Regina?

—En cierto modo —replicó ella, y apenas pudo él oírla, porque de nuevo había bajado la cabeza—. El único matrimonio que jamás deseé.

Se puso él en pie como impulsado por resortes, pero no dijo nada, limitándose a mirarla. Le tendió ella la mano pero él no la aceptó.

—¡Oh, Joe! —dijo ella y era una exclamación dolorida—. Ya sé que prometí no hablarte más de ello... cuando tenía cerca de dieciocho años. He intentado, Joe, he intentado con todas mis fuerzas, alejar mi propósito... apartarlo a un lado. Pero ha

ido creciendo con mayor fuerza y mayor exigencia durante todos estos años, y ahora ya no puedo resistirme más. Debo ir. A la Orden de las Carmelitas, en Maryland. Debo irme inmediatamente. ¡Oh, Joe, no me mires de este modo! No puedo soportarlo. Debes saber que esto lo he deseado toda mi vida, desde que pueda recordar, hasta como niña muy pequeña en el orfanato. Cuando te hablé por vez primera de ello me dijiste que era demasiado joven para conocer mi propio deseo, y que debía ver el mundo, y, Joe, no puedo soportar este mundo. Una vez me dijiste: «Un hombre inteligente y sano encuentra este mundo horripilante y demente», y es completamente cierto. No quiero formar parte de este mundo, Joe. Ya no puedo más.

En su agitación se levantó permaneciendo ante él que la miró con una expresión que la aterrorizó. Pero deglutió su creciente miedo, y entrelazó apretadamente sus manos ante él y su rostro le imploraba que comprendiese.

—¿Qué sabes tú lo que es vivir? —preguntó con voz de tan inmensa aversión que ella retrocedió un paso—. Una chica de convento. Puedes tener veintitrés años, pero sigues siendo una colegiala. Te he llevado a Europa y a docenas de capitales de aquí, pero no ejercieron impresión en ti. Ni las viste siquiera.

—Sí que las vi, Joe.

—De haberlas visto en alguna te hubiera gustado residir. Pero las monjas te cegaron, hicieron de ti una boba, te sedujeron con insensateces, supersticiones y fantasías medievales, llenando tu mente con sueños idiotas, visiones y mitos. Te destruyeron, hermana mía.

—No, esto no es verdad. Ni una de ellas me sugirió siquiera que yo tenía la vocación...

Joseph estalló en ronca y áspera carcajada:

—¿Vocación? ¿La vocación para qué? ¿Prisión? ¿Aislamiento? ¿Interminables oraciones necias? ¿Sacrificios? ¿Para qué? ¿Por quién? ¿Con qué finalidad? ¿Qué propósito?

Se le ocurrió a ella, aun en medio de su temor, el descabellado pensamiento de que él era como un hombre luchando desesperadamente y agónicamente por su vida, su propia vida. Hasta jadeaba en breves resuellos, abriendo y crispando las manos. Apenas podía ella reconocer su rostro. Y prosiguió con la entonación más cruel que jamás oyó ella:

—Todo fue desperdiciado contigo, todo lo que yo... No sabes nada de nada. Nunca tuviste que luchar por nada, ni trabajar por nada. Has vivido en el lujo desde que tenías trece años, el lujo que yo conseguí para ti. Probablemente te ha empalagado, y entonces te volcaste hacia los misterios y las imaginaciones ocultistas, ¡impulsada por el propio aburrimiento ocioso! ¿Qué te he negado yo jamás? Yo te di...

Se interrumpió un instante y su resuello era más fragoroso aún.

—Yo te di mi vida, y todo lo que en ella pudo haber. Yo pensaba haberte dado también el sentido de la realidad, esclarecimiento, instrucción, que toda mujer sensata

ha de tener. Te di el mundo por el que luché, y ahora me sales con vaporosidades, simplezas y esquiveces infantiles y me dices que todo fue para nada, que no quieres lo que te he dado. Dices que quieres fríos suelos de piedra en que arrodillarte y rezar tus estúpidas y vanas plegarias, y confesar pecados que nunca cometiste, y ocultarte tras celosías para que nadie vuelva a verte jamás. Quieres esconderte. ¡Sí, quieres esconderte! ¡Eso es lo que deseas!

—Joe... —suplicó ella, pero movió él la mano ferozmente para silenciarla.

—¿De qué te estás escondiendo, Regina? Del mundo, dirás. Pero el mundo nunca te maltrató como a mí me ha maltratado. Nunca te mostró su verdadera faz como me la mostró a mí. ¡No sabes nada, tonta, no sabes nada! Y en tu estupidez te recreas a ti misma con románticas ilusiones de una vida enclaustrada, donde todo es incienso y lirios blancos, y lindas estatuas, serenidad imbécil y música pía... ¡y aquellas oraciones bobaliconas! Estás aburrida. ¿Por qué no te casas, como todas las mujeres se casan, y tienes hijos y vives la vida que las demás mujeres viven con satisfacción?

El mentón de Regina cayó sobre su pecho y Joseph, en su rabia furiosa, la odió como se odia a un traidor. La corona de su negra cabeza relucía a la luz de la lámpara. Estaba muy quieta, en su túnica de tejido marrón que de pronto a él le pareció un hábito de lo más feo y aborrecible que jamás viera. Quería pegar a Regina, golpearla hasta derribarla al suelo, y a la vez que sentía el impulso también sentía un estrujamiento de intolerable angustia dentro de sí, un dolor desintegrante. Le era también familiar, y porque le traía evocaciones de otras dos mujeres, tartamudeó duramente:

—¡Preferiría verte en tu ataúd! ¡Preferiría verte muerta!

Percibió ella el tormento en su voz, la desesperación, el frenético sufrimiento, y alzando la mirada su rostro estaba lleno de compasión y cariño al igual que de temor.

—Joe, no lo comprendes. Yo amo... yo quiero servir, aunque sea solamente con oraciones. Yo amo... Joe.

—¿Qué es lo que amas? —exclamó con otro ademán brusco—. ¿Qué Dios? ¿Qué necesidad es ésta? ¡No hay Dios, maldita tonta sensiblera! No hay nada a quien servir, nada a quien rezar, nada que pueda oírte, nada que tenga misericordia. Lo sé. Mi padre yace en la fosa común de los pobres y los huesos de mi madre yacen en el mar... a pesar de todas sus oraciones y toda su fe y toda su caridad. He visto a centenares morir del hambre, hombres, mujeres, niños, infantes, viejas abuelas... yaciendo en las zanjas de las carreteras mordiéndose las manos en sus últimas convulsiones de hambre. ¿Acaso les oyó tu Dios, o le importó, o envió a sus ángeles a alimentar a aquellos inocentes? Aquellos de nosotros que sobrevivimos fuimos rechazados de los puertos de este país, o bien para regresar a Irlanda a morir de hambre o para errar como vagabundos en los barcos con la esperanza de un puerto, de un mendrugo de pan... literalmente, un mendrugo de pan.

Aspiró a fondo para recobrar aliento, y aún jadeante, remachó:

—¡Tonta irracional! ¡No conoces nada de este mundo! ¿De dónde supones que

procede gran parte de mi dinero? De guerras conspiradas, de guerras planeadas. ¿Estuviste nunca en un hospital para soldados heridos y moribundos, más jóvenes que tú? ¿Les cuidaste y vendaste sus heridas? ¿Qué sabes tú de este maldecido mundo? Yo te digo que es un infierno, y la matanza de inocentes sigue día tras día en cada nación. Y ningún Dios ayuda, ningún Dios oye, a ningún Dios le importa. ¡Y esto, por Cristo, es lo que quieres servir! ¡Una mentira, una superstición, un mito, un monumental engaño y fraude, algo que nunca existió ni existe!

En aquel penumbroso cuarto retumbante con ecos de gritos, dijo Regina:

—Es precisamente por un mundo así por el cual debo rezar y servir con mis plegarias. ¿Por qué execras a Dios por la maldad del hombre? El hombre tiene su elección. Si elige el mal es su libre voluntad y ni siquiera Dios quiere, o puede, interferirse. Ya sé que no tienes fe, querido Joe. Sería inútil por mi parte intentar convencerte... ¿porque quién puede hablar sobre el entendimiento del corazón y el alma? Está hincado y no puede explicarse. Yo siento compasión por este mundo. Crees que no sé nada —y su boca tembló pero sus ojos resistieron resueltamente los suyos—. Pero sé demasiado, Joe. ¿Quién soy yo para reprocharte a ti que hiciste todas las cosas por tu familia? No creo que ni siquiera Dios te lo reproche... demasiado. En cierto modo, Joe, tu vida entera ha sido una plegaria... por aquellos que no merecieron tanto sacrificio... Sean y yo. No, no. No lo merecíamos. Dudo que nadie se merezca tanto altruismo.

Joseph quedó desconcertado, aún en su furia, desprecio y rabia. Se esforzó a cesar en su jadeo. No pudo hacer cesar el duro clamor de su corazón, pero habló con razonable calma:

—Si piensas y crees eso, ¿cómo puedes resolverte a querer dejarme, desertarme, traicionarme, por la nada, por una mentira, por la vaciedad?

—En realidad, no te dejo, Joe, ni deserto ni te traiciono. Nunca estarás fuera de mis plegarias, cariño mío. Solamente te querré aún más profundamente, y le estaré aún más agradecida. Estarás siempre en mis pensamientos, porque, en este mundo, eres para mí el único ser querido.

Se mantenía de pie ante él, alta y esbelta y encantadora, muy pálido el semblante, sus hermosos ojos brillantes y ahora sin temor, y él tuvo una súbita y aborrecible visión de toda aquella gloria enclaustrada entre muros de piedra, y de aquellas voces elevadas en preces, y de aquella tierna carne yacente sobre piedra en extática postración ante... ¡Demencia! Sintió una sensación casi voluptuosa de horror y revulsión que apareció en su expresión y de nuevo Regina retrocedió un paso con renovado miedo.

—No permitiré que te vayas. No permitiré que te destruyas —dijo él.

—No estaré destruyéndome, Joe. Estaré salvándome.

Pero ahora ella sólo podía sacudir la cabeza desvalidamente, una y otra vez, como si no tuviera dominio de sus propios movimientos. Observándola quería tomarla entre sus brazos, retenerla salvajemente y también quería matarla. Finalmente dijo ella:

—Yo quise que tú comprendieras lo que siento, querido Joe. Sabía que te causaría pena y te enfurecería. Pero pensé que quizá podrías comprender un poco referente a mi propia felicidad, porque no hay felicidad para mí en este mundo ni nunca la habrá. Debo ir donde hay paz y oración y penitencia. Es todo cuanto quiero; no hay nada más. Si comprendieses siquiera esto, dirías: «Vete, hermana mía. Cada uno debe hallar la felicidad, o por lo menos la paz, a su propia manera».

—¿Felicidad? —exclamó él con nueva e indomitable repugnancia—. ¡Necia palabra hueca! Nunca existió tal cosa excepto para los hipócritas, y mentirosos y los locos. Nunca hubo paz alguna, y nunca la habrá en este mundo, y este mundo es todo lo que conocemos y jamás conoceremos. Debemos contraer nuestros compromisos con él, y aceptarlo. ¡Pero tú quieres huir de él! Si esto no es debilidad y cobardía me gustaría saber qué es.

De nuevo sacudió ella la cabeza con desesperanza. No podía hablar del gran amor en su alma, de su gran y humilde aceptación y del júbilo en esta aceptación, porque serviría únicamente para enfurecer aún más a su hermano. Dijo por fin:

—Debo ir, mi muy querido Joe. Ya hice todos los arreglos. Me voy mañana por la noche. No te lo dije antes porque temía... temía mi propia vacilación... que pudieras persuadirme... Pero nada puede ya apartarme de mi decisión, ahora. Nada. Ni siquiera tú, Joe.

Le miró implorante pero él clavaba en ella los ojos fijamente con frío odio, como un hombre traicionado y, pensaba él, traicionado con malicia y presuntuosa satisfacción. Pensó en Sean que le acusó con una crueldad superando la suya propia, abandonándole. En consecuencia, dijo con voz tan queda que Regina apenas casi le oyó:

—Vete, y vete al infierno, perra. Fuera, fuera vosotros dos. No erais dignos ni de un solo año de mi vida. No valíais ni siquiera una hora... ninguno de los dos.

—Lo sé. Solamente yo lo sabía, Joe —dijo Regina, y abandonó silenciosamente la habitación.

La vio desaparecer. Había creído que conoció toda la desolación posible que un hombre pudiera soportar, pero ésta era la peor de todas. Ahora ya no tendería la mano para detener a su hermana, aun si hubiese podido detenerla. Ella se había convertido en tan muerta para él como su hermano y tan aborrecible.

Regina dirigióse a su propia habitación arrodillándose en su reclinador ante el crucifijo en la pared, lloró silenciosamente y trató de rezar pero en ella ahora solamente había pena y una última remembranza del rostro de su hermano.

Bernadette fue despertada en su habitación por las altas exclamaciones y gritos de su marido y de puntillas pasó al largo y cálido vestíbulo para escuchar. Oyó la mayor parte de la conversación entre Joseph y Regina y había sentido un inmenso regocijo. Ahora se vería libre de aquella simple, Regina, y Joseph asimilaría finalmente que no tenía a nadie más en el mundo sino a su esposa, fiel, adicta, infinitamente amante.

Al día siguiente no apareció para nada Joseph. Cuando Regina, sollozante le

confió a Bernadette que debía irse y sus razones, Bernadette dilató los ojos comprensivamente, con simpatía, y pronunció las más tiernas palabras de ánimo y dio a Regina los más cordiales abrazos.

—¡Naturalmente que te comprendo, cariño! —exclamó—. ¡Nunca conocí hasta ahora a nadie que tuviera la vocación, pero lo comprendo! No puedes resistirla. Sería un pecado resistirla. No te preocupes por Joe. Yo le consolaré y con el tiempo también él lo aceptará y comprenderá.

Así Regina quedó confortada y nunca supo que había sido consolada por una joven que la despreciaba, que estaba muy contenta por perderla de vista, y que sus consuelos fueron falsos e hipócritas. La muchacha se fue con más paz de ánimo de lo que creyó posible, abrazándose con fuerza por última vez a Bernadette que la acompañó a la estación con su escaso equipaje. «Ya parece exactamente una monja, la muy zopenca», pensó Bernadette, mientras murmuraba contra la mejilla de Regina las más extravagantes promesas, con júbilo en el corazón y el más hondo alivio.

Cuando finalmente apareció Joseph el día después de la partida de Regina, Bernadette era toda indignación contra Regina y compasión hacia él, pero Joseph la miró fijamente y especificó:

—Por favor, no hablaremos de ella nunca más.

XXX

Joseph recibió una interesante carta del abogado Spaulding cierto frío día de septiembre, dirigida a la casa de Green Hills. Después de las preliminares efusiones de amistad y adhesión, decía, con la máxima delicadeza:

«Nuestros amigos aceptaron la contribución al Partido con agradecida sorpresa por la inigualable generosidad de usted, que, declararon, demostraba la gran preocupación que usted siente por la nación y su prosperidad. Se ocuparán inmediatamente de los otros asuntos que encarecidamente elevé a su atención, y confío que quedará usted complacido por los resultados».

Después de cariñosos buenos deseos concerniendo a la familia de Joseph, el abogado añadía lo siguiente: «No me sorprendería que recibiese usted la visita casi inmediata de un mutuo amigo. De ser así, ruego le haga extensiva mi respetuosa consideración».

Quemó Joseph la carta al instante, pero permaneció rumiando su contenido con sombría y vengativa satisfacción. Necesitaba esta satisfacción porque su vida se había hecho apenas tolerable desde la «deserción» de Regina que componía ahora un solo cuerpo con las crueles acusaciones y huida de Sean. Sentíase solo como nunca hasta entonces en toda su vida, y si algún sentimental hubiese elogiado sus riquezas, su esposa y sus hijos habría estallado en una carcajada y su entonación no habría sido agradable. Nunca había pensado antes en emplear a su familia como fuente de venganza, pero en aquellos días pensaba en ello constantemente. Con frecuencia, en el pasado, había contemplado la idea del suicidio, pero sólo como al azar aunque el impulso fuera breve y agudo. Ahora la idea efectuaba su intrusión varias veces al día y con una pasajera pero atractiva sensación de alivio. Supo por fin que un hombre debía hallar su motivación de vivir en sí mismo y no en los demás que podían traicionar sin la menor vacilación, y hasta sin malignidad.

Algunos hombres vivían para su país, otros por algún increíble Dios, y algunos para sus familias. Pero Joseph había llegado a asimilar que todo eso eran exterioridades que no estaban identificadas con la propia identidad del hombre, excepto tal vez, aquel Dios —o el mito de Él— que había seducido a su hermana llevándosela de la casa de su hermano. Esto, para Joseph, era la máxima locura y la máxima traición secreta de la propia integridad. Nada abstracto adquiriría carácter de verdad en la perentoria cercanía que para el hombre suponían las necesidades, apetitos y supervivencia. Esto podría tal vez llamarse animalismo, pensaba Joseph, pero, excepto por unos cuantos santos demenciales que de todos modos nunca conocieron el mundo, ¿qué alienta en la historia del hombre sino el animalismo? Había llegado a odiarse a sí mismo por haber privado su juventud de todo goce, aventura o investigación de posibles placeres al alcance, por pensar sólo en su familia. A veces se preguntaba si no estuvo él mismo un poco loco al considerar su

propia existencia como valiosa solamente en relación con Regina y Sean, y que carecía de valor como entidad personal individual. Pensaba a menudo en el señor Healey que había vivido solamente para él mismo y en consecuencia encontró la vida interesante, excitante y compensadora, y murió en plena complacencia. No había muerto con tristeza ni con sombría venganza alentando en su corazón. Nunca había dedicado su vida y su tarea a otros, ni consideró nunca a los otros más merecedores que él mismo ni que tuvieran que ser servidos antes de que fuera él servido. Y así nunca fue traicionado, porque nunca dio a otros una ventaja sobre él, y nunca halló una necesidad de odiar ni fue provocado a odiar. Y, al pensar primero en sí mismo y sirviendo a sí mismo, podía ser bondadoso y con frecuencia justo y solícito para otros. En resumen, el señor Healey tuvo amor propio que era algo enteramente distinto al orgullo, y algo que nunca había querido Joseph.

Un hombre que vivía para «otros» mataba la única cosa que era válida en un hombre: su propia conciencia de sí mismo y su propia identidad. Cancelarse uno mismo era un crimen contra la vida. Joseph consideraba a Sean y a Regina como adversarios que le habían destruido, uno con su egoísta crueldad, la otra al hallar a Alguien por cuya adoración dejó de considerarse necesaria para su hermano.

—Últimamente te entiendo menos que nunca —se quejó Bernadette—, aunque nunca fuiste un marido o padre infatuado, ni atento conmigo como otros maridos con sus esposas. ¿Es que no sabes que te amo con ternura y necesito de tu fuerza y consuelo? Me evitas; rara vez hablas, nunca sonríes. ¿A quién más tengo sino a ti?

Por un instante esto alejó a Joseph de sus negros pensamientos y meditaciones. Fue con áspera compasión que le dijo a Bernadette:

—¡No seas necia! ¡Vive para ti misma, no para mí ni para otra persona! Tú tienes... a ti misma. Esto es más importante que tu esposo o tus hijos. Nunca dependas de nadie por nada. Eso es desastroso.

Bernadette desconcertada preguntó llenándose sus ojos de lágrimas:

—¿Qué tiene una mujer salvo su familia... su marido?

Joseph hizo un gesto brusco, como ausente:

—Piensa en lo que esto hizo con tu madre —dijo, marchándose.

Por vez primera en su joven existencia, ella sintió la frialdad de la desolación, su terrible lóbreguez. Ni siquiera la «defección», como decía ella, de su padre, la había afectado tanto. Sus emociones, excepto su pasión por Joseph, era más o menos superficiales, explosivas y de corta duración, y podían ser fácilmente aplacadas. Ahora lloró como una mujer y no como una niña.

El gobernador Tom Hennessey envió un breve telegrama a su yerno:

ESPÉROME EN GREEN HILLS PRÓXIMO JUEVES PARA CONSULTA NEGOCIOS.

Al leer este telegrama Joseph sonrió levemente regocijado. Informó a Bernadette que emergió de una de sus frecuentes murrias desde la última conversación con su marido.

—¡Daremos una fiesta! —exclamó.

Pero Joseph objetó:

—Cariño, sepamos primero cuánto tiempo podrá tu padre permanecer con nosotros. Tal vez tenga que regresar a Filadelfia casi inmediatamente.

Un carruaje fue enviado a la estación a recoger al gobernador, y Bernadette fue en el vehículo. Quería hablar privadamente con su padre antes de llegar de regreso al hogar, y él, indudablemente, le explicaría exactamente lo que Joseph quiso significar y la manera en que ella podría vencer aquel obstáculo.

Pero el gobernador estuvo desacostumbradamente taciturno con su hija. Parecía preocupado, estaba pálido y había profundos surcos en su habitualmente robusto y fresco semblante. Sus ojos parecían como obsesionados en visiones internas. Masculló:

—Querida, tu marido no es un galán ocioso. Tiene problemas, como yo mismo. Como yo mismo —y miró impaciente a Bernadette, deseando detener su parloteo—. ¿Crees que no tiene otra cosa que hacer sino dedicarse a estar a tu lado y jugar con tus hijos? La vida de un hombre es algo separado de todo esto, y mucho más grande que todo eso, aunque saberlo pueda ofenderte a ti y a tu vanidad —y palmoteó las enguantadas manos de Bernadette porque ella estaba a punto de llorar—. Seguramente recordarás lo que dijo Byron: «El amor de un hombre es algo aparte de su vida. Para la mujer es su entera existencia». Es completamente cierto, y las mujeres deberían recordarlo en vez de lamentarse por lo que es inevitable.

—Yo tan sólo quiero que él me ame —dijo Bernadette, sofocando un sollozo.

—Estoy seguro que te ama —dijo su padre, y deseó fervientemente que fuera en parte verdad—. ¿Por qué, si no te amara, se habría casado contigo? Era rico por sí mismo, mucho más rico de lo que jamás imaginé. No se casó contigo por dinero. («¿Por qué demonios se casaría con la muchacha?»), se preguntaba el gobernador, que nunca se engañó pensando que Joseph hubiese sentido una gran pasión por Bernadette).

Se dirigió inmediatamente a los aposentos de Joseph, entrando en la gran estancia que ahora Joseph usaba como estudio y que antaño había sido el flamante dormitorio del gobernador. Joseph le saludó con breve formulismo ofreciéndole algo para beber. El gobernador aceptó con gratitud.

—Un *whisky* doble —dijo—. Quizá será mejor que también te tomes uno. Tengo malas noticias.

Joseph nunca fue, en ningún momento, un buen actor. Pensó: «¿Cómo compone un hombre su cara para que exprese aprensión, aun cuando no la siente en absoluto, y qué matices da a su voz?». Joseph recordó la expresiva compostura de Montrose, y consiguió dar a la suya un pasable facsímil de preocupación y atenta solicitud. Intentó la flexibilidad de entonación de Montrose y dijo:

—¿De veras? Entonces hemos de hablar de ello. Bien ¿espero que no concierne a ninguna próxima legislación punitiva contra las alegadas atrocidades de los

ferrocarrileros? ¿Es que no comprenden que no pueden administrarse las compañías ferroviarias de modo que los Molly Maguires y sus compadres huelguistas y anarquistas puedan vivir lujosamente, sin ganancias para los hombres que lo han arriesgado todo? Y en primer lugar, ¿quién tuvo el cerebro suficiente para crear líneas férreas?

El gobernador por vez primera sonrió, cínicamente, al decir:

—¿No fui yo quien, por tu sugerencia, Joe, expresé muchas veces su interés por estos desdichados, obteniendo así sus votos, y me las compuse para hacer anular cualquier legislación que les hubiera ayudado?

—Es cierto que de lo primero me enteré. ¡Lo que es ser un político! Celebro no serlo. Mentir no es exactamente mi fuerte.

El gobernador, instalado en el único sillón confortable del ascético estudio, entornó sus párpados mirando a Joseph. Tom Hennessey no tenía nada de tonto. Nunca le había agradado Joseph y siempre receló de él sin razón objetivamente justificada. Toda la pasada cortesía y la ayuda política de Joseph no habían borrado el recuerdo de Tom aquella noche en que Joseph le estuvo mirando en el vestíbulo de la casa, luego de la muerte de Katherine. Bernadette le contó a su padre que Katherine había requerido la presencia de Joseph. Tom siempre se preguntó el motivo. ¿Fue algo referente a Bernadette? ¿Había ya insinuado Joseph sus intenciones a Katherine? Sin embargo, había mirado al padre de Bernadette como si quisiera matarle, con intenso odio. Naturalmente, Katherine pudo haberle contado a Joseph intimidades antes de morir... Ésta era la conclusión a la que llegó Tom. Katherine siempre demostró escasez de juicio. Aquella noche, Tom descartaba a la no deplorada Katherine de sus pensamientos.

—Lo resumiré con brevedad —dijo, y su voz era áspera, con renovada agitación y ahora con ira y desesperación—. Fui informado, ayer, por nuestro Partido, que este año no sería designado. Sin embargo, hace solamente un mes me garantizó el nombramiento el propio presidente de Asuntos Interiores.

Joseph estaba instalado cerca del gobernador en la creciente penumbra de la estancia. Los jardines, bajo el temprano otoño, exhalaban un recio aroma de hierba segada, crisantemos, azucenas, rosas y hojas doradas. Todavía había luz de ocaso en el exterior. La estancia iba oscureciendo y llenándose de sombras mientras afuera se inclinaban los grandes árboles y sus cimas rozaban las ventanas. Joseph, en contra de su costumbre, había mezclado un *whisky* con soda, saboreándolo a pequeños sorbos, mientras miraba el suelo, como si meditase.

—Veamos, ¿por qué hacen esto? ¿Qué tienen en contra de usted?

Tom depositó su vaso ruidosamente en la cercana mesita.

—¡Nada! —exclamó—. ¿No he hecho cuanto me sugirieron? ¿No he seguido todas sus instrucciones? ¡Dios, he servido bien al Partido! Ahora ya no me apoyan — y respiró pesadamente—. He hecho algunas cosas... bueno, eran beneficiosas para todos los interesados, pero yo fui quien arrostré el posible peligro. Se beneficiaron

ellos más que yo.

—Yo no soy un político, Tom. No conozco los usos y razones de los políticos.

Tom rió cínicamente:

—Vamos, Joe, no seas tan humilde. Sabes condenadamente bien que eres uno de los grandes poderes políticos de la nación. Diles simplemente a estos bastardos que cambien inmediatamente de intención conmigo o tendrán noticias tuyas. Así es de sencilla la cosa. No se atreverían a llevarte la contraria.

—He oído rumores —dijo Joseph— de que preferirían a un hombre más joven. Por ejemplo, a Hancock. Después de todo ya no es usted joven, Tom. Y ha hecho su fortuna. Ellos tienen todo esto en consideración.

Tom le estudiaba. El aire de Joseph era excesivamente desinteresado. Nunca fue de los que se mostraban irresolutos, en opinión de Tom. Su actitud no correspondía a su verdadero carácter.

—Joe, seamos claros, por favor —dijo quedamente el gobernador.

«Es un astuto bastardo», pensó Joseph, «y no soy buen actor, ni siquiera sé mentir con talento». Meditó y después miró a Tom con una expresión que esperaba demostrase interés y espíritu conciliatorio.

—De acuerdo, Tom. ¿Qué quiere que haga?

—Ya te lo he dicho. Diles que cambien su intención... o no habrá más fondos, ni más sobornos.

—Yo no soborno —dijo Joseph—. Envío solamente pequeños obsequios en prueba de aprecio. Nadie tiene la menor prueba de que yo haya sobornado a nadie.

—Ya tuviste buen cuidado de evitarlas, tú y tus abogados de Filadelfia —dijo Tom con creciente cólera. Vio a Joseph que encogía sus flacos hombros y le sonreía tenuemente.

—Muy bien —dijo Joseph—. Les escribiré esta noche. Espero que sirva para hacerles cambiar de propósito.

—Telegrafía —dijo Hennessey—. He oído decir que pretenden designar a Hancock el lunes. No queda tiempo para escribir.

—Muy bien —repitió Joseph.

Fue a su escritorio y durante unos instantes escribió con su angular y apretada caligrafía. Le llevó el papel a Tom que se caló los lentes para leerlo.

*TODAS LAS CONTRIBUCIONES EFECTUADAS RECIENTEMENTE HAN DE SER EMPLEADAS
COMO FUE PREVIAMENTE CONVENIDO EN APOYO DEL CANDIDATO HASTA AHORA ELEGIDO.
JOSEPH ARMAGH.*

Tom Hennessey escrutó palabra por palabra. Hubiera deseado que fuesen más explícitas y que mencionasen su nombre o se refirieran directamente a él. Entonces comprendió que no habría sido prudente. Dijo, con cierta sorpresa:

—Veo que ya aportaste una fuerte contribución.

—Sí, muy fuerte. En agosto. Después de todo, ¿no es usted el candidato perenne?

—¿Cuando hiciste tal contribución no tenías alguna idea acerca de... Hancock?

Joseph se levantó. Miró a Tom con relucientes ojos azules llenos de frío resentimiento, y Tom quedó tan asustado que se irguió en la silla dilatando sus ojos. Preguntó Joseph:

—¿Cuándo le mencionaron a Hancock?

El ancho rostro de Tom, tan sensual y brutal, tembló.

—El lunes, Joe —y al no contestar Joseph, gritó—: ¡Joe, lo siento! Estoy casi fuera de quicio. Veo fantasmas por todas partes. ¿Cuándo enviarás este telegrama?

—Inmediatamente —dijo Joseph, y se dirigió al tirador de campana.

Toda su actitud expresaba una rígida ofensa, y Tom se alarmó de nuevo. Sería fatal antagonizar a Joseph Armagh, a quien debía en gran parte sus últimas reelecciones. Forzó Tom una sonrisa apaciguadora y apesadumbrada, afectuosa, y dijo:

—Sí, veo fantasmas por doquier. ¡Probablemente hasta en Bernadette y tus hijos, y también en Elizabeth! —y trató de reír. Luego al sentirse más tranquilizado rió de nuevo, con real cordialidad, y cogió su copa.

—Este telegrama lo arreglaré todo —dijo.

—Así lo espero —dijo Joseph.

Entró en la estancia una doncella y Joseph la instruyó para que diese el mensaje telegráfico a un lacayo que debía llevarlo inmediatamente a la estación. Cuando salió la doncella, dijo Tom con voz entrecortada:

—No sé decirte todo lo que esto significa para mí, Joe, y cuán agradecido te estoy. Te confieso que estuve al borde de la apoplejía desde el lunes. Apenas he dormido y comido.

Joseph le contempló con aquellos ojillos hundidos que eran tan inescrutables.

—Entonces esta noche debe usted desquitarse —dijo—. En el seno de su familia.

Joseph estuvo excepcionalmente amistoso y atento con Tom Hennessey durante la cena de aquella noche, y Bernadette se maravilló porque nunca había visto a su marido tan amable con su padre hasta entonces. Siempre hubo en Joseph una reserva hacia Tom Hennessey, pero aparentemente había desaparecido. Suplicó ella a su padre que se quedase «para una pequeña fiesta».

Tom, enormemente aliviado, congestionado por los vinos y la comida, consintió. Bernadette inició inmediatamente planes para una reunión con cena y baile.

—Muy repentina —dijo ella—, pero todo el mundo vendrá. Haré que las invitaciones sean entregadas en mano mañana. Todo el mundo estará encantado.

Sus redondos ojos avellanados contemplaban a Joseph con infinito amor. Fuera lo que fuese lo que la ansiosa visita de su padre pretendía obtener de Joseph, éste lo había solucionado, y el querido papá estaba ahora muy relajado, muy tranquilizado. Sentábase allí como si la casa todavía le perteneciese, y en cierto modo, reflexionó Bernadette, con cálida complacencia, así era pese a Elizabeth y aquel mocoso, y a las últimas instrucciones de mamá.

Joseph pensaba: «Dejemos que el cerdo disfrute ahora y en los próximos días. Será la última vez. La última cena del condenado». Le sonrió a Tom y le hizo seña a una doncella para que sirviera más vino a su suegro. Los claros ojos de Tom chispearon de satisfacción.

Joseph aguardó. Una semana. Dos semanas. Mientras esperaba fue interiormente sintiendo un creciente y frío regocijo. No le sorprendió que a la mañana del decimoquinto día recibiera un telegrama de su suegro:

LLEGARÉ ESTA TARDE A LAS CINCO. DEBO VERTE A SOLAS, INMEDIATAMENTE.

Estrujó Joseph el telegrama en su mano y sonrió. Fue a ver a Bernadette que estaba desayunando, como de costumbre, en la cama, su colcha cubierta de tarros de cosméticos, perfumes, peines y cepillos, espejos y pañuelos de encajes. No era frecuente que Joseph viniese durante el día y apenas más frecuente de noche, y la plana faz de Bernadette sonrojóse irradiando júbilo. Su doncella estaba preparándole al atavío de la mañana, y un pequeño fuego ardía para ahuyentar el frío matinal, aunque al exterior el día era brillantemente azul. Los *bigudíes*^[21] de Bernadette estaban ocultos por un gorro de encajes con cintas y llevaba una mañanita de seda azul, y sus rollizos brazos se alzaron ansiosamente hacia Joseph para el beso de saludo.

No lamentaba por su esposa lo que ella pronto iba a saber. Bernadette a su modo, era tan pragmática como él y mucho más mundana y muy práctica. Todavía amaba a su padre, y sentiríase grandemente condolida, «lo cual me importa un comino», pensó Joseph, permaneciendo junto a la cama, una de sus manos presa por Bernadette, que charlaba acerca del té al que iba a ir con algunas amigas en Green Hills, y su maliciosa lengua desmenuzaba reputaciones, opiniones, juicios y vidas de todas sus amistades, destrozándolas con el máximo regocijo. Joseph la escuchaba porque a veces hasta lograba hacerle reír con sus bromas, salidas e ingeniosidades, ya que ninguna de ellas era en absoluto bondadosa y todas golpeaban muy acertadamente en las dianas apuntadas. No podía recordar a Bernadette hablando gentil y amablemente de nadie, excepto de su padre. Encontraba ella a sus propios hijos aburridos y fastidiosos y los trataba con mano dura, meditaba Joseph, pese a todo su parloteo sobre «el método moderno de educar a nuestros preciosos angelitos».

Ni la amaba ni la odiaba. Ni le gustaba ni le disgustaba. Por consiguiente siempre podía estar con ella templado y despegado sin emoción excepto la del tedio ocasional. Para él, hubiera podido ser un perro de la casa, el cual no le gustase pero tampoco resintiese su presencia. A veces encontraba tentador su cuerpo pero ya no quería más niños. Se preocupaba por Rory y Ann Marie apenas más de lo que se preocupaba por la madre, pero desde la deserción de Regina había comenzado a tomar en cuenta a

Rory y hasta a escuchar los infantiles comentarios de la gemela de Rory, Ann Marie.

El aislamiento de Joseph acrecentaba más que disminuía la devoradora pasión de Bernadette. Ella lo consideraba cortés y aristocrático a diferencia de su vividor y muy basto padre. La besaba rara vez y eso solamente en la cama con ella, y después no permanecía en sus brazos para dormir sino que silenciosamente se marchaba. No podía querellarse con él a causa de su indiferencia hacia ella que se persuadió a sí misma que era recientemente masculina. («Mi querido Joseph es demasiado profundo para fáciles expresiones, protestas y otras trivialidades»). Debido a su gran desinterés por las mujeres, Bernadette, pensaba que no tenía motivos para estar celosa cuando estaba fuera con frecuencia durante semanas, y aun cuando en Green Hills solamente permaneciese dos días por semana. Nunca supo ella que prefería las lujosas aventureras de Filadelfia y Nueva York a su esposa, y que era el «protector» de una belleza, una joven actriz de éxito en esta última ciudad. Una muchacha irlandesa de cara y cuerpo deleitables y una voz gloriosamente melodiosa. Joseph no se tomaba la menor molestia para ocultar sus adulterios a su esposa ni tampoco alardeaba de ellos. Le tenía sin cuidado que ella sospechase. No era nada para él como tampoco lo era Bernadette. Una vez sintió por ella una tenue compasión la noche de la muerte de su madre, porque era joven, abandonada en frenesí de llanto y sudores, pero ahora ya no sentía la menor conmiseración por ella y nunca la más leve ternura. De haber ella descubierto alguno de sus asuntos femeninos y de habérselo reprochado no habría sentido enojo ni vergüenza. Se habría limitado a decirle:

—¿Qué te importa a ti? ¿Qué me importas tú a mí?

Estaba ella siempre pendiente de Joseph como nunca lo estuvo antes de nadie y había notado lo mucho más sombrío que se había vuelto desde que «aquella horrible Regina huyó como un ladrón en la noche». Sus facciones se habían hecho más tensas, sus ojos más recónditos, y las sombras de gris más pronunciadas en su espeso cabello rojo. Los planos de su cara eran más angulosos, más hondos los huecos bajo sus pómulos, más pálida su complexión. Pero nunca habló de Regina lo mismo que nunca habló de Sean. Era como si ellos jamás hubiesen existido.

Cuando el parloteo de ella amenguó un poco, le dijo:

—Tengo un telegrama de tu padre, Bernadette. Viene a visitarme inesperadamente esta tarde a las cinco, para negocios. El semblante de Bernadette se iluminó complacido:

—¡Oh, qué bien! ¡Y estuvo ya aquí hace poco! Tendré que enviarle mis disculpas a Bertha por no acudir a su té...

—No —dijo Joseph—. Esto sería descortés —y miró en derredor del cuarto ahora recargado y llamativo que fue la habitación de Katherine, y recordó la noche de su muerte—. Ve a tu té. Tu padre estará aquí solamente antes de tu regreso. Creo que trae noticias muy importantes para mí.

—¡Ah, querrá decirte que ha sido nuevamente designado! ¿Son éstas las noticias? Entonces, supongo que esto merece que demos una fiesta para nuestras amistades, en

celebración, como siempre —y mirando fijamente a Joseph vio algo en él que vagamente la perturbó—: ¿No hay nada que vaya mal con papá, no, Joe?

—¿Y por qué tendría que haber algo que vaya mal?

—Bien, entonces, se trata solamente de tus negocios... ¿de todos tus asuntos?

—No me sorprendería en absoluto —afirmó él—. Estoy plenamente seguro que es asunto mío.

—¿Tampoco hay nada que vaya mal con tus asuntos, no, Joe?

Como todos los ricos que nunca conocieron ni privaciones ni estrecheces el dinero era algo tierno y emocional para ella, y la riqueza algo que debía conservarse con todos los recursos y a toda costa contra quienquiera o cualquier cosa que pudiera disminuirla en sólo un centavo. Por ello Bernadette contemplaba fijamente a Joseph con sus redondos y algo saltones ojos y ya no sonreía.

—No hay nada en absoluto que vaya mal con mis asuntos, querida —y la miró con cierta curiosidad—. Por ti misma eres una mujer muy rica, Bernadette, y cada vez tienes más fortuna. ¿Por qué habrías de preocuparte por mis negocios?

—¡Nadie es nunca lo bastante rico! —exclamó ella con énfasis apasionado—. Papá dijo una vez que tú eras el hombre más rico de Pensilvania. Esto no es suficiente. ¡Quiero que seas el hombre más rico de toda la nación! Tanto como Gould, Fisk, Vanderbilt, Morgan y Regan y todos los otros. Más ricos aún que ellos.

Los ojos de Joseph se estrecharon hasta no ser sino un destello entre sus pestañas.

—¿Y qué ibas a comprarte con ello? —preguntó con acrecentada curiosidad—. ¿Más joyas, más modelos Worth, más viajes a Europa, más caballos, más carruajes, casas, sirvientes?

—Sólo para tenerlo. Eso es todo. Sólo para tenerlo.

—¿Pero por qué?

Ella estaba cariñosamente exasperada y cogió de nuevo su mano.

—Joe, ¿por qué sigues tú amontonando dinero?

—Sólo para tenerlo —remedó él, y entonces cuando ella se echó a reír, él, sin sonreír, abandonó la alcoba.

Ella se reclinó en sus almohadas, extrañamente acongojada sin saber la razón. La había mirado como un enemigo, o como si la odiase o la considerase ridícula. Bernadette no era muy sutil, aunque fuera perspicaz. Masticó reflexivamente un pequeño bizcocho recubierto de mermelada. Y después se dijo a sí misma: «No seas absurda. Joe me ama. Pero es un hombre muy raro. No siempre logro comprenderle. Cambió mucho desde que la maldita Regina se fue». Un nuevo pensamiento la acometió, mortificándola. ¿Le habría importado tanto a Joseph si hubiera sido ella la que se habría ido?

Volvió a evocar el rostro de Joseph. Su amor trató de cegarla engañándola. Pero rara vez se mentía ella a sí misma como mentía a los demás. Dijo en voz alta:

—No, no le habría importado tanto.

De nuevo experimentó aquella lúgubre desolación que ya la había herido antes.

Cuando la doncella vino a retirar la bandeja, Bernadette le asestó un bofetón en la mejilla y después prorrumpió en llanto.

Toda la servidumbre conocía también los cambios de temple y genio de Joseph, aunque invariablemente pareciera calmoso, silencioso, sin nunca alzar la voz ni hablar rudamente ni lamentarse. Pero la fuerza de su personalidad era tanta que proyectaba su clímax mental sin una palabra ni mirada. Por consiguiente la gran casa estaba desacostumbradamente tranquila aquel día. Los niños permanecieron con su institutriz, la envejecida señorita Faulk, y Timothy Dineen consideró necesario consultar algo con alguien y por ello abandonó la casa sigilosamente, y la servidumbre cumplía sus menesteres con el menor ruido posible y hablando con voces apagadas. Bernadette había ido a su té.

Joseph aguardaba en sus aposentos. Nunca el tiempo habíase arrastrado tan lentamente. Miraba con frecuencia su reloj. Las cinco y veinte. Y veinticinco. Las cinco y media. Oyó repicar de cascos y crujido de ruedas y levantándose fue a la ventana y vio la reluciente victoria negra de la familia avanzando por la alameda. Entonces fue Joseph a abrir la licorera, para colocar en la mesa *whisky*, soda y vasos, y tocó la campanilla llamando al mayordomo.

—Lleven el equipaje del gobernador Hennessey a su habitación pero comuníquenle que me agradecería conferenciar con él lo más pronto posible en mi estudio.

Recompuso la nitidez de sus blancos puños lisos, y después su corbata y pasó ambas manos sobre su espeso cabello. Sobresalía alto, luctuoso, negro y mortífero en la silenciosa estancia. Había en él una gélida exultación. Había destruido hombres más dignos que el gobernador Hennessey en su escalada hacia el poder y el dinero, pero lo hizo sin animosidad, sin la menor sensación de venganza ni triunfo. Pero esta vez era en verdad una venganza, una «*vendetta*» personal, una concentración de odio, enemistad, asco y aversión larga en su gestación y desenlace. El arrogante y jactancioso gobernador, al parecer invulnerable, resultó vulnerable y por fin había sido destruido.

Joseph sentóse y abrió un libro. Pudo oír al mayordomo dando la bienvenida al gobernador, y oyó la farfullada respuesta de Tom Hennessey —él, que nunca farfulló— y entonces captó los rápidos pero vacilantes pasos acudiendo por el largo vestíbulo hacia las habitaciones de Joseph. El gobernador apareció en el umbral y Joseph se puso en pie, hermético y sin expresión el semblante.

Tom Hennessey, ancho, exuberante y siempre acicalado, aparecía ahora desaseado, inquieto y sudoroso. Toda su rubicundez había desaparecido. Su rostro era como yeso cuarteado, temblequeante, su boca sensual colgando fláccida, húmeda, la frente arrugada. Siempre impecable, «espejo de la moda», parecía ahora basto y desaliñado. Había en él una enloquecida agitación reprimida, una trémula incertidumbre, un desesperado trastorno. Sus claros ojos siempre cínicos y dominantes, ahora mostraban un brillo angustiado y vacilante. Sus largos cabellos

castaños y grises, habitualmente muy bien peinados en airosas ondas, colgaban sobre sus mejillas, frente y nuca, revueltos y desgreñados.

—¿Qué tal está usted, Tom? ¿Tuvo demora su tren? —indagó cortésmente Joseph.

El gobernador avanzó algo titubeante mirando en torno como si nunca hubiese visto aquella estancia o aquel hombre, y no supiera quién era. Dio unos pasos a la ventura hacia las ventanas, retrocedió un poco y fue a un lado. Por fin se estabilizó tras una silla aferrándose al respaldo y miró a Joseph, y su respiración era anhelante y ruidosa.

—Me han arruinado —dijo, y su voz era espesa e insegura.

Joseph notó que sus ojos estaban hondamente estriados de rojo como si hubiera estado bebiendo copiosamente. Sus mejillas abultaban y se ahuecaban con su jadeo. No lograba apartar la mirada de Joseph. Repitió.

—Me han arruinado.

—¿Quién? —dijo Joseph acercándose más a su suegro.

El gobernador alzó un grueso índice, que tembló y cayó y su mano se abatió al costado.

—Lo averiguaré y entonces los voy a degollar —dijo con infinita malignidad rencorosa. Sus ojos abultaban—. Todavía no han acabado conmigo.

—Por favor, siéntese, Tom —dijo Joseph deseando que fuera convincente su solicitud. Asió el grueso y tembloroso brazo de su suegro y le forzó a sentarse en la silla que hasta entonces agarraba—. Déjeme prepararle un trago. Después me lo contará todo.

—Un trago —dijo el gobernador y graznó como atragantándose—. Beber es todo lo que he hecho durante dos días y dos noches. Pero dame un trago, y abundante —y tosió, sofocándose.

Intentó reclinar su exhausta cabeza contra el respaldo de la silla pero estaba tan frenético que inmediatamente rebotó hacia adelante y crispando las manos en las acodaderas resopló ruidosamente:

—¡Dios los maldiga a todos ellos! ¡Oh, Dios mío, maldíceles! Pero ¡todavía no he terminado con ellos! ¡Nadie pudo nunca acabar con Tom Hennessey!

Colocó Joseph un vaso casi lleno de *whisky* en la ancha y blanca mano con sus anillos y uñas pulimentadas. Tom bebió honda y ansiosamente como si el vaso contuviera el elixir de vida y fuerza. Inhaló roncamente. Sus pesados hombros mostraron un estremecimiento. Miró el vaso. Después miró en alto hacia Joseph con sus enrojecidos ojos, semeando los de un toro atormentado, y dijo:

—¿No te enteraste?

—No —dijo Joseph—. No he visto periódico alguno esta última semana. He tenido trabajo en exceso aquí en Green Hills. Pero ¿qué le ha sucedido? ¿Quién le ha arruinado?

El gobernador se quedó muy quieto. Miró a Joseph, fijos los ojos en el hombre

más joven como si hubiera percibido repentinamente algo terrible, algo todavía no del todo aparente y bien enfocado. Acechó a Joseph mientras decía:

—Debes saber que aunque el Partido insinuó que finalmente me iba a reelegir, no ha sido así. Anteayer me hicieron saber que iba a ser nombrado Hancock.

Joseph frunció el ceño. Sentándose en la esquina de su mesa contempló sus botas, apretados los labios, meneando levemente la cabeza. Dijo:

—No me lo comunicaron.

—¿No te lo comunicaron a ti? ¿Al contribuyente más importante del Partido? ¿No te lo dijeron a ti que nombraste los cinco senadores del estado el año último y conseguiste que fueran elegidos? ¿No te lo dijeron, ni te escribieron ni telegrafiaron? —y el gobernador sentábase ahora erguido en su silla, jadeando, pero sin apartar la mirada.

—No —dijo Joseph—, no me dijeron nada.

Ahora volvió la cara hacia Tom y Tom vio sus ojos ferozmente implacables, la hoja acerada de su boca y la blanca vibración de su nariz, y no supo cómo interpretarlo, pero dijo con voz quebrantada:

—No lo comprendo. Tú, ¡quién lo hubiera creído! Mi yerno. —Bebió de nuevo, apartó el vaso de su gruesa boca y gruñó—: Pero, aun ahora, tú puedes hacer algo.

—¿Qué me sugiere, Tom?

—Amenázales a todos. Todavía hay tiempo —y su cara volvió a distenderse—. No, ya no hay tiempo. —Depositó un vaso con fuerza en la mesa y se pasó las manos una y otra vez sobre la temblorosa cara como si se la lavase—. Ya es demasiado tarde. Lo olvidé. Hay algo aún peor.

Sus hombros se encorvaron y bajó la cabeza hundido el rostro entre sus manos. Joseph pensó que estaba llorando. Todos los recios músculos y la contextura de su corpachón se encogieron visiblemente, como desintegrándose. Ahora ya no era el boyante y autoritario gobernador, el antiguo y pintoresco senador de los Estados Unidos, el dueño de una enorme fortuna y poder. Era un viejo destrozado, arruinado, abatido, desarticulado, pleno de estupor y desesperación en una agonía que jamás conociera antes en su vida, y con una sensación de incredulidad demencial.

Notó otro vaso presionando contra el dorso de una de sus manos masajeadas y temblonas. Respingó. Después asió el vaso llevándole casi a tientas a sus labios y el líquido fue en parte dentro de su boca y en parte resbaló goteante por su mentón. Joseph le observaba y la ferocidad de sus facciones se acentuó. Dijo:

—No me ha contado todavía qué es «lo peor».

Los horribles ojos desprovistos de toda humanidad por la angustia, la incredulidad y la tortura, se clavaron en Joseph. Las anchas facciones estaban convulsas, deformadas.

—¡Todo lo peor! —exclamó—. Lo saben... todo. No es sólo por Washington aunque ya esto es bastante grave ante sus ojos hipócritas. ¡Oh, Dios, Dios, ayúdame! Desde que fui gobernador... Joe, tú mismo lo sabes, ya que te beneficiaste. Los

contratos estatales, de carreteras, puentes, derechos de peaje, edificios gubernamentales. Todo eso. Sí, también yo me beneficié. Pero ellos mucho más que yo. Más que tú mismo. Yo hice lo que me decían que hiciera. Obedecí todas sus sugerencias. Nunca objeté. Yo era su hombre de confianza, ¿no es así? —y sus ojos se dilataron, moteados de sangre, demenciales—. ¿Sabes lo que me dijeron ayer? Que yo era, a mi modo, ¡el cabecilla de una Camarilla *Tweed* en este Estado! ¡Se atrevieron a decirme eso! ¿Quién se benefició más? ¡Ellos! ¿Me oyes? ¡Ellos!

—Sí —dijo Joseph—. Pero ¿puede usted demostrarlo?

—¡Claro que puedo demostrarlo! —gritó el gobernador con voz bramante—. ¡Naturalmente que puedo...!

—¿Sí? ¿Cómo?

—Los contratistas...

—Los contratistas son hombres que trabajan para subsistir y que pueden ser intimidados por los políticos como le consta sobradamente, Tom. ¿Cree usted que ellos van a confesar las amenazas, las promesas, la influencia que se ejerció en ellos? ¿Y ahorcarse a sí mismos, por lo menos verse abocados a la quiebra, a pleitos y a procesos? ¿Y, quizá, exponerse a ser asesinados? Todos sabemos lo que son los políticos, ¿no, Tom?

Contempló gravemente al gobernador, añadiendo:

—Pero estoy seguro que nuestros amigos ya le dijeron todo esto ayer, ¿no es cierto?

Los gruesos dedos de Tom masajearon repetidamente el vaso vacío. Lamió las gotas de *whisky* en su boca. Estremecíase como sacudido por un viento poderoso.

—Sí —susurró—, ya me lo dijeron. Pero pensé que podrías ayudarme.

Joseph suspiró:

—No soy Sansón, Tom, ni tampoco lo es usted. Podemos intentar un esfuerzo para demostrar quién se aprovechó realmente de las ganancias. Tengo una batería de abogados en Filadelfia y son verdaderos hurones. Podrían descubrir la verdad... aunque entonces correrían ellos mismos un grave peligro físico, como sabes. Podemos apelar ante el propio Fiscal General. Podemos recurrir a periodicuchos y a celosos reformadores de la nación. Puedo imprimir acusaciones en mis periódicos y editoriales inflamadas. ¿Y qué resultado íbamos a obtener? Si sus... amigos... son involucrados también lo estaría usted, Tom. Estamos complicados en conjunto, en robar al pueblo. Así es como lo calificarían, ¿no?, y sería la pura verdad.

Sonrió levemente:

—El otro Partido rebosaría de gozo... si les contásemos todo. Podríamos atestiguar bajo promesa de inmunidad. Corrupción, fechorías, latrocinios, cohechos, sobornos, intimidación de contratistas del Estado, especulación, explotación de mano de obra, materiales inferiores a los precios más altos, abusos de cargo público, perjurio. Todo. Naturalmente podríamos alegar que también nosotros fuimos intimidados, amenazados. ¿Piensa usted que el pueblo lo creería? Usted, el rico

gobernador, yo, el financiero... Vamos, Tom, recapacite.

—No me importa nada ya... —murmuró el desesperado gobernador.

—Ya veo. Algo como en «Macbeth»: «Yo soy quien, vasallos míos, tan enfurecido estoy en mi interés por el mundo que anhelo proclamar cómo le escupí al mundo...». Tom, ¿quiere ir a la cárcel? ¿O, como mínimo, quedar deshonrado y ser un proscrito, para siempre? ¿Acaso cree que el otro Partido le acogerá en su seno por gratitud? Todos sabemos lo que vale la gratitud de los políticos, ¿no es así?

Los pardos ojos sanguinolentos no se apartaban de él, y empezaba a relucir en ellos una enloquecida especulación. Con voz más clara, dijo Hennessey:

—No lo sabes aún todo, Joe. Me han dicho que tengo que efectuar las «compensaciones». Que debo devolver «el dinero» a la nación. Con intereses, con «juiciosas y equitativas multas». Esto me dijeron. Se me llevaron casi toda mi fortuna, todas mis inversiones. Todo. Hasta me han mostrado documentos de Washington... Hasta han falsificado... documentos revelando el origen de la fortuna Hennessey. Trata de negros. Cosas similares. Solamente parte de mi dinero, según me dijeron ellos mismos, sería devuelto a la nación. El resto...

—¿Es para ellos?

—Sí.

—¿Fueron tan desvergonzados?

Pero Hennessey no replicó. Estaba estudiando a Joseph como nunca jamás había estudiado amigo o enemigo, con toda la concentración y poder de su intelecto, que no era escaso, toda su intuición, y toda su sutileza de irlandés. Siempre escrutando con la completa concentración de su mente, dijo:

—Sí, Joe. Así de desvergonzados. Alguien está tras ellos. No serían tan ensañados de no tener órdenes.

Joseph miró profundamente los ojos brillando en plano inferior. Dijo:

—No pueden quedarse con todo. No se lo llevarán todo. Sigue usted teniendo el dinero de Katherine. Sigue teniendo el dinero de su esposa. Basta para mantenerse modestamente en su casa de Filadelfia. Cualquier cosa es preferible al escándalo, a la exposición, acusaciones, procesamiento y cárcel. ¿No opina lo mismo? Todo es preferible a vivir en constante temor, ¿no es así? Al final quedará usted financieramente mejor no luchando contra estas... atroces... demandas. ¿Se da cuenta de la cantidad de abogados que iba a necesitar? Le dejarían reducido a la indigencia, Tom. Conozco los abogados.

—¿Me estás pidiendo que no haga nada en absoluto? —y Tom estaba lentamente alzándose de su silla asiéndose a las acodaderas y al respaldo—. ¿Me pides que haga esto?

—Le estoy aconsejando —dijo Joseph.

—¿Y... no vas a hacer nada... para ayudarme?

Ninguno de los dos hombres vio a Bernadette, vestida de terciopelo negro con sombrero de velo, en el umbral. Acababa de aparecer. Había subido rápida y

alegremente las escaleras para saludar a su padre, pero vio a su marido y a su padre, enfrentándose, y súbitamente supo que no era una discusión amistosamente familiar sino entre adversarios. Percibió el hálito del odio, el olor salvaje de la mortífera enemistad. Supo instantáneamente que uno de aquellos hombres estaba enloquecido al límite de su resistencia, y que el otro era el enloquecedor, terrible, implacable. Había oído las últimas frases.

Apenas podía reconocer a su padre en aquel hombre quebrantado, cuya potencia estaba apagándose ante sus ojos, desmelenado, de ropas manchadas y arrugadas, cuya cabeza se inclinaba como la testuz de un toro moribundo detenido en su embestida. No pudo reconocer a su esposo en aquel hombre envarado de sonrisa vengativa, de párpados casi juntos, de músculos contraídos como a punto de golpear. Llevóse una mano a la boca, un débil ademán insólito en ella.

—No haré nada para ayudarle —dijo Joseph con todo muy suave—. Ni siquiera si dependiese su vida de mi ayuda.

Tom Hennessey caviló, mirando en derredor vagamente, y ahora Bernadette pudo ver sus inflamados y sanguinolentos ojos que no la veían. Tom apoyó una mano sobre su propia cabeza. Tragó saliva antes de murmurar:

—¿Qué es lo que dijiste?

—Nada para ayudarle. Ni para salvar su vida, Tom.

Tom se llevó ambas manos a la garganta y meneó su gran cabeza. Boqueaba sin apartar la vista de Joseph. Había ahora un hondo congestionamiento carmesí en su frente, un abultamiento de venas en su cuello.

—¿Por qué? —pregunto.

—Katherine —silabeo Joseph.

—Katherine —repitió Tom en voz baja como amodorrada—, Katherine. ¿Qué tuvo ella que ver contigo?

—Nada, Fue lo que usted le hizo a Katherine.

La mirada de Tom permanecía fija con renovada intensidad en Joseph. El enrojecimiento iba adensándose. Alzó lentamente la diestra apuntando a Joseph.

—Ahora recuerdo —dijo, y su voz brotaba muy sofocada—. Tú eras un mozalbete. Tú... estuviste contemplando esta casa. Sabía que alguna vez lo iba recordar. Un puerco irlandés andrajoso. Esto es lo que eras, lo que eres. Tú querías esta casa, irlandés andrajoso. Un mendigo. Lo planeaste todo. Desde un principio. Te... apoderaste de mi hija. Era parte de tu plan. Puerco irlandés andrajoso. —Se interrumpió, gruñendo jadeante, y añadió—: Katherine. Sí, ya recuerdo. Siempre estuviste... Era Katherine. Esperaste mucho tiempo, irlandés.

—Esperé mucho tiempo —dijo Joseph—. Pero Katherine nunca lo supo. La noche en que murió me hizo prometer que me casaría con su hija. Era su deseo. Y cumplí.

Tom veía aquel rostro y por vez primera en su vida se estremeció ante otro hombre. Alzó los brazos crispados los puños. Se bamboleó hacia Joseph manoteando

impotente, ciegamente, en el aire. Fue cayendo hacia adelante, tropezando, tambaleándose. Bernadette emitió un leve chillido. Tom cayó sobre Joseph, braceando aún. Entonces, instintivamente ya que percibió el desmadejamiento en colapso del antiguo coloso, Joseph lo asió entre sus brazos, se tambaleó un instante al impacto, y sostuvo a Tom Hennessey, caído contra su pecho, colgantes los brazos.

Fue entonces cuando Joseph vio a Bernadette. Le tuvo sin cuidado lo que ella pudo oír o ver. Le dijo:

—Ayúdame a colocar a tu padre en una silla.

Pero Tom ya estaba inconsciente. Se deslizó fuera de la silla en la que le habían colocado, y Bernadette durante todo el tiempo llorando y emitiendo sordos gemidos. Tom quedó yacente en el suelo entre ambos con el rostro congestionado bañado en sudor, respirando con estertores, semiabiertos los ojos en blanco.

—¡Mataste a mi padre! —chilló Bernadette—. ¿Qué le hiciste a mi padre?

—Llama a alguien —dijo Joseph—. Envía a buscar un médico, y que vengan algunos mozos para colocar a tu padre en la cama.

Su voz era fría y neutra. Bernadette cesó en su llanto. Mirando a su marido, pestañeaba, resbalando los lagrimones por sus doradas mejillas.

—Lo oí —dijo—. Nunca te importé yo nada, ¿verdad?

—Así fue —dijo Joseph, aunque de nuevo experimentó una vaga compasión hacia ella—. Nunca me importaste nada. Pero ahora ya todo eso no tiene remedio alguno.

El doctor, y otros médicos que acudieron desde Filadelfia y también desde Pittsburgh, diagnosticaron que el gobernador había sufrido un ataque fulminante de apoplejía, que todo su costado izquierdo estaba paralizado y que probablemente nunca volvería a hablar ni podría abandonar su cama. Era también posible que de ahora en adelante no estuviera plenamente consciente de cuanto le rodeaba y debería tener una constante atención de enfermeras. No podía ser trasladado, o peligraba su vida.

Bernadette, pálida y sosegada, dijo:

—Ésta es la casa de mi padre. Permanecerá en ella todo el resto de su vida, y nunca me apartaré de su lado. Que venga su esposa... y el hijo de ella.

De este modo Tom Hennessey había retornado a su casa y allí permanecería hasta morir. Halló Joseph en esto una profunda ironía. Hasta pudo reír quedamente a solas ante aquella ironía. Se esmeró en cortesía con la apenada Elizabeth, a la que odiaba Bernadette. El hijito de Elizabeth, Courtney, se unió a Rory y Ann Marie en la guardería infantil.

Bernadette deseaba decirle a Elizabeth para herirla: «Mi esposo mató a tu marido», pero su irremediable amor por Joseph se lo impidió. No importaba lo que Joseph hiciese, con ella, o con cualquier otra persona, porque no alteraba su

enamoramiento por él aunque ahora le temía. Su madre, ¿realmente amó Joseph a su madre? Sí, fue así. Y ella, Bernadette debería vivir con este pensamiento toda su vida.

El periódico de Joseph en Filadelfia expresó su pesar por «el postrado gobernador», y rogaba por su pronta recuperación.

Cuando Tom Hennessey murió dos años después —dos años de existencia vegetal que no contuvieron captación alguna ni de amor ni odio o dinero o influencia ni siquiera de vivir— fue ensalzado por la prensa como «el más grande y más humano de los gobernadores que nunca conoció esta nación. El defensor del débil, el sostenedor de los trabajadores, el inflexible luchador por la justicia y el progreso, el enemigo de toda corrupción y explotación, el patriota, el político perspicaz que mantuvo ensueños de una Norteamérica más noble. Éste fue el gobernador Tom Hennessey, que cayó derrumbado por la enfermedad en la cúspide de su lucha por el bien de la nación. Compartimos el dolor de su familia. Rezamos por su alma».

Tom Hennessey fue enterrado junto a su esposa, que le había amado.

XXXI

Hallándose Joseph en Nueva York asistiendo a una reunión muy discreta, uno de los presentes dijo:

—Sería impolítico que ninguno de nosotros, excepto usted, señor Armagh, intentara conversar personalmente con el senador Enfield Bassett. Los caricaturistas le son muy favorables y basta con que levante un dedo para que ellos satiricen en sus pasquines a cualquiera que intente... hablar razonablemente con él. Ya consiguieron convencerle los más turbulentos «Greenbacker»^[22], aunque era un terreno resbaladizo, habida cuenta que tanto los demócratas conservadores y el ala más moderada de los republicanos se opuso a ellos.

—Ya recuerdo —dijo Joseph—. Los republicanos radicales se unieron a los Greenbackers, pero pronto les eliminamos del campo político.

—Nosotros no —dijo un caballero procedente del imperio austrohúngaro, sonriendo—. Estuvimos por completo en contra del patrón oro para Norteamérica, y ayudamos a su inocente presidente Lincoln a emitir papel moneda para pagar su guerra, aunque no había un electivo sólido respaldando las emisiones. Teníamos esperanzas, por entonces, de que su gobierno continuaría emitiendo papel sin garantía en vez de moneda en oro... ya que es el camino más seguro para poder... reorganizar... una nación.

—Haciéndola asequible al saqueo —dijo Joseph, que no siempre era respetuoso con sus colegas—. El dinero emitido con la sola garantía de un gobierno, sin respaldo de oro y plata, inevitablemente lleva a la quiebra a una nación, ¿no es así? Pero yo pensaba que ustedes, señores, compartían la opinión de que Norteamérica no estaba todavía madura para el saqueo total y la introducción de los principios del socialismo marxista. —Les sonrió con la mueca que hacía tiempo ellos llamaban su «sonrisa de tigre»—. Me temo que tendrán que aguardar un tiempo considerable antes de que Norteamérica salga de nuevo del patrón oro, se haga socialista, y esté en consecuencia madura no solamente para el saqueo sino para la conquista, si no por las armas, entonces por los banqueros. Sí... Mucho tiempo ha de pasar antes que Norteamérica se convierta en esclava de la Élite. Sin embargo, quizá sus hijos...

—No tenemos limitación de tiempo —dijo uno de los financieros—. Somos pacientes.

Otro dijo:

—Las repúblicas nunca sobreviven porque sus pueblos no gustan de la libertad sino que prefieren ser conducidos, orientados y seducidos hasta la esclavitud por un benévolo, o no tan benévolo, déspota. Quieren adorar a un César. En consecuencia, el republicanismo norteamericano morirá inevitablemente convirtiéndose en una democracia, y después declinará, como dijo Aristóteles, en un despotismo. Podemos únicamente trabajar tranquila y diligentemente para que llegue este día, ya que será

obra de la naturaleza humana —y rió brevemente—. Ningún hombre sensato puede soportar ver a necios votando en elecciones libres, y decidiendo por ellos mismos el destino de una nación. Va contra la razón y el gobierno adecuado. Es el más monumental y deformado de los disparates.

—De todos modos —dijo Joseph— el pueblo sintióse belicoso contra el Presidente Grant que estaba planeando un tercer mandato en funciones, y le llamó «César».

—Hemos convenido —intervino un banquero procedente de Rusia— que Norteamérica no está todavía en sazón para la democracia y su retoño, el despotismo. Pero el día llegará. Conseguiremos persuadir a su gobierno para que abandone el patrón oro y emita papel moneda sin garantía. Uno de los medios es a través de una guerra, pero tenemos otros métodos, como usted sabe, señor Armagh. La revolución, por ejemplo, persuadiendo al pueblo de que está siendo oprimido, e incitando al tumulto incendiario.

—Catilina lo hizo —dijo Joseph— y tengo entendido que murió descuartizado.

—Se adelantó a su época —dijo un británico—. Cuarenta años después hubiera tenido éxito. Actualmente, en esta nación, es suficiente tan sólo convertir a sus demócratas conservadores en radicales, una tarea ardua, pero podemos lograrlo. A modo de defensa, su Partido republicano radical tendrá que volverse más conservador. Esto confundirá al pueblo. Pero ya hemos hablado sobre todo esto repetidas veces antes de ahora. El problema del senador Bassett es el que ahora hemos de afrontar.

Joseph pensó en el tiempo, solamente cuatro años antes, en que los huelguistas contra la Ferroviaria Baltimore & Ohio en Maryland habíanse rebelado desesperadamente contra una reducción del diez por ciento en su mísera paga. El 20 de julio de 1877, el gobernador había solicitado la intervención de la Sexta Compañía de la Milicia de Maryland que emprendió la marcha hacia la estación ferroviaria, abriendo fuego contra los huelguistas, sus esposas e hijos, matando a doce personas. Pero la huelga se había extendido a Pittsburgh, donde también la Ferroviaria de Pensilvania había rebajado los salarios. El gobernador Hennessey ordenó la intervención de la milicia, y cincuenta y ocho huelguistas, y soldados, resultaron muertos en furiosas batallas, y materiales propiedad de la compañía por valor de varios millones de dólares fueron destruidos. Pero la Gran Huelga, provocada por la terrible depresión económica de 1877, y sustentada por el hambre y los ínfimos salarios, se extendió por toda la nación. El presidente Hayes logró finalmente detenerla, pero no hasta que los propietarios de las líneas férreas fueron forzados a conceder un poco y redujeron la jornada laboral de catorce horas a doce horas haciendo posible para los trabajadores ganar el suficiente pan para sus hijos, y carne una o dos veces por mes. Joseph recordaba que un gran número de huelguistas fueron irlandeses, los Molly Maguires, recién llegados del «viejo terruño», que habían encontrado a los propietarios de ferrocarriles escasamente diferentes a sus

hacendados ingleses. Sin embargo acudieron seducidos por el lema de que en Norteamérica no había discriminación de razas ni religiones y que un hombre podía practicar su fe en paz. Quizá su desilusión encendió sus desesperados alborotos y no solamente los increíbles salarios bajos. Joseph sonrió sombríamente, y sus colegas, que le consideraban un hombre caprichoso y no enteramente «sólido», vieron aquella sonrisa aunque desconocían la razón. Joseph pensaba: «Hay otros medios de venganza mejores que amotinarse en huelgas».

Viendo que esperaban que hiciese algún comentario, dijo:

—Nuestro nuevo presidente, James Garfield, ha declarado que establecerá nuevas reformas en esta nación.

Los otros intercambiaron significativas miradas. Jay Regan, el financiero de Nueva York, dijo suavemente:

—Estoy seguro que puede ser disuadido mediante argumentos inteligentes y razonables.

—Y si no, puede ser asesinado —dijo Joseph y emitió su desagradable risa—. Como Lincoln —y al ver sus caras ostentando fría ofensa, volvió a reír—: Caballeros, yo no tengo nada en contra del crimen juicioso, como saben. Pero estábamos hablando del senador Bassett. Es un republicano, pero no radical como nuestros fanáticos de la Reconstrucción y nuestros vociferantes diputados y senadores, por lo cual los demócratas conservadores también le votaron en número considerable. Es del agrado del Presidente que le consulta. Pueden estar planeando proyectos perjudiciales para nosotros. Esto es lo que ustedes temen, ¿no es cierto?

—Exacto —dijo Regan, y removi6 su panza en la silla, encendiendo un cigarro—. Caballeros, el señor Armagh y yo somos norteamericanos y por consiguiente somos bruscos y preferimos ir directo al grano sin bailar un *minuet* o un vals en torno.

—Sus asuntos políticos —dijo un alemán— son muy suyos, en este punto, señor Regan. Pero sabemos que el senador Bassett está dirigiendo la coalición contra la contratación de mano de obra extranjera, y trata de conseguir la aprobación de un proyecto de ley sobre Contratación de Trabajo Extranjero, que prohibirá la importación de mano de obra barata de Europa para sus fábricas y minas. El senador presta demasiados oídos a los criminales sindicatos unionistas, a los lacrimosos simpatizantes y a los «reformadores». Y otros senadores y congresistas están también prestando atención al senador Bassett y su chusma. Todos sabemos que si la mano de obra extranjera es suspendida la clase obrera norteamericana se volverá arrogante, exigente y pedirá salarios y condiciones imposibles, y esto será el fin del progreso y la riqueza norteamericana. Ya no estarán en capacidad de competir en los mercados extranjeros. Nuestros propios beneficios disminuirán terriblemente. Además, ¿es qué Norteamérica no necesita más y más inmigrantes? Piensen en sus vastos territorios del Oeste, carentes de ciudades, industria y fábricas. ¿Deben quedar privados totalmente de población y crecimiento?

—Me ha llegado usted al corazón —dijo Joseph.

Ésta era la clase de comentarios, emitidos con calmosa ironía que conturbaba a sus colegas, hasta a Regan, que sentía un gran afecto por él.

—Ha quedado comprobado en Norteamérica por la experiencia —dijo Joseph— que los obreros extranjeros no se desplazan al Oeste, sino que se amontonan en los suburbios de las ciudades del Este. Si se trasladasen al Oeste para colonizar los territorios, ¿quién trabajaría en nuestros talleres, minas y fábricas? Caballeros, seamos crudos y honestos, y no empleemos expresiones santurronas. Queremos obreros extranjeros porque resultan baratos y porque la clase obrera norteamericana está reclamando también su derecho a vivir. Esto nos parece intolerable. Procedamos pues partiendo de esta honesta premisa.

Vio fríos ojos reservados, calculadores, pero sabía que estaba a salvo de represalias. Su conocimiento de muchos secretos le hacía invulnerable. Además, Regan, los Morgan, los Fisk, los Belmont, los Vanderbilt, los Gould, podían todos ellos ser villanos norteamericanos pero tenían también un sentido norteamericano del humor, y no sentían un excesivo afecto por sus colegas europeos. Conspiraban con ellos, pero siempre mantenían una peculiar reserva sardónica. Planeaban destruir la libertad norteamericana y establecerse ellos mismos con la Élite —al igual que planeaban los otros en sus propias naciones—, pero lo harían burlándose de sí mismos con hipocresía cortés. En definitiva y al final todo vendría a ser lo mismo, pero los medios eran más jocosos y no tan gélidamente cínicos. Las palabras de Vanderbilt: «Al diablo con el público», prevalecían, pero el público conocería los sentimientos de sus venideros gobernantes y de los actuales, y hasta podría sonreír ante su campechano descaro. Los execrables eran los hombres criminales, que hablaban con tonos reverentes de los «derechos humanos» y «consideraciones misericordiosas» —mientras metódicamente saqueaban y conspiraban incesantemente contra la libertad humana y la dignidad humana.

Pero, pensaba Joseph, ¿una nación prefería un verdugo jovial a uno solemne? Opinaba que era muy probable que Norteamérica lo prefería. Sus experiencias con políticos le habían llevado a este convencimiento. El pueblo elegía sus propios políticos, no sobre la base de dignidad, hombría y probidad, sino por sus sonrisas, su buen humor público, su aspecto, el propio emocionalismo del pueblo, sus propias decepciones excitadas. Joseph pensó en su hijo, Rory, guapo, encantador, humorista, alegre e ingenioso: un engañador nato y, naturalmente, un político. Joseph le había dicho a su hijo: «Miente siempre, muéstrate siempre encantador. Los norteamericanos adoran a los tunantes simpáticos». Todavía no había cumplido Rory los nueve años pero era extremadamente inteligente, un atributo que Joseph le aconsejó más tarde que no desplegase ante el electorado. «Los norteamericanos recelan del excesivo intelecto», le diría. «Prefieren a un payaso resplandeciente. Debes aprender a besar niños, fingir un nudo en la garganta y si consigues tener lágrimas en los ojos y a la vez una sonrisa en los labios el público enloquecerá por ti».

—Si el senador Bassett tiene éxito en hacer aprobar el proyecto de ley sobre

Contratación de Trabajo Extranjero —dijo Regan— esto supondrá el final de la expansión norteamericana y el final de las ganancias. Si la mano de obra escasea puede reforzar peticiones imposibles. Es así de sencillo. Por consiguiente el senador Bassett debe ser... persuadido. Otros senadores le tienen en muy elevada consideración.

—Por consiguiente el senador Bassett debe perder esta consideración —dijo Joseph—. ¿Qué esqueleto tiene en su armario? Para los no anglosajones aclararé, ¿qué vergonzoso secreto hay en su pasado?

—Ninguno que hayamos podido averiguar, y lo hemos intentado —dijo Regan—. Lleva una vida de máxima virtud. Nunca ha aceptado sobornos políticos. Nunca ha tenido una querida. Cuando era congresista rechazó todo gaje de su cargo. No es hombre rico. Es propietario de granjas y paga a sus trabajadores altos salarios, increíbles salarios. Su esposa es una dama del Sur...

—Esto debería ser suficiente para alejar de su lado a los republicanos radicales —dijo Joseph—. ¿No podemos sacar a relucir que debido a su esposa el senador no colaboró en el saqueo del Sur tal como hicieron los muchachos de la Reconstrucción?

Estos comentarios eran los peculiares que desaprobaban sus colegas. Regan tosió un poco, pero sus ojos, emboscados bajo espesas cejas castañas, chispearon.

—Desgraciadamente, los demócratas conservadores y los republicanos conservadores han destacado este hecho con aprobación.

Joseph dijo afablemente:

—¿Alguien ha considerado la posibilidad de asesinarle?

Regan emitió una breve carcajada:

—Esto solamente serviría para enardecer a sus partidarios, Joseph. Bueno, el asunto parece quedar a cargo tuyo, muchacho. Hemos decidido que tú nunca te has hecho conspicuo, deberás intentar de convencer al senador. Has demostrado mucha más discreción que algunos de nosotros.

—Tengo entendido —dijo Joseph— que el senador Bassett está bien informado sobre la situación de la clase obrera en Norteamérica. Solicitó la invalidación de los gobernadores de Maryland y Pensilvania que azuzaron la milicia contra los trabajadores ferroviarios. No es radical ni extremista. No podemos sobornarle. No podemos amenazarle con «desenmascararle», o... ¿podemos?

—Creo haber expuesto ya que no hay nada que pueda usarse en su contra. Es una montaña de virtudes cristianas.

—Siempre se encuentra algo —afirmó Joseph—. Lanzaré inmediatamente a mis investigadores al trabajo. A todos ustedes les consta, caballeros, que no existe hombre viviente que no tenga algo que ocultar, grande o pequeño. Si es pequeño, puede hincharse hasta adquirir proporciones gigantescas. Es fácil convertir hasta a un santo en un charlatán hipócrita, en un estafador, un traidor al pueblo, si uno es lo bastante listo. Opino que mis hombres son muy listos.

Cuatro semanas después Joseph fue a Washington, ciudad que calificaba de «barco blanco en un mar de fango y niebla». Detestaba sus olores de cloacas, su atmósfera ambiental de corrupción, astucias, sobornos y oportunistas. Estaban siendo trazadas grandes avenidas, y meditó Joseph que otras avenidas similares en Francia habían facilitado el pillaje, las insurrecciones y matanzas por las chusmas de París, ya que no había paredes ni vericuetos que les obstaculizasen, ni tenían los soldados modo alguno de parapetarse o tender emboscadas. Pensó Joseph: «Todavía no disponemos de un Rousseau, un Mirabeau o un Robespierre, ni estamos aún infestados por comunas como lo fueron los revolucionarios franceses y sus prósperos cabecillas. Pero, gracias a mis amigos, los tendremos en el futuro, en vida de mis hijos o de los hijos de mis hijos».

Joseph detestaba Washington, lo cual divertía a sus amigos, puesto que, ¿no formaba él parte de sus corrupciones, venalidades y cohechos? ¿No hizo uso con cinismo de sus senadores y congresistas? Desconocían su ambigua probidad de la cual apenas si se daba cuenta él mismo. Por ejemplo, no se había abalanzado en efectuar grandes inversiones en armamento durante la guerra Franco-Prusiana, en la cual sus amigos obtuvieron ganancias conjuntas de varias veces millonarias. No le simpatizaban ninguno de los dos bandos combatientes y hasta había odiado cordialmente a Bismarck que se había dejado contagiar por el socialismo. Sin embargo, ¿no estaban ahora sus amigos conspirando para infiltrar el marxismo en todas las naciones para su destrucción y quiebra, de modo que así pudieran ser quedamente conquistadas y dirigidas por la Élite? Cuando algo no podía ser conciliado en su mente lo suprimía como algo impertinente que debe ser descartado.

Tenía habitaciones en el Hotel Lafayette, una hostelería modesta, ya que siempre, a diferencia de algunos de los más prósperos empresarios, evitaba toda ostentación ante la visión pública. Sus gustos eran austeros. No le gustaban los carruajes rutilantes ni los caballos demasiado vistosos. Y así, su anonimato no era estrategia, sino secuela de su carácter. Que todo esto le ayudase enormemente no se le ocurría pensarlo, aunque sí a sus colegas. Sin embargo, los políticos solían saber cuándo estaba en la ciudad, y algunos sentíanse expectantes y otros inquietos. El senador Bassett era un hombre resuelto, pero sintióse desasosegado al ser informado de la llegada de Joseph Armagh, cuya presencia, por sí misma, era de mal agüero para alguien, según afirmaron los amigos del senador.

—Es uno de los principales opositores contra el proyecto de ley de Contratación de Trabajo Extranjero —le dijeron al senador—. Se mueve sigilosamente, sin ruido, pero de todos modos, ha venido.

—¡Dios mío, cuánto odio a estos politicastos de entre bastidores! —dijo el senador—. Son peores que los elegidos, ya que controlan a demasiados de nosotros. Doy gracias a Dios de que los senadores sean nombrados por la Asamblea y no tengan así que aspirar al cargo como los desdichados congresistas. Espero que nunca los senadores sean elegidos por el voto directo del pueblo, ya que el pueblo es versátil

y puede fácilmente ser descarriado por una sonrisa, un guiño o unas cuantas monedas, y, sobre todo, por grandiosas promesas.

—Joe Armagh es uno de los principales promotores de una Enmienda Constitucional para elegir senadores mediante el voto directo del pueblo, y suprimir que sean designados únicamente por la Cámara legislativa.

—Espero que no lo consiga mientras yo viva —dijo el senador severamente—. Entonces vendríamos a resultar superfluos, casi decorativos, lo cual es probablemente lo que se proponen los conspiradores. Y seríamos pasto de los politiqueros como lo son los diputados.

El senador Enfield Bassett procedía de Massachusetts. Era de corta talla pero compacto y de gran cabeza, demasiado voluminosa para su estructura. Pese a su talla daba la impresión de una considerable fuerza corporal y mental. Tenía una cara ancha y vital, bondadosa y muy inteligente, y acababa de cumplir los cuarenta y cinco. No llevaba barba sino únicamente un bigote rizado que en vano trataba de alisar con cera. Su cabello, algo corto, tenía la misma tendencia. Sus ojos eran hermosos, anchos, negros y expresivos, bienhumorados, con largas pestañas sedosas. Su nariz no era notable aunque su boca fuera generosa por contraste, y tenía bonitos dientes muy blancos. Si había una leve propensión al barroco en su atuendo, sus amigos lo consideraban matiz de acicalamiento, ya que sabían que este abigarramiento no se extendía a sus juicios, sino que siempre era equilibrado, precavido, sincero y comedido. Por encima de todo era inexorable en contra de la explotación del obrero norteamericano, sus padecimientos, su injusta opresión y miseria, y contra la inmigración de obreros extranjeros que estaban dispuestos a trabajar por casi nada debido a la calamitosa situación en que llegaban y con lo cual perjudicaban al obrero nativo.

—No estoy en contra de los europeos —solía decir— ya que en definitiva ¿no somos todos nosotros europeos? Pero sí que estoy en contra de la importación de obreros extranjeros que son traídos en barcos ganaderos, enfermos, hambrientos, no para ser socorridos y ayudados por «compasivos» patronos, sino para ser conducidos como bestias a nuestras minas, talleres y fábricas, donde trabajan hasta morir de pie... y ser entonces enterrados en tumbas desconocidas. Son concentrados tras cercas, sin acceso al mundo exterior. Sus esposas y sus hijos son forzados a servir. Su explotación es terrible, sin conciencia, y no puede ser soportada en ninguna nación cristiana. Su destino es mucho peor aquí que en sus países nativos. Por lo menos allá tenían cierta libertad. ¿Qué obtienen aquí? Nada, salvo servidumbre. Nunca ven ni un centavo de sus pagas. Van a parar a las tiendas de la compañía que los explota, para cubrir sus pocas pero apremiantes necesidades.

Y el senador Bassett, al llegar a esta conclusión, hacía más contundentes sus puntos de vista:

—Ha llegado el momento, amigos míos, en que debemos practicar aquello que predicamos. Decimos que somos una nación libre. Pero ¿son libres los que son

importados aquí como ganado? Debemos detener esta importación. En lo sucesivo aquellos que acudan a nuestros litorales han de ser hombres libres, dispuestos a asumir las responsabilidades de la libertad, hombres orgullosos con especialización laboral y oficios, y no criaturas calladas dispuestas a trabajar hasta sus muertes por un poco de pan y tumbas sin nombre. A Dios gracias hemos abolido la manifiesta esclavitud. Procedamos ahora a abolir la esclavitud encubierta. En lo sucesivo no debe ser permitido que ningún empresario ni contratista importe hombres desesperados en su propio beneficio, para detrimento de nuestro propio pueblo, que pide solamente un salario decente y una vivienda decorosa.

Sus oponentes clamaban:

—En nombre del progreso, no es lícito cerrar las puertas de nuestra nación a los míseros, a los siervos y a los humildes.

El senador Bassett sabía a quién «perteneían» aquellos politicastos. No pertenecía él a nadie. En cierto modo, había sido un milagro que fuera elegido para el cargo por sus colegas del Congreso.

—Fue un descuido —comentaba humorísticamente—. Debieron elegirme recién salidos de la misa dominical.

Éste era el hombre de cabal integridad para cuyo soborno había venido Joseph Armagh.

No hizo nada abiertamente. Pidió a dos senadores que transmitieran al senador Bassett una invitación para acudir a visitarle, «por convenir a los mutuos intereses». La invitación fue transmitida. El senador Bassett creía en el aforismo acerca de que un hombre debía conocer a su enemigo, para poderle juzgar mejor y conseguir vencerle. En consecuencia aceptó cenar con Joseph en la intimidad de sus habitaciones hoteleras. Fue un día de intenso calor el primero de julio de 1881, tropical, destilando humedad pese a que brillaba el sol y no hubiese llovido; un día fétido, apestando a aguas fecales, tierra pisoteada, excrementos de caballo, aguas estancadas, y vegetación podrida y otros olores que no podían ser definidos pero que hedían. El hotel no estaba situado en un barrio elegante y la calle adoquinada era estrecha y, como de costumbre en Washington, esparciéndose la desmenuzada inmundicia en un viento ardoroso. A un lado de la calle se alineaban interminables hileras de lo que Joseph llamaba «casas terreras», en recuerdo de las ciudades de Irlanda, es decir, casas contiguas de oscura piedra rojiza con diminutas ventanas manchadas y pintados dinteles dando aceras de tablas o losetas. Las ventanas de las habitaciones de Joseph estaban abiertas y las cortinas eran aventadas dentro y fuera y los drapeados de terciopelo lucían polvorientos. Había un tráfico constante; el traqueteo de ruedas ribeteadas de acero invadía las habitaciones al igual que el repicar de cascos de caballo y el ladrido de perros vagabundos.

Los cuartos eran pequeños, felpudos y muy calurosos y algunos de los amontonados muebles eran de tela de crin, y las alfombras eran ordinarias. El senador observó todo aquello con cierta sorpresa. Aquel hotel parecía difícilmente el lugar

adecuado para alguien como Joseph Armagh y por unos instantes el senador pensó que podía demostrar inclinación a la clandestinidad. Después estudió a su anfitrión y vio su excelente pero austera vestimenta y decidió que aquel ambiente era más apropiado a los gustos de Joseph que la ostentación, y por algún motivo sintióse más alarmado que antes. Los ascetas no eran tan fácilmente propensos a la emotividad como los hombres grandilocuentes; tendían al fanatismo y eran con frecuencia menos que humanos en sus sentimientos. Además, frecuentemente carecían de conciencia, no podían ser sobornados fácilmente, y caso de tener humor era usualmente seco y acre, y sin compasión.

Sin embargo cuando Joseph volvióse hacia él con un saludo formulario y una expresión de gratitud por haber condescendido el senador amablemente a aceptar su invitación, el senador Bassett vio algo en aquella cara descarnada que le conmovió. Ahí estaba un hombre que había conocido penas infinitas, tristeza, crueldades y rechaces, y como el senador también las había padecido las identificó. También recordó que un poeta francés dijo: «En este mundo el corazón o bien se despedaza o se convierte en piedra». Joseph probablemente se había vuelto de piedra, y ahora el senador sintió una extraña opresión desalentada. No había nada más inquietante que un hombre que había soportado todas las maldades que el mundo puede infligir, y que se revolvió con hostilidad contra aquel mundo.

—He encargado jamón y pollo para usted, senador —dijo Joseph—, y cerveza y pastel. Espero que todo sea de su gusto.

—Es usted muy amable —dijo el senador con renovada sorpresa—. Son mis vituallas favoritas.

Estuvo a punto de preguntarle a Joseph cómo sabía aquello, pero recordó, con acrecentada alarma que Joseph había averiguado probablemente muchas cosas acerca de él y una inspección tan minuciosa no era halagadora y podía resultar peligrosa. También tenía una finalidad. El senador comprendía sobradamente que Joseph estaba ahí para persuadirle de retractarse en su apoyo al proyecto de ley de Contratación de Trabajo Extranjero, ya que la retirada de dicho apoyo pondría en serias dificultades su aprobación.

—Me complace que la cena sea de su agrado —dijo Joseph, con el tono formalista que había empleado desde la llegada del senador—. Yo mismo, como parcamente, y este calor disminuye todo apetito. Me pregunto por qué ustedes los senadores permanecen aquí en verano, y especialmente estando casi al caer unas fiestas.

—Tenemos trabajo pendiente, muy apremiante —dijo el senador. Sentóse ante la mesa redonda sencillamente servida con mantelería limpia pero modesta y cubiertos de plata deslustrada—. Personalmente no me agrada Washington, pero estoy aquí para servir a mi país.

Las viejas y pomposas palabras, en la fuerte pero musical voz del senador, no sonaban hipócritamente sino sinceras. Añadió:

—Contra sus enemigos internos y exteriores.

Joseph podía estudiar a un hombre sin dar muestras de tal agudo estudio y pronto supo que el senador era un hombre de absoluta rectitud y no un farsante político y por consiguiente estaba fuera de lugar en aquella ciudad, y era una anomalía. También supo que el senador no ignoraba por qué estaba él allí, y que el senador había aceptado su invitación no solamente a causa de su poder sino para enjuiciar personalmente las formidables armas de que disponía Joseph. El oculto escrutinio de Joseph de los rasgos del senador le reafirmaban que se hallaba ante un hombre bueno y honrado. Percibió un tenue remordimiento, algo que hacía años no había experimentado, y lo estrujó. No tenía nada personal contra el senador. Sabía que aquel hombre había sido muy pobre, casi tan pobre como él mismo, y que todo cuanto tenía, aunque hipotecado, lo compró con dinero ganado y no mediante latrocinios ni cohechos.

La cena de Joseph consistió en un plato de caldo ligero, una loncha de carne fría, pan y té. Comía sin prestar atención, lenta y rutinariamente. El senador, aunque sintiéndose cada vez más inquieto, comía con cordialidad y comentaba sobre sus colegas con amable regocijo y sin nombrarlos. Era ingenioso. Cuando reía su risa era más alta que lo normal en un hombre y llegaba a sugerir un lamento a su término. La cerveza le refrescaba y la bebía copiosamente.

—Oí decir que era usted realmente un granjero —dijo Joseph—. Yo mismo nací en el campo. En Irlanda.

—Ah, tenemos buen número de congresistas que son irlandeses —dijo el senador—. Sí, soy granjero, nacido en una granja. Poseo cuatrocientos acres de tierra en Massachusetts y otros quinientos en el Estado de Nueva York. Con cuatro granjeros arrendatarios. Ahora bien, cuando digo que «poseo» estos acres significa que tengo los títulos de propiedad pero en realidad son los Bancos los propietarios. Pago las hipotecas con elevado interés. Nací en Massachusetts, pero mi esposa nació en Georgia. La conocí aquí en Washington cuando era congresista y su padre un senador que sintió que ella se inclinaba mucho al casarse conmigo —y rió, antes de añadir con orgullo—: Tengo una hija preciosa que se casará con un muchacho de muy buena familia en Boston. Muy buena familia. En septiembre.

Se le ocurrió súbitamente a Joseph que el recital cándido del senador era muy semejante al del jovencísimo Harry Zeff en el andén de la estación en Wheatfield muchos años antes. De nuevo aquel molesto remordimiento hizo acto de presencia, y de nuevo lo estrujó.

—O sea que su esposa es una «bella dama del Sur» —dijo Joseph, en un intento jocoso.

El senador depositó su tenedor junto al plato y le miró.

—Sí. Y sigue siendo todavía una bonita dama.

Su corazón había iniciado una extraña palpitación acelerada. Su criterio sobre los hombres era muy astuto y sabía que hombres tales como Joseph Armagh no son

propensos a jocosidades. Sin embargo la cara de Joseph era inescrutable.

Un poco jadeante, dijo el senador:

—Sé que vino usted para tratar de cuestiones prácticas, señor Armagh. ¿En qué puedo serle útil?

—No es usted mi senador —dijo Joseph con gran cortesía—, pero indudablemente puede ayudarme. Soy hombre directo. Usted probablemente sabe que estoy aquí para discutir sobre el proyecto de ley de Contratación de Trabajo Extranjero que usted instigó y que ahora trata de hacer progresar a través del Senado. Y sé que usted cuenta con un buen número de colegas en su favor, ya que le respetan altamente y desean complacerle aun cuando tengan, quizás algunas reservas con referencia a este proyecto de ley.

—Sí, las tuvieron en un principio. Ya no las tienen ahora. Votarán conmigo por pura convicción y no por respeto personal o amistad hacia mí. No lo aceptaría si no fuera así.

—Ha hablado como un hombre de integridad —dijo Joseph— y prefiero tratar con hombres honestos... que son habitualmente razonables al formularse cualquier pacto.

El senador rascó un fósforo en la suela de su zapato y encendió su cigarro con manos que temblaban visiblemente.

—Señor Armagh, he oído todos los argumentos en contra de este proyecto de ley. Los he tomado en cuenta. No es un capricho por mi parte, ni un impulso emocional. He estudiado largo tiempo la contratación de obreros extranjeros y he quedado ultrajado ante el trato dado a estas pobres criaturas que, viéndose forzadas a aceptar salarios abominablemente bajos, mantienen sin trabajo a los obreros norteamericanos. ¿Sabía usted que algunos de sus... amigos... contrataban obreros chinos para trabajar en las líneas férreas por veinticuatro dólares al mes, y después se los descontaban por ropa y botas de modo que apenas les quedase con que comer? ¿Y que tenían que dormir en inmundos cuchitriles? Tenemos húngaros, búlgaros, austriacos, polacos, alemanes y Dios sabe cuántos más siendo constantemente importados para reemplazar el supuesto y alegado «alto costo del obrero norteamericano», y así subyugar a las uniones, y mientras aquellos pobres extranjeros cobran apenas más que los desdichados chinos que murieron hasta el último de ellos.

Exhaló una bocanada de humo y un contenido suspiro, prosiguiendo:

—De nada sirve hablarles de la conciencia a sus amigos, señor Armagh. Me dicen que estos hombres desesperados y sus familias están mucho mejor en Norteamérica que en sus propios países. Saben perfectamente que es una mentira. Estos hombres son atraídos aquí con el señuelo de promesas que nunca se cumplen, naturalmente. Tratamos mejor a los perros atravesados, señor Armagh, y estoy seguro que usted lo sabe. Hemos declarado ostensiblemente fuera de la ley la esclavitud de los hombres negros. Ahora tenemos la esclavitud para hombres blancos. Por lo menos la mayoría de los dueños de hombres negros los consideraban como una propiedad valiosa, y los

alimentaban, vestían y alojaban con cierto decoro y tenían médicos para ellos. Pero estos esclavos blancos no disponen de nada de esto —y apasionadamente exclamó el senador—: ¡Ah, yo no sé cómo estos amigos suyos pueden dormir de noche, señor Armagh, ni cómo podrán sosegar sus almas inmortales cuando mueran!

Joseph le miró fijamente y sonrió con torva mueca:

—Nunca he sabido de alguien cuyo sueño fuera conturbado, senador, ni tampoco el de su alma inmortal, si tiene mucho dinero a su alcance. Bien, usted ha hablado de las desdichas de los obreros extranjeros que hemos traído aquí. Por lo menos, esta gente tenía su pasaje pagado. No tuvieron que contemplar cómo sus conciudadanos moríanse de hambre en las zanjas de los caminos, cómo agonizaban sus familias. Han dispuesto de algo de pan, algo de queso, vegetales, algún techo, por mísero que fuera. Nunca conocieron el verdadero hambre. Yo sí, senador. Llegué aquí siendo un mozo de trece años con un hermano más joven y una hermana recién nacida de quienes cuidarme, y aquello que recibí lo pagué con mis propios salarios. Yo no tenía ningún trabajo esperándome, ni ningún alojamiento preparado. Yo no era un hombre. Era un niño. Y fui rechazado de sus libres puertos, senador, hasta que por alguna intervención misericordiosa me fue permitido entrar con mi familia.

Su huesuda faz había comenzado a entenebrecerse y el senador le escrutaba.

—He trabajado toda mi vida, en cualquier trabajo que pude hallar, desde que tenía apenas trece años, y sustenté mi familia. Pasé hambre, senador, un hambre mucho más penosa de la que aguantan sus obreros extranjeros por los cuales tiene tanta conmiseración. Y nunca refunfuñé. No hubo senadores para socorrerme, para abogar por la causa de los desesperados y hambrientos irlandeses que querían venir aquí simplemente para trabajar. Fuimos despreciados y rechazados por doquier que fuimos. Se nos negó el trabajo, hasta que tuvimos que mentir diciendo que no éramos irlandeses ni católicos. A nadie le importó que sufriéramos de consunción en esta noble tierra libre de usted, senador, y se murieran ahogados en su propia sangre, mendigando pan y ropa. ¡No se nos permitía trabajar! No se nos permitía vivir. No obstante, de un modo u otro vivimos. De un modo, u otro, decenas de miles, cientos de miles de nosotros, luchamos abriéndonos paso fuera del garlito de nuestra existencia con nuestras propias manos, sesos y valor. No pedimos clemencia ni nos la dieron. Y ahora, dígame, senador, ¿acaso fuimos más afortunados en los comienzos que sus obreros extranjeros?

«O sea que esto es lo que le sucede», pensó el senador con fuerte impulso íntimo de compasiva comprensión. «Quiere tomarse la revancha del mundo que le hizo todo esto a él».

—Este mundo mató a mis padres —dijo Joseph—. Fueron asesinados tan inexorablemente como les hubieran baleado a muerte. Bueno, esto carece de importancia, ¿no es así? El hecho que prevalece es que esta mano de obra extranjera contratada, traída aquí pagado el pasaje, cosa que no tuvimos, tuvo las mismas oportunidades o falta de ellas, que yo tuve. En su mayoría son hombres, pero yo era

un niño. Usted me dirá que tienen con ellos a sus familias. También yo. Dejémosles que hagan lo que yo hice. Dejémosles trabajar como yo trabajé. No son más débiles de lo que yo fui. Si son resueltos, conseguirán liberarse... como yo lo conseguí.

Con su entonación más bondadosa, dijo el senador:

—En otras palabras, usted quiere que ellos sufran lo mismo que usted sufrió. Conociendo la amargura del hambre y la explotación... ¿quiere también que ellos la soporten?

—¿Son ellos acaso mejores de lo que yo fui? —y con brusco ademán especificó—: Me temo que estamos divagando. Los obreros extranjeros son necesarios para la expansión de Norteamérica y por consiguiente debemos disponer de ellos.

—Estoy de acuerdo —dijo el senador—, pero hemos de pagarles salarios decentes y darles oportunidades decentes. Ayudemos a las Uniones a tener éxito en sus demandas de pagas adecuadas también para nuestros obreros norteamericanos. Toda la cuestión estriba en que el obrero extranjero dispuesto a trabajar por casi nada, está privando de trabajo al obrero norteamericano condenándole involuntariamente a morir de hambre. ¿Es preciso que le recuerde las huelgas de los ferroviarios y la matanza de huelguistas, y hasta de sus esposas? Si esto es necesario para «la expansión de Norteamérica» entonces digo... ¡no nos expansionemos!

—Es una realidad indiscutible —comentó Joseph— que no puede hornearse pan sin extinguir la levadura.

—Me encantan los epigramas. El problema radica en que rara vez son generosos o misericordiosos. Estamos hablando de hombres, señor Armagh, no de levadura. Hasta que no sean empleados todos nuestros obreros no debemos traer más obreros extranjeros en barcos de ganado. Cuando sean necesarios, que vengan pero con salarios decentes.

El senador apartó su silla de la mesa y añadió:

—Habló de prejuicios contra los irlandeses, señor Armagh. También existe un prejuicio contra esta pobre gente. Porque son lo que son, les tratan nuestros propios ciudadanos como si no fueran seres humanos. Esto también ha de ser rectificado. No ha lugar entre hombres honorables para los prejuicios contra otros hombres por la culpa, si así quiere llamarla, de su nacimiento. Los prejuicios resultarían risibles si no fueran tan atrocamente nefandos. Usted, más que nadie, debería comprenderlo.

Pero Joseph desvió la respuesta, iniciando el ataque:

—No somos hombres que pedimos sin recompensar. Supongo que esto ya lo sabe.

El senador estaba ahora pálido y toda clase de apacible humor había desaparecido de su semblante. Dijo:

—Sí, señor Armagh, lo sé. ¡No voy a saberlo! Si mis colegas mostrasen cualquier indicio de vergüenza podrían ser perdonados quizá, por debilidades humanas y codicia humana. Pero no están avergonzados. Votarán en contra de los mejores intereses de su patria, por dinero, jactándose encima por ello, y buscando más dinero. Son prostitutas alquiladas, señor Armagh. Peores aún que las mismas ramerás.

No pudo evitarse Joseph sonreír.

—Pero, como las rameras, reciben su paga. Atiéndame, senador. No vamos a ofrecer sobornos ni nada tan vulgar. Sencillamente estaremos agradecidos por la compra de lo que puede usted ofrecer, y por un precio excelente.

—Es decir, ¿retirar mi apoyo al proyecto de ley de Contratación de Trabajo Extranjero... que yo mismo fomenté... y convencer a mis colegas para que hagan lo mismo?

—Exactamente. Es un asunto de poca monta.

—La respuesta, naturalmente, es no, señor.

—¿No existe argumento alguno que pueda persuadirle siquiera de reflexionar sobre este asunto?

—No. He oído todos los argumentos. Durante meses los he refutado. Estoy verdaderamente asombrado que sus amigos lo intenten de nuevo, ya que me abordaron con anterioridad —y miró fijamente a Joseph—. Sabe usted perfectamente que lo que me ha dicho, lo que me ha ofrecido, es un delito penal de ofensa contra la dignidad del Senado, y su intento de sobornarme le hace incurrir en riesgo de procesamiento judicial.

—Lo sé, senador. Pero usted no tiene prueba alguna.

—Y además —dijo el senador con inmensa amargura— solamente serviría para divertir a bastantes de mis colegas, ¡todos ellos hombres honorables! Pero sigo teniendo la esperanza de que este proyecto de ley será aprobado. Tenemos un Jefe de Gobierno al parecer apacible y amistoso, pero es un hombre de principios y tiene planes que sólo ha comunicado confidencialmente a unos pocos, y me honro en ser uno de éstos.

—Tengo conocimiento de las convicciones del presidente Garfield. Creo que está mal aconsejado.

La estancia rezumaba mayor calor. Las paredes parduscas reverberaban el crudo y quemante reflejo solar. El polvo revoloteaba en los antepechos de las ventanas formando caballitos del diablo. El ruido del tráfico se hizo más audible en la estancia al observarse ambos interlocutores en grávido silencio. Por fin, dijo el senador:

—¿Qué es lo que quieren los suyos?

Joseph exhibió su mordaz y fría sonrisa:

—¿Qué es lo que cualquier hombre, en el fondo, realmente quiere? Poderío, mando, autoridad. ¡Los hipócritas chillan ideologías y lemas para prosperar a costa de los simples y crédulos y los que me agrada llamar «puros de corazón»! Pero mis... amigos... no tienen ideologías aunque hacen solemnemente uso de aquellas de los demás si sirven a sus propósitos. Son hombres que participan en muchas empresas, políticos, directores comerciales, dueños de minas, industriales, banqueros, jefes de líneas férreas, petroleros, navieros, fabricantes de armamento y municiones, hombres de riquezas heredadas, hombres de ilustres familias tanto aquí como en el extranjero, príncipes incluidos. Terratenientes. Todos tienen varios puntos en común: ninguno

siente la menor devoción por su patria particular. A ninguno le importa el bienestar del pueblo en cualquier nación. Todos son avariciosos más allá de la avaricia que el público en general pueda comprender. Todos son sublimes egotistas. Todos son enemigos de lo que usted llamaría libertad, senador. Quieren dirigir, cada uno en su propia esfera, cooperando con sus iguales. Quieren ser la Élite, con absoluta autoridad sobre las vidas y muertes y destinos del mundo. En el fondo, todos son Robespierres, Dantons, Mirabeaus. Jacobinos.

El senador le contemplaba fijamente, porque había captado la ironía y el desdén bajo las palabras de Joseph. Meditó unos instantes y replicó:

—Jacobinos. Sí. Las revoluciones nunca arrancan del pueblo trabajador, los agricultores, los modestos tenderos. Brotan de la aburrida y bien alimentada, los hombres que ya gobiernan, los llamados intelectuales, los muchos inquietos cuyas almas están vacías de todo valor espiritual pero que anhelan la fría violencia. En toda la historia ningún déspota surgió jamás del llamado «pueblo». Los déspotas brotan de los depravados radicales que odian a sus prójimos aunque los embaucan con suaves palabras y halagos y pretenden ser su amigo. Como ve, señor Armagh, yo también conozco la historia.

—Entonces, sabrá también cómo supieron los italianos del Renacimiento que las éticas política y moral nunca van juntas. La política y la ética están en plena contradicción. Un político honesto o bien es un hipócrita... o está predestinado a la destrucción.

El senador se puso en pie. Recogió de una silla su sombrero de alta copa sedosa y negra. Lo sostuvo entre las manos contemplándola y su expresión era a la vez grave y dolorida. Dijo, casi inaudiblemente:

—Sigo teniendo la esperanza de que mis compatriotas elegirán hombres buenos y no ladrones, embusteros, bribones exigentes, blandos aduladores y saqueadores en potencia.

Miró fijamente a Joseph:

—Creo haber dicho todo cuanto era necesario decir. No abandonaré mi postura. No puedo, en conciencia.

También se levantó Joseph. Ahora empuñaba en la mano un recio papel enrollado.

—Entonces, senador, y confío que tendrá una conciencia concerniendo a diversas personas relacionadas en estas breves notas. Por favor, léelas.

El senador cogió el papel y desenrollándolo comenzó a leer, siguiendo en pie. Su cara fue agrisándose lentamente, se hizo horriblemente lívida, casi yesosa, aunque ninguna de sus facciones se alteró. Pero gotas de sudor aparecieron en su frente y resbalaron por sus mejillas como lágrimas. Joseph le observaba. Finalmente no pudo observarle por más tiempo y fue hacia una ventana sintiendo en la boca un gusto de cenizas. Crispó las manos en el polvoriento antepecho y miró hacia abajo, al tráfico, sin verlo. El silencio a su espalda se hizo pesado, denso, funesto. Por fin oyó un

susurro y supo que el papel apergaminado había sido depositado sobre la mesa. Pese a ello, no podía aún volverse.

El senador murmuró monótonamente:

—¿Quién sabe esto además de usted?

—Solamente otro, senador. Por completo. La información fue recogida fraccionada y separadamente por una docena de hombres expertos que no tienen interés en usted, y que no conocen la totalidad de los datos recogidos. No he mostrado este papel a mis... amigos. Preferí enseñárselo solamente a usted.

—¿Qué intenta hacer con esta información, señor Armagh?

Joseph se volvió lentamente. Sus ojos le escocían. Vio que el senador parecía haber encogido, menguado, y que tenía el aspecto de un hombre terminado.

—Senador, si usted no retira su influencia del proyecto de ley de Contratación de Trabajo Extranjero es mi intención entregar esta información a los periódicos... y a varios de sus colegas. Lo siento. Sabe usted que no hay libelo. Sabe que son ciertos los hechos anotados en este papel.

El senador tanteó en busca de la silla que había abandonado, y se desplomó en ella, agachada la cabeza. Dijo con voz que era apenas un murmullo:

—Estamos en una época nueva. Ya no resulta nefasto... o repulsivo... haber tenido una abuela mulata, que fue esclava en Carolina del Sur. Era una dama agradable, y fue educada por su ama y por maestros. A su vez, ella educó a los hijos de su ama, que la había libertado. Por último, su ama le dio una considerable cantidad de dinero y la ayudó a trasladarse al Canadá. Pero, ya usted sabe todo esto. Ella se casó con un granjero canadiense acomodado... ya está todo expuesto aquí, ¿para qué repetirlo? Se trasladaron a Massachusetts. La conocí muy bien. Hasta su muerte ella fue el ser más querido en mi vida.

Alzó la mirada hacia Joseph con ojos dilatados y turbios:

—Ella me enseñó que nada es tan importante como la libertad, y que hasta la misma libertad no tiene valor si no está acompañada por el honor y la responsabilidad. Ella me enseñó que ningún hombre digno de esta condición podía llamarse a sí mismo hombre a menos que tuviera integridad.

Joseph miró a un lado.

—Entonces, carece de importancia que se propague la noticia de que usted tuvo una abuela provista de tantas virtudes, ¿no es así?

Dijo el senador:

—Tenemos bastantes congresistas negros en Washington actualmente, señor Armagh. Nadie les desprecia, ni les insulta...

Comprendió entonces Joseph que el senador no había oído su comentario. Dijo:

—Pero su esposa, la encantadora beldad sudista de Georgia... no está enterada, ¿verdad? Y su hija, que ha de casarse con el vástago de una aristocrática familia de Boston, el señor Gray Arbuthnot, ¿no es así?, tampoco lo saben ni ella ni él, ¿verdad? Quizás que ellos no sean tan amplios de miras y tolerantes como sus colegas del

Senado, y me temo que también éstos perderían súbitamente su tolerancia, y no le respaldarían. He podido observar que la «tolerancia» tiene un curioso modo de esfumarse cuando el propio futuro de un hombre está en un atolladero. Hay también algo más. Sus enemigos llegarían a la conclusión de que su apasionamiento por el bienestar del trabajador norteamericano, y su oposición a la importación de obreros extranjeros, procede del hecho de que es usted descendiente de un esclavo, y por consiguiente posee una sensibilidad de esclavo para el «esclavizamiento» de los demás. No crea que los hombres son bondadosos, senador. Son demonios.

El senador seguía mirando fijamente a Joseph y sus lustrosos ojos negros brillaban como si retuvieran lágrimas.

—Mis colegas en el Senado son demócratas conservadores y los más moderados de los republicanos. No me volverán la espalda.

—Lo harán. ¿De cuándo acá un hombre apoyó jamás a cualquier otro expuesto a la aversión o ridiculización públicas, por inocente o bueno que fuera? Ninguno ni nadie, que yo sepa. Cada uno de sus amigos pensará solamente en su propio porvenir político. No lo va a sabotear por usted, mi estimado señor. Ciertamente que ahora todos palpitamos en el Norte por «la elevación del negro». Está de moda. Pero es abstracto. Pasando a la realidad de los hechos es otra cosa enteramente distinta como saben muy bien los liberales. Muchos de sus amigos demócratas conservadores proceden del Sur, como recordará, y lo mismo ocurre con sus «más moderados» republicanos. Públicamente, emitirán palabras suaves, pero en la realidad huirán de usted. ¿Y qué pensará su esposa? ¿Cómo soportará la humillación? ¿Cree usted que el señor Arbuthnot se casará con una muchacha descendiente de un esclavo negro? Piense en ello, senador, puesto que según queda expuesto aquí, ni su esposa ni su hija conocen este antecedente suyo.

El senador volvió a inclinar la cabeza. Dijo con voz entrecortada:

—Ya lo ha dicho usted. Los hombres son demonios.

—Cierto, senador. Bastará con que les diga a sus colegas que tras madura reflexión ha decidido no apoyar más el proyecto de ley en cuestión, y toda esta información quedará destruida. Nadie lo sabrá jamás. Le doy mi palabra de honor.

El senador emitió una angustiada risa que resultó gimiente.

—¡Debo simplemente abandonar mis principios, desertar de mis convicciones, renunciar a todo lo que hace soportable la vida para un hombre!

—Piense en ello como una protección de su esposa e hija, senador.

El senador se puso en pie. Contemplaba el apergaminado papel nuevamente enroscado por sí mismo. Remojóse los grises labios con la punta de su lengua. Y tras una larga pausa, dijo:

—Es posible que esté usted en lo cierto, señor. Voy llegando a la conclusión de que este mundo es realmente infernal.

Colocándose el sombrero de copa añadió:

—Pensaré en todo esto.

—Dispone usted de tiempo hasta mañana a las seis de la tarde, senador. Envíeme aviso. Si por entonces no he recibido noticias tuyas...

Asintió el senador, cuyas facciones habíanse avejentado, pero en cuyos ojos alentaba una insondable resolución.

—Dispongo hasta las seis de la tarde de mañana para decirle a usted si renuncio... o no renuncio. Sí. Tendrá noticias mías.

Se dirigió hacia la puerta, y su paso era lento y débil. Joseph se anticipó rápidamente para abrirle la puerta. El senador se detuvo en el umbral. Volvió la cabeza con lo que parecía costarle un gran esfuerzo y miró rectamente al rostro de Joseph. Dijo lentamente:

—Señor Armagh, que Dios tenga misericordia de usted porque no es usted un mal hombre. No, no es usted un mal hombre. Por ello mismo, tanto peor para usted.

Los párpados de Joseph casi recubriendo sus hundidos ojos azules.

—Soy lo que el mundo me hizo ser, senador. Pero ¿acaso no es esto verdad en todos?

—No —dijo el senador—. No. Esto no es verdad. Tenemos la facultad de escoger.

Joseph le vio alejarse, caminando con inseguridad, como ebrio, pasillo adelante hasta que alargó la mano tanteando hacia la baranda, y desapareció bajando las escaleras. Joseph cerró la puerta.

Permaneció largo tiempo en el centro de su polvorienta habitación. Sus ojos llegaron finalmente a posarse en la parrilla vacía de la chimenea. Súbitamente tembló como si tuviera frío. Cogió el recio papel desenrollándolo y lo colocó en la parrilla. Rodilla en tierra prendió un fósforo. El papel era grueso y resistente. Encendió más fósforos, y la habitación se impregnó de olor a humo y azufre. El pergamino comenzó a arder por una esquina. Fue ardiendo como jubiloso, crepitante, y pedazos ennegrecidos se desprendieron y el resto iba enroscándose como un largo gusano negro, hasta desintegrarse. Joseph empuñó el atizador y removiéndolo hasta aplastarlo todo en cenizas. Como siempre, y en último momento, no había sido capaz de resistirse a la inocente honradez.

Sentábase sobre sus tacones y se dijo a sí mismo: «Indudablemente, eres un estúpido. Ni siquiera sabes por qué has hecho lo que acabas de hacer ¿Qué te importa este hombre? Un político más o menos. Ahora he actuado contra mis propios intereses. ¿Cómo voy a explicarles esto a mis asociados? Me costará atreverme a explicarles lo que he hecho. Se reirían hasta la hartura para después llevar a cabo las maniobras para destruirme. ¡Me he puesto en una situación magnífica!».

Miró las negras cenizas y de pronto algo que le estrujaba íntimamente se relajó. Nadie sabía que estaba en su poder esta información excepto Timothy Dineen, que había reunido los informes de los demás investigadores resumiéndoles en un conciso extracto. Joseph les había dicho a sus colegas únicamente que tenía «cierta información que pudiera persuadir al senador Bassett. Puedo intentarlo, en último extremo. Creo que atenderá a razones». Tendría que decirles ahora que el senador, al

final, no había atendido a razón alguna. Joseph se encogió de hombros. El resto incumbiría ya a nuevas conspiraciones por parte de ellos, que dudaba resultarían eficaces con un hombre como el senador.

Ya estaba seguro de cuál sería la decisión del senador. No renunciaría porque entonces no podría vivir consigo mismo. Joseph se puso en pie, nerviosamente. No había tren abandonando Washington aquella noche. Tendría que quedarse en aquella abominable ciudad blanca y corrompida, rebosante de pestilencias y maldad, hasta el día siguiente.

Aquella noche Joseph acudió a un concierto de Brahms pero la música no logró abstraerle como de costumbre. Veía las facciones del senador Bassett por doquier en las butacas de platea y en los palcos. En cierto momento, pensó: «Si supiera dónde vive iría a verle esta noche y le diría... ¿Qué le diría? ¿Qué he destruido la información? ¿Consolaría esto a un hombre tan hondamente herido? ¿Quedaría tranquilizado con la inexistente garantía de que algún otro enemigo no desenterraría esta historia alguna vez en el futuro? ¿Podría seguir viviendo con este conocimiento, el temor, el obsesionante temor? No temería nada para él mismo. Sufiría el más agobiante de los temores... el de que la verdad destruyese a aquéllos a quienes amaba».

El amor... Meditó Joseph que como todas las demás cosas era una mentira y un engaño, una mutilación traidora. No era de extrañar que fuera tan celebrado: era tan raro, tan por encima a la naturaleza del hombre que le sorprendía maravillándole como si fuera un milagro. Solamente estaban a salvo aquellos que nunca amaron ni amarían. Estaban a salvo del mundo de los hombres.

Caminó de regreso a su hotel en el calor de la medianoche de la ciudad. Las calles adoquinadas, enladrilladas o fangosas estaban pobladas de vehículos, ruidosas de risas, crujido de ruedas y pisoteo de cascos equinos. Vio las faces de políticos, rotundas, sonrojadas, joviales. Los había tratado con frecuencia y les conocía. Saludaban a las amistades desde sus suntuosos carruajes y sonreían, sonreían, sonreían. Nunca cesaban de trabajar, pensó Joseph. Eran como insomnes animales de presa.

El fétido calor tropical no aminoraba. Todavía resultaba peor en las habitaciones de Joseph. Se revolvió, dormitó y tuvo pesadillas. En cierto momento soñó que estaba en un minúsculo esquife y veía la mano de su madre tendiéndose hacia él, emergiendo de negras aguas. Pero cuando estaba él a punto de asirla volvía a sumergirse, y oyó un gemido. Despertó, sudoroso, precisamente cuando aparecía la luz verdiazul de la alborada. Levantándose fue a asearse.

Cuando estaba consumiendo indiferentemente un parco desayuno llamó a su puerta un mensajero entregándole una carta. A solas, la abrió viendo que era del senador Bassett. Durante unos momentos se frotó los escaldados ojos antes de leer. Después se enderezó. El senador había escrito: «Me pidió retractarme al precio de no destruir aquellos que me son muy queridos. Existe tan sólo un modo que me permita

retractarme sin que lacere mi conciencia y no me deje descansar en paz. Cuando reciba estas líneas habré emprendido el camino por donde cesa toda mi vida corporal. Pero con mi postrer aliento puedo únicamente decirle lo siguiente: he invocado sobre usted una maldición y ninguno de aquéllos a quienes usted estime prosperarán jamás ni colmarán sus sueños y sus esperanzas».

No llevaba firma, salvo la inicial «B».

Joseph se puso en pie bruscamente. Pensó que estaba asfixiándose y a la vez todo su cuerpo estaba recorrido por una enorme frialdad, y un horrendo vértigo le hizo tambalearse. Todo en derredor suyo se volvió neblinoso. Las paredes y el techo de la habitación fueron ondulando en brumas hasta disolverse. Sintióse al borde del desvanecimiento. Tuvo que asirse a una silla, derrumbándose en ella, cayéndole la carta de las manos. Cubrióse el rostro con las manos y se estremeció.

No era la espantosa maldición del hombre que se había inmolado lo que le conturbaba, porque no era supersticioso. No creía en maldiciones ni en bendiciones. Lo que le abrumaba era que había matado a un fenómeno: un hombre honrado. Tras un largo intervalo pensó: «Pero entonces un hombre honrado es algo grotesco. No tiene sitio en este mundo, y nunca tuvo cabida. En cierto modo, si todos los hombres honrados muriesen, este mundo sería un lugar apacible, ya que no existirían perplejidades transitorias ni agitaciones, ni necias esperanzas, ni esfuerzos con plena dedicación y estériles, condenados al fracaso desde el principio, ni cruzadas destinadas a ser destruidas, ni elocuencias elevadas y contagiosas».

Se hallaba en la estación del ferrocarril entre bulliciosos gentíos cuando el presidente Garfield fue asesinado a balazos.

Pocos meses después el proyecto de ley de Contratación de Trabajo Extranjero fue aprobado tanto por el Senado como por la Cámara. Un senador manifestó:

—Debemos este triunfo a la tarea de nuestro muy apreciado senador Enfield Bassett que dedicó todas sus energías altruistas a conseguir la aceptación de este proyecto. Murió como muere un caballo pura sangre sobrecargado, sin por ello dejar de avanzar con todas sus fuerzas, y fue una muerte honorable. El peso de los cargos públicos mata con frecuencia. Consideramos al senador Bassett un mártir por el bienestar de esta nación al igual que nuestro difunto presidente Garfield.

Joseph Armagh no creía que los asesinatos políticos fueran «hechos casuales, elaborados por mentes insanas e intelectos desequilibrados», como aseveraban algunos periódicos refiriéndose al presidente Garfield. La mano en el gatillo pudo ser «casual» y la mente y el intelecto «insanos y desequilibrados». Pero los hombres ocultándose en el anónimo tras el asesino no eran casuales ni insanos ni desequilibrados. Sabían perfectamente las razones y lo que se hacían.

XXXII

Joseph Armagh le dijo a su hijo Rory:

—No estás sobresaliendo excepcionalmente en matemáticas en tu colegio. Pero compruebo que obtienes calificaciones inmejorables en historia, alemán, francés, latín y literatura. —Le sonrió al muchacho—. Así que estoy contento contigo. Sin embargo, deberás ser más eficiente en matemáticas para ingresar en Harvard —y rió—: Para ser un intelectual eres singularmente saludable y pragmático.

—Conozco lo suficiente de matemáticas para creer que debería conseguir un aumento en mi asignación semanal —dijo Rory con su seductora y descarada sonrisa—. Solamente tengo dos dólares más que Kevin.

—Un dólar es un dólar, y es un montón de dinero. Tres dólares a la semana para un mozo de quince años es suficiente. Kevin se compra sus propios juguetes de su dólar semanal, y es muy sensato para ser un rapaz de nueve años.

Rory era alto y esbelto moviéndose felina y rápidamente con la gracia de su abuelo Daniel Armagh pero con la fuerza y ahorro de gestos de su padre. Era muy guapo con un aire enérgico y animado que había heredado de su madre. Cortés y galante, pese a su corta edad, estaba siempre pronto para la réplica bromista. Poseía el cabello que fue rojo de Joseph, pero el suyo era rizado y más brillante de matiz más oscuro. Su nariz bien formada era levemente respingada y su boca risueña tenía un grosor sensual en el labio inferior. Sus ojos bajo las cejas rojizo-doradas eran de un claro azul, burlones, alegres y frecuentemente expresando cinismo bienhumorado. Al igual que Joseph sus pómulos eran anchos y su mentón decidido. Emanaba una casi visible aura de satisfacción y goce de vivir, y una excepcional inteligencia.

Era también exigente, en modo encantador y persuasivo, aunque también podía ser brutal cuando era necesario. Aparentaba mayor madurez que la de su edad. A diferencia de otros jóvenes guapos estaba siempre investigando nuevos conocimientos, nuevas percepciones y encontraba a la humanidad indescriptiblemente divertida. Excepto por su padre. Ya a los quince años, sabía todo lo que podía saberse de Joseph y adquirió su información por muchos medios ávidos e indirectos, por otros hombres y por los periódicos, y también por su madre, y encontraba a su padre indescriptiblemente fascinante. Joseph era el único ser humano al que Rory temía, y tal vez quería. Pese a su juventud ya no era virgen desde sus catorce años. Las muchachas, y hasta mujeres cabales sentíanse tan atraídas hacia él como ellas le atraían, y aún desde su temprana juventud era alegremente licencioso, teniéndole sin cuidado que se supiera. Era tan valiente como su padre, pero a diferencia de Joseph le gustaba el peligro y su excitación. Muchos decían con convicción que sería un hombre extraordinario, no solamente debido a su aspecto y habilidad para fascinar tanto a hombres como a mujeres, sino también por sus cualidades intelectuales, su voz elocuente y viril y su certero y sonriente sarcasmo.

Era ya un político en el pequeño mundo que todavía era el suyo propio. Aunque a veces sus compañeros de estudios le considerasen «comelibros», era su cabecilla. Cabalgaba como un centauro, jugaba magníficamente al tenis, y podía trepar como un mono ya que era intrépido. En ocasiones, hasta era camorrista.

Su hermana gemela, Ann Marie, no se le parecía en absoluto. Era una muchacha más bien delgada y apacible, algo alta y tan lisa de figura que su madre constantemente se lamentaba de ello. Antaño tan ruidosa como su hermano, era ahora propensa al silencio, probablemente, pensaba Joseph debido a que su madre «nunca paraba de hablar». Tenía un bonito cabello liso, castaño, que peinaba sencillamente como correspondía a una colegiala de quince años, una cara ovalada de pálida complexión, anchos ojos pardo oscuro, nariz pequeña y finos labios imperiosos como los de su padre. Su madre la había convencido siendo ella todavía muy niña, de que no poseía belleza alguna y que era «muy vulgar», por lo cual la muchacha llevaba vestidos de colores apagados, sin distinción. Pero Joseph, en cierto momento en que se fijó detalladamente en ella, vio que poseía la austera elegancia tan admirada por los irlandeses, y le asombró por cuanto hasta que sus hijos no tuvieron catorce años no estuvo verdaderamente consciente de sus personalidades y existencia.

Porque para él, Rory y Ann Marie habían sido «los hijos de Bernadette», o los nietos del odiado Tom Hennessey. Como a tales tenía escaso interés en ellos, y aún menos afecto, aparte de una indulgente benevolencia cuando les veía jugar o escuchaba sus discusiones. Con frecuencia se olvidaba de que existían. Para Joseph Armagh su «familia» significó sus padres, y después su hermano y hermana. La «familia» de Bernadette era algo distinto que no formaba parte de él como lo constituyeron Sean y Regina. En más de una ocasión cuando alguien preguntó rutinariamente por la salud de su familia pareció distraído pero sinceramente sorprendido al replicar: «No tengo familia». Finalmente descubrió que le miraban entonces de modo solapado y especulativo, lo cual resultaba algo desagradable, por lo cual ya prestaba atención en su respuesta y, si bien nunca demostraba entusiasmo, solía decir: «Mi familia sigue bien, gracias», y cambiaba de tema impacientemente.

Nunca visitó a sus hijos en sus colegios, ni demostró el menor interés en sus progresos. Como no estaba muy a menudo en Green Hills, pasaban a veces meses antes que los volviera a ver. Los veía forzosamente por Navidades y Pascua de Resurrección, y encontraba su presencia aburrida, soslayándola. Era como si su profunda dedicación a su hermano y hermana, su total ensimismamiento en ellos, había agotado las reservas vitales de amor en él, resecaándole. Y desde que Sean y Regina habían «desertado» de su lado, más que nunca quedó desprendido de los demás seres humanos inmerso en una absoluta indiferencia. El resorte de sus afectos se habían paralizado bajo el peso de la losa de los desengaños.

El amor y la adoración de Bernadette hacia él se tornaron fanáticamente obsesivos desde que supo que para él no significaba ella nada y que habíase casado únicamente por la petición de su madre moribunda. Poseía ella la tenacidad de su

padre: conquistaría el amor de Joseph sin importarle el tiempo que requiriese, y se consagraba al bienestar de él sirviéndole con un esclavizamiento que todo el mundo notaba y hasta compadecía, porque Joseph ni se daba cuenta. Solamente sabía que Bernadette ya no era insistente ni suplicante con él, lo cual le suponía una grata comodidad, y cuanto menos la veía tanto más satisfecho sentíase. La apreciaba como buena ama de casa y excelente anfitriona, y esto era todo cuanto deseaba de ella. No había tenido contacto sexual con ella desde que nació el más joven de sus hijos, Kevin. No quería ya ningún hijo más; achacaba a Bernadette la culpa por el nacimiento de Kevin, y por esta razón desde entonces evitó todo contacto físico.

No era ni cruel ni áspero con ella. Simplemente ella quedaba ausente de su pensamiento, y de haberse muerto, él no hubiera sentido pesar. Rara vez conversaba con ella, y desde el nacimiento de Kevin ya ni siquiera le divertía ni le suscitaba su peculiar risa a regañadientes. Algunas veces parecía sorprendido como preguntándose quién era cuando ella entraba en una de las habitaciones.

Pese a no ser una mujer estúpida, Bernadette todavía no captaba la extensión de su desinterés por ella. Tenía la romántica noción de que su apasionado amor llegaría a contagiarle, y como era optimista por naturaleza se desanimaba rara vez. En estas pocas ocasiones se preguntaba desesperada: «¿Qué veo en él? ¿Por qué le amo con toda mi alma y corazón? No es guapo según el patrón convencional. Su voz es fría y tajante. No es considerado ni suave. No me demuestra ternura. Me mira como si no me viese. No obstante, ¡cómo le quiero, cómo le adoro! Moriría por él».

Los misterios del amor nunca los sondeó, y por ello sufría honda e intensamente al no ser correspondido su amor. Sin embargo, no renunciaba a la esperanza. Había mucho de superficial en ella y por esto ignoraba que era suficiente para el amor, servir, existir, por desdeñado o inadvertido que fuera. La mera presencia de Joseph en la casa bastaba para producirle un lastimoso júbilo. Cuando él le pedía algo, como hubiera podido pedírselo a una criada, ella se extasiaba. Su adoración le cercaba como una espuma de burbujas.

Su indiferencia hacia sus hijos ya no la molestaba. Cuantos menos fueran aquéllos por quienes se interesase Joseph tanto más estaba ella complacida. Sentía celos de Timothy Dineen y se alborozó cuando al morir el abogado James Spaulding, Timothy pasó a ocupar su lugar en Titusville haciéndose también cargo de los intereses de Joseph en la sección noroeste del Estado así como en Ohio y Chicago. En Titusville había ocho abogados trabajando a las órdenes de Timothy, además de un considerable personal especialista. Joseph tenía un nuevo y apuesto secretario, un tal Charles Deveraux, un brillante abogado, aproximadamente de su edad, del cual sabía vagamente Bernadette que procedía de «algún lugar de Virginia». Charles afrontaba enormes responsabilidades, las cuales Bernadette ni intentaba siquiera adivinar. Estaba apasionadamente celosa de él porque acompañaba a Joseph por doquier y vivía en la casa cuando Joseph estaba en Green Hills, y le parecía a Bernadette que existía entre ambos demasiado afecto y compenetración. Únicamente cuando Charles

estaba presente era cuando Joseph reía sin reparos y mostraba animación. A veces se quejaba ella petulantemente a Joseph por este motivo, diciéndole que prefería la compañía de su secretario-asociado a la presencia de su esposa e hijos, pero Joseph nunca contestaba y por ello Bernadette llegó a odiar a Charles. Su excepcional y casi apolínea figura la habría atraído en otras circunstancias, pero ahora ella pensaba en él como en un enemigo que había «robado» un afecto en justicia perteneciente a «la familia». En cuanto a Harry Zeff y Liza, nunca venían a Green Hills. Bernadette hizo patente que despreciaba la presencia de «aquel árabe» y «su moza criada», encontrando que ambos resultaban ofensivos y casi insultantes para ella.

—Uno de estos días —le decía significativamente a Joseph meneando la cabeza como si tuviera informes secretos— este Harry te traicionará. Pero nunca me haces el menor caso.

Le produjo una enorme satisfacción cuando sus hijos fueron ya lo suficientemente mayores para asistir a internados en Boston y Filadelfia ya que así quedaban eliminados unos rivales en potencia. Declaraba efusivamente ante las amistades su gran amor hacia ellos y cuánto los echaba de menos, pero sintióse dichosa cuando se fueron y todavía más cuando visitaban amistades prolongadamente durante las vacaciones veraniegas. En resumen, si ella hubiese podido aprisionar a Joseph en la gran mansión blanca de Green Hills su dicha se hubiera visto colmada, sin importarle ya no ver a nadie más, pese a su carácter gregario.

Habíase hecho tan malévola y punzante contra Elizabeth Hennessey que Elizabeth compró la casa que Joseph construyera para su familia trasladándose a ella con su hijo. Algunas veces se preguntaba Bernadette la razón por la cual permanecía Elizabeth en Green Hills. Lógicamente, Joseph «administraba» los negocios de la señora Hennessey, como una atención hacia la viuda cuyo marido él destruyó, cavilaba Bernadette. Pero también él podría haberlo hecho igualmente si ella hubiese regresado a su nativa Filadelfia. Elizabeth era raramente invitada a la casa Hennessey excepto por Navidades y Año Nuevo, y su hijo Courtney asistía al mismo colegio que Rory, en Boston. Bernadette no veía a su hermanastro más que una vez al año y no experimentaba el menor interés por él. En su opinión era un «pobrecillo insignificante» en comparación con el resplandeciente Rory.

Bernadette había perdido el encanto de la juventud, y era ahora una gruesa matrona pesadamente encajada en corsé, con amplio seno y más anchurosas caderas, pero siempre extremadamente a la moda. Nunca muy linda, su plana y redonda cara había adquirido una papada, y recurría al maquillaje no siempre con discreción y mesura. Pero su vivacidad y energía, si bien a veces un poco forzadas ahora, seguían agradando a sus amistades aunque no tanto sus modales crecientemente más autocráticos y sus críticas más malignas. Era la dictadora de la sociedad de Green Hills, como correspondía a la esposa de un hombre tan poderoso e influyente, y era también temida en Filadelfia y otras ciudades. Ahora, como aseveraba con orgullo complacido, podía «alternar» en plan de igualdad con los Belmont, los Gould, los

Fisk, Regan, Morgan y otros en Nueva York y no había nadie que pudiera desairarla. Sus joyas rivalizaban con las de cualquier otra mujer. Era una de las principales clientas de Worth y su guardarropía era soberbio. Cuando, una vez al año, insistía en acompañar a Joseph a Europa, su ya única insistencia, llevaba una doncella francesa por acompañante y tantos baúles y maletas que era preciso un camarote extra además del que ocupaba y del que usaba Joseph. Volvía Joseph a avenirse a su presencia. Como siempre, era una perfecta anfitriona para sus colegas.

En cierta ocasión le dijo a Joseph:

—Ahora a nadie parece importarle que seamos irlandeses.

No comprendió por qué Joseph le había dirigido aquella mirada feroz y prolongada que la hizo bajar la cabeza desconcertada. No pudo detectar la rabia y desprecio en sus ojos, ni el rencor que suscitó un fuego azul entre sus párpados. Solamente supo que en cierto modo le había ofendido, y durante varios días no le dirigió la palabra.

Después, cuando sus dos hijos mayores ya tenían quince años, recibió ella la más hiriente y lacerante de las experiencias de su vida.

En 1875 Joseph visitó a Montrose, al que ya conocía como Clair Deveraux, en Virginia. La hermosa casa nueva en la plantación había impresionado a Joseph al igual que los florecientes campos de algodón, las manadas de ganado y los caballos pura sangre.

—Sin tu ayuda en la compra de la propiedad adjunta sería ahora el típico dueño sudista de una plantación hipotecada hasta los cimientos, gracias a los logreros yanquis y otros pescadores de río revuelto —dijo Montrose, sacudiendo calurosamente la diestra de Joseph con hondo afecto. Después añadió—: Ésta es mi querida esposa Luana, con quien me casé en Pittsburgh hace dos años.

Joseph pensó que Luana Deveraux era una de las mujeres más bonitas que nunca conoció. Contempló sus maravillosos ojos grises, la masa de su negro cabello, su hinchida boca sonrosada y su cuerpo encantador. Ya conocía ahora la historia de los Deveraux. En Virginia era ostensiblemente la concubina y criada de Clair. Más tarde conoció a su hijo, Charles, que fue herido en la guerra que mató a su abuelo. Joseph se asombró ante su enorme parecido con su padre, ya que tenía de Clair Montrose el ondulado cabello amarillo, el rostro sutil y la altura, aunque había heredado los ojos de su madre. Charles, por entonces, se había diplomado en la Facultad de Leyes de Harvard y empezó a practicar en Boston, donde se casó con una muchacha de buena familia.

En su primer encuentro Charles había dirigido a Joseph una mirada desafiante, pero Joseph le ignoró considerándole un necio engreído. Más tarde cambió por completo de opinión. Volvió a ver por tres veces a Charles y lentamente Charles comenzó a confiar en él y ya no le retó más con la frialdad de sus grises ojos. Charles

fue prosperando mucho, convirtiéndose en socio de su firma en Boston. Cuando el abogado Spaulding murió de vejez y achaques. Joseph le ofreció su puesto a Charles, con honorarios considerables. Charles titubeó y por fin le dijo a Joseph bruscamente:

—Doy por supuesto que mi historial no será propagado por Titusville.

—No sea idiota, hombre. No le ofrezco este empleo a causa de que estuve largo tiempo asociado con su padre y le admiré. Se lo ofrezco porque creo que es usted competente. Si me he equivocado lo echaré a la calle sin la menor ceremonia.

Charles, que había heredado la intrépida afición al peligro de su padre, y conocía todo lo referente a Joseph, aceptó la oferta. Tenía una suntuosa casa en Titusville donde residía con su esposa y consultaba con Timothy Dineen, pero viajaba con Joseph y era su «asesor privado legal y asociado». Era un sudista fanático y a menudo divertía a Joseph por sus escarnios hacia los nordistas y el “oportunismo yanqui”. Carecía de todo escrúpulo cuando se trataba de los intereses de Joseph.

En 1880, Clair y Luana Deveraux murieron de fiebre tifoidea y Joseph asistió al funeral. No hizo comentario alguno cuando Clair fue enterrado en el panteón de la familia Deveraux y Luana en una tumba entre las de antiguos esclavos. Pero leyó en la expresión del rostro de Charles, y dijo:

—¿Qué importa dónde quedan enterrados los restos de una persona? La tumba de mi padre fue una fosa común. Los restos de mi madre yacen en el fondo del mar. Por lo menos tu madre tiene un lugar donde reposa en paz a solas bajo una lápida con sus nombres. ¿Quién es más afortunado? ¿Tú o yo?

Desde aquel instante Charles dio a Joseph su lealtad sin reservas. Charles lo vio todo, lo comprendió todo, y no dijo nada en los años que trabajó para Joseph Armagh. Algunas veces la ambigua probidad de Joseph le divertía. Sabía lo referente al senador Bassett, ya que colaboró en la recolección de datos sobre el infortunado. Lo mismo que su padre, Charles era plenamente indiferente a las fuentes de ingresos, y a los métodos para obtenerlos. De todos modos, le complació extrañamente que Joseph hubiera destruido toda prueba contra el senador.

Era para Joseph una interminable causa de cínica e íntima hilaridad la leve aversión que Charles sentía hacia Harry Zeff, y a veces, al igual que Bernadette se refería a él como «el árabe», aunque realmente admirase el talento de Harry para la organización y gerencia, y aprendiese mucho de él y lo tratase con cortés deferencia. Para Joseph, el espectáculo de la humanidad era absurdo y risibles sus pretensiones. Cuando Harry dijo de Charles con cierta admiración: «Éste es un maligno bastardo sudista», Harry no comprendió por qué los ojillos de Joseph relucieron regocijados.

—Por su modo de erguirse —añadió Harry—, cabría pensar que nadie que haya nacido al norte de la divisoria Mason-Dixon tenga el menor derecho a llamarse a sí mismo un ser humano, ni pueda aspirar a ser un caballero inteligente.

—Si la historia de todo hombre en este mundo fuera conocida desde el mismo origen de sus abuelos, ninguno de nosotros tendría la menor razón para sentir ningún orgullo —replicó Joseph.

Harry había sonreído sin contestar. Conocía demasiado bien el orgullo de Joseph Armagh, y por consiguiente Harry tenía también su secreta fuente de hilaridad.

Fue durante una cálida jornada de junio, radiante de sol, impregnada de la fragancia de las rosas, cuando Joseph realmente tomó conciencia de la personalidad de sus hijos.

Estaba con Charles por unos días en Green Hills. Joseph estaba sentado tras su despacho y Charles se hallaba en pie, junto a una ventana, contemplando el lustroso verdor del césped, las flores y los anchos prados con su arboleda. Dijo repentinamente:

—Forman una estupenda pareja de jóvenes. Ojalá tuviera yo hijos.

Joseph había alzado la vista impacientemente:

—¿Qué dijiste?

—Sus hijos —dijo Charles—. Rory parece un dios griego, de ésos que hablan las mitologías y la muchacha es delicada y graciosa. Una dama.

Joseph se levantó y se acercó a la ventana para mirar al exterior. Cualquier cosa que llamase la atención de Charles Deveraux debía ser notable, porque Charles, lo mismo que él, se desinteresaba habitualmente de los demás y consideraba a muy pocos seres lo bastante dignos como para merecer un comentario.

Rory y Ann Marie paseaban uno al lado del otro por una de las alamedas bajo el sol. Había entre ellos un hondo cariño. Se asían de la mano como amantes muy jóvenes, sus cabezas se inclinaban y, evidentemente, estaban hablando con gran seriedad. El rojizo cabello de Rory destellaba bajo la luz del sol. Caminaba como un bailarín: con prestancia, soltura y felinidad. Su hermoso rostro de muchacho estaba absorto y atento. Tenía propensión al dandismo y vestía siempre a la última moda, lo cual le sentaba bien. Ann Marie caminaba a su lado, con aire grácil y tenuemente tímido; su vestido azul colgaba de su delgada pero arrogante figura, su cabello castaño brillaba, y su pálido semblante era amable y sereno. Miraba a su hermano con seriedad e insistencia y por momentos asentía.

Por vez primera Joseph estuvo plenamente consciente de ellos, de que eran sus hijos, y de que tenían una personalidad y un aire conmovedor de juventud e identificación. Eran también hermosos y, en cierto modo, patéticos. Joseph se apoyó en el antepecho de mármol de la ventana, miró fijamente a sus hijos y se dijo a sí mismo con renuente y hasta enojada maravilla: «¡Mis hijos!». Súbitamente, ya no eran de Bernadette, sino suyos. No eran los nietos de Tom Hennessey, sino los nietos de Daniel y Moira Armagh, y tenían su sangre y su carne.

«No sé nada de ellos», pensó Joseph, con renovado pasmo, aunque sin lamentarlo. Eran como una revelación para él, ya que también ellos tenían su destino.

A cierta distancia, tras ellos, caminaba Kevin; su macizo cuerpo de niño, ancho y fuerte, aún poseía la torpeza de la infancia. Tenía una cara morena, cuadrada, de huesos duros, muy seria y decidida, casi terca. Su cabello castaño muy oscuro era una masa de rizos. Sus densos ojos pardos estaban examinando algo que sostenía entre

sus manos, y estaba muy absorto en ello. Joseph nunca se había dado cuenta hasta entonces: Kevin se parecía al padre de Moira Armagh, un robusto y macizo irlandés que nunca pactaba con nadie, ni siquiera con su Dios; un hombre calmosamente beligerante de intimidante orgullo y pundonor.

Aquel día, en la ventana, Joseph no supo que estaba sonriendo mientras contemplaba a sus hijos. Tampoco supo, hasta cierto tiempo después, que el amor hacia ellos le sobrevino en aquel día de junio y que finalmente eran suyos y parte suya, y que había adquirido otra familia.

Al cumplir Rory los quince años Joseph forzando una sonrisa dijo:

—Voy a hacerte presidente de los Estados Unidos.

Rory miró a su padre con su habitual descarado reflexivo y dijo:

—De todos modos lo intentarás como sea, y yo estaré contigo, padre.

Entonces Joseph supo que su hijo haría cualquier cosa para agradarle, y sintió un agudo dolor y una súbita confusión.

—¿Por qué habría de ser esto importante para ti? —preguntó Rory.

Joseph había cavilado, y Rory observándole vio el ensombrecimiento de su rostro y la crispación de sus delgados labios. Dijo Joseph:

—Me temo que nunca sabría explicártelo adecuadamente. Tengo un exceso de remembranzas.

Y Rory había asentido como si comprendiera por completo.

Joseph había contraído hacia Ann Marie una ternura especial. Su sencillez de carácter lo conmovía y a la vez lo asustaba. No era la sencillez de Regina, que estuvo plena de entendimiento, sino una límpida ingenuidad que no sabía nada de la maldad y por ello suponía su inexistencia. Ahora sentía hacia Kevin un afecto áspero y jovial: a veces solía decirle:

—Creo que naciste con barba, viejo.

Rory aumentaba sus conocimientos con facilidad y despreocupación, mientras Kevin se afanaba laboriosa y obstinadamente.

Cuando Joseph se enteró de que sus hijos siempre lo habían querido se sintió a la vez avergonzado y con remordimientos, y a ratos incrédulo. Pero era así. No había hecho nada para ganarse su cariño, y sin embargo ellos se lo concedían así como no se lo habían dado a su madre. Ella los consintió primero y después les demostró resentimiento porque no se avinieron a crecer de acuerdo a las «nuevas teorías» que había adquirido leyendo las expansiones de Horace Mann. Ellos no respondieron —tal como alegaba Horace Mann que los hijos responderían— a determinados métodos. Finalmente Bernadette comprendió que ellos la consideraban un poco tonta, y como no lo era en absoluto, se sintió ultrajada.

Ella se alegraba cuando ellos no estaban, porque así podía pensar solamente en Joseph. Casi un año después que Joseph reconoció secretamente a sus hijos como muy suyos, ella se enteró de que los quería. Esta revelación fue algo que ella nunca les perdonó. Sus celos la oprimieron conturbándola profundamente, hiriéndola en sus

fibras más recónditas. Ellos habían conquistado el cariño de Joseph sin esfuerzo y ella, que le había entregado toda su vida, era rechazada. Fue perturbándose. Empezó a lamentar haberles dado el ser. Eran sus rivales, sus enemigos. Para complacer a Joseph simulaba solicitud y afecto por ellos. Pero creía que ellos le habían robado lo que en justicia le pertenecía únicamente a ella.

Para Bernadette el día más atroz de su vida tuvo lugar cuando, lamentándose de la «fealdad» de Ann Marie, le dijo a Joseph:

—Con esa falta de belleza y presencia, creo que la muchacha jamás podrá hacer un buen matrimonio. ¡Válgame Dios! Carece de todo encanto y no tiene clase alguna.

Joseph se volvió con una expresión tan vengativa y una mirada tan ferozmente rencorosa que ella retrocedió atemorizada.

—Deja en paz a mis hijos —silabeó Joseph—. Te lo advierto: deja tranquilos a mis hijos.

Bernadette, abandonada, experimentó la primera postración profunda que jamás sintiera. Se vio obligada a guardar cama, ella que nunca estaba enferma. Durante días permaneció en su cuarto con escasa iluminación; era incapaz de llorar, y sólo podía mirar fijamente, con los ojos secos, el pintado techo. Ni siquiera podía hablar. Creía morir, y realmente lo deseó.

Cuando se recobró, había envejecido. Su aflicción era más soportable pero rebosaba tristeza. Sin embargo, aún tenía ánimos. Era tan sólo una cuestión de tiempo, se decía a sí misma. «Pronto ellos se casarán, se irán, y estaré a solas con Joseph, y él finalmente sabrá que no tiene a nadie más que a mí. Nos estamos haciendo viejos. Algún día él comprenderá y me amará; me basta con esperar a que llegue este día».

Por entonces ya sabía de sus muchas infidelidades y de las mujeres con quienes alternaba. Pero ella era su esposa, y la posición de una esposa es inconquistable, sustentada por Dios, la sociedad y todas las sanciones legales. Hasta el propio Joseph Armagh no podía ignorarlo siempre. Ahora, en su desesperación, solamente le quedaba una imagen a la que se aferraba con vehemencia; su marido y ella, a solas definitivamente.

XXXIII

Un compañero de clase le dijo a Rory Armagh:

—Tu padre es simplemente un dueño de prostíbulos.

Replicó Rory:

—Y tu abuelo era un beato negrero puritano, que bautizaba y bendecía a míseros salvajes para llevarlos briosamente a la esclavitud, aunque era contra la ley. ¡Nada como unas cuantas plegarias para quedarse tan tranquilo camino del Banco!

—Ya, ya —se burló el otro joven—. Pero por lo menos mi padre no se acuesta con su madre política.

Rory, el jovial y alegre, había vapuleado a su oponente con un salvajismo frenético que nunca, en toda su vigorosa vida, había desplegado. Fue inmediatamente expulsado y regresó a Green Hills. Su padre, en Filadelfia, recibió una carta ceremoniosa del director del colegio:

Lamento informarle, señor, que su hijo, Rory Daniel Armagh, ha sido expulsado de este colegio a causa de una violenta y no provocada agresión de que hizo objeto al joven Anthony Masters durante la hora de recreación el día 12 de abril corriente. El señor Masters ha sido internado en la enfermería con diversas lesiones y magulladuras —un brazo fracturado con desorden funcional— y su estado es grave. Es creencia general que no estará en condiciones de regresar a sus clases por varias semanas. El señor Burney Masters, de Boston, que es un venerado y distinguido miembro de los círculos de buen tono de Boston, está muy encolerizado con referencia a este brutal castigo infligido a su hijo y está considerando proceder a una acción legal. Se debe únicamente a mis ruegos e insistencias el que demore tal acción reteniéndola bajo la asesoría de sus abogados, firma de la notable importancia de McDermott, Lindsay, Horace y Witherspoon. He de tener en consideración el buen nombre de nuestro colegio, ya que esta incalificable agresión pone en entredicho la reputación de nuestra institución, y se suscitarán discusiones entre padres que repercutirán sobre el colegio. Esto es triste ya que muchos de nuestros graduados han prosperado en carreras de distinción en cargos públicos y negocios y, hasta ahora, nunca se había producido tal clase de incidente.

Es muy desafortunado que el joven señor Armagh sea expulsado solamente dos meses antes de su graduación en el colegio, pero él promovió este contratiempo y nadie más. Lamento que no podamos recomendarle, como estaba planeado, a la Universidad de Harvard, ni a la de Yale o Princeton, ni a ninguna otra institución de fama y erudición, a pesar de las calificaciones escolásticas del señor Armagh que hasta ahora superaban a todas las demás.

Nadie deplora este suceso con mayor sentimiento que yo, su respetuoso servidor,

Geoffrey L. D. Armstead.

Joseph regresó de inmediato a Green Hills, con Charles Deveraux. Experimentaba una fría cólera tanto contra su hijo como contra el señor Armstead, que no era ni mucho menos de su agrado. En el tren, dijo Joseph:

—¡Este condenado viejo bastardo altanero! ¡Tartufo puritano remilgado! ¡Tuve que pagar dos veces la tarifa para conseguir que este maldito Rory fuera inscrito en este colegio, entre los gallardos retoños de Boston, Nueva York y Filadelfia, según palabras textuales de Armstead, y ahora fíjate lo que ha hecho! Arruinarse y desgraciarse él mismo, además de humillarme.

—Oigamos primero el relato por boca del propio Rory —dijo Charles—. Conozco algo a Armstead. Aparecía por Harvard cuando estudié allí, a tés y festejos con su esposa, que es una pequeña y renegrada gallina semejando una mujer, aunque de muy noble prosapia, como ella misma no se abstiene de hacer constar. Forman una pareja muy avenida.

—Naturalmente, ya sé que Rory cuenta con tu favoritismo —dijo Joseph asestando una mirada de enojo a su secretario—. Si hubiese asesinado al joven Masters sabrías hallar alguna disculpa para él. —Se pasó los flacos dedos por entre su espeso cabello rojo y blanco, y la implacable expresión que todos temían se encajó en su rostro—. ¿Qué podemos hacer para arruinar a Armstead?

Charles dedicó una larga meditación al asunto.

—No es hombre de negocios. Fortuna heredada, familia antigua, inversiones sólidas, casado con heredera de rica familia del mismo calibre. No tiene antecedentes políticos ni alterna con políticos. Naturalmente, siempre hay algo, como hemos descubierto en el pasado. Pero esto requeriría tiempo, y Rory dispone solamente de siete semanas para la obtención del grado. Debemos ocuparnos de inmediato para que sea readmitido. Lo único que podemos hacer, si existe alguna posibilidad, es presionar a Burney Masters, el padre, para que obligue a su hijo a presentar públicamente excusas, retirar sus acusaciones y lograr que Rory sea readmitido inmediatamente. Armstead no le puede negar nada a Masters; él es exalumno de este colegio y financia becas.

—Burney Masters —dijo Joseph, frunciendo el ceño—. ¿No se presentó contra el alcalde irlandés de Boston y perdió?

Charles sonrió. Sacó su lápiz y libreta de anotaciones.

—Así fue. ¿Y el alcalde no es amigo suyo? ¿No contribuyó usted a los gastos de su campaña? Parece ser, si no recuerdo mal, que Masters se presentó sobre una base de reformas; durante la campaña dijo algunas cosas poco amables sobre los irlandeses de Boston. No es que esto nos pueda favorecer, sin embargo. Dadas las

circunstancias, fue un milagro que el alcalde actual fuera elegido. No es precisamente él quien puede ejercer presión sobre Armstead; éste lo desprecia. Creo que el sentimiento es mutuo.

Charles se reclinó en el cómodo sillón del vagón particular de Joseph y cerró sus ojos grises para pensar. Joseph aguardó. Por fin, Charles dijo con voz satisfecha:

—Señor Armagh, creo que hay algo a nuestro favor. Recordará que todas las probabilidades estaban a favor de la elección de Masters y en contra del actual alcalde. Masters llevó a cabo una campaña fuerte y decidida —es un elocuente orador—. Colocó dinero propio en esta campaña, contando con el respaldo de toda la gente elegante y acomodada. El actual alcalde era demasiado pintoresco —y demasiado irlandés— como para resultar eficaz, salvo entre los suyos. Su manía de bailar una breve jiga y cantar una o dos baladas irlandesas en el estrado no reforzó su reputación entre los legítimos bostonianos, aunque los suyos le aplaudieran con entusiasmo. Masters no sólo lo aventajaba en futuros votos —de acuerdo a los periódicos de Boston—, sino que su dignidad y presencia, como lo calificaban, «presagiaba buenos augurios para una administración que no sería corrompida, como la precedente, sino de la cual los bostonianos podrían sentirse orgullosos como ciudadanos de una honorable capital».

Charles movió su lápiz como una batuta.

—Y entonces, durante las tres últimas semanas de la campaña, ocurrió algo. Masters hizo cada vez menos apariciones públicas. Sus discursos fueron haciéndose cada vez más débiles y reprimidos y menos peyorativos. Parecía haber perdido valor. No hizo aparición alguna durante la última semana, y se negó a ser entrevistado por los periodistas excepto para efectuar una blanda proclama a favor de su elección. Sus carteles desaparecieron. Sus partidarios ya no realizaron más visitas de casa en casa. No hubo más boletines sobre sus principales proyectos. No cabe duda que todo esto resulta altamente interesante. Me pregunto qué le pasaría a Masters.

—También yo sentí cierta intriga en ese momento —dijo Joseph, sentándose erguido en el sillón y mirando a Charles con interés—. Le pregunté al Viejo Almíbar, como le llamábamos, y se limitó a sonreír, con esa peculiar mueca irlandesa de esfinge que solamente saben ostentar los irlandeses cuando «tienen algo husmeado en las narices» que prefieren no hacer público. Por consiguiente, él dominaba a Masters. Tuvo que ser realmente importante. Charles, mándale un telegrama en mi nombre esta misma noche y llévale una carta mía mañana.

—Es un tipo marrullero —dijo Charles—. Quiere ser gobernador, y no hará nada, ni siquiera por usted, que pueda sabotear sus ambiciones.

—Pero yo conozco algo muy letal referente a Viejo Almíbar —dijo Joseph con complacencia—. Si quiere ser gobernador preferirá no tenerme como enemigo. Creo que hemos resuelto el problema. Mientras, yo bregaré por Rory.

—Con equidad y moderación, deseo y espero —dijo Charles. Y esta vez Joseph sonrió levemente.

Los dos hombres fueron recibidos por una gemebunda^[23] Bernadette que exclamó inmediatamente:

—¡Tu hijo! ¡Nos ha desgraciado para siempre jamás! ¡Y yo que era tan amiga de Emma Masters, que rige la sociedad de Boston, y éramos recibidos casi en todas partes en Boston! También los Armstead fueron amables con nosotros en más de una ocasión. Ahora seremos proscritos en Boston, humillados, ignorados y desairados; todo debido al genio extravagante, perverso y violento de tu hijo... ¡atacando a un refinado caballero como el joven Masters!

Sólo Charles vio que ella sentía un considerable regocijo secreto por este episodio, ya que creía que Rory dejaría de ser querido por su padre y en consecuencia ya no sería su rival. Joseph la miró ferozmente y dijo:

—Los refinados caballeros jóvenes no provocan ataques. Estaré en mi estudio. Que Rory vaya allá inmediatamente.

—Si no lo castigas severamente faltarás a tu deber, Joe —dijo Bernadette, algo desanimada por la recepción de Joseph a su queja—. Y pensar que se hubiera graduado en ese distinguido colegio en junio, con todos los honores, y ahora solamente será aceptado en instituciones de lo más inferior, y no será admitido en Harvard, ¡han arruinado su porvenir!

—Envíame a Rory —dijo Joseph, alejándose abruptamente.

Charles lo acompañó y cuando estuvieron en las habitaciones de Joseph éste incubaba nuevamente una fría cólera contra su hijo, ya que por su culpa había tenido que posponer importantes negocios en Filadelfia.

Rory, pulcramente vestido y esplendorosamente guapo, como siempre, a pesar de un impresionante ojo amoratado, acudió inmediatamente al estudio. Ostentaba una curiosa expresión de reserva y tensión, como su padre; pero Charles nunca la había visto antes en la cara del muchacho, habitualmente franca, chispeante y alegre.

Joseph lo hizo permanecer de pie ante él como un penitente. Dijo:

—Así que mi hijo es un jactancioso y agresivo haragán, ¿no? Sin pensarlo ni un instante intenta destruir su propio futuro, que ya le ha costado a su padre una buena cantidad. ¿Qué tienes que alegar en tu descargo?

Rory evitó la mirada de sus cínicos ojos azules y dijo:

—Él... te insultó.

Charles estaba detrás de la silla de Joseph y trató de captar la mirada del joven de diecisiete años, pero no lo logró. Había una terca crispación en la boca habitualmente risueña de Rory.

—Al parecer —dijo Joseph— éste es un sentimiento muy bonito. Proteger el honor de tu padre. Escucha, Rory, yo nunca te he ocultado mis actividades. Te he explicado numerosas veces que los hombres de negocios no se preocupan si las actividades son legales o ilegales, mientras no atraigan la atención, en exceso, de la justicia, y aun esto puede ser superado. Los negocios son los negocios, como se repite constantemente. No tienen ética particular. Tienen solamente una norma: ¿tendrá

éxito o no lo que se emprende? No pertenecemos al Ejército de Salvación ni a las Brigadas de Moralidad. Luchamos con un mundo duro y exigente, y por ello hemos de ser también duros y exigentes, si no queremos ir a la ruina. Todo esto te lo he explicado a menudo, y creía que lo habías comprendido.

Hizo una pausa mirando a Rory, pero, con rara terquedad, éste contemplaba sus pies. No parecía desafiante, o rebelde, como muchos jóvenes cuando son reprendidos por su padre. Tenía el aspecto de quien protege a alguien o un secreto. Sin embargo, solamente Charles lo percibió; no así Joseph, que seguía encolerizado.

—Te calificó... de mala manera —dijo Rory.

Se tensaron más las facciones de Joseph.

—Rory, he sido calificado con todos los epítetos que puedas imaginarte y muchos más. Algunos los he merecido; otros no. Para mí carece de importancia y no debería ser importante para ti. También en el futuro te colocarán calificativos. Si eres sensible a la opinión ajena entonces será mejor que te emplees de aprendiz en una de mis oficinas, o enseñes en una escuela de campo, o pongas una tienda. Ahora, Rory, vamos a dejar a un lado toda esta majadería. Haré cuanto pueda para que seas readmitido. Creo que es posible.

Sin mirar a su padre, contestó Rory:

—Mis notas son lo bastante altas para que no me sea necesario volver a ese colegio. Sobresalí en todas las materias. Ni siquiera hubiese tenido que pasar el último examen. Bastaban mis calificaciones. El viejo Armstead lo sabe. Se comporta malignamente, porque te odia a ti, padre, y a mí... porque somos irlandeses. Él haría lo que fuera con tal de molestarte. Recordarás cómo se opuso a mi ingreso en su maldito y estúpido colegio —el muchacho se sonrojó mirando a su padre con enojo que igualaba al suyo—. ¡Me ofende que tuvieras que pagar el doble para conseguir que me admitiesen!

—¿Quién te lo dijo? —preguntó Joseph incisivamente.

—El propio Armstead, con su clásica malevolencia saliveante, hace cuatro días.

Joseph y Charles intercambiaron una ojeada.

—¡Si no puedo abrirme paso por mis propios méritos en cualquier maldito colegio, entonces no me interesa! —exclamó Rory más sonrojado—. ¡No quiero que me mortifiquen más!

La entonación de Joseph era más afable al decir:

—Has de afrontar los hechos de la vida, Rory, y no me agrada que comiences a ser altivo. Soporta humillaciones, pero aguarda el tiempo necesario para tu desquite, y nunca olvides ni perdones. Siempre llegará el día en que puedas cobrarte. Lo sé. Pero en cuanto un hombre empieza a ser altivo inicia la senda de su derrota. Soportar es un modo de luchar, y si no lucha, entonces es mejor que se escurra con el rabo entre las piernas. Ésta es la ley de la vida ¿y quién eres tú para pretender desafiarla ni alterarla?

Charles intervino:

—Todo hombre tiene que soportar desaires por una u otra cosa, Rory. Tiene que adquirir sus compromisos aunque sin debilidad. Si puede ocultar algo de sí mismo que resulte injurioso, entonces debe hacerlo. Si no tiene nada grave de que avergonzarse y es calumniado, entonces debe luchar.

Rory simpatizaba extremadamente con Charles, pero ahora le dijo con amargura:

—Esto está muy bien para usted, Charles, ya que es un Deveraux de Virginia, y nadie puede señalar con el dedo a sus padres o a usted mismo.

Hubo un repentino y largo silencio. Charles miró de nuevo a Joseph que negó terminante con la cabeza. Pero Charles aspiró profundamente y dijo:

—Estás equivocado, Rory. Yo desciendo de negros.

Rory miró boquiabierto a Charles, hasta que gritó incrédulo:

—¿Cómo, qué?

Charles asintió amistosamente con una sonrisa:

—Mi madre era también una Deveraux, por sangre, pero nació esclava, y yo nací ilegítimo, hasta que ella se casó con mi padre.

Rory contemplaba, con los ojos desorbitados, el cabello amarillo de Charles, sus afiladas facciones y sus ojos grises. Parecía en el colmo del estupor.

—Rory —dijo Charles—, si alguien me preguntase si soy de raza negra, le diría que sí, ya que no siento que sea una desgracia ni una inferioridad. Pero es asunto mío, mi secreto, y no le importa a nadie más. Ante la Divinidad..., no existe color ni raza. Hay solamente hombres. Pero el mundo desconoce esta realidad, y por consiguiente un hombre ha de protegerse a sí mismo contra la inmerecida malicia y crueldad. Guarda para sí cualquier secreto que pueda perjudicarlo.

Joseph estaba conmovido como rara vez había estado hasta entonces. Que el orgulloso Charles Deveraux se arriesgase a decirle a un muchacho de diecisiete años un secreto tan peligroso, le revelaba a Joseph, más que ningún otro detalle, la lealtad de Charles hacia él y su adhesión a su familia. Joseph no era un hombre expresivo. Se limitó a colocar brevemente su mano en el brazo de Charles con leve presión.

Rory seguía mirando asombrado a Charles, y ahora la pétrea dureza de su juvenil semblante se suavizó.

—Caramba —silabeó casi en un susurro, pensativo. Y añadió—: Me gustaría llegar a ser tan hombre como usted, Charles.

—Lo serás. Supongo que el joven Masters no solamente llamó a tu padre irlandés de tal-y-cual-cosa, sino que dijo algo más acerca de él.

—Sí —admitió Rory, tras una pausa.

—No puede ser muy importante —dijo Joseph—. ¿Qué fue, Rory?

Rory volvió a encerrarse en mutismo, mirándose de nuevo los zapatos. Y el denso sonrojo había vuelto a su cara.

—¿Bien, qué fue? —inquirió Joseph, impaciente.

—No puedo decírtelo, padre.

—¿Tan desagradable es? —ironizó Joseph.

—Para mí, lo es —dijo Rory.

—Diablos, muchacho, no seas necio. Sabes bien lo que soy. Nunca he pretendido ser algo distinto de lo que soy. Nunca oculté nada, aunque tampoco lo proclamé por los tejados. Me tiene sin cuidado la opinión de la gente, y debes imitarme.

—Supongamos, señor Armagh —intervino Charles— que dejamos a Rory guardar su secretillo. Más tarde, él mismo se reirá de ello. Todo hombre tiene derecho a poseer un secretillo propio, ¿no es así, Rory?

—Quizás mi padre no desea que esto sea conocido o que se hable acerca de ello —dijo Rory mirando a su padre con un cariño tan conmovedor, que impresionó a Charles. Pero Joseph sentía tanta curiosidad que no advirtió la emoción en los ojos de su hijo.

—Si el joven Masters está enterado, entonces todo el mundo lo sabe —afirmó Joseph.

—Pero ¡es una mentira! —exclamó Rory—. ¡Una puerca mentira! ¡No podía yo permitir que una mentira de esta índole fuera propagada por todo el colegio!

Un destello peligroso chispeó entre las pestañas de Joseph. Estudió a su hijo. No se le ocurrió, la verdad. Estuvo muy cuidadoso, con la máxima discreción, en un sector privado de su vida, más completamente reservado que nunca; no pensó en este aspecto muy íntimo, ya que creía que solamente él y la otra persona compartían el secreto. Dijo:

—Espero que no te estés volviendo un melindroso remilgado, Rory. Sobre mí se cuentan mentiras a millares. No importa, no me importa. Pero ¿cuál es esa mentira particular que tanto te inflama? Podemos aclararla entre nosotros.

Una expresión de desesperación, pero de acrecentada terquedad, cubrió el semblante de Rory. Sacudió la cabeza.

—No puedo, no quiero decírtelo, padre.

Joseph se puso en pie súbitamente y, con cara tan feroz que hasta el propio Charles retrocedió, dijo con voz serena pero terrible:

—No me desafíes, joven mequetrefe. No me digas a mí que «no puedes» o «no quieres». No acepto esta insolencia de tu parte, esta falta de respeto, este insulto. ¡Vamos, desembucha ya!

Charles se había recobrado. Intervino.

—Señor Armagh, supongamos que deje a Rory que me cuente de qué se trata y me permita usted ser el juez. ¿Estarías de acuerdo, Rory?

Pero Rory sacudía nuevamente la cabeza negativamente.

—¡Nunca se lo repetiré a nadie!

Joseph golpeó furiosamente la cara de su hijo, en manotazo de revés, lo mismo que había golpeado a su hermano Sean. Pero, a diferencia de Sean, Rory no se encogió, ni estalló en lágrimas, ni dio media vuelta. Se tambaleó sobre sus tacones por un instante, hasta equilibrarse nuevamente, y miró a su padre con fijeza, casi inexpresivamente. La marca de la mano de Joseph sobresalía en su mejilla.

El remordimiento no era una emoción común para Joseph, pero de pronto, mientras observaba a su hijo, sintió remordimiento y una especie de honda vergüenza. El muchacho estaba confrontándole en silencio, dispuesto a soportar cualquier castigo para protegerle; Joseph comprendió súbitamente todo esto y su remordimiento se acrecentó. Charles permanecía en silencio, algo molesto.

Pero Joseph, con tono gruñón, dijo:

—Muy bien, jovencito, puedes conservar tu maldito y tonto secreto. Yo creía que eras más sensato y que tu hombría no se dejaría afectar por mentiras. Yo acepté humillaciones de las que no puedes tener ni la más remota idea... y aguardé a que llegase mi momento. Solamente hubo una cosa que jamás hubiese aceptado, y habría sido una inmundicia en contra de mi padre o mi madre.

Rory miró a un lado. No habló. Joseph trató de sonreír:

—Hay muy poca cosa, hijo mío, que pueda ser realmente una calumnia contra mí. Por consiguiente, tómallo con más calma la próxima vez. Bien, ya puedes irte.

Rory saludó brevemente a su padre y después a Charles. Fue a Charles a quien miró directamente, con gran respeto y un destello de admiración. Después abandonó la estancia, caminando rígido, con la cabeza erguida. Cuando se hubo ido, Joseph meneó la cabeza y soltó su arañante risa.

—Me parece que, pese a cuanto le he dicho acerca de mí, sigue siendo quisquilloso. Y eso no me gusta, Charles.

—Tiene coraje, y ésta es una rara virtud —dijo Charles—. Es como una roca. No cederá terreno; no se desmoronará. No es tanto una cuestión de rectitud como de honor.

Joseph estaba complacido, pero encogió los hombros.

—No hay lugar en este mundo para el honor —dijo—. Mi padre nunca lo comprendió, y por esto pereció. Bien, prosigamos con el asunto del honorable Masters —y mirando a Charles, añadió—. Sí, el mozo tiene coraje, ¿verdad? Espero que sea el adecuado. ¿Qué crees que pudo decirle de mí el joven Masters, Charles?

Pero Charles no lo sabía. Sin embargo, caviló sobre cómo pudo Anthony Masters haber llegado a conocer su secreto. Alguien fue indiscreto. Charles no sabía que era Bernadette la que había expuesto quejas a su «querida amiga Emma Masters», en un momento de lacrimógena propensión confidencial, inducida por el vino. La mansa y piadosa Emma, siempre ávida de chismes que pudieran perjudicar a los demás, lo contó a su marido, y su hijo lo que había oído furtivamente. Como todos los secretos bien guardados, fue fácil de descubrir. Bernadette ni siquiera recordaba aquella nebulosa noche y la falsa simpatía de la cual fue víctima. De haberlo recordado, se habría aterrorizado pensando que Joseph pudiera saberlo, pero esto era lo único que importaba en aquel asunto. Además, para su alivio, habría pensado que las infidelidades de Joseph eran sobradamente conocidas. Una más era insignificante, aunque ésta era la más insoportable de todas. La había descubierto cuando ni por asomo se figuraba que iba a descubrir algo.

El asunto de Burney Masters fue fácil de solucionar para Charles; mucho más fácil que muchos otros que también solucionó. Lo consiguió casi de inmediato.

«Viejo Almíbar», el alcalde de Boston, se sintió muy dichoso por recibir noticias y un comunicado de su querido amigo Joseph Armagh —«Hemos de mantenernos bien unidos, nosotros los irlandeses, porque condenado me vea si nadie más se unirá nunca a nosotros»—, y el comunicado significaba que, si era el deseo de Su Señoría llegar a ser gobernador, el señor Armagh se sentiría complacido en aportar una contribución para su campaña, mencionando una cifra que producía vértigo o, mejor aún, si deseaba ser senador, el señor Armagh se hallaba en las máximas y mejores relaciones con muchos de los miembros de la Cámara en Massachusetts. De hecho, la influencia del señor Armagh en el propio Washington era estupenda.

«Viejo Almíbar» odiaba a los *brahmanes*^[24] de Boston que habían tratado de derrotarlo, humillándolo y despreciándolo durante su forcejeante y desesperada carrera política, explotándolo y hambreándolo en sus talleres y fábricas, en su temprana juventud. Dio a Charles Deveraux una rápida y amistosa visión de aquellos días, mientras saboreaban *whisky* y fumaban cigarros en el suntuoso despacho del alcalde, en el Ayuntamiento. Su primera esposa había muerto muy joven de «consunción» por falta de alimento, calor y adecuada vivienda. Durante la misa de funerales la iglesia había sido invadida por vándalos, hostigados por sus dominadores, y el propio ataúd de tosco pino, profanado al igual que la sagrada forma. El sacerdote fue vapuleado hasta quedar inconsciente, y los asistentes fueron dispersados a golpes, «hasta las mocitas de escasa edad».

—Le aseguro, señor —afirmó el alcalde a Charles Deveraux—, que ni siquiera los negros, en el Sur, fueron tratados del modo en que fuimos tratados nosotros, los irlandeses, en este país. Usted es un sudista, ¿verdad, señor? Lo he captado en su voz. Dueños de esclavos, ¿eh? Pero por lo menos se cuidaban de ellos. Hay que ser oprimido, señor Deveraux, o ver oprimido a su pueblo, para saber lo que es —y contempló las facciones patricias de Charles y su elegante atuendo, con cierta beligerancia—. Pero usted no lo sabe, ¿no es cierto?

—Poseo un poco de imaginación, señoría —dijo Charles, sonriente.

—Bien, su papá y su mamá eran probablemente ricos dueños de plantaciones. No importa. No tengo rencores. Bueno, no muchos, de todos modos. Nosotros, los irlandeses, tenemos la memoria larga. No olvidamos fácilmente. Bien, o sea que Joe desea meterle mano dura a Burney Masters, ¿eh?

Charles había colocado, al principio, un grueso fajo de billetes de Banco, pagaderos en oro, sobre la mesa del despacho y, de modo admirable, habían desaparecido. Nada se dijo de ellos, que pudiera ser alusivo, ni siquiera una palabra de gratitud.

El señor Burney Masters, unos cuatro años antes, había sido sorprendido en

«*flagrante delicto*» con un lindo limpiabotas de tan sólo doce años de edad.

—Directamente en medio de su propio jardín en Beacon Hill —dijo el gordo alcalde, con radiante satisfacción y muchas risitas—. Yo lo hacía vigilar hacía meses. Tenía ese aspecto solapado que poseen los hombres como él, y un modo cariñoso de mirar. Hace tiempo conocí a los de su tipo. Usted ahora no podrá creerlo, señor, pero yo mismo fui un mozo guapo, y fui aproximado muchas veces por tipos como Masters. En pleno taller. Tienen cierto aspecto especial, ansioso, tierno. Se preocupan por los intereses de uno. Siempre hablan de agobios económicos y de su deseo de ayudar a salir a flote a un mozo, como entrada en materia. De blandas manos amistosas. Escriben cartas a los periódicos, deplorando «la explotación del obrero». Ganan reputación de defensores del pueblo, de las buenas obras y de las buenas causas. Liberales. Aclaremos que no insinúo, ni mucho menos, que todos los hombres que son así sean lo que es Masters, pero buena cantidad de ellos, sí que lo son. No les importa nada de las hembras, ni de las muchachas. Sólo piensan en los mozos —el alcalde meneó la cabeza, como apenado—. Muchos de ellos, muy instruidos. Algunos escriben libros, exponiendo críticas. Me produce placer, a veces, exponerlos también a ellos quitándoles la máscara.

El niño limpiabotas no era el único. Había también un lacayo muy joven entre la servidumbre de Masters que, con un poco de apremio, reveló considerable cantidad de datos referentes a él mismo y a otros muchachos con relación al señor Burney Masters.

—O sea que ya era nuestro —dijo el alcalde reclinándose en su sillón— y bastaron unas palabras susurradas a su oído. Y así es como perdió las elecciones. Bien, me alegrará refrescarle la memoria al señor Masters, en beneficio de Joe y de su Rory. Considérelo resuelto.

Así fue. En pocos días Rory fue readmitido en su colegio. El joven Anthony Masters confesó desde la cama de la enfermería, que «provocó intolerablemente» a Rory «infamando a su padre».

Y el señor Armstead dijo virtuosamente:

—Esto es algo que ningún joven puede virilmente soportar y, mucho menos, un caballero. Nos entristeció que terminara en arrebató violento, pero uno es comprensivo. La edad de la caballerosidad y del honor todavía no se ha extinguido.

Rory, resentido íntimamente pero sonriendo exteriormente, fue graduado en junio con todos los honores. No sabía cómo se había resuelto todo, pero sabía que su padre era poderoso. Hubiese preferido volver a dar una gran paliza al joven Anthony Masters, pero, a causa de Joseph, Rory se reprimía manteniendo los ojos siempre frente a él, aunque Anthony estaba a su lado en el aula.

Rory hizo el discurso de despedida de su clase, un honor que se ganó por sí mismo y que no debía a su padre. Él y Joseph estaban orgullosos, y hasta Bernadette derramó unas cuantas lágrimas públicamente y casi perdonó a Rory su amor paternal. En septiembre, Rory ingresó en Harvard. Cuatro años más tarde saldría diplomado

con los máximos honores.

XXXIV

Joseph Armagh nunca supo con exactitud cuándo adquirió consciencia de Elizabeth Hennessey como mujer deseable. Tampoco se lo preguntó a sí mismo porque no le dominaba la atracción física, ni le llamaban la atención las mujeres como personalidades, salvo su madre y Regina, y quizás la Hermana Elizabeth, fallecida hacía ya tiempo. Cuando se dio cuenta de la personalidad de Elizabeth, su propia hija, Ann Marie, tenía seis años y Kevin acababa de nacer.

Elizabeth —cuatro años mayor que Bernadette— vino a vivir a la casa de los Hennessey con su hijo Courtney, después que el senador sufrió un ataque. Aunque Bernadette constantemente la hostigó a ella y al «pobrecillo» de su hijo, resintiéndose por su presencia, Joseph se dio cuenta indiferentemente que Elizabeth era una mujer reservada, de elegantes modales. También era muy bonita, de un modo fríamente aristocrático que a él particularmente no le atraía. Prefería las mujeres estúpidas, rientes y de complaciente animalidad que no le exigían pensar y que eran fácilmente olvidadas. En cualquier caso no se habría fijado, deliberadamente, en la viuda de Tom Hennessey. Cualquiera que estuviese relacionado con el senador, sólo le inspiraba aversión, incluyendo a Bernadette y, por aquella época, sus propios hijos. Ofreció dirigir los negocios de Elizabeth desde sus propias oficinas. Había sido un gesto de elemental cortesía. Supuso que ella rechazaría la oferta, pero ella había aceptado.

Poseía un semblante más bien frío, algo neutro, de nariz levemente delgada que en ocasiones tenía una expresión contraída, una boca firme y rosada, y anchos ojos verdosos moteados de oro. Su cabello rubio era liso y bonito aunque muy claro para ser llamativo. Era demasiado esbelta y alta, para resultar a la moda, pero se vestía con estilo sencillo y distinguido. Sus delgadas manos estaban siempre sin anillos, salvo la alianza que más tarde también se quitó. Contemplaba el mundo con serena calma y aceptación, y aparentemente no sentía afecto por nadie, excepto por su hijo Courtney, y aun con él permanecía como aislada.

Su hijo era muy parecido a ella en aspecto, modales y taciturnidad. Tardó años Joseph en saber que Courtney y Rory estaban profundamente encariñados el uno con el otro. Ciertamente, no podía haber dos muchachos más dispares en temperamento, presencia y ambiciones, ya que Courtney, aunque inteligente, según Rory, era un estudiante mediocre, más bien indolente y desinteresado. Joseph no se dio cuenta, por largo tiempo, que Courtney y su madre tenían un extraño modo de comunicarse sin hablar. Un simple intercambio entre aquellos dos pares de ojos verdes, una tenue sonrisa, el más leve gesto de una mano, y se comprendían perfectamente. Pero antes de comprender esto, Joseph creyó que Elizabeth y su hijo se sentían extraños y desinteresados uno del otro y tan sólo elaboradamente corteses cuando se hallaban juntos.

Courtney, según la desdeñosa Bernadette, no era solamente un «pobrecillo

insignificante», debido a que quedaba tan descolorido por contraste con Rory, sino que además, añadía con desprecio, era «enfermizo». Ciertamente, Joseph había notado vagamente que el muchacho siempre estaba en casa cuando él llegaba a Green Hills, y que le era preciso tener un profesor durante los meses de verano, si quería progresar en sus clases en el mismo colegio de Boston al cual asistía Rory.

El propio Rory daba a menudo clases a Courtney, y a veces le llamaba burlonamente «tío Courtney», lo cual, por algún motivo peculiar, era un motivo de suave hilaridad para ambos muchachos. Eran las únicas veces en que Joseph oía reír jubilosamente al muchacho mayor, y los únicos instantes en que éste demostraba alguna exteriorización como, por ejemplo, palmotear el hombro de Rory con su huesuda mano, llamándole «robusto irlandés haragán». El propio Courtney era delgado hasta la demacración, y Bernadette le informó a Joseph sarcásticamente que «hacía melindres con su comida, y eso que tenemos los mejores cocineros de la ciudad». La presencia de Elizabeth y su hijo en la casa enfureció finalmente a Bernadette, que consideraba la calma y falta de réplica de Elizabeth, «antinaturales». Aunque Courtney era su hermanastro no lo podía soportar. Cuando supo que escribía «poemas», cabeceó y dijo con gravedad de filósofo: «¿Qué otra cosa cabía esperar?», como si escribir poemas fuera algo poco varonil y depravado. Nunca supo que Rory también escribía poesías, aunque no con la delicadeza de Courtney.

Fue al aproximarse Courtney a sus siete años, cuando Joseph se dio cuenta por primera vez de la profunda personalidad de Elizabeth Hennessey, más allá del mero hecho de su tranquila presencia en las comidas o al pasar junto a ella por los anchos vestíbulos de la mansión Hennessey. Algunas veces ella inclinaba la cabeza en saludo, pero rara vez hablaba. Aparentemente sentía hacia Joseph la misma indiferencia que él hacia ella.

Había amplios invernaderos en el patio posterior de la casa Hennessey, unidos a ella por un corto pasillo, de modo que bastaban unos pasos para penetrar, en cualquier época del año, en la fragancia boscosa y la exótica flora. Era el único lugar de la mansión que realmente atraía a Joseph, y a menudo pasaba largos momentos recorriendo lentamente aquellos parajes o sentado en una esquina, complaciéndose en aspirar el aire perfumado. Siempre le parecía una renovada sorpresa que, mientras las nieves del invierno yacían pesadamente en suelos y tejados, en aquel bosque artificial las flores brotaran en todo su esplendor tropical, como si un verano eterno las entibiase.

Un día antes de las vacaciones de Navidad, Joseph entró en los invernaderos. Era un día sombrío de espesa nieve gris cayendo al exterior, y un viento que rugía en las chimeneas. Aquel conjunto de jardines de invierno era ahora particularmente fragante con el aroma de rosas y azucenas, y el hálito de la tierra cálida y fecunda. Las luces de gas oscilaban iluminando los anchos ventanales de cristal contra los cuales golpeaba el viento y caía la nieve.

Joseph pensaba estar a solas, porque era la hora de la cena para los jardineros, y

su jornada de trabajo había terminado. Vio ante él los largos pasadizos entre las plantas y los colores de las flores, y se dispuso a caminar entre ellas. Entonces oyó abrirse una puerta de otra sección de la casa, un rápido repique de pasos y después la voz alta y algo agudizada de Bernadette recriminando rabiosamente:

—¡Elizabeth! ¡Es increíble que te atrevas a cortar mis capullos de rosas blancas! ¡Sabes muy bien que son para nuestra cena de Navidades! ¡Vaya descaró! ¡Ni siquiera habérmelo pedido! ¡Es... el colmo!

Era el tono que empleaba con la servidumbre. Joseph se detuvo, quedando oculto por una enorme planta cuya copa se ensanchaba desde el suelo.

Oyó un susurro de seda y entonces vio la pálida cabeza rubia de Elizabeth elevándose entre dos pasadizos a su izquierda y a cierta distancia. La luz de gas brillaba en su blanco semblante. Dijo con voz particularmente melodiosa, aunque monótona y sin emoción alguna:

—Lo siento, Bernadette, quise decírtelo pero estabas arriba con jaqueca y no quise molestarte. Solamente he cortado media docena y quedan muchas todavía. Courtney está en cama con un espantoso resfriado y le gustan las rosas blancas, y por eso pensé cortar estas pocas para él.

Bernadette nunca lograba aprender que una voz reprimida significaba dignidad y dominio de los fuertes sentimientos, o buenos modales, especialmente en las mujeres. Ella pensaba que ese tono de voz era servil, apto sólo para sirvientes, y que su poseedor era tímido, humilde, inferior y digno solamente de maltrato y perentorio regaño. O, peor aún, que era síntoma de que le temían. En todos aquellos años con Elizabeth en su casa, no había comprendido que se trataba de todo lo contrario.

—¡Oh!, ¿las querías para este enfermizo y triste hijo tuyo, eh? —gritó Bernadette, mofándose. Ahora Joseph pudo verla, en su vestido de terciopelo escarlata demasiado ceñido a su figura levemente obesa, su grueso y plano rostro crispado en despreciativo escarnio—. ¡Siempre está encamado como una muchacha tuberculosa convaleciente! ¡Y ahora déjame decirte algo, Elizabeth Hennessey! Ésta es *mi* casa, y yo soy la dueña aquí, y tú y tu hijo estáis aquí solamente por mi buen corazón y en recuerdo de mi padre, y... ¡de ahora en adelante me *pedirás* a mí cualquier favor, cualquier decisión, aunque sea una sola flor, sin tener ya más la impertinencia de hacer lo que quieras sin considerar mi posición! —y bufó sardónica—: Y la tuya. Si es que tienes alguna, que no la tienes.

Hasta entonces nunca le había hablado así a Elizabeth, y su voz había sido siempre, si no afectuosa, por lo menos cortés, aunque forzada. Nunca emitió sus despechados comentarios sobre Courtney y Elizabeth en presencia de ellos, sino solamente ante Joseph y ante sus amistades.

Elizabeth permanecía en silencio ante aquella arpía cuya antipatía, odio y resentimiento, habían roto súbitamente las barreras que le imponía el decoro, en presencia de otras personas.

—¡Y también quiero decirte algo más! —continuó clamando Bernadette—. He

deseado decírtelo hace largo tiempo, pero me contuve por respeto a mi padre. Él nunca pudo soportarte —su cara rebosaba júbilo por poder, finalmente, desahogar su acumulado rencor, y sus ojos relucían de regocijo con la idea de que estaba hiriendo a Elizabeth—. ¡Se vio obligado a casarse contigo y adoptar a tu mocoso, porque tu padre tenía más influencia política que él! ¡Pero quiero que sepas que nadie creyó nunca que eras la viuda de un héroe de la guerra, y que Courtney es su hijo, señorita! ¡Fuiste probablemente una frívola y ni siquiera conoces la paternidad de tu hijo! ¡Tú, con tus melindres, gracias y pretensiones de ser una dama...!, ¡tú que conviviste con un hombre con quien no estabas casada y Dios sabe con cuántos hombres más! ¿Es que no sabes que eres el hazmerreír de media docena de ciudades, sin mencionar Green Hills? Eres una desvergonzada absoluta. Te mueves entre gente respetable y de buena fama, como si merecieses estar en su compañía, y no por las calles a las que realmente perteneces. Sólo el hecho de que eres la viuda de mi padre impide a mis amigas apartar sus faldas cuando pasas. ¡Eres apenas algo más que una ramera, y todo el mundo lo sabe!

El semblante de Elizabeth había cambiado, inmovilizándose con rigidez. Dijo con cruda entonación:

—Olvidas algo importante. Tu padre me dejó su parte en esta casa, y tu madre la suya. Pago mi participación aquí, y los gastos de mi hijo. No voy a responder a tus inmundas insinuaciones, que son dignas de ti, Bernadette; eres una mujer vulgar y cruel. No tienes sensibilidad ni decoro alguno, y si tu familia te desplaza es por tu propia culpa.

—¿Cómo te atreves...? —chilló Bernadette avanzando unos pasos hacia Elizabeth.

—No te acerques más —advirtió Elizabeth, y ahora su semblante y su voz alentaban con vehemencia—. Te lo aconsejo. No te aproximes más.

Con divertido asombro Joseph vio, en las facciones de Elizabeth, el deseo de matar y a la vez su desesperada lucha por dominar su furor.

—¡Te quiero ver fuera de esta casa, mi casa, mañana mismo! —chilló Bernadette—. ¡Lías el petate, y fuera de mi casa!

—Ésta es mi casa, también, y me iré cuando lo desee, no antes —y la voz de Elizabeth era más alta, pero todavía controlada. Mantenía apretadamente las rosas—. Estas flores son tan mías como tuyas, y las cortaré cuando me plazca, y no te consultaré absolutamente nada de hoy en adelante.

Bernadette alzó su brazo, con el puño crispado, avanzando rectamente ante Elizabeth, y su rostro se deformaba. Pero Elizabeth cogió el brazo en el aire, al bajar el puño hacia ella, y con gesto de asco y rencor apartó a Bernadette con tanta fuerza que Bernadette se tambaleó, trató de recobrar el equilibrio, cayó contra las plantas cercanas a ella, y después se desplomó pesadamente en el suelo. Instantáneamente aulló como una posesa, lanzando imprecaciones que Joseph jamás hubiera creído que ella pudiera conocer. Rebosaban obscenidad y jadeos.

Elizabeth bajó la vista para mirarla un instante, y dando media vuelta remontó los pasadizos hacia Joseph. Lo vio por vez primera y se detuvo bruscamente; una oleada de sonrojo recorrió su pálido rostro. Sus verdes ojos ardían destellantes, con una ira que él nunca habría adivinado en ella.

Bernadette seguía lanzando amenazadores insultos desde el suelo, pugnando por levantarse. Joseph le sonrió a Elizabeth.

—Me alegra que le dijese esto y le hiciera esto. He estado deseando hacer lo mismo durante años. Pero, después de todo, soy un hombre, y hubiera sido algo impropio, ¿verdad?

Ella lo miraba fijamente. Ahora Bernadette ya estaba en pie, y también miraba a su marido desde el fondo del pasadizo, con la boca babosa y las mejillas humedecidas por las lágrimas. Pero había cesado de chillar. Había allí algo que la aterrizzaba, aunque no hubiera oído el comentario de Joseph, solamente audible para Elizabeth.

Joseph se apartó para ceder el paso a Elizabeth. Ella seguía empuñando sus rosas. Comenzó a avanzar y sin premeditación se detuvo cuando distaban apenas centímetros. Contempló su ascético semblante y vio, en sus pequeños ojos, un regocijo que nunca viera antes. La clara seda gris sobre su erguido y bonito seno tembló. Sus ojos no se apartaron ni titubearon, pero había un velo de lágrimas sobre su verdor que, según notó Joseph, no era un verde oscuro esmeralda sino un claro verde como agua de manantial reflejando hierba. Por primera vez, mirándola detalladamente, ella se convirtió para él en una mujer deseable, y no sólo deseable sino mujer de inteligencia, elevado espíritu, orgullo digno y amor propio; una mujer verdaderamente femenina tal como lo había sido su madre, y su hermana y la Hermana Elizabeth.

—No se vaya —le dijo Joseph.

Ella esbozó una sutil sonrisa, y replicó:

—No tengo la menor intención de irme —y él rió brevemente, inclinando la cabeza al pasar ella de largo.

Joseph la vio alejarse. El vestido de seda gris se amoldaba a su esbelta figura tan lisamente como una piel, hasta quebrarse en los pliegues, sobre las caderas, cayendo en drapeado clásico hasta sus pies. Se detuvo un instante en el umbral y miró por encima del hombro a Joseph, que no pudo comprender su expresión. No sabía ni supo hasta mucho más tarde que ella lo amaba desde hacía varios años.

Ahora Bernadette estaba a su lado, asiéndose a él, sollozando, desahogando en ruidoso llanto su furia contra Elizabeth. Él la empujó, apartándola, y ella lo miró temerosa.

—Hablaste y actuaste como una perra rabiosa, sin el menor control y sin vergüenza —dijo con voz áspera y brutal—. Lo oí todo, así que no mientas, como de costumbre. Hasta que no enmiendes tus modales y trates a Elizabeth con consideración, no me hables para nada. No me gustan las mujeres de pescadores. Deberías pedirle disculpas a Elizabeth. Supongo que es inútil pedirte que lo hagas,

pero puedes demostrarlo de alguna manera, si es que te resulta posible.

La dejó, como si ella fuese una abominable criada engreída, y Bernadette quedó sola, para llorar en aislada desolación que nada tenía que ver con Elizabeth. Desde aquella noche retuvo su lengua en presencia de la otra mujer: no volvió a hablarle sino accidentalmente, y era expansivamente cortés con ella cuando Joseph estaba en Green Hills.

Seis meses después Elizabeth le compró a Joseph su primera casa y abandonó la mansión Hennessey con su hijo. Un mes después se convirtieron en amantes.

Ocurrió sin premeditación, y sin que Joseph fuera consciente de que amaba a Elizabeth Hennessey. Casi había olvidado aquella noche en el invernadero, excepto porque su aversión hacia Bernadette había aumentado.

Como manejaba los numerosos negocios de Elizabeth en sus oficinas de Filadelfia —personalmente, ya que eran asuntos privados— un día recibió una buena oferta por una finca que ella poseía en la ciudad. Decidió consultar con ella en lugar de cerrar el trato él mismo, como acostumbraba, ya que esta vez implicaba una cantidad respetable. Salió hacia Green Hills al anoecer. Elizabeth en persona, y no un criado le abrió la puerta. Ella lo miró en silencio; sus tersas mejillas se sonrojaron y haciéndose a un lado cerró la puerta tras él. Lo acompañó hasta la sala y una vez allí, le preguntó:

—¿Le agradaría una copa de vino, Joseph? ¿Ha cenado?

Era tarde, y la servidumbre se había retirado a sus aposentos del cuarto piso.

—Para decirle la verdad, Elizabeth —manifestó él con sincera sorpresa—, no sé si he «cenado» o no. Vine en un tren regular, ya que están reparando mi vagón. Voy a permanecer en Green Hills sólo esta noche. Tengo que tratar con usted de un negocio.

Al instante supo que él todavía no había ido a la casa Hennessey, y sintió una extraña y anhelante excitación, una excitación que no recordaba haber alentado. Dijo:

—Vayamos a la sala de desayuno y veré yo misma lo que hay en la despensa; me desagrada molestar a los sirvientes que han trabajado duramente todo el día.

Esta consideración hacia sirvientes u otros prójimos le pareció excepcional a Joseph. La siguió hasta el cuarto mañanero; recordaba que había sido decorado ostentosamente por Bernadette, con exceso de dorados y tallas en los muebles y pesados cortinados de seda. Ahora parecía más espacioso ya que había menos muebles, y eran más sencillos y elegantes. El tapizado era gris y azul con un toque de rosa, y los ventanales se abrían sobre jardines floridos. Había perfume no solamente a rosas, sino a azucenas, hierba fresca y aire. (Bernadette creía que el «aire nocturno» era peligroso y por ello entraba muy poco en la mansión Hennessey, aun durante el verano). Elizabeth pintaba acuarelas, y las paredes de seda gris irradiaban brillantes matices de flores silvestres, helechos y agua, en estrechos marcos de madera; algo excepcionalmente nuevo para Joseph, habituado a los marcos enormes y dorados. Estudió los cuadros mientras esperaba a su anfitriona, y quedó impresionado por el gusto sobrio de ella, tan similar al suyo. Notó que la habitual rigidez de su cuello y

hombros, se relajaba. La casa estaba en pleno silencio, aunque visitada por las brisas, y podía oír el susurro de las hojas de los árboles.

Elizabeth regresó con una gran bandeja de plata en la que había pollo, vino, una ensalada, pan moreno, mantequilla y un vasito con mostaza amarilla. Colocó un mantel blanco y un brillante juego de plata sobre la pequeña mesa ovalada. No hablaba. Esto, en sí mismo, era refrescante para Joseph, que no oía otra cosa que voces durante todo el día, por todas partes. Estudió a Elizabeth, en su blanco vestido salpicado de pequeñas violetas y hojitas verdes; su claro cabello rubio brillaba a la luz del candelabro, su semblante estaba sereno y tan delicadamente reservado como siempre. Notó que su cintura era muy esbelta, su busto exquisitamente turgente, sus manos hábiles, ligeras y muy airosas. Su perfil parecía haber sido tallado en mármol.

Hacía tiempo que no sabía lo que era tener apetito. Su indiferencia por la comida no había disminuido. Sin embargo, de pronto sintió hambre y se sentó a la mesa; Elizabeth se sentó cerca de él, con las manos cruzadas sobre el regazo, observándolo. No advirtió la pasión en los ojos femeninos, ni se dio cuenta de que las manos, supuestamente descansando, estaban fuertemente entrelazadas. Cuando él levantaba la vista, ella ostentaba su fría sonrisa y seguía sin decir nada. La casa estaba poblada del blando suspiro del aire, el aroma de los jardines y el susurro de los árboles. No había nada más.

Ella sirvió vino en dos copas; una para ella y una para Joseph. Nunca le había gustado mucho el vino, pero, de pronto, aquél le pareció delicioso y repentinamente embriagador. Se reclinó en la silla y por primera vez miró fijamente el semblante de Elizabeth.

Se disponía a hablar, pero de pronto sintió por ella un deseo que nunca había experimentado por ninguna otra mujer, un deseo tan ardiente, tan intenso y tan tierno, que no supo explicarlo. Solamente podía pensar en lo muy femenina que era ella, en la inteligencia que revelaba su rostro, en la exquisitez de su blanca garganta y en cuánta claridad verde había en sus ojos. Le parecía increíble que una mujer así, tan patricia, pudiera haber amado al tosco Tom Hennessey.

Mientras Elizabeth lo miraba serenamente, supo, con absoluta certeza, que él la amaba aunque todavía no lo supiera ni él mismo, y que era posible que él la amara desde hacía tiempo. Lo sabía todo acerca de Joseph. Tom Hennessey se lo había contado, con envidia y afán de ridiculizar, y ella había averiguado mucho desde que fue a vivir en la casa Hennessey. Ahora se dijo a sí misma: «Lo que sentí por Tom no fue nada comparado con lo que siento y he sentido por este hombre durante mucho tiempo. Aquello fue solamente una infatuación^[25] de muchacha. Esto es amor, el amor de una mujer madura por un hombre. Éste es el hombre que siempre he deseado».

Observó sus manos, su rostro, sus ojos, su rojizo cabello agrisándose, la enjuta fuerza de su cuerpo, y sintió el poder en él, una clase de potencia distinta de la que había poseído Tom. Era una potencia invulnerable. Recordaba lo que Tom había

dicho de él y algo se removía en ella como ante una lascivia expresada con palabras. Tom, lo mismo que su hija, había sido un mentiroso. Al traicionar a Bernadette, no experimentaba sensación alguna, ni tomaba en consideración ninguna restricción social. Bernadette ya no existía para ella.

Saborearon el vino juntos, en hondo y elocuente silencio, y escucharon los rumores de la noche, el repentino grito de una lechuza y el soñoliento lamento de un pájaro. La tensión en la sala se acrecentó, se hizo dulcemente insoportable, y los objetos que los rodeaban adquirieron mayor relieve, como si poseyeran vida propia. La luz de las velas y sus doradas sombras alentaban con vida.

Entonces, espontáneamente, Elizabeth se puso en pie, Joseph también se levantó. Ella le tendió la mano, como una niña. Sopló las velas y una suave penumbra cubrió la sala. Tomados de la mano, como jóvenes enamorados, subieron juntos a la alcoba de ella.

Joseph despertó al amanecer, cuando la alborada verdiazul se enmarcaba en las ventanas. Vio a Elizabeth a su lado, en el blanco lecho, y su primera sensación fue la de una paz que nunca había conocido antes, de plena satisfacción y asombrado gozo. Vio su claro cabello en las almohadas, su misterioso rostro durmiente, la juvenil redondez erguida de sus pechos. Tomó suavemente un mechón de sus cabellos y lo besó. Nunca lo había hecho con ninguna mujer. Su cabellera era cálida y fragante contra su boca. La besó en el hombro.

Ella se movió hasta quedar entre sus brazos y dijo:

—Te amo.

Pero no pudo responder con las mismas palabras porque no se las había dicho nunca a una mujer. Tardó tres meses en poder decirlo sin sentirse absurdo ni molesto; entonces supo que era verdad. Por primera vez en su vida conocía la dicha sin temor: el goce total, un goce sin escepticismo, inquietud ni duda. Supo lo que era amar a una mujer, no sólo con éxtasis sensual, sino con su pensamiento y todo su ser. Nunca hubiera creído que fuera posible.

Tres meses después, en el pequeño pero lujoso hotel de Nueva York, donde se reunían con frecuencia, le dijo:

—Me divorciaré de Bernadette y nos casaremos.

—Tienes tres hijos, uno es apenas un chiquillo; también tengo un hijo. Ambos somos católicos y tenemos obligaciones.

Por primera vez Joseph se enojó con ella. Dijo ásperamente:

—No te importó cometer adulterio conmigo, y creo que esto también es contrario a tu religión.

Elizabeth lo miró gravemente y dijo:

—En cierto modo, creo que ninguno de los dos estamos incurriendo en adulterio. Nuestros matrimonios sí fueron adúlteros, y de la peor clase.

Todavía con aspereza, le preguntó:

—¿Y qué hubo con Tom Hennessey? Lo quisiste, ¿no?

Ella sonrió con picardía.

—Yo era joven y él me sedujo. Yo te seduje a ti. ¡En cierto modo, esto es muy distinto!

—Puede que sea lógico —opinó Joseph—, pero es complicadamente teológico.

Los meses y años que siguieron —plenos de luminosidad— le parecieron increíbles. Siempre se había sentido viejo, endurecido, oprimido; ahora sabía lo que era sentirse joven, suelto y casi libre. Era una sensación ambigua, matizada de vulnerabilidad y hasta de un leve temor, a veces, como si ya no fuera dueño de sí mismo, de su propia fortaleza, de su propia invencibilidad.

Nunca había sabido lo que era confiar plenamente, pero ahora confiaba en Elizabeth y esto lo conturbaba a menudo. En los primeros años pensaba que, después de todo, ella era una mujer, era otro ser humano y la humanidad era caprichosa, versátil propensa a la traición. Luego, con el paso del tiempo, se sintió menos receloso de confiar en Elizabeth, y llegó a confiar en ella plenamente, sin la menor reserva. Para él, ella representaba una paradoja: una mujer inteligente. Se sorprendía al hablar con ella, no sólo humorísticamente y hasta con cierto tono burlón —que le asombró como si fuera un idioma nuevo—, sino también al revelarle algunos aspectos de sus negocios.

También le sorprendía su sutileza, su rapidez de percepción, su sentido común, sus súbitas inspiraciones, su agudo entendimiento en materias intrincadas y sus comentarios. Ella nunca parecía escandalizarse por las cosas que él le revelaba. Lo escuchaba con gravedad, y si experimentaba objeciones las declaraba en voz alta y, para su deleite, a veces él las encontraba prácticas.

Una vez exclamó él:

—¡Hay momentos en que me cuesta creer que eres una mujer!

A lo que Elizabeth replicó suavemente:

—Nunca creí que la inteligencia fuera una cuestión de sexo, aunque este error esté muy generalizado.

En otra ocasión, él dijo:

—Elizabeth, eres todo un gran señor.

Y ella sonrió. Tales palabras en boca de Joseph, eran el más delicado de los requiebros. Pensó: «Cariño mío, eres el hombre que he estado esperando toda mi vida. Fuimos afortunados al darnos cuenta».

Elizabeth constituía para Joseph un interminable y fascinante cúmulo de descubrimientos. Él solía decirle que tenía mil rostros, y que era mil mujeres distintas. Ella compartía su amor por la música. Su propio conocimiento del arte era más clásico, ya que lo había adquirido en colegios, pero también ella descubría distintos hombres en Joseph. A veces lo acompañaba a la Academia de Música de Nueva York; entonces, la sensibilidad y el embeleso que él experimentaba, la conmovía, casi hasta las lágrimas. Su biblioteca, repleta de libros que él compraba y leía constantemente, despertaba en ella respeto y admiración. Él tenía escasa

formación clásica, como él mismo decía, pero era un hombre extremadamente educado y no un «bruto ávido de dinero» como le llamaba el padre de ella. Descubrió que él tenía una sensibilidad que mantenía cuidadosamente oculta, como si fuera un secreto vergonzoso y un aspecto vulnerable de su persona. Bernadette le había contado, mofándose, lo referente a Sean y Regina, y Elizabeth adivinaba que Joseph nunca perdonaría, ni olvidaría ni se recuperaría de su íntima pesadumbre.

Ella le dio, una vez más, una motivación para vivir. Se encontró gozando de la vida, casi en contra de su voluntad, y hallando placer donde nunca había sabido que existía. Su acceso al mundo espiritual de ella fue cauteloso, dubitativo, a veces irónico, pero finalmente penetró en él y lo encontró fascinante. Sus impulsos de suicidio se hicieron cada vez menos frecuentes, y últimamente sentía este apremio una o dos veces al año, cuando estaba lejos de Elizabeth por más tiempo del que deseaba. Todavía era sombrío, receloso y reservado con los demás; con el transcurso de los años fue modificando su actitud y su primera impresión de los desconocidos era cada vez menos prejuiciosa.

Por inconsciente que fuera, la influencia de Elizabeth era lo que lo volvía más afable. Él solamente sabía que la amaba y que sin ella su vida volvería a ensombrecerse.

Bernadette, que hacía largo tiempo presentía las infidelidades de su marido —y además lanzaba indirectas socarronas sobre sus amigas de Filadelfia y Nueva York—, no descubrió la relación amorosa de Joseph con Elizabeth hasta cinco años después.

Con frecuencia iba de compras a Nueva York con una o dos amigas, y pernoctaban en el Hotel Quinta Avenida, donde Joseph tenía reservadas habitaciones permanentemente. A ella le gustaba el estrépito de la ciudad, y la pestilencia y humareda de las fábricas no le molestaban; además podía visitar sus tiendas y joyerías favoritas. Habitualmente iba a Nueva York cuando Joseph se hallaba ausente de Green Hills, porque cuando él estaba «en el hogar» no podía soportar estar fuera.

Caminaba alegremente con una amiga, chismorreando, cuando llegaron a una esquina ruidosa y atiborrada de tráfico. Trataron de abrirse paso entre la gente y los vehículos; mientras lo hacían, Bernadette lanzó una mirada casual hacia su derecha y vio un carruaje cerrado, casi al alcance de su enguantada mano. Se irguió, tensa e inmóvil, con los ojos desorbitados, asombrada, sintiendo un impacto en su pecho como un golpe mortífero.

Allí estaban, dentro del vehículo, Joseph y Elizabeth. Reían, y Bernadette, en su asombro, pensó que nunca había visto a Joseph reír así. El semblante habitualmente sosegado de Elizabeth estaba incandescente, su expresión era risueña y lucía maravillosamente bonita y vivaz; sus mejillas estaban sonrosadas y sus verdes ojos brillaban. Joseph tomó una de sus manos y súbitamente la alzó hasta sus labios, besándola; ella fingió escandalizarse y rió. Su rostro era el de una mujer

arrebataadamente enamorada, y el de Joseph, pese a la rigidez y surcos de sus facciones, era el rostro de un amante. Un rostro totalmente desconocido para Bernadette. Nunca lo había visto tan alegre y despreocupado.

—¿Qué hacemos aquí paradas? —dijo la amiga de Bernadette—. Pareces clavada en la acera, querida. Vamos.

Aturdida, moviéndose con la inseguridad de una anciana, Bernadette obedeció. Se sentía débil, exhausta, como si estuviera desangrándose mortalmente, y un malestar y una angustia que nunca había experimentado, oprimían ahora su pecho. Afortunadamente, su amiga seguía charlando y Bernadette, con los ojos enturbiados por un velo doliente, miró hacia atrás. El vehículo cruzó la bocacalle y se detuvo ante el umbral de un pequeño y lujoso hotel de la esquina. Joseph y Elizabeth estaban apeándose del carruaje. Galantemente, aunque con cierta rigidez, Joseph la ayudó y la sostuvo brevemente entre sus brazos, mientras ella descendía. Ella alzó la mirada, con el semblante trémulo de amor y deseo, y él estuvo a punto de besarla. Después entraron juntos en el hotel.

—Pero mujer, ¿qué pasa ahora? —dijo la amiga de Bernadette, enojada—. Tienes aspecto de moribunda. Toma mis sales aromáticas, pero vayamos al escaparate. La gente nos está mirando. ¿Estás mareada? Bueno, hay que reconocer que el día es caluroso para ser otoño, ¿verdad?

En la turbación de su enorme sufrimiento Bernadette se oyó a sí misma diciendo:

—Me ha parecido ver... a alguien... que conozco, entrando en aquel hotel. Se parecía... a Joseph. Quizás esté alojándose allí, lo cual es muy desacostumbrado en él. ¿Te importaría que fuese a averiguar?

—En absoluto —dijo su amiga, que de pronto había descubierto un sombrero en un escaparate—. Entraré en esta tienda y te esperaré. Pero ¿por qué crees que tu marido está aquí? ¿No está en sus oficinas de Filadelfia?

—También tiene mucho trabajo en Nueva York —dijo Bernadette.

Al separarse de su amiga, sintió un sofocante dolor en la garganta. Entró en el hotel. Había una pequeña sala de recepción que sugería discreto lujo y aún más discreta intimidad. Un gerente y un recepcionista de levita Príncipe Albert, se erguían tras el mostrador. Mientras se dirigía hacia ellos, Bernadette tomó consciencia repentinamente de su gordura y sus achaques. La observaban cortésmente, aunque con curiosidad, porque las señoras no entraban a los hoteles sin compañía y Bernadette era obviamente una señora aunque algo tosca, a pesar del vestido de Worth, la esclavina de marta cebellina, su caro sombrero de terciopelo negro y sus joyas.

Tenía la garganta y la boca tan resacas que le quemaban como una piedra bajo el ardiente sol del verano. Sentía los labios hinchados; trató de humedecerlos y forzó una sonrisa.

—Perdón, pero creo haber visto a... mi hermano... entrar recién con su... esposa. Yo... no sabía que estaban en la ciudad.

—¿El apellido, señora? —preguntó el gerente que exhibía un espléndido par de patillas.

—Señor Armagh —dijo Bernadette.

El gerente consultó el libro de registro y meneó la cabeza lamentándose.

—El nombre me parece familiar, pero no hay ningún señor y señora Armagh inscritos. ¿Está segura que los vio entrar, señora?

—Sí, estoy segura. Hace sólo un instante. Por favor —y Bernadette le dedicó una conmovedora sonrisa—. Por favor.

El gerente la examinó con ojos sigilosos. Cerró el libro.

—Lo lamentó, señora. Debe estar equivocada.

—Pero... la señora y el caballero que acaban de entrar...

—Debe estar en un error, señora. Nadie ha entrado aquí desde hace más de media hora.

Bernadette le miró fijamente y él devolvió la mirada, como un basilisco. Entonces ella se volvió, abandonando el recibidor; salió de nuevo a la calle, miró a su alrededor con ojos vidriosos, y durante varios minutos no supo dónde estaba ni por qué estaba ahí. La gente la empujaba. Un par de transeúntes imprecaron. Ella no veía ni oía nada. La cogieron del brazo; era su amiga, que dijo:

—El sombrero no me favorecía en absoluto. ¡Bernadette! ¿Qué te ocurre? ¿Estás indispuesta?

—Sí, lo estoy —musitó Bernadette, y miró a su amiga con ojos tan atormentados, que aquélla se asustó—. Quiero ir al hotel. Debo... debo acostarme. Me parece que sufrí un ataque de alguna clase...

No regresó en dos días a Green Hills, imposibilitada de moverse de la cama del hotel. Su amiga llamó a un médico; éste dijo que posiblemente estuviera experimentando los primeros síntomas de un acceso de apoplejía.

Si Joseph hubiese muerto, ella no habría sufrido más tormentos, dolores agotadores ni tantas incertidumbres. Sus otras infidelidades, aunque la humillaron, no le resultaron tan difíciles de perdonar. Los caballeros son caballeros, tal como su propio padre le había enseñado a través de su propia conducta. Pero los caballeros, aunque pudieran retozar ocasionalmente con otras mujeres y encontrarlas placenteras, seguían amando a sus esposas, pero no a las otras mujeres. Eran simples caprichos pasajeros, atracciones de paso. Por lo tanto, no eran muy importantes, no lo bastante importantes como para suponer una amenaza para una esposa.

Pero Bernadette había visto los rostros de Elizabeth y Joseph; ahora sabía que estaban enamorados y, en cierto modo, adivinaba que eran amantes desde hacía mucho tiempo. Aquello no era una pasajera frivolidad de Joseph. No estaba «jugueteando» con Elizabeth. La amaba. Ella, en correspondencia, lo contemplaba con adoración. Habían entrado en el hotel seduciéndose mutuamente, ella aferrada a él, y él inclinando la cabeza para oír mejor lo que ella decía.

De pronto Bernadette oyó el clamor en su mente: «¡Incesto!». Evidentemente era

incesto vil, intolerable, inmundo, más allá de toda imaginación. Un hombre con la mujer que era la viuda de su padre político. Era una aberración. Intolerable.

Pero Bernadette sabía que tendría que tolerarlo. El poderoso instinto del amor le hizo comprender que una sola palabra que pronunciara, haría que Joseph la abandonase finalmente y para siempre, y ella nunca más volvería a verlo. Una sola palabra a Elizabeth daría el mismo resultado. Nada podría separarlos, ni el escándalo público, ni la condena pública ni, probablemente, ninguna sanción legal. Bernadette lo sabía por intuición y natural sagacidad. Comenzó a vivir con el temor de que su propio genio, su mismo pesar y su dolor la impulsarían a hablar por distracción, y por tal motivo vigilaba cuidadosamente sus palabras al hablar con Joseph.

Ella evitaba a Elizabeth y aunque fueran vecinas ambas se las arreglaban para no verse más de una o dos veces al año, y si por casualidad se veían a cierta distancia, fingían no darse cuenta. En los últimos años habían intercambiado apenas dos o tres frases fríamente corteses. Ahora Bernadette huía a refugiarse dentro de su casa apenas veía un lejano ondular de faldas que podían ser las de Elizabeth.

—¡Ah, Dios mío! —solía murmurar a solas—. Si hubiera sido cualquiera, cualquier otra, ¡menos esta mujer!, lo habría podido soportar.

Bernadette odiaba a Elizabeth hacía tiempo. Pero ahora la odiaba con una fiereza tal, que era como un fuego inextinguible que ardía dentro de ella. Hacia su marido sólo podía sentir un amor que crecía irremediablemente su convicción de que algún día él la amaría en justa correspondencia. Por último se persuadió a sí misma de que, dado que Elizabeth era una «mujer ligera», Joseph algún día se cansaría de ella. Las frívolas casquivanas no conservaban por mucho tiempo la atención de los caballeros.

Hasta el fin de su vida no cesó de manifestar:

—Mi esposo nunca miró, siquiera, a otra mujer que no fuera yo. Se dedicó por entero, siempre, a mí. En cuanto a mis sentimientos, yo no viví para nadie más que él. Nuestra vida juntos fue un idilio.

XXXV

Un día en que Joseph y Charles Deveraux terminaron una larga conferencia con Harry Zeff en Filadelfia, éste deslizó un papel doblado en la mano de Charles, con un guiño. Le pedía a Charles, confidencialmente, a que volviera a su despacho tan pronto como le fuese posible. Charles necesitó una hora para poder solucionar la cita, y al verlo aparecer, Harry sonrió, aliviado. Aunque tenía apenas cincuenta años, su cabello era una brillante mata de rizos blancos —que hacía más llamativo su rostro bronceado—, pero no había perdido su aspecto seráfico de buen humor y picardía. Había engordado con el buen vivir, su satisfacción vital, el amor y adoración de Liza y el afecto de sus hijos. Tampoco lo perturbaba el hecho de que ahora era dos veces millonario.

—No sé cómo te las arreglas para parecer tan joven —le dijo a Charles—. Tienes casi la misma edad que Joe, pero no aparentas más de treinta y cinco. ¿No te teñirás el pelo, Charlie?

—Escasamente —dijo Charles instalando su elegante cuerpo en un sillón, frente a Harry.

El despacho de Harry era suntuoso, decorado con pieles, hermosas alfombras, bonitos cuadros y en el hogar de mármol negro brillaba el fuego; era un frío y nevado día de invierno. Harry se reclinó en su sillón, aspirando su gran cigarro y colocando los pulgares en las sisas de su chaleco.

Charles comentó:

—Pareces uno de esos malditos *plutócratas*^[26] hinchados que los periódicos populistas están siempre caricaturizando y denigrando. Pantalones a rayas, chaleco de seda negra bordada y larga levita negra... toda la pesca, y también la gran panza. «El Financiero Explotador de los Pobres y Oprimidos». Eso es lo que eres, Harry.

Harry rió.

—Supongo que habrá gente en esta nación que ha sido tan pobre como lo fui yo, pero no hay ninguno que haya sido más pobre que yo. Me faltó poco para morirme de hambre. Resulta gracioso comprobar cómo tantos de los que claman en favor de los pobres nunca conocieron la pobreza, ni la lucha, ni la miseria y el hambre. Me gustaría darles un paladeo de esto, seguro que me gustaría, como dice Joe.

Pero no había amargura en sus lustrosos ojos negros ni en su sonrisa. Harry podía tolerar hasta a los populistas y socialistas con alegre jovialidad, considerándolos faltos de razón, ignorantes que no conocían la naturaleza del hombre ni las verdaderas circunstancias de la humanidad; o eran descontentos, que carecían de inteligencia para captar la realidad; además estaban desprovistos de dones naturales de carácter y de energía, salvo para la envidia.

—Si un hombre es un fracasado —solía decir Harry—, se cree que esto lo capacita para indicarle al gobierno cómo ha de dirigir el país. —Harry, conocía el

gobierno a fondo y no simpatizaba con él, pero sentía un jovial desdén hacia aquellos que lo odiaban únicamente sobre la base de vagos principios y sin una razón práctica.

—Parece ser que tenemos un problema —le dijo a Charles, y ahora ostentaba una expresión tan grave como le era posible a su modo de ser—. Habrás oído hablar de Sean, el hermano de Joe, que desapareció por alguna parte de los barrios bajos de Boston hace ya mucho tiempo.

—Sí, y también entra en mis obligaciones de trabajo quemar, sin leerlas, las dos cartas que al año recibe Joe de su hermana. Ni siquiera quiere darle a la pobre mujer la satisfacción de saber que por lo menos vio las cartas, devolviéndoselas.

Harry, frunciendo el ceño, miró el extremo de su cigarro.

—Bueno, ya conoces a Joe, Charles.

—Creo que sí. Nunca perdona ni olvida. Fíjate lo que hizo con Handell, de la Compañía Petrolífera Handell, hace pocos años. Acaparó todas las existencias en curso y las acciones, y dejó a Handell en la calle, casi al borde de la bancarrota.

—Lo sé, pero como recordarás, Handell intentó hacerle a Joe una pequeña trapacería con respecto a su invento sobre la alimentación de kerosén de la maquinaria industrial. No se trataba de una gran cantidad, tal como está hoy el dinero, pero no dejaba de ser considerable. Joe no acepta las marrullerías al estilo festivo usual, como si se tratase de una simple travesura entre amigos. Quizá se deba a su falta de sentido del humor, ¿eh?

—Escucha, Harry, tú sabes lo que pienso de Joe. Y sé lo que pensaba mi padre de él. Para mi padre, Joe era como otro hijo, y Joe provocó una fuerte pérdida comprando tierras contiguas a las de mi padre y vendiéndoselas a la mitad del precio que los yanquis pedían por ellas —y sonriendo añadió—: En el escudo de armas de los Deveraux llamea la siguiente inscripción: «Recordamos amigos y enemigos».

—Bueno, esto también está grabado a fuego en el alma de Joe —dijo Harry—. Quizá Joe fue un poco duro con el viejo Handell, pero Handell lo conocía muy bien y no fue honesto al hacer lo que hizo. Si le hubiese rapiñado a Joe franca y descaradamente hubiera sido distinto, pero lo hizo de un modo taimado y mezquino, y después lo negó. Bueno, pero no hablemos de Handell, que de todos modos ya está muerto, sino de Sean Paul Armagh, hermano de Joe.

—¿Muerto, también?

Harry se rascó la gruesa papada.

—No. Pero aquí tengo el periódico de ayer de Boston y puedes leerlo tú mismo. ¡Maldita sea! ¿Por qué este loco no mantendrá la boca cerrada?

Charles tomó el periódico. En la segunda plana se destacaba, bajo el titular «GRAN ÉXITO DEL TENOR CANTANTE DE BALADAS IRLANDESAS», la fotografía de un hombre delgado y más bien lindo, de mediana edad, de encantadora sonrisa suplicante y de ralo cabello rubio, llamado Sean Paul. El reportaje decía que el señor Paul había cantado durante muchos años «en diversos de nuestros establecimientos públicos que congregan trabajadores que beben cerveza y licores, hábito algo deplorable en los de

esta clase»; después concentraba su atención en un bondadoso caballero a quien Paul llamaba únicamente «Señor Harry», el cual, para citar textualmente al señor Paul, «me rescató de la penuria y el fracaso, ayudándome y animándome con dinero, por encima de toda mera expresión de gratitud». Fue el «Señor Harry» quien le pagó los estudios de música clásica y de impostación de voz, «en diversas instituciones musicales y con los mejores profesores, dos de ellos de fama en la ópera», y después «me lanzó por la ruta del éxito».

El éxito, al principio, significó solamente salas de música en Boston, de menor categoría y de clientela principalmente irlandesa. Sin embargo, resultó más que suficiente para mantener al señor Paul. También había cantado, en muchas ocasiones, en otras ciudades de Nueva Inglaterra, «conquistando con su genio musical y su magnífica voz a los devotos de las canciones irlandesas, y emocionando a todos hasta las lágrimas». Sin embargo, bajo la égida del «Señor Harry», el señor Paul había acrecentado su repertorio incluyendo no sólo baladas irlandesas, sino «las canciones de todos los pueblos», y «exquisitas selecciones de ópera, interpretadas con hondo sentimiento y tierna pasión». Ahora, el reportaje expresaba que «el señor Paul ha sido contratado, para una serie de conciertos, por la Academia de Música en Nueva York, en Chicago, en Filadelfia y otras capitales, donde ya se han agotado los abonos y las demás localidades. Su acompañante es...».

Charles dejó el periódico sobre la mesa y contempló a Harry con reprimida diversión.

—Supongo que eres tú el enigmático benefactor de Sean Armagh, el modesto caballero que rehuye la luz de candilejas.

—¿Cómo iba a presentir siquiera lo que sucedió? —dijo Harry con desacostumbrada melancolía—. Maldita sea... Yo estaba en Boston; me gusta la cerveza y entré en una taberna, como llama Joe a las cantinas. Allí estaba Sean, cantando como un ángel... y sin beber. Como un condenado ángel, que de esto tiene el aspecto. Ésta es una mala fotografía. Rezuma encanto, suavidad, deseos de agradar y todo ello es sincero. Todos los barbianses^[27] allí reunidos lloraban dentro de sus cervezas, y yo también lloré. Tiene una voz como una dulce trompa, o quizá como una flauta. Nunca logro descubrir la diferencia entre los instrumentos. Pero sonaba como si rebotara en las paredes y el techo, y nadie se movía, salvo para secarse los ojos y sollozar un poco más. —Harry hizo una pausa—: Comprendí que tenía que ayudarlo.

—¿Por qué no se lo dijiste a Joe? ¿No lo hubiera alegrado saber que su hermano ya tenía por entonces un poco de éxito?

—Hubiera sido catastrófico —dijo Harry con vehemencia—. Joe ha estado pensando, durante años, que su hermano lo ayudaría en las Empresas Armagh. Cuando Sean estaba en Green Hills, Joe lo apartaba a rastras del piano y no le permitía cantar. Sean iba a ser un águila de los negocios, eso es lo que iba a ser, para repetir exactamente las palabras de Joe. Por esto es por lo que Joe trabajó toda su

vida, afianzándose en la idea de que su hermano sería, como él, un multimillonario emprendedor. Casi forzó a Sean a estudiar en Harvard. Sean despreciaba todo esto. Creo que estaba simplemente aturdido, azorado. Tenía tanta afición por los negocios como la que puede tener una colegiala boba y risueña; de todos modos, ésta fue la primera impresión que él me produjo.

Harry tosió antes de especificar:

—Creo que tuvieron un... desacuerdo. Hubo rumores de que llegaron a los golpes. Todo esto comenzó mucho antes. Joe no es hombre que haga confidencias a nadie, pero un día me dijo que su padre era lo que él llamaba «un completo inútil», que también gustaba de cantar en tabernas convidando a quien fuera con su último puñado de chelines, mientras dejaba que su granja fuera embargada por impuestos. Vino a Norteamérica y murió antes que llegase su familia. Sea lo que fuere, yo sabía que Joe odiaría todavía más a su hermano por hacer lo que su «atolondrado» padre, otra frase de Joe, hizo en el viejo terruño. Cualquier cosa que le recordara a su padre tenía la virtud de sacarlo de quicio. Creo que esto es lo que lo hace ser tan inexorable cuando tropieza con cualquier debilidad o blandura o carencia de interés en obtener un sólido triunfo... como el suyo.

—Ya comprendo —dijo Charles.

—Bueno, quizás lo comprendas, y quizás no —dijo Harry, meneando la cabeza—. Tendrías que estar en el lugar de Joe, con sus recuerdos, sus años de hambre, sus luchas y las persecuciones que soportó por ser irlandés. Sí, señor, tendrías que saber lo que significa una verdadera persecución sanguinaria. Tendrías que saber lo que tu propia gente padeció —y suspirando agregó—: Todo cuanto hizo fue por su familia. Nunca vivió realmente para sí mismo. Vivió solamente para Sean y Regina. Aunque últimamente parece haberse vuelto un poco más humano... por lo menos desde hace una decena de años. Sospecho que detrás de esto hay una mujer —y los ojos de Harry se hicieron reservados—. «Buscad a la mujer». ¿No es lo que suele decirse? De todos modos, lo celebro y me alegra. Es la primera vez que parece ser feliz, y lo conozco desde que yo tenía menos de quince años. Es mucho tiempo de tristeza para un hombre.

Charles habló con inusitado afecto:

—Temes que Joe estalle de furor cuando descubra lo referente a su hermano, y pronto lo descubrirá.

—Conozco a Joe desde que éramos muchachos. Me salvó la vida. Le salvé la suya. Yo daría mi vida por él, y lo sabe. Pero no soporta el menor engaño, ni la trapacería ni la clandestinidad. No es su estilo. Tiene su propia escala de valores. Pensará que lo he engañado, obrando bajo cuerda, siéndole desleal.

—¿Por rescatar de la miseria a su hermano?

—Charles, si se lo hubiese contado desde el principio, me habría colmado de improperios. Seguramente me habría echado. Por entonces yo ya era rico. Podría haber salido adelante sin Joe. También tengo mis empresas propias. Joe no habría

podido perjudicarme. La sola idea de que me echara de su lado, de que me apartara de su vida para siempre, y nunca más volviera a hablarme ni verme, me producía pesadillas.

—Ha hecho docenas de trabajos que no tenían nada de morales —dijo Charles— y muchos más que eran ilegales. ¿Por qué iba a hallar tantos reparos a lo que has hecho, por pura compasión, hacia su hermano?

Harry meneó la cabeza tristemente.

—No lo comprendes. Hizo esos trabajos para otros hombres de negocios. Se trataba del lobo devorando al lobo. Pero no aceptaría el disimulo ni el tapujo en alguien en quien, hasta cierto punto, confía.

—Supongo que nunca se le ocurriría pensar que su hermano y su hermana tenían el derecho de vivir sus propias vidas.

Harry volvió a suspirar.

—Creo que no comprendes.

—Lo comprendo perfectamente —dijo Charles—. Estás metido en un buen lío, Harry —y escrutó al desdichado hombre—. Si conoces a su dama secreta ¿por qué no acudes a ella rápidamente y le haces tu confidencia? Tú opinas que la dama de sus caprichos ejerce mucha influencia en él.

El mustio semblante de Harry, recuperó viveza al impulso del enojo.

—¡No la llares «dama de sus caprichos»! —gritó—. La conozco. Lo he visto con ella varias veces. ¡Ella es una gran dama!

—Bien, pídele entonces consejo. Y será mejor que lo hagas cuanto antes, Harry. A veces, cuando le sobra tiempo, hojea los periódicos de Boston.

—No sé... —murmuró Harry, pero cierta esperanza alentaba en su rostro mientras masticaba su cigarro.

—En todo caso, Sean no hace uso de su apellido. Joe puede pasar por alto el reportaje y no identificar a su hermano.

Harry objetó:

—Te olvidas de que pronto va a cantar en Filadelfia y en Nueva York y los carteles no pasarán inadvertidos para Joe. Siempre asiste a los conciertos. Ahora tiene su propio palco. Apenas vea a Sean en el escenario, cantando con toda su alma, saldrá Harry despedido por la puerta principal, expulsado por las iras de Joe. ¿Por qué no mantendría la boca cerrada, este condenado Sean, sin mencionarme para nada? Probablemente hará las mismas declaraciones en Nueva York y en Filadelfia.

—Bien, a esto le llaman gratitud —dijo Charles—. Mejor que vayas a consultar a esa dama, Harry —y levantándose agregó—: Algunas veces, en este pícaro mundo, una vela encendida en las tinieblas arroja una gran luz, en contra de lo que diría Shakespeare. Ojalá pudiera hallar alguna forma de ayudarte, pero no logro encontrarla.

—Ya me diste una idea —afirmó Harry, y rasgando el periódico lo lanzó a la cesta de papeles.

Harry visitó a Elizabeth. Ella notó su extraordinaria timidez y de inmediato supo que él había adivinado sobradamente su relación con Joseph Armagh. Conocía bien a Harry, y le agradaba lo mismo que su Liza; admiraba a ambos y los trataba con la máxima delicadeza. Pero ahora, el modo cohibido y casi pueril en que él abordaba el tema, le produjo un leve sonrojo; luego recobró su habitual serenidad y lo escuchó con especial atención.

Finalmente ella dijo:

—Sí, he comprendido, Harry. Comprendo su problema; también comprendo a Joseph. Me esmeraré en hacer todo lo posible. Tengo que estar en Nueva York el próximo martes. Haré cuanto pueda, y lo mejor posible —sonrió ante la expresión de alivio del rechoncho visitante—. Fue bondadoso y amable de su parte, Harry, y muy compasivo. La compasión es algo raro en este mundo. Estoy segura que podemos inducir a Joseph a que respete la compasión y no la condene. Ya no es tan implacable... como dicen que era antaño. Por lo menos me agrada creerlo así.

Harry volvió a sentirse deprimido, al recordar un episodio ocurrido hacía tan sólo dos semanas. Joseph no había dado el menor indicio de ser menos implacable. Aunque entonces se trataba de un asunto de negocios...

El martes siguiente caía sobre Nueva York una tormenta de nieve, casi tan severa como la Gran Ventisca del 88, pocos años antes; las habitaciones de Elizabeth, en el pequeño y tranquilo hotel, estaban cálidas con sus fuegos de hogar y luces. Se había vestido cuidadosamente con el color favorito de Joseph —que hacía juego con el claro verde de sus ojos—, y su cabello estaba peinado como de costumbre: alisado a los lados de su sereno semblante y sujeto con un moño a la altura de la nuca. Llevaba las esmeraldas que él le había regalado, y que nunca exhibía en Green Hills. Con los años, había logrado que él aprendiera a saborear la comida; no obstante, ésta seguía siendo sencilla, y por ello había preparado pollo asado con sabrosa guarnición, caldo y ensalada, vino rosado, pastelillos y gran cantidad de té. Siempre le había llamado la atención la cantidad de té que él tomaba. Para completar su arreglo personal se había perfumado con extracto de violeta, su aroma favorito, aunque ella nunca adivinó la razón de esta preferencia.

Después de quitarse el abrigo cubierto de nieve, el sombrero y los guantes, Joseph la besó con su peculiar contención, y dijo a modo de saludo:

—Nunca envejeces, cariño mío.

—Sí, me conservo bastante bien para ser una vieja señora de cuarenta y cuatro años —dijo Elizabeth con voz serena—. Pero cuando alguien ama y es amado, nunca envejece. Por cierto, recibí carta de Courtney. Espera salir graduado de Harvard el próximo junio, con Rory. Eso espero yo también. Ya sabes cuánto odia Courtney el estudio de las leyes. Solamente lo soportó para poder estar con Rory. Pero ¿qué tal sigue Ann Marie? ¿Ya mejoró de su resfriado?

—Bernadette sigue intentando casarla —dijo Joseph mientras se sentaba en su

habitual y cómodo sillón, cerca del hogar, y acercaba sus flacas y largas manos al resplandor del fuego—. Va a dar un baile para la muchacha en marzo, en su veintiún cumpleaños, y Ann Marie ya está temiendo el acontecimiento.

Pensó en su hija; ella tenía un considerable parecido con Regina, pero, gracias a Dios —si es que había uno—, no sentía inclinación hacia la vida religiosa. Joseph no había permitido que sus hijos asistieran a colegios y escuelas que no fueran laicas. De pronto indagó:

—¿Su resfriado? No sabía que lo tuviera, aunque es cierto que no he estado en Green Hills desde hace casi tres semanas.

Uno de los pesares de Elizabeth era que no podía ver más a menudo a Ann Marie, ya que sentía un gran cariño por ella. Pero pensaba que lo más justo era respetar los deseos de los padres y sabía que Bernadette se oponía a que Ann Marie la visitara. La joven persistía en liberarse así de los vejámenes y hostigamiento que tenía que soportar de una madre que no le ocultaba el fastidio que sentía hacia ella y que la consideraba «otra pobre insignificante, como Courtney». Para Bernadette las personas delicadas y retraídas, no importaba cuáles fueran sus intelectos o realizaciones, merecían su desprecio por «falta de carácter». Pensaba que los Armagh eran de poco genio, excepto Joseph, por supuesto. Hasta el espléndido Rory, con su tendencia a ser un pícaro, le inspiraba escaso afecto; sin embargo se esponjaba cuando le hacían cumplidos referentes a Rory.

—Es un *verdadero* Hennessey —solía decir, con énfasis significativo.

—¿No te lo ha escrito Bernadette? —preguntó Elizabeth.

Joseph se encogió de hombros.

—Probablemente. Pero nunca leo sus cartas. Lo hace Charles, y contesta cortésmente.

Observaba a Elizabeth mientras ella arreglaba la mesa redonda para cenar cerca del fuego. Una camarera del hotel podría haberlo hecho, pero a Elizabeth le gustaba disponerlo todo por sí misma. Él la contemplaba con un amor que no había disminuido con los años sino que se había hecho más sólido y arraigado. A su vez, mientras iba disponiendo lo necesario, Elizabeth le dedicaba miradas llenas de ternura. El cabello de Joseph, antaño rojizo, estaba copiosamente veteado de gris blanquecino pero el enjuto y sombrío rostro seguía sin cambiar, excepto cuando sonreía, y esto era ahora más frecuente que antes.

—Elizabeth, tengo que volver a Ginebra en abril. Ven conmigo.

—Pero ¿es que Bernadette... no acostumbra a ir contigo?

—Sí. Voy a terminar con esto. Ven conmigo.

Elizabeth titubeó. Pensaba en Sean. No quería incomodar a Joseph precisamente ahora, así que dijo:

—Por favor déjame pensarlo, Joseph. Siempre me gustó Ginebra.

—Entonces, queda decidido —dijo él, complacido. Tenía la penetrante mirada del amor—. ¿Has ido a visitar a tu médico? Tu color no ha mejorado y pareces más

delgada.

—Dice que es lógico a mi edad —replicó Elizabeth. Sabía que sus manos eran ahora casi transparentes y que una fatiga insólita había sido su constante compañera durante los últimos seis meses—. No es debilidad, si esto es lo que preocupa, Joseph. El médico no me ha encontrado nada malo. Después de todo, los años cuentan, ¿sabes?

—Cuarenta y cuatro no son muchos años —dijo Joseph, y un intenso dolor lo asaltó, tal como el que había sentido cuando su madre agonizaba en el barco. Su boca y su garganta se secaron; esto le provocó tos y debió beber un sorbo de vino—. ¿Anemia, quizá? Vosotras, las señoras, estáis siempre al borde de la anemia.

¿Qué sería de él si Elizabeth se separaba definitivamente de su vida? Su antiguo y fuerte impulso de suicidio volvió a brotar en él, como ocurría cada vez que la melancolía lo dominaba. La vida sin Elizabeth sería intolerable, ya que ella estaba tan ligada a él como lo están las raíces de los árboles gemelos. Ella era todo el goce que jamás conoció, toda la paz, la maravilla y el deleite. Algunas veces, como ahora, se sentaban durante horas, a leer algunos libros o el periódico, y no hablaban, pero la unión era como la de un solo corazón, un solo cuerpo, abarcándose con plenitud de contentamiento. Joseph vivía sólo para gozar de esos momentos con Elizabeth.

—He tenido tres resfriados este invierno —dijo Elizabeth— y ya no soy joven. Quizá éste sea el problema. Es posible que necesite un cambio, como ir a Ginebra. Sería maravilloso viajar por Europa contigo, Joseph —ahora hablaba sinceramente. Joseph se adelantó y tomó su mano aprisionándola por un instante; sus pequeños ojos azules brillaban con juvenil vivacidad—. Acabo precisamente de saber que Sean Paul, el célebre tenor irlandés, vendrá a Nueva York dentro de tres semanas para dar un recital en la Academia de Música. Supongo, querido Joseph, que podrás llevarme.

Su sonrisa seguía siendo serena, pero su corazón comenzó a latir rápidamente. El austero rostro de Joseph se ensombreció.

—¿Sean Paul? —dijo, cavilando sobre los dos nombres—. Nunca lo oí nombrar.

—No es joven. Quizás tenga mi edad, más o menos. Oí decir que es muy famoso en Boston. Canta baladas irlandesas y selecciones de ópera. Voy a buscar el folleto anunciando su recital en Nueva York.

Fue a su alcoba y Joseph aguardó; su cólera crecía lentamente. Era una insensatez, se dijo a sí mismo. No podía ser el... mismo. Sean había muerto de intoxicación alcohólica, probablemente, en algún callejón oscuro. Y con la cólera llegó la pena y la antigua sensación de impotencia.

Elizabeth regresó con el folleto, que reproducía la foto de Sean, y se lo dio a Joseph. Él no leyó los líricos anuncios ni los comentarios de los críticos musicales. Miraba el rostro sonriente de la fotografía y supo que ése era su hermano. Se sintió aturdido, entonces leyó las halagadoras críticas. Miró nuevamente la fotografía. Sean. Era realmente Sean. No podía comprender lo que estaba sintiendo, pero había en él un relajamiento débil, y sus ojos se enturbiaron. Colocó el folleto sobre la mesa y

siguió mirándolo fijamente; Elizabeth lo observaba con nerviosa ansiedad.

Se dio cuenta que un largo silencio se había instalado entre él y Elizabeth. La miró; ella sonreía. Dijo:

—¿Nunca viste a mi hermano Sean?

—No —dijo mostrándose perpleja—. Sólo vi a Regina un par de veces, pero no a Sean. —Se llevó las manos repentinamente a la boca simulando un complacido asombro—. ¡Oh, Joseph! ¿Este maravilloso cantante, este célebre tenor irlandés, es tu hermano Sean? ¡Qué orgulloso debes sentirte! —y se inclinó por encima de la mesa para tomarlo de la mano; su semblante irradiaba sincero placer.

Joseph intentó apartar la mano; su cólera era incontenible. Pero ella logró asirla; Joseph la miró a los ojos y supo que no podía rechazar a Elizabeth ni siquiera con el más leve ademán.

—Sí —dijo—. Es mi hermano. Pero es una larga historia.

—Cuéntamela —pidió ella.

¿Cómo podía contarle esa historia? Ella no lograría entender. Miró nuevamente sus ojos verdes y supo que estaba equivocado. Ella podría comprender. En breves y duras frases fue relatándole los hechos; ella no se movió ni habló, sólo se limitó a escuchar; le había explicado algo de todo esto con anterioridad, pero no con tanta emoción ni tanto detalle. Nunca había hablado mucho de su hermano ni de su hermana.

Cuando hubo terminado, Elizabeth dijo:

—Pero ¿te das cuenta, Joseph? Después de todo lograste un buen resultado con Sean. Sin la educación que recibió no habría adquirido ningún discernimiento. La instrucción, frecuentemente desdeñada durante la juventud, adquiere importancia en la madurez. Sirve para saber discernir. Si Sean fuera un ignorante no comprendería otra cosa más que canciones de cantina, ni tendría mayores aspiraciones. Pero sabe que hay algo más: tratar de superarse. Y esto se lo diste tú. Éste debe ser tu orgullo y tu consuelo.

Joseph no dijo nada. Contemplaba el fuego atentamente, más sombrío e impenetrable que nunca. Pero ella pensó que la escuchaba con anhelo, porque ya lo sabía todo acerca de él. Dijo, muy suavemente:

—Me has contado muchas veces que tu padre cantaba en las tabernas de Irlanda y derrochaba lo poco que tenía en cerveza y *whisky* para los demás, y solamente le interesaba el placer y felicidad que daba... aunque descuidara a su familia. Hay algo en esta historia, Joseph, querido mío, que no está del todo completo. Representaba la alegría para sus amigos y para tu madre, que lo amaba. A veces creo en el destino, en la fatalidad. Él estaba predestinado a morir de esa manera, y también tu madre; era inevitable.

—No hables como una tonta —dijo Joseph, con una rudeza hacia ella que le resultaba desconocida—. ¿No nos enseñaron desde niños que existe algo llamado libre albedrío? Sí, existe, y es verdad. Mi padre eligió su vida. Desgraciadamente,

también determinó la de su esposa y la de sus hijos.

Notó que Elizabeth había empalidecido y que se contraía, encogiéndose. No soportó haberla herido, aunque fuera levemente. Asió su mano de nuevo apretándola fuertemente entre las suyas y trató de sonreír.

—Perdóname, te lo ruego —dijo, y era la primera vez en su vida que pronunciaba tales palabras—. No te causaría la menor pena por nada en el mundo, Elizabeth.

Ella movió su mano entre las suyas y sus dedos presionaron su diestra.

—Estábamos hablando de Sean, querido Joseph, y de nadie más. Ha tenido éxito gracias a ti, y sólo por tu esfuerzo. Tú le diste carácter, persistencia, decisión. Deberías sentirte muy orgulloso, cariño.

—¿Por qué diablos no me ha escrito? —preguntó Joseph; Elizabeth comprendió que estaba cambiando de actitud y cerró los ojos por un instante.

—Quizá recordaba todo lo que hiciste por él, y se sentía avergonzado. Tal vez sabía que tú recordarías a tu padre y sus canciones, y no quiso encolerizarte más de lo que ya estabas. Tienes un carácter inexorable, querido, y tengo la idea de que siempre asustaste a tu familia.

Joseph cogió nuevamente el folleto y lo observó. Lo dio vuelta y leyó; «Mi querido bienhechor, a quien llamo señor Harry, vino en mi ayuda cuando más la necesitaba. A él y a un familiar, a quien oportunamente no me importará nombrar, debo mi éxito y los elogios que he recibido. Siempre les dedico mis oraciones; ahora les dedico mi recital en Nueva York».

Joseph se puso en pie súbitamente; su rostro había adquirido una expresión que Elizabeth jamás había visto. Ella estaba aterrorizada. Con tono aterrador, Joseph dijo:

—Harry Zeff. Hizo esto a mis espaldas. Nunca vino a decirme: «He encontrado a tu hermano y necesita tu ayuda». No. Prefirió esperar para mortificarme con... el triunfo de mi hermano. Deleitándose. ¡Echándome en cara que él pudo hacer por Sean más que yo! Se ha reído de mí... a mis espaldas. ¿Por qué? ¿Por qué? Yo le proporcioné los medios para que hiciera una fortuna. Pero ¿qué otra cosa podía esperar sino ingratitud y falsedad? Y envidia mortal.

Elizabeth también se puso en pie, trémula, y colocó su mano en el brazo de Joseph; por primera vez él apartó aquella mano. Estaba fulgurante de ira y humillación.

—Éste es el fin... para Harry —dijo con aquella entonación temible.

—¿Querrás escucharme un momento, Joseph? De lo contrario, no debemos vernos más, aunque esto significaría mi muerte, pero no me resignaría a verte en silencio.

Pese a su monstruosa ira la escuchó porque sabía que ella estaba dispuesta a hacer lo que decía; permaneció quieto, esperando, con los puños crispados.

Con tono de infinito y sincero asombro, dijo ella:

—¿Puedes acaso creer que Harry Zeff haría jamás nada para mortificarte o dañarte, o para regocijarse en menoscabo tuyo? ¿Deleitarse por algo que te cause el

menor daño? ¡Por Dios, Joseph! No consigo creer que hayas podido pensar así ni siquiera por un segundo. ¡Forzosamente has tenido que perder por un momento tu claridad de juicio! Medita, por favor, recapacita. Harry te conoce y te teme. Sabe lo que tú proyectabas para Sean. Sabe cómo Sean... desertó de tu lado. Sabe lo mucho que debiste sufrir. Intenta comprenderlo, aunque creo que jamás comprendiste a nadie en tu vida, ni siquiera a mí, que te amo.

Ella alzó la mano en ademán suplicante, para que él no la interrumpiese.

—Sí, de acuerdo, él ayudó a Sean. Creía en Sean. Lo animó para que sacase el mejor partido de su voz, y pagó las clases. ¿No se te ha ocurrido preguntarte la razón? Porque Harry siente por ti un hondo cariño, Joseph. No quiso que esta parte de tu vida fuera una derrota y una constante decepción para ti. Sean ha llegado a triunfar en su carrera. Te lo debe principalmente a ti. Harry solamente le ayudó a lograrlo y reforzar lo que tú ya habías sembrado proporcionándole estudios.

Cuando ella terminó de hablar, los ojos de Joseph apenas se veían entre la estrecha rendija de sus párpados. Dijo:

—Bien, ahora deseo saber una cosa... ¿Cómo sabes todo esto, Elizabeth, acerca de Harry y mi hermano? ¿Acaso resulta que me has estado llevando como a un niño metido en un andador?

Elizabeth se llevó las manos al rostro, apretadamente, por unos instantes. Cuando dejó caer los brazos parecía más delgada y exhausta; Joseph lo advirtió y comprendió que nuevamente le asaltaba la alarma con respecto al estado de su salud.

—Por favor siéntate, Joseph —dijo ella quedamente.

Él se sentó en posición rígida al borde de su sillón; Elizabeth también se sentó. Sabía que Joseph solamente aceptaba la verdad y que, aunque la verdad lo destruyera, tenía que conocerla. No le quedaba otro remedio, así que contó todo lo sucedido, con absoluta sinceridad; el tono abatido de su voz rebosaba amor. Cuando hubo terminado se reclinó sobre el respaldo del sillón, con los ojos cerrados, como si estuviera dormida o desvanecida.

Joseph contempló su rostro y sintió por ella una infinita compasión. Se arrodilló a su lado y tomándola entre sus brazos, besó su frente y sus mejillas; ella se apretó contra él, llorando mansamente, y dijo:

—¿Por qué rechazas así el cariño y la ternura? Ya sé, querido. Tu vida ha sido horrible, árida, y has conocido el abandono y la profunda tristeza. Si ahora te muestras receloso, ¿quién puede reprochártelo? Harry te lo hubiese explicado todo desde un principio, pero estaba asustado, porque tu carácter no es precisamente agradable, cariño. Instalaste el miedo también en tu hermano, y en Regina, aunque quizá nunca lo supiste. ¿Sabes acaso lo espantoso que es que los demás te tengan miedo?

—Elizabeth, ¿tú me tienes miedo?

Ella apoyó su húmeda mejilla contra la de él, enlazando su cuello con los brazos.

—No, amor mío. No tengo el menor temor de ti. Verás... Conozco todo acerca de

ti y con amor y comprensión todo lo demás carece de importancia.

Unos días después Joseph entró en el despacho de Harry Zeff y dijo con una sonrisa jovial:

—Por cierto, mi hermano Sean cantará en Nueva York el viernes y el sábado. Sé que no te agrada mucho la música, pero me gustaría que tú y Liza asistierais como invitados míos al Hotel Quinta Avenida, en Nueva York. Tengo un palco en la Academia de Música, e insisto en que estéis conmigo. Después de todo, no es tan común tener a un famoso tenor irlandés por hermano, ¿no es cierto? Después del recital daremos una fiesta.

Harry se levantó lentamente, con sus negros ojos clavados en Joseph. No podía hablar. Sólo pudo tender la mano. Joseph la estrechó, reteniéndola un instante apretadamente y dijo con voz muy suave:

—Eres un grandísimo pollino, Harry. Un grandísimo pollino sentimental.

XXXVI

Un soleado día de abril, Rory y Courtney paseaban juntos por el enorme parque de Harvard. Rory dijo:

—Siempre creí que papá bromeaba cuando me dijo que algún día me haría presidente de los Estados Unidos. Bromeé con él y le dije que, lógicamente, él lo conseguiría. Ya conoces a mi padre. Ascende montañas cuando los demás trepan por hormigueros. Pero un hombre debe afrontar la realidad. En esta nación un católico no tiene más posibilidades que un negro de convertirse en presidente. Bien, de todos modos, vamos a estudiar leyes en grado superior; mi padre ya no es joven, y si logramos éxito con las Empresas Armagh esto será suficiente para él. Eso espero.

Courtney, con la serenidad de su madre, dijo:

—No estés tan seguro, Rory Tu padre siempre consigue lo que quiere, de uno u otro modo. ¿No está desde ahora hablando de que iniciarás tu carrera política como aspirante a miembro de la Cámara? Por otra parte, sabrás que los hombres como tu padre nunca envejecen. El Tiziano, según creo, pintó su cuadro más famoso, «la Asunción», cuando tenía noventa y un años, y Da Vinci estaba en plena fogosidad creadora bien avanzada su madurez. Son únicamente los jóvenes los que teorizan, «ruido y furia que nada significan», como afirmó Shakespeare reafirmando lo de «mucho ruido y pocas nueces».

—De acuerdo, viejo —dijo Rory, y frunciendo el ceño reflexionó—. ¿Sabes lo que me gustaría hacer? Enseñar.

—No estás en tus cabales —dijo Courtney, pasmado. Se detuvo, afirmando a continuación—: Nadie menos indicado que tú para ser profesor...

—Bueno, pero también admitamos que en este mundo hay una gran dosis de farsa, mentiras, hipocresía, así como insensateces, y supongo que siempre las hubo. Cada generación necesita un Aristófanes que ponga todo esto al descubierto. Una verdadera farsa. Por supuesto, ésta resulta trágica. Pero la gente no asimila la tragedia: la hilaridad de la existencia humana. He meditado en ilustrar a la joven generación sobre esto. Enseñarles a reír, jocosamente. Si es que eso es posible.

—No lo es —dijo Courtney—. Las personas... todo el mundo... se toman demasiado en serio. Cada generación cree que salvará al mundo, elaborando una nueva utopía, un nuevo orden. Y todo desemboca en el mismo pantano melancólico.

—No debería ser así.

—Pero así resulta. Porque la naturaleza humana nunca cambia. Es algo inmutable y único en el mundo. Una eterna confusión. Cuando aparece un ser plenamente humano sólo logra ser crucificado, o expulsado de la vida pública, o condenado o ridiculizado; después todo el mundo lo olvida y sigue alegremente por el mismo camino. ¿No habrás olvidado la historia universal, verdad?

—Aristóteles dijo que un pueblo que olvida su propia historia está sentenciado a

repetirla, dijo Aristóteles. ¿Por qué resulta imposible que un pueblo recuerde su historia y evite así futuros errores, Courtney?

—Son demasiados estúpidos. Y hacen caso de sus políticos.

—Entonces, ¿tú no crees que cada generación es más inteligente que la anterior?

—Claro que no lo es. ¿Dónde están nuestros grandes hombres, Rory? Esta generación no tiene Cicerones, ni Sócrates, ni Da Vinci, ni Platones. Somos una civilización industrial, pesada y sucia, sin inspiración ni verdadera alegría o creatividad. Todo son máquinas y adoración a las máquinas. Como Karl Marx. Ama las máquinas. Cree que son el nuevo plan providencial. Vocifera contra los «negocios y el comercio», pero es el verdadero santo patrón del comercio.

Llegaron a una larga cerca baja de piedra gris sobre la cual se sentaron a fumar en silencio. Courtney volvió a pensar en Rory y su doble personalidad, que tanto lo intrigaba. Rory podía parecer un legítimo pillo de incrédula y jubilosa sonrisa, y de pronto adquirir aspecto de severo ascetismo. Era cínico un instante, inmune al sentimentalismo y resultaba casi cándido al siguiente. Podía reírse cordialmente de los apuros de un compañero de clase, y después le prestaba dinero y le brindaba consejos y ayuda. Podía ser rudo y sacar el máximo partido de una prostituta y luego, sin previo aviso y afablemente le daba a la mujer el doble de lo que ella había pedido. Podía mentir amigable y rápidamente, sin reparos ni vergüenza, y después ponerse él mismo en peligro con la verdad absoluta y mostrar su desagrado hacia los mentirosos. Podía ser cruel e indiferente y al poco tiempo demostrar compasión y bondad hacia la misma persona. Courtney pensaba que quizás todo eso mostrara el fondo caprichoso de un hombre muy voluble o la falta de sinceridad en una y otra manifestación. Por último, llegó a la conclusión, aunque con cierta duda, de que Rory era realmente dual, y que poseía una doble personalidad. Por esta razón su labio inferior, algo grueso y sensual como el de su abuelo, podía tensarse con la ascética repulsa de la sensualidad. Pero ya fuera el estudiante aplicado como el completo bribón, el protector del débil o el escarnecedor de la debilidad, siempre era sincero. Esta versatilidad tan sorprendente, esta cambiante actitud, creaba una personalidad fascinante que, combinada con su espléndida apariencia y su evidente potencia, lo hacía irresistible tanto para los hombres como para las mujeres. Aunque nunca pareciera ser el mismo, como una veloz libélula bajo el sol, había en su carácter una básica inmutabilidad sobre la cual sus actitudes y emociones chispeaban. Esta cualidad estable, pensaba Courtney, era algo que los demás llegarían a conocer en el futuro para su asombro y quizás para su desconcierto y derrota. Rory podía ser como el signo de Géminis, pero también era misterioso e impenetrable, como su padre. Courtney y Rory podían ser más íntimos que si fueran hermanos, y confiar el uno en el otro más allá de la confianza que daban a cualquier otro; pero hasta el sutil Courtney nunca descubría plenamente la personalidad del otro. Sin embargo, Courtney tenía la firme convicción de que Rory le comprendía por completo, y que nunca se engañaba en cuanto al carácter de cualquier otro.

Para aquellos que le importaban poco, a quienes decidía embaucar, Rory se mostraba frívolo, alegre, generoso, de buen temple, humorístico, ingenioso, ampliamente tolerante y despreocupado. Para aquellos que le eran más íntimos mostraba a veces su carácter intrépido, su inexorable crueldad, su firme y extraña rectitud, su poderosa determinación y su exigencia dominante. Una vez Courtney le dijo:

—Llevas muchas máscaras.

—Pero con todas soy yo.

—Debe ser fatigoso —dijo Courtney.

—No, no, siempre resulta interesante —rió Rory—. Nunca sé lo que voy a hacer al instante siguiente.

Courtney lo dudaba. Siempre había deliberación en lo que Rory hacía, cierto cálculo. Sin embargo uno podía confiar en su lealtad, cuando la había concedido. Podía decirle a un amigo: «Has sido un tonto rematado y mereces tu castigo», pero siempre ayudaba al amigo a escapar de aquel castigo, aunque mientras tanto lo insultara y lo censurara públicamente. Para el discriminador Courtney, el cordial compañerismo de Rory con la gente más inverosímil —estafadores de baja ralea, aviesos licenciados de presidio, granujas, sucios y ruidosos parásitos, borrachos, fracasados, traperos y mendigos, y pedigüeños obstinados—, le parecía increíble e impropio de él, casi indigno. Porque apenas transcurrida una hora, Rory podía encontrarse discutiendo con los profesores del modo más erudito y con las frases más elegantes e impecables y exhibiendo una ética remilgada fuera del alcance de la mayoría de los jóvenes de su edad. Pero Courtney había conocido a muy pocos políticos. No adivinó, hasta mucho tiempo después, que Rory era un político nato.

Aquel día Rory era toda placidez juvenil; él y Courtney se sentaron en la cerca, con las piernas colgando, y mientras fumaban, contemplaron indolentemente a los compañeros que paseaban por el patio. No había nada en el semblante de Rory que revelase su capacidad para la reflexión meditativa. Parecía más bien un atlético joven sin otra ambición que las chicas, el *whisky*, los deportes, las aventuras y el derroche del dinero no ganado. Su espesa melena de dorado rojo relucía a la diáfana luz solar. Su hermoso rostro estaba distendido. Sus claros ojos azules erraban, aparentemente sin ningún pensamiento. De pronto, dijo:

—Yo me figuraba que a estas alturas, tú y Ann Marie ya estaríais declaradamente comprometidos. ¿O es que ella cambió de intención?

—Teme hablarle de ello a su madre —dijo Courtney, y frunció el entrecejo—. Sabes cómo su madre odia a mi madre y a mí. Ann Marie es una muchacha muy tímida, sabes.

—Yo creía que vuestro compromiso sería anunciado en nuestro veintiún aniversario, pero no fue así. Tal como me sugeriste, charlé con ella para convencerla, pero la sola idea de hablarle a mamá la acobarda.

Entonces se enfurruñó y miró el césped. Nunca ignoró la relación entre su padre y

«tía». Elizabeth. Pero les tenía cariño a ambos, y aprobaba el idilio que había continuado año tras año. En realidad, su madre era intratable. Rory no censuraba a su padre. Comprendía el temor de su hermana gemela en abordar a su madre con el tema de un noviazgo con Courtney Hennessey.

—Le hablé de esto a mi madre, hará unos seis meses —dijo Courtney. Rory lo miró sorprendido arqueando las cejas—. Creí que iba a desmayarse —continuó Courtney—. Estaba muy agitada. Dijo que era «imposible», y no me quiso aclarar por qué. ¿Tienes tú alguna idea sobre esto?

—No, no la tengo. No existe impedimento al matrimonio, que yo sepa. Eres el hijo de Everett Wickersham, el primer marido de tu madre, y fuiste adoptado por mi abuelo. No hay consanguinidad en el menor grado. O sea que no puede tratarse de esto. Tu madre... simpatiza... con mi padre. Tampoco aquí cabe ninguna objeción. Y Ann Marie y yo queremos a tu madre. En consecuencia, ¿por qué tía Elizabeth iba a «desmayarse» ante la sola sugerencia?

—No lo sé —dijo Courtney, entristeciendo.

—Suponte que le hablo a mi padre —dijo Rory—. No es de los que acogen con paciencia las necedades. También le resultas agradable.

—No me gustaría que hubiese un desacuerdo en la familia —dijo Courtney—. No soy de la «familia» en el verdadero significado de la palabra, aunque fui adoptado por Tom Hennessey. No soy realmente tu «tío», ni el hermano de Bernadette, excepto por cortesía de adopción, lo cual no significa nada. Pero sí me consta que mi madre se mostró perturbada ante la sola idea, se puso muy blanca y quedó abatida. Me dijo que debía descartarlo de mi mente. Yo. ¡Yo, que he deseado casarme con Ann Marie desde que tuve diez años! Desde que hablé con mi madre su salud parece haber desmejorado. Está cada vez más delgada y nerviosa. Persiste en mirarme fijamente como si estuviera a punto de estallar en llanto. Simplemente no lo entiendo. Quiere a Ann Marie como a una hija lo cual es más de lo que pueda decirse de vuestra propia madre —y miró amargamente a Rory.

Rory encogió los hombros tranquilamente.

—Oh, ya conozco a mi madre. Tal vez tía Elizabeth le teme a mi madre y no quiere que ella se desquite con demasiada dureza en Ann Marie. El odio es algo muy estúpido, a menos que puedas hacerlo trabajar en tu favor —dijo Rory, el político.

—¿Qué podemos hacer para que el odio entre tu madre y la mía «trabaje» en favor nuestro? —pregunto Courtney.

—Déjame pensarlo con calma —dijo Rory—. Tal vez logre poner a mi padre a tu favor. Le importan un pepino los sentimientos y opiniones de mi madre —manifestó sin rencor.

—Solamente sé una cosa —dijo Courtney—. Amo a tu hermana, y voy a casarme con ella aunque tengamos que fugarnos. Pero se pone a llorar cuando se lo sugiero, aunque creo que ya empiezo a convencerla. Teme dar un disgusto a la «familia», pero mientras te tengamos de nuestra parte, Rory, y eventualmente a mi madre, lo demás

no importa.

—Debe haber algún obstáculo. De todos modos, como dijo Napoleón, lo difícil podemos realizarlo inmediatamente. Lo imposible exige un poco más de tiempo. Ya encontraré cuál es el inconveniente.

Para apartar su mente de los posibles obstáculos o inconvenientes, Courtney preguntó:

—¿Cómo van las cosas con Maggie Chisholm?

—Su papá no quiere que se case con un católico —dijo Rory, sonriendo burlón—. Ni tampoco con un irlandés. Su padre tiene una nariz de zorro y parece estar siempre husmeando. Cuando voy a verla, se comporta como si ella hubiera llevado a la casa algo maloliente sacado del arroyo. Tipo de antiguo bostoniano. Pero nos casaremos —y sonrió, seguro de sí mismo.

—No podrás casarte por la iglesia —dijo Courtney— a menos que Maggie acepte cambiar de credo y educar a vuestros hijos en la religión católica.

—¿Y qué importa en este caso la iglesia? —dijo Rory con ademán despreocupado—. Si fuera preciso, me casaría con Maggie ante un sacerdote mahometano. O ante un juez de paz.

—Hereje —dijo Courtney sin gran convicción. Al oír las campanadas que anunciaban la cena abandonaron la cerca y se dirigieron hacia el grandioso conjunto de edificaciones.

Después de la cena, y silbando alegremente, Rory fue a visitar a la señorita Marjorie Chisholm en Beacon Hill. Su madre había muerto y la mujer cabeza de la pequeña familia era la tía de Marjorie, una romántica y cariñosa tía; ella sentía predilección por Rory y guardaba silencio sobre sus visitas, ya que las tenía prohibidas. El padre de Marjorie cenaba un día por semana con su melancólica madre, a distancia suficiente.

Los Chisholm eran considerablemente ricos y gozaban de gran influencia social en Boston. Rory pensaba que la antigua casa de ladrillo rosa era angosta, oscura y un poco «pobre», ya que estaba acostumbrado a la grandiosidad de la mansión de su madre. Ésta poseía inmensas salas, techos abovedados, dorados, mármoles, fuentes y estatuas, carísimas pinturas y paredes recubiertas de sedas. En la casa de los Chisholm, en cambio, las ventanas eran altas grietas que formaban depresión, con los cantos fruncidos como la boca de una solterona; las puertas eran gruesas pero estrechas y sobre el acceso principal tenían una ventana de cristales pintados en forma de abanico; los tejados de escalonada pizarra embreada, y las persianas y contraventanas estaban pintadas de marrón. La casa se elevaba abruptamente desde la calle empedrada y estaba separada de sus inmediatos vecinos por tapias laterales y un húmedo jardín atrás. El mobiliario y el decorado eran descoloridos y lóbregos, con abundancia de terciopelo oscuro y tapetes bordados en el centro de las mesas. No había enormes y relucientes candelabros como en la casa Hennessey, sino lúgubres lámparas de cobre y porcelana, llenas de kerosén, ya que el señor Chisholm no

«creía» en el gas y mucho menos en la nueva electricidad de la cual algunas de las más «anticipadas y manirrota» casas hacían alarde. Cierta vez Rory había mostrado, con orgullo, algunas fotografías de la casa de su madre a la joven Marjorie; ella las examinó con detenimiento y expresión inescrutable, y finalmente dijo:

—Tiene aspecto muy grandioso... pero un poco aterrador. ¡Cielo santo! ¿Qué hacéis tú y tu familia en este sitio tan gigantesco?

—Cuando mi madre está allí ya no parece tan «gigantesco». Ella está en todas partes —afirmó Rory.

—Parece aún mayor que los «cottages^[28]» en Newport —dijo Marjorie— y siempre pensé que eran... vastos —y pensó—: y de mal gusto.

Maggie era menuda. Su cabeza llegaba apenas al hombro de Rory, y tenía una exquisita figura deliciosamente similar a la de una muñeca. Era morena, vivaracha y alegre, sus grandes ojos negros sonreían constantemente, tenía largas pestañas negras y gruesas cejas negras, y una densa cabellera negra enmarcaba su rostro de tez aceitunada. Vestía exquisitamente pero con afectación y podía bailar o jugar al tenis casi tan competentemente como el propio Rory. Tenía una boca carmesí oscuro, con pequeñísimos dientes muy blancos y poseía una sonrisa cariñosa, a instantes tiernamente burlona. A los diecinueve años ya era reconocida como una de las bellas de Boston. Era inteligente, espiritual, extremadamente ingeniosa, amable y bondadosa. Se enamoró de Rory Armagh apenas lo conoció, y como tenía una voluntad de hierro bajo todo aquel alegre y efervescente exterior, en pocas horas decidió que se casaría con él. Rory tardó un mes en tomar la misma decisión.

El señor Albert Chisholm experimentó menosprecio hacia Rory desde la primera entrevista, por cuanto sabía todo lo relativo a Joseph Armagh. Era un hombre honrado porque nunca había sentido la tentación de ser algo distinto, y nunca había conocido pobreza ni necesidad. Para Chisholm, Rory no sólo era un indeseable aspirante a su hija única —a causa del padre de Rory y sus «abominables empresas y compromisos en política despreciable»—, sino también era indeseable por sí mismo, ya que opinaba que era demasiado «propenso a la ligereza», demasiado despreocupado, demasiado insolente. Pero además, le decía a su hija con desdén, era irlandés y todo el mundo sabía lo que «eran» los irlandeses. Ningún hombre con decoro y buena posición tenía el menor trato con ellos, ni les admitían en sus casas. Habían nacido sin conciencia, sin principios morales, sin escrúpulos y sin carácter estable. Se abrían paso a «empellones», de un modo aún peor que los judíos, y trataban de invadir la sociedad decente que tenía una obligación de defensa de la moralidad y de la nación.

—Pero, papá, tu secretario de confianza es un judío —dijo Marjorie.

—Mi querida muchacha, Bernard es... ¡por entero diferente al judío corriente! Esto lo has podido comprobar tú misma. Pero este joven Armagh... es el típico irlandés. No, no debe entrar más en esta casa. Te prohíbo que lo vuelvas a ver.

Naturalmente, Marjorie vio a Rory dos o tres veces por semana. Se hallaban ya en

la etapa en que discutían muy seriamente sobre una fuga.

—Tú crees que tu papá está contra nosotros —dijo Rory— pero no es nada comparado con lo que diría mi propio padre, cariño. Le bastaría mirar una sola vez a tu padre con sus patillas blancas, su mostacho y su aire de estar oliendo todo el tiempo algo putrefacto, y le sobraría para saber el terreno que pisa. Ahora bien, mi padre no cree en religión alguna pero basta que alguien diga algo contra los «papistas», y no para hasta sacarle hígado y bofes. Y recela de hombres como tu papá. Los llama hipócritas y otra serie de nombres que no repito por respeto a tus preciosas e inocentes orejitas. Ha conocido a muchos de ellos en su vida. Y destruido a demasiados. Y no por resentimiento contra el aire de superioridad que adoptaban con él, sino simplemente porque sabía cómo eran en realidad y los despreciaba.

Marjorie tenía genio y lealtad. Se enojó, sonrojada, y exigió con altivez:

—Señor, retire toda clase de injurias contra mi padre...

—Vamos, vamos, Maggie. No pretendo ofenderte a ti. Estoy tan sólo diciendo lo que mi padre opinaría del tuyo. Mi padre se come crudos a hombres como tu progenitor, para desayunarse. No es muchacho fácil de tratar. Tiene el espinazo todavía más tieso que el de tu padre. En realidad, tú padre es una rama de sauce comparado con el mío. Además, él quiere que me case con una heredera, rica por fortuna propia, y cuyo padre sea tan poderoso internacionalmente, como él mismo.

—¡Alguna chica llamativa y vulgar! —exclamó Marjorie.

—Bueno, no exactamente. Además, quiere que sea una dama. Nada de una chica de una familia que no tenga mucha influencia en Washington, por ejemplo. Y opinaría que el dinero de tu padre en conjunto es simple calderilla.

—¡Lo que faltaba! —exclamó Marjorie, mientras su breve y redondeado seno se agitaba—. ¡Entonces, señor, es preferible que empiece ya a buscarse esta princesa norteamericana y deje en paz a esta insignificante chiquilla bostoniana!

—Es que resulta que amo a «esta insignificante chiquilla bostoniana» —dijo Rory mientras la tomaba entre sus largos y fuertes brazos, besándola; ella se puso lánguida y trémula—. Amor mío —añadió Rory—, ¿qué importa lo que ellos piensen?

Anidó ella su cabeza contra su hombro aferrándose a él. Pero también era práctica. Dijo con voz entrecortada:

—Tienes que terminar tu carrera de leyes. ¡Años! Habremos envejecido mucho.

—Nos fugaremos sigilosamente a otro Estado y nadie lo sabrá, y cuando haya obtenido mi título entonces les diremos a todos que se vayan al infierno.

—Pero no podríamos... no podríamos... —y sonrojándose violentamente, Marjorie bajó la mirada.

—¿Dormir juntos? —dijo Rory, besándola de nuevo—. ¡Claro que sí! Ya lo tengo todo pensado. Conseguiré un pequeño apartamento en Cambridge y nos reuniremos allí sin que nadie lo sepa. Y no tienes que inquietarte en absoluto por ninguna... consecuencia. Sé cómo protegerte e impedirla.

Su boca entreabrió la suya en apasionada caricia, y ella creyó que iba a perder los

sentidos. Logró con esfuerzo retirar sus labios.

Ahora estaba intensamente colorada, pero presionó su cabeza contra la región donde se imaginaba que estaba el corazón masculino y murmuró queda y repetidamente su nombre. Su menudo cuerpo era recorrido por inexplicables estremecimientos, y estaba a la vez avergonzada y ansiosa.

Aquella noche habían decidido hacerle confidencias a tía Emma. Aunque se negara a ser cómplice no repetiría nada a su hermano. Adoraba a Maggie, sentía gran cariño por Rory, y siempre estaba recordándoles que fueran «prudentes». Consideraba aquel romance clandestino muy excitante, ya que ella no había tenido uno en su vida, y era romántica por naturaleza. Estaba siempre leyendo novelas «francesas» y se lo ocultaba a su hermano; ya que éste lo consideraba censurable. Era tan menuda como Marjorie, pero muy gruesa y sonrosada, y de dulce rostro, y algo desarreglada en el vestir aunque fuera detallista en exceso, y parecía que nunca lograba arreglarse del todo su cabello gris castaño. Siempre se le desprendía por el cuello y sobre las orejas, y estaba siempre hincando horquillas y riéndose. Nunca tuvo un solo pretendiente ni de muchacha ni de joven, y rondaba ya los cincuenta, pero frecuentemente insinuaba que había tenido una trágica relación amorosa y suspirando, con los ojos húmedos murmuraba algo acerca de «papá», y Marjorie la abrazaba, la besaba, consolándola. Tenía a su hermano Albert y no podía comprender cómo Marjorie no le temía. Marjorie no temía a nadie ni a nada, excepto a perder a Rory. Consideraba fascinante la dualidad de carácter de Rory, pero recelaba de ella ya que siempre le era ofrecido un nuevo Rory. Ella tenía la firmeza, estabilidad y constancia de la familia, salvo cuando estaba colérica, lo cual no era frecuente. Una vez le gritó rotundamente a su padre:

—¡Necesitamos sangre nueva en esta familia enclenque!

—Pero no sangre irlandesa —rebatía él.

No quería que ella lo supiera, pero Marjorie podía intimidarle, como podía su difunta esposa, y cuando los ojos de Marjorie llameaban y su semblante adquiría fogosidad, igual que el de su amadísima difunta, él se ablandaba por la nostalgia y el pesar. Marjorie no adivinó, hasta mucho después, que su padre podía perdonarle todo.

Después de besar a Rory con entusiasmo, Marjorie le condujo a la pequeña sala de estar de atrás de la casa. Nadie ocupaba los dos grandes y fríos salones salvo cuando había invitados. La tía de Marjorie estaba haciendo su labor de punto, plácidamente. Al ver a Rory su rostro se hizo más sonrosado y más lindo y aceptó su beso como una amante madre y comenzó a decirle como siempre, que él era «el más guapo de los galanes jóvenes que viera ella jamás». Le había traído un ramo de narcisos, que no podían crecer en el húmedo y oscuro jardín de Albert absteniéndose de traerle otro igual a Marjorie. Ésta era una táctica de político habilidoso que Marjorie acogió con guiño travieso.

—¡Oh, querido! —dijo tía Emma, aspirando el aroma del ramo y alzando después sus húmedos ojos hacia Rory—. ¿Cómo supiste que estos radiantes retoños de la

primavera son mis favoritos?

Si Rory respingaba internamente ante su estilo anticuado y melodramático no lo exteriorizaba. Dijo, con galantería:

—Tía Emma, se debe a que me recuerdan su lindo cutis.

Ella lo miró con coquetería y casi lloró; le dio las flores a Marjorie para que las pusiera en un jarrón, y mirándolas, comenzó a inundarse de sentimentalismo.

—Ah, infeliz de mí —suspiró—. Estas flores me traen tantos recuerdos...

Se tocó los párpados con su pañuelo. Vestía siempre de seda negra, tanto en invierno como en verano, como si llevase un luto constante. Marjorie la consoló apretándole la mano, mientras le guiñaba el ojo a Rory.

Él se inclinó hacia la solterona señora, rebosando ansiedad, gravedad y sinceridad pueril. Los claros ojos azules eran los de un muchacho muy joven y captaron la atención inmediata de tía Emma. Nunca le había visto tan seductor, tan digno de confianza, tan implorante.

—Usted sabe, tía Emma, que Maggie y yo nos amamos, ¿verdad?

—Ciertamente, querido, lo sé —y la señorita Chisholm suspiró nuevamente. Aquélla era la clase de tragedia romántica que la chiflaba. Su sobrina y Rory eran para ella una reencarnación de Julieta y Romeo. Pero añadió con voz trémula—: Pero Albert nunca permitirá que os caséis.

Observándola y tomándola ahora de la corta y rolliza mano, dijo Rory:

—Sin embargo, pretendemos casarnos. Casi inmediatamente. Nos fugaremos.

—¡Oh, oh! —exclamó la señorita Chisholm, viendo a Romeo y Julieta casándose clandestinamente en alguna gruta a la luz de velas con monjes por único testigo—. Pero ¡Albert no lo aceptará de buen talante ni jamás lo aprobará!

—Lo apruebe o no, esto es lo que vamos a hacer, tía Emma —y le palmoteo la mano, antes de soltarla.

Con los ojos llenos de lágrimas, dijo.

—Pero, Rory, le he oído decir a la misma Marjorie que tu propio padre ¡también se opondría rotundamente!

—Llega un momento crucial en que los hijos deben pensar por ellos mismos —dijo gravemente Rory—, ya que, ¿acaso hay algo más importante que el amor?

Como éste era el propio sentir de la señorita Chisholm, titubeó y por un instante un juvenil deleite irradió en su cara. Pero no en vano era nativa de Nueva Inglaterra, y arguyó:

—Pero Marjorie no dispondrá de dinero hasta sus veintiún años, y aun entonces no lo tendrá si insiste en casarse con alguien a quien su padre rechaza. Entonces tendría que esperar hasta haber cumplido los treinta.

—Lo sé —dijo Rory. Y como no conocía la pobreza, agregó—: No nos importa ser pobres, tía Emma, durante un tiempo, hasta que obtenga mi título...

—Tres años —especificó tía Emma; ahora dominaba en ella la habitante de Nueva Inglaterra—. Y dime, Rory, ¿dispones de algo además del dinero de bolsillo

que tu padre te otorga?

Rory siempre opinó que su padre era excesivamente temeroso del despilfarro estudiantil, y por esta razón su asignación era tan sólo de cincuenta dólares al mes.

—Es suficiente para ir de jarana —comentó Rory entonces.

Ahora negó con la cabeza, y fue Marjorie la que dijo:

—Yo tengo una asignación de treinta al mes para alfileres. No pensamos decírselo a nadie más que a ti, tía Emma. Seguiré viviendo aquí en casa, y Rory y yo...

La señorita Chisholm estaba demasiado escandalizada y su rostro estaba completamente blanco.

—Pero ¡queridos! Lo que pretendéis sería un engaño hacia vuestros pobres padres, al no decirles...

—¿Qué otra cosa podemos hacer? —preguntó Marjorie, pestañeando—. No nos agrada, pero no tenemos otro remedio.

—¡Es tan... tan engañoso, queridos míos! ¡Tan irrespetuoso! ¡Tan desobediente! Lo mejor sería decírselo a ellos, tener vuestras conciencias tranquilas y vivir juntos abiertamente a la vista de Dios y de los hombres...

—¿Con ochenta dólares al mes? —preguntó Rory—. Y hasta podríamos perderlos si se lo contamos a los viejos caballeros. Y no exagero al decir que mi padre sería capaz de sacarme de los estudios y ponerme a trabajar como un esclavo, sin un centavo, en una de sus malditas oficinas. A modo de lección. Entonces Maggie y yo quedaríamos separados... —hizo una pausa mirando a la señorita Chisholm, calibrándola— eternamente.

La señorita Chisholm se estremeció plena de gozo, cerró sus ojos y echando la cabeza hacia atrás, susurró conmovida:

—Cómo me sucedió...

Marjorie dijo en voz muy baja:

—¡Ay, no, Dios mío! Que no empiece otra vez...

—Por consiguiente —apremiaba Rory— sólo podemos... engañar a nuestros papás hasta que yo obtenga mi título de leyes. Entonces nada se opondrá a que lo anunciemos a todo el mundo.

Recuperándose, tía Emma volvió a ser bostoniana, y abriendo los ojos con expresión aguda, dijo:

—De todos modos, Rory, es posible que tu padre nunca te perdone, y entonces tendrás que esperar hasta que Marjorie cumpla los treinta para disponer de su dinero. Tu padre es un hombre riquísimo, Rory. Un joven prudente debe pensar en... las herencias. No las rechaza a la ligera —Romeo y Julieta se esfumaron oportunamente en el limbo—. Yo te quiero, Rory, pero me sentiría muy triste si Marjorie se casara con alguien que no tiene un centavo...

—Heredaré de mi madre —dijo Rory, con aplomo exterior pero sin la menor certeza íntima. Sabía lo dominada que estaba su madre; ella haría lo que Joseph le dijese, no sólo por temor sino principalmente por complacerle.

—¿Ella tiene su propia fortuna?

—Sí, y es incalculable. Heredó montañas de su padre y madre. Es dueña de nuestra mansión en Green Hills, en Pensilvania. Tiene que haber visto fotografías ya que aparece frecuentemente en los periódicos cuando mamá da veladas y fiestas para importantes personajes. Hemos tenido como invitados a presidentes. Mi abuelo era senador y después gobernador de Pensilvania durante varios mandatos, como supongo ya sabrá.

—Sí, sí, querido. ¿Y eres el hijo favorito de tu mamá?

—Completa y totalmente —dijo Rory sin pestañear—. Nunca me ha negado nada.

—Entonces —dijo tía Emma— debes contarle todo a tu mamá inmediatamente. Sin duda ella te ayudará —y sonrió dichosa.

La lógica del comentario tomó a Rory de sorpresa y sin respuesta preparada. Suspiró, agachó la cabeza y fue la viva imagen de la tristeza.

—Mamá siente un terror absoluto por mi padre. La pobre tiene muy mala salud. Una palabra de enojo de él la agobiaría, quizá la destruiría. —Vio el obeso cuerpo de su madre, su complexión sanguínea y sus ojos destellantes, y la imaginó quebrándose como una flor marchita. Esto le produjo una risa casi incontinente—. Pero ella me ha revelado en confianza lo relativo a su testamento. Yo... yo recibiré... aunque ruego para que su salud mejore y Dios la conserve muchos años para su amante familia... tres cuartas partes de su fortuna aproximadamente... —y Rory dejó vagar sus dilatados ojos azules en lejana abstracción— quince millones de dólares.

—Quince millones de dólares —susurró la señorita Chisholm. Calculaba los intereses—. ¿Están invertidos sólidamente?

—Con la solidez del oro puro —dijo Rory. Se resistía a mirar el travieso negror de los ojos de Marjorie—. Mamá ni siquiera es partidaria de hacer uso de los intereses, y mucho menos del capital, que para ella es sagrado.

—¿Dijiste que está mal de salud? —preguntó la señorita Chisholm con voz triste.

—Muy mal. El corazón, según creo.

—Valiente embustero —dijo Marjorie moviendo apenas los labios y acaparando su mirada.

—¿Pero si dentro de tres años descubre que la engañaste?

Rory emitió un suspiro que era casi un sollozo sofocado.

—Creo que nunca podrá saberlo —dijo con la untuosa voz del político. Simuló cubrirse los ojos con la mano—. Los médicos nos han dado escasas esperanzas sobre su vida.

La señorita Chisholm se humedeció los labios y caviló, aunque su semblante rebosaba maternal simpatía hacia el joven. Quince millones de dólares, al cuatro por ciento, en breve tiempo... Posiblemente más, con las inversiones. La fortuna del señor Chisholm era mucho, muchísimo menor.

Y el querido Rory era muy inteligente. Cualquier firma legal estaría orgullosa de contar con su colaboración en su consejo directivo. Bastaba con que ella fuera

discreta... ¡Lástima que fuera irlandés y papista! De lo contrario, el querido Albert hubiera aprobado el enlace instantáneamente. Se hubiera contoneado como un pavo real, vanagloriándose con su estilo garboso.

Rory seguía cubriéndose el rostro; la señorita quiso consolarlo, y con la yema de los dedos tocó amablemente la recia rodilla. ¡Qué gran tristeza saber que la querida mamá estaba al borde de la tumba y nada podría salvarla! Quince millones de dólares. La luz de la lámpara hizo resplandecer la cabeza del joven en puro oro rojo. Marjorie se había sentado en su silla; tenía la vista baja pero los hoyuelos se alborotaban en sus mejillas.

—¿Qué puedo hacer por vosotros, queridos niños? —preguntó tía Emma. (Albert, más tarde, «se convencería». Quince millones de dólares, al cuatro por cien de interés, no era algo que pudiera despreciarse).

Marjorie dijo:

—Nos fugaremos quizá pasado mañana para casarnos, mi queridísima tía Emma. Después iremos... —hizo una pausa, ya que habría sido poco delicado mencionar que Rory tenía ya alquiladas tres habitaciones amuebladas en Cambridge...—, estaremos fuera quizá unos tres días. Son las vacaciones primaverales de Rory, y después, naturalmente, irá a visitar a su familia. Me gustaría que tú, queridísima tía, le dijese a papá que voy a visitar a Annabelle Towers, en Filadelfia.

—¿No puedes decírselo tú misma, mi querubín?

—Lo haré. Pero tú le podrías decir a papá que esta mañana recibí una invitación y después yo hablaré con él.

—Pero, Marjorie, ¡eso es mentira!

Tía Emma estaba escandalizada, y además siempre se equivocaba por temor, ante su temible hermano. Marjorie suspiró, como descorazonada.

—¿Qué otra cosa podemos hacer? —murmuró—. Nos amamos.

—Comprendo —dijo la señorita Chisholm repitiendo la «mentira» mentalmente—. Y después regresarás a casa, Marjorie, y Rory a la de sus padres. ¡Vais a vivir separados... oh, mis queridos niños... por tres largos años! ¡Será difícil de soportar, casados ante Dios pero no a los ojos de los hombres!

Entonces pensó de nuevo en los quince millones de dólares y la mamá moribunda, la pobre y buena señora. Quizás sólo fuera cuestión de meses.

—Sabremos soportarlo —dijo Rory con esa noble expresión que más tarde los electores admirarían—. Después de todo, no hay nada que no pueda sobrellevarse por amor. ¿No dijo San Pablo que era el más sublime sentimiento, más aún que la fe y la esperanza?

Esta cita del santo favorito de la señorita Chisholm derritió la poca resistencia que le quedaba. Se llevó el pañuelo a los ojos y lloró un poco. Ni por un instante se le ocurrió que aquella parejita de conspiradores se tomaría ningún anticipo amoroso antes de que fuera lícito hacerlo. Estarían casados, pero vivirían en estado de castidad, puros y sin mancha, soportándolo todo en aras del amor, confiando en su

Padre Celestial... y en quince millones de dólares, algo irrefutable según el comentario que mentalmente hizo la señorita Chisholm.

Dijo con pesar:

—Hice tantos planes, toda la vida de Marjorie, pensé en una boda preciosa en la iglesia donde fue bautizada. Rory, eres un «romano»... Perdóname, querido, no pretendí ofenderte... ¿Aprobará tu iglesia el enlace? Tengo entendido...

—Ya encontraremos el clérigo adecuado. Tía Emma, ¿qué importan los obstáculos cuando el amor es el impulso?

La señorita Chisholm estaba a punto de sugerir a los jóvenes enamorados que esperasen hasta que la pobre querida mamá... Pero no, sería demasiado tosco y cruel. Dijo:

—¿No te importará casarte ante un pastor protestante, Rory?

Rory casi iba a decir: «Tanto me daría casarme ante Satanás; siendo con Maggie», pero pensó que quizás aquello sería excesivo para tía Emma, que ya estaba dispuesta a colaborar. Dijo con amplio gesto:

—Hasta un pastor protestante, ¿no es acaso también un hombre de Dios? ¿Quién puede negarlo?

La señorita Chisholm no estaba completamente segura que le gustase aquel «hasta», pero prefirió no hacer comentarios. Exclamó tan sólo:

—¡Pero no podré ver a mi queridísima sobrina cuando se case!

—Te traeré mi ramillete de boda —dijo Marjorie, besándola.

Se casaron ante un pastor presbiteriano dos días después, en Connecticut, en un pequeño y oscuro villorrio donde el apellido Armagh no significaba nada; los cincuenta dólares que Rory dio al pastor conmovieron profundamente al pobre viejo raído haciendo acudir las lágrimas a sus ojos. Aquella joven pareja vestía tan modesta y sencillamente... Era obvio que la donación significaba para ellos un gran sacrificio y así lo manifestó a Rory con tímida sonrisa.

—No tiene importancia —dijo Rory, y cuando Marjorie le pellizcó el brazo, añadió—: Éste es el momento más feliz de mi vida, y he estado ahorrando dinero mucho tiempo para esta ocasión.

Regresaron discretamente a Cambridge y se ocultaron en los tres cuartos sombríos que Rory había alquilado por veinte dólares al mes. Eran escasamente cómodos, pero ellos estaban extasiados en amorosa euforia. Hasta que Marjorie indagó:

—¿Estamos realmente casados, Rory? Quiero decir, según tu religión.

Rory vaciló un instante, y dijo:

—¿Casados? ¡Naturalmente que estamos casados! No seas tonta, Maggie. Anda, deja que desabroche tu vestido. ¡Qué bonitos son tus hombros...! ¿Y qué preciosidades son las que estoy viendo? Vamos, vamos... ¿acaso no estamos casados?

Nunca más conocería Rory tanta felicidad como la que vivió en aquellos tres

cuartos de un humilde barrio de Cambridge. Lo recordaría hasta el mismo día de su muerte y su último pensamiento consciente sería: «¡Maggie, mi querida pequeña Maggie! ¡Dios mío, Maggie, vida mía!».

XXXVII

El señor Carnegie dijo en cierta ocasión a Joseph:

—En cualquier compromiso en que yo participe, tengo por costumbre apretar desmedidamente —y le sonrió al hombre más joven—: Ambos somos celtas, ¿verdad? Nos comprendemos el uno al otro. Los anglosajones no son rivales para nosotros.

Joseph había emitido su breve y áspera risa.

—Recordará, señor, lo que dijo Samuel Pepys en su Diario de 1661: «¡Pero, buen Dios! ¡Vaya época ésta y vaya mundo éste! Que un hombre no pueda vivir sin actuar como un bribón y con disimulo».

Carnegie había ladeado su cigarro escrutando a Joseph.

—Bien... Bien, Joseph, ¿hicimos nosotros este mundo? Tuvimos que ponernos de acuerdo con sus costumbres, y yo, muchacho, no me quejé ni lo censuré. Le salí limpiamente al encuentro en su propio campo y gané. ¿Y no está usted también convencido de que ganó?

—Tampoco puedo quejarme del mundo. Jugué según sus reglas y gané, más o menos limpiamente.

—Creo que hay algo bastante cierto —dijo Carnegie—. Si un hombre juega limpiamente nunca ganará. Así es como está hecho el mundo, mi niño^[29].

Al mismo tiempo Carnegie pensaba: «Este hombre es un fanático que en determinado momento de su vida tuvo una firme meta, un grave desengaño, y ahora ha ido olvidando. Pero el fanatismo en sí mismo origina potencia, por eso él continuará. Esto nos ocurre a todos nosotros. ¿Quién puede decir qué dioses o qué diablos nos dirigen?».

Comenzó a sentir simpatía por Joseph y por su espíritu celta. Había construido sus fábricas de acero en el río Monongahela imitando los métodos y sistemas de las enormes fábricas Bessemer, de Inglaterra. Le dijo a Joseph:

—Esto podrá parecerle un modesto comienzo en Norteamérica, mocito, pero le aconsejo que invierta en ello.

Joseph lo hizo y en 1890 sus inversiones le habían producido un beneficio del doble del capital invertido. En 1895 su fortuna era respetada por los más poderosos en Europa y Norteamérica, aunque ya era rico, de acuerdo a las normas comunes. El señor Carnegie dijo —con un chispazo burlón en sus glaciales ojos— que las vastas ganancias de dinero eran «la peor especie de idolatría». Permanecía en su castillo en Escocia, donde Joseph lo visitaba de vez en cuando, y simulaba no preocuparse por su imperio de acero en Norteamérica, al que dirigía desde la distancia. El pequeño escocés era un genio para el dinero, y Joseph ya había aprendido que tal genio no es adquirido sino innato.

—Son muchos los hombres —le dijo Carnegie a Joseph— que trabajan toda su

vida con laboriosidad e inteligencia, y nunca adquieren ni una libra esterlina, mientras otros, con un simple giro de su muñeca, consiguen todo. Yo soy presbiteriano, o sea que creo en la predestinación. Un hombre es necio o sensato por la voluntad del Todopoderoso, y no cabe quejarse. Démosle gracias ya que Él nos hizo listos.

—A fuerza de constante trabajo —dijo Joseph que conocía la historia de Carnegie.

—Ah, también lo hicimos y no alardeamos de ello. Nunca he sido partidario de esquivar el trabajo duro. Pero usted también tiene esta inclinación, mocito.

Y pensó: «Además un amargo rencor, igual que yo. Sin la amargura del odio un hombre no puede triunfar».

—No soy optimista —dijo con cautela cuando aconsejó a Joseph sobre inversiones—. Solamente juzgo. Son muchos los optimistas que jamás reunieron cincuenta dólares, y nunca lo harán, porque son optimistas. El pesimismo ha salvado a muchos hombres de la bancarrota. Por cierto, muchacho, no demostré interés por sus amigos.

—Ellos se interesan por usted —sonrió Joseph—. Lo consideran un hombre poderoso.

—Vaya, esto sí que es extraño. No soy un asesino.

Joseph no replicó a este ácido comentario, ya que sabía demasiadas cosas. Pero en posteriores épocas de su vida, recordaría esta conversación.

—Un hombre puede ser ahorcado por un pequeño asesinato —dijo Carnegie—, pero recibirá aplausos por grandes asesinatos —le guiñó un ojo a Joseph—. O por lo menos, será famoso. Y en último término será justificado. Sus amos nunca serán conocidos, porque son demasiado taimados y fuertes.

—Se refiere usted a un golpe de estado —dijo Joseph.

—Todos los asesinatos políticos son golpes de Estado —dijo Carnegie con una leve sonrisa ante la sombría expresión de Joseph—. Nunca hubo un rey, o un emperador, o un presidente asesinado por el capricho de un hombre, y esto bien lo sabe usted, mocito.

«Y hay también otra clase de asesinatos en esta misma esfera», pensó Joseph.

Tuvo un sueño extraño. Yacía en un tibio lecho en su discreto hotel con Elizabeth Hennessey, y estaba colmado de placidez y gozo. Durmió sin sueños durante un rato. De pronto se encontró en una penumbra verdiazul en un lugar desconocido, al parecer sin muebles, y sin formas definidas. Vio al senador Enfield Bassett, un hombre de honor, melancólico; sus lustrosos ojos negros miraban a Joseph con pena. Oyó que le decía:

—Si pudiera, retiraría la maldición que lancé contra ti, pero no es posible. Cuando el perjudicado injustamente maldice y el inocente muere, la culpabilidad recae sobre el maldecido y nadie puede evitarlo. Pueda Dios tener piedad de ti, porque a mí me está vedado tener misericordia.

Elizabeth despertó sobresaltada, ante el grito sofocado de Joseph, y lo despertó. El caluroso amanecer de ese día de verano había pintado oro en las polvorientas ventanas del dormitorio. Joseph se sentó bruscamente, sudoroso y lívido, y miró fijamente a Elizabeth como si no la conociese o no supiera dónde estaba.

—Querido, ¿qué te sucede? —exclamó Elizabeth alarmada, asiéndole del brazo.

—Nada. Nada. Era solamente un sueño —murmuró, volviendo a acostarse. Pero ella vio que miraba fijamente al techo, rememorando—. Solamente una pesadilla. Acerca de alguien... que murió hace ya largo tiempo. No sé cómo pude soñar con él. Hacía años que no lo recordaba —trató de sonreír al ver la expresión ansiosa de ella—. No tiene importancia —agregó, y volvió a clavar la mirada en el techo.

Ella, se tendió junto a él, y al tomar una mano sudorosa entre las suyas, advirtió que su pulso era agitado y sus dedos temblaban.

—Hace años que no pienso en él —repitió Joseph—. Nunca le hice daño o por lo menos no lo hubiera perjudicado. Destruí toda prueba contra él.

—Pero, entonces, ¿por qué te ha de impresionar este sueño?

—Me escribió una nota diciendo que había echado una maldición sobre mí... y los míos. Ni siquiera pensé en ello durante catorce años o más. No estoy «impresionado», querida. No soy supersticioso. Fue una pesadilla. Me pareció que acudía hacia mí y decía que desearía retirar su «maldición», pero que no podía. Eso fue todo. Un sueño estúpido.

La alcoba estaba ya calurosa, pero Elizabeth sintió frío. Dijo:

—Hace ya mucho tiempo y nada te ha ocurrido... ni a los tuyos, ¿no es cierto? No hay razonamiento posible con los sueños. —Tocó la campanilla para pedir el desayuno, y miró a Joseph sonriendo; se levantó para colocarse el blanco peinador, y se echó el cabello hacia atrás—. Yo tampoco soy supersticiosa —se sentó ante el tocador y comenzó a cepillarse el cabello. Sus ojos sonrientes miraban a Joseph, por el espejo, pero él no devolvió la sonrisa; estaba absorto—. Está muerto, dijiste. ¿De qué murió?

—Se suicidó.

La mano de Elizabeth se detuvo, y sus dedos volvieron a sentir frío. Dejó el cepillo en la mesita. Joseph, como si hablara consigo mismo, dijo:

—Un hombre como él no tenía nada que hacer en el terreno político. Quien no puede soportar las campanas y la carbonilla debe permanecer alejado de los trenes.

—Quieres decir que en la política no hay lugar para un hombre honrado.

—¿Acaso dije que fuera honrado? —preguntó Joseph, mortificado por haber siquiera mencionado al senador Bassett. Se colocó el batín; su rostro tenía una expresión sombría—. Ha llegado nuestro desayuno. Voy a abrir.

No volvieron a hablar más del asunto, pero Elizabeth nunca olvidaría aquella calurosa mañana en Nueva York. Dos horas después Joseph fue a Boston para entrevistarse con su hijo Rory. Comentó:

—Veamos, yo alabo la ambición y el afán de trabajo, y tú las demuestras,

muchacho. Pero ¿por qué has decidido asistir los cursos de verano y embestir como una locomotora por la vía de la carrera de leyes?

Los amables ojos azules de Rory contenían una leve reserva. Pero miraba a su padre con franqueza, mientras charlaban sentados en su cuarto. Sin embargo, sus cambiantes expresiones no engañaban a Joseph.

—¿Para qué desperdiciar tres años? —preguntó Rory—. Puedo obtener el título en dos años. ¿No se hizo la vida para vivirla? Quiero empezar a vivir un poco antes, ¿qué hay de malo en ello, papá?

—Pensé que pasarías el verano en Long Island con tus amistades, practicando el deporte de vela, tal como hiciste los dos últimos años. También esto es importante.

—Prefiero seguir adelante con los estudios —dijo Rory.

—¿Abandonando todos estos deportes de los que eres tan entusiasta? Vamos, vamos. Rory, dime lo que estás callando.

—Pronto cumpliré los veintidós —dijo el joven—. No me veo en las aulas hasta que tenga cerca de los veinticinco. Ya te lo he dicho, papá: quiero empezar a vivir lo antes posible.

—¿Y tú crees que formar parte de mi cuerpo de abogados será «vivir»?

—Si me aceptas y me necesitas, si —y los ojos de Rory evitaron los de Joseph. Joseph frunció el ceño:

—Eres evasivo. Yo nunca tuve tiempo para vivir. No quiero que te suceda lo mismo —y aunque le asombraban sus propias palabras, prosiguió—: Yo sería el último en aconsejarte que desperdicies el tiempo; sé lo valioso que es. Pero también quisiera que a la vez...

—¿Disfrutase de la vida? —y Rory se sintió profundamente conmovido. Aproximó su silla a la de su padre, y ambos sonrieron—. Padre, tú nos has hecho la vida muy cómoda. No creas que somos desagradecidos, Ann Marie, yo, y este oso negro de Kevin. Tienes derecho y te mereces que nos valgamos por nuestros propios medios lo antes posible —y al pensar en su hermana, titubeó.

Joseph indagó rápidamente:

—Bien, ¿de qué se trata? No intentes ocultarme cosas, Rory. Siempre las descubro, ya lo sabes. Lo intentaste en el pasado.

—Se trata de Ann Marie —dijo Rory, y levantándose hundió sus grandes manos en los bolsillos y comenzó a pasear de uno a otro lado del cuarto, con paso a la vez recio y felino.

—Demontres. ¿Qué pasa con Ann Marie? —rezongó Joseph. Quería a sus hijos, y en particular a Rory, pero Ann Marie era su favorita—. Últimamente está lánguida; medité en ello, pero su madre dice que se encuentra bien de salud y son simplemente «lunas» femeninas. ¿Le sucede algo grave?

Rory se detuvo y miró a través de la ventana. Bueno, le había prometido a Courtney sondear y ahora parecía un momento oportuno ya que su padre estaba de buen temple, cosa rara en él. Dijo:

—Ella quiere casarse.

—¿Y qué hay de grave en esto? ¿Lo sabe su madre? ¿Quién es el aspirante? ¿Alguien poco aceptable? —y Joseph se enderezó en la silla.

—Alguien que considero muy digno de ser aceptado —dijo Rory.

—¿Uno de tus pisaverdes de Harvard sin dinero ni familia? Vamos, Rory, desembucha ya.

—Tiene dinero y procede de buena familia, aunque quizá tú no lo creas —y no pudo evitar sonreírse. Volvió la espalda a la ventana—. Es Courtney Hennessey. Mi tío por adopción —y rió brevemente.

Estaba preparado a que su padre arrugase el entrecejo, cavilase, y hasta pusiese inconvenientes, ya que al parecer los hombres no están muy conformes con que sus hijas se casen. Pero no estaba preparado para el impresionante cambio en el rostro de Joseph, y como no pudo interpretarlo, se quedó algo atemorizado. ¿Acaso el viejo consideraba que el hijo de su amante no era digno de Ann Marie? Sin embargo, siempre le había demostrado a Courtney benevolencia y hasta cierto afecto.

Aunque sus ojos resplandecían Joseph dijo con voz muy queda:

—¡Estás fuera de tus cabales! ¿Courtney Hennessey?

Se miraban fijamente, y el rostro de Joseph era un pálido fulgor en la sombra. Miraba a Rory con aire rígido y escandalizado.

«¡Dios!», pensó Rory. «¿Qué le pasa? ¿Qué ocurre con Courtney?». Dijo:

—Papá, ¿qué inconveniente hay en contra de Courtney? Ya sé... ya sé que mamá odia a su madre y a él, pero ignoro la razón, aunque mamá odia prácticamente a todo el mundo. Tú no permitirías que sus objeciones se interpusieran entre Ann Marie y Courtney, ¿verdad? Ann Marie ya no es una niña, padre. Tiene derecho a vivir.

Pero Joseph apenas lo escuchaba. Se disponía a hablar, pero se contuvo. Pensaba en Elizabeth. Se sintió aturdido al pensar que Rory, como era lógico, creía en la propagada historia de que Courtney era el hijo de un difunto héroe militar y no, en realidad, su verdadero tío. Y atribulado, pensó: «En el nombre de Dios, ¿qué puedo decir? ¿Por qué no se dijo la verdad desde un principio? Ann Marie, mi niña... Bernadette. La conozco. Esto sería para ella una estupenda y vengativa broma, el triunfo final sobre Elizabeth». Carraspeó antes de preguntar:

—¿Le han... dicho algo a tu madre?

—No. Todavía no sabe nada. Courtney ha estado presionando a Ann Marie para que se lo diga, pero ella es una verdadera ratita. Bueno, en Harvard a las chicas como ella las llamamos «ratitas». Ya sabes... Amables, gentiles y retraídas, que siempre tratan de evitar lo desagradable, y ya sabemos lo desagradable que puede ser mamá cuando se lo propone.

Joseph se limitaba a mirarlo sin verlo, buscando desesperadamente una salida a aquel dilema, una solución que no fuera vergonzosa para Elizabeth ni cruel para Ann Marie. Pero ¿acaso había otra solución que no fuera decir la verdad?

Entonces Joseph imprecó en voz alta, y Rory que creía conocer todas las

obscenidades existentes en el idioma inglés, aprendió algunas más. Ya había oído a su padre blasfemar pero nunca le oyó emplear palabras tan sucias ni con tanta vehemencia. Rory era muy perspicaz. Advirtió que su padre estaba blasfemando impulsado por una especie de impotencia y pena, y no por la ira.

Finalmente Joseph dejó de lanzar ese torrente de groserías y se percató de la presencia de Rory. Entonces dijo:

—Puedo decirte una sola cosa. Es imposible. Hay un... impedimento. Vete a cualquier clérigo y pregúntale.

—Ya lo hizo Courtney. El clérigo examinó el caso, y al principio dudó, pero después dijo que puesto que ante la ley Courtney no era sino el hijo adoptivo de mi abuelo y el verdadero hijo de un hombre ajeno a la familia... —y Rory se detuvo; el inmovible silencio de su padre le producía una aterradora impresión.

—He dicho —repitió Joseph— que existe un impedimento.

—Pero ¿cuál? Si lo hay, Ann Marie y Courtney deben saberlo. Si alguna disposición religiosa objeta... Bueno, siempre hay otros recursos, y al fin de cuentas, no somos tan extremadamente piadosos, ¿no es así?

Pensaba en Maggie, que lo esperaba en aquellos tres maravillosos cuartos raídos. Joseph se puso en pie. Estaba solamente en los inicios de su cincuentena pero de pronto, a Rory le pareció viejo, casi quebrantado, y esto alarmó al joven más que nunca. Un Joseph encolerizado podía ser muy temido, pero podía ser afrontado, tal como había comprobado y hasta llegaba a ser razonable cuando disminuía su ofuscación. Por lo menos, a veces. Pero aquel hombre no estaba furioso, sino anonadado, casi suplicante.

—Debieron decírmelo antes —especificó, y Rory se dio cuenta de que estaba pensando en voz alta—. Hubiera podido atajarlo en sus comienzos —miró a Rory con una expresión que Rory no conocía—. Créeme, Rory, existe verdaderamente un impedimento. No puedo revelártelo, pero existe. Debes decírselo a Courtney...

—¿Qué? ¿Qué puedo decirles a Courtney... y Ann Marie?

Como Joseph no contestó, Rory prosiguió:

—Le prometí a Courtney que trataría de descubrir... si había algo. Pero no puedo ir a verle y decirle vaguedades sin sentido. Necesito hechos... algo...

Joseph seguía sin hablar. Entonces la mente de Rory empezó a elucubrar. ¿Cuánto hacía que su padre «conocía» a «tía». Elizabeth? ¿Desde cuándo existía la relación entre ellos? ¿Desde antes de casarse con Bernadette? No. Se habría casado con Elizabeth. Afortunadamente Courtney no era su hermano. Pero ¿cuál podía ser entonces el impedimento? Los pensamientos de Rory llegaron a un tenebroso punto y Joseph vio que los ojos de su hijo se dilataban por la sorpresa y el disgusto. Se limitó a asentir. Entonces Rory indagó quedamente.

—Dios... O sea que era esto. Todos estos años de engaño, ¿por qué?

—Trata de razonar —dijo Joseph—. Eran demasiadas las personas que podían salir perjudicadas. La señora Hennessey, el propio Courtney, la posición... de tu

abuelo. Pero tu madre y yo siempre lo supimos. Antes de que tú nacieras, las mujeres no quedaban automáticamente absueltas ni siquiera después de casarse con el hombre que... Actualmente quizá sea distinto, pero entonces no era así. La señora Hennessey no era ni mucho menos una aventurera pero habría sido considerada como tal, con o sin boda ulterior. Fue seducida y engañada por un truhán carente de todo escrúpulo, maldita sea su alma.

Rory se aproximó a su padre. Sentía un extrañísimo deseo de consolar a Joseph, pero no sabía cómo. Además y con certeza, eran Courtney y Ann Marie los irremediabilmente perjudicados y no Joseph.

—¿Qué diablos voy a decirle a Courtney? —dijo Rory con tono alterado. Añadió —: Necesito un trago.

Se dirigió a un armario y extrajo una botella de *whisky* que llevaba la etiqueta de Empresas Armagh, y desenroscó el corcho con desesperada violencia, como si estuviera retorciendo el cuello de alguien. Sabía que Joseph no aprobaba que «los jóvenes estudiantes» tuvieran alcohol en sus habitaciones, y hasta entonces Rory había sido discreto. Pero ahora miró a Joseph por encima del hombro y dijo:

—Creo que también tú necesitas un trago, papá.

—No falla —dijo Joseph volviendo a emplear su casi olvidado dialecto nativo—. Opino que necesito varios.

Y se desplomó en su silla. Rory colocó en su mano una copa finamente tallada y permaneció en pie ante su padre. Ambos bebieron ansiosamente, como si estuvieran muriéndose de sed. Rory miró fijamente el fondo de su copa. Después dijo:

—Hubo famosos faraones en la antigüedad... Se casaban con sus hermanas. Y así lo hicieron durante siglos, dinastía tras dinastía. No sólo era aceptado, sino que constituía la costumbre legal. Courtney... en definitiva es tan sólo tío a medias —y Rory emitió una breve y desalentada risa—. No es necesario que sepa nada. Tampoco Ann Marie. No hay enfermedades hereditarias en la familia, que yo sepa. Papá, la idea no me parece en absoluto repulsiva. Nadie lo sabría nunca.

—Te has olvidado de tu madre —rebatía Joseph—. Ella lo sabe. Incluso a mí me ha negado su parentesco de sangre con Courtney, sólo porque odia a Elizabeth y si pudiera la haría pasar por una aventurera. Pero sabe sobradamente la verdad. Y se lo diría inmediatamente a Ann Marie, con placer, para herir a Elizabeth. Y a Courtney. Y a mí.

—Yo no creo que tú... —comenzó a decir Rory y se sonrojó sinceramente, lo cual divirtió a Joseph. Pero pensó en el día en que había golpeado a Rory, pocos años antes.

Entonces, súbitamente comprendió que Rory no había querido «avergonzarlo» dejándole saber que conocía su relación con Elizabeth, y que también otros lo sabían. Dio una torpe palmada en el hombro de su hijo, pero retiró la mano rápidamente, porque tales demostraciones de afecto le embarazaban.

—Cómo llegó a enterarse, lo ignoro —dijo Joseph—. Pero lo sabe. Lo leo en su

cara cuando habla de Elizabeth. La mataría si se atreviese. Esto no me interesa. Tu madre sabe perfectamente que si me casé con ella no fue por dinero ni por seducción sino por un motivo que prefiero guardar para mí. Sucedió hace ya mucho tiempo. Soy totalmente indiferente a los deseos de tu madre, y siempre lo fui. Nunca la engañé acerca de mis sentimientos, o sea que no soy culpable de nada salvo haberme casado con ella. Quizás no debí hacerlo. Pero lo hice. No lo lamento ahora. Tengo mis hijos.

Rory iba a hablar, pero guardó silencio al ver que su padre estaba exponiendo meramente hechos, sin sentimentalismos. Joseph continuó:

—Fue para proteger a Elizabeth, y no a tu madre, que tomé todas las precauciones que pude. Quizá debiera sentir lástima por tu madre y a veces creo que la tengo, pero esto también carece de importancia. Lo importante es el impedimento que se interpone en el camino de Courtney y Ann Marie. No es sólo un impedimento, sino que es gravemente ilegal, y está penado judicialmente, ¡y ten por seguro que tu madre ya se ocuparía de que así fuera...! Tú y tus faraones. Compruebo que eres un abogado nato.

Pero Rory no sonrió. Volvió a llenar las copas y bebieron. Hasta la pequeña Marjorie quedaba momentáneamente olvidada en aquel apuro.

—¿Qué le diré a Courtney? —preguntó Rory.

—Supongamos que su madre pudiera ser convencida para que le dijese la verdad... Aunque preferiría que él no se la dijera a Ann Marie.

—Odiaría entonces a su madre, y a su padre. ¡Su padre! ¡Mi abuelo! Es como para maldecir las jugarretas del destino.

—No creo que llegue a odiar a su madre. Quizá ella pueda explicárselo de modo que él logre ser comprensivo. Pero, por lo que más quieras, no se lo digas tú. Cuantas menos personas crea él que saben esto, tanto mejor se acomodará a su situación.

—Courtney ya le habló de Ann Marie y le dijo que quería casarse con ella —dijo Rory. Joseph se estremeció—. Y tía Elizabeth, me dijo él, se puso enormemente agitada y casi indisputada y le dijo que era «imposible». No quiso hablar más de ello con él.

«O sea que esto es lo que ha estado afectando la salud de Elizabeth» —pensó Joseph.

—Le sugeriré a Elizabeth que le diga a Courtney la verdad —dijo Joseph—. Sugierele que la visite dentro de pocos días. Me he enterado que él se queda este verano contigo en el curso de leyes. Creo que nunca llegará a ser un abogado extraordinario, pero supongo que no podéis estar separados.

Por primera vez Rory mostró cierta amargura. Dijo:

—Creo que existe algo más que mera «amistad» entre Courtney y yo. Es de mi misma sangre. Bueno, ahora nada puede cambiarse. Es un terrible lío. —Súbitamente recordó a Marjorie—: Tengo que escribirle una nota a alguien, y enviarla, si me disculpas. Estoy faltando a una cita. Pero quiero estar contigo un rato más, papá. Vayamos a cenar juntos.

Joseph había invitado a su hijo a cenar varias veces pero algunas veces Rory no había demostrado entusiasmo y nunca había invitado a su padre. Joseph miró a su hijo, y simultáneamente ambos extendieron sus manos para intercambiar un recio apretón.

—Iremos también a oír a tu tío Sean en su último recital de la temporada —dijo Joseph—. No lo he visto desde que regresó de Europa hace dos meses. ¿Por qué no se casará?

Si Joseph ignoraba la razón, Rory, en cambio, la conocía. Fue a escribir unas líneas a Marjorie. Se sentía muy apesadumbrado.

XXXVIII

Courtney Hennessey llegó a su hogar de Green Hills a la mañana temprano, después que su madre le hubiera escrito brevemente que tenía «algo de grave importancia que has de saber, querido». No era habitual que su madre fuera tan reticente con él, como si temiese que alguien pudiera leerlo o no tuviera el valor de escribir lo que tenía que decir. Siempre había existido plena confianza entre madre e hijo. Por eso cuando Courtney se apeó del tren a las seis y media de una tibia mañana de julio en la estación de Winfield y se dirigió hacia el carruaje de la familia, estaba más alterado de lo que su tranquila expresión aparentaba. Pensó que no podía ser un problema de dinero. Su madre era rica, y tío Joseph manejaba sus asuntos. (Courtney, a diferencia del inquisitivo e intuitivo Rory, no tenía la menor idea de la relación entre su madre y Joseph). Podía tratarse de su salud, y el temor de Courtney se agudizó al recordar su apariencia algo frágil y los repentinos silencios durante sus últimas vacaciones de primavera.

El cochero ayudó a Courtney a colocar su equipaje; el joven se sentó en el carruaje abierto y fue transportado desde la estación a Green Hills. Le gustaba la campiña, las carreteras tranquilas, el denso verdor de las arboledas, el paso sobre arqueados puentes y el reflejo del agua verdosa reproduciendo las sombras de la vegetación. Le gustaba vislumbrar granjas, las blancas cercas, los rojos establos, el ganado yendo a los pastizales, el humo elevándose de las chimeneas y el cloqueo de las aves de corral. Le gustaban los surcos removidos bajo la luz del sol, el aroma de la tierra, los setos, las hileras de verdes hortalizas, los erguidos trigales y, sobre todo, oír el blando silencio enriquecido por los sonidos apacibles que a veces lo poblaban. Conocía ciudades encantadoras como el antiguo Boston, las legendarias Roma, Atenas, Londres y París. Pero en todas notaba una carencia: había en ellas una esterilidad, una extraña ausencia, pese a los parques, arroyos y ríos que pudieran poblarlas. Eran solamente en el campo, en cualquier campo, donde un hombre encontraba su verdadera identidad y sentía que formaba parte de algo.

Mientras la brisa y el sol acariciaban su cara pensó en Ann Marie y sonrió. La existencia de la pequeña Ann Marie era como un amuleto de suerte. Ahora, la única sombra era la posibilidad de que su madre estuviera gravemente enferma. Le preguntó al cochero:

—¿Cómo está la señora Hennessey, Sam?

—Bien, señor, parecía estar bastante bien hasta aproximadamente hace una semana, aunque ahora parece un poco inquieta, señor. Como si estuviera ausente.

Pronto penetraron en la tranquila alameda que conducía a la casa que fue de los Armagh, pero que ahora pertenecía a Elizabeth Hennessey. Courtney tenía apenas vagos recuerdos de haber vivido en aquel «titánico mausoleo blanco», como llamaba a la casa donde vivía Ann Marie, donde casi todo era desagradable debido a

Bernadette, la hija de su padre adoptivo. Nunca le había gustado, pero nunca pudo comprender la constante animosidad que ella les demostraba a él y a su madre, como si le molestara verlos. Últimamente la veía rara vez, y en tales ocasiones ella no ocultaba su hostilidad, su odio (porque a él no le cabía duda que aquella constante expresión al verle, era odio).

Era posible que le diera un ataque cuando supiera lo referente a él y Ann Marie, pensó con deleite, aunque con leve aprensión por la muchacha a la que amaba. Ann Marie era mayor de edad y podía casarse con quien ella deseara; el tío Joseph le tenía aprecio y le había demostrado amable deferencia cuando visitaba a Rory en Boston. Indudablemente también a él le gustaría vejar a Bernadette, pensó Courtney de su cuñado al que llamaba «tío» por respeto a su mucha mayor edad. Sabía que Rory amaba a su padre más que a nadie, salvo a su Maggie, pero que también le tenía un hondo temor, lo mismo que Ann Marie y Kevin. Courtney frunció el ceño ansiosamente pensando en Ann Marie, su timidez, sus instintivos retraimientos ante un semblante duro o una palabra áspera, su deseo de aplacar y restaurar la armonía. Si, su madre muy pronto dejaría de ser amable con ella... ¡cómo si alguna vez lo hubiera sido!, pensó Courtney y por vez primera su indiferencia hacia Bernadette, su hermana adoptiva, se volvió aversión activa.

Eran apenas las siete de la mañana; al apearse del carruaje y alzar la vista hacia las ventanas de las habitaciones de su madre, vio que los visillos y cortinas ya habían sido recorridos. Habitualmente, su madre desayunaba después de las ocho y media, o más tarde, en la cama. El hecho de que estuviera obviamente despierta y levantada a esta hora de la mañana acrecentó su inquietud. Entró rápidamente en la casa, y la doncella le anunció que su madre lo estaba esperando en la sala de desayuno. Por lo menos, pensó, su madre estaba lo suficientemente bien para levantarse y bajar al pequeño comedor. Por consiguiente, el problema debía ser ajeno a cuestiones de salud.

El cuarto de desayuno, de forma octogonal, daba sensación de serenidad, con sus pálidos amarillos y verdes; la mesa ya estaba dispuesta y la seda dorada de las cortinas se movía al impulso de la suave brisa. Su madre estaba sentada en su sitio, exquisitamente bella como siempre, con su vestido verde mañanero, su cabello caía por la espalda y estaba sujeto en la nuca por un lazo verde. «Parece una muchacha», pensó Courtney, animado, al inclinarse para besarla. Ella le palmoteo la mejilla, y al ver sus manos, dijo:

—Oh, estás lleno de carbonilla, querido. Vete a lavar y te esperaré tomando un poco de café.

—Estaba preocupado por ti, y por eso no me detuve a asearme.

Ahora, por primera vez, vio las sombras violáceas bajo sus ojos, su palidez pronunciada, las prietas líneas pequeñas en torno a su boca. Ella apartó la vista.

—Estoy muy bien, Courtney. Regresa pronto.

Courtney se apresuró a subir a sus habitaciones; se lavó, se peinó, se cambió de

traje y volvió a bajar aceleradamente. Al llegar al pie de la escalera, le acometió una desagradable premonición. Se detuvo, colocando la mano en el poste terminal de la baranda. Recordó que Ann Marie iba a «hablar pronto» con su madre. Le había hecho prometer en su última carta —que anunciaba su llegada a Green Hills— que ella no «hablaría» hasta que él estuviera cerca de ella para darle ánimos.

También le había pedido en su carta que viniera a reunirse con él a lomos de caballo «en nuestro sitio acostumbrado». Esto sería dentro de tres horas. Regresó al saloncito. Su madre estaba sentada y parecía inconsciente; tenía en la mano una taza de café sin probar y la mirada clavada en la mesa. Con la claridad de un nuevo miedo Courtney pudo ver cada detalle en su madre, sus orgullosos hombros encorvados como si estuviera muy cansada y hubiese pasado muchas noches insomne. Cuando se sentó, su madre se sobresaltó porque no le había oído entrar.

—Sean cuales fueren —dijo ella— las noticias pueden esperar a que hayas desayunado —y señaló las humeantes fuentes de plata.

—Depende —dijo Courtney—. Si son buenas noticias, no. Si son malas, sí —y la observaba detenidamente bajo sus pestañas amarillas.

—No sé —dijo Elizabeth con voz apagada— si las noticias son «malas» o no. Puede que lo sean... para ti, querido. Pero eres joven, y los jóvenes se recuperan pronto.

Le sirvió los huevos escalfados, las tostadas y el café, y vio cuán translúcidas eran sus finas manos. Courtney consumió un abundante desayuno y le pidió que comiese algo. Ella lo intentó, pero apenas probó el primer bocado, desistió. No cesaba de mirar a su hijo. Temía hablarle y por fin dijo:

—Te echo mucho de menos este verano desde que decidiste adelantar tus estudios con Rory.

—No puedo dejarlo solo en Boston —dijo Courtney—. Dios sabe en qué líos se metería sin mi supervisión. Las chicas están locas por él, y Boston está lleno de chicas solteras, ansiosas de casarse.

—Rory puede parecer impulsivo —dijo Elizabeth—, pero en realidad no lo es. Es un joven muy calculador. No lo digo en un sentido desfavorable porque le tengo mucho cariño y me divierte. Lo que pretendo decir es que todo lo que hace lo ha meditado por anticipado. Estudia todas las ventajas, todos los riesgos, antes de hacer un movimiento. Esto es lo que hace creer a la gente que es impetuoso... Creen que cuanto hace o dice es espontáneo, pero no es así.

Courtney pensaba en Marjorie Chisholm. Últimamente hablaba poco de ella con Rory y sólo lo hacía casualmente:

—¿Quién? Ah, sí, Maggie. Creo que la veré esta tarde, si puedo resolver antes este problema jurídico que es un rollo. Sí, gracias, ella está muy bien.

Esto era todo. Courtney sabía mucho acerca de Rory, pero también era mucho lo que ignoraba. Se preguntaba si Rory no estaría perdiendo interés en Marjorie, y abandonando el proyecto casarse con ella legalmente. Desaparecía unas horas dos o

tres veces por semana, y nunca decía dónde había estado; Courtney sospechaba que otra muchacha acaparaba su interés. Pobre Marjorie Chisholm...

Courtney bebió una tacita de café. Su corazón había comenzado a redoblar rápidamente. Dejó la taza y dijo resueltamente:

—Madre, hace tiempo te hablé de Ann Marie, pero te pusiste muy agitada y repetiste varias veces que era «imposible», así que desistí temporalmente de volver a abordar el tema. Después de todo, seguía el curso de mis estudios. Y temí que pudieras enfermarte porque te vi muy alterada. Madre, ¿qué tienes en contra de Ann Marie?

Las manos de Elizabeth se crisparon y sus verdes ojos miraron a su hijo con valor.

—Courtney, tengo una razón... para oponerme. Te dije que era un motivo de la máxima importancia. Querido mío, eres mi único hijo. No quisiera que cometieras un error. Hay mala sangre en los Hennessey.

—Te casaste con uno —dijo Courtney—. No era tan malo. De hecho, era una especie de viejo tunantón, pero me trató como a un hijo. No pudo ser mejor como padre y yo sólo era adoptado. Creo que se cuidaba más de mí que de su verdadera hija, Bernadette. Una vez me dijiste que habías conocido al senador en Washington mucho tiempo antes de casarte con él, pero si tenías esta opinión de los Hennessey, ¿por qué te casaste con él?

—Le amaba —dijo Elizabeth, inclinando la cabeza—. Ahora sé que todo era una mentira. Courtney, él fue verdaderamente bueno y cariñoso contigo, más que muchos... padres legítimos. Pero debo decirte que era un mal hombre. Es una historia demasiado larga de contar. Bernadette no es mejor de lo que fue su padre. Es una mujer malvada en muchos aspectos. Sí, los Hennessey tienen mala sangre. No quiero siquiera que pienses en... —y fue ella la que pensó, atajándose: «Oh, Dios mío, por piedad, ¿no bastará con lo dicho?».

Tras una breve pausa, dijo Courtney:

—En resumen, me estás dando a entender que te resultaría demasiado difícil de soportar que yo me casase con Ann Marie.

—Sí. Está además el impedimento —susurró ella.

—Madre, no existe consanguinidad —dijo él, esforzándose en ser paciente— y esto lo sabes. He discutido el asunto con clérigos. Uno tuvo sus dudas. El otro estaba seguro de que todo era perfectamente legal. Bernadette y yo no tenemos vínculo de sangre. Yo no soy realmente el «tío de Ann Marie». Soy el hijo de Everett Wickersham; le agradezco al senador que me adoptara y me diera su apellido, pero desearía con toda mi alma que hubieses dejado que yo conservase mi verdadero apellido.

Elizabeth apretó sus blancos y delgados párpados, con infinita pena.

—Aun cuando exista un impedimento técnico, y la Iglesia se oponga, me casaré con Ann Marie —dijo Courtney con firmeza.

—Pero ¿aceptaría Ann Marie? —preguntó su madre, abriendo de nuevo sus

exhaustos ojos.

—Lo he discutido con ella. Madre, estamos enamorados. Queremos casarnos y nada nos los impedirá. No me importa si sus padres la echan, aunque no creo que tío Joseph lo haga. Aunque así sea, no importa. También tú puedes echarme de tu casa, si así lo quieres. Tengo dinero propio que el senador fue lo bastante bondadoso para dejarme en legado. Y voy a casarme con esta muchacha tan pronto como sea posible aunque se caiga el cielo.

—¿Has pensado en el lado legal? —preguntó Elizabeth, sabiendo que era inútil, y que no había forma de escapar a la revelación.

—¡Naturalmente, madre! Estoy estudiando leyes y me enseñan abogados; les pregunté acerca de ello y opinan que la sola pregunta es absurda.

Elizabeth logró ponerse en pie, no sin esfuerzo, y se desplazó débilmente hacia una de las ventanas. Mirando hacia afuera dijo:

—No puedes casarte con Ann Marie, Courtney. No puedo soportar... el solo pensamiento...

—Yo creía que le tenías cariño a ella —dijo Courtney amargamente.

—Y se lo tengo —dijo Elizabeth. Tuvo que apoyarse en la ventana porque sintió que iba a caerse—. Pero está su madre... los Hennessey.

—También tiene otra sangre. Una vez me dijiste que su abuela era una gran señora, una magnífica persona, aunque la viste una sola vez.

Elizabeth recordó aquel desastroso día, veintitrés años antes.

—Así era Katherine. Una mujer muy perjudicada y destruida por su marido. Pero la sangre de los Hennessey ha salido a relucir en Bernadette, y está también en sus hijos. Rory tiene mucho de ella. ¿Te agradaría tener una hija como Bernadette, Courtney?

—No. Pero también está el lado Wickersham, ¿lo olvidaste? Y tu lado, madre. Creo que superamos en mucho la «sangre Hennessey».

Su madre permaneció en silencio. Todavía no se había vuelto hacia él y seguía aferrada a la ventana. Luego dijo:

—Joseph Armagh no lo permitiría. Lo sé.

Se levantó Courtney:

—Estás equivocada, madre. Rory y yo hemos discutido todo esto. Sabe que su padre me tiene cierto afecto. Cree que no habrá objeción por esta parte. Y aunque la hubiera, no importa. Madre, me iré pronto para reunirme con Ann Marie; iremos a ver a su madre para explicarle lo nuestro.

Elizabeth giró tan rápidamente que se tambaleó y tuvo que agarrarse de una cortina para sostenerse: sus facciones y sus ojos estaban tan rebosantes de horror y miedo que Courtney se sobresaltó. Ella gritó:

—¡Debes impedirselo! ¡No debe decírselo! ¡Conozco a Bernadette! ¡Sé lo que le diría a esta pobre muchacha, y saberlo la mataría! —apretó las manos contra su pecho, como alguien que implora por su propia vida—. Courtney, en el nombre de

Dios, dile simplemente a Ann Marie que por varias razones... no puedes casarte con ella. Díselo lo más gentilmente posible, y después déjala y no vuelvas a verla nunca más. Ambos sois jóvenes. Pronto olvidaréis —y en sus dilatados ojos se agolpaban lágrimas de intenso sufrimiento.

Courtney la miraba en silencio, y ahora el presagio terrible le acometió de nuevo, confundiéndolo y torturándolo. Pero también vio la frenética desesperación de su madre, su abrumador padecimiento, su temor.

—¿Esto es lo que querías decirme, madre, que no podía casarme con Ann Marie? ¿Es por esto que me hiciste venir?

Ella asintió, incapaz de hablar, pero sus ojos imploraban, le suplicaban que estuviera de acuerdo, que no preguntase nada más. Finalmente pudo decir con voz quebrantada:

—Yo... sabía... que tú no habías renunciado, que seguías decidido a casarte con esta niña. Por eso te pedí que vinieses. Sabía que todo esto debía ser atajado inmediatamente...

—Dame una razón sólida y sensata por la que no deba casarme con ella, y se lo diré. Es todo cuanto pido, madre. Una razón sensata y no una emocional o supersticiosa. Si yo la considero sólida, entonces te prometo que le concederé plena atención y quizá actúe de acuerdo, pero si no es sólida y sensata, entonces... —y abrió las manos en gesto elocuente.

—Créeme, querido Courtney, es firmemente sólida.

—Entonces ¡dímela! —gritó, dominado por la impaciencia—. ¡No soy un niño! ¡Soy un hombre!

—No puedo decírtelo —murmuró ella y sus labios se crisparon en mueca dolorida—. Si pudiera, lo haría. Pero debes creerme.

Él negó con la cabeza, con similar desesperación.

—Madre, no tiene sentido seguir así. No existe una razón «sólida». La única sería que yo fuera realmente el tío de Ann Marie.

Elizabeth tanteó ciegamente en busca de su silla y se desplomó en ella. Se apoyó en la mesa y se cubrió el rostro con las manos. Courtney se sintió repentinamente paralizado; tenía la garganta reseca y ardiente y apenas podía respirar. Intentó mover la cabeza, desprenderse del ahogo, de la náusea en su estómago, de aquel ardor que quemaba sus fibras. No podía dejar de mirar a su madre. Oía su llanto. Le pareció el más desolado sonido que jamás oyera, y no obstante, sentíase inundado por un enloquecimiento de ira y tormento.

Fuera unos jardineros estaban segando el césped y la brisa traía la fragancia de la hierba recién cortada; un muchacho silbaba alegremente y los árboles susurraban una melodía. Pero dentro de la habitación el silencio era mortífero, como el silencio que sigue a un asesinato, un horrible silencio reprimido que era reforzado por la luz y aromas más allá de las ventanas.

—Debiste decírmelo hace mucho tiempo —murmuró él, luchando con la atrocidad—.

náusea estomacal—. No debiste dejar pasar tanto tiempo. Debiste habérmelo dicho, antes de que llegásemos a este punto.

Ella gimió, cubriéndose el rostro:

—¿Cómo iba yo a saber que llegaría a este punto? Yo tenía la esperanza de que olvidases, después de lo que te dije la primera vez.

—¿Por consiguiente el senador era realmente mi padre?

—Sí —y apenas pudo oírla.

—¿Y nació antes que él se casase contigo?

Ella sólo pudo inclinar más la cabeza. Ahora la odiaba aunque también la compadecía y quería más que nunca. Quería recriminarla y a la vez consolarla. Se atragantó un poco y tosió, y una negra desolación recorrió su rostro, sus labios y sus ojos como agua con sabor a muerte, ahogándole.

—¿Y Bernadette es realmente mi hermana? ¡Dios, que broma más atroz! ¡Odiosa Bernadette! Madre, ¿lo sabe también ella?

—Sí. Lo sabe —murmuró Elizabeth.

—¿Quién más?

—Joseph Armagh.

—¿Son los únicos?

Volvió a asentir con el rostro todavía cubierto. Pudo hablar un poco más claramente, aunque su voz seguía sofocada y tenue:

—A Bernadette le dijeron... lo que todos los demás creen... pero desde un principio supo con toda certeza que tú eras el hijo de su padre. Lo ha rechazado constantemente, intentando humillarme. Pero ella conoce la verdad. Y le gustaría poder lanzársela al rostro a Ann Marie, esta pobre niña, para herirla a ella y a nosotros.

—Debiste decírmelo hace años.

Elizabeth dejó caer las manos y él vio las huellas rojas en su blanco y húmedo semblante y su creciente agonía. Dijo ella:

—¿Por qué? ¿Para marcarte, para hacerle sentir avergonzado desde niño? ¿Para que despreciaras a tu madre? ¿De qué hubiera servido tal revelación? Si no hubieses querido casarte con Ann Marie nunca lo habrías sabido, Courtney. ¿Puedes decirme una sola razón por la cual debí decírtelo «hace años»?

—No —reconoció él tras unos instantes—, no existía razón alguna para que me lo dijeras, hasta ahora —y miró su reloj—. Debo irme pronto para reunirme con Ann Marie. De cualquier modo, debo decirle... algo. No puedo decirle la verdad —parecía tan quebrantado y exhausto como su madre.

—Debes decirle a Ann Marie que no hable con su madre... ¡sobre nada de todo esto! Por el propio bien y salvación de Ann Marie. ¡Conozco a Bernadette!

—Sí —admitió él. Se disponía a irse, pero la compasión le acometió, y se acercó a su madre inclinándose para besar su mojada mejilla. Abrazándolo apretadamente, ella gimió:

—Ojalá nunca hubiese yo nacido. Ojalá estuviese muerta. No me hubiera importado morir para evitarte todo esto, hijo mío.

Ann Marie se sintió muy feliz al recibir la carta de Courtney anunciándole que vendría y hablaría antes con su madre, pero que la acompañaría cuando ella «hablase» con la suya. Le decía también que antes de dicha entrevista, se encontraría con ella en los bosques y «efectuaremos nuestra habitual cabalgata» a través del campo. La «habitual cabalgata» consistía en recorrer un camino de herradura aproximadamente a un kilómetro de Willoughby Road, apartado de toda rama baja y colgante, y remontando y bajando una pequeña colina. La hora de la cita sería a las diez y media de la mañana.

Bernadette solamente sabía que cuando Courtney estaba en su casa, su hija se encontraba con él para dar un paseo a caballo. Esto comenzó cuando la muchacha tenía solamente ocho años y Courtney nueve, y aún proseguía. Courtney tenía numerosos amigos de la «familia» en Green Hills, y estos amigos le habían sido presentados por elemental cortesía social a Ann Marie. Así, la excesivamente tímida muchacha tuvo una cantidad de aspirantes que se sentían atraídos por sus gentiles modales, su repentina y dulce sonrisa que producía cierta fascinación, sus hermosos ojos cobrizos con sus cambiantes brillos y hasta por la desgarbada puerilidad de su delgado cuerpo carente de curvas que le daba un aire de temprana pubertad. Bernadette podía burlarse de su apariencia «amuchachada» y lamentar el hecho de que Ann Marie «no tenía estilo» aludiendo a que no vestía a la moda. Pero los jóvenes la encontraban muy encantadora por cuanto emanaba de ella una constante puerilidad y delicada virginidad. El claro cabello castaño de Ann Marie rehusaba curvarse en rizos pese a tenacillas y *bigudíes*. Tenía un modo de desprenderse de horquillas y prendedores y caer en cascada sobre sus hombros como un velo de ámbar, lo cual también fascinaba a los jóvenes.

Tuvo muchas proposiciones, pero las rechazó todas, y cuando Bernadette la hostigaba no contestaba nada. Sabía que le era antipática a su madre y no sentía ningún cariño por Bernadette, pero la respetaba y le temía. Bernadette la había abofeteado pocas veces en su vida, cuando era mucho más joven, pero si solamente hubiera empleado la crueldad de su lengua como arma contra su hija, habría bastado para inspirarle a la muchacha un enorme pánico.

—Pero ¿por qué? —preguntaba repetidamente Courtney—. ¿Qué daño puede hacerte tu madre?

—No lo sé —contestaba Ann Marie afligida, entrelazando las crispadas manos—. Es como si hubiera en ella algo oculto que pudiera estallar y destruir si fuera incitada en exceso por algún motivo, y tengo miedo.

Courtney consideraba que esto era una aprensión ridícula. Pero como conocía a Bernadette, y no quería que hiriese a la extremadamente vulnerable Ann Marie, le

escribió diciéndole que debía esperar a que él viniera para ir juntos a anunciarle su propósito de casarse.

El día convenido Ann Marie despertó muy temprano. La estación estaba a más de cinco kilómetros, pero ella estaba segura de que podría oír el alarido del tren que traería a Courtney a Winfield. Se sentó en la cama y se abrazó el cuerpo con sus delgados y juveniles brazos, sonriendo con anticipada dicha. Después echó a un lado las sábanas de seda y fue hasta la ventana que daba frente a la casa en que vivía Courtney. Se sentó junto a ella, observó y esperó. Se estremecía con delicia y verdadero éxtasis de amor, y al mismo tiempo sentía miedo de tener que enfrentarse más tarde a su madre. Después de todo, como decía Courtney, ¿qué daño podía hacer mamá? Pero de pronto sintió frío y tembló.

«Soy un ratón, una ratita», pensó con pesar. «Así es como me llaman los muchachos; me lo dijo Rory, no con mala intención, sino porque quiere que yo sea menos arisca. Pero nadie sabe que nunca quise ni amé a ningún muchacho salvo a Courtney, desde que éramos niños». Con Courtney se sentiría a salvo para siempre; no temería a la gente, no sería arisca ni tímida, y olvidaría la secreta malignidad y la solapada crueldad que alentaba en la mayoría de las personas, excepto, lógicamente, en Courtney. Y quizá tía Elizabeth. Adoraba a su gemelo Rory, pero era demasiado complejo para su comprensión, demasiado caprichoso y mudable de carácter. Lo admiraba porque no temía a nadie, excepto a papá, pero esto era algo que tampoco podía comprender. Ella había encontrado en él al más considerado y amante de los padres, por lo menos desde hacía mucho tiempo. Era posible, aunque Ann Marie no lo supiera, que ella fuese la única en el mundo que no le temiese ni actuase cautelosamente con él. Hasta Kevin, el «negro irlandés» —como le llamaba Joseph—, se mostraba inquieto ante él pese a su morena, sombría y obstinada apariencia y su evidente fuerza, su rostro cuadrado y voluntarioso —que retaba a todo el mundo en forma correcta y taciturna—, sus firmes maneras tranquilas y su sencillez pétrea. Ann Marie había descubierto que Kevin ignoraba a Bernadette y sus frecuentes estallidos de malhumor no le molestaban en absoluto y parecía ni darse cuenta. En consecuencia, Bernadette no lo podía intimidar; sólo podía acalorarse y echar humo en vano.

Ann Marie estaba contenta porque Kevin —que tenía diecisiete años— vendría a casa, y estaría en ella hasta dentro de una semana. Después iría a Long Island a reunirse con sus «amigos lancheros», como los llamaba papá con desdén. Kevin era poco demostrativo y nada temeroso; vivía ensimismado y parecía más fuerte que su espléndido hermano Rory; quería a su hermana y ella le correspondía con creces. Por vez primera Ann Marie pensó en Kevin como en un aliado, después que ella y Courtney hubieran enfrentado a su madre con la noticia de su noviazgo. Hasta podían pedirle que estuviera presente, dominando como una oscura pero invencible presencia.

Después se sintió avergonzada. No era extraño que Rory se burlara cariñosamente

de ella y Courtney sonriese a veces con afectuosa sorpresa ante su timidez, ni que Kevin encogiera los hombros como si ella resultase divertida. Todos sabían que ella era una ratita cobarde que huía de los demás, se sonrojaba si un desconocido le hablaba, que temblaba interiormente ante sombras y siempre se ocultaba. Era una mujer y se portaba como una niña. No tenía firmeza ni nada de la fuerza serena de la querida tía Elizabeth. ¿Por qué estaba siempre tan asustada, siempre huyendo? Nadie la había herido en sus veintiún años. Las monjas de su colegio habían sido buenas y gentiles con ella. Sus hermanos y su padre la amaban y protegían. Era cierto que su madre, que tenía duros y a veces alarmantes arrebatos, sabía cómo herir, y se sentía excitadamente feliz cuando encontraba un blanco para sus malicias. Pero mamá era la única hostil, y como dijo Courtney, mamá después de todo no era más que una mujer.

Ann Marie miró el reloj de su coqueta. Eran casi las siete de la mañana de aquel brillante día de julio. Miró ansiosamente a través de la ventana. El carruaje de los Hennessey remontaba el camino hasta la casa y ahí estaba Courtney, apeándose. El corazón de la joven latió con alegría y éxtasis al ver a su amado. Apenas podía dominar su embeleso. Hubiera querido salir corriendo de la casa tal como estaba, en camisón, y abalanzarse hacia Courtney, rodearle el cuello con los brazos y besarlo y dejar que él la sostuviese apretadamente contra él, como ya había hecho antes. Cerró los ojos, encendiéndose con anhelante pasión abismal. Cuando los abrió. Courtney ya no estaba visible y el carruaje se dirigía a las caballerizas.

Ella era tan sólo una ratita y no se merecía a Courtney. Debía tener valor. Si seguía huyendo de la gente, sería una calamidad para Courtney en su vida profesional, y sus reuniones sociales. Se mortificaría y llegaría a despreciarla. Él le había dicho que no era difícil ser valerosa, y que debía atreverse a realizar alguna acción positiva o de lo contrario sufriría toda su vida por su falta de energía. Hoy no esperaría a que Courtney estuviera a su lado y hablaría con mamá. Hoy comenzaría a perder su cobardía. Cuando se encontrase con Courtney en el sitio convenido, le contaría con sublime serenidad que ya se lo había dicho a su madre, y él estaría orgulloso de ella. «Lo único que cuenta es Courtney», pensó. «Nada podrá separarnos, excepto la muerte. Nos amamos. Seré digna de su amor».

A las nueve, su madre tomaba un copioso desayuno en la cama. Nadie se permitía ser intruso en aquellos momentos, excepto papá, que rara vez iba a verla. Ann Marie, con su nueva resolución, decidió ser intrusa. No importaba que su corazón palpitase furiosamente y que su resuello se hiciese penoso. No importaba. Debía comenzar a ser valiente.

Se bañó, cepilló su largo cabello cuidadosamente, lo trenzó y le sujetó severamente a la nuca con un lazo y luego se puso su traje marrón de amazona y las botas. Bajó al ornamentado comedor, para el desayuno. Grandes ventanales se abrían sobre los largos prados y los cálidos jardines escarlata, rosa y amarillo. Para Ann Marie todo era radiante, todo brillaba con fulgor de vacaciones y dicha. Qué bonito era el mundo, estático, elocuente y pleno de amor y delicia. Qué maravilloso era ser

joven y estremecerse de goce anticipado y consciente del propio cuerpo, aun con el simple roce del puño contra una delgada muñeca. ¿Cómo podía haber tristeza o disonancia en este mundo?

La doncella le informó que Kevin ya había desayunado y había salido a pasear a caballo. Ann Marie, que había pensado en un principio tener consigo a Kevin cuando fuera a hablar con su madre, quedó decepcionada al principio, pero después se decidió. Sí, había llegado el momento de ser valiente. Depositó su sombrero y sus guantes en una silla vacía. Notaba un temblor en el centro de su cuerpo pero trató de comer un poco y beber café. Miraba muy a menudo el reloj prendido en su solapa. Las nueve. Esperaría hasta que mamá hubiese terminado su desayuno. Serían entonces las nueve y media. La doncella dijo:

—La señora Armagh recibió esta mañana un telegrama, señorita. El señor Armagh estará en casa esta noche a las ocho.

—¡Oh, qué maravilloso, Alice! —dijo Ann Marie.

Estaba de nuevo rebosante de dicha. Sería una gala familiar, pese a mamá. Fortificada por Courtney, Kevin y su padre, ¿qué podía asustarla o dañarla? Una vez alcanzado el valor, nada podía atemorizarla. Dentro de dos horas estaría en brazos de Courtney, riendo feliz, incoherentemente, sus labios contra su cuello, a salvo con él, rescatada y segura para siempre. Cabalgarían juntos en el cálido día, charlando de su porvenir juntos, como siempre hacían. Vivirían en una casita de Boston mientras Courtney completase sus estudios. Ann Marie cerro los ojos, incapaz de soportar el resplandor de su felicidad. Pronuncio en su interior una pequeña plegaria de gratitud. Cuando abrió los ojos, todo —la mañana, el decorado de la habitación, el resplandor en las ventanas— adquiriría matices tiernos, prometedores. Mamá, naturalmente, no admitiría que la ceremonia de la boda fuera modesta. Después de la misa nupcial los invitados se agruparían en los jardines, y habría luces, bailes, música, risa, y ella, Ann Marie, vestida de blanca seda, tules y velo de novia, bailarían con Courtney y ya no existiría nadie más en el mundo entero. Quizás el diez de agosto. Esto le daría tiempo sobrado a mamá. Indudablemente se las arreglaría para obtener una bendición papal. Emergiendo con esfuerzo de su embelesado ensueño, dijo Ann Marie:

—Alice, ¿quieres preguntarle a la doncella de la señora Armagh si puedo pasar a ver a mi madre? Es muy importante.

Mientras esperaba, palideció Ann Marie y volvió a sentir el temblor. Se sentó erguida en la silla y se dijo que tenía que ser valiente. Por un momento, acobardada, tuvo la esperanza de que su madre se negaría a verla «a hora tan temprana». Entonces se impuso a sí misma un castigo. No se le presentaría un momento semejante nunca más. Si su madre no quería verla ahora iría de todos modos... La doncella regresó y dijo que la señora Armagh la recibiría, aunque se encontraba indispuesta. No era de extrañar, pensó Ann Marie. Ella comía demasiado en la cena. Comía vorazmente, con apasionada voluptuosidad, como si en ella hubiera un apetito insaciable, y bebía cantidades de vino hasta que su rostro se volvía vidrioso y el mal humor le

empeoraba. Ann Marie suspiró. No comprendía en absoluto a su madre.

Había llegado el momento. Ann Marie se levantó, colocándose el sombrero y los guantes y recogió su fusta. Le dijo a la doncella:

—Alice, ¿quieres pedirle a los caballerizos que ensillen a Missy? Quiero montar dentro de media hora.

Pasó el gran vestíbulo de mármol blanco, intentando dominar el súbito repicar de su corazón, y subió corriendo los blancos peldaños, riñéndose a sí misma. Cuando llegó a lo alto se detuvo un instante para recobrar el aliento y de pronto sintió un frío penetrante que oscurecía todo. Rehaciéndose, avanzó firmemente por el vestíbulo superior hacia las habitaciones de su madre; un sudor helado brillaba en su frente, y el miedo había vuelto a apoderarse de ella. Era como si un espectro de facciones invisibles caminase a su lado.

II

Bernadette todavía estaba en la cama. Su figura aparecía abultada en seda rosa y encajes; tenía el cabello enrollado en *bigudíes*, su cara redonda estaba enrojecida por el copioso desayuno, sus ojos eran hostiles al mirar a su hija. Pero sonrió, dilatándose la carnosidad de sus facciones. Como siempre, la colcha estaba salpicada con migajas y algunas manchas de café. Estaba terminando de masticar un pastelillo cremoso y sus labios rezumaban brillo grasiento.

—¿Qué diablos puede ser tan importante a esta hora? —preguntó, y alcanzando su tazón de café bebió como una sedienta. Se relamió los dedos secándose los en la satinada colcha—. Annie, desearía que no llevases tan frecuentemente ropa de montar. Tiene apariencia varonil —la llamaba «Annie» porque humillaba a la muchacha y ella se regocijaba como si tratase con una sirvienta que se atrevía a subir desde las cocinas. Suspiró a gusto—: Naturalmente, con tu figura cualquier intento de feminizarte es inútil, a menos que aumentes el busto con pañuelos.

Ann Marie se sentó en el borde de una silla dorada, cerca de su madre, y dijo:

—Mamá, debo hablarte.

Bernadette notó que la muchacha estaba íntimamente agitada; escrutó el fino y pálido semblante y la línea blanca que se acentuaba sobre el labio superior. «Se parece, en cierto modo, a mi madre», pensó Bernadette, y dijo:

—Habla, entonces —y bostezó ampliamente.

—He querido hablarte sobre esto hace mucho tiempo —dijo Ann Marie, sudando y sintiendo frío al mismo tiempo.

—¿Sobre qué? —dijo Bernadette, acomodándose laboriosamente encima de los almohadones y mirando aviesamente a su hija—. ¿Qué pasa contigo? Pareces a punto de desmayo. ¿Tan terribles son tus noticias? —y rió sarcásticamente—. ¿Qué podía ocurrirte a ti aquí, en Green Hills, vagando melancólicamente por la casa, cabalgando y paseando por los jardines como una mustia solterona? A tu edad. Yo ya era una mujer casada y con hijos, a tu edad. Naturalmente, no podemos esperar tal cosa de ti. Quizá quieras ir a un convento como la mentecata de tu tía Regina.

Miró las manos de Ann Marie. Añadió:

—¿No te he dicho que no llesves guantes de montar por la casa? Quítatelos.

La gran estancia abigarrada y llamativa estaba inundada por el ardiente sol y una brisa aún más sofocante. Ann Marie miró a la doncella que rondaba, ansiosa de escuchar para poder murmurar.

—Preferiría estar a solas contigo, mamá.

Bernadette sintióse inmediatamente interesada. Ondeó el grueso brazo hacia la doncella despidiéndola, y la mujer salió de mala gana. Bernadette se apoderó de otro pastelillo, lo examinó atentamente, dio un mordisco para probarlo y después lo devoró produciendo chasqueantes ruidos de glotonería.

—Adelante, habla ya —le dijo a su hija, que ahora se miraba las manos desnudas. En voz baja, Ann Marie anunció:

—Me voy a comprometer para casarme, mamá. Hoy.

Bernadette sentóse en un revuelo, exclamando:

—¡No! Pero ¿es posible? ¿Con quién, santo cielo? ¿Robert Lindley, que tanto merodea por la casa, o Gerald Simpson, o Samuel Herbert, o Gordon Hamilton? —y sus ojos calculaban, brillantes, dilatados—. ¡Robert Lindley! ¿Cuándo se te declaró y por qué no me lo dijiste? Es un gran partido..., para alguien como tú, Annie, ¡un gran partido!

Estaba maravillada. ¡Aquella chica tan fea, que nunca se maquillaba ni se rizaba el pelo, ni mostraba interés en vestidos y carecía de gracias sociales! ¿Quién podía quererla? Pero claro, los hombres eran muy peculiares. Tenían los gustos más extraños y asombrosos.

«Oh, Dios, por favor ayúdame», pensaba Ann Marie. Sus labios estaban húmedos y helados. Dijo:

—Ninguno de ellos, mamá. Es otro.

—¡Bueno, dímelo! —gritó Bernadette—. ¿Tengo que extirpártelo? ¿O se trata de alguien imposible, alguien sin un centavo ni familia, que nos avergonzaría? —su rostro tomó un color carmesí y en sus ojos brillaba la chispa de la animosidad.

—Mamá, es alguien de buena familia y con dinero —dijo Ann Marie. ¿Se había nublado el sol? ¿Por qué hacía tanto frío ahí, en aquel cálido día?

—¡Magnífico, excelente! ¿Cómo se llama? ¡Por Dios, muchacha, habla ya!

—Alguien a quien he amado toda mi vida —dijo Ann Marie y se oyó tartamudear. Miró a su madre, implorante, esperando benevolencia, afecto y misericordia—. Mamá, es alguien que no te gusta. Pero nos amamos. No importa lo que suceda, nos vamos a casar. Lo hemos discutido desde hace tres años.

—¡No puedo imaginarme sintiendo antipatía por ningún joven de buena familia y posición! —afirmó Bernadette enojada—. ¿Qué ocurre contigo? Lo que me asombra es que un caballero de esta índole te quiera..., si es que te quiere..., y no sea todo producto de tu vaporosa imaginación, Annie. Habéis hablado de ello durante tres años, ¿y nunca me dijiste nada? ¿Te parece respetuoso con tu madre? ¿O acaso su madre pone objeciones a la unión? —y su enojo se acrecentó—. Si él es independiente, ¿qué importa que su madre se oponga? Tu padre puede compararse con quien sea.

—Lo sé —dijo Ann Marie—. Y presiento que papá no se opondrá. Le agrada el joven. Pero a ti no, mamá. Es por esta razón por la que he venido, para explicártelo.

Bernadette lanzó una blasfemia tan cruda como las que empleaba su padre.

—Si no me lo dices inmediatamente, muchacha, perderé la paciencia. ¿Por qué eres tan reservada? Odio a la gente reservada, y tú siempre lo fuiste. ¡Vamos, habla!

Un denso entumecimiento se apoderó de la garganta de Ann Marie; y estaba aterrorizada. Su madre tenía un aspecto tan... conminatorio. Tan gorda, tan tosca, tan

amenazadora. «Has de ser valiente», se dijo. «¿Qué puede sucederme, salvo que se ponga furiosa? No puede matarme. No seas tan ratita, Ann Marie, tan tontamente cobarde».

Intentó mirar a Bernadette a los ojos.

La habitación empezó a girar a su alrededor. Sus labios quemaban. Sus huesos parecían romperse. Susurró.

—Es Courtney.

—¿Quién? —dijo Bernadette. Adelantó la cabeza como si hubiese quedado sorda repentinamente; sus grandes pechos se desparramaban sobre su vientre.

—Courtney, mamá.

Bernadette tan sólo pudo mirar fijamente a su hija. La oscura sangre comenzó a desaparecer de su rostro, dejándolo como pasta húmeda. Sus ojos se hundieron en la grasa que los rodeaba, de modo que apenas eran visibles. Sus labios se volvieron lívidos. Empezó a resollar como si se ahogara, mientras su grueso cuerpo se estremecía. Hondos surcos aparecieron en torno a su boca y en su frente. Su nariz, hundida entre sus mejillas, se puso muy blanca.

—¿Perdiste el juicio? —preguntó con voz ronca—. ¡Tu tío! Tienes que estar loca —y parecía asqueada.

—Mamá —dijo Ann Marie y no pudo seguir. El aspecto escandalizado e incrédulo de su madre la asustaba aún más. Por fin, logró decir—: Ya sé que no te gusta él, ni tía Elizabeth. Pero nos amamos. Nos vamos a casar. —Ya lo había dicho; trató de mirar a su madre pero el aspecto de Bernadette iba haciéndose cada vez más espantoso—. No importa lo que nadie pueda decir —prosiguió la muchacha a través de su reseca garganta—. Nos vamos a casar.

Bernadette se hundió lentamente reclinándose en sus almohadas, pero sus ojos no se apartaban del rostro de su hija. La observaba detenidamente. Dijo:

—Yo creo que la ley tendrá algo que opinar sobre esto —y su irascible carácter estalló—: Pero ¿de qué estás hablando? ¡Idiota! ¡Es tu tío!

—No realmente, mamá. —¿Por qué su voz era tan débil, tan conciliadora, como la de una niña?—. Es tan sólo mi tío adoptivo. No hay impedimento para nuestro matrimonio. Sólo es el hijo adoptivo de mi abuelo. Ya sé que le tuviste resentimiento todos estos años, porque tu padre lo adoptó. Y esto... no fue justo. Él no tenía nada que ver con ello.

Pero Bernadette seguía mirándola fijamente como si viera algo que resultaba imposible de creer. Parecía haber perdido el habla, ella, que habitualmente era tan charlatana.

Entonces un destello maligno comenzó a chisporrotear en las profundidades de sus ojos y fue alternativamente sorbiendo y abultando sus labios, acechando a su hija; el aspecto vidrioso que ostentaba de noche, después de cenar, se extendió por su rostro, que se agrietaba en telaraña, como una porcelana antigua.

—¿Está enterada Elizabeth Hennessey? —preguntó, y Ann Marie no reconoció

aquella voz porque vibraba en ella un repulsivo deleite, una excitación reprimida, un secreto y casi indomitable júbilo. Fascinaba a Ann Marie, e hizo crecer su miedo.

—No, mamá. Pero Courtney ha llegado esta mañana y va a venir a decírtelo —y titubeó—: quería venir conmigo más tarde, para explicártelo.

Bernadette habló lenta y pérfidamente, mirando a un punto lejano.

—No se atreverá nunca más a venir aquí. O sea que va a decírselo a su madre, ¿eh? ¡Me gustaría estar presente cuando lo haga!

Ann Marie se sintió como desangrada, inerte. Dijo:

—Mamá, no nos importa lo que puedan decir los demás. Nos vamos a casar. (¡Si tan sólo pudiera detener aquel horrible temblor en sus brazos y piernas!).

—Oh, no, no creo que os caséis, realmente no lo creo —dijo Bernadette y sus saltones ojos se volvieron hacia su hija—. No creo que la ley lo acepte.

—Mamá, ya lo dijiste antes. Pero ¿qué tiene que ver la ley? No existe ningún impedimento legal, y Courtney opina que tampoco existe desde el punto de vista religioso.

—Eso cree, ¿eh? —y Bernadette volvió a sonreír y regocijarse—. O sea que no lo sabe, ¿verdad? Tengo la esperanza de que su madre se lo esté aclarando en este mismo momento. He esperado mucho tiempo para desquitarme de esta zorra, y ha llegado el momento. ¡Esta zorra que sedujo a mi padre para que se casase con ella y poder darle a su cachorro su apellido y el mío! Que sufra ahora todo lo que me hizo sufrir, ella y su precioso hijo.

Ann Marie se puso en pie y se apoyó en el respaldo de su silla.

—Mamá, tengo que encontrarme con Courtney dentro de poco.

Bernadette se relamió las comisuras labiales y un matiz calculador de regocijo llenó sus ojos de brillo. Parecía estar tomando una decisión; por fin preguntó:

—¿Hasta dónde ha llegado todo esto, muchacha mía? ¿Hasta dónde además de los besuqueos y las presiones de manos juntas?

El pálido semblante de Ann Marie enrojeció, trémulo:

—Mamá —dijo solamente. Acechándola fijamente por un instante Bernadette comenzó a asentir con reiterado subir y bajar de su gran cabeza.

—Muy bien. No eres una ramera como su madre.

¿Qué era preferible?, se preguntó Bernadette. ¿Dejar que se fuera y que él se lo contase, avergonzado y degradado? Saboreó el pensamiento y sonrió. Pero no podía esperar los acontecimientos ulteriores, y oírlos de boca de aquella chiquilla boba. Estudió a Ann Marie. El instinto maternal no estaba por entero apagado en ella, pese a que la muchacha le desagradaba y estaba celosa del cariño que Joseph le tenía. Bueno, también se iba a vengar, en parte, de Joseph cuando él presenciase la pena de su hija. Era un deber de madre poner sobre aviso y esclarecer la confusión de su hija, pensó con repentina virtud, y logró dar a su rostro una expresión apenada y hasta un poco compasiva.

—Siéntate, Annie —dijo—. Vas a necesitarlo cuando te diga lo que has de saber.

Siéntate, te he dicho. No estés ahí en pie, tiesa como un pez moribundo. Eso es, así está mejor.

La muchacha se sentó otra vez en el borde de la silla, plantando firmemente los pies como si se preparara para salir huyendo. Bernadette entrelazó sus manos —como quien se dispone a rezar— y las apoyó en la ancha rodilla.

—Habíamos pensado que era conveniente perdonar a esta mujer por el bien de su hijo y la buena fama del apellido Hennessey que ella llevaba. Pero estábamos equivocados. Debimos haber pregonado la verdad desde el principio, y así mi hija no habría llegado a este mal paso.

—¿Qué, mamá? —susurró la muchacha, adelantando el cuerpo.

—El tal Courtney Hennessey es en verdad tu tío, mi hermano, y si lo prefieres así, mi hermanastro. Su padre fue tu abuelo..., mi padre. Ahora, ¿qué tienes que decir a esto, señorita?

Aguardó, clavando brutalmente los ojos en su hija. Ann Marie no se movió durante un largo minuto, pero su juvenil semblante se ensombreció. Después se llevó la mano a la mejilla como si la hubiesen abofeteado violentamente. Sus ojos cobrizos se habían ensanchado con la ofuscación.

—Yo..., yo no... —comenzó a decir, y tosió.

Bernadette aguardó hasta que cesó el ruido semejante a los estertores de alguien que se está ahogando. La compasión no estaba del todo muerta en ella. Al fin y al cabo, era su hija; ahora, su antiguo odio hacia Elizabeth se intensificaba.

—¿Quieres decir que no lo crees, Ann Marie? —y tendió la mano, apoyándola en el antebrazo de la muchacha—. Sí, estoy de acuerdo en que es espantoso, pero es verdad. Tu padre lo sabe. Creo que es por esto que viene a casa esta noche..., para ayudarte. Courtney Hennessey no tenía apellido antes de que mi padre le diera el suyo; nació un año antes de que mi padre se casara con su madre. Ella tenía influencia política y lo obligó. No nos rebelamos por el bien de la reputación de mi padre. Después de todo era un senador y el escándalo le hubiera llevado a la ruina —y su furia volvió a estallar—. ¡Le sedujo mientras todavía vivía mi pobre madre! ¡Intentó conseguir que mi padre abandonase a mi madre! Vino a esta casa, a esta misma casa, y rompió el corazón de mi madre, que murió esa misma noche. Yo estaba ahí. Lo oí todo. Ella ya estaba muy delicada de salud, la pobre.

Comenzó a llorar, sorbiendo; eran sinceras y ácidas lágrimas de odio.

—¿Es que no habrá un término al daño que esta mujer ha causado a esta familia? Primero mi padre, después mi madre, después yo, y ahora mi hija. —Pensó en Joseph y su llanto aumentó, pero ni siquiera entonces se atrevió a mencionar la relación de Joseph y Elizabeth—. Ojalá se hubiera muerto.

«No lo creo, no lo creo», estaba pensando Ann Marie casi como en letanía de plegaria. «Dios mío, no puede ser verdad. Mamá me está mintiendo; ella siempre miente. Pero ¿por qué iba a decirme tales cosas?».

Bernadette alzó su lloroso rostro y miró a su hija; en sus facciones había furia y

sincero pesar, aunque escaso.

—Ann Marie, mi querida niña, has sido tan perjudicada como lo fueron tus abuelos y como yo, y yo solamente tenía diecisiete años cuando esto sucedió..., cuando ella mató a mi madre. ¡Me arrebató a mi madre, y después a mi padre, y todo cuanto ofreció a cambio fue un hijo fruto del adulterio!

Ann Marie se puso en pie; la sombría expresión de aturdimiento se acentuaba en su semblante. Después, muy lentamente, el horror asomó a sus ojos, y se estremeció.

—Estuvimos a punto de fugarnos..., las pasadas fiestas de Pascua —murmuró, y volvió a estremecerse.

—Y hubiera sido un incesto —dijo Bernadette—. Gracias a Dios, pudiste salvarte de esto, y a nuestra familia, de la vergüenza y el escándalo. Ningún hombre decente hubiera querido casarse contigo después de anularse un matrimonio incestuoso. A sus ojos serías peor que una ramera. Una ramera como Elizabeth Hennessey.

Ahora, el semblante de Ann Marie no expresaba nada en absoluto, salvo un deslumbramiento enajenado. Se ciñó los guantes y recogió su fusta, mirando a su alrededor, como desorientada. Se dirigió rápidamente hacia la puerta.

—¿Dónde vas? —gritó Bernadette.

—No lo sé —dijo la joven con voz opaca—. Realmente no lo sé.

Se detuvo un instante en el umbral como alguien que no sabe a dónde ir. Su perfil tenía el aspecto de una piedra blanca. Y se fue. Bernadette la llamó y descendió de la cama en susurrantes sonidos de seda y encajes, fue hasta la puerta, pero Ann Marie ya había desaparecido.

Kevin se hallaba en los establos cuando su hermana llegó casi corriendo y tambaleándose, jadeando y sin expresión en el rostro. Kevin acababa de regresar en aquel momento de su paseo a caballo.

—¡Eh! —interpeló a su hermana—. ¿Por qué tanta prisa?

Pero Ann Marie, como si no lo viera ni lo oyese, le dijo a un mozo de establo, tartamudeando un poco:

—¿Está mi caballo... Missy..., está mi caballo preparado?

Sus fosas nasales estaban dilatadas y sus ojos tenían una expresión enloquecida. Kevin se sintió repentinamente alarmado. Nunca había visto a Ann Marie en semejante estado, tan absorta, tan silenciosamente frenética, tan espectral. Colocó una mano en su brazo. Ella pareció no advertir su presencia. Su pequeño seno se elevaba y descendía agitadamente, como si hubiera corrido kilómetros.

—¡Ann Marie! —gritó casi en su oído.

Ella entonces fue apartándose de él, encogiéndose, sin mirarlo. El mozo de establo trajo su caballo y le ofreció la mano, para ayudarla. Ella saltó sobre la silla y Kevin quedó atónito ante la expresión de su rostro. La vio taconear a su caballo y salir al galope.

Le dijo al mozo de establo:

—¡Pronto! Tráeme otra vez mi caballo.

Ahora, Ann Marie era tan sólo una distante nubecilla de polvo. Kevin ensilló partiendo al galope tras su hermana, y conoció el primer miedo real de su juvenil y torpe existencia. Algo le había ocurrido a su hermana; daba la impresión de estar fuera de quicio.

Courtney Hennessey, mientras cabalgaba para acudir al encuentro de Ann Marie, había dedicado una larga y angustiada meditación con referencia a lo que debía decirle a la muchacha. Trataba de sofocar su propio dolor; no debía dejar que éste lo dominara, porque lo devoraría y debía concentrarse y pensar en la manera de aliviar el dolor de Ann Marie. Sólo podía contarle la más vieja de las historias, o mentirle, diciendo que estaba interesado ahora en otra muchacha, a la que había conocido en Boston, y que había llegado a la conclusión de que su amor por Ann Marie había sido el cariño de un hermano por una hermana y no verdadero amor. Imprecó entre dientes: «¡Banal, banal!». Quizá podría decir que se precisarían «años» antes de que pudieran casarse y que ella no debía esperarle, y después abandonaría los estudios yéndose al extranjero por un año. Entonces, ya en el extranjero, no le escribiría. Tal vez permanecería lejos por más tiempo, hasta que su agudo dolor y su desesperación cedieran. Podía también intentar convencerla que él era un bribón, indigno de tocar siquiera su mano. Muy melodramático, se dijo a sí mismo, con desdén.

No cesaba de imaginarse su semblante asombrado, sus ojos martirizados y oír sus preguntas balbuceantes. Sabía que ella lo amaba más que a nadie en el mundo, inclusive más que a su padre, y que se aferraba a él como una niña. Intentó persuadirse a sí mismo de que ella era joven, que su larga ausencia la haría olvidar, que encontraría a otro hombre. Pero nunca podría decirle la verdad. Sabía lo melindrosa que era ella, y cómo se sublevaría su ánimo, abrumándola. Debía también tener consideración hacia su madre, que no tenía por qué sufrir el desprecio y la vergüenza en aquella época de su vida.

Ahora la verde tierra comenzó a elevarse mientras el caballo ascendía la ladera de la pequeña colina hacia los bosques de la cumbre; el sol recalentaba el rostro y los hombros de Courtney pero él no sentía más que la negra frialdad interior. Inclina la cabeza. Analizó una y otra vez las mentiras que podría contarle a Ann Marie, y todas ellas le parecían insensatas y crueles. Seguía ajeno a la belleza del paisaje idílico. Carecía de significado para él. Un recóndito paraje de su mente se preguntaba con amargo asombro por qué el mundo podía ser tan hermoso y los pensamientos y circunstancias del hombre tan terribles, como si el hombre fuera un intruso en la naturaleza, rechazado por cada hoja, cada rumor, cada pétalo.

Llegó a la cumbre de la colina bañada en luminoso silencio con los densos bosques a poca distancia. Miró a su alrededor; estaba completamente solo. Allá abajo se extendía la radiante tierra de la cual, como ahora sabía, todo hombre quedaba exilado y había estado exilado desde el comienzo de los tiempos. El edén de los

jardines terrenales no era realmente para los hombres. Su hogar natural era crepuscular y tenebroso, lleno de peldaños vacilantes, senderos espinosos y enemigos mortales acechando detrás de cada roca. Era un lugar de emboscadas, fogonazos de fuegos distantes y el estrépito y clamor de muertos y árboles estallando por los aires, una tierra en la que nada viviente podía crecer. La morada natural del hombre era el infierno, y no este mundo. Sus voces eran los gritos de odio y discordia, el trueno de las armas y la muerte, y su azarosa y casual iluminación, el relámpago. No resultaba extraño que todo lo que era inocente huyera del hombre como de una furia, sabiendo que había sido condenado por un inexplicable dios, para ser dominado por este mentiroso y este asesino. Courtney era un escéptico, pero ahora su espíritu se rebelaba contra el dios que había perpetrado esa raza, que era una blasfemia y una maldición bajo el sol. Era mucho más fácil y comprensible creer en Lucifer que en Dios.

Sabía que todos estos pensamientos procedían de la necesidad que tenía de herir y destruir a un ser inocente y bueno, y por esta misma razón aún más rebosantes de verdad.

Ningún rumor acudía de los bosques; nada, excepto un aroma de decadencia fecunda y un frío aliento perfumado de humedad. El camino que Courtney y Ann Marie solían hacer lindaba con los bosques, rodeándolos, para luego volver a descender hacia el llano. Courtney inclinó la cabeza hasta rozar el cuello de su caballo como si el peso de la pena fuera demasiado insoportable. Nada de cuanto su madre le había dicho lograba aminorar su amor por Ann Marie. De hecho, lo había aumentado porque ahora era algo prohibido y supo que nunca más volvería a ascender aquella colina ni volvería a vivir lo que había vivido.

Oyó el veloz repicar de unos cascos que venían del otro camino que remontaba la colina y su corazón latió atormentado. Después creyó oír otros cascos, pero pensó que sería producto de un eco. Entonces Ann Marie y su yegua joven aparecieron repentinamente ante él, como saltando del suelo; Courtney trató de sonreír y alzó su mano.

Pero Ann Marie tiró tan violentamente del bocado que la yegua se encabritó y retrocedió unos pasos relinchando con indignación. Ann Marie estaba tesa sobre la silla y miraba a Courtney; entonces se dijo a sí mismo con una especie de terror: «¡Ya lo sabe!». Vio su semblante convulso, espantosamente blanco y demacrado, y descubrió en sus ojos el horror y la desesperada agonía. Ann Marie bajó la vista hacia Courtney y creyó identificar en él algo ajeno a su mundo y a su vida, algo amenazador e indescriptiblemente catastrófico.

—¡Ann Marie! —gritó él, y espoleó su caballo para acercarse.

Pero ella obligó a su yegua a girar y en un instante la condujo salvajemente dentro de los bosques. La aterrorizada yegua tropezaba y quebraba las ramas del suelo, subiendo y bajando por el terreno desnivelado. Antes de que Courtney pudiera siquiera alcanzar el camino hacia los bosques la muchacha y el caballo habían

desaparecido, dejando tras ellos ecos y ruidos de golpes.

«Se va a herir ahí adentro, se va a matar», pensó Courtney, apeándose del caballo, y sus piernas temblaron. Podía sentir la sangre acumulándose en su corazón, y el frío sudor que recorría todo su cuerpo; todo adquiría los agudos perfiles y sombras de la pesadilla y el pavor. Oyó un grito; corría hacia los bosques, pero se detuvo porque le pareció escuchar su nombre. Era Kevin, que llegaba a lomo de su propio caballo; saltando, tiró a un lado las riendas y corrió hacia el otro joven.

—¿Dónde demonios está ella? ¿Dónde está Ann Marie? —gritó—. La seguí hasta aquí arriba. ¡Cabalgaba como si estuviera loca!

Recién entonces pudo Courtney coordinar sus pensamientos. Replicó:

—Remontó simplemente, y entonces..., entonces su yegua se desbocó repentinamente adentrándose en los bosques. Ella no dijo ni una palabra. Nada.

—Jesús —silabeó Kevin, y ambos escucharon por un momento los distantes ruidos de quebrantamientos y rasgaduras de arbustos.

Kevin estaba horrorizado y desesperadamente alarmado. Corrió con Courtney penetrando en los bosques, y quedaron inmediatamente empapados por la húmeda frialdad y la penumbra. Kevin se encorvaba como un gran oso negro, nativo en este elemento ambiental, aparentemente bamboleándose pero moviéndose con aplomada velocidad; esquivaba troncos y ramas colgantes, a veces se hundía en pequeños hoyos naturales, saltaba sobre piedras, apartaba brezales, brincaba por encima de troncos caídos y daba gritos que suscitaban el pánico de las escondidas criaturas, que eran incitadas a voz y movimiento ante aquella impetuosa intrusión. Courtney, que se consideraba más ágil que aquel fornido muchacho, se encontró jadeando tras él, cayendo de vez en cuando, rasgándose la ropa con las espinas y la maleza, magullándose y arañándose la carne, tropezando contra un tronco no visto en la penumbra, distendiéndose los músculos de los tobillos y las piernas, y ahogándose en contenidos sollozos.

Kevin no consumía aliento en gritos ni llamadas. Sus pupilas seguían la brecha abierta por el caballo de su hermana, y las ramas que todavía oscilaban tras su paso. Oía a Courtney detrás de él pero no se volvía para mirar. Era como un ariete penetrando por aquella verde y adusta penumbra, aquel crepúsculo de árboles entrelazados. Chapoteó al pasar por un arroyuelo, y después corrió más aprisa como cobrando, nuevas fuerzas, y Courtney casi lo perdió de vista.

Se oyeron agudos sonidos; Kevin se detuvo un momento para escuchar y comenzó a correr en esa dirección; Courtney corría detrás suyo. Ahora la fuerza y la velocidad de Kevin aumentaron. Se zambullía en los matorrales en vez de apartarlos con sus manos, que ahora sangraban. Se detuvo una sola vez para gritar:

—¡Ann Marie! ¿Dónde estás?

Solamente le contestó aquel espantoso chillido, como un lamento sin corporeidad; cuando Courtney lo alcanzó vio el ancho y mortalmente pálido rostro del muchacho, como el de un fantasma en las tinieblas; el miedo crecía en sus oscuros ojos pardos.

—Es su caballo —le dijo a Courtney, y ambos comenzaron a correr.

Hasta que Kevin se paró tan bruscamente que Courtney chocó contra aquella amplia espalda, y tuvo que agarrarse del musculoso brazo del muchacho para no caer. Sentía que su tobillo derecho ardía como si estuviera rasgado, y sus zapatos estaban llenos del agua que rezumaba el musgo. Miró por encima del hombro de Kevin, y entonces fue como si todo enmudeciera a su alrededor y muriese.

Missy, la yegua, yacía cerca de un árbol contra el cual se había golpeado; sus patas golpeaban el aire, extendía su largo cuello, sus dientes brillaban en espasmo de tortura y tenía los ojos en blanco. Y cerca de ella yacía el cuerpo herido de Ann Marie, casi perdido en aquella oscuridad, ya que su traje de amazona era del color de la penumbra; pero ella no se movía ni profería el más leve gemido. Kevin vio todo aquello y advirtió que los cascos batientes de la yegua golpearían de un instante a otro a su hermana; corrió hacia ella, se agachó y la cogió entre sus brazos, poniéndola a salvo. Ella era como una frágil muñeca entre sus manos, su cabello caía en velo marrón, sus brazos colgaban, desmadejados. Su traje estaba rasgado en girones.

—¡Oh, no, Dios, no! —exclamó Courtney, y corrió hacia Kevin que estaba acomodando a su hermana en el suelo.

El espantoso estridor de la yegua era más agudo; sus chillidos enviaban alados ecos a través de los bosques. Los dos jóvenes se inclinaron sobre Ann Marie; Courtney apartó el cabello de su rostro y vio que su cabeza sangraba.

Se arrodillaron apoyando las manos junto a la muchacha; sus respiraciones eran roncadas en las frías sombras. Pudieron ver el rostro de la muchacha, quieto y hermético, las cobrizas pestañas sobre sus blancas mejillas y la sangre que comenzaba a oscurecer su frente y sus sienes. Courtney tanteó buscando el pulso, y prorrumpió en llanto.

—Está viva —dijo—. No podemos trasladarla. Kevin, corre a la casa y trae gente que nos ayude —su voz era tan serena por contraste con sus lágrimas y su expresión que Kevin lo miró asombrado—. Necesitaremos un vehículo, una tabla y mantas; envía a alguien en busca de un médico de modo que esté allí cuando la llevemos.

—Dime lo que pasó —exigió Kevin y miraba a Courtney con tal expresión que el otro joven retrocedió un poco el rostro—. ¿Qué le sucedió a mi hermana?

—No lo sé. Siempre nos encontramos allí. Teníamos que vernos esta mañana. Ella llegó poco antes que tú. No me dijo nada en absoluto, aunque le hablé. Entonces la yegua giró..., debió asustarse por algo, siempre fue espantadiza, se desbocó y penetró en los bosques con Ann Marie. Esto es todo. En seguida llegaste tú.

—La vi en los establos —dijo Kevin, y hablaba con precisión a través de sus grandes dientes blancos, apretados—. Algo la tenía perturbada. Era como si hubiese visto u oído algo..., en la casa, o le hubiesen dicho algo. ¿Lo sabes?

Courtney gritó furioso:

—¡Maldito seas, vete por ayuda, por médicos! ¿Por qué estás ahí arrodillado mirándome fijamente? No sé nada, excepto que su caballo se desbocó. Corre ya, o se

morirá aquí. Yo me quedo. ¡Por Cristo!, ¿es que no te das cuenta que está gravemente herida, imbécil? ¿Quieres que muera mientras charlas?

—Ya lo sabré —dijo Kevin con voz amenazadora—. No creo que su caballo se desbocase. Creo que Ann Marie espoleo deliberadamente su yegua dentro de estos bosques, precisamente para esto...

Se puso en pie y se fue corriendo por la brecha que había abierto; Courtney pudo oír el ruidoso crepitar de sus pies corriendo.

Ahora estaba a solas con la muchacha inconsciente cuya cabeza se apoyaba en un montón de musgo. No se movía. Yacía como si ya estuviera muerta, tan pequeña, tan encogida, silenciosa y quieta, magullada, herida y sangrante. El caballo chilló y bufó y Courtney gritó angustiada:

—¡Por Cristo, tranquila, Missy! ¡Por Cristo!

Pero la yegua trillaba el aire y chillaba y se bamboleaba en estertores agónicos, su lustroso flanco castaño chorreaba sangre.

Courtney ansiaba alzar a Ann Marie en sus brazos, mantener aquella sangrienta cabecita contra su pecho, hablarle, besarla y consolarla. Pero temía causar más daño. Pudo solamente seguir en cuclillas inclinado sobre la muchacha a la que amaba con tan ferviente anhelo. Tomó una de sus pequeñas manos inertes. Estaba fría y sin vida. La presionó contra su boca, contra su mejilla y murmuró:

—Ann, Ann Marie. Dios mío ¿qué te pasó, cariño mío? ¿Por qué hiciste esto? ¿Quién te impulsó a esto?

Acarició sus dedos una y otra vez, tratando de darle un poco de tibieza, esperando alguna respuesta, pero aquel silencio de marfil no se alteró ni se abrieron sus ojos. Las sombras oscilaban sobre su rostro demacrado. Los labios se separaron, pero no para hablar. Courtney, ansioso de sentir su aliento, acercó la oreja a su boca, y mantuvo la mano en su muñeca. El aliento era breve y ligero, el pulso palpitaba frenéticamente. Las largas pestañas yacían inmóviles sobre sus mejillas. Su seno juvenil apenas se movía.

—¿Quién te hizo esto, Ann Marie? —dijo Courtney—. ¿Quién pudo empujarte a esto? Porque ya lo sabes, ¿verdad? Alguien te lo dijo. ¿Quién, mi amor, quién, mi más querido amor?

Entonces lo supo. Nadie más que su madre podría haberle dicho a la muchacha la verdad. Su padre no era esperado hasta la noche. No había nadie más que Bernadette. Ann Marie había «hablado» finalmente con su madre, pese a las advertencias.

Era como una niña, tendida en los bosques, golpeada y sola, arrojada al suelo, abandonada, mortalmente herida; parecía hundirse cada vez más en las negras hojas que le servían de lecho. Courtney inclinó la cabeza ladeándola, tocó la mejilla de ella con la suya y lloró como nunca lo había hecho; un luego ardió y se elevó en su interior y experimentó un hondo sentimiento de odio.

Oyó su propia voz, balbuceante y sumamente apenada, que murmuraba:

—¿Cómo pudo nadie hacer semejante daño a esta niña? ¿Cómo pudo alguien ser

tan monstruoso? ¿Quién tuvo tanto odio para matar así, despiadadamente, deliberadamente? ¿No sabe acaso esta mujer cómo eres realmente, cariño mío, una muchachita indefensa, inofensiva, que sólo quiere amar y ser amada? ¡Oh, Dios mío, Ann Marie, cómo te quiero! No te mueras, cariño mío. Aquí estoy yo, Courtney. No me abandones, mi amor. Nunca quise a nadie en el mundo sino a ti, Ann Marie. ¿Me oyes? No te mueras, no me dejes. Si solamente puedo verte alguna que otra vez... será bastante. Bastante para todo el resto de mi vida.

Sus incoherentes palabras se mezclaban con los gritos de la yegua moribunda y el susurro y el rumor de los árboles. Su voz se elevó, frenética, insensatamente:

—¡Ann Marie! ¿Dónde estás? ¡Regresa, vuelve a mí! No me dejes.

Sus manos temblorosas acariciaron su cabello, sintieron la sangre en sus dedos. Su cuerpo estaba cada vez más frío. Se quitó la chaqueta y la cubrió, remontando el cuello bajo su mentón cariñosamente; como un padre. Le frotó las manos, manteniéndolas entre sus sudorosas palmas.

No supo en qué momento ella abrió los ojos, pero lo miró con toda claridad, reconociéndolo; él comprendió, a través de la niebla de su dolor, que ella estaba consciente y pensó que iba a desplomarse de dicha. Vio que ella casi sonreía, que sus blancos labios se curvaban en la dulce sonrisa que él tanto había amado.

—¿Courtney? —susurró ella.

Él mantuvo apretadas las manos de Ann Marie. Se inclinó más sobre ella. La miró en los ojos, y susurró:

—¿Ann Marie...?

—Oh, Courtney —dijo ella como una niña, pero como si no supiera que su mundo se había derrumbado—. ¿Dónde estoy? ¿Qué estamos haciendo aquí? —Su voz era débil, aunque firme y asombrada. Intentó mirar en torno, pero el dolor crispó sus facciones, y gimió. Se volvió de nuevo hacia Courtney—. ¿Qué me sucedió, Courtney?

No recordaba nada. «Conmoción», pensó Courtney, y se sintió aliviado.

—Missy se desbocó. No te muevas, amor. Kevin ha ido en busca de ayuda.

Su frente infantil se arrugó levemente.

—¿Missy? ¿Desbocó? Nunca lo había hecho. Ni siquiera recuerdo haberla montado. No recuerdo...

—No importa, Ann Marie. Nada importa salvo que estás viva. Pronto tendremos ayuda. Kevin fue a buscarla.

—¿Kevin? ¿Cómo supo que estábamos aquí? —preguntó con infantil curiosidad.

—Kevin..., decidió reunirse con nosotros. No te inquietes por esto, querida. No es importante. Estoy aquí contigo. Pronto estarás bien, mi amor, completamente bien.

Ella lo miró. Sus manos estaban un poco más tibias. Se inclinó sobre ella de nuevo y la besó suavemente en la boca; los fríos labios se movieron en respuesta, y sus dedos apretaron los de Courtney. Sus ojos eran tan diáfanos que, a pesar de la penumbra, Courtney podía verse reflejado en ellos, como tantas otras veces.

—Querido Courtney —dijo ella—. Te amo, Courtney.

Entonces él notó algo extraño. Vio que su imagen desaparecía y se hacía cada vez más diminuta, en las pupilas de Ann Marie. Ahora no era sino la más minúscula de las caras, fue fundiéndose hasta ser una mota sin forma y desapareció.

—¡Ann Marie! —exclamó.

Ahora lo miraba sombríamente y con pleno conocimiento; sin moverse ni cambiar de expresión emitió el más espantoso de los gemidos, que parecía elevarse no de sus labios ni garganta sino de alguna parte vital de su cuerpo. Cerrando los ojos, murmuró:

—Mamá me lo dijo —y quedó silenciosa, inerte.

La llamó por su nombre frenéticamente una vez y otra, pero ella no contestó y él no supo si le oía o de nuevo había recaído en la inconsciencia. Ahora solamente quedaban los estridores de la yegua atormentada y la asustada respuesta de los árboles, los efluvios de putrefacción y los olores de hongos, el tenue crujido de los árboles y una creciente tiniebla en la cual todas las cosas iban disolviéndose.

Courtney se tendió junto a la muchacha, sostuvo sus manos y deseó poder morir allí con ella, o que ninguno de los dos necesitase nunca más saber lo que habían sabido aquel día, sino que despertasen como si hubiera sido una pesadilla que soñaron juntos.

SEGUNDA PARTE

RORY DANIEL ARMAGH

Porque ellos comieron el pan de la maldad y bebieron el vino de la violencia.

Proverbios, 4:17

I

La pesadilla resultaba interminable. Courtney, Kevin y Elizabeth estaban sentados en un pequeño salón en la parte posterior a las salas de estar de la casa Armagh, en un silencio demasiado denso para que pudiera ser truncado siquiera por un suspiro o un murmullo. Rondaba la medianoche y el aire todavía era cálido, aunque ya había caído la noche; de las colinas venía un lejano redoble de truenos, sin relámpagos, ni luna, ni estrellas. Elizabeth estaba reclinada en una silla, con el rostro pálido y vuelto hacia el techo, los ojos cerrados por el agotamiento, su vestido parecía demasiado amplio para su cuerpo; su claro cabello estaba despeinado. Kevin estaba sentado, inmóvil; sus negros rizos casi de punta, su rostro aceitunado tenso e inexpresivo, sus negros ojos mirando fijamente hacia adelante. Había hondos rasguños en sus manos y mejillas causados por las ramas con las que había tropezado y la sangre se había resecado en ellos; no se había mudado el desgarrado traje marrón y sus botas estaban todavía barroas con fango seco, musgo y hojitas. Courtney estaba sentado cerca de su madre, tan inmóvil como ella y su rostro aún más pálido tenía sombras azuladas bajo los pómulos.

El pequeño salón era llamativo, adornado con los vívidos colores que le gustaban a Bernadette, todo en azul intenso, escarlatas y amarillos, el techo abovedado estaba pintado con corderos y pastoras danzantes en un increíble prado verdegay repleto de margaritas. Las luces estaban encendidas. La estancia resultaba discordante con la situación con aquellas tres figuras silenciosas sentadas en sillas multicolores, los pies, inmóviles, apoyados en alfombras chinas color jade. Figurillas de porcelana formaban corros en pequeños veladores dorados y un reloj de bronce y oro tintineaba alegremente en la repisa de mármol blanco, festivas y frívolas figuras retozaban en los cuadros que había sobre las paredes de seda amarilla y el aroma de rosas tardías acudía a través de los ventanales abiertos.

Arriba, en la habitación de Ann Marie, había tres médicos y su padre estaba con ellos; Bernadette había tomado sedantes y estaba acostada en su ostentoso dormitorio; las horas transcurrían lentamente. Ocasionalmente aparecía una criada trayendo té y tostadas y se llevaba tazas que no habían sido tocadas. Famosos médicos de Filadelfia, Boston y Nueva York habían sido llamados por telegrama, y llegarían a la mañana siguiente. Mientras tanto, Ann Marie estaba casi moribunda. Todos en el pequeño salón se sobresaltaban ante cualquier sonido cercano o voz distante, aterrorizados con la idea de recibir noticias fatales, pero albergando la esperanza de que Ann Marie todavía tenía vida, y que había una posibilidad de salvarla.

El descenso de la colina formó parte de una permanente pesadilla, con Ann Marie tendida sobre una ancha puerta cubierta de mantas y ella misma envuelta en éstas, y Kevin y Courtney cabalgando detrás. Courtney recordaba con estremecimiento cómo Kevin había regresado con un rifle poniendo término eficiente y misericordiosamente

al sufrimiento del caballo de Ann Marie. Lo había hecho sin lamentarse ni entristecerse; había que hacerlo, y lo hizo. El disparo había sonado estrepitosamente a través del verde umbrío de los bosques, pero Ann Marie no lo oyó. Después había comenzado el descenso de la colina hasta la victoria que esperaba con la puerta, cubierta con mantas, había sido arrancada apresuradamente de la casa; varios hombres estaban preparados para tender sobre ella a la muchacha inconsciente, eran los mismos que la habían transportado cuidadosamente desde la obstinada espesura.

Courtney pensó que Kevin debía conocer la verdad, o de lo contrario el resultado sería catastrófico. Courtney conocía bien a Joseph Armagh, sabía de qué era capaz y adivinó lo que haría cuando descubriese quién había impulsado a Ann Marie a precipitarse hacia lo que podría ser su muerte. Bernadette debía ser avisada. Su marido nunca debía saber su parte en aquel desastre, aunque sólo fuera por el bien de Elizabeth. Lo que le había ocurrido a Ann Marie exigía verdadera venganza, pero no debía ser la clase de venganza que Joseph Armagh podía infligir, ya que Ann Marie podía vivir y no debía ser la causa de la violencia entre sus padres ni de las cosas que Joseph haría indudablemente. Y, seguramente, habría escándalo. Por consiguiente, Kevin debía enterarse e inducir a su madre a guardar silencio. Courtney dudaba que Kevin y Rory sintiesen cariño por Bernadette, pero tenían que ser protegidos porque eran jóvenes y tenían un futuro, y Bernadette no vacilaría un instante en perjudicarlos, tal como había hecho con su hija, para atormentar a su marido y vengarse ella misma de Elizabeth.

Así que, mientras la dolorosa procesión bajaba por la ladera, Courtney colocó su mano en el cuello del caballo de Kevin; éste volvió hacia él su hosco rostro cuadrado y lo miró con sus oscuros ojos, que se mostraban fríos y hostiles. Preguntó:

—¿Ya estás dispuesto a contármelo?

Courtney se lo explicó sin vehemencia y tan escuetamente como le fue posible, con pocas palabras.

—No cabe duda que tu madre se lo dijo, aunque le advertí a Ann Marie que no le hablara hasta que yo estuviese con ella. Por entonces yo no sabía la verdad; sólo quería estar junto a Ann Marie cuando vuestra madre supiera que nosotros..., que nosotros... nos disponíamos... a casarnos.

Kevin había escuchado sin expresión en su ancho rostro. Cuando Courtney le reveló su parentesco los ojos de Kevin brillaron y se dilataron; miró fijamente a Courtney, pero no dijo nada. Cuando Courtney hubo terminado siguieron cabalgando lentamente; Kevin no dejaba de mirar hacia adelante.

—Debemos insistir en nuestra propia versión de que nadie le dijo nada a Ann Marie y que su caballo se asustó por algo..., un conejo, una ardilla, el disparo de un cazador lejano, cualquier cosa, y se desbocó por los bosques. Ambos lo vimos. Esto es lo que diremos.

Kevin cabeceó brevemente, asintiendo, su recio mentón se endureció y apretó sus gruesos labios. Por fin, dijo:

—Pero ¿y si Ann Marie recobra el conocimiento y cuenta la verdad?

—Creo que no lo hará —dijo Courtney, agachando la cabeza—. Ella es demasiado buena, demasiado comprensiva. No heriría a sus padres aunque muriese a causa de ello.

Entonces Kevin dijo:

—Lo siento. Realmente lo siento, Courtney —y miró a su joven tío con evidente conmiseración.

No volvieron a hablar. Pero cuando llegaron a la casa —que estaba envuelta en un torbellino de angustia—, Kevin se acercó a su madre y la condujo hasta arriba por la fuerza, mientras ella lloraba y gemía, después la empujó dentro del dormitorio y cerró la puerta. Tardó largo rato en bajar las escaleras. Cuando lo hizo parecía haber crecido en edad y su mirada era inexpresiva. Después Elizabeth llegó a la casa, y Kevin la acogió con gran amabilidad y cortesía, contestando a todas sus ansiosas preguntas con tal aplomo y seguridad que Courtney, que no podía hablar, pudo solamente admirarle por su recién adquirida hombría y su manifiesta fuerza de carácter.

Elizabeth halló una ocasión de susurrarle a su hijo:

—Ann Marie... ¿nunca lo supo, nunca tuviste la oportunidad de decírselo?

—No —dijo Courtney mirándola fijamente; ella le creyó—. No tuve oportunidad. Su caballo se desbocó antes que pudiera decirle una sola palabra.

—Entonces fue como una tregua compasiva —dijo su madre, y comenzó a llorar—. La pobre niña, la pobre chiquilla. Fue una suerte para todos que Kevin decidiese ir a verte en tu sitio de reunión con ella, para preguntarte algo acerca de Rory. ¿Ocurre algo malo con Rory?

Courtney apenas negó con la cabeza, y entonces comenzaron su larga vigilia. Joseph fue recibido en la estación por Kevin, y al entrar en la casa, fue directamente arriba para ver a Ann Marie y a los médicos que luchaban por salvarle la vida. Bernadette, finalmente reducida al silencio, dormía con sueño de drogada.

El gran reloj de pie del vestíbulo marcó las doce y media de la noche. Nadie había cenado, pero ni el ama de llaves ni la cocinera ofrecieron la cena. Era como si todo en la casa se hubiese retraído y concentrado en una sola habitación del segundo piso.

Entonces se oyeron lentos pasos por los peldaños de mármol y Courtney y Kevin se levantaron y ambos apretaron los puños mirando la puerta, temerosos de salir al pasillo que conducía al vestíbulo, y temerosos por no hacerlo. Entonces apareció Joseph en el umbral y vieron su rostro avejentado por la ansiedad y el horror, aunque sus ojos brillaban más que nunca; era como si un fuego ardiese tras su amargo azul, su amplia boca se curvaba hacia adentro.

Miró, antes que a nadie, a Elizabeth; ella se puso en pie lentamente y dijo:

—Joseph, ¿cómo está Ann Marie? —sus ojos eran febrilmente verdes a la luz de las lámparas y su boca temblaba.

Él dijo con voz enronquecida:

—Está viva, pero eso es todo. No ha recobrado el conocimiento. Temen que tenga el cráneo fracturado y que se esté desangrando internamente. No hay fracturas óseas, salvo en su brazo izquierdo. Uno de los médicos se ha ido; los otros esperarán hasta mañana, a que lleguen los especialistas. También tendrá enfermeras. Han enviado a buscarlas. Lo único que nos cabe esperar es que sobreviva a la primera conmoción.

Elizabeth se sentó bruscamente porque estaba débil y fatigada, pero los dos jóvenes hicieron frente a Joseph en silencio; fue a ellos a quienes miró Joseph y el fuego azul de sus ojos resplandeció amenazadoramente. Le dijo a Kevin:

—Quisiera oír de nuevo tu relato.

Kevin debió emplear toda su fuerza de voluntad para no mirar a Courtney. Dijo:

—Ya te dije papá, en el camino a casa desde la estación, que encontré a Ann Marie en los establos. Yo acababa de regresar de una galopada. Ella dijo que Courtney había llegado por la mañana y que iba a reunirse con él en su «sitio de costumbre». Había algo que yo quería preguntarle a Courtney... acerca de Rory; le pregunté a Ann Marie si le molestaba que yo fuera allá sólo por unos minutos, ella dijo que, naturalmente, podía acompañarla.

Hizo una pausa y decidió que una pequeña improvisación podía dar más fuerza a su relato y afirmó:

—Comprendí que resultaban un poco inoportuno, pero de todos modos fui con ella. Ella remontó la colina delante mío. Creo que yo no iba a más de cinco metros tras ella. Comenté que Missy parecía un poco nerviosa, pero Ann Marie dijo que siempre estaba espantadiza durante los primeros minutos. Ann Marie se adelantó al llegar a la cumbre de la colina, y yo llegué justo a tiempo para verla tirar de la brida frente al caballo de Courtney, y entonces..., no sé exactamente lo que pasó. Quizás fue un conejo, o una ardilla. Creo que oí el disparo de una escopeta al otro lado de la colina. Pero el caso es que Missy se encabritó y relinchó..., ya sabes lo bruscos que son los caballos..., en sus reacciones...

—No, no lo sé —dijo Joseph. Acechaba el rostro de su hijo con la concentración de un águila, vigilando para captar la más leve señal de falsedad, embarazo o evidente elaboración, y Kevin sintió que el sudor corría entre sus omoplatos, porque conocía a su padre y su habilidad para sondear las mentes de los demás—. Pero, sigue adelante —añadió Joseph.

—Yo creo que Ann Marie gritó algo, pero el caballo era demasiado fogoso para ella, aunque lo haya montado durante dos años. Como sea, el caballo giró sobre sus cuartos traseros, bajó las patas delanteras y se desboco penetrando en los bosques. Courtney y yo corrimos tras ella. La encontramos, y Courtney permaneció con ella mientras yo iba en busca de ayuda. Esto es todo, papá.

Joseph estudió a su hijo en silencio impasible, y recorrió con sus ojos los rasgos del joven, examinando cada línea, cada facción, escrutando en sus ojos; finalmente dijo:

—¿Y esto es todo? ¿Me lo has contado todo?

A Kevin le resultaba duro disimular y mentir, porque nunca en su vida había tenido oportunidad de hacerlo. No poseía el estilo, percepción y habilidad de Rory para engañar, calibrar y soslayar con arte. Su rostro estaba ahora visiblemente sudoroso, pero se esforzó por hablar y elegir cada palabra. Arrugó su frente y simuló examinar su memoria mientras aquel hombre delgado e implacable esperaba en silencio.

Entonces Kevin extendió las manos abiertas y meneó la cabeza.

—No puedo pensar ni ver ninguna otra cosa, papa. Sé que no soy muy hábil para contar los hechos y darles el adecuado drama, pero esto es verdaderamente cuanto paso —y ahora simuló una inquieta exasperación—. Papá, Courtney y yo somos los que lo vimos todo y pasamos estas horas con Ann Marie antes de que tú llegases a casa. ¡Lo pasamos infernalmente en todo sentido, y no comprendo el motivo de esta investigación!

Joseph apartó lentamente la vista de Kevin y se volvió hacia Elizabeth. Su voz cambió para los agudizados oídos de los jóvenes. Dijo:

—Elizabeth, tenías algo que decirle a Courtney esta mañana, ¿no es así? Te pedí que lo hicieras. ¿Se lo dijiste?

Los ojos de Elizabeth fueron por un momento un fogonazo verde hacia su hijo y después replicó tristemente:

—Sí. Se lo dije durante el desayuno. Nos pusimos de acuerdo en que le contaría a Ann Marie cualquier cosa que no fuera la verdad y que la hiriese lo menos posible.

—¿Qué cosa? —preguntó Kevin con aire de remozado interés—. ¿Es que hay un secreto?

—Tú, callado —ordenó Joseph.

Se volvió hacia Courtney que se amedrentó al ver el poderoso y casi insensato odio en los ojos de Joseph, y la violenta fuerza de su expresión. Su voz sonó áspera y amenazante al preguntar:

—¿Qué ibas a decirle a mi hija?

Courtney no pudo comprender por qué aquella creciente concentración, aquella súbita pasión mortífera, debía ser dirigida sobre él, y por vez primera comprendió por qué tantos hombres poderosos se habían doblegado y agachado, ante aquel hombre. Pero después de la primera impresión, Courtney se irguió tiesamente y contestó:

—Todavía no había acabado de decidir cuál sería la historia que menos daño le haría. Francamente, nunca tuve tanto miedo como en ese momento. Debe usted recordar, tío Joseph, que esta revelación me llenó de confusión, que yo amo a Ann Marie, que mi vida entera quedaba sacudida, y se esfumaban todas mis esperanzas. Fue para mí como un terremoto..., fue como la propia muerte. Yo sé que usted piensa en Ann Marie, y en lo que hubiera significado para ella, pero ella no era la única, tío Joseph. Me agradecería que usted lo recordase.

—Ahora —dijo Joseph— cuéntame qué sucedió.

—No tengo nada que añadir a lo dicho por Kevin, ni una palabra. Ann Marie

simplemente remontó la colina a caballo, se aproximó, su caballo se encabritó, trazó un círculo sobre sus cuartos traseros, relinchó, y se desbocó hacia el interior de los bosques. Ann Marie y yo no intercambiamos ni una sola palabra, ni una, aunque creo que alcancé a saludarla. No lo puedo recordar. Todo ocurrió tan súbitamente, todo fue tan repentino que ni siquiera vi inmediatamente a Kevin que venía detrás de ella en su propio caballo. No hay nada más.

—¿O sea que mi hija nunca supo nada?

—No. Que yo sepa, no. No había nadie, sino yo, para poder decírselo.

—Estaba su madre —dijo Joseph, y vio a los jóvenes intercambiar una mirada de soslayo.

Courtney tragó a través de su reseca garganta. Después de una aparente reflexión, dijo:

—Ann Marie y yo estábamos de acuerdo en que no le diría a su madre... que queríamos casarnos..., a menos que yo estuviera con ella. No tengo motivos para creer que Ann Marie traicionase este acuerdo. Cuando llegó cabalgando hacia mí, y antes que Missy se desbocase, estaba como siempre..., contenta de verme, anhelando hablarme... —y no pudo seguir. El semblante de Ann Marie aparecía ante sus ojos tal como lo había visto en aquella desastrosa mañana, invadido por el terror y la angustia. Bajó la cabeza.

—¿Estás seguro de que ella no lo sabía?

—Estoy seguro —dijo Courtney—. Yo lo hubiese adivinado de inmediato. — Joseph miró con dureza a Courtney y dijo incisivamente:

—Creo que los dos estáis mintiendo. Estáis tratando de proteger... a alguien.

Elizabeth exclamó:

—¿Por qué iba mi hijo, y el tuyo, a mentir, Joseph? ¿Qué es lo que te hace creer que mienten? —Estaba de nuevo en pie y su rostro era como fuego blanco en el colmo de la profunda indignación.

Joseph dirigió la mirada a su rostro y la contempló fijamente y en silencio, pero su propio semblante cambió sutilmente. Dijo:

—Quizá, Elizabeth, también te mintieron a ti.

Kevin intervino:

—¿Qué es todo esto? ¿Qué es lo que tenían que decirle a Ann Marie? ¿Cuál es el misterio?

No estaba preparado para la respuesta de su padre. Esperaba que Joseph no contestase y abandonara el enojoso tema. Pero los ojos de Joseph se fijaron otra vez en el muchacho con expresión terrible.

—¿Nadie te dijo que Courtney y Ann Marie no pueden casarse? ¿Nadie te dijo nunca que Courtney es tu verdadero tío, el hermano de tu madre?

—¡No! —exclamó Kevin, dando un gran respingo y dilatando mucho sus ojos—. ¡Por el amor de Dios! ¡Yo creía..., yo creía que había sido adoptado por mi abuelo! —y mirando a Courtney simuló examinarlo reflexivamente, haciendo conjeturas—.

Yo creía que el apellido de su padre era Wickersham.

El tenso rostro de Elizabeth se había sonrojado, pero irguió la cabeza en orgullosa defensa de su sufrimiento. «Demonios», pensó Kevin, «lamento tener que hacerle esto a ella, pero mis padres y mi familia me importan más que Elizabeth Hennessey y el viejo abuelo».

Joseph la contempló; en su rostro había una sombra de vergüenza y deploración, pero dijo:

—Lo siento, Elizabeth, pero tengo que conocer la verdad. Mi hija está arriba, probablemente muriéndose, y quiero saber quién le dijo lo que casi la mató.

Los ojos de Elizabeth eran ahora como piedras verdes.

—Siempre fuiste demasiado imaginativo, Joseph —dijo con voz firme y fría—. Yo creo que Ann Marie es más fuerte de lo que tú crees y soy de la opinión de que aun cuando se lo hubieran dicho ella lo habría aceptado sin recurrir a soluciones desesperadas.

Se miraron en silencio y Joseph pensó: «Nunca me perdonará, mi Elizabeth. Nada será igual entre nosotros..., si es que vuelve a haber algo».

Elizabeth estaba pensando lo mismo, y a su fatiga, ansiedad y compasión se añadió una enorme pena y un retraimiento, el presentimiento de que algo bello se había hecho pedazos y aun cuando fuera reparado quedaría agrietado y sutilmente desfigurado.

—Pudo usted abstenerse de humillar a mi madre delante mío —dijo Courtney sintiendo una honda rabia—. ¿No le agradecería además dar la noticia a los periódicos? ¿Quiere usted que los cite para mañana..., o les dijo ya a sus doctores que pueden propagar por todas partes el secreto de mi madre?

—Courtney —dijo Elizabeth—. Courtney, llévame a casa. Por favor. Siento que aquí no somos bienvenidos.

—Yo te llevaré —dijo Joseph.

—No lo hará —dijo Courtney—. Ella es mi madre. De todos modos, ¿qué podría decirle usted? Ha venido a una casa donde es odiada por su esposa, y es insultada por usted, y vino únicamente porque ella ama a Ann Marie como a una hija y porque pensó que tal vez podría ayudar..., ayudar a su esposa. ¡Mi hermana! ¡Maldita sea! La sola idea de que ella es mi hermana me resulta odiosa, ¿se entera, señor Armagh? ¿Puede acaso usted imaginarse lo mucho que desprecio a su esposa, y ahora le desprecio a usted? —el rostro del joven ardía con el fervor de su rabia y de su nuevo odio—. ¡Y su esposa ha tenido la audacia, en todos los años que puedo recordar, de ser insultante, cruel, desdeñosa y vulgar con mi madre! ¡Ella, que ni siquiera es digna de besar los pies de mi madre! Pero aún y así, mi madre vino a esta desagradable casa, para volver a ser avergonzada e insultada, para que de nuevo le dijiesen que su presencia aquí no es deseable. Madre, vámonos.

Joseph pensó: «O sea que hay una cosa que él ignora», y sintió remordimiento... una emoción tan ajena a él que lo sobresaltó; la última vez que había experimentado

algo semejante fue al confrontarse con el senador Bassett. Courtney había asido a su madre del brazo y ella estaba ajustándose el chal sobre los hombros; Kevin observaba y escuchaba sorprendido.

Joseph avanzó, se detuvo ante Elizabeth y ella no pudo apartar la vista aunque sus ojos estaban llenos de lágrimas y sus labios temblaban.

—Yo te llevaré a casa, Elizabeth. Seguramente Courtney preferirá quedarse un rato más aquí, esperando más noticias sobre Ann Marie. ¿Elizabeth?

—¡No! —dijo Courtney.

Pero vio atónito, que su madre y Joseph estaban mirándose el uno al otro; como alguien que amaba —él mismo—, conocía las miradas del amor y quedó horrorizado. Retrocedió, moviendo las manos en gesto de profundo repudio, y sintió en la boca una repentina quemazón. Creyó sentirse mal, mareado y con náuseas. Nunca había visto en el rostro de su madre esa expresión de ahora, indefensa, plena de blandura, pese a todo su orgullo. Vio sus lágrimas y la vio inclinar la cabeza, asintiendo dócilmente. Vio cómo Joseph tomaba gentilmente a Elizabeth del brazo, la conducía hacia la puerta y la miraba con toda la solicitud y ternura de un enamorado, un enamorado pidiendo perdón —y esperando conseguirlo como algo normal—, y sintió deseos de matarlo.

Kevin también observaba todo aquello, sus negras cejas se elevaron, quedó intrigado, estupefacto, y hasta sintió cierta diversión a pesar de todo lo sucedido aquel día. No experimentó impulso de condena hacia su padre, ni malestar. Era joven — hasta olvidó por un momento a su hermana—, rió íntimamente y, sacudiendo la cabeza, se preguntó si su madre lo sabría. Indudablemente, sí. Esto explicaba parcialmente su odio hacia Elizabeth. Pobre mamá vieja. Aunque, comparada con tía Elizabeth, resultaba tan sólo una pescadora, ruidosa, vengativa, grosera y de lengua mordaz, amante de los chismes, siempre anhelando oír una maligna historia sobre sus amistades, siempre ejercitando su hiriente ingenio contra cualquiera que le desagradara... y prácticamente le desagradaba todo el mundo, incluyendo a sus hijos, y exceptuando a papá. La idea de su padre como amante de una mujer le hizo reír nuevamente. Hasta los hombres como Joseph Armagh podían caer bajo el dominio de una mujer. «Que esto te sirva de lección, mozo», se dijo a sí mismo. «Si una mujer puede hacer esto a tu papá, figúrate lo que podría hacer contigo una mujer, ¿eh?».

Advirtió la presencia de Courtney que se había sentado nuevamente, apoyando los codos en las rodillas y ocultando el rostro entre las manos. Pobre viejo Courtney, vaya choques que había recibido aquel día. Descubrir que mamá era su hermana... y ella siempre le había inspirado antipatía. Tener que revelarles aquello a Ann Marie, estando enamorado de ella. Luego, la tragedia que casi había matado a Ann Marie... Lógicamente mamá se lo había dicho; lo supo casi de inmediato, o por lo menos supo que la querida vieja mamá le había hecho algo a la chica. Después, Courtney tuvo que explicarle a él. Caramba, era un viejo muchacho noble, Courtney. Protegiendo a mamá, que era como un rinoceronte. Para que luego hablasen de *Sir Galahad*: el viejo

Courtney valía por veinte de ellos. Protector de toda la familia Armagh.

En todo caso, Kevin sentía más afecto y admiración por su padre que antes. Sentándose cerca de Courtney, dijo:

—Voy a beber algo, y creo que tampoco te vendrá mal, así que le diré a una de las malditas criadas que nos traiga emparedados y café.

—No, gracias —dijo Courtney desde detrás de sus manos.

Pero Kevin silbó a la vez que tiraba del cordón de la campanilla.

—Como quieras —dijo—, pero no hay ningún funeral en esta casa, y aun en los funerales se comen fiambres, o algo. Nunca estuviste en un velatorio irlandés, claro.

Courtney dejó caer las manos. Su rostro carecía de vitalidad, estaba como embotado, y sus ojos contenían una expresión de derrota. Pero dijo:

—He estado en velatorios irlandeses. Te olvidas que yo también soy irlandés Soy un Hennessey tanto por sangre como por apellido, y ojalá pudiera borrar todo esto de una vez.

Una oleada de ira sombría recorrió su rostro con una amargura y una pesadumbre que no podía expresar. Bebió el coñac que trajeron para él y Kevin, y algo de color matizó la palidez de sus mejillas, y hasta comió medio emparedado y bebió algo de café. Mientras, estaba atento a cada rumor. Después oyó que Joseph regresaba y subía otra vez escaleras arriba.

Cuando Courtney regresó a su casa —después de que una doncella le dijo que Ann Marie estaba todavía «descansando» y que no había novedades—, pero no fue a ver a su madre. Vio una luz bajo su puerta y sintió el sonrojo en su rostro. Fue a su cuarto, se arrojó sobre la cama y una misericordiosa modorra se apoderó de él. Nunca supo si durmió o no, pero al menos la agonía se retiró, convirtiéndose por unas horas en algo irreal.

Mientras tanto, Joseph estaba sentado junto a su hija, observando los rostros de los médicos que la atendían, viendo las largas trenzas castañas en su almohada, la demacración de su perfil aninado, el brazo en su cabestrillo, el vendaje de su cabeza, donde su cabello había sido afeitado. Escuchaba su respiración. De vez en cuando ella gemía.

Se aproximaba el amanecer cuando —como una visión que se dibujaba borrosamente ante él— vio el rostro del senador Bassett y recordó la maldición que el infortunado había lanzado sobre su familia y su persona y recordó su propio sueño.

Pensó que era ridículo recordar aquello. Esta superstición era apta únicamente para ancianas que se sentaban junto al fuego y hablaban sobre espectros, gnomos, presagios, apariciones y maldiciones. Pero Joseph, sentado junto a su hija, volvió a pensar en el senador Bassett al que había matado con la misma inexorabilidad que cualquier asesino.

II

No pasaba ninguna noche sin que Elizabeth Hennessey se sentara junto a la ventana de su dormitorio a contemplar la casa de los Armagh. Enero había llegado y los prados y árboles estaban recubiertos de nieve; al atardecer, una vasta desolación cubría el cielo, las sombras grises se deslizaban sobre la blancura de la tierra y los acampanados abetos y pinos se erguían negros contra el poniente, donde brillaban frías tonalidades anaranjadas. Ni siquiera en Nochebuena se encendieron las luces en aquella casa, excepto en los aposentos altos de la servidumbre, y no hubo movimiento en las oscurecidas ventanas, ni idas y venidas. Ninguna campanilla de trineo quebró el silencio con su música, las chimeneas humeaban, pero esto era rutinario, los tejados parecían de mármol bajo la luna. El Año Nuevo llegó y se fue, pero las puertas no se abrieron, ni hubo risas, invitados, ni bailes, como de costumbre.

Porque Joseph y Bernadette habían llevado a su hija Ann Marie a Europa a fines de septiembre para una desesperada consulta con famosos neurólogos de Ginebra, París, Roma y Londres, y especialistas del cerebro. Kevin y Rory estaban en sus universidades, y no habían venido a casa para las vacaciones. Courtney había acompañado a Joseph y a Bernadette durante su desesperado peregrinaje hasta que Bernadette hizo evidente que él no era grato ni apreciado. Ahora estaba en Amalfi pero su madre no tenía noticias de cuándo regresaría. Elizabeth suponía que él había adivinado su relación con Joseph Armagh y que, en cierto modo, en su honda tristeza y confusión la culpaba por el origen de su nacimiento, la condición de Ann Marie y la humillación final de su asunto amoroso. Ella sabía que algún día, cuando su dolor disminuyera, él vería las cosas más claramente. Mientras tanto, tenía que contentarse con sus breves y frías misivas, a las que ella contestaba con maternal calor y cariño.

Era Rory quien la tenía al corriente de la familia por cartas de su madre. Las cartas que Joseph le enviaba estaban llenas de pesar y desesperación, y ella sabía que no debía contestarlas. Ann Marie ya podía caminar, alimentarse por sí misma, ayudar a la enfermera que la bañaba y la vestía, pero más allá de esto había quedado reducida a la inteligencia de una niña de menos de tres años, había olvidado su pasado, y no recordaba a Elizabeth y Courtney Hennessey, ni a sus hermanos entre visita y visita. Había perdido la memoria de los años de enseñanza y de toda su experiencia. El único indicio que a veces alentaba a la familia era su persistente miedo a los caballos y el terror que experimentaba ante el más pequeño grupo de árboles. Pero con el transcurso de los meses estos miedos comenzaron a desaparecer y sus padres pudieron sacarla de paseo, sin venda, en un carruaje. En consecuencia la última esperanza se extinguió y Joseph trataba de reconciliarse con la idea de que su tímida y joven hija sería una niña durante el resto de su vida. Una sola vez le escribió a Elizabeth:

«Sería preferible que hubiese muerto, porque si bien su salud corporal se ha

restablecido y está volviéndose bastante rolliza, sus facultades mentales no se desarrollan. El único consuelo que tengo es que está aparentemente contenta, como lo era de niña, y juega y ríe como aquella niña, y es dócil y afectuosa, y por encima de todo, es feliz, con la inocencia de la infancia. Su fisonomía y sus colores son los de una niña pequeña. ¿Quién puede saber si esto no es para ella mejor que la madurez, y llega a ser vieja, amargada, desilusionada y triste, y plena de los temores de la madurez? Por lo menos nunca conocerá todo eso, nunca conocerá las pérdidas, el descontento, ni la desgracia. Está en el limbo del que nos hablaron los clérigos, es decir, en un estado de felicidad “natural” donde no hay tinieblas, ni temor, ni anhelos, sino solamente afecto, palabras amables y atenciones».

Rory escribió a Elizabeth que la familia esperaba regresar en primavera con Ann Marie. Los médicos habían aconsejado que la muchacha fuera alojada en «un cómodo retiro con aquellas otras infortunadas personas que nacieron en la misma condición, y donde ella recibiría cuidados profesionales, le enseñarían simples tareas y viviría entre seres que se hallaban en su mismo estado». Bernadette había aprobado con prontitud, pensando en la melancólica presencia de su hija en la casa, con enfermeras y constantes idas y venidas de médicos y «desequilibrios», tal como repetía Rory la expresión de su madre. Pero Joseph se había negado. Su hija viviría y moriría en su casa.

Elizabeth, en contra de su voluntad, estaba de acuerdo con Bernadette. Para Joseph la situación no era molesta, ya que rara vez iba a Green Hills, excepto algún fin de semana y durante las vacaciones. No tendría que soportar la diaria depresión que le produciría ver a las enfermeras y los boletines médicos. No tendría que ver diariamente a Ann Marie, y recordar su actual estado. No tendría que luchar con sirvientes recalcitrantes que se quejarían de la engorrosa presencia de una inválida, de las comidas especiales y de la autoridad de exigentes enfermeras. Todo aquello recaería sobre la gregaria, vital y activa Bernadette que odiaba las responsabilidades y especialmente odiaba la simple visión y el olor de la enfermedad, tanto en ella como en los demás. Si Ann Marie, en su presente estado, estuviera profundamente vinculada a sus padres, la cuestión sería distinta, pero Elizabeth había deducido que era igualmente feliz con las enfermeras y sirvientes del extranjero, no echaba de menos a nadie que no apareciese como de costumbre, y apenas reconocía a Bernadette y a Joseph. Una vez Joseph tuvo que permanecer en Londres por tres semanas, con Rory; cuando regresó, fue a visitar a Ann Marie, pero ella no lo reconoció en absoluto y estuvo huraña con él durante una semana. Esto, pensó Elizabeth, debió ser devastador para el padre.

¿Estaría castigando a Bernadette por lo que sospechaba, aunque no tenía pruebas?, se preguntaba Elizabeth. ¿Estaría castigándola porque ella nunca había sentido cariño por la pobre niña, y ésta era su venganza? Pero Elizabeth, que lo conocía mejor que nadie en el mundo, no podía contestar sus propias preguntas. Pensar en Ann Marie era como pensar en los difuntos, porque nunca más sería una

muchacha adulta, ni podría volver a ocupar su sitio con los seres vivos. Lo que vivía en Ann Marie no era el alma pensadora que especulaba, se maravillaba y vivía experiencias y goces, y hasta pesares. Era un espíritu simple, animal, natural, que jamás se desarrollaría, ni conocería el amor, ni extrañaría a nadie, ni gozaría de nada.

Algunas veces Elizabeth pensaba: ¿el cerebro de Ann Marie está definitivamente dañado, se habrá apartado de la vida y no regresará a ella? Existen personas extremadamente sensibles, que al ser cruelmente heridas no pueden afrontar la existencia tal cual es y desarrollan una pérdida de memoria o regresan a una infancia menos penosa, menos agonizante, menos exigente en su aceptación. Cuando vuelven a esa isla rosa rodeada de incesante luz solar, nunca más quieren abandonarla. Nadie podía contestar a las conjeturas de Elizabeth, porque nadie sabía. ¿Había impulsado Bernadette a su hija a retornar a aquellos días infantiles, ya que el futuro y el presente eran tan horribles para alguien como Ann Marie? ¿O habría sido, en verdad, un «accidente»? Bernadette no hablaría, naturalmente, y Courtney y Kevin habían sido bastante explícitos y sus relatos nunca variaron. Sin embargo, Elizabeth, altamente intuitiva, tenía la convicción de que ninguno de los dos jóvenes había relatado los hechos con claridad. Recordaba que Courtney había dicho que Ann Marie recuperó el conocimiento en los bosques, lo reconoció y habló con él, le preguntó dónde estaba y cómo había llegado allí, y le había dicho que lo amaba. No obstante, más tarde, cuando Elizabeth le pidió que se lo contara de nuevo, él la miró con ojos fríos y remotos, y dijo:

—Madre, debiste imaginarlo o interpretar equivocadamente mis palabras. Yo sólo dije que ella abrió sus ojos una vez; si me reconoció o no, lo ignoro. Inmediatamente cayó en estado comatoso.

En consecuencia, Courtney, que nunca mentía, le había mentado a su madre. La razón sólo podía ser adivinada por intuición, pero ésta podía ser errónea. En cualquier caso el estrecho vínculo entre madre e hijo había sido destruido. Si volvería o no a reconstruirse sólo era una conjetura. Para Elizabeth esto era más terrible que pensar en Ann Marie, que por lo menos no conocía el dolor y jamás lo conocería.

Mientras, Elizabeth observaba el lento y desolado paso del invierno y por fin la clara luz fría de febrero, las negras tormentas de marzo. La primavera siempre llega, se decía a sí misma, aunque no sean las mismas que conocimos en el pasado. La vida no se renueva realmente. Sólo resucita las hojas muertas del pesar, la pérdida y el sufrimiento y está teñida por ellas de modo que cada nueva primavera trae su propia remembranza triste, sus antiguos anhelos, sus viejos espasmos de dolor, y es oscurecida inexorablemente de tal manera, que su paso está lleno de sombras y carece de color, de significado, y la despedida no produce nostalgia. La mejor esperanza dada al hombre en la Biblia fue: «En la tumba no hay memoria».

La propia casa de Elizabeth estaba tan silenciosa y desértica como la de los Armagh, ya no existían las felices anticipaciones de encuentros con Joseph en Nueva York, ni las risueñas excursiones con él, ni las largas charlas ante un comfortable

fuego, ni yacía con él en una tibia cama entrelazados como dos árboles, ni su corazón daba brincos al sonido de su voz. Sólo en el amor hay una verdadera primavera, reflexionaba ella melancólicamente. Sólo el amor nos hace inmortales e inmunes al transcurso del vivir; sólo en el amor hay juventud y esperanza. Sin el amor, somos árboles calcinados en una selva de cenizas donde nada se mueve ni tiene esencia ni significado, y donde no hay ocaso ni amanecer del sol, sino un crepúsculo en brumas. Elizabeth no iba a Nueva York a conciertos, teatros ni tiendas. No era de la clase de persona que consigue amistades fácilmente, y tampoco las deseaba. En consecuencia se quedaba en su desértica casa contemplando el paso de las semanas, y vivía pensando en la primavera en que Joseph regresaría. Mientras tanto, su vida estaba en suspenso.

¿Volverían ella y Joseph a conocer la profunda confianza de la intimidad, del amor entregado con pleno abandono? ¿Se deslizaría entre ellos, traicionándolos el recuerdo de aquella desastrosa noche? Para Elizabeth esto no tenía importancia, siempre y cuando estuvieran juntos. Sólo las mujeres eran abyectas en el amor. Lo podían perdonar todo, la infidelidad, el insulto, el abandono y las acusaciones infundadas. Los hombres representaban para ellas más que las mujeres para los hombres, y ésta era probablemente la maldición que sobre ellas pesaba. Y se cumplía en su caso, ya que ella podía amar sin egoísmo alguno, perdonando todo.

A principios de enero Joseph cablegrafió a su hijo Rory:

VEN REUNIRTE CONMIGO EN LONDRES DÍA DIECISIETE DE ESTE MES.

Rory pensó que tal vez los médicos le habían dado alguna esperanza. No, esto no era propio del viejo. Tenía que ser otra cosa. Su padre no era de los que se conformaban con una «esperanza». Era demasiado realista.

Le dijo a su esposa Marjorie:

—Tengo que dejarte por algún tiempo, amor mío. Mi padre me pide que vaya a reunirme con él en Londres.

Marjorie dijo con entusiasmo:

—Llévame contigo. Me agradecería conocer a tu padre. Sí, querido, ya sé. Todavía tienes que terminar tus estudios y eres el favorito de papá y temes que se entere de que te casaste con una descendiente de Paul Revere. Haría perder tono a tu familia —se quedó pensativa y añadió—: me pregunto qué pensaría mi padre de todo esto. Realmente quisiera saberlo.

—Maggie, no seas avinagrada.

Marjorie sonrió dulcemente:

—Siempre es ésta la aplastante respuesta del hombre, y se supone que con ella calmará a su esposa —y arrojándose entre sus brazos, exclamó—: ¡Rory, Rory! ¡No dejes nunca de amarme! Recuerda siempre que estoy aquí, esperándote. Rory, sería

capaz de morir por ti. ¿No es esto algo que debería avergonzarme? Olvídalo. Bésame.

—Vosotras las mujeres exigís demasiado —dijo Rory con indulgencia ante el gran amor de ella—. Tenemos asuntos pendientes y solamente se te ocurre pensar que nos besemos.

—Y que nos amemos —dijo Marjorie—. ¿No dijo san Pablo que el amor está por encima de la fe y la esperanza? Olvídalo. Uno de estos días los hombres aprenderéis esta gran verdad, si antes no destruís el mundo.

—Oh, sí, claro, nosotros somos animales de presa, como todos los machos —dijo Rory. Poco después partía hacia Londres.

Rory supo que nada podía ser tan húmedo, oscuro, frío y triste como Inglaterra durante el invierno, tan deprimente, brumoso y humeante con aquel enjambre de chimeneas que constantemente escupían negro hollín y con un cielo apenas más claro. Sin embargo le gustaban las travesías marítimas y el barco era confortable y lujoso. Rory había acosado al «viejo». Charlie Deveraux para conseguir el pasaje de primera clase, aunque Joseph lo consideraba un «despilfarro». En consecuencia, Rory disponía de un magnífico camarote para él solo, con desayuno en la cama, y un sillón en el sector entoldado de la cubierta de paseo. Llevaba consigo sus libros de derecho y algunos de poesía e historia. Lo mismo que su padre, leía intensa y constantemente; esto sorprendía a los desconocidos, que no comprendían cómo teniendo una personalidad tan amable, risueña y accesible —sobre todo por su juvenil vigor, siempre dispuesto a participar en cualquier deporte—, podía ser tan aficionado a la lectura. Rory no se interesaba por los libros sobre política, aunque le gustaba la política en sí misma; en una oportunidad, su padre había dicho con su habitual sonrisa taciturna:

—No importa. Lo que en realidad interesa es conocer a la gente que controla a los políticos y decide el destino de una nación.

Rory había conocido a algunos de estos hombres en Nueva York y se reservaba sus opiniones.

Rory no era partidario de la modestia ni de la gente modesta.

—¿Por qué negar nuestras buenas cualidades? —solía decir.

Fue por eso que se las arregló para que el capitán del barco supiera que él estaba a bordo; de inmediato fue invitado a la mesa del capitán, un escocés con una rutilante barba roja, mostachos, cabello —y hasta el pelo que sobresalía de sus orejas— del mismo color. Sus ojos azules eran penetrantes, como taladros, pensaba Rory, tenía una gran nariz semítica y se apellidaba MacAfee; en la mesa, era galante con las damas y brusco con los hombres. Decidió que no le gustaba el estilo de Rory, descarado, demasiado sonriente, demasiado rico, demasiado cordial. Sin embargo, al tercer día ya no estaba tan seguro de que Rory fuera atolondrado, consentido y algo estúpido, y al quinto día, aunque su inicial antipatía no había desaparecido, pensó que

el muchacho era en cierto modo digno de ser vigilado, «aunque sea difícil determinar el motivo», le confió a su primer oficial, que también era escocés.

—Sonríe como un condenado sol radiante, sonríe todo el tiempo, bromea demasiado y camina como un bailarín, pero hay algo que no está nada claro, y hasta diría que es para desconfiar.

—Es irlandés —decretó el segundo oficial.

—Eso sí que es —dijo el capitán, enfurruñado, alisando su roja barba—. Y un papista, no cabe duda. Pero debemos recordar, muchacho, que al fin de cuentas es un celta, como nosotros —volvió a fruncir el ceño—. Conozco todo lo relativo a su padre; es un infame maldito, pero es un accionista importante de esta línea. Es una vergüenza, pero lo es.

A Rory tampoco le gustaba el capitán MacAfee, pero no era hombre que cultivase antipatías, inquinas y prejuicios, ya que consumían tiempo inútilmente, cuando había cosas más interesantes en que concentrarse. Sobre todo, en la presencia de una muy joven señora que se sentaba a su izquierda y que iba acompañada por una severa dama de mediana edad de enormes pechos sobre los que brillaban apliques de azabache, y un rostro como el de una fiera domesticada, de recelosos y negros ojillos «como un reptil», calibró jovialmente Rory. Muy pronto supo que la interesante joven era la señorita Claudia Worthington, hija del embajador de los Estados Unidos ante la Corte de Su Majestad la Reina Victoria. Había padecido un grave «enfriamiento» aquel invierno y acababa de restablecerse, pero no regresaba a su último curso de colegio en Nueva York, sino que iba a reunirse con «papá y mamá» en Londres, «para pasar el verano en Devon y París». La señorita Luky Kirby, la imponente arpía, había sido su institutriz y era su dama de compañía y su asistente personal.

Fue opinión de la señorita Kirby que la señorita Claudia era una «charlatana», y que había sido muy mal educado de su parte contestar a un desconocido aun cuando se sentara junto a ella en la mesa del capitán. Además, a juzgar por su vestimenta llamativa, sus «modales demasiado familiares» y su modo de reír cordialmente mostrando sus grandes dientes blancos, el desconocido era, sin duda alguna, un pícaro. Era demasiado alegre y afable para ser un caballero. Aun cuando supo quién era, la señorita Kirby irguió la cabeza con gesto desaprobador. Su opinión sobre Rory no cambió. En Norteamérica no era difícil adquirir vastas fortunas... para quien no tenía escrúpulos, y Joseph Armagh, según acostumbraban insinuar los periódicos hostiles, no se distinguía por los escrúpulos y «compraba y vendía políticos como caballos en una feria». El hecho de que su patrón, el honorable Stephen Worthington, tampoco tuviera demasiados escrúpulos, sino que, como declaró abiertamente el «New York Times», «compró» su cargo de embajador, no cambiaba la opinión de la señorita Kirby. Después de todo tenía una posición. Además, ella recibía un buen sueldo y su esposa era una gran dama. La señorita Kirby pensaba que el embajador conocía muy bien a Joseph Armagh, y lo visitaba con frecuencia en Washington. Sin embargo, cuando estaba en su hogar, en la mansión de la Quinta Avenida en Nueva

York, hablaba del señor Armagh con un tono que implicaba cordial desdén y hasta cierto temor. La señorita Kirby, que no era tonta, había aprendido que el desdén era asumido con la finalidad de ocultar otra emoción más siniestra; por esa razón había llegado a la conclusión de que el señor Armagh era un monstruo al que deberían expulsar del país después de haber sido convenientemente embreado y emplumado. ¡Y este joven que se sentaba tan a sus anchas y bromeaba con la señorita Claudia era su hijo! Era difícil soportar semejante atrevimiento.

Claudia tenía solamente dieciséis años, pero era demasiado sofisticada y avispada, ya que conocía la importancia de la posición y el dinero. Al principio Rory pensó que ella era afectada y poco educada ya que sus modales, aunque ceremoniosos, eran muy exagerados. Llevaba guantes todo el tiempo, y se los quitaba sólo a la hora de comer, para mostrar unas manos que no eran nada elegantes ni bonitas, con anchos nudillos. Pero Rory se dio cuenta muy pronto de que ella no era consciente de la tosquedad de sus manos y que llevaba guantes todo el tiempo para demostrar que era una dama y que también tenía una posición. Era alta y su cuerpo era demasiado delgado para ser perfecto; sus caderas no necesitaban acolchado para exceder el tamaño normal y tenían forma de ánfora, y Rory imaginaba que también sus piernas estarían en proporción. Suponía, además, que sus pechos habían sido aumentados con ciertos artificios para dar mayor realce a la muchacha. Su cintura era tan estrecha que seguramente un hombre podía abarcarla con dos manos, sin dificultad. Le gustaban las muchachas de talle delgado, aunque sabía que generalmente eran obtenidos a costa de dolorosa comprensión entre ballenas y prietas cintas.

Rory adoraba a las mujeres lindas. Ni siquiera el amor que sentía por su esposa Marjorie había logrado disminuir su veneración por el otro sexo ni le había hecho rechazar insinuaciones de naturaleza amatoria de cualquier mujer deliciosa. Conocía perfectamente su propia naturaleza, y no pensaba que esto fuera una infidelidad hacia Marjorie. Amaba a Marjorie y nunca amaría a ninguna otra, se decía a sí mismo y, curiosamente, esto era absolutamente cierto. Sin embargo un poco de galanteo con alguna encantadora mujer que fuera propensa a ello no perjudicaría su devoción por Marjorie. Nunca tuvo la menor intención de permanecer totalmente fiel a Marjorie, aunque durante los primeros meses este pensamiento no era consciente.

Al principio, pensó que Claudia Worthington no era atractiva, ni mucho menos, sino que su aspecto era «exótico», pero no estaba seguro de que le gustase el «exotismo» en las mujeres. Tenía un rostro anguloso, de pómulos anchos y profundos hoyos debajo de ellos, una nariz recta y algo arrogante, una ancha boca rosa y ojos sesgados que le hicieron pensar en una «oriental». Eran de un color insólito, de oscuro castaño verdoso. Sus cejas eran demasiado gruesas y negras y casi se juntaban sobre el caballete de su nariz, y también eran oblicuas. Tenía un mentón recio y obstinado con un hoyuelo. Su cuello no era grácil y terso, como debería ser el de una muchacha, sino que tenía un matiz cetrino y cuerdas visibles. Su cabello era castaño

oscuro, espeso y brillante como la piel de un animal bien nutrido, denso y abundante, y por esto no necesitaba ningún artificio para que se levantara impresionantemente alto sobre su estrecha frente en el nuevo estilo Pompadour, y los dos largos bucles que colgaban sobre sus hombros eran también «legítimos». Vestía con gusto instintivo y no con esa tendencia de las jóvenes a ajustarse a la moda del momento. Sus vestidos eran lujosos pero sin ostentación, y sus joyas se adecuaban a su edad. Llevaba aretes de oro y casi siempre una corta sarta de perlas finamente parejas, y un anillo con una perla rodeada de ópalos.

Para la diversión, para episodios de flirteo, por inocentes que resultasen, Rory prefería, como su padre, las mujeres frívolas, pero por una razón enteramente distinta. La preferencia de Joseph surgía del hecho de que consideraba a la mujer únicamente como un objeto para satisfacer su deseo de inmediato placer y después olvidarla. Pero a Rory le gustaban las mujeres parlanchinas porque por lo general poseían gracia, buen humor y sentido común, y nunca se «ataban» a un hombre, ni esperaban de él más de lo que realmente estaba dispuesto a dar.

Rory decidió inmediatamente que Claudia no era una muchacha de este tipo, que no era bonita —al estilo que le agradaba—, y que tenía la costumbre de abrir sus ojos exageradamente, cosa que podría haber resultado encantador en una muchacha más dulce pero que en Claudia se convertía en una mirada fija, dura y no precisamente atractiva y, por añadidura, las gruesas cejas, demasiado bajas, le daban un aspecto más bien ceñudo aun cuando los labios sonriesen. El primer día Rory pensó que se trataba de una chica adusta y decidió ignorarla.

Después, a la hora de la cena, quedó sorprendido. No se debía a que llevase nada extraordinario. El vestido —de seda malva con un corpiño incrustado en perlas— tenía clase y realzaba su figura. Era otra cosa. Descubrió que apenas podía apartar la vista de aquella muchacha, que no era nada linda, con el hinchido labio inferior tan rosa y el perfil carente de provocación. Precisamente cuando acababa de decidir que era totalmente ordinaria, se sorprendió pensando: «¡Caramba, es exótica, cautivadora, insólita!». Al instante siguiente ella volvía a ser una colegiala de vacaciones, charlando sobre algo insustancial con una voz más bien ligera, casi pueril. Tenía un amaneramiento a modo de latiguillo que la hacía hablar demasiado velozmente, de modo que sus palabras brotaban ensartadas y repentinamente se detenía para recobrar el resuello. Algunas veces su voz resultaba inaudible aunque sus labios continuaran moviéndose rápidamente.

Era esta cualidad suya —de aparecer trivial en determinado momento y desmedidamente misteriosa al instante siguiente, sin el menor cambio en sus facciones— lo que resultaba fascinante. No empleaba artificios para atraer, ni coqueterías estudiadas. Rory había oído hablar de encanto, y consideraba exquisita a Marjorie, pero supo que existía un atributo irresistible, realmente encantador en todo su pleno significado y que no tenía nada que ver con la belleza ni ningún otro atractivo, ni gracia de carácter. En aquellos momentos la falta de belleza de Claudia

aumentaba aquel magnetismo de modo que el observador quedábase febrilmente preguntándose qué era lo que la hacía tan sorprendente, tan fascinante, tan capaz de atraer las miradas. ¿Era su expresión, sus ojos, su sonrisa, sus modales? Nada de eso. Era algo espontáneo, pero la muchacha parecía no estar enterada.

Pero Rory advirtió que el capitán y los otros comensales estaban tan perplejos como él mismo ante aquella indefinible pero poderosa cualidad. No era un atractivo sexual, ni implicaba sexualidad. Estaba allí, simplemente; era un arma temible y arrobadora. Era misterioso, a pesar de que quien la poseía no era misteriosa en absoluto.

En los días que siguieron Rory intentó sondear el secreto de aquel encanto sin artificio, pero era algo imposible de conocer o analizar. El carácter de la muchacha no impresionaba por hondura, intelecto, bondad ni simpatía. Era, de hecho, algo insípido, sin pasión ni sutileza. Pero también alentaba una dureza, una perversa decisión, un ensimismado envanecimiento, que podían resultar desagradables. Había también indicios de codicia y exigencia. No obstante, Rory pensaba: «¿Qué es lo que tiene ella?». Cuando ella concentraba sobre él aquel encanto, consciente o no, parecía la más adorable criatura del mundo, deseable por encima de todas las otras mujeres, y se sentía aturdido. Ahora comprendía a esos tontos varones que renunciaban a tronos, honores, familia, tradición, obligaciones y orgullo por mujeres como aquélla.

Pero Rory esperaba de una mujer algo más que aquel intimidante y sin embargo irresistible encanto. A la mañana y al anochecer paseaba con Claudia por la cubierta—ella lo encontraba delicioso, como le había dicho desafiantemente a la señorita Kirby—; Rory embutido en prendas de abrigo y Claudia en pieles; la señorita Kirby los escoltaba, como un silencioso y censurante granadero, en larga capa de lana forrada y esclavina de marta cebellina. Rory, el político, sabía que era necesario cultivar el trato de todos cuantos fueran importantes, y Claudia era importante y, aunque a partir del quinto día lo aburría hasta el bostezo, seguía siendo galante con ella. Parloteaba, y por lo general de ella misma, sus ropas, la gente que conocía, su colegio, sus amistades, su familia, su «distinguido» padre, lo que él le había dicho a la Reina y lo que Su Majestad le había respondido, su próxima presentación ante la Reina, vestida de blanca seda y plumas, cómo la Princesa de Gales había elogiado el vestido y las joyas de Navidades de su madre, caballos, perros, su gato favorito y las pesadas lecciones que la señorita Kirby presidía cada mañana después del desayuno. Si Rory trataba de introducir otro tema, tal como libros o viajes, ella lo miraba con impaciencia y decía con voz ligeramente petulante:

—¿De veras? ¿No crees que París está demasiado visto? ¿Te conté lo que me dijo Angela Small, la muy descarada, antes de que yo me enfermara? Fue demasiado maligno.

Pero Rory se dio cuenta de que ella nunca se equivocaba al mencionar la posición social de las personas que nombraba, así como su importancia social. Si tenía pensamientos poéticos, o se había dado cuenta del mundo de la naturaleza y de la

belleza que la rodeaban, no parecía evidente. ¿Música? Le gustaban Gilbert y Sullivan, lógicamente, como a todo el mundo. La ópera era pesada. (Empleaba este término para cualquier cosa que no atraía su interés o le resultaba vulgar). Su mundo era ella misma, ante todo. Todas las cosas y personas giraban en torno a ella. Aceptaba este hecho con complacencia, y nunca lo ponía en duda. Mientras Rory no la mirase directamente quedaba inmune a su encanto, su misterioso hechizo y fascinación. Entonces era tan sólo una colegiala inefablemente pesada y algo estúpida, engreída, incapaz de formarse un buen juicio sobre los demás —excepto cuando servía a sus propios intereses— y materialista hasta tal punto que al mismo Rory le resultaba repulsivo. Con sólo mirarla quedaba subyugado, aunque su intrínseco desagrado por ella no disminuía. En realidad, se acrecentaba, ya que la atracción que ella ejercía sobre él le desagradaba y hería su propio orgullo. Comenzó a realizar pequeñas maniobras para esquivarla, pero ahí estaba a las horas del almuerzo y la cena, y siempre lo encontraba para dar paseos, y así al fin se dijo a sí mismo: «¡Vaya, esta majadera me está verdaderamente persiguiendo!». Su orgullo varonil se sentía halagado, pero deseaba que ella tuviera algo de auténtica inteligencia y no emplease los lugares comunes que había aprendido en su colegio y en su ambiente social, y que tuviera simplemente algún que otro pensamiento original de vez en cuando.

En la fiesta de despedida dada por el capitán poco antes de la llegada a Southampton, apareció vestida de raso y encajes rosa y era tan dominante que difícilmente un hombre podía apartar sus ojos de ella, y Rory pensó: «Es el objeto más hermoso del mundo, y sin embargo no tiene un solo rasgo bonito ni una pizca de seso en su cabeza». Ella estaba contenta de que la gente creyese que tenía por lo menos dieciocho años, y le encantaba informarles que todavía no «había sido presentada en sociedad», añadiendo que dentro de dos meses cumplía los diecisiete.

Claudia y la señorita Kirby fueron recibidas en Southampton por dos de los agregados del embajador. Claudia los presentó amablemente a Rory, y comentó que su querido papá era el famoso Joseph Armagh; Rory fue invitado a acompañar al grupo en su vagón especial hasta Londres. Pero Rory, por el momento, ya había visto demasiado a la señorita Worthington, por más encanto que tuviera, así que se disculpó apresuradamente y desapareció. En cierto modo, mientras estaba instalado en el vagón de primera clase del tren hacia Londres, sintió que su despedida tuvo algo de fuga, y pensó en Marjorie, que tenía inteligencia, ingenio y percepción, y una encantadora profundidad de carácter y simpatía. El tren era frío, pero el pensamiento de Marjorie lo entibió, sacó su estuche de correspondencia y le escribió allí mismo una carta. Era muy fervorosa y Marjorie sintióse colmada de dicha al recibirla, aunque se sonrojó ante alguna de las insinuaciones.

Rory esquivó a Claudia y a su grupo en la gran estación ruidosa y humeante de Londres, subió a un simón y se dirigió al oscuro aunque suntuoso hotel en el que Joseph se alojaba habitualmente. Tal como Rory había pensado, el día en Londres era

húmedo, lluvioso y oscuro, y una neblina planeaba en girones cubriéndolo todo, y los negros paraguas relucían en las transitadas calles y los ómnibus chapoteaban a través de charcos y predominaba la fetidez del gas de alumbrado. Hasta las tiendas iluminadas lucían tristes y sombrías.

El hotel era enorme, antiguo y confortable y felizmente había un buen fuego en el hogar del vestíbulo así que el interior era un poco más tibio que el exterior. Estaba adornado con terciopelos rojo oscuro y caoba y espejos en marco de dorado antiguo, y todo estaba en silencio como en una catedral. Subió a la «suite» habitual Armagh en el tercer piso, en el dorado y crujiente ascensor que era elevado y bajado mediante cables. ¿Por qué su padre elegía aquel hotel, cuando había otros mucho más alegres en Londres? Nunca supo que cuando Joseph entraba en aquel vestíbulo, estaba realmente huyendo de una cabaña agrietada y remendada en Irlanda, y que había escapado por escaso margen a los criminales enemigos por los negros senderos cercanos.

La «suite» era enorme, y también allí había un fuego bien nutrido que caldeaba deliciosamente. Rory sabía que su padre no soportaba el frío, pero no conocía la razón. Vio de inmediato que Joseph había envejecido mucho, y estaba más flaco que nunca, aunque comedido como siempre. Las anchas vetas de gris blanquecino en su espeso cabello rojo habían aumentado. Recibió a su hijo como si lo hubiera visto el día anterior. Pero Rory preguntó:

—¿Cómo está Ann Marie? ¿Ella y mamá están contigo?

—Están en un sanatorio de París —dijo Joseph—. ¿Ann Marie? Sigue igual. Sonrosada, saludable y floreciente —hizo una pausa bajando la vista—. Nunca recobraré la memoria. Ya nos hemos conformado —su hermético semblante no cambió, pero había un hundimiento en torno a su boca—. Estoy aquí sólo por unos días, Rory. De negocios. Ya es hora de que seas presentado a... a los hombres que importan.

—¿Los que conocí en Nueva York?

—No. Tú solamente viste a los norteamericanos. Ahora conocerás a los internacionales que... —se interrumpió. Después reiteró—: Los hombres que importan.

No dio más explicaciones. Consumieron una suntuosa cena en su comedor privado y Rory notó que su padre comía muy poco. Aunque esto era casi habitual en él. Apenas probó el vino, que Rory bebió con gusto, mientras su rubicundo rostro se ponía cada vez más colorado. De vez en cuando su padre lo observaba agudamente. Los leños chisporroteaban; el aroma de buey asado, el budín de Yorkshire y el pastel de riñones eran reconfortantes.

A Rory le gustaba conseguir que su padre sonriese y olvidara su expresión taciturna. Así que con su estilo vivaz y divertido le contó lo referente a Claudia.

—¿La hija del embajador? —dijo Joseph mostrando algún interés—. ¿Una chiquilla tonta, dijiste? El embajador es un cerdo inmundo.

Era raro que Joseph calificara a alguien tan agresivamente, así que Rory se sintió interesado.

—Yo pensaba que era un viejo amigo tuyo, papá.

—¿Amigo? Yo no tengo amigos —dijo Joseph. Estudió su copa de vino, todavía llena—. Excepto, quizás, Harry Zeff y Charles Deveraux. Tengo... relaciones y conocidos. Recomendé a Steve a determinadas personas y al Presidente. Me debe mucho.

—¿Si tienes una opinión tan baja de él por qué lo recomendaste? —quiso saber Rory, siempre inquisitivo.

Joseph lo miró con refrenada impaciencia.

—¿Todavía no has aprendido, con lo que te he dicho, que la política es algo enteramente separado de las personalidades, muchacho? ¿Acaso crees que yo y los hombres que conozco, vamos recomendando a hombres buenos de integridad y temple? No seas tonto, Rory, y no me decepciones. Tales hombres no servirían en absoluto para nuestros propósitos. Seleccionamos a los hombres que nos servirán. El embajador tiene influencia en el otro partido, también, porque es un hombre rico, aunque no me gustaría verlo en compañía de mi hija —pensó en Ann Marie y su rostro se ensombreció—. Ni con un joven hijo mío. Puede ser útil, cuando te presentes a candidato para el Congreso, dentro de unos años.

Saciado, cómodo y soñoliento, Rory se reclinó en su silla y sus claros ojos azules eran aparentemente cándidos.

—Papá, ¿para qué quieres que yo sea congresista, luego senador, quizá, o gobernador, o, como solías decir, presidente de los Estados Unidos?

Sonrió como si acabase de decir un buen chiste, pero su padre le dirigió una de sus fieras miradas y Rory dejó de sonreír.

—Creía habértelo dicho —dijo Joseph con lentas pero enfáticas palabras—. La nación que no me quiso aceptar ni a mí ni a mi familia, la nación que me rechazó, la nación que me despreció... aceptará a mis hijos como diputados, senadores o lo que sea. Ésta será mi... —y se detuvo para saborear un poco de vino.

Rory se sentía molesto.

—Pero ahora ya has sido aceptado, papá. Hace mucho tiempo.

—Nunca habrá eso de «hace ya mucho tiempo» —y los largos dedos delgados de Joseph se crisparon sobre la mesa—. Para nosotros, los irlandeses, los recuerdos son muy tenaces.

Y muy sombríos también, pensó Rory, que no tenía ningún recuerdo tenebroso ni remembranza de ningún dolor. Conocía la historia de su padre ya que Joseph se la contó con frecuencia. Pero, pensaba Rory, ésta es la historia de muchos inmigrantes en Norteamérica, judíos, católicos, esperanzados protestantes pobres, agricultores de la Europa oriental. Ellos no conservaban «tenaces y malos recuerdos». Simplemente, estaban agradecidos por hallarse en Norteamérica. Las cejas bronceadas de Rory se fruncieron en meditación. Era posible que ellos no poseyeran el inflexible orgullo del

irlandés, o la sensibilidad irlandesa. «Bueno, en todo caso, yo no», pensó Rory, que estaba orgulloso de su raza y había tropezado con escasos insultos en su amparada vida, y hasta los encontró hilarantes.

—Cuéntame de esta chica Claudia —dijo Joseph, y Rory se asombró.

Parecía una petición pueril por parte de su indómito padre, y hasta un poco indigna de él. Pero Rory rara vez interrogaba a su padre, ya que Joseph tenía siempre sus motivos. Por ello, Rory habló jocosamente de Claudia Worthington y no percibió que Joseph le escrutaba atentamente y que, en ocasiones, se absorbía los labios como sumido en honda cavilación. Algunas veces sonreía, mientras observaba cómo Rory, un poco bebido, daba una muy pintoresca descripción de la damita y trataba de describir su cualidad fascinante y evasiva.

—Entonces quedaste impresionado por ella —dijo Joseph.

Rory meditó unos instantes.

—No es linda, pero, de pronto, es más que hermosa. Todavía no ha cumplido los diecisiete. Algún día, quizás será una mujer notable, aunque tiene menos sesos que un mosquito.

—Los sesos no son necesarios en una mujer —dijo Joseph—. De hecho, son desventajosos para nosotros. Debiste haber aceptado su oferta del vagón particular.

—¿Por qué?

—¡Maldita sea! ¿Es qué resultará preciso que te explique el significado de cada palabra, joven idiota?

El comedor estaba ahora más que caldeado y lleno del aroma de la comida, del vino y de las flores primaverales. Repentinamente, Rory sintió frío, hasta estremecerse, con un presagio agorero.

Joseph se puso en pie y Rory alzó la vista mirándole. Dijo Joseph:

—Yo creía haberte enseñado que nunca debes dejar pasar una sola oportunidad de progresar y a hacer uso siempre de la más pequeña ocasión. La hija del embajador no es una pequeña oportunidad. Recuérdalo.

«¿Qué diablos quiere decir?», pensó Rory. «¿Acaso quiere que le sirva a ella de caballero acompañante por todo Londres? Lo puedo hacer sin demasiado esfuerzo, y quizás hasta con un posible y leve disfrute. Estoy dispuesto».

Pero Rory vio los ojos de su padre fijos en él con intensidad y comprendió que Joseph estaba pensando en algo distinto, y conspirando ya.

—La esposa del embajador —expuso Joseph— está lejanamente emparentada con la Casa Real británica. Conserva bien esto en la mente. El embajador dará un baile muy pronto para la presentación en sociedad de su hija, según tengo entendido. Ella heredará de su madre una fortuna considerable, y de su padre todavía más, y es hija única. Tiene tíos con gran influencia en Washington, Londres, Berlín y Roma. Nunca olvides esto. Hemos sido, naturalmente, invitados al baile.

Como si la mirada fija y aturdida de Rory fuera excesiva para tolerarla, Joseph abandonó bruscamente el comedor. Rory siguió inmóvil, muy reclinado en su silla.

Volvió a rellenarse la copa. Miró en derredor, ceñudo. Ahora ya sabía sobradamente lo que su padre quería significar.

Súbitamente deseó ver a Marjorie, mantenerla apretada en sus brazos, besarla y acariciarla, aspirar el aroma a azucenas de su brillante pelo negro, oír su voz burlona, tocar sus pechos, mirar en sus ojos. «Maggie, Maggie», pensó, «nada podrá separarnos jamás, cariño. Mi pequeña y temeraria Maggie». Era el vino, naturalmente, pero sus ojos se llenaron de lágrimas, y se estremeció de pies a cabeza aunque el fuego ardía con mayor fuerza. Por vez primera en su vida conoció el pleno significado del miedo.

III

—Éste es el sitio donde regularmente se reúne en Londres el Comité de Estudios Extranjeros —dijo Joseph.

Rory conocía todo lo referente al comité internacional de estudios extranjeros ya que contempló su discreta sede norteamericana desde el exterior, en la Quinta Avenida en Nueva York. Nada hacía ostentosa su presencia. Su padre se la señaló cierto día, diciéndole:

—Aquí y en sus sedes en otras capitales reside el verdadero poder del mundo, y aquí es donde se decide lo que hará el mundo.

—Sin tener en cuenta las elecciones y la voluntad del pueblo, naturalmente —había dicho Rory.

Su padre le había mirado agudamente con desagrado.

—No seas tonto, Rory. Algunas veces hablas como un niño. ¡Elecciones y voluntad del pueblo, por el amor de Dios! ¿Cuándo tuvieron jamás la menor importancia?

—Yo creo —replicó Rory— que una vez contaron y existieron en Atenas, en Roma y Jerusalén y Alejandría, y quizá también en Norteamérica y en Inglaterra.

Joseph había reído sinceramente.

—¿Y puedo preguntarte por cuánto tiempo, mocito? No seas tonto —volvió a repetir—. Yo espero mucho de ti, jovencito, a pesar de tus preguntas inocentes que no son en absoluto inocentes. Deja de jugar conmigo. Me haces perder el tiempo.

Por más penetrante que fuera su perspicacia, que era formidable, no había notado que los párpados inferiores de Rory se habían aflojado, dilatándose sus ojos como los de un niño, y no supo que cuando esto ocurrió Rory se reservaba su opinión, que podía ser tan inmutable como la suya propia, y tan peligrosa y secreta.

Rory supo que el Comité de Estudios Extranjeros tenía cerca de trescientos miembros en casi cada nación del mundo, todos ellos banqueros o industriales, políticos y financieros, y que disponían de lugares de reunión en cada capital y que todas aquellas reuniones eran discretas, sin la menor ostentación, y que el público en general las ignoraba. El sitio de reunión en Londres era una antigua y decorosa mansión de piedra gris propiedad de un banquero británico que vivía solitario y era considerado un solterón por sus vecinos. Ninguno de aquellos hombres buscaba publicidad. Vivían una existencia privada que era conocida por su filantropía así como por sus apacibles vidas familiares. Todos ellos tenían fortunas «particulares», o dejaban saber de manera casual que estaban sumidos en sus profesiones, interesándose ligera y ocasionalmente en la política o el arte, o dedicándose «a un poco de finanzas, por amor de la familia, ya sabe». Muchos de ellos tenían hijos en el gobierno, en la industria, en la Armada o el Ejército, o en las profesiones influyentes. Algunos eran abiertamente conocidos como grandes financieros, especialmente en

Norteamérica donde la posesión de una fortuna era considerada similar a la santidad, y en Zurich, donde prevalecía la misma opinión. Pero nadie conocía realmente quiénes eran, excepto ellos mismos.

Controlaban intereses en casi todos los periódicos importantes del mundo, asalariaban escritores para estos periódicos y disponían de jefes de redacción para elaborar los artículos de fondo. Eran los verdaderos propietarios de las casas editoriales, de las revistas y de todos los medios que orientaban la información pública. Eran los que verdaderamente designaban los gabinetes presidenciales en los gobiernos de casi todas las naciones. Controlaban las elecciones, sembraban sus propios candidatos, los financiaban por doquier en el mundo. Cualquier presuntuoso o intrépido personaje que no contase con su aprobación era hostigado en la prensa y discretamente infamado, o «puesto en la picota». Los mismos políticos desconocían con frecuencia quién los promocionó y quién los destruyó. Hasta los presidentes solían ignorarlo. Reyes y emperadores, algunas veces, estaban vagamente conscientes de la momentánea sombra que cernía sobre sus tronos y decidía los destinos de sus naciones. Muchos estaban completamente convencidos de que si denunciaban esta sombra serían exilados, o quizá asesinados. La garra en los acontecimientos no era de hierro, pero era igualmente contundente y persuasiva, tan blanda y silenciosa como la niebla que ocultaba ejércitos invencibles. Nunca eran mencionados en la prensa con referencia a la política, las guerras u otras actividades gubernamentales. Nunca daban una opinión públicamente, excepto a través de sus maniqués, que eran cuidadosamente seleccionados por su popularidad ante la masa general. Quizás los papas fueran los únicos que sabían quiénes y qué eran, ya que también el Vaticano tenía puestos de escucha en cada capital, pero, por una coincidencia peculiar, si un Papa insinuaba lo que sabía, en determinadas naciones se iniciaba un movimiento anticlerical y el Papa se encontraba en una situación casi desesperada. Una abierta revelación, una encíclica sincera, podía dar por resultado no solamente convulsiones anticlericales en diversos países y destierros de religiosos, sino también terror y derramamiento de sangre. Había sucedido varias veces en el pasado y los papas lo sabían. Había ocurrido en Francia en 1794. Recientemente, volvió a ocurrir en Francia. Posteriormente sucedió en Alemania y en naciones sudamericanas, y ahora estaba amenazando a España y a Portugal. Los poderosos e invisibles mandos tenían numerosas armas y nunca vacilaban en usarlas contra reyes, emperadores, príncipes, papas y presidentes. Algunas veces bastaba con poner de relieve un acontecimiento. Otras, eran necesarios los golpes de estado. Pero, sea cual fuere el método era empleado implacable e invenciblemente, no solamente como un castigo sino como una advertencia para los demás. La revolución era una de sus armas, así como los «levantamientos populares», los incendios intencionados y los ataques contra la ley y el orden.

Rory conocía todos los detalles acerca de este Gobierno Invisible que decidía los destinos de las naciones, su supervivencia o su destrucción, ya que su padre se lo

había revelado. Además, había estudiado Ciencias Políticas en la universidad y, aunque no revelaban a los verdaderos enemigos de la humanidad, de su paz y de su seguridad, al menos lo insinuaban.

—El mundo realmente existe sólo sobre la base del dinero —había explicado un profesor a sus alumnos—. Es un hecho de la existencia humana que debe ser reconocido, por mucho que podamos protestar. Algunos llaman a esta realidad y sus manifestaciones, comercio. Otros la califican de política. Otros, de «movimientos espontáneos del pueblo». Algunos la llaman «cambio revolucionario de gobiernos». Otros la denominan guerras santas en defensa de la libertad. Pero todas estas manifestaciones son implacablemente planeadas por los hombres que realmente nos gobiernan y no por nuestros gobiernos, ostensiblemente elegidos. Todo es cuestión de dinero. Hasta el más espiritual de los idealistas, el menos terrenal, llega eventualmente a encontrarse con este hecho cara a cara. Si puedo ser empleado será financiado. Entonces él mismo se engaña a sí mismo diciéndose que «personas dignas y compasivas», o lo que sea, han venido en su ayuda en nombre del pueblo. Si no recibe plena aprobación, si honestamente cree que debería haber otras motivaciones para las energías del hombre además de la simple codicia... si cree que la naturaleza del hombre puede ser exaltada hasta heroicas proporciones... entonces es destruido por la burla y la ignominia pública y se sugiere que es un demente. Si es un auténtico héroe, su destino es mucho peor: la oscuridad. Su nombre nunca será mencionado en los medios públicos de comunicación. Lo que diga o escriba nunca será conocido por el pueblo. Está confinado en el Limbo.

Rory pensaba que con Cristo habían intentado lo mismo, a través de los siglos, pero no lo lograban, y quizás nunca lo lograrían. Lógicamente, hicieron uso del nombre de Cristo durante épocas enteras, y fueron considerados como caballeros cristianos, pero ni siquiera este ardid tuvo éxito. Bien, no con demasiada frecuencia, de todos modos. Rory tenía sumo cuidado en no dejar que sus conclusiones fueran conocidas por su padre, aunque más que sospechar, estaba convencido de que Joseph despreciaba a los hombres con quienes estaba asociado. Rory estaba más indulgentemente propenso a considerarles, no como odiosos, sino como asesinos que podían ser derrotados en su propio terreno y con sus mismas armas. Su padre hubiera podido demostrarle que era absurdo pensarlo, pero Rory nunca le confiaba éstas u otras ideas, porque poseía la arrogancia de la juventud y la seguridad de ser listo y omnisapiente. Rory estaba convencido de que en algunos aspectos aquellos hombres formidables eran ridículos.

Sus fáciles opiniones fueron algo más que zarandeadas durante la reunión en Londres. Ya nunca más volvería a ser el mismo en sus conclusiones, y envejeció durante aquellas horas. De todos modos, no se lo dijo a su padre. Temía que Joseph pudiera enfadarse con él, o peor aún, considerarle un necio ignorante. Nadie en el mundo ejercía sobre Rory tanta influencia como Joseph, ni siquiera Marjorie. Si hubiera hablado claramente con Joseph después de aquellas horas en el sitio de

conferencias del Comité de Estudios Extranjeros, su propia vida habría sido enteramente distinta. Su muerte habría podido convulsionar al mundo. O quizás no habría servido para nada. El público, como siempre a través de interminables siglos, prefería la satisfacción de sus vientres, las sensaciones agradables, las emociones femeninas y sus pequeñas comodidades cálidas, a dedicarse a investigaciones y meditaciones. Los hombres del Gobierno Invisible eran mucho más sensatos en su comprensión de la naturaleza humana que los hombres que animosamente creían que la humanidad podía ser elevada, podía ser totalmente humana.

—Dadle un hueso a un perro y lo masticará alegremente sin enterarse de lo que sucede a su alrededor —oiría decir Rory aquel día en Londres—. Ni le importará en absoluto.

Ellos suministraban los huesos, como finalmente comprendió Rory, y los hombres buenos que protestaban eran reducidos al silencio por huracanes de irrisión pública, o eran asesinados.

El Gobierno Invisible controlaba la opinión pública sobre los asesinatos. Algunas veces hacían del asesinado un héroe, atribuyéndole opiniones que únicamente confirmaban sus propios poderes. Todo lo que había deseado informar a su pueblo era ahogado bajo una ducha rosa de sentimentalismo, o era utilizado contra aquellos que estuvieron de su lado para combatir a los enemigos de su nación.

Rory aprendió todo esto aquel día de enero en que conoció a los hombres peligrosos en Londres y comenzó a comprenderlos. No hablaban de «asesinatos» porque eran caballeros delicados y decorosos. Pero estaba implícito. No hablaban de controlar gobiernos. Hablaban de «información» y «orientación» a los gobernantes.

Los hombres que Rory había conocido en Washington y en Nueva York eran ruidosos y descarados, tenían las francas exigencias norteamericanas y sabían reírse de ello. Pero los hombres que conoció en Londres eran completamente distintos y no había norteamericanos entre ellos. Además, no tenían sentido del humor. El dinero, como descubriría Rory, no tenía nada de humorístico. Era la cosa más seria del mundo, por encima de cualquier dios que el hombre hubiera soñado o conocido jamás.

Joseph presentó a Rory como «mi hijo, de quien ya les he hablado con anterioridad». Contempló a Rory con orgullo, aunque esperaba que sus colegas no lo considerasen demasiado ostentoso, decorativo, guapo, joven y, posiblemente, superficial. Porque Rory iluminaba la sala inmensa y oscura como un cohete en el crepúsculo inglés, con la luz de gas que se reflejaba en su cabello rojo y oro, su rubicundo rostro y su amplia sonrisa afable. Había un fuego de chimenea en cada extremo de la húmeda sala, una larga y ovalada mesa que brillaba como raso opaco y tétrico y, en torno a ella, una serie de individuos que le escrutaban con caras uniformemente impasibles.

No eran, lógicamente, los mismos hombres que Joseph había conocido tiempo atrás, cuando era más joven que Rory, excepto media docena de ellos, que por

entonces eran jovencísimos. Pero los demás eran hijos de los anteriores o sus inmediatos sucesores. Para Joseph sus rostros no habían cambiado en absoluto. Todos aparecían circunspectos, grises, compactos, sin misericordia, mortíferos, sus ojos apenas tenían vida en sus frías caras y sin embargo lo veían todo. Ninguno de ellos tenía raza o característica racial. El caballero de Londres era casi el gemelo del caballero de San Petersburgo y el caballero de Estocolmo se diferenciaba escasamente del procedente de París. Ninguno de ellos vestía a la moda. Todos tenían manos muy quietas con uñas tenuemente arregladas y pocos llevaban anillo. El anonimato era su adorno, su deseo, su uniforme. Cada uno llevaba en su corbata negra una perla grande, y Rory, al mirarles, pensó que debían comprarlos por gruesas, en Cartier. Todos podían tener cuarenta años, u ochenta, aunque ninguno estuviera grueso, arrugado, ni fofo.

Rory, de pronto, dejó de sonreír con soltura a uno y otro. No lo asustaban ni lo desconcertaban. No le hacían encogerse ni sentirse demasiado joven o insolente. No le causaban malestar alguno, porque tenía la sensación de que nunca en su vida había enfrentado tanta fuerza concentrada y tanto poder. Simbolizaban algo inhumano para él, y por este motivo tenían que ser vigilados y examinados con atención. Era necesario contrarrestar la maldad humana previniéndose y armándose contra ella. Pero aquellos hombres ni siquiera eran malvados, pensó. Estaban, como dijo Nietzsche, por encima del bien y del mal. Existían. Eran amorales, no inmorales. Probablemente tenían tripas de acero, pensó, y no intestinos normales.

Los miró uno por uno, relajó sus párpados inferiores, dilatando sus ojos, dándoles aquella sencilla mirada infantil que a veces enojaba a Joseph. Joseph escrutó en torno a la mesa, sintiendo leve calor en su cara, en la expectación de ojos que rechazasen, con el temor de que descubriesen que Rory era indudablemente demasiado joven, demasiado hueco, demasiado pintoresco, para sus gustos y aceptación. ¡Rory tenía ahora aspecto de colegial! Podía ser —pensó Joseph, humillado— un insípido joven frente a sus maestros esperando, mediante encanto y sonrisas, cambiar un juicio riguroso. Su mirada cordial iba de uno a otro, placenteramente, aunque con una especie de insensata expectación, pensó Joseph, que deseó haber demorado aquella presentación unos años más.

Entonces se dio cuenta de que todos estaban mirando únicamente a Rory y que un esbozo de movimiento les había rozado como si se hubiesen erguido un poco en sus sillas. La más leve de las sonrisas se insinuaba en algunos labios descoloridos. Era imposible decir quién era el cabecilla de aquella organización, pero uno de ellos miró a Joseph, casi con benevolencia, y dijo:

—Resultará bueno, creo yo. Verdaderamente sí, pienso que resultará muy adecuado. Bienvenido entre nosotros, señor Rory Armagh.

—Son todos unos bastardos —le había dicho Joseph a su hijo—. Son, sin duda alguna, los más perversos sujetos en la tierra, aunque estoy seguro que les asombraría oír decir que son malvados. Hasta casi se sentirían ultrajados. Muchos de ellos, estoy

seguro, hasta creen en Dios y hacen donaciones a iglesias, y no es hipocresía de su parte. Recuerdo lo que el primer Ministro de Inglaterra, Disraeli, dijo de ellos con cierta sorpresa: «El mundo está gobernado por personajes muy distintos de lo que se imaginan aquellos que no están tras el decorado». Creo que obtuvo algunos éxitos mientras se opuso a ellos, pero de nada sirvió. Es como oponerse al Himalaya.

—Pero no lo asesinaron —había dicho Rory.

—No. Quizá, por ser un hombre astuto y penetrante, sabía demasiadas cosas acerca de ellos, que sus herederos y su monarca podrían haber hecho públicas. Creo haber oído algo acerca de esto, hace unos años. También oí comentar que era un gran cínico, ¿y quién podría recriminárselo? Si los hubiera puesto al descubierto, ¿crees acaso que el pueblo le habría escuchado?

Rory después de meditar, había dicho:

—Eres uno de los hombres más ricos de Norteamérica, papá. Quizás estos bastardos sirvieron a tus propósitos pero ahora ya no les necesitas. ¿Por qué no les abandonas?

—No se puede prescindir de un club como éste —había comentado Joseph, estremeciéndose—. Para emplear otra metáfora, tengo asido a un tigre por la cola, y ya sabes lo que le sucedería a un hombre que soltara la cola.

—Pero tú quieres que ellos me conozcan y yo a ellos.

—Sí. Ellos pueden hacerte llegar muy lejos, Rory. Ellos pueden hacerte presidente de los Estados Unidos, aunque nunca verás la mano de ellos en ningún lugar, ni oirás sus voces, ni notarás siquiera su existencia. Y... ellos pueden también destruirte, y nadie sabría jamás quién lo hizo —sonrió entonces sinceramente—. Pero no te atemorices por esto. Yo, como Disraeli, conozco demasiadas cosas acerca de ellos.

—Y todo cuanto tengo que hacer es servirles como un lacayo, ¿no es así, papá? Un dócil criadito. Nunca preguntar. Correr por donde quieran con una bandeja de plata.

El rostro de Joseph volvió a ensombrecerse.

—¿No somos todos sirvientes de un modo u otro? No seas tonto, Rory.

Eran muchos los que permanecían silenciosos o se confundían con los ambiguos comentarios de Joseph, pero Rory no era uno de éstos, aunque Joseph no lo sabía.

—Nunca debiste unirte a ellos, padre.

—Idiota —había replicado Joseph, volviendo a sonreír—. He vivido todos los días de mi existencia para llegar a ser lo que soy, y se lo debo a ellos.

Así que Rory, que ahora estaba sentado entre los hombres de quienes su padre le había hablado, comprendió perfectamente lo que su padre quería significar: que era muy probable que ellos no se considerasen en lo más mínimo malvados ni amorales. Habían observado el mundo, apropiándose de él. Formaban una conjura de conspiración criminal, pero no se consideraban criminales ni conspiradores. Eran hombres de negocios, realistas. Lo que les daba poder era, a sus ojos, virtuoso, justo y

razonable, ya que ¿quién era más digno que ellos mismos para controlar y manipular el mundo de los hombres? Alguien tenía que dirigir y gobernar, y, ¿quién mejor que hombres de intelecto, dinero, fuerza y juicio desapasionado?

Pero Rory, mientras escuchaba con juvenil deferencia a los caballeros, pensó ¿qué podrían hacer si las decenas, centenares de millones de pobladores se opusieron a ellos? ¿Convocar a sus mercenarios en cada país del mundo, sus ejércitos, sus naves, que estaban bajo su control? ¿Podían realizar la matanza del planeta entero? Pero no existía el peligro de que el pueblo corrompido se rebelase, porque el pueblo no conocía los nombres de sus verdaderos enemigos, de aquellos que ordenaban las guerras o su cese, de aquellos que derrocaban o nombraban gobiernos, de aquellos que producían la inflación o devaluación del dinero, que decidían quién debía vivir y quién morir o ser desterrado. De hecho, nada de esto le interesaba al pueblo, siempre que sus minúsculos placeres y necesidades fueran colmadas. Era la eterna y antigua historia: pan y circo. Despotismo benévolo acompañado por un espectáculo entretenido de elecciones y plebiscitos..., que no significaban nada en absoluto.

Porque escuchando, Rory comprendió que aquellos hombres *realmente* se consideraban benévolos y que estaban convencidos de que sus objetivos beneficiarían a la humanidad en general. El caballero de Zurich, con miras a informar de paso a aquel joven, hablaba con voz suave y casi compasiva. ¿No estaba el mundo, desde sus mismos comienzos, desgarrado en fragmentos sangrientos por ambiciosos y mezquinos gobernantes, tiranos, políticos, emperadores, bandos nacionales, patrioterías y otras barbaries llamativas? Esto se debía a que el mundo estaba gobernado por pasiones y emociones, y nunca por la razón y la disciplina. El orador añadió:

—Una vez que dispongamos del pleno poder, trabajando juntos, colaborando en unión, por todo el mundo, entonces tendremos un verdadero milenio de prosperidad general y paz absoluta. Cuando contremos sin disputa los gobiernos, sus monedas y sus pueblos, sus escuelas, universidades y sus iglesias, la tierra conocerá por vez primera la paz.

Los otros asintieron aprobando gravemente. «¡Estos hijos de la gran perra creen que son los nuevos Mesías!», pensó Rory, sonriendo con su espléndida sonrisa y asintiendo cuando lo creía oportuno. El tremendo individualismo que alentaba en él como irlandés le hacía escuchar y pensar bajo la brillante cobertura de su amabilidad. Sabía que su padre había oído la misma historia miles de veces, y que se burlaba de ella íntimamente y sólo delante de él:

—Hay más de un asesino que ha creído estar haciéndole un favor a su víctima, y probablemente hasta convenció a la propia víctima. Y hay muchos ladrones, individuales o en el gobierno, que persuaden a sus víctimas de que privándoles de su dinero por medio de impuestos u otras confiscaciones contribuyen al «bien público», o anulan una fuente de corrupción. Sin embargo, están impulsados únicamente por el afán del máximo poder, por el afán de elevarse ellos por encima de sus

conciudadanos y del prójimo, convirtiéndose en superhombres, en la élite. Para llegar a esta conclusión es preciso odiar mucho a sus así llamados semejantes —había dicho Joseph.

Rory, relajado, deferente y pueril, escuchaba, no con la negra rabia interna que experimentara su padre, sino con intensidad asimilativa y un inmenso aunque divertido desdén. Conocía el poder de estos hombres. No los subestimaba. De pronto, y por vez primera, sintió un impulso de ambición por el destino que su padre había elegido para él. Le gustaba la lucha. Su orgullosa fuerza juvenil le hacía sentirse igual en potencia a cualquier de aquellos hombres, porque por sus venas corría sangre y no tinta de banquero, y le habían repetido que poseía elocuencia tanto en sus escritos como en su oratoria. Inesperadamente, le vino a la memoria lo que le fue enseñado al azar de unas lecciones de religión, acerca de las revelaciones de san Juan que había profetizado el advenimiento de esos hombres ahí presentes y que escribió que algún día gobernarían el mundo y que nadie podría comprar o vender sin su permiso, «tanto los pequeños como los grandes, ricos y pobres, libres o esclavos». ¿Era la marca de la Bestia lo que estos hombres deberían llevar en sus frentes? Rory no pudo recordarlo, y su sonrisa se hizo más respetuosa y hasta un poco tierna.

Debido a que Rory era un soberbio actor, a diferencia de su padre, podía controlar hasta el menor destello de sus ojos y podía ocultar las crispaciones de sus músculos o la más leve expresión facial. Ellos nunca habían aceptado plenamente a Joseph a causa de su ironía y sus comentarios sardónicos en los momentos más serios y ominosos. No les agradaban los hombres que decían humoradas o chistosas ocurrencias en contra de lo que era aceptado como sagrado. Joseph les sirvió y ellos le sirvieron, pero su confianza no era completa. Estudiando a su hijo allí presente no había uno sólo que no sacara la conclusión de que Rory era para ellos su «hombre» para el futuro, joven, bien parecido, ambicioso, materialista y un sutil político. Sabían que él estaba interpretando; no les engañaba. Sabían que intentaba impresionarles favorablemente y sentíanse bien inclinados hacia él por esto mismo. Era un joven sin ilusiones. Bajo su tutela y quizá la de su padre, llegaría a ser plenamente de ellos. Rory comprendía lo que ellos pensaban y a su vez pensó: «¡Al fin y al cabo son simplemente humanos, maldita sea sus negras almas!».

También comprendía Rory que a su padre nunca debía decirle su verdadera opinión de sus asociados, porque Joseph no era hipócrita, ni actor y era posible que en determinado momento, en un arranque de repulsión, pudiera inadvertidamente darles a entender las verdaderas convicciones de su hijo. Esto resultaría fatal. Rory no era muy patriota, como otros jóvenes de su edad, ni era ferviente en su creencia de que Norteamérica fuera la más noble, más pura, más justiciera, más libre y más benigna de todas las naciones del pasado o del presente. Había escuchado a demasiados políticos, portavoces de estos hombres. Sabía que Norteamérica estaba en la ruta hacia el imperio, y que ya había empezado a flexionar sus músculos y a probar el filo de su espada. Pero, después de todo, era su país. También, ningún hijo de perra

le diría nunca a Rory Armagh lo que tenía que hacer. Rory no era ningún defensor de la humanidad ni del bienestar público, pero le sublevaba la idea de ser el siervo de aquellos seres y sus hijos también siervos, formadas sus convicciones en sus escuelas y por sus líderes religiosos y políticos, que eran sus asalariados o que no se atrevían a revelar el verdadero rostro del enemigo real. La completa esclavización de la humanidad no solamente en su trabajo cotidiano y en sus demarcaciones, sino en sus almas y mentes —lo cual era lo más terrible— incendiaba el espíritu irlandés de Rory como un fuego interno listo a estallar.

Para obtener lo que ellos habían planeado por tanto tiempo, desde abuelo a padre y a hijo, debían primero sumir el mundo en el caos, dismantelar los gobiernos, estimular la violencia y la furia entre las masas no pensantes, suscitar guerras debilitantes que irían menguando el poder de cualquier nación dispuesta a hacerles frente, erigir tiranos que subyugarían a sus pueblos, arruinar la validez de las monedas de las naciones. Entonces, dentro de la catástrofe general, podrían ejercer su increíble potencia y asumir el mando.

Todo eso no lo dieron a entender a Rory con palabras groseras, rudas o cínicas, sino con aire de juiciosa virtud y confianza inexpugnable. No dijeron: «Tendremos a este condenado mundo de rodillas ante nosotros». Dijeron:

—Es ya hora de que los hombres de experiencia, cultura, intelecto y justicia apliquen su influencia en conseguir un mundo mejor para todos bajo un Gobierno único y una sola Constitución.

Rory les escuchaba con su respetuosa y blanda mirada. Joseph le vigilaba, y por vez primera se preguntó si realmente sabía la menor cosa sobre aquel brillante hijo suyo, y si una sola vez pudo adivinar sus pensamientos.

Había vino en la mesa y bizcochos ingleses, y la garrafitita pasó de hombre en hombre, al igual que la bandeja de plata, ya que no iban a consentir la presencia de un sirviente que pudiera escuchar clandestinamente conversaciones que afectaban la vida y muerte de un planeta. El vino era excelente. Rory brindó en silencio hacia el francés, que primero pareció sorprendido, luego sonrió pálidamente, y cabeceó asintiendo. Los ingleses, ya que eran varios allí, hubieran preferido Jerez, pero bebieron aquel vino con aire de condescendencia... ¿Quién bebía vino de mesa excepto en las cenas? Rory sentía íntima hilaridad. Hacían más aspavientos bucales ante el vino que los hicieran nunca sobre sus infames conspiraciones.

La lluviosa oscuridad exterior se hizo más densa y hubo un zumbido de granizo contra los altos ventanales encortinados y los fuegos se reavivaron en brotes anaranjados. Los reunidos abordaron el asunto de Norteamérica, lo mismo que el del mundo en general. El caballero de Rusia le preguntó a Joseph:

—¿Su Sociedad Scardo, progresa?

—Tenemos ya enrolados en ella a un número igual de demócratas y de republicanos, y unos cuantos populistas y granjeros-socialistas.

El caballero de Rusia asintió:

—Entonces, las cosas van bien.

—Pero ¿qué tal va en Rusia? —intervino el caballero francés.

—Todavía no están a punto —dijo con aire preocupado el ruso—. Pero pronto avanzarán. Nuestro joven Lenin está comportándose espléndidamente. Ya destacaba como abogado en Samara. Sus escritos polémicos atraen sobremanera el interés de la desafecta juventud rusa. No hace mucho se reunió con Zasulich, Axelrod y Plekhanov, y el Comité Marxista de Liberación de los Obreros. Como saben, fue desterrado en el año 1897 a la provincia de Yenisei en Siberia. Recientemente se casó con una buena camarada, Natacha Krupskaya, y ha terminado su gran obra «El Desarrollo del Capitalismo en Rusia», que pronto contribuiremos a su publicación. El ruso es muy clemente —sonrió el ruso—. Sí, tenemos grandes esperanzas puestas en Vladimir Ilvich Ulyanov. Es nuestro mejor teórico contra los falsificadores de Marx.

«Querido pequeño proletario», pensó Rory. «Querido pequeño aristócrata».

Ahora volvieron apresuradamente al tema de Norteamérica.

—Yo pensaba —dijo el caballero de Zurich— que habíamos logrado un buen éxito en Norteamérica, en 1894, cuando su Congreso presentó en acta un impuesto federal sobre la renta del dos por ciento para los ingresos superiores a cuatro mil dólares al año. Como un principio... del control de la propiedad personal. Sin embargo, señor Armagh, fue permitido que uno de vuestros viejos locos, el senador Sherman, lo llamase «comunismo, socialismo, demonología», y otro de sus viejos locos, Joseph Choate, decano de la curia de Nueva York, proclamó ante el Tribunal Supremo que el impuesto «era una marcha comunista contra la propiedad privada»...

—Bien, ¿y no es así? —dijo Joseph.

Era la clase de comentario, reflexionó Rory, por los cuales papá era probablemente famoso allí, y vio los tenues ceños de los oyentes. El caballero de Zurich se aclaró delicadamente la garganta.

—Esto no viene al caso, señor Armagh Hemos discutido esta cuestión y el fracaso, varias veces antes de ahora, y la discutimos ahora dada la urgencia de la ocasión. Su Tribunal Supremo declaró el 20 de mayo de 1895 que el impuesto sobre la renta era anticonstitucional. Nunca nos dijo usted por completo lo que hizo a este propósito.

—Le dije cuanto sabía —afirmó Joseph con tono irascible que estaba claramente fuera de lugar en aquella amable conferencia—. Hablé confidencialmente con el viejo juez John Harlan antes de que fuera tomada ninguna decisión, y él expuso, ante el Tribunal, que la decisión final a la que llegaron «era una monstruosa y perversa injusticia para la mayoría en beneficio de una minoría privilegiada». Hicimos denunciar por los periódicos la decisión del Tribunal. Conseguimos que un joven que todos ustedes conocen, William Jennings Bryan, pronunciase su famosa proclama: «No clavarás esta corona de espinos sobre la frente del obrero, no crucificarás a la humanidad sobre una cruz de oro». Si bien no hacía referencia directa al impuesto sobre la renta personal, se dio por sobrentendido que lo era. De hecho, logramos que

fuera nombrado candidato a la Presidencia, para conseguir una expansión de la moneda en curso, con libre acuñación o no en plata, sobre lo cual la mayoría de mis conciudadanos siguen dubitativos. Deberán admitir que todo esto es un adelanto bastante prometedor en Norteamérica, que recela del colector de impuestos, del demagogo y de los entusiastas innovadores de toda clase, sin mencionar a los que chapucean con el dinero en circulación.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo el caballero de Alemania, con impaciencia—. Pero los norteamericanos siguen todavía a favor del patrón oro, y una nación con el patrón oro no es fácilmente...

—Tenga un poco de paciencia —atajó Joseph—. Roma no fue construida en un día, para acuñar un nuevo aforismo.

—Pero no somos inmortales —dijo uno de los ingleses, que no podía olvidar que Joseph era irlandés—. Sus periódicos, señor Armagh, son aún muy poderosos en Norteamérica y, en líneas generales, se oponen a nuestros planes finales..., los cuales todavía no pueden adivinar. De todos modos, algo les ha puesto sobre alerta. Alguien. Marcus Alonzo Hanna... es un hombre ambiguo, cuya medida todavía no hemos determinado. Es un poderoso industrial republicano, millonario; sin embargo, forzó a muchos de sus asociados a firmar acuerdos privados de trabajo entre ellos y los obreros. ¿Quién le alertó a él contra nosotros? Ayudó a derrotar a Bryan y fue la fuerza que eligió a su actual presidente McKinley. ¿No pronunció discursos, e hizo que los pronunciase McKinley, acerca de que el dinero norteamericano en circulación estaba «en peligro»? ¿Quién le dio esta información a él, señor Armagh, que creíamos había sido discutida solamente en el seno del más completo secreto?

—Condenado me vea si lo sé —dijo Joseph con mayor irascibilidad—. Yo sé que él es inflexible sobre el tema del patrón oro, pero su hombre, McKinley, votó en una ocasión con los partidarios del libre curso de plata cuando estaba en el Congreso. Si ha cambiado de opinión, Hanna le hizo cambiar. Hanna cree honradamente que la libertad puede solamente sobrevivir sobre la base del patrón oro y, como todos sabemos, está plenamente en lo cierto.

Miró a sus asociados en lento giro de cuello.

—¿Sugieren que Hanna tropiece con un accidente?

Su entonación era burlona, pero Rory vio los semblantes de los demás. «Papá no les cae bien», pensó Rory con regocijo. «Y mi padre es todo un hombre, sí, señor, todo un hombre».

—No deben ustedes pensar... aunque crean tener pruebas en contra..., que todos los norteamericanos son dóciles corderos —dijo Joseph—. Comprendo que pueda parecerles increíble, pero tenemos todavía algunos hombres cabalmente íntegros en el gobierno y en el país. Se han dado cuenta, aunque sólo fuera por instinto, de lo que está «detrás del escenario», tal como lo calificó Disraeli. No podemos asesinarlos a todos, ¿no les parece?

Hubo un espeso silencio reprobatorio en la estancia, y ahora todas las caras, pese

al destellante candelabro parecían flotar en las tinieblas. Hasta que uno de los reunidos dijo, con voz apenada:

—Señor Armagh, sabemos que usted procede de una raza violenta, pero nosotros no somos hombres violentos. Estoy seguro que nadie aquí ha levantado jamás su mano contra nadie. Lo que hacemos es mediante procedimientos de razones, persuasión, opinión pública, la prensa..., todo cuanto llegue a nuestras manos.

«¡Vaya filántropos!», pensó Rory, inclinándose un poco adelante como para escuchar con mayor concentración.

Joseph estaba asegurando a sus colegas que un impuesto sobre la renta personal «sería ciertamente aprobado en Norteamérica en un próximo futuro», y también un Sistema de Reserva Federal, una organización privada y controlada por aquellos caballeros (consistiendo en una nueva Enmienda a la Constitución que le quitaría la exclusiva al Congreso de la facultad de acuñar moneda). En la agenda estaba también la discusión de las elecciones directas por «el pueblo» de los senadores de los Estados Unidos. Los oyentes asintieron con aprobación, pero parecieron insatisfechos. Uno de ellos especificó:

—Sólo una guerra norteamericana puede traer rápidamente la solución de estas reformas convenientes.

«Ya me doy cuenta ahora», pensó Rory. «Esta reunión es simplemente un resumen hecho con la finalidad de mi adecuada educación, ya que estos temas han estado largo tiempo sobre el tapete. Debería sentirme halagado. Parecen estar diciendo mucho, pero, de hecho, por ahora no me cuentan gran cosa. Quieren ver cómo encajo lo que oigo antes de convertirme en un miembro de buena posición».

Un caballero español miró a Joseph y dijo:

—Me agradó el artículo editorial de sus periódicos, señor Armagh, con referencia a Cuba: «Sangre en los bordes de los caminos, sangre en los campos, sangre en los umbrales, ¡sangre, sangre, sangre! ¿No existe una nación lo suficientemente sensata, lo bastante valiente y fuerte, para restablecer la paz en esta isla assolada por la sangre?». Muy eficaz, aunque nada sutil, pero apto para despertar la simpatía y atrayente para la ingenuidad norteamericana, a mi entender.

—No me corresponde mérito alguno por estos editoriales —dijo Joseph—. Nos limitamos a reproducir el editorial del «New York World's» en un ejemplar de 1896. Pero los norteamericanos sienten verdadera simpatía por los insurrectos de Cuba contra la colonización española, sean o no ingenuos y sencillos. Simpatía que la prensa ayuda a fomentar. El periódico de Pulitzer, «World», y el «New York Journal» de Hearst, ya no hablan de otra cosa ahora sino de la «sangre cubana». Algunos de sus números «extra» hasta aparecen impresos con tinta roja. Teddy Roosevelt es también una maravillosa ayuda. Echa espuma contra España en casi todos sus discursos. Es un auténtico internacionalista.

—Desgraciadamente McKinley es el Presidente y Roosevelt tan sólo Subsecretario de la Armada —dijo el hombre de Francia, y reinó otro silencio cuyo

peso meditativo notó Rory, pero nadie volvió a hablar de Roosevelt.

—Creo que también hicimos una buena tarea en Hawai —dijo Joseph—. No hemos estado ociosos en Norteamérica, caballeros, aunque con frecuencia ustedes lo den a entender. Los plantadores norteamericanos de azúcar y los marinos han sido inflamados mediante nuestros esfuerzos en contra de la Reina Liliuokalani, y están ahora solicitando del Presidente la anexión de Hawai. Sostengo frecuentes conversaciones con mi buen amigo, el capitán Alfred T. Mahan de la Armada de los Estados Unidos, de quien ya les he hablado, y está de acuerdo conmigo en que Norteamérica debe intervenir más allá de sus fronteras. Me dijo que nosotros, los norteamericanos, tendremos que «resolver el problema más importante que hemos de afrontar, referente a si ha de ser la civilización oriental o la occidental la que ha de dominar el mundo y controlar su futuro». Es indudablemente nuestro hombre, tanto si lo sabe como si no —y mirando al ruso preguntó—: ¿Ustedes o nosotros?

El ruso sonrió gentilmente:

—Como sabe muy bien, señor Armagh, ni unos ni otros. Solamente nosotros, juntos.

Rory sonrió también gentilmente. «Insisten en aclarármelo todo», pensó, «para el caso en que mi padre no me haya contado lo suficiente en los dos últimos años. Pero es simpático por parte de ellos. Realmente aprecio el esfuerzo en mi honor. O sea que están fomentando una guerra en Cuba, contra España. ¿Cómo van a componérselas? Porque McKinley no es un atizador de guerras, sino un hombre de paz». Lo que se hiciera tendría que ser catastrófico para zambullir a una Norteamérica, ya próxima al histerismo, en una guerra. Los claros ojos azules de Rory se estrecharon. Vio a su padre observándole para captar sus reacciones sobre lo escuchado. Volvió a exhibir aquella gentil sonrisa, dejando relajar sus párpados; apenas aparentaba veinte años de edad.

Cuando estaban en el carruaje de regreso al hotel, Joseph dijo:

—¿Qué opinas de todo esto, muchacho?

—Ya me contaste mucho acerca de ellos, papá. Pero ahora les he visto. Un par de ellos no son mucho mayores que yo y, sin embargo, todos tienen aspecto de viejos. ¿Es el retrato de Dorian Gray^[30] a la inversa? ¿Se comportan ellos como jóvenes en alguna ocasión?

—No seas frívolo —dijo Joseph, que sabía que su hijo no lo era—. Ya te lo dije: la mayoría de ellos son buenos cristianos con hogares apacibles y familias amantes. Si les preguntases qué es lo que son exactamente te contestarían que forman una organización fraternal comprometida en la empresa de consolidar el mundo bajo un gobierno único en nombre de la paz, la tranquilidad y una sociedad ordenada. Llámanos también... una organización de mutua ayuda.

—¿Están también asentando su causa de un gobierno mundial central en La Haya, no es así? —dijo Rory.

Joseph le asestó una aguda ojeada, que se ablandó en orgullo, y tocó levemente el

hombro de su hijo.

—No eres tan pueril como te imaginaba. Aunque en realidad, no creo que nunca te imaginase pueril.

—Tienes absoluta razón, papá. Bueno, en definitiva son una banda de hijos de perra —y de nuevo apareció jovial—: No creo que les gustasen algunos de tus comentarios, ni creo que confíen enteramente en ti, ¿verdad?

—En todo caso, no hables demasiado —dijo Joseph, y frunció el entrecejo—. Las vidas de los hombres han dependido de sus lenguas. No cometas el error de dudarlo ni siquiera un instante: estos hombres son los verdaderos gobernantes del mundo, como ya te he dicho. Hoy no te dieron a conocer sus nombres pero, llegado el momento, lo harán Sí, lo harán.

IV

Joseph y Rory fueron al baile del diplomático, en la Embajada Norteamericana. Un enorme edificio gris y tétrico pero adecuadamente templado, lo cual agradeció Rory. Pensó que no había presente ningún hombre que tuviera un aspecto tan distinguido como su padre vestido de etiqueta y notó que también las damas espléndidamente vestidas lo habían advertido. ¿Debíase a su apariencia impasible y distante, su aire de fuerza refrenada, su conversación desapasionada, su fría cortesía? Rory no sabía contestarse, pero sus ojos seguían a Joseph con admiración.

Todas las mujeres aparecían bonitas en sus vestidos y joyas de París, los hombres galantes y obsequiosos. Las luces y música eran alegres, los fuegos grandes, los refrigerios suntuosos, el vino escanciándose como rojo o blanco manantial en copas relucientes, los candelabros destellando. Alentaba un ambiente de tanta amabilidad, intelecto sofisticado y generosa buena voluntad que Rory estaba encantado. Aquí no había caras severas y concentradas, ni susurros de maldad internacional, ni conjuras, ni conspiraciones expuestas con blandas palabras, y no obstante sabía Rory que ellos estaban allí en persona. Oía hablar en derredor suyo en francés y en alemán, y otras lenguas, todas risueñas y vivaces. Era un ambiente muy alegre y festivo.

Su Excelencia, el embajador norteamericano, Stephen Worthington, era el más alegre y vivaz de todos, y poseía, según observó Rory, el magnetismo de su hija. Estaba siempre rodeado por grupos alternándose, halagadores y chispeantes. Su esposa era una personilla opaca en vestido gris neutro que tenía la propensión de buscar los rincones.

Su Excelencia tenía el exótico aspecto de Claudia, e incluso más acentuado y por momentos repulsivo, porque sus rasgos eran más toscos. Su oscuro cabello castaño era largo y prolijamente ondulado, su bigote discreto y aristocrático, su altura tenía prestancia, sus cambiantes pupilas destellaban con afecto y complacencia a la compañía a su alrededor. Su voz era modulada, con un acento británico adquirido, y su risa era plena y de grato matiz. Era evidente que contaba con gran popularidad. Saludaba a cada invitado, hombres o mujeres, como si su presencia fuese la única que había estado esperando largo tiempo y estuviese complacido de ver nuevamente a tan querida persona. Rory lo estudió desde cierta distancia. Se preguntaba si sería tan estúpido y vacío como Claudia, y tan mezquinamente absorto en sí mismo, tan exigente y codicioso. Después de media hora de contemplar a su anfitrión, Rory llegó a la conclusión de que, en efecto, era igual a su hija, pero que había aprendido a ocultar aquellas características poco simpáticas en nombre de la diplomacia y los ascensos. Los ojos, pese a las constantes sonrisas, risas y suaves carcajadas, denotaban un frío cálculo vigilante. Éste también era otro hombre execrable que estaría de acuerdo con cualquier cosa que le significara una ventaja.

Naturalmente, allí también estaba Claudia, vestida de blanca seda, con un delgado

collar y un brazalete de diamantes. Todo era del mejor gusto y nada ostentoso. Rory bailó con ella. Trató de evitar mirarla directamente porque entonces quedaba desarmado y fascinado, intentando a menudo sondear su indefinible encanto. Mientras bailaba, charlaba incansablemente, destacando a los «distinguidos personajes» y emitiendo apenas una frase en la que no mencionara a su «querido papá», y lo que aquel sobresaliente personaje había dicho de papá y lo que papá le respondió, y cómo papá era tan graciosamente recibido por todos los monarcas europeos y cuánta atracción sentía hacia él Su Majestad la Reina Victoria, ella que no demostraba un particular interés por los norteamericanos. Precisamente, apenas hacía un año que Su Majestad había salido de su retraining de viuda para estar presente en un baile de esta misma embajada, ¡y permaneció quince minutos, ni uno menos! Rory silabeó «extraordinario», tratando de no mirarla, tratando de concentrarse solamente en aquella tonta voz infantil que por momentos, era inaudible en su falta de resuello. Olía a jazmín, y Rory odió para siempre aquel aroma. Pensó en Marjorie y sus traviesos escarceos, en su modo de contarle graciosas incidencias, y sintió una gran nostalgia.

Rory gustaba de las fiestas porque por naturaleza era gregario como su madre, pero le agradaba la visión de bonitas mujeres y le gustaban el vino y el *whisky*, el caviar y los sabrosos manjares, la música, las luces y los juegos. Pero hacia las diez de la noche se encontró extrañamente fatigado. Pensó que se debía a aquel maldito clima inglés, lo que le producía aquel dolor de espalda, haciéndole sentir una especie de reumatismo impropio de su edad. Bailó con una multitud de damas, jóvenes y viejas, hasta con su tímida y asustada anfitriona. Era galante, guapo y brioso. Los ojos femeninos más jóvenes le seguían. Lo mismo hacían los más viejos, cariñosamente. Era ingenioso, brillante y cortés. Difícilmente parecía norteamericano, pensaban muchos, perdonándose. Los caballeros le encontraban sorprendentemente hábil, bien informado e inteligente. Había visitado de manera subrepticia la pequeña mesa que soportaba el *whisky* ordinario y lo hizo varias veces. Lo necesitaba, aunque Joseph le hubiera advertido a menudo que «aquel líquido» era de tremendos efectos en los irlandeses. En demasiadas ocasiones lamentables tuvo que admitir la verdad de aquella advertencia. Pero ¿qué podía hacer después de aquella reunión del Comité de Estudios Extranjeros, dos días antes, y con ese condenado clima, y este baile, y con la estúpida Claudia que sin cesar le encontraba después de cada danza que bailaba con otra mujer?

Joseph, al que nunca le resultaba nada inadvertido, se dio perfecta cuenta de que su hijo estaba visitando con demasiada frecuencia la vergonzosa mesita con el *whisky*. También percibió que Claudia le estaba persiguiendo con infantil ardor. Asimismo comprendió que Rory estaba intentando esquivarla diestramente, pero esto le hizo fruncir el ceño.

Aguardó hasta la mañana siguiente cuando Rory estaba penosamente sobrio y mantenía la vista tercamente apartada de las fuentes de plata cubiertas pero que

contenían revoltillo de riñones, jamón frito, huevos, trucha, pastelillos y otras especialidades del desayuno inglés. Rory sólo bebió café negro. Su aspecto no era muy saludable.

Joseph dijo fríamente:

—No te retengas, mozo. Agarra un pelo del perro que te está mordiendo. Es la única cura.

Rory se levantó como un resorte, súbitamente animado, y se abalanzó al estante, sirviéndose un vasito de *whisky*. Lo bebió como un sediento. Después lanzó una honda y agradecida exclamación satisfecha. Sus ojos se humedecieron pero sus colores comenzaron a retornar. Afuera nevaba y estaba oscuro aunque era mediodía.

—Este condenado clima —dijo Rory, y se secó los ojos.

—No es peor que Boston o Nueva York en esta época del año —dijo Joseph—. ¿Qué? ¿Te sientes mejor? Te he expuesto todo lo relativo al licor y lo que puede hacernos.

—¿Es por esto que no lo bebes, papá? —indagó Rory, con más valor que el habitual ante su padre—. ¿O es que temes que, si bebieses, podrías encontrarte desprevenido...?

—¿Contra qué? —y la voz de Joseph era letal.

—Nada. Esto es, quiero decir, que alguien pueda tomar alguna ventaja sobre ti.

—Nadie pudo nunca, excepto mi padre —afirmó Joseph—. Ni nadie nunca podrá. No bebo mucho, excepto un poco de coñac o vino, porque no me gusta, muchacho. Nunca le cogí gusto. ¿Para qué forzar mi estómago y paladar?

—Yo bebo por los efectos —dijo Rory.

—Y ésta es la peor de las razones. Ningún hombre debería buscar un escape.

—Parfraseando a Patrick Henry, ¿acaso es la vida tan querida y la realidad tan dulce que deben ser compradas al precio de la abstinencia y la moderación?

Joseph no pudo evitar sonreír.

—Verdaderamente posees la aguda lengua irlandesa, lo admito. Siéntate, Rory. A menos que quieras otro trago.

—Quiero —dijo fervientemente Rory, y se escanció otros dos dedos, antes de sentarse. Ahora ya podía mirar las humeantes fuentes de plata sin demasiado disgusto. Se sirvió una loncha de tocino frito y una cucharada de revoltillo de riñones y descubrió que esta vez no le provocaban náuseas. Hasta pudo saborearlos un poco.

—Por desagradable que sea la realidad —dijo Joseph— tenemos que afrontarla.

«Ahora me va a sugerir algo desagradable y abrumador», pensó Rory, y pestañeó risueño mirando a su padre.

—El embajador y yo sostuvimos unos minutos de conversación anoche, antes de que casi dieras un espectáculo y tuvieras que ser ayudado a subir a nuestro carruaje por dos lacayos —dijo Joseph—. Una conversación muy interesante. Llegamos a la conclusión..., después de observar ciertos incidentes..., que un matrimonio quedará concertado entre tú y la señorita Worthington, digamos dentro de un año.

Rory permaneció inmóvil. El tenedor siguió en su mano estática. Los densos ojos le miraban fijamente. Rory volvió a sentirse mareado.

—No me gusta ella —dijo—. Es necia, sin sesos y me aburre mortalmente. No me casaría con Claudia aunque fuera la última y única mujer en la tierra.

Joseph se reclinó en su silla, pero estaba tenso.

—Sabía que me dirías esto, mozo. ¿Qué importa todo esto? ¿Acaso buscas corazones y flores, por el amor de Dios? ¿Eres un romántico? —Daba la impresión de que quería escupir—. El romance y el amor son para chiquillos y jovencitas imbéciles, no para adultos inteligentes. ¿Acaso crees que amé a tu madre o la encontré inteligente y capaz de una sensata conversación? Los hombres no deben tomar en consideración estas cosas cuando están planeando un matrimonio ventajoso. Sólo los norteamericanos adolescentes quieren lo que ellos llaman «amor». No es de extrañar que el matrimonio esté en tan mal estado en Norteamérica ¡pese a toda la luz de la luna, las rosas, y las brisas del verano! Son una base muy endeble para un matrimonio juicioso y con ventajas.

—No puede uno casarse con una mujer que le causa repulsión —dijo Rory.

—¿Esto te produce? Te vi contemplándola fijamente como si ella fuese un basilisco —dijo Joseph—. Cuando ella bailaba con otro, seguías contemplándola.

—No lo puedo remediar —dijo Rory—. Tiene ella este maldito no sé qué..., lo que sea. Pero honradamente, no la puedo soportar. Y para ser de nuevo sincero, no sería tampoco leal hacerle esto a ella.

El aguanieve en cellisca susurraba contra las ventanas, el aire se oscureció más, elevándose el viento, y también el fuego se elevó. Joseph contemplaba fijamente a su hijo. Dijo por fin:

—Pero de todos modos vas a casarte con ella, Rory. Esto no significa que hayas de serle fiel. Hay otras mujeres.

—¿Y en la suposición de que hubieras tú querido casarte con una de estas otras? —preguntó Rory.

Por vez primera, según Rory pudiera recordar, Joseph soslayó la confrontación directa. Miró hacia las ventanas.

—Tú no lo querrás —dijo—. No, a menos que desees arruinar tu carrera. O bien la otra dama es renuente. O bien..., hay impedimentos.

O sea que tía Elizabeth era «renuente», pensó Rory, y sintió compasión hacia su padre.

—Queda pues arreglado —declaró Joseph—. Te casarás con Claudia dentro de dos años.

Los músculos faciales de Rory abultaron sobre su boca. Jugeteó con su tenedor. Por fin dijo:

—Quiero casarme con otra. Estamos..., estamos prácticamente comprometidos.

Joseph se puso en pie bruscamente.

—¡Idiota! ¿Con quién, por Cristo?

—Una muchacha que conocí en Boston. Una muchacha maravillosa, inteligente, bonita, cariñosa y adorable en todo —dijo Rory—. Una muchacha de una familia rica de Boston, que favorecería a nuestro apellido, para emplear una expresión pagada de moda.

—¿Quién? —repitió Joseph y su voz era punzante.

—No la conoces, padre —y ahora Rory sentíase asustado. Aquel condenado *whisky*. Indudablemente traicionaba a un hombre—. Realmente, no es nada oficial. Yo..., yo estoy simplemente acariciando este proyecto. Una chica encantadora. Te gustaría —y tuvo una repentina idea—. Su padre se opone a la alianza.

El rostro de Joseph se ensombreció.

—¿Ah, sí? Vaya... ¿Uno de estos *brahmanes* que desprecia a los irlandeses y papistas?

—Creo que empiezo a convencerle —dijo Rory.

—¿Quieres decir que te estás humillando..., tú, el hijo de Joseph Armagh? —y la expresión de Joseph era torva—. ¿Una chiquilla de Boston, una damisela con remilgos y dengues? ¿Dinero, dijiste? ¿Cuánto?

—No tanto como tenemos nosotros. Su padre es un miembro de una antigua firma bostoniana de abogados. Su padre y su abuelo la fundaron. Es hombre de gran fortuna. No hay problemas de dinero con ellos.

Joseph volvió a sentarse lentamente. Su voz era demasiado calmada.

—¿Le hablaste ya en petición de la damita?

—No.

—¿Conozco yo a su padre?

—No lo sé. Quizás.

—Les conozco a todos. Tengo que haberle tratado si es un abogado... y rico. Ahora escúchame bien, mozo. El día que te conviertas oficialmente en el prometido de Claudia Worthington te daré dos millones de dólares. El día en que te cases con ella recibirás diez millones. ¿Puede tu chiquilla de Boston competir con estas cifras?

Rory siguió en silencio.

—Si rechazas a Claudia —dijo Joseph— y escúchame atentamente... Dejarás de ser mi hijo. No recibirás nada de mí, vivo o muerto. ¿Queda perfectamente claro?

«¡Ay, Dios!», pensó Rory, meditando en sus cincuenta dólares mensuales y los treinta de Marjorie y su melancólico pisito en Cambridge que era su paraíso. Dijo, intentando sonreír:

—Claudia tiene solamente dieciséis años. Bueno, cerca de diecisiete. Tenemos un año aproximadamente para pensarlo, ¿no?

—Cierto. En el intervalo no verás más a la damita de Boston, a menos que esté ella dispuesta a concederte favores, fuera de matrimonio. Algunas de estas damas de Boston son muy... ardientes..., digámoslo así, pese a todos sus modales engréidos y «familia».

Y Joseph sonrió desagradablemente. Dijo Rory:

—Tengo todavía que terminar mis estudios.

—¿Quién dice lo contrario? De hecho, insisto en ello. Cuando ingreses en el Colegio de Abogados, el matrimonio tendrá lugar. —Joseph dio una palmada en la mesa con ademán definitivo—. Queda entonces convenido, aunque ya fue convenido anoche entre Steve y yo. Un matrimonio de lo más adecuado, y la muchacha está obviamente infatuada contigo, aunque no puedo adivinar por qué.

Joseph invitó a Rory a que sonriese con él y Rory, finalmente, lo consiguió. Su espalda, o algo en su espinazo, estaba doliéndole como una fiebre repercutiendo o como si estuviera roto. Pensó: «Déjame tan sólo acabar con los estudios. Es todo cuanto quiero. Luego al infierno con todo lo demás, y tendré a mi Maggie».

«Descubriré la verdad», pensaba Joseph. «Colocaré a Charles en este asunto inmediatamente, y algunos otros de mis hombres. Tenemos que parar este asunto antes que se convierta en serio». No estaba demasiado molesto con su hijo, a quien todo el mundo había admirado la noche anterior. Los jóvenes se colocan en las más condenadas dificultades, especialmente cuando estaban pictóricos de energías como Rory, y siempre hay mujeres esperando por ellos como buitres. Que el muchacho tenga sus diversiones mientras sepa comprender que no han de ser tomadas en serio. Por alguna razón Joseph sentía una glacial y vengativa satisfacción al pensar en la plantada hija del *brahmán* de Boston. Ya era hora, bien lo sabía Dios, ya era hora. Ahora hasta sentíase orgulloso. El hijo de un inmigrante irlandés ¡rechazaría a la hija de un vástago de la aristocracia de Boston!

Rory pensaba en Maggie. También pensó en los hombres ominosos que había conocido, y recordaba cómo había planeado, en el futuro, embaucarles. Reclinó su dolorida cabeza entre las manos y de nuevo sintióse mareado. Pero era optimista por naturaleza. Disponía de un año, quizás dos, ¿y quién podía saber lo que ocurriría durante este tiempo?

Se levantó envuelto en su bata mañanera de franela y se dirigió hacia el fuego crepitante.

—Hace un condenado frío aquí dentro —dijo, y atizó las brasas y frotóse los musculosos brazos.

Las caperuzas de las chimeneas londinenses bullían expulsando su negra humareda y el aire estaba impregnado de su gaseosa pestilencia. Parecía invadir todo el ser de Rory al igual que su olfato, y su ánimo se hundió.

¿Qué diría y haría su padre cuando descubriese que su hijo ya estaba casado? Rory no subestimaba a Joseph. Sabía que su padre no se detendría ante nada. Por consiguiente, la única solución era no despertar sus sospechas y esperar hasta que él, Rory, hubiera pasado sus exámenes finales. Rory evocó a los hombres del Comité de Estudios Extranjeros y sintió que había cometido un acto de traición total, aunque no podía comprender por qué en aquel momento de tan intensa agitación íntima.

V

Por primera vez en su vida, mientras cruzaba el tumultuoso y colérico Atlántico gris, de regreso a su casa, Rory Armagh experimentó la necesidad de un confidente. No era tanto el pensamiento de los banqueros y gigantes de las finanzas, incluyendo algunos aristócratas, que había conocido en Europa lo que le preocupaba, sino las consecuencias y las ramificaciones de su creciente poder. Recordaba que el Comité de Estudios Extranjeros era principalmente una institución norteamericana, con una sucursal en Inglaterra, y que el Comité sólo era una parte de un conjunto que actuaba con diversos nombres en distintas naciones y con diferentes nacionalidades. En Norteamérica había, por lo menos, cinco generales que eran miembros del Comité. Las vastas organizaciones formando un engranaje con un único objetivo y un criterio único, era lo que resultaba tan aterrador para Rory. ¿Dónde oyó decir: «En el infierno no hay disputas»?

Este dispositivo conjunto había comenzado con la Liga de los Hombres Justos, de la cual Karl Marx fue miembro, pero tal organización no era comunista, o socialista, o monárquica, o democrática ni ninguna otra cosa. Ellos hacían, meramente, uso de estas ideologías políticas como armas contra la humanidad, para confundirla, domarla y esclavizarla. No estaban implicados en filosofías, o metafísicas, o ideales, o cualquier otro juguete intelectual, con los cuales los supuestos hombres inteligentes se engañaban a sí mismos persuadiéndose de su capacidad mental. Ellos estaban por encima de la política como tal. ¡Que el populacho presuma alegremente de tener influencia en sus gobiernos, siempre y cuando esta chusma nunca adivine quién dirige verdaderamente a sus gobiernos! Era su misma insolencia desapasionada y su casi inhumano impulso lo que atemorizaba y a la vez sublevaba a Rory Armagh. Era indudablemente algo por encima del bien y del mal, y no tenía nada que ver con la ambición normal. Pensaba que aquellos bastardos con tal de conseguir sus objetivos hasta destruirían sus propios países, sus propias familias, sus propios hijos.

Rory podía comprender la pasión, la vehemencia, la perversidad y las conspiraciones humanas, diabólicas y traicioneras, las mentiras, los robos y hasta los asesinatos. Pero no podía comprender a los hombres que había conocido en Norteamérica y en el extranjero, y que en consecuencia constituían un reto a su propia sangre y a su misma humanidad.

Paseando por los inclinados entrepuentes del barco, recordaba algunas de las cosas que oyó en Londres:

—Ahora debemos programar prudentemente una serie de guerras por diversas partes del mundo, porque serán cada vez más necesarias para absorber los productos de nuestra creciente sociedad industrial y tecnológica. Sin ellas se presentará una inundación de productos en el mercado... y una superabundancia de población..., conducentes al estancamiento, a la pobreza y las crisis naturales que podrían sabotear

nuestros objetivos finales. En resumen, las guerras y la inflación pueden solamente prosperar bajo sólidos planes que eliminan los riesgos, contrarios a nuestros fines, que suponen los desórdenes no controlados.

Otro de los miembros había especificado:

—La clase media, en todas las naciones, como sabemos, debe ser eliminada porque tiende a estimular y animar la libertad caótica. Se interponen en el camino de nuestro plan.

Rory sabía en qué consistía aquel plan: guerras, impuestos confiscatorios para destruir la clase media, inflación y deuda nacional. Cuando estas medidas fuesen insoportables, hasta las poblaciones más dóciles serían propensas a la rebelión. En tales circunstancias los anónimos conspiradores se hacían presentes y se apoderaban definitivamente del poder en nombre de la ley y el orden.

—Sin un impuesto federal sobre la renta personal en Norteamérica nuestros objetivos permanecen allí inciertos y frustrados. Debemos, en todas partes, tener un control pleno del dinero de los pueblos. Tales impuestos son necesarios para financiar las guerras y para asegurarnos la dependencia de la humanidad sobre lo que decidamos darle. Sin guerra, no podemos tener una sociedad planificada, en ninguna parte del mundo. Estamos consiguiendo nuestro objetivo sin guerra y solamente mediante impuestos, en los países escandinavos, pero esto no es posible en países tan inmensos como Estados Unidos y Rusia donde las tácticas revolucionarias, pacíficas no violentas, son absolutamente necesarias, pues necesitan ser financiadas a través de la acumulación de impuestos.

El único confidente de Rory era, en esta etapa, su padre, que también era su maestro, por sardónicos que fueran sus comentarios acerca de sus colegas. Rory ya no preguntó más a Joseph por qué pertenecía al Comité de Estudios Extranjeros y a la infame Sociedad Scardo en Norteamérica, compuesta de intelectuales radicales. Porque sabía que, en forma distorsionada, ésta era la venganza de Joseph contra un mundo que le había maltratado terriblemente cuando niño y en su juventud; un mundo que le forzó a negar su propia identidad. Esto había configurado una amenaza tanto para su supervivencia física como sobre su espíritu. ¿Ocurría también lo mismo con los otros miembros del gobierno invisible? Rory ignoraba esto.

Algunas veces, Rory se preguntaba: «¿No lo sabe nuestro gobierno? Si no lo saben, es que son necios. Si lo saben, son traidores. Y, de ambas posibilidades, ¿cuál es la peor?».

Su otro confidente, aparte de su padre, que le advirtió que no mencionase a nadie lo que aprendió superficialmente en Londres, era Courtney Hennessey, en quien había confiado, por lo general, más que en nadie, incluida Marjorie. Pero Courtney se había enclaustrado en Amalfi. Le habría resultado un «consuelo». Su normalidad, su frío sentido común, su carencia de histeria y de agresividad, habría sido tranquilizante para Rory, y hasta podría haberle proporcionado alguna seguridad de que la gente normal superaba en mucho a los villanos..., lo cual, de todos modos, Rory ponía en

duda con frecuencia.

Con el transcurso de los días a bordo, la mente de Rory, habitualmente imperturbable y fácilmente adaptable, fue perturbándose en conjeturas y temores. Por una parte, su cinismo natural le hacía encogerse de hombros, ya que ¿acaso no merecían cualquier destino conjurado contra ellos los hombres insensatos? Por otra parte, estaba su natural rebelión, nacida de su carácter irlandés, contra cualquier grupo de hombres que quisieran «guiar», como decían ellos, el alma humana libre. Esto pertenecía al campo de la religión; aquí la guía significaba disciplina y elevación de espíritu por encima de los propios instintos mezquinos. Pero, la «orientación» de los hombres anónimos significaba servidumbre no para el progreso de los hombres sino para su humana desintegración y su reducción al animalismo.

Rory no era un idealista; no creía que el hombre pudiera ser mejor de lo que era, ya que la naturaleza del hombre era inmutable excepto a través de la religión, y aun así la mutabilidad era precaria e inestable. Pero, en una sociedad con mayor o menor libertad el hombre podía elegir, hasta un cierto límite, y para Rory esta libertad de elección era preciosa. Ser o no ser un bribón, ser responsable o ser irresponsable, ser bueno o malo: esta aptitud de elegir hacía del hombre algo más que una bestia, aun cuando su elección pudiera ser desastrosa. El pensamiento era su propiedad. Dábase por admitido que a veces las elecciones de los hombres llevaban a una sociedad intranquila y cambiante, pero esto era preferible al infierno de una monotonía donde los hombres no tenían elección y eran debidamente alimentados, educados, colocados en actividad planificada, privados de decisiones concernientes a sus vidas y sus ocios, y donde caían en el estado de animales domésticos.

En la vida de Rory había habido escasa mortificación, escaso cambio, escasa ansiedad hasta entonces, nada alarmante excepto la catástrofe sucedida a su hermana, y poca tristeza y melancolía. Ahora comprendía que había vivido en un mullido nido de seda, que sus únicas aspiraciones habían consistido en alcanzar el éxito, perseguir mujeres bonitas, bailar y hacerse generalmente agradable..., ya que le gustaba mucho el mundo. Siempre le habían desagradado los hombres tenebrosos, aunque, paradójicamente, le había agradado la poesía tétrica. Le disgustaban los humanistas, aunque él mismo lo fuera de un modo muy objetivo. Tenía un entendimiento analítico, frío y razonable, pero nunca se comprometió mucho en subjetividades de las cuales acostumbraba recelar.

—No soy un jesuita —le decía a Courtney. Naturalmente, sin ilusiones, había sido tolerante con el mundo de los hombres.

Pero durante aquellos días en alta mar, su naturaleza escéptica y risueña pasó plenamente a ocupar su segunda personalidad, que hasta entonces nunca fue la dominante. Descubrió grietas, cavernas ocultas, ríos hondos, lugares sombríos y tenebrosos, silencios y ponderaciones dentro de sí mismo, y todo ello le produjo malestar. Porque le forzaban a darse cuenta no solamente de un Rory Armagh con sus inmediatas preocupaciones y ambiciones, sino también del mundo en que vivía, y ser

tan responsable ante este mundo como le fuera posible serlo. Supo, sin la menor duda, que debía conservar muy secreta aquella nueva y temible consciencia de sí mismo.

Comenzó a beber, no sólo en la mesa del gran comedor del barco, sino también en su camarote. Comenzó a cavilar y toda la profunda melancolía del misticismo irlandés le invadió. Pero cuando aparecía por las cubiertas y salones no había nadie más jovial, más voluble, más rebosante de bromas, guiños y risas que Rory Armagh. Nada de ello era simulado, pues era sincero como manifestación del momento. No obstante, su carácter se hizo más y más firmemente bordado, y mucho del recamado amigable fue lenta pero firmemente descartado del tejido. Notó este cambio en sí mismo, y no estuvo seguro de que le gustase. Sabía que la potencialidad para este cambio estuvo siempre latente, pero hasta entonces la había mantenido bajo control.

Descubrió una complaciente y muy célebre actriz joven a bordo, acompañada de un enorme conjunto de baúles y de una doncella particular, y a los cuatro días se encontró alegremente admitido en su cama. Bebieron champaña juntos, rieron y retozaron, y por horas, a veces, lograba Rory olvidar los «mortíferos hombres tranquilos», como los llamaba su padre y aquello que estaba decidiendo nebulosamente hacer con ellos en el futuro. Ni una sola vez, mientras yacía entrelazado con la bonita actriz, tuvo la idea de que le fuera infiel a Marjorie. Marjorie vivía en un plano diferente en su vida. En Nueva York, dedicó una gozosa despedida a la actriz y se dirigió hacia Boston y Marjorie.

Su mente había estado ensimismada con sus excepcionales melancolías y decaimientos durante la travesía, con la excepción de las horas de interludio con la actriz, y por ello no había pensado demasiado en su problema en relación con Marjorie. En realidad, el problema era su padre. Ni por asomo consideró la posibilidad de renunciar a su joven esposa a la que adoraba. Ahora, mientras entraba en el mísero pisito de Cambridge, este nuevo problema se hizo sentir en toda su negra, ansiedad.

Marjorie estaba esperándole ya que le envió un telegrama desde Nueva York. Ella había encendido el hogar y llenado los lóbregos cuartos con flores del invernadero de su casa. Había preparado una exquisita cena. Cuando Rory la vio sintió un esplendor de emoción, delicia, dicha, paz y plenitud. Su nítida figurilla, tan esbelta, vestida con blanca blusa de seda, austera aun con su botonadura de perlas pequeñas y una falda de seda negra. Sus amplios ojos negros destellaban felicidad. Marjorie se arrojó a sus brazos y él captó el aroma a yerbaluisa, y la fragancia de su cuerpo juvenil. La alzó en vilo, bailando con ella por las habitaciones y ella le besaba, reía y protestaba, asiéndose fuertemente a él.

Inmediatamente lo olvidó todo o, por lo menos, cuanto temía permaneció a una umbrosa distancia en su mente, sin que le fuera permitido invadir aquella beatitud de

estar con Marjorie. Ella le instaba a que le contase todo lo referente al viaje, a quién conoció, lo que hizo y dijo, y..., tras una pausa..., ¿cómo estaba su padre?

Soslayó por un rato las respuestas durante el cual ondeó triunfalmente un largo estuche de terciopelo azul ante los ojos de Marjorie. Mientras ella saltaba en sus intentos de alcanzarla y su mata de bucles ondeaba a sus espaldas, él reía elaborando mentalmente las respuestas a sus preguntas.

Joseph, para darle a su hijo una idea de la confortante sensación de la riqueza, le obsequió con un cheque por valor de dos mil libras. Pasmado ante tanta riqueza, Rory fue en busca de alguna joya para Marjorie en Bond Street. Su primer impulso fue gastar todo el dinero en la joya, pero su prudencia natural le advirtió que podría también necesitar parte de aquel dinero en Boston. Por ello gastó mil jugosas libras en un hermoso collar de ópalo y diamantes para Marjorie, con un par de pendientes haciendo juego. Capturando al final el estuche Marjorie lo abrió ansiosa y chilló de delicia ante aquella magnificencia, y sus menudos dedos temblaron y sus ojos estaban radiantes mientras prendía las joyas en su cuello y orejas. Rory la observaba con tanto fervor íntimo que sus ojos se humedecieron.

—¿Dónde demonios conseguiste el dinero? —exclamó Marjorie—. ¡Tienes que haberlo robado!

—Por difícil que resulte creerlo, mi padre me lo dio.

El rostro de Marjorie palideció. Le miró con leve asombro y gran alivio.

—¡Oh, Rory! Entonces, ¿ya se lo dijiste?

—Sí, se lo dije, en cierto modo —expuso Rory—. Tuve que abordar el tema con cautela ante el viejo. Le dije que estaba prácticamente comprometido con una chiquilla de Boston, de muy buena familia, y con bastante inteligencia y a ratos bonita.

—Rory, háblame en serio alguna vez, caramba. Debes contármelo. ¿Qué dijo él?

—Amor mío, me recordó que tengo que terminar mis estudios. No le dije que va estábamos casados. —Hizo una pausa Rory—. Hubiera sido un poco excesivo decirle todo de una vez para que pudiera digerirlo. O sea que lo dejé así.

Los negros ojos de Marjorie chispearon.

—¿Exactamente qué significa esto, bribón?

—Significa que le iremos acostumbrando a la idea de que tenemos... planes.

—¡Nada de florilegios verbales! Te conozco, Rory. Me estás ocultando algo.

Rory mostró las manos abiertas en ademán apaciguador y nada podía ser más cándido que aquellos claros ojos azules.

—Me calumnias, cariño, realmente. Te he dicho cuanto hay que decir. Le manifesté a mi viejo que tu padre era un distinguido abogado de Boston y quiso saber si le conocía y yo dije que lo ignoraba. No mencioné apellidos. Lo creí mejor; es conveniente que rumie sobre lo que ya le he dicho.

Marjorie se empinó sobre la punta de los pies para besarle en la boca apasionadamente.

—Rory, nunca mientes, exactamente, pero a menudo tampoco dejas de mentir en cierto modo. Eres un irlandés muy taimado. Les dices a las personas lo que quieres que sepan, y ni una palabra de más o de menos, y les dejas que saquen las conclusiones que prefieran. Hasta a mí.

—No confías en mí —dijo Rory con aire de agravio.

—¡Claro que no! ¿Es qué crees que soy tonta? No importa, mi amor. Déjame ver qué tal luzco con estas joyas de la corona.

Corrió hacia un polvoriento espejo atisbando a la baja luz de las lámparas y del fuego de hogar, y las gemas brillaban y centelleaban de modo muy satisfactorio. Ella preguntó de pronto:

—Pero ¿cómo le explico este tesoro a mi padre?

—Escóndelas. Llévalas solamente para mí —dijo Rory, y asiéndola de la mano la llevo al minúsculo dormitorio, mientras ella protestaba muy débilmente y mencionaba la carne asada que esperaba.

Marjorie olvidó por completo preguntarle a Rory cómo había resultado el asunto por el cual fue a Londres, y esto le vino muy bien a Rory porque nunca se lo habría podido explicar.

Cuando regresó a su aposento estudiantil en Harvard encontró un telegrama esperándole, que había sido entregado aquel mismo día. Lo leyó repetidamente, incrédulamente, estupefacto y algo horrorizado. Después cablegrafió a su padre.

TÍO SEAN FALLECIÓ ESTA MAÑANA. CABLEGRAFIARME PREPARATIVOS FUNERAL.

VI

Sean Armagh, que continuaba empleando su nombre profesional» de Sean Paul para sus conciertos y recitales, disponía permanentemente de una serie de habitaciones en un hotel de Boston para cuando estaba en la ciudad, lo cual ocurría con frecuencia.

—Porque fue aquí, en esta Atenas del Oeste, donde fui descubierto —solía decir con un suave ademán teatral de su delgada mano blanca.

No le era difícil llenar sus ojos de lágrimas a voluntad, porque era de carácter emotivo y la gente de Boston siempre se sentía conmovida. Ocupaba varias habitaciones grandes en un antiguo pero gran hotel rebosando dorados, damasco rosa y escaleras de mármol, y las ocupaba con su administrador comercial, Herbert Hayes, un hombre corpulento y majestuoso, de mucha prestancia, mucho cabello castaño y muchas joyas, aproximadamente de unos cuarenta y tres años, y también soltero. Aunque considerablemente más joven que Sean le trataba como si fuera un niño, y no un niño muy inteligente, y lo intimidaba, estaba orgulloso de él, y lo amaba. Lo arreglaba todo para su cliente, y Sean no tenía otra cosa que hacer excepto practicar, cantar, embelesar auditorios y leer amorosas cartitas femeninas. (Sean, sin embargo, conocía al detalle el dinero que tenía en los bancos, y fue haciéndose cada vez más codiciosamente exigente sobre cualquier oferta que no mereciese su aprobación).

Joseph, al no haber disfrutado la ventaja de una instrucción académica ni haber residido en un dormitorio de colegio, ni haber sido nunca miembro de una hermandad, no sabía qué era lo que había de «irregular» en Sean. Sus hijos Rory y Kevin sí que lo sabían, intercambiando socarronas risas y guiños picarescos.

—Es el resultado de haber sido educado por todas aquellas monjas —dijo Kevin — y no haber visto nunca más hombres que los clérigos que de todas maneras eran también amedrentados por las hermanitas.

En cierta ocasión comentó Rory:

—Yo creo que el genio de papá fue siempre tan dominante que un carácter como el de Sean tenía que salir estrujado y aplastado en cualquier discusión. No es que tampoco el tío Sean tuviera un carácter de mucha fortaleza ni decisión ni hombría. Arroz con leche y natillas podría describir el temple de tío Sean, y esto siendo caritativo. Una vez papá comentó que nuestro dulce tío cantante era «femenil», y esto le desconcertaba, pero buscaba la disculpa para su hermano alegando que era un «artista». Las petulantes monerías de nuestro tío también quedaban justificadas con la misma calificación de artista. «Por lo menos», decía papá, «logró triunfar con sus canciones y talento, lo cual es más de lo que pueda decirse acerca de nuestro padre, a quien mucho se parece». Papá debió querer a su padre cuando era muy niño, o de lo contrario no hablaría de él tan amargamente. Cuando el tío Sean triunfó, esto hizo que papá perdonase tanto a su viejo como a nuestro rruiseñor de tío. Pero nunca ha

descubierto la verdad sobre él, lo cual es preferible. De todos modos, dudo que papá supiera lo que significa.

Joseph hubiera sabido el significado. Había leído demasiado extensa y variadamente para no haber comprendido si se lo hubieran expuesto lisa y llanamente. Pero su natural gazmoñería irlandesa le aislaba en parte de identificar lo que había de «irregular» en su hermano. Además, opinaba que tales actividades eran no solamente de índole que no debía mencionarse ni siquiera entre hombres, sino que además eran esotéricas e inexplicables, y probablemente vividas «únicamente por extranjeros». Ni por asomo sospechó jamás un posible homosexualismo entre ninguno de sus colegas o conocidos ni aun cuando era ostensible, y ciertamente no hubiera podido creer que existiera en su propia familia. Le decía a Sean que siguiera «siendo todo un hombre» siempre que se encontraba con él, sin saber que a Sean le resultaba imposible ser «todo un hombre». Rory pensaba, a veces, que si Joseph lo hubiese adivinado, probablemente habría matado al lindo tío Sean.

Sean había intentado adherirse a Harry Zeff tanto por impulso de gratitud como por amor, pero Harry lo sospechó pronto y habíase retirado abruptamente como benefactor y amigo. Después habían seguido varios «asuntos amorosos» entre Sean y los nuevos amigos que hizo entre los muy diversos adictos a las artes. Finalmente se estabilizó en un solo amor, su administrador durante años, Herbert Hayes, quien resultó ser también de su tendencia. Fue Herbert quien enseñó a Sean a ser discreto y a no echar el brazo afectuosamente sobre los hombros de otros individuos en público, aun cuando el gesto era relativamente inocente, y a no mencionar su aversión por las mujeres, sino por el contrario, simular ser un galante mujeriego, «como tu hermano». También le enseñó Herbert a insinuar un pasado amor no correspondido hacia una dama ya fallecida, a la que no podía nunca olvidar y a cuyo recuerdo seguía devotamente fiel. Esto no le resultaba difícil hacerlo a Sean, ya que era actor, lo mismo que cantante, de nacimiento. Herbert le permitía vestir excéntricamente ya que esto era más o menos de esperar en un artista, pero nunca le toleró adornos afeminados.

Herbert era masculino en aspecto, modales, modo de vestir, voz y ademanes. Quería a Sean Armagh con un amor celoso y devastador, y le servía como un enamorado. Los intereses de Sean eran sus intereses. No tenía otros. Era él mismo un competente pianista, y por ello trabajaba con Sean en sus ejercicios de práctica y ensayo. Elegía cada acompañante musical. Trataba todas las jiras y era tan hábil que Sean nunca tenía que aceptar unos honorarios más bajos que los más recientes y habitualmente eran más elevados. Era también Herbert el que concedía entrevistas a la prensa, o sentábase vigilante cerca de Sean cuando él las otorgaba. Herbert componía el repertorio. También escribía los folletos de propaganda y programación. Asimismo se imponía a los directores de salas de concierto y a los acompañantes musicales. Herbert se ocupaba de las luces y aleccionaba a Sean para que adoptase las posturas más efectivas. No siendo tonto, pese a su amor por Sean, había pedido y

conseguido un salario muy razonable y ocasionales obsequios importantes, y viajaba siempre con su cliente. Ambos amaban el lujo, aunque a Sean le fastidiaba un poco tener que pagar este lujo en hoteles ya que tenía la convicción de que todas las «suite» de hotel deberían ser concedidas gratuitamente por «la administración».

Herbert se cuidaba de contratar constantes profesores de canto y les escuchaba con la agudeza de un pájaro tendiendo el oído hacia el susurro de un gusano por el suelo. También se cuidaba de que tales profesores no tuvieran las mismas inclinaciones que él y Sean.

Rory y Kevin buscaban a menudo, vanamente, «motivos para la conducta del tío», y todos ellos eran, lógicamente, falaces: demasiada compañía femenina en su adolescencia; un hermano demasiado fuerte y dominante; la carencia de un padre en su infancia y juventud; su temprana condición de huérfano y su temprana dependencia de mujeres. Un carácter demasiado gentil, demasiado blando, débil, influenciado, incapaz de resistir perversiones. Demasiado espiritual. Demasiado fácil de influenciar por individuos malignos que le intimidaban. El hecho de que su «condición» era congénita en él, innata, desde su propio nacimiento no hubiera sido creída por sus jóvenes sobrinos que alternativamente lo despreciaban o lo compadecían. Podían reírse de él entre ellos pero eran muy escrupulosos en simular, cuando estaban con Sean, que le creían completamente corriente, es decir, lo que ellos consideraban corriente. El que para Sean su propensión hacia los de su propio sexo le pareciese enteramente normal, hubiera inspirado la máxima incredulidad en Rory y Kevin, a pesar de su sofisticación académica. Algunas veces Sean les resultaba repulsivo y se mantenían a una inquieta distancia de él. Como persona, les era simpático, con sus gentiles maneras, su voz melodiosa, su aire de eterna juventud, su odio hacia las palabras o gesticulaciones violentas, y, curiosamente, su dulce inocencia. Preferían echarle la culpa de todo a Herbert Hayes, y le odiaban, lo cual era eminentemente injusto.

El público en general ignoraba lo referente a la «conducta» de Sean, ya que Herbert era muy diligente en el encubrimiento, conocedor de las calamitosas consecuencias, legales y públicas, que podrían recaer si el caso fuera conocido públicamente. Le disgustaba que los sobrinos de Sean pareciesen saberlo, pero seguramente no traicionarían a su propio tío. Su gran terror radicaba en que Joseph Armagh pudiera enterarse de la aberración de su hermano. Se había encontrado con Joseph en muchas ocasiones, en camerinos y en «suites» de hotel, y Joseph le causaba espanto, ya que sabía que era un hombre que no admitía componendas ni desviaciones, y que poseía un carácter absolutamente rígido y que para él un hombre como Sean le parecería un completo delincuente, merecedor de desenmascaramiento y destierro, si no de muerte. La poderosa personalidad de Joseph apabullaba a Herbert Hayes, la directa ferocidad de sus ojos le acobardaba. Le expuso una vez estas impresiones a Sean, y Sean había suspirado mansamente, asumiendo una expresión patética y tras inclinar la cabeza murmuró:

—Cierto, cierto. No puedes imaginarte siquiera, querido Herbert, las agonías que en mi infancia me infligió Joe, el abandono, la cruel indiferencia, mientras él perseguía tan sólo la obtención de dinero para su propia importancia y engrandecimiento. Detestaba a todo el mundo, y no era feliz a menos que todos los presentes se encogieran temerosos cuando entraba en una habitación. ¡Ah, si mi pobre hermana estuviera aquí! Ella podría contarte un triste relato de los maltratos de Joseph sobre nosotros cuando éramos apenas unas criaturitas.

Se había persuadido él mismo de que todo aquello era verdad, mucho antes de que se abatiese con lágrimas y gritos de emoción sobre el pecho de Joseph cuando éste le visitó por vez primera para expresarle sus felicitaciones por su triunfo. La malicia femenil que sintió por Joseph, la honda envidia y resentimiento por su potencia, su cualidad de hombría, habían inspirado a Sean un rencor oculto que disfrazaba bajo forma de desdén.

—Es mi sensibilidad —le decía a Herbert—, las sensibilidades de un artista nato, las que fueron tan ultrajadas por la personalidad y temperamento de mi hermano. Comprendo que no está bien por mi parte, desdeñarle, pero ¿cómo puedo cambiar mi carácter? —y miraba a su amigo implorando la absolución, sus claros ojos nadando en líquido—. Joe es tan grosero, tan insensible, incapaz de experimentar un verdadero afecto humano y el espíritu de sacrificio. Un hombre tosco, eso es lo que es, desgraciadamente.

Si alguien le hubiese llamado mentiroso a Sean se habría horrorizado sinceramente. Ya que había arrojado fuera de su memoria todo lo que supo de la desesperada lucha de su hermano en favor de los miembros más jóvenes de su familia. Reconocer aquella lucha, expresar gratitud, sentir alguna compasión o comprensión, habría rebajado a Sean en su propia estima y amor propio. Difamando a Joseph podía adquirir cierta dignidad y elevarse por encima de su temido hermano.

Rory había adivinado todo esto unos años antes, y su tío le producía una humorística irrisión y una divertida tolerancia. También estimaba que Sean era digno de compasión al igual que repugnante. Pero Joseph demostró creer que era «deber» de Rory ser leal a su familia, y por ello había pedido repetidamente a sus dos hijos que visitasen a su tío cuando se hallaba en Boston. Pero Sean no fue invitado a Green Hills más que una vez, ya que Bernadette hizo bien evidente que lo consideraba detestable, y no ocultaba su antipatía. No se daba cuenta de las tendencias de Sean, ni nunca oyó hablar de tales cosas, pero una especie de repulsión inquieta se agitó en ella cuando vio a Sean. Le pareció muy afeminado, presuntuoso y afectado, aunque se abstuvo de expresarle esta opinión a Joseph. Sean, a su vez, la odió nuevamente, recordando su antigua impresión de ella como una «mujer vocinglera y gordinflona».

Fue Herbert Hayes quien, desde la cárcel, había enviado a Rory el telegrama anunciándole la muerte de Sean. Herbert lo había matado. Sean se había enamorado locamente de un nuevo acompañante musical, joven, y le manifestó a Herbert esta pasión pidiéndole a Herbert que siguiese como administrador comercial suyo pero

cortando «todo vínculo de afecto conmigo». Herbert, traicionado, desesperado, anonadado y después rozando progresivamente la demencia, había estrangulado al hombre a quien había dado tanto y con tanta devoción y dedicación, llamando después a la policía.

Todo esto lo averiguó Rory de los policías mismos, cuando fue a las habitaciones del hotel de su tío. Estaban recogiendo insensiblemente, a efectos judiciales, todos los exquisitos tesoros con los cuales viajaba Sean y no fueron deferentes con el aturdido joven, sino que cínicamente y semiburtones le proporcionaron plena información.

—Sí, sí, ya sabía yo lo que era mi tío —dijo Rory, mirando en derredor algo trastornado—. Pobre Herbert. Supongo que fue ahorcado. Lo que me atosiga es qué demonios voy a decirle a mi padre.

Los periódicos solventaron este problema suyo con amplios titulares en Boston, Nueva York, Filadelfia y Washington, y otras grandes ciudades. Fueron discretos al máximo y recatados, pero una persona inteligente podía adivinar de inmediato el alcance de sus insinuaciones. Rory conservó los periódicos para su padre, quien cablegrafió que regresaría a Norteamérica inmediatamente para hacerse cargo del asunto y de los funerales. En el entretiem po, impulsado por la compasión, Rory fue a visitar a Herbert en la cárcel donde estaba esperando el procesamiento y le encontró extrañamente sereno y sin esperanza. Estaba lastimosamente agradecido a Rory por su visita.

—Perdí el juicio y maté a tu tío, un hombre tan genial, tan espiritual y con una voz tan maravillosa. No puedo decirte por qué. Prefiero enterrar el secreto conmigo.

Rory mencionó que conocía a muchos buenos abogados en Boston, pero Herbert denegó con la cabeza y con aspecto de total abandono vital.

—Yo quiero morir, también —afirmó—. Tu tío representaba todo mi interés en la vida, y ahora ya nada me queda.

Pero Rory le consiguió un excelente abogado defensor. Leía los periódicos con desánimo y pensó en Albert Chisholm y lo que le diría a su hija acerca de «esta familia Armagh». Chisholm no se llamaría a engaño, aunque naturalmente y por delicadeza se abstendría de ilustrar a Marjorie.

Joseph tomó el crucero más rápido de Southampton a Nueva York. Estaba solo y aislado, ya que ni Harry Zeff ni Charles Deveraux le habían acompañado esta vez a Europa en la triste peregrinación para las consultas médicas a propósito de Ann Marie, y eran necesarios en las Empresas Armagh. La travesía fue como una repetición más espectral de su primer viaje a América, con las marejadas lívidas y bullidoras, los ásperos vientos, las celliscas, las tormentas de nieve y el lamento de las sirenas entre las brumas. Estremecía se en su cálido y lujoso camarote. Intentaba abstenerse de pensar en la luctuosa noticia. El cable de Rory no le había informado sobre la forma en que murió Sean, y daba por posible que fuera debido a «una endeblez de los pulmones», dolencia de la que ya había padecido Sean. A su entender era una de las plagas que hostigaba a los irlandeses. Intentó leer. Era inútil. Había

dejado tras él la triste desgracia, y la desgraciada tristeza le aguardaba con una nueva pérdida y una nueva pesadumbre.

Rory le recibió solo en Nueva York. El joven lo estimó mejor así. Cuando Joseph inquirió de inmediato la causa de la muerte de Sean, replicó Rory:

—Vayamos al hotel. Tengo los periódicos para que los leas.

La nieve y el viento fustigaban las ventanillas del carruaje, y Joseph, con una intuición de algo calamitoso, sólo podía mirar fijamente la cara de Rory encajada en una expresión inmutable y únicamente pensaba en lo avejentado que parecía Rory, quien se limitó a manifestar que todos los arreglos del funeral fueron dejados en suspenso a la expectativa de Joseph.

—Muy bien —dijo Joseph.

Pensó en Sean no como un cantante de mediana edad y de éxitos, sino como en el pequeñito Sean con los claros y petulantes ojos y la encantadora voz infantil, y sus ojos ardieron, resecos.

—Es como si fuera tan sólo ayer, cuando él cantaba en el entrepuente de inmigrantes para aliviar el dolor y la tristeza de nuestra madre —le dijo a Rory que sorprendió ante este sentimentalismo por parte de su padre que meneó la cabeza sombríamente, y volvió a humedecerse los labios—. El sacerdote le compró una manzana en los muelles de Nueva York, donde nadie nos aceptaba, y nunca había comido una manzana, ya que todas se pudrían en Irlanda lo mismo que las patatas. Nunca olvidaré cómo se la comió, lamiendo cada pedazo y cada gota de jugo. —Emitió un breve suspiro—. Estuvo demasiado tiempo privado de las manzanas de la existencia, demasiado tiempo, creo yo. Siempre fue frágil.

Rory, consideradamente, miraba a través de la ventanilla azotada por la nieve, y ahora su sentimiento era hacia su padre y no por su tío asesinado. Harry Zeff sostuvo muchas serenas conversaciones con Rory a propósito de Joseph, ya que Harry estaba decidido a que Rory no fuera otro Sean ennegreciendo la existencia de su padre con ingratitud y crueldad infantil.

—Conocí a tu padre cuando éramos muchachos —repetía insistentemente— y sé lo que Joe sufrió por su familia. Sé lo que la fuga de Sean significó para él, y sé lo que significó para él cuando Sean finalmente logró algo por su propio esfuerzo. Estaba tan orgulloso como un pavo real —y entonces miró fijamente a Rory—: En cierta ocasión leí algo de un poeta turco o similar. Tu padre siempre estaba dándome libros para que los leyese, aunque nunca fui muy aficionado. El tal poeta se llamaba Omar y no sé qué más. ¿Cómo voy a recordar su apellido tan complicado? Era acerca de un hombre perdonando a Dios y no a la inversa.

Rory había recitado:

*Oh, Tú que hiciste al hombre de la tierra más ruin.
Y hasta con el Paraíso creaste la serpiente.
Por todo el pecado con que el rostro del hombre*

queda mancillado, el Hombre concede el perdón... y lo admite.

—Eso es, eso es —había dicho Harry complacido—. Esto es. El viejo turco supo comprender, ¿verdad? Joe tiene mucho que perdonarle a Dios, y nunca lo olvides.

Cuando Rory y Joseph llegaron al hotel, dijo Rory:

—Hace mucho frío y estás cansado, papá. Necesitas un trago.

Joseph gruñó:

—Creo recordar que en cada ocasión melancólica te agarras a la botella, Rory. Bueno, bebamos algo.

Rory había ordenado un fuego bien nutrido en las habitaciones recordando lo mucho que el frío afectaba a su padre. Preparó un ponche caliente para Joseph y éste dijo:

—¿Dónde conseguirán limones aquí en esta época del año?

—De Florida y por el tren más rápido. Vivimos una época nueva, papá, muy moderna y rápida.

Joseph bebió, primero cautelosamente, luego con una súbita sed que hasta entonces nunca le viera exhibir Rory. Cuando pareció estar relajado y entibiado, dijo Rory:

—No iré con rodeos. Pensé que debías leer algunos de los periódicos de Boston, y algunos de la prensa sensacionalista de Nueva York, antes de que vayas a Boston para solucionar lo del funeral y traer al tío Sean al panteón familiar de Green Hills.

—¿Para qué voy a mirar periódicos? —quiso saber Joseph—. ¿Qué es todo este misterio? Bueno, pásame estos condenados papeles.

Rory le dio a su padre un manojito de recortes, con titulares y breves comentarios llamativos, y tras servirse una copa se ausentó prudentemente por unos instantes en el cuarto contiguo. No oyó más rumor que el del papel siendo hojeado, y una sola exclamación: «¡Dios mío!», que le hizo encogerse y desear haber traído consigo la botella de *whisky*. «Al infierno contigo, tiito lindo», imprecó mentalmente al difunto. «No te bastó con haberle dado una coza imperdonable hace años, sino que encima tenías también que hacerle esto a él».

Rory percibió el repentino fulgor del fuego al arrojar Joseph furiosamente los papeles en las llamas. Pero Joseph no le llamó de inmediato, porque estaba pensando de nuevo en el senador Bassett. No pensaba en el escándalo explícito que había caído sobre la familia. Podía solamente ver el rostro del hombre a quien había destruido, y veía aquel semblante en las relucientes pavesas del hogar, y oía de nuevo la voz del muerto y releía la última carta que el infortunado había escrito definitivamente.

Tras un largo intervalo Joseph llamó a su hijo y Rory regresó al cuarto que iba oscureciéndose. Dijo Joseph:

—Creo que necesito otro de tus infernales brebajes.

Pero cuando el silencioso Rory se lo dio, Joseph se limitó a mantener la copa en la mano y miraba fijamente el fuego, y su semblante se había tornado pálido y rígido.

A instantes se estremecía.

Sean fue enterrado en la parcela familiar con escasa asistencia, y el inocente sacerdote dijo:

—... esta triste y famosa víctima del acto insensato de un loco. Podemos únicamente deplorar la pérdida de un tan magnífico artista... Podemos solamente ofrecer nuestra condolencia a aquellos que están afligidos y recordarles...

La nieve caía sobre el catafalco de bronce y en la negra y expectante fosa, y aquellos que fueron invitados a acompañar al hermano y a los dos sobrinos, intercambiaban miradas levemente maliciosas, excepto Harry Zeff, Charles Deveraux y Dineen que permanecían junto a Joseph como unos guardaespaldas y dejaban que la nieve cayera sobre sus descubiertas cabezas. El puñado de tierra y el agua bendita cayó también, y Joseph no giró la cabeza, sino que miraba el ataúd de su hermano y nada en absoluto exteriorizaba su demacrado rostro.

Dos días después, sin siquiera ver a Elizabeth, regresaba a Europa.

Antes de la fecha de la vista de su juicio, Herbert Hayes se ahorcó en su celda.

VII

Después del funeral de su tío, y tras su regreso con Kevin a Harvard, Rory fue acometido por una honda depresión que nunca había experimentado antes. Había oído mencionar «los negros cambios de talante irlandés» pero los consideró invención de los poéticos irlandeses para explicar la melancolía experimentada a veces por todos los hombres. No podía sacudirse aquella depresión, aunque intentó hallar la causa. Hasta la propia Marjorie, con sus bromas ingeniosas y su ardiente amor, no lograba aliviar mucho su estado de ánimo.

Rory se sorprendió a sí mismo estudiando los periódicos y tratando de «leer entre líneas». Pero todo parecía estar tranquilo en una Norteamérica de naciente prosperidad y esperanza, pese a los vociferantes políticos y aquel sector de prensa conocida por «amarilla», dado su sensacionalismo destinado a acobardar. La nación se regocijaba en su libertad. Era la Meca de todo un mundo envidioso. Era a la vez cándida, efervescente, alegre, rica, expansiva y emocional, interesándose más por las noticias sobre la familia real británica que por los discursos de su Presidente. Los americanos adoraban a William Jennings Bryan y reían alegremente ante las caricaturas que le satirizaban. Sus opiniones eran como la espuma, pensaba Rory. Sus emociones eran igualmente turbulentas y huecas. Sin embargo, bajo aquella espuma parecía residir una serena y tranquila corriente manando firmemente hacia Utopía y sus torreones dorados, donde cada hombre poseería su propio «coto», como decía un periódico, su propia tierra y su propio destino.

Rory estaba todavía en Europa cuando, el 25 de enero de 1898, el buque de guerra norteamericano «Maine» entró en el puerto de La Habana ante la supuesta alegría, tanto del gobierno español como de los insurrectos cubanos. Todo el mundo alegó que esto tuvo lugar por invitación del gobierno, y tardó mucho tiempo en saberse que fue ante una petición secreta del Cónsul General norteamericano, por razones nunca del todo aclaradas ni divulgadas. El comandante español del puerto visitó personalmente el barco de guerra, acompañado por cajas de un jerez español especial a modo de obsequio, invitando a la oficialidad a una corrida de toros. El Presidente de los Estados Unidos dijo que la visita del «Maine» a Cuba era «simplemente un acto de cortesía internacional».

Pero Joseph le explicó a Rory que el «acto amistoso» era para proteger a los ciudadanos norteamericanos residentes en Cuba, «o quizá para emplearles por ciertas razones». También era para proteger las propiedades norteamericanas si la revolución interior alcanzaba La Habana. Joseph no se extendió sobre las «ciertas razones» de la presencia del «Maine». Pero Rory comenzó a escrutar cuidadosamente los periódicos. Algunas veces se burlaba de sí mismo. Estaba buscando espantajos y traidores bajo la cama, así como conspiradores inexistentes. Percibiendo el poder y la pulsación de Norteamérica ahora que estaba en la nación le parecía divertidamente increíble que

ninguna conjura de hombres anónimos reuniéndose en San Petersburgo, Londres, París, Roma, Berlín, Viena, o en cualquier otro lugar, pudiera verdaderamente conquistar un ascendiente internacional sobre su patria y destruirla para conseguir sus propias ambiciones. ¿Era posible que su padre les hubiera tomado verdaderamente en serio? Indudablemente eran poderosos, ya que siendo financieros podían manipular las valoraciones de las monedas en Europa, ¿pero cómo podrían ellos manipular el dinero circulante de Norteamérica, a sus políticos y su gobierno? Hasta los mismos «barones salteadores» de Norteamérica eran demasiado americanos para tolerar algo semejante. Rory les había oído en Nueva York reírse de «nuestros gnomos europeos». Era la risa de hombres fuertes y bienhumorados, hombres que aparecían en las fiestas nacionales de celebración del Cuatro de julio, para pronunciar fervientes discursos sobre el patriotismo y «la gloria de nuestra bienamada, invulnerable y pacífica patria». Había, como recalcaban a menudo, «dos océanos circundando y protegiendo nuestros litorales contra la ambición extranjera y los ataques extranjeros». La Doctrina Monroe era un documento reverenciado, el tercero en orden de estimación de los americanos después de la Declaración de la Independencia y la Constitución. Era inexpugnable.

¿Guerras? ¿Impuestos confiscatorios? ¿Inflación? ¿«Emergencias» nacionales? Estaban tan remotos de América como el planeta Arturo. Eran aberraciones europeas, una dolencia de viejas y decadentes naciones, y nunca invadiría los saludables tejidos del cuerpo de la política americana, pese a todos sus inocentes alborotos, estrépitos, fuegos de artificio, denuncias, excitaciones y bramantes emociones y otras irracionalidades.

Kevin era estudiante de primer año en Harvard, y él y Rory se encontraban con frecuencia en pequeños y tranquilos restaurantes de Boston. Kevin era joven, pero era tan alto si no más que su hermano, y era un «oso negro irlandés», como decía a menudo su madre. Pero había algo en Kevin que no era juvenil ni de colegial, algo constante, inamovible, y racional, sin emocionales salidas de tono ni temeridades. Kevin no era un «conversador». Desde hacía tiempo Rory opinaba que Kevin sabía más acerca del «accidente» de Ann Marie de lo que nunca dijo, y nada podía forzarle a decirlo. Cuando Kevin aparecía su presencia no era simplemente la presencia de otro hombre muy joven, desgarbado, inseguro, rudo o a la defensiva. Estaba simplemente allí, y notábase casi tangiblemente. Entre los dos hermanos existía un hondo cariño y una plena confianza que no era expresado en palabras y, sin embargo, era raro que se hicieran confidencias y nunca hasta entonces habían sido totalmente francos. «Desnudarse el alma» no era precisamente el estilo de vivir de los Armagh. Tenían de su padre la innata dignidad y su desdén por el emotivismo de cualquier índole.

—¡Cómo una condenada mujer sollozando en su almohada! —solía decir Joseph de cualquier hombre que supiera que no podía dominar sus sentimientos o desease explayarlos—. Es como quitarse los pantalones y prendas menores en público. ¿No

tienen por lo visto pundonor y decoro? Quieren que todo el mundo palpite de simpatía por ellos y los estime.

Esta actitud de reprobación era también la de los hermanos Armagh que tenían orgullo si no «sensibilidades», como decía Bernadette.

Kevin era un buen estudiante aunque de escasa inspiración. Trabajaba duramente, como nunca tuvo que hacerlo Rory, pero tenía tanta retentiva como Rory. Se enzarzaba afanosamente con sus libros. Sus temas escritos estaban adecuadamente elaborados, aunque vulgares. Pétreo, fornido, macizo, era admirado en las pistas de equitación y campos de deportes. Nadie sabía lo que pensaba Kevin aunque Rory era el que más se aproximaba en adivinarlo. Kevin era pragmático. Kevin era realista. Kevin nunca era atormentado por pesadillas ni alucinaciones. Kevin era directo y rotundo, de lenguaje nada suave y, a menudo, ostentaba modales que eran estigmatizados como rudos y rústicos. Era simplemente que Kevin estimaba no disponer de tiempo para necios o para las exquisiteces y frivolidades.

—Entonces, ¿para qué ahorras tu tiempo? —le preguntó una vez zumbonamente Rory.

—Para mí —había replicado Kevin a sus quince años.

Más tarde, pensando en ello, Rory reconoció que era un comentario eminentemente sensato. No había absolutamente afectaciones en Kevin ni pretensiones ni hipocresías. Había sostenido más peleas a puñetazo limpio en su vida a los dieciocho años que Rory nunca tuvo, y había luchado eficientemente y sin pasión ni rencor.

—Es igual a mi abuelo —comentó una vez Joseph—. Nada podía detener a aquel negro toro irlandés cuando se le había puesto algo entre cejas.

El problema era que nadie hasta entonces sabía exactamente si Kevin tenía algo entre cejas, ni siquiera Rory, aunque se daba por supuesto que proseguiría sus estudios de derecho ingresando luego en la carrera política, tal como su padre había decretado. Kevin no era dado a conversaciones. Fuera lo que fuese lo que pensase era suyo, y su mente no permitía invasión alguna. Sus negros ojos eran penetrantes pero no vivaces, agudos pero no chispeantes y nunca parecían sonreír. No contemplaba al mundo con insolencia sino con una total carencia de inquietud. Si a veces hacía una pregunta y la persona se ponía evasiva, inmediatamente cambiaba el tema. Si esto indicaba o no una carencia de interés en los demás, nadie lo sabía, excepto Rory, que lo identificaba como una asombrosa sensibilidad que Kevin mantenía escondida, y un hondo respeto por la intimidad ajena.

Rory y Kevin se reunieron para cenar en un más que modesto restaurante de Boston el diez de febrero. Ambos veíanse obligados a la frugalidad y lamentaban la parsimonia paterna. Rory administraba con cuidado el remanente del dinero que Joseph le había dado.

—Cuenta tus peniques que las libras ya se cuidarán ellas mismas —solía decir Joseph, y sus hijos estaban de acuerdo, pese a sus lamentaciones en privado.

El restaurante era más bien una cantina o una taberna, como la habría llamado Joseph. La cerveza era excelente y también los emparedados de buey asado, los encurtidos de pies de cerdo, jamón, salchichas, ensalada de patatas, el pan de centeno. Allí los saludables jóvenes de los colegios que tenían padres escatimadores y de gran fortuna, podían beber y cenar a gusto, fumar y hasta escupir en los suelos alfombrados de serrín, y contarse chistes verdes, interpelarse ruidosamente unos a otros, y jactarse de sus éxitos sexuales, en su mayor parte ficticios. Las jóvenes damitas de Boston eran a menudo ofensivamente inalcanzables, y los burdeles, en su mayoría propiedad de las Empresas Armagh, eran caros. Aquel fisgón era un lugar favorito de Rory y Kevin, y podían sentarse al fondo en la semipenumbra y charlar ante una mesa grasienta de madera, y rara vez ser abordados. Era sabido que su padre era propietario de aquella cantina, como de muchas otras en Boston, y en consecuencia les rodeaba una especie de aura contra la cual hubieran protestado de haberla adivinado. ¿Acaso no pagaban igual que cualquier otro? ¿Acaso papá permitía que tuvieran crédito? No. Su única prerrogativa era que los cantineros irlandeses les insultaban más que a los otros, y en voz alta les llamaban «irlandeses andrajosos» y fingían desconocerles e ignorarles.

Rory le transmitió a Kevin las noticias de la parte de la familia todavía en Europa, ya que la muerte de su tío les había impedido hasta entonces intercambiar confidencias. No hablaron de Sean. Si hubiera sido asesinado por ladrones o por un marido ofendido, entonces lo hubiesen comentado. Pero ahora había quedado consignado al discreto Limbo de los Armagh, y por lo tanto ya no existía más que en sus melancólicos recuerdos. Un pequeño piano, donde muchos años antes Sean habían tocado y cantado, cubría su conversación intermitente. Rory, el voluble, no encontraba opresivos los breves comentarios y largos silencios de Kevin. Emanaba entre ellos una intensa comunicación que necesitaba de pocas palabras. Aquella noche, Kevin había adivinado inmediatamente que Rory estaba preocupado, cosa rara en él, y esperaba que Rory o bien hablase o no. Los grandes mecheros de gas fluctuaban en sus globos sucios y en la cantina hacía frío y se notaba la humedad, pero la cerveza era buena y ambos jóvenes habían rellenado debidamente sus estómagos. El retrato de la dama desnuda sobre el mostrador parecía excepcionalmente rubicundo y excepcionalmente grueso, irradiando de modo benévolo hacia los comensales y bebedores.

Rory inclinó su hermosa cabeza rojo y oro sobre su jarra de cerveza y pareció seguir con los ojos el moldeado del cristal. Dijo:

—Estuve solamente ausente unos días pero me parecieron meses. ¡Vaya cueva que es Londres! Pero produce una sensación de potencia que no tienen siquiera Nueva York o Washington... una sensación de imperio, de poderío, como solían llamarlo los viejos muchachos. Una especie de... pulsación... por doquier. Pero los «alegres compadres de Inglaterra» hace tiempo que desaparecieron, por obra y gracia de Cromwell y Victoria y el espíritu del Caballero de la Mesa Redonda ha muerto. Si

es que alguna vez existió.

Kevin esperaba. Rory alzó la vista mirándole brevemente con aquellos ojos aparentemente cándidos. Dijo:

—Oí comentar algo acerca de que enviamos una nave de guerra a La Habana, mientras yo estaba en Londres. ¿Oíste comentarios?

—Claro que sí —dijo Kevin—. Estamos a punto de apoderarnos de Cuba. Y otro saqueo a la vista.

Rory quedó enormemente sorprendido y abatido. Su hermano había hablado en forma casual, como si se tratase de una realidad evidente por ella misma. Su recia voz sonó sin apasionamiento y hasta indiferente.

—Pero ¿por qué, por el amor de Dios?

Kevin encogió sus anchas espaldas.

—Creo que queremos una guerra.

—¿Por qué? —repitió Rory, todavía impresionado.

De nuevo se encogió de hombros Kevin.

—¿Quién sabe? Supongo que nos hemos puesto en camino.

—¿Hacia dónde?

—Para ser lo mismo que otras naciones.

—¿Qué demonios significa esto?

—Vamos, Rory. Te consta. Imperio. Y algo más, también.

Sintió Rory cierta opresión en el pecho.

—¿Qué quieres decir con «algo más»?

El ancho rostro moreno de Kevin se hizo ceñudo.

—¿Cómo voy a saberlo, ni tú, ni ningún otro? Excepto papá, quizá. Sólo se capta un atisbo, una especie de sensación neblinosa, en el aire. He estado estudiando algunas... cosas.

—¿Cómo? ¿Qué?

—Eh... estás gritando. He leído acerca de los Morgan, los Regan, los Fisk, los Gould, los Vanderbilt... y demás. Yendo y viniendo de sus casas en Londres y París y Viena y en la Riviera. Últimamente exhiben una gran actividad. Queda expuesto en los periódicos... galas, bodas, fiestas sociedad internacional. Pero no me lo creo. Siempre hicieron estas reuniones, pero esta vez no creo que sean tan condenadamente inocentes como aparentan ser.

Rory estaba estupefacto. Kevin le dedicó una sonrisa aviesa.

—¿No conociste a algunos de ellos en Londres?

Rory asintió incapaz de hablar.

—Todos ellos casando a sus hijas con representantes de la nobleza de Europa —dijo Kevin—. Vendiendo a las muchachas como si fueran novillas. Bien. Pero hay algo más, también, y de mayor importancia. Tengo un «profe», o mejor debería decir que tuve uno. Lo despidieron en enero. Habló acerca de los banqueros internacionales. Tan sólo unas breves alusiones. Pero me di cuenta; todo se encajó en

su sitio correspondiente, todo lo que estuve leyendo en la prensa. No sé por qué lo despidieron. O quizá sí.

Una honda frialdad se instaló dentro de Rory. Súbitamente su hermano ya no parecía impasible y joven, sino mundana y pesadamente disgustado, y más adulto que él mismo, que tenía seis años más.

—¿Quién te crees que ha estado agitando a aquellos insurrectos de Cuba? —preguntó Kevin—. Viven mejor de como viven los granjeros americanos en las regiones apartadas. ¿Quién hizo a aquellos pobres campesinos repentinamente conscientes de que eran «oprimidos»? No es la raza ni la religión lo que les divide de los españoles; son el mismo pueblo con una leve mezcla de indios, probablemente. ¿Quién está ahora removiendo inmundicias en Cuba?

—¿Quién?

—Nosotros, lógicamente. Por alguna u otra condenada razón. ¿Crees acaso que los cortadores de caña en Cuba están ahora de pronto inflamados por la «libertad» y «los derechos del hombre»? ¡Dios!, pero ¡si apenas saben leer! Todo lo que desean estos pobres diablos es paz, guitarras, romances, muchachas, vino y bailes. El sustento lo obtienen casi por nada, y no necesitan casas como las nuestras, ni calor artificial. Pero de repente se ponen a hablar acerca de la «liberación». Tú eres el heredero, Rory. Ahora explícame las cosas. El quién y el porqué.

«No puedo», pensó Rory. Sentía una inmensa frialdad y estremeciósese. Dijo por fin:

—¿Qué quieres significar con esto de que yo soy el heredero?

Kevin sonrió enigmáticamente.

—Eres el hijo mayor. Estás casi a punto de terminar tus estudios. Serás el primero en la carrera política. Acabas de regresar de Europa. Papá te pidió que fueras allá. No voy a preguntarte por qué ni voy a esperar que me digas la verdad. Dijiste que era a propósito de Ann Marie, y no me lo creí ni por un instante, ya que ella no estaba en Inglaterra. Rory, puede que no tenga más que dieciocho años, pero no soy un lactante. Papá nunca me dijo gran cosa, si es que me dijo algo, pero casi puedo leer su pensamiento. Basta sólo escuchar, no con tus oídos, sino con otro sentido... ¡Demonios!, no puedo explicarlo, ni demostrarlo. Existe, simplemente.

Bebió un poco de cerveza.

—Leo todo lo que Mark Hanna declara a los periódicos.

Y todo lo que dice el Presidente. Insinúan. Tal vez es todo cuanto se atreven a hacer. Incidentalmente, te manifiesto que no me gusta nuestro sonriente Teddy Bear («Oso de peluche»), Roosevelt el Subsecretario de Marina. Acabo justamente de leer que ha ordenado al Comodoro Dewey que esté preparado para atacar Manila, distante ocho mil millas de aquí.

—¡Eh, irlandeses! ¿Os vais a pasar toda la noche aquí sentados, sin beber? —les gritó un cantinero—. ¿Creéis que mantenemos esta taberna a base de charlas?

—Cierra el pico, Barney —dijo Kevin, ondeando la mano—, pero envíanos más

cerveza. —Su mano era maciza como la de un peón de albañil, y su juvenil semblante se tornó súbitamente macizo también. Añadió—: Mi patria, ojalá siempre sea justiciera. Pero es mi patria, para el bien y para el mal —y mirando fijamente a Rory silabeó incisivamente—: Siempre y cuando sea mía, y no de otros.

Los labios de Rory parecieron de pronto no tener músculos ni fuerza.

—¿De cuáles otros podría ser, Kevin?

De nuevo encogió los recios hombros.

—Bueno, ahora precisamente se está hablando mucho de un Tribunal Mundial en La Haya, ¿no es así? O quizá papá no lo mencionó. Quizás olvidaste leer los periódicos. Quizá los periódicos ingleses no lo supongan importante. O cualquier otra cosa que se te antoje.

Ahora le sonreía amplia y cínicamente a Rory, y sus grandes dientes lobunos blancos como la nieve fulguraban a la luz de gas.

—Yo soy solamente el hermano pequeño. No sé nada de nada. Acabemos con este aguachirle y nos largamos. Tengo una clase a primera hora mañana.

En la noche del 15 de febrero el buque de guerra «Maine» fue volado en el puerto de La Habana. Más de doscientos norteamericanos miembros de la tripulación y oficialidad resultaron muertos. Nadie descubrió nunca quién o qué causó este desastre, pero fue suficiente para que los entusiastas atizadores de guerra en toda la nación y su prensa comprada exigieran la guerra. Nadie estaba del todo seguro de quién era el «enemigo», pero después de ligeras reflexiones quedó decidido que era España. Más tarde se determinó que una mina submarina, aplicada al exterior del casco del buque, pudo ser la causa, y también se arguyó que la *Santa Bárbara* fue volada desde el interior. ¿Quién era el culpable? Nadie lo supo jamás. El Subsecretario de la Marina Theodore Roosevelt clamó con vehemencia que estaba «convencido» de que el desastre del puerto de La Habana no era un accidente, pero el superviviente capitán del buque Charles D. Sigsbee, instaba paciencia y serenidad hasta que fuera conclusa una investigación. Roosevelt casi enloqueció de rabia. Mientras tanto el gobierno español expresó su horror, y decretó una jornada de luto por los difuntos americanos. El gobierno desde Madrid hizo ofertas, una tras otra, de conciliación, en intentos de evitar una guerra, pero el Subsecretario de Marina Roosevelt clamaba en petición de «venganza».

El presidente McKinley era un hombre prudente, y no un atizador de guerra. Imploró al país que aguardase los resultados de la investigación oficial. Dijo:

—Es posible que los responsables sean unos agentes provocadores y no el gobierno español. He oído murmuraciones, he oído rumores...

Con estas frases acababa de firmar su sentencia de muerte.

Roosevelt estaba fuera de sí. Dijo acerca del Presidente:

—No tiene más firmeza que un bollo de chocolate. ¿Saben lo que ha hecho este perro cobarde encumbrado en la Casa Blanca? Ha preparado dos mensajes, uno declarando la guerra, otro en pro de la paz, ¡y no sabe cuál enviar!

«O sea que ya se han movilizado», pensó Rory Armagh, leyendo todo esto en la prensa. «Después de todo no era una pesadilla. No me estaba asustando a mí mismo en las tinieblas. Lo que oí en Londres no era farfulla de conspiradores de poca monta. Es el comienzo de su plan».

En el intervalo el Presidente, a pesar de Roosevelt y su amigo el capitán Mahan, pidió al pueblo americano que conservase el buen juicio y no se dejase descarriar por aquellos que quisieran conducirnos a una guerra de la cual he oído... aunque pueda tratarse solamente de un rumor, un rumor... es la apertura de una serie de guerras para enzarzar nuestra nación en aventuras extranjeras. Cuál es el propósito no lo sé por completo; puedo solamente hacer conjeturas. Recordemos lo que George Washington nos imploró que hiciéramos: tener relaciones pacíficas con todas las naciones y ninguna intromisión extranjera con ninguna.

—¡Perro cobarde! —clamó Roosevelt.

La presión sobre el Presidente por intermedio de la prensa y de Roosevelt se hizo insoportable. Alegó una y otra vez que puesto que Norteamérica estaba solamente emergiendo dentro de una nueva prosperidad debía ocuparse de sus propios asuntos y ser juiciosa y equilibrada. Pero fue inútil. Las histéricas y entusiastas masas orientadas por los vociferantes editoriales de la prensa sensacionalista, exigieron la guerra contra España, aunque nadie estaba del todo seguro por qué debía estallar tal guerra. En consecuencia, desesperado, tenuemente consciente de las fuerzas poderosas actuando contra él desde una vigilante Europa y Nueva York, sucumbió. El 11 de abril de 1898, el Presidente, angustiado, atemorizado, envió su mensaje de guerra. El día primero de mayo, el Comodoro George Dewey penetró a todo vapor en la Bahía de Manila, al mando de la Escuadra Asiática norteamericana, y hundió todos los buques de guerra españoles que estaban anclados allí... a ocho mil millas de distancia.

El gobierno español en Cuba, y los propios insurrectos, quedaron aturridos por la incredulidad y el pasmo. Oyeron comentar que Roosevelt había declarado jubilosamente que la guerra, era «en defensa de los intereses americanos». Cuáles eran estos intereses nadie estaba del todo seguro... excepto los hombres en Washington, Nueva York, Londres, Berlín, París, Roma, Viena y San Petersburgo. Se convocaron para una reunión apacible y alborozadamente triunfante, aunque se limitaron a intercambiar apretones de mano y hablaron poquísimo o casi nada.

En junio las fuerzas norteamericanas, cantando, aunque no sabían por qué cantaban, desembarcaron en el litoral cubano de Daiquiri, con las bajas de dos hombres que perecieron ahogados. En julio las escasas fuerzas españolas destacadas en la colina de San Juan, en Santiago, y en El Caney, fueron aniquiladas. El tres de julio, el jefe de la flota española, Almirante Cervera, ordenó a sus capitanes intentar efectuar una salida a la mar abierta desde Santiago y la flota fue destruida por los buques de guerra americanos apostados desde tres días antes al acecho. Los invasores norteamericanos, el 17 de julio, capturaron Santiago, y los españoles se vieron

forzados a rendirse.

El 26 de julio el gobierno español en Madrid pidió las condiciones para la capitulación, y fue firmado un armisticio el 12 de agosto en París. Apenas quedó firmado llegaron las noticias de que las fuerzas norteamericanas se habían apoderado de Manila y Puerto Rico... sin hallar resistencia alguna.

—«¿Qué tal les gustó la Guerra del “Journal”?» —proclamaba en sus titulares el «New York Journal» con regocijado deleite, y el pueblo americano vociferó en alegres vítores como respuesta. Desde Londres, el embajador norteamericano felicitó a su amigo Theodore Roosevelt, en una carta exuberante. Declaró:

—¡Ha sido una espléndida guerrita!

Ahora Norteamérica había adquirido muchas bases en ultramar. El presidente McKinley no estaba satisfecho. Pensaba en Theodore Roosevelt y su amigo el capitán Mahan, y tenía muchos otros pensamientos. Fue malaventurado que trasladase algunos de estos pensamientos sobre papel de carta enviándolos a supuestos amigos que había considerado simpatizantes. Encontraron precavidos empleos descansados en despachos lejanos en diversas ciudades de Europa.

Rory Armagh había perdido todo interés en estas incidencias mucho antes de la firma del tratado de paz en París. Porque su hermano Kevin había perecido en la «espléndida guerrita», muriendo en Santiago, a bordo del buque de guerra norteamericano «Texas», el 28 de julio.

VIII

Al comienzo de las vacaciones de primavera Kevin había dicho a su hermano:

—Este verano no vuelvo a Green Hills. Tampoco iré a hacer mi habitual entrenamiento en las oficinas de papá en Filadelfia. He conseguido un trabajo en el «Boston Gazette», escribiendo artículos sobre la guerra.

—¿Tú? —se asombró Rory.

Kevin había sonreído.

—Puedes pensar que soy un trafagón^[31], pero voy lento y con empeño, aunque lo soy. Pero puedo escribir sobre hechos. No seré posiblemente un inspirado ni un histórico, pero puedo escribir objetivamente. Por ello el periódico me contrató como corresponsal para informar sobre las guerras. Aunque creo que ésta terminará pronto.

—Estás buscándote excitaciones aventureras —le acusó Rory, desanimado, pensando en su padre.

Kevin había reído amistosamente.

—¿Conoces a alguien menos excitable que yo? No busco aventuras. Busco algo distinto.

—¿Qué?

Pero Kevin había encogido sus anchas espaldas, que resultaban tan efectivas en el campo de rugby. Kevin era «recóndito», como solía decir Joseph. Nunca revelaba nada que no quisiera revelar, ni de sí mismo ni de ninguna otra persona, y por consiguiente Rory sabía que no servía de nada presionarle. Pero Rory pensó en lo que habían dicho aquellos hombres sin rostro en Londres:

—No podemos aceptar estados soberanos y nacionalismos que dividen y dispersan nuestros intereses. Debemos trabajar para la obtención de un imperio mundial socialista, que estaremos capacitados para controlar sin fastidiosas distracciones de entidades políticas independientes y sus internas y externas querellas.

—Para resumir —había expuesto irónicamente Joseph a su hijo— saquearán a la población mundial mediante pesados impuestos en cada país, para después con «benevolencia» devolver a las masas sojuzgadas parte de aquellos ingresos en «donaciones», «auxilios», «justicia social», «participaciones», de cualquier modo todo el dinero de la población... por lo cual el populacho intimidado quedará humildemente agradecido conformándose y siendo obediente. No, no voy a revelarte nada más. Pero lo irás aprendiendo a medida que sigamos adelante y lo aceptes todo. —Había mirado con fijeza por un momento, reflexivamente, a Rory—. Tendremos que comprobar si eres de confianza.

Rory había replicado:

—Papá, tú realmente no eres uno de ellos.

Joseph había apartado la mirada.

—Ésta es una opinión tuya muy personal, Rory. Yo estoy tan interesado como ellos en el poder.

Recordaba lo que Montrose le había expuesto hacía ya tantos años, en su primera juventud, sobre que el marxismo no era un «movimiento» para la liberación y el gobierno del «proletariado», sino una conspiración de aquellos que se llamaban a sí mismos la «Élite», y cuyo objetivo era el despotismo.

Rory se preguntaría hasta el fin de su vida si Kevin había tenido cualquier percepción especial acerca de estas cosas, y siempre recordaría aquella conversación con él en la cantina por una fría noche de febrero del 1898.

Cuando Joseph, Bernadette y Ann Marie regresaron a mediados de abril le tocó a Rory la desagradable y no deseada misión de informar a sus padres que Kevin ya había abandonado Norteamérica como corresponsal para el «Boston Gazette». Joseph, como era de prever, se encolerizó y Bernadette alzó sus gruesos brazos exclamando:

—¡Qué desagradecimiento, qué estupidez, qué propio de Kevin hacerle esto a su padre! Y encima mediado el semestre final.

Para sorpresa de Rory, Joseph había exhibido de pronto su sonrisa saturnina.

—Bien, podrá aprender algo. Siempre pensé que era «recóndito» —y miró agudamente a Rory—. Espero que tú no... bueno, digamos... no comadreaste con él acerca de Londres.

Rory sintióse ofendido. Dijo:

—Padre, me gustaría hablar contigo privadamente —y ambos fueron a los aposentos de Joseph y Rory le relató su última conversación con Kevin.

Joseph escuchó con su peculiar intensidad y después había asentido casi orgullosamente.

—Tenemos un buen elemento en el mozo —dijo—. Siempre lo pensé. ¿Sospechaste que había un toque de caballero andante en Kevin?

—No. Nunca lo hubo. Kevin es absolutamente práctico y desilusionado.

—Excelente —dijo Joseph—. ¡Y pensar que el mozo hizo uso de mi apellido en este condenado periódico para obtener el empleo! Bueno, por lo menos esto demuestra que tiene iniciativa y descaro. Por consiguiente no es necesario preocuparnos. No le ocurrirá ningún daño. No es lo mismo que si se hubiera enrolado.

Los artículos de Kevin comenzaron a aparecer en el periódico casi semanalmente. Ante la sorpresa de su familia había en ellos una especie de áspera jocosidad, un frío cinismo entre líneas, al igual que informaciones prácticas. No contenían hirviente patriotismo, ni cantos heroicos, ni excitación, ni júbilo sobre «nuestra guerra de liberación». Eran totalmente desapasionados, lo cual no acababa de gustar al jefe redactor. Hasta que los artículos dejaron de aparecer a fines de junio. Ceñudo, Joseph puso en movimiento a sus investigadores. Descubrió que Kevin ya no estaba por las vecindades de Cuba. El periódico aseveró que a propia petición de Kevin había ido a

las Filipinas, «en algún lugar», y había escrito que deseaba ser un «observador» desde un buque de guerra. El «Gazette» creía que el nombre del buque era «Texas», y expresaba su esperanza de que pronto estaría en posesión de «comunicados».

El siguiente comunicado fue un telegrama del Almirante de la Flota Norteamericana en Santiago anunciando que el señor Kevin Armagh había fallecido a consecuencia de «una bala perdida procedente del enemigo» que había malherido a Kevin «por azar o por disposición de Dios», ya que no fue disparada directamente hacia alguien o algo en particular. Inmóvil, en el gran vestíbulo de mármol de su casa, con el telegrama en la mano, Joseph sintió el celta atávico agitándose en su interior, un celta que no creía en el azar ni en coincidencias, pero que creía en la fatalidad. Permaneció en aquel vestíbulo enorme, silencioso, inmóvil, durante un largo tiempo antes de subir las escaleras para informar a su esposa de la pérdida del hijo. Se sostenía tiesamente erguido y subió lentamente, como un viejo altanero que sabía que estaba agonizando.

Si Bernadette tenía un favorito, había sido Kevin, que la protegió de supremo desastre hacía tan sólo un año y que, pese a mirarla siempre con sus negros ojos desprovistos de ilusión alguna, o de hondo afecto, pareció con frecuencia comprenderla. El crudo humor de su doncellez habíase convertido en duro y pleno de chocarrería, pero Kevin había reído apreciándolo como nadie más parecía apreciarlo últimamente. A menudo en los pasados tres o cuatro años, hasta pareció unirse a ella en chanzas extravagantes y realmente lograba enbromándola sacarla de sus malhumores. Cuando ella se ponía ásperamente histérica en presencia de Joseph, que tenía un modo sardónico de hacerla morder el anzuelo, era Kevin quien le dirigía a ella guiños de aviso y leves denegaciones de cabeza, aquietándola. Tanto como le era posible amar a cualquiera de sus hijos, amaba a Kevin.

Atardecía aquel caluroso trece de julio y Bernadette, cuya corpulencia era un pesado fardo en el calor, había estado sesteando antes de su solitario interludio con una botella y una copa, para después cenar. Sentábase en la cama de su habitación en penumbra, cuando Joseph entró, sudorosa en su camisón de noche de seda rosa y encajes, su castaño y grisáceo cabello húmedo a los lados de su cara y disperso sobre sus montuosos hombros. Su faz redonda, abultada por la gordura, tenía una coloración carmesí, sus ojos que fueron bonitos estaban hundidos en carne y ofuscados por el sueño, su nariz y papada aceitosos. Sus enormes pechos pugnaban contra la frágil seda como ubres, y olía a perfume caro, traspiración, talco y obesidad calurosa.

—¿Qué... qué? —farfulló ella.

Joseph sabía dónde guardaba sus botellas secretas, ya que una criada vengativa, despedida por Bernadette, le contó las copiosas libaciones que efectuaba su ama en los atardeceres. Joseph ahora sabía que su esposa estaba, con frecuencia, ebria antes de la cena, pero le tenía esto tan sin cuidado como cualquier otra cosa concerniente a la desesperada Bernadette.

Siguió sin hablarle y mientras Bernadette le miraba fijamente regresando lentamente a la plena conciencia y pestañeando rápidamente, él se dirigió al pequeño armario francés junto a una pared alejada, bajó un panel de cierre y extrajo un frasco de *whisky* irlandés y un vaso pegajoso. Ella observaba, y el carmesí de sus mejillas se acentuó y una nueva emanación de sudor brotó empapando más su camisón. Le observaba, entumecida, mientras él escanciaba una buena dosis de *whisky* en el vaso. Solamente movió ella los ojos cuando él se aproximó a la cama y le colocó el vaso en la mano.

—Bebe —dijo—. Creo que lo vas a necesitar.

¿Cómo lo había descubierto?, se preguntó Bernadette, mortificada. Debía haber sido aquella maldita Charlotte, la taimada charlatana.

—No creo que lo necesite —murmuró, bajando la vista con mezcla de vergüenza y desdicha—. Hace mucho calor.

—Bebe —repitió Joseph.

Por vez primera se dio cuenta de que él no la instaba a beber por burla y desprecio, como había hecho otras veces cuando descubrió ciertos secretos suyos y se los puso de relieve. Entonces, y aumentando su estupor, mientras sostenía el vaso en la mano, le vio acercar una silla blanca y dorada a la cama y sentarse en ella, y también vio por vez primera su cara por entero y notó que sus largos labios delgados tenían un matiz azulado, y que cada músculo de su rostro estaba tan liso y yerto como el marfil.

Una horrible sensación de desastre inminente acometió a Bernadette. Él iba a abandonarla. Él iba a divorciarse de ella para así poder casarse con aquella desvergonzada de Elizabeth Hennessey. Le había dado el *whisky* porque como última amabilidad hacia ella estaba suavizando los efectos demoledores de lo que iba a decirle.

—No, no —gimió ella, sintiendo un repentino grosor en sus labios que temblaron—. Oh, no.

—Bebe —dijo él.

Y ahora la miraba no con su habitual aversión distante, su indiferencia cruel, su manifiesto odio silencioso, sino con una expresión que solamente había visto ella siendo una muchacha la noche en que su madre había muerto, y la abrazó en el vestíbulo, abajo, tratando de consolarla. Estalló en lágrimas y después, temerosa de que él pudiera nuevamente despreciarla, bebió apresuradamente, se atragantó y volvió a beber. Quitándole el vaso vacío de la mano lo colocó sobre la mesita de noche que estaba atiborrada de pañuelos de encaje, frasquitos de perfume, un platillo de pastillas, un par de figurillas de porcelana y dos o tres anillos. El calor de la habitación, con sus cortinajes corridos, era como el de las pavesas ardiendo de un fuego nauseabundo con esencias aromáticas y el olor de un cuerpo obeso transpirando.

El calor del día había hecho que Bernadette comiera excepcionalmente poco, y el

fuerte *whisky* se extendió inmediatamente a través de sus fibras vitales, cálido, sí, pero confortante, consolador, amortiguador, aportando consigo un falso ánimo y valor, de todo lo cual había ella necesitado durante los muchos años de su vida con Joseph Armagh. Anhelante le miró con ojos similares a los de un manso animal mortalmente herido agonizando ante un cazador y dijo:

—Vas a irte, abandonándome. Dímelo.

—No me voy ni te abandono, Bernadette —dijo él, casi dulcemente. No podía mirarla a los ojos, tan atormentados, tan implorantes—. Se trata... de que tengo malas noticias. Acabo de saberlas. Kevin...

«¡Oh, loado sea Dios, no me abandona!», gritó algo íntimo con júbilo en Bernadette que impulsivamente tendió su mano hacia su marido, quien la tomó percibiendo que estaba húmeda, hinchada, con hoyuelos de grasa donde debieran estar los nudillos, y la retuvo a pesar de una casi indomitable revulsión. Recordó ella entonces su última palabra.

—¿Kevin? ¿Qué pasa con Kevin? —y su actual resplandor feliz alentaba también en su corazón. Él no iba a abandonarla. Seguiría siendo su marido—. ¿Kevin? —repitió interrogante.

—He recibido un telegrama —dijo, y notó la sequedad y aspereza en su garganta—. Kevin... estaba a bordo de un buque de guerra, el «Texas», en Santiago, como un observador para su periódico. Fue... alcanzado por un disparo. El veintiocho de julio. He recibido el telegrama del almirante.

Sintió cómo su pesada mano iba enfriándose en la suya y vio su faz atónita, su gruesa boca entreabierta, sus ojos vacuos. Ella intentó hablar, tosió, movió los labios, hasta que por fin pudo decir en voz tan tenue que apenas pudo él oírla:

—Él... no era un soldado. Y ¿no ha terminado la guerra?

—Sí —dijo Joseph. Todavía no había en él un pleno sentimiento, una total consciencia de las noticias que estaba transmitiendo. Solamente un denso entumecimiento como el que pudiera sentir un soldado cuando el acero penetraba en él y el dolor no había todavía comenzado—. Sí, pero resultó muerto.

—Kevin —musitó Bernadette, aturdida, incrédula—. ¡Pero si solamente tiene dieciocho años! No puede haberle sucedido esto a Kevin... tiene solamente dieciocho años.

Joseph no pudo contestar. Había esperado el llanto convencional de la dramática Bernadette y verse obligado a consolarla. Pero el espantoso aturdimiento del choque en sus ojos le aturdió también a él, porque ahora supo que ella amaba a su hijo.

Entonces Bernadette chilló repentinamente, arrancando su mano de la de Joseph y se aplicó brutalmente ambas manos con impresionante restallido contra sus mejillas. Chilló una y otra vez, incesantemente, y su doncella, en el cuarto contiguo, acudió corriendo, despavorida.

—Mande a buscar el doctor —le dijo Joseph—. El señorito Kevin ha muerto... en la guerra. Envíe a buscar inmediatamente al doctor.

Apenas se oía su voz por encima de aquel lacerante clamor que Bernadette estaba lanzando inconteniblemente, sus ojos abultando enloquecidos, fulgentes como fuego por el dolor.

Vino el doctor. Joseph no se había apartado de su esposa intentando calmarla. Bernadette ingirió un fuerte sedante. Sólo cuando comenzó a ejercer su efecto cesó ella en sus entrecortados chillidos, sus gritos semejantes a los de un animal herido, sus retorcimientos en la cama, sus invocaciones a Dios y a sus santos favoritos, sus imploraciones a su marido asegurándole que debía tratarse de un error, la guerra había terminado, era algún hijo de otra madre; ¿quién iba a dispararle a Kevin, y por qué?, y era una pesadilla, un error, la mala jugada de un enemigo, un telegrama equivocado. Joseph debía... debía... La había mantenido reclinada contra sus almohadas, había intentado darle más *whisky*, pero ella había golpeado ferozmente el vaso haciéndolo saltar de su mano y después se aferró a él como una mujer ahogándose, rodando la cabeza en su hombro, empujándole por un instante como si él la hubiese atacado y estuviera defendiéndose, para inmediatamente volver a apretarse contra él agitando su cabeza en su hombro y retorciéndose.

El doctor, la doncella y Joseph aguardaron junto a la cama y lentamente aquel espantoso griterío, ronco y entrecortado, cesó finalmente. Bernadette yacía sobre sus almohadas, empapada en sudores, un desgredado montón de carne en su manchada seda rosa, jadeante y susurrando. Después, por vez primera, comenzó a llorar mansamente y el doctor asintió con simpatizante satisfacción. Joseph asió la mano de ella y estaba por fin quieta, aunque trémula. Ella vio sólo a su marido.

—Hay una maldición sobre nosotros —sollozó ella y sus ojos se dilataron horrorizados—. Ann Marie. Tu hermano Sean. Kevin. En un año, Joe, en sólo un año. ¿Quién será el próximo? Hay una maldición sobre nosotros. Una maldición sobre esta familia.

Entonces sus ojos se cerraron y quedó dormida roncando instantáneamente bajo los efectos de la droga. El doctor dijo compasivamente:

—Dormirá varias horas. Dejo estas píldoras, para más tarde, cuando despierte. Es preferible mantenerla bajo sedación durante algunos días. Volveré esta noche.

Eran varias las cosas que debían realizarse antes de que el dolor dominase por completo. Enviar un telegrama a Rory, a Charles Deveraux, a Timothy Dineen, a Harry Zeff. Otros telegramas a Washington solicitando el retorno del cadáver de Kevin Armagh para ser enterrado en la parcela familiar. Hubo telegramas a senadores y otros políticos. Hubo órdenes a la servidumbre de la casa para que no fueran recibidos periodistas. Hubo un mensaje al sacerdote para que acudiera a confortar a la señora Armagh. Eran muchos los arreglos que debían hacerse... antes que el incansable y terrible enemigo repercutiese con la sañuda maza del dolor. La horrenda panoplia de la muerte comenzó.

Después de que terminó con los trámites obligatorios Joseph fue a las habitaciones de su hija, los cuartos que antaño decoró ella misma lindamente, tan

iluminados por el sol y de frescos colores, tan sencillos y encantadores. Ahora ya no tenían nada de todo esto. Se habían convertido en un centro clínico, desnudo, funcional, despejado de todo lo que no fuera absolutamente necesario. Una habitación contenía las tres camas de las tres enfermeras permanentes. Lo que fue guardería infantil pero que más tarde se convirtió en sala de estar para Ann Marie, era nuevamente guardería infantil, llena de juguetes, alegrada con cuadros pueriles y una mesa en la cual efectuaba Ann Marie todas sus comidas, porque ya nunca más bajaba ella las escaleras de mármol por su propia voluntad, salvo por las mañanas para dar un corto paseo con una enfermera y de nuevo ser llevada a la planta alta para sus ligeros sueños infantiles y sus blandas comidas. Por la noche era arrojada en la cama, con una enfermera a su lado cantándole nanas, y se dormía. ¿Soñaba alguna vez?, se preguntaba Joseph. ¿Eran los sueños de una infante, o los sueños de una mujer? Algunas veces se despertaba sollozando y todos en las habitaciones altas oían aquel rumor lamentable y estremecíanse, y esperaban hasta que ella era apaciguada y volvía a dormirse. Algunas veces el sollozo era el llanto de una mujer acongojada que nunca podría hallar consuelo, el llanto de una mujer que solamente deseaba morir. Al oírlo Joseph pensaba: «No comprendo cómo puede ser posible, pero creo que ella supo la verdad. Sí, creo que ella lo supo. Creo que cuando duerme, algunas veces vuelve a recordar lo que supo y no puede soportarlo».

El sol lucía aún pero bajo en el cielo y enrojeciéndolo, cuando Joseph entró en aquellas habitaciones en las cuales rara vez penetraba Bernadette. Ann Marie había comido su pan con leche y su tarta de fruta y bebido su tazón de cacao, y estaba ahora sentada donde siempre se sentaba, cerca de la ventana, en una silla clínica acolchada en blanco. Porque padecía de una tranquila y frecuente incontinencia de sus necesidades orgánicas, como una niña de corta edad, y las efectuaba con toda naturalidad y sin vergüenza alguna. Estaba ya vestida con el liso camisón de noche blanco y en una bata estampada de flores, y su largo cabello castaño estaba recogido en dos sedosas trenzas y su rostro era el de una nena mimada, amada y contenta. Su delgado cuerpo había dado también el salto atrás biológico y era rollizo, sonrosado y con hoyuelos como lo fue a los tres años de edad. Su cara era redonda y sonrosada, sus labios hinchidos y rosas, su carne lustrosa, sus ojos inocentemente interrogantes y tímidamente sonrientes. Nunca tuvo lo que Bernadette había llamado «un busto apropiado», y ahora lo que tenía quedaba fundido en la general blandura de su cuerpo infantil.

—No es frecuente encontramos con una reversión biológica tan pronunciada —le dijeron los doctores a Joseph en Suiza y en París—, pero no es desconocida. Viene a ser como si cierta voluntad inconsciente y profunda hubiera decretado que la infancia está a salvo y nunca debe terminar, y que el alma nunca debe volver a conocer la madurez.

Algunos médicos especialistas habían mirado curiosamente a Joseph.

—¿Ha sufrido ella un choque insoportable en su sensibilidad, alguna pena

inmensa, alguna catástrofe que le hace la realidad presente insostenible, inaguantable?

A lo cual había replicado Joseph:

—No. Sufrió tan sólo un accidente.

Le dijeron a Joseph que ella podía permanecer en aquel estado hasta el final de una posible larga vida, llena de salud infantil, o quizá retraerse aún más en la condición de puerilidad y finalmente estar incapacitada para abandonar su cama, y entonces moriría de inanición y atrofia. No lo sabían a ciencia cierta. Aconsejaron establecimientos sanitarios idóneos, pero Joseph se negó. Su hija viviría y moriría en su propio hogar, tal como ella misma desearía si pudiera razonar. Ella tendría enfermeras y niñeras para atenderla y jugar con ella. Nunca sentiría desdichada o frustrada o impulsada a las lágrimas. Sería una niña para el resto de su vida, probablemente, pero sería una niña feliz.

—Hay destinos que son mucho peores —reconoció uno de los doctores.

Ahora, en aquellos momentos de honda aflicción íntima, Joseph fue a sentarse junto a ella y tomando una de sus suaves manecitas le dijo, como siempre le decía:

—¿Quién soy yo, Ann Marie?

—Papá —dijo ella triunfante, y sonrió con aquella radiante sonrisa suya, afectuosa y confiada. Era un juego de cada anochecer.

La miraba en los ojos, viendo el saludable brillo de las córneas, los iris destellantes. Siempre los miraba profundamente, esperando sin gran esperanza ver algún indicio del alma de Ann Marie en ellos, alguna umbrosa insinuación de que el espíritu no se había ido para siempre. Pero era la infante Ann Marie quien le devolvía la mirada confiadamente, el bebé en su cuna, la niña en su cama de guardería. Lo que Ann Marie había aprendido en veintitrés años había desaparecido, desarraigándose, borrándose por completo, como si nunca hubiera existido.

Había en su regazo una muñeca de trapo, y ahora la alzó entre sus brazos, besuqueándola y emitió un gozoso murmullo.

—Besa a Pudgy —le dijo a su padre.

Concienzudamente besó él la muñeca, y cerró los ojos luchando contra la interminable pena por la muerte espiritual de su hija y contra el dolor que le estaba invadiendo sin trabas. Dijo:

—Ann Marie, ¿recuerdas a Kevin?

Ella le miró dócilmente. Sólo su voz era la voz de la mujer que había sido, clara, titubeante, deseosa de complacer.

—¿Kevin? ¿Kevin?

Sacudió la cabeza en negativa haciendo pucheritos como si hubiera sido regañada.

—No importa, cariño, no importa —dijo su padre, pasándose las secas manos por su cara aún más seca, que le escocía. Volvió a levantar la muñeca agitando ante ella en juego, y ella riendo se la arrebató, para abrazarla de nuevo apretadamente.

—Mi Pudgy. No puedes quedarte con ella, papá.

La enfermera, la más joven de ellas, estaba sentada cerca en su blanco uniforme, haciendo labor de punto, y sonrió como ante la cháchara de un infante y dijo:

—Hemos sido muy buenas esta tarde, señor Armagh. —Había oído la noticia de la muerte de Kevin, pero como el señor Armagh, que aterrorizaba a todos, no lo había mencionado, ella no hizo comentario alguno ni ofreció su pésame—. Hemos tomado nuestro baño primorosamente, y mañana saldremos a dar un pequeño paseo, ¿verdad, Ann Marie?

—Y veremos las flores —dijo Ann Marie, asintiendo—. Las flores. Y los árboles.

Miró a través de la ventana hacia la lejana casa donde vivía Elizabeth. Pudo ser solamente obra de la imaginación de Joseph, pero..., ¿hubo un tenue oscurecimiento y añoranza en su rostro pleno y sonrosado, un *atesamiento*^[32] hacia la condición de mujer, una desesperación? Se inclinó temiendo y esperando a la vez, pero la plácida serenidad había regresado. Levantándose, besó a su hija dándole las buenas noches, y la dejó, porque quedaba mucho por hacer, y todavía no había tiempo para sumirse en el dolor.

Fue de nuevo a la alcoba de su esposa y el sol estaba ocultándose en majestuoso manto escarlata y los campos en torno a la casa estaban apaciblemente invadidos por deslizantes sombras de cálido dorado y púrpura, y las copas de los árboles mecíanse en oro líquido. Joseph se detuvo a contemplar todo aquello que le pertenecía, y el enemigo se arrastró acercándose un poco más.

—Una maldición sobre nuestra familia —había sollozado Bernadette—. Hay una maldición sobre nosotros. Ann Marie, Sean, y ahora Kevin. Una maldición sobre nosotros.

El primitivo celta, el druida adorador de árboles, el celta que había conocido misteriosas y ocultas tenebrosidades, se agitó de nuevo en Joseph como un hombre despertando de siglos de sueño. Era una insensatez, pensó, y hubo en él un leve malestar, un temor. Los Bassett de este mundo eran eliminados siempre, y los ejecutores no perdían por ello ni una hora de saludable sueño ni padecían del menor remordimiento. Evocó a los hombres sin rostro en todas las naciones que planeaban y destruían como cosa natural y de pura conveniencia, sin escrúpulos ni removimientos de espíritu primitivo, ni ensalmos atávicos contra la venganza perseguidora. Eran hombres realistas.

Bernadette dormía en estupor artificial, boca abierta y babeante, y Joseph sentóse a su lado y no oyó la sofocada campana para la cena y no bajó al comedor. Permaneció junto al lecho hasta que el cuarto estuvo a oscuras y la doncella entró para encender alguna que otra lámpara. Entonces se presentó con pujanza el dolor. Más tarde, por vez primera en su vida, se embriagó deliberadamente.

IX

Joseph disponía de la suficiente influencia poderosa para conseguir que el cuerpo de Kevin fuera embarcado de regreso a Green Hills con la mayor rapidez posible, en el féretro de bronce que había encargado. Le dieron escolta dos capitanes de la Flota Norteamericana desde Santiago y una compañía de marinos en uniforme de gala. El almirante envió un mensaje de condolencia:

«Fue verdaderamente un disparo al azar procedente de uno de los españoles en retirada, aunque todos se habían rendido. La bala, que fue extraída, era de la manufactura de Barbour & Bouchard, los fabricantes norteamericanos de munición. Lógicamente, sabemos que los fabricantes de municiones venden a toda clase de clientes...

»Presento mis más profundas condolencias. El joven señor Armagh se hizo estimar de todos nosotros por su rectitud, valor, inteligencia y consideración...».

Un disparo al azar. No era más que esto. El celta, el primitivo celta, removiéndose en Joseph de nuevo, el celta de los ocultos misterios, de la venganza sangrienta, de la fatalidad, de los duendes y hadas y gritos en la noche. De los *banshees*, los fantasmas irlandeses, gimiendo bajo la luna, y los pantanos brumosos, los verdes lagos tan yertos como el cristal y las colinas de vapor. Kevin era también parte de todo esto. Joseph se repitió incansablemente que pensar así era una insensatez. Fue un accidente..., como lo de Ann Marie fue un accidente.

Ya que Kevin no fue un soldado o un marino no pudo haber funerales militares a fines de agosto, pero los capitanes y marinos estaban allí y uno de los marinos rindió honores militares con el toque de apagar luces ante la parcela familiar en Green Hills con el alto obelisco de mármol dominando enigmáticamente. Habría una pequeña cruz de mármol en la tumba de Kevin, como la había en la tumba de Sean. La tierra negra aguardaba, y el funeral, privado, tuvo lugar durante una calurosa jornada oscura plena de tronadora amenaza. Joseph se erguía junto a Bernadette que estaba envuelta en velos negros, y su hijo Rory cuyo rostro jovial estaba encajado en sombría tensión, y sus secuaces, Charles, Timothy y Harry, y contempló cómo el ataúd de su hijo más joven era arriado dentro de la tierra acompañado por el murmullo de las plegarias del sacerdote. Un grupo de periodistas contenidos por la policía permanecía a distancia tomando fotografías. Kevin era un héroe. Aunque solamente un paisano, un observador, había «desafiado» el peligro para informar honradamente a sus compatriotas y en consecuencia era un héroe. Había rumores de la concesión póstuma de la Medalla de Honor del Congreso. (Con el tiempo llegó y fue enmarcada para presidir el cuarto de Kevin).

—No todos los que mueren al servicio de su patria llevan uniforme —dijo el sacerdote—. Hay héroes que sirven tan noblemente...

Joseph pensó en el senador Bassett. Bernadette estaba llorando y tambaleándose a

su lado, y él la enlazó por los hombres abstraídamente. En su dolor, recientemente le había gritado ella:

—¡Los Armagh acarrearón el desastre a los Hennessey!

Después había presentado disculpas abyectamente arrastrándose casi ante su marido.

—Tú eres cuanto me queda —dijo Joseph a Rory la noche del funeral—. Por consiguiente cuanto hagas ha de ser para nosotros.

No había visto nunca llorar a Rory ni siquiera cuando niño, y ahora Rory se descompuso rompiendo a llorar como una mujer, hundiendo el rostro entre las manos.

—¿Qué es esto? —preguntó Joseph, pero no con desdén, sino comprensivamente.

Rory no contestó. El primitivo celta estaba agitándose también en Rory, pero no lo hubiera podido explicar lógicamente. Sólo había una oscura confusión en su interior, un lejano fragor, un rumor como de pasos en la noche, un resuello que no podía ser identificado; pero también había una certidumbre, un terror, un pavor. Quería correr hacia Marjorie y refugiarse entre sus brazos, porque ella no experimentaba vorágines íntimas y rebosaba sentido común.

Lo mismo ocurría con Elizabeth Hennessey, quien, si bien católica, era también anglosajona. Su reticencia la impidió ir a la casa de los Armagh durante el período de duelo, aunque anhelaba ver a Joseph. Envió flores de su invernadero. Escribió mensajes de condolencia a Bernadette y a su amante. No fue invitada al funeral. Pensó en Kevin, el moreno grandullón que era tan sólido, sensible y amable. ¿Por qué los mejores morían y los malvados vivían y medraban? Era un antiguo misterio, que no cabía explicar. Pero, en verdad, Elizabeth no creía en misterios. Fue a la reciente tumba de Kevin al día siguiente y aunque no creyera en fórmulas de conjuro, murmuró:

—Bienandanza te dé Dios, querido, bienandanza.

No había tenido mensaje alguno de Joseph desde hacía mucho tiempo. Elizabeth esperaba, ya que no podía hacer otra cosa. Si una mujer estaba irremediamente enamorada de un hombre como Joseph Armagh no podía ser ni siquiera delicadamente agresiva o sugerente; no podía inmiscuirse, exigir, acusar. Podía solamente esperar, sentarse junto a su ventana y preguntarse si Joseph seguía todavía en su casa o había ido a Filadelfia, Chicago, Nueva York, Boston, u otras ciudades. No tenía la menor noticia suya. «¿Ha terminado todo?», se preguntaba, y sentía que de ser así no podría soportar la existencia. Había visto fotografías de Joseph en los periódicos, abrazando tiernamente a su esposa durante el funeral, y luego al conducirla hacia el carruaje, ella aparecía como desmayada junto a él. Los hombres eran sentimentales, a diferencia de las mujeres. Quizá la muerte de su hijo le hiciera volverse con remordimiento hacia su esposa; era exactamente lo que cabía suponer en un hombre. Los hombres amaban el papel heroico y de propia renuncia, aunque les destruyese. En muchos aspectos eran graves actores y adoraban el drama. Con frecuencia ignoraban que estaban interpretando. Era esta parte del carácter masculino

a la que Elizabeth temía y de la cual desconfiaba. Esta parte desempeñaba indudablemente su propio papel en las guerras, ya que los hombres eran románticos y siempre, pensaba Elizabeth con melancolía, formaban en parada. Ninguna mujer de verdad había escrito jamás una canción marcial ni anhelaba soplar un clarín o redoblar un tambor. Ninguna mujer, realmente, antepuso jamás el «deber» al amor, a menos que hubiese amado sólo un poco. Las mujeres conocían las fuerzas de la vida y lo que las impulsaba; los hombres podían únicamente escribir poesía. Las mujeres vivían. Los hombres adoptaban posturas.

En la segunda semana de septiembre Joseph acudió a Elizabeth. Tendió ella mudamente sus brazos hacia él, lo bastante sagaz para no llorar, no preguntar, no reprochar, ni aun consolar. Le llevó hasta su cama casi sin hablar, enlazándole apretadamente y besándole sin decir nada. Yació entre sus brazos y sintió su amor, su dolor y su angustia, y le tocó gentilmente..., y siguió sin decir nada. Tuvo la sabiduría de una mujer completamente enamorada, pidiendo sólo dar. Era suficiente que él hubiese regresado. No necesitaba nada más.

Casi está amaneciendo cuando él dijo abruptamente:

—Ya te lo pregunté antes, Elizabeth. ¿Crees en maldiciones?

Ella replicó de inmediato:

—No. Si te refieres a calamidades familiares..., suceden en todas las familias, sin maldiciones, más tarde o temprano. Creo en un Dios misericordioso, que no permitiría a ninguno de sus hijos maldecir a sus otros hijos. «La venganza es mía», dijo el Señor. «Yo pagaré en la misma moneda».

«Esto es lo que me temo», pensó Joseph, el alambicado celta que no creía en Dios. Intentó sonreírle a Elizabeth a la luz gri-sazul del amanecer.

—No te pongas mística conmigo, Lizzie. No existe ninguna «venganza» oculta.

«Entonces, ¿por qué lo preguntaste?», le preguntó Elizabeth silenciosamente. Le besó con suavidad, diciéndole:

—No soy supersticiosa, ni tampoco lo eres tú, amor mío.

No hablaron de sus familias. Joseph no indagó nada acerca de Courtney. Elizabeth tenía a Joseph en sus brazos y sentía que estaba en posesión de todo lo que era su mundo. Pero un hombre con una mujer no sentía tal cosa. Esto lo sabía ella. Le bastaba a ella amar y ser amada pero un hombre nunca entregaba por entero su corazón al amor y éste era un hecho contra el cual ninguna mujer inteligente se oponía.

En Filadelfia, Joseph leyó los informes recogidos por Charles Deveraux y sus investigadores con referencia a su hijo Rory, y experimentó una fría cólera ultrajada. Aquel maldito cerdo joven, reservado, marrullero. ¿Por qué se habría casado con la muchacha? Sin duda alguna ella era de una familia notable y aristocrática, de mucha fortuna y posición. Pero ¿por qué se habría casado con ella saboteando así su futuro?

—Es mi impresión que Rory sale beneficiado —dijo Charles mirando a Joseph con un matiz curiosamente remoto en sus grises ojos—. Marjorie Chisholm tiene antecedentes impecables. Se casaron secretamente a causa de la posible oposición de sus familias. No voy a sondear ni discutir las razones que pudiera tener Rory para temer que usted se opusiera al matrimonio. Conozco las razones del señor Albert Chisholm. Yo opino que el matrimonio debería ser revelado. No le hará el menor daño a Rory. Por el contrario podría hacerle mucho bien..., estar casado con la hija de una distinguida familia de Boston.

—No lo comprenderías —dijo Joseph—. Él va a casarse con la hija del embajador, Claudia Worthington, que está emparentada con la familia real británica.

Charles dijo:

—En efecto, no lo comprendo. —Pero sí que lo comprendía. También él pertenecía parcialmente a una casta oprimida que anhelaba a la vez la justificación y la retribución.

—Solicita por escrito una cita para mí con Albert Chisholm, confidencialmente —dijo Joseph—. Mientras tanto, convence al pastor que los casó y al secretario de ayuntamiento que registró el matrimonio. Ya sabes lo que tienes que hacer, Charles.

Desgraciadamente Charles sabía perfectamente lo que tenía que hacer. No le agradaba ni lo aprobaba. Pero era hijo de su padre y había otras cosas a tomar en consideración además del sentimentalismo y lo que los hombres llamaban «amor».

Albert Chisholm, tras recibir la carta fríamente comercial de Charles, pensó: «No cabe duda que este bribón de Armagh quiere platicar conmigo para permitir el matrimonio entre su hijo y Marjorie. Le pondré en su adecuado sitio». Aquella misma noche llamó a su despacho casero a su hija para decirle:

—Marjorie, querida, ¿has vuelto a ver alguna vez a este joven... Armagh, no es como se llama? Espero de veras que no. Sabes que te prohibí verle más ni contestar a sus cartas y a sus insolentes importunidades.

El terso semblante moreno de Marjorie se tensó.

—¿Por qué lo preguntas, papá?

La carta había sido muy confidencial, por parte de Charles, y Albert era hombre demasiado sensato y conocía el poder de Armagh para ser indiscreto. Por lo cual dijo:

—Me he dado cuenta de que nunca aceptas las invitaciones de jóvenes altamente convenientes, mi querida niña. Por ello he temido que sigas pensando en el hijo de este bribón.

Marjorie bajó la vista modestamente.

—No voy a ninguna parte con el señor Armagh —dijo, y esto era completamente verdadero—. Me temo que estos otros jóvenes no me interesan, por el momento. Parecen tan vacíos e inexpertos..., comparados contigo, papá.

El señor Chisholm se envaró pleno de orgullo y felicidad, pero sacudió jocosamente el índice hacia su linda hijita.

—Ten presente que papá no podrá estar para siempre contigo, mi querida nena.

Debes realmente empezar a reflexionar en el matrimonio. Después de todo vas a cumplir los veintiuno..., dentro de ocho meses.

Repentinamente sentóse ella en sus rodillas y comenzó a llorar, y él quedó anonadado. Le acarició los densos y lustrosos bucles, diciéndole:

—Mi queridísima niña, no pretendí causarte ninguna pena. Marjorie, haría cualquier cosa en el mundo para darte felicidad, en la medida al alcance de los seres humanos. Nunca debes olvidar esto.

Le rodeó ella el cuello con sus redondos bracitos y lloró aún más intensamente, maldiciendo íntimamente a Rory por su insistencia en mantener el secreto. No podía soportar mucho más tiempo el engaño hecho a su padre. Le miró llorosa.

—¿Aunque quisiera casarme con Rory, papá?

Se irguió, titubeando en su mente, y dijo luego con decisión:

—Ruego, mi niña, que nunca lleguemos a esto. Pero si fuera así, me tragaría el orgullo y consentirla. Pero no pienses con temeridad, Marjorie. Tu futuro entero depende de una decisión más o menos acertada.

Marjorie se acurrucó en su regazo como una gatita, pensando rabiosamente. Después, sin ningún preaviso, una terrible premonición le asaltó, con presagio de desolación y abandono. Era una idea tonta. Ella era la esposa de Rory. Nada malo podía nunca sucederle a su Rory, nada podía nunca separarles. Nada.

X

Albert Chisholm había decidido exactamente cómo recibiría al jactancioso e insolente irlandés Joseph Armagh. Sentaría serenamente en su despacho, tras la mesa que perteneció a su abuelo, con la ponchera de plata propiedad de su pariente lejano, Paul Revere, repleta de flores naturales, que a fines de septiembre lucían un color bronce y oro y recibiría al señor Armagh con calmosa dignidad y cortesía, ofreciéndole un cigarro. Le hablaría con entonación tranquila y modulada... estos irlandeses eran tan ruidosos y tercos, y así Armagh sabría por vez primera en su vida que estaba tratando con un caballero legítimo. Chisholm dio órdenes a sus secretarios. Conducirían inmediatamente al señor Armagh a su santuario interior, con discreción y no conversarían con él.

Chisholm tenía el respaldo de toda una vida de decoro, comportamiento adecuado y normas patricias, por lo cual no necesitaba esforzarse para que estas cualidades fueran evidentes. Eran automáticas. Llevaba su levita negra, pantalones a rayas, cuello almidonado de pajarita y corbata negra con el alfiler de perla, y discretos gemelos de oro, y su mostacho gris estaba netamente recortado y encerado, y sus claros ojos ostentaban serenidad. El día era frío y por esto un pequeño fuego chisporroteaba anaranjado en su chimenea de mármol negro, y tras él imperaba su inmenso armario de libros de derecho, todos precisamente encuadernados en piel azul oscuro, cantos dorados y rótulos carmesí, y la alfombra del suelo era Aubusson legítima, y el entarimado era de caoba al igual que los paneles de pared. El mobiliario estaba tapizado en cuero negro, y las limpias ventanas daban a la calle, con cortinajes rojo oscuro enmarcándolas. En conjunto, pensaba él, resultaba muy impresionante, y aunque él era uno de los tres socios de la firma, su abuelo dejó arreglado que tuviera a muchos jóvenes y ambiciosos abogados «bajo» él, y que eran los que realizaban ahora la mayor parte del trabajo. (Siendo jóvenes e insolentes, le llamaban «abuelo» a espaldas suyas y tenían en escaso respeto sus conocimientos jurídicos. «El abuelo se atiene a la ley», solían decir burlescamente, sabedores de que cualquier abogado inteligente tenía que acomodar las leyes en favor de los clientes de posición. Habían hecho prosperar mucho los ingresos, y el señor Chisholm creía que todo era debido a su recto proceder).

Un secretario asomó la cabeza anunciando al señor Armagh. El señor Chisholm se levantó con calmosa prestancia y aguardó. Temía que en pocos instantes la gran estancia resonaría con los ecos de una ruda voz irlandesa, con interjecciones tabernarias, gritos y agresividad verbal. Había encargado una escupidera de bronce que estaba ahora cerca del sillón del visitante, al otro lado de la mesa, ya que indudablemente Armagh sería un fanático del tabaco de masticar y por tanto, escupidor. Chisholm había pensado en extender un periódico bajo la escupidera, pero finalmente decretó que aquello sería grosero. Entre suspiros había ya decidido que si

Armagh estaba deseoso realmente de que su hijo se casara con Marjorie, y si ambos jóvenes, desgraciadamente, tuvieran la misma ansiedad, tal vez se dejaría persuadir para someter la cuestión a examen, aunque ofendiera sus normas y sus esperanzas para Marjorie, que había sido la «reina» de todos los cotillones y cuya presentación social fue mencionada en los periódicos de Nueva York y Filadelfia. Pero se crispaba con el pensamiento de que Marjorie pertenecería a una familia de aquella índole, expuesta a que su delicada sensibilidad fuera constantemente ultrajada.

Joseph entró en el despacho y el secretario cerró suavemente la puerta tras él. Chisholm permaneció un instante con la boca abierta. No podía creer lo que veía. El recién llegado no era en absoluto similar a los alcaldes irlandeses de Boston, tales como Viejo Meloso y varios otros políticos de la misma raza que el meticuloso Chisholm deploró tanto tiempo. El recién llegado era un hombre alto, flaco, impecablemente vestido de oscuro, su ropa blanca inmaculada y por encima de todo reproche, sus pocas joyas de excelente gusto, sus botas lisas y bien lustradas. Pero fue sobre todo el ascético semblante de Joseph el que atrajo la atención de Chisholm, aquel rostro reservado, impassible, del todo afeitado, severo y..., pues sí..., aristocrático. El mezclado rojo y blanco de su cabello estaba expertamente recortado, ni demasiado largo ni demasiado corto, y su expresión era a la vez dominante y de autodomínio, y aquellos ojos eran los de un hombre sumamente inteligente e inmovible. La íntima crispación de Chisholm se relajó un poco. ¿Sería tal vez posible que aquel irlandés inmigrante fuera un caballero? ¿Quizás escocés-irlandés, con antecedentes de firmantes de la reforma religiosa? Chisholm tenía algunos en su propia familia.

—¿Señor Armagh, supongo? —dijo Chisholm con voz cuidadosamente mitigada y tendió la diestra.

Armagh estrechó brevemente aquella mano. Chisholm advirtió que era muy fuerte, seca, larga y delgada. Chisholm no había premeditado decirlo, pero lo hizo:

—Lamenté mucho la noticia de la muerte de su hijo, en aras del servicio patriótico, señor Armagh.

—Gracias, señor —dijo Joseph.

Pensó Chisholm que su voz podía resultar un poco demasiado melodiosa, con cierta cadencia notable en los irlandeses, ¡pero era la voz de un caballero! Ni demasiada enfática ni monótona y muy controlada.

—Hágame el favor de sentarse, señor Armagh —invitó Chisholm, levemente bien predispuesto.

¡Caramba, comparado con aquel hombre, Rory Armagh, el hijo, era un peón de albañil! La madre, quizá, era una mujer vulgar, y esto explicaba la ancha risa escéptica de Rory, su vitalidad, vibrante pintoresquismo, y la sonrisa cínica que prodigaba y su modo de burlarse tenuemente de sus mayores. De todos modos la sangre contaba y el señor Armagh era evidentemente un hombre de «sangre». Chisholm sintióse reanimado. El señor Armagh era también muy, muy poderoso, y

muy, muy rico. Tal vez podía llegarse a un compromiso... Se rumoreaba que algunos irlandeses descendían de reyes; también de caballeros hacendados. Joseph habíase sentado, una larga y flaca pierna cruzada sobre la rodilla de la otra, y estaba mirando a Chisholm, todavía en pie, con penetrante intensidad.

—¿Coñac, señor Armagh? —ofreció Chisholm señalando un pequeño armario cercano.

—No, gracias. No bebo —dijo Joseph.

¡Vaya! ¡Un irlandés que no bebía! Chisholm bebía discretamente, algo de coñac y los mejores vinos, pero respetaba a los hombres que no bebían.

—¿Un cigarro? —sugirió Chisholm cada vez mejor predispuesto.

—No, gracias. No fumo.

Chisholm era un experto en discernir a los plebeyos que afectaban restricciones aristocráticas, y captó que Joseph no era afectado en su rechazo de coñac, y cigarros. Simplemente le tenían sin cuidado.

—Sé que es usted un abogado muy atareado —dijo Joseph, que estaba estudiando agudamente a Chisholm—. Por consiguiente le ocuparé el menor tiempo posible.

Había llegado rápidamente a la conclusión de que Chisholm no era muy inteligente, pero era un caballero y un hombre bueno algo indeciso. Bajo otras circunstancias Joseph habríase sentido propenso a conceptuarle favorablemente y pensar que Rory no había efectuado una mala elección con aquella familia. Miró rápidamente el marco de plato con la fotografía de Marjorie Chisholm sobre la mesa despacho. Una chiquilla encantadora de bonito rostro radiante y ojos traviosos, de ancha frente y abundoso cabello negro: nadie podía oponerse a reconocer que era una preciosidad.

Inclinándose abrió su portafolios y extrajo un pliego de documentos colocándolos sobre la mesa de Chisholm.

—He comprobado, como sin duda usted también, señor, que los documentos y pruebas son mucho más elocuentes que la conversación y ahorran mucho tiempo. ¿Puedo sugerirle que lea éstos?

Chisholm abrió de nuevo la boca sorprendido, y sentándose lentamente se ajustó los anteojos. Comenzó a leer. Joseph no le observó. Mirando en derredor pensó que aquello se parecía mucho a sus propias habitaciones en Green Hills. Sin embargo, allí no alentaba el aura del poder sino simplemente la meticulosa y fastidiosa ley, ponderosa y polvorienta.

En la repisa había un reloj de bronce dorado, y su blando tic-tac fue haciéndose cada vez más audible en el completo silencio de la estancia, y el leve crepitar del fuego era como el rumor de un cercano holocausto. Joseph comenzó a observar el rostro de Chisholm. Minuto tras minuto al ir volviendo sin ruido página tras página, su coloración fue esfumándose hasta la palidez total, y sus músculos faciales se aflojaron en súbitas crispaciones y su leve papada empezó a colgar a medida que inclinaba la cabeza. Repentinamente era un hombre viejo y disminuido, y su

mostacho tembló, mientras iba hundiéndose más en su sillón. Sus manos comenzaron a temblar, hasta que parecieron atacadas de parálisis. Sus labios se habían tornado de un gris purpúreo. Joseph frunció el ceño. No había esperado aquella reacción. Había pensado que afrontaría a un hombre pomposo muy comedido y resuelto que estaría de acuerdo con él y aceptaría con altivez sus argumentos. Pero Chisholm parecía quebrantado, desintegrado. Recordó Joseph de pronto lo que su padre había dicho: «Los caballeros no pelean. Llegan a un acuerdo». Joseph se había reído ante esta presunción, aun cuando sólo tenía once años. Siempre se burló de tal suposición..., hasta ahora. Si hubiese estado más enterado sobre el verdadero carácter de Chisholm, le habría abordado de modo distinto. Maldito Charles. Charles era un caballero. Debió advertir a su patrón.

Chisholm giró lentamente la última página. Miró a Joseph. Joseph había esperado ver unos ojos escandalizados y aterrorizados, pero los de Chisholm eran los de un hombre herido y desprovisto de temor.

—Queda comprobado que mi hija está casada con su hijo Rory. Yo la prohibí verse con él. No sabía nada, pero barrunté que podía resultar una catástrofe. No estaba equivocado. Señor Armagh... no tenía usted necesidad alguna de amenazarme a mí, ni a Marjorie.

—No sabía con quién iba a tener que tratar, señor Chisholm, o mi entrada en materia hubiera sido distinta. Permítame ser breve. Tengo otros planes para mi hijo. Él es todo cuanto me queda. Debe conseguirse un enlace influyente para él. Su hija no puede darle esta influencia.

Como si no hubiese oído a Joseph dijo Chisholm:

—Si Marjorie y yo no damos nuestro consentimiento para la anulación de este matrimonio, usted avergonzará a mi querida hija demostrando que no estuvo casada en absoluto..., ella era menor..., y que el pastor fue «embaucado». De hecho, el pastor era un fraude y no un clérigo debidamente ordenado. El secretario de ayuntamiento que registró la boda fue también engañado. Nunca registró la boda. Todos los registros han sido destruidos en aquel pequeño pueblo. No hay registros. En consecuencia, Marjorie ha sido culpable de fornicación con su hijo. Usted sabe perfectamente que todo esto son mentiras, señor Armagh. Ha hecho usted uso de su influencia. Si Marjorie y yo damos nuestro consentimiento a una anulación legal, efectuada calladamente de modo que nadie se entere, no habrá represalias. ¿Estoy en lo cierto, señor Armagh?

—Está usted en lo cierto, señor.

—Si no estamos de acuerdo... —y Chisholm fue acometido por un violento acceso de tos— usted me arruinará. Ha efectuado sus investigaciones muy bien, señor. Es completamente verdadero que el pánico del año 93 me obligó a contraer deudas y no he amortizado el déficit. Usted tiene en su poder mis pagarés bancarios. Usted exigirá la liquidación de estos pagarés. Esto me reduciría a la penuria. Yo supuse que mis banqueros... eran caballeros.

—Los banqueros nunca son caballeros.

—Ahora me doy cuenta. Veo terribles ramificaciones... Mis antepasados lucharon por la independencia de América... Bien, no importa ahora. Eso le aburriría. Señor, si Marjorie acepta en silencio una anulación de este fatídico matrimonio, y queda garantizado se obtendrá sin publicidad, ¿retirará usted sus amenazas contra mi hija y contra mí?

—Sí —y Joseph levantándose se dirigió a la ventana, mirando afuera.

—¿Y si informamos a su hijo Rory, tomará usted represalias?

—Sí. Él nunca ha de saberlo. Su hija debe solamente decirle que el matrimonio queda extinguido por motivos particulares de ella.

Reflexionó Chisholm, y dijo por fin:

—Usted quiere a su hijo y yo quiero a mi hija. Yo estaba dispuesto a que este matrimonio siguiera su curso. Pero usted no. Después de pensarlo bien, señor Armagh ahora deseo que mi hija no esté relacionada con usted para nada. Con usted, señor. Ni aun a través de su hijo. Ella no sería capaz de soportarlo. Ella ha sido educada en una honorable familia.

Joseph se revolvió hacia él tan bruscamente que Chisholm se encogió.

—También yo —dijo Joseph—. Una familia honorable, temerosa de Dios, decente y propietaria de tierras. Una familia, una nación, una religión, antiguas en la historia. Pero, señor, fuimos arruinados tan implacablemente como los siervos rusos lo son por sus dueños. Fuimos perseguidos y abatidos como animales, como alimañas, sin otro motivo salvo que deseábamos ser libres, como nación, y practicar nuestra religión. Esto era un horrendo crimen, ¿no es así? Ser libre es ser condenado. Buscar la libertad es ser un criminal. Sublevarse contra los opresores es morir. Sí, lo sé. Los propios antepasados de usted abandonaron Inglaterra precisamente por el mismo motivo. Pero usted lo ha olvidado. Sus antepasados eran labradores ingleses que fueron agobiados y solamente querían paz y servir su religión. Esto les fue denegado. En consecuencia emigraron... aquí. Mucho antes que sus antepasados fueran un pueblo concreto, señor, los irlandeses eran ya una antigua y orgullosa raza. Nunca fuimos esclavos, como ustedes los anglosajones lo fueron, ¡y nunca, por Cristo, seremos esclavos!

Chisholm se reclinó en su sillón y sus pensamientos eran confusos. Después, siempre mirando a Joseph, dijo:

—Usted está tomándose la venganza.

Joseph regresó a sentarse.

—Es usted muy sutil, señor Chisholm.

—Nunca supe que lo fuera —dijo Chisholm, casi con humildad—. Pero sí me consta que no habrá paz ni civilización en este mundo hasta que olvidemos nuestras rencillas y trabajemos juntos como hombres y no como vengadores.

—Esto tendrá lugar quizá dentro de un milenario —dijo Joseph y sonrió incisivamente—: ¿No tenemos todos motivos para ser vengadores?

—Yo no —dijo Chisholm, y lo creía. Sentíase humilde, enfermo y avergonzado, y, muy extrañamente, sintió compasión por Joseph Armagh.

«Entonces», pensó Joseph, «no tienes coraje ni espíritu».

—Mientras tanto alberguemos odio hacia alguien —dijo Chisholm, asombrándose ante su nueva forma de pensar— no somos en absoluto hombres. Somos bestias. Es contrario a la dignidad de los hombres que odiamos. Es contrario a las leyes de Dios.

«Eres un cándido insensato», pensó Joseph, con cierta compasión. «No tienes ni la menor idea de lo que está fraguándose. Si te lo dijese te caerías muerto de horror y desesperanza. Quizá tu Dios sea misericordioso y nunca permitirá que lo sepas».

Chisholm le estaba mirando en forma extraña.

—Señor Armagh, carece usted de toda religión ¿verdad?

Joseph permaneció en silencio unos instantes y por fin dijo:

—Así es. No he creído en nada desde que era un chiquillo. El mundo me enseñó a ser así, señor.

—Esto supuse. Señor Armagh, uno de estos días se verá usted impulsado hasta el mismo borde de la resistencia a la desesperación.

Se puso en pie. De nuevo era majestuoso, pero no con arrogancia ofensiva. Dijo:

—Señor Armagh, lo que usted desea será consumado. Puede quedar plenamente seguro de ello. No estoy impresionado por sus amenazas contra mi hija y contra mí. Yo deseaba ya que esto terminase. Tengo la firme esperanza de no volverle a ver a usted nunca más.

—Ojalá hubiera conocido a los de su clase cuando era yo un niño, señor. Hubiéramos podido llegar a las mismas conclusiones.

En su expresión había un sincero pesar, sin que por ello quedara sofocado el sentirse fríamente divertido en su interior.

Abandonó el despacho y Chisholm le contempló mientras salía. De nuevo se compadeció y humildemente pensó: «Dios nos perdone, por cuanto nos hacemos los unos a los otros».

En su estudio hogareño, Chisholm le dijo a su hija Marjorie:

—No solamente nos arruinará a nosotros, cariño mío, sino que destruirá a su hijo Rory también, a menos que estemos de acuerdo con lo que pide. A tu elección queda.

—¿Quieres decir, papá, que estás dispuesto a aceptar lo que yo elija? —preguntó Marjorie.

No había derramado una sola lágrima. Habíase sentado junto a su padre en su estudio, con su secretario confidencial y abogado personal, Bernard Levine exactamente tras ella escuchando. Bernard estaba enamorado sin esperanzas de Marjorie desde hacía unos años; era un joven delgado de inteligente y calmoso semblante, ojos y cabello castaños, que escuchaba más que hablaba.

—Esto quiero decir justamente, cariño —dijo Chisholm—. Sin importar los resultados, a ti te pertenece decidir y solamente a ti —y pensó cuánto se parecía ella a su madre.

Había convocado aquella noche en su estudio a ella y a Bernard, y había entregado sencillamente los documentos que Joseph le dejó. Solamente una vez exclamó ella indominablemente, y fue ante la revelación de su matrimonio con Rory.

—¡Oh, papá! —había gritado, con entonación de hondo remordimiento y afecto—. Siento tanto haberte engañado. Pero era a causa de Rory, porque su padre...

—Conozco todo lo relativo al señor Armagh —dijo Chisholm con melancolía—. Ojalá él y yo nos hubiéramos conocido antes.

Esto le resultó tan enigmático a Marjorie que le miró fijamente, intrigada, pero él no dio más aclaraciones ni ella las pidió.

Ahora le daba a ella la elección, para arruinarle a él, y quizá a Rory, para salvar su matrimonio. Dudaba que Joseph «destruyese» a Rory, su único hijo superviviente, impulsado por la ambición decepcionada y sus famosos arrebatos de cólera. No era tan caprichosamente colérica, como Rory comentó a menudo. Sus primeros arrebatos, le contó Rory, eran más tarde modificados por el pragmatismo y su peculiar sensatez. Pero aun y así, Rory no se atrevió a incurrir en aquella cólera revelándole su matrimonio. Marjorie sentíase helada, mareada y frenética de angustia. Indudablemente todo aquello quedaría reducido a una pesadilla. Ahora le estaban pidiendo que renunciase a Rory, que nunca volviese a ver a Rory, que permitiese la destrucción de su matrimonio.

—¡El señor Armagh no haría lo que amenaza hacer, papá! ¡Quiere a Rory, y Rory le quiere! ¡Rory es todo cuanto tiene!

Chisholm percibió con pesadumbre que Rory, y no él, era el primero en sus pensamientos.

—Me temo, querida, que haría exactamente lo que afirma —y Chisholm se volvió hacia Bernard—. Tú viste al señor Armagh, hoy en nuestra oficina. Sabes perfectamente, por los periódicos y sus insinuaciones, de lo que es capaz el señor Armagh y quién es, Bernard, ¿crees tú que en este caso particular él llegaría... a ablandarse, a convenir un acuerdo, a la aceptación?

Bernard titubeó. Le desgarraba ver a Marjorie tan angustiada, pese a su aparente calma. Pero dijo:

—Por lo que conozco del señor Armagh y su historial, ya que el hombre me fascinó desde hace tiempo por algún motivo, y he leído casi todo lo que le concierne..., sí, yo creo que llevaría a cabo sus amenazas. Con ocasión de la muerte de su hermano Sean Paul, leí que durante muchos años ignoró por completo su existencia antes de su reconciliación debido a que Sean Paul no quiso acomodarse a sus normas y ambiciones. Existe también el rumor de que tiene una hermana en un convento, de la que no quiere saber nada en absoluto. Y hubieron hablillas, nuevamente en circulación, de que fue la causa de la muerte de su suegro, hace largo tiempo. Tengo entendido que ha arruinado a muchos en persecución de sus objetivos. Esto no son simples murmuraciones. Son hechos. Ha declarado en estos papeles aquí presentes que tiene «otros proyectos» para su hijo. Creo que podemos decir con toda

seguridad que si dichos proyectos son alterados hará lo que ha amenazado hacer. Nunca he oído decir que amenazase a nadie sin llevar a cabo lo que manifestó. Son muchas las cosas que conozco del señor Armagh por mi prolongada lectura sobre sus actos.

—¿Solamente en periódicos y en revistas, Bernie? —preguntó Marjorie y ahora estaba aún más pálida y tensa.

—No. Recientemente leí algo acerca de banqueros internacionales. El señor Armagh es directivo de muchos grandes Bancos en los Estados Unidos, por lo cual no cabe duda que está en estrecho contacto con los banqueros de América y Europa. Todo ello estaba expuesto en un... libro. Oí decir que más tarde fue sacado de la circulación y quemado, cuando empezó a venderse demasiado. No sé si el señor Armagh es uno de dichos financieros internacionales, pero indudablemente está relacionado, implicado, con ellos.

Miró a Chisholm desmadejado en abatida aflicción en su sillón. Chisholm parecía incrédulo.

—Bernard, lo que estás insinuando, ¡resulta increíble!

—Hoy mismo precisamente, señor, leí en el «Boston Gazette»..., un periódico que no le interesa, señor..., que nuestro gobierno está muy metido en deudas con los banqueros por esta guerra pasada, y que el Tribunal Supremo pronto declarará nuevamente anticonstitucional el impuesto federal sobre la renta. La guerra, aunque corta, costó varios billones de dólares. Los banqueros de Nueva York son dueños de todo el papel moneda emitido por el gobierno. En una entrevista con el señor Morgan declara que el único medio de ser «solvente» es tener un impuesto federal permanente sobre ingresos y renta. En resumen, si hemos de sostener guerras..., aunque no dijo esto, naturalmente..., la población debe contribuir a ellas pagando fuertes impuestos. Si no hay impuestos, no hay guerras. También he leído un folleto puesto privadamente en circulación acerca de la existencia de algo llamado Sociedad Scardo, formada por eminentes políticos e industriales norteamericanos, que ya han decidido que las guerras son necesarias para la prosperidad en esta época progresivamente industrial.

Encogió los hombros.

—Han sido también muchas las insinuaciones en este aspecto y sobre estas cosas en los periódicos de Nueva York. Sea lo que fuere lo que está tramándose, señor, está siendo mantenido muy secreto, y aquellos que tan sólo lo sospechan levemente son ridiculizados, ignorados o suprimidos. Es ciertamente muy siniestro todo esto, señor, y concretamente no sé nada. Pero sí sé que los críticos en los periódicos ridiculizaron y atacaron violentamente el libro que mencioné, calificando al escritor de creyente en fantasmas. Hubo una curiosa similitud en todos los ataques.

Chisholm permaneció sumido en profunda y agitada meditación, y Marjorie pensaba: «¡Oh, Rory, Rory! Nada nos debe separar, Rory, nunca, nunca». El gran clamor dentro de ella se dilató en sus ojos, secos y doloridos, y sintió un sofoco en su

garganta. Estaba invadida por la desolación, rebelión, odio y desesperación.

Chisholm emergió de su meditación meneando la cabeza.

—Celebro no ser ya joven y no tener hijos —dijo—. Por vez primera en mi vida siento temor por mi país. Sin embargo, me resulta casi imposible creerlo. Estoy seguro de que nunca tendremos un impuesto federal sobre los ingresos individuales; estoy seguro de que ya no tendremos más guerras. En La Haya lo repiten así constantemente... Bien, olvidémoslo por el momento. Debemos resolver nuestro propio problema. Marjorie, querida, ¿qué has decidido?

—No puedo creer que un hombre pueda ser tan monstruoso como para amenazar a un caballero inofensivo como tú, papá, y a una inofensiva chica como yo... ¡y a su propio hijo! ¡Su propio hijo!

Chisholm no podía soportar mirar a su bienamada hija, tan pálida, trémulo el rostro, engrandecidos los ojos por el sufrimiento, y tan tensa en el borde de su silla. Su boca, habitualmente sonriendo con travesura, afecto y gracia, era la boca de una mujer atormentada, implorando restableciesen su confianza.

Chisholm odiaba ahora a Joseph Armagh con el primer odio real de su vida. Comprendía ahora por qué algunos hombres podían matar, algo que siempre le había parecido increíble antes. Pensaba entonces que solamente los locos, los desequilibrados, los analfabetos, los de baja tracción, los ignorantes y estúpidos y bestiales, mataban. Ahora podía comprenderlo.

Pero dijo con bastante calma:

—Me temo que se propone hacer lo que dice, Marjorie. No me gustaría ponerlo a prueba. En cuanto a mí, no era joven cuando me casé con tu madre; soy lo bastante viejo para poder ser tu abuelo, amor mío. No temo por mí, ya que ¿cuánto más tiempo puedo aún vivir? Siempre dispondré de lo suficiente para mantenerme. Pero temo por ti, hija mía. Indiscutiblemente, él te arruinaría a ti y a tu..., tu... marido. —Odiaba ahora a Rory que había conducido a Marjorie a aquella espantosa situación, colocándola bajo la amenaza de un hombre malvado—. Bernard, ¿qué opinas?

Bernard contemplaba sus manos entrelazadas crispadamente.

—Coincido con usted, señor. No debemos correr el riesgo. Si Marjorie quiere que este matrimonio continúe, basta con que lo declare así. Estoy seguro, pese a lo que... él... afirme en estos documentos, que la legalidad del matrimonio puede ser demostrada. Quizá sea dificultoso, pero opino que una prueba judicial y un requerimiento de los testigos a careo sacaría la verdad a flote. Después de todo, el perjurio sigue siendo un delito severamente castigado. Marjorie posee su certificado de matrimonio, con los nombres de los testigos, del secretario de ayuntamiento y del pastor. No todos ellos serían capaces de mentir ante un tribunal con convicción. Además, señor, usted tiene renombre de caballero justo.

La esperanza volvió a plasmarse en el atormentado semblante de Marjorie. Prosiguió Bernard:

—No creo, sin embargo, que debamos olvidar al propio Rory Armagh. No tiene

un carácter como su padre. La presión que sería ejercida sobre él podría ser insoportable. Por lo que he oído de él en ciertas esferas de Boston, sería posible que recordase la fortuna de su padre y que él es el heredero...

—¡No, no! —exclamó Marjorie volviéndose hacia él—. ¡Este es su último año de derecho! ¡Después, apenas obtenido el título, le diría a su padre que ya está casado! Éste fue nuestro convenio. Rory me ama. Nunca me abandonaría, voluntariamente, y estaría yo dispuesta a apostar mi vida en ello.

Bernard especificó:

—Pero su padre también le ha amenazado y es conocido como mantenedor de sus amenazas. Nada le detendría... hasta separarte a ti y a Rory. Su padre tiene sobrada influencia para que Rory nunca tuviera acceso a ninguna firma de abogados de cualquier reputación en ningún sitio. Si ejerciese por su cuenta como abogado independiente... conseguiría muy pocos clientes. Señor —le dijo a Chisholm—, usted mismo, ¿se arriesgaría a aceptar al joven señor Armagh en su firma, ante la oposición de su padre?

Chisholm meditó. En sus asociados, en su clientela. Dijo finalmente:

—No, no me atrevería a hacerlo. Ni me lo permitirían mis socios.

—Pero tengo fortuna propia, papá —dijo Marjorie—. No tardaré en cumplir los veintiuno. Está en tus manos permitirme disponer del dinero de mamá por entonces.

El color en el arrugado semblante pálido de Chisholm, desapareció por completo. Incluyó la cabeza.

—Marjorie, debo confesarte algo. Yo... yo tenía libre acceso a la fortuna de tu madre ya que ella confiaba en mí. Durante el pánico, hace unos años, dispuse de su dinero como garantía colateral para deudas, para adquirir préstamos... No está perdido. En pocos años, espero, estoy seguro de recuperar el pleno valor de mis inversiones, y regresaré el dinero a tu... herencia. Pero el señor Armagh ha amenazado con hacer que esto me sea imposible..., ya que está en posesión de mis pagarés que adquirió de los Bancos...

Se cubrió el rostro con las manos.

—Perdóname, mi niña —dijo, y su voz se truncó.

Marjorie ya estaba arrodillada junto a él, abrazándole, besándole frenéticamente.

—¡Oh, papá! ¡Oh, papá, no importa! ¡No me importa! Por favor, papá, mírame. Te quiero, papá. Lo demás no tiene la menor importancia.

—En pocos años..., tu herencia estará intacta, con intereses —dijo Chisholm y estaba entre los brazos de Marjorie como un niño viejo, su cabeza sobre el hombro de ella—. Nunca lo habrías sabido, cariño mío, si esto no hubiera ocurrido.

—Todo es culpa mía —dijo Marjorie—. Si no me hubiera casado con Rory tal como lo hicimos no estaríamos viviendo esta pesadilla. Perdóname, papá. Si puedes hacerlo, perdóname. ¡Oh, cómo he podido acarrear esto sobre ti, amenazado por un hombre ruin y malvado, tú, un caballero, tú, mi padre! Me odio a mí misma, me desprecio. Ojalá estuviera muerta.

Ahora, por vez primera, sentada sobre sus tacones, estalló en llanto. Dejó caer su cabeza en las rodillas de su padre y gimió.

—Querida mía —dijo Chisholm—, no te hagas reproche alguno. Tu abuelo, el padre de tu madre, se opuso también a nuestro matrimonio. Nunca supe por qué. Pero nos casamos, a pesar de eso, y nunca lo lamenté, y el viejo caballero terminó aceptándolo cordialmente. Pero no creo que Armagh haría tal cosa —y alzando el rostro de Marjorie entre sus manos fue besándolo suavemente—. Vamos, cariño mío. No puedo soportar oír... tus sollozos... Vamos, cariño mío. Eres joven. Habrá un medio... Eres joven.

Bernard aguardaba, sufriendo con ellos, hasta que Chisholm ayudó a sentarse de nuevo a Marjorie en su silla. Dijo Bernard:

—Armagh ha mencionado en estos escritos que Marjorie no tenía la edad legal ni poseía el consentimiento escrito de su padre cuando ella, «supuestamente», según dice él, se casó con su hijo. Y que, aparentemente, el matrimonio no fue consumado. —Bernard carraspeó—: En estos escritos se expone que Rory Armagh y Marjorie Chisholm nunca... cohabitaron.

Miró a Chisholm.

—Por consiguiente, nos deja escasa elección. Marjorie puede solicitar judicialmente la anulación de su matrimonio que nunca fue consumado, muy calladamente, en New Hampshire. Ningún nombre será mencionado en la prensa, dice Armagh. Todo será secretamente arreglado. Muy delicado, muy refinado por parte de Armagh, ¿verdad? —y Bernard torció los labios en mueca de disgusto—. Esto es para salvar, dice él, la reputación de la señorita Marjorie Chisholm y de cualquier futuro matrimonio que ella pueda contraer. Yo creo que ha demostrado esta «generosidad» con la finalidad de evitar una demanda judicial que confirme el mantenimiento del matrimonio, que pudiera..., aunque sea escasa la posibilidad..., ser fallado en favor de Marjorie, a pesar de toda la influencia de Armagh. También opino que quiere evitar una confrontación pública ante los tribunales, con la resultante notoriedad y escándalo. He leído que Armagh es un hombre que ante todo aprecia la reserva de su vida privada.

Marjorie escuchaba atentamente, y su semblante estaba calmo, muy sereno, aunque siguieran resbalando por sus mejillas las lágrimas. Parecía no darse cuenta de ellas. Dijo entonces con una voz sin emoción alguna:

—Solicitaré la anulación. Papá, tú lo arreglarás como es debido.

—Mi niña —murmuró entrecortadamente su padre con honda emoción.

—No voy a pensar más en ello —dijo Marjorie—. Ha quedado ya resuelto. Soy tu hija, papá, y espero tener un poco de tu valor y fortaleza. Me esforzaré, por lo menos, en no pensar lo que considero ya decidido.

Joseph no había mencionado para nada en la documentación lo referente al pisito secreto en Cambridge, pero Marjorie no tenía la menor duda que él lo sabía. ¿Por qué se abstuvo de mencionarlo? ¿Para acelerar la anulación de su matrimonio por falta de

consumación? Éste era el motivo, indudablemente. Pensó en aquel bienaventurado pisito que a ella le había parecido siempre tan pleno de luz a pesar de su lobreguez, y sintió que algo se quebraba y hacía añicos en su interior. Nunca volvería allí, a cocinar para Rory, esperándole. Nunca volvería a ver a Rory, nunca más oír su voz, sentir sus besos, yacer en la desvencijada cama con él, en sus brazos. Apretó fuertemente los párpados para cerrar los ojos contra la angustia. No, no debía pensar más en esto, todavía. De otro modo iba a morir, a perder el juicio, a traicionar a su padre. «Oh, Rory, Rory», musitó íntimamente, «no sufras demasiado, mi Rory». Podía ver su rostro, su sonriente boca sensual, sus ojos, y podía oír su voz.

—Le escribiré esta misma noche a Rory —dijo, y su voz nunca estuvo tan serena—. Será más fácil que decírselo. No creo que pudiera confiar en mi firmeza, si le hablase. No, no podría.

Nunca le contaría a su padre lo referente al pisito en Cambridge. Debía dejarle en la creencia de que el matrimonio nunca fue consumado. Si él lo supiera, insistiría en que se mantuviera la continuación del matrimonio, ya que era un hombre honorable.

Aquella noche escribió a Rory:

«He llegado a la conclusión, después de largas meditaciones, querido mío, que nuestro matrimonio estaba condenado desde su inicio. Ambos engañamos a nuestros padres, y por lo tanto incitamos la calamidad. No voy a mentirte y decir que no tuve por ti un considerable cariño, pero ahora debo confesarte que este cariño ha ido constantemente declinando. He intentado reavivarlo, pero he fracasado. Por consiguiente, solicitaré la anulación. Nadie necesita saber que convivimos en aquel piso de Cambridge. Por misericordia, mi querido Rory, espero que no me expondrás a la mortificación de tener que aparecer ante ningún tribunal someténdome a litigio impugnando mi palabra. Quedaría para siempre avergonzada e incapacitada para rehacer de nuevo mi vida, como debo. Vivimos en pleno desatino y nuestras esperanzas eran infantiles. Te recordaré con afecto, como a un estimado amigo, como a un hermano. Fue una equivocación desde el principio. Solamente nos queda reemprender nuestras vidas desde ahora, y te recordaré siempre, con cordialidad. Te devuelvo las joyas que me diste, porque en conciencia no puedo conservarlas, ahora que cualquier amor que tuve por ti, o lo que pensaba yo que era amor, ya no existe. Por favor no intentes verme. Por favor no me escribas. Nada puede hacer cambiar mi decisión. Si alguna vez me amaste, por favor, atiende mis ruegos y deseos, y no me causes más dolor».

Al día siguiente fue al oscuro pisito dejando la carta y las joyas en la almohada de la cama. Después le acometió un profundo desaliento. Se arrojó de bruces en la cama apretando las almohadas contra su desolado corazón y permaneció tendida, agobiada y silenciosa durante largo tiempo, intentando reunir la fuerza suficiente para abandonar para siempre aquel lugar. Encontró una corbata que Rory había dejado olvidada, una corbata bastante usada, y se la llevó consigo abandonando el piso y ni una sola vez miró atrás.

Cuando Rory leyó aquella carta dijo roncamente para sí mismo:

—Es mentira. Todo es mentira.

Tan sólo hacía dos días que él y Marjorie estaban tendidos en aquel mismo lecho, entrelazados en un gozoso y apasionado éxtasis de amor, y Marjorie había exclamado:

—¡Nunca me dejes, Rory, nunca me dejes! ¡Júrame, Rory, que nunca me abandonarás! ¡Me moriría, Rory, si no volviera a verte jamás!

Su Marjorie, su amor, su cariño, su pequeña y radiante esposa con su travesura, su ingenio, su inteligencia risueña, su Marjorie que nunca mentía: pero ahora estaba mintiendo. De algún modo, aquel viejo bastardo del padre de ella había descubierto el asunto, obligándola a escribir esta carta, amenazándola. Bien, él, Rory, no iba a permitir que esto les sucediese a él y a Marjorie, fuera cual fuere el riesgo.

Durante seis meses consecutivos efectuó intermitentes asedios a la casa de los Chisholm, cuya puerta permaneció resueltamente cerrada para él. Durante seis meses escribió frenéticas cartas acusatorias al señor Chisholm, cartas llenas de desesperación y denuncias, de odio y amenazas. Escribía a Marjorie a diario. Sus cartas eran devueltas sin abrir. Intentó sorprenderla al acecho, pero nunca la vio. Fue adelgazando y empalideciendo. Pensó en agenciarse la ayuda de su padre. Los Armagh, meditó vengativamente, eran rivales muy peligrosos para aquel viejo puritano de Chisholm.

Hasta que un día recibió un envío sellado conteniendo copias legales informándole que el matrimonio entre la llamada Marjorie Jane Chisholm y el llamado Rory Daniel Armagh había quedado anulado ante un modestísimo tribunal de New Hampshire.

—Ni siquiera hubo citación a comparecencia —fue monologando— y nunca me fue comunicado nada. Marjorie lo hizo a hurtadillas..., su padre la obligó.

Por vez primera en su fuerte vida juvenil enfermó teniendo que guardar cama varios días. Deseaba morir. Llegó a pensar en el suicidio. Le dedicó largas meditaciones a esta idea, ya que el tétrico impulso se agazapaba escondido en él tal como acechaba recónditamente en su mismo padre.

Un año después contrajo matrimonio con Claudia Worthington en la capilla privada del embajador. Claudia fue una novia espectacular y la prensa se extremó hablando del famoso padre del desposado y de la varonil guapeza de éste y su «grave compostura durante la ceremonia que fue oficiada por su Ilustrísima, el Obispo católico de Londres, en persona y tres monseñores». Hubo cerca de dos mil invitados, «todos distinguidos», y tres personajes reales, sin mencionar «muchos de la nobleza». El Papa envió una bendición pontificia para la misa nupcial. La boda fue el acontecimiento del año, tanto en América como en Inglaterra.

Cuando Claudia yacía junto a él en el tálamo nupcial, Rory pensó: «Dios mío, Marjorie, mi pequeña, mi amor, mi Marjorie, Dios mío, Dios mío.».

Un año después nació su primer hijo, Daniel, al año siguiente su hijo Joseph, y dos años después dos hijas gemelas, Rosemary y Claudette.

Claudia Armagh era la más deliciosa de las anfitrionas y todo el mundo hablaba de su encanto y su gracia personal, su estilo, su buen gusto, su fascinación, su guardarropía, joyas, pieles, carruajes, y de su gran y sólida «*limousine*», una de las primeras en ser fabricada en Norteamérica; de su casa en Londres, de su casa en Nueva York, sus villas en Francia e Italia, «donde los más distinguidos miembros de la sociedad internacional se reúnen para sus fiestas, cenas y conciertos, que se consideran por encima de toda comparación. Los más famosos cantantes y violinistas aparecen en recitales a la convocatoria de la señora Armagh. Es clienta patrocinadora únicamente de Worth en cuanto a vestidos y de Cartier para sus joyas. Su buen gusto es impecable».

A Claudia le gustaba inmensamente Washington ya que su joven esposo era representante en el Congreso por Pensilvania. También es cierto que hubo algún alboroto en torno a la elección, la otra parte clamando que «los muertos en el cementerio habían votado por Rory Armagh, y bastantes hombres vivos fueron sobornados». El señor Armagh, no obstante, fue elegido por una mayoría de casi mil votos sobre su oponente, que pareció tomarlo no sólo con resignación sino casi con alivio. Después de todo era muy respetable la generosidad de un Armagh. Y su poder.

En cierta ocasión Claudia le dijo ásperamente a su marido:

—Ya sé que los caballeros no son siempre fieles a sus votos del matrimonio. Mi padre no lo era. No voy a oponerme a este hecho. Pero lo que desearía, Rory, es que no fueras siempre tan..., tan llamativo..., sino un poco más discreto.

Rory buscaba en cada mujer a Marjorie. Nunca la halló.

«Yo sigo siendo la esposa de Rory», solía pensar Marjorie en su solitaria cama blanca por la noche, en la casa de su padre. «El matrimonio fue consumado. No me importan los tribunales, abogados y anulaciones. Sigo siendo la esposa de Rory y siempre lo seré. Está casado con otra, pero es todavía mi marido ante Dios si no ante los hombres. Rory, Rory. Yo sé que me amas, y siempre me amarás como te amo. Nunca sabrás que te observaba desde una ventana alta cuando golpeabas en la puerta de papá, y que tuve que hacer un gran esfuerzo para no bajar corriendo y arrojarme a tus brazos, sin importarme lo que pudiera suceder. Rory, Rory. ¿Cómo puedo vivir sin ti, mi amor, mi muy querido? Papá cree que renuncié a ti por él, pero lo hice por ti. Quizás algún día lo sabrás, aunque nunca te lo diré. Oh, mi Rory, mi Rory. Mi marido, mi cariño. Nunca habrá ningún otro hombre en mi vida».

Nunca hubo otro. Su padre y su tía la imploraban para que «animase» a los jóvenes que la asediaban, pero solía contestar:

—No me interesan.

¿Cómo podía una esposa interesarse en cualquier otro hombre salvo su marido?

Siquiera pensarlo era infame. Pensar en ello era adulterio. Por las noches apretaba la vieja corbata de Rory contra su pecho, besándola y acariciándola, y luego se dormía con ella bajo su mejilla. En cierto modo ella sabía que Rory también pensaba en ella, y que a pesar de lo que les separaba su amor les mantenía unidos a distancia y nunca podría ser destruido. Esto la confortaba. Rory era suyo y ella era suya. Entonces comenzó a vivir un sueño imaginativo. Algún día, más tarde o temprano, Rory regresaría. Esto la ayudó a través de los años.

XI

Joseph Armagh hizo construir una magnífica mansión para su hijo, Rory, y para Claudia y sus hijos en un bonito sector adjunto a su propia casa en Green Hills. La propiedad fue conocida más tarde como la «Colonia». Armagh. Claudia la encontraba «insípida». Aunque Bernadette estaba orgullosa de su nuera y alardeaba de ella, las dos mujeres se detestaban. Claudia se consideraba muy por encima de la familia Armagh, y resentía las «exigencias» de Bernadette. Aunque no era muy inteligente, Claudia poseía una excelente mímica, imitando a su suegra para diversión de sus amistades en Washington y Filadelfia. Bernadette consideraba a su nuera afectada y presuntuosa, lo cual era, y permanecía inmune al famoso encanto, que nunca vio. Cuando Claudia «se daba aires» con ella, Bernadette emitía una palabra ruda, y reía ruidosa y toscamente. Ella, y únicamente ella, era la gran dama de la familia Armagh, y no aquella muchacha descarada con su diminuto pecho, sus anchas caderas y sus gordas piernas. Bernadette había descubierto que Claudia tenía las piernas algo arqueadas, y esto era siempre excelente para uno de sus remedos, a los que también era adicta. ¿Al fin y al cabo quién era Claudia Worthington? Alardeaba de sus antepasados. Pero Bernadette era penetrante, y pronto descubrió que el abuelo de Claudia por parte de su madre fue un pobre y arruinado carpintero por más que se jactase de proceder de una familia británica aristocrática. El padre del embajador, a criterio de Bernadette, no valía mucho más. Comenzó como trabajador en las minas de carbón en Pensilvania, a ocho dólares por semana, pero había inventado cierta máquina que redujo el empleo de mujeres y niños en las minas. (Había robado el invento a un minero mucho más inteligente pero cándido, un hecho que los espías de Bernadette habían descubierto). En consecuencia, se hizo rico y educó a sus hijos en Harvard y Yale y había emergido como un aristócrata. En cuanto a las mujeres de la familia de Claudia, habían sido simplonas ignorantes. Así llevaba Claudia siempre sus famosos guantes blancos. Servían para ocultar el hecho de que poseía manos de camarera o esclava, angulares, nudosas, grandes y de mal color. ¿El notorio antepasado relacionado con la familia real inglesa? Por el amor de Dios, pero ¡si solamente fue un componente de la guardia del castillo de Windsor!

—No importa —le había dicho Joseph a su esposa, con sombría diversión—. Dejemos que prevalezca la ficción. ¿A quién perjudica? Si Claudia desea que la emparenten con la familia real inglesa, y ellos mismos son plebeyos, déjala. Puestos a puntualizar, tal como enseña la Iglesia, ¿no somos todos hijos de Adán y Eva?

—Oh, cállate —había contestado Bernadette riendo—. De todos modos, esta insignificante zamba no me va a agitar sus guantes ante la cara y parlotear jadeante creyendo que me impresiona. Le dije una vez por todas que lo sabía todo acerca de ella. La detesto, pero por el bien de la paz familiar no se lo diré a nadie más. Además, su familia es rica. Supongo que Rory hubiera podido casarse peor. Claro, ¡ella me

exaspera con sus necios comentarios acerca de los «mezquinos políticos»! Y mi padre era senador y gobernador, cuando los de su familia estaban extirpándose trozos de carbón y astillas de madera de sus traseros. ¡Qué grandísima tonta es con sus suaves jadeos y su voz infantil! La he oído bramar a sus hijos... como una pastora de cerdos. Y también a la servidumbre, si se olvidan de los pétalos de rosa en sus lavamanos. Sus abuelas se lavaban en tinas de zinc y estaban contentas de poder tenerlas. Mi madre era una dama.

—Sí, me consta —dijo Joseph.

—Y tu familia era por lo menos decente, inteligente y de letras, en Irlanda —dijo Bernadette con una apasionada mirada amorosa hacia él—. Sí, lo sé. Y solía aguijonearte a este respecto, pero creo que estaba un poco envidiosa. Mi abuelo fue tan sólo un negrero.

—Pero fíjate en todo el dinero que tenemos —dijo Joseph, y Bernadette no pudo comprender su tono de voz y por qué se fue bruscamente.

Bernadette estaba encariñada con sus nietos que estaban habitualmente en la «Colonia», por considerarlos Claudia y Rory trabas en su vida social en Washington. Aquel cariño sorprendía a Joseph. No sabía que se componía en parte de indolente afecto y en parte de malicia. Daniel parecía al padre de Bernadette, y ella sentíase particularmente atraída hacia él. Joseph, su tocayo, era un estólido muchacho gordo con la petulancia y pretensiones de su madre y su intolerancia con la servidumbre.

—La sangre habla —solía decir Bernadette—. Rosemary y Claudette no son más brillantes que su madre, y tienen sus piernas. Campesinas.

Pero ellas le tenían cariño, porque era muchísimo más indulgente con ellas que lo fue con sus propios hijos. Era desafortunado que ninguno de ellos se pareciese a Rory, tan vívido, cortés, el hombre de clase y prestancia, que podía encantar con un guiño. Cierto que las niñas tenían el cabello rojo y oro y grandes ojos de claro azul, pero no poseían el brioso atractivo de Rory. Ni ninguno de los tres parecía a Kevin o a Ann Marie.

—No deben subir a burlarse de su pobre tía —solía decir Bernadette a sus nietos—. Ella misma es tan sólo una niña. Tuvo un accidente. No deben hacerla llorar, ni quitarle sus muñecas, ni empujarla ni hacerle muecas feas. La asustan.

—Moja sus calzoncillos como un bebé —decía Daniel, el mayor—. Se derrama por el suelo. A veces ella apesta.

—Niña sucia, niña sucia —cantaban las pequeñas.

—No lo puede evitar —decía Bernadette, pensando en aquel día en que Ann Marie se transformó de una encantadora joven en una idiota.

Bernadette lo reveló a su confesor, quien le aseguró que estuvo del todo acertada al informar a Ann Marie sobre la verdad. ¿Qué otra cosa podía haber hecho? Lo triste fue que la muchacha no hubiera sido informada cuando era una chiquilla. La conciencia de Bernadette quedó apaciguada. Todo había sido culpa de Elizabeth, aquella desvergonzada tunante. Y su desagradable hijo Courtney que ahora era un

monje en Amalfi. El único hijo de Elizabeth: ¡un monje! Le estaba bien empleado.

Bernadette era reina de la «Colonia». La emperatriz, la dueña gobernanta de la dinastía. Se jactaba de que sus nietos la adoraban. Si Daniel, como decían algunos, tenía los dientes como los de una ardilla, no importaba. Si Joseph estaba siempre enfurruñado y lloriqueante, era solamente cuestión de carácter infantil. Si las niñas eran rudas y no muy brillantes, por lo menos eran lindas en cierto modo. Le seguían el rastro a ella como sus propios hijos nunca lo hicieron. Porque ella era siempre benévola, y siempre, especialmente ante un auditorio, era la clásica abuela dulcísima. Daniel, el más inteligente era un cínico nato, y sonreía burlón pero entraba también en el juego, ya que la abuela estaba siempre dispuesta a dar un obsequio y algún dólar, si quedaba complacida. Los niños se agrupaban en torno a Bernadette, ante una concurrencia, y todo el mundo quedaba profundamente emocionado. Aquélla sí que era una familia íntimamente unida, encariñada, plena de devoción y lealtad. En privado, Bernadette amonestaba a los muchachos: «Tenemos un nombre con el cual hemos de vivir en conformidad. Debemos hacerlo todo correctamente. Tenéis un futuro». A las muchachas les decía: «Debéis hacer buenos matrimonios. Es vuestra obligación para con vuestro padre y abuelos». La comprendían apenas, dada su edad, pero sentían por ella cierto respeto, lo cual era más de lo que experimentaban por sus padres. Bernadette todavía tenía «mano dura», como dijo una vez Joseph.

Eran muchas las personas que se preguntaban por qué el resplandeciente Rory Armagh, con su sagacidad, clase y prestancia, su atractiva figura de hombre guapo, se había casado con Claudia Worthington. (Eran las personas inmunes al especial encanto de ella y que encontraban su voz infantil fastidiosa y sus amaneramientos algo ridículos, y que la consideraban escasamente atractiva). Si le hubiesen preguntado a Rory hubiera contestado:

—Yo mismo me lo pregunto a menudo —y habría sonreído en su peculiar estilo jocoso, pero bromeando sólo a medias.

Ya aturdido por la muerte de su hermano menor, la inexplicable deserción de Marjorie, que seguía encontrando increíble, le hizo sentirse por muchos meses como si no estuviera viviendo, sino soñando en una oscura pesadilla de la cual no pudiera despertar. Su apatía era frecuentemente sacudida por salvajes rebeliones, odio, rabia, como fregonazos de relámpagos escarlatas en una noche que no quería terminar nunca. Se había consumido en meses de asedio, sin resultado, y que fueron obsesionados por el impulso del suicidio. Después la apatía se adueñó de él, reduciendo en mucho su volubilidad y buen humor para el resto de su vida. Todavía conservaba el pisito, que guardó durante seis meses, y lo visitaba casi diariamente con la esperanza de que encontraría allí a Marjorie aguardándole para darle plenas aclaraciones. Permanecía tendido en la polvorienta cama en un estado de agotamiento físico y emocional, mirando fijamente el mohoso techo. Cuando se levantaba sentíase

tan viejo como la propia muerte, y quebrantado. Ella no dejó nada suyo sino las joyas que vendió de inmediato. Ni siquiera había una horquilla del cabello o un pañuelo, aunque rebuscó afanosamente. Era como si nunca hubiese cantado y reído allí mismo, o yacido entre sus brazos. El pisito se convirtió en una tumba para él, y al final comprendió que si no se recobraba de aquel desolado horror, aquella terrible nostalgia, aquel llanto íntimo, aquel letargo, moriría.

No fue hasta que empezó a odiar a Marjorie por lo que le hizo a sangre fría, con indiferencia y rechazo, como pensaba él, cuando su cuerpo y su mente juveniles pudieron responder de nuevo a los estímulos exteriores. La conducta de ella seguía siendo inexplicable, pero como decían con frecuencia sus amigos, las mujeres en sí mismas eran inexplicables. No cabía la menor duda de que ella ya le había olvidado. Para ella fue una frívola relación, sin consecuencias duraderas, o de lo contrario su padre no hubiese podido influir para que le abandonase y se las compusiera para aquella execrable anulación. O bien ella era más débil y menos inteligente y más casquivana de lo que pudo jamás pensar. Ella le hizo hacer el ridículo, y el orgullo de Rory, finalmente, le salvó, haciéndole recuperar de nuevo el interés en la vida exterior. Una maldita ramera... mintiéndole, riéndose de él a sus espaldas, sintiéndose superior a él, engañándole, ¡hasta cuando se acostaba con él! El amor propio prevaleció haciendo que la odiase, de modo que así pudo volver a la existencia normal. Pero nunca más su risa fue tan honda, sus sonrisas tan amplias y escépticamente generosas, ni su cordialidad tan espontánea, ni sus pies estuvieron tan ansiosos por bailar ni sus oídos tan dispuestos para la música alegre.

—Por fin Rory está madurando —dijeron algunos de sus muchos amigos en Harvard.

Percibieron, con aprobación, que súbitamente se había vuelto más sensato, más atento en las discusiones y menos alegremente beligerante, más reflexivo y más reservado. Si su rostro se hizo más tenso, y sus claros ojos azules menos risueños que antes, esto también fue notado con aprobación. Era por fin un hombre, y ya no un muchacho.

Había alguien que le observaba con persistencia, y era su padre, Joseph, que comprendía exactamente lo que su hijo estaba sufriendo. Ya superaría aquella crisis, pensó Joseph, pero él mismo se sorprendió ante la tenacidad del amor de su hijo por aquella preciosa criatura que no habría podido hacer progresar la fortuna de los Armagh. Los jóvenes pletóricos como Rory, enamoradizos, no permanecían largo tiempo adictos a una sola mujer, y Joseph sabía lo enamoradizo que era Rory, y supo de sus aventuras pasajeras aun durante su matrimonio con Marjorie. Pero Rory resultó tener una emotividad más honda de la que supuso Joseph con toda su percepción, y Joseph, que no podía atreverse a ofrecer ninguna clase de simpatía sino que debía permanecer aparentemente sin enterarse de aquel infortunado matrimonio, estaba preocupado. Rory tenía frecuentes accesos de sombrío silencio cuando venía a casa para las vacaciones y fines de semana, y tenía un modo muy perturbador de

efectuar largos y solitarios paseos por Green Hills, inclinada la cabeza, manos en los bolsillos, asestando puntapiés indiferentes a las piedrecillas del camino. Joseph le observaba.

Entonces, y para alivio de Joseph, tras muchos y largos meses, Rory pareció «salir a flote de aquel marasmo». Ya no irradiaba como el sol ni su voz, exclamaciones y risas suscitaban ecos por toda la casa... pero quizás era mejor que estuviera más apaciguado. Cuando Rory obtuvo el título universitario de leyes, Joseph le obsequió con el gran viaje por el extranjero y Rory fue a Europa recorriéndola durante varios meses. Los asociados y amistades de Joseph en el extranjero le tuvieron informado secretamente de la actividad y vagabundeos de Rory. Cuando le fue informado a Joseph que Rory se había aficionado apasionadamente de una hermosa joven italiana con aspecto levemente de matrona, en Roma, y estaba enzarzado en frenética relación con ella, Joseph sintióse hondamente aliviado. Después hubo una cortesana de categoría en París, un interludio idílico en Berlín, otro muy tumultuoso en Budapest, y algo parecido a una orgía en Viena con varios otros jóvenes ricos y un enjambre de jóvenes damas, de las más encumbradas, en la llamada vida alegre.

Rory había ido después a Londres y visitó al embajador y su familia y Claudia seguía allí. El embajador ofreció una serie de fiestas suntuosas en honor del joven. Claudia desplegó su pleno y seductor encanto misterioso ya que estaba enamorada de Rory y lo deseaba febrilmente por marido. Fue confortante para él ser perseguido por una muchacha tan encariñada, con aquel embrujo especial, y que a su vez era perseguida por hordas de jóvenes muy destacados en la sociedad, incluyendo a varios de la alta nobleza de Inglaterra. Era también halagador. Se obligó a tomar conciencia del comportamiento de Claudia y a no ejercer su espíritu crítico. Ella le era plenamente devota. Sus ojos se iluminaban haciéndose muy bonitos cuando le miraba fijamente y en silencio. Para Rory, cuyo orgullo fue tan lacerado, aquello era como una onda de tibieza en una fría noche amarga. El compromiso fue anunciado. El matrimonio tuvo lugar sin que transcurriese mucho tiempo. Hasta Bernadette quedó pasmada e impresionada por el esplendor de la ocasión y los notables y famosos invitados, aunque expresó a Joseph, despectivamente, que su hijo pudo seguramente conseguir mejor esposa que aquella pesada y jadeante muchacha de feos manos.

Pero solamente Rory supo que mientras estaba esperando cerca del altar la llegada de la novia sintió un súbito deseo desesperado y demencial de huir, de regresar a América, de obligar a Marjorie a verle, de llevársela a la fuerza, si fuera necesario, y hasta de golpearla sañudamente. Cualquier decisión antes que aceptar por mujer a aquella extraña muchacha arropada en blanco raso de Worth, con larga cola y mortajas de blancos velos y aquel mareante aroma de jazmín que flotaba en torno a ella como una nube, y que acudía del brazo de su majestuoso padre. La música y cánticos del coro se le antojaron los discordantes ruidos del infierno, y toda la capilla se convirtió en una caprichosa y abigarrada fantasmagoría para él,

inclinada, ardiente, gélida y sofocante. Logró dominarse, pero estaba cubierto de sudor y pálido; su cuerpo temblaba y en su interior sólo un nombre alentaba: Marjorie.

Pero, por propio instinto de conservación ya había aprendido a no pensar demasiado profundamente en sí mismo o en cualquier otra persona. De otro modo, la vida tendería a ser inaguantable. Claudia le encontró muy atento durante su luna de miel, y fue adorándole más y más. Tenía un modo, fascinante para ella, de aparecer como ignorante de su presencia en muchas ocasiones, y ella que siempre fue perseguida ardientemente desde la pubertad por muchachos y jóvenes, encontró intrigante esta peculiaridad. Su marido era un hombre y no un sudoroso y cortejante jovencito. Rory no llevaba ni seis semanas de casado cuando le fue infiel. Esta vez buscó una prostituta de baja clase y sintió que se desquitaba a la vez de Marjorie y de Claudia. Después de esto siempre amaría a las mujeres por sus cuerpos despreciándolas como personas.

Ni resentía ni deploraba la manifiesta estupidez de Claudia, su embelesamiento por vestidos, joyas y apariencias, su afición a lo trivial, su pasión por los detalles ínfimos, su craso materialismo y su deseo de ser siempre notada, vista, comentada y admirada. Su fotografía salía por todas partes y para ella nada existía realmente, ni siquiera Rory, tan plenamente rotunda y en tres dimensiones como ella misma. Era como una actriz que supiera que solamente actores y actrices de menor importancia la rodeaban, y que únicamente el escenario y su propio papel era lo que tenía significado. El escenario, especialmente el decorado embellecido con su presencia, era de la más intensa importancia. El auditorio era, simplemente, lo secundario en importancia y siempre tenía que haber un auditorio, un público, para Claudia. Rory sabía todas estas cosas acerca de su esposa, y no le irritaba. Indudablemente aquella propia abstracción, aquella estupidez de hembra, era para él más cómodo que el ingenio, la tierna travesura y la inteligencia de una mujer. Por lo menos, aquellas condiciones nulas no efectuaban ninguna intrusión en él, y rara vez le exasperaba Claudia, como estuvo divertidamente exasperado a veces por Marjorie, cuyos penetrantes ojos habían profundizado, con frecuencia, demasiado hondamente en su carácter.

—No puedes engañarme a mí con todas tus artimañas —solía decir Marjorie, abrazándole y besándole—. Te conozco, Rory, amor mío. Bésame. Te amo aunque conozca todo lo referente a ti, cariño.

Claudia nunca le diría esto a él, ya que nunca le conoció en absoluto.

Rory vivió por algún tiempo a medias en el mundo, deslizándose sin profundizar por su superficie, disfrutándolo. Pensaba ¿qué otra cosa había en este mundo sino el placer para hacerlo soportable?

Regresó a la vida, a la penosa vida, con ocasión del asesinato del Presidente McKinley en Buffalo, en septiembre de 1901, cuando su hijo Daniel tenía un año y Claudia estaba preñada de Joseph. Fue como si despertase de algún sueño y se viera

obligado a vivir de nuevo. Ya no quería volver a vivir una vez más como hasta entonces. Estuvo con las empresas de su padre en varias ciudades por algún tiempo, y era miembro de su personal jurídico, y viajaba mucho y tomaba su entretenimiento siempre que estuviera al alcance y asequible cualquier mujer bonita. Su padre no le habló en todo este tiempo de los financieros, banqueros e industriales que conoció en Londres y en Nueva York, y Rory había comenzado a tener la sensación que eran algo levemente irreal.

Pero el Presidente McKinley había sido asesinado por un anarquista. Un anarquista, pensó Rory, devuelto de nuevo a la penosa realidad de la vida. Rory visitó a su padre en Filadelfia preguntándole:

—Ahora, dime, padre. ¿Qué hizo el Presidente para incitar el asesinato? —Sonrió torvamente a Joseph—. Un anarquista. ¿Significa un marxista, no es así, un socialista?

—Bien, no exactamente —dijo Joseph reclinándose en su envarado sillón del despacho y estudiando a su hijo—. En realidad un anarquista es un hombre que desea destruir a todos los gobernantes.

—Ya comprendo —dijo Rory—. Todos los reyes y emperadores... y presidentes. Abajo con los gobiernos debidamente constituidos. Pero ¿qué hizo el Presidente para merecer su muerte a manos de un anarquista? ¿Exactamente, qué?

—No estoy seguro de saber lo que quieres decir —afirmó Joseph dando la impresión de que sus ojos estaban encapuchados, aunque no lo estaban—. Hay mucha gente que le tenía una gran antipatía, aunque me es difícil creer que ellos... incitaron... a Leon Czolgosz a matarle. Si lo hicieron, nunca me lo dijeron. Después de todo, son caballeros, ¿no es cierto?, y los caballeros no se manchan las manos con sangre. ¿No leíste los periódicos últimamente? McKinley era acusado de ser «imperialista» por la prensa radical, y este calificativo inflama a hombres como Czolgosz. Oí comentar que McKinley insistía una y otra vez en que el patrón oro debía ser mantenido en América, si nuestra moneda tenía que permanecer válida; también dijo que la moneda sin garantía conduce a la quiebra nacional, y fue citado en la prensa por haber dicho en una conferencia que América nunca debía tener un impuesto federal sobre la renta, si quería permanecer libre. Creo que calificó dicho impuesto de «tiranía», y de «un gigantesco sistema de expoliación para saquear al pueblo su propiedad y, en consecuencia, su libertad». Tuvo gran influencia en la derogación del impuesto temporal después de la guerra..., lo cual, creo que fastidió a ciertas gentes. Estaba en contra del establecimiento de un Sistema de Reserva Federal para acuñar moneda fuera del dominio del Congreso. En resumen, yo diría que McKinley no era muy «progresista», ¿verdad?

—Por consiguiente, tenía que ser asesinado, de modo que el «progresista». Teddy Roosevelt pudiera ser Presidente —dijo Rory.

Joseph sonrió:

—Estás simplificando las cosas, Rory. Nada tan crudo fue «planeado». Oí

comentar que sería mejor que fuera Presidente Roosevelt, pero no estoy seguro de dónde y cuándo lo oí comentar.

—Claro, claro —dijo Rory.

Joseph se atiesó más en su sillón y ahora sus facciones eran mucho más torvas que las de Rory.

—Tendrás que acostumbrarte a las cosas tal como son. Eres un abogado. Sabes que hay límites y estatutos en derecho, y que pueden ser alterados con demasiada frecuencia para que resulten seguros para nadie. Has de ser realista. Y no puedes permitir que tu imaginación te lleve demasiado lejos.

—Como por ejemplo imaginar golpes de estado.

—Exactamente —y de nuevo le estudió Joseph—. Siempre pensé que eras un realista. Me enorgullecí de ello. Nunca pensé que creías en un jardín de florilegios para niños, donde prevalece el honor y el mal es castigado siendo estimulado el bien. Para vivir en este mundo sobre seguro tienes que ser un hombre y no un niño cándido. ¿Me comprendes?

—Perfectamente —dijo Rory. Se observaron mutuamente un largo instante y después agregó Rory—: Nunca me creí un idealista. He sido un escéptico desde mi temprana infancia. No soy ningún caballero de blanca armadura resplandeciente. Yo también soy un oportunista. Pero en cierto modo la muerte de McKinley me ha perturbado. Comprendí que la comedia a la que asistí en Europa no era en absoluto una comedia. Era una realidad.

Joseph no dijo nada. Rory sentábase en el borde de la mesa despacho de su padre, alto y esbelto, elegante en su traje negro. Había perdido su propensión a la carnosidad y hasta su madre admitía ahora que parecía «refinado».

—Todo era muy real —insistió Rory—. Y los actores son como Lucifer: han persuadido a la gente de que no existen ni nunca existieron.

—¿Quizá te gustaría informar al público y comenzar una cruzada? —insinuó Joseph.

Rory hizo una mueca burlona y sus blancos dientes destellaron y por un instante volvió a ser el Rory más joven.

—Podría, y realmente me gustaría, si pensase que existiera la menor posibilidad de que el público me creyese, y si tuviera bases de información más sólidas.

También sonrió Joseph.

—Pero no te creería nadie, y, ¿no es esto una realidad afortunada? El pueblo anhela seguir en su creencia de que el mundo es puro y bueno y hermoso, y que Dios está en su paraíso y que todo va perfectamente en el mundo. Quieren ser libres para dedicarse a sus sórdidos e ínfimos placeres, a sus pequeños goces animales, y de sus infantiles retozos y comer y dormir. Una nación nunca perdona a un hombre que intenta obligarla a pensar. Perdonará a los asesinos, embusteros, ladrones, explotadores, opresores y tiranos. Pero, en cambio, un hombre que les diga: «Dejadme que os hable de vuestros enemigos verdaderos, y lo que debéis hacer con

ellos, en justicia, con fe, valor y fortaleza, a menos que queráis morir», morirá él mismo indudablemente. Su propio pueblo le matará. No será necesario ningún golpe de estado, como lo llamas.

—Sí, es la constante historia tan antigua, ¿no? —reconoció Rory—. Casi banal y siempre repetida. Opino que los santos y los hombres justos deberían ser estrangulados al nacer. Se empeñan en trastornar los planes de sus mejores y superiores, o por lo menos, intentarlo. Esto, naturalmente, es intolerable.

—Doy por sentado que estás entre las filas de estos imbéciles —dijo Joseph.

—Claro que no lo estoy. Prefiero vivir. Yo no hice este mundo, y debo simplemente llegar a un perfecto acuerdo con sus normas. Ésta es la última vez que sostenemos una conversación sobre este tema... Te lo prometo, papá.

—Excelente —aprobó Joseph—. Y ahora, pasando al terreno práctico de tu campaña para representante ante el Congreso. El pueblo, por una parte tolerará y hasta glorificará a un déspota, pero es un poco puritano acerca de los políticos que son demasiado patentes en lo que concierne a las camas de las esposas de otros hombres. Deja que un líder mate a medio millón de hombres en una guerra, y la gente le hará estatuas. Pero si dejas que un aspirante a político sea sorprendido sin pantalones en la alcoba de una mujer que no sea su esposa, su carrera habrá terminado y ni siquiera la muerte borraré esta «infamia». Te sugiero que te conviertas en un modelo de devoción conyugal por lo menos hasta que seas elegido. Llegan a mis oídos rumores poco tranquilizantes.

—Y todos ellos son verdaderos —dijo Rory—. Ya he decidido lo que he de hacer, papá. Tengo una esposa muy adicta. Ya me ha hablado sobre este tema. Es tolerante.

—Bien, entonces procura ser circunspecto —dijo Joseph.

Levantándose, Rory se tocó la frente en burlón saludo militar y abandonó el despacho, y a solas, Joseph siguió con el frunce en su entrecejo.

Una semana después Harry Zeff moría súbitamente de un ataque cardíaco en su mansión de Filadelfia, dejando muy apenada a su bienamada esposa Liza y a sus dos hijos gemelos, ahora ya médicos consagrados y muy probos aunque algo obtusos. Ambos estaban casados con muchachas de muy buenas familias, y ambos tenían hijos de corta edad. Harry estuvo muy orgulloso de sus hijos.

XII

«Era tres años más joven que yo», pensaba Joseph, que asistía al funeral. «Confíe en él más de lo que nunca confíe en nadie en toda mi vida».

Harry fue enterrado en un día húmedo y ventoso de otoño, con las ráfagas amarillentas de las hojas terrosas arremolinándose por entre las lápidas en el cementerio. El cielo tenía color de peltre y vertía lluvia turbia.

—Yo soy la Resurrección y la Vida —entonaba el sacerdote.

Liza se hallaba junto a Joseph, sus hijos tras ella, y Joseph la mantenía por el brazo y pensaba en la chiquilla criada en la casa de Ed Healey y el muchacho de rebeldes rizos que le había salvado la vida, y que sabía reír valerosamente. Joseph vio de nuevo la estación en Wheatfield, la noche que conoció al pequeño Harry, y súbitamente lo veía y olía todo como si acabase de suceder.

No le parecía posible que Harry estuviera muerto. Formaba demasiado parte de la vida de Joseph. Si no se veían con mucha regularidad siempre se escribían o telegrafiaban o hacían uso del teléfono, y cuando se reunían era como si fueran unas vacaciones, con gran júbilo por parte de Harry que nunca perdió aquella curiosa mezcla de confianza infantil y sabiduría madura, y su rostro nunca se endureció ni corrompió, pese a las cosas que tuvo que hacer al servicio de Joseph Armagh. Era como un obrero que necesita emplear alquitrán en su trabajo, pero que, de regreso en su hogar, se limpiaba de toda mancha y no quedaba rastro.

Había veces en que parecía mucho más viejo que Joseph y otras en que parecía solamente un joven. Había muchos que dijeron que él era el agente criminal de un poderoso criminal, y Harry lo había oído con frecuencia y no le mortificaba.

—¿Qué es un criminal? —le preguntó una vez a un periodista—. Un hombre que no tuvo éxito en la criminalidad. Se hizo atrapar.

En otras ocasiones defendía rabiosamente a Joseph.

—¿Es culpa suya poseer la inteligencia para hacer fortuna? —solía preguntar—. Lo que le ocurre a usted es que se siente envidioso.

No había cumplido todavía los cincuenta y cinco, pensaba Joseph, viendo caer los húmedos y negros terrones sobre el ataúd de Harry y oyendo el llanto de Liza. (Ella tenía solamente cincuenta y tres años pero se había convertido en una anciana, de blanco cabello, recubierta de blanda y pesada carne, resultado de grasas acumuladas al transcurso de los años, de la satisfacción y de pensamientos sencillos, sin complicación y maternos). Los hijos se parecían a ella, teniendo los rasgos peculiares más bien vacuos y sin personalidad característica de la gente común, pero sus ojos eran los de Harry, negros y lustrosos, aunque no con la inteligencia de Harry. Eran lo suficientemente astutos y competentes para prosperar por sus propios méritos, y el mayor, por minutos, Jason, a veces ostentaba una expresión agudamente taimada. Consideraban a Joseph como a un tío, y así se dirigían a él al hablarle. Jason le

escrutaba, aunque escasas veces, con un brillo especulativo en sus pupilas. Los dos jóvenes no eran bienvenidos en Green Hills, como lo averiguaron mucho tiempo antes de su propia madre, que una vez estuvo temerosamente intimidada por Bernadette que ante Liza se había referido a Harry llamándole «este turco». Los dos jóvenes eran de corta talla, fuertes, cuadrados y se movían con decisión si bien con cierta torpeza.

«Era una parte de mi vida», pensaba Joseph, sintiendo de nuevo el aproximamiento del viejo dolor. «Fue el primero que conocí en quien pude confiar. Me fue más íntimo y ciertamente más fiel que cualquier hermano. Fue mi amigo. Sólo me doy plena cuenta de ello, ahora».

Charles estaba también allí, en el viento y la lluvia y bajo el toldo que protegía a los asistentes, y Charles, como siempre, personificaba la distinción, y su cabello era todavía rubio ceniza, y su figura delgada y juvenil. Joseph pensó: «Charles es de mi misma edad, y me aproximo a los sesenta, y, ¿dónde se han ido los años, los años de nuestra juventud? ¿Es posible que Harry esté realmente muerto?». Joseph miraba fijamente dentro de la tumba y pensaba en las fosas que ya había contemplado antes, y sintió el deseo de volver la espalda y alejarse. Pero estaban allí los fotógrafos con sus placas, telas negras y cámaras, a corta distancia, ya que Harry Zeff había sido el poderoso secuaz del poderoso Joseph Armagh y su amigo más íntimo.

Los hijos de Liza se llevaron a su madre al carruaje que esperaba a la familia, y Joseph, habitualmente diestro en esquivar periodistas, se encontró repentinamente confrontando a tres jóvenes insolentes de rostros mojados por la lluvia, bajo el sombrero hongo, y plenos de resolución.

—Señor Armagh, por favor —dijo uno de ellos—, ¿es cierto que el señor Zeff se suicidó, tal como se rumorea?

Charles se abrió paso hasta hallarse al lado de Joseph y efectuó un ademán amenazante hacia los periodistas gráficos. Pero Joseph colocó su mano en el brazo de Charles. Contempló a los algo asustados jóvenes y su rostro ostentaba una glacial inexpresividad.

—Repítanme esto otra vez —dijo—. ¿Suicidio? ¿El señor Zeff? Deben estar ustedes fuera de sus cabales. Sus hijos son médicos. Uno de ellos firmó el certificado de defunción.

—Sí, ya lo sabemos —dijo el más joven y más descarado. Aquél era el temible señor Armagh, pero un reportaje siempre era un reportaje—. Esto es precisamente lo que parece curioso. Oímos comentar... anónimamente... que el señor Zeff se pegó un tiro. Y la señora Zeff llamó a sus hijos. No hubo ningún otro médico.

—Usted está completamente loco —dijo Charles—. El señor Zeff murió súbitamente de un ataque cardíaco. Oiga, ¿tendré que llamar a aquellos policías? Dejen de importunar al señor Armagh. Váyanse.

—O sea que el señor Armagh deniega este rumor —dijo el joven y se zafó expertamente fuera del camino de Charles—. Gracias, señor. Señor Deveraux, ¿no es

cierto?

La lluvia y el viento repentinamente le parecieron a Joseph el estrépito de una catarata y un huracán, y caminó junto a Charles hacia el segundo carruaje, y oyó el frío chasquido y absorción del barro en sus tacones. Se instaló en el vehículo, con Charles a su lado, y los negros y mojados caballos emprendieron la marcha por las curvadas alamedas de los muertos bajo los árboles moribundos y a través del umbral de las verjas de bronce.

Joseph dijo:

—Es una mentira, naturalmente. Harry murió de un ataque al corazón.

Al no replicar Charles, volvió Joseph la cabeza hacia él rápidamente y preguntó enronquecido:

—Bien... Así fue, ¿no?

Charles contestó:

—Esperábamos mantenerlo secreto para usted, y entonces estos malditos periodistas... debieron haber oído algo, y no solamente un rumor. No. Harry no murió del corazón. Se pegó un tiro, como dijeron ellos. Trabajamos cuanto pudimos para que se mantuviera el secreto y no fuera publicado nada. Pero alguien habló. Posiblemente algún sirviente, que debió escuchar a escondidas.

Joseph estaba abrumado. La luz grisácea penetraba por entre los regajos de agua en las ventanillas y acentuaba la lividez del semblante de Joseph.

—¿Por qué? ¿Por qué tuvo que hacer algo semejante? ¿Estaba enfermo, muriéndose de alguna dolencia incurable?

Charles titubeaba. Después suspiró, quitándose su mojado sombrero y alisándose el cabello con la mano.

—No. No había nada de esto. Sus hijos me lo afirmaron. Simplemente, la otra noche... sé dirigió a su esposa en su alcoba de cama doble y la besó deseándole las buenas noches, y le dijo a ella... bien, algo que parecía una divagación acerca de que siempre la amaría y estaría cerca de ella... y después bajó a su biblioteca y se atravesó el corazón de un balazo. No en su cabeza... donde podría verse claramente. Debí apuntar cuidadosamente. Liza oyó el disparo y llamó a los sirvientes, y no les dejó entrar en la biblioteca, permaneciendo vigilante como una tigresa, según me contaron los hijos, y ellos acudieron. No había nada escrito. Ninguna explicación. Harry disfrutaba de excelente salud. Era multimillonario. No dio muestras de depresión alguna, dijo todo el mundo. Se comportó como todos los días, dicen. Lo siento, Joe. Esto es todo cuanto puedo decirle. Tal como me ha sido contado.

—Ladrones. Asaltantes —dijo Joseph, y su voz era tenue y remota—. Yo mismo vi a Harry hace menos de dos semanas. —Se interrumpió y sus facciones cambiaron sutilmente, mustiándose, y Charles lo notó. Prosiguió Joseph—: Yo me sentía... deprimido... y se me ocurrió preguntarle a Harry para qué vivía un hombre. El hombre corriente. Y también nosotros. Trabajamos todas nuestras vidas, luchamos, planeamos, nos forjamos objetivos, dirigimos nuestras actividades. Ésta es nuestra

principal ocupación. Algunas veces nos gusta lo que hacemos y nos absorbe. Pero por lo general, no es así. En consecuencia, le pregunté a Harry para qué demonios vivíamos. ¿Por nuestro pan cotidiano, el trabajo interminable, y casarse y tener hijos, y decepciones o aun cosas peores? ¿Cuáles son nuestros placeres? Unas pocas horas de libertad cada semana, tanto si vivimos en una mansión como en una choza, unas pocas oportunidades de adulterio y unos pocos placeres fastidiosos para los cuales la mayoría de nosotros estamos demasiado cansados para poder disfrutarlos. Entonces nos morimos, y esto es todo lo que hay. Hasta aquellos nacidos entre grandes riquezas, lujos y ocios... ¿para qué viven? Fiestas, reuniones sociales, envidias, viajes, vestuario... y las mismas monótonas recreaciones que un minero, un dependiente, un oficinista, o un obrero de fábrica. ¿Esto es todo lo que contiene la vida de un hombre? Si es así, le dije a Harry, entonces no vale la pena vivir.

Charles percibía su sombrío perfil y no dijo nada.

—Y Harry me contestó —agregaba Joseph— que hay pequeños placeres a lo largo del camino, pequeñas satisfacciones, y yo le pregunté si valía la pena vivir por ellas. Meditó y luego me dijo: «Mi abuela era una vieja analfabeta libanesa, y una vez me dijo que vivíamos para y por el amor». Ambos nos reímos. Ésta fue toda nuestra conversación. Dios mío, ¿no crees que Harry quedó influenciado por esta conversación, Charles?

Charles meneó la cabeza.

—No. Harry era demasiado inteligente. Sabía que todos vivimos porque morir es algo infinitamente más duro de enfrentar... para la mayoría de la gente. Podrá no haber ninguna satisfacción en vivir... yo no he encontrado mucha... pero una eternidad en la nada, en el no ser, es peor todavía que la vida más mísera. No ser. No existir. No es de extrañar que los muy enfermos se agarren febrilmente y resistan hasta el último aliento.

—Pero Harry no lo quiso así —dijo Joseph—. Prefirió morir. ¿Por qué?

—Quizás estuviese cansado de vivir. Millones de nosotros alcanzan esta etapa.

—Pero Harry era un hombre saludable, no caprichoso ni complicado.

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntó Charles—. ¿Quién sabe ni la menor cosa de cualquiera de nosotros, incluyéndonos nosotros mismos? —y miró a través de la ventanilla. El aire tenía el color de la melancolía. El viento hacía bambolearse el carruaje.

—¿Crees que Harry pudo haber sido asesinado por ladrones, Charles?

—En absoluto. La casa estaba guardada como una fortaleza.

—¿Por qué? —inquirió rápidamente Joseph.

—¿Por qué? ¿No están bien cerradas sus puertas y ventanas de noche en su casa?

—En la ciudad, sí. En Green Hills, no. Estás soslayando la cuestión, Charles. Y de una vez por todas, tutéame y facilitaremos así la charla. Tú sabes, como ya lo sé, que Harry se mató deliberadamente, de acuerdo a lo que me has contado. La pregunta sin contestar es... ¿por qué?

Charles suspiró de nuevo.

—Escucha, Joe, les hice esta misma pregunta a Jason y a Simeon, en privado, cuando me pidieron que no te lo dijese. Saben el afecto que le tenías a Harry. No querían que te causase trastorno, o te pusieras como ahora mismo, a sondear, a interrogar, a causarte tú mismo aflicción. Me dijeron que no podían pensar en una sola razón por la cual decidió su padre suicidarse. No había el menor barrunto ni indicio. Harry había sido el de siempre, riente y alegre, la noche anterior, en la cena, a la cual ellos y sus esposas habían sido invitados. Hasta habló de comprar un yate nuevo el año próximo. Les pidió opinión a sus hijos. Simplemente una reunión de familia.

Volvió a mirar a través de la ventanilla.

—Recuerdo lo que san Pablo manifestó acerca de... la negra noche del alma. Supongo que nos llega a todos nosotros, en ocasiones muchas veces en nuestras vidas, otras solamente una vez. Quizá le llegó a Harry solamente esta única vez, y no tenía ninguna experiencia previa similar para emplearla como punto de referencia. Tal vez estaba... anonadado. Después de todo, los hombres de nuestra edad, según tengo oído, padecemos tormentas del espíritu, para calificarlo con cierta fantasía, cuando comenzamos a sopesar nuestras vidas y tratamos de descubrir su significado, quiénes somos y para qué hemos vivido. Apostaría lo que fuese a que muy pocos de nosotros logran una respuesta satisfactoria. Muy pocos.

—¿La conseguiste tú, Charles?

—Pues no —dijo Charles casi jovialmente—. Pero ¡qué demonios!, aquí estoy y lo mismo da que disfrute del panorama, como decimos en el Sur. Es como viajar. Miras, observas, comparas, te interesas y diviertes, es instructivo o aburrido o excitante... brevemente. Y después vuelves al hogar de origen.

—Allá atrás —y señaló Joseph por encima del hombro con el pulgar—. Una lápida en un cementerio olvidado.

—¿Has averiguado para qué has vivido, Joe?

Joseph meditó y luego contestó con lenta entonación sombría:

—Pensé saberlo. En otro tiempo. Pero de algún modo u otro lo he olvidado. Ésta es quizá la verdad de todos nosotros. Olvidamos nuestro punto de destino. Probablemente es lo mejor. Tan sólo una tumba al final.

—Cuando uno es joven nos creemos que el mundo es todo nuestro, glorioso, fascinante, lleno de promesas, clarines y tambores y marchas y nuevos mundos —dijo Charles—. No nos preguntamos entonces para qué vivimos. Lo sabemos. Pero más tarde lo olvidamos o bien todo se nos antoja como un sueño loco y necio. Bien, ya hemos llegado a casa de los Zeff. ¿Debo dejar que Jason y Simeon sepan que ya te lo he contado?

El cochero había abierto la portezuela, mientras decía Joseph:

—Tengo la sensación de que ésta es una conversación muy banal que ya ha tenido lugar diez mil millones de veces antes de ahora, entre otros hombres. De hecho, hasta

oigo ecos universales, pobres pedestres trajinantes que somos todos.

Charles emitió una apagada risa.

—En estos días es muy popular el viejo persa Ornar Khayyám. Me gusta uno de sus versos, en particular:

*Saquemos el mayor partido
de aquello que todavía consumir podemos,
antes que también nosotros al polvo bajemos...
Polvo dentro del polvo, y bajo el polvo yacer,
sin canción, sin vino, sin cantante y sin fin.*

Cuando estaba a punto de apearse, añadió Charles:

—Cándidamente, creo que la vagancia es la mejor existencia que pueda vivirse. Si hay algo de cierto en la reencarnación, seré un vagabundo en mi próxima existencia. Ésta sí que es vida, Joe. Los vagabundos terminan en el mismo sitio que nosotros, pero por el camino han tenido mucha diversión y han gozado de plena libertad.

La familia solicitó que Joseph estuviera presente cuando fuera leído el testamento de Harry. El día era frío y tenía el color y el brillo del acero. La casa era opulenta y casi oriental en su suntuoso mobiliario y decorado, y siempre le había causado opresión a Joseph. La familia sentábase en la biblioteca, sollozante Liza y llorosos los hijos, ya que eran personas muy emotivas. Había un considerable fondo en fideicomiso para Liza, otros mayores para los hijos, y la casa para Liza y el dinero para mantenerla. Pero el remanente de los bienes era legado, para asombro de Joseph, a obras de caridad bajo la administración de la Archidiócesis de Filadelfia.

Un paquete fue colocado en manos de Joseph, envuelto en papel marrón y desgastado. Lo abrió. No podía creer en lo que veía. Era un misal muy usado. Liza interrumpió sus sollozos para mirar intrigada.

—Nunca lo vi antes —dijo con voz quebrantada—. ¿Era de Harry? ¡Pero si nunca iba siquiera a la iglesia!

Joseph pensaba que ya se había sentido antes de ahora devastado por la desolación, pero no era nada comparado con lo que ahora sentía. Con el misal abierto entre sus manos y vio que había sido abierto muchas veces en aquel espacio, y un pasaje estaba subrayado:

«Cordero de Dios, que cargaste con los pecados del mundo, Ten misericordia...».

Joseph tuvo una terrible percepción íntima mientras permanecía con el libro abierto por aquel pasaje ante sus ojos. Se dijo: «Él odiaba lo que hacía por encargo mío, pero como era para mí, lo hacía. Y esto le causó finalmente la muerte».

Harry nunca le había hablado de religión a él ni a nadie, hasta donde podía saber Joseph. Sus hijos recibieron educación laica. Nunca reveló ningún interés religioso ni dudas especulativas. Sin embargo, éste era su misal, envuelto años antes para ser

entregado a Joseph.

¿Era aquello una advertencia? De ser así, ¿por qué?

Sintióse de pronto desesperadamente cansado. Los años empezaban a pesar fuertemente, pensó, mientras el notario confortaba a los afligidos. Charles permanecería varios días en Filadelfia para consultar con el posible sucesor de Harry. Joseph debía ir a Nueva York. Entonces, súbitamente, pensó en Elizabeth, sintió nostalgia de ella con anhelo hambriento.

Regresó a Green Hills, en el tren más rápido que bramaba majestuosamente a través de la noche. Entonces sintió la pena de su pérdida, la pena agazapada, expectante. Ni aun la muerte de Kevin le había lacerado tanto como la reciente desaparición de Harry, ni la pérdida de Sean y Regina, ni la destrucción mental de su hija. Porque Harry había sido más que hijos, hermano y hermana. Había sido la mayor parte de la vida de Joseph, y posiblemente la más activa y la más plenamente corpórea, y la más juvenil. Joseph, en el transcurso de todos aquellos años, había dudado de todos aquellos a quienes quiso. Pero nunca dudó de Harry. Ahora Harry había muerto a causa de su lealtad hacia él, y de un afecto que Joseph nunca sospechó.

Exhausto por la pena reclinó su cabeza contra la ventanilla y soñó que estaba en aquella habitación calurosa y polvorienta de Washington muchos años antes, quemando los documentos concerniendo al senador Bassett. Oyó al senador hablándole, pero sin verle:

—Demasiado tarde —decía el senador—. Demasiado tarde.

Una semana después, cuando Charles estaba de regreso a casa desde Filadelfia, su tren descarriló por acto de sabotaje de huelguistas, y quedó parcialmente destrozado. Tres hombres murieron en el siniestro. Uno de ellos era Charles.

—Cristo, Cristo —repitió Joseph al recibir el telegrama comunicándole desde Filadelfia el accidente mortal.

Subió a sus aposentos y se recluyó en ellos durante tres días con sus noches y no salió para nada. Nunca contestó a las llamadas. Nunca tocó siquiera las bandejas que le eran dejadas ante la puerta. Si durmió o no nadie lo supo. Ni tampoco supo nadie que por segunda vez en su vida se embriagó.

XIII

Joseph estaba manteniendo una larga conversación con el gobernador que le temía y que no estaba muy a gusto en aquella charla.

—Usted sabe bien cuánto aprecio a Rory, Joe, y me constan sus buenas dotes y excelente inteligencia, pero Rory no se ha distinguido precisamente en sus dos períodos como representante ante el Congreso. En verdad no suscitó polémicas, pero tampoco se dijo nada positivamente elogioso acerca de él. Pareció creer que ser congresista era una francachela, un acontecimiento social constante, algo con lo cual un hombre rico y el hijo de un hombre rico se divierte. Fiestas sociales, reuniones y holgorios.

Frunció el ceño el gobernador antes de proseguir:

—Votó en contra de un impuesto federal sobre los ingresos y la renta, pero esto no le hizo más popular. Fue dicho en varios periódicos que hizo tal cosa por razones «egoístas», y que no quería que su propia fortuna fuera sometida a contribuciones.

—Resulta extraño —dijo Joseph, cuyo espeso cabello era ahora casi blanco, con sólo leves mechones rojizos—. La humanidad es la más egoísta de las especies que este mundo vomitó jamás de los infiernos, y exige constantemente que los vecinos y políticos sean «altruistas» y se dejen saquear... en beneficio de ellos. Nadie ladra más contra el «egoísmo público», y hasta el egoísmo particular, como ladra el avaro, al igual que las prostitutas son las más encarnizadas defensoras de la moralidad pública, y los ladrones del pueblo enaltecen la filantropía. He vivido mucho, pero mis prójimos me desconciertan cada vez más, lo cual es indudablemente cándido por mi parte.

«Lo cual tampoco te impide saquearlos», pensó el gobernador aviesamente. Pero le debía el cargo y su fortuna a Joseph Armagh. Dijo:

—Y votó contra la Enmienda para permitir la elección directa de los senadores en vez de ser designados por el Cuerpo Legislativo del Estado. De hecho, si mal no recuerdo emitió un discurso, notable por una sorprendente elocuencia y emoción, acerca de que sería «redundante», ya que entonces dos cuerpos de gobierno serían innecesarios, de efectuarse elecciones directas. Si mal no recuerdo dijo que el Senado servía la misma finalidad que la Cámara de los Pares, en Inglaterra, para controlar el «entusiasmo, la consideración fragmentaria, los criterios superficiales y la exigencia pública» de los congresistas que eran directamente elegidos por el pueblo y «por consiguiente, sometidos a las codicias, caprichos, romances y las presiones ignorantes de las masas; bajo el temor de ser derrotados en las siguientes elecciones. Hemos de disponer de una corporación en el gobierno, serena, ajena a presiones, moderada y juiciosa», agregó Rory, «tal como decretaron los padres fundadores, para controlar las impropias, histéricas e indoctas pasiones de las masas». Esto no le hizo grato a muchos en Washington, y hasta en este Estado. Ahora es conocido como «el

monárquico».

—Rory deposita mucha fe en la legislatura de Estado aunque también ella fuera elegida —dijo Joseph, sin el menor esbozo de sonrisa.

Pero el gobernador rió desagradablemente y meneó la cabeza.

—Sea como fuere él fue proclamado como «constitucionalista», y gran parte del pueblo es ardientemente constitucionalista, y por lo tanto no opino que Rory sea demasiado impopular.

Meditó Joseph en sus coléricas conversaciones con Rory sobre estos mismos temas, y sus visitas a Washington para influir en su hijo. Rory, como siempre, le acogió sonriente y afable, relajando inocentemente sus párpados inferiores. Había dicho:

—Yo sé lo que quieren los electores decentes, pese a los alaridos de las masas. Si he de tener cualquier futuro político tendré que respaldarme en los hombres honrados de Norteamérica.

—No seas un condenado majadero —había replicado Joseph. Después estudió a Rory—. Escucha, ahora, Rory, nada de bromas. Tú y yo sabemos que los hombres honrados en cualquier nación son escasos. Y son totalmente impotentes. No puedes dar cuerda atrás al reloj y volver a la época de McKinley. La vasta masa del pueblo norteamericano quiere un impuesto federal sobre los ingresos y renta, para tomarse un desquite sobre aquellos que llaman «los que mandan», es decir, los inteligentes que han hecho fortuna de un modo u otro. Si ellos no creen, tal como les has dicho, que este impuesto eventualmente les irá saqueando y será empleado para esclavizarles, despojarles, y usado en promover guerras en pro del imperio y la tiranía, ¿son dignos de que nadie luche por ellos? No. Déjales que chapoteen más tarde en su propia esclavitud y mueran en guerras. Es todo cuanto se merecen.

—Por lo menos eres sincero, papá —dijo Rory—. Puestos a mencionarlo, siempre lo fuiste. Heredé esta condición de ti.

—Pero no le digo las verdades al público imbécil. Ellos quieren creer en fantasías. Déjales. Tales fantasías son beneficiosas... para nosotros. Fue un desliz tonto el que cometiste cuando citaste textualmente a Lord Acton: «El poder de imponer tributos es el poder de destruir». ¿Hizo esto meditar a la gente? Todo lo contrario. Gritaron que tú querías ser un «lord privilegiado». ¡Cómo Lord Acton! Así es como razona el pueblo. Una vez objeté privadamente cuando Vanderbilt dijo: «¡Al diablo con el pueblo!». Pero ¿qué otra cosa se merece?

Rory no replicó, pero pensaba: «Hay algo que te sorprendería, papá. Resulta que yo amo a mi país, por cándido, ignorante, infantil, emocional, irreflexivo y turbulento que sea. Aun así es mejor que cualquier otro país, aunque algunas otras naciones puedan jactarse de poseer un electorado más inteligente. Pero este famoso electorado inteligente, ¿qué otra cosa trae a otros pueblos, sino la opresión, el establecimiento de una perversa “Élite” y guerras, constantes guerras? Los electorados inteligentes no son una garantía como el imperialismo, de hecho, lo promueven, ni lo son contra la

violencia, la tiranía, el desorden y la anarquía. Están habitualmente en contra de todo lo que establece orden, justicia, tolerancia y libertad. Esto amenaza el afán maniático de la “Élite” por el poder. Papá, no debiste hacerme conocer a los mortíferos hombres de Zurich... y otras capitales».

Rory sabía desde largo tiempo que su padre era «telepático» como muchos irlandeses y por ello no le sorprendió cuando su padre dijo quedamente:

—¿Rory? Olvida tus abstracciones. Nada en la vida proporciona un placer muy duradero. Pero el poder proporciona el máximo. Posee un elemento de revancha.

Rory no había compadecido nunca realmente a su poderoso padre hasta entonces, pero de pronto lo compadeció profundamente. Se prometió a sí mismo que haría cuanto pudiera para complacer a su padre... pero no con total sumisión. Sus altercados serían privados.

Joseph le dijo al gobernador:

—No nos apartemos del tema importante. Quiero que mi hijo sea designado senador por la Cámara Legislativa. Lo sabía usted ya desde un principio.

—Pero, Joe, fue usted el más influyente en la designación de Lloyd Summers para este puesto. Ejerció usted mucha presión en nuestro Partido. Éste sería únicamente su segundo período. Usted así lo arregló. Ahora quiere que se esfume por el escotillón.

—Sí. No tengo nada en contra de Lloyd. Usted puede encontrarle fácilmente un cargo en la Administración estatal. Pero quiero que mi hijo sea senador. Así es de sencillo. Cumplirá los treinta en marzo. Estamos a febrero. Le sobrará tiempo después de marzo cuando él alcance la edad constitucional.

—¿Qué diablos voy a decirle a Lloyd? —preguntó el gobernador.

—Vamos, vamos, Jim. Sabe condenadamente bien que los políticos no han de escarbarse mucho el seso para mentir. Nacieron con este don.

No resultó en absoluto difícil. Poco después de cumplir sus treinta años, Rory fue delegado como el próximo designado por su Partido por la Cámara Legislativa, para la augusta corporación del Senado en Washington. Su designación fue debidamente confirmada. El senador Rory Daniel Armagh se trasladó a una morada más suntuosa en Georgetown. Su esposa comentó eufórica y jubilosa:

—Rory, ¡si no te hubieses casado conmigo nunca hubieses llegado tan lejos!

Su padre ya no era embajador ante la Corte británica. Ocupaba un cargo muy lucrativo en el Gabinete del Presidente Theodore Roosevelt. El cargo no le exigía mucho tiempo. Pero sus reuniones eran famosas, al igual que sus mujeres. Confesaba que aunque había disfrutado de la pompa y del boato del Imperio en Londres, era fiel adicto a la «democracia». Se convirtió en miembro del Comité de Estudios Extranjeros, en Nueva York, y de la Sociedad Scardo.

—En conjunto —dijo Jay Regan, el financiero neoyorquino—, opino, por consiguiente, que estamos satisfechos con el presidente Roosevelt. Al principio teníamos ciertas dudas a su respecto, pero tras sostener varias conversaciones con él,

Joseph, le encontré un hombre eminentemente razonable. Creo que estaba justificado el apoyo que le prestamos.

—Estimado viejo Teddy —dijo Joseph, y Regan rió.

—¿Sigue usted preocupado por sus irrupciones en Sudamérica? Bien, ¿no lo planeamos así? Sus muy ultrajantes ataques al presidente Cipriano Castro de Venezuela han inspirado la nativa beligerancia de los norteamericanos. Su lenguaje... «Este execrable mico villano». Y también su afirmación: «Les enseñaré a estos *dagos*^[33] a comportarse decentemente». Esto fue verdaderamente inspirador... para las masas americanas. Les gustan los hombres fuertes y ruidosos, aunque algunos llamen a tales hombres «Césares». Cariñosamente. Pero ¿acaso todo el mundo no admira a César? Pues, sí.

—También les gustan los ladrones, los grandes ladrones —dijo Joseph.

Regan continuó sonriente pero sus ojos se entornaron fijándose penetrantemente en su interlocutor. Aquel Armagh daba frecuentemente la impresión, por su modo de hablar, de que era «poco de fiar» y por consiguiente no confiaban en él plenamente. Tenía también un modo de hostigar irónicamente a sus asociados, y por esta razón su hijo Rory todavía no había sido admitido en lo que era ambiguamente designado como «el Círculo». El senador exteriorizaba todos los síntomas de ser tratable y útil, pero había algunos en el Comité de Estudios Extranjeros que declaraban que parecía tomar «notas mentales» lo cual podía resultar «peligroso». Rockefeller, por ejemplo, había declarado abiertamente que el joven le producía cierta inquietud.

—Tengo la sensación —le dijo Joseph a Regan— que no estamos inspirando precisamente cariño por los Estados Unidos en Sudamérica. La toma por Roosevelt de Santo Domingo en 1904, por una supuesta deuda extranjera de diecinueve millones de dólares, de los cuales ni un centavo era adeudado a Norteamérica, no nos va a favorecer mucho en el futuro. Esta propaganda: «El Corolario Roosevelt a la Doctrina Monroe...». Se me antoja que pasé por alto algo en nuestras últimas reuniones, o quizá no me lo comunicaron, Jay. Últimamente he sospechado frecuentemente que no me invitan a todas las reuniones.

—Vamos, vamos —dijo Regan—, naturalmente que sí. Pero hay reuniones que son de pura rutina.

—También me extrañó que Teddy brincase de alegría cuando el Japón atacó a Rusia. ¿Y qué dijo? «Quedé plenamente complacido por la victoria japonesa, ya que el Japón está jugando nuestro juego». Me perdí esta sugerencia que debió partir de alguna de nuestras reuniones. Sí, ya sé. Finalmente y no hace mucho, intervino y solicitó que las dos naciones firmasen la paz. He oído decir que va a conseguir el Premio Nobel de la Paz casi inmediatamente. ¿Quién lo arregló?

—No tengo la menor idea —aseguró Regan encendiendo un habano—. No tenemos influencia en este terreno.

—Ja, ja —silabeó Joseph adustamente.

—Cada uno de nosotros en la Sociedad dispone de un senador, que trabaja para

nuestros intereses —dijo Regan—. Pero ¿para quién trabaja Rory?

—Para mí —afirmó Joseph.

—Vamos, vamos, Joe. Dudo siquiera que trabaje para usted. Ha llegado al término de su primer período, y sin duda alguna volverá a ser designado. Sin embargo, ¿qué ha hecho de valía?

—Ha adquirido una reputación de honradez, que ni siquiera los periódicos hostiles pueden negar.

—Muy astuto por su parte. Pero la honradez no sirve a nuestros intereses privados, ¿no es cierto? Opino que no hay nada más valioso para un senador o cualquier otro político que adquirir una reputación de honor y honradez... para el consumo público. Esto puede lograrse fácilmente, con la ayuda de unos cuantos periódicos, un poco de dinero, y comprando críticos y políticos de segunda clase, y con amplias donaciones al Partido. Pero es algo totalmente distinto cuando un senador se toma tan en serio que ignora o rechaza servir...

—A sus verdaderos amos —atajó Joseph.

Sonrió Regan:

—Solamente un tonto cree que el electorado es el dueño de sus políticos. «Servir al pueblo», Joe...

—Ya sé. Una vieja monja que conocí siendo yo un muchacho solía decir «pero esto no sirve para comprar patatas», aunque no creo que lo emplease para aplicarlo a lo que estamos hablando. De todos modos, es válido.

Asintiendo dijo Regan:

—Además, el pueblo es muy desagradecido. Bien sabemos que un político que sirve al pueblo, sirviéndole realmente por convicción e idealismo, es eventualmente despreciado por la gente como un cándido imbécil. Pero un pícaro pintoresco, que puede inventar algunos aforismos personales lapidarios, y puede reír, guiñar y bromear, se gana su adoración, y aun si después es expuesto como realmente es, un ladrón, un embustero, un oportunista, el público se pone histérico ante estos «ataques» contra él. De hecho, el público atacará a los ultrajados atacantes de su estimado. Pero, Joe, usted ya sabe todo esto. Lleva en este negocio casi tanto tiempo como yo. Escuche, Joe, yo soy irlandés como usted, aunque protestante. Tenemos lo que mi abuelita solía llamar «una lengua aguda». Más irlandeses han sido ahorcados por sus lenguas que por sogas. No podemos resistir el ser sarcásticos o irónicos, en los peores momentos.

—En resumen, ¿me está dando un aviso, Jay?

Regan, ancho, gordo y rubicundo, encendió otro de sus enormes habanos y pareció estar rumiando. Dijo por fin:

—No, Joe. Estoy simplemente aconsejándole. Usted quiere que Rory sea el primer presidente católico de los Estados Unidos. Todos lo sabemos. Debería usted anular su tendencia a los alfilerazos. Nosotros, «el Círculo», sabemos que no es usted tortuoso ni sutil, y que cuando dice algo..., ¿lo llamaremos inquietante?..., expresa

su intención, y nunca lamenta los filos hirientes. En consecuencia tiene fama de no ser «el caballero completo». En otras palabras, no es usted suave, urbano y serpentino, y tiene un modo de burlarse abiertamente de los delicados eufemismos de «el Círculo», y reírse de sus... ¿las llama usted pretensiones?... de «servir en su esencia final a la humanidad». Sí. No existe un asesino que no sienta que ha servido a alguna finalidad al asesinar, ni un ladrón que no crea que está justificado, ni un general que deplora jamás una guerra. Los hombres, hasta los que son como nuestros colegas... y sabemos lo que son... desean ser considerados como filántropos políticos, de enorme intelecto y comprensión, sin más objetivos que la paz, la armonía y el gobierno justo. No importa lo inteligente que sea un hombre o un país, siempre anhelan creer que las infamias son cometidas en nombre de un mayor beneficio para la humanidad. Aristófanes nunca escribió una comedia tan dilatada, y estoy constantemente divertido ante el espectáculo.

Miró a Joseph que le escuchaba con sombría expresión.

—A lo que voy a parar, Joe, es que si usted desea que Rory sea Presidente tendrá que ponerle freno a su lengua y servimos a nosotros, como le servimos a usted, a pleno corazón, y dejar de ser sardónico. Confieso que frecuentemente tengo sus mismos pensamientos pero soy lo bastante sensato para no expresarlos. De todos modos, ¿qué ventaja saca con ello? ¿Favorece a sus intereses? No. Solamente acrecienta la desconfianza.

—Yo les he servido condenadamente bien —dijo Joseph.

—Sí, y es visible que le benefició sobremanera.

Joseph se levantó y comenzó a pasear arriba y abajo del enorme despacho de Jay Regan, en Nueva York. Dijo:

—¿No fue Sófocles quien afirmó que cuando una inmensa fuerza o potencia penetra en los asuntos de los hombres, abierta o secretamente, aporta consigo una maldición?

—Hemos estado metidos en negocios largo tiempo, Joe, nuestros padres y abuelos antes que nosotros, y nuestros hijos ocuparán nuestro sitio. Tenemos lo que los romanos llamaban «gravitas». Si usted cree que nuestro creciente y tremendo poder es una «maldición», entonces no puedo estar de acuerdo con usted, ya que yo también creo que la humanidad no puede subsistir en lo que llama «democracia» sino que debe ser gobernada por el despotismo. Es el irlandés que hay en usted quien desprecia cualquier clase de despotismo, y debe usted refrenar su lengua.

Pareció de pronto fastidiado.

—Joe, fue usted convocado en Washington para responder al cargo de que usted representa un «monopolio». Le ayudamos a salir con bien de esto, del mismo modo que hemos ayudado a otros. No demostró usted la menor gratitud.

Al no replicar Joseph, añadió Regan:

—Ocasionalmente ha objetado usted nuestra promoción de revoluciones a través del mundo. Sin embargo, usted sabe que las revoluciones acrecientan el poder del

Estado, y las grandes revoluciones hacen al Estado absolutista. Éste es nuestro objetivo a lo largo de todo el mundo. En muchos aspectos somos realmente filántropos. Suprimiremos el poder histórico, inestable y molesto del electorado... que de todos modos tampoco quiere este poder... y le daremos un gobierno firme, benigno, que, para alivio de la humanidad, anulará la necesidad de la opinión, del pensamiento... particularmente el pensamiento... y la responsabilidad. Vamos, Joe, todo esto ya lo sabe. Ahora le estoy hablando como un amigo y no meramente como colega.

Pero Joseph había estado pensando en algo distinto. Dijo:

—¿Es cierto que Roosevelt no buscará renovar su nombramiento en 1908? Continúa insistiendo en este punto.

—Ya ha cumplido todo cuanto podía dar de sí —dijo Regan—. Ha bastado un poco de persuasión... El problema con Roosevelt, Joe, es que empezó a tomarse en serio olvidándose de quién le puso realmente en el poder. Sus ataques a los «monopolios» llegaron demasiado al punto de roce en el caso de Morgan, Rockefeller, Depew, Mellon, Armour y en el suyo también. Y en el mío. No podemos fiar en un político. Fabriquémosle, aun contra todas sus inclinaciones, como un benefactor de la Humanidad, un combatiente por la libertad, y eventualmente llegará él mismo a creérselo y actuar en conformidad. Está trabajando para hacer Presidente a William Howard Taft. Taft no es nuestro hombre, pero es afable, confiado y vulgar.

—Nunca sabrá quién maneja los hilos —dijo Joseph—. Por lo menos, esto sí que podemos ahorrárselo.

—Joe, son esta clase de comentarios los que le enajenan a la gente. Ya le avisé antes, como amigo. Si sus planes para Rory no han de derrumbarse, y quizás usted con ellos, y también Rory, aprenda a tener un poco de discreción.

Miró muy duramente a Joseph, y sus claros ojos grises tenían gran intensidad.

—Rory es un buen marido y padre, católico. Ya hemos trabajado para que así sea propagado, como usted sabe. Estamos también mencionando de continuo que la intolerancia es malvada, y que los católicos son tan buenos norteamericanos como los protestantes, pese a todo el anticatolicismo romano...

—¡Qué todos ustedes iniciaron y estimularon para sus propósitos! —no puedo evitar exclamar Joseph.

Regan encogió los hombros suspirando.

—Sirvió a nuestros fines. Pero ahora estamos interesados en Rory. Pasarán algunos años antes de que nadie lo tome seriamente como candidato. Le concedo a él una ventaja: no posee su lengua de bisturí, Joe. Es diplomático, complaciente, tortuoso, conciliador, lo cual es una gran listeza por su parte... y civilizado. Si tiene pensamientos especiales, se los guarda sabiamente para él mismo. Quizás hasta las cosas que hace en contra nuestra puedan ser aprovechadas en nuestro beneficio. Como sabe, somos proteicos. Rory nos ha impresionado bien. Pero podemos arruinar a Rory, si lo deseamos. Sabemos de su previo matrimonio... y su anulación.

«Debí suponerlo», pensó Joseph, dominando su temor. Dijo:

—Esto terminó por completo y nada significa. ¿Saben también cuántas veces pedorrea Rory?

Regan rió cordialmente.

—También, también, Joe.

Y de nuevo endureciéndose, expuso:

—Si Rory desea ser Presidente, entonces debe comenzar ahora a servirnos a nosotros... y no solamente a usted, si es que de veras le sirve, Joe, lo cual pongo en duda. Por ejemplo, debe oponerse a este nuevo proyecto nefasto, que ha de ser votado pronto por la Cámara, acerca del Trabajo Infantil. Diablos, ¿para qué es alimentado el pueblo, sino para servir a sus dueños? ¿Y no tienen los padres el derecho de decidir el destino de sus hijos? ¿Sus hijos no son propiedad de ellos, y no del Estado? Si envían a sus jóvenes hijos a las fábricas a los seis o siete años de edad, esto es asunto suyo, ya que ¿quién de ellos no necesita dinero? He simplificado al máximo la cuestión. Joe. Usted se conoce todos los argumentos. Tenemos también al clero con nosotros, en este asunto. Puede mencionárselo a Rory. Este proyecto de ley debe ser atajado, si llega al Senado, aunque intentaremos abolirlo en la Cámara.

Fue como un eco para Joseph, y recordó al senador Bassett, en Washington, cuya muerte no había evitado la aprobación del Acta de Contratación de Obreros Extranjeros, en 1882. Dijo:

—De algún modo, tengo la sensación de que el proyecto sobre Trabajo Infantil será promulgado a ley, aunque le sugeriré a Rory que se oponga.

Más tarde le dijo a su hijo:

—Rory, tú y yo queremos que seas Presidente de este país. Hay rumores de que apoyarás el proyecto de ley sobre Trabajo Infantil, cuando se presente ante el Senado. No lo hagas. Repito, no lo hagas. Los argumentos en contra son excelentes, como ya sabes. «Los padres tienen el derecho de controlar a sus hijos, y el trabajo de sus hijos. Sus hijos son propiedad de ellos.» Sí. Te opondrás al proyecto.

Al no replicar Rory, sino limitarse a sonreír su fácil mueca radiante, dijo Joseph:

—Cuando seas Presidente, podrás, dentro de ciertos límites, apoyar lo que quieras y oponerte a lo que quieras.

—No, papá —dijo Rory, muy suavemente—. Sabes que no es verdad. Yo seré el más gran pelele de todos los habidos, y te consta. Si me niego... —y se pasó el canto de la mano elocuentemente a través de la garganta en gesto de rebanar—. Bien, no me voy a preocupar por esto. Ningún católico será jamás designado para la presidencia, y mucho menos elegido Presidente. Quizás debamos darle gracias a Dios por esto.

—Esta vez triunfaremos —dijo Joseph.

Rory adquirió una grave expresión y miró a su padre enigmáticamente:

—Tal vez esté interesado en la Presidencia, después de todo. Sí. Tal vez.

Votó contra el proyecto de ley sobre Trabajo Infantil.

—Es una violación de la suprema y divina autoridad de los padres sobre sus hijos —declaró.

Fue muy aplaudido y elogiado en los periódicos más importantes. Su padre fue felicitado por «el Círculo».

XIV

Ann Marie tenía treinta y seis años, y su hermano «El Senador», vino desde Washington a Green Hills, a la «Colonia», para celebrar el aniversario conjunto de ambos. Su esposa vino con él, quejicosa como siempre y expresando su opinión de que aquello era una penosa obligación considerando que «la temporada estaba en plena floración, y necesitas ser visto, Rory». Sus hijos, desatendidos por ella y cuidados por sirvientas e institutrices bien pagadas pero indiferentes, la fastidiaban. Mentalmente una niña ella misma, consideraba a sus niños como rivales. Le recordó a Rory que sus padres habían planeado una reunión de cumpleaños para él en Washington, y que ahora debía ser pospuesta por varios días.

—Después de todo —solía quejarse a Rory— lo debes todo al hecho de que te casaste conmigo y yo soy de familia distinguida, mientras que tu padre es tan sólo un hombre de negocios.

No pudo ella comprender por qué Rory se rió tanto que casi tuvo un acceso de histeria.

Ann Marie parecía más que nunca una niña, sonrosada, rolliza, sonriendo inocentemente, balbuceando, jugando con sus muñecas. Rory, su mellizo, sentábase en sus habitaciones con ella intentando hallar en aquel rostro vacuo y los luminosos ojos, algún indicio de la hermana a la que quiso y que había crecido con él en el seno materno. Cierta vez en que estaban solos le dijo a ella muy suavemente:

—¿Ann Marie? ¿Te acuerdas de Courtney?

La rosada sonrisa habíase ensanchado. Pero repentinamente vio Rory en aquellos ojos brillantes una sombra, un terror, una angustia que le sobresaltaron. Después ya no quedó nada. Estaba intrigado. ¿Cuánto recordaba Ann Marie? ¿Estaba ella agazapada tras aquella rosácea y rolliza fachada, escondiéndose? La suave mano floja en la suya habíase tensado crispándose, y luego de nuevo estuvo inerte y ella hablaba de su nueva muñeca. Cuando él se levantó para irse, suspirando, ella alzó la vista desaparecida la sonrisa.

—¿Rory? —dijo lentamente.

Le había reconocido, entonces, aunque cuando apareció apenas hacía una hora ella le había mirado interrogante, con la tímida e inquieta sonrisa de niña, encogiéndose a la vista de un desconocido.

Se inclinó sobre su hermana.

—Sí, querida, dime.

Ella tendió sus brazos gordezuelos y él la abrazó, y sintió el temblor de la mejilla de ella contra la suya. Después gimió ella:

—Rory, Rory. Oh, Rory... Courtney —y se asía a él desesperadamente, y él no se atrevió a moverse ni a hablar.

Después dejó ella caer los brazos y él se incorporó y ella estaba de nuevo

mirándole con dilatados ojos de niña muy pequeña, y riendo le tendió una muñeca, diciéndole:

—Besa, besa.

Su madre le dijo a Rory con una lasitud no del todo afectada:

—Ojalá tu padre permitiese que ella se fuera a una buena clínica privada. No puedes ni darte idea, Rory, de la desesperanza y la responsabilidad que supone tenerla aquí. Ann Marie está haciéndose cada vez más corpulenta, pesada, y las enfermeras se quejan y se van, no importa lo que se les ofrezca como paga. Cada vez camina menos y pasa más tiempo en la cama, y está tan gorda que no puedo comprender qué es lo que quieren significar los médicos con esto de la «atrofia». ¡Indiscutiblemente no está consumiéndose, ni fatigándose! Ya no puede salir de paseo. Es casi imposible llevarla arriba y abajo de las escaleras, y ahora su padre está instalando un ascensor para ella. Ella es como un bebé voluminoso. Es más de lo que puedo soportar. Háblale a tu padre. Cuando tenemos reuniones aquí, algunas veces chilla desde arriba y pone nerviosa a la gente, y algunas veces pelea con sus enfermeras y es indomitable y grita que tiene que ir a los bosques. Realmente, Rory —y suspiró ella— cada vez está peor. Y... a veces el olor es tan desagradable, y me avergüenza hablar de ello. Todo el rellano superior, a veces... Degeneración completa, dicen los doctores, que están de acuerdo conmigo que estaría mucho mejor en algún sanatorio especial.

—¿Nunca habla acerca... de algo? —preguntó Rory.

—No. Si no la veo por unos días, y Dios sabe que ahora siempre estoy aquí, y voy a sus habitaciones, ella me mira fijamente y gimotea y no me reconoce a mí, su propia madre. Es muy extraño. Reconoce en cambio a tu padre, no importa lo largas que sean sus ausencias. Tengo la sensación de que hay una maldición sobre esta familia, Rory, una maldición.

—Por favor, madre —dijo él, pero frunció el ceño. Y no habló de estas dos conversaciones con su padre.

Joseph trataba de estar en Green Hills por lo menos una semana cada mes para ver a su hija, intentando encontrar a la que fue su hija, descubrir aquella «alma» que habitó antaño en aquella carne hinchada. Pero era como acechar el interior de un hondo pozo donde solamente los reflejos rizaban la superficie. Acariciaba aquel suave cabello castaño, notando las franjas grises que iban ensanchándose, y las crecientes arrugas en el blando rostro rosado. Algunas veces ella parecía tener sesenta años, casi maciza en su gordura, inerte, pestañeando, sin ver, sin reconocer nada.

Volvió a Green Hills una mañana de junio tan cálida, tan radiante, tan rebotante de claridad, que era como una promesa de júbilo venidero. Recordó aquel día de primavera en que vio por vez primera Green Hills. ¿Qué se dijo a sí mismo, entonces, qué se prometió? No pudo recordar. «Soy un hombre viejo», pensó. «Estoy fatigado, y viejo, y mi cabello es blanco, y es una carga agobiante despertarme cada mañana y afrontar el día. Sin embargo, debo hacerlo. ¿Por qué? No lo sé. Todavía tengo que

descubrir qué es lo que nos impulsa y conduce». Barruntaba que la fatiga de su cuerpo procedía de su mente y no de su cuerpo, todavía flaco y vigoroso y con sus músculos aún ágiles, pero esto no aminoraba la lasitud, la ascendente sensación de futilidad que le recorría como una ola de pleamar cuando se encontraba en condiciones de máxima vulnerabilidad. No tenía mayor interés en sus nietos, de los cuales siempre estaba hablando Bernadette, que el muy escaso que tuvo cuando sus propios hijos tenían aquella misma edad. Su ocasional presencia en su casa le aburría y fastidiaba. Había, por aquellos días, una creciente moda caprichosa por «los niños», y la encontraba detestable e irritante, y cuando sus amigos hablaban de sus nietos los consideraba fatuos y necios, y sabía que ellos se daban cuenta que se comportaban de tal manera.

Cuando Joseph mencionaba a sus nietos, generalmente por estar chillando por toda la casa en Green Hills, Rory solía decir con curiosa sonrisa:

—No creo que sean demasiado malos. Admito que no son muy inteligentes, pero tampoco lo es su madre. Y fuiste tú quien quisiste que me casara con su madre, ¿no es cierto, papá? Cuestión de herencia. Por lo menos igualan ahora a Claudia en mentalidad, si es que esto sirve de algún consuelo, que no lo es.

Los hijos de Marjorie, pensaba Rory, hubieran sido brillantes, ingeniosos y plenos de espíritu, y no «bultos ruidosos» como calificaba Joseph a sus nietos. Los hijos de Marjorie habrían rebotado radiante travesura, pero a la vez habrían sido gentiles, buenos, comprensivos, intuitivos. «Marjorie. Marjorie, cariño mío», pensaba Rory, observando a sus hijos de pálidos ojos azules y grandes dientes. Rosemary tenía apenas más nociones de la vida que Ann Marie. Algunas veces babeaba ella:

—¡La sangre siempre asoma!

Rory le decía entonces rotundamente a su padre, con una extraña mueca:

—La sangre de Claudia.

Pero no podía comprender por qué entonces su padre tenía un aspecto tan sombrío y se alejaba, ya que nunca sospechó que Joseph hubiera tenido nada que ver en la anulación de su matrimonio. «No se puede hacer un bolso de seda con la oreja de un cerdo», solía pensar Rory, contemplando a sus hijos y a la madre de ellos. «Si tan sólo pudiera desembarazarme de Claudia y no poner en peligro mi carrera. ¡Esta mujer necia con su gran trasero, sus gordas piernas arqueadas y sus aires y monerías!».

Ya no veía más su encanto, su formidable poder de hechizamiento. No le agradaba particularmente su madre pero resentía las malignas imitaciones que Claudia hacía de ella, en sus características irlandesas. Una vez le dijo a Claudia:

—Cuando tus antepasados estaban destripando terrones para los hacendados ingleses y serrando madera, mis antepasados eran nobles en Irlanda.

A lo cual ella había replicado:

—¿De veras? Nadie se toma en serio a los irlandeses. Albañiles, cargadores y similares.

A ella le encantaba el vino. Siempre se quejaba del vulgar *whisky* que tomaba Rory.

—El *whisky* no es bebida de personas cultas —solía decir— ni civilizadas. Solamente los brutos lo beben.

Rory miraba intencionadamente las manos de ella y sonrojándose profusamente ella las escondía.

Ahora en junio, Rory y Claudia estaban en Devon, «¡Para escuchar a los ruisseñoses!», cantaba Claudia, echando atrás la cabeza y mostrando todos sus blancos y grandes dientes. (Dientes de caballo, decía Bernadette). Rory estaba en Inglaterra para otro asunto distinto a los ruisseñoses de Devon, concerniente al Comité de Estudios Extranjeros, y era el emisario de su padre.

—¡Asuntos de caballeros! —gorjeaba Claudia con su voz infantil, cuando Rory iba cada semana a Londres.

Tenían alquilada una mansión en Devon cada verano, ya que Rory, por una razón que no explicaba a Claudia, se negaba a comprar una casa en Inglaterra, aunque se alojase en la casa de su suegro cuando estaba en Londres. Ignorándolo, hasta su mismo padre se las componía para visitar también unos días Irlanda, yendo a Carney donde había nacido Joseph. La pobreza y miseria de los irlandeses le producía frunces de rabiosa amargura en sus facciones.

Sus hijos permanecían en la «Colonia» durante el verano, ostensiblemente bajo la devota atención de Bernadette, su abuela, que gustaba de hacerles desfilar brevemente recién aseados, ante sus amistades, pero sólo brevemente.

—No vengo aquí muy a menudo —le decía Joseph—, ¿y es necesario que ellos estén chillando en mi casa cuando vengo? Mándales a su casa. Les compré una muy bonita, y déjales que se queden allí.

Los niños le temían; le miraban siempre a hurtadillas, odiándole, pero le obedecían siempre y nunca refunfuñaban como hacían con Bernadette. No podía soportar las constantes muecas de las niñas que mostraban los grandes dientes blancos que habían heredado de su madre, y el lloriqueo de Daniel y sus exigencias de consentido le enfurecían.

—Me temo que las muchachas son idiotas —le decía Joseph a su esposa— y Daniel es un afeminado y Joe es un palurdo. Mantenlos alejados de mi vista.

Venía a Green Hills para estar con su hija y con Elizabeth cuando ella estaba en casa. Ella no le visitaba ya con frecuencia en Nueva York o Filadelfia o Boston.

—Me aproximo a los sesenta, querido mío —le decía a Joseph— y me canso fácilmente ahora y viajar es fatigoso. No comprendo cómo te las compones para viajar tanto.

Había conservado la figura de su adolescencia, grácil y flexible, y Joseph pensaba que ella seguía pareciendo una mujer joven aunque el bonito cabello sedoso era ahora más plata que oro claro y su tez se había marchitado. Pero sus verdes ojos eran puros, resueltos y serenos.

—Eres mucho más joven que yo —comentaba Joseph, manteniéndola apretada entre sus brazos—. No deberías estar siempre tan cansada.

Ninguno de los dos hablaba de Courtney, el monje en un claustro de Amalfi, que raramente escribía a su madre y sólo para agradecerle alguna donación que ella había enviado a su monasterio. Pero Joseph sabía que el dolor de Elizabeth por el alejamiento entre madre e hijo nunca quedó cicatrizado. Ella solía decirle a Joseph:

—No tengo a nadie en el mundo salvo a ti, querido mío. Nadie, ni hermana ni hermano ni primos ni sobrino ni sobrina. Sólo te tengo a ti.

Su agotamiento parecía más pronunciado cada vez que Joseph volvía a verla y empezaba a sentirse alarmado. Elizabeth sonreía:

—Estoy perfectamente de salud, Joseph, pero después de todo dejé de ser joven.

Aquel junio le pareció a él que había en Elizabeth una transparencia que no había percibido un mes antes, un matiz translúcido en su cara que la hacía aparecer etérea. Ella le tranquilizó diciéndole que había visitado a su doctor recientemente y que su salud no estaba afectada. La pasión no se había agotado entre ellos, pero había alcanzado una etapa de tranquilidad, de profunda aceptación, de absoluta confianza. Podían permanecer sentados o tendidos, durante horas, sin hablar, unidas sus manos, y era la única placidez y paz que Joseph conociera o conocería jamás. El único terror que alentaba en Elizabeth era que él muriese y la dejase sola. Tenía que tranquilizarla repetidamente afirmando que no permitiría él tal cosa, y le sonreía. Procedía de una raza resistente, longeva, a pesar de las tempranas muertes de sus padres.

—No se puede matar a los irlandeses —decía— excepto con una bala o por una excesivamente larga ancianidad. Estamos hechos de acero y cuerda. Hemos tenido que aprender por siglos cómo sobrevivir.

Elizabeth pensaba en Bernadette, a sus cincuenta y cinco años, toscamente vital si bien enormemente gorda y caminando pesadamente, con su tez densamente roja, su recia voz y el cabello tan sólo levemente gris. Elizabeth había visto mujeres como ella en los mercados de Europa, tan fuertes y vigorosas como hombres. Elizabeth suspiraba. Bernadette viviría hasta convertirse en una anciana muy robusta, nonagenaria, comiendo y durmiendo con deleite y pasión animal. Elizabeth nunca había sabido del gran amor de Bernadette por su esposo que no se había debilitado en absoluto con el paso de los años.

—Pasas más tiempo con esta mujer del que concedes a tu propia familia —se quejaba Bernadette a Joseph, añadiendo apresuradamente—: Dirigiendo y administrando sus asuntos. ¿Es que no tiene abogados. Dios mío? Sí, ya sé que mi padre te hizo uno de los albaceas de su Banco, pero aun así... Ella vive como una monja en Green Hills. Sus antiguas amistades apenas la ven. Debe estar poniéndose muy, muy vieja, viviendo así como una reclusa.

»He oído decir que Elizabeth no se encuentra muy bien. Hay quien dice que parece un esqueleto. Ya no va... a la ciudad... mucho. Bien, a su edad... Sí, ya sé que es más joven que tú, querido, pero ella no es irlandesa. Los ingleses se marchitan

pronto. Ya no tienen fibra. Realmente están en decadencia. Toda la fuerza parece haberse agotado en ellos. Son tan flojos ahora como los franceses.

Joseph pensó en una reciente reunión que sostuvo con sus colegas en París. Sus facciones se tensaron. Dijo:

—Creo que en una guerra, los ingleses, a quienes detesto, se comportarían muy bien. Realmente muy bien. No son tan decadentes como nos gustaría creer que son. Los anglosajones pueden ser siempre una vieja pandilla muy dura. Y los franceses, pese a sus sempiternas guerras, pueden ser tan dogos de presa como los ingleses, si no más.

—Bueno, ya no habrá más guerras —dijo Bernadette.

Hacía ya cerca de doce años desde que fue muerto Kevin, pero ella lo recordaba. Había sido el único hijo que casi amó, aunque estaba orgullosa de Rory y se vanagloriaba de él. Había veces en que realmente sentía cariño por él, ya que todo el mundo mencionaba su sobresaliente personalidad, su afable temperamento y su inteligencia.

—Es exactamente como mi padre —solía decir ella con orgullo—. Era el senador más guapo en Washington, y cuando era gobernador nadie podía resistírsele. Rory es su verdadera imagen. Esperamos cosas maravillosas de Rory.

Bernadette hasta podía soportar a Claudia cuando Rory estaba en casa, pero ahora Rory estaba en Londres y Claudia en Devon. «¡Esta criatura engreída, tonta y afectada!», pensaba Bernadette. «Cada año está peor. ¡Con su tez tan oscura y áspera, y sus guantes! Sangre plebeya. Ahora le ha dado por hablar todo el tiempo en francés a sus hijos, y hasta a su servidumbre, y su acento es realmente abominable. Es como una colegiala retrasada. Podrás impresionar a la gente ignorante e inferior, muchacha mía, pero no a mí, a mí no. Y todo el mundo sabe lo avara que eres, excepto para tus vestidos y joyas, y cómo raspas hasta las cortezas de queso. Vergonzoso. Una criatura consentida, con menos sesos que una pava real. Por lo menos una pava real es bonita, cosa que no eres tú. Pobre Rory».

Los doctores de Ann Marie intentaron consolar a Joseph. Bien era verdad, dijeron, que ella estaba degenerando físicamente, pero podía vivir todavía años. Bien era verdad, expusieron, que ella tenía ahora que ser ayudada para llegar hasta las sillas y a la cama y apenas podía caminar. Pero su salud era magnífica, tomando todo en consideración. Su apetito era bueno, aunque su alimento fueran papillas, como las de un infante. Pero era una nutrición muy completa. Su mente, decían, no había mostrado más degeneración, lo cual era una señal esperanzadora.

—¿Esperanzadora, de qué? —les preguntó Joseph con amargura, y ellos no contestaron.

El ascensor había sido instalado, y Ann Marie era trasladada a su interior por jadeantes enfermeras ayudadas por el mayordomo, y era llevada por los jardines casi cada día, para rellenar un sillón, sonriendo a la luz del sol y pidiendo flores... que en seguida desmenuzaba en pedazos entre sus gordos dedos rosáceos chillando todo el

tiempo como un infante. También lloraba tan fácil y ruidosamente como un infante, algo que los doctores no le dijeron a Joseph, un llanto que para ellos significaba lo mismo que la total pérdida de razón. Era solamente cuando dormía que al despertarse súbitamente, sollozaba como una mujer, y llamaba, llamaba con incoherente y confusa pronunciación. Últimamente requería horas de mimos... y sedantes, para tranquilizarla y que recobrase el sueño, y cuando dormía después del acceso, su rostro era el rostro de una mujer acongojada y transida de dolor.

Joseph pasaba horas con ella todos los días de aquel junio, leyendo libros o periódicos a la sombra de los árboles, algunas veces escuchando los balbuceos de su hija, otras asiéndole la mano, y a veces hablándole simplemente. Ella tomaba el sol en su presencia, y sonreía, y si él tenía que abandonarla por unos minutos, ella lloraba, cayéndole los lagrimones por las mejillas. Tenía después que apaciguarla pacientemente, mientras ella se aferraba a su mano cuando regresaba. ¿Era imaginación o estaba ella mostrando ahora un nuevo temor, un nuevo entendimiento de su desolación? Le era imposible concretarlo.

Cuando venía a Green Hills le traía, invariablemente, una nueva muñeca, un nuevo juguete, que ella recibía con deleite y chillidos de placer. Esta vez le trajo un *Teddy Bear* (Oso de Peluche) que había sido creado en honor de Theodore Roosevelt. Lo apretó contra su flácido pecho musitándole, y Joseph, con su libro en la mano, la observaba con una inquietud que nunca se atenuaba. En aquel junio sabía que la larga esperanza que tuvo había finalmente desaparecido. Su hija se había ido largo tiempo atrás, aquel día fantasmal en los bosques de la cumbre de la colina. Pero ¿dónde se había ido? Aquella lastimosa criatura no era Ann Marie. Era solamente un animal que hacía mucho tiempo había perdido cualquier parecido con la esbelta y tímida muchacha en su primera juventud, excepto sus ojos. Allí, en aquellos ojos, Joseph imaginaba con frecuencia que había una minúscula figura remota, la figura de Ann Marie, tan desesperanzada como él, solitaria, aislada, existiendo en un limbo especial.

Cuando miraba los ojos de su hija saludaba mentalmente la figura infinitesimal de ella en las claras pupilas, y a menudo se imaginaba que le devolvía el saludo, joven, dulce, llena de cariño y de aquella delicada ternura hacia él que había conocido durante unos años demasiado breves y dolorosos para recordar.

Nunca había alentado un día de junio tan perfecto en temperatura, radiante quietud y fragancia, y los jardines estallaban de rosas y había un manantial canturreando cercano, formando arcoiris al sol. Las sombras del follaje salpicaban el rostro de Ann Marie mientras alternativamente le musitaba a su nuevo osito, o le golpeaba enojada, o lo acariciaba. Su áspero cabello entre gris y amarillento estaba trenzado y sujeto con cintas rosas, y las trenzas yacían sobre su voluminoso seno incongruentemente. Estaba todavía más gorda que su madre, pero sus músculos eran blandos, débiles y flácidos. Sus piernas, cubiertas por una ligera manta azul, no se movían. Llevaba pañales, como un bebé. La gran mansión relucía esplendorosamente como alabastro a la luz solar y las sombras se movían radiantemente sobre blancas

paredes, rojos techos y pulidas columnas. La suave brisa hacía ondular verdeantes los lejanos árboles que parecían ascender ligeramente colina arriba.

No había siquiera a la vista ni un jardinero y el resplandor solar yacía ciegamente sobre las ventanas de la mansión y todo era brillante silencio y paz. Joseph intentaba leer sentado cerca de su hija en el prado. Su balbuceo, más blando ahora, era el único rumor en aquel esplendor.

De pronto Ann Marie se calló. Joseph leía. Era una carta confidencial de Rory, desde Londres, y aunque ambiguamente fraseada era importante. Carente de sentido para unos ojos fisgones, podía Joseph leer entre líneas. Casi se olvidó de Ann Marie mientras leía. Hasta que la oyó decir claramente:

—¿Papá?

—Sí, dime, querida —contestó él, sin apartar la vista de la carta.

Y súbitamente le vino al cerebro la penetrante percepción de que en la voz de Ann Marie hubo un extraño matiz nuevo, avivado, sensitivo, sabedor. Le cayó de las manos la carta al levantar la vista. Ann Marie le estaba contemplando, no con la embobada querencia de todos aquellos años, la querencia infantil, sino con cariño desconsolado de persona madura.

Estaba transformada. Las rollizas mejillas se habían aplanado, afilándose las facciones progresivamente. Los ojos se agrandaron, dilatándose, y Ann Marie estaba allí, inminente, al alcance de la mano. Había regresado, habitando de nuevo su cuerpo. Una mujer de edad mediana le estaba mirando, completamente consciente, completamente en el mundo, completamente adulta. El alma había avanzado desde espacios recónditos al presente. La boca relajada habíase tensado, y todos sus contornos eran inteligentes y femeninos, y temblaba.

Pero estaba muy pálida. No había color alguno ahora en su semblante excepto el de sus ojos, aquellos brillantes ojos que contenían a Ann Marie.

«Oh, Dios», pensó Joseph, «oh, Dios mío». Su cuerpo empezó a estremecerse y el sudor brotó en su frente. Se inclinó sobre su hija para asegurarse, atreviéndose a esperar, atreviéndose a aceptar este milagro. Y ella le devolvió la mirada sonriendo tenuemente, más abrigados aún los ojos.

—Papá —repitió ella. El osito resbaló de su regazo cayendo a la hierba, y ella no se dio cuenta.

Joseph, con esfuerzo, se puso en pie, temblando como un viejo al borde de la parálisis. Dio un paso hacia Ann Marie, sintiendo un clamor en su cabeza y en sus oídos como si repicasen campanas y no apartaba la vista de ella por temor a que volviera a esfumarse. Cayó de rodillas a su lado. Tendió ella sus manos y asiéndolas la miró fijamente al rostro.

—Ann Marie —dijo—. ¿Ann Marie?

—Sí, papá —contestó ella, sonriéndole. El desconsuelo estaba en lo hondo de sus ojos—. Pobre papá.

Retirando una de sus manos le acarició el blanco cabello y suspiró. Su palidez iba

acrecentándose. Había una fina pátina de humedad en todo su semblante, y comenzaba a jadear un poco, rápidamente, con honda inhalación de aliento. Un fuerte latido palpitaba en su maciza garganta.

—Has regresado, cariño mío —dijo Joseph, con voz entrecortada.

—Nunca me fui. Me escondí solamente —dijo Ann Marie. Su rostro parecía ya de blanco mármol húmedo—. Solamente dormía —añadió y su mano acariciaba suavemente el cabello de su padre—. Pero siempre te oía, papá.

—¿No volverás a irte más? —dijo Joseph, y su corazón latía tan furiosamente que sentíase al borde del desmayo—. ¿Te quedarás, ahora, Ann Marie?

Ella denegaba con la cabeza lentamente, pero seguía asiéndole de una mano, y la suya era fría y resbaladiza en la de él.

—Courtney está aquí; me está llamando. Voy a irme con él, papa. Ha venido a buscarme. No debes apenarte. Estoy tan contenta de irme... Me he quedado hasta ahora porque quería decirte adiós, y decirte lo mucho que te quiero y cuánto siento haberte causado tanta pena. Perdóname, papá. No pude evitarlo, pero perdóname.

Entonces su semblante irradió dicha, amor y éxtasis, y miró más allá de él, y exclamó:

—¡Courtney! ¡Courtney, me voy contigo!

Sus ojos eran como el propio sol. Retiró su mano de la de su padre y tendió los brazos hacia algo que solamente ella podía ver, y había un murmullo de embeleso en su garganta.

—¡Ann Marie! —gritó Joseph, sintió rondar la locura, el terror y una intensa frialdad—. ¡Oh, Cristo! —clamó roncamente, y enlazando entre sus brazos a su transfigurada hija la atrajo contra su pecho.

Había en él un estremecimiento de exaltado terror, una furiosa negativa de rechace, y el radiante día se tomó sombrío en su derredor. Ann Marie resistió débilmente, y quedóse inerte, desmadejándose contra él, y su cabeza cayó sobre el hombro de él, que ya no pudo oír su aliento.

Entonces suspiró ella, y todo su cuerpo retembló, una larga y honda ondulación de toda su carne, una convulsión final. Emitió un último rumor, un frágil lamento como un pájaro malherido.

Joseph, arrodillado, mantenía a su hija contra él, insensible al peso entre sus brazos. Solamente sabía repetir una y otra vez:

—Ann Marie, Ann Marie.

Pero solamente la brisa contestaba entre los árboles. Comenzó a acariciar la cabeza caída sobre su hombro.

Ann Marie Armagh fue enterrada junto a su hermano bajo la puntiaguda sombra del alto obelisco de mármol, y el sacerdote entonaba:

—Yo soy la Resurrección y la Vida...

La oscura fosa bostezaba y el pesado féretro de lustroso bronce fue lentamente arriado en su interior, rociado con agua bendita y tierra. Bernadette sollozaba junto a su marido. Las amistades permanecían cerca de ellos, mudamente. Observaban a Joseph, tan gris, inerte y erguido, pero inmutable y sombrío, y pensaron, diciéndoselo más tarde unos a otros, que no había mostrado ninguna pena y no intentó consolar a su esposa. Insensible, dijeron. Sin embargo se había rumoreado que «adoró» a su hija. Bueno, era misericordioso que ella hubiese muerto por fin. Era tan sólo una pesada carga para su pobre madre, que fue una esclava de ella todos aquellos años. La muchacha nunca había sido muy inteligente y el accidente habíase llevado su último vislumbre de intelecto. Las rosas, blancas, rojas y sonrosadas recubrieron la tierra recientemente removida. Las lápidas relucían lívidamente en el ardiente sol de junio.

Aquella noche Bernadette miró sollozante a su marido, exclamándose:

—¡Sí, hay una maldición sobre esta familia! ¡Lo he sabido por años! Ahora ya no nos queda más hijo que Rory. ¡Mi último hijo!

Había en ella más miedo que pena, un miedo supersticioso. Añadió:

—¿Qué será de nosotros si perdemos a Rory? Tengo un atroz presentimiento...

—Maldita seas tú y tus presentimientos —dijo Joseph, y la dejó.

Ella le perdonó como siempre, ya que solamente ella sabía lo perturbado que estaba y cómo merodeaba por la casa y los jardines de noche, y lo frecuentemente que iba al cementerio.

Pocos días después de haber sido enterrada Ann Marie, Bernadette acudió a los aposentos de Joseph, llevando un periódico entre las manos y su cara, aunque hinchada por el llanto, tenía una expresión excitada y agorera.

—¡Está en los periódicos! —exclamó—. ¡Courtney Hennessey, mi hermano, murió de un ataque fulminante el mismo día en que Ann Marie... falleció! Aquí está Joseph, ¡léelo tú mismo! Su madre recibió la noticia por cable. Fue enterrado en el camposanto del monasterio. Todo está aquí.

Empuñó el periódico con mano que parecía paralizada y entumecida. Leyó, borrosas las líneas ante sus ojos. Se dijo a sí mismo: «Entonces, era verdad. Vino a buscarla».

Arrojó el periódico al suelo y dio media vuelta.

—Lo siento por ella —dijo Bernadette—. Él era todo cuanto ella tenía. Mi hermano. Supongo que debería sentirme triste, y haré rezar misas por su alma, pero realmente no lo puedo sentir mucho. No mucho. Tal vez Courtney y su madre acarrearón sobre nosotros la maldición.

Joseph estaba abandonando el cuarto.

—¿Dónde vas? —preguntó ella, pero él no contestó, desapareciendo. Ella comenzó a llorar de nuevo, porque sabía dónde iba Joseph.

XV

Había sido un caluroso día de julio y se aproximaba el ocaso, pero el ciclo era de un cobrizo oscuro contra el cual los árboles destacaban con verdor poco natural, y las colinas se habían tornado tostadas. Todo se destacaba en aquella ominosa luz con hiriente viveza y claridad y aparecía demasiado cercano, demasiado insistente y detallado. Cada tallo de hierba era saliente, amenazador, como una navaja de esmeralda que pudiera cortar el pie, y los colores de las flores tenían una intensidad de pesadilla. Había una profunda quietud sobre todas las cosas; nada se movía, ni una hoja, ni una flor. Hasta las fuentes en los jardines habían dejado de murmurar, y no había pájaros a la vista.

El campesino que había en Joseph supo que la ausencia de pájaros en aquel momento del día presagiaba una tormenta. Bajó por la alameda hasta la verja y después por el camino hacia la casa de Elizabeth. El cobre en el cielo había adquirido una pátina, al oeste, como de latón. Un hálito ardiente rozó el rostro de Joseph y le olió a azufre y a sequedad quemante. Traspasó el umbral de la verja de la casa de Elizabeth. No había visto ni un carruaje ni una persona por el camino. Todo había tomado refugio instintivamente.

Había sillas y mesitas blancas bajo el enorme roble oscuro cerca de la casa y allí sentábase Elizabeth con un vestido blanco demasiado brillante para aquella siniestra iluminación. Tenía echado sobre los hombros un chal blanco. Su claro cabello tan severamente peinado, su quieto semblante y cuerpo, podían haber sido los de una estatua sentada. Al verle, ella no se movió. Solamente le miraba fijamente mientras él abandonaba la senda y acudía hacia ella. Entonces, cuando ya casi estaba rozándola se levantó arrojándose en silencio entre sus brazos y permanecieron enlazados sin una palabra, manteniéndose mutuamente como si estuvieran muriéndose. El frío rostro de Elizabeth se aferraba contra un lado de su cuello. Su pecho aplastaba el seno femenino, sus brazos eran como hierro en su delgada carne. Ella le enlazaba con la misma desesperación. No lloraba, ni gemía, ni emitía sonido alguno.

Ni siquiera pensaron en la posibilidad de gente al acecho, de cortinas apartadas, de ojos curiosos espiando. Desde su propia ventana, Bernadette pudo ver aquellas figuras distantes enlazadas intensamente en una agonía que a ella no le era permitido compartir con su esposo. Dejó caer la cortina de encaje y reclinando la cabeza a un lado de la ventana de celosías, lloró silenciosamente, las lentas y amargas lágrimas resbalándose rostro abajo sin un sollozo. Era su hija la que había muerto, pero Joseph había ido a otra mujer en busca de consuelo, y se fundía con ella como si formasen un solo cuerpo erguido, el blanco vestido de Elizabeth tan quieto como la piedra. Por vez primera Bernadette supo que Joseph nunca la amaría, y que lo más probable era que la abandonase. Cayó pesadamente de rodillas tras la ventana y reclinó la cabeza en el antepecho de mármol entregándose de lleno a la aflicción como si fuera una viuda y

su esposo nunca hubiera de regresar.

Un viento furioso se elevó súbitamente, y hubo un fognazo de relámpago y otro, y el retumbar estrepitoso del trueno. La luz cobriza fue barrida por la turbulencia de negras nubes. El relámpago fogueó una y otra vez, y los árboles sacudieron sus verdes crines como enfurecidos. Y llegó la lluvia, sábanas de reluciente plata en la opacidad del cielo, repicando, embistiendo con recio chasquido y velando toda visibilidad.

Joseph y Elizabeth se hallaban en la oscuridad y el fuego blanco que invadía la pequeña sala. Sentábanse juntos, entrelazadas las manos sin mirar a nada, sólo a medias escuchando el aullido de la tormenta, del viento y del trueno. Sentían consuelo en su proximidad, y compartir su dolor les atraía más cerca aún. Joseph le relató las últimas palabras de Ann Marie, y cómo las había exclamado como si pareciese «ver» a Courtney, y que él había «venido» en su búsqueda. Elizabeth escuchaba en silencio, y ahora sus ojos permanecían fijos con dolida absorción en el semblante de Joseph, alternativamente oculto para ella en la oscuridad y luego revelado por los relámpagos.

—Estoy contenta —dijo por fin con su voz serena que sólo temblaba levemente—. Creo... quiero creer... que mi hijo vino a recoger a tu hija. ¿Cabe otra explicación para el discernimiento de Ann Marie, y, como me has contado, su casi dichosa agonía?

Joseph la besó suavemente en la helada mejilla. Le relató entonces cómo su madre moribunda había «visto» aparentemente a su difunto padre, que venía en su busca. No obstante tenía el convencimiento de que eran únicamente coincidencias, el último deseo de los moribundos. Esto no se lo dijo a Elizabeth, pero ella captó su resistencia.

—¿No crees que Courtney vino a buscar a Ann Marie, Joseph? ¿No crees que su padre vino a recoger a tu madre?

No quería él acrecentar su pena. Titubeó al decir:

—He oído hablar de clarividencia. Pudo ser solamente esto.

—Pero ¿qué es la clarividencia? Es una palabra, y tenemos la costumbre de recubrir lo inexplicable con una palabra y después creer que hemos resuelto el asunto dándole un nombre. Hemos añadido tan sólo más oscuridad al misterio. Yo creo... yo creo... Por vez primera creo de verdad. He sido solamente una católica de nombre, escéptica y a distancia, sonriendo ante la información de milagros y simples misterios, y ahora creo que yo era una necia. Una sofisticada necia, que era demasiado estúpida para maravillarse y pensar... y esperar. Me has dado esperanza, Joseph, y por favor, no sonrías.

—No estoy sonriendo —dijo él, y ella vio su rostro en otro estallido de relampagueo y pensó que tenía aspecto de muy enfermo.

Pensaba él en las tres tumbas de la parcela familiar, Sean, Kevin y Ann Marie, y la negra tierra que se había engullido a aquellos que amó y sabía que no podría creer

que hubiera algo más que su carne muerta y que, sin embargo, estuvieran aún conscientes en algún lugar insondable más allá de las estrellas. Era algo contra toda sensatez, contra toda razón. Un perro vivo, dijo el rey David, era mejor que un león muerto, porque tenía el ser, y Sean, Kevin, Ann Marie, Harry y Charles ya no tenían más el ser, y habían cesado de existir. Pensó en Harry y en toda la vitalidad y chispa que lo había animado, y pensó en Charles, instruido, intelectual y pensador. Todo esto había desaparecido en un abrir y cerrar de ojos y nada quedaba: ningún conocimiento de que hubieran jamás existido. Un hombre racional tenía que aceptar esto y no esforzarse en penetrar las neblinas y mitos impulsado por la tortura de su corazón.

Pero las mujeres eran diferentes. Tenían que ser amparadas por mentiras consoladoras y hacerlas creer en lo irracional. Por esto dijo Joseph:

—Puede que sea verdad que estén ahora juntos, ya que Ann Marie no disponía de ningún medio de saber que Courtney estaba muerto...

Por vez primera pensó Joseph en la madre de sus hijos, y ella había perdido a dos de ellos, y había querido a Kevin y estuvo inconsolable durante meses, y podía él oírla llorando en la noche, posiblemente no por su hija sino por la inmensa desgracia de los años de lenta agonía de su hija. «Maldita sea», pensó, «ni siquiera la tomé nunca en consideración. Ella sabía, estoy seguro, dónde iba yo esta noche. Bernadette no es tonta. Quizás ha sabido lo de Elizabeth y yo todo el tiempo. Tendría que haber sido una idiota para no saberlo».

Había sentido compasión por Bernadette tan sólo en muy pocas ocasiones en su vida conjunta, una acre y contenida compasión. Pero ahora sentía un hondo malestar en espasmo de lástima por su esposa. Sabía que ella le amaba, y realmente amaba solamente a él, y se sublevó, como siempre, contra aquel amor, pero ahora era también con lástima, aun cuando esta lástima estuviera matizada de su habitual impaciencia. Sentía horror ante la idea de regresar a aquella casa y a su esposa, y confrontar de nuevo su dolor, su insoportable dolor, en el silencio de sus aposentos. Sabía qué se sorprendería a sí mismo escuchando en espera de algún rumor desde las habitaciones de su hija, algún balbuceo infantil, algún grito llamándole a él, como los oyó durante muchos años cuando estaba en casa. Pero tan solamente la noche le contestaría.

«Toda la maldita tierra es una tumba», pensó, «y nosotros los caminantes sobre incontables tumbas. Habríamos estado mejor si ninguno de nosotros hubiera jamás nacido, para pasar a través de tanto, y ¿para qué? ¿Para poder tener unos pocos días de risas, de esperanza, de ambición, de estímulo, y después nada? ¿Vale la pena vivir por tan poco? ¿Cómo le había llamado Charles a esto? “La negra noche del alma”. Pero tenemos negras noches del alma la mayor parte de nuestras vidas, y solamente un breve amanecer o dos, o un poco de música, o el roce de una mano viviente en ocasiones, y por lo que a mí respecta, no creo que valga la pena considerando toda la duración de la existencia».

—Ven a Nueva York la próxima semana —le dijo a Elizabeth, pero sin apremio,

porque era mucho el peso y la desesperación en su pecho.

—Sí —dijo ella, y sabía lo que él experimentaba, porque lo sentía en ella misma.

La tormenta había pasado. Elizabeth no le pidió que se quedase cuando él se puso en pie, porque sabía que ningún ser humano podía darle consuelo. Joseph inclinándose la besó con la gentileza de una angustia compartida, y salió al exterior en la cálida y decreciente lluvia y en la casi violenta frescura y fragancia de la noche nueva tras una tormenta. Una luna llena estaba ahora corriendo locamente a través de guiñapos de negras nubes, y Elizabeth permaneció en su umbral y observó a Joseph todo el tiempo en que pudo aún divisarle en aquella entremezcla de blanco brillo y máxima oscuridad. Había deseado con toda su alma que llegara aquella noche porque estuvo acometida por un gélido terror y desesperada. Necesitaba consuelo y promesas de que nunca la dejaría. Porque justo antes de recibir la noticia de la muerte de Courtney, se oyó decir que tenía un cáncer imposible de operar y que disponía, a lo sumo, de unos seis meses de vida. De no haber muerto tan recientemente Ann Marie y Courtney, ella se lo habría revelado, reposando en la fuerza y seguridad de sus brazos. Pero ahora él estaba tan desolado como ella misma y no podría soportar, en aquellos momentos, aún más dolor. Le confortó no habérselo dicho. Nunca se lo diría. Compartir sufrimiento y temor no los aminoraba; sólo añadían mayor peso a la carga ya que entonces eran dos sufriendo en vez de uno. «Debo tener valor», se dijo a sí misma, mientras comprobaba que Joseph ya no estaba más a la vista. «Lo que tenga que ser, será, y no hay nada que alguien pueda hacer. Al final, estamos solos, tal como nacimos».

No había rumor alguno excepto la actividad de los sirvientes en la gran mansión blanca, mientras Joseph subía a la planta alta. Pasó ante la alcoba de Bernadette. La puerta estaba abierta y no había luz alguna. Se detuvo. La luz de la luna penetraba en el cuarto y vio entonces a Bernadette yacente en el suelo cerca de la ventana, sin moverse, sin hablar. Se dirigió hacia ella doblando una rodilla junto a ella y cuando la luz de luna volvió a relucir vio su húmeda e hinchada cara y la pena y el anhelo en sus ojos.

Colocó sus brazos tras sus espaldas y la atrajo hacia él manteniéndola y ella lloró contra su pecho sin decir nada. Él sintióse avergonzado y ya no sentía impaciencia. Dijo:

—Vamos, vamos, querida, después de todo ha sido para lo mejor. No llores así. —Pero sabía que ella no estaba llorando en aquellos momentos por Ann Marie, y añadió—: Créeme, Bernadette, nunca te abandonaré. Lo juro ante Dios. Nunca te abandonaré.

La campanilla para la cena tintineó suavemente y, por último, bajaron juntos la escalera, asidos de la mano, y el ancho rostro colorado de Bernadette estaba más radiante y rejuvenecido que lo estuvo durante años.

Joseph había enviado a Rory un cablegrama comunicándole la muerte de su hermana gemela apremiándole a que no regresase de inmediato, sino que continuase en su misión. Añadió en su cablegrama que no había nada que Rory pudiera hacer, y que la muerte no había sido inesperada, y que estaba agradecido por haberse hallado en Green Hills cuando Ann Marie murió.

Timothy Dineen, sólido, cabello gris, calmoso y pétreo, había reemplazado a Harry en la gerencia de los negocios de Joseph y vivía ahora en Filadelfia. No se había casado. Había amado a Regina Armagh constantemente durante todos aquellos años, con la obstinada dedicación del irlandés. No supo hasta estar en Filadelfia que ella le había escrito a su hermano dos veces al año y que Charles estaba obligado a destruir las cartas. Tampoco había sabido que Charles tomó para sí la responsabilidad de escribirla brevemente algunas veces cada año informándola de las novedades en su familia. Ahora, como secretario confidencial de Joseph, y como gerente de las Empresas Armagh, abría las cartas dirigidas a Joseph durante su ausencia. Abrió la de Regina, y pese a todo el tiempo transcurrido reconoció la clara delicadeza de su caligrafía. Le dio un brinco el corazón. Había dado por muerta a Regina desde hacía años, ya que Joseph nunca había hablado de ella, y al principio le costó pensar en ella como Hermana Mary Bernarde. Al ir leyendo su carta sintió el antiguo dolor y añoranza; dedujo que ella ignoraba que Joseph no leía sus cartas. Ella creía, únicamente, que no las contestaba por sí mismo, sino que delegaba en otros hacerlo. Sin embargo, aparentemente, Bernadette, lo mismo que Charles, le habían escrito y también Rory, su sobrino. Se dirigía a Joseph con profundo cariño y devoción llamándole «mi más querido hermano», y suplicaba al final que él pudiera eventualmente hallar en su corazón la misericordia de perdonarla por «cualquier dolor involuntario que yo haya podido causarte, mi querido Joseph, al hacer lo que tuve que hacer. Estás siempre presente en mis oraciones».

Exponía que Rory la había escrito sobre las muertes de Charles Deveraux, Harry Zeff y Ann Marie algún tiempo antes, pero que al hallarse ella misma enferma por entonces, no pudo enviar una carta de pésame. No mencionaba la naturaleza de su dolencia pero a instantes su caligrafía oscilaba como si ella estuviera todavía débil y trémula. Toda su carta estaba plena de amor, ternura y consolación, y una fe simple que hasta el propio Timothy encontró un poco ingenua y adolescente. No se condolía por los muertos, sino que únicamente compadecía a los vivientes por sus pérdidas. «Las almas de aquellos que amamos han ascendido para pasar al cuidado y misericordia de Dios», escribía. «No debemos perturbarles con nuestras lágrimas y nuestra aflicción. Debemos tan sólo rezar por ellos y confiar en que ellos rezan por nosotros».

Timothy no vislumbraba el rostro de una mujer de cincuenta y cinco años, sino el semblante de la joven Regina, bonito por encima de toda imaginación, con aquella

luminosa mirada que era tan conmovedora y patética, y la masa de lustroso cabello negro. Pensó: «Nunca vivió en absoluto en este mundo, en ningún momento, y sigue todavía sin vivir en él, y está resguardada no solamente por su claustro sino por su inocencia y fe. Quizá solamente por su inocencia». Comprendió entonces que aun cuando no hubiera vivido en un convento en su niñez hubiera sido inevitablemente atraída hacia aquella vida de reclusión... y escapismo. El mundo no era lugar para seres como Regina Armagh. Pensó en algunas de las monjas que conoció durante su propia infancia, monjas como Regina. Posiblemente la Iglesia comprendía a estas mujeres y por misericordia les ofrecía un refugio contra una lucha y una batalla de las cuales nunca habrían sobrevivido, porque eran las sempiternas «párvulas», pese a poseer inteligencia y decisión. En consecuencia, la crónica nostalgia que Timothy había albergado todo aquel tiempo se acentuó y contestó a la carta de Regina como si fuera un bondadoso hermano mayor y manifestó que Joseph estaba bien. Tomó la sencilla estampa sagrada con la oración que Regina había enviado a Joseph y la colocó lentamente en su cartera.

Se reclinó cuidadosamente en su silla, ya que ahora era corpulento, y reflexionó sobre un rumor que oyó recientemente acerca de que la familia Armagh estaba «maldita». No podía recordar quién mencionó tal cosa, y se rió de ello. Todas las familias, al ir envejeciendo, sufrían desgracias y defunciones, excepto las muy afortunadas, que eran escasísimas. Sonrió ante su propio pensamiento: «¡Espero tan sólo que la “maldición” no se extienda a mí, como parece haber hecho con Harry y Charles, que no pertenecían a la familia!». Rió mientras se santiguaba.

En cuanto a Joseph, la progresiva amplitud de su fortuna daba vértigo aun entre sus propios semejantes los «barones salteadores». Esto debía contener su propia consolación, pensó Timothy..., lograr aquello que uno se había propuesto conseguir. Era probablemente el único consuelo que el mundo tenía por ofrecer.

Meditó de nuevo sobre lo que Joseph le dijo unos días antes:

—No es excesivamente prematuro para empezar ya a fomentar el ambiente en favor de Rory como Presidente para 1911. Por consiguiente, quiero que selecciones un personal competente para esta finalidad. No ha de escatimarse dinero alguno. Bastará con que me lo pidas. Te harás cargo de sus jiras yendo con él en los comicios preliminares. Necesitarás varios especialistas en publicidad... Contrátalos. Y también técnicos en relaciones públicas. Secretarios. Diversos entendidos en campañas, que concertarán cenas, discursos, reuniones, mítines con el público y los políticos de todas las grandes ciudades, y también en las más pequeñas. Lemas. Carteles. Entrevistas. Rory tiene gran personalidad. Es una lástima que las mujeres no puedan votar, pero también les cae bien a los hombres. Debe ser presentado como el amigo del pueblo... El hermano de un héroe de la guerra. Steve Worthington lo está promocionando desde dentro... —Joseph hizo una pausa mirando a Timothy con fijeza, pero el rostro recio de Timothy era cuidadosamente blando. Añadió Joseph—: Ya sabes lo que tienes que hacer. Cada irlandés es instintivamente un político.

—Costará un montón de dinero —dijo Timothy—. Y usted sabe, Joe, que la nación es muy «antipapista». Bastará que brote un leve susurro de que Rory está disponiéndose a conseguir la designación en representación de nuestro partido y habrá una inundación nacional de perversas difamaciones, acusaciones históricas y denuncias. Será aún peor que la propaganda antibritánica en la nación, y Dios sabe lo violenta y enconada que es. He estado efectuando por mi cuenta una pequeña y cautelosa investigación, sabiendo que usted tenía el propósito de que Rory tratase de ser designado por nuestro Partido. Dejé caer insinuaciones aquí y allá por Chicago, Nueva York, Boston, Filadelfia, Buffalo, Newark, y otras muchas ciudades. Y la respuesta fue muy..., digamos, acérrima, en rotunda oposición, aun entre los políticos de nuestro Partido y aun entre los católicos. Me han preguntado: «Pero ¿es que Armagh quiere llevar a la ruina a nuestro Partido?». Hasta me han preguntado si es que usted se propone desatar una guerra religiosa en esta nación de supuesta libertad de cultos. El prejuicio es ahora todavía peor que lo fue hace treinta, veinte años, pero esto lo sabe usted. Simplemente, los católicos romanos no somos estimados, Joe.

—No lo ignoro —dijo Joseph con impaciencia—. Pero te olvidas del ingrediente más valioso de cualquier campaña: dinero. Estoy dispuesto a gastarme veinte, cuarenta, cincuenta millones de dólares, y más si es necesario, para hacer a mi hijo Presidente de los Estados Unidos. Ni siquiera los Rockefeller aportarían tanto dinero para ninguno de sus hijos. ¿Para qué te crees que he estado viviendo y trabajando?

Timothy sobresaltóse ante la colérica pregunta. Le había intrigado con frecuencia, cavilar en qué era lo que impulsaba a Joseph Armagh, y ahora ya tenía una idea. Era un rostro tenso y vengativo el que estaba contemplándole, los hundidos ojos azules rebosando fuego y resolución. El cabello de Joseph podía ser blanco, pero era todavía espeso y vital, y la cara era la de un joven, invencible. El padre de Timothy fue un risueño y jovial irlandés, pequeño, rotundo y alegre, pero había mencionado con frecuencia, con melancólicos meneos de cabeza, los «sombríos irlandeses» que carecían de humor pero eran implacables, llenos de misticismo, imperiosos.

—Éstos nunca olvidan, Tim —solía decirle su padre—. Claro que puestos a pensar, nunca olvidamos..., al amigo o a un enemigo. Es lo más sensato mantenerse fuera del camino de ellos, opino yo, mozo.

Pero tenían una terrible fascinación, pensó Timothy. Nunca se rendían y en cierto modo tenían grandeza al igual que el mismísimo orgullo del Diablo. Los reyes irlandeses debieron ser así, hasta que fueron asesinados por los ingleses.

Timothy, que nunca conoció el hambre, el frío, la adversidad, grandes penas o la insoportable desesperación, comprendió súbitamente y por vez primera estuvo orgulloso de su raza que había sobrevivido a todas estas calamidades. Él mismo era un poco anglófilo, y simpatizaba con los ingleses y la misma Inglaterra cuando viajó por el extranjero. Le había agradado el aura de enorme potencia del Imperio Británico que detectó en Londres. Le gustaba el realismo de los ingleses, su impulso de conquistar y dirigir. Había admirado la sensación de inmutabilidad en Londres, la

increíble potencia, y la serenidad que solamente el poder trae consigo. Los ingleses literalmente dominaban el mundo. Podían ser caballeros, en su gobierno y clases dirigentes, pero tenían un admirable sentido de las realidades, del dinero y del dominio, sabiendo que no tenían rival en el mundo. Firmes materialistas, habían creado la revolución industrial. El trono de Inglaterra era el centro del universo y a los ingleses no les importaba un comino la opinión de «aquellas castas inferiores fuera de la ley». Preferían, si necesario era, ser odiados y temidos más que apreciados y meramente aceptados. Tal pragmatismo había llamado la atención de Timothy.

Sin embargo, ahora, observando a Joseph Armagh, Timothy se dijo que los irlandeses tenían todas las cualidades de los odiados ingleses, y algo más, que era intangible, pero formidable. Quizá fuera la negativa a aceptar lo que otros llamaban lo inevitable y «los límites». Para los irlandeses, o por lo menos así era en el caso de muchos de ellos, no existían límites que no pudieran ser traspasados, ni aspiraciones que no pudieran ser colmadas si uno las deseaba con suficiente fuerza y nunca se desviaba ni titubeaba. Joseph era uno de ellos y Timothy comenzó a creer que era enteramente posible que Rory Daniel Armagh pudiera convertirse en Presidente de los Estados Unidos si su padre lo quería así. Joseph lo quería así.

—Tengo a la mitad de Washington en mi mano —dijo Joseph, y sonrió acremente—. Te consta, Tim. O sea que entremos en acción. El dinero lo puede comprar todo. ¿Crees que he estado inactivo todos estos años? Sé lo que conozco. Por lo tanto, ponte al trabajo, Tim, y pide todo cuanto necesites.

—Los mugwumps^[34] y los populistas, en Washington, no le tienen simpatía a Rory —dijo Timothy—. Le califican de monárquico y cosas peores. Nunca ha apoyado una medida «para el bien público», como dicen los socialistas. Le han acusado de ser un aristocrático «miembro de las clases dirigentes». Se opuso al proyecto de Trabajo Infantil y de las Uniones, entre otras cosas.

—Ahora superará al propio Bryan, el idealista —dijo Joseph—. Desde hoy mismo en adelante. La legislación social va a ser respaldada con celo, y elocuencia, por el senador Armagh. No es vulnerable como Bryan. No es tonto..., y tenemos dinero. No hay nada en Rory que pueda ser ridiculizado; nunca se comportó como un imbécil. No puede ser satirizado; sabe contratacar satíricamente y admirablemente. Tiene ingenio, buena apariencia e inteligencia... y dinero.

Al asentir Timothy silenciosamente, en la pausa, prosiguió Joseph:

—Ahora, como primer movimiento comenzaremos una campaña contra los prejuicios..., contra cualquier hombre, por cuestiones de raza o de religión. Haremos un llamamiento al famoso sentido del juego limpio de los norteamericanos. Publicaremos que Rory ha sido invitado a visitar y conocer al Papa..., y que Rory declinó la invitación. Si, ya sé que no es verdad, pero producirá un impacto en los norteamericanos. Rory mencionará que no está en favor de la «educación parroquial», aunque debería ser tolerada en nombre de la libertad de elección. Rory atacará a los hombres de gran fortuna «que no tienen sentido de las obligaciones hacia su patria y

hacia los pobres». Rory será el paladín de los trabajadores y de la justicia social. Lo hará con fervor. El pueblo no se reirá. Tiene dinero. Ha aprendido mucho. Ya le llegó el momento de que se ayude él mismo, de acuerdo a los consejos que recientemente recibí.

Mirando a un lado, más neutra la voz, agregó Joseph:

—Rory tendrá el respaldo de muchos de mis amigos. Esto puedo prometerlo. Rory será más americano que el americano corriente. Será tan americano...

—Como un vaso de cerveza de cinco centavos —dijo Timothy.

Joseph emitió su breve y ronca risa.

—Sí. Bien, comienza a trabajar tan pronto como sea posible, Tim. He efectuado ya mucho trabajo de zapa yo mismo durante muchos años. No olvides mencionar a Tom Hennessey, «el amigo del pueblo, el enemigo de los privilegios», el abuelo de Rory.

Se puso en pie.

—Puedo repetirte de nuevo... que mis amigos respaldarán a Rory. Ellos saben lo que yo quiero.

Timothy había conocido a Rory desde su temprana infancia. Se preguntó si Joseph Armagh conocía realmente a su propio hijo.

XVI

Elizabeth Hennessey no murió a los seis meses. Vivió casi un año completo.

Visitó a Joseph en Nueva York y otras ciudades, sólo en pocas ocasiones durante los últimos meses de su vida, ya que estaba crecientemente agotada y ni el carmín de labios, ni el colorete, ni los polvos rosa, podían ocultar ya, por más tiempo, la intensa palidez que invadía por completo su fino rostro. Muchos volantes fruncidos, de encaje, en su garganta y muñecas, y los vestidos de corpiños con bordados no lograban esconder su progresiva delgadez y fragilidad. Soportaba el creciente e inexorable dolor en silencio y, cuando se reunía con Joseph, estaba tan reticente, calmosa y sonriente como siempre. Explicaba la disminución de sus escasas visitas con ligereza. Al fin y al cabo, alegaba, estaba envejeciendo, y sentíase cansada. Al fin y al cabo, ella, al igual que él, había sufrido una irreparable pérdida con su único hijo. Era una mujer, no un hombre. No podía controlar sus emociones, decía, como un hombre. Él tenía relaciones mundanas; ella no tenía nada más que su casa, jardines y unas amistades casuales en que ocupar su tiempo.

—Creo que lo que me pasa es que me aburro —dijo una vez, y se echó a reír.

«Estoy ya demasiado cansada de vivir», se decía a sí misma, cuando sufría demasiado. Los doctores le habían recetado unas tabletas que debía chupar cuando el dolor era más intenso que de costumbre, y ella las tomaba, en última instancia, porque entumecían sus sentidos. Quería contemplar todas las bellezas del mundo reuniéndolas en las órbitas de sus ojos, y las tabletas la amodorraban de modo que se perdía, al dormirse, los amaneceres y las puestas de sol, la nieve, la lluvia, el viento y el modo en que una brisa convertía un largo prado en semblanza de un mar, lleno de colores cambiantes. Sentíase afligida por la cercanía de la muerte, pero de todos modos el mundo era hermoso y era todo cuanto podía conocerse, y los misterios..., o el vacío del silencio..., quedaba más allá.

Joseph escuchaba todas sus explicaciones acerca de su aspecto consumido, y sus excusas, y la forzaba insistentemente a repetir lo que sus doctores habíanle dicho últimamente acerca de su «estado». Ella entonces mentía con soltura, diciéndole que el «estado» era, únicamente, envejecimiento, y que ella nunca había sido de fuerte constitución, pero que, por lo demás, su salud era razonablemente buena. La escuchaba, acechándola fijamente, y después parecía quedar tranquilizado.

Nunca podría decírselo, pensaba ella. Ya había sufrido él bastante. Ella moriría a solas y quedamente. En su último instante éste sería su postrer obsequio para él. Nunca le había importunado con sus ansiedades y problemas personales o con sus temores de medianoche, y no iba ahora a importunarle.

Un día, en sus aposentos del hotel de Nueva York, mientras él estaba sentado junto a su silla asiéndola de una mano, se le ocurrió que él conocía la verdad; que la sabía desde hacía algún tiempo. Se sobresaltó hondamente, mirando con ansiedad su

sombrío perfil, mitigado por la tenue luz que llegaba a través de las cortinas. Parecía sumido en sí mismo. No obstante, se daba cuenta de que él pensaba en ella con absoluta concentración. Los ruidos callejeros quedaban sofocados; el hotel estaba en plena quietud porque era hora avanzada de la tarde y nadie estaba todavía vistiéndose para cenar ni había regresado de las visitas y compras. El día había sido cálido, de temprana primavera. Joseph le había comprado un ramo de narcisos blancos y amarillos que estaban en un jarrón verde, sobre la mesa redonda, recubierta de terciopelo, donde consumían juntos sus comidas.

Durante un rato había permanecido en silencio. Joseph estaba sentado a su lado como un marido afectuoso, con un libro abierto apoyado en su flaca rodilla. Estaba contemplando fijamente la pared de enfrente. Sí, él lo sabía. No podía comprender cómo había llegado a saberlo, pero lo sabía. La intuición del amor debió decírselo. Las lágrimas acudieron a sus ojos. «Pero estoy contenta por ser yo la que primero se irá», pensó ella. «Tú eres fuerte, pero yo soy débil. Soportarás esto como soportaste otras tragedias, pero yo no habría podido resistir tu muerte. Aunque sólo sea por esto, doy gracias a Dios. Todas nuestras vidas forman un conjunto de abandonos, uno por uno, de las cosas que amamos y disfrutamos y, finalmente, llega el último abandono y quedamos vacíos. Pero tengo el recuerdo de nuestro amor que me llevaré conmigo, si puedo, porque eres el único goce que jamás conocí, la única dicha y deleite. Y por ello, soy rica después de todo, más rica que la mayoría. Otras viven vidas sin color ni vitalidad, y su existencia es como las gachas infantiles sin condimento y tan blandas. Pero yo he conocido todas las elevaciones que son posibles para una mujer, todos los arrebatos y la fe y la confianza, todos los estímulos y maravillas, y hasta el dolor me ha sido soportable en tu presencia, querido mío. No debo ser codiciosa intentando aferrarme a lo que he tenido..., ya que todo quedó colmado. Nada puede ser añadido. Nada quitado».

Por vez primera desde que supo que la enfermedad que padecía era mortal estaba resignada, tranquila, sin rebeldías y sin temores.

Joseph volvió la cabeza y la miró, como si también supiera esto. Sus ojos se fijaron mutuamente y mientras se miraban quedaba consolidado lo que habían sido el uno para el otro durante aquellos largos años. Los dedos de Joseph apretaron algo más su mano, y esto fue todo. Ella había aceptado. Él fue forzado a aceptar. Ésta era la diferencia.

Finalmente él murmuró:

—Elizabeth...

No, no debía hablar. Ella le colocó cariñosamente la mano sobre los labios, y dijo:

—Todo está bien, cariño. Por favor no digas nada. Todo está bien.

Sentíase tan aliviada que casi estuvo a punto de llorar. Ya no necesitaba más simular, pintarse el rostro, intentar parecer animada, forzarse a reír cuando el dolor la asaltaba. Le era concedida aquella gran merced, sabiendo que él sabía, y ya no se sentía aislada en una torturante jaula de hierro, temerosa de gritar para no herirle.

Su paz mental la hizo aparecer más fuerte al día siguiente y fueron a la ópera juntos por última vez, y sabían que sería la última vez, y por ello la música y las arias y los atuendos tenían para ellos mayor intensidad y significado. Pero sabían que era Elizabeth la que desaparecía en el barco de cisnes y no Lohengrin, y se miraron y sus manos estrecharon más el entrelazamiento. Nunca, ni siquiera en su juventud, le había parecido Elizabeth tan bonita a Joseph, tan translúcida, tan plena de dignidad y paz.

La llevó personalmente de regreso a Green Hills al día siguiente y ella no opuso objeción, aunque ésta fue la primera vez que habían regresado juntos a casa en el mismo tren. Ella estaba recogiendo las últimas impresiones como una espigadora afanosa que acopia trigo contra el hambre y la noche de hambre.

—Dentro de dos semanas volveré para estarme un mes entero contigo —dijo él, cuando la dejó a su puerta y su doncella la ayudó a cruzar el umbral.

—Sí —asintió ella, y sus grandes ojos verdes rebosaban amor y no melancolía.

Había elegido su tumba un mes antes, no cerca de Tom Hennessey, que yacía junto a su primera esposa en honda fosa bajo pesada lápida. Había comprado una parcela de tierra, y hasta encargado su mausoleo para ser grabado, simplemente con su nombre, el año de su nacimiento y el año de su muerte. Los robles fueron siempre sus árboles favoritos. Uno se erguía allí, antiguo y poderoso, y sus ramas se inclinarían sobre su tumba. Ella permanecía erguida en el viento de primavera y estaba apacible, contemplando el lugar donde yacería y dormiría. De joven la horrorizaba que las personas pudieran elegir casualmente sus tumbas y lo que habría en sus lápidas, y pudieran visitar el lugar. Pero ahora sentía solaz. El lugar era bonito y sereno.

Una semana después murió sola en su cama, al amanecer, como había esperado y nadie estaba con ella. Al ir aumentando la claridad del nuevo día un dardo de sombra dorada se proyectó a través de la ventana y se posó en su durmiente semblante, que era ya el semblante de una joven que había llegado definitivamente al hogar.

Bernadette telefoneó a Joseph en Filadelfia, para anunciarle que Elizabeth había sido hallada muerta por su doncella aquella mañana, y que el funeral tendría lugar el jueves. Bernadette hablaba en tono suave, aunque sentíase alborozada. ¿Acudiría Joseph para el funeral? Después de todo era el albacea testamentario de Elizabeth y había administrado sus negocios.

—Sí. Vendré —dijo él. Y esto fue todo.

Comenzó de nuevo a trabajar. No había en él sentimiento alguno, salvo una extensa vaciedad, una remota desolación. No podía creer, pese a todo cuanto supo durante algún tiempo, que Elizabeth estuviera muerta y que nunca la volvería a ver. Iría a Green Hills pero ya no había nadie más allí para él. Antaño fue un extraño contemplando la casa de un desconocido, y de nuevo sería un extraño, y volvería a contemplar la casa de un extraño, sin nada íntimo ni acogedor esperándole.

XVII

Antes de casarse con Claudia Worthington, Rory Armagh había asistido a clases de *socialismo fabiano*^[35] en Oxford. De no haber estado ya, en cierto modo, enterado de la verdad, tal como su padre se la reveló, al igual que los «sigilosos y mortíferos hombres», los financieros, grandes industriales, aristócratas europeos y americanos, los banqueros y los colosalmente ricos, hubiera estado confuso, incrédulo, y finalmente agobiado, pese a su cinismo natural y su realista abordamiento de la vida.

Así, llegó a la conclusión de que la supuesta «lucha de clases», de la cual ya había escuchado hablar en su colegio laico, era una lucha artificial, creada y manipulada por la «Élite», en su vigorosa campaña para tener el poder y el dominio en todo el mundo. No existía realmente querrela entre la clase trabajadora norteamericana y sus patronos, la clase media, ya que tenían un objetivo común que era el trabajo y la supervivencia y una pequeña porción de felicidad en un mundo que ofrecía muy poco para todos. No querían el poder. Querían paz, alojamiento, comida suficiente, una cantidad de dinero sobrante para menudos placeres, una cierta parcela de intimidad, familias y dignidad personal. Por encima de todo querían libertad para elegir sus vidas, su Dios y sus modestas ambiciones. No eran belicosos ni pendencieros. Eran hombres sencillos. No anhelaban particularmente inmensas riquezas y, en consecuencia, estaban contentos. En su simplicidad, en sus grandes agrupaciones, en sus creencias y deseos comunes, en su decencia nativa, tenían peso y eran formidables. En consecuencia, los tiranos en potencia eran impotentes para hacer uso de ellos, ya que tenían el perenne escepticismo del hombre ante los «ideales», ideologías y «causas» y protestas en masa. Si sus vidas eran duras, era el modo de ser de la propia vida, porque la competencia y la lucha por la supervivencia eran innatas en toda la naturaleza, bestias, plantas y hombre, y ellos lo sabían. Eran millones los que implícitamente creían en su religión, que el hombre había nacido para ganar su sustento con el sudor de su rostro, y que el trabajo en sí mismo tenía la dignidad de las causas naturales. La exhortación del cristianismo judaico, tal como fue reiterada por San Pablo, era honrada y comprendida por ellos: «¡Aquél que no trabajase, tampoco comerá!».

Si pensaban alguna vez en sus «superiores», los hombres de grandes riquezas heredadas, los banqueros y financieros, los «barones salteadores», no era con envidia o resentimiento, sino con una especie de respetuosa diversión. William Jennings Bryan no les había impresionado en demasía. Pero esta sanidad normal imperaba, ahora, únicamente en América. El socialismo había mordido en el corazón de Francia y Alemania, en Inglaterra hasta bajo el rey Eduardo y, en cierto modo, en Italia. En consecuencia, Francia había perdido su condición de potencia de primera clase. Bismarck casi había destruido a Alemania con su socialismo, pero los alemanes tenían las cabezas duras y habían comenzado a recuperarse en 1900 bajo un Kaiser

más inteligente. Rusia había quedado inmune al socialismo debido a la vigilancia de los zares y su policía especial, la Duma, siempre recelando de las fantasías y el confucionismo occidental europeo. Pero el morbo del socialismo no podía ser fácilmente anulado, porque era el arma de la «Élite» contra toda la humanidad, y estaba apoyado por «intelectuales», llenos de envidia y codicia, y oportunistas.

La «Élite», a través de sus profetas, Marx y Engels, había creado la «lucha de clases», con la finalidad de dividir, debilitar y finalmente conquistar todas las naciones. Eran muy listos. Decidle al pueblo trabajador que son insoportablemente oprimidos, incita en ellos la envidia y el afán codicioso, y formarán grupo aparte de sus patronos. Por otra parte, indicad secretamente a los patronos que las uniones destruirán sus beneficios, su propia supervivencia, y que la clase trabajadora está propensa al socialismo, a la anarquía, a la indolencia y al saqueo, y habremos separado al patrono de su obrero. Cread un clima de odio, desconfianza, exigencias y enemistad..., la lucha de clases. Habéis preparado el campo para el colmillo del dragón, ya que las guerras depauperan la fuerza de una nación, dejándola apta para la explotación, para el despotismo final y la «tranquilidad» de la esclavitud bajo el régimen de una benigna «Élite».

Eran muy pocos los que sabían que el socialismo y su retoño el comunismo, eran las formas más antiguas, más primitivas de gobierno en el mundo, y fueron inventadas en la Edad de Piedra por los moradores de cavernas que vivían en comunidades. La humanidad a través de los siglos había progresado desde un social-comunismo hasta una civilización dignificada donde los hombres eran comparativamente libres. Había indudablemente desigualdades e injusticias, ya que el hombre era imperfecto y siempre lo sería, pero viviría en paz en un ambiente de creciente libertad y elección y sus imperfecciones serían más o menos corregidas, aunque nunca hasta llegar a una imposible utopía. La naturaleza humana siempre permanecería: era lo único inmutable en el mundo. América, aunque afligida por el trabajo infantil y los insostenibles salarios bajos, en su mayoría impuestos por los grandes barones de la industria, estaba tanteando su camino con seguridad, aunque lentamente, para salir libre de las principales injusticias. Se había reído de los socialistas, los independientes y los populistas, aunque admirándoles por su frenética vehemencia y pintoresquismo, y había comprendido que sus ideas eran absurdas y peligrosas para la supervivencia de la raza humana y de la libertad de la mente. En consecuencia, la libertad iba creciendo en América, y el deseo de paz y su prosperidad asombraban al mundo. Donde los hombres eran libres podían efectuar su elección, y cuando elegían con sentido común y entendimiento, como hacía la mayoría en América, disponían de natural poder, libertad, movilidad y fuerza.

Por consiguiente, América era el enorme obstáculo en la senda hacia el poder de la «Élite». Debía ser infectada con socialismo y «lucha de clases». ¿Cómo podía lograrse esto, cuando los americanos eran el pueblo menos revolucionario del mundo? A través de guerras, al igual que mediante una insidiosa, diabólica e

inteligente propaganda desde las capitales de Europa y desde Nueva York y Washington, toda ella respaldada por riquezas ilimitadas y una dirección siempre en la brecha, políticos escogidos e «intelectuales».

Cuando de joven estudió el socialismo en Harvard, Rory se había preguntado cómo podía resultar creíble que los muy ricos pudieran unirse a fuerzas con una ideología tal como el socialismo, que amenazaba sus propias riquezas y sus existencias. Por entonces sólo tenía dieciocho años. Pero, lentamente, a través de su padre y de los hombres que conoció en los años siguientes, había llegado a comprender que no existía la menor disensión entre los muy ricos y poderosos y el socialismo. El socialismo era su objetivo. Por ello comprendió Rory, con cinismo bienhumorado, por qué sus profesores no atacaban directamente a los propietarios de grandes fortunas. Eran los instrumentos de la «Élite». No era contra la riqueza que se dirigía el socialismo, sino contra las masas del pueblo y sus libertades. Pese a las protestas en sentido contrario, la verdad persistía. El socialismo era una sociedad planificada para la completa esclavitud de la mayoría de los pueblos. Prometía la seguridad y tranquilidad del sepulcro, la disolución del espíritu humano. Todos los que negaban esto eran tontos, o conspiradores secretos. Nunca antes en la historia del mundo hubo una conspiración tan concentrada, tan poderosa, contra la humanidad como la que floreció en el siglo veinte. Moisés había gritado al liberar a su pueblo de la esclavitud: «¡Proclamad la libertad a través de la tierra y a todos sus habitantes!». Pero la libertad era el enemigo de la «Élite». Debía ser destruida y restablecido el bárbaro socialismo.

Cuando Rory regresó de Europa, después de la muerte de su hermana, sostuvo una larga y serena charla con su padre.

—Asistí a una sesión del Parlamento en Inglaterra, una sesión en uniforme de gala. Se denunció a Alemania, que con su industria superior y su genio industrial, está «invadiendo» el «tradicional mercado mundial británico».

—Sí —dijo Joseph.

—O sea que se avecina una guerra.

—No de inmediato —dijo Joseph—. Quizás en 1914 o en el año 1916. He visto ya los mapas bosquejados de los puntos de ataque. Pero América no puede comprometerse en una guerra sin dinero. Por esto... ha de haber un impuesto federal sobre los ingresos y la renta. Esto ya lo sabes desde hace años.

Asintió Rory. Los párpados inferiores se le relajaron, arteramente.

—El gran movimiento, la gran jugada —comentó—. Impuestos y guerras crearán disensiones en América, debilitándola. Ya hemos hablado de ello frecuentemente, ¿no es así?

—Así es —dijo Joseph. Contempló adustamente a su hijo y no prosiguió sobre el tema.

Pero Rory insistió:

—Y eventualmente llegaremos a la bancarrota nacional. Muy hábil la maniobra,

indudablemente.

Al inicio de la campaña para asegurarse el nombramiento de su Partido para la Presidencia, dijo Rory:

—Conozco todos los objetivos. Estoy de acuerdo con ellos sin reserva alguna.

—Excelente —dijo Joseph, pero su semblante era más tenebroso que nunca.

—No creo que consiga el nombramiento.

—Lo conseguirás —afirmó Joseph—. Hay millones de dólares en tu apoyo.

«Y las personas adecuadas», pensó Rory, y sonriéndole a su padre, dijo:

—Dinero fastuoso y *faustiano*.

—Rory, recuerda siempre que ningún hombre tuvo el menor tropiezo por refrenar su lengua. Debes aceptar las cosas tal como son.

—Oh, ya lo hago, ya lo hago así. Te lo aseguro, papá —y le sonrió afablemente a su padre—: Es realmente una lucha entre dinero y sangre, ¿no es así? ¿Y no es afortunado que las masas lo sepan... afortunado para nosotros?

—Ningún hombre murió de una superabundancia de dinero —dijo Joseph.

—Recuérdalo. En comparación la sangre no es nada..., si se traduce en torrentes de dinero. La sangre va barata. El dinero es todopoderoso. Conocí una vez a un hombre muy rico que además, aunque parezca increíble, tenía principios. Su hijo rebosaba idealismo y fe en la naturaleza humana, y gran desprecio por el dinero que su padre había ganado, atesorado y aumentado. Por lo cual el padre le dijo a su hijo: «Mañana ya no recibirás tu amplia pensión. Quiero que vayas a la ciudad con los bolsillos vacíos, por una sola semana. Amas a la humanidad; me has hablado de la natural compasión y generosidad entre los hombres. Vas a acudir como un mendigo a tus famosos compañeros los hombres».

Rory sonreía con espontaneidad mientras oía a Joseph que proseguía:

—O sea que el hijo, sonriendo de oreja a oreja, y armado con su necia fe en sus prójimos, abandonó la casa de su padre. Considero suficiente decir que todas las puertas le fueron cerradas, ricas o pobres, y fue zaherido como mendigo. No podía permitirse tomar un coche para acudir en busca de un trabajo, y así caminó hasta que sus suelas menguaron agrietándose. Pero como no tenía oficio ni destreza alguna artesana, sino solamente mucha instrucción adquirida en libros, no pudo obtener trabajo. Padeció burlas, odio y hambre, porque no tenía dinero ni siquiera para una comida en una cantina. Conoció cara a cara la maldad de la humanidad contra los indefensos, la crueldad que es parte de la naturaleza del hombre, y el escarnio hacia el indigente. Finalmente le dieron una escoba, a diez centavos la hora, para que barriese un taller. Descubrió que su amoroso hermano era un animal y, peor aún, carecía de compasión y caridad.

Hizo Joseph la pausa final, antes de epilogar:

—Regresó a la casa de su padre.

—Un hombre entristecido es un hombre más sabio —dijo Rory—. Un viejo aforismo y verdadero.

—Es un relato tan viejo que se ha convertido en parte de todas nuestras creencias. El dinero lo es todo. Rory. No hay nada más. Cuanto antes asimiles esta verdad tanto antes adquirirás la sabiduría.

—Lo sé —admitió Rory—. Me lo has dicho con frecuencia, citándome la Biblia: «El dinero es la respuesta a todas las cosas». Dios bendiga el dinero.

Más tarde, Claudia le dijo, fulgurantes de excitación los ojos:

—¿No es delicioso? ¡Serás Presidente de los Estados Unidos! ¡Viviremos en la Casa Blanca! Voy a dar tal clase de fiestas de gala, ballets y actuaciones artísticas, que dejarán asombrado a todo el mundo por su sofisticación. Al fin y al cabo somos todavía una nación tosca. Ya es hora de la cultura en los asuntos políticos, y la selección y el estímulo de las artes.

—Todavía no he sido, siquiera, nombrado candidato —dijo Rory.

Rara vez conversaba con su esposa. Le inspiraba ella tanta indiferencia como a su padre le fue indiferente su madre. «Por lo menos mi madre no es una tonta», solía pensar. «En cambio mi esposa se llevaría todos los premios de honor en una escuela para imbeciles, y matrícula de honor de los débiles mentales». Pero Claudia era una maravillosa anfitriona, graciosa, encantadora, sonriente, acogedora y tenía buen gusto y cierta astucia. Cautivaba a casi todo el mundo, incluidos políticos cínicos del partido de la oposición. A veces afectaba una seductora modestia, y todo el mundo comentaba su «admirable recato». Que todo esto ocultaba un poderoso ego, una táctica a sangre fría para sobresalir, era algo que muy pocos sabían. Indudablemente una dama tan gentil, con tanta sagacidad para las cosas adecuadas, incapaz de ser torpe aunque fuera norteamericana, refinada, cultivada, sofisticada y fascinante, debía tener el alma de una «margarita empapada por el rocío». Cuando Rory oyó esta expresión en boca de un diplomático poeta, tuvo un acceso de íntima hilaridad. Después iba a visitar a su dama del día, de la semana, o del mes, donde por lo menos podía encontrar honradez. Hasta la honradez sincera podía ser comprada con dinero. En cambio, Claudia era un fraude aun cuando no tuviera la suficiente inteligencia para comprender que era fraudulenta y meramente un eco. Puro cartón piedra, pensaba de ella Rory. Elegantemente vestida y enjoyada y con gestos y gracias maquinales, pero en definitiva cartón piedra, salvo por el culto nativo a la codicia y a la conveniencia.

Claudia estaba positivamente convencida de que sería designado candidato por su Partido, aunque Rory estuviera escéptico pese al poder y al dinero de su padre. Pero al ir acumulando peso y persistencia la «promoción» a través del país, al irse gastando dinero en grupos de gerentes y otros políticos, para la campaña, y al aclamarle nacionalmente docenas de periódicos, Rory tuvo que admitir que el sueño de su padre podía ser posible. El dinero lo era todo. Realizaba milagros, hasta en una nación obstinadamente obsesionada por el «papismo» y los prejuicios religiosos. Los periódicos de la oposición comenzaron a mencionar cada vez menos su religión, como si estuvieran avergonzados de su parcialidad.

Comenzó a ser llamado «el Senador del Pueblo», aunque eran muy escasos lo que pudieran recordar y destacar cualquier cosa que hubiera llevado a cabo en este sentido. Rory, bajo una dirección astuta, decidió rectificar esto. Timothy Dineen, con acre y comprensiva sonrisa, conferenciaba con él constantemente. Timothy afirmaba:

—Estoy en desacuerdo con Abraham Lincoln. Si se es lo bastante listo, se puede engañar al pueblo siempre, y encima te lo agradecerán. No te sonrías burlonamente, Rory. No eres ni mucho menos el peor político en América. Ni siquiera eres un bribón de primera clase. Nunca robaste nada ni aceptaste sobornos.

Rory sostenía también numerosas consultas con el Comité de Estudios Extranjeros, cuya rama norteamericana decidió llamar, interiormente, La Conspiración. Le consideraban serio y aparentemente consagrado a sus objetivos internacionales, respetuoso, flexible, inteligente y agradable.

—Podemos hacerte Presidente —le dijo Jay Regan— si comprobamos que mereces toda nuestra confianza. Creo que eres más de fiar que el viejo Joe, tu padre, que tiene una lengua irlandesa demasiado aguda y una ironía que no puede predecirse... y es incómoda. No debes nunca desconcertar a nuestros amigos extranjeros, ¿sabes? No tienen sentido del humor.

—Mi padre tiene un humor negro, y le gusta ejercitarlo. Pero usted le encontró responsable, ¿no es así?

Fue a partir de entonces cuando Regan comenzó a estudiar a Rory. El joven deseaba ser designado y elegido. La cuestión para Regan era: ¿por qué? Las respuestas habituales ahora no encajaban. Había algo más. A Regan le desagradaban las cosas intangibles. También desconfiaba de la naturaleza humana y de la peor de todas sus manifestaciones: la capacidad de emplear un criterio independiente. Sospechaba que Rory practicaba tal capacidad, aunque no tuviera pruebas.

Una vez le dijo Rory afablemente:

—¿Qué sucedería si los periódicos averiguasen algo y todo... el asunto... fuera expuesto públicamente?

—No lo harían. Son propiedad nuestra, Rory. No se atreverían a oponerse contra nosotros. Bien, si hubiera la menor insinuación, siempre podemos exclamar: «¡Nosotros no! ¡Los culpables son los banqueros judíos!». Esto resolvería el problema. La gente cree posible cualquier cosa acerca de los judíos.

Rory meditó. Recordaba que el gobierno británico había desviado así la opinión popular. Le dedicó a Regan una sonrisa angelical, y esto desconcertó bastante a Regan.

Rory dispuso de un vagón particular de ferrocarril.

—La gente simula estimar la campechana sencillez y las tendencias democráticas en sus políticos y dirigentes —dijo Joseph—. Pero de hecho si un hombre es sencillo, rudo y sincero, y tiene dinero y posición, le desprecian y le consideran inferior a

ellos. Después de todo, razonan, ¿serían ellos sencillos, rudos y sinceros si estuvieran en su posición? No. Serían ostentosos, majestuosos y altivos. Este hombre no es así. Por consiguiente, él no es superior a ellos, y entonces, ¿por qué iban ellos a ensalzarle?

Por consiguiente, Rory tuvo su vagón privado, y otro para sus gerentes y secretarios y publicistas y técnicos en relaciones públicas. En otros trenes los vagones eran ocupados por sus «hombres de avanzadilla», que recorrían toda la nación para preparar el camino al que secretamente llamaban «el joven jefe» con risas burlonas, pero también con adulación. Arrendaban locales, eran entrevistados por periodistas tan escépticos como ellos mismos, compraban planas enteras de anuncios en los periódicos, tenían folletos y carteles impresos. El rostro lleno de colorido de Rory aparecía por doquier, en farolas, en paredes y empalizadas, sonriente, chispeante, guapo, atractivo. Los recalcitrantes alcaldes, gobernadores y delegados del Partido, fueron sigilosamente sobornados, intimidados y pronto averiguaron que los sobornos eran muy generosos y las amenazas no eran en vano. Rory disponía de varios directores de campaña. Anunciaron su propósito de aparecer en todos los concilios primarios. Comentaron en todos los tonos su personalidad, su talento, su intelecto, su devoción al pueblo, su determinación de rectificar «toda injusticia», su antagonismo contra toda explotación, su desprecio por «los hombres de gran fortuna que no tenían la menor consideración con sus trabajadores sino que los trataban como a ganado». Aunque era hijo de un hombre poderoso y riquísimo, él no buscaba un cargo público por las ganancias sino para la obtención de la «equidad y justicia» y por un celo patriótico en servir a su país y a sus conciudadanos.

Rory quedó bajo la tutela y enseñanzas de políticos realistas. No iba a ser otro Bryan, un necio llamativo y vociferante. No iba a colocarse en un plan de igualdad con el populacho que acudía a oírle en los parques, en las calles y los locales de conferencias. Sería amable atento y simpático, pero no abiertamente democrático. Esto último le acarrearía desdenes. En todos los momentos se comportaría como un caballero abordable hasta un cierto punto, pero sin tolerar extralimitaciones. Al pueblo le gustaban los líderes, no un hombre igual que ellos. Admiraban a los héroes, pero no a los procedentes de la tropa, aunque fueran héroes. Querían hombres en quienes pudieran confiar, pero no que caminasen codo a codo con ellos. Les encantaban las bromas, pero también querían dignidad y un aura de potencia. Todo cuanto debería vestir era examinado cuidadosamente. Tenía que vestir con distinción, prendas caras pero con estilo y sin nada extremado. Cuando hablase, basándose en discursos meticulosamente escritos por astutos redactores, podía dejar que su natural elocuencia añadiera énfasis, pero nunca debía ser grosero. Un aire de candor, sí, y a veces hasta un poco de ingenuidad acompañada de risueños guiños. Pero nunca nada de familiaridad. Si era interrogado por individuos demasiado familiares y agresivos tenía que sonreír fríamente y contestar con breve formalidad. En todo momento debía emanar fuerza y decisión. Si era hostigado sobre su religión, tema que a ser posible

nunca debía mencionarse, tenía que decir aproximadamente que todos los hombres honran a un Dios y le adoran, ¿y no era claramente poco americano y antidemocrático decidir en nombre de todos los hombres de qué modo debían honrar y adorar? Tenía que asumir una expresión de lástima, como si el interrogador hubiera demostrado fanatismo, algo que no debía constituir en absoluto un rasgo norteamericano. «Todos somos norteamericanos. Honramos a Dios y a nuestra patria, tanto si somos presbiterianos, metodistas, católicos, bautistas, judíos o episcopales, y tan sólo insinuar que cualquiera de éstos no ama a su patria devotamente y puramente ya es un deshonor para todos los norteamericanos».

Clérigos ortodoxos en muchas comunidades campesinas no creían en la sinceridad de Rory. Si llegaba a ser elegido Presidente... ¡«Dios nos preserve de tal calamidad»!..., el Papa tomaría por residencia la propia Casa Blanca, en Washington, y pronto dominaría al Senado y al Congreso, introduciendo la Inquisición española y sus aparatos de tortura, y en menos de un año, América, la América protestante, sería un satélite del Vaticano.

—¿Acaso nuestros antepasados no huyeron de tales calamidades? —gritaban desde los púlpitos—. ¿Huyeron para que sus nietos lleguen a ser esclavos del papismo, la idolatría y los sacerdotes?

Los auxiliares de Rory empleaban este mismo fanatismo para sus propósitos con una arteria que era admirable y sutil. Hasta publicaban los desvaríos de los fanáticos y los invalidaban al solicitar del pueblo americano que sintiesen vergüenza por tener tales elementos en su immaculado y tolerante ambiente. Lograron que efectivamente multitudes sintieran vergüenza y al ver a Rory sintiesen un impulso de afecto y protección hacia él, para demostrarse a ellos mismos que eran hombres justos y no necios ignorantes llenos de odio y espíritu vengativo. El otro Partido, en consecuencia, quedó desarmado. Si mencionaban la religión de Rory era sólo de paso, pero los periódicos los vituperaban y por lo menos muchos de ellos lo hacían así para demostrar su tolerancia. El Partido de la oposición se quedó casi sin un argumento hostil. Solamente les quedó mencionar que Rory no hizo nada notable en Washington como senador, pero los auxiliares de Rory emplearon con talento esta misma carencia a modo de propaganda. ¡No había hecho nada que fuera perjudicial para el pueblo, aunque estuvo en posición de poderlo hacer!

Un notable y famoso pastor en Filadelfia expuso tímidamente la siguiente cuestión: ¿el vínculo predominante de fidelidad de Rory sería hacia su nación o hacia su religión? Lo expuso privadamente, pero sus colegas le dieron publicidad. (Fueron magníficamente recompensados). El hombre había sido notable por su intelecto y su integridad, su justicia ante todas las creencias religiosas existentes en América, su bondad y caridad. Era una desgracia que hubiera resbalado esta sola vez, y lo deploró de inmediato como indigno de él. Pero los auxiliares de Rory lo proclamaron por todo el país a través de la prensa, y el pastor fue vehementemente condenado como «intolerante» y «antiamericano». Sus propios seguidores le declararon el ostracismo.

Cuando era abordado con simpatía por furibundos fanáticos los rechazaba con cólera hacia sí mismo y disgusto hacia ellos, y de este modo se ganó aún más enemigos. Nunca recobró la autoridad y posición que estuvo antaño en su poder, y lo admitió como un justo castigo por su necio y privado desliz. Tenía muchos amigos que eran sacerdotes católicos, y que estaban indignados por la injusticia cometida con él, pero les suplicó que no intervinieran en su favor.

Claudia y sus hijos fueron empleados como una baza más a su favor. Aparecía ella con Rory y su prole en la plataforma posterior del vagón privado, una visión deliciosa y a la moda con sus hijos agrupados en torno a ella. Los auditorios quedaban encantados. Ella tenía una habilidad natural para la publicidad, y por ello sentíase en la gloria. Sabía mantener la vista baja recatadamente como convenía en una mujer, y con tímida sonrisa declaraba que no era una feminista y no creía en el voto para las mujeres, y que era solamente una esposa y una madre. Miraba con amor apasionado a Rory, a su lado, y tocaba gentilmente su brazo con su mano enguantada. Pero nunca se inmiscuía, nunca hacía valer sus derechos, nunca expresaba nada que no fueran las opiniones más apropiadas. Pedía los votos para su esposo, «porque yo conozco su profundo amor por este país y por la justicia social, la paz y el progreso. Ha conversado conmigo a menudo sobre estas cosas, después de haber acostado yo a los niños y oído sus inocentes plegarias. Somos gente sencilla y les hablamos con sencillez». Habiendo sido bien asesorada, hablaba prudentemente con granjeros, obreros, empleados y patronos, sobre sus «problemas». Rory los rectificaría. No sería un «instrumento» de políticos venales y establecidos. Serviría a su país y a sus hijos. Estaba por encima de toda política. Sería el Presidente del pueblo, sin distinción de partido, raza o credo. Había tomado sobre sí esta carga, no por el dinero ni la posición, ya que poseía ambas cosas en enorme cantidad. Deseaba solamente ofrecer su vida y sus talentos a América.

Hasta las sufragistas que le tenían resentimiento a ella por antifeminista, quedaban encantadas con Claudia. Daba concurridas sesiones de té para mujeres, aunque no pudieran votar.

—¿Para qué ocuparse de ellas? —había preguntado a los auxiliares de Rory.

Le expusieron muy gravemente que si bien las mujeres no podían votar ejercían sin embargo una gran influencia sobre sus maridos. Con desacostumbrada perspicacia les replicó ella:

—Pues yo no, caballeros —y pareció sinceramente melancólica. Pero estos intervalos sentimentales eran escasos. Sus ojos estaban fijos en la Casa Blanca.

También Bernadette fue enrolada para prestar servicio. Era, de lejos, mucho más política que Claudia. Nadie tenía que decirle lo que debía hacer. Gorda, «sin pretensiones», y evidentemente matrona y madre, era directa y activa, y atraía a las madres, quienes a su vez trataban de atraer en sus maridos, hostigándolos. Hablaba únicamente de niños a las mujeres, manifestándoles la preocupación de su hijo acerca del trabajo infantil y la explotación de los niños.

—Los hombres, atareados con todos sus negocios, ignoran a veces estas cosas. Es necesario que nosotras las mujeres, les aconsejemos.

Daba a entender que Rory estaba realmente interesado en los votos para mujeres. Sus tés eran deliciosos y eran concurridos y su risa campechana y su «sincera sencillez» era aplaudida en muchos periódicos. Fue mencionado el historial de su padre en el Senado, aunque vagamente, ya que nadie podía recordar exactamente dicho historial. No obstante, se insinuó que fue ejemplar y guiado por su honda preocupación por el carácter americano y la justicia para todos. El señor Lincoln había intercambiado a menudo confidencias con él.

Si Rory charlaba alguna vez, como lo hacía privadamente, con miembros de la Sociedad del Sagrado Nombre y los Caballeros de Colón, no se mencionaba en la prensa.

La dualidad de su carácter era un elemento de buen éxito para él. Hablando ante hombres exigentes y brutales era sinceramente exigente y brutal. Podía ser áspero y cínico cuando era necesario, y hasta vengativo, y después con otros era suave, evasivo, refinado, cordialmente intelectual. Todos sus rostros eran igualmente sinceros. Sus consejeros admiraban esta cualidad suya, proteica, pero nunca dejaban que fuera desplegada inadvertidamente ante auditorios que no fueran los apropiados.

Era incansable. Parecía inmune a la fatiga. Si su juventud era a veces mencionada en tono de duda, contraatacaba afirmando que el saber no procedía necesariamente de la edad y que quizás ésta debía ser la Era de la Juventud. Con abordamientos nuevos. Con el entendimiento de que América era un país joven, y ¿por qué no iba a hablar también la juventud en los cónclaves de los asuntos nacionales? Después de todo, añadía con un guiño jocoso, la juventud era una enfermedad que el tiempo curaba. Mientras, la juventud tenía algo que decir a América. Citaba la Biblia... cuidadosamente, la versión del rey Jaime, al efecto de que los «viejos tenían sueños, y los jóvenes visiones». Ambos eran necesarios. América había nacido de sueños y de visiones. Sin ellos, una nación era un pueblo muerto. «Un pueblo sin una visión debe perecer». Éste era el toque personal de Rory, y suscitaba la creciente admiración de sus cohortes.

Nunca aparecía fatigado. Podía hablar a la medianoche, y después hallarse en plena forma para hablar al amanecer en las estaciones de ferrocarril, desde la plataforma de su vagón privado, a grupos de agricultores y obreros. Era elocuente y fogoso, humorístico y lisonjero, divertido y preocupado. Algunas veces sus propios secuaces se preguntaban:

—¿Qué es lo que realmente le impulsa? —y nunca lo supieron.

Pero había algunos que tenían barruntos^[36], conociendo tanto a Joseph Armagh como a su hijo. Éstos, sin embargo, no se hallaban entre los auditorios de Rory. Se reunían en Nueva York y Washington. Leían largas cartas aparentemente confusas, procedentes de Europa, y discutían fríamente su contenido.

Aparentemente no existía límite para los millones de dólares que Joseph

derramaba para Rory. No eran gastados ostentosamente. Pero el poder y peso de aquellos millones esparcidos surtía su efecto.

—Ganaremos —le decía Joseph a su hijo, y Rory comenzó a creerlo—. Ya no me queda nada en el mundo, salvo tú. Nada.

XVIII

—¿Vas a ir a Boston la semana próxima cuando Rory hable allí? —le preguntó Joseph a su nuera.

—Si así lo desea usted... —dijo Claudia, que encontraba muy estimulantes aquellas incursiones.

—No lo sé todavía —dijo Joseph.

Claudia era excesivamente a la moda y sofisticada, por lo menos en aspecto y modales, para Boston. Boston no era susceptible al encanto. Tampoco le agradaban los irlandeses, aunque estaban creciendo en poder y riqueza en esta ciudad. Pero esta misma riqueza y potencia resultaban sospechosas. Sin embargo, Claudia no era irlandesa, y tenía modales. Joseph cavilaba sobre la cuestión. Había comenzado en contra de su voluntad a admirar a Claudia que tenía el talento de decir lo adecuado en el momento apropiado. Los votantes le eran muy adictos. Quizá Boston, que sabía del presunto «*pedigree*» aristocrático de Claudia, pudiera ser influenciado. Valía la pena intentarlo. Habría tés para las señoras. Los hombres, naturalmente, nunca eran invitados. Las reuniones eran encantadoras, femeninas, recatadas y delicadamente influyentes. Joseph decidió que Bernadette no iría a Boston. Era demasiado pedestre para las damas de Boston, aunque muchas de ellas también lo eran, además de rudas y codiciosas. Hasta las damas irlandesas podían sentirse ofendidas por Bernadette, y de ser invitadas se considerarían a sí mismas iguales a ella y, en consecuencia, poco dignas de ser tomadas en serio.

Por entonces recibió Joseph una repentina si bien cortés invitación para asistir a «una reunión muy importante» del Comité de Estudios Extranjeros en Nueva York.

Tenía más que razones para sospechar que no había sido invitado a las cuatro últimas reuniones, y hasta cierto punto sabía el porqué, o creía saberlo. El Comité era apolítico. Apoyaba a cualquier político que sirviera para sus propósitos, y los propósitos de sus colegas europeos. Para ellos no había ni demócratas o republicanos, ni populistas, o «independientes, o campesinos-obreros». Eran únicamente potenciales y obedientes sirvientes, tanto si fueran presidentes o bien oscuros delegados, alcaldes de grandes o pequeñas ciudades, diputados o senadores, o gobernadores. Cada hombre era meticulosamente escrutado, estudiados sus antecedentes, analizadas sus tendencias. Emitido su dictamen, un hombre prosperaba políticamente o caía ignominiosamente. Habían respaldado a Rory como diputado y senador, aprobándole, o más bien aprobaron a su padre, su colega. Nada dijeron en contra de Rory en su licitación para el nombramiento de su Partido. Pero, por el momento, Joseph sabía que tampoco lo habían aprobado abiertamente. La actitud que ostentaban era de tanteo. Habían charlado frecuentemente con Rory quedando aparentemente bien impresionados, tributándole elogios a Joseph por su espléndido hijo.

—Católico nominal o no, podría ser elegido —le dijeron a Joseph—. Si es... correcto.

Joseph no tenía motivo alguno para creer que hubieran hallado súbitamente «incorrecto» a Rory.

De todos modos, sentía cierta aprehensión. Sin embargo, su inexorable propósito le hacía ser firme, aunque admitía que no tenía base real para «empinar mi espinazo». Todo había ido suave y perfecto hasta entonces. Un miembro del Comité hasta le había escrito a Rory unos cuantos de sus más elocuentes discursos, que había pronunciado con elegancia y espontaneidad. «¿Por qué diablos preocuparme?», se preguntaba Joseph en camino hacia Nueva York. «Si han cambiado de idea, lo cual no es posible, no significará nada para mí. Mi hijo será Presidente de los Estados Unidos. Él es todo cuanto me queda. Él es mi justificación».

—Mi hijo será Presidente de los Estados Unidos —anunció a sus colegas en Nueva York, después del suntuoso almuerzo, con los vinos mejores en la sede local—. No tengo nada más que añadir.

Se había levantado en la sala de conferencias, alto, magro, ascético, con su rostro severo y enjuto bajo la densa masa de su blanco cabello. Sus ojos azules ardían, y les había mirado a todos, uno tras otro, y ellos habían percibido su fuerza y ahora, su dominio.

—Y ahora les pregunto, ¿quién demonios es Woodrow Wilson? —dijo, y habló con frío desdén.

Se lo aclararon de nuevo, razonablemente, quedamente y sin reticencia. Nunca hablaban ambiguamente.

Woodrow Wilson era un inocente. Lo habían vigilado y estudiado durante muchos años. Era ingenuo, un idealista y un «intelectual». Por consiguiente era el hombre que necesitaban. Nunca sabría quién lo manipulaba. Habían sostenido numerosas conversaciones con él recientemente, y le habían impresionado con su gran solicitud por América y a su vez él les impresionó por su solicitud. Les había felicitado emocionadamente por sus publicaciones, «interesadas en el progreso de América».

—No lo dudo —dijo Joseph—. ¿Adivinó ni por un instante quiénes somos? ¿Y lo que pretendemos?

Ignoraron estas preguntas con expresiones apenadas. Era su intención hacerle sentirse tosco, lo cual no lograron. Ellos eran caballeros, implicaban. Lamentaban que él no fuera un caballero. Joseph sonrió. Miró a Jay Regan, quien le guiñó gravemente. Pero él sabía que a pesar de esta aparente camaradería, Regan se alinearía con sus colegas y no con Joseph Armagh. Juntos, tenían muchísimo más dinero que Joseph e infinitamente más influencia. Después de todo, él era únicamente un miembro. No era el Comité.

Los acontecimientos recientes le fueron resumidos con voces moduladas, como si hubiera violado el decoro impulsado por basta insolencia e idiotez, y como si todo cuanto fue dicho allí hasta entonces hubiera escapado a su débil comprensión.

Sentado les escuchó con una parodia de atención. Esto no los conturbó. Ni siquiera le miraban sino que contemplaban fijamente los documentos que tenían ante sí en la gran mesa ovalada, mientras en la Quinta Avenida el tráfico bramaba y el calor del avanzado verano hería las ventanas.

Era intención del Comité que ningún republicano fuera elegido en 1912, y ningún demócrata, excepto quien ellos eligiesen. Taft era «imposible». No era «tratable». Había disputado con Roosevelt, quien recientemente había clamado que Taft era un «hipócrita».

—¡He lanzado mi guante al cuadrilátero! —había gritado Teddy—. La pelea ha comenzado y estoy en cueros hasta donde permite la decencia.

—Ya sé, ya sé —dijo Joseph con impaciencia—. Tenemos que dividir al Partido Republicano con dos candidatos: Taft y Roosevelt. Y entonces, se da por supuesto que ganará Rory.

Le ignoraron con esmerada paciencia.

—Roosevelt presentará su candidatura por el nuevo Partido Progresista. Hemos acuñado una frase para él, «el Nuevo Nacionalismo». Los votantes están intrigados. Les gusta la palabra «nuevo». El propio Roosevelt ha dicho que desea «un juego limpio». Es una expresión de póquer, y les gusta a los votantes. La gente le aprecia mucho. Tiene una maravillosa sonrisa. Infecciosa. Hemos sugerido una frase para él: «El Partido del Alce Macho». Para citar su propia expresión, él está «encantadísimo».

—Sí, sí —aprobó Joseph—. Todo esto se proyectó en beneficio de mi hijo.

Simularon no haberle oído.

Le informaron, en resumen, de todo cuanto sabían acerca de Wilson. Había establecido la primera célula socialista en Princeton a mediados de 1880, cuando fue profesor allí. Hombre bastante rico y de gran instrucción, fue muy sensible en todo lo referente a Karl Marx y había comprendido todo lo que era necesario para la aparición de una «Élite» en América. Desconfiaba del hombre común, aunque públicamente era el paladín de ellos, no habiendo conocido a su paso por seis universidades, en las cuales estudió y enseñó, ni a un solo hombre común. Era un aristócrata por cuna, y esto le hacía ser respetado por el hombre común. Temía y odiaba a los «hombres comunes» que componían el Congreso y había asimilado rápidamente lo que le fue sugerido referente al poder reservado al Congreso para la acuñación de moneda.

—¡Es un monopolio del dinero! —había proclamado.

Se declaró en favor de un Sistema independiente de Reserva Federal, una organización privada que tendría el poder supremo de acuñar el dinero de la nación.

—Ya sé, ya sé —dijo Joseph—. Hemos estado trabajando mucho tiempo para quitarle el derecho de *acuchar*^[37] y emitir dinero al Congreso, y dárselo a los banqueros, que emitirán dinero por mandato y sin garantía. Si tienen algo nuevo que contarme, por favor, háganlo —y su corazón latía más aceleradamente a impulsos de la cólera.

—Hemos hecho a Wilson gobernador de Nueva Jersey.

—¿De verdad? —dijo Joseph, arqueando sus cejas rojiblancas—. ¡Vaya, no lo sabía!

Suspiraron. Odiaban el sarcasmo. Odiaban en particular la ironía y siempre habían deplorado esta tendencia de Joseph.

Uno de los reunidos expuso:

—Wilson comprende que América ha de abandonar su tradicional aislamiento de los asuntos mundiales. Debemos emerger como una potencia mundial.

—Para resumir —dijo Joseph—, Wilson ayudará a involucrar a América en una guerra.

Lamentó inmediatamente haber dicho esto, y muchos pares de ojos le miraron en herida reprimenda como a un niño al que se le ha dicho repetidamente un hecho evidente por sí mismo.

Dijo otro de los asistentes:

—Wilson comprende que América ya no puede permanecer por más tiempo indiferente ante las injusticias mundiales.

Asintió Joseph:

—Muy bien por Wilson. Está ahora en nuestro jardín de infantes, ¿no es cierto? —y estaba tan enfurecido que perdió cautela—. Me he perdido algunas reuniones. ¿Es Alemania la que ha de ser el «enemigo», o es Francia? ¿O Inglaterra? Barrunto que será Alemania, naturalmente.

Bajo su poblado mostacho que emboscaba su labio dijo Regan:

—El Kaiser es realmente un hombre insoportable.

—Teddy Roosevelt simpatiza con el Kaiser —dijo Joseph—. ¿Ésta es la razón por la que no va a tener nuestra ayuda?

No le contestaron. Uno de ellos dijo:

—Wilson nos ha enseñado su programa para lo que llama «las Nuevas Libertades» para América.

—Yo creía que el pueblo americano tenía todas las libertades que podía abarcar —dijo Joseph, cada vez más soliviantado—. ¿Qué más quieren?

Quedó algo desconcertado cuando ellos rieron decorosamente.

—No quieren libertad, Joe —dijo Regan afablemente—. Quieren un César. Pero esto ya lo sabe, ya que lo hemos comentado a menudo durante todos esos años. Por consiguiente, les ayudaremos. Les daremos un César, el señor Wilson, un hombre suave y nada sofisticado, que seguirá nuestras instrucciones. No sabrá que es un César, pero lo será. Porque... nosotros somos el César. Vamos, Joe, usted sabe que éste ha sido nuestro objetivo durante largo tiempo. ¿Qué ocurre con usted ahora, Joe?

Joseph volvió a ponerse en pie apoyando los puños crispados sobre la mesa.

—O sea que Wilson es el que ha de ser nuestro candidato, nuestro pelele, nuestro lacayo que tocará la música que le indiquemos. Wilson, el defensor del hombre común, al que desprecia. Wilson, que nunca efectuó una sola jornada de honrado

trabajo con sus manos en toda su vida, y no sabe ni una palabra de trabajo y obreros.

Les fue mirando a todos lentamente.

—¿Qué pensarán los jefes democráticos de todo esto?

Algunos rieron suavemente, y uno especificó:

—Todavía no les hemos dicho qué es lo que tienen que pensar y opinar, Joseph.

Impulsado por su cólera, cometió Joseph un error fatal. Dijo:

—Quizá Rory pueda decirles a ellos la pura verdad.

Un silencio absoluto y mortífero llenó la gran estancia.

Nadie le miraba. El aire se hizo pesado, inamovible, estancado. Joseph lo percibió. Empezó a sudar levemente. Notó gelidez en su carne. «Cristo me condene por mi maldita lengua irlandesa», pensó. Nadie le miraba. Sentóse lentamente, pero sus crispados puños permanecieron sobre la mesa. Comenzó a hablar calmamente:

—Rory ha seguido todas las órdenes. Está hablando por todo el país en favor de las enmiendas para un impuesto Federal sobre los ingresos, un Sistema de Reserva Federal, y la elección directa de los senadores por el pueblo y no por designaciones de la Asamblea Legislativa. Ustedes lo saben. Han leído sus discursos en los periódicos. Ha seguido todas sus órdenes. Todas sus instrucciones. Nunca se desvió de ellas. Le han escrito discursos para que los pronunciase. Nunca, hasta ahora, han indicado que no fuera aceptable. ¿Por qué, ahora?

Tras una ojeada a las inexpresivas miradas fijas en la mesa, habló Jay Regan:

—Joe, seamos razonables. Rory es magnífico, pero es joven. Y los jóvenes son rebeldes por naturaleza..., y tienen sus propias ideas. En cambio, Wilson acatará sin discusión nuestras órdenes, dadas discretamente a través de muchos políticos que conocemos. Por ejemplo, el coronel House. Es nuestro hombre, como usted sabe. Wilson ha tenido un largo aprendizaje... en socialismo. Está maduro para nosotros. Rory, no. De nuevo, Joe, seamos razonables. Dentro de ocho años, muy probablemente, volveremos a tener en cuenta a Rory. Este intervalo le hará un poco más maduro, un poco más comprensivo de nuestros propósitos.

—Ha hablado con frecuencia con Rory —dijo Joseph—. ¿Por qué se ha vuelto contra él?

Regan volvió a consultar las miradas algo más expresivas.

—Joe, odio tener que decirlo, pero tenemos la sensación de que en este momento particular, Rory no es por completo... de confianza.

—¿Y Wilson lo es, tanto si lo sabe como si no? Resumiendo, él es lo bastante estúpido, lo suficientemente cándido para tragarse cualquier cosa que ustedes le digan. Cualquier frase noble, cualquier aforismo altisonante, los adoptará. Temen que Rory no. Creen que se reiría, y haría luego lo que mejor le pareciese. Ya han tomado en consideración a Taft. Es un político viejo y capaz. He oído decir que sabe mucho acerca de nosotros. No será tratable. Pensaría primero en América. Es receloso. Teddy Roosevelt es demasiado extravagante. Pudiera también tener pensamientos individualistas y personales. Es un internacionalista, como lo ha demostrado. Pero

aun así, pensaría en América en sus momentos templados, cuando no está de caza. Por consiguiente, Taft y Roosevelt quedan descartados. Potencialmente, son «indignos de confianza». Y también Rory.

Se puso en pie de nuevo, y concentró en él todas las miradas.

—Estoy perdiendo mi tiempo. Tengo solamente que decirles lo siguiente: estoy invirtiendo toda mi fortuna para conseguir que Rory sea designado y elegido. Me importan un comino nuestros colegas europeos, que quieren a Wilson, como me han dicho. Esta vez actuaré independientemente. Rory va a ser Presidente de los Estados Unidos.

Escuchaban atentamente. Hubo otro silencio. Por fin dijo Regan:

—Joe, no es el momento en la historia para *vendettas* personales. Yo sé que tiene usted una *vendetta* pendiente. Espere, Joe. Hágase a la idea que Wilson gobierna dos mandatos como Presidente. Después apoyaremos cordialmente, de todo corazón, a Rory. ¿Qué más podemos prometerle, en toda justicia, en toda razón? No hemos abandonado a Rory. Solamente pedimos que él, y usted, sepan esperar ocho años. Vamos, Joe, sea sensato.

Joseph les miró detenidamente. Dijo:

—Comparados con nuestros colegas europeos, somos niños pequeños. Ellos tienen siglos de manejos políticos, terror, revoluciones y caos tras ellos. Tiene siglos de tiranías. Son viejos. Son muy poderosos, más poderosos de lo que somos. Saben lo que quieren. Son ustedes los que están siguiendo órdenes recibidas, no dándolas.

Le miraban sin hablar. Joseph aspiró a fondo.

—¿Cuándo van a ponerse en movimiento contra Rusia?

Fue como si hubiese proferido una obscenidad en presencia de clérigos.

—Una pregunta tonta, ¿verdad? —dijo, cuando no contestaron—. Ya está planeado, ¿verdad? Así me lo informaron de otra fuente. Sí, estoy perdiendo mi tiempo y el de ustedes. Pero de nuevo debo decírselo. Rory va a ser Presidente de los Estados Unidos, así me cueste hasta el último centavo que poseo, y así tenga que gritar la verdad desde los tejados y alertar a América...

Uno de sus oyentes indagó con su más suave entonación:

—¿Contra quién?

—Contra ustedes —dijo Joseph.

Sin mirarles más ni añadir palabra alguna, abandonó la estancia. Estaba descompuesto por el furor, pero no frustrado. No sentía miedo alguno. Sabía lo que sabía.

Nadie habló tras él marcharse. Uno de ellos arrugó uno de sus documentos. Evitaban mirarse entre sí. Algunos suspiraron. Fueron mirando a Regan. También él suspiró. Después extendió la mano, el pulgar hacia abajo, gesto conocidísimo en tiempos de los antiguos Césares.

XIX

Timothy Dineen había mantenido a Joseph bien informado y al día sobre las jiras de publicidad de Rory a través del país, mediante recortes de periódicos, editoriales, reproducciones de los discursos de Rory y la reacción que suscitaban en el público. El propio Rory había inventado un lema: «La Nueva Visión». Decenas de miles de personas se encariñaron con el lema. La Nueva Visión suponía toda clase de cosas para todos. Si algunos cavilaban en uno u otro punto, lo aprobaban en otras facetas. El patrono de muchos niños en talleres y fábricas podía apretar los labios ante la petición de Rory de que los niños no fuesen explotados «para beneficio ajeno y escasos salarios y desprovistos de su instrucción y su infancia». Por otra parte este mismo patrono quedaba apaciguado por las fogosas exhortaciones contra la «interferencia gubernamental», aumentando últimamente en forma ominosa, en el dominio de la empresa privada. «La empresa privada nos ha convertido en un próspero y gran país, ya que el criterio particular es superior a las conclusiones de burócratas enclaustrados». Denunció los monopolios y por otra parte defendió el derecho de las compañías a fusionarse, «de modo que puedan operar eficientemente, aumentando el empleo, estableciendo normas que son justas para empleados y patronos, ampliar mercados de modo que todos los americanos puedan participar en una creciente era de modernización y comodidades, promover el comercio exterior y competir en los mercados extranjeros». Expresó su pesar ante las «altas tarifas aduaneras que privan a los americanos de mercancías extranjeras», y después sugería que los aranceles fueran disminuidos de manera que los artículos extranjeros más baratos fueran accesibles al pueblo en general. Ridiculizó la idea de que los productos extranjeros de costo más bajo dejarían sin empleo a obreros americanos. «¿No son nuestros trabajadores americanos superiores en destreza y productividad a los extranjeros?».

Siempre concluía del modo siguiente: Si fuera designado y elegido por su Partido, no permanecería aislado de su pueblo en la Casa Blanca. Estaría abierto a todas las sugerencias, «aun de los más humildes». De hecho, solicitaba sugerencias de los obreros y agricultores. «A todos les será concedida la máxima consideración. Al fin y al cabo, ¿no sois vosotros el firme fundamento de América? ¿No son vuestras opiniones las más válidas?». Nunca omitía terminar con un apasionado llamamiento al patriotismo, al honor nacional y al poder. La banda de música que le acompañaba por doquier, remachaba sus últimas palabras con una alegre y ruidosa rubrica de trompetas y una marcha militar.

Rory decía siempre:

—Hago un llamamiento a la conciencia del pueblo americano. Confío en su sólido juicio, sin importar la religión o posición en la sociedad. No apelo a los intereses especiales ni a los Grupos. Soy un americano.

Éstas eran las palabras de un político nato. Solamente Rory sabía que era su propósito cumplirlas. No era de extrañar que, considerando la naturaleza humana, su sinceridad tuviera menos peso que sus hábiles semifalsedades, su llamamiento a los prejuicios locales, su halago a los que desdeñaba, sus evasivas, y el deliberado empleo de su encanto innato y su apuesta prestancia. Porque cuando hablaba sinceramente era demasiado sencillo. Cuando hacía uso del disimulo de actor era mucho más creíble.

Les encantaba a los americanos que les dijese que tenían preeminencia en el mundo actual, aunque Rory sabía sobradamente que América era todavía una nación de segunda fila, sin complicaciones, cándida, inocente, infantil, blanco de las burlas de los Imperios británico, alemán y austro-húngaro, y de Francia. Estaba tan apartada de la realidad como el decreciente Imperio ruso y su esplendor oriental y su prolongado despotismo. Los americanos sabían poca cosa de Europa, pero Europa conocía lo más desastroso de América.

Sabía que cuando de niño acudía a la escuela los británicos habían sido odiados y siempre vituperados en la prensa americana. Para algunos políticos pudo parecer extraño, como lo era, que en muy recientes años los británicos ya no eran tan compulsivamente odiados. Pero Rory conocía el motivo. El lema «estrechemos manos a través del océano» fue inventado por el Comité de Estudios Extranjeros en beneficio de sus colegas de todas las capitales europeas, a los efectos futuros de infiltración. A veces Rory pensaba, con acre humor, qué sucedería si le contase al pueblo americano la verdad. Pero sabía que ningún político dijo jamás la verdad al pueblo. Sería crucificado. El pueblo quería fantasías, halagos, sueños, excitaciones y pintoresquismo. Había un punto en el cual Rory estaba plenamente decidido: si resultaba elegido Presidente, América no se comprometería en guerras extranjeras. Pero de esto nunca le habló a su padre. Rory sabía cuándo debía retener su lengua, algo que desgraciadamente no siempre atendía su padre. Rory no tenía a sus espaldas un historial de hambre, explotación, odios, sin hogar y opresión, y por ello podía fácilmente refrenarse de soltar encono alguno en momentos peligrosos. En cierta ocasión Joseph le dijo:

—Se dice que los pueblos más felices son aquellos que no tienen historia. También es verdad aplicado a los hombres, individualmente.

Rory había adivinado las implicaciones y comprendió que su padre tenía varios impulsos, algunos de ellos honda y profundamente emocionales. Rory tenía tan sólo un impulso, no arraigado en emociones sino en la razón fríamente considerada. Hasta podía ser objetivo acerca del Comité de Estudios Extranjeros. Lo acataba y obedecía por el momento, ya que acopiaba datos. Pensaba haberlo engañado.

Recibió un telegrama de su padre hallándose en Chicago. Rory y Tim Dineen debían reunirse con Joseph en Green Hills antes de los discursos y apariciones públicas en Boston. El telegrama era urgente. Rory miró interrogante a Timothy, y éste encogió los hombros, diciendo:

—El viejo Joe debe poseer algunas informaciones que no tenemos.

Por consiguiente se dirigieron a Green Hills.

Joseph le había explicado algo a Timothy acerca del Comité de Estudios Extranjeros, y lo hizo con gran discreción porque ni siquiera Tim debía conocer demasiado. Pero Timothy adivinaba bastante con su intuición irlandesa. Había «captado» cierta conmoción subterránea en el mundo, un cierto movimiento progresivamente creciente, oscuro y oculto. El resentimiento contra «los ricos» en América siempre había estado presente, nacido de la envidia, la inferioridad y el fracaso, del mismo modo que prevalecía naturalmente en otros países. Este prejuicio dio origen a la guerra «contra los monopolios». (Timothy sabía que a los monopolios esto no les preocupaba). Todo era habladuría, propaganda, destinadas a apaciguar un poco las envidias del proletariado y hacerlo más tratable. Pero ahora había un avivamiento en contra de «los que mandan». Los populistas, los independientes, y ahora los socialistas, habían elegido cierto número de hombres, especialmente del Medio Oeste, para el Congreso y el senador. Timothy no creía en las «corrientes naturales». Sabía que tales corrientes eran siempre cuidadosa y deliberadamente inventadas y manejadas por hombres anónimos, sin rostro visible. Si existía un socialismo creciente en América no se originó por sí mismo. Había sido infiltrado suavemente y con éxito, para un propósito que estaba todavía oscuro, aunque Timothy tenía ya sus ideas a este propósito. Cierta vez lo mencionó negligentemente a Joseph, pero el semblante de Joseph había permanecido inmutable.

—No busques espantajos, ni registros bajo tu cama por las noches —le dijo a Timothy hoscamente.

Rory y Timothy se reunieron con Joseph en el estudio de éste, a puertas cerradas. Rory, que hacía algún tiempo que no había visto a su padre notó que el viejo muchacho no había menguado en su casi visible aura de potencia, concentración y fuerza implacable. Había sufrido no solamente la pérdida de dos amados hijos, y sus mejores amigos, y la temprana pérdida de su hermano y hermana. Tuvo que sobrellevar la pérdida de su amante de quien sospechaba Rory que había recibido más cariño del que su padre diera ni a sus propios hijos. No obstante, si padecía la quemante e inextinguible agonía de tantas pérdidas que jamás podía esfumarse, no lo demostraba al recibir a su último hijo y a Timothy. Estaba tan sereno y sosegado como de costumbre, y tan directo y sobrio.

Lo primero que notó Rory al entrar en el estudio de su padre fue el «arsenal» sobre la mesa del despacho. Sabía que su padre tenía armas, pero nunca vio que Joseph llevase alguna encima. Timothy contempló la colección de pistolas muy modernas sobre la mesa pero no hizo ningún comentario. Parecía aceptarlas como algo corriente. Había una docena de ellas.

Había una bandeja con copas y *whisky*, coñac y cerveza. Joseph señaló con la mano hacia las copas. Rory y Timothy llenaron sus copas. Joseph escanció coñac y añadió soda. Esto era desacostumbrado. Joseph, que supieran ellos, bebía rara vez.

—No os hubiera convocado de no haber sido necesario —dijo Joseph—. Por cierto, Tim, eres un genio. El modo en que has preparado las apariciones de Rory ha sido llevado de mano maestra.

Timothy, pese a su cabello blanco y su recia anatomía, sonrojóse como un muchacho.

—Joe, nosotros los irlandeses somos políticos natos. Tenemos el instinto apto. No nos exige mucho esfuerzo. Nos entusiasma. Es nuestro ambiente.

Elevó su copa en brindis hacia Joseph y había mucho afecto en sus ojos. Dijo:

—Creo que ganaremos en las primarias, y por consiguiente el Partido tendrá que darse buena cuenta del gran avance general. Surgieron pequeños problemas con jefes locales, siempre quisquillosos con sus menudos poderes, pero... los superamos. El horizonte aparece cada vez más despejado.

—Gracias al dinero —dijo Joseph.

Timothy, momentáneamente, pareció apenado. Uno sabía estas verdades, ¿pero era necesario mencionarlas siempre? La ironía de Joseph era a veces desplazada e inconveniente. Por fin, Timothy rió y Rory también.

—Hasta Nuestro Señor no sería escuchado hoy en día a menos de no disponer de una buena prensa —dijo Timothy.

Timothy no siempre comprendía a Joseph. Pero sí comprendió el súbito ensombrecimiento del rostro de Joseph, el súbito retraimiento, que eran resultado de la inculcada pudibundez irlandesa, hasta en Joseph, hacia la blasfemia. Rory, disimulando, estudió su copa. Timothy sintióse avergonzado. Dábase cuenta de su propia crudeza aunque había oído cosas peores entre otros hombres. Los tres irlandeses permanecieron en silencio por unos instantes.

—Es triste, pero es la verdad —dijo por fin Timothy, y supo que estaba ya perdonado, y esto divirtió su ironía irlandesa.

Un irlandés podía declarar, y con plena convicción personal, que no era «ningún hijo dócil de la Iglesia», y que era ateo y consideraba la «tradición» risible. Podía declararse emancipado de «supersticiones sacerdotales». Pero apenas fuera emitida la más tenue blasfemia, una simple crítica de lo que era tenido por sagrado por la mayoría, y el irlandés ateo montaba en cólera como si justamente aquella misma mañana hubiera confesado y comulgado, cosa que probablemente no hacía desde su infancia. No era cuestión de mera enseñanza. Era una cuestión del espíritu reverenciar lo desconocido, honrarlo secretamente aunque la boca declarase que no merecía honrarse. Esto impulsaba a los propios irlandeses sin credo a luchar a muerte contra los ingleses iconoclastas y su poderío militar.

Joseph inició sus aclaraciones:

—Lo que debo exponer podría ser extremadamente peligroso si alguien fuera de esta sala lo supiera. Repito, podría ser muy peligroso, y hasta fatal. Por consiguiente escuchadme con la máxima atención.

Les contó lo relativo a su reciente reunión con el Comité de Estudios Extranjeros.

Rory y Timothy escuchaban con tensa concentración. Y al cesar su padre de hablar, comentó Rory:

—Por consiguiente, ahora soy inaceptable para ellos. Seguiría siéndolo aún dentro de ocho años. Quieren a Wilson, ¡este inocente!, que bailará mansamente al son que le toquen, aun cuando ignore quién lleva la batuta. Temen que yo no hiciera lo mismo. Cómo lo adivinaron, no lo sé.

Fijando los pequeños ojos azules en su hijo, inquirió Joseph:

—¿Qué quieres decir con «adivinado»? ¿Hay algo que no me explicaste?

—Son simples conjeturas. Barrunto que recelarían de mi... acatamiento. No deberían preocuparse. Has leído mis discursos. Sé que también ellos los han leído. Nunca estuve ante ellos sin estar tú presente. ¿Dije algo que les pareciese «incorrecto» a ellos?

—No —admitió Joseph, sin dejar de escrutar a su hijo.

—Lo que a mí me parece increíble —dijo Timothy— es que unos hombres en Londres, París, Roma, Ginebra, y Dios sabe dónde más, ¡puedan decidir quién es aceptable como Presidente norteamericano!

Joseph le asestó una rápida ojeada desdeñosa como a un infante que acabase de balbucir incoherencias. Le dijo a Rory:

—La situación es la siguiente... En 1885 Wilson atacó el «poder congresista», como le llamó él, con aristocrático desprecio, cuando era profesor en Bryn Mawr. En su posterior carrera profesional «democratizó» la enseñanza y aludió a «serios reajustes en el gobierno nacional». Ha insinuado constantemente que la Constitución americana está «anticuada» y que necesita ser «reformada». Es un enemigo declarado del conservadurismo aunque todavía no haya definido este término, excepto que aparentemente teme que sea el gobierno por el pueblo y por consiguiente, vil. Wilson no conoce de la humana naturaleza más de lo que saben los perros que tenemos en torno a esta casa. Tiene nociones eclécticas, todas irisadas y todas quiméricas. Wilson menciona un «renacimiento nacional de ideales», pero también alude vagamente a «monopolios, intereses monetarios y grandes negocios privilegiados». Frases. Palabras. El Partido desconfía de él. No les agradan los engreídos fastidiosos que no saben de qué demonios están hablando, y desconfían de las extensas exhortaciones nebulosas. Hasta el momento todo lo que sabemos es que es un hombre emparedado en su aislamiento, y que está totalmente ignorante de las soluciones prácticas. Por consiguiente será dócil a las sugerencias, si son realzadas por palabras altisonantes y vacías de real contenido. Por consiguiente, es el ideal preferido de nuestros... amigos..., ya que no quieren hombres que sean sospechosos de pensar y les irriten.

—¿Debo comprender que ésta es la primera vez que han intervenido en el sentido de elegir nuestros presidentes? —preguntó Timothy.

—Bueno, algo tuvieron que ver con Teddy Roosevelt, quien vislumbró... algo..., y por lo tanto después ya fue considerado como no aceptable. Ahora efectúan su primera maniobra abierta para elegir un Presidente americano. Están invirtiendo

mucho dinero respaldando a Taft y a Roosevelt para dividir y debilitar el Partido Republicano y asegurar así la elección de Wilson. Taft está en contra de quitarle la exclusiva al Congreso para emitir papel moneda, y en contra, hasta cierto punto, de un impuesto federal sobre los ingresos, y contra la elección directa de senadores. Esto fue suficiente para asegurarle la enemistad y ser desechado. O sea que respaldan también a Roosevelt, para que Wilson sea elegido. Es así de sencillo. Es el hombre que necesitan porque nunca sabrá quién mueve las cuerdas. Estará rodeado de sus compañeros «idealistas», todos seleccionados por el Comité de Estudios Extranjeros.

—¿Le sería de algún beneficio para usted, Joe, y para Rory, revelar públicamente esto?

Joseph le miró incrédulo.

—¿Estás en tus cabales? ¿Cuántos del Partido Democrático conocen nada de todo esto? Se reirían. Lo mismo haría el país entero. ¿Un tranquilo Comité no-político en Nueva York decidiendo quién será o no elegido? Nadie lo creería, por verdad que sea. Los americanos adoran las fantasías, pero recelan de cualquier mención de «conspiraciones». Creen que esto es «extranjero», formando parte de antiguas instituciones monárquicas. Dirían..., ¿acaso los americanos no somos hombres libres, libres de elegir sus presidentes? ¿No votan en las primarias, y eligen? El hecho de que se les da poco que escoger no les conturba; ni siquiera piensan en ello. Están persuadidos de que estos hombres son «lo mejor que el Partido tiene por ofrecer». Demócratas o republicanos; no tienen otra elección. Por Dios, Timothy, ¿dónde estaba tu seso todos estos años, mientras trabajabas en mis asuntos?

—Comprendo que dije una necedad —admitió Timothy sinceramente.

—Si alguien le dijese al pueblo americano que el Comité en Nueva York, que está dirigido y recibe instrucciones de los banqueros internacionales de Europa y América, elige sus gobernantes, dirían que estaba demente. ¡Europa! ¿Quién se preocupa de Europa, llena de reyes y zares? La nueva arrogancia americana iguala solamente a la ignorancia y candidez americana. Y estas cosas son estimuladas.

Rory había escuchado en silencio meditativo. Dijo por fin:

—De acuerdo, papá. ¿Quieres que me retire y al infierno con el país?

Frunció Joseph el ceño.

—No comprendo lo que quieres decir con esto de «al infierno con el país». ¿Qué tiene que ver el país con todo esto? Yo quiero que seas Presidente. Yo te haré Presidente de los Estados Unidos. Esto es lo que les dije en Nueva York. Gastaré hasta mi último centavo, si es preciso.

Señaló las pistolas sobre la mesa.

—Quiero que tú y Tim llevéis siempre una de estas armas encima. Y quiero que también las lleven vuestros más cercanos guardaespaldas.

Rory contempló a su padre con sonriente incredulidad.

—Por el amor de Dios, papá, ¿quién iba a pegarme a mí un tiro a mansalva?

Una densa expresión tenebrosa recubrió las facciones de Joseph. Dijo lenta y

calmosamente:

—No creo que hayas realmente escuchado, ni en Nueva York, Londres, París, Roma, Ginebra. Creo que todo fue tiempo gastado en vano. Eres tan ingenuo como el americano corriente y común, y siento decirlo. ¿Has olvidado a Lincoln, Garfield, McKinley, todos baleados por aquellos que los periódicos llamaron «anarquistas»? ¿Crees, como dijeron los periódicos, que estos asesinos eran fanáticos dementes o cualquier otra cosa, y actuasen en solitario por su cuenta? ¿Crees que estos asesinatos fueron planeados en las minúsculas mentalidades de oscuros hombrecillos, impulsados solamente por pasiones individuales particulares? Yo creí haberte enseñado mejor. La mano que disparó el arma fue dirigida desde muy lejos, quizás desde alguna capital europea. Cuando el zar Alejandro fue asesinado por un «anarquista», fue el comunismo quien lo ordenó, y esto te lo expliqué una docena de veces. Fue planeado meses, años antes. Él era un hombre humanitario deseando reformar y establecer la Duma y aliviar al pueblo ruso de la tiranía y la servidumbre. Por consiguiente... hubiera eliminado la causa de las revoluciones catastróficas. Por consiguiente..., tenía que morir. ¡Cristo! Esto te lo expliqué. Lo sabías.

Rory estudió a su padre. Su color rubicundo había disminuido. Dijo:

—Padre, si ellos quieren quitarme de en medio, matarme, saben que pueden vencer y pasar por encima de cuantos guardas o armas tengamos. Pueden matarme en cualquier parte..., si así se han propuesto. En la calle, en las salas de conferencias, hasta en la iglesia, o en mi cama.

—Vaya, o sea que por fin ya lo has comprendido —dijo Joseph—. Finalmente ya los has aceptado tal como son. Pero esto no significa que ellos puedan quitarte de en medio, como dices. Hombre prevenido se arma doblemente. No creo que se atrevan... Únicamente van a empezar muy pronto sus movimientos para desacreditarte, ridiculizarte, invirtiendo más y más dinero en Wilson, para emplear propaganda en contra tuyo. Tu religión, por ejemplo. O quizás no. Hay millones de católicos en América, de todas razas. Ya encontrarán algo, no lo dudes, además de armas. Todavía no eres el Presidente. De todos modos, debemos ya estar preparados. Rory, elige una de estas pistolas. Ya aprendiste a disparar adecuadamente.

—Oh, Jesús —murmuró Rory.

Pero empuñó una pistola compacta y pesada guardándola en su bolsillo. Sentíase ridículo. Pero Timothy estudió seriamente las armas y finalmente seleccionó una. Mirando fijamente a Joseph afirmó:

—Vigilaré a Rory minuto tras minuto, Joe.

—Magnífico —dijo Joseph. Hizo un gesto impulsivo extraño en él. Estrechó fuertemente la diestra de Timothy que enrojeció de satisfacción—. Y los guardaespaldas deben llevar arma también. Tim, puedes mencionarles a los jefes locales en Boston exactamente lo que es este pobre y grave inocente de Wilson. ¿Quieren un soñador por Presidente que desorganizará el país? ¿Quieren un hombre que se entremeterá en asuntos internacionales en detrimento de América? He

preparado todo un expediente acerca de él. Éste que aquí ves. Habla con todos los que puedas en Boston. Hay muchos irlandeses allá. Recelan de los idealistas altivos como Wilson. Sin revelar tus fuentes, puedes sostener cautelosas conversaciones con ellos. Insinuaciones. Cejas en alto. Bromas. Ridículo. Consigue copias de este expediente. Distribúyelas ampliamente antes de que Rory hable allí.

Contempló pensativo a su hijo y a Timothy.

—Ningún hombre quiere creer en la realidad de graves eventos. Quiere solamente creer en cosas frívolas. Vamos a intentar algo único. Les proporcionaremos a los votantes un tema de discusión grave, aun cuando sus instintos sea seguir las pompas de jabón. Les demostraremos que Wilson conduciría a sus hijos a la muerte. Hazlo con discreción, pero no con demasiada. No reveles tus fuentes. Pero deja que tu sinceridad resalte. Conoces la verdad. Argumenta, sin usarla, en forma convincente.

La atmósfera en la estancia resultaba ya tan opresiva que Timothy murmuró contagiado:

—Y que Dios se apiade de nuestras almas.

XX

Joseph se había abstenido cuidadosamente de aparecer en ningún sitio con su hijo. Algunos periódicos podían murmurar sobre «las Empresas Armagh, muchas de cuyas actividades son reputadamente nefastas», pero nunca podrían imprimir: «Joseph Armagh viaja con su hijo y financia sus apariciones públicas por todas partes». Nadie ignoraba la verdad, pero como Joseph parecía desinteresado en los fulgurantes viajes de su hijo por toda la nación, no hacían comentarios que pudieran ser adversamente citados, no concedía entrevistas y solamente sonreía brevemente a los periodistas que algunas veces le asediaban, y no hablaba públicamente con ninguno. No era posible, en consecuencia, ser abiertamente acusado ni denunciado. Sólo en una ocasión accedió a responder a un grupo de periodistas, en Filadelfia:

—¿Mi hijo Rory? Oh, él es un político nato. Yo, personalmente, encuentro pesada la política, ahora. Si nuestro Partido desea nombrarle..., después de todo creo que tuvo un buen historial como diputado y senador..., esto queda enteramente en manos de los delegados el próximo año. No proyecto asistir a la convención. No, señores, gracias. No tengo nada más que decir.

No le creyeron, y no le importó. Por lo menos, no podían citar ninguna afirmación suya en ningún sentido.

Esto no impidió que ciertos periódicos influyentes implicasen que se estaban gastando millones de dólares en el senador Armagh en un esfuerzo para influir en las primarias y en los delegados al año siguiente. De pronto se habían vuelto desdeñosos y agresivos, y ya no satirizaban con afabilidad como antes hacían llamándole a Rory «El Muchacho Dorado», Últimamente los editoriales habían perdido su habitual humor campechano empleando ahora áspera ridiculización y caricaturas malintencionadas. Joseph no estuvo en absoluto sorprendido cuando periódicos que escribieron favorablemente sobre Rory estaban ahora expresando «serias dudas», como decían, y algunos eran definitivamente hostiles. «El Circulo» había comenzado a actuar. Los ataques contra Rory y su padre aumentarían en intensidad hasta los nombramientos. Por otra parte, diversos periódicos se hicieron más calurosos en su admiración por Rory. Joseph pensaba que en aquella partida dos podían jugar, y se preparó además a actuar en otros terrenos, planeando.

Decidió que Claudia no acompañaría a Rory a Boston. Al fin y al cabo era demasiado exótica para las damas de Boston. No se trataba de que fuera demasiado a la moda, demasiado primorosa o demasiado evidentemente sofisticada. Era que resultaba demasiado encantadora, aunque fuera incapaz de poner en juego este encanto por su voluntad. Brotaba como en una especie de trance, en sortilegio, cuando menos se esperaba, y fascinaba tanto a mujeres como a hombres. Pero las damas de Boston eran diferentes.

—Pues entonces, gracias le sean dadas a Dios por los pequeños obsequios —dijo

Rory piadosamente a Timothy, guiñándole.

—Esta vez no habrá juergas por lo alto, muchacho —le advirtió Timothy sonriente—. Nos comportaremos seriamente, con recato, en Boston, y si te sientes inspirado demostrarás elevación de miras, acatamiento a todo lo tradicional, y por encima de todo, el apropiado y digno, caballero.

—No hace falta que me lo adviertas —dijo Rory—. ¿No viví años entre ellos, en Harvard, y... en las oficinas de mi padre? Convenceré a los *brahmanes* de que me baño a diario y puedo saborear licor de cerezas tan elegantemente como ellos, y que mis botas pueden estar tan discretamente lustradas como las de ellos. Pero no te olvides de los irlandeses de allí, Tim. Alguna que otra balada del terruño. Pero nada demasiado ruidoso, y que no resulte como el Viejo Meloso, que baila una jiga irlandesa sobre cualquier mesa. Por cierto, estará ya bastante viejo el bribón. Su canción favorita es «Kathleen Mavourneen» y ésta la aprovecharemos. ¿Y qué te parece «Killarney»? No. Algo más ligero y obsesionante... ¿Qué opinas de «El Arpa que Antaño por los Salones de Tara»...?

—Un arpa para arponear —bromeó Timothy.

Rory se echó a reír, y Timothy siempre lo recordaría, porque era una risa honda, musical, varonil y sin afectación.

—Eso es, Tim —dijo de pronto Rory—. Haz imprimir carteles solamente para el distrito irlandés. «Un arpa por arpón». Es bueno, Tim, realmente bueno.

Cantó unas líneas de la famosa balada, y los brillantes ojos escépticos de Timothy se empañaron levemente.

*El arpa que antaño por los salones de Tara
llevó el alma de la música
de puerta en puerta,
cuelga ahora tan muda como los muros de Tara,
como si aquella alma única estuviese muerta...*

Añadió Rory:

—Y luego citaremos a los israelitas llorando en el cautiverio de Babilonia. Todo irlandés llora siempre por Irlanda, y su «exilio», aunque escasos son los que jamás vuelven. Pero plañirse le sienta bien al corazón. Todo tibio, melancólico y lloroso por dentro. Los judíos y los irlandeses son los pueblos más sentimentales del mundo, pero tampoco se les puede embaucar. Exacto, sí, «un arpa por arpón».

—Bueno, pero recuerda en Boston que eres un americano —dijo Timothy.

Rory le asestó una rápida y aguda mirada y su rostro se hizo compacto como si los músculos se hubieran tensado bajo sus facciones.

—¿Es que crees que voy a olvidarlo nunca ni por un minuto?

Timothy sorprendióse no sólo por la expresión y la pregunta de Rory, sino por algo que ahora era intangible pero real, casi sombrío, en Rory.

La banda les precedió hacia Boston. La adecuada y satisfactoria concurrencia fue convocada para acudir al tren en que viajaba Rory, y que no era el vagón privado de su padre. Hombres, mujeres y niños recibieron banderines americanos. Era una calurosa mañana de agosto, reluciente y placentera, porque había una leve brisa refrescante. La banda restalló en cobres, trompetas y tambores interpretando: «Las Estrellas y Listas siempre». (Himno Nacional EE. UU.). Las aclamaciones resonaron. Había centenares de caras irlandesas. Timothy hizo una señal y la banda tocó suavemente en ritmo obsesionante al ir interpretando «El arpa que antaño por los salones de Tara»... Apenas la mitad de los irlandeses presentes había oído alguna vez aquella canción plañidera y conmovedora, pero la música era familiar para sus espíritus primitivos y algunos lloraron abiertamente, y otros que conocían la letra cantaron con trémulas voces.

Y Rory se erguía en los peldaños del tren, ondeando su sombrero hongo, aureolada su cabeza rojo y oro por el sol de la mañana, sonriente y radiante el guapo rostro. Timothy le había visto en aquella postura, con aquel mismo aire y sonrisa, en múltiples ocasiones durante los pasados meses, y no obstante por alguna razón la apariencia de Rory aquella mañana nunca se borraría de su memoria. ¿Hubo alguna cualidad especial en Rory, entonces, una irradiación especial? Timothy nunca sería capaz de contestarse a su propia pregunta.

Fueron a un hotel casi nuevo, cercano al centro comercial de Boston. Rory había pasado muchos años en la universidad próxima a Boston. Había pasado semanas cada año, hasta ser diputado, en las oficinas de su padre en aquella ciudad. Sin embargo, desde que Marjorie le abandonó, la ciudad se la había hecho extraña, ajena a él, como la fotografía de una realidad que antaño conoció y ahora semiolvidada contemplaba con indiferencia. Se detuvo tras una de las ventanas de su «suite» y miró hacia abajo a los árboles de la gran plaza.

—¿Como en tiempos antiguos, eh? —dijo Timothy, observándole.

—No particularmente, nada de nostalgia —replicó Rory.

Repiqueteaba con los dedos en el antepecho de la ventana. Había estado de buen temple casi siempre, por cuanto heredó la animación física de su madre. Sin embargo, repentinamente, la luz solar le pareció menguar y los árboles volverse fríos y parduscos, monótonos. Sacudió la cabeza como para despejar un velo de sus ojos.

Timothy y él estaban a solas en la alcoba de Rory, pero en los cuartos contiguos se oían las voces ruidosas, excitadas, de los políticos discutiendo con vehemencia, algunos gritando, otros riendo. El humo debía ser espeso allí, y el *whisky* y la ginebra sin límites. Estaban esperando a Rory desde hacía horas, y pronto tendría que pasar a aquellas habitaciones y charlar con ellos en una algarabía de saludos, palmadas en la espalda, dedos hincados en costados, gritos, aclamaciones, preguntas rudas y bromas aún más rudas. La mayoría de ellos eran irlandeses y estaban en alegre disposición de ánimo. La puerta de la habitación de Rory tenía una entrada particular desde el vestíbulo, y sabía que en el exterior había dos de sus escoltas armados, hombres

calmosos y vigilantes que conocían su oficio. Irritaban a Rory. Era demasiado pletórico por naturaleza para temer el peligro, o aceptar objetivamente su posibilidad. Si un asesino acudía dispuesto a balear a un hombre, este asesino cazaba a su hombre, aunque fuera un Presidente, y él, Rory Armagh todavía no había sido ni designado por su Partido. Indudablemente el Comité, de Estudios Extranjeros había declarado su preferencia por Woodrow Wilson, y Rory sabía que ellos no se conformarían con métodos de discreta violencia, si fuera necesario. Pero primero esperarían a los resultados de la Convención, como era lógico. Por entonces, él esperaba haber conseguido muchas victorias en las primarias. Entonces sí que sería el momento de los escoltas armados, en el caso de que fuera designado candidato.

Su cambiante carácter derivaba ahora hacia la melancolía. Sin mirar a Timothy, dijo:

—Tengo la curiosísima sensación de que no sólo nunca seré Presidente de esta nación sino que ni siquiera seré designado candidato.

—Pero ¿qué pasa contigo? —indagó Timothy, sorprendido—. Naturalmente que sí. Serás ambas cosas. Tu padre está echando fuera millones sobre millones y juega sobre seguro. No empieces a pensar siquiera en el fracaso. Esto es fatal. Apenas pienses que puedes ser derrotado, acabarás por serlo. Y ningún Armagh se hace derrotar, ¿cierto?

—No. Se hace matar —dijo Rory, pensando en su tío Sean y en su hermano.

Timothy se puso en pie bruscamente y su agradable rostro cuadrado, curtido por el sol occidental, empalideció.

—Maldita sea, Rory. ¿Qué pasa contigo?

Rory se volvió de espaldas a la ventana y se echó a reír. Pero Timothy no le imitó. Miraba fijamente al joven al que instruyó desde niño y al que quería como a un hijo, y sus anchas facciones se removían penosamente.

—¡Vaya cosa más infernal que se te ocurrió decir! —añadió.

—¿Qué, qué dije? Ah, acerca de Sean y Kevin. Y de mi nombramiento. Bien, puedo tener mis dudas, ¿no?

Pero Timothy no contestó. Fue hacia la puerta y comprobó que estaba cerrada. Abriéndola, miró al exterior. Los dos escoltas se pusieron inmediatamente alertas. Rory observaba todo aquello divertido manos en los bolsillos. Se reclinó indolentemente contra la ventana Timothy cerró la puerta, echando el pestillo. Comentó Rory:

—Tal vez pienses que necesitaría también una niñera.

—Ya no vas a dormir solo en esta alcoba. La voy a compartir contigo.

Rory estalló en una carcajada. Desde abajo llegaron los compases de «El Arpa que Antaño por los salones de Tara»... Los hombres en los cuartos contiguos empezaron a cantar, emocionados, apasionada y ruidosamente. Rory meneó la cabeza, acrecentada su diversión. Su temple había cambiado nuevamente, desde aquella indescriptible melancolía irlandesa a la jovialidad.

—Consígueme un trago, quieres, Tim, pero no dejes entrar todavía aquí a nadie de esa chusma. Quiero primero almorzar. No se puede confiar en ningún político con el estómago vacío.

En silencio, Timothy abrió una puerta interior comunicante y al momento todo quedó invadido en una oleada de bramidos, canciones, risas, gritos y nubes de humo. Rory tuvo un rápido vislumbre de hombres sudorosos, arremolinándose, ondeando vasos, fumando enormes cigarros, y le pareció que cada hombre era obeso y tenía un rostro colorado de ojos saltones. Eran estos hombres, los ayudantes de los caciques, los políticos mezquinos, los jefes gremiales, los bribones exigentes, los que decidían quién habría o no de ser designado, y no los presidentes de las comisiones estatales o nacionales, pese a todas sus pretensiones, corteses sonrisas y conspiraciones.

«Bien, ¿y por qué no?», pensó Rory tranquilamente. «Democracia en acción. Larga vida tenga. Puede apestar a veces, y fuertemente, pero es lo mejor que tenemos y probablemente será siempre lo mejor». Alguien llamó a la puerta exterior y Rory instintivamente se dirigió a ella. Habría quitado el pestillo abriéndola de no haber entrado de nuevo Timothy en la gran habitación iluminada por el sol. Timothy lanzó un bramido y Rory se detuvo con la mano en el puño de la puerta.

Timothy dejó sobre la mesa el *whisky*, la soda y los vasos, exhaló un hondo resuello, y dijo:

—¡Maldita sea, Rory! ¿Es que no tienes sentido común? ¿Crees que tu padre cuando nos advirtió estaba jugando a indios y colonos?

Su rostro estaba pálido y rabioso. Fue hacia la puerta y bruscamente empujó con el hombro a Rory a un lado, obligándole a adherirse a la pared. Era robusto aunque Rory fuera más alto. Gritó a través de la cerrada puerta:

—¿Quién es?

Uno de los escoltas replicó:

—Soy yo, Malone, señor Dineen. Alguien ha hecho subir una tarjeta para el senador. ¿Quiere que la eche por debajo de la puerta?

Timothy dedicó a Rory un vistazo airado, ya que Rory había vuelto a reírse.

—¡Sí! —exclamó Timothy.

Un sobre delgado fue deslizado bajo la puerta y Timothy, gruñendo, se inclinó para recogerlo. Dentro había una tarjeta elegante, tenuemente cremosa, y magníficamente grabada en relieve. Leyó Timothy en voz alta:

—General Curtis Clayton, Ejército de los Estados Unidos.

Al reverso estaba escrito con letras rotuladas con precisión: «Ruego al senador Armagh me conceda unos minutos. Urgente».

Arrancó Rory la tarjeta de la mano de Timothy leyéndola, y dijo:

—Vaya, nada menos que el general. ¿Qué crees que quiere? Hasta el Presidente le teme a este viejo bastardo.

—¿Le reconocerías si le vieses, Rory?

—Naturalmente. Nos hemos visto en varias fiestas y reuniones, aunque nunca

hablamos. Barrunto que me supone simplemente un muchacho jugando a ser senador. Pero simpatizó mucho con Claudia. Bien, déjale subir.

Timothy colocó la cadenilla en la puerta y cautelosamente la entreabrió, diciéndole a los dos escoltas:

—El senador verá al general Clayton... unos minutos.

Hizo una señal de asentimiento al botones que estaba mirando fijamente con pasmo a los hombres evidentemente armados junto a él.

—El senador concederá graciosamente una audiencia al general Clayton... unos minutos —se burló Rory—. Tim, éste es el sujeto más poderoso en Washington, aparte del Presidente. Cuando eructa, soplan los clarines, redoblan los tambores, los batallones se ponen firmes, las autoridades civiles se esconden bajo las mesas y las banderas trepan por los mástiles. Hasta Teddy «Bear». (Oso). Roosevelt corre a ponerse a cubierto, cosa que no haría ante un elefante embistiendo. Los gabinetes ministeriales retiemblan por donde camina. Tiene porte y presencia, Tim. Un viejo guerrero. Y odia a los paisanos, especialmente los senadores que impugnan sus presupuestos militares. ¿Nunca oíste hablar de él?

—Sí. Y ahora que lo mencionas, si es un viejo guerrero, como dices, ¿por qué se opuso a la guerra con España?

—Lo ignoro. Teddy prácticamente le llamó traidor. Desde entonces, le ha infundido un santo pavor a Teddy Bear. No sé cómo. Alguien que pueda hacerle esto a Teddy merece la Medalla de Honor del Congreso por heroísmo extraordinario bajo el fuego enemigo.

Hubo otra llamada en la puerta. Timothy la entreabrió dejando la cadenilla puesta. Le hizo una señal a Rory que vino a atisbar a través de la rendija. Exclamó:

—¡Vaya, vaya, general! ¡Es verdaderamente un honor!

El general Clayton, no de uniforme, entró después que Timothy hubo quitado la cadenilla. Observó cómo volvía a colocarla Timothy, y dijo con voz grave:

—Una excelente idea, señor, una excelente idea.

Después, el general volvióse hacia Rory y estrechó la mano del joven en rápida sacudida, militar y precisa.

—Senador —dijo lacónicamente.

Aunque con ropa de paisano, el general no podía ser confundido sino que resaltaba como un hombre de disciplina, orden, aplomo y fuerza. Era casi tan alto como Rory, pero de recia complexión compacta, y aunque se aproximaba a los sesenta años, un dominio de sí mismo y una vida de continencia le hacían aparecer mucho más joven y sosegadamente vigoroso. Su cara era absolutamente rectangular, lo mismo que sus facciones, hasta la forma de sus cuencas oculares. Su cabello rapado en corto era castaño grisáceo. Hombre cortés, su voz era honda y fuerte.

—General, le presento a mi gerente Tim Dineen. Tim, el general Curtis Clayton.

Timothy y el militar se estrecharon las diestras sobriamente. El general estudiaba a Timothy. Aceptó la invitación de Rory de beber algo y vigiló a Rory mientras

escanciaba, y sus ojos se entornaron reflexivos mientras recorrían el rostro de Rory, su traje magníficamente cortado y su cuerpo atlético. No le habían inducido a error, pensó. El muchacho senador era un hombre, maduro anticipadamente. El general volvió a sonreír dedicando una breve inclinación de cabeza a Rory al aceptar su vaso. Sentóse y Timothy se instaló cerca de él. Pero Rory se sentó en la esquina de una mesa. Escucharon por unos instantes el creciente alboroto tras la puerta contigua. Dijo Rory:

—Mis muchachos. Todos politiqueros. No se escuchan unos a otros, sino solamente su propio vocerío. Si braman como toros corriendo tras una ternera en celo, es tan sólo su modo de ser, general.

—Estoy bien relacionado, quizá demasiado, con los políticos —dijo el general—. «Control civil de los militares», como dice la Constitución, y es excelente cosa... la mayor parte de las veces. Pero ahora me pregunto...

Rory aguardó a que continuase, pero quedó completamente en silencio, fijos los ojos en el vaso que empuñaba. Por lo cual dijo Rory:

—¿Qué le trae a Boston, general?

El general alzó la vista.

—Usted, senador.

Rory arqueó las cejas y dedicó toda su atención al militar.

—¿Yo?

—Si bien nosotros los militares estamos bajo el control de los políticos, vigilamos a los políticos. No nos atrevemos a más. En consecuencia he estado leyendo algunos de sus discursos, senador, pronunciados por todo el país. Los he estudiado muy de cerca, por cierto, muy cuidadosamente.

Alzó Rory más las cejas y Timothy concentró más su atención. Dijo Rory:

—General, los discursos estaban destinados solamente a las tropas, como usted mismo diría. Generalizaciones alegres. Hermosas promesas vagas. Hostigando a Taft y a Roosevelt. Emisión de principios, animadores, no muy bien definidos —y encogiendo los hombros, agregó—: Ya conoce a los políticos.

—Los conozco —dijo el general—. Todos ustedes son tramposos geniales y expertos mentirosos. El pueblo no quisiera que fuesen de otra manera. Pero el motivo por el cual estoy aquí es porque creo que usted será elegido Presidente.

Sonrió Rory:

—Ojalá estuviera yo tan seguro, general.

—Yo sí estoy seguro. El Partido Republicano está siendo dividido por Roosevelt, aunque ignoro si lo hace o no a propósito. Por consiguiente, si es usted designado por su Partido será elegido. —Alzó una mano—. Déjeme terminar, por favor. No es solamente por la riqueza de su padre, aunque sea el factor principal. Usted será elegido porque los votantes quieren algo nuevo, quizás algo más vital que el promedio de los políticos, quizás alguien más joven, más atractivo y original. Usted no es un hombre aburrido, senador.

Rory miró a Timothy divertido, pero Timothy estaba escuchando tensamente al militar.

—No hubiese efectuado este viaje de incógnito a Boston si no creyese que usted será designado y probablemente elegido, senador. ¿Delegados? ¿Políticos locales? Su padre ya los ha comprado. O sea que demos por asumido confidencialmente que usted será designado y elegido.

Rory frunció algo el entrecejo y dijo:

—He oído rumores. Acerca del gobernador de Nueva Jersey, Woodrow Wilson, que puede contrarrestar mi nombramiento si es que los politiqueros me toman seriamente en consideración. Es tan sólo un rumor.

Los planos faciales del general se hicieron súbitamente pétreos, inexpresivos. Dijo:

—No es un rumor —y dejó el vaso sobre la mesa.

Como magnetizados tres pares de ojos contemplaron fijamente en silencio el vaso vacío. Por fin añadió el general:

—Pero tengo el pálpito de que usted ya sabe que no es simplemente un rumor, senador.

Las facciones de Rory se relajaron, herméticas. Aguardaba.

—Deseo referirme a los recortes de sus discursos —dijo el general—. Los periódicos principales dejaron traslucir un final muy sobresaliente de todos los discursos de usted. Solamente unos pocos y modestos periódicos lo imprimieron. Sin duda los periódicos principales estimaron que era superfluo resaltarlo por estos días que corremos. Usted termina sus discursos del modo siguiente: «Por encima de todo, trabajaré para la paz no solamente de América sino del mundo».

Los ojos del general adquirieron gran penetración al posarse fijamente en Rory. Agregó:

—Ahora bien, ¿por qué ha de hablar usted de paz en un mundo que está en paz, excepto por algunas pequeñas escaramuzas en remotas partes del globo, que siempre están guerrilleando? Hasta los Balcanes están apacibles. En La Haya ya no se mencionan más las guerras, sino únicamente una esperanza en una futura liga de naciones. Rusia está disfrutando una desacostumbrada era de bienestar, libertad y prosperidad, bajo un zar inteligente, y la elegida Duma. El Imperio Británico está bien reglamentado y es el péndulo del mundo. Alemania prospera enormemente. América se está recuperando del Pánico del año 1907. En resumen, senador, la paz es ahora un estado aceptable y garantizado en el mundo. Por lo tanto, ¿por qué habla usted invariablemente de la paz? No hay amenaza de guerra en ninguna parte. ¿Entonces, senador...?

Rory y Timothy intercambiaron una rápida ojeada que captó el general, quien reclinóse en su sillón con un suspiro, como aliviado. El rostro de Rory seguía blando e inescrutable. Sonrió ampliamente.

—Bien, general, no hace daño alguno hablar de paz, ¿verdad? Un pequeño

florilegio o floritura.

El general dijo con deliberada lentitud:

—Senador, no le creo. Ésta es la razón por la cual estoy aquí, con esperanza. No le creo. Es mi opinión que usted sabe algo que solamente unos pocos conocen, incluyéndome a mí. Dígame, señor, ¿ha oído usted alguna vez mencionar el Comité de Estudios Extranjeros?

Antes que pudiera dominarse, notó Rory el cambio involuntario en su semblante, pero tras un momento dedicó al general su cándida y tranquila mirada azul.

—Me parece haberlo oído mencionar en algún sitio. ¿No es una organización privada dedicada al estudio de las tendencias extranjeras en negocios, asuntos bancarios y aranceles? ¿Cosas aburridas por el estilo?

El general volvió a sonreír.

—¿Y sin duda, también, habrá oído mencionar únicamente por casualidad a la Sociedad Scardo en América, compuesta por autodeclarados intelectuales y «liberales»?

Rory encogió los hombros.

—Tal vez. Los políticos oyen de todo.

Pero el general seguía sonriente. Rory percibió un leve sudor entre los omoplatos.

—Su padre —dijo el general— pertenece tanto al Comité de Estudios Extranjeros como a la Sociedad Scardo.

—Si es así, yo lo ignoro, general.

El general cerró brevemente los ojos.

—Senador, no juguemos el uno con el otro, por favor. Intento ser lo bastante sincero con usted, pero usted no es sincero conmigo. No puedo ser más explícito. Ni tampoco es necesario. Usted sabe perfectamente de lo que hablo. Por consiguiente, demos por asumido que tenemos una mutua base de conocimiento, aunque sólo sea a modo de hipótesis.

—Únicamente a modo de hipótesis —asintió Rory.

El general se puso en pie y comenzó a pasear por la amplia estancia inclinada la cabeza como si estuviera a solas y reflexionando en voz alta para sí mismo.

—Hay quienes creen que los militares como yo mismo pueden solamente vivir y funcionar durante las guerras, y que estamos ansiosos por disponer de guerras. Esto es una falacia. No hacemos las guerras. La función de un militar es defender a su país, cuando es convocado por el Presidente de los Estados Unidos y el Congreso, quienes tan sólo... hasta ahora... tienen la facultad de declarar la guerra. Se está diciendo ahora, y es una mentira, y conozco el móvil para ello, que las grandes instituciones militares «provocan» las guerras. Son los paisanos quienes inducen a un gobernante a declarar la guerra, quienes trafican con armamento y municiones. Hasta la fecha, ninguna nación amenaza a otra. ¿Siguen mi razonamiento, señores? Estamos en el siglo veinte. Ninguna guerra será proclamada en este siglo excepto por la única inducción y beneficio de civiles... y no por la mera conquista de territorios ni

siquiera únicamente para conseguir mercados mundiales.

Hizo una pausa, y añadió, casi con humildad:

—Los soldados no son elocuentes. Pasamos apuros ensartando palabras, y no somos políticos. Déjenme afirmar que las guerras de este siglo serán llevadas a cabo para controlar las mentes y almas de los hombres, para deshumanizar la humanidad. Será una guerra de poderosos civiles contra otros civiles.

Miró a sus dos oyentes.

—Pero esto ya lo saben. Conocen todo lo referente a Cecil Rhodes. Ya está muerto, pero sus ideas, y las de Ruskin, sobreviven y van acumulando mayor fuerza. Tales ideas resultan odiosas para militares como yo.

Se detuvo ante Rory y sus claros ojos pardos tenían casi fiereza.

—Las guerras no serán efectuadas por una nación agresiva contra otra. Serán guerras de gobiernos contra sus propios pueblos, para conseguir la tiranía sobre sus propias naciones.

Tendió las manos como en gesto de disculpa.

—Si no creyese que ustedes, señores, ya sabían todo esto, no estaría ahora aquí.

Aguardó los comentarios, pero los dos oyentes, apartaban la mirada reflexiva. Añadió el general:

—Yo fui discípulo de Rhodes —y sentóse como si estuviera agotado.

Ellos conocían todo lo referente al enormemente rico *socialista fabiano*, Cecil Rhodes. Sabían que sus ideas, propagadas a todo lo ancho del mundo, eran tan estériles como piedras desgastadas, tan antiguas como el polvo, y tan sin esperanza para la humanidad como la misma muerte. Pero los modernos estudiantes de política y muchos políticos las mencionaban como «nuevas, excitantes, progresivas, dinámicas y, por encima de todo, misericordiosas». Y las masas ingenuas les escuchaban como si fueran portavoces de bienestar humano.

Dijo el general:

—Aunque apenas puedan hoy creerlo, naturalmente, yo fui un estudiante muy aplicado por aquella época. Pero un año en Inglaterra, como discípulo de Rhodes, ¡fue más que suficiente! Regresé ingresando en West Point. Fue mi manera de aprender a defender mi patria contra los hombres que me habían dado enseñanzas en Inglaterra durante mis años de estudio.

Rory y Timothy estaban ahora mirándole fijamente, pero siguieron sin decir nada.

Prosiguió el general:

—Pueden o no saberlo, pero la apertura de fuego contra la humanidad se iniciará dentro de pocos años, tal vez en 1917, 1918, o quizás antes. Debemos intentar enseñar a nuestro pueblo que América es el blanco final contra el que va dirigido el poder financiero del mundo, ya que sólo América, ahora, se interpone en el camino de los hombres ambiciosos. Ésta es la encrucijada crucial: poder militar contra dinero. Ésta es la moderna y oculta lucha. No hay otra.

Levantándose quedó erguido ante los dos hombres silenciosos. Dijo:

—Senador, sus amigos en las otras habitaciones han empezado a reclamarle a gritos con impaciencia. Ahora ya sabe por qué vine hoy. Creo que usted puede preservar a nuestra nación de toda guerra, y hasta evitar las guerras extranjeras. La diplomacia respaldada por la fuerza, y la voluntad de emplear esta fuerza para la supresión de las guerras serán suficientes. Bastará la simple amenaza. Cuando sea usted designado, podrá decirle la verdad a nuestro pueblo.

—¡Dios mío, no! —exclamó Timothy—. Esto nunca serviría para nada, general. Tal como están las cosas..., ellos... sospechan ya de Rory, aunque no sé por qué. Ha sido plenamente tratable. Ellos proclaman que están solamente «dubitativos» sobre su designación debido a su raza y religión. Usted y yo sabemos cómo se manipulan los golpes de Estado. Rory debe esperar hasta que sea Presidente, y aun entonces estaría siempre en constante peligro inminente... y esto también lo sabe usted, general.

—Un soldado siempre está en peligro —dijo el general—. Lo mismo que un hombre que insiste en decir la verdad. —Tendió la mano a Rory y su sonrisa fue repentinamente cordial—. Los irlandeses son rara vez, por no decir nunca, traidores. También saben que solamente los fuertes pueden mantener la paz.

—Sí —intervino Timothy—, pero Rory todavía tiene que conseguir la designación por su Partido, ¿sabe usted?, en contra de una muy... formidable... oposición.

—Lo conseguirá —dijo el general—. Y por esta razón deben tener el máximo cuidado... —y titubeó—: ¿Aceptarían un contingente de soldados míos, con ropa de paisano, como complemento a sus propios escoltas?

—Sí —dijo inmediatamente Timothy.

Pero Rory, riendo, dijo:

—No. Es ridículo. Aquí estoy simplemente dejándome ver por la gente a través del país para que vayan familiarizándose conmigo. He indicado sin ambages que me agradaría ser elegido Presidente el próximo año, pero todavía no he ingresado siquiera en la ronda primaria. Pero de todos modos, gracias por su oferta, general.

El general le miró con insistencia pensando en lo espléndido que era aquel joven tanto en aspecto como en magnetismo. Recordaría aquella última visión de Rory el resto de su vida.

Cuando el general se hubo marchado, Rory, desaparecida del rostro la expresión risueña, dijo:

—Hay abajo periodistas de Nueva York lo mismo que de otros sitios locales. Tráelos aquí arriba, Tim. Voy a decirles parte de la verdad.

Timothy quedó estupefacto durante varios segundos. Dijo por fin:

—¿Perdiste el juicio o qué?

—Pese a todo, sigo teniendo el presentimiento de que no obtendré la designación y menos aún seré Presidente, y por lo tanto debo decir algo de la verdad ahora... hoy... antes que sea demasiado tarde. Vamos, Tim. Tráelos aquí arriba. Hablo en serio.

Más tarde, Timothy se preguntaría si la entrevista con los periodistas tuvo o no que ver con lo que iba a suceder aquella misma noche.

XXI

Pasaban de las cinco de la tarde, cuando por fin Rory pudo regresar a sus habitaciones acompañado por el silencioso y desesperado Timothy. Dijo Rory:

—No me sermonees, Tim. Estoy demasiado cansado y tengo que pronunciar un discurso esta noche en la sala de baile... si es que necesito recordártelo.

La turbulenta, a medias despreciativa, burlona, escéptica y algo horrorizada Prensa se había marchado, tras una sesión de frenéticas preguntas, de silbidos sofocados, de ojos dilatados por la incredulidad y la excitación.

Uno de los representantes de la Prensa le había gritado a Rory, agitando ambos brazos en el aire:

—¿Guerra? ¿Con quién? ¿Por qué? ¿Habla en serio, senador?

—Creía haberles explicado todo esto, por lo menos dos veces —dijo Rory.

Parte de su esplendor se había apagado durante las pasadas dos horas y no fue ni una sola vez jocoso como era su costumbre, ni bromeó. Parecía mucho mayor. No se había sentado ni un instante durante la entrevista, sino que caminó arriba y abajo en dominada agitación.

—Ya he dicho que el «enemigo» todavía no ha sido escogido, pero creo que será Alemania. «Ellos» no me han contado mucho, porque sospechan de mí. Quizás —agregó— podrían ustedes mismos consultar al Comité de Estudios Extranjeros.

—Pero ¡si son solamente hombres de negocios, y financieros, y estudiosos y científicos de política! ¡Una organización privada! ¡Americanos! No tienen influencia política alguna...

—Podrán eventualmente enterarse, a costa de morir, que ellos poseen toda la influencia política habida y por haber —dijo Rory.

Otro periodista con un disimulado guiño a sus compañeros, preguntó:

—¿Está usted, señor, tratando simplemente de echar arena a los ojos de los votantes debido a que su Partido dio muestras de preferir al señor Woodrow Wilson, el gobernador de Nueva Jersey, a usted? O por lo menos éste es el rumor que circula. ¿Intenta usted una pequeña venganza personal... o influenciar a los delegados en su favor y no en el del señor Wilson?

Rory sentía la excepcional y desesperada impotencia que experimentan los hombres que intentan esclarecer la verdad a su pueblo, y comprenden finalmente que la verdad es algo que nunca será creído. Era una impotencia irremediable. Nunca la había experimentado hasta entonces, y le desalentaba profundamente. Había supuesto cierto escepticismo, cierto estupor y cierto espanto. Pero las miradas socarronas, las muecas de sabihondos, los meneos de cabeza, las ojeadas maliciosas, casi le abrumaban.

Un joven que parecía llevar la voz cantante inquirió:

—¿No esperará que nosotros informemos seriamente sobre todo esto, senador?

—Tuve la esperanza de que me tomarían en serio, porque les he dicho la verdad —dijo Rory—. Ya sé que no existe nada más increíble que la pura verdad... pero, por extraño que parezca lo que voy a decir, tengo la sensación de que algunos de ustedes... quizás solamente dos o tres... saben que les he contado la verdad, y son precisamente los que simulan acoger cuanto dije con las risas más fuertes y el máximo desdén. Yo no sé quiénes son éstos que menciono..., pero los aludidos sí que lo saben. Bien, señores, eso es todo.

Timothy muy pálido se levantó entonces y dijo:

—El senador hablará de lleno sobre esto esta noche en la sala de baile de este hotel. Les hemos concedido esta entrevista para que pudieran publicar algo en la edición de mañana por la mañana. Esencialmente lo que el senador les ha revelado será repetido esta noche y quizás ampliado. Eso es todo. Por favor, sírvanse disculparnos. El senador está muy cansado. Ha estado viajando hasta la extenuación por todo el país, pronunciando discursos y charlando con decenas de miles de ciudadanos y necesita descansar antes de su discurso de esta noche.

Fueron poniéndose en pie de mala gana cuando Rory abandonaba la sala y no hubo ni un simple aplauso ni demostración de respeto.

El silencio que siguió fue truncado por uno de los periodistas:

—Sea lo que fuere, ¿qué tiene en contra del socialismo? ¡«Esclavitud»! ¡«Conspiradores»! ¡«Banqueros internacionales»! ¡«Conjura a escala mundial»! Oí asegurar que los Armagh eran unos bastardos muy juiciosos. Para ganar tanto dinero... —y se humedeció los labios con venenosa envidia—. El senador ha perdido algún tornillo del seso.

—¡Guerras! —rió otro—. ¿Pueden imaginarse a unos americanos estando de acuerdo con una guerra internacional, una guerra en Europa? ¡Por Dios! «Para promover el social-comunismo», dice él. ¿Quién hace ya el menor caso de Karl Marx? A este muchacho senador se le ha derretido el seso. ¡Guerras! ¿Acaso el gobernador Wilson no dijo tan sólo la semana pasada que el mundo ha entrado en una era permanente de prosperidad, paz y progreso? ¡Éste sí que es un hombre por el cual votaría yo!

—Y yo también —dijo otro—. Bueno, ¿alguno de vosotros va a publicar esta sarta de majaderías?

—Yo no —dijo uno y los demás denegaron también—. Mi jefe redactor me echaría a la calle preguntándome antes si estuve borracho. Bien, oigámosle esta noche, si es que podéis soportarlo. ¡Guerras! Está desquiciado.

Únicamente dos o tres sonrieron, pero intercambiaron miradas significativas. Y uno murmuró:

—«El Muchacho Dorado». Bueno, ya sólo le queda ir a enterrarse en los multimillones Armagh y olvidar su designación. Se ha decapitado él mismo por lo que se refiere a la gente sensata.

—Cecil Rhodes... Pero si todo el mundo sabe el gran filántropo que fue, humano

y generoso...

—Todo fue ridículo. ¡Guerra! De todos modos nunca estuvo muy explícito ¿verdad? Bueno, algunos políticos lo intentarían todo para salir elegidos, pero este truco es el peor del que jamás oí hablar. Su papaíto debería llevarle a un alienista y dejar que lo recluyesen decentemente en un manicomio.

Abandonaron juntos la sala simulando una marcha, cantando burlones:

—¡Guerra, guerra, guerra! ¡A las armas!

Rory se desvestía en su habitación en el opresivo silencio que emanaba de Timothy sentado junto a la ventana, desesperado. ¿Qué se había apoderado del habitualmente discreto Rory? ¿Por qué no esperó siquiera por lo menos hasta las primarias?

No pudo remediarlo y volviendo la cabeza vio a Rory terminando de revestir su camiseta de noche.

—¿Por qué no esperaste hasta los comicios preliminares?

—Porque no creo que llegue ni siquiera a la primera ronda.

El teléfono repicó y Timothy, imprecando, fue al aparato. Había dejado órdenes de no molestar para nada al senador, y sin embargo el condenado teléfono estaba campanilleando.

—¿Quién? —gritó Timothy—. ¡Nunca oí hablar de ella! Díganle que nos deje en paz. ¿Cómo? ¿Que insiste? ¿Qué es una «antigua amiga del senador»? Bien maldita sea, que deje su nombre, y presentaré mi queja por esta intrusión al director.

Rory estaba sentado en la cama quitándose las zapatillas. Timothy le miró con ojos destellantes de rabia desproporcionada a la «intrusión».

—Una condenada hembra que pide hablar contigo, Rory. El ayudante del director dice que ella es de una «antigua y notable familia de Boston». Conoce bien a esta familia y no quiere decirle a ella que cese la comunicación. ¿Bueno...? Ella está al teléfono. ¿Le digo que se vaya al infierno?

Maggie, pensó Rory inmediatamente, y su rostro macilento adquirió vivacidad y colorido. Se estremeció, fija la mirada, sentado al borde de la cama. Maggie.

—Alguna hembra con la que te acostaste en Boston, indudablemente —dijo Timothy, colérico. No podía sobreponerse a la impresión de aquella infernal entrevista y descargaba su rabia sobre Rory—. Tal vez trae entre cejas la idea de formar un escándalo contigo. Sería un buen artículo para la Prensa.

Maggie, pensaba Rory, y logró ponerse en pie con esfuerzo para ir a asir el teléfono. Se movía como deslumbrado y no miraba a Timothy. Durante un instante no pudo ni hallar la voz. Después casi susurró:

—¿Maggie?

—Oh, Rory —dijo ella, y su entonación era lastimera—. Oh, Rory, Rory.

—Maggie —silabeó él. La voz femenina sonaba por encima de los años, de todos aquellos largos años. Y los años se esfumaron—. ¿Dónde estás, Maggie?

—En casa, Rory. No sé lo que me impulsó a llamarte, pero tenía que hacerlo.

Timothy no podía creer lo que estaba viendo. El exhausto semblante de Rory se iluminaba sonriente y emocionado. Era de nuevo un muchacho, excitado, estallando de alegría, transfigurado. Sostenía el auricular entre ambas manos como si apresara la mano de una mujer amada.

—Maggie, Maggie. ¿Por qué me abandonaste, Maggie, cariño mío?

—Tuve que hacerlo, Rory. Rory, sigo siendo tu esposa. Tu esposa, Rory. No me importa que te casaras de nuevo. Eres mi marido. Te he sido siempre fiel, Rory. Siempre te he amado —y su voz se truncó, y él pudo oírla sollozar.

—Fue tu padre quien nos separó, Maggie. Lo consiguió, el muy...

Le interrumpió ella frenéticamente:

—¡No, Rory! Ya es hora de que sepas la verdad. Ya no me importa lo que suceda ahora. Papá y tía Emma han muerto. Estoy sola... tu esposa, Rory. Fue tu padre quien lo hizo todo, quien amenazó a papá y a mí... y a ti, Rory. Lo hice por ti, Rory. Te habría arruinado, echado a la calle, Rory. Tu propio padre. Supimos que lo haría, que no eran amenazas vanas.

Y por esto lo hice, por ti más que por papá y por mí misma.

Permaneció él en silencio de aturdimiento durante unos instantes. Hasta que Marjorie dijo:

—¿Rory? ¿Sigues oyéndome, Rory?

—Sí.

Miraba ahora la pared, y sus claros ojos azules estaban dilatados y fijos, relajadas las facciones. Nada revelaba su expresión, y no obstante, Timothy, observándole con súbita intensidad, percibió que estaba mirando a un rostro mortecino y peligroso, una máscara que era terrorífica.

—Has de creerme, Rory —y Marjorie estaba llorando—. Nunca te he mentado, excepto en aquella última carta. Tenía que hacerlo por ti, mi queridísimo Rory.

—¿Por qué no me lo revelaste antes, Maggie?

—No podía en tanto que papá y tía Emma estuvieran con vida. Papá murió hace un mes. Rory, tal vez después de todo no debí decirte nada. ¿Qué bien puede reportar ahora? Pero leí que estabas aquí. Vi tu fotografía en los periódicos. ¡Oh, Rory, debo estar fuera de mi cabal juicio para hablarte ahora! Pero no pude dominarme; tenía que oír tu voz por última vez, Rory. Tendré que contentarme con ello para el resto de mi vida, me temo. Oh, Rory.

Se removió él como sacudiéndose de encima años polvorientos, y yerbas muertas y surgiendo renovado, después de un largo sueño tenebroso.

—No, Maggie —dijo—, no será la última vez, Maggie. Esta noche he de pronunciar un discurso aquí...

—Lo sé, querido. Voy a ir a escucharte. Me debería haber contentado con esto y no inmiscuirme, imponerme... en este último día. Rory.

—Maggie, después del discurso, sube a mis habitaciones. —Hizo una pausa—. ¿Querrás, Maggie?

Timothy estaba atónito ante la parte de la conversación que oía. Por lo que parecía, una zorra. Pero Rory tenía cierta afición por las zorras. No era aquel momento en su carrera el adecuado para hacer ostentación de rameras ante la opinión pública. Tuvo que ser una amante excepcional y memorable para agitar de aquel modo al experimentado Rory. Estaba realmente temblando.

—Rory —dijo Timothy—. ¡Esta noche, no, por el amor de Dios, Rory! ¡Estás en Boston!

Rory le miró por encima del hombro.

—Estoy hablando con mi esposa —dijo, y su voz rebosaba de enorme y exaltada impaciencia—. Cállate.

Timothy estaba incorporándose. Cayó pesadamente en su silla, zumbándole las sienas. ¡Su esposa! Los pensamientos de Timothy formaron torbellino con frenéticas conjeturas de bigamia, de locura súbita, de poligamia, de escándalo amenazador, de una retahíla de desconocidos mocosuelos, de chantaje. ¡La prensa! Se llevó las manos a la cabeza, gimiendo.

Rory estaba dando el número de su «suite». Ahora su voz era la de un muchacho, hablando con su primer amor, exuberante, dichoso, excitado. Su semblante era el de un enamorado. Su cansancio quedaba olvidado. Se inclinaba sobre el teléfono como si quisiera besarlo, devorarlo. Sus ojos brillaban, convirtiéndose en hondamente azules. Irradiaba deleite. Su voz salía ronca, conmovida, tartamudeante. Por fin, dijo:

—Hasta esta misma noche, cariño mío, mi Maggie.

Colgó el auricular con lentitud y renuencia, escuchando hasta el final cuando solamente había silencio. Se volvió hacia Timothy. Intentó hablar, luego sentóse en la cama, aferrando sus rodillas con las manos, mirando fijamente al suelo. Su garganta se movía. Dijo:

—Era Maggie. Mi esposa. —Entonces su cara cambió, haciéndose salvaje y terrible—. Este hijo de perra. Mi padre.

Le contó todo al despavorido Timothy. Hablaba sin emotividad, pero Timothy podía percibir la carga de rabia y odio que alentaba tras su voz que era lenta y sin énfasis.

—Todos esos años... Todos esos años dilapidados. Yo no estaba vivo. Sólo parcialmente vivo. Me hizo esto a mí, y yo creía que él... creía que tenía cierto afecto hacia mí. Me hizo esto a mí. Debió saber lo que esto significaría, pero no le importó. Podría matarle. Quizá lo haré. —De nuevo cambió su mirada y en su rostro era elocuente la tristeza, el desespero y la incrédula aceptación—. Me hizo esto a mí, su hijo.

—Bueno, espera un minuto, Rory —dijo Timothy que sudaba por sus propias emociones—. He conocido a tu padre por largo tiempo, desde que eras sólo un chiquillo. Si hizo esto, entonces lo hizo por ti. Una excelente muchacha de Boston, pero que no podía encajar en las ambiciones que él albergaba por ti. Debías tener a alguien que fuera... importante... y espectacular, aunque me resulte odiosa la

expresión. Alguien que fuera conocida, de quien pudieras sacar orgullo, como diría tu padre. Alguien perfecto para tu posición. Claudia es todo esto. Perfecta para esposa de un político. Vamos, Rory. Eres un hombre, no un muchacho en su primera pubertad. Debes comprender que tu padre lo hizo por ti.

—¿Por mí? ¿Para qué?

Timothy intentó sonreír y resultó una mueca de disgusto.

—Ya sabes lo que dijo Kipling acerca de las mujeres. Una mujer es tan sólo una mujer. Pero tú eres un hombre, con un futuro. Tu padre lo sabía. Dale lo que le es debido, Rory. Yo sé que te debió lastimar mucho... cuando sucedió. Pero ya no eres un chaval. Has de ser realista. Si la joven está... dispuesta a ello, bien, retoza con ella esta noche, aunque sabe Dios cómo me las compondré para evitar el escándalo. Tampoco ella debe ser ninguna chiquilla. ¿Cuántos años? ¿Treinta y tres, treinta y cuatro? Debería tener más sentido común, y no haberte llamado a ti, un hombre casado con cuatro hijos. ¡Mujeres! Una mujer de mediana edad, más vieja que Claudia.

—Es mi esposa —dijo Rory—. Nunca tuve a ninguna otra esposa, todos esos años. Cometí la peor especie de bigamia cuando me casé con Claudia.

—Que resulta ser muy adicta a ti —dijo Timothy con lástima.

—Claudia solamente ama a su propia imagen en el espejo —dijo Rory, y con esto la descartó—. Maggie. Hazla pasar aquí esta noche, Tim. Ella es lo único que tengo, y lo digo de todo corazón.

Se arrojó de bruces en la cama removiéndose inquieto, como si sus pensamientos fueran demasiado tumultuosos para permitirle estarse quieto. Dijo:

—Lo pasaré todo en revista con mi querido papá cuando llegue a casa. Me divorciaré de Claudia. Me casaré de nuevo con Maggie y al diablo con todo. «¿Casarme de nuevo con ella?». Pero, si siempre estuve casado con ella, mi Maggie, mi cariño.

—Jesús —dijo Timothy alzando las manos—. Todos estos años de proyectos y planes, ¡para terminar así! Rory, piensa un minuto en tu futuro, sólo un minuto.

—Estoy pensando —dijo Rory, y sonrió, tumbándose a un lado, y durmióse como un niño complacido, satisfecho por fin tras una larga y fatigosa jornada.

¿Cómo era posible que un hombre renunciase a todo un porvenir por una mujer? ¡Una mujer! Increíble, de pesadilla, pensaba Timothy observando al durmiente en silencio, hasta que sintióse quebrantado por la desesperanza. No solamente Rory había hecho confidencias devastadoras a la Prensa aquella tarde y probablemente hablaría en el mismo sentido por la noche, aunque el propio general había insinuado la discreción, sino que además acababa de comprometerse en una situación imposible y escandalosa. Sin duda alguna aquella mujer hablaría recatadamente a los periodistas con sonrisa afectada, llamando a Rory «mi esposo», para destacar y hacerse importante a los ojos del público, y al infierno con las perspectivas futuras de Rory. Timothy ya se la imaginaba, simulando ser mansa y quejumbrosa, con ojeadas

coquetas, humedeciéndose los labios, afectando pudor y ardiendo de ambición. Contonearía su pequeño trasero seductoramente, bajas las pestañas, y agarrándose públicamente del brazo de Rory, y todos los proyectos de años irían a parar al cubo de basura. La Prensa, ya hostil recientemente a Rory, se pondría frenética.

—Jesús —gimió Timothy.

Ahora todo se había acabado, excepto por el griterío. Podía ver los negros y grandes titulares por todo el país. Podía oír el clamor de incredulidad e indignación. El Comité de Estudios Extranjeros quedaría fríamente complacido.

Timothy tuvo un pensamiento repentino. Era muy posible que aquella ambiciosa mujer fuera inducida a hacerle esto a Rory Daniel Armagh... por una buena suma de dinero. Timothy intentó entrar en contacto con Joseph por teléfono. No estaba en Green Hills. No estaba en Filadelfia. ¿Dónde diablos estaría?, pensó el atribulado y desesperado Timothy. ¿Dónde? Nadie lo sabía. Tal padre, tal hijo, se dijo amargamente Timothy. Probablemente en algún hotelito discreto con una ramera, precisamente esta noche entre todas las noches. Para vergüenza suya, Timothy fue acometido por un infantil deseo de llorar. Había servido a los Armagh la mayor parte de su vida, y sentíase lleno de pena por ellos, no por él.

Pudo oír la lejana banda interpretando «El Arpa que Antaño». Repentinamente le sonaba como una endecha, un fúnebre lamento de siglos de melancolía. «¿Por qué demonios elegimos esta maldita balada?», se preguntó Timothy, y secándose los ojos de un revés de mano. «Ya lo único que faltaba es oír los gemidos de los “*banshee*” (fantasmas irlandeses agoreros) anunciando el fin de las ambiciones de los Armagh... y de toda la vida de un hombre». Pensaba en Joseph Armagh. Ahora sorbió por las narices y derramó las amargas lágrimas de un hombre, escasas y escocientes.

XXII

Con una amable ojeada de advertencia, mientras se vestía, dijo Rory:

—Tim, no lo tomes tan a la tremenda. Todo no está perdido. Lo que haya de ser, será.

—No seas tan fatalista —dijo Timothy.

—Procedo de una raza fatalista. Vamos, Tim, ánimo. ¿Dónde está el irlandés que hay en ti? Quizá lo que diga esta noche ante este gran auditorio tenga... ¿cuál es la expresión...?, resonancia por todo el orbe. Toma un trago, Tim. Hasta puede que mis declaraciones me consigan el nombramiento. Necesito un trago.

—Ya has bebido bastante. Bueno, ya son las siete y media. Vayamos abajo.

Nunca había visto a Rory tan confiado, tan alerta, tan en forma. Parecía también más alto y ancho que de costumbre, como si algún poder en su interior fuera expansionándose. Sus ojos relucían de excitación. Hasta canturreó entre dientes mientras daba los últimos retoques a su corbata y ajustaba su chaqueta sobre sus amplias espaldas. Había cepillado su cabello hasta que brilló como un casco de oro rojizo. Ante tanta juventud y romanticismo, Timothy se abandonó nuevamente a adquirir un poco de esperanza. Era una desgracia que las mujeres no pudiesen votar. Se hubieran vuelto locas por Rory Armagh. Las más ásperas sufragistas afirmaban solemnemente que los hombres pensaban a través de sus vientres. Pero las mujeres pensaban a través de sus órganos de generación, y Rory era el ensueño erótico de las mujeres.

Mientras se dirigían hacia el ascensor escoltados por seis guardaespaldas, dijo Rory:

—Por vez primera, siento, y lo presiento de veras, que voy a conquistar el nombramiento. Existe un viejo refrán: «Dejad que el pueblo sepa». Tengo confianza en el pueblo americano y en su sentido común.

Pensó Timothy que ojalá aquella esperanza se confirmase, y pese a su escepticismo se esforzó en acariciar nuevamente ilusiones. Parpadeó el fulgor de los fotonazos de los fotógrafos que iban retratando a Rory cerca de los ascensores. Rory sonreía y ondeaba la mano, y hasta esos cínicos miembros de la prensa sentíanse displicentemente atraídos.

La enorme sala del hotel estaba poblada de pared a pared con cabezas, realmente nada más que cabezas, pensó Timothy, ya que el apretujamiento hombro a hombro obliteraba cuerpos y pies. Las cabezas se movían constantemente. Centenares de cabezas grises, pardas, amarillas, negras, rojizas, separándose, arremolinándose, desapareciendo, reapareciendo. El ruido era estruendoso, un clamor y alarido que solamente podía oírse en un parque zoológico donde sus habitantes hubieran sido dejados sin guardianes ni domadores. Sobre todas las cabezas flotaba una sólida y retorcida nube de humo.

La sala tenía damascos dorados recubriendo las paredes y medias columnas de nogal o caoba, y había muchas arañas destellantes, todas encendidas, todas oscilando como en viento de trópico. Hacía mucho calor en la sala y olía a tabaco, sudor y pomadas. Había pocas mujeres allí, y en pequeño número se agrupaban en busca de protección contra las paredes y distraídamente vigiladas por sus maridos que, de vez en cuando, seguían zanbulléndose en las torrenteras que rellenaban la mayor parte de la sala. Las puertas a ambos lados de la sala se habían dejado abiertas, y a través de ellas acudían a borbotones más hombres pugnando por unirse a los tropeles de gente aglomerada y aullante. En alto se enarbolaban blancos pendones de seda con el dibujo de un arpa verde y el lema: «¡Un Arpa como Arpón!». Una banda tocaba en alguna parte canciones y marchas patrióticas, y baladas irlandesas, inspirando a los más cercanos a cantar y reforzar la confusión general y el clamor tumultuoso. Había escaleras a cada lado de la sala, una conduciendo a los comedores, otra a la sala de baile. En sus peldaños se apostaban hombres blandiendo vasos de *whisky*, emitiendo joviales gañidos, riendo, remolineando arriba y abajo. Todos sudaban copiosamente y secaban sus frentes con pañuelos que parecían otros tantos pendones.

Hombres uniformados de azul y púrpura, empleados por el hotel, trataban de engatusar a aquellos frenéticos bebedores chillones a que subieran las escaleras hacia la sala de baile, y había también un amplio contingente azul de la policía de Boston que trataban de conseguir la misma finalidad. Eran frecuentemente empujados. En sus manos les colocaban a la fuerza vasos y cigarros.

—Santo Dios —dijo Timothy a medias complacido y a medias asustado—. Esto es aún mucho peor que Chicago.

Los ascensores daban acceso a una poco profunda elevación dominando la sala. Los dos hombres permanecieron allí no avistados por unos instantes, y contemplaban la escena bajo ellos. Voces roncadas brotaron hacia ellos, en clamoreo hirviente, y tumultuoso pandemónium jubiloso y ferviente. Y las cabezas se agitaron con creciente excitación, y los tropeles aumentaron con los que pugnaban por entrar a través de los apiñamientos en las puertas, y la banda, enloquecida, se dedicó principalmente a los tambores y trompetas, posiblemente en el último esfuerzo para hacerse oír. Ahora una ráfaga de aire llegó hasta Rory y Timothy impregnada con el olor del *whisky*, los sudores, pomadas y humo.

—Buenos veteranos politiqueros —dijo Rory al oído de Timothy. Tuvo que inclinarse y colocar los labios casi contra la oreja de Timothy para poder ser oído—. ¿Cuántos supones que habrá?

—Miles. No me extrañaría que empiecen a subirse por las paredes o se cuelguen de los candelabros del techo.

Sus guardaespaldas se movían incómodamente cerca de ellos en todo aquel calor y pestilencia, y nuevos grupos eran vomitados por los ascensores, todos vociferando y ondeando manos hacia nadie en particular, y todos bebidos, muy bebidos. Para ellos el pequeño grupo de hombres parados, silenciosamente cercanos, era un

impedimento. Trataron de empujarles, imprecando, hasta abrirse paso, y sin reconocer a Rory.

Dijo Timothy:

—No hay modo de llegar al salón de baile salvo a través de esta maldita jungla.

—Vamos allí —dijo Rory—. Serías el primero en quejarte si el lugar estuviera menos lleno.

Aparecieron pancartas con el retrato de Rory subido en colores, y se elevó una aclamación atronadora:

—¡Rory! ¡Rory! ¡Rory! ¡Arpa como arpón! ¡Vivan los irlandeses!

Por fin habían sido reconocidos. Una oleada de hombres sudorosos hormigueó en torno a ellos, alzándoles literalmente en vilo, transportándoles con bramidos, vítores y roncros cánticos hasta el centro de la sala. Los guardaespaldas forcejeaban y apuñaban para mantenerse junto a los dos. La cabeza áurea rojiza de Rory oscilaba, hundíase, surgía, giraba a uno y otro lado, y su guapo y enrojecido rostro reía automáticamente. Timothy estaba casi junto a él, pero tenía dificultades para siquiera tocar el suelo.

Otro grupo pugnaba hacia ellos, ondeando brazos y asestando puntapiés y la banda ya histérica comenzó a interpretar «Kathleen Mavourneen!», y centenares de gargantas comenzaron a cantar la balada preferida de Viejo Meloso, exalcalde de Boston, exdiputado, exsaqueador en el Sur, que fue sorprendido con las manos en la masa de los fondos públicos. Quedó consignado a la «vida privada» pero nunca permaneció en ella. Execrado y adorado, increíblemente gordo, roja faz lustrosa, cordial y de temple meloso como siempre, y perpetuamente enzarzado en política, era echado de menos y jaleado por su público. Aunque pasaba de los setenta, casado y con diez fornidos hijos, que ahora le rodeaban pateando y empujando a ciudadanos demasiado entusiastas, tenía su «dama amiga», como era llamada ella con esquividad, y que le acompañaba ahora, una mujer alta y esbelta de brillante pelo rojo, grandes ojos verdes, rebotante de perlas y diamantes y arropada en su color virginal favorito, la seda blanca, y profusamente adornada con encajes y ostentando un enorme sombrero de plumas y flores. Rumores poco compasivos afirmaban que había sido la estimada «*madam*» de uno de los más caros burdeles de Joseph Armagh, y de hecho fue la reina del vodevil en Nueva York, aunque hubiera nacido en Boston. Sea lo que fuere, el Viejo Meloso era adicto a ella desde hacía casi dos décadas, estando ella ahora en sus lozanos cuarenta años, y su nombre era Kathleen, y él adoptó la antigua balada irlandesa «como apropiada para ella» y en su honor. Lo que decía la señora esposa de Viejo Meloso a este propósito no era pregonado. Ni tampoco era objetado el origen de su gran fortuna. Era de esperar que los políticos saqueasen. Sólo resultaba reprochable cuando eran atrapados por los que no fueran de su Partido.

Él y sus hijos, y su dama, cayeron sobre Rory. Rory fue envuelto en dos brazos enormes y gordos, y besado con chasquido en ambas mejillas.

—¡Jesús! —vociferó Viejo Meloso—. ¡Es para mí una regocijante visión, mozo,

contemplar al hijo de este viejo pícaro de Armagh, haciendo campaña en mi propia ciudad! ¡Viejo Joe! ¡Dios le bendiga! ¡Nunca hubo un mejor irlandés en todo este maldito país, Dios le bendiga! ¿Qué tal está el viejo Joe?

Rory se había entrevistado con Viejo Meloso muchas veces, y siempre sintió por él simpatía divertida, porque había algo encantador en el viejo bribón, algo que era a la vez inocente y perverso, sinceramente bondadoso y cordial, y también implacable, piadoso y blasfemo, propenso a llorar, sinceramente, ante el relato de padecimientos y privaciones, y propenso a explotar y robar en el mismo día, hasta a aquellos que ya padecían de explotación y privaciones. En cierta ocasión, comentó Rory con su padre:

—Un irlandés nunca logra ser un perfecto Maquiavelo. No puede dominar ni su corazón, ni sus emociones, ni sus apetitos. No hay nada de tortuoso en nosotros. Seamos como seamos, lo somos con toda el alma, con mal genio y nuestras lenguas demasiado sueltas. Santo o pecador, lo somos circunstancialmente hasta el tope, con violencia, pese a que muchos de nosotros intentamos actuar como obispos de la Iglesia ortodoxa con polainas, bebiendo té y comiendo bollos dulces en amable sociedad. Pero finalmente, todo esto nos irrita.

Rory sabía cómo era Viejo Meloso, y le divertía, y se dejó zarandear cordialmente entre abrazos, y sabía que, por lo menos en aquellos momentos, Viejo Meloso era apasionadamente sincero en su acogida. (Lo que opinaría al día siguiente, y antes de las primarias, y en íntima consulta con sus compinches, era cosa totalmente distinta). Esta noche amaba a Rory como su hijo favorito. Esta noche estallaba de afecto por el «viejo Joe». Esta noche no deseaba otra cosa sino entronizar a Rory como ídolo de los irlandeses de Boston, y hacerle Presidente. Era algo evidentemente visible. Su ancha faz, semejando la de un niño feliz con traviosos ojos azules, contemplaban a Rory con deleite y afecto.

—Señor Flanagan —dijo Timothy y tuvo que repetirlo varias veces antes de que Viejo Meloso le oyese—. ¿Hay algún modo de conseguir llevar a Rory a la sala de baile antes de que sea pisoteado y machacado?

—¿Eh? —dijo Viejo Meloso, y miró a sus vigorosos y beligerantes hijos—. Claro que podemos. Chicos, despejen con puños y pies.

Pero la muchedumbre habíase dado plenamente cuenta de la presencia de Rory, y el hirviente torbellino le envolvió con los pendones, las pancartas, el calor y el humo. Su ropa fue agarrada y sus hombros. Con sus brazos se mezclaron otros; hubiera caído de existir un solo hueco donde caerse, un lugar desocupado. Pero cada palmo tenía pies y piernas, forcejeando contra pisotones, saludos rudamente afectuosos emitidos en los tonos más agudos y penetrantes, preguntas campechanas, peticiones de estrechar su mano, peticiones de ser escuchado, y un alboroto general le asediaban. La banda se contagió del frenesí haciendo atronar los sonos de «El Arpa que Antaño» a un compás muy sincopado, que Timothy estimó equivalía a una improvisación. Estaba luchando junto con los hermanos Flanagan para evitar que

Rory fuera entusiásticamente aplastado y estrujado hasta lo irremediable. Por encima de todo aquel torbellino y alegre furia la reluciente cabeza de Rory sobresalía y oscilaba, desaparecía, volvía a emerger. La multitud estaba tratando de transportarle a algún sitio, y contingentes rivales trataban de llevarse a otra parte, y brotaron algunas peleas alegres aunque fueran a puñetazos, entre jubilosos gritos de estímulo, y el humo fue condensándose hasta la dorada bóveda de la sala y el bochorno se hizo intolerable. Algo cayó estruendosamente en algún sitio, acrecentando los vítores, pero nadie parecía saber lo que era ni dónde.

—¡Ah, éste sí que es un gran día! —clamaba Viejo Meloso enlazando apretadamente uno de los brazos de Rory y dando diestras patadas contra los que presionaban adherentes—. ¡Dios bendiga a los irlandeses!

—Que así sea, o van a matarme —gritó Rory en respuesta.

Una manga le había sido casi arrancada y por el girón asomaba su camisa rasgada. Su corbata colgaba a un lado de su cuello como una soga de verdugo, y temía ser estrangulado. Sus pies habían sido pisados tan repetidamente que ambos ardían y a la vez estaban entumecidos. Su cabello cuidadosamente cepillado ahora desmelenado caía sobre su frente sudorosa dándole una apariencia muy infantil. Era espléndido ser aclamado de aquel modo, pero se preguntaba si sobreviviría. Estaba ya al borde del agotamiento, y tenía que pronunciar un sensacional y muy importante discurso, y la sala de baile estaba apenas más cerca que desde un comienzo, y el estrépito le producía palpitaciones en la cabeza.

Entonces los Flanagan se agruparon como un equipo de rugby, y embistieron contra los más cercanos a Rory, y muchos de ellos imprecando y esgrimiendo en alto los puños fueron hacia atrás desafiando a los Flanagan a «salir a la calle». Pendones y pancartas ondeaban frenéticamente, la banda estaba echando los bofes fuera y los tambores retumbaban como truenos. Pero Rory se encontró propulsado hacia el salón de baile con tres o cuatro de sus guardaespaldas y Timothy. Los remolinos humanos volvieron a girar de nuevo en masa tras Rory, y cada quien forcejeaba, luchaba y golpeaba para alcanzar en el salón de baile los mejores asientos. La banda intentó entrar pero estaba obstaculizada por sus instrumentos. Los tropeles continuaban luchando a través de los umbrales, gritando, aclamando.

El río humano hizo un breve alto en remanso al caer dos hombres y tratar de ponerse en pie y fueron a la vez pateados impacientemente y de nuevo arrojados en desequilibrio de un lado a otro. Rory inspiró a fondo porque sus pulmones le quemaban con tanto humo y calor. Miró a un lado, todavía sonriendo ampliamente. Y cerca de él, muy cerca, casi a distancia de la mano, estaba Marjorie Chisholm, riente, formándose hoyuelos en sus mejillas.

Tenía treinta y tres años, y parecía una muchacha con su vestido gris y su alegre sombrero de cintas rosas. Sus negros ojos, risueños, brillaban de amor y dicha al verle, y su roja boca formó un beso que sopló hacia él. En aquel instante ya no era el senador Rory Armagh, marido, padre, un hombre aspirando al nombramiento por su

Partido. Era Rory Armagh, el estudiante de derecho en Harvard, y se había citado con Marjorie allí y en un momento la tendría entre sus brazos, y no habría nada más en el mundo ni nunca lo hubo, y todo su cuerpo empezó a palpar como un solo pulso gigantesco.

—¡Maggie, Maggie! —gritó por encima del alboroto.

Estaban poniendo en pie a los dos caídos, maldiciéndoles, y hubo milagrosamente un poco de espacio cerca de Rory, y olvidándose de todo se abalanzó hacia Marjorie, llamándola repetidamente, y su semblante era el de un muchacho que ve a su amor, y estaba iluminado por la pasión y el apremio. Ella dio un paso hacia él, tendidas las enguantadas manos y tampoco veía ella a nadie más y todo sonido se extinguió para sus sentidos salvo la voz de Rory, y no veía nada excepto su semblante.

Alguien asió con fuerza el brazo de Rory. Nunca supo quién era. Se sacudió con impaciencia aquel brazo y volvió la cabeza furiosamente. Fue su último gesto consciente.

Porque un disparo restalló, atronador, detonante, y por unos instantes cesó el vocerío y el bullicio aminoró. Alguien llamaba quejumbrosamente, y alguien denunciaba indignado que estaban lanzando petardos. Los hombres miraban en su derredor confusos, súbitamente inmóviles, fija la expresión interrogante. Hubo otro disparo, un gran grito dolorido, y a continuación un remolino de terror, de pánico, de intento animal de fuga.

—¡Dios mío! ¿Qué fue esto? —preguntó Timothy.

Se volvió hacia Rory. Le vio de pie, descolorido, parpadeando, oscilando a uno y otro lado, ciegos los ojos que aún buscaban a alguien, abierta la boca. Después cayó como un poste derribado, pero no tocó el suelo. Cayó entre los brazos de media docena de hombres que le sostuvieron, y que repetían incesantemente:

—¿Está herido? ¿Alguien más está herido?

Estalló una terrible mezcolanza de exclamaciones y llamadas:

—¡Asesinato! —chillaron muchos, que todavía no habían visto nada y solamente habían oído.

—¡Avisen a la policía!

—¡Un asesinato!

—¡Atrapen a aquel individuo!

—¿Quién es aquel tipo, tendido allí?

—¿Cómo... qué... qué...?

El anterior alboroto no era nada comparado con el estruendo que ahora invadió la sala, en oleadas de clamores, imprecaciones, forcejeos, alaridos y maldiciones. Cada hombre intentaba correr en dirección distinta a la de su vecino, y chocaban, se tambaleaban, luchaban, empujaban y hasta mordían, en su pánico cerval, sus ojos sobresaliendo de los pálidos rostros húmedos, sus bocas abiertas y emitiendo gruñidos, chillidos y gritos. Retemblaban suelo y paredes de la sala. Los estandartes agitaban el aire en su nuevo uso como armas defensivas. Aquellos que habían

buscado las paredes como amparo se agrupaban apiñados, jadeantes, rechazando con los brazos a los que caían contra ellos, pataleando. Por encima de todo el estrépito, dominaban las roncas preguntas:

—¿A quién le dispararon? ¿Quién disparó?

La policía estaba empleando sus cortos bastones, alzándolos y abatiéndolos sin discriminación. Iban cayendo hombres; otros se apilaban encima de ellos, retorciéndose como un montón de gusanos frenéticos. La policía trepaba por encima de ellos, y seguía avanzando con bastonazos que derribaban y con el instinto de la ley se desplazaban firmemente hacia donde Rory y su escolta y Timothy y Viejo Meloso estaban en pie poco antes. Sus semblantes eran impasibles, ni amenazadores ni malhumorados. Miraban únicamente en dirección a Rory como objetivo a proteger, sus cascos invulnerables a los golpes, sus brazos alzándose y abatiéndose como palancas de máquina.

Habían despejado un sitio para tender a Rory en el suelo. Su pecho latía escarlata. Sus ojos estaban abiertos y vagamente escrutaban, aunque velándose rápidamente. Solamente su cabello conservaba su condición esplendente. Su rostro tenía el color de la arcilla mojada. Su boca se movía levemente.

—Oh, Cristo, Cristo, Cristo —dijo Timothy arrodillándose junto a Rory y asiéndole una mano. Contempló aquel rostro moribundo y prorrumpió en llanto.

Viejo Meloso, manos sobre sus rodillas, se inclinaba sobre Rory, murmurando incoherentemente, boquiabierto a instantes. Se elevó un grito:

—¡Un médico! ¡Un sacerdote!

—¡Han baleado a Armagh! ¡Armagh cayó! ¡Armagh ha muerto! —vociferaron centenares, y se detuvieron en su fuga al comprender, despavoridos, lo que gritaban y lo que significaba.

—Oh, Cristo, Cristo, un médico —gemía Timothy—. Un cura. ¿Rory? ¿Rory?

Varios policías habían llegado junto a ellos, y Timothy alzó su crispada faz implorándoles:

—Un médico, un cura. Rory está malherido —y lo repetía incesantemente apretando la mano de Rory y un aturdimiento comenzó a cegarle y fue gimiendo—: No, no, no.

Un círculo de rostros consternados se inclinaba sobre él y les suplicó que ayudasen, y finalmente alguien dijo:

—No se preocupe, señor Dineen. Ya vienen el médico y el cura.

Varias manos le tocaban tranquilizadoras, viendo su agonía, pero nadie tocó a Rory. Nadie quería ver lo que habían hecho con él, y muchos hombres en torno a él, comenzaron a llorar como niños, volviéndose a un lado, inclinando sus cabezas, crispadas con muecas sus facciones. Viejo Meloso se tambaleaba entre los brazos de dos de sus hijos y presionó la cara contra el pecho de uno de ellos y lloró y gimió, y le daban palmadas, sombríos.

Timothy, que sentía que estaba muriéndose él mismo, vio vagamente a una mujer

arrodillándose al otro lado de Rory. Había alzado su cabeza para reposarla en su rodilla, revestida de tejido gris. Había perdido su sombrero; su negro y lustroso pelo se desparramaba sobre sus hombros. La sangre de Rory cubría sus manos enguantadas, su vestido. Atrajo ella su cabeza contra su seno. Dijo:

—Rory. Soy Maggie, Rory. Maggie.

Su bonito rostro estaba petrificado y blanquísimo. Se echó atrás el cabello. Inclino la cabeza para besarle en la mejilla, en la relajada boca abierta.

—Rory, cariño mío, soy Maggie.

Nadie intentó apartarla. Estaban todos paralizados ante la visión del hombre moribundo en los brazos de aquella desconocida mujer joven, manchada con su sangre, enlazándole como si quisiera retener un tesoro.

Rory se encontraba en un lugar oscuro y giratorio, surcado de fogonazos escarlata. Era mecido hacia un negro mar, irremediablemente. No podía ver nada. Pero pudo oír la voz de Marjorie, y creyó contestar:

—Oh. Maggie, Maggie, amor mío. Oh, Maggie.

Pero no emitió sonido alguno. Murió un instante después entre los brazos de Marjorie.

Ahora un sacerdote se arrodillaba junto a ellos, santiguándose, murmurando las preces para los agonizantes, para los muertos. Y Marjorie seguía arrodillada y supo que todas sus esperanzas estaban finalmente tan muertas como el hombre que ella abrazaba, pero hasta el último instante no permitió que se lo llevarsen.

XXIII

Nunca había estado Viejo Meloso tan magnífico, tan teatral, tan elocuente ni había recreado tanto a la prensa. Vinieron periodistas de todo el país a entrevistarle, para después escribir columnas sensacionales. El suceso era de por sí suficientemente dramático, pero Viejo Meloso era no solamente un antiguo congresista, muy rico y poderoso políticamente, sino que era teatralmente irlandés y descriptivo y nunca ni por una sola vez repitió el relato con las mismas palabras que las veces anteriores. Siempre había recordado algo, algo añadido, imaginado algo. Esto condujo a su ulterior nombramiento como senador al año siguiente por la Asamblea, y a un acrecentamiento de su fortuna. Queenie, su «dama amiga», era su anfitriona en Washington, asistiéndole con gran discreción. Era bien sabido que la señora esposa de Viejo Meloso no era aficionada a la política, era muy retraída, muy caritativa, y una joya para su párroco, y le disgustaba Washington. También era una señora y nunca mencionaba a Queenie excepto como a «la asistente de mi querido esposo».

Viejo Meloso relataba con diversas variantes:

—Ahí estaba yo, con mis muchachos, y mi estimado joven amigo, Rory Armagh, el senador... como un hijo para mí... y estábamos todos riendo y la banda tocaba, y cientos, quizás miles, luchaban por llegar junto a Rory y estrechar su mano y gritarle su adhesión, y ahí estaba él, brillando como el maldito sol, y muy agradable de ver hasta para los ojos más cansados... su papá era mi mejor amigo... y les aseguro, señores, que soy un cínico y un viejo politiquero, pero había lágrimas en mis ojos, de gozo. No hubiera estado más orgulloso o feliz de ser Rory de mi propia carne y sangre. Le conocía desde que era un mozo chiquito, y siempre estaba a punto con una sonrisa, una broma, una chispa ocurrente. Un hombre instruido y un caballero, además de senador. Si Rory hubiera vivido habría sido elegido, sí, señor, y habría sido el mejor de todos los malditos presidentes que este país jamás tuvo. Es una pérdida para América, señores, aún mayor que la pérdida que supuso para sus padres, a quienes ojalá Dios consuele en su infinita misericordia.

»Bien, discúlpeme este minuto, mientras me he secado estos viejos ojos míos. Después de todo, es algo terrible, toda aquella vitalidad y guapeza y vigor, un hombre joven, por añadidura, con una encantadora esposa y cuatro hijitos... mi corazón se rasgó por aquellas criaturas y la joven viuda, tan valiente y bonita y nunca descompuesta, aunque podía verse que su corazón estaba hecho trizas, en pie junto a la tumba en sus negros velos como una estatua, y no derramando ni una lágrima. Es el dolor definitivo el que llora, nunca el profundo. Bien, como estaba diciendo, ahí nos encontrábamos en la sala rebotante de aclamaciones y la banda y la gente manando por las puertas sólo para ver al mozo, y entonces, de pronto, él se movió... debió ver alguien a quien quería estrecharle la mano... y quedó al descubierto tan sólo por un instante, y yo estaba ahí con mis hijos y su escolta, y entonces hubo un

chasquido... ruidoso como el de un petardo. Esto es lo que creímos que era, durante un minuto, y maldecimos al majadero que lo arrojó en medio de tanta gente.

Tomaba aliento y su entonación se hacía más lúgubre:

—Entonces restalló otro chasquido. Todos estábamos como estatuas, boquiabiertos, no sabiendo dónde mirar, y después la gente empezó a correr en todas direcciones. Aquello era el mismísimo infierno, poblado de aullidos, empujones y caídas y alguien chilló: «¡Asesinato!». Y, señores, esto fue.

Lágrimas sinceras asomaban en sus astutos ojos por un instante, a causa del cuadro que acababa de bosquejar. La emoción ponía trémolos en su voz sonora.

—Bien, señores, ahí estaba Rory en el suelo... y una joven, una joven muy bonita, estaba arrodillada junto a él, sosteniéndole entre sus brazos. El caso es que yo conocí muy bien al papá de esta joven señorita; un viejo y justipreciado amigo, un distinguido caballero, el señor Albert Chisholm, abogado de una antigua firma en Boston, honorable, una firma intachable. La señorita Marjorie Chisholm. Ella había conocido a Rory en Boston cuando él estudiaba en Harvard. Hubo rumores que por entonces estuvieron comprometidos en noviazgo. Amor de juventud. La señorita Chisholm nunca se casó.

Viejo Meloso miraba entonces en semicírculo, elocuentemente, suspiraba y meneaba la cabeza.

—Ya sé, señores, que al principio fue designada «la mujer misteriosa», pero no había el menor misterio acerca de la señorita Chisholm. Fue Bella de Boston cuando hizo su presentación en sociedad. La policía la reconoció inmediatamente. Ella no permitió durante largo rato que le quitasen a Rory de sus brazos; lo tenía realmente abrazado en ellos. Era enternecedor y digno de compasión. Después ella fue con él al hospital con el cura, el viejo Padre O'Brien, viejo amigo mío. Pero Rory ya estaba muerto. Discúlpenme un instante, señores.

Viejo Meloso se sonaba las narices ruidosamente.

—Todo cuanto podía decir la señorita Chisholm una y otra vez era: «Rory, Rory Rory». Como en una letanía. El socio de su padre tuvo que ser llamado para lograr llevársela de ahí. Un tal señor Bernard Levine también abogado..., amigo de toda confianza de la familia.

Ante la nueva pregunta, Viejo Meloso arqueaba las cejas profusamente.

—¿El asesino? Bien, señores, nunca lo vi. Pero le hallaron en su bolsillo la «negra bandera de la anarquía», como la llaman, una banderita negra y una cartulina diciendo que pertenecía al grupo de Trabajadores Mundiales Independientes. Ahora bien, señor, yo mismo siempre estoy al lado del obrero. ¿No luché siempre en favor del obrero cuando yo estaba en Washington? Caballeros, ¿querrán creerme si les digo que es mi convicción, con plena certidumbre del corazón, de que el asesino nunca fue miembro de ningún grupo de trabajadores? Rory siempre defendió al trabajador, cuando era senador. Siempre habló en defensa del trabajador, por todo el país. Y otra cosa, señores, no había ni una sola pieza de documentación que identificase a este

inmundo asesino, ni una. Hasta el nombre en la cartulina era falso. Nunca perteneció a ninguna unión, y el grupo que se mencionaba en el escrito nunca oyó hablar de él. ¡Ni tampoco había siquiera una huella dactilar suya en la cartulina! ¿Qué más prueba quieren? Una cartulina tan limpia como la boca de un bebé, y nueva como si acabase de salir de la imprenta. Dicen que era un tipo joven, con una barba. Unos veintiún, veintidós años. Nunca lograron descubrir quién era. Ni creo que lo descubran nunca, opino yo.

Otra pregunta le hacía tender las manos en gesto de desamparo.

—¿Quién le disparó inmediatamente después que mató a Rory? Tampoco nadie logrará descubrir esto jamás. Las pistolas de los guardaespaldas de Rory no habían sido disparadas. Ningún policía disparó. El balazo procedió, como dicen, de «fuente desconocida». Bueno, ahí dentro había centenares, miles de personas. Cualquiera pudo haber matado al asesino. Y luego esfumarse, como manteca en plato caliente, escurriéndose fuera de la multitud. He oído que algunos periódicos le llamaron «héroe», por matar al asesino, pero si es tal héroe, ¿cómo es que no se presenta para ser alabado? Todo lo que ahora puedo decir es que aquí es donde radica el verdadero misterio..., dejando aparte el motivo por el cual fue asesinado Rory. Si este asesino no hubiera sido muerto, tal vez le habríamos podido sacar la verdad. La policía aquí en Boston, y me enorgullecen estos muchachos, tienen medios para hacer hablar a los criminales. Ahora nunca sabremos la verdad... acerca de quién ordenó el asesinato de Rory.

Viejo Meloso entornaba los párpados, suspirando.

—¿Qué es lo que dijo, señor? ¿«Juventud descontenta»? Oiga, y le pido perdón, ¿qué demonios significa exactamente esto? Sólo palabras. Palabras vacías. La juventud descontenta, o no, tiene cosas más importantes que le atraigan que dedicarse a matar. ¿Cómo? ¿Qué insinué la posibilidad de una conspiración? Señores, no tengo la menor idea. ¿Quién iba a «conspirar» contra Rory? El joven caballero más estupendamente cristiano que jamás conocí, un mozo encantador, que jamás hizo daño a nadie en su corta vida. Bondadoso, caritativo, lleno de buen humor, el mejor de los hijos y maridos. El Senado entero se condele de su pérdida, lo mismo que sus amigos. Ya leyeron los panegíricos. No eran nada comparado con lo que fue dicho ante su tumba. En el cementerio familiar, en Green Hills. Bien, muchos de ustedes estuvieron allá también, y por lo tanto no tengo que repetir lo que fue dicho. El Subsecretario de Estado estaba allá, y varios senadores, y dos o tres gobernadores.

Y Viejo Meloso hacía una pausa para añadir en forma impresionante:

—También estaban muchos de los socios del viejo Joe, grandes financieros y hombres de negocios y banqueros..., nunca vi una reunión tan formidable. El propio señor Jay Regan estaba junto a Joe Armagh, asíéndole de un brazo, y nunca olvidaré lo que le dijo a Joe, con aquella honda voz suya, en el funeral: «Joseph, recuerde que tiene cuatro nietos». Esto, señores, opino que fue muy conmovedor entonces. Recordándole a Joe que todavía tenía obligaciones, aunque sus tres hijos yacieran en

sus tumbas ante él, su hijo Kevin el héroe de guerra, su hermosa hija Ann Marie, y ahora Rory. Y ahí estaba también la tumba de su hermano Sean Armagh, conocido por millones de personas como Sean Paul. El más grande tenor irlandés en el mundo entero, y no voy a negarlo.

Tendía la cabeza de lado como si no hubiese oído bien.

—¿Qué contestó Joe? Bien, se limitó a volverse un poco y miró al señor Regan, el gran financiero de Wall Street..., y fue como si hubiera un incendio en su cara durante un minuto..., por serle recordados sus cuatro nietecitos, y que tenía un deber hacia ellos, aun cuando su pobre corazón estuviera roto. Joe está hecho de acero, señores. Como siempre decimos nosotros, el mismo fuego que derrite la manteca endurece el acero. Y Joe miró fijamente al señor Regan, uno de sus queridos amigos, y sonrió. Consolado, allí mismo ante la tumba, pensando en los niñitos, los hijos de Rory. Sonrió.

Sacando su amplio pañuelo lo pasó por sus húmedos ojos.

—¿La pobre madre de Rory? Ah, ésta es la tragedia. Perdió el juicio. Está ahora en un manicomio, en Filadelfia, la pobre. La enviaron allá la semana pasada, inmediatamente después del funeral. Dios envió a sus ángeles para consolarla. La encontraron en la negra noche..., salió errante de la casa..., yacente sobre la tumba de su hijo Kevin. Sin llorar, simplemente enmudecida. Como una criatura muerta, pobre señora. Conocí muy bien a su padre, el viejo senador, cuando yo era joven. Un hombre maravilloso.

Se pellizcó el lóbulo de una oreja ante otra pregunta.

—Ah, sí que es todo una gran tragedia. La esposa de Rory está con sus padres y los niños. Bajo los cuidados particulares de un doctor, en la casa de su padre. Declaró cuando supo la noticia por vez primera que Rory había «muerto por la causa del trabajador». Los derechos del trabajador, decía ella. Bien, ¿quién conoce mejor el corazón de un marido que su propia esposa? Por consiguiente, ¿quién sabe lo que habría hecho Rory de haber llegado a Presidente, en pro de los derechos civiles de todos los americanos?

Un suspiro hondísimo y terminaba:

—Llevamos todos luto por la gran pena de la familia Armagh. Pero, caballeros, debemos también deplorarlo por América que ha sufrido esta tremenda..., repito, tremenda..., pérdida. Dios, en su sabiduría, como decimos, es el mejor juez. Podemos tan sólo tener esperanza. Y por favor, señores, por misericordia pura, no repitan nada más acerca de «la maldición sobre los Armagh». ¿Qué maldición? Nunca hicieron daño a nadie.

Estaba muy adelantado el invierno, pero en Maryland el tiempo era seco y relucían las colinas bajo un agrio sol. Había escasa nieve, y se esparcía en manchas por los pardos campos y las acequias.

Timothy Dineen sentábase en un cuarto austero oliendo a cera e incienso. La luz llegaba en tenues y débiles sombras a través de las ventanas manchadas. Ante él había un biombo y detrás podía ver únicamente la borrosa silueta de una monja. La voz de ella era baja y clara, la bienamada voz tan recordada, la voz juvenil no endurecida por los años, la melodiosa voz irlandesa que adoró en su juventud. Era firme y amable con valor, fe y consolación. «Pero yo», pensaba él, «estoy viejo, viejo, tan viejo como la muerte y tan cansado».

—Dices, Tim, que el querido Joseph murió de un ataque al corazón hace un mes, en su cama, de noche. Yo creo que murió por causa de su destrozado corazón. Has de saber, querido Tim..., que Joseph nunca vivió un solo día para él mismo. Nunca pensó en sí mismo, en toda su vida. ¿Acaso es un pecado? Estimamos el propio sacrificio..., pero también debemos recordar que uno tiene su propia alma que salvar. ¡Ah, querido Joseph! Vivió para mí y para Sean, y después para sus hijos. Recuerdo los días de mi niñez en el orfanato. La Hermana Elizabeth nos contaba a Sean y a mí todos los sacrificios que por nosotros hacía Joseph. Sean...

La voz gentil titubeó.

—Con frecuencia estamos ciegos, y nuestros oídos nos engañan, o nos engañamos a nosotros mismos. Pero yo siempre supe, aun de muy niña, todo lo que Joseph hacía por su familia, y cómo se negaba a sí mismo los sencillos placeres y disfrutes de la juventud para que nosotros pudiésemos tener un hogar seguro. Era muy joven cuando se convirtió en el cabeza de familia. Solamente trece años, querido Tim. Pero, él era un hombre. Y esto es algo extraño y raro, maravilloso. Un hombre. Nunca pidió compasión ni ayuda. Nunca pidió a nadie que fuera generoso o bueno con él. ¡Ni siquiera nos pidió a Sean y a mí que lo quisiéramos! Pero nos quería. Nos quería mucho. ¡Ah, que Dios me perdone por no haberlo comprendido por completo! Mi juventud no era excusa, ninguna excusa, querido Tim. A diario hago penitencia por mi falta de comprensión. Fui atraída inexorablemente a esta vida de claustro, y siempre lo fui desde mis recuerdos más tempranos. Pero quizá fui demasiado estúpida para lograr hacérselo comprender a Joseph. Siempre creyó él que yo deserté de su lado..., como Sean le había ya abandonado. Debo hacer penitencia hasta el fin de mis días.

Timothy sentíase viejo y quebrantado. Recordó:

*El tumulto y el vocerío se extinguen
los capitanes y los reyes mueren.
Permanece tu antigua inmolación,
un humilde y contrito corazón.*

Si las plegarias de alguien fuesen oídas por Dios..., si realmente había un Dios que oyera y escuchase..., entonces Él escucharía las plegarias de la Hermana Mary Bernarde porque aunque ella se acusase de «estupidez y dureza de corazón» era tan

limpia de pecado y tan buena y pura como ningún ser humano que él conociese llegó a ser, aun incluida su madre.

Después pensó: «¡Pero los “capitanes y los reyes” no han muerto!». Eran más fuertes que nunca desde el asesinato de Rory Armagh. Continuarían creciendo en fuerza, hasta tener al entero y tonto mundo, al entero y crédulo mundo, en sus manos. Quienquiera que los desafiase, que intentase desenmascararlos, sería asesinado, ridiculizado, llamado demente, o ignorado, o denunciado como creador de fantasías. «Al infierno con el mundo», pensó Timothy Dineen. Quizás aquellos «mortíferos hombres silenciosos» eran todo cuanto se merecía. Se merecían las guerras, las revoluciones, las tiranías, el caos. Para los hombres perversos siempre existía la esperanza del remordimiento y la penalidad. Para los estúpidos no había esperanza alguna en absoluto. Los estúpidos sacrificaban invariablemente a sus héroes y erigían estatuas a sus asesinos. Al infierno con el mundo. Él, Timothy Dineen, estaba ya muy viejo. Vería el comienzo de la última batalla del hombre contra sus asesinos, pero, a Dios gracias, no vería la catástrofe final. Ésta quedaría para la venidera juventud entusiasta y efervescente, que seguiría cualquier bandera y moriría en cualquier guerra planeada, y asesinaría a cualquier salvador en potencia.

—Hermana, rece por mí —dijo.

Y quedó atónito, porque acababa de tener la convicción de que las plegarias de la Hermana Mary Bernarde ¡podían tener alguna eficacia! Era tan sólo una monja enclaustrada, aislada del mundo, viviendo en un ambiente de sencilla devoción y fe, ignorante de los terrores que alentaban fuera de su convento, ignorante de todas las ramificaciones de la vida de su hermano sobre las cuales nada le podía contar a ella, ya que no las comprendería y solamente servirían para confundirla. No obstante había dicho:

—Rece por mí.

—Rezaré por todo el mundo —dijo ella—. Y especialmente por Joseph, querido Tim, y por ti.

Salió al exterior donde lo recibió la fría tarde invernal. El carruaje de alquiler le esperaba para llevarle a la estación. Oyó el blando tintineo de campanas por el desolado paisaje. Las viejas campanas, las antiguas campanas, las voces más viejas del mundo. ¿Quién podía saberlo? Tal vez eran eternas.

Se reclinó contra la puerta que se había cerrado suavemente tras él y lloró. Pero no lograba entender claramente por qué lloraba.

Dos meses después del asesinato de Rory Daniel Armagh, el general Curtis Clayton intentó dirigir la palabra al Senado «para revelar lo que sé». Le fue denegada toda audiencia. Escribió un libro. Nunca fue publicado, y nunca fue encontrado el manuscrito después de su muerte. Suplicó ser recibido por el Presidente, y el Presidente nunca le dio respuesta a su petición.

Intentó convencer a la prensa y los periodistas le escucharon con rostros graves y ojos burlones. Nunca escribieron nada de lo que dijo.

Murió en el Hospital del Ejército en Camp Meadows la víspera de la elección de Woodrow Wilson. Algunos dijeron que se suicidó. Pronto fue olvidado.

BIBLIOGRAFÍA

Bryan, William John: *Problemas políticos y monetarios sin resolver en los Estados Unidos.*

Bundenz, Louis F.: *La invasión bolchevique del occidente.*

Courtney, Phoebe: *El Consejo de Relaciones Exteriores.*

Dall, Curtis F. D.: *Roosevelt, mi explotado suegro.*

DeGoulevitch, Arsene: *Zarismo y la Revolución.*

Flynn, John: *Hombres de gran fortuna.*

Forbes, B. C.: *Los hombres que están haciendo América.*

Gitlow, Benjamin: *Todas sus vidas.*

Groseclose, Elgin: *Dinero y hombre.*

Hansl, Proctor: *Años de rapiña.*

Huddleston, Sisley: *Los años trágicos.*

Hull, Cordell: *Memorias.*

Lundberg, Ferdinand: *Las 60 familias de América.*

Mises, Ludwig von: *Acción humana.*

Myers, Gustavus: *Historia de las grandes fortunas americanas.*

Noyes, Alexander Dana: *El verdadero mercado.*

Quigley, Carroll: *Tragedia y esperanza.*

Rothbard, Murray: *Depresiones económicas, sus causas y remedios. ¿Qué ha hecho el Gobierno con nuestra moneda?*

Seymour, Charles: *Papeles íntimos del coronel House.*

Sparling, Earl: *Los hombres misteriosos de Wall Street.*

Spengler, Oswald: *La decadencia de occidente*.

Sutton, Antony: *La tecnología occidental y el desarrollo económico soviético*.

Viereck, George S.: *La más extraña amistad de la historia*.

Warburg, James: *El largo camino al hogar-patria*.

Warburg, Paul: *El sistema de reserva federal*.

White, Andrew D.: *La inflación del dinero sin garantía en Francia*.

ESPECIALMENTE RECOMENDADOS

Allen, Gary: *C. P. R., conspiración para gobernar el mundo. Los banqueros y la reserva federal*.

Skousen, W. Cleon: *El capitalista al desnudo*.

DOCUMENTOS GUBERNAMENTALES

Un texto sobre la moneda: *Subcomité de Hacienda, Comité de Banca y Circulación Monetaria, Cámara de Representantes, 88.º Congreso, Imprenta del Gobierno, Washington*.

Sobre la corporación de la reserva federal, comentarios en el Congreso (archivos del Congreso), por el diputado al Congreso, Louis T. McFadden.

Documentos relativos a las relaciones exteriores de los Estados Unidos-Rusia, Cámara de Representantes, documento n.º 1868, volumen 1, Imprenta del Gobierno, Washington.

Testimonio de Robert L. Owen, audiencias del Senado, Imprenta del Gobierno, Washington.

Allen, Frederick Lewis: «Morgan, el Grande», revista *LIFE*, abril, 1949. «Herencia Americana», ídem, agosto, 1965.



JANET MIRIAM HOLLAND TAYLOR CALDWELL (Manchester, Inglaterra, 1900 - Connecticut, Estados Unidos, 1985). Fue una polémica pero exitosa escritora, también conocida por sus seudónimos: Marcus Holland, Max Reiner y Jess Stearn.

Durante su vida escribió más de treinta novelas de distintos géneros que en su época fueron superventas aun cuando su trabajo fue ignorado y no fue publicado hasta que ella tuvo treinta y ocho años. Sus obras cuentan la vida de familias por varias generaciones. El tema es la pugna entre el deseo de poder y dinero y los valores familiares y espirituales. En sus últimas obras cambió a la historia de personajes que surgen de la pobreza y alcanzan grandes fortunas, el «sueño americano». También escribió varias novelas de género histórico-religioso.

Se estima que Caldwell en vida vendió más treinta millones de libros. Obtuvo numerosos premios por su trabajo. Su vida privada estuvo marcada por la polémica. Se casó cuatro veces y tuvo dos hijas. La riqueza generada por la aceptación de sus obras finalmente la llevaron a tener una triste batalla legal con su hija mayor por la administración de su fortuna.

Entre sus títulos que alcanzaron gran popularidad destacan: *La tierra es del Señor* (1940), *El brazo y la oscuridad* (1943), *La familia Turnbull* (1943), *Este lado de la inocencia* (1946), *El abogado del diablo* (1952), *Médico de cuerpos y almas* (1958), *La columna de hierro* (1965), *Testimonio de dos hombres* (1968), *Capitanes y reyes* (1972), *Gloria y esplendor* (1974) y *Yo, Judas* (1977).

Solía decir que la naturaleza humana es inmutable, que nunca cambia. En 1976 le

dijo a un entrevistador: «Nadie me ayudó. Nadie me regaló nada. Nadie me ha dejado nada. Todo lo que tengo, me lo gané».

Notas

[1] Firmante del pago de la reforma religiosa, protestante. (*N del T.*) <<

[2] Apelativo desdeñoso dado a los británicos en Irlanda. (*N del T.*) <<

[3] percuciente: que hiera o golpea. <<

[4] *piñazo*: puñetazo (expresión latinoamericana). <<

[5] pantaleta: braga (prenda interior). <<

[6] apelativo dado a los escoceses. <<

[6a] *banshee*: espíritus femeninos que, según leyendas irlandesas, se aparecen a una persona para anunciar con sus gemidos la muerte de un pariente cercano. Son consideradas hadas y mensajeras del otro mundo. <<

[7] tartán: Tela de lana con cuadros o listas cruzadas de diferentes colores, característica de Escocia. <<

[8] *derrick*: torre de perforación para la extracción de petróleo. <<

[9] *plastrón*: corbata muy ancha que cubre el centro de la pechera de la camisa. <<

[10] faquines: hombres que se ganan la vida llevando recados o transportando bultos de un punto a otro. <<

[11] vaharada: acción y efecto de arrojar o echar el vaho, aliento o respiración. Golpe de vaho, olor, calor, etc. <<

[12] pululante: llena, abundar, bullir en un lugar. <<

[13] canesú: Cuerpo de vestido de mujer corto y sin mangas. Pieza superior de la camisa o blusa a la que se pegan el cuello, las mangas y el resto de la prenda. <<

[14] dimanante: que mana o fluye. <<

[15] Frases pronunciadas públicamente por Lincoln. (*N del T.*) <<

[16] ínfula: presunción o vanidad <<

[17] estólidamente: neciammente, sin inmutarse. <<

[18] Partido predecesor de los actuales republicanos. (*N del T.*) <<

[19] encaústica: preparado de cera y aguarrás para preservar de la humedad la piedra, la madera o las paredes, y darles brillo. <<

[20] *alambrina*: nerviosa. <<

[21] *bigudíes*: láminas pequeñas de plomo, largas y estrechas, forradas de piel, de tela u otro material, que usan las mujeres para ensortijar el cabello. <<

[22] Partido político que sustenta que la moneda debía limitarse a billetes emitidos por el gobierno. (*N del T.*) <<

[23] gemebunda: que gime profundamente. <<

[24] *brahmán*: En la tradición religiosa hinduista, es el miembro de la casta sacerdotal (la más importante de las cuatro) y la conforman los sacerdotes y los asesores del rey. En la época védica (antes del siglo V a. C.) los sacerdotes eran los encargados exclusivos de cantar los himnos del Rig-vedá para la realización de sacrificios. El canto de esos himnos estaba prohibido (bajo pena de muerte) para alguien que no fuera bráhmata. El permiso para cantarlo se transmitía de padres a hijos en una familia de cantores. <<

[25] infatuación: lleno de presunción o vanidad infundada y ridícula. <<

[26] plutócrata: predominio de la clase más rica de un país. <<

[27] barbians: atrevidos, desenvueltos, gallardos. <<

[28] *cottages*: casa de campo, casa pequeña. La palabra viene de Inglaterra donde originalmente fue una casa que constaba de planta baja y una planta con los dormitorios. <<

[29] En Escocia, los nativos de mayor edad que su interlocutor, acostumbran a emplear con él los calificativos «*bairn*», niño, y «*land*», mozo, muchacho, mocito, aunque su interlocutor haya rebasado ampliamente la mayoría de edad. (*N del T.*) <<

[30] Alusión a la obra de Oscar Wilde. (*N del T.*) <<

[31] trafagón: dicho de una persona que negocia con mucha solicitud, diligencia y ansia. <<

[32] *atesamiento*: alteración. <<

[33] Término despectivo para designar españoles, italianos y portugueses y sus descendientes latino-hispanoamericanos. (*N del T.*) <<

[34] Secuaces de un partido que se reserva el derecho de votar con entera independencia. (*N del T.*) <<

[35] *socialismo fabiano*: La Sociedad Fabiana fundada el 4 de enero de 1884 en Londres, es un movimiento socialista británico cuyo propósito es avanzar en la aplicación de los principios del socialismo democrático mediante reformas graduales. Es también conocida por formar los cimientos de lo que más tarde sería el Partido Laborista británico. <<

[36] barruntos: presentimientos. <<

[37] *acuchar*: cuidar, proteger. <<